3 1761 09545847 7

303/30

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/quevedonovelahis01orel

QUEVEDO.

PROPIEDAD DE ORELLANA Y MANERO.

Imprenta de El Porvenir, de B. Bassas, Riera de S. Juan, núm. 29.

C6649

3452

QUEVEDO,

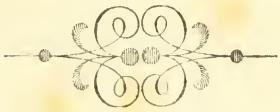
NOVELA HISTORICA.

Por D. Francisco J. Orellana.

PRIMERA PARTE.

MOCEDADES DE QUEVEDO.

1600 — 1620.



306748
30 - 11 - 34

BARCELONA:

LIBRERIA NACIONAL Y ESTRANGERA DE SALVADOR MANERO,

FRENTE AL TEATRO PRINCIPAL, N. 7.

1857.

AL SEÑOR D. JUAN JAUMANDREU,

modesto industrial, hombre de bien, amante de las letras, buen ciudadano y escelente amigo;

Aunque lo desapruebe y se enfade; porque le quiere con entrañable y merecido afecto, dedica esta obra

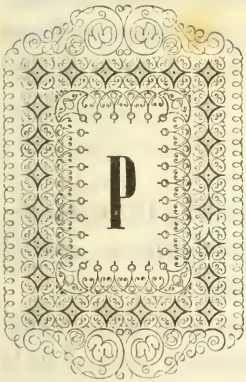
FRANCISCO J. ORELLANA.

MOCEDADES DE QUEVEDO.

CAPITULO I.

LAS NIÑAS DE LA SONSACA.

Marica, yo confieso,
Que por tenerte amor, no tuve seso:
Pensé que eras honrada;
Mas no hay verdad que tanto sea probada.
QUEV.—*Musa VI, Canc. IV.*



PEQUÉ, amigo Adan, pequé: no lo niego; pero tú que ahora me predicas, ¿sabrás darme un remedio contra el gusto del pecar? Dime, alma de embudo, ¿qué dueña endiablada, qué paje entremetido, qué rufian procurador de niñas busconas te sopló al oido para que dias atrás,—no ha una semana,—fueses á caer de piés con toda tu filosofía en aquel cotarro de la calle de Rompelanzas?....

—Quién os ha dicho?....

—Yo soy el licenciado Sábelo-todo: pero no te culpo ni acrimino. Jóven eres, Adan te llamas, Eva debe de ser tu costilla: guárdate de quedar en camisa, que es hacer una triste figura; y guárda-

te mas de caer en el lazo que acaso te tiende alguna Susana recatada; porque veráste convertido en fiero atril de San Lúcas, y espuesto á que te corran por San Juan ó Santa Ana en la plaza Mayor.

—Libre estoy de ese peligro; pues bien sabe vuesa merced que me inclino á la Iglesia.

—Esa te valga, hijo, y á mí no me desampare.

Los que así departían eran dos jóvenes próximamente de una misma edad, que podrian contar el que mas veinte años; los cuales acababan de salir de un bodegon de la calle de Peregrinos, en Madrid, y encaminaban sus pasos á la inmediata Puerta del Sol, á la sazon desierta. Serian las diez y media de la noche; y á tal hora, en el tiempo á que se refiere nuestra historia, la gente cuerda estaba recogida y no sin prudente motivo.

Es á saber, que en aquel tiempo, si bien nunca se ponia el sol en los estados de la corona de España, la capital de tan vasta monarquía se quedaba á oscuras poco despues del anochecer, salvo cuando hacia luna, y en algunos parajes, donde la piedad devota alimentaba tal cual farol macilento, para alumbrar las imágenes de santos, colocadas por lo comun en las esquinas de ciertas casas principales.

Favorecia por demás esta escasez de luz á los enamorados aventureros, camorristas, valentones de oficio y demás gente de rumbo y trastienda; y así se dijo, y ha llegado en proverbio casi hasta nuestros dias:

« Entre las once y las diez,
deja la calle para quien es. »

Y téngase entendido que, para el pueblo sencillo y timorato, este *quien* no era nada menos que el diablo; lo cual prueba, que el pueblo en sus instintos suele ser poeta y adivino.

Luego que los dos jóvenes salieron á lo ancho de la plaza, no fué difícil ver sus facciones y porte, merced á la indecisa claridad de la luna menguante que, como cara de dueña arrebujada en tocas, acababa de aparecer sobre el horizonte anubarrado.

Adan era un mozo no mal parecido; pero algo pacato: el fuego

de las pasiones juveniles no brillaba en sus ojos con libertad, aunque probablemente ardia en sus venas: su actitud era modesta y encogida como la de un page de canónigo; su trage, el de un estudiante pobre. Muy diferente de él, su compañero mostraba en sus palabras y entono vivacidad y desenfado: era un jóven de mas que mediana estatura, recio de cuerpo, de hombros anchos y derribados: tenia la cabeza grande y bien compartida; el rostro lleno y muy blanco; la nariz y el labio inferior gruesos, indicios de un temperamento sensual; los bigotes, aunque tiernos todavía, levantados; el cabello negro, brillante y algo encrespado; las cejas tirando á rubias y arremangadas hácia las sienes, en lo que se descubria el signo de una viva imaginacion: á pesar del sombrero de ala ancha que le cubria la cabeza, descollaba su frente alta y espaciosa, bajo la cual campeaban sus ojos rasgados, que habrian sido magníficos, á no amortiguar su belleza cierta vaguedad en la mirada y el quebradizo brillo de unas antiparras, señales ambas de la cortedad de vista.

Pero lo que mas distinguia á nuestro mancebo, haciendo que le reconociesen todos cuantos una vez le veian era la imperfeccion de sus piés, uno mas grande que el otro, y torcidos hácia dentro. Apesar de este defecto, que le obligaba á andar cojeando y medio derrengado, llevaba el cuerpo con altivez y gallardía, como si el vigor de su espíritu pretendiese dominar aquel agravio de la naturaleza: en su trage no habia aliño ni pulcritud afectada: era este sencillo y liso, aunque de seda, cual á un hidalgo cumplia; pero sin follages, cuchilladas ni picoteado; los gregüescos anchos, el jubon ceñido al cuerpo y abotonado; el ferreruelo,—por ser tiempo de verano,—pendiente del hombro izquierdo con abandono, y su orla ó ruedo descansando en la espada, que nuestro héroe tenia cogida por la empuñadura.

—Bien haríamos ya en retirarnos á casa, continuó diciendo Adan; pues nada se gana andando por Madrid á estas horas, y vuestro tutor y mi dueño el señor protonotario de Aragon llevará muy á mal, si lo sabe, que os recogeis tan tarde.

—Hombre apocado y valadí, le contestó el cojo; ¿temes que nos asalten fantasmas, ó que las sombras te traguen como el borra-

cho al mosquito? Déjame gozar de mis veinte años, carantamaula: déjame ver el mundo y no me aflijas con tus discursos de penitente, que hartos pesares tiene quien á los tres años perdió á su padre; á los doce, á su madre; á los quince estuvo preso y á dos dedos de morir ajusticiado, aun siendo ya todo un doctor en sagrada teología: déjame correr la carabana, pues que soy solo y libre, y á nadie, sino á Dios, debo cuenta de mis pecados. Ya vendrá la vejez con pasos desiguales, como dice mi querido Juvenal, y entonces nos haremos anacoretas á mas no poder.

—Entre tanto quiere vuesa merced malgastar la hacienda y la salud, dar disgustos á su tia doña Margarita y á su buen tutor...

—Pardiez, padre Adan! No lloreis duelos. Hacienda, ni la tengo, ni la he menester. Ya sabes que soy el *Caballero de la Tenaza;* y el que-vedo á todos dar. Si te arredra venir conmigo, *á redro* vayas: márchate á casa, que yo soy el rey Palomo; yo me lo guiso y yo me lo como.

—Si os estorbo.... Ahora comprendo: pensais pasar la noche en casa de la Maruja, y debo advertiros, señor don Francisco, que aun os guarda rencor don Diego Carrillo, desde que le quitásteis esa dama y le herísteis en desafío.

—Volveréle á herir, si en ello se empeña.

—Y volverá vuestra merced á la prision, y no será tan fácil que le salve la vida segunda vez la duquesa de Lerma.

—Pesado estás, Adan: importuno, mas que una suegra. ¿Sabes, precito, cuántas van ya en mi lista desde que me arrepentí de haber amado á la Maruja? Pues van á dos pares por semana, y hace dos inviernos que no veo aquella cara tan cara. Echa la cuenta.... Pero, calla! ¿Quién viene allí en litera? Si no me engañan estos ojos de cuerno que llevo sobre los mios es mi salvadora doña Catalina de la Cerda, que vuelve del sarao de la embajadora de Francia. Sí, ella debe de ser.

Lo que llamaba la atencion de nuestro mozo era un espectáculo muy original, que da una idea de las costumbres de aquellos tiempos: la calle de Alcalá se habia iluminado repentinamente con el resplandor de doce antorchas, que llevaban en las manos levantadas en alto otros tantos hombres, á la manera de esas figuras de

bronce ó cinc, que la industria moderna representa en forma de candeleros: iban estos en dos filas á lo largo de la calle, y en medio de ellas avanzaba con acompasado movimiento un objeto negro y cuadrilongo como la caja de un coche antiguo: á los lados y detrás acompañaban como escolta otros doce ó catorce criados, vestidos con fastuosa magnificencia y llevando empuñadas las guarniciones de las espadas.

El efecto pintoresco y fantástico de este cuadro no se puede concebir hoy sino trasladándose con la imaginacion á los tiempos y lugares en que el mismo se representa: es necesario que el lector vea una calle ancha sin empedrar, compuesta de edificios desiguales, unos escesivamente grandes, otros tan pequeños y angostos, que parece están allí por favor: es menester que revista los personajes con sus ropillas de brillantes colores, de airosa y bella forma; con sus gorras de brocado y ondulantes plumas; con sus ferreruelos de crugiente seda, guarnecidos de franjas y pasamanos de oro, y llevados con gentil desembarazo, entre cortesano y marcial: es preciso ver además el juego caprichoso de la rojiza luz de las antorchas, reflejándose viva y deslumbradora en el fastuoso atavío de los acompañantes, quebrada y desigual en los edificios, y pintando de matices grotescos á los portadores de aquellas.

Nuestro jóven libertino aguardó que la comitiva emparejase con él, arrimado á la esquina de la iglesia del Buen-Suceso, y dando algunos pasos al frente, se quitó el sombrero y saludó con una elegante cortesía.

—Si no es demasiado atrevimiento, dijo, beso las manos de la hermosa duquesa de Lerma, mi señora.

Adan se quedó encojido y como pegado á la esquina. Los acompañantes de la duquesa se miraron unos á otros, asombrados de tanta audacia; pues aquella señora era nada menos que la mujer del favorito de Felipe III; es decir, del verdadero rey de España: pero mudaron de actitud, al oir que aquella mandaba parar la litera y respondia:

—Hola, Quevedo! Vos por aquí? Pensábamos que os habíais perdido.

Quevedo se acercó mas á la ventanilla de la litera con el sombrero en la mano y el ademan galantemente obsequioso.

—No haya miedo que me pierda, señora mia, repuso.

—Como volais tanto, no fuera estraño.

—Soy halcon adiestrado, y por muy lejos que yo vaya, siempre sabré volver á la mano de mi señora.

—En palacio os desean, replicó la duquesa. Las damas están tristes desde que no os ven.

—Ah! Ya: quieren que les haga reir. ¡Pobres palomas! Iré, señora; iré, si tal es la voluntad de vuecelencia: pero allí sí temo perderme.

—No dejeis de hacerlo, y á Dios!

—Permitidme, señora duquesa, que os haga compañía hasta vuestra casa.

—Como gusteis, Quevedo.

Esta conversacion pasó con mucha rapidez. Quevedo se separó un poco de la litera y la siguió en su marcha hácia la calle del Arenal, donde estaba el palacio del favorito duque de Lerma.

Las atenciones respetuosas con que nuestro héroe obsequiaba á la duquesa, nacian, como habrá conocido el lector, mas de un sentimiento de gratitud, que de consideracion á su elevada categoría y valimiento en la córte. Quevedo, siendo todavía estudiante en Alcalá, cuatro años antes de aquel en que comenzamos esta narracion, habia quitado la dama á otro jóven llamado D. Diego Carrillo, y habiéndole motejado este de cobarde, hubo entre ambos un lance del que resultó el segundo gravemente herido: fulminóse proceso contra Quevedo, quien no perdió la vida gracias á la mediacion del duque de Medinaceli y de la duquesa de Lerma.

Luego que esta llegó á su casa, volvió á despedirse del jóven aturdido y le dijo:

—No falteis mañana en palacio, y tened mas juicio.

—Juicio! murmuraba nuestro héroe, mientras volvia solo hácia la Puerta del Sol. ¿A qué llaman tener juicio? A pasar la mitad de la vida intrigando y la otra mitad barriendo el suelo con las barbas, para hacerse nombrar gentilhombre? A ser un esclavo de la etiqueta y á perder el tiempo en las antesalas? A no gozar un mo-

mento de esta hermosa libertad, que sazona el manjar mas desabrido? Esa mujer no sabe lo que se dice. Volver yo á palacio!... Mezclarme con aquella chusma de bribones y necios, que se rien de verme patituerto!...

Adan que habia seguido lentamente y cauteloso la comitiva de la duquesa, interrumpió en este punto las reflexiones de su amigo, poniéndosele delante en medio de la acera.

—Hola, padre de los humanos, le dijo Quevedo. Por fin te saldrás con la tuya. Vámonos á recoger.

Y ambos enderezaron su rumbo hácia la calle del Prado.

Pero al llegar al comedio de la carrera de S. Gerónimo, cerca de donde terminaba entonces la villa propiamente dicha, vieron salir una tapada de la calle de Cedaceros, y encaminarse rápida como una saeta, por un callejon oscuro, hácia aquella parte estrema de la poblacion, que era un campo ameno, cubierto de casas diseminadas, magníficas huertas pertenecientes á la primera nobleza, y bosquecillos de recreo. Quevedo cambió al momento de resolucion y de rumbo, y se disparó en seguimiento de la tapada.

—La conoceis? preguntó Adan intentando en vano detener á su amigo.

—Tal vez sí, tal vez no, contestó este. Cuando le vea la cara, te lo diré.

—Y os esponeis así, no sabiendo?...

—Maldito miedo! Cállate, marimanta, y déjame ver, ya que soy poeta de cuatro ojos. Sepamos contra quien va esa buscona.

En esto advirtió Adan, que no era solo su amigo quien habia reparado en la tapada: un caballero, segun parecía por el trage, acababa de salir de un portal seguido de cuatro embozados, cuyas trazas revelaban á los conocedores su ejercicio de *valientes*, y á quienes el primero despidió en el acto, dándoles instrucciones secretas: los cuatro se alejaron hácia el arenal de Alcalá, y su gefe tomó el rumbo opuesto, torciendo en seguida con direccion al Prado.

—Guarda el toro! murmuró Quevedo con maliciosa intencion. No pasará media hora sin que tengamos cornadas.—Vuélvete, Adan; pues quiero ver en qué para la corrida.

—Que os deje ir solo? Ni pensarlo, contestó Adan.

—Pues qué haremos, si eres manso, como un cordero?

Hablando así, Quevedo no dejaba de andar en seguimiento de la tapada.

—Ciertamente, no soy ningun maton, lo reconozco, dijo Adan: pero aunque fuese un don Luis Pacheco de Narvaez en la destreza de las armas, no iria, como vuesa merced, á meterme en ese avispero.

—Mírala, repuso el jóven poeta, fija la vista en la tapada, que en aquel momento salia al despoblado y recibia de lleno la luz de la luna.—Mírala, Adan. ¡Qué bello contorno! Con cuanta gracia lleva recogido el manto! Su andar revela que es una chaborra de diez y seis mayos: debe de ser linda como un ángel.

—No lo niego, señor don Francisco; pero tampoco he visto caras mas feas que las de aquellos cuatro valientes, que indudablemente han marchado á coger las vueltas á la chaborra. Y si el otro es el marido, como parece, Dios nos la depare buena.

Los valientes eran unos hombres desalmados, como los *bravos*, que en aquella misma época infestaban á Italia, ó como los estaferos de Saboya y de Francia: tambien se les daba en España el nombre de bravos, y el de rufos, guapos ó jayanes de popa, y tenian por oficio dar palizas, cuchilladas, sustos ó espantos, y asesinar cuando lo exigian las circunstancias, previo el ajuste de la operacion, que se concertaba de antemano con el gefe de la cuadrilla por medio de sus corredores, tomando muy en cuenta la calidad de las personas, la gravedad del mal tratamiento y el riesgo á que se esponian. Estos pasaban la vida á salvo en las casas de los embajadores y demás parajes sagrados; pero habia otros, menos criminales, que habitaban de asiento en casa de los señores, á quienes servian de escolta y guardia de noche, sin dejar de cometer de dia muchas maldades y atropellos.

Tratándose, pues, de encontrarse con una gente de esta calidad, no era estraño que Adan tuviese algun recelo; pero sus repetidas y justas instancias para apartar de aquel peligro á Quevedo, solo dieron por resultado irritar á este, cuya curiosidad fogosa no tenia límites, ni sufria barreras.

—Me harás desesperar, Adan, dijo apresurando el paso. Por tu culpa se me va á escabullir esa liebre. No lo digo? Ya no la veo. Quédate aquí : no me sigas, ó por Cristo, que te santiguo!

Adan sabia, que su amigo no prometia, ni menos juraba en vano; por lo que, tomando consejo de la prudencia, acortó el paso, y se quedó detrás.

Entre tanto, Quevedo salió á campo raso, y tendiendo la vista por el Prado y por los jardines contiguos, movió rápidamente la cabeza con muestras de vivo despecho : la tapada habia desaparecido.

—Llevósela el diablo por suya, murmuró nuestro héroe. Y es posible que no he de saber?....

En aquel momento la dama encubierta estrechaba la mano de un gallardo jóven magnificamente vestido, y se dejaba caer, como si estuviese rendida de cansancio, en un asiento de piedra que habia en medio de un sotillo, no muy lejos de donde la buscaba Quevedo.

—Cuánta molestia os causo, mi bella Isabel, la dijo el arrogante caballero.

—Y qué mal pago me dais! contestó la tapada.

—Mal pago, y os adoro?

—Decid que me engañais, don Pedro, y direis alguna vez la verdad.

—No, repuso el caballero con altivez. Don Pedro Giron no miente!

—Callad! Callad, por Dios, dijo la dama con tono suplicante : no repitais ese nombre.

—Temeis que nos espien?

—Quién sabe? Si os descubriesen!....

—Qué, nada habeis conseguido? Triunfan mis calumniadores?

—El rey está inexorable, y no os perdona vuestras locuras, don Pedro. Bien conoceis su carácter.

—El rey no tiene carácter: si lo tuviese, no daria oidos al padre Aliaga, ni á los demás falsos devotos que le manejan y vilipendian.

—Sea como quiera, no ignorais que S. M. es mas escrupuloso que una monja.

—Pero, ¿qué tienen que ver mi herencia y mi libertad con los escrúpulos del rey?

—Ah!... No se trata de eso, caballero, repuso Isabel con tono de reconvencion. Se trata de que en la corte no dan á vuecelencia otro nombre que el de *el burlador de Sevilla;* pues dicen que ni el sagrado del claustro está seguro de vuestro atrevimiento.

—Mienten, mienten los villanos, replicó don Pedro: lo que ellos quieren es derribarme, para cortar leña en mis ramas: lo que pretenden es apoderarse de las encomiendas y cargos que yo y los mios obtenemos, para repartirlos entre sus amigos.

—Algo habrá de uno y de otro, caballero.

—Ah!.. Vos tambien dudais de mí, querida Isabel?

—Dudo, no sin razon.

—Vísteis á la duquesa?

—No: ví al confesor de S. M.

—Y qué os ha dicho?

—Que no os canseis: que el rey está muy ofendido,—y me contó los motivos,—y no permitirá que entreis en la córte, ni que permanezcais en vuestros estados.

—Hola! Conque he de estar como los niños del Limbo? No, querida, no: el padre Aliaga puede decir lo que se le antoje: mañana veré yo al rey.

—No lo intenteis: os prenderán.

—Oh! esclamó galantemente el caballero. Bendita sea una persecucion, que me vale tan tierno interés.

—Cuán feliz seria yo, si lo mereciéseis! repuso la dama.

—Qué he de hacer para merecerlo, bella Isabel? Mandad: vuestro esclavo soy, replicó don Pedro con ternura, tomando una mano á la dama y arrodillándose á sus piés. Dictadme leyes; pedidme un imposible.

—Que tengais juicio, contestó Isabel.

—Y cómo he de tenerlo, si vos me lo haceis perder?

En este momento, una mano estraña tocó en el hombro á la dama, y sonó detrás de los dos amartelados amantes una voz ténue, que con acento satírico pronunciaba estos dos versos:

Palomos, basta de arrullo que os acecha el gavilán.

Pichones, basta de arrullo,
que os acecha el gavilan.

Isabel echó mano al manto para ocultar su rostro, lanzando una esclamacion de sorpresa; y don Pedro, sin tiempo para soltar la que le tenia cojida, ni para levantarse, empuñó la espada y volvió la cabeza, mirando con ojos airados al interruptor de su plática: este aun no habia concluido la frase comenzada,—tan rápido habia sido el movimiento de los amantes, —y pudo mostrar en su rostro una sonrisa picaresca, mientras con la mano izquierda vuelta hácia la espalda ejecutaba un ademan significativo, como si señalase á una cuarta persona.

—Atrevido! esclamó don Pedro Giron levantándose. ¿Quién sois? Hablad!

—Soy..... yo. ¿Qué os importa saber mi nombre? le contestó el desconocido.

—Me importa saberlo; porque si sois caballero, habreis de reñir conmigo; y si no lo sois, vais á morir á mis manos.

—Lo que os importa, repuso el nuevo interlocutor volviendo á señalar hácia atrás, es ver la tormenta que se forma por aquel lado, bajo el terrible signo de *Tauro;* y á vos, señora, añadió dirijiéndose á la tapada, os conviene tomar las de Villadiego.

El caballero y la dama repararon entonces en una figura mal recatada, que les observaba escondida entre el ramaje del sotillo.

Isabel se estremeció, quiso huir, y dejó escapar sin advertirlo el pañuelo que llevaba en la mano.

—Retiraos, duque, retiraos, dijo con precipitacion á don Pedro.

—No, contestó este: apartaos vos allá, y dejadme castigar á ese espia. — Y volviéndose al otro personaje, le preguntó: —¿Sois caballero?

—Hidalgo soy, respondió el interrogado.

—Leal?

—Oriundo de Asturias.

—Acompañad á esta doncella.

—Doncella!... murmuró Quevedo; pues no era otro el desconocido. Rara fortuna!—Venid, doncella.

Y se apartó con ella cojeando, y gallardeándose como un galan de comedia.

Don Pedro se lanzó en seguida hácia el emboscado, que le salió al encuentro espada en mano. Era un hombreton de seis pies de estatura y recio en proporcion: llevaba capa larga, y un antifaz le cubria el rostro.

—Esperad, beila Angélica, decia entre tanto Quevedo á la tapada; veamos la lid rabiosa de vuestro enamorado Orlando con el rey Grandonio.

—Abajo ese antifaz, cobarde matachin, proferia don Pedro al mismo tiempo: los caballeros no se recatan el rostro.

Pero el encubierto nada contestaba, y sostenia el rudo ataque de su contrario con estudiada circunspeccion.

En esto aparecieron en la clara del sotillo, donde tenia efecto la lucha otros cuatro hombres, que se pusieron de parte del enmascarado.

—Tate, tate! dijo Quevedo, que oculto con la dama detrás de los árboles, observaba las peripecias del lance. Guardaos vos sola, hermosa doncella; pues fuera cobardia dejar á un caballero morir á manos de rufianes.

Y sin encomendarse á Dios ni al diablo, sacó la espada, y en dos brincos se colocó al lado de don Pedro, arremetiendo á los asesinos con desusada fuerza y destreza.

—Firme, firme en ellos, caballero! exclamó.

No necesitaba don Pedro la ayuda de Quevedo para tener á raya á los *valientes;* pero cobró mayores brios al verse auxiliado tan á tiempo; y con tal empuje acometió al caudillo de los agresores, que sin poder este defenderse, cayó al suelo atravesado de una estocada. Los demás buscaron su salvacion en la fuga.

—Hidalgo, vuestro nombre, dijo don Pedro á su generoso defensor, dándole la mano.

—Decidme antes el vuestro, respondió Quevedo.

—Me es imposible.

—Pues no sabreis el mio: pero os daré un consejo. Largaos

pronto de aquí; pues veo linternas por aquella parte. Yo, por la mia, me afufo.

Y sin aguardar mas respuesta, nuestro héroe se ocultó rápidamente á la vista de don Pedro, cogió del brazo á la jóven aventurera y se la llevó diciéndola:

—Vamos, vamos, doncellita.

—Qué ha pasado? le preguntó ella. Paréceme que ha muerto un hombre.

—No es un hombre: es un becerro.

—Y vuestro amigo?

—El vuestro?.. repuso Quevedo con su natural malicia. En salvo queda, si no es torpe.

—Dios mio! Quién habia de pensar!... A no ser por vuestro generoso auxilio, caballero, tendria yo que deplorar mayores desgracias. Siempre estaré reconocida al favor de vuesa merced.

Hablando así, el jóven y la dama se internaron en el callejon oscuro y sucio, por donde poco antes habian salido. Isabel marchaba confiada y con una serenidad muy superior á las circunstancias en que se encontraba, cuando de pronto acortó el paso, y pegándose al cuerpo de Quevedo exclamó:

—Qué es aquello?

—Nada temais señora, repuso nuestro mozo requiriendo la espada.

—No veis aquel bulto que se acerca?

—Sí, bien le veo.

Con efecto, un hombre que estaba arrimado á la pared, se adelantó hácia Quevedo, que al verle cerca, le gritó:

—El paso franco!

—Soy yo, señor don Francisco, le contestó el desconocido.

—Ah! Bienaventurado Adan: ¿todavia estás aquí? Sírvenos de escolta.

Desde aquel momento la dama comenzó á tratar á Quevedo con mas confianza y atencion; pues con lo que habia hecho y con el tratamiento que Adan le daba, se persuadió que era un caballero principal. Luego que llegaron á la puerta de su casa, que estaba entornada, la dama estrechó la mano á nuestro héroe, y le dijo:

—Algun dia se alegrará vuesa merced de haberme defendido: no le ofrezco mi casa, porque no la tengo propia; pero si teneis á bien decirme vuestro nombre y calidad, muy pronto podrá recibiros doña Isabel de Mendoza y de Rivera.

—Tan ilustres apellidos y tan amable confianza, respondió el jóven con sutil ironía exigen de mí la mayor franqueza. Yo, señora, me llamo el Diablo cojuelo, caballero profeso en la nueva órden *de la Tenaza*, y con este nombre ó título, darán razon en Palacio de mi humilde persona, que está desde hoy á la disposicion de vuesa merced.

Diciendo esto, hizo un profundo saludo.

—Sois chistoso, replicó la dama.

—Oh! Mucho, mi señora doña Isabel de Mendoza y de Rivera. Pero hablo ahora con seriedad.

—Está bien, señor Diablo cojuelo. Tendré una satisfaccion en conoceros mejor.

—Conocereis á una mala pieza; yo os lo aseguro, á fé de honrado diablo.

La dama saludó y se ocultó detrás de la puerta. Quevedo permaneció un momento parado, y volviéndose hácia su amigo, murmuró:

—Adan, apunta en mi lista.

—Ya la teneis? preguntó Adan.

—La tendré: es pájara de cuenta, y vale un imperio. Esta noche, antes de acostarme, voy á comenzar un poema heróico en su alabanza.

Dicho esto, se recojió en sí mismo, y por mas que Adan le habló no hizo caso de sus palabras, hasta que, prorumpiendo en una carcajada jovial, esclamó:

—Ya le tengo, Adan: ya le tengo. Escucha el título y la primera octava. Dice así:—«Poema heróico de las necedades y locuras de Orlando el enamorado.»—Y empieza:

«Canto los disparates, las locuras,
Los furores de Orlando enamorado,
Cuando el seso y razon le dejó á escuras
El Dios engerto en diablo y en pecado:

Y las desventuradas aventuras
De Ferragut, guerrero endemoniado:
Los embustes de Angélica y su amante,
Niña buscona y doncellita andante. »

— Magnífico! exclamó Adan. Pero, si con tales lindezas comenzais vuestra campaña, mal segura veo la toma de esa plaza.

—Por qué?... Tú no las conoces, pobre Adan, respondió Quevedo: son ellas tales, que á cuenta de tomar, toman palos; y al que peor las trata, mejor le miran... Pero déjame continuar.

Y siguió improvisando:

...« Niña buscona y doncellita andante:...
Hembra, por quien pasó tanta borrasca
El rey Grandonio, de testuz arisco.... »

Al concluir este verso, fué interrumpido por el ceceo de una mujer, que á toda prisa corria en su seguimiento; y volviéndose, reconoció á la misma tapada de su aventura, la cual le dijo:

—Qué desgracia, caballero! Qué desgracia! Valedme, ó soy perdida.

—Ya me pide, Adan. ¿Qué te decia? murmuró Quevedo al oido de su amigo.—Y preguntó á la dama:—¿Qué es ello, señora mia?

—Un pañizuelo de la mano, una prenda de mi futuro esposo, que ha de haberse quedado allá, donde sabeis.

—Malo! ¿Allí, donde queda el rey Grandonio mal ferido, si no muerto! Y quereis que os lo rescate?

—Hacedme esa merced, caballero.

—Mucho es lo que me pedís, señora mia. ¿No sabeis que el campo de Agramante será ya en estos momentos avispero de alguaciles?

—Ah! Señor don Francisco: eso es lo que me apena y acongoja. Si ellos lo encontrasen, esto solo traeria sobre mí males sin cuento.

Nuestro poeta reflexionó un instante, y en seguida repuso:

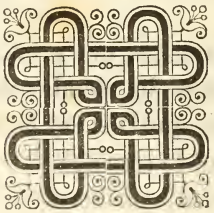
—Pedid á Dios, señora, que el pañizuelo no haya caido en ma-

nos de los tales, que seria como caer en el infierno, donde no hay redencion; pues de otro modo, mañana lo tendreis.

Diciendo así, retrocedió con ánimo resuelto; y habiendo dejado á la bella Isabel en su casa, marchó en compañia de Adan al lugar de la reciente lucha.

Y mientras iba cojeando hácia aquel sitio, demostraba la pasmosa serenidad de su espíritu y el ningun cuidado que el peligro le infundia; pues al mismo tiempo improvisaba con asombro de su compañero:

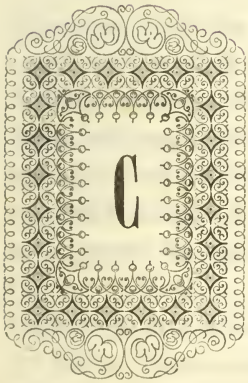
Mujeres, diablos lampiños,
Mas que los diablos sutiles,
¿Qué no harán vuestros aliños?...
Hareis de los hombres niños,
Pues metéisme entre alguaciles.



CAPITULO II.

DE COMO QUEVEDO ENTRÓ EN RELACIONES CON LA FAMILIA DE DOÑA ISABEL DE MENDOZA.

Dame nuevas de tu tia,
aquella águila imperial,
que asida de los escudos
en todas partes está;
Toda pico y uñas toda,
pues para haber de volar,
de mi caudal hizo plumas,
por ser águila caudal.
Romance satírico.



UENTAN las Memorias secretas de aquel tiempo, que así como el jóven poeta dejó en su casa á la bella aventurera, salió á recibirla hasta el zaguan una dueña bigotuda, enteca, y segun la espresion del mismo Quevedo, mas larga que paga de tramposo: la cual dueña, queriendo precaver el menor ruido por parte de la jóven, se anunció en la oscuridad con una tosesita seca, y avanzó á manera de fantasma ó disciplinante hasta cogerla de la mano.

—Válgame Dios, Isabelita, y cuanto has tardado, alma mia! le dijo al oido y con voz estropajosa la desdentada vieja. ¿Qué hombres eran esos, con quienes venias?

—Me habeis visto llegar, tia? preguntó á su turno Isabel.

—Claro está que sí: como que me has tenido con mucho cuidado. Pero, chiton! No conviene que te oigan: subamos á tu cuarto por esta puerta de escape, y me contarás y te contaré.

Luego que la tia y la sobrina estuvieron en el aposento de la última, la vieja continuó:

—Conque dime, hija mia: ¿quién te acompañaba? Don Pedro no era.

—No, contestó Isabel: es un caballero muy alegre de genio, que se llama don Francisco y asiste en Palacio, segun he llegado á entender.

—Será noble y rico: eso es de inferir, repuso la tia sonriéndose y enseñando dos colmillos, que parecian servir de muletas á sus quijadas.

—No lo sé, replicó la niña: pero es valiente y muy cumplido, aunque algo socarron: yo creo que ha de ser personage de importancia; porque guarda mucho el incógnito.

—Le volverás á ver?

—Es muy posible.

—Y cómo ha sido encontrarte con él.

La jóven refirió en pocas palabras lo que le habia sucedido en el sotillo del Prado, y concluyó diciendo:

—Susto mas grande no lo he pasado en mi vida: gracias al oportuno aviso de don Francisco, no me ví de repente y sin esperarlo en medio de las espadas, que hubiera sido un lance terrible. Asi, pues, señora tia, no me mandeis nunca mas ir con tales recados á don Pedro, ni al santo de su nombre. Allá se las componga su excelencia, como Dios le dé á entender, y si necesita saber noticias de sus negocios, que venga él á casa, ó que no venga, ni se acuerde de nosotros, y será mucho mejor.

Quien hubiese oido á la bella Isabel en el sotillo y la oyese ahora, difícilmente hubiera creido que una misma mujer emitia tan contrarios sentimientos en el transcurso de una hora.

—Sea todo por las llagas de Cristo señor nuestro, respondió la tia. Es menester, sobrina de mi alma tener un poco de paciencia, que es la mas santa de las virtudes. ¿Te parece que tu madre, (Dios

la tenga en su gloria), y yo no hemos pasado por trances mas amargos, y con menos fruto? Eso y mucho mas merece el duque, si no por quien él es y por lo mucho que vale, por su gallarda persona; que no hay caballero en la córte ni tan bizarro, ni tan generoso. Hija, el que no sabe padecer, no sabe merecer. Haz bien, dice el refran, y no mires á quien: conque si miras que tu protegido es nada menos que el duque de Osuna, grande de España y señor de inmensos dominios, con cuánta mas razon no debes ser caritativa, dándole la mano, ahora que está en desgracia, para que él te dé la suya cuando se mude la rueda de la fortuna? Que de estas vueltas da el mundo á cada hora, y nadie sabe lo que está por venir.—A que no te ha dejado volver á casa sin darte algun diamante?... No me lo ocultes, picarilla.

—Qué ha de haberme dado? repuso la jóven. Pues no os he dicho lo que pasa? Ni tiempo hemos tenido para hablar.

—Qué desgracia! Luego dirán que no hay dias aciagos. En fin, hija mia, paciencia. Tras de este tiempo vendrá otro mejor. Si Dios quiere que el duque se restablezca en la gracia del rey, tendremos todo lo que queramos.

—No lo espero, tia.

—Por qué no?

—Porque el duque es un atolondrado, que todo lo atropella. ¿Creereis que piensa presentarse á S. M.?

—Jesus! Qué locura!... Y despues de haber muerto al gefe de esos valientes, que si á mano viene seria algun echadizo de don Rodrigo Calderon! Lo encerrarán en un castillo para toda la vida. ¿No sabe ese buen señor, que el favorito del favorito le quiere mal, y es quien todo lo maneja?

—Demasiado lo sabe, querida tia. Por lo mismo yo considero una imprudencia el que nos metamos á procuradoras de tamaño botarate.

—Bien, hija: yo sé lo que mas conviene. Ahora métete pronto en la cama, y te traeré un refrigerio cualquiera; porque, mientras tú en la calle, ha venido tu primo el capitan, y he tenido que engañarle diciendo que estás algo acalenturada. Y como tiene ese geniazo de mil diablos, es capaz de atropellarnos si no queda bien con-

vencido. Gracias á que tu hermana es muy diestra, y tu cuñado nada lerdo, y han sabido entretenerle ; que si no....

—Conque tenemos aquí al capitan Varca! Cuanto me alegro! exclamó Isabel. ¿Qué me ha traido?

—Una cuchillada mas en la geta, que con las tres de antes forman cuadro cabal.

—Buen regalo!

—Aguarda, codiciosilla, replicó la vieja, ayudando á desnudar á su sobrina. Te ha traido tambien unas arracadas de brillantes, que valen un Potosí.

—A verlas, tia?

—No tengas tanta prisa : acuéstate primero.—¡Ay! Dios te bendiga! Qué carnes tienes tan hermosas! Si yo fuera jóven como tú, las Américas habian de entrar de rondon en mi casa.—Vamos, arrópate bien, que parezca que sudas : quemaré una pastilla de ámbar para que huela bien la habitacion. Así.

Hecha esta operacion, la desdentada tia se acercó á una mesa de tocador y tomó una cajita que allí habia, y que encerraba las arracadas del capitan ; la abrió, y llevándola en una mano y en la otra un candelero para realzar el brillo de las piedras, la presentó á Isabel, que exclamó llena de júbilo :

—¡Ay, qué hermosura! Eso es un regalo de reina : le habrá costado mucho.

—Segun él cuenta, le vino á las manos en la toma de Amiens, cuando la sorprendió el capitan Portocarrero. La verdad en su lugar. Pero venga de donde viniere, ¿qué nos importa? Ello es que ya tienes un precioso adorno para el dia de tu boda. Tomasa me llamo, y en tocando á tomar, hija mia, no reparo en antecedentes. Las joyas no tienen parentela : tanto da que desciendan de moros ó judíos, como del rey cristianísimo.

Diciendo así, doña Tomasa cerró la cajita con un dedo, y fué á guardarla en el cajon del tocador.

Entre tanto, en una espaciosa y desproporcionada sala, como solian ser casi todas las de estrado en el siglo XVII, pasaban el tiempo, jugando á los naipes y bebiendo un jóven de veinticinco años y un militar de treinta y seis bien cumplidos : una linda moza les

acompañaba royendo confituras, de que habia una bandeja llena encima de la mesa, y les entretenia con su conversacion.

Ella y el jóven llamaban primo al otro, que les correspondía balbuceando con lengua vinosa el mismo tratamiento de parentesco. Era el capitan Varea un hombreton de mas de marca, feo como un mandril, con los ojos atravesados y tintos en vetas rojas, la cara cruzada en cuarteles á manera de escudo por cuatro cicatrices, que le dividian la barba y el áspero bigote: baladron y jactancioso, contaba mas hazañas que dias de vida, y mentia con tanto aplomo, que él mismo era el primero, y tal vez el único á creer sus fanfarronadas: bebedor, mas que un holandés, testarudo como un navarro, y brusco mas que un javalí : tenia el vino lunático, que unas veces le alegraba, otras le amodorraba y entristecia; convertíale tan pronto en taciturno, como en hablador ; de impolítico en grosero, y de grosero en galante y derretido.

Nada era mas cómico y risible que el capitan Varea, cuando con su fealdad de primer órden y su bronca voz de borracho hacia el Adonis platónico, torciendo el cuello, afectando ternura en las palabras y poniendo los ojos en blanco.

Tal era el estado de nuestro capitan en el momento en que le damos á conocer. Doña Tomasa entró de puntillas en la sala, y puso el candelero sobre la mesa : el capitan volvió hácia ella la cabeza sin mudar de postura, y atusándose los bigotes, dijo con voz balbuciente:

— Qué tal mi señora prima? Si es menester que venga un doctor, iré yo mismo á buscarle, y le traeré en carroza, si no tiene mula.

— Buen muchacho ! respondió la vieja. Nada de eso será necesario, gracias á Dios! Isabelita ha despertado, y con solo decirla yo que está aquí su primo el capitan, no parece sino que la he devuelto la vida.

El capitan hizo un esfuerzo para levantarse; pero tenia dentro un poder superior á su voluntad, y hubo de estarse quieto mal de su grado.

— Le ha dicho vuesarcé que me muero por verla? preguntó.

— Figuraos lo que la habré dicho, repuso la vieja. Tal ha sido su gozo, que si no la detengo, sale aqui desabrigada y descalza por te-

ner el gusto de abrazaros. Pero esto seria una locura: dejémosla reposar por esta noche, que vos estareis cansado y ella enferma, y contentaos con haber visto á vuestros primos Lupercio y Dorotea, que gozan de buena salud. A bien que hay tiempo para todo.

—El capitan no hace caso de nosotros, dijo la moza que estaba sentada.

—No digais eso, mi alma, contestó el capitan mirándola con ojos acarnerados: voto á tal, que si no me obligára el deudo y amistad que tengo con vuestro marido,—y no lo tomes á mal, Lupercio, añadió dirigiéndose al jóven,—yo haria ver que os estimo y que...

—Alto ahí, dijo el marido. No desvaries primo.

—Déjale hablar, que me gusta, repuso Dorotea, con la boca llena de merengue.

—No comas tanto de eso, golosa, dijo doña Tomasa; y vosotros dejad ya el regodeo, y á dormir, que es tarde. ¿Habeis rezado vuestras devociones? Cuidado con esto, hijos, que Dios lo vé todo.

Y encaminándose á la puerta esterior de la sala, llamó con acento gangoso á una criada, que dormitaba en la pieza inmediata.

—Vamos, Marina, hija mia, la dijo: ¿hiciste ya la cama del señor capitan?

—Ya está corriente, señora, contestó la doncella bostezando. Voy á desnudar á doña Isabelita?

—Despierta, boba, repuso la vieja. Pues no sabes que está en cama?

—Jesus! esclamó la adiestrada moza. Ya no me acordaba.

El capitan fué conducido casi en brazos de su primo y de Marina al aposento que le estaba preparado, cuya puerta cerró con llave doña Tomasa, y todos se recogieron á dormir.

A la mañana siguiente reinaba en aquella casa una calma claustral: el capitan y su primo habian salido á tomar el fresco; Dorotea y su tia, despues de haber ido á misa, estaban desayunándose, y enviaban alguno que otro manjar delicado á Isabel, que permanecia en su aposento particular. Un pagecillo vivo y ladino servia á la mesa, y Marina se ocupaba en preparar los platos y en asistir á la supuesta enferma.

Despues del almuerzo, la vieja rezó en accion de gracias, tomó

un devocionario, y calándose unas antiparras se puso á leer oraciones como una santa mujer: Dorotea se retiró al cuarto de su hermana, y Marina se aplicó á una labor de manos. Eran las once de la mañana, hora de visitas en aquel tiempo, cuando llamaron á la puerta de la calle, y habiendo abierto el pagecillo, se presentó anunciando á un caballero.

—No te ha dicho su nombre? preguntó la vieja en voz alta.

—No, señora, respondió el page.

—Qué clase de sugeto es? Por quién pregunta?

—Es un jóven con antiparras, y demanda á la señora doña Isabel de Mendoza y de Rivera.

—Estraña visita! Dile que pase.

Quevedo se presentó un momento despues en la puerta de la sala, hizo un saludo cortés, y quedó como admirado del buen órden que se observaba en aquella casa.

—Caballero, le dijo doña Tomasa; como no tengo la satisfaccion de conocer á vuesa merced, no estrañeis que os pregunte lo primero vuestro nombre.

—Me llamo don Francisco de Quevedo Villegas, señora, respondió el jóven poeta.

—Quevedo Villegas! Ah! Muy señor mio, repuso doña Tomasa quitándose las antiparras, y poniéndolas por señal dentro del devocionario. Tomad asiento, caballero, y seais bien venido. Vuesa merced, por ventura, es el hijo del Sr. Pedro Gomez de Quevedo, secretario, que fué de la emperatriz de Alemania y de la señora reina doña Ana de Austria?

—El mismo, señora, y servidor vuestro, contestó Quevedo cada vez mas admirado.

—Cuánta dicha es para mí el veros en mi humilde morada! Marina, Cárlos, acercad silla, que se siente este noble hidalgo, y retiraos.—Tú, Marina, llévate la labor, que la ociosidad es la madre de todos los vicios.—Conque, decidme, mi señor don Francisco.—Jesus! y qué moceton estais hecho, y qué gallardo! Yo os conocí en mantillas, en aquellos buenos tiempos, cuando vivia mi difunto, cuando éramos visita de vuestra casa. Oh! Despues han sido tales mis desdichas, que con nadie me trato.

Diciendo asi, doña Tomasa se sonó las narices y se limpió los ojos enternecida: luego continuó:

—Si no me engaño, fuisteis vos quien anoche....

—Ah! exclamó Quevedo. Ya lo sabeis?

—Sí, me lo contó mi sobrina Isabel: la pobrecita está enferma del susto. ¿Qué habreis pensado de ella? Esto es lo que ahora mas me aflije. Dios mio! Cuando una familia es desgraciada, todo le sale mal.

—Tranquilizaos, señora, repuso el jóven, creyendo sincero aquel sentimiento. Vuestra sobrina os habrá dicho que no la falté al decoro; por consiguiente....

—Demasiado sé que sois todo un caballero, y aunque os sirviese yo de rodillas, no os pagaria el buen comportamiento que tuvisteis con mi sobrina. Ella tambien está tan agradecida, que no sabe donde poneros. Sin embargo, como la encontrásteis sola con un sugeto desconocido... Ya se vé: siempre pensamos lo peor.

—Y acertamos á veces, señora.

—Pues bien: yo tengo confianza ilimitada en vos, señor don Francisco; pues basta que os haya visto nacer, y que sepa que sois de buena sangre. Voy á confiaros un secreto.

—Me haceis mucha merced.

—No, es justicia. Tenemos un pariente muy rico, personage de alta calidad, casi un príncipe, que enviudó hace dos años: dispensadme que no os revele su título, aunque quizás ya lo sepais. Este caballero, como jóven que es, ha hecho algunas locuras, propias de su fogosa condicion: la maledicencia le acusa de haber violentado algunas señoras y de observar una conducta desenfrenada; pero yo sé que no es tan fiero el leon como le pintan. La verdad es que tiene enemigos y codiciosos de heredarle en vida, y estos han procurado indisponerle de mil maneras con S. M. Nuestro deudo posee cuantiosos oficios y encomiendas por derecho de sucesion en su familia, y como el señor duque de Lerma, desde su encumbramiento dispone de esos cargos, y los da á quien quiere, cosa nunca vista ni oida, no faltan cortesanos que aprovechen la ocasion de enriquecerse, poniendo tranquillas á los legítimos poseedores. De tal modo han intrigado contra nuestro pariente, que han hecho que el

rey le destierre de la córte y de sus propios dominios.

—Todo eso no me revela ningun misterio, dijo el impaciente Quevedo; es una de veinte historias iguales, que corren por el mundo.

—Cierto, cierto: pero escuchad ahora, y ojalá pudieseis valernos en algo! Hemos dado algunos pasos á fin de alcanzar gracia para nuestro deudo, que es aquel caballero, á quien defendísteis generosamente anoche: nada hemos conseguido hasta hoy; pero supimos ayer, que, noticiosos sus contrarios de su aproximacion á Madrid, intentaban hacerle prender por desobediente á las órdenes del rey: mi sobrina Isabel, que le tiene algun afecto, no estando aqui su cuñado, que era quien debia darle nuevas del curso de su negocio, cometió la temeridad de ir ella misma, sin mi conocimiento, á decirle que se alejase. Ahí teneis lo que ha pasado; y de un hecho imprudente, pero nacido de un buen corazon, quien no está bien enterado puede formar conjeturas poco favorables á la buena fama de mi pobrecita Isabel, y al honor de nuestra familia.

Quevedo era muy caballero, y hombre leal y de buenos sentimientos: si ya en los verdores de su juventud mostraba tener una refinada malicia, y hacia gala de un escepticismo irónico y mordaz en punto á las virtudes femeniles, culpa era esto de las primeras mujeres con quienes tuvo la desgracia de tratarse, que amargaron antes de tiempo su corazon impresionable y confiado, y le enseñaron á costa de acerbos desengaños á despreciar en ellas á todo su sexo. El amor era en él una pasion invencible, que debia dominarle toda su vida, y las mismas que se lo inspiraban deshacian el encanto de que necesita revestirse el ser amado, desprestigiándose con su conducta interesada y licenciosa.

De aquí nacia una contradiccion estraña en la vida moral de nuestro héroe: amaba la virtud, la buscaba como el sediento á la fuente, y teniéndole un trono erigido en su pecho, no creia en ella: sin embargo queria y necesitaba creer. En sus primeros galanteos, no la pasion por un objeto determinado le impulsaba, sino mas bien el anhelo de fijarse en alguno, digno de fundirse en el bien templado fuego de su alma. No encontrándolo, era inconstante, y hoy arrojaba dardos al ídolo que ayer habia rendido culto.

Pero su espíritu, superior á todas las miserias mundanas, daba franca entrada á los instintos generosos. La relacion de doña Tomasa, ingenioso tejido de verdades y mentiras, le dispuso en favor de aquella mujer, y aun le inspiró deseos de conocer mas á fondo á la jóven, que la noche antes le habia parecido una aventurera vulgar.

—Señora, dijo: no soy hombre que se deje llevar de impresiones pasageras. Lo que acabo de oir, me prueba que vuestra sobrina tiene un mérito raro en las mujeres: la generosidad; y estad segura que si mis relaciones pueden algo, y vuestro deudo es tal sugeto que merezca el interés que le manifestais, haré cuanto esté de mi parte en vuestro servicio.

—Quizá podais hacer mucho, caballero, repuso la dueña. Oh! Si yo tuviese una carta, una carta no mas para la señora duquesa de Lerma!...

—Hoy he de ver á esa señora. Qué quereis que la diga?

—Don Francisco, ¿puedo fiarme de vos?

—Señora! esclamó Quevedo resentido. Nadie os pide esa confianza.

—No lo tomeis á mal, repuso la dueña: se trata de la libertad de un caballero, que vale mucho. Pero no importa: vuesa merced ha sacado la espada en su defensa, sin conocerle, y quien tal hace no puede ser un traidor. Esperad un momento.

Doña Tomasa dejó solo á Quevedo por espacio de algunos minutos, y volvió trayendo de la mano á su sobrina doña Isabel, que en aquel acto hubiera podido servir de modelo á Murillo para idealizar la imájen de la pureza y del candor. La jóven estaba como turbada y confundida, sin atreverse á levantar la vista del suelo, y tan sonrojada como si tuviese vergüenza. Era hermosa en estremo, de suerte que el poeta quedó fascinado al verla.

—No tengas empacho, hija mia, en presentarte á este caballero, dijo la dueña. Tan atrevida para unas cosas, y tan tímida para otras. Anoche te reñí por lo que hiciste; pero ya no tiene remedio, y este caballero lo sabe todo y me ha prometido su apoyo. Dale las gracias.

—Señor don Francisco... balbuceó doña Isabel: yo espero que

hareis aun mucho mas de lo que ya hicísteis, no por mí, que nada merezco; sino por un personage tan digno de consideracion como lo es nuestro deudo el señor don Pedro Giron.

—Qué oigo! Aquel caballero de anoche era?....

—Sí: por él me espuse á lo que sabeis, y no me arrepiento.

Quevedo creia estar encantado. Encontraba en su aventura y en las palabras de la jóven un sabor de novedad y un placer que le arrebataban: su imaginacion las revestia con un colorido brillante, poniéndolas fuera del órden vulgar de los hechos y dándoles un deleite que solo él sentia por tenerlo dentro de sí mismo.

—No es, no, esta muchacha lo que me habia parecido, pensó: es un espíritu valiente para el bien, capaz de arrojarse á todo heróico peligro, como nuestras antiguas matronas.

Y bajo la impresion de estos sentimientos, no pudo menos de contestar:

—El sugeto es digno de cualquier sacrificio, y yo me felicito, señora, de haberos ayudado en esta empresa, no obstante que considero peligrosa toda intervencion en los negocios del duque.

—El peligro, caballero, acrisola el valor, respondió Isabel. Yo sé cuanto es el vuestro, de que anoche me dísteis pruebas, y las espero aun mayores.

Doña Tomasa, viendo á su sobrina en buen camino de negociacion con Quevedo, se apartó un poco de ellos para dejarles la libertad que los jóvenes necesitan, cuando quieren entenderse; y sin perderles de vista, fué á sentarse junto á una ventana y volvió á tomar su devocionario. Isabel aparentó aprovechar aquellos momentos, para decir á Quevedo en voz baja:

—Qué nuevas me traeis?

—Aquí está el pañizuelo, respondió nuestro héroe, dándoselo con disimulo.

Ella lo tomó rápidamente, y ocultándolo, espresó al jóven su agradecimiento con una pudorosa mirada.

—No esperaba yo menos de vuestra valentía, le dijo á media voz.

—Agradecedlo á mi astucia, y no á mi valor, repuso Quevedo. Pero sea como quiera, no podia yo hacer menos por agradar á la mas bella de las mujeres.

—Lisonjero sois.

—Mal me juzgais; pues tiénenme todos por desvergonzado, y no se engañan.

—Eso dicen aquellos, á quienes he oido hablar de vuesa merced, señor don Francisco, y tambien dicen que sois un escelente poeta.

—Sois franca y generosa. Envidia tengo al que ha de ser vuestro esposo.

Doña Tomasa se santiguó y comenzó á rezar el Oficio de la Vírgen, diciendo con acento gangoso á estilo de monja:

—*Deus in adjutorium meum intende!*—Y en seguida interrumpió el rezo y dijo á Quevedo:—Vuesa merced me perdonará, señor don Francisco, el que atienda primero á la devocion, que á la obligacion que os debo. Es tal mi costumbre, que no puedo faltar á ella. Isabelita suplirá mi desatencion.

—Sí, señora, sí, respondió el jóven poeta con tono lijeramente mordaz: estais perdonada y bien suplida.—Y añadió al oido de Isabel:—Como decia, es muy afortunado el duque, si os lleva por mujer.

—El duque! exclamó la jóven. Mi futuro esposo no es el duque.

—Pues no es vuestro amante?

—Oh! No. ¿Cómo quereis que tan alto personage se enlace con una doncella de escasa fortuna, aunque noble? Verdad es que suele hacer estremos de enamorado cuando me habla; pero yo no creo en sus palabras; pues sé que á todas las damas dice lo mismo. Le aprecio como pariente y como amigo. Mi futuro es otro, con quien he de casarme por obligaciones de familia, añadió la jóven dejando traslucir con estudiado candor que aquel matrimonio no era muy de su agrado.

—Comprendo, bella Isabel: os sacrificais á la obediencia.

—No, yo no he dicho eso, replicó la jóven, mirando como azorada hácia su tia.

—*Virgo, virginum præclara*... masculló la vieja, continuando su rezo.

—Dios te oiga! murmuró Quevedo: y volviéndose á Isabel la dijo: —Nunca me han parecido bien los casamientos por razon de

estado, y menos los de conveniencia de familia, como ahora se usan.

—Qué decís! esclamó la moza pareciendo escandalizarse. Una doncella honrada no tiene en esos asuntos mas voluntad que la de sus padres ó tutores.

—Hija mia, yo creo, por el contrario, que sin desobedecer ni faltar al respeto á los padres, conviene que una jóven se case con persona de su gusto y aficion. Lo demas es negocio de genoveses, en que la novia se da á cambio como si fuese mercaduría. Pero dejemos esto, si os place, y sepamos qué puedo hacer por vuestro protejido el duque; pues teniendo vos placer en ello, mi gusto será veros satisfecha.

—Podeis hablar al rey? preguntó Isabel.

—Si, puedo hablar á S. M. Pero no es el rey el mejor conducto para alcanzar gracia del rey.

—No lo comprendo.

—Yo si. Decidme lo que deseais, que lo demás queda á mi cargo.

—Pues bien, os contaré la verdad de lo sucedido. No ignorais que el duque es algo libertino.

—Eso no es un pecado muy grave en un hombre jóven.

—Parece que por apuesta quitó la dama á cierto caballero, que priva mucho con el señor duque de Lerma, y aquel caballero, en venganza, quitó á don Pedro varios oficios por medio de un decreto real y los dió á unos amigos suyos. Cuando el primer agraciado con uno de aquellos cargos se presentó á tomar posesion de él, mi señor primo le hizo apalear por mano de sus criados, diciéndole que llevase aquella encomienda á don Rodrigo. —Así se llama su rival.— De aquí resultó lo que no podia menos de suceder: el privado tomó por suya la ofensa, y se la regaló al rey, quien mandó que don Pedro saliese desterrado....

—Si, ya sé eso.

—Pues bien: yo he visto á varias personas, y un reverendo padre dominico me dió una carta para el confesor de S. M. He hablado á este, y me ha contestado que no pretenda imposibles, ni solicite favor para un sacrílego, que profana la casa de las vírgenes del Señor, y que tiene sobre su conciencia no sé cuantos delitos imagi-

narios. Esto prueba que la animosidad contra mi primo el duque es grande: solo una persona de talento como vos, y que tenga medios de introducirse hasta el privado, puede hacer que se temple la cólera de S. M.

—Teniendo el duque tan buena abogada, respondió galantemente Quevedo, se necesita ser un padre Aliaga para mostrarse áspero á vuestros ruegos. Yo nada os prometo; pero sí os aseguro que haré cuanto pueda para que seais complacida.

—No lo descuideis, pues urge mucho.

—Ahora mismo voy á Palacio, y esta noche, si me lo permitís, os traeré nuevas.

—Si, si: no os detengais.

Quevedo se despidió de doña Tomasa y de su sobrina la cual, apenas aquel se hubo ido, comenzó á reir como una loca, y á dar paseos por la sala cojeando y arrastrando un pié detrás del otro.

—No te burles de ese hidalgo, Isabelita, dijo la dueña: de todos nuestros amigos, él es sin duda el de mas provecho; y veo con gusto que no le has parecido costal de paja.

—No, no, respondió la jóven. Pero qué planta tiene con esos piés torcidos! Al verle tan galante y obsequioso no sé como he podido contener la risa. Es lástima que sea cojo y corto de vista, porque no es feo.

—Y sobre todo, querida mia, es hombre muy estimado en la corte: conviene que no se nos escabulla. ¿Entiendes?

—Entiendo, y perded cuidado, tia: está ya cautivo.... Jah!... jah! jah!... Qué Cupido! Menester es que no le vean hablar conmigo el doctor Chaves, ni los otros; porque descubre demasiado la hilaza. ¿Creereis que he tenido miedo de que le encontrase aquí mi primo el capitan?

En este momento llamaron á la puerta bruscamente, y se oyó la voz áspera de un hombre, que venia disputando con otro.

—Hablabas del ruin de Roma? dijo la dueña. Ya le tienes ahí. Abrígate la cabeza con esta toca y siéntate, que estás mala.

El page salió á abrir la puerta; pero se detuvo á una seña que le hizo con la mano doña Tomasa.

Momentos despues entraron en la sala el marido de Dorotea y su

primo el capitan; quien, quitándose el sombrero y bajándolo hasta arrastrar el ala, y llevando la mano izquierda en la cintura, doblada esta, y las piernas estiradas, se acercó á Isabel, y la dijo:

—Qué teneis, mi alma? Qué pena os acongoja?

Isabel lanzó un grito, y se levantó esclamando:

—Ah! sois vos, querido primo?

Y estendiendo los brazos hácia él, que acudió á recibirla en los suyos, se dejó caer de nuevo en su asiento como desmayada.

—Jesus! esclamó doña Tomasa, corriendo á socorrer á su sobrina. Qué es aquesto? Ya os lo habia yo dicho, que la alegría era capaz de matarla. Marina!... Dorotea! gritó haciendo aire á la jóven con un abanico. Acudid! Traed pebetes!...Traed aromas!... Pobrecita mia! está tan delicada, que la cosa mas pequeña la trastorna.

—Voto á Judas! profirió el capitan meneando la cabeza y revolviendo los ojos. Que un hombre haya escapado con vida de cien batallas y de cincuenta asaltos, para venir aqui á llorar lástimas!... Isabel!.. Doña Isabel!.. por el alma de Lutero, hija, no os vayais á morir, ahora que se ha firmado la paz en Vervins, y que el servicio del rey me deja tiempo para emplearme en el vuestro.

Marina y Dorotea habian acudido con pomos de esencias olorosas, que aplicaban al olfato de la melindrosa Isabel, y esta pudo al fin abrir los ojos y exhalar un tierno suspiro.

El capitan se arremangó los bigotes, se frotó las manos, y tirando el sombrero sobre una silla, fué á sentarse en un rincon, temeroso de que á su amiga le repitiese el accidente.

—No es la primera vez que esto me pasa, murmuró. En Amberes tuve que privarme de salir á la calle, porque las damas se caian muertas de repente, solo de mirarme á la cara.

—Mucho es eso, primo, le dijo Lupercio. Que se muriesen de miedo los franceses y holandeses, como cuentas, al verte enfadado, puede pasar; pero las mujeres....

—Menester es que lo creas, repuso bruscamente el capitan, ó ¡voto vá crispo, que te enseñaré á ser cortés!

—Haya paz, hijos! esclamó doña Tomasa. Tu primo tiene razon Lupercio: hay caras, y la suya es de esas, que sorprenden y ater-

ran como los rayos. Basta de reconcomio y no metais ruido, que dirán los vecinos que esta casa es algun garito. —Ea! Gracias á Dios que se le ha pasado el desmayo á la niña. ¿Quieres tomar algo, hija mia?

—No, nada, contestó Isabel.

Y dirijiéndose al capitan, le dió la bienvenida y las gracias por su regalo.

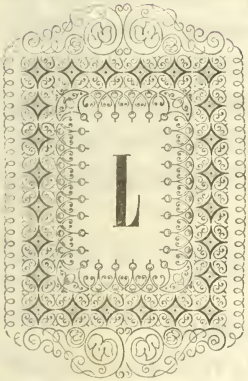
Doña Tomasa mandó despejar á los otros, y volviendo á sus devociones, dejó que hablasen solos el capitan y su sobrina.

El lector nos dispensará de repetir su conversacion íntima, que duró hasta las dos; hora en que entraron de visita un doctor, un licenciado, un músico italiano, un portugués y un padre predicador.

CAPITULO III.

QUE NO SIEMPRE AYUDA LA FORTUNA A LOS OSADOS.

Contaba una labradora
á un alcalde de su aldea
de la suerte que vió al Rey,
á las damas y á la Reina.
QUEV.—*Romance burlesco.*



A belleza de Isabel, y mas que esto su candor afectado, su aparente generosidad, que pudiera rayar en heroismo, y su fingida modestia cautivaron el corazon de Quevedo, sediento de tiernas emociones, llagado por el desenfreno y la codicia de mujeres venales, y entusiasta, como el de todo hombre de brios á los veinte años.

Así es que nuestro mozo iba pensativo, cual si en otro le hubiese trocado un poder mágico, mientras se encaminaba á Palacio.

Llevaba la acera derecha de la calle Mayor, y su distraccion era tanta que no reparaba en los transeuntes, algunos de los cuales chocaban con él involuntariamente. Hácia el comedio de la calle acertó á venir á su encuentro un arrogante jóven, cuyos vestidos nuevos de colores brillantes y forma especial revelaban á primera vista su calidad de capitan de los tercios de Italia: su rostro bello y

varonil estaba tostado por el sol de los campamentos, y su bigote retorcido indicaba presuncion de gallardía.

Este jóven siguió adelante, hasta encontrarse con Quevedo, y como advirtiese su distraccion, le dijo con altanería:

—Abrid paso!

Quevedo levantó la cabeza, y reparando en el capitan y en su actitud altiva, le asió de la manga de la ropilla impeliéndole hácia el medio de la calle y contestando:

—Por allí, si os place, señor oficial.

—Cómo se entiende! esclamó el capitan. Ha de ser por aquí.

—Os digo que no ha de ser!

—Lo dirá la espada, replicó el capitan empuñando.

—Esa es la mejor razon, dijo Quevedo, poniéndose en guardia con la velocidad del relámpago.

La calle Mayor estaba llena de gente: las mujeres echaron á correr asustadas; pero se volvieron luego, movidas de curiosidad, á mirar desde lejos la imprevista lucha: los hombres, por el contrario formaron un ancho semicírculo, y sin pensar en despartir á los contendientes, se pusieron á verlos pelear, como pudieran hacerlo en un reñidero de gallos. La costumbre convertía en un acontecimiento vulgar aquel acto medio caballeresco, medio bárbaro.

A los primeros encuentros conoció el capitan, aunque valiente y consumado espadachin, que su contrario no le cedia en ánimo y destreza; y aplaudiendo ambas dotes, cuidó de resguardarse de sus golpes mejor que hasta entonces lo habia hecho.

—Cubríos, cubríos bien, le dijo Quevedo; pues si yo hubiese querido, estariais ya en camino para calavera.

—Hola! Presumís de caballero? repuso el capitan.

—Y os probaré que lo soy, concediéndoos la vida. Tres suertes os quedan que jugar. Tened cuidado con la cuarta.

—Guardaos de esta, replicó el capitan tendiéndose á fondo.

Pero Quevedo habia previsto la estocada, y se la quitó con una limpieza tan graciosa, que arrancó aplausos á los espectadores.

—Buen puño teneis, hidalgo, dijo el capitan retrocediendo un paso y disponiéndose para una nueva acometida, que fué tan infructuosa como la primera.

Quevedo dejó pasar otra suerte, y á la cuarta enroscó la espada del capitan, haciéndosele saltar de la mano, y le hirió levemente en el hombro, diciéndole:

—Nada mas que eso.

—Vuestro es el paso, dijo el capitan, retrocediendo con ligereza y cubriéndose con la mano el rostro amoratado de vergüenza.

—Tomadlo vos, que os lo cedo, le contestó nuestro poeta, envainando la espada y recogiendo la de su contrario, que le presentó cortesmente por la empuñadura.

El capitan la tomó con la mano izquierda y tendió la derecha á Quevedo en ademan amistoso.

—Me habeis vencido, le dijo, y me habeis ganado el corazon. En todo tiempo y lugar, disponed como mejor os plazca de Juan Rodriguez, capitan de los tercios de Nápoles, á las órdenes del señor conde de Lemos.

La muchedumbre de curiosos aplaudió esta hidalga reconciliacion, como habia aplaudido la destreza en el combate de los dos jóvenes, mientras Quevedo hacia á su leal adversario cumplimientos análogos á los suyos.

Despues de este lance, que da una idea del carácter pendenciero y arrogante de los españoles en la época de nuestra historia, Quevedo siguió su camino y entró en Palacio, á tiempo que salia el rey por la puerta del parque, donde habia determinado pasar la tarde cazando, ó viendo cazar conejos. El sucesor del rayo de la guerra, Cárlos V, y del enérgico y sombrío al par que laborioso Felipe II era un príncipe débil, devoto y apocado, sobre cuyos hombros pesaba, como una montaña de plomo, la inmensa balumba de la mas vasta monarquía de los tiempos modernos. Rey jóven y absoluto, sin talento ni fuerza moral, era una nulidad para el gobierno de tan dilatados dominios: para regirlos necesitaba descansar en otros hombres, á cuya merced entregado, su omnímodo poder se convertia en ludibrio de ellos, en descrédito de su corona, y en menoscabo del bien público. Felipe III probó en su reinado, que no bastan y aun pueden ser dañosas las virtudes domésticas de un monarca para la grandeza y felicidad de una nacion, si las instituciones políticas se oponen á la buena y recta administracion de la república.

Pero no adelantemos un juicio, que los acontecimientos podrán desarrollar cumplidamente.

Quevedo no vió salir al rey: sin detenerse en el cuerpo principal del palacio, donde no encontró mas personas que algunos oficiales de la guardia tudesca ó alemana, de los que daban aquel dia el servicio á la reina, subió al cuarto de las meninas, y viendo cerradas las puertas comenzó á pasearse pensativo por la galería: deseaba encontrar alguna jóven de la servidumbre real, que le diese noticias de la duquesa de Lerma.

Estando en esto indeciso, oyó el ruido de abrir una puerta y se volvió á mirar quien salia; pero al punto hizo un gesto espresivo de descontento, viendo aparecer á una dueña, espetada y grave, la cual, mirándole con aire de superiora, le dijo:

—Qué buscais en estas regiones, mansion selecta de la pristina inocencia?

—Dueña y culta!... Malo! murmuró el poeta. Ya nada bueno puede sucederme hoy.

—Responded, bípedo másculo.

—Respondo, bípeda latinizante: busco los albores matutinos de la beldad naciente y candorosa, que con claro fulgor chorrean amaneceres, para que ilustren mi ofuscado intelecto; y hallo las tinieblas del Báratro entre albas tocas: Mas, por si no entendeis la gerigonza, os diré en lengua racional, mi respetable dueña, que deseo encontrar una muchacha castiza y llana, sin latin culto ni malicia recóndita, que me informe de lo que necesito saber.

—Y qué es lo que necesita saber el pedituerto malhablado? repuso la dueña agriando el gesto.

—Necesitò saber si está en palacio mi señora la duquesa de Lerma, y necesito que la informen de mi venida. En cuanto á lo mal hablado consiste, mi amable Quintañona, en que no me pongo quirotecas en la lengua.

—Sois insolente; y yo, doña Remigia de Quincoces, guardadamas de S. M., os mando y ordeno volver el dorso, y salir de aquí, *sine remisio*.

—*Ne*... mi señora doña Remigia.

—Cómo que no? Saldreis *sine remisio!*

— *Ne*, repito amable latinimanca.

La dueña irguió el cuerpo haciendo con él un arco hácia atrás; y estendiendo el brazo derecho con fuerza nerviosa, gritó:

—Salid!... Salid!...

—*Sine remisione*, señora? No me conoceis? preguntó el poeta.

—Demasiado, señor libertino: demasiado! Sois el que siempre fuisteis, desde que infante párvulo haciais remangos y frailecitos en las sayas de las dueñas honestas, para dar que reir á damiselas pizperetas y libidinosas: el mismo sois que, apenas púbero, componiais motetes y coplas en elogio de las marilindas, y epígramas contra las venerables ancianas.

—El mismo soy, señora, repuso Quevedo. Mas no por eso me tengais ojeriza y rencor, ni me juzgueis severa: amo la juventud, respeto la ancianidad sensata y virtuosa; contra los vicios y sandeces de todas las edades se desata mi lengua. Remediarlo no puedo, que es efecto natural de esta pícara condicion mia: pero os prometo enmendarme el dia que no hableis culto.

—A qué llamais hablar culto? dijo la dueña. Ni qué teneis que motejar, gran desatento, en el estilo sublime de una dama; que no quiere ni debe espresarse con insólita rusticidad?

—Nada, señora, nada: eso es irremediable como lo mio: está en la sangre, contestó Quevedo. Así, dejémoslo correr, y hacedme la merced de avisar á la señora duquesa, que aguardo sus órdenes.

—Ha creido el doctorzuelo, que doña Remigia de Quincoces, guardadamas de S. M. está aquí para pasar recados suyos?

—Hágalo vuesa merced, ó mande hacerlo, que yo le pagaré el favor con un soneto.

—Id allá mucho con Dios! replicó la dueña volviendo la espalda. Sonetitos á mí!...

—Haréla un epitafio en culto, dijo Quevedo siguiéndola.

—Héme muerto acaso, don coplero?

Quevedo no contestó: vió una hermosa niña de siete á ocho años, que subia del cuerpo principal, y corriendo hácia ella antes que la dueña pudiese impedirlo, la dijo lo que deseaba.

—Sereis servido, insigne poeta, le contestó la bella criatura; y retrocedió al momento.

—Escuchad, atended, oid, doña Maria! gritó presurosa la dueña. ¿Quién os permite, sin mi beneplácito... ¿No me atiende?... A ver!... A ver!... Doña Maria!... Niña!...

—No penseis ya en eso, vetustísima señora: la niña es viva como una centella, y amable como un ángel. Ella y vos sois los polos ártico y antártico, el alfa y el omega, el *initium* y el *finis* de este mundo palaciano: vuestros pies son mas torpes que los mios, y no podrán seguir á mi linda *Mirena*... Rabiad... rabiad, que ese es vuestro oficio. No tendreis ya, ni soneto, ni epitafio; pues solo mereceis una sátira.

La dueña miró á Quevedo con ojos venenosos, espresando su rostro todo el ódio que le tenia, y se alejó murmurando:

—Yo te confundiré, protervo!

El poeta no hizo caso de su impotente ira, y bajó á la galería principal, donde no tardó en aparecer la niña, cuya presencia daba regocijo á la vista: era doña Maria Enriquez (así se llamaba) el regalo de la corte por su vivacidad, por sus gracias inocentes y estraordinaria belleza: huérfana de padre y madre, y perteneciendo á una de las familias mas distinguidas, alcanzaba por esta doble consideracion el afecto de todos, haciéndose merecedora de él con su dulce carácter y su fina agudeza. Quevedo la queria mucho, y ella no menos le apreciaba: siendo mas chiquita, frecuentemente la habia sentado él en sus muslos, para contarle cuentos de princesas encantadas, contemplando sus ojos rasgados y despiertos y su linda cabecita rubia, capaz de inspirar á Milton sus mas espirituales cantos.

—Venid, señor Quevedo, venid, dijo la niña: la señora duquesa está sola.

Y precediéndole con mucha ceremonia, como pudiera hacerlo una dama, le introdujo en una cámara inmediata á la de la reina, donde efectivamente le aguardaba la duquesa de Lerma, doña Catalina de la Cerda.

—Mucho habeis tardado, amigo, le dijo la duquesa. Tomad asiento.

—No es culpa mia, señora, que haya en el mundo importunos y dueñas, contestó Quevedo. Hace dos horas que, por mi voluntad, debiera estar á las órdenes de vuecelencia.

—Poco se ha perdido, repuso la ilustre dama. Hubiera estimado, sin embargo, que os halláseis aquí á la hora de levantarse S. M.; porque, teniendo presentes los méritos de vuestra buena madre y los servicios de vuestro padre, quiere el rey que asistais en su corte; y el duque mi esposo habria tenido ocasion de presentaros.

—Siempre fuísteis, señora, bondadosa conmigo, mas de lo que merezco. Y ya que estais de gracia, me atreveré á pediros una, que confio en que os será muy estimada y agradecida.

—Una gracia? Decid.

—Deseo, señora, que intercedais por el señor don Pedro Giron, para que se le alce el destierro y se le devuelvan sus bienes.

—Me pedís una cosa fácil de hacer, Quevedo; pero acaso imposible de alcanzar. ¿Conoceis bien al duque de Osuna?

—Señora; una vez le he visto, y presumo que no he de reconocerlo, si le encuentro en la calle.

—Sereis vos, acaso, el que anoche peleó á su lado cerca de mi huerta?

—Ya lo sabeis?

—Si, me lo han contado; y os aconsejo que no volvais á tomar parte en los asuntos del duque.

—Señora, sea el duque, sea otro cualquier caballero quien se encuentre en igual caso, me hallará siempre á su lado. No cabe en pecho hidalgo la indiferencia, cuando un hombre de valía va á ser asesinado por cinco ó seis jayanes.

—¿Qué me decís? Pues no fué el duque quien buscó la pendencia, insultando á un capitan tudesco, á quien dió muerte?

—No sé si era capitan tudesco el enmascarado que acometió al duque, auxiliado por cuatro guapos valentones, señora; lo que puedo afirmar; pero solo á vuecelencia en confianza y con reserva es, que yo lo ví todo, y el duque no hizo mas que defender su vida, traidoramente amenazada.

—Esplicadme todo lo que pasó; pues se hacen graves cargos al duque por esa muerte.

Quevedo refirió á la dama, como yendo á retirarse á su casa, habia visto algunos hombres sospechosos que espiaban á una mujer, cuyo nombre calló, y que siguiéndola receloso de alguna maldad, vió á esta poco despues hablando con un caballero, á quien, segun supo luego, informaba del mal estado de un negocio en la corte; que estando en esto, el caballero fué acometido por cinco espadachines, y que no pudiendo él sufrirlo, se arrojó á defenderle como era debido.

—Si resultó un hombre muerto, concluyó diciendo, su pecado pagó, señora, y aquello fué justo castigo de su alevosía. Quien culpe al duque, no puede ser hombre de honor, ó está mal informado.

—De todos modos, repuso la dama, el duque es culpable de desobediencia; puesto que, debiendo permanecer á veinte leguas de la corte, ha osado presentarse en el Prado de San Gerónimo. Podrá no ser reo de la agresion que se le atribuye; pero indudablemente la hubiera evitado no viniendo á donde le está prohibido.

—Señora, no trataré de disculpar al duque en esa parte: os diré, sin embargo, que estoy tan comprometido como su escelencia en el lance de anoche, y que, segun colijo de algunas circunstancias inexplicables, aquello fué una emboscada, un lazo tendido por la enemistad y el encono.

—Es posible; pero no defendais al duque: su vida licenciosa le atrae tales odios.

—Es decir, señora, que en vuestro juicio, no merece perdon un caballero de sus prendas, por ser demasiado galanteador? Preferibles son estos á las aguas mansas.

—Cómo se conoce, repuso la duquesa, que sois del mismo barro que don Pedro!

Quevedo se encojió de hombros, y replicó desentendiéndose de la alusion:

—Don Pedro es un personage que puede valer mucho, bien lo sabeis; y que no olvidará jamás un beneficio, sobre todo, si es hecho por una dama de vuestro mérito.

—Adulador!... Está bien: yo veré de aprovechar una ocasion propicia para hablar en obsequio del duque; pero es menester que pase la borrasca. Decidle, si le veis, que se retire y aguarde, hasta

que sus cosas puedan darse al olvido, y que descuide; pues le tendré presente.

—Me haceis un favor inmenso, señora mia, contestó Quevedo inclinándose cortesmente.

La duquesa se levantó: el jóven poeta dió un paso para retirarse, repitiendo el saludo; pero la dama le detuvo diciéndole, como quien se acuerda de una cosa olvidada:

—Esperad: tenia que daros un encargo. La fama de vuestro ingenio poético ha llegado hasta la soledad del claustro; y una señora, á quien debió mucho vuestro padre, desea tener alguna muestra de ese precioso don que os ha concedido el cielo. No dudo que podreis satisfacer su deseo.

—Con mucho gusto, siendo vos quien me lo manda, y siendo esa señora, como presumo, la emperatriz doña Maria.

—Presumís bien, repuso la duquesa. Hacedlo, y que sea pronto.

—Dadme asunto.

—*El Padre nuestro* glosando.

—Cuándo lo quereis?

—Mañana.

—Sereis servida.

La duquesa despidió á su protejido con mucho agasajo, y se retiró, entrando en la cámara de la reina.

Quevedo salió á la galería, y dijo hablando consigo mismo:

—El Padre nuestro!.... Para esto me necesitaba ella, y por lo tanto lo habia olvidado... Los recuerdos á última hora son como las postdatas de las cartas, en que se dice lo principal, como cosa impensada.

Meditando asi, llegó hasta uno de los balcones que daban al parque, y vió al jóven rey don Felipe, que estaba á la sombra de unos árboles, mirando cazar á sus cortesanos: un personage de edad provecta, delicado de miembros, fino de rostro y de apariencia benévola y apacible le acompañaba solo, en quien el poeta reconoció desde luego al favorito don Francisco de Sandoval, duque de Lerma.

Los brillantes trages de los cortesanos, el oro y la seda, las magníficas plumas de ambas Indias deslumbraban los ojos á la claridad refulgente del dia. Quevedo contempló algunos momentos aquella

turba de gente ociosa y opulenta, y volvió á murmurar:

—El Padre nuestro!... Quiere la duquesa que yo rece para ella, ó para su marido?... Voy á probar si puedo.

Y mirando fijamente al rey y á sus allegados, recitó este soneto:

Padre nuestro y señor, rey don Felipe,
Tercero en nombre, y en el trono cero,
Que en los cielos estás, á lo que infiero,
Pues dejas que otro tu caudal disipe;
No es justo que tu pueblo se destripe,
Sudando el quilo por juntar dinero,
Para que tanto vago y lisonjero
Engorde y crezca, y regoldando hipe.
Santificado ser puede tu nombre,
Si nos libras de orugas y lagartos,
Que al «venga á nos tu reino» rinden culto,
Sea tal tu voluntad, que hundiendo asombre
A los que así en la tierra viven hartos,
Como en el cielo son del cielo insulto.

—Muy bien, Quevedo, muy bien, dijo en esto un personage, que se habia acercado de puntillas á nuestro héroe, durante su monólogo. Muy bien: ¿estábais haciendo versos? Repetídmelos! Serán muy graciosos: ¿no es verdad?

—No es verdad: estaba rezando, contestó Quevedo.

—Rezando, eh? Y á qué santo?

—Rezaba por que Dios libre al rey nuestro señor y á sus reinos de sabandijas roedoras.

—Oh! Muy bien hecho! Muy bien hecho!... Y qué me contais de nuevo?

—No sé nada.

—Cómo no! Pues no habeis oido?...

—Nada.

—Lo del duque de Osuna...

—Qué?

—S. M. ha mandado prenderle.

—De veras? preguntó Quevedo con interés. Y está preso?

—No se sabe. Pero S. M. lo ha mandado. Es muy bien hecho.

— Si lo ha dispuesto el rey... murmuró Quevedo. Pero, añadió mirando por la ventana y señalando al parque, ved allí un caballero, que, si no me engaño, es el duque en persona, y está hablando con S. M.

— Decís bien! Es él: y habla con S. M. No os parece que es muy bien hecho?

—Me parece como lo otro, repuso el poeta. Dejadme observar.

El rey se habia separado un largo trecho de sus cortesanos, y del duque de Lerma, que á la sazon se entretenia en perseguir una pieza levantada por sus amigos. Mientras don Felipe se paseaba solo, don Pedro Giron, que estaba oculto en el parque, aguardando una ocasion de poder hablarle sin testigos, habia salido á su encuentro, y se esforzaba por hacerse escuchar.

No era posible oir su conversacion; pero se adivinaba perfectamente la situacion de ambos personajes. El duque se mostraba suplicante sin bajeza ni humillacion; el rey temblaba y retrocedia, volviendo á uno y otro lado la cabeza, como si desease pedir auxilio y no se atreviese á dar voces. El duque desenvainó su espada en ademan de rendirla á los piés del monarca, para inspirarle confianza en su lealtad y sanas intenciones; pero don Felipe interpretó mal este movimiento, y gritó involuntariamente.

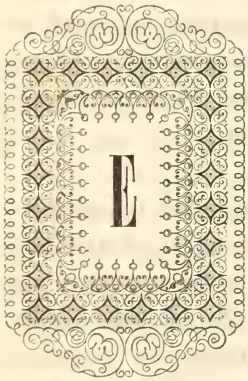
— Traicion!... Traicion!

Al momento acudieron los cortesanos, y con ellos un caballero gigantesco, vestido con deslumbradora magnificencia, el cual sacó la espada y se puso á la cabeza de la escolta de mosqueteros que habia bajado acompañando al rey. Don Pedro Giron, sorprendido aun con el acero desnudo, fué detenido y desarmado en el acto, y aquella misma noche se le condujo preso al alcázar de Segovia.

CAPITULO IV.

EL FAVORITO DEL FAVORITO DEL REY.

« Yo escribo en el fin de una vida.... de un monarca,
« que acabó de ser rey antes de empezar á reinar. »
QUEV.—*Grandes anales de quince dias.*



L hombreton magnificamente vestido, que se puso á la cabeza de los mosqueteros para prender al duque de Osuna, cruzó aquella noche la calle de Segovia, embozado en un ferreruelo largo de seda, y subiendo una de las empinadas cuestas del barrio de la Moreria, se encaminó á un casaron antiguo y desmantelado, que dominaba en aquella altura mucha parte de la villa y de la vega, como una fortaleza. La mitad de esta casa era un corralon de irregulares formas, cuyo lado oriental, edificado á manera de chozas adheridas al muro, servia de albergue á un aduar de gitanos y á otras gentes de mal vivir : la otra mitad se elevaba como una pesada torre morisca, con escasas luces á la parte occidental.

Nuestro embozado registró con la vista las inmediaciones de la casa, y dejando atrás la puerta principal, abierta dentro del corra-

lon mismo, se volvió y dijo á un criado, que á corta distancia le seguia :

—Quédate aquí, Vangest, y si ocurre novedad, avisa.

Vangest era un flamenco, tan corpulento como su amo, y hombre de buen temple, á juzgar por su serenidad impasible y su grave calma : obediente á la órden que acababa de recibir, dió un resoplido con las narices al modo de un cerdo, requirió la espada y un par de pistolas de arzon que llevaba en el cinto, bajó un poco el ala del sombrero, y arrimó los lomos á una esquina. El caballero dió la vuelta al edificio, y acercándose á una puertecilla baja, que parecia estar condenada, sacó una llave y la abrió ; pasó adelante y la cerró por dentro. En seguida comenzó á subir á tientas una escalera empinada y estrecha, y siendo grande la oscuridad, gritó con impaciencia y enfado :

—A dónde andais, maese Juara, ó maese diablo? Sacad luz, grandísimo judío. ¡Pesia mí, que si me rompo una costilla, os romperé doce á buena cuenta!

Nadie respondió, y el caballero tuvo tiempo de subir dos tercios de la escalera, tropezando y gruñendo, antes de ver ningun indicio de que la casa estuviese habitada. Por último divisó alguna claridad hácia lo alto, y oyó arrastrar unos pasos, como de piés con chinelas en chancleta, y una voz que decia :

—Quién anda ahí?

—Gracias á Satanás, vuestro amo, que os dignais dar señales de vida! contestó el caballero. ¿Estábais haciendo algun conjuro para que Belial venga en vuestra ayuda y os defienda de mí?

—Señor don Rodrigo de mi ánima! exclamó Juara sacando á la escalera una lamparilla, y alumbrando, mientras con la mano izquierda se hacia una pantalla delante de los ojos.—No esperaba yo la dicha de recibir esta noche á vueseñoría en mi pobre choza. Ya se vé: como teneis salvoconducto para entrar en ella sin prévio aviso!...

—Qué, os pesa de ello? Prestad paciencia.

—No digo tal, repuso Juara. Vueseñoría es muy dueño de mi casa y persona.

Don Rodrigo entró, precedido por el atento huésped en una espa-

ciosa cuadra, á manera de desvan, en cuyas paredes habia unas tablas con vasos y redomas de todas dimensiones, que contenian licores verdes, rojos y amarillos; veíanse allí además trozos de azufre en piedra, y de otros minerales, manojos de varias y diferentes yerbas, animales feos disecados, morteros, destilatorios y demás instrumentos destinados al ejercicio de la química y farmácia.

Juara puso la luz encima de una mesa, y acercando un sillon de baqueta á don Rodrigo, se cruzó el ropon de escarlata que llevaba puesto, dejó á un lado la caperuza, descubriendo su cabeza calva, y aguardó en pié.

Don Rodrigo tomó asiento sin descubrirse ni desembozarse, y mirando á un libro de grandes dimensiones que estaba abierto sobre la mesa, dijo:

—Con tanto estudiar, aun no habeis aprendido el arte de servirme tan bien como yo os pago.

—Señor, respondió Juara humildemente. Uno pone los medios de cumplir bien con quien debe; pero el diablo todo lo enreda.

—Entonces, ¿cuál es tu poder, hombre infame? Si no puedes mandar al diablo, para nada te necesito: yo me basto y me sobro para mandar á los hombres. Pero no se trata ahora de tus infernales artes: ayer te pedí cuatro guapos de prueba, hombres de pelo en pecho, capaces de habérselas con Lucifer en persona, y me enviaste cuatro gallinas, cuatro miserables, que no sirven para demandaderos de monjas.

—Os juro, señor, que busqué lo mas granado del oficio; pero, como no llevaban un gefe propio, y el que les dísteis cayó á los primeros encuentros, ellos temieron enfrascarse demasiado... y que la Justicia...

—Temieron, tú lo has dicho, repuso don Rodrigo.

—Es cierto, replicó Juara. Sin embargo, no tendreis queja de mí; pues lo que mis valientes no pudieron, lo hará *el otro:* y presumo que, á estas horas habrá conocido vueseñoría que no me olvido de sus cosas.

—Qué quereis decir?

—¿No está preso el duque? preguntó Juara en tono afirmativo.

Don Rodrigo le dirigió una mirada aterradora; pero el hechicero no se inmutó.

—Sentaos, señor Francisco de Juara, dijo el caballero al cabo de algunos momentos de silencio, dulcificando la voz y la mirada. —¿Quién os ha dicho que sea duque, ni príncipe la persona consabida?

—Mi vivo afan por complacer al señor don Rodrigo Calderon, respondió Juara.

—Quizá os equivoqueis en el modo de complacerme.

—Bien puede ser. ¿No es el duque vuestro enemigo?

—No hablo de eso, replicó don Rodrigo: ¿quién os mete á indagar lo que yo no quiero deciros?

—Perdonad, señor, repuso el hechicero. Yo no he pensado en averiguar el nombre, ni la calidad de la persona: únicamente he mandado á los que me obedecen, que pusieran á vuestra disposicion el sugeto que os ofende, y lo lleváran por sus pasos á lugar de perdicion; y como he sabido el suceso de esta tarde en el parque de Palacio, esto me ha hecho presumir que el mencionado sugeto fuese el duque. Por lo demás, nada temais de mi indiscrecion, pues nuestros pactos son bastantes á sellar mis labios, aunque solo sea por no tener en qué entender con el Santo Oficio.

Esta esplicacion, absurda en nuestros dias para las personas que piensan, era en aquel tiempo todavía irrecusable. Don Rodrigo no puso en duda que su confidente Juara hubiese evocado los espíritus malos, para obligar al duque de Osuna á caer en manos del rey: la ambicion descomedida de aquel mozo le habia cegado el entendimiento hasta el punto de que, cediendo á las preocupaciones de la época, firmase por la mediacion del hechicero un pacto con el diablo, á fin de que este le remontára á los mas elevados puestos de la fortuna. Por consiguiente existia entre ambos una comunidad de intereses para guardarse recíprocamente el mayor sigilo en todas sus cosas.

—Bien está, dijo el favorito del duque de Lerma. No se hable mas de eso.

Y sacando un bolsillo de dinero, lo puso sobre la mesa, y continuó:

— Aquí teneis los doscientos ducados ofrecidos, aunque vuestros hombres merecian doscientos azotes cada uno. Vamos á otro asunto.

— Como gusteis.

—Necesito quitarme de encima algunas moscas pegajosas. Es decir, añadió en seguida el jóven favorito, corrigiendo su frase:— Quedan todavía cerca de S. M. personas tercas, que estorban al señor duque de Lerma, y como los intereses de este ilustre magnate son los mios y aun los vuestros, conviene ver el modo de que esos majaderos no puedan molestarnos. Adivinais por quienes lo digo?

— Si, señor; creo adivinar que se trata de los consejeros de Estado Loaisa y Vazquez y del inquisidor general don Pedro Portocarrero; porque Mora y el conde de Chinchon creo que ya se marcharon.

— Justo: Loaisa y Portocarrero son los contumaces. Vazquez no se mete en nada, y como es tan viejo y el rey le respeta, no conviene tocarle. Pero los otros quieren sobreponerse al duque, y en particular el inquisidor general, que es hombre turbulento y peligroso.

— Mucho que lo es, contestó Juara.

— Pues bien: no conoceis algun medio?...

— Sí, hay muchos. Pero la violencia es aventurada...

— Eh! No se trata de eso, pardiez! prorumpió don Rodrigo con impaciencia. Un medio suave, pero eficaz... Una cosa que no la sienta la tierra... Unas calenturas, un demonio que se los lleve.

— Pensaremos en ello.

— Es que no tenemos tiempo que perder.

— Corriente, señor, corriente; pero estas cosas quieren calma, y sobre todo buenos confidentes. ¿Habeis pensado en esto?

— Confidentes! repuso el jóven ambicioso. No me gusta confidenciar mas que con mi almohada, y todas las mañanas la vuelvo, lo de arriba abajo.

— Pues entonces... ¿cómo hareis?...

— Veo que no sirves para nada. No puedes clavarles en el cora-

zon una espina que los consuma? O es una pura patraña lo que cuentan de vuestros hechizos?

—Ah! Quereis que les dé hechizos?

—Si; pero seguros.

—Los hechizos mas seguros son los que se toman por la boca, replicó el maligno hechicero. Por lo tanto, señor, es menester valerse de algun sugeto...

—Cuidado con eso!

—No tengais recelo. Pagando bien, se encuentran hombres para todo, y yo los tengo de confianza.

—Como los pasados?

—No señor: aunque ninguno de esos dirá esta boca es mia.

—Cuánto se necesita?

—Vos mismo podeis calcular. Se trata de dos consejeros de Estado, y uno de ellos príncipe de la Iglesia: es muy grave el negocio.

—Serán bastantes quinientos ducados?

—Es poco. Si fuese asunto de vueseñoría....

—Doblad la suma. Pero advertid bien, que si mi nombre ó el del duque llegan á sonar para algo en esta empresa, yo tambien sé encontrar hombres para todo.

—Vivid tranquilo. Yo no deseo mas que la prosperidad de vueseñoría; y estoy seguro que ha de ser la mas grande que se haya conocido en el mundo.

El jóven se levantó, dió un paseo por la estancia y volviendo á pararse en frente de Juara, le preguntó:

—Conocísteis á mi madre, cuando estaba en Flandes el duque de Alba?

—Hace de eso mucho tiempo, respondió Juara calculando sus palabras, como solia hacerlo cuando no penetraba la intencion de quien le hablaba.

—Si, repuso don Rodrigo: hace veinticinco años que yo estoy en el mundo, y os pregunto precisamente de uno ó dos antes de mi nacimiento.

—Efectivamente, contestó el hechicero; conocí entonces á vuestra señora madre: por cierto que era persona muy cristiana y virtuosa, y de una de las familias mas principales de aquel país.

—No es nada de eso lo que necesito saber: ¿no recordais haber oido decir, si el duque de Alba la visitaba? Si tenia con ella relaciones de intimidad?...

—Nunca oí á nadie hablar mal de vuestra madre.

—Tengo en eso mis miras, replicó el jóven. Yo sé que mi nacimiento es un misterio, y me conviene aclararlo. Pero guardad el secreto.

—Si quereis, dijo el hechicero, pudiéramos hacer una prueba, evocando lo pasado.

—Se puede averiguar con certeza por ese medio, quién fué mi padre? preguntó don Rodrigo mostrando en el fuego de sus ojos la gran soberbia y la ambicion que poseian su espíritu.—Pero no: mejor es dejarlo, añadió en seguida. Otras pruebas hay mejores, ó mas convincentes.

—Vueseñoría puede hacer lo que mejor le parezca, repuso Francisco de Juara, clavando en el jóven sus ojillos de zorra. Pero, ¡quién habia de pensar!... Yo, al menos, he creido siempre que érais hijo del señor Francisco Calderon, valiente soldado y hombre de honesta vida y costumbres.

El ambicioso mozo frunció el ceño, al oir el nombre y condicion de su verdadero padre.

—Ciertamente, continuó el astuto Juara, que al ver en vueseñoría tan elevados pensamientos, tan noble ambicion de grandeza en tan pocos años, no puede uno menos de pensar que corre por sus venas una sangre mas principal que la de un oscuro soldado. Yo, en lugar de vueseñoría, no tendría inconveniente en hacer la prueba.

—No, no quiero hacerla, contestó con precipitacion don Rodrigo, porque no podia dudar de quien era hijo. Pero dudando en seguida de la virtud de su madre, añadió:—Si yo estuviese cierto de ello, y pudiera presenciar la prueba el Condestable ó su hija.... Sin embargo, prosiguió paseándose con agitacion:—hagámosla, Juara: hagámosla ahora mismo.

—Ahora mismo es imposible, señor, respondió el hechicero. Es necesario antes preparar algunas cosas: he de saber primero si los que yo trato tienen poder sobre los espíritus, ó al menos sobre las

sombras de vuestros señores padres. Todo esto requiere algun espacio, y operaciones complicadas.

—Pues bien, será otro dia. ¿Cuándo os parece que podrá ser? preguntó el jóven.

—El primer sábado á media noche.

—Convenido. Hacedme luz.

Dichas estas palabras, don Rodrigo se encaminó á la puerta del aposento. Juara tomó la lamparilla, y bajó detrás alumbrando hasta la mitad de la escalera.

Vangest, cansado de hacer la centinela, esperando arrimado á la esquina, se habia deslizado poco á poco, cediendo á la ley de la gravedad, hasta dar con su cuerpo en el suelo, y roncaba como un lechon, cuando salió de la casa don Rodrigo. Este le llamó por su nombre, y no recibiendo contestacion, se acercó á él y le dió un puntapié diciéndole:

—Arriba, gandul!

El flamenco abrió los ojos, se desperezó y dijo con acento gutural:

—Quién va!

—Nadie va, ni viene, animal, repuso con altanería el jóven. ¿Es así como me guardas las espaldas?

Vangest acabó de despertar, y siguió á su amo bajando la cabeza.

A la mañana siguiente, en una sala modesta de una casa de la calle del Niño, se paseaba Quevedo con inquietud: tenia una pluma recien cortada entre los dedos, y se daba de cuando en cuando golpes en la frente, con la fé de Moisés cuando hizo brotar de la peña el agua milagrosa. En un estremo de la sala estaba su amigo Adan de la Parra, sentado á una mesa atestada de libros en desórden, muchos de ellos abiertos; los mas eran tratados acéticos y religiosos. Tambien Adan tenia preparada otra pluma y papel delante, guardando la inspiracion del poeta.

Este se paró de pronto, y acordándose de unos versos de Lope de Vega, esclamó:

«Un soneto me manda hacer Violante,
«Y en mi vida me he visto en tal aprieto!...»

—Adan, sé mártir por hoy. No sé como empezar: mi cabeza no está para esto: yo escribiria muy bien ahora un idilio, veinte sonetos como los del Petrarca á su amada, una epopeya de amor. Pero esta glosa, no puedo. Necesitaría para ello desechar las ideas profanas que me dominan.

—Fácil es desecharlas, respondió Adan. Pensad en que esa doncella que os ha cautivado, será una de tantas.

—Calla!... Calla!... No cortes en flor mis esperanzas: déjame creer: deja que me reconcilie con ese bello encanto de la vida á quien llaman mujer. Esta noche he soñado con ella: ¿Lo creerás Adan?

—Lo creo: sois pecador incorregible. Ellas os darán el pago.

—Adelante, repuso el poeta. Léeme, Adan, un trozo de las Confesiones de S. Agustin.

Adan tomó el libro, lo abrió al acaso, y comenzó á leer. Quevedo le escuchó atentamente al principio; pero poco á poco se distrajo, y mientras su amigo leía, él prorumpió murmurando:

«Es hielo abrasador; es fuego helado;
Es herida, que duele y no se siente;
Es un soñado bien; un mal presente;
Es un breve descanso muy cansado:
Es un descuido, que nos da cuidado;
Un cobarde con nombre de valiente;
Un andar solitario entre la gente;
Un amar solamente ser amado.
Es una libertad encarcelada,
Que dura hasta el postrero parasismo:
Enfermedad, que crece si es curada.
Este es el niño Amor; este es su abismo»...

—Amor y abismo! repitió Adan, que hacia unos momentos habia cerrado el libro. ¿Escribo eso?

—No, amigo, no, contestó Quevedo: y si algun dia llegas á ser inquisidor,—que de menos se hacen,—ten la bondad de no acordarte de esta profanacion. No es mia la culpa, sino de quien manda hacer versos devotos, ó no devotos, sin contar primero con el

humor de las señoras musas. ¡Mal haya el que piensa que se puede usar de ellas como de las mulas de alquiler!

—Ea, pues, dejadlo, señor don Francisco, repuso Adan.

—No puedo tampoco dejarlo. He dado mi palabra de hacerlo para hoy.

—Pues entonces haced un esfuerzo.

—No quieren fuerza las musas, sino halago, que al fin son hembras; y el que las fuerza, no las goza, sino las maltrata y se envilece.—Llamemos á la casta Urania, y si es que quiere bajar de las estrellas, por donde su merced se pasea, le haremos un mimito. Déjame solo, Adan. ¿Tienes por ahí á mano los salmos de David?

—Aquí están, repuso Adan, presentándole un libro.

—Corriente: vete, y cierra la puerta.

Adan salió, y Quevedo se puso á leer los salmos: transcurridos algunos minutos cerró el libro, tomó la pluma y comenzó á escribir rápidamente, rasgueando con fuerza en el papel. De un tiron quedó hecha una paráfrasis del *Padre nuestro* en forma de silva. Cuando trazaba el último verso, la puerta del gabinete se entreabrió con tiento, y asomó en ella la cabeza de Adan. El poeta levantó la suya y exclamó:

—Ya está, compañero. La señora Urania no ha sido uraña.

—Mas vale así, respondió Adan acabando de abrir la puerta: y volviéndose hácia fuera, dijo á un sugeto que allí aguardaba:—Podeis ya entrar.

Acto contínuo apareció en el umbral un hombre de mas de cincuenta años, gallardo en la apostura, si en el andar modesto y en el vestido pobre, aunque aseado: tenia el rostro aguileño y enjuto como toda su persona, los ojos vivos y en el mirar apacibles, revelando un espíritu fuerte, pero ultrajado por largos padecimientos; usaba perilla estrecha y bigote; el cabello cano, corto, á lo soldado, y llevaba la mano izquierda encogida y oculta entre el ferreruelo. Al verle, Quevedo, se levantó presuroso, y exclamó con alegria:

—Mi querido veterano!... Tanta honra por mi casa?

—La honra es mia, sol naciente del Parnaso, le contestó el recien llegado, poniendo su sombrero sobre una silla y dando la mano al jóven poeta, que la estrechó con calor entre las suyas.

—Sentaos, sentaos, amigo y señor de Cervantes, y dejemos á un lado cumplimientos. Acabo de componer unos versos de encargo, y para desempacharme, nada hubiera podido desear mejor que un rato de vuestra amable compañía.

— Versos de encargo !... repuso Cervantes. Molesta cosa son; pero os valdrán honra y provecho. ¿Podeis leérmelos?

—Con mucho gusto: así me corregireis lo que mal os pareciere.

— Oh! Los versos son mi delicia; pero me pagan como hijos ingratos. Leed, leed los vuestros, que no dudo serán incorregibles.

Quevedo leyó su paráfrasis, que Cervantes escuchó con atencion profunda, y luego que aquel hubo concluido, le dijo este:

—Me habeis dado un manjar sabroso y una grata sorpresa; pues nunca creí que me leyéseis sino alguna letrilla burlesca ó sátira picante. Veo, por el contrario, que el poeta festivo no ha olvidado sus primeros triunfos de teólogo y moralista: pero, hablando en verdad; mas necesita nuestro siglo de risueñas veras para combatir sus vicios, que de oraciones devotas para entretener hipócritas. Seguid el primer camino, que vuestros piés hallan trillado y fácil.

—No tanto como los vuestros, repuso Quevedo. ¿En qué mundos vive vuestro *Ingenioso hidalgo?* Cuándo pensais darlo á la estampa?

Los ojos de Cervantes brillaron iluminados á la primera pregunta, y se apagaron á la segunda.

—Para los que de la pobreza hacemos virtud, contestó el grande hombre, mas hacedera cosa es componer un libro, que imprimirle.

—Pardiez! replicó Quevedo. ¿Quién que lea un capítulo del *Quijote*, no quedará enamorado de la invencion, contento de la gracia y admirado del gallardo lenguaje de tan sabroso libro? Qué librero no verá en él una mina de oro inagotable?

—No es mal bocado mi maniático hidalgo; pero como le ven tan avellanado y seco, presumo que no han de darme por él lo que costó de engendrarlo, que no fué mucho. He pensado, por lo tanto, en darle un padrino, que lo ampare y á mí no me olvide; mas creo que la suerte adversa perseguirá siempre al soldado de Lepanto.

—Quién sabe? Habeis pensado en alguien?

—Sí: he puesto mi obrilla á los piés del duque de Béjar; pero

no sé todavía si habrá llegado á sus manos. Esta mañana he salido á visitar á un camarada mio, que lo fué en la armada de don Juan de Austria, y que hoy tiene un hijo en camino de gran fortuna, con la esperanza de alcanzar por su recomendacion lo que tanto necesito; y es tal mi estrella, que en lugar de un padre dichoso, he venido á encontrar en él al mas desventurado de los hombres.

—Ha muerto su hijo?

—Merced le haria Dios en ello.

—Qué decís?

—Oh! suspiró Cervantes. Yo buscaba consuelo, y el infeliz Francisco Calderon me ha desgarrado el alma.

—Francisco Calderon! repuso Quevedo. Ahora comprendo: su orgulloso hijo no le favorece como debiera?...

—Mucho peor que eso.

—Le da que sentir con su conducta?...

—Le asesina! Le niega por padre! respondió Cervantes en un arranque de noble indignacion.

—Eso es imposible! dijo nuestro poeta. Qué puede ganar en perder á tan buen padre?

—Oid, señor de Quevedo, la relacion que acaba de hacerme mi pobre amigo. A vos puedo contarlo, porque sois callado.—Hace algun tiempo, que el jóven ambicioso pretende enlazarse con una ilustre doncella, tan elevada, que para encarecer sus partes, bastará deciros que se llama doña María de Velasco y Aragon.

—A la hija del Condestable aspira! exclamó Quevedo. Ese mozo está loco.

—Si, loco de orgullo. Como era natural, ha encontrado graves obstáculos su pretension temeraria; y el mayor de todos, á lo que alcanzo, es que la jóven prefiere á un caballero, su igual en condicion y nobleza: el duque de Osuna.

—Lo sé, lo sé: me hablaron de ello hace poco.

—El Condestable no quiere al uno, ni al otro: al duque, porque está en desgracia; á don Rodrigo, porque no es su igual; pero, temiendo desagradar al de Lerma, que como bien sabreis, es dueño absoluto de la voluntad del rey, ha procurado mantenerse entre dos aguas, sin negar ni conceder nada al favorito del favorito. Sin

embargo, doña María, en una entrevista casual que, segun parece, tuvo con su audaz pretendiente, le declaró con donaire, contestando á sus quejas, que para llegar hasta ella, necesitaba probar una ascendencia tan ilustre al menos como la de los Girones. Desde entonces la ambicion del valido es, además de ambicion, rencor y saña, despecho y furia: no ama á doña María, pero ha jurado poseerla; y en su loca vanidad, busca un padre prestado, que si no puede ser honra de su nacimiento, sea blason partido de su prosapia. Francisco Calderon casó en Flandes con una señora principal, y allí nació su hijo; quien, atando fechas, ha venido á presumir que puede serlo del duque de Alba viejo. ¿Vísteis jamás tamaño ultrage á la naturaleza, ni desvarío semejante al suyo?

—Me dejais absorto, dijo Quevedo. Al lado de eso, las locuras y desatinos de vuestro *Ingenioso Hidalgo* son niñerías ó estremos de buen seso. Pero, ¿cómo puede ese mozo desatentado apostillarse un padre intruso, teniendo otro legítimo? Qué hará para destruir su natural orígen.

—Escuchad, que eso es lo mas grave de mi cuento. Anoche se presentó don Rodrigo á su padre, y le propuso que le negase por hijo.

—Qué monstruo!.... A su propio padre!

—Si hubiéseis visto al honrado anciano llorar, como un niño, desesperarse, deprecar al cielo, y rendirse luego á la fuerza de su aguda pena, comprenderíais mejor toda la enormidad del atentado. Mi buen amigo increpó á su hijo su mal intento, le afeó su vana presuncion, le hizo presente la mancha que arrojar queria en la honra de su difunta madre, y viéndole obstinado y terco proseguir en tan errado empeño, le rogó y le amenazó: pero ni la fuerte voz de la honra, ni la autoridad, ni las súplicas y amenazas pudieron conmover aquel corazon de fiera. — « Si mi sangre te avergüenza, hijo ingrato y desconocido, le dijo por último el anciano, aquí la tienes: abre mi pecho y viértela; mas no esperes que, viviendo yo, consienta en mi deshonor, y el de tu madre y el tuyo. Tu padre seré, mal que te pese, y soportaré la desdicha de llamar hijo mio á un ser degenerado, indigno de tal nombre. » —La respuesta del mal hijo fué volver la espalda á su padre, diciéndole desde la puerta: —

« Pensadlo mejor; porque puedo probar que no tengo sangre vuestra. »

—Desventurado! exclamó nuestro poeta. No podrá tener buen fin el hombre que comienza por tan malos principios.

Y bajando la voz, tomó á Cervantes la mano, y le dijo con mucha lentitud:

—Lo que acabais de contarme, amigo mio, está bien guardado en mi pecho. Reservadlo vos de todo el mundo; porque... yo sé... que á veces, y con ciertos hombres, suele ser muy peligroso el oir y ver.

—Nada me arredra, contestó el manco de Lepanto. Sin embargo, á nadie mas que á vos hubiera yo dicho lo que á nadie sino á mí ha podido comunicar un afligido padre.

Hablando así, se levantó; pero permaneció indeciso, como si deseára que le adivinase su amigo el pensamiento. Quevedo comprendió su perplejidad.

—Y en fin, ilustre ingenio, le dijo: ¿á quién pensais acudir para que os recomiende al duque de Béjar?

—Ah! No lo sé. Un pobre colector de contribuciones retirado del servicio tiene tan pocos amigos en altas regiones!...

—Yo hablaré por vos á alguno.

—Si, hacedlo, Quevedo, respondió Cervantes, arrimando su mano manca á la otra, como si con ella hubiese podido apretar mas la de su amigo.

—Lo haré, lo haré.

Cervantes se despidió con precipitacion ocultando el rostro, que, á pesar suyo, bañaban algunas lágrimas.

Quevedo le acompañó hasta la puerta, y cuando le hubo perdido de vista, exclamó:

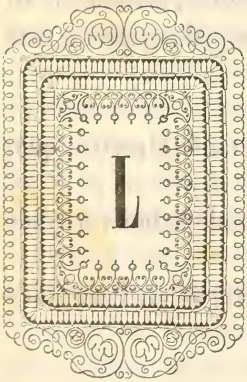
—Fortuna loca! Para quién guardas tus favores!... Para quién la miseria!

CAPITULO V.

DE COMO LA REINA DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA COMENZÓ A VER QUE NECESITABA PONERSE CALZAS ATACADAS.

«Persigue al pobre ladron
el alguacil con testigos,
que siempre son enemigos
los que de un oficio son:
los dos van contra el bolson:
hártale el ladron sutil,
y al ladron el alguacil,
y ansí gana los perdones;
siendo ladron de ladrones,
que los castiga y convoca:
punto en boca.»

QUEV.—*Letrilla satírica.*



LUEGO que nuestro héroe se hubo calmado de la emocion que le habia hecho sentir el virtuoso Cervantes, repasó y corrigió sus versos, los dió á Adan para que se los copiase en letra clara y hermosa, y pidió de almorzar. Pagado este tributo á la naturaleza, se vistió su mejor trage, y siendo ya casi mediodía marchó presuroso á Palacio.

Esta vez no necesitó mendigar el auxilio de nadie para introducirse: un ugier apostado en la puerta de la cámara de la reina le salió al encuentro, y haciéndole una cortesía pronunció su nombre, y le rogó que entrase y aguardase un momento en la primera antesala. Quevedo lo hizo así, y el ugier pasó á la segunda y le anunció.

Al punto apareció junto al umbral doña Remigia de Quincoces, á quien por su mal se habia dado el, para ella, penoso encargo de introducir á su mortal enemigo. Hízole, al verle, una cara de Pascua mal disimulada y un saludo atento, muy esforzado, y adelgazando la voz de modo que parecia viuda en duelo, le dijo:

—Adelante, flor y nata de la galantería, y cisne venturoso, *tresque quaterque beato*.

—Tus, tus, mi señora doña Remigia, respondió Quevedo inclinándose hasta casi tocar al suelo con su sombrero.

Doña Remigia se irguió de pronto como una figura de resortes, y agriando el gesto, replicó:

—Qué es eso de tus, tus? Soy can hidrófobo?

—No tal, señora mia: sois dulce y cándida paloma implume. Yo hablaba del *beatus*, en lugar de *beato*, que vuestra sapiencia sublime ha introducido en su latinajo.

—Ah! Vivorezno ponzoñoso! murmuró la dueña.—Y dijo con aparente amabilidad:—Gracias por la leccion, señor gramático! Dignaos pasar á esa otra cámara; pues la reina desea corruscarse en los flamígeros resplandores de vuestro númen troglodita.

—Confunda Dios tu manía de barbarizar! dijo para sí Quevedo. —Y añadió enérgicamente al oido de la dueña:

—Defiéndame santa Rita,
pues imposibles allana,
de una dueña... troglodita
de la lengua castellana.

Y sin aguardar respuesta pasó adelante. Doña Remigia le miró severamente, y meneando la cabeza, murmuró:

—Que se burle de mí en mis barbas semejante arrapiezo, y que no pueda anonadarlo mi cólera!... Véase de quién echan mano para versos! Pues no está ahí don Luis Carrillo de Sotomayor, que los hace peripatéticos y estrambóticos? Ese sí que es poeta!

En la cámara donde entró Quevedo habia una jóven dama de peregrina hermosura: estaba sola y sentada en un sillon de brazos, con el codo apoyado en uno de ellos y la barba en la mano, como quien piensa ó medita; pero mudó de actitud al ver al poeta, y cambió en placentera la espresion melancólica de su semblante.

Quevedo hizo á esta dama un saludo afectuoso, y acercándose á ella lo bastante para poder hablarle en secreto, murmuró á su oido:

—El mundo anda revuelto, y vos lo sentís.

—Qué siento yo? preguntó la jóven palpitándole el seno.

—Sentís que Osuna esté en Segovia. ¿No es cosa nueva?

—Jesus! exclamó la jóven levantándose. ¿Sois brujo?

—Soy cuatro-ojos. ¿Acerté?

—Callad!...

—Callaré, si os place.

Pronunciadas estas palabras, Quevedo se apartó de la dama y guardó silencio: no tardó ella en interrumpirlo.

—Venid, Quevedo, le dijo llamándole con la mano.

El poeta se acercó sin chistar.

—Sentaos un poco, prosiguió la dama: la señora duquesa está ahora con S. M.

Quevedo tomó asiento sin responder nada, y ambos permanecieron silenciosos un breve rato. La jóven hizo un movimiento de impaciencia, y no pudiendo contenerse, dijo por último:

—Qué os pasa? Os habeis vuelto mudo?

—Ah! exclamó el poeta. Ya quereis que hable?

—Sí, decid algo.

—Y si os ofendeis?

—No me ofendais vos.

—Digo, pues, que don Pedro es un caballero muy digno de vuestro aprecio.

—Convengo en ello. ¿Y qué mas?

—Que seria para mí la mayor felicidad verme donde él se halla, siendo por merecer lo que él merece.

—Ya os salís de la cuestion. No hay felicidad en estar preso.

—Pero la hay en ser amado de una mujer bella.

—Muy enterado me pareceis de lo que nadie sabe.

—¿No lo sabeis vos?

—Otra cosa me interesa saber.

—Y queréis que yo la adivine?

— Por qué no? Era vuestro el pañuelo que la otra noche os entregó el alguacil Avililla?

—Bien informada estais. No era mio, sino de Belisa.

—Y quién es Belisa?

—Una santa de mi devocion.

—Ah! De la vuestra? Me habian dicho otra cosa.

—Supongo lo que puede ser.

—Qué?

—Os habrán dicho que Belisa hablaba con el duque.

—Y algo mas.

—Estais celosa!

—Yo!... Pudiera estarlo.

— Yo tambien.

— Amais á esa dama?

—No soy hipócrita de amor: la adoro.

—Y es honrada?

—Lo parece.

— Fiel?

—Es hermosa como vos.

—Constante?

— Diralo el tiempo.

— ¿La tratais de ha poco.

—Dos dias hace con hoy.

—Eso es un siglo para vuestra costumbre. Pero es muy poco para conocer á una mujer.

—Segun sea ella.

—Puesto que servís á esa dama, puedo fiarme de vos, Quevedo. Me han hablado mal de ella y del duque.

— Y ella me ha hablado bien de vos, sin conoceros, respondió nuestro poeta.

— Y qué inferís de eso? preguntó la jóven con un ligero temblor en la voz.

—Infiero, mi señora doña Maria de Velasco, lo que es de inferir: que no es vuestra rival.

— Adelantais mucho el discurso.

—Me gustan las cosas claras, señora mia. ¿Qué mal hay en que vos ameis al duque?

—Lo hay en que se diga.

—Seré mudo.

—Y lo hay, sobre todo, en creer que yo tema una competidora cualquiera.

—Seré incrédulo : me conviene.

—Mas os conviene ayudarme.

—A qué ?

La respuesta de doña Maria de Velasco fué poner precipitadamente en manos de Quevedo un papel, que este no tuvo tiempo de ocultar, y que vió la duquesa de Lerma, saliendo en aquel momento de la cámara de la reina.

—Qué es eso? preguntó la esposa del favorito.

—Los versos, señora, respondió Quevedo haciendo una reverencia.

—¿Serán buenos.

— Quereis oirlos?

—Soy poco inteligente, repuso la duquesa. Con todo, acerquémonos á esa ventana, y leédmelos callandito.

Doña Maria miraba fijamente á Quevedo, y estaba pálida y temblando : el poeta le hizo seña con la mano de que se tranquilizase, diciéndole :

— Y vos, no quereis oir?

—Sí, acercaos, querida, dijo la duquesa.

Quevedo se acomodó las antiparras, desdobló el papel y recitó, como si leyese :

« ¡Ay Floralba! soñé que te... ¿Dirélo? »

Pero interrumpiéndose en seguida exclamó :

—Ah!... Perdonad, señoras mias! He sacado un papel por otro.

La duquesa volvió á un lado la cabeza, y ocultó la risa con su pañuelo. Doña Maria se sonrió tambien y espresó á Quevedo su gratitud con una mirada, mientras él ejecutaba con aparente confusion un cambio de papeles.

—A ver, si será este ? dijo abriendo el que contenia la paráfrasis del *Padre nuestro:* no tengamos otro *quid pro quó*.—Sí, este es.

Y lo leyó.

—Muy bien está, observó la duquesa: dadme el papel.

Y tomándolo, se encaminó hácia el cuarto de la reina.

Entró en aquel momento un caballero anciano, á cuya vista la duquesa se detuvo: era el condestable, padre de doña Maria; quien dirigiéndose á la de Lerma, le dijo:

—Señora, me parece que llego en buena ocasion. Si, como presumo, llevais ahí memoriales que presentar á S. M., puedo esperar de vuestra generosidad que recomendeis al mismo tiempo este otro.

Y sacando un pliego abierto, se lo entregó.

—Qué me dais aquí? preguntó la dama.

—Podeis verlo vos misma, señora, si no lo llevais á mal, respondió el condestable.

Y esto diciendo, miró á Quevedo, que permanecia inmóvil junto á la ventana, y que estirando las cejas, murmuró:

—Aquí estorbamos.

La duquesa hizo un ademan de impaciencia, y dijo al jóven poeta y á Doña Maria:

—Os podeis retirar, Quevedo: y vos, mi querida doña Maria, pasad al cuarto de servicio, que ya os haré avisar cuando S. M. os necesite.

El poeta y la dama saludaron, y cada cual salió por una puerta.

La duquesa miró el pliego que tenia en la mano en ademan de desdoblarlo, y dijo al condestable.

—Me permitís?...

—Podeis leerlo, señora, respondió aquel. Así, estando enterada, me hareis la merced de apoyarlo.

Doña Catalina de la Cerda leyó el memorial, y luego contestó:

—No comprendo el motivo que os induce á tomar esta resolucion tan grave.

—Señora, repuso el condestable: asuntos de mucho interés reclaman mi ausencia temporal de la corte. Un encargo de confianza que me ha dado el rey nuestro señor, así lo exige, y espero esta otra gracia como complemento de aquella.

—Sois dueño de hacer lo que mejor os parezca. Yo siento, sin

embargo, que vuestros asuntos exijan el destierro de vuestra amable hija.

—Yo tambien siento separarla por algunos meses del lado de S. M. y del vuestro, señora; pero soy viudo, y bien comprendereis que debo apetecer el consuelo y la tranquilidad de llevarla en mi compañia.

—Es decir, primo, que no teneis confianza suficiente para dejarla aquí?

—Si mi hija pudiera permanecer á todas horas bajo vuestra vijilancia y tutela, yo nada temeria: pero bien conoceis que, no siendo esto fácil, una doncella está mal vista, sola en Madrid.

—Comprendo vuestro escrúpulo, y haré lo que deseais.

La duquesa entró en el cuarto de la reina.

Doña Margarita de Austria era entonces una jóven de diez y seis años, bastante hermosa y agraciada: sus ojos azules eran inteligentes, y en medio de la arrogancia que les habia impreso el hábito de mando y soberanía, contraido desde la niñez, despedian destellos de amabilidad y perspicacia.

En el momento que hemos elejido para presentarla á nuestros lectores, se hallaba entregada á uno de esos placeres con que la naturaleza nivela á los seres humanos: tenia sobre sus rodillas á su hija Ana, primer fruto de su matrimonio, y se regocijaba contemplando, casi desnuda, á la linda criatura, que andando el tiempo habia de reinar en Francia y de dar la vida al famoso Luis XIV, azote el mas terrible de la preponderancia española.

La duquesa se acercó á la reina, con los dos papeles guardados en la mano, y sonriéndose afablemente dijo.

—Dios la bendiga! Qué hermosa es y qué viva! Cuando sea grande, tendrá la misma gracia de su augusta madre.

—No es verdad que mi Ana es preciosa? repuso la reina. Se parece mucho á nuestra tia la emperatriz viuda. Y ahora que me acuerdo, duquesa: ¿cuándo se me logrará el gusto de visitar á esta santa señora? Yo sé que, en su retiro de las Descalzas, no tiene mayor consuelo que el de vernos.

—Pensando en eso mismo, señora, contestó la duquesa, he mandado componer unos versos devotos, para que se los lleve V. M.

—Versos? De quién son?

—De Quevedo.

—Serán malignos: dicen que ese jóven no sabe hacer otra cosa que invectivas y desvergüenzas.

—Ah! Señora: los hombres son buenos ó malos, segun quien los dirige. Quevedo es un teólogo consumado y un hebraista de tanto mérito, que á su corta edad sirve de consultor al grave padre Mariana (*). Es verdad que su genio descompuesto le lleva siempre á cosas livianas; pero esa misma disposicion de su ánimo demuestra cuánto pueden los buenos ejemplos y el buen gobierno de la monarquía; pues á ellos se debe una mudanza tan notable como la que V. M. puede observar, si se digna escuchar estos versos.

—Ah! esclamó la reina: ya los tienes?

—Sí, señora: estos son.

—Léelos, duquesa.

Doña Catalina leyó la poesía religiosa de Quevedo, que la reina escuchó con satisfaccion.

—Con efecto, duquesa, dijo doña Margarita, concluida la lectura. Yo, como estrangera, no puedo apreciar el mérito literario de esa composicion; pero encuentro muy bellos los conceptos y muy santas las ideas que encierra. Y decís que es de Quevedo?

—No puede V. M. dudarlo; pues yo misma he dado el asunto.

—Y eso otro, preguntó la reina, ¿son tambien versos?

—No, señora, contestó la duquesa. Esto es prosa y mala: es un memorial de mi primo el condestable, que solicita de V. M. conceda licencia á su hija, para llevarla consigo á Belorado.

—Qué pueblo es ese?

—Un destierro, señora: un lugar fuerte, allá en las encartaciones de Burgos.

—Qué capricho! Pues no estará mejor aquí esa jóven?

—Yo eso creo, señora.

—Y á qué va el condestable allá? le han desterrado?

—No sé á que va, señora: segun él dice, le lleva un encargo de mi señor el rey.

—Pues bien: no tengo inconveniente en concederle esa licencia.

(*) Histórico.

—Lo quiere así V. M.? preguntó la duquesa.

—Qué, ¿te parece mal? repuso la reina.

—V. M. puede disponer lo que sea de su soberano agrado. Yo creo, sin embargo, que esto convendria meditarlo.

—Como quieras: infórmate bien y avísame.—¿Cuándo iremos á ver á mi señora tia.

—Esta tarde, si place á V. M.

—Sí, el rey lo desea.

Durante este diálogo, Quevedo habia salido de Palacio, poco satisfecho del éxito de su cometido.

—Lo mismo tratan á las musas, iba diciendo entre sí, que los tahures á las doncellas de callejon: se sirven de ellas, no les pagan y les vuelven la espalda con arrogancia. ¡Cuánto mas me valiera haber hecho un romance á los ojos de mi Belisa!

«Belisa, Belisa! repitió. La Mari-Velasca tiene celos de tí: yo debería tenerlos de su duque, si no es que él con mas razon los tiene de mí. Aunque, si va á decir la verdad, el duque y yo estamos á pares; pues la Mari-Velasca me gusta casi tanto como Belisa. ¿Qué diablos me dirá en este papel?

Hablando así consigo mismo y en voz poco menos que natural, como tenia de costumbre, sacó el papel de la hija del condestable y leyó:

«No está bien á una noble doncella pedir favor para el hombre «que la merece; pero bien puede apetecer el desagravio de la justicia «atropellada. Injustamente han preso al duque: injustamente se ha«cen otras cosas á nombre del rey. Hablad al consejero Vazquez, y «decidle que examine al alguacil de corte Avililla: este sabe cuan«to hay que saber en el asunto del duque y en otros secretos de los «enemigos del rey.»

—Diantre de chica! exclamó Quevedo, guardándose este memorial anónimo. Es traviesa y está enamorada como una bestia! —Oh! Quién pudiera decir otro tanto de la ojinegra Belisa!

Y mudando de tono, añadió:

—Corte maldita!... ¿Cuáles son tus enredos y artimañas, pues obligas á una persona principal á valerse de un cualquiera para alcanzar justicia!... El negocio es grave, muy grave, prosiguió re-

flexionando. Meterme yo en él de hoz y de coz, seria un desatino... Dejar de corresponder á la confianza de Marujilla, fuera una cobarde bajeza. Qué haremos, Quevedo? Qué harémos?—El alguacil lo sabe todo... ¿Me abocaré con él?... Guarda, Pablo!... No conviene fiarse de garduñas. Hablar con el viejo consejero seria lo mas acertado; pero, ¿qué sé yo como lo tomará?—Ello es preciso hacer algo. Ayúdame, ingenio mio!

Pensando así, vino á quedarse parado delante del convento de las Descalzas reales, donde se hallaba retirada veinte años hacia, la emperatriz viuda de Alemania, tia del rey, á quien este profesaba mucho afecto y veneracion.

Nuestro poeta se dió una palmada en la frente, y de pronto dijo:

—Esto es: allá veremos lo que resulta.

Y se alejó con rapidez hácia el barrio de San Martin.

Tenia este barrio, arrabal poco antes, desde su fundacion, el privilegio que aun conserva de albergar en su recinto muchas casas de mancebia, con sus naturales hijuelas de tabernas, bodegones y garitos; á pesar de que, ya en aquel tiempo, la nobleza iba levantando palacios en la parte baja, como tan cercana al rejio alcázar. Quevedo era muy conocido en él por sus travesuras de estudiante y su aficion á introducirse entre la gente de la vida airada, cuyas costumbres le gustaba estudiar. Pronto encontró personas que le tratasen con familiaridad, si no con agasajo: las mujeres en particular le dirijian pullas, á que él contestaba con epígramas. Una vió sentada junto á la reja, meciéndose en la silla y en actitud pensativa, y acercándose á ella, le preguntó:

—Molinito, ¿por qué no mueles?

—Porque me beben el agua los bueyes, le contestó ella con oportunidad.

—Esto vale una letrilla, murmuró Quevedo siguiendo su camino.

—Eh! don Turuleque! le gritó, la perdida. Venid acá.

—Me llamo guarda la bolsa, contestó él: y se metió en el callejon de Peregrinos y en el bodegon, donde habia estado algunas noches antes.

Allí pidió una friolera que comer y un jarro de vino, y habiéndo-

le servido el bodegonero mismo, que le apreciaba como á buen parroquiano, se apoyó en la mesa y trató de amenizarle el refrigerio con su conversacion.

—Qué se cuenta por ahí, señor don Francisco? le dijo por via de introduccion.

—Cuéntase, amigo, que nos dais el vino aguado, y las albondiguillas á rata por cantidad.

—No á vuesarcé, que bien lo paga: eso se queda para los mozos de la hampa y para los caballeros de industria.

—Y por aquí, ¿qué se cuenta? preguntó á su vez Quevedo.

—Tenemos lo de siempre, repuso el huésped, que solo hablar deseaba: camorras, pendencias, mucho vino bien bebido y mal sosegado, y luego la de Dios es Cristo: pero no en mi casa, que nunca es *refugium pecatorum*; sino en la de mi vecino el seor Corneja.

—Hola, hola! esclamó el poeta marrullero, animándose al oir este nombre. ¿Qué ha pasado en casa del seor Corneja? Le han burlado los jayanes? Hanle manteado los estudiantes?

—Algo peor que eso, don Francisco: le han entrado á saco los alguaciles.

—Pardiez! Eso no es malo mas que para sus huéspedes futuros, que pagarán las costas y el proceso.

—Y para los pasados, que están en la tenebrosa desde anoche.

—Ah! hubo pesca?

—Y gorda: el seor Avililla se descolgó á deshora con su ronda, cuando estaban celebrando cierta valentía cuatro rufos con sus Celestinas, y cargó, como suele decirse, con el santo y la limosna. Hubo lo de: «Aquí del rey! Ténganse á la justicia,» y aquello de: «Mire, señor, con quien las há, que somos gente hidalga, y bien nos conoce;» pero no les valió la bula de Meco; pues todos salieron ensartados como cuentas de rosario, y creo que irán á remar en las gurapas. Recogiéronles los alguaciles sobre unos doscientos ducados en oro, que no serian muy bien ganados, y á mi compadre Corneja una multa de ciento, por consentir bureo en su casa, de las doce arriba de la noche.

—Mal negocio, maese Lampuga: tened vos cuenta con los ladrones de ladrones.

—Bien lo podeis decir, repuso el huésped. Aunque yo me curo en salud; pues bien conozco los ardides de esa gente. Si á mano viene, los hidalgos tendrian guardadas las espaldas por los alguaciles, mientras daban el golpe, y luego perdieron por amigos.

—No penseis tan mal.

—¡Ay! De esas pasan todos los dias. No es pensar mal decir lo que se cuenta. Me han referido que esos cuatro guapos se hallaron en la muerte del capitan tudesco, y que los alguaciles los dejaron ir.

—Chiton, maese Lampuga! No quiero saber vidas agenas. Traedme de otro vino menos regado que este, y bebereis á mi salud.

El huésped trajo el vino, y procuró hacer gasto, empinando el codo á la salud de su parroquiano. Este, luego que le vió alegre y templado, le dijo, afectando tratarle con intimidad:

—¡Ay, compadre Lampuga de mi ánima! Qué chismoso es el diablo! Quién os ha contado que el seor Avililla estaba metido en el ajo del capitan tudesco? No veis que eso no puede ser, amigo mio?

—Preguntadlo á la Pelona, y vereis si puede ser, contestó el huésped. Aquí estuvo esta mañana echando venablos contra los corchetes que han preso á su galan. Yo no entro ni salgo en esos negocios; pero me gusta oirlo todo y no me mamo el dedo. Una espresion se le escapó á la Pelona, que me ha dado en qué pensar.

—Qué dijo la Pelona?

—Hem!... repuso el huésped con cachaza. Dijo que unos matan el cochino y otros se comen la morcilla; y tambien dijo, aludiendo á los corchetes, que ellos darán cuenta al amo.

—Habladurías de mujeres, replicó el poeta encogiéndose de hombros. Allá se las compongan, hermano. Yo voy á mi negocio: un pastel de confianza, una azumbre de lo rancio, y una muchacha retozona: lo demás quédese para el diablo y sus acólitos. Ando ahora tras de una, que vale un imperio; pero me la esconden. Asi me ayudárais en algo!

—Qué puedo yo hacer?

—Mucho, si quereis: traedme papel y un tintero.

—No es mas que eso? Voy al punto.

—El bodegonero trajo los objetos pedidos, y tomándolos Quevedo, le dijo:

—Ahora, me vais á buscar unas sayas negras, que vengan bien á mi cuerpo, unas tocas y un manto.

—Qué imaginais hacer?

—Ya lo vereis, Lampuga: Os habeis de reir.

El huésped salió en busca del trage, y Quevedo escribió á toda prisa en una hoja de papel, disfrazando la letra:

«Sacra, Cesárea, Imperial Majestad.

«Vos que estais cerca del cielo, volved por la justicia, que en la «tierra se pierde. Lo que dice en el papel que va junto es verdad. «El perseguido se llama Giron: si en algo es culpado, válganle los «grandes servicios de su padre, que son quizás su mayor delito. «Que la justicia del rey, mi señor, se cumpla; pero que no se preci-«pite, ni tuerza, es cuanto suplica de Vuestra Majestad imperial una «humilde criatura, rogando á Dios que os ilumine y conserve.»

Hecho esto, Quevedo puso los dos papeles bajo una cubierta y escribió en el sobre:

«Reverente suplicacion á la imperial Magestad de doña Maria de Austria.»

El bodegonero volvió á este tiempo con un envoltorio de ropa.

—Hola! esclamó Quevedo levantándose. ¿Ya tenemos eso?

—Vedlo aquí, respondió Lampuga desliando las sayas y tocas.

—Dadme: veremos qué tal se halla mi cuerpo en la vaina de una dueña.

Y así diciendo, Quevedo tomó los vestidos y se encerró en un pequeño retrete, lleno de trastos viejos que servia de desahogo al bodegon: al poco rato salió transformado en dueña, con las tocas muy echadas á la cara, el manto dispuesto para taparse con él, un rosario en una mano y un báculo en la otra. El bodegonero soltó una carcajada, al verle, y le dijo:

—Bien venida, mi señora doña Oromasia!

En aquel momento entraban algunos guapos con sus Dulcineas á refrescar. Quevedo se tapó con el manto, y finjiendo la voz, dijo al bodegonero:

—Adios, hijo mio, adios! Allí queda aquello. Hasta mas tarde.

—Vaya con Dios, madre, y no pase cuidado por nada.

Nuestro héroe salió pausadamente del bodegon, y encaminó sus pasos hácia el monasterio de las Descalzas reales: en el momento de llegar, estaba desierta la portería; por lo que, aprovechando tan buena ocasion, se acercó al torno y llamó con los nudillos, diciendo con voz de soprano y entonacion lastimera:

—Deo gracias!

—A Dios sean dadas! Qué se le ofrece? repuso la portera.

—Muy poca cosa, hermana, para vos: mucho para vuestra humilde sierva; porque se trata de un descargo de conciencia.

—Y qué he de hacer yo en eso, hermana?

—Entregar un memorialito á quien pueda entregarlo á mi señora la emperatriz.

—Memorialito! respondió la portera. Ni pensarlo, hermana: son ya muchas las limosnas que hace S. M. imperial.

—Vamos, madre Cándida de la Encarnacion: no seais así. Yo no pido limosna de dinero.

—Pues de qué?

—No puedo decirlo: es un secreto de confesion.

—Jesus mio! Y cómo se me asegura?

—Bajo fé de conciencia, madre Cándida, y bajo palabra de noble dueña.

—Me conoceis? preguntó la monja.

—Mucho que sí.

—Quién sois vos, pues?

—Soy una pecadora, que viene aquí á cumplir una penitencia.

—Eso es otra cosa: pero, ¿no me direis vuestro nombre al menos?

—Siempre curiosa! murmuró Quevedo para sí. ¿Qué nombre la diré?—Y contestó:—Si me guardais el secreto?...

—Guardado está: decid.

—Me llamo, repuso Quevedo bajando la voz, doña Remigia de Quincoces.

—Señora mia! exclamó la portera. Por qué no lo decíais antes? Venga, venga el memorial. ¿Quereis descansar?

— Mil gracias, madre, dijo el poeta soltando su carta en el torno. Voy muy deprisa. Tomad, y cuidado, que no se estravíe, pues vá quizá en ello la salvacion de un alma; y si digo de dos, no me equivoco.

— Puede ir tranquila vueseñoría.

—Ea, pues, madre Cándida; quedad con Dios, y no me olvideis en vuestras oraciones.

— Id en paz, mi señora doña Remigia.

Quevedo salió de la portería, y volvió al bodegon á mudarse de ropa.

— Hola, doña Oromasia! le dijo el huésped al verle entrar. ¿Cómo va de aquel asunto?

— Perfectamente, maese Lampuga. Donde una dueña no se meta, no se meterá el diablo. Mi billete amoroso queda en buenas manos. Ayudadme á desnudar pronto de estos malditos arreos, pues con ellos me parece que estoy ya en camino para el infierno.

Media hora despues, el rey, la reina y la infanta llegaban en un coche cerrado á la puerta del convento de las Descalzas: acompañábanles, en otros coches, el duque y la duquesa de Lerma, la nodriza de la infanta y los gentiles hombres de Cristóbal de Sandoval, hijo del favorito y don Rodrigo Calderon.

Todos estos personages entraron en el convento; pero solamente el rey, su esposa y su hija fueron admitidos en la celda que ocupaba la viuda del emperador Maximiliano.

La visita duró hasta el anochecer, hora en que los regios esposos se retiraron á Palacio: el duque de Lerma creyó notar en don Felipe una distraccion estraña, que al pronto atribuyó á recogimiento religioso; pero que no tardó á inspirarle una vaga inquietud, cuando al entrar aquel en su cámara le dijo:

— Pasad recado á nuestro padre, que necesito hablarle al momento.

Habíase dado el título de *padre* al consejero de Estado Mateo Vazquez, por consideracion á sus canas y á ser el mas antiguo y respetable de los ministros que Felipe II habia dejado á su hijo. El duque de Lerma comprendió perfectamente la intencion del rey; pero temiendo algun contratiempo para su favor, toda vez que aquel

no le confiaba el objeto de su imprevista órden, imaginó en el acto un subterfujio para eludirla, interpretándola segun su propia conveniencia. En lugar de llamar á Mateo Vazquez, pasó recado al padre confesor, para que fuese á verle inmediatamente.

No se hizo esperar el reverendo padre Aliaga: era este un fraile dominico alto, huesoso, de facciones toscas, morenas y coloradas; medianamente instruido, mas que medianamente ambicioso; pero amigo de hacerse lugar con sus patronos. Hijo de humildes padres, se habia criado en un pueblecillo de Aragon, ejerciendo en sus primeros años el oficio de mozo de una tienda de lienzos, en compañia de un hermano suyo: despues entró en la órden de predicadores, en la que no dió pruebas de una gran capacidad; pues leyendo teología en Zaragoza, fué condenado por algunas proposiciones aventuradas. Buscó entonces el amparo del generalísimo, el padre Xavierre, que era confesor del rey, entrando en su casa y servicio, y promovido este á cardenal, Aliaga ocupó su puesto por la mediacion del duque, á quien oia en penitencia.

Era, pues, el fraile aragonés, como casi todos cuantos rodeaban al monarca, hechura del favorito. Este le recibió á solas en su gabinete de despacho, y le dijo:

—El rey ha pasado esta tarde en las Descalzas, y no sé que le habrá dicho su tia; pero creo que ha de haber despertado en su ánimo algun escrúpulo; pues al salir me ha mandado S. M. llamaros. Tened presente que puedo haber entendido mal su órden; porque no me ha dicho mas, sino que llame al padre, y bien sabeis....

—Ya sé, ya sé, respondió el confesor. Al caso.

—El caso es, prosiguió el duque con suavidad, que yo confio en la discrecion de vuestra reverencia; porque pudiera suceder que la señora emperatriz....

—Comprendo, señor duque. No hay mas que hablar. Yo veré de qué se trata, y si conviniere, disuadiré á S. M.

—Eso es: y en todo caso, suspended su juicio.

—Estamos entendidos.

El confesor pasó al cuarto del rey: este se hallaba á la sazon arrodillado en su reclinatorio, rezando con fervor delante de un crucifijo de oro. No habiendo tenido necesidad de anunciarse, fray Luis

de Aliaga llegó hasta la mitad de la régia estancia sin ser sentido, y viendo al jóven príncipe en el gabinete que le servia de oratorio y en aquella actitud devota, se cruzó de brazos y aguardó.

A poco se levantó don Felipe, y volviéndose con rostro apacible, dijo al ver á fray Luis:

—Ah! vos aquí? El Señor os trae sin duda para mi consuelo, reverendo Padre.

—No era á mí á quien queria, murmuró el confesor.—Y respondió:—Sea Dios loado! ¿En qué puede mi insuficiencia ser útil á Vuestra Magestad católica?

—Venid, padre; venid y sentaos.

Don Felipe ocupó su sillon, y el confesor un taburete á su lado.

—Hablad, hijo y señor. Ya os escucho, dijo fray Luis.

—He mandado llamar á Mateo Vazquez para consultarle un negocio, que me tiene algo inquieto. Si os parece, le aguardaremos, y podrá dilucidarse la cuestion entre los tres.

—Si tal es el deseo de V. M., aguardemos; pero entre tanto, acaso mis débiles luces puedan ser de algun provecho... Tened por máxima, señor, que lo que no esclarezca y facilite la fiel antorcha de la Religion, no lo esclarecerán todos los letrados del mundo juntos.

—Es verdad: pero el caso es de leyes humanas, aunque algo tiene tambien de conciencia. Me han dicho que debo promover un juicio contradictorio, para aclarar la conducta del duque de Osuna, y que Mateo Vazquez debe encargarse de este negocio; porque es hombre recto, y con su habilidad podria descubrir tal vez que el duque no es tan culpable como se le supone, y que otros hay mas dignos de castigo. Yo quisiera que mi justicia fuese imparcial, y que á mi sombra no se cometiese tropelías.

—Nada mas laudable, señor. Pero, ¿quién mejor aconsejaria en esto que el señor duque de Lerma? El sabio Mateo Vazquez no puede recusarse como hombre recto; mas yo creo, salvo el parecer de V. M., que como letrado viejo, embrollaría el negocio en vez de aclararlo. Dios nos libre de caer en manos de legistas. Por lo demás, ¿quién duda que el de Osuna es culpable, muy culpable? Sin embargo, yo aconsejaré siempre á V. M. la clemencia, y en este

concepto, una prision como medida correccional es preferible á un proceso, que pudiera obligaros á mandar cortarle la cabeza.

—No: eso seria demasiado grave, repuso el rey estremeciéndose. Pero tambien una prision sin pruebas del delito...

—Esas pruebas las teneis en vuestra conviccion moral. Sabido es y público que el duque ha desobedecido vuestros mandatos, atropellado á vuestros oficiales, y atentado á vuestra sagrada persona.

—No puedo asegurar eso último, padre: yo estaba sobrecojido por la sorpresa, cuando el duque se presentó á mí: él queria que yo le oyese á la fuerza, y ¿quién sabe si esto procedía de su inocencia?

—De su audacia, señor; de su audacia: debemos agradecer á Dios la prontitud con que acudieron don Rodrigo, el señor duque de Lerma y los demas fieles servidores de V. M. Pero, bien: supongamos que la intencion del de Osuna fuese inocente: su presencia en el parque real le culpa de hecho; y mi sentir es, que en casos de esta naturaleza, los príncipes deben infundir respeto á sus personas, castigando *á priori*, por sí y ante sí: esto realza su autoridad, hace ver lo que pueden y asegura el cumplimiento de la justicia. Poned el negocio en manos de un tribunal, y vos mismo vendreis á ser justiciable, aunque esteis sobre todos y sobre las leyes. De ningun modo, señor, puede convenir que esto pase á conocimiento de la justicia ordinaria: si os dignais escuchar al señor duque de Lerma, os dirá lo mismo que yo.

—Es cierto: pero, ¿creeis que obrando así, no cargaré en nada mi conciencia?

—En nada, señor: antes haceis merced al de Osuna, usando con él de consideracion y misericordia: Estará seis ú ocho meses, un año sujeto; domará sus pasiones; purgará sus pecados, y despues, si se viese que es incorregible, podrá V. M. castigarle mas severamente.

—Conque no habrá necesidad de consultar á Vazquez?

—Ninguna.

—Llamad á Sandoval.

El confesor se asomó á la puerta de la cámara y transmitió la órden del rey.

A poco entró el duque de Lerma.

—Qué me mandais, señor? dijo.

—Que no venga ya Rodrigo Vazquez, respondió don Felipe.

El duque hizo una cortesía y salió.

Al mismo tiempo, la reina, que habia ido al aposento de su esposo por la via reservada y acababa de oir, sin ser vista, la última disposicion de aquel, salia presurosa á la antecámara, y encontrando allí á don Rodrigo Calderon solo, le dijo:

—Id al momento y decid que venga Rodrigo Vazquez.

En esto apareció el duque, y haciendo una profunda reverencia, contestó:

—Señora, el rey ha dicho que no.

El jóven valido miró á la reina y se encogió de hombros.

—Pues no habia dicho que sí? murmuró doña Margarita.

—Despues ha mudado de intencion.

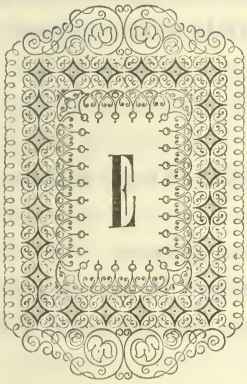
La reina se retiró sin replicar; pero moviendo en seguida su cabecita rubia, dijo entre dientes, con despecho:

—Siempre ha de hacerse lo que ellos quieren. Como nos ven niños, juegan con nosotros, y luego se escusan diciendo: «El rey lo manda!»—El rey no sabe mandar: ¿tendré yo que ponerme las calzas?...

CAPITULO VI.

DE COMO HABIA, EN OTRO TIEMPO, BRUJOS MUY DIGNOS DE SER QUEMADOS.

No revuelvas los huesos sepultados,
Que hallarás mas gusanos que blasones
En testigos de nuevo examinados.
QUEV.—*Soneto.*



L duque de Lerma se volvió hácia su favorito y confidente y le dijo:

—Ved lo que pasa por daros gusto en todo.

—Vah! repuso don Rodrigo: y vos haceis caso de una niña? Dadle juguetes para que se entretenga.

—Cuidado con eso, amigo: es una niña; pero es la reina.

—Oh! Señor: y yo la respeto, como es debido; mas creo que, por consideracion á su misma persona, conviene que vuecelencia la enseñe á mantenerse en los límites de su dominio: esto es, que gobierne á las meninas, y deje los hombres para los hombres. ¿Qué entiende una criatura de negocios de Estado?

El duque miró sucesivamente hácia las distintas puertas de la

antecámara real, y tomando de la mano á don Rodrigo, le dijo muy suavemente:

— Venid: aquí no estamos bien.

Y le condujo á su gabinete particular.

—Hablábamos de la niña, continuó diciendo. Pero vuestra penetracion, tan ágil para todo, ¿no descubre otra figura mas provecta y grave detrás de ella?

—Sí, señor, descubro una; ó mejor dicho, descubro dos, contestó D. Rodrigo.

—Dos? exclamó el duque asombrado. Cómo es eso? Quiénes son?

—Dos viejas.

—Yo sospechaba de una solamente. ¿Cuál es la otra?

—Señor, las monjas son amigas de saber y aficionadas á contar. Mientras estábamos en el convento, esta tarde, observaríais que me retiré un poco para hablar con una, de quien soy algo devoto.

—Ah! Vos tambien sois de esos?

—Por política, señor.

—Entiendo. Proseguid.

—La monja me contó que, media hora antes de llegar nosotros, habia estado en la portería, con una carta para la señora emperatriz... ¿Quién direis?

—Quién? Acabad.

—Doña Remigia de Quincoces.

—Ah! Perversa! exclamó el duque. Y yo que la creia una bobalicona, sin pizca de malicia!...

—Lo que es malicia, señor, tiene mas que un divieso.

—Pues será preciso atarla corto. ¿Qué digo? Habrá que expulsarla de la servidumbre. Y nada menos que guardadamas! Y á ella, ¿quién la guarda?

—Yo la guardaré: dejadla de mi cuenta. Lo que importa mas que eso, es quitar las ocasiones de que vea el rey á su señora tia.

—Bien lo sé, amigo: no creais que no he pensado mas de una vez en esa influencia que la emperatriz ejerce sobre el ánimo de S. M. Siempre que la visita,—y por su gusto no saldría nunca de la

celda,—vuelve mudado y qué se yo cómo. Pero, ¿quién evita eso? Discurrid algun medio: no podeis figuraros el servicio que me prestareis en ello.

—No encuentro mas que un medio.

—Cuál?

—Poner tierra entre los dos.

—Teneis razon: eso lo evita todo. Meditad un pretexto que nos saque del paso.

—Lo pensaré.

—Tambien es preciso, continuó el duque, deshacernos á toda costa de esos consejeros importunos que sabeis; pues no perderán ocasion de incomodarnos. El rey no se atreve á romper con ellos, y no conviene que tengamos aquí muchos gallos. Portocarrero es audaz... Loaisa es sútil y mañoso. Esta mañana he tenido con los dos un altercado de mil diablos, y creí que se me subian á las barbas.

—Ya he tomado providencias, respondió el taimado jóven, y me parece que esos señores dejarán sus puestos. No quiero esplicaros nada, hasta que veais los resultados.

—Bien está, bien está: yo me contento con los resultados: que salten, y sea como quiera.

—Saltarán, no lo dudeis.

En esto sonó un golpecito, dado con discrecion á la puerta: Don Rodrigo se adelantó á abrirla y entró el padre Aliaga, quien dió cuenta al duque de lo que le habia pasado con el rey.

—Qué os parece? dijo don Rodrigo. Ese tiro venia derecho contra mí. Pero yo no tengo inconveniente en que don Pedro Giron sea juzgado: sus hechos le condenarán. Si el rey se empeñase en ello, Silva de Torres pudiera encargarse de la informacion, y no dudo que el duque saldria perdidoso: yo quisiera poder hacer entender á sus amigos, y á él, que abrigo hácia su persona sentimientos mas generosos de lo que ellos piensan.

—Es evidente que vuestro consejo le favorece, dijo el confesor, y en este sentido he procurado inclinar el ánimo de S. M.

—Es lo mas cuerdo, señor, repuso don Rodrigo. Debemos obrar como hombres políticos, y reconocer que las culpas del duque, á pe-

sar de su gravedad, no son mas que imprudencias de jóven, fáciles de corregir. Por eso he sido de parecer que se le guarde lejos de la corte, bajo la vigilancia de un hombre tan cuerdo y esperimentado como el condestable, y que se eche tierra á unos escesos, que depurados, pudieran costarle demasiado caros. Y esto, cuanto antes se haga, será mejor; porque está visto que el duque tiene amigos en Palacio, y amigos que, creyendo mejorar su causa, la empeoran.

—Una dificultad se presenta, dijo el de Lerma: el condestable no quiere marchar sin llevarse por delante su hija.

—Eso es que el condestable quiere hacer causa comun con el de Osuna, repuso don Rodrigo con prontitud; pues así da á entender que está en desgracia del rey.

—Efectivamente, añadió el confesor: no se interpretará eso de otra manera.

—Si no es, prosiguió el de Lerma, que por ese medio intenta demorar el cumplimiento de la órden que se le ha dado.

—No, eso no, replicó don Rodrigo; porque se le puede mandar salir ahora mismo, sin perjuicio de resolver despues lo que convenga respeto á su hija.

—Y no habrá riesgo en confiar al condestable la persona de don Pedro, si efectivamente son amigos? preguntó Fr. Luis.

—Eso no, dijo el duque: al contrario, así estará mas obligado: y en todo caso, pagaría por él. A ver, don Rodrigo: estended una segunda órden apremiante, perentoria, para que el condestable parta en el término de dos horas.

No deseaba otra cosa el jóven favorito; pues alejando al condestable y á Osuna, creia allanar el camino á su ambicion, comprometiendo á doña Maria de Velazco á casarse con él: no le inquietaban los medios que hubiera de emplear para conseguirlo; pues en esta parte era poco escrupuloso; y aunque le fuese menester atropellar el honor de la jóven, hallándose dispuesto á repararlo con su persona, consideraba de antemano salvadas las consecuencias, pudiendo justificarse con el amor, que todo lo atropella y á que todos los jóvenes pagan tributo.

Así es que redactó la órden en los términos mas severos, haciéndole responsable de cualquier evento que aconteciese por su demo-

ra en obedecerla, y añadiendo, para dorar la píldora, que S. M. lo disponia de esta manera, por no tener caballero alguno que mayor confianza le mereciese.

El duque de Lerma la firmó, puso el sello real, y la devolvió á don Rodrigo, diciéndole:

—Ahí teneis: cuidad vos mismo de que se cumpla.—Y volvió al cuarto del rey.

Don Rodrigo escribió una carta atenta para el condestable, remitiéndole la órden, y escusándose de haber tenido que obedecer á una voluntad superior.

« Como amigo, que, os quiero bien, concluia diciéndole, os aconsejo, que por ningun motivo ni consideracion humana os detengais; pues hay peligro en la tardanza. »

Hecho esto, cerró ambos pliegos bajo una cubierta, y los remitió al condestable con un arquero, recomendándole la urgencia.

Una hora despues se presentó el condestable armado en Palacio: preguntó por el duque de Lerma, y salió á recibirle don Rodrigo.

—Deseais alguna cosa? le preguntó con tono de amabilidad y proteccion. El señor duque se ha retirado ya.

—Deseo besar la mano á S. M. antes de partir.

—S. M. sabrá vuestro leal proceder, repuso el jóven valido: es cuanto puedo hacer, pues el rey duerme.

El condestable se mordió los bigotes, y despidiéndose de don Rodrigo, que le deseó un buen viaje, pasó á los aposentos de la reina.

Doña Remigia estaba en un ángulo de la antecámara, dormitando y repasando las cuentas de su rosario.

—La señora camarera mayor? preguntó el condestable.

—Su escelencia reposa en brazos de Morfeo, contestó la dueña frotándose los ojos.

—Y no habrá quien dé recado á S. M., que deseo tener el honor de besar sus reales manos?

—S. M. está indispuesta.

El condestable rechinó los dientes.

—Llamad, pues, á mi hija, repuso; quiero despedirme de ella.

—Oh! Las reglas invariables de la nimia etiqueta no consienten que se intermita...

—No entiendo el griego, replicó el condestable cortando el discurso á doña Remigia. Llamad á mi hija.

—Digo, señor, continuó la dueña, que los sopores del indispensable y natural beleño embargan con blanda dulcedumbre los miembros de doña María.

—Lléveos el diablo con vuestros sopores, beleño y dulcedumbre! Obedeced, ó ¡vive Dios!...

—Jesus!... Jesus!... Voy allá. Pero, si esta inobservancia de la rígida ley claustral, hermética y clásica que nos hemos impuesto, produjese consecuencias desastrosas...

—Perded cuidado. Echadme á mí las culpas. Adelante, adelante.

—Seguid mis pasos, dijo por último la dueña; y aunque de muy mala gana guió al condestable al aposento de su hija.

Al momento salió esta; pues no dormia, y viendo á su padre armado, exclamó:

—Partís, señor?

—Parto sin tí, respondió el anciano en voz baja, recatándose de la dueña. El rey ó sus privados así lo quieren.

—Vais á la guerra?

—No, hija mia: voy á hacer oficio de alcalde de corte ó de carcelero: ¿qué se yo? Me mandan guardar á don Pedro Giron en Belorado. Prepárate á seguirme, porque lo tengo pedido, y no me cansaré de instar hasta que lo consiga.

Doña Remigia se habia ido acercando paso entre paso, para escuchar la conversacion.

—Mi gusto será, padre y señor, respondió la jóven, hacer en todo lo que sea de vuestro agrado; mas, si tal fuere mi desventura, que no se me permitiese acompañaros, vivid tranquilo; pues sabré guardar el honor de vuestro nombre. Además, aquí están mis primas Inés y Elvira; tambien están mis tias, que suplirán vuestros cuidados, dado que no puedan consolarme de vuestra ausencia.

—Y aquí estoy yo, dijo la dueña, que soy un Argos centióculo, y que no perderé de vista...

El condestable se volvió con tal ímpetu y arrogancia, que la respetable guardadamas, perdió el equilibrio, y el hilo de su discurso: no pudo perder la color, porque no la tenia.

—Sois demasiado curiosa, la dijo el condestable, mirándola con ojos severos.

—Señor!...

—Eh! Haceos allá!

—Jesus mio!... Qué hombre tan acerbo! Con este no se puede jugar, murmuró doña Remigia retirándose.

—Adios, Maria! dijo el anciano dando los brazos á su hija. Prudencia y recato. Hasta la vista.

—Adios, padre y señor. Id tranquilo, repuso la jóven.

De allí á paso el condestable montaba en el caballo que habia dejado á la puerta del palacio, y seguido de una escolta de cuarenta mosqueteros, emprendia su marcha hácia Segovia.

Ningun acontecimiento digno de especial mencion ocurrió durante los dos dias sucesivos. Quevedo no dejó de ir al régio alcázar con intencion de ver el efecto que habia producido su travesura; pero no advirtió la menor novedad. El rey continuaba oyendo misas y rezando tranquilamente; la reina hacia otro tanto y jugueteaba con su niña; los favoritos echaban plantas en las antesalas, recibian visitas de los reverendos padres, en que hervia aquella corte, ó bien trataban á la ligera de los graves asuntos de la monarquía; los cortesanos y las damas murmuraban, y doña Remigia reñia en culto.

—La madre portera me ha faltado, pensó Quevedo: ¿qué cuenta daré de mi encargo á la Mari-Velasca?

Entre tanto, don Rodrigo pasaba el tiempo madurando sus planes de ambicion: antes de aventurarse á dar el golpe atrevido que meditaba respecto á doña Maria, deseaba tener el convencimiento íntimo de que podia presentarse á ella como un igual suyo. A estar mas adelantado en la privanza, no se hubiera parado en esta consideracion; pero siendo aquella naciente, no le prestaba todavía la arrogancia necesaria para elevarse de un salto á la altura del condestable.

—Sepa yo que desciendo de la nobilísima familia del duque de Alba, pensó, que no me faltarán medios para probarlo; y enton-

ces, así como don Juan de Austria, siendo un bastardo, pudo aspirar á la mano de la reina de Escocia, podré yo merecer la de una Velasco. ¿Y quién parará mi vuelo, cuando haya conseguido estas dos cosas? Con ellas no seré ya el criado favorito del valido: seré tanto como él... ó acaso mas.

Poseido de estas ideas, apenas llegó la noche del sábado y se acercó la hora fatal de las doce, don Rodrigo salió de su casa en compañia de Vangest, y se encaminó á la de Francisco Juara.

Esta vez le aguardaba el hechicero, quien apenas le sintió subir la escalera, sacó luz y le dijo:

—Andad quedo, no sea que despierte la familia.

Don Rodrigo siguió subiendo de puntillas, y cuando hubo entrado en el desván, se volvió hácia Juara, que cerraba cuidadosamente la puerta, y le preguntó:

—Está ya todo preparado?

—Faltan algunas cosillas todavía, respondió el hechicero; mas, no importa: nos sobra tiempo.

—Daos prisa, porque ya estoy cansado de aguardar.

—Oh! Hasta el punto de medianoche no se puede hacer nada: y si quereis que no se malogre la operacion, guardad silencio.

—Villano familiar de Satanás! esclamó el orgulloso jóven. Has olvidado con quién hablas?

—Silencio, repito! prorumpió Juara con enerjía, prestando á sus ojillos un fuego estraordinario. Habeis olvidado vuestros pactos? Por ellos teneis derecho á conseguir todo cuanto codicien vuestros sentidos; pero estais sujeto á mi voluntad en lo que atañe á mi oficio, y me debeis obediencia. Callad, pues.

En nuestros días apenas se comprenderá esta especie de dependencia: es mas; habrá quien considere como parto de la imaginacion lo que se cuenta de los hechiceros y lo que aquí referimos; pero, cuando encontramos las historias y los documentos curiosos de aquel tiempo llenos de noticias y alusiones relativas á la hechicería; cuando vemos que, no solo en España, emporio entonces de la civilizacion y señora de las naciones, sino en Italia, Inglaterra y Francia que presumian de sabias, los mas elevados personajes daban crédito á las artes mágicas; al registrar en los escritos serios del mismo

Quevedo, el hombre mas avanzado en ideas de su siglo, referencias formales á este género de industria (*), no se sabe qué admirar mas; si la supersticion que la alimentaba, ó la audacia temeraria de los que la ejercian; preciso era que aquellos charlatanes criminales confiasen mucho en la credulidad del vulgo y obtuviesen por este medio riquezas exorbitantes, para que se aventurasen á emplearlo embaucando á gentes poderosas, siendo así que no jugaba con ellos el terrible tribunal de la Inquisicion.

Gran parte de los bárbaros escesos, de las tropelías y arrojos á que se entregaban los hombres potentes de aquellos tiempos y de los anteriores, procedian de esta causa: los hechiceros no eran mas que unos sabios empíricos y bastardos, que traficaban con la ignorancia y las pasiones desenfrenadas. Un jóven aturdido y ambicioso llegaba á ellos pidiéndoles, ya un filtro para hacerse amar de una doncella esquiva, ya un remedio heróico para triunfar de sus émulos; y el hechicero, despues de mucho regatear su servicio y de escusarse negando su capacidad para prestarlo, acababa por apoderarse de su cliente, si era buena presa, y hacerlo botin de su codicia: sometíalo, si le convenia, al poder del diablo, y de este modo aseguraba, por una parte el secreto, y por otra la realizacion de sus mentidos prodigios. El coligado con Satanás se echaba, como solia decirse, el alma á la espalda, y atropellándolo todo, venia á ser el ejecutor de los maleficios, que el hechicero preparaba y dirigia, poniendo especial cuidado en estudiar las inclinaciones y los gustos de sus protejidos.

De estos era Francisco Juara, hombre ingenioso y diestro, que hoy solo pudiera servir para boticario, ó tal vez para prestigiador ó titiritero.

Don Rodrigo bajó la cabeza, reconociendo que debia someterse á la voluntad de aquel hombre, en cuyo poder sobrenatural creia.

Juara se entretuvo moliendo unas resinas en un mortero de piedra y depositando cuidadosamente los polvos amarillos en una salvilla de hierro. Despues entró en un aposento reservado, puso mucho carbon en un brasero de figura de trípode, le aplicó fuego, y sopló

(*) En los *Grandes Anales de quince dias*, que son unos curiosos apuntes históricos del principio del reinado de Felipe IV con estensos antecedentes del de su padre.

con un fuelle hasta dejarlo bien encendido: cuando las azuladas llamas del carbon se levantaron compactas, acercó la trípode á una especie de tapiz rojo, que pendia del techo; en el cual, á favor de un fuerte reverbero colocado detrás, se transparentaban unas figuras grotescas de diablos negros y blancos, que se reian y montaban unos en el rabo y en los hombros de otros. La pieza estaba enteramente desamueblada, era grande, y el menor ruido se reproducia sonoro por el eco.

Despues de estos preparativos, el hechicero empapó unos algodones en un licor preservativo y se los metió en las fosas nasales; se ciñó á toda prisa un cinturon de cuero negro sembrado de signos cabalísticos, púsose una especie de coroza, tambien pintarrajeada con figuras estrañas, tomó una varita y la salvilla de los polvos, y con voz imponente y cavernosa llamó á don Rodrigo.

El jóven favorito no se sobrecogió al ver el diabólico aparato, con el que ya estaba familiarizado: si lo hubiese visto antes de colocar Juara el brasero junto á la cortina, tal vez habria observado que el calor y las emanaciones gaseosas del carbon encendido habian hecho palidecer algun tanto su vivo color rojo.

Tomó Juara un libraco antiguo, y comenzó á rumiar palabras ininteligibles, haciendo al mismo tiempo con la mano izquierda movimientos enérgicos y espresivos, muy semejantes á la pantomima de los magnetizadores: cogió luego ún ramo de romero seco y lo echó en las brasas: pronto se alzó una viva llama, y la roja cortina con sus diablos grandes y pequeños se tornó amarillenta. El hechicero prosiguió sus conjuros cada vez con mas vehemencia. Don Rodrigo se habia vuelto pálido; mas no de terror, sino de ansiedad; pues temia ya que, al efectuarse el prodigio, apareciese en aquel lienzo la figura modesta de Francisco Calderon.

En aquel momento crítico, Juara tomó con mano trémula la salvilla que habia puesto en el suelo, y volviéndose al jóven le dijo:

—Queréis la prueba? Estais preparado á resistirla?

—Si, acabad! respondió don Rodrigo.

—Sea! dijo el hechicero.

Lit. Vazquez Sc. de Mabon.

Esta ilusion no duró mas que breves momentos.

Y dando tres vueltas al rededor de la trípode, vació en ella lo contenido en la salvilla.

En aquel punto se levantaron fuertes llamaradas, que subian envueltas en una densa nube de humo, y cuyo resplandor daba un tinte siniestro á toda la estancia: comenzóse á difundir por esta un olor nauseabundo y acre, capaz de turbar la cabeza mas vigorosa y la luz colocada detrás del tapiz dió un resplandor mas vivo, pero trémulo. En el lugar que antes ocupaba el mas corpulento de todos los diablos empezó á delinearse vagamente otra figura.

—Pronto, Asmodeo, Belial, diablos de la prostitucion y de los secretos amores, gritó el hechicero; acudid! Traedme aquí al punto las sombras que deseo.

Y esto diciendo, señalaba con la varilla en medio del tapiz.

La figura indicada en él acabó de marcarse, y otra mas aérea y vagarosa se dibujó á su lado: eran un guerrero anciano, de rostro aguileño y facciones duras y angulosas, y una dama que se apoyaba dulcemente en su hombro, dirigiéndole tiernas miradas. El caballero llevaba una brillante armadura, una banda de general y un baston de mando en la mano: la dama aparecia vestida con lúbrico abandono.

Esta ilusion no duró mas que breves momentos. Don Rodrigo la contempló con ávida satisfaccion de orgullo, exclamando:

—Él es!... Él es!...

Y dió un paso para tocar la mentirosa vision; pero ya en aquel instante despedia el brasero la última llamarada, los carbones estaban negros y la luz del reverbero se apagó repentinamente, quedando la estancia en la mas completa oscuridad.

El soberbio mozo cayó al suelo, privado de sentido.

Juara le sacó á la otra pieza, y abrió una ventana para que la corriente del aire disipase los efectos de la asfixia, producida por los miasmas de sus resinas, de que él habia sabido preservarse.

—Ya estarás contento, mala fiera, murmuró desabrochándole la ropilla. Lo que el diablo quizás no pudo hacer, acabo yo de hacerlo: ya no es mujer honrada tu madre. Pero, pues tú lo quieres, buen provecho te haga.

Don Rodrigo permaneció aletargado largo rato: en sus labios pálidos se dibujaba la contraccion de una sonrisa orgullosa. Cuando volvió en sí, se frotó rápidamente los ojos, y miró á todos lados murmurando:

—No le veo!... No le veo!... Ah!... Dónde estoy?

—Aquí, conmigo, señor, respondió con afable tono el hechicero.

—Ah! maldito! exclamó el jóven. Ya no me acordaba de tí. Díme, ¿puedes repetir la prueba que has hecho, delante de otra persona?

—No lo intenteis siquiera, señor, respondió Juara: os costaria quizás la vida.

—Infame! Por qué no me lo dijiste antes? repuso don Rodrigo levantándose.

—Perdóneme vueseñoría. Yo ignoraba que os conviniese dar participacion á nadie en este secreto: así es que, respetando vuestra intencion, ni siquiera me he enterado yo mismo de lo que habeis visto.

—Pues mira como ha de ser; porque necesito que otro hombre lo vea.

—Señor, es en vano que insteis. El que todo lo hace no concede jamás una gracia dos veces. Pedidle mil diferentes, y os las otorgará; pero tened mucho cuidado, para vuestro gobierno, de ver antes y calcular bien lo que hubiéreis menester; porque despues de hecho, ya no hay revocacion, y esto pudiera ocasionaros graves males.

—Tambien eso? replicó don Rodrigo, moviendo la cabeza con despecho.

—Ah! Señor, es que los errores y las faltas es justo que los pague el que los comete. Harto hacemos con avisar el peligro.

—Bien, basta, basta, dijo por último el ardiente mozo. Muy equitativo es el diablo, y muy tacaño.

Y sin despedirse de Juara se encaminó á la puerta.

—No os quejeis, señor, que pocos habrá mejor servidos que vuestra señoría, repuso el viejo tomando la lamparilla para alumbrar.

Don Rodrigo se volvió de pronto y dijo:

—Bien servido estoy, vive Dios! Qué has hecho en el encargo que te dí?

—Nada, respondió Juara con serenidad.

—Y á qué aguardas?

—Aguardo á que haya quien guste de ir á la horca ó á la hoguera por solo el gusto de servir á vueseñoría.

—Hola! Qué significa esto, seor desvergonzado?

—Significa, señor, que yo comprometo á los hombres y los corchetes los prenden.

—Ah! Y por eso?....

—Claro está.

—Esas quiebras tiene el oficio, maese Juara.

—Pues así, no estrañeis, señor, que la gente prefiera holgar.

—Y decidme, don canalla, ¿puedo yo remediar nada en eso? No ha sido y será siempre así? O quereis que yo mande á la justicia detenerse cuando se encuentre con alguno de los vuestros?

—Poder teneis, replicó Juara: pero no pido tanto: me bastará que los mios ó los que yo mande no sean perseguidos por el solo hecho de ser vos á quien sirven.

—Ha pasado eso alguna vez?

—Preguntadlo, si os place, al seor Avililla.

—No estoy para perder el tiempo en preguntas y respuestas, dijo resueltamente el valido. ¿Quiéres trabajar? Si, ó no.

—Sí; pero con una condicion.

—Cuál?

—Con una firma vuestra.

—Firma!... Ya tienes una, y sobra.

—Esa es harina de otro costal, señor don Rodrigo.

—Pues no hay mas, señor don brujo; y... ¡ojo avizor! Si no me obedeceis, podrá suceder que os ajuste alguna cuenta el seor Avililla.

Juara reflexionó breves momentos y luego repuso:

—Quedo en obedeceros.

—Cuándo?

—Cuando haya ocasion.

—Ha de ser pronto.

— Será : no intenteis saber mas de mí.

Don Rodrigo se embozó en su capa y bajó la escalera. El viejo le alumbró desde arriba, y cuando oyó cerrar la puerta de la calle, murmuró entre dientes :

— El demonio cargue contigo, y yo con tus arcas... Lástima que este mozo camine tan de prisa; porque será muy fácil que tropieze antes de llegar á la cumbre!

CAPITULO VII.

QUE TRATA DE LAS BODAS DE UN ALGUACIL DE CORTE, DE SU MUJER Y DE LOS PARIENTES DE ELLA.

Muñoz. Yo estoy enmaridado;
mas la mujer que quiero
no ha de tener linages, ni parientes;
quiero mujer sin madres y sin tias,
sin amigos y espías,
sin viejas, sin vecinos,
sin visitas, sin coches y sin Prado,
y sin lugarteniente de casado;
que hay doncella que vende de su esposo
(á raiz de las propias bendiciones)
á pares las futuras sucesiones.
QUEV.—*El Marido Pantasma.*

DEJEMOS por un momento la corte y volvamos á la villa.

Quevedo estaba componiendo el vigésimo soneto á la hermosura de la sin par Belisa, cuando entró en su escritorio su amigo Adan en trage de camino: llevaba en la mano una cartita perfumada, y poniéndola sobre la mesa, no se atrevió á interrumpir al poeta.

Sin embargo, este levantó la cabeza, al concluir el segundo cuarteto, y mirando al jóven estudiante, soltó una carcajada esclamando:

—Qué tienes, qué te pasa, progenitor de los mortales? Qué cara es esa de responso y kiries? te se ha muerto tu abuela?

—Siempre estais de buen humor, mi amigo y señor don Francisco, respondió Adan. Me veis triste, porque vengo á despedirme de vos.

—*Malorum!* Cómo es eso tan de repente, mi querido Heráclito?

—No es tan de repente: hace ya algunos dias que vuestro tutor se dignó indicarme, que habia alcanzado para mí una capellanía vacante en Toledo, y como habrá órdenes el dia veinte de este mes, debo aprovechar la ocasion de recibirlas.

—Y eso te aflige? repuso Quevedo levantándose. Cuando hubieses de ir á la China, podrias llorar nuestra ausencia: pero á Toledo!.... Allí nos veremos: habré de visitar al sabio padre Mariana. Y ahora recuerdo que tengo aquí unas interpretaciones del libro de los Macabeos, que me encargó le corrigiese: el pobre anciano está medio ciego, y no puede fiarse de todos para estos trabajos delicados. Me harás el favor de llevárselas.

—Lo haré con mucho gusto.

—Espera un momento.

Quevedo tomó una hoja de papel y escribió una esquela para el célebre historiador de España, remitiéndole las interpretaciones corregidas, y recomendándole al portador.

Adan tomó esta carta y el legajo que le entregó su amigo, quien dijo señalando á la que habia puesto sobre el bufete:

—Ved esa otra, que he querido entrar yo mismo; porque presumo lo que puede ser, y creo que os dulcificará el amargor de la despedida.

—Qué es esto? repuso Quevedo tomando el billetito. Quién lo ha traido?

—Marina, contestó Adan.

—Ah!.... Es carta de Belisa!.... Permíteme, Adan: veremos qué me dice la bella Angélica.

Y abriéndola con afan, leyó para los dos:

«Señor don Francisco: Sin conocimiento de mi señora tia, escribo estos cuatro renglones á vuestra merced, y aunque hacerlo no debiera, mi gratitud á sus favores puede mas que la consideracion á mi decoro. No sé como decirle lo que por mí pasa, y temo que

«me juzgue con lijereza: yo quisiera que vuestra merced no faltase «en la ceremonia, ni en la fiesta que han de celebrarse mañana en «obsequio mio; pero acaso le ofendo al proponérselo. Hay situacio- «nes que una doncella honrada no comprende, ni sabe esplicar, y «la mia es de estas. Pero escusadas son esplicaciones, para un tan «buen entendedor como lo es vuestra merced...

—Y tan escusadas, pésia mí! esclamó Quevedo interrumpiendo la lectura. Con menos rodeos, quiere decir que se casa.

—Item mas, que os tiene aficion, repuso Adan.

—Sea enhorabuena. Prosigamos.— «Escusadas son esplica- «ciones... etcétera... De casada, lo mismo que de soltera, será pa- «ra mí de mucha estima su amistad; y no dudo que su buen inge- «nio y fina galantería le sugerirán algun medio, que le autorice pa- «ra frecuentar nuestra casa, y á mí para cumplirle la palabra que le «dió— *La tapada del sotillo.*»

—Habeis conocido, señor capellan, un diablillo mas discreto? dijo Quevedo doblando el billete. Por la reata de San Marcos, que me hace perder los estrivos esta rapaza!

—Como que os pesa de que se case!...

—Si, no, y qué sé yo. Lo que por mí pasa en este momento, ni lo comprendo, ni lo sé esplicar, como ella dice de sí. Me da celos el marido; me escueze que otro la posea *in totum*, y me parece que la quiero mas, ahora que solo puedo aspirar á ella *in partibus*. Voto á diez mil pares de suegras! Que yo no haya nacido con vocacion de casado!... Por esa chicuela hubiera yo hecho la mayor barbaridad.

—Pasito á paso, señor doctor, repuso Adan: tened cuenta con el noveno mandamiento.

—Queréis echarme un sermoncito por despedida? Dejad eso, padre capellan, y separémonos como buenos cofrades del gusto y del trago. A ver? Sentaos, y permitid que os trate desde hoy con ceremonia y reverencia. En este armario, entre Juvenal y Epicteto ha de estar la filosofía de Pinto, encerrada en una botella. Hela aquí.

Esto diciendo, nuestro poeta sacó del armario una botella y una copa, que puso en la mesa, y llamando á su criado, le mandó traer media docena de pastelillos.

Cuando todo estuvo á punto, sirvió á su amigo y se sirvió él, y no le dejó levantarse hasta ver el fondo de la filosofía de Pinto. Adan se puso alegre hasta el estremo de confesar que, al despedirse del mundo y de la *vita bona* estudiantil, no renunciaba enteramente á sus vanidades en tan amable compañia. Quevedo disertó sobre las excelencias del vino, trayendo á colacion textos irrecusables, sagrados y profanos, con lo que el capellan en espectativa se despidió contento, y persuadido de que la musa de la elocuencia debia de haber sido transformada en botella por los dioses del Olimpo.

Luego que hubo marchado el estudiante, nuestro héroe dió rienda suelta á los sentimientos contradictorios que se ajitaban en su pecho: tomó la carta de Isabel, la releyó, y volviendo á dejarla sobre la mesa, dijo para sí:

—Amo á esta mujer, y haré por ella cualquier sacrificio. Pero que ella se sacrifique, entregándose para siempre á un hombre á quien no ama!... O es la mas virtuosa, ó la mas cuca de las mujeres. ¿Será verdad que le merezco alguna estimacion? Seria ella la primera que me hubiese amado. Es lástima, es lástima que se case... Pero, ¡qué diablos!... Yo no habia de ser su marido, y pues no rehusa mi amistad, antes la estima... seamos yo su amigo y ella mi amiga. Eh! A fuera, sombras negras!... Viva la alegría y las muchachas amables! Hagamos un epitalamio, que me sirva de introito. Un poeta no debe ofrecer otro presente á una novia... ¿Cómo se llamará su Cornelio?

Pensando así tomó la pluma y se puso á meditar lo que escribiria. Despues de un corto rato, murmuró:

—¡Ay, Belisa! Esto es peor que casarse: ténmelo en cuenta, mi vida. Que yo celebre la dicha de tu futuro!... Algun dia me vengaré. Y por qué no ahora? Dicen que el que da primero, da dos veces: pues acometamos al toro, pluma en ristre, que despues vendrá lo que Dios quisiere.

Y comenzó á escribir:

«Cornudo eres, Fulano, hasta los codos....

Pero se interrumpió en seguida, diciendo:

—No, esto es demasiado temprano, y honra poco á Belisa: esta criatura me infunde respeto á mi pesar. Hagamos el epitalamio,

que sin duda es lo que ella quiere, para que me sirva de salvoconducto. ¿Qué otra cosa puede esperar de mi ingenio?

Pensando así, volvió á tomar la pluma y escribió unos versos alusivos á la boda.

Pertrechado con ellos, salió de su casa, y se fué derecho á la de Isabel. En la puerta encontró á un lacayo que salia, y otro que entraba, llevando este último una bandeja cubierta con un paño de seda. Quevedo miró primero al uno, luego al otro, y dijo tocándose con el índice la punta de la nariz:

—Soy un bodoque. De seguro dan estos pruebas de ingenio mejores que las mias.

Sin embargo, se adelantó al lacayo, y llamó á la puerta: el pagecito abrió.

—No están en casa las señoras, dijo.

—Ah! No? Tan temprano han salido?

—Si vueseñoria desea encontrarlas, dijo Marina saliendo, dése una vuelta por la calle Mayor ó por sus alrededores.

—Gracias, hermosa! contestó Quevedo.

La doncella hizo una cortesía y se adelantó á descargar de su peso al lacayo, que aguardaba con la bandeja en las manos, y que dijo al entregarla:

—Esta memoria es de parte de mi señor el licenciado Paez, en obsequio de la señora doña Isabel, á quien desea mucha felicidad en su matrimonio.

Quevedo no pudo oir la contestacion de la doncellita, pues se habia retirado; y con su paso arrastrando, entre cojo y no es cojo, se encaminó á la calle Mayor.

Paseaban por esta varios coches, y otros estaban parados, llenos de damas y con escolta de galanteadores á las portezuelas: veíanse allí mujeres encajonadas, como joyas en aparador de tienda, muy relucientes y pintadas las caras á fuerza de soliman y carmin, muy elegantes de talle, muy rizadas de sienes, y muy disimuladas de años, hacer las melindrosas con donceles de poca esperiencia y mucha hacienda; figurones de tapiz, desechos de la edad, remendados de cabellera y reteñidos de bigotes, andar doblando la cintura y remedando arrullos al oido de muchachuelas *cándidas* de quince á

veinte abriles: hijos de grandes casas, compitiendo entre sí en la magnificencia de los vestidos y en el séquito de lujosos criados, y gallardeándose para ser notados de las que anotados les tenian en el libro de sus cábalas: veíanse hidalgos y caballeros muy tiesos de golilla; pero despojados ya de rentas y capital, que recorrian la féria por no poder desechar la aficion; escuderos disfrazados con la ropa de sus amos y criadas idem con los vestidos de sus señoras, que andaban á quien engaña á quien; y otras mil figuras de movimiento, cual hermosa, cual fea; esta escondiendo la cara bajo el manto pecador, y enseñando al descuido con cuidado un magnífico trage, una blanca mano, llena de cintillos y un brazo adornado con ricas mangas de encage; aquella ostentando á la luz del dia su belleza provocativa, envuelta en seda y abrumada de oro y diamantes.

No es posible hoy formarse idea de aquella sociedad brillante, fastuosa, en que el lujo llevado hasta el esceso de la frivolidad era muchas veces capa de los vicios y de la miseria; entre aquello y lo que ahora vemos no hay términos de comparacion, que revelen toda la magnificencia derrochadora de un pueblo, que creyéndose dominador del globo y dueño de las vastas regiones donde el oro mas se cria, imaginaba tal vez inagotables los tesoros de América y bochornoso, hasta para el mas pobre artesano, el no aparentar fausto de gran señor. Este lujo, este boato, que desarrollado inmensamente en la region de las altas gerarquías, amenazaba ya invadir las últimas gradas de la sociedad, era sin embargo, á pesar de su vistoso brillo y de la importancia que esto parecia darnos á los ojos de las demás naciones, el cáncer principal que debia corroer y minar en menos de un siglo la vasta monarquía española; porque se sostenia solo á costa de oro, y no de trabajo; porque la corte sola gastaba mas que España entera producia, y porque toda aquella riqueza movible iba á parar á manos de estranjeros por diferentes conductos.

Ya era cosa de villanos y gentecilla ruin gastar los paños duros de Segovia, y solo se llevaba el enfurtido de Florencia; ya los lienzos y sederías de Sevilla, Granada y Valencia comenzaban á decaer, siendo mas noble usar los de Flandes, Italia y Francia; Venecia y Génova eran nuestros banqueros y negociadores: por su conducto

pasaba todo nuestro comercio, y nos llegaban las plumas, los aromas, las esencias de la India, los espejos y cuadros de Milan y Roma, los tapices de Alemania: en los banquetes monstruosos de los grandes no eran ya bastante sabrosos los vinos de la tierra, y se traian los de Sicilia y Chipre. Nada de esto hubiera perjudicado á España, si esta hubiese tenido en sus manos, como podia, la contratacion de los negocios, y si hubiese pagado lo supérfluo con lo escedente de su produccion. Pero no era así: mientras en guerras, estériles para nosotros, se consumia la mayor parte de los caudales de América, enriqueciendo de paso á los mismos paises donde aquellas se hacian, y perdiendo muchos millares de hombres, cesaba gradualmente la actividad de nuestros talleres, los campos quedaban incultos, y la vanidad, queriendo elevar á los débiles á fuerza de imitar los frívolos dispendios de los poderosos, destruía los pequeños capitales y creaba la vagancia, la estafa y la picardía.

Muchos y muchas de los que ostentaban galas sin suma y se mecian en coche, los dias festivos, en la calle Mayor, eran petardistas de oficio, gente dada á vicios que no podian mantener, y para quienes el hábito y la costumbre de figurar habian hecho del engaño y la trampa una necesidad.

Quevedo recorrió aquella escuela de las flaquezas humanas, estudiando en ella y recogiendo materiales para los *Sueños* que ya meditaba, y que debian inmortalizar su nombre. Su perspicacia veia todos los vicios de aquella sociedad en putrefaccion, sin permitirle, no obstante reparar en sus propias debilidades: percibia claramente la necedad de unos, la hipocresía de otros, el desenfreno y codicia de los mas; pero no reparaba en que él mismo corria tras los placeres, metiéndose insensiblemente en un lazo engañoso.

La calle Mayor y sus inmediatas hácia Santa Cruz eran entonces el gran foco del comercio: allí estaban las tiendas de los genoveses, paraiso de las damas, rastro de la socaliña y cementerio de bolsas. Nuestro héroe pasaba por delante de una de ellas, cuando vió llegar á Isabel, á quien acompañaban su tia y hermana, dos amigas, y á manera de escolta el capitan Varea, su primo Lupercio y otro sugeto de edad indefinible, á quien Quevedo reconoció: era este nuevo personage un hombre mediano de cuerpo, regordete y algo ven-

tron: su trage negro y su perilla en forma de cola de pato daban á entender que era un letrado; sus mofletes colorados y su risita burlona hacian presumir que no le estorbaba la vergüenza; sus ojos traviesos con disimulo revelaban astucia y sagacidad; y sin embargo, en el todo de su fisonomía campeaba un aire bonachon, el mas propio para designar á un marido paciente.

—Señor don Francisco! exclamó doña Tomasa con expresion de júbilo al ver á Quevedo. Mirad, niñas, mirad quien viene aquí, añadió dirigiéndose á sus sobrinas, que antes que ella habian reparado en el poeta.

—Vuestro humilde criado, señoras mias, dijo este saludándolas, y despues á los acompañantes, que le correspondieron con igual cortesía.

—Deseábamos participaros, continuó doña Tomasa, el próximo enlace de Isabelita con el señor Mateo Avililla, persona muy recomendable, añadió inclinando la cabeza hácia el de la barba de cola de pato.—No lo hemos hecho, por no saber vuestra casa.

—Basta el buen deseo, señora, respondió Quevedo; y felicito á mi señora doña Isabel y al señor Mateo Avililla. Si no me engaño, venís de compras con ese motivo?

—Si, señor: entremos.

Todos entraron en la tienda: los mancebos se apresuraron á ofrecer sillas á las damas; pues la galantería en esta edad no era patrimonio esclusivo de los caballeros: otros acudieron á preguntar lo que aquellas deseaban y á enumerar de memoria una lista interminable de los objetos almacenados en los aparadores, y de otros muchos que no se veian.

Era una tienda de bujerías de toda especie para el uso de las mujeres, donde se vendian cuantas cosas habia inventado la industria estranjera para satisfacer al refinamiento del lujo; pero pocas de aquellas mercancías tenian el valor intrínseco de la materia, y sí solo el del trabajo, ó el convencional que les daba el capricho de las bellas consumidoras. Eran de un uso general los apretadores de vidrio, y los habia de mil diversas formas y de precios fabulosos; las pulseras de metal dorado, los collares de perlas aparentes, las cade-

nillas, los dijes, arracadas y otras innumerables fruslerías costaban diez veces el valor que hoy se les atribuye.

Las damas comenzaron á pedir y los dependientes á sacar, primero objetos de poco precio, y despues otros mas estimables, en proporcion que aquellos eran desechados: doña Tomasa dejaba á las niñas escoger á su gusto, y únicamente dijo al comerciante, que ella no acostumbraba comprar sino cosas finas y de mérito superior.

Los caballeros, entre tanto, trabaron conversacion.

— Concurrida está hoy la feria, dijo Lupercio.

— A qué llamais estar concurrida? repuso el capitan. Esto no vale nada: hubieseis visto la lonja de Amberes ó las tiendas de Gante, y sabriais lo que es haber gente y lucida.

— Oh! dijo el alguacil de corte. Por esos paises debe de ser todo mejor que aquí.

— No todo, señor Avililla, contestó el capitan. No hay nada como Madrid en toda la redondez de la tierra.

— Como decíais...? replicó el alguacil.

— Yo sé lo que me digo, y para afirmar algo, es menester haber corrido mundo, como yo.

— Tiene razon mi primo, que viendo mucho mundo, se aprende mucho, apoyó Lupercio.

— O no se aprende nada, contradijo el capitan.

— Eso no puede ser.

— Sí puede ser.

Los dos primos continuaron disputando. Quevedo se acercó al alguacil.

— Sea enhorabuena, señor Avililla, le dijo. Celebro que doña Isabelita venga á poder de un sugeto de vuestras prendas.

— Conocéisme? preguntó el alguacil.

— No recordais el pañizuelo de marras?

Avililla se encogió de hombros y repuso:

— No sé de qué pañizuelo me hablais.

Quevedo estaba seguro de lo que decia; y así replicó mirando fijamente al alguacil, que le escuchaba con imperturbable serenidad:

— Hace ya algunos dias, que yendo yo una noche distraido por

los sotillos que hay á espaldas de la huerta de Lerma, tropezé con una ronda: el jefe de ella presumo que erais vos.

—Bien pudo ser.

—Aquella ronda rodeaba el cadáver de un hombre, á cuya vista, la sorpresa me hizo caer inadvertidamente un pañizuelo que en la mano llevaba: reconociendo el terreno, lo encontró el jefe, que si no érais vos, se os parece como un huevo á otro huevo.

—Tambien puede ser.

—Comenzó el jefe á formar conjeturas sobre aquel pañizuelo, y entonces le hice presente que no debia fundar nada en tan débil indicio; pues aquel era mio, y yo suponia que acababa de caérseme de la mano.

—Supongo, yo ahora, dijo por último Avililla, que me confundís con algun otro.

—Todo es de suponer, repuso Quevedo. Como soy corto de vista...

—Eso y lo que yo sostengo es lo mismo, dijo á este tiempo el capitan: un ciego puede correr cien veces el mundo y no ver nada.

—Os hago una apuesta le respondió Quevedo.

—A qué?

—A que un ciego vé lo que vos con vista no veis.

—Qué no veo yo?

—Que sois duro de mollera, replicó el descarado poeta.

—Lo tengo bien visto, caballero, dijo el capitan por contradecir en todo.

—Entonces, perdí la apuesta.

—¡Ay, Jesus! esclamó de pronto doña Tomasa.

—Qué es ello, señora? preguntó el novio.

—Las zapatillas de ámbar que acabais de comprar, que han de haberse quedado en casa del platero.

—No puede ser.

—Si puede ser, contestó á punto el capitan.

—Pues no las traia vuestro primo? dijo Avililla.

—No lo recuerdo repuso Lupercio, mirando á su tia.

—Se han quedado, se han quedado, repitió doña Tomasa. Jesus, qué desgracia!

—¡Ay, si se pierden! Tan bonitas como eran! esclamó Isabel.

—Tranquilizaos, señora, dijo Avililla. Voy por ellas.

Y marchó hácia las Platerias.

Ya las niñas habian escojido entre lo mas caro una docena de objetos; mangas, cuellos, cadenillas, juguetes de tocador y otras bujerías, que importaban treinta escudos. Lupercio sacó un bolsillo y se adelantó á pagar; pero el capitan se interpuso diciendo:

—No puede ser.

—Permitid, primo, contestó Lupercio.

—No lo permitiré, replicó el capitan.

—Cobraos, dijo Lupercio, echando el bolsillo sobre el mostrador.

El capitan lo recogió, repitiendo con mal tono:

—He dicho que no, y no!

—Pues si es tema, yo digo que sí, y sí.

Quevedo se divertía en ver esta lucha, que parecia tomar un giro desagradable; pues con efecto los dos primos, asidos á los estremos del bolsillo, se acaloraban por momentos, y cualquiera hubiese dicho que iban á venir á las manos; cuando alarmada la tia, le llamó aparte y le dijo:

—Por las llagas de Dios, señor don Francisco! Vuesa merced no conoce bien á esos dos testarudos. Son capaces de matarse aquí mismo por llevar adelante su tema.

—Nada se perderia, señora.

—Jesus! Eso decís?

—Bien: ¿qué quereis? Si llega el caso, yo pondré paz á cuchilladas.

—Pues voto á tal, gritaba en este momento el capitan Varea, que habeis de darme satisfaccion de este agravio!

—Cuando querais, pésia vos! le contestó Lupercio. Pero pago yo.

—No, sino yo! replicó el capitan echando espuma por la boca.

—¿Veis eso? dijo doña Tomasa. Y poniéndose entre los dos, pronunció á manera de sentencia estas palabras:

—Ni el uno, ni el otro, y pleito concluido. Háse visto mayor escándalo por una bicoca?

—¿No seria mejor que pagasen los dos? murmuró entre sí Quevedo.

Isabel tenia ya en dos paquetes los objetos comprados, y estaba como abochornada de la reyerta de sus primos, con los ojos bajos y el semblante afligido.

—Señor don Francisco, dijo doña Tomasa al poeta en secreto y apretándole la mano. Prestadme esos escudillos.

Quevedo estuvo á punto de enviar noramala á la dueña; pero miró á Isabel, que levantando á tiempo la vista, le flechó sus ojos como dos dardos afilados, y no encontró en sí fuerzas para resistirse á la embestidura.

—Tomad, señora, dijo, poniendo con disimulo su bolsillo en manos de la vieja.

Esta se acercó al mostrador, contó los treinta escudos y pagó.—Los dos primos habian salido á la puerta disputando. Nuestro poeta hizo un gesto espresivo, diciendo entre dientes:

—Ellos riñen, y yo soy el descalabrado.

—No estrañeis nada de esto, señor don Francisco, le dijo en voz baja Isabel. Mi primo el capitan es un hombre intratable. Con deciros que ha estado tres veces para casarse conmigo, y que me ha bastado acceder á sus pretensiones, para que se deshaga la boda, podreis conocer á donde llega su espíritu de contradiccion. Ahora está furioso, porque me caso con otro.

—Lástima que ese otro no tenga la misma condicion! respondió Quevedo. Pero me parece manso.

—Ah! No me hableis de eso! exclamó Isabel, suspirando y dirigiendo á nuestro héroe una mirada capaz de aturdir á un toro.

En esto volvió Avililla bufando de cansancio, y dijo á doña Tomasa:

—Las zapatillas no parecen: buscadlas mejor; pues me consta que no se han quedado en casa del platero.

Doña Tomasa comenzó de nuevo á lamentarse y á preguntar á todos por las zapatillas. Dorotea se acordó entonces de que su marido las habia traido, y de que podian haberlas dejado en el coche: con efecto, allí estaban. Con la prisa de ir á buscarlas, doña Tomasa no echó de ver que se habia guardado la bolsa de Quevedo, á

quien, sin embargo, no se olvidó de invitar á la fiesta preparada para el dia siguiente, ni de encargarle que hiciese alguna décima para obsequiar á los novios..

Luego que las cinco damas se hubieron encajonado en el coche, y al partir este, nuestro poeta se despidió de ellas, de los dos primos y el alguacil; y se fué paseando hácia la Almudena.

—Isabel es una perla engarzada en barro, iba diciendo entre sí; su tia, una sanguijuela maldita, capaz de sacarle los dientes á un ahorcado; sus primos, dos tahures de marca; y su novio, un procurador del diablo, con mas conchas que una tortuga. ¡Pobre Belisa! En qué infierno estás metida! Pero, ¿no serás tú tambien un ángel rebelde con manto de ángel bueno?... Qué ojos! Qué miradas!... Abreme pronto tu cielo, mujer divina; porque me abraso en el fuego de los celos. Envidia tengo á ese tonel con piernas que ha de gozar de tu hermosura: veneno quisiera que fuesen tus caricias, rayos las visuales de tus ojos, muerte y condenacion las primicias de tu desposorio.—Versos me pide tu tia; paréceme que por pedir, pedirá ella tercianas, y lamparones y el óleo. Tú nada me pides, mi alma, y yo te daria...

De pronto se interrumpió en esta palabra, y sonriéndose amargamente, continuó:

—No, cuidado con eso, Caballero de la Tenaza: no olvides tu divisa:

«Solamente un dar me agrada,
Que es el dar en no dar nada.»

Y entusiasmándose luego por grados, añadió:

—Mujeres! Mujeres!... Angeles y demonios en una pieza! Cuando por vosotras entremos dando tumbos en los infiernos, nuestro mayor tormento y rabia será el no encontraros allí tan bellas, tan agradables, tan deliciosas como aquí nos pareceis. Allí daremos gritos y alaridos, diciendo: «Vengan acá nuestros demonios! ¡Dónde están nuestros demonios! Que nos den nuestros demonios!» y no acertaremos á convencernos, de que nos han condenado los que allí aparecerán, negros como tizones, con tetas de cochino y alas de murciélago.—«¡No! ahullaremos entonces. No son estos los de-

monios por quien yo me dejé consumir la hacienda, pudrir la sangre y condenar el alma! No soy tan necio, que á tales mónstruos entregase yo lo que mas debí guardar.» Pero si mi desventura me lleva allá, señoras mias, yo me vengaré de vosotras á toda hora, y os haré padecer diciéndoos: « No hay qué dar. »

«Vanos delirios! exclamó en seguida, torciendo el giro de su pensamiento. — ¿Para qué ha puesto Dios en nuestros sentidos esta ilusion, este deseo y este fuego, que nos arrastra en pos de ellas? Ellas!... Esta palabra tiene mas armonía que un concierto de voces virginales. Sin ellas, ¿qué seria el mundo? Un corral de gansos, y una jauria de perros rabiosos. Vive Dios! Que mi lengua insolente y desvergonzada tenga el atrevimiento de zaherirlas! Pues, si busco hermosura, ¿dónde hallarla, sino en ellas? Si gracia, ¿quién como ellas la tiene y la derrama? Si donaire, ¿hay mas qué oirlas? Y que diré de su ingenio, pues parece que, si los hombres tenemos alguno, es porque ellas nos lo infunden y prestan? Benditas sean,... si me quieren! — Benditas, si no se pintan!... Benditas, si no piden! Cuando mi lengua maldiga de vosotras, ángeles mios, licencia os doy: cogedla con vuestros dientes, y mordedla en castigo.

Distraido en su monólogo, y llevado por la costumbre, Quevedo entró gesticulando en Palacio.

Habia en el patio principal varios individuos de la servidumbre que hablaban con mucho misterio; y viendo á nuestro héroe tan embebido en sus cabilaciones, accionando como si le preocupasen grandes cálculos, dijeron algunos á la vez:

— Ahí viene Quevedo! — Algo sabe.

Al punto salió de entre ellos el mismo personage que dias antes presenció con nuestro poeta la prision del duque de Osuna, y corriendo de puntillas hácia él, le dijo:

— Venid, don Francisco, venid!

Quevedo se paró de pronto, y clavándole con la vista, exclamó:

— Ah!... Muy bien hecho, señor... muy bien hecho! Qué se le ofrece al poeta de los pícaros?

El cortesano hizo un gesto, que parecia sonrisa y era maldicion con careta.

—Venid, venid, repitió. Estos señores desean saber...

—Vamos allá, repuso Quevedo.

Y entró en el corro de los cortesanos.

—Qué hay de nuevo, señores? preguntó.

—Pues no sabeis?... dijo uno de ellos.

—Muy poco.

—Quiere hacerse de rogar, dijo otro.

—Juro que no.

—Dicen que es una cosa terrible, continuó el primero.

—Terribilísima, respondió Quevedo.

—Y parece que ya entiende en el negocio la Inquisicion, dijo el segundo.

—Pues, señores, repuso Quevedo aparentando mucho misterio: con la Inquisicion, chiton!

Y dando media vuelta, se salió del corro.

—No os vayais, dijo otro de los cortesanos. Sin duda estais mejor enterado que nosotros.

—Yo!... De qué?

—De eso... de la conjuracion!

—Ah! Si: es una conjuracion espantosa; pero á mí no me coje.

—Hablad, hablad, dijeron varios á un tiempo.

—Una conjuracion horripilante, prosiguió Quevedo. Ya os podeis encomendar á Dios.

—Nosotros!...

—Si, es una conjuracion... contra los tontos.

—No gasteis bromas, repuso aquel, á quien Quevedo habia llamado el poeta de los pícaros. El negocio es demasiado grave para chancearse.

—Ah! Conqué va de veras? Como acostumbrais gritar «al lobo! al lobo,» cuando el lobo no piensa en venir, no estrañeis que no os crea cuando gritais con fundamento: ¿qué hay de particular?

—Le regalaremos el oido, respondió el segundo cortesano. Sabed, si lo ignorais, que han enfermado de repente don Garcia de Loaisa obispo de Córdoba y el señor inquisidor general.

—No lo estraño: alguna apoplegía...

—No es eso, no señor, dijo el primer cortesano. Se teme con fundamento que existe una conjura para acabar con todos los consejeros de S. M.

—Me ratifico en lo dicho, repuso Quevedo. Esa es conjuracion contra los tontos.

—Es decir que son tontos los consejeros!

—No, los que la creen.

—Pardiez! Advertid que se halla reunido el consejo, deliberando sobre ese gravísimo acontecimiento, dijo el apellidado poeta de los pícaros.

—Muy bien hecho! esclamó Quevedo remedándole.

—Y tanto, como es bien hecho: si, señor.

Los demas cortesanos se echaron á reir.

—Señores, va de formalidad, dijo nuestro héroe. Mi amigo Contreras me ha de perdonar el que yo algunas veces, tratándole en confianza, le remede, y otras le llame poeta de los pícaros por sus famosas coplas para ciegos del *Chilindron* y la *Pipiritania*.

—Hola, hola! esclamó el primer cortesano. Son suyas esas coplas? Como es que nos tenia tan oculta su habilidad?

—Si, señor: á pesar de su modestia, yo he de volver por el digno émulo de Mendocilla, bufon de S. M. Contreras es un poeta popular, ahí donde le veis: sus cantares incomprensibles los repiten con voz de aceite y vinagre las vírgenes del Mercado, y las fregatrices en las cocinas, al son de los platos, de las alcuzas y los cacharros: me parece oirlas:

«Chilindron, chiriviri viton,
Chilindron, que mi dama me espera,
Con el chirivi,
Con el chilindron;
Que anoche la ví,
Chilindron, chiriviri en litera;
Que me dió un liston,
Chilindron,
En el baile del *Dongolondron*.
Chiriví.»

«Oh! qué linda gregueria, mi amigo Contreras!... Esto está muy bien, muy bien! Las musas bailarán de gozo y harán aguas de risa al escucharlo.

El tonillo con que tarareó Quevedo esta estraña copla, y el meneo de cuerpo y de brazos con que llevó el compás hicieron prorumpir en carcajadas á los cortesanos y al mismo Contreras, apesar de la circunspeccion debida al lugar donde se hallaban (*).

— Qué significa esto, señores! Qué algazara, sabiendo lo afligido y contristado que está S. M.? dijo, apareciendo inesperadamente el padre Aliaga.

Los cortesanos se abrieron en ala, y quitándose las toquillas se inclinaron en señal de respeto. Dos ó tres contestaron con voz tartamuda:

— Es Quevedo...

— Es Quevedo... repitió nuestro héroe, inclinándose con exageracion mas que los otros.

El reverendo padre volvió á otro lado la cabeza para reirse, y se alejó en seguida refunfuñando:

— Hum!... Hum!... Esto no está bien! Hum!... Hum!

En esto se vió entrar muy de prisa y subir la escalera un alcalde de corte seco y grave; detrás de él, y como colgado de su loba seguia el alguacil Avililla.

— Señores, dijo Quevedo, haciendo una cortesía. Mirad quien sube allí; Silva de Torres. Ahora creo que la conjuracion es verdadera. Me voy antes que me coja.

Y se largó mas que á paso, sin aguardar respuesta.

Los cortesanos se agruparon murmurando:

— Por qué lo dirá? — Por qué lo dirá?

(*) Eran muchas las coplas por el estilo, que en aquel tiempo corrian entre el vulgo, que se apoderaba de ellas como del manjar mas gustoso á su paladar. Quevedo criticó en general á los que las componian, apellidándolos *poetas de los pícaros*. En nuestros dias debieron de servir de modelo al autor de aquella otra, que dice.

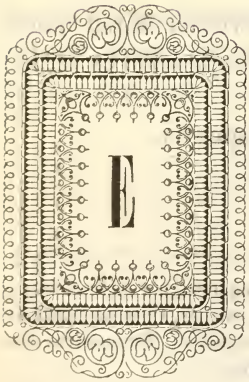
«Pitita, pitita,
«Con el pio, pio, pon, etc.

CAPITULO VIII.

DE COMO SILVA DE TORRES Y AVILILLA CORRIAN DETRAS DE LOS CONJURADOS; DON RODRIGO, DETRAS DE DOÑA REMIGIA; Y QUEVEDO, DETRAS DE SU BOLSA.

« Decia (la dueña) que mirase por sí Pluton, que habia conjura para quitarle el diablazgo, y que entraban en ella dos tiranos, tres aduladores, médicos y letrados, mitad y mitad, y casi un ermitaño. No le quedó color al gran demonio cuando oyó decir el casi ermitaño... Calló un rato, y luego dijo:—¿Ermitaño, letrados, médicos, tiranos? ¡ qué confeccion para reventar una resma de infiernos con una onza! »

QUEV.—*El entremetido, la dueña, y el soplon.*



ERA Silva de Torres un alcalde de corte, recien hecho á su medida por don Rodrigo Calderon: tenia fama de astuto y mañoso para el descubrimiento de los delitos y de terrible perseguidor de vagos, hechiceros y ladrones: sin embargo, se le podia aplicar aquello de

« judgador, non se-meje á las garduñas,
« ca manso é non de furtos es tu oficio »..

Este magistrado subió á la sala de Consejos, donde se hallaban reunidos con el rey todos aquellos que el duque de Lerma habia consentido que permaneciesen á su lado, ya por no atreverse á derribarlos, ya por ser ellos débiles y de pocos alcances; como tambien los altos funcionarios creados por él entre sus amigos y parientes.

La antesala estaba llena de cortesanos de alta graduacion, frailes y capellanes: andaban entre ellos los dos hijos mayores del duque de Lerma, don Cristóbal y don Diego, que por su poca edad no eran admitidos aun en las deliberaciones de la alta política; pero que ya ocupaban puestos de gentiles-hombres en la cámara real, y obtenian pingües dotaciones y rentas. El primogénito era pequeño de cuerpo, y lo parecia mas por lo muy fornido; de aspecto placentero, y sin embargo, nada simpático: precoz en su desarrollo físico, llevaba la barba crecida y desaliñada, mas de amenaza que de gala; el trage descompuesto y ajado: tal era don Cristóbal de Sandoval y Rojas, á quien mas adelante se dió el título de duque de Úceda, con qué se le conoce en la Historia.

Hablando estaba con el favorito de su padre, que, siendo la conversacion reservada, necesitaba doblar su cuerpo gigantesco para llegarle al oido; y aun así, don Cristóbal habia de empinarse muy á menudo para alcanzar al de su confidente y amigo. Los demás cortesanos, así eclesiásticos como legos cuchicheaban en diferentes grupos.

Al entrar Silva de Torres, don Rodrigo dijo al oido del jóven gentil-hombre:

—Ahí está mi sabueso: no abandoneis la puerta, por si ocurre alguna novedad.

Y se dirigió al encuentro del magistrado, que haciendo una seña con la mano á su satélite Avililla, para que se quedase á la parte de afuera, saludó al mismo tiempo á don Rodrigo y luego á los demás, con reiteradas inclinaciones de cabeza.

—Seguidme, le dijo el favorito del privado.

Y le condujo al gabinete de despacho, que ya hemos mencionado otra vez.

—Sabeis lo que ocurre? le preguntó cerrando la puerta.

—Sé lo que os habeis dignado comunicarme: que se conspira para derribar al duque.

—Y por consiguiente á vos y á mí, juntamente con todos los que rodean á S. M. ¿Qué se hace en estos casos?

—Lo procedente es instruir la sumaria, indagar, inquirir...

—No, lo procedente es apoderarse de los reos.

—Ah! ¿Se sabe ya quienes son?

—En el consejo de S. M. está uno de ellos: en la antesala, otro: en el cuarto de las damas ha de andar una pájara, que si no es cómplice, al menos ha intervenido en algo.

—Teneis pruebas?

—Teneis prisiones y tormentos?

—Sois ejecutivo, como á mí me gusta: os vais siempre al grano.

—Pues al grano, señor Silva de Torres. Hay quien niega los hechos, que están patentes: el almirante de Aragon, en el consejo; el marqués de Camarasa, en la antesala.

—Oh! Pues si niegan, algo saben.

—Esa es la mia. Tenemos además quien propone al licenciado Lopez Madera para la averiguacion de estos hechos, y á mí no me conviene el tal licenciado: tengo mas confianza en Silva de Torres.

—Ah! Señor!.. contestó el magistrado, haciendo una cortesía.

—Por consiguiente, prosiguió don Rodrigo, antes que nada se resuelva en cuanto á la eleccion de persona, es menester que deis pruebas de vuestro celo.

—La accion no me compete: otro ha de ser acusador, para que yo sea juez.

—Pero en materia de traicion, podeis proceder de oficio.

—Ah! No, no, repuso el alcalde echándose fuera: me recusarian, y entonces... Vos mismo, puesto que teneis indicios... Entre nosotros no ha de haber escollos.

—Poco me importa romper por todo, cuando se trata del servicio de S. M., dijo el jóven valido encogiéndose de hombros.

—Y por qué no sois franco? Bien sabeis que yo estoy dispuesto á serviros con el alma y con la vida.

—Y cuál es el mejor medio? preguntó don Rodrigo.

—El mejor medio es una acusacion firmada.

—¿Queréis atarme!...

—No, por Dios, señor don Rodrigo de mi ánima. Yo os satisfaré, si quereis, con otra firma.

—Esplicaos.

—Una acusacion, que segun las leyes, y atendido el secreto con que debe procederse en materias de conjuracion y *periculo regis et regni*, alta traicion, *etcétera*...

—Si, al grano.

—Que, segun todo esto, podré yo reservar, y comentar, y dilatar, *etcétera:* de modo que, si conviniere, se declara y publica; y si no... *etcétera*.

—Comprendo.

—Así cumplís vuestro deber de leal vasallo, y á nada os comprometeis. ¿Qué es lo que mas interesa?

—Lo que mas interesa es descubrir pronto las mil ramificaciones de esa conjuracion, á fin de convencer á S. M., de que el bien y la tranquilidad del Estado y su propia seguridad exigen, que la corte se traslade á un punto menos turbulento que Madrid.

—Voy entendiendo: ¿y os parece que esos señores, —hablo del almirante y del marqués, —son peligrosos para la tranquilidad y seguridad del Estado: no es así?

—Cabalmente.

—Pues en ese caso, formalizad la acusacion, precisando los cargos, para que pueda yo buscar las pruebas, cual corresponde, y coger bien todos los hilos de la trama.

Don Rodrigo tomó papel y pluma, y escribió:

«Cuando la paz pública se halla comprometida por la ambicion de «algunos hombres, y se vé en peligro la vida de los mas ilustres «próceres y majistrados, en quienes cifra el gran monarca de las «Españas, nuestro señor don Felipe III, su mejor apoyo; cuando «se observan síntomas precursores del mas horrible atentado, y «no solo síntomas, sino tambien un principio de ejecucion en las «personas venerables de dos eminentes prelados y consejeros de «S. M., deber es de todo leal vasallo y hombre justiciero que desea «prevenir desmanes y desterrar delitos el ayudar á la Justicia con «sus luces, siquiera sean estas poco estensas para el esclarecimien«to y cabal juicio de la verdad.

«Es voz pública y fama que los ilustrísimos y reverendísimos se«ñores Loaisa y Portocarrero padecen mas bien de malos que de

« males; y aunque en esto aconseja la prudencia no dar crédito á « palabras poco autorizadas, como por otra parte han acaecido, en « dias recientes, desavenencias graves entre los dichos ilustrísimos « señores y otros que ocupan el primer lugar en los consejos de la « monarquía, menester es, en desagravio y completa justificacion « de estos mismos, que se aclare la verdad de aquellas sospechas, « para que, habiendo lugar á ello, recaigan las penas sobre los que « resultaren culpables.

« Merece tomarse en consideracion que, siendo el almirante de « Aragon amigo íntimo de los mencionados ilustrísimos y reveren- « dísimos señores, atribuye las dolencias de estos á desabrimientos « y pesares, y no á otras causas ocultas, como si quisiese acriminar « así á un alto personage, que por sus virtudes y acendrada lealtad « merece toda la confianza del rey nuestro señor. No es menos cen- « surable y sospechosa la conducta del marqués de Camarasa, co- « nocido y tildado por su práctica en cosas de mágia y hechicería, « quien negando la posibilidad de una conjuracion contra los mi- « nistros de S. M., ha osado levantar el grito dentro de Palacio, di- « ciendo al señor don Cristóbal de Sandoval estas propias palabras: « Niño, no creais lo que no entendeis: creed mas bien, que si yo « fuese bastante hechicero, haria que volasen los asnos. »

« Tan fiero insulto á un personage querido y estimado de S. M. « descubre una enemiga oculta y un deseo de arrojar de sus sillas á « otros, á quienes se ultraja.

« Debe tenerse en cuenta que el almirante suele murmurar con « poco miramiento de la liberalidad del rey nuestro augusto y aman- « tísimo señor, habiendo llegado á decir, que algun dia se arrepen- « tirá S. M. de lo que hace y deja de hacer, y que á no haber sido « cercenadas las libertades del reino de Aragon, otro gallo le cantá- « ra. ¿ Qué mas se necesita para conocer, que este hombre perjudi- « cial tiene miras ulteriores, que amenazan desmembrar la integri- « dad de la monarquía ?

« Con la mano sobre el corazon, y por mas que sea doloroso acu- « sar, el infrascripto denuncia estos hechos, y cree que los buenos « súbditos deben aconsejar á S. M. que aleje su estancia y corte de « un pueblo, donde tantos elementos de malicia y perversidad se

«aglomeran, estableciéndose en otro mas tranquilo, y al mismo «tiempo mas cercano al reino de Aragon, para poder acudir en ca- «so necesario á remediar los males, que tal vez se susciten allí, «donde aun hay muchos descontentos, aficionados á sus antiguos «fueros.

«Este dictámen lo da y firma, sin perjuicio de rectificacion y en- «mienda, llevado del mejor celo por el servicio y ventura de S. M., «su mas humilde criado — *don Rodrigo Calderon.*»

—Aquí teneis, dijo el perverso mozo, cuanto yo puedo afirmar en este oscuro negocio. De esto pueden resultar muchas cosas, y la mas importante para vos, que desempeñando con celo vuestro cometido, podreis embargar las crecidas rentas de esos traidores, y aspirar mas adelante á una presidencia de sala ó de consejo. ¿Esta seria una buena prebenda: eh?

— No abandone la fortuna á mi señor don Rodrigo, respondió el alcalde, que de menos nos hizo Dios. Pero estemos por lo presente: necesitamos ahora un par de doctores, que certifiquen haber sido maleficiados los ilustrísimos, *etcétera*; y ya he pensado en ellos: testigos, que declaren haber visto y oido algo, *etcétera*; y un principio de motin, *etcétera*, *etcétera*.

— Cabal: habeis dado en el hito. Entendeos para eso con Avililla.

— *Item,* añadió el alcalde: los conjurados han de tener, por necesidad, cómplices dentro de Palacio.

— Es de suponer: en esa parte, cortad por lo sano. Ya encontraremos entre nuestros amigos otros servidores mas fieles.

—Habéisme hablado de cierta pájara que anda en el cuarto de las damas...

—Si; pero á esa he de ajustarle yo antes una cuenta.

— Convenidos. Voy á preparar las baterías, y de aquí á una hora tendreis el parte de haberse descubierto algo.

—Cuidado no descubrais demasiado!

—No hay que temer.

El alcalde dió un paso para salir, doblando la delacion y guardándosela en un bolsillo. D. Rodrigo le detuvo diciendo:

—Esperad: falta un requisito. — Y presentándole un papel en blanco y una pluma, añadió: — Firmad aquí.

— No abusareis?... dijo el alcalde con indecision.

— Si yo quisiese abusar, me bastaria para perderos saber quien sois, respondió el valido con energía.

— No se debe temer nada entre nosotros, repuso el magistrado.

Y firmó sin vacilar.

Cuando salia del gabinete, apareció en la puerta el duque de Lerma, á quien hizo un profundo saludo. El duque le contestó con muestras nada equívocas de que deseaba se fuese pronto. El alcalde no se detuvo.

— Ah! Querido, exclamó el privado sentándose como rendido de cansancio. ¡En qué apuro me habeis puesto! Es demasiado gorda la bola para hacerla colar.

— Colará, respondió don Rodrigo.

— Mas vale así; pero, cuele ó no cuele, me parece que triunfamos.

— Si? Decidme.

— El rey comienza á tener miedo. — Pero no obstante, pesa sobre mi alma lo que habeis hecho.

— Señor, no me inculpeis, despues de haberme obligado á ello.

— Callad, callad, dijo el duque.

— Tranquilizaos señor, repuso D. Rodrigo. Debeis ir cuanto antes á visitar á los ilustres enfermos: debeis mostrarles el mas tierno interés. No es culpa vuestra ni mia que ellos fuesen tercos; y además, es preciso tener el valor del hombre de Estado: al que quiere serlo, es preciso que ninguna sombra le oscurezca.

— Y es pequeña sombra la que cae sobre mí, si alguien llega á sospechar... Acordaos de Antonio Perez.

— Antonio Perez tuvo la desgracia de obedecer al rey don Felipe II en el negocio de Escobedo, y cometió la torpeza de soltar á sus cómplices: Antonio Perez empleó la violencia, despues de mezclarse personal é infructuosamente en las operaciones; aquí no pasa nada de eso, y vos podeis perseguir á los culpables, si los hay, haciendo causa vuestra la de vuestros imprudentes adversarios.

—Los culpables, si los hay, decís? repitió el duque. Nombradlos.

—Todos los que os tengan mala voluntad, y todos los amigos de meterse en muchas honduras.

—Es decir, que vamos á declarar la guerra á todo el mundo?

—No, señor: vamos solo á revestirnos de una autoridad invencible: quien no esté con nosotros, está contra nosotros. Dejad, si no, que alcen la cabeza esos bachilleres de estrado, esos censores de conveniencia, y veremos de qué os vale el haber envejecido en el servicio de S. M. Ya es tiempo de que recojais el fruto de tantos afanes; y si os descuidais en desterrar toda esa polilla, podrá suceder que volvais, como ya otra vez os echaron, á pasar estrecheces y angustias en vuestro marquesado de Denia.

—No, eso no, pardiez! Primero mil muertes, respondió el duque.

Aludían las palabras de don Rodrigo al destierro que se hizo sufrir á su patrono, algunos años antes de morir Felipe II, siendo ayo del príncipe, y en el cual estuvo reducido á muy pobre condicion.

—Pues bien, señor, dijo el jóven valido: si no quereis volver allá, ó tal vez peor, haced que os tiemblen los que os quieren mal, y que os adoren vuestros allegados. Esto es privar y valer. Para los unos el terror; para los otros la mano abierta: y ¿cómo tendreis lo que se necesita para hacerse de fieles é interesados amigos, si no destruís primero á los envidiosos, que se precian de Catones?

—Teneis razon. Pero son tantos!...

—No tantos como parece. Aquí no hay mas que dos clases de gentes, con quienes se necesita estar bien: los grandes gefes de la milicia y los frailes. Para los primeros hay Flandes, Francia, Italia, las Américas y el mar, donde no les faltará ocupacion con los ingleses, holandeses, turcos y corsarios africanos: hay gobiernos, embajadas, puestos de honor y de prueba en Portugal y en la corona de Aragon. Para los segundos, que son mas temibles por la lengua, teneis la magnánima devocion de S. M.: sed liberal con ellos y con el rey para sus limosnas, y despues de rezar mas que mil ciegos por vuestra salud, os levantarán altares: aquí paz y despues gloria.

Quevedo, que en alguno de sus escritos políticos bosquejó los desmanes, tropelías, calumnias y muertes con que don Rodrigo se

abrió camino para llegar á la cumbre del poder, parece como que dudaba que tuviese talento. Pero el duque, al oirle trazar de este modo su plan de política personal, no pudo menos de estrecharle la mano, diciéndole:

—Sois el hombre mas hábil que conozco, y el dia que me faltáseis me creeria perdido.

—Me lisonjeais, señor duque, respondió el jóven. Si algo sé, lo he aprendido en la escuela de vuecelencia.

El perillan no ignoraba, que la posicion mas peligrosa de un valido es la de aparecer mas entendido ó mas sabio que el príncipe ó patrono á quien sirve.

El duque tomó su consejo, y despues de entrar á obtener el beneplácito del rey, se fué á visitar á los dos consejeros enfermos.

Don Rodrigo, entre tanto, sacó el papel firmado por Silva de Torres, que habia ocultado bajo su carpeta, á la llegada del duque, y escribió en él:

«Al excelentísimo señor don Francisco de Sandoval y Rojas, du-
«que de Lerma, presidente supremo de los consejos de S. M., etc.
«etc.

«Escelentísimo Señor.

«De las diligencias é informaciones reservadas que instruyo de
«órden de S. M. resulta, entre otras cosas, averiguado, que doña
«Remigia de Quincoces, guardadamas de nuestra señora la Reina,
«se halla inmiscuida y directamente iniciada en los secretos de la
«conjuracion que acaba de descubrirse. Consta y está probado ade-
«más, que esta señora ha dado algunos pasos para comprometer á
«vuecelencia y á otras personas elevadas, llevando cuentos y ca-
«lumnias al monasterio de las Descalzas reales, de lo que vuecelen-
«cia estará enterado. Aguardo las superiores órdenes de vuecelen-
«cia, para proceder contra la susodicha guardadamas, como mas ha-
«ya lugar en justicia, salvo si otra cosa fuere del agrado de vuece-
«lencia, cuya vida Dios guarde, etc.»

Seguia la firma del alcalde de corte.

Acabando de escribir este oficio, don Rodrigo se sonreia malignamente: despues que lo hubo doblado y metido en un bolsillo, salió paseando por las galerías y se acercó al departamento de las da-

mas. Al ruido de los pasos, acudió doña Remigia, como mastin de huerta, diciendo:

—Ya anda aquí un bípedo másculo!

Don Rodrigo se acercó á ella con prontitud y la dijo rápidamente al oido:

—Vuestra vida peligra!... está pendiente de un cabello, y este lo tengo yo. Si quereis saber mas, esta tarde os aguardo en San Ginés.

—Vírgen de Atocha! exclamó la dueña. Qué me dice este cuitado?

—Silencio, que os importa: os va el pellejo, repuso don Rodrigo. En San Ginés, á las siete.

Y se retiró dejando á doña Remigia mas confusa que su conversacion.

—Qué oí, Dios mio! dijo la pobre mujer, cruzando las manos. Mi vida pendiente de un cabello! Pues qué delito he cometido?... Esto es algun falso testimonio: alguna calumnia! Pensarán asesinarme? Quién será el Calígula tenebroso, que medita en lóbrega cabilacion turbar la serena corriente de mis dias? Quién el caribe despiadado, que trunca la flor lozana de mi senectud apacible?

Mientras así exclamaba la culta dueña, apareció Quevedo en el estremo de la galería, con una linterna en la mano, á pesar de ser media tarde, haciendo como que buscaba alguna cosa. Doña Remigia no reparó en él hasta que le tuvo muy cerca: entonces se volvió, y dijo:

—Este ha de ser.—Y le preguntó con ágrio tono:—Qué buscais aquí con esa linterna?

—Busco tres cosas, como Diójenes buscaba una, respondió el poeta.

—Sepamos qué cosas son.

—Helas aquí: una dueña sin codicia, una mujer con vergüenza, y una bolsa pecadora, que se me ha ido de las manos.

—Ya suponia mi conspicuidad, que este rebelde espíritu malefaciente y malelocuente seria mi perseguidor. Hablad, precito: ¿qué marañas son esas, en que me habeis enredado para perderme?

Quevedo comprendió al punto que su travesura de las Descalzas habia producido algun resultado.

—No entiendo de marañas, señora, respondió: pero, si me decís como se hace para desdueñar una bolsa endueñada, que es lo mismo que endemoniada, os satisfaré en lo que pueda y como pueda.

—Yo no he visto vuestra bolsa: contestadme primero á lo que interrogo.

—Interrogad, dijo Quevedo, acercándose insensiblemente á la puerta del aposento que ocupaba doña Maria de Velasco. Interrogad; pero sin abismarme en coruscos, ni en latini-algaravías.

—Decidme, ¿qué calumnias habeis movido contra mí? Qué conjuracion me amaga?

—Conjuracion? Hablais de la conjuracion?

Oyendo á Quevedo, algunas jóvenes comenzaron á salir, movidas de curiosidad, aunque recatándose de la dueña.

—Si, hablo de la conjuracion.

El poeta repuso, apoyándose contra la puerta que buscaba:

—En materia de conjuraciones, señora,

« Santo silencio profeso,
santa cosa el callar;
pues dicen que por no hablar
á ninguno han puesto preso. »

—No os echeis fuera, replicó la dueña.

—No, que me echo dentro, repuso Quevedo violentando la puerta y dejándose caer al suelo, como si hubiese perdido el equilibrio impensadamente.

—Ay! Ay! Ay!.. exclamó en seguida, condoliéndose y echando los piés por alto. Creo que me he roto dos costillas y una clavícula! Una clavícula, doña Remigia!

Al ruido de la caida y á los lamentos, acudieron la jóven doña María y una de sus doncellas: las otras jóvenes rodearon tambien al poeta y á la dueña, que decia:

—Bien merecido, por perverso! Ea! Levántese, y vaya al hospital, que le curen.

Urrabieta Lit.ª

Lit. Labielle (c. Monserrate 5)

„ Ayudadme á levantar, noble y compasiva doncella."

—No puedo levantarme, ay! ay! respondió Quevedo : estoy magullado, contuso y dislocado!

—Pobre Quevedo! exclamó doña María. Qué desgracia!

—Con fortuna, dijo entre sí el poeta ; y como viese á la jóven inclinada hácia él, prosiguió quejándose :

—Ay! Ayudadme á levantar, noble y compasiva doncella.

Y le cogió una mano : al mismo tiempo se la cerró y apretó, dejándole dentro un papel.

La jóven se puso muy colorada ; pero disimuló cuanto pudo.

—Gracias, Mari-Velasca! dijo Quevedo, ya puesto en pié y tentándose el cuerpo. Gracias! Me habeis vuelto á la vida : ya no me duele nada.

—A ver el embustero! prorumpió doña Remigia. Salga inmediatamente de aquí el profanador de la casta inocencia.

—Dejadme recoger mi linterna, señora, respondió el poeta, y comprad vos otra para ver claro ; porque el mundo está á oscuras.

—Qué quiere decir el desvergonzado?

—Nada, señora, nada, repuso Quevedo, mirando hácia doña María : que me voy á rezar á San Ginés, para que Dios me ilumine y defienda de dueñas, y desendueñe mi bolsa.

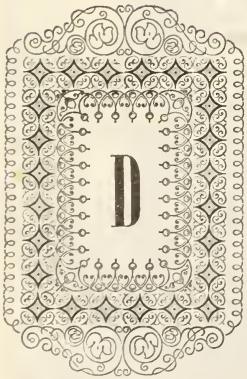
Y sin mas, se alejó con su linterna, como habia venido. Las muchachas se reian diciendo :

—Qué raro es! Qué cosas tiene mas estrañas!

CAPITULO IX.

QUE TRATA DE UNA NUEVA CONJURACION ENTRE LA DUEÑA Y DON RODRIGO, Y DE OTRAS COSAS, QUE VERA EL QUE LEYERE.

> « Acertó á estar su marido á mi lado, y yo sin pensar á quien hablaba, llevado del deseo de amor y gozarla, díjele: « Esta mujer, ¿por qué órden la podríamos hablar, para gastar con ella veinte escudos, que me ha parecido hermosa? »
>
> QUEV.—*Vida del Gran Tacaño.*



DOÑA Remigia se revolvió rabiosa contra las meninas, descargando en ellas la ira que tenia contra Quevedo: mandóles volver á sus labores, y á doña María la riñó asperamente por haber tenido la audacia, dijo, de tocar con sus pulcras manos la de aquel capigorron desvergonzado.

La jóven oyó el sermon con la cabeza baja, y apenas se hubo retirado la dueña, hizo un movimiento de hombros, como un muchacho travieso, que no piensa enmendarse, y entrando en un gabinete, se apresuró á leer el papel que le habia dado el poeta, el cual decia así:

« Tengo un amigo que debe partir de un momento á otro á Flan-

« des, y ha de pasar por Belorado. Si quereis darle algun encargo, « avisadme con tiempo. El amigo es de confianza, y habrá de ver « al caballero cautivo.

« Procuré desempeñar vuestro cometido ; pero no he visto los « resultados, aunque dejé el papel en buenas manos. »

Doña María escribió al pie de este billete :

« Si puedo hacerlo, esta tarde nos veremos en San Ginés. Si no, « aguardad la contestacion, que llevará la dadora. »

Hecho esto, se guardó el papel, y dijo á su doncella:

— Vé á ver lo que hace la guardadamas, y si acaso está muy ocupada ó sale, avísame.

Doña Remigia no podia parar en ninguna parte : las palabras fatídicas de D. Rodrigo le zumbaban en los oidos como al reo de muerte las campanillas de los agonizantes. No hacia mas que ir y venir de un aposento á otro, sentarse y levantarse, perdiéndose en cabilaciones y conjeturas.

Cuando oyó las seis y media en uno de los relojes de Palacio, llamó á una de las damas de mas seso, y le recomendó el cuidado de las jóvenes, diciéndole que necesitaba ir á rezar unas devociones precisamente á cierta imágen que se veneraba en San Ginés, por haberle sido impuesto como penitencia: se cubrió con el manto y salió sola.

Doña Maria oyó á poco esta relacion de boca de su criada.

— Qué pícara ocurrencia! murmuró la jóven. Qué idea le ha dado de ir precisamente á San Ginés? Pero no importa : me taparé.

Y quitándose á toda prisa su vestido, se puso uno de la doncella y un manto, y dijo á esta :

— Un favor me has de hacer, Jacinta. Cierra las ventanas, y si alguien preguntare por mí, dices que me dolia un poco la cabeza y estoy durmiendo. — Asómate á ver si hay gente por los corredores.

Jacinta salió, y volvió á poco diciendo que no se veía un alma.

Doña María se echó el manto á la cara y escapó. De allí á poco, entraba en San Ginés, sin haber sido conocida de nadie.

La iglesia estaba casi desierta : la jóven, miró á uno y otro lado con cautela, y no vió mas que un bulto negro, arrebujado en un

manto, que estaba junto á uno de los confesionarios de la nave derecha: por lo tanto, se dirigió á la izquierda y se arrodilló.

El bulto negro era doña Remigia: dentro del confesonario estaba don Rodrigo, disfrazado de clérigo.

Y como la confesion de la dueña con don Rodrigo era profana, bien podremos revelarla, sin que incurramos en ninguna censura.

—Señora, decia el favorito del privado: yo sé que sois muy culpable; pero tengo compasion á vuestros años, y por esto, aunque puedo comprometerme, os he llamado para que sepais lo que me debeis.

— Caballero, sed mas esplícito: vuestras palabras me perturban, decia la dueña.

—Aquí tengo un papel que os lo esplicará todo, repuso don Rodrigo. Si podeis leerlo, vereis lo que es bueno.

Y le entregó el oficio firmado por Silva de Torres, que él mismo habia escrito.

La dueña buscó en su faltriquera la caja de las antiparras, púsose estas, y aunque con mucho trabajo por ser poca la luz que habia, leyó el papel temblando.

—Jesus! Jesus mil veces! dijo por último devolviéndolo al jóven. Esto es calumnioso: esto no admite calificacion. Creedme, señor don Rodrigo: esto es alguna fábula criminosa, inventada por mi mortal enemigo; por ese Quevedo maldito, que no en balde está señalado de la mano de Dios.

—Alto ahí, señora, repuso el favorito. No calumnieis á nadie, y advertid que estais donde os vé Dios. Esto no es cosa de Quevedo: es un oficio que acaba de pasar Silva de Torres al señor duque de Lerma; y como S. E. no recibe nada sino por mi mano, lo he visto afortunadamente para vos, antes que llegue á mayores. Ahora bien: yo he dicho al leer eso: —«Es evidente que la señora doña Remigia se mete en ciertas honduras....

—No es evidente; no es ni probable, interrumpió la dueña.

—Silencio y dejadme hablar. Yo sé por buen conducto que llevais y traeis recaditos á ciertas partes.

—Nóniles! Nóniles!...

—Callareis? Aquí resulta una acusacion contra vos, acusacion

que puede llevaros á un encierro perpétuo, y no sé si con esto solo saldríais bien librada. Pero yo no quiero que padezcais: quiero que me esteis agradecida. Yo romperé este escrito: hablaré á Silva de Torres, para que borre y deshaga todo cuanto aparezca contra vos, y el señor duque no sabrá nada. ¿Qué mas puedo hacer en obsequio de mi señora doña Remigia?

—Muy generoso está el señor don Rodrigo, repuso la dueña. Esto prueba que me haceis justicia, reconociendo que no hay mácula, ni labe criminosa en mi conducta inocua.

—Inicua, quereis decir, dijo el valido.

—Inocua, caballero, intachable, cándida.

—Carta canta, señora: yo me atengo á lo escrito. En la mano tengo lo que basta y sobra para trasladaros de Palacio á una prision de Estado, y para convertiros de guardadamas en sanbenito.

—Eso seria una iniquidad.

—No lo sé. Pero dejemos esto: yo no soy vuestro juez, mi señora doña Remigia: muy al contrario, trato de impedir que caigais en manos de uno, que sabe hilar muy delgado. Pero, como no tengo pretensiones de paladin de dueñas desvalidas, os diré claramente y sin rodeos, que os protejo, porque os necesito.

—Podeis mandar, señor don Rodrigo.

—No mando: suplico á la amable guardadamas, que se sirva descuidar su oficio por una noche y respecto á una sola dama.

—Eso es pedir peras al olmo.

—Ni vos sois olmo, ni yo pido peras.

—Me pedís una cosa imposible, caballero. Mis deberes...

—Lo que yo deseo, no es incompatible con vuestros deberes.

—Ah! No? Esplicaos.

—Yo no me opongo á que cumplais con ellos, con tal que á mí me quede un resquicio por donde entrar á deshora, es decir, mientras dormís, en el aposento de mi dama.

—Caballero, dijo la dueña con altaneria. Semejante proposicion me vilipendia: yo no debo dormir.

—Ni yo debo ocultar este escrito al señor duque, respondió el jóven mostrando el papel.

—Quereis perderme?

—Quiero salvaros.

—Pero, señor: ¿no veis, que de un modo ó de otro incurro en pena? Esto es ponerme entre Caribdis y Scila.

—Buen remedio, señora: discurrid vos un plan, de esos que solo las dueñas sabeis trazar, para que yo consiga mi objeto. Carta blanca os doy para todo.

—Yo no temo tanto las premisas como los corolarios, repuso la guardadamas. Sepamos antes vuestra intencion.

—Mi intencion es sana: quiero que esa jóven sea mi legítima esposa.

—Pues entonces, alma de Dios, arreglaos con un cura. ¿Soy yo casamentera?

—Lo sereis, si yo quiero.

—Quién es ella?

—La hija del condestable.

—Os ama?

—Las muchachas no saben si aman ó no, hasta despues de casadas.

—¡Ay! Cuántas son las que aguardan á casarse para no amar á sus maridos!

—A nuestro asunto, doña Remigia. ¿Cuándo me facilitareis la entrada en el dormitorio de doña Maria?

—Jesus! No useis de palabras tan esplícitas y categóricas. Eso requiere graves cogitaciones.

—Y esto otro, ¿qué requiere? preguntó don Rodrigo sacando el papel. Si me cansais mucho, me quito de ruidos, señora, y dejo que os lleven donde mereceis. Conque así, basta ya de cogitaciones ó de cojeos, y derecha al asunto.

La dueña dió un suspiro y contestó:

—La verdad es, que yo no sé como hacerlo sin comprometerme. Si me dejárais tentar el vado... Es menester en esas cosas andar con pulso. Yo bien me sé, que las muchachas, aunque sean pudibundas en los prefacios del amor, luego rinden el cuello á los capítulos mayores. En fin, señor don Rodrigo: un caballero como vos, ¿qué no alcanzará? Yo hablaré á doña Maria...

—Escusado es hacerlo, repuso el valido: dadme lugar para el

prefacio, como decís, que yo me arreglaré lo demás.

—Pues bien, si me dais palabra de guardarme el secreto, y de evitar el escándalo en caso de resistencia, os allanaré el camino: pero nadie ha de saber que yo intervengo; porque me moriria de vergüenza.

—No seré yo causa de tamaña desventura. Decidme como ha de ser.

—Venid mañana á mi aposento, al enviudar el dia....

—Mas claro, señora; que no os entiendo.

—A la hora en que suelen estar reunidas las meninas rezando el santo rosario.

—Es decir, al anochecer?

—Cabalmente: hallareis la puerta entornada: entrad y ocultaos detrás de mi guarda-sueño.

—La colgadura de la cama, eh?

—Eso es, en lengua vulgar. Pero, por Dios, señor don Rodrigo, que nadie os vea, ni os sienta, no vayan á pensar que os doy entrada en mi retrete, movida por pecaminoso apetito.

—Perded cuidado. ¿Y despues?

—Se arreglará todo.

Mientras así concertaban su inícuo plan el jóven valido y la dueña, Quevedo y su amiga departian en el lado opuesto de la iglesia: nuestro héroe habia sido el primero que entró, y estaba sentado en un arca de cofradía cuando llegó la noble doncella: esta se le dió á reconocer descubriéndose el rostro, y le dijo:

—Cuidado, que está allí doña Remigia.

—Y no está sola, respondió el poeta, arrodillándose junto á la dama.

—Confiesa?

—No lo sé: me parece que peca.

—Despachemos pronto, dijo doña Maria. ¿Quién es el que va á Belorado?

—Un jóven capitan de mi confianza.

—Cómo se llama?

—Rodriguez.

—Le conozco. ¿Marcha muy pronto?

—Pasado mañana.

—Y verá á don Pedro?

—Si: le lleva una carta del conde de Lemos, y le hará una visita en su nombre: para ello ha obtenido el correspondiente permiso.

—Podrá llevar otra mia?

—Seguramente: por lo mismo he procurado que esteis avisada.

—Os lo agradezco. Mañana temprano vendrá aquí mi criada Jacinta, y os entregará la carta.

—No lo descuideis.—¿Sabeis á qué ha venido la guardadamas?

—No: ¿por qué lo preguntais?

—Porque me ha parecido que aquel confesor no es clérigo.

—Quién puede ser?

—Lo ignoro; pero le he visto estar en espera lo mismo que yo, y recatar el rostro al pasar el sacristan por delante de él. Su estatura y su pelo rubio me han hecho sospechar que es...

—Don Rodrigo?

—Chiton! Puede que me equivoque. No mireis hácia allá.

—Me voy, me voy.

—Con calma: estais desconocida con ese trage.

—Quiero volver á palacio antes que la dueña.

—Bien pensado; pero no os precipiteis.

—Haced lo posible por reconocer á ese clérigo.

—No se me escapará.

—Quedad con Dios, Quevedo.

—Con Dios id, doña Maria.

La jóven se levantó y salió pausadamente de la iglesia: nuestro poeta se puso á visitar altares, y al llegar junto al confesonario, donde estaba don Rodrigo, se arrodilló en frente, como si quisiera confesarse: las antiparras le prestaban un buen servicio en aquella ocasion, para mirar de reojo sin volver la cabeza, ni ser notado; pero se las quitó cuando vió á la dueña levantarse, y acercándose al confesonario, con los ojos bajos preguntó:

—Puede ser ahora, padre?

Don Rodrigo ahuecó la voz y repuso:

—No, hijo: me aguarda un enfermo. Volved mañana.

Quevedo se inclinó y le pidió la mano para besársela. El valido la

sacó medio envuelta en el manteo, y se apresuró á salir con el rostro vuelto á otro lado y murmurando:

—¡Qué devoto está el diablo!...

El poeta se arrodilló y santiguó, diciendo en son de rezo:

—Santo, santo, santo.... Oficio! Qué falta hacia aquí uno de tus familiares!

Y luego que dejó de oir los pasos del valido, se levantó para salir, á tiempo que el sacristan sonaba las llaves, para avisar que era ya hora de cerrar las puertas de la iglesia.

Quevedo se encaminó hácia la calle Mayor, creyendo encontrarla llena de gente; pues en las veladas de verano era el paseo mas concurrido: pero vió con estrañeza, que no habia en ella sino tal cual persona, y que circulaban patrullas de arqueros. En esto se encontró con su nuevo amigo el capitan Rodriguez.

—Qué sucede? le preguntó. Van á entrar los turcos en Madrid?

—Parece, le contestó el capitan, que algunos vagos han alborotado gritando que mueran los hechiceros, y á favor del tumulto han robado lo que han podido en tres ó cuatro tiendas de genoveses.

—Ahora digo yo, como mi amigo Contreras, repuso el poeta: Muy bien hecho!... Muy bien hecho!

—Bien hecho os parece que roben esos perdidos?

—Si, amigo, sí; robar á los genoveses, no es robar: es devolver lo hurtado á sus legítimos dueños. Aparte de que

Este mundo es juego de bazas,
que solo el que roba, triunfa y manda.»

El capitan se sonrió, y dijo:

—Cuidad que no os oigan; pues pudieran pensar que somos de los de la conjuracion.

—Porque hablo de lo que nadie ignora? Pardiez! Yo conozco á mas de un ladron, que harto de ser perseguido por robar á palmos con la mano, se ha convertido en alguacil para robar á varas.

«Toda esta vida es hurtar:
no es el ser ladron afrenta,

que como este mundo es venta,
en él es propio el robar.

«Y no me negueis la proposicion; pues:

«Mejor es, si se repara,
para ser gran caballero,
el ser ladron de dinero,
que ser Ladron de Guevara:
el alguacil con su vara,
con sus leyes el letrado,
con su mujer el casado,
hurtan en públicas plazas,
que este mundo es juego de bazas,
y solo el que roba, triunfa y manda.»

—Se conoce que estais de vena esta noche, repuso el capitan.

—Sí, por cierto: acabo de ver á un pícaro, que me ha puesto de buen humor:

«Uno, que si ayer muriera,
misas no podia mandar,
y hoy á fuerza del hurtar,
mandar todo el mundo espera.

«Y no estrañaré que lo consiga; que hay pícaros con ventura.

—¿Sabeis que han preso al marqués de Camarasa? preguntó el capitan.

—No: ¿qué ha hecho?

—Lo ignoro; pero os lo advierto, porque segun se vé, no conviene hablar muy alto. Los espías de S. M. andan husmeando como podencos.

—Malo! exclamó Quevedo. El que tenga cámaras está perdido; pues le sacarán por el olor. Si os parece, vámonos á un escondite que yo me sé, donde podremos hablar libremente. ¿Queréis que os diga, que no creo en esa conjuracion?

—Que no creeis?

—No: hay cosas que se me atascan sin poderlo remediar, y esa es una de ellas.

— Pues tened por cierto, dijo Rodriguez, que pasan ya de veinte los enjaulados por esa causa; y si no me engaño, allí viene otro.

— Con efecto; y ha de ser diablo principal, á lo que veo; pues trae gran acompañamiento de diablísimos, (vulgo) alguaciles.

— Y no pequeña escolta de arqueros. ¿Quién será? dijo el capitan.

— Veámoslo, si el ver no es conspirar.

Los dos amigos apretaron el paso, dirigiéndose hácia la calle de Carretas, á tiempo que subia por ella el almirante de Aragon, asido del brazo de Silva de Torres, y fuertemente escoltado. Nuestro poeta dijo al verle:

— «Pícaros hay con ventura
de los que conozco yo,
y pícaros hay que no.»

«Esto parece que se formaliza, prosiguió, llevándose al capitan. ¿Sabeis lo que pienso? Que ha de haber gran cosecha de necios ogaño, y que faltan empleos para tanto vago como hay en España.

— Por qué lo decís?

— Porque veo muchas bocas abiertas, y observo que prenden á los que ocupan altos puestos.

— Y de eso inferís?...

— Infiero que otros se colocarán sobre ellos, y el vulgo aplaudirá el celo de la Justicia.

— Sois malicioso.

— No tal: conozco al que llevan preso, y no concibo que pueda haber hecho cosa mala.

— No es el almirante de Aragon?

— Sí.

— Pues he oido decir, que los alborotadores de esta tarde se han refugiado en su casa, y corren voces de que algunos tomaban su nombre para atropellar á las gentes pacíficas.

— No lo creais.

Hablando así, los dos amigos llegaron á la puerta del bodegon de Lampuga.

—Quereis entrar? preguntó Quevedo á Rodriguez.

—Aquí? dijo este, mirando á dentro con reparo.

—Dónde mejor? Entremos, que el huésped tiene para mí una bota del rancio de Yepes, y pasteles que no ladran cuando los muerdo. Estaremos en un aposento reservado.

Estas recomendaciones persuadieron al capitan. Quevedo pasó delante, y cogiendo de una oreja á Lampuga, que le salió á recibir muy obsequioso, le dijo en voz baja:

—Servidnos de confianza en mi chirivitil, y no me pidais dinero por hoy, que se lo han llevado las brujas.

—Perded cuidado, respondió el bodegonero, haciendo una cortesía al poeta y otra al capitan; quienes subiendo una desvencijada escalera, se aposentaron en un cuartito entresuelo, desde el cual, por una celosía, podia verse toda la pieza de despacho.

—Ved aquí, dijo Quevedo, una pocilga decente: aquí tengo yo mi observatorio: desde esta celosía descubro mas mundo á veces que Cristóbal Colon y Vasco de Gama. Si el rey se sentára en esta silla, quizás gobernaría sus vastos dominios mejor que desde su trono.

Diciendo así, tomó asiento: el capitan se colocó en frente, al otro lado de la mesa, y una criadita muy aseada, con pretensiones de buena moza y chapines altos se presentó á servirlos.

—Qué apetecen usarcedes? preguntó la moza.

—Primero un beso, y luego lo que tú quieras, respondió Quevedo echándola el brazo por la cintura.

La muchacha se escabulló lijera, pero sin mostrar enfado, y volvió á preguntar.

—Qué ha de ser?

—Vengan un par de pasteles de conejo, que no maulle, y una azumbre del rancio, sin bautismo ni golilla.

Mientras la moza fué á traer lo que acababa de pedir el poeta, este dijo al capitan:

—Conque partís, al cabo, pasado mañana?

—Si: decididamente parto, respondió Rodriguez; y ya estoy impaciente, pues dicen que vuelve á encenderse la guerra con los

holandeses, y tengo deseos de verle las barbas al indomable Mauricio.

—No os iba bien en Italia?

—Sí: aquel es buen país para divertirse: tierra de mujeres hermosas...

—Y de amores desiguales, repuso Quevedo. Ha de ser muy fácil allí á un español el hacerse querer de las mujeres.

—No es difícil.

—Y no serán tan interesadas como nuestras españolas.

—En todas partes cuecen habas, repuso el capitan; pero indudablemente las italianas se apasionan mas y son celosas como hienas; porque se ven menos obsequiadas y pretendidas que nuestras paisanas: además no tienen esta vivacidad picante y burlona, que hace á las nuestras amigas de aventuras y orgullosas de su dominio sobre el hombre.

—Prefiero entonces mis españolas, aunque me engañen, dijo Quevedo. Me gustan las mujeres que echan chispas, como los gatos cuando se les pasa la mano contra pelo. Y os tengo lástima, capitan, porque vais á Flandes; pues dicen que allí las muchachas se emborrachan de amor; pero les entra sueño apenas lo prueban.

—Así debió de pasarle á cierta dama, que yo me sé, dijo el capitan: pero, si la historia es verdadera, no hubo de impedir eso que ella le diese un hijo á su marido.

—Cómo es eso? Aver?

—Es una historia secreta.

—De una dama flamenca?

—Sí.

—Con el duque de Alba viejo?

—Cabal: ¿sabeis la historia?

—No: lo que yo sé es un cuento.

—Ah! Quiere decir, que no creeis en ella.

—Qué se yo? repuso Quevedo: bien puede ser verídica; pero me he vuelto incrédulo.

—Tenedla, sin embargo, por verosímil.

—Oh! Ninguna cosa lo es mas: lances son esos, que pasan todos los dias entre hombres y mujeres.

—Y si yo os dijese, que algun amigo vuestro tiene el encargo de investigar lo que hay en ello de cierto, ¿qué pensaríais? dijo el capitan.

—Ese amigo, ¿va á Flandes? preguntó Quevedo.

—Tal es el objeto principal de mi viaje, repuso Rodriguez. No considero necesario ocultarlo, pues la persona interesada en esto desea hacerlo público.

El poeta se sonrió, y dijo al cabo de algunos momentos:

—Sin duda teneis grande intimidad con esa persona!

—Me dispensa su confianza, respondió el capitan mostrando cierto viso de orgullo.

—Que sea enhorabuena! contestó Quevedo. Y guardó silencio, pensando, que tal vez habia cometido una imprudencia en fiarse de aquel hombre.

Pero volviendo á este tiempo la moza del bodegon con las provisiones que se le habian pedido, nuestro héroe esforzó su genio bullicioso y alegre, para estimular al capitan y hacerle beber mas de lo justo; pues de este modo esperaba sondearle y conocerle mas á fondo.

Rodriguez era un jóven fino, y empezó á usar de la bebida con moderacion; pero al cabo, como militar y algun tanto calavera, hizo punto de orgullo el no aparecer menos bromista que su camarada: bebió largamente, charló, disparató; pero Quevedo no pudo descubrir en él mas que un carácter franco, altivo, impetuoso y dado á la vanidad de figurar como persona de buenas relaciones: fuera de esto, parecia ser hombre de honor é incapaz de cometer una felonía. Sin embargo, nuestro poeta no cesaba de repetir interiormente: «Dime con quien andas, te diré quien eres.»

Entre tanto, habian entrado en el bodegon y pasaban el rato cenando media docena de guapos: hablaban en voz baja, como si concertasen algun golpe de mano. Quevedo fijó la atencion en ellos, y le pareció reconocer á uno, que llevaba un coleto militar.

—Capitan, dijo á su amigo; hacedme la merced de mirar con cuidado aquel jayan, que está allí hablando á los otros como jefe de pandilla, á ver si tiene la cara hecha cuartos, ó si yo me equivoco.

—No os equivocais, que bien se le ven las cortaduras, respondió Rodriguez.

—Por los cuernos de Lucifer! Yo he de saber qué hace aquí ese bellacon, que pasa por capitan y por primo de una prima que yo quiero templar. Entre él, y otro primo, y una tia garduña me han birlado una bolsa con cincuenta escudos, á cuenta de pecados que no he cometido.

Así diciendo, Quevedo se asomó á la escalera, y llamó á la moza, á quien previno que llamase á su amo con disimulo.

No tardó en presentarse Lampuga con una sonrisa de hombre corrido, que decia muy bien á su rostro de bodegonero.

—Venid acá, desventurado, le dijo el poeta. ¿Sabeis á quién recibís en vuestra casa?

Lampuga se encojió de hombros rascándose la oreja, y respondió:

—Señor: mi casa está abierta para todo el mundo, y nadie dirá que es mala casa.

—Pero sí que teneis muy malos parroquianos. ¿Conoceis á aquel perillan del coleto amarillo y de la cara acuchillada, que está entre aquellos valentones?

—Vah! Señor: ¿qué entiendo yo de eso? Ahí vienen, se sientan, hablan un rato, gastan y pagan. No me gusta saber vidas agenas.

—Bien te gusta contar de ellas cuando nadie te pregunta. Esos hombres preparan alguna traicion, y tú los encubres. Dinos pronto quiénes son y lo que traman, ó desde aquí vas preso: este señor capitan tiene facultades para hacerlo.

—Cómo quereis que yo sepa?.... repuso el bodegonero algo turbado.

—Todo se sabe, Lampuga, —que ha dado en chismoso el diablo, —y entre jayanes y marcas, —nunca ha habido secretarios. —Canta claro; pues yo sé que tú has sido cocinero antes que fraile, y cuando callas, algo te tapas.

—Yo no tapo mas que el vino para que no se ágrie y los guisados para que no caigan dentro las del manto negro. En cuanto á lo demás, cada cual tenga su alma en su palma, y ni me importa un bledo el capitan Varea, ó lo que sea, ni sus embolismos.

—Ya me figuraba yo, dijo Quevedo, que conocias de larga fecha

al tal capitan, *ó lo que sea*, como has dicho muy bien. Pero sepamos de qué trata con sus compañeros.

—No tratan, que yo sepa, de nada de particular, replicó Lampuga en tono de confianza. Como hace poco que el capitan ha llegado de Sevilla, sus amigos celebran con él la bien venida.

—Hola! Conque ha llegado de Sevilla? Pues no viene de Flandes?

El bodegonero se sonrió con aire socarron y repuso:

—Pse! Todos los capitanes vienen de Flandes, ó de Nápoles, ó de otras partes. Eso es sabido.

—No me parece mal la esplicacion, dijo Quevedo, mirando con intencion á su amigo.

Y llevándose á un lado á Lampuga, por si tenia reparo de hablar delante de aquel, le preguntó:

—¿Tiene familia el capitan Varea? No me oculteis nada, pues me interesa mucho conocer los antecedentes de ese hombre.

—Señor don Francisco, repuso el huésped: no me conviene, ni me está bien hablar mal de ninguno de mis parroquianos. El capitan Varea es persona de calidad.

—No mientas.

—Digo lo que sé. No tiene mas, sino que en sus mocedades hizo algunas travesuras, que le indispusieron con la señora justicia, y de sus resultas le pasearon á caballo con gran pompa y acompañamiento, solfeándole las espaldas: pasó luego á servir á S. M. en las galeras del reino de Nápoles, de donde salió por empeños de su familia, y entró de soldado en los tercios de Milan. Segun él cuenta, estuvo mas tarde en Francia y en Flandes, y allí parece que ascendió á capitan: yo no he visto sus nombramientos. Algunos que le han conocido por allá refieren, que en Mántua se agregó al servicio de un gran señor...

—Desertaria de las banderas del rey, dijo Quevedo.

—No estoy enterado de eso, pero sí de que hizo muchas valentías y se encontró muchas cosas que no estaban perdidas; con lo que, andando el tiempo, volvió á España muy rico, firmó las paces con los alguaciles y se graduó de fuelle.

—Tambien soplon! exclamó Quevedo.

—Hablad bajo, repuso Lampuga. El capitan Varea tiene hoy mucha mano con los poderosos, y lo mismo sirve para pintar un chirlo, que para aliviar un cofre, ó para echar á galeras á un hombre honrado. Cuando la justicia necesita descubrir algun robo, acude á él, que en dos horas pone de manifiesto las cosas mas ocultas: los valientes le temen: los mozos de la hampa le respetan, los caballeros de industria le huyen, como el diablo á la cruz: todas las hembras de alquiler le pagan párias: es un hombre de importancia, y el mas íntimo confidente del seor Avililla.

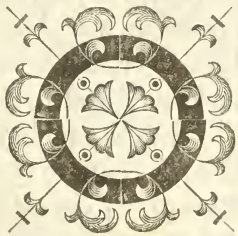
—Basta, basta, no me digais mas, replicó el poeta. Ya sé quien es nuestro hombre. Lo que necesito averiguar es la calidad de su familia.

—Oh! En cuanto á eso, dicen que es de lo mas principal; solo que los azares de la fortuna la han de haber traido á menos.

Quevedo se separó de Lampuga y volvió al lado de su amigo, á quien dijo:

—Si os parece bien, nos retiraremos, pues se hace tarde.

Rodriguez se levantó, y ambos bajaron á la sala del bodegon, á tiempo que el capitan Varea y sus compañeros salian á la calle y se dispersaban en diferentes direcciones.

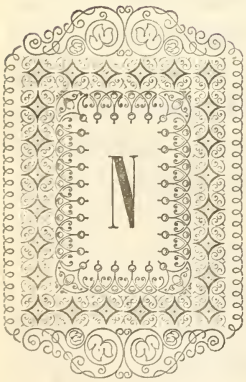


CAPITULO X.

DE COMO QUEVEDO DEJÓ A OSCURAS A DON RODRIGO, Y DOÑA REMIGIA HIZO PROPÓSITO DE ENMIENDA.

Mujeres.—« El que cumple lo que manda,
anda, anda, anda, anda.
Quien de ordinario socorre,
corre, corre, corre, corre.
El que regala y no zela,
vuela, vuela, vuela, vuela.
Quien guarda, zela y enfada,
nada, nada, nada, nada.....
Música.—El amor es nadador,
desnudo y desnudador.
El amar es, pues, nadar,
desnudar y desnudar. »
QUEV.—*Los Nadadores:-baile.*

« Pulgas me pican:
el candil está muerto:
ergo séquitur séquitur,
que me pican á tiento. »
ID.—*Los Sopones de Salamanca.*



UESTRO héroe volvió á su casa mal humorado y hecho un mar de confusiones. Al desnudarle su criado, le hizo notar que su ropilla nueva comenzaba á romperse por los codos.

—Eso es muy bueno en este tiempo, Pablico, le contestó Quevedo. Así me entrará el fresco, y parecerá que llevo mangas acuchilladas.

Pero teniendo intencion de acostarse, al oir la funesta observacion de Pablico, mudó de propósito, y poniéndose una hopalanda ó bata, que le habia servido algunos años en el colegio, se sentó al bufete, y mandó al cria-

do cerrar la puerta. En cuanto quedó solo, esclamó:

« Yo estoy bueno:
roto y enamorado,
y sin dinero!....

Y comenzó á meditar sobre tres puntos enigmáticos que consideraba necesario resolver. Uno era la confesion profana de doña Remigia con el favorito del privado; otro, la condicion ambígua, ó al menos dudosa del capitan Rodriguez, pues le parecia algo espuesto hacerle confidente entre la hija del condestable y don Pedro Giron; y por último, el mas interesante para él, por tocarle personalmente; la índole del capitan Varea y su parentesco ó deudo con la hermosa doña Isabel de Mendoza y de Rivera.

Quevedo, el mas inconstante de los hombres con las mujeres, era sin embargo, tanto en amor, como en sus demas empresas, perseverante hasta la terquedad, mientras no alcanzaba el objeto que se proponia. Por eso estaba ó creia estar realmente enamorado de su ojinegra Belisa, cuya belleza y liviandad dejó inmortalizadas en muchos versos y en su enérjica prosa.

Ni el préstamo forzoso de los cincuenta escudos; ni lo aventurero de su primer encuentro con aquella jóven; ni el desposorio de la misma con Avililla, cuya conducta equívoca sabia; ni el haber éste negado el hallazgo del pañuelo, que debia de reconocer como suyo; ni las últimas revelaciones de Lampuga respecto al acuchillado primo; nada de esto pudo alterar el firme propósito de nuestro poeta, ni el juicio que deseaba formar de su Belisa: faltándole pruebas ó razones favorables á ella, su imaginacion fecunda, estando acorde con su sentimiento, le sujeria las mas concluyentes para disculparla.

Si la encontró sola con don Pedro, motivo habia en la situacion de este personage, por quien él mismo se interesaba: si se casaba con Avililla, muestras le habia dado de hacerlo por obediencia y contra su gusto: si el alguacil negó lo del pañuelo, siendo posible que lo entregase por haberlo reconocido, esto no era culpa ni disimulacion de ella, que bien cuidó, por el contrario, de recobrarlo, por temor de que lo recogiesen los alguaciles: si doña Tomasa, en connivencia con sus dos sobrinos, hizo presa en la *bolsa pecadora*,

tampoco en esto tuvo Isabel intervencion ni parte; si, por último, el capitan Varea era un jayan de marca y un espia con salvo conducto para delinquir, ¿en qué familia no hay algun mal sugeto; en qué arbol deja de haber alguna rama viciada?

Quevedo pasaba por todo, menos por culpar á su ídolo; cuanto mas envuelto en cieno lo miraba, tanto mas se esforzaba en divinizarlo su fantasía: y como el miedo no tenia entrada en su corazon animoso, consideró en resúmen, que aun estando Isabel entre tan mala gente, no debia él renunciar á la dicha de poseerla. El resultado de sus reflexiones en este punto fué repetir:

« Yo estoy bueno:
roto y enamorado,
y sin dinero. »

En cuanto á los otros, que podia meditarlos sin las trabas de la pasion, formó cálculos mas aproximados á la verdad; pensó que don Rodrigo debia de traer entre manos alguna cábala para hacerse amar de doña María de Velasco, ya fuese dándola á conocer su perilustre descendencia de la casa de Toledo, aunque por la via putativa, ya procurándose frecuentes entrevistas con ella; pues no era de presumir que se valiese de una dueña para asuntos de otra naturaleza: y respecto al capitan Rodriguez, juzgó lo mas prudente no mostrarle desconfianza, despues de haberse franqueado con él.

Hechas estas reflexiones, nuestro héroe se sintió como aliviado de un peso: tomó entonces la luz y la colocó, junto con los chismes de encender, en una rinconera, puesta á propósito al lado de su cama; dejó prevenidos algunos libros, en una especie de atril giratorio, construido con artificio para poder leer sin levantarse, si durante la noche se desvelaba, y despues de rezar devotamente algunas oraciones, se acostó y mató la luz.

Cuando abrió los ojos, al dia siguiente, eran ya las nueve de la mañana: el sol que entraba por las rendijas de la ventana de su aposento le indicó la hora que podia ser; pues sus rayos describian líneas casi verticales.

—Me porto como un liron! esclamó el poeta dando un salto, y

cayendo de piés en el suelo. Ya no es hora ni de boda, ni de carta. ¿Cómo he dormido tanto?

Y vistiéndose á toda prisa, marchó sin desayunarse á la iglesia de San Ginés: la recorrió toda, mirando con cuidado por los rincones; pero no encontró á la criada de doña Maria.

—Está visto, dijo, que he faltado á mi palabra. La culpa tiene el capitan Varea, que me quitó el sueño anoche: la primera vez que pueda, he de varearle las espaldas.

Hecho este buen propósito, se detuvo á oir una misa, volvió á registrar la iglesia, y luego se apostó junto al cancel, donde aguardó inútilmente por espacio de una hora.

Viendo, por último, que no venia la mensajera, se dirigió á Palacio: en el momento de llegar á él, se apeaba de su coche la duquesa de Lerma, á quien acompañaba su yerno el jóven conde de Lémos. Hubiera querido Quevedo recatarse; pero habiéndole visto ella, le llamó. El poeta se apresuró á saludarla.

—Tengo que reñiros, amigo mio, le dijo la duquesa con tono afable, deteniéndose algunos instantes en el pórtico del alcázar. Parece que huís de nosotros.

—Señora, contestó Quevedo inclinándose respetuosamente: los buhos como yo deberian huir de un sol como vuecelencia; no por ódio á sus luces, sino por miedo de cegar: sin embargo, yo me acerco cuanto puedo.

—Y no podeis acercaros mas? preguntó la duquesa con ese doble sentido, propio de la finura cortesana.

—Juzgad vos misma, repuso el poeta mirando á sus piés, y sacando con gracia el mas defectuoso de los dos.

La duquesa se sonrió, y dijo:

—Eso no es nada, teniendo buenas muletas. —Y volviéndose á su yerno, añadió: —Podeis ya iros á vuestra obligacion, hijo.

El conde saludó y se fué hácia los aposentos del rey: la duquesa continuó, hablando con Quevedo:

—Apoyaos en mí: ¿os parezco suficiente muleta?

Y le presentó el brazo.

—Señora! exclamó el poeta ofreciéndola el suyo. Me disponsais mas honor del que merezco.

La duquesa se apoyó en él, no sin reparar al vuelo en el mal estado de la ropilla de nuestro héroe: á pesar de esto le condujo á su retrete, aunque diciéndole con tono algo burlon:

—Sin duda no veníais hoy aquí como cortesano; pues observo que habeis cuidado poco de acicalaros.

—Verdad es, señora, respondió el poeta. Pero no parece sino que he adivinado lo que me sucede, pues me he puesto mi vestido de gala.

—Es menester que seais en eso mas mirado.

—¡Ay, señora! exclamó con prontitud Quevedo. Yo quisiera ser mirado menos. Pero no hay remedio: los poetas hacemos voto de vestir con desaliño.

—En ese caso, nada digo. Vamos á otra cosa. Dias atrás me hablásteis de un alto personage, pidiéndome que intercediese por él: despues no habeis vuelto á pensar mas, seguramente, en vuestra pretension.

Quevedo se puso sobre sí al oir estas palabras, y contestó evasivamente:

—He creido, señora, que no debia molestar mas la atencion de vuecelencia, y por otra parte, como supe lo que aconteció aquel mismo dia...

—Ciertamente, repuso la duquesa: fué aquello un contratiempo, que desbarató mis planes; pero todavía se pudiera remediar algo. Segun tengo entendido, vuestra solicitud fué hecha á instancias de una dama principal?

—Señora, replicó Quevedo con gravedad. Me seria muy doloroso el que se interpretase mi demanda de un modo poco favorable á ninguna dama.

—Os comprendo; pero es inútil que guardeis reserva conmigo: y para que veais que podeis ser franco, tomad esto, y entregadlo vos mismo á la jóven por quien os interesais.

Diciendo así, la duquesa presentó á Quevedo un pliego cerrado.

—Qué es esto? preguntó nuestro héroe sorprendido.

—Es la contestacion que da S. M. la reina á un memorial del condestable: va dirigida á su hija, como podeis verlo.

—Señora, os aseguro que doña Maria no me habló una palabra relativa á mi pretension.

—Cómo! No?

—Puedo jurarlo.

La duquesa entornó los ojos, concentrándose en una breve meditacion, y pasados algunos momentos, repuso:

—Nada importa eso. La reina lo ha decretado ya, y doña Maria agradecerá seguramente que la manden ir con su padre. Pero escuchad: habeis de verla y decirla con mucha reserva, que disponga su viaje con prontitud y sigilo, y que no le dé cuidado el aparecer como desterrada, pues le conviene que esto se crea: que no haga caso de los términos en que está espresado ese despacho, y cuente siempre con la benevolencia de S. M. y mi afecto.

—Señora, respondió Quevedo: tengo un placer sumo en ser portador de ese mensaje. Pero, ¿me permitirá darlo el cancervero de las damas, la cultísima doña Remigia de Quincoces?

—Decidla, si se opone, que yo os he mandado entregar á doña Maria una órden de S. M.

—Sereis obedecida.

—Preparaos vos tambien para partir un dia de estos, añadió la duquesa.

—Tambien yo voy desterrado? preguntó el poeta con naturalidad.

—No: vendreis con la corte. Pero no deis publicidad á esto, que aun falta saber si quedará resuelto.

—Está muy bien, señora.—Mas, ¿no me direis, si puede saberse, cuál es el destino reservado á don Pedro Giron?

—No puedo deciros nada por ahora: creo, sin embargo, que ese caballero tiene la desgracia de empeorar él mismo su causa: el memorial que ha dirigido á S. M. últimamente ha de ser peor para él, si no me engaño, que su atrevida aventura del parque. Ya he dispuesto que le avisen dándole un buen consejo; y es, que deje correr su suerte, sin meterse en nada, si no quiere echarlo todo á perder.

Quevedo se despidió de la duquesa, convencido de que la bondad natural de esta señora estaba en pugna con las exigencias de la am-

bicion de su marido; pues, aunque no hubiese entrado en esplicaciones de esta especie, delicadas de suyo, se dejaba entender de su comportamiento, que se interesaba por el prisionero de Belorado y por la hija del condestable; y su reserva en este asunto indicaba que no queria chocar con don Rodrigo Calderon.

Nuestro poeta pasó sin detenerse al departamento de las meninas, y se fué derecho al cuarto de doña Remigia.

— Qué pretende el cojitranco? le dijo esta saliéndole al encuentro con faz severa. Decid pronto y sin circunloquios lo que buscais aquí?

— Busco lo que debo, señora, repuso Quevedo sonriéndose: lo que tal vez no encontraré: una dueña obediente y callada.

— Menos rodeos: no tengamos otra como la de ayer.

— Oidme, señora, y no metais ruido. Yo sé que estais terriblemente comprometida.

— Yo!

— Sí, vos: todo se sabe; y es menester que hagais por merecer el perdon de vuestros muchos pecados.

— Este loco me quiere involucrar!

— Nada de eso: quiero haceros comprender que os importa mucho ver, oir y callar. Tengo una órden de S. M. la reina, y es preciso que me ayudeis á cumplirla, guardando el secreto, sopena de sufrir un encierro perpétuo por vuestras liviandades.

— Qué liviandades son esas, atrevido!

— Chiton, señora: sed prudente, que yo lo seré tambien. Mandad que se me introduzca y deje á solas en el aposento de doña Maria de Velasco.

— Energúmeno! Libertino!

— Chit... profirió Quevedo poniéndose el dedo en los labios. Y enseñándola el pliego que llevaba con el sello de la reina, la dijo:— Ved esto: aquí no hay libertinage que valga. Vuestra inobediencia me obliga á mostraros lo que no debiera: este secreto mas teneis que guardar... Y sobre todo os advierto que no deis cuenta de mi mensaje á vuestro amigo, el que os confiesa...

— Qué estais hablando? repuso con turbacion la dueña.

—Vos me entendeis: yo no sé nada de vuestros enjuagues. Cumplid las órdenes de S. M. , y chiton : mucho chiton!

—Jesus! Yo no entiendo este galimatías. Esplicadme, por Dios lo que esto significa: vamos, diablico mio, dijo la dueña con voz melíflua y halagüeña. Yo siempre os he querido bien, Quevedillo; solo que mi genio es algo rígido... y á veces...

—Oh! Ya sé yo que me quereis bien, lo mismo que yo á vos: pero no puedo esplicaros nada: me han mandado callar. Haced vos otro tanto, y obedeced pronto; porque solo así os salvareis. Estais en gran peligro de desgracia.

—Yo quisiera saber el motivo; porque mi conciencia está nítida. Vamos, hijito, no seáis rencoroso: hablad con franqueza.

—Quién pudiera satisfaceros, mi señora doña Remigia! Solo puedo aseguraros que habeis incurrido en el desagrado de S. M., y que se os perdonará, con tal que salgais bien de esta prueba de sigilo. Ya veis que es poco lo que se exige de vos. Conque así, vamos andando y á despachar, que esto urge.

Doña Remigia se resignó, y condujo ella misma á Quevedo al cuarto de doña María: pero como su curiosidad estaba excitada en alto grado, se quedó dentro haciendo la entretenida para enterarse del mensaje. Doña María vió con sorpresa entrar al poeta y á la dueña, no sabiendo á qué atribuir tan inexplicable armonía, y aguardó á que hablasen.

—Señora, dijo Quevedo, haciendo una cortesía á guisa de embajador; tengo el encargo de comunicaros órdenes superiores, para lo cual necesito hablaros sin testigos.

Y miró á la dueña.

—Señora, dijo doña María dirigiéndose á la misma y comprendiendo que lo de la órden era algun ardid del poeta. Ya habeis oido lo que dice este hidalgo: si me permitís...

—Oh! No tengo inconveniente, respondió doña Remigia. Pero, como mis deberes son tan severos, he creido que mi presencia no embarazaría... En fin, podeis conferenciar: yo me estaré en la antesala, por lo que el decoro y la decencia requieren.

—Estaos en la antesala, respondió Quevedo: eso es bien pensado.

Y acompañándola él como por galantería, la dejó fuera y echó la llave de la puerta.

—Podemos hablar ahora con desembarazo, dijo volviendo al lado de doña María.

—Qué es esto, Quevedo? Alguna travesura vuestra? preguntó la jóven.

—No por cierto. Vengo á comunicaros una órden de destierro, que me parece os ha de agradar. Vais desterrada á Belorado. Tomad y leed.

Doña María lanzó una exclamacion de alegría, tomó el pliego y lo abrió temblando. Despues de recorrerlo con la vista, dijo:

—Qué severidad!... Pero no importa: mi deseo queda satisfecho. Ved lo que dice.

Quevedo tomó la órden y leyó:

«Accediendo S. M. la reina, mi señora, á lo solicitado por vues-
«tro señor padre, se ha dignado mandar, que se os relève del pues-
«to de dama de honor que ocupais; previniéndoos al mismo tiem-
«po marchar á reuniros con él en Belorado, para lo cual se os con-
«cede el término perentorio de veinticuatro horas. S. M. queda
«complacida de vuestros servicios y os dispensa de presentaros á
«besar su real mano. Guárdeos Dios. —La camarera mayor—*Du-*
«*quesa de Lerma.*»

—Está dura, en efecto, dijo el poeta. Pero eso mas teneis que agradecer; pues la señora duquesa me ha encargado deciros, que no hagais caso de los términos en que esta órden está concebida. En mi concepto, su escelencia desea favoreceros, haciendo que representeis el papel de víctima: me ha dado muestras del aprecio que os tiene, y de que lo quiere encubrir con apariencias de severidad.

—Estais seguro de ello?

—No lo dudeis: me encarga además que seais reservada, no comunicando á nadie vuestra marcha.

—Que me place! respondió la jóven. Partiré tan de secreto, que no habrá de saberse hasta que esté fuera de Madrid. Vos me ayudareis: ¿sí?

—En todo cuanto mandeis.

—Jacinta os ha llevado mi carta á vuestra casa: ya es inútil. Informaos á qué hora piensa partir el capitan Rodriguez, y de si querrá acompañarme, y venid esta noche á darme el aviso. Pasaos tambien por casa de mi padre, y decid á Juan Perez el mayordomo, que me tenga preparado un coche con dos criados.

—Así lo haré.

Dicho esto, se despidió Quevedo hasta la noche, y al abrir la puerta se encontró frente á frente con doña Remigia, que habia estado atisbando por la cerradura.

—Hola! exclamó al verla. Permaneceis en el puesto de honor como buena centinela!

—Cómo ha de ser, hijo mio? respondió la dueña con amabilidad inusitada. Este es mi oficio.

—Ya, ya lo sé.—Cuidado con la lengua, señora, repuso el poeta en voz baja. No hableis de esto á nadie, ni aun en latin.

La dueña salió acompañándole y procurando sonsacarle; pero todas sus marrullerías fueron inútiles.

Quevedo la dejó abismada en sus cabilaciones y temores y se fué á buscar lo primero un buen almuerzo, y despues al capitan Rodriguez y al mayordomo del condestable.

Cuando concluyó los encargos de doña María era ya media tarde, y acordándose de la boda de Belisa se encaminó á casa de esta, á tiempo que se celebraba en la misma el desposorio con un banquete, que merece describirse.

Dos largas mesas juntas habian sido puestas en medio del estrado: sobre ellas se ostentaban multitud de golosinas y confituras adornadas con flores y colocadas simétricamente en vajilla de mucho precio; la mantelería alemana era finísima, el servicio de plata sobredorada: en los estremos de la sala habia sobre banquetas de madera tallada dos braserillos de oro, en que se quemaban pastillas de ámbar, que difundian un delicioso aroma: dos esclavas negras, sentadas en el suelo, cuidaban de renovar el perfume combustible.

Ocupaba la cabecera de mesa un reverendo fraile dominico, jóven todavía, mofletudo, de ojos alegres y triple barba, el cual se hallaba estrecho en un gran sillon de nogal, de palos torneados en forma salomónica: sentadas á sus dos lados estaban Isabel y Doro-

tea, de quienes recibia el reverendo frecuentes muestras de atencion gastronómica; pues cada una de ellas cuidaba de saciar su beatífica gula, poniéndole delante las mejores tajadas. En frente se habia sentado Avililla, entre los dos primos Lupercio y Varca. Doña Tomasa tenia á su cargo el cuidado general del servicio y el particular de obsequiar á un genovés, comerciante de la calle de Postas, hombre de años y de uñas. Los demás convidados eran las tres amigas de Isabel, un doctor, un licenciado, un portugués y un vecino, músico italiano. Por lo estraordinario del festin, además de Marina y Cárlos servian á la mesa dos lacayos del genovés y uno del doctor, y cuidaban de la cocina un cocinero del mismo genovés y un pastelero llamado á trabajar por aquel dia.

Estaba el banquete en su apogeo cuando llegó el poeta. Doña Tomasa le acogió con estremos de alegría; todos los convidados se volvieron á mirarle, y la novia le hizo lado para que se sentase entre ella y una amiga. En aquel momento sintió Quevedo mas que nunca la pasion de amor y celos que la hermosa jóven le habia inspirado, pues adornada esta con sencilla esplendidez hacia realzar su belleza sobre todo encarecimiento. Dirigióla él ante todo los cumplimientos de estilo, que en tales circunstancias son de obligacion, y aceptó el asiento que en tan buen lugar se le ofrecia; y como su entrada no pudo menos de interrumpir el curso natural de la comida, se apresuró á darle impulso con la espansion de su genio, diciendo:

—Señoras y caballeros, he llegado tarde: conque así, procuraré desquitarme, y hagan vuesarcedes por defenderse, si no quieren que les gane la partida, á pesar de los tantos que me llevan adelantados.

—Listo ha de andar vuested, si ha de alcanzarme, dijo el motilon, encajándose de paso entre ambos carrillos media pechuga de capon en salsa.

—Lo veremos, padre, respondió Quevedo.

—No aposteis contra el padre Cogolludo, ¡Dios le bendiga! dijo doña Tomasa; pues boca como la suya podrá haberla: mejor, me rio yo.

—Joli! joli! joli!... profirió el fraile, barbotando una carcajada

glotona. Bueno es comer; bueno es beber: Dios crió las aves del cielo, las bestias de la tierra y los peces del mar para el alimento del hombre, y así como el principio de la sabiduría es el temor de Dios, el fin de la sabiduría es llenar el vientre de cuanto Dios crió. La historia está llena de ejemplos de grandes comedores y bebedores, que fueron tambien hombres célebres.

Y así diciendo, se tragó la otra media pechuga del capon que tenia delante.

—Dudo que haya hombres célebres glotones, dijo el capitan.

—No lo dudeis, repuso Quevedo. Hércules, convidado á un sacrificio que hizo el rey Euristheo, se creyó menospreciado porque los sirvientes de este príncipe, al hacer las partes, le dieron la mas pequeña, y fué tal su ira, que mató en el acto á tres de los hijos de Euristheo.—Neron devoraba mas que mataba.—El emperador Maximino, á quien los brazaletes de su mujer le servian de sortijas para los dedos, se comia sesenta libras de carne diarias.—Otro, Claudio Albino se comió en un almuerzo cien higos, cien pescados, diez melones, veinte libras de ubas y treinta y tres docenas de ostras.

—Todo eso es poco, dijo el padre Cogolludo.

—Sí, es poco, si se compara con la gran capacidad del emperador Vitelio, que arruinaba á sus amigos cada vez que se sentaba á su mesa, y de quien dice el historiador Josefo, que si hubiese vivido mucho, no habria tenido bastante para mantenerse con todas las rentas del imperio.

—Eso ya es algo, repuso el fraile.

—Lo digo al tanto de la celebridad, prosiguió Quevedo; pues á no ser por sus magníficos tragaderos, ¿quién se acordaria ya de esos príncipes? Ni quién sabria que ha existido en el mundo un cómico llamado Fagon, á no ser porque, en presencia del emperador Aurelio, se comió un javalí, un carnero, un cochinillo, y cien panes, y se bebió veinticuatro azumbres de vino?

—Dichoso mortal! exclamó el reverendo, entonándose con un cuartillo del rancio de Yepes.

—Señores, dijo el doctor: bueno es comer; pero no ha de olvi-

darse el ejemplo del mas célebre de los tragones, Eliogábalo, que reventó despues de haberse comido un buey.

—Qué niñería! Joh! joh! joh!... repuso el fraile riendo. Vaya un estómago que tendria el tal Eliogábalo: reventar con un buey! joh!... joh! joh!...

—Con efecto, fué una flaqueza imperdonable, dijo Quevedo; pues sabido es que otros, con menos celebridad, se han comido un toro sin reventar.

—Quién? Quién? preguntaron las mujeres y el doctor.

—Un atleta llamado Theágenes, y Milon de Crotona: este último, en los juegos Olímpicos llevó á cuestas un buey de cinco años, por espacio de quinientos pasos, lo mató de un puñetazo, y se lo comió en seguida: concluida la fiesta, se fué á merendar con sus compañeros.

—Ese era un hombre de pró! repuso el padre Cogolludo.

Y apoyándose en los brazos del sillon, que gimió bajo el peso de su humanidad, se levantó, llenó un vaso y dijo en voz alta:

—Señores! Brindemos á la memoria de Milon de Crotona.

Todos los hombres correspondieron al brindis del fraile, con lo que creció de punto la alegría del banquete: solo el genovés, que sin duda era quien hacia el mayor gasto, comenzó á inquietarse; pues temia que fuese necesario dar á su caja una nueva sangría antes de levantarse de la mesa. Doña Tomasa le mimaba con la solicitud de una buena madre.—El portugués, entretanto, hablaba poco y engullia mucho; pero de vez en cuando miraba á Quevedo con ojos torvos; porque este, aprovechando la distraccion general, se esmeraba en obsequiar á Isabelita, y le hacia reir con sus chistes á media voz. La niña se mostraba complaciente y recibia con agrado las atenciones, ya del poeta, ya del doctor, ya del licenciado, ya de sus otros amigos; pero sin cuidarse para nada de su marido, que hacia entre los demás el papel de un cero á la izquierda de una cantidad.

Creciendo el bullicio del festin, la conversacion comenzó á ser libre y el calor insoportable. Quevedo, entre dos muchachas jóvenes, y arrimado en particular á Belisa, que se hacia la descuidada, estaba como la cuerda tirante próxima á saltar: en su frente enrojecida

se veian las venas, gruesas y anudadas. Hablábase del amor, y las mujeres, perdido el recato del disimulo, alternaban alegres en los chistes mas picantes.

—Dejad esos pebetes y traed abanicos, dijo doña Tomasa á las esclavas: ¿No os parece, señores que hace mucho calor?

—No es mal remo el abanico para bogar en los golfos de amor; vengan, pues, abanicos, repuso el licenciado.

Quevedo se levantó y dijo:

—Cuando amor quiere mandar
á los amantes remar,
como cómitre maldito,
lo primero toma el pito,
que lo primero es pitar.

—Bien por el pito! exclamaron á una voz algunos de los mas calientes de cholla.

—Siga, siga el poeta, dijo doña Tomasa.

Quevedo continuó:

—Y cuando el amante espera
que ha de estar el pito mudo,
porque estén de su manera,
siendo el cómitre desnudo,
dice á todos: «Ropa fuera!»

—Ropa fuera! Ropa fuera! gritaron á un tiempo hombres y mujeres.

Todos se quitaron los jubones y justillos, quedando en mangas de camisa: el fraile tiró el escapulario y la correa; las muchachas se desabrocharon.

Y una vez desabrochada tambien la musa juguetona de nuestro poeta, siguió diciendo, mientras volaban las prendas arrojadas por sus dueños:

«—Ah chusma! Ropa fuera:
ropa fuera, canalla!
vayan fuera esas ropas,
vengan acá esas sayas.

Y dirigiéndose á las muchachas, que reian como unas locas, les dijo:

—Hermanitas del pecar,
el amor es desnudar;
y si el golfo anda revuelto,
dar velas al viento suelto,
y bogar y mas bogar.

En seguida, aprovechando la alegría ruidosa de los comensales, se acercó al oido de Isabel, y la dijo:

«—¡Ay! Bajelito nuevo,
¡Ay! que me anego,
si remando en tus bancos
no llego al puerto!

Isabel no recibió mal esta libre declaracion, que autorizaba en aquellos momentos la bulla del festin.

—Me haceis reir, aunque no tenia gusto para ello, respondió.

—Y á mí me hace rabiar el no poder deciros todo lo que siento, repuso Quevedo.

—Por qué no? Decid lo que os agrade: todos están distraidos.

—Bien haya esa observacion, Belisa mia, contestó Quevedo; pues con ella me habeis dado respuesta á lo que os queria yo decir.

—Cómo?

—Pues ya sabeis que os adoro, escusado es andar con floreos.

—Jesus! Callad!... Nos miran.

—Quién? vuestro marido?

—No; el portugués y el doctor.

Quevedo se abstuvo de galantear tiernamente á la novia, prefiriendo seguir la broma, que duró hasta el anochecer; hora en que levantados los manteles, el italiano se sentó al clave y comenzó á tocar, mientras los demás conversaban en gran desórden. Dorotea se acercó al músico, y le dijo:

—Tocad algo alegre, señor Scuarzafiggo.

—Qué volete signorina? preguntó el italiano.

—Algo para bailar.

—Sí, sí, bailemos dijeron á una todas las muchachas.

—Que quiten las mesas, añadió Dorotea.

Doña Tomasa llamó á los criados para que quitasen las mesas; pero se encontró un obstáculo inesperado: el padre Cogolludo se habia quedado dormido en su sillon, con la cabeza en el respaldo y las manos cruzadas sobre el vientre. ¿Quién era el guapo que movia de su sitio aquella reverenda mole? Gracias al capitan Varea y al portugués, que eran hombres de puños, logróse, aunque con gran trabajo, retirar al fraile á un lado, en donde permaneció roncando al son de la *chacona* y de las castañuelas.—Quevedo tuvo que resignarse á ser mero espectador; porque sus piés no eran tan vivos como su cabeza, y vió con ira secreta á su Isabelita solazarse en bullicioso zarandeo con el genovés, el doctor y el licenciado, que sucesivamente se disputaron el lauro de bailarla.

En una de las vueltas y mudanzas de aquel desenfrenado baile, se le enredó á Isabel la ropa en el sillon del padre Cogolludo, se le fueron los piés y cayó al suelo. No fué tan pronto para levantarla su caballero como Quevedo, quien acudiendo al punto, por estar allí cerca, la dió las manos. La jóven se habia puesto encendida y estaba abochornada: formaban círculo todos los convidados, preguntándola si se habia hecho daño, y contestando ella que no, el poeta aprovechó la ocasion de vengarse de los bailarines, diciendo á la jóven, mientras aun la tenia cogida de las manos:

« —Todo mi discurso atajo,
sin poder hallar consuelo,
viendo que en ese trabajo,
en tí se nos cayó el cielo...
y no nos cogió debajo.

Todos y la misma Isabel soltaron á reir, y algunos dijeron:

—Siga, siga!

—Que siga? repuso Quevedo: pues allá vá:

« Deja, si te desgobiernas,
ó las piernas, ó los brazos,
mis penas hagan eternas,

con pretina de tus lazos,
gargantilla de tus piernas. »

Y bajando la voz, mientras los demás reian, añadió solo para Isabel:

« Otra vez, pues que por tí
vivo y muero, como vés,
desde el punto que te ví,
si te se fueren los piés,
dí que se vengan á mí. »

— Atencion!... Silencio! Mas alto, Quevedo, mas alto, dijeron las jóvenes.

— Mas alto, repuso el poeta. Y continuó:

« Si el chapin se te torció,
anda sobre mí, no pares:
no temas que tuerza, no;
pues cuanto mas me pisares,
mas me enderezaré yo. »

Una carcajada general sirvió de aplauso á estos versos.

El baile quedó interrumpido, y doña Tomasa dispuso aprovechar la velada jugando á prendas.

—Siempre respiran por las prendas estas pícaras viejas, murmuró Quevedo.—Y como ya era tarde, aunque no le desagradaba la idea del juego, por los lances favorables al amor que esta diversion ofrece, acordóse de la prenda suya que doña Tomasa tenia, y esto le resfrió algun tanto el buen humor: se acordó tambien de la palabra que habia dado á doña Maria de Velasco, y disculpándose con los novios y demás alegres camaradas, se despidió, prometiendo volver, si le daban tiempo ciertos quehaceres indispensables.

Con la cabeza acalorada todavía por los escesos de aquella tarde, nuestro héroe se encaminó á Palacio, subió al departamento de las meninas y estrañó encontrar encendido solo un farol, y este tan mortecino, que apenas permitía distinguir los objetos. Pensó que debia de ser muy tarde, y temiendo alarmar á doña Remigia, se acercó de puntillas al aposento de doña María. Pero en aquel momento

vió entreabrirse la puerta del de la dueña, y retrocedió prontamente, ocultándose con la hoja de una de las ventanas del patio, que por causa del calor estaba casualmente abierta. Entonces reparó en dos bultos que se acercaban con mucha cautela, y percibió el chicheo de dos personas que hablaban con sigilo: no tardó en reconocerlas: era la una doña Remigia, y la otra don Rodrigo. La dueña dejó al valido á la puerta de la estancia de doña María y se retiró: don Rodrigo empujó la puerta, que solo estaba entornada y entró sin hacer ruido. Quevedo se lanzó, sin reflexionar, detrás de él, y desenvainando la espada se la puso debajo del brazo, con la guarda á la altura del pecho.

Momentos despues sonó un grito de sorpresa, que fué inmediatamente ahogado: el poeta se asomó á la puerta de la antesala, y vió á don Rodrigo vuelto de espaldas, con su nervuda mano puesta en la boca de Jacinta, que le miraba con ojos de terror: llamóla la atencion, y le hizo una seña para que callase, permaneciendo en disposicion de ocultarse al menor movimiento del valido.

—No grites, ni alborotes, dijo este á la doncella en voz baja: tengo para tí un bolsillo de oro, si haces mi gusto.

Quevedo la insinuó por señas que dijese que sí.

—Caballero, contestó Jacinta temblando: decid lo que me mandais.

—Lo que te mando es que calles y me escondas en el retrete de tu señora.

—Jesus! Eso no puede ser: os veria ella.

—Pues dónde está?

—En esa cámara, que es preciso atravesar para ir á su retrete.

—¿Dónde está tu dormitorio?

—Allí, respondió Jacinta, señalando á una puerta vidriera que habia en la misma antesala.

—Pues bien, ocúltame allí.

Jacinta permaneció indecisa, no atreviéndose á obedecer. Quevedo la repitió su seña, y mientras ella se encaminaba con don Rodrigo al dormitorio, dió un paso dentro de la estancia, y estendien-

do el brazo, apagó con la espada una luz que habia sobre una mesa.

—Qué ha sido eso? Quién mató esa luz? exclamó el valido.

—Ay! No sé: habrá sido el viento, dijo la doncella: entrad, entrad aquí.

—Con quién hablas, Jacinta? preguntó desde dentro doña María.

Quevedo se apresuró á cruzar la antesala y abrió la puerta interior, á tiempo que la jóven salia llamando á su doncella.

—Qué es esto? Ah! Vos?...

—Silencio, repuso el poeta, pasando á dentro. Llamad á Jacinta.

—Jacinta!... Jacinta! repitió doña María. Dónde estás? Porqué has apagado la luz?

—Voy, señora, voy corriendo, respondió la doncella.

—Soy yo quien ha apagado la luz, dijo Quevedo siempre en voz baja.

—Para qué? preguntó doña María.

—Para que no se viese mi sombra al pasar.

—Pues quién hay? Hablad.

—Ya lo sabreis: ahora vamos á otro punto mas interesante. Vais á salir de Palacio inmediatamente.

—Ahora? De noche?

—Sí.

—Cuando parte el capitan.

—Partirá cuando querais: en seguida.

—Pero, ¿qué ocurre?

—Nada, nada, chiton! Callar y obrar.

Jacinta entró en la sala, sumamente pálida y con el candelero apagado en la mano.

—Ven acá, la dijo Quevedo: á empaquetar á prisa las joyas de tu señora.

—Ya están, respondió doña María.

—Pues venga lo que penseis llevaros, y guardaos las llaves de lo demás. El manto, y fuera.

—Qué prisa?...

—Yo me entiendo.

La jóven dama se apresuró á obedecer: dió á Quevedo dos cajas, una de joyas y otra de vestidos y se tapó, diciendo:

—Vamos.

—Salid delante, dijo el poeta á las dos.

Y quedándose solo, apagó la otra luz, y salió detrás de ellas. Luego que estuvo en la galería, cerró la puerta esterior, y entregó la llave á Jacinta, diciéndole:

—Quédate aquí un buen rato, y cuando te parezca oportuno, vé y da esta llave á doña Remigia, encargándole que cuide de los cofres de tu señora, que quedan dentro; pues ella se ha marchado de órden de S. M. Despues ven á casa de tu señor el condestable.

Y sin mas aguardar, se alejó con doña María.

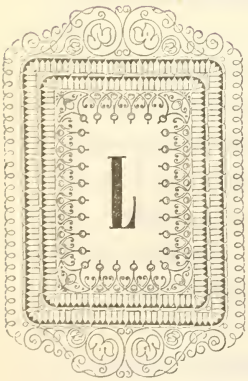
Despues de una hora, Jacinta llamó al cuarto de doña Remigia. La guardadamas salió sobresaltada; pero quedó yerta, cuando la doncella le presentó la llave y la dió el recado.

—Santa Brígida bendita! exclamó, retirándose hácia dentro de su aposento. Si de esta escapo con bien, no mas!... No mas!...

CAPITULO XI.

DE COMO COGIÓ A QUEVEDO LA CONJURACION DE DON RODRIGO.

« De hacer por los suyos,
hasta el diablo pienso
que está ya cansado,
perezoso y renco.
Solian condenarse
los del otro tiempo
con grande descanso
por andar él suelto.
Y agora los malos
andan ellos mesmos,
por falta de diablos
yéndose al infierno.
. . . . . .
Yo que he conocido
de este siglo el juego,
para mí me vivo,
para mí me bebo. »
QUEV.—*La vida poltrona.*



LENA de zozobra y pavor, la guardadamas, tan luego como se retiró Jacinta, salió de puntillas de su aposento, y se dirigió al de doña María de Velasco : abrió temblando la puerta, y viendo la oscuridad que en aquel reinaba, no se atrevió á dar un paso.

Don Rodrigo, que habia salido de su escondite desde que sintió cerrar la puerta esterior, y andaba desatentado de una en otra pieza, vino al encuentro de la dueña, y asiéndola por las tocas, le dijo :

—Qué significa esto, bruja de Satanás? Me habeis burlado, y no temeis comparecer ante mi vista?

Doña Remigia temblaba como la hoja en el árbol, y tenia embargada la voz.

—Responded, prosiguió diciendo el soberbio valido. ¿Qué significa esto?

—Callad!... Callad, por Dios, no sea que os oigan! balbuceó la dueña. Yo no sé lo que esto significa... Venid á mi cuarto, y no hagais ruido.

El valido se dejó conducir, y oyó las esplicaciones que pudo darle doña Remigia.

—Yo, señor, dijo esta, no sé mas, sino que en este momento me han entregado la llave del aposento de doña Maria, diciéndome que esta se ha marchado de órden de la reina, y que cuide yo de lo que dentro queda. No me hagais cargos por una cosa que no entiendo, despues que, por serviros, sabe Dios si habré comprometido mi honra y mi posicion.

—Que ha marchado de órden de la reina, decís? A dónde? Con qué objeto? Esplicaos pronto.

—Señor, no me pregunteis lo que ignoro: no se han dignado hacerme partícipe de esa determinacion, lo cual me induce á temer que he incurrido en la desconfianza de S. M.

Don Rodrigo reflexionó un momento, y apretando los dientes, repuso:

—No hubiera S. M. desconfiado de vos, si no hubiéseis cometido alguna torpeza. Pedid á Dios que así no sea.

Y salió de la estancia sin aguardar respuesta.

Eran ya mas de las once de la noche: las puertas de Palacio estaban cerradas, y la ronda recorria lo interior del edificio: don Rodrigo se encontró por segunda vez cogido, como lobo en trampa, y para salir de apuros tenia que darse á reconocer. Pero esto no le convenia, estando en un parage, donde habia de parecer sospechosa su conducta, ó por lo menos dar ocasion á interpretaciones y comentarios. Para evitar el encuentro de la ronda, retrocedió en busca de una escalera diferente de aquella por donde la misma venia; pero la halló cerrada por la prevision de doña Remigia. En aquel trance no pudo hacer mas que dirigirse á un estremo lateral de la galería, con la esperanza de encontrar algun rincon donde ocultarse, y de que la

ronda siguiese su camino sin penetrar en aquel recodo.

Pero, al tiempo de entrar en él, fué visto por el capitan de ronda, quien apresurando el paso, llegó al ángulo de la galería en el momento de refujiarse don Rodrigo junto á una puerta, que encontró entornada, y por la cual entró.

El capitan pertenecia á la guardia española, y por una particular coincidencia el cuarto donde acababa de entrar el valido era la habitacion de una hermana suya; por lo cual mandó detenerse á los alabarderos que le acompañaban, y avanzó él solo con el farol en una mano y la espada desnuda en la otra.

Esperaba don Rodrigo que la ronda se limitaria á recorrer la galería, respetando el sagrado de los aposentos; pero con gran sorpresa y sobresalto vió que abrian violentamente la puerta que él habia vuelto á encajar, y se encontró frente á frente con el capitan, quien poniéndole el farol á la altura del rostro, exclamó:

—Aquí vos!

—Aquí yo, contestó el valido con la altanería propia de su carácter.

—Y sabeis quien soy yo, y dónde os hallais? preguntó el capitan.

—Estoy en el cuarto de una dama, señor don Juan de Vargas, repuso don Rodrigo. ¿Qué tiene esto de particular?

—Tiene mucho, señor don Rodrigo.

—Pues entonces, callad y procuradme la salida.

—Sí haré, replicó el capitan; si haré, porque mi honor lo exige; pero habreis de darme cumplida satisfaccion del ultrage que haceis á mi familia.

—Yo? contestó el valido, que ignoraba cuyo era el cuarto donde habia entrado.

—Vos; y agradeced el sagrado del lugar donde nos hallamos; pues á estar en otra parte, ya mi espada os hubiera buscado el corazon.

—Estais loco! Es cosa nueva que un caballero ame á una dama, y que por ella se aventure á un lance como este?

—Sí, es cosa nueva que un hombre pise el umbral de la habitacion donde mora doña Inés de Vargas, y se introduzca en ella de noche y á escondidas, como lo haria un ladron. Vos me robais la hon-

ra de mi hermana, y yo exijo que me la restituyais con la vida.

Otro hombre diferente de don Rodrigo habria dado esplicaciones para tranquilizar á don Juan ; pero el orgulloso valido montó en cólera y repuso:

—Estoy pronto á daros la satisfaccion que me pedís, y á lavar con vuestra sangre la ofensa que me haceis.

Y se dispuso á salir.

—Esperad, dijo don Juan: no hagais mas pública mi afrenta: cuando yo me haya alejado, podreis marchar.

Y volviendo solo á donde aguardaban los demás individuos de la ronda, les mandó seguir.

Apenas quedó la galería desierta, don Rodrigo vió aparecer á doña Inés de Vargas, turbada y afligida: era una jóven hermosa y de las principales de la corte; sus riquezas y buena posicion la hacian apetecible como escelente partido para el matrimonio.

—Caballero, le dijo la dama: he oido lo que acabais de hablar con mi hermano: la satisfaccion que os pide no podeis dársela del modo que la habeis prometido. Estais en el caso de justificar vuestra conducta, salvando la mia, que nada puede tacharla. Si no lo haceis, me quejaré á la Reina, y probaré que os habeis introducido en mi estancia sin mi conocimiento.

—Tranquilizaos, hermosa doña Inés, respondió don Rodrigo: yo he cometido la falta de entrar aquí, por evitar que me viesen: vuestro hermano me ha insultado, y esto reclama una reparacion. Pero estoy pronto á justificaros dando todas las esplicaciones que se me pidan con buenos modos. Si don Juan se aviene á retirar sus palabras, yo retiraré la mia.

—Ved, caballero, repuso doña Inés, que yo soy la ofendida, y que á vos toca humillaros, si no ante mi hermano, ante una dama á quien habeis afligido imprudentemente.

—Impensadamente, querreis decir. Sí; yo siento en el alma lo que ha pasado, y tengo á dicha el humillarme ante vos; pero será mayor mi ventura, si logro devolver la serenidad á esos bellos ojos, y la sonrisa á esos labios.

—No es ocasion esta de corteses galanterías, dijo por último doña Inés. Os estimo la buena voluntad que me mostrais; pero no esta-

ré satisfecha hasta verla confirmada con las obras. Guárdeos Dios!

La dama hizo una cortesía y se retiró: don Rodrigo permaneció en el umbral hasta verla desaparecer, y salió murmurando:

— Es graciosa: ¿cómo no he reparado antes en ella? Pero la otra..... se me escapa. Si la reina se habrá enterado de mis pretensiones?... Esa alemanita me quiere mal, y no sabe que es peligroso irritar al tigre...

Pensando así, bajó al piso principal, donde no se veia ya nadie mas que los centinelas, que se paseaban por los corredores: la ronda volvió, y estando terminada, llamó don Juan al valido y le dijo:

— Mañana estaré libre de servicio: pensad donde podremos vernos para arreglar nuestros asuntos.

— De aquí á mañana podreis haber mudado de parecer, le contestó don Rodrigo. Veos antes con vuestra hermana, y tened advertido que ningun interés personal me ha conducido á su aposento: no era ella la persona á quien yo buscaba.

— No? Pues á quién?

— Escusado es preguntármelo, porque yo no lo he de decir. Básteos saber que no era á ella.

Don Juan de Vargas pareció quedar poco satisfecho con esta esplicacion.

— De un modo ó de otro, dijo, mañana nos veremos. Yo admito vuestras escusas, con tanto mas placer, cuanto que preferiré ser vuestro amigo á ser vuestro enemigo.

Hablando así, los dos se encaminaron á la puerta esterior; don Juan la abrió y don Rodrigo se dirigió á su casa. En el momento de llegar á Puerta Cerrada, vió subir por la calle de Segovia un bulto, que rengueaba de un modo particular: detúvose por curiosidad, y no tardó en reconocer á Quevedo, que segun la costumbre de aquel tiempo, traía una rodela en el brazo izquierdo para proveer á su defensa en caso necesario. Estrañó el valido encontrarle en tal sitio y á tal hora, y movido de curiosidad le dijo:

— De dónde bueno el señor don Francisco de Quevedo?

El poeta reconoció al valido por la voz, y repuso:

— A dónde malo el señor don Rodrigo Calderon?

Ira de Dios, y que caliente tienes el resuello.

—Pardiez! respondió este: sois atrevido. Venís de hacer el amor á las náyades del Manzanares?

—Las náyades habitan en el agua, y el Manzanares por este tiempo es Rioseco. Vengo de despedir á un amigo, que creo lo ha de ser vuestro.

—Cómo se llama?

—Juan Rodriguez.

—No sabia yo, que os uniese con él tanta intimidad.

—Os pesa de ello?

—No tal.—¿Quereis descansar, Quevedo?

—Gracias, señor don Rodrigo!

El valido entró en su casa, que estaba allí cerca, y Quevedo siguió su camino.

—Pronto ha dado libertad al cautivo la señora doña Remigia de Quincoces, iba diciendo para sí... Oh! Si él supiera quien es el que le ha birlado la dama!...

Las calles de Madrid estaban desiertas y oscuras: en otra ocasion, nuestro poeta hubiera tenido la precaucion comun entonces, de llevar una linterna; pero no habiendo tenido tiempo de pensar en esto, caminaba á tientas y guiado solo por el conocimiento práctico del suelo que pisaba.

De pronto, y mientras iba mas descuidado, al llegar á la encrucijada que forman las calles de Carretas y de Athocha, con la plaza del Angel, oyó un leve rumor, que casi no le permitió ponerse en guardia, y acto contínuo se sintió acometido por un bulto estraño y de formas indefinibles, que saltando con furia contra él, se le quedó como clavado en la rodela: inmediatamente sacó la espada, haciendo hincapié para no caer de espaldas, tal era la violencia del empuje, y percibiendo en el rostro un fuerte resoplido, exclamó sin conocer la clase de peligro en que se hallaba:

—Ira de Dios! Y qué caliente tienes el resuello! De qué taberna sales?

En aquel momento se oyó rumor de voces, y aparecieron en la plaza algunos hombres con antorchas, luces, y rejones. Entre tanto, Quevedo advirtiendo que seguian los estraños bufidos, y que á pesar de sus esfuerzos no podia desprender su rodela, tiró una esto-

cada al bulto y entonces comprendió con quien se las habia, oyendo distintamente el bramido de una hiena.

—Guarda! exclamó poniéndose mas sobre sí y soltando la rodela: quién demonios ha enviado sobre mí á este animal?

Pero sin perder la serenidad, tan necesaria en aquel apurado trance, cargó con ímpetu contra la fiera, y tuvo el buen tino de pasarle el corazon de una estocada.

En esto llegaron los hombres que venian persiguiendo á la hiena, y encontrándola tendida en el suelo y á Quevedo solo con ella, se miraron unos á otros llenos de admiracion y sorpresa. Los mas audaces no osaban acercarse al animal, dudando aun que estuviese muerto; pero el poeta les convenció diciendo:

—Qué dama se entretiene en criar esos falderillos para que yo me divierta? Podeis llevárselo, cantándole el *gori, gori.*

—Habéisla muerto? preguntó uno de ellos.

—Pardiez! Buena es la pregunta. No se rebulle, amigo.

—Tendreis que dar satisfaccion á nuestro señor, de lo que habeis hecho, dijo otro.

—Decid, pues, á vuestro señor, sea quien sea, respondió Quevedo, que esos animales se tienen bien guardados, ó no se tienen: y si acaso no le satisface esta razon, que no lo creo; pues no será tan necio como vos, podeis decirle que don Francisco de Quevedo, conserva todavia la espada con qué ha dado muerte á su fiera.

—Sois un osado! gritó el mozo.

—Ya lo sé; y bueno es que lo sepais vos tambien.

Diciendo así, nuestro héroe se dirigió al insolente con la espada, que aun tenia desnuda y ensangrentada en la mano, dispuesto á medirle las espaldas con ella. Pero se interpuso uno, que parecia ejercer autoridad ó influencia sobre los otros, y desarmó la cólera de Quevedo, diciéndole:

—No haga caso vuesa merced de este mal hablado; pues como tiene la facultad de decir cuanto se le antoje delante de su escelencia, ya se figura que puede alzar el gallo á todo el mundo.

—De prudente os pasais, seor Ramirez, dijo á esta sazon el de la disputa; y habeis de saber que si yo alzo el gallo es porque puedo, y porque debo hacerlo; pues no consentiré que en mis barbas

se insulte á su escelencia, mi señor, como este hidalgo lo ha hecho. Y vive Dios! que si vos teneis miedo, á mí me sobran brios, y haré ver á quien lo dude que Silva Coutiño no es cualquiera.

Quevedo paró la atencion en su adversario, que hasta entonces habia mirado con indiferencia, y reconoció en él al portugués con quien habia comido aquella tarde en casa de Belisa.

—Tate! dijo para sí. Ahora veo por donde va el agua al molino. —Y respondió: —El señor Silva Coutiño me ha visto en alguna parte, y sabe que no ignoro que no es cualquiera. Por lo demás, lo hecho, hecho está, y yo aquí para sostener lo que digo.

—Basta, basta, repitió Ramirez interviniendo de nuevo: estamos convencidos de que vuesa merced ha hecho lo que debia defendiéndose de esa fiera, y no es justo que os hagamos cargos por ello. Muy al contrario, tengo que disculpar nuestro descuido, y os ruego me dispenseis un favor.

—Decid: á los hombres corteses los sirvo yo de cabeza.

—Que tengais á bien ir mañana temprano á casa de su escelencia, el embajador de Venecia, para confirmar con vuestro relato el nuestro de lo que aquí ha pasado.

—Vamos ahora mismo, si os place.

—Me hareis mucha merced.

Dicho esto, Ramirez mandó á dos de sus compañeros cargar con la hiena muerta, y todos se encaminaron á casa del embajador, de donde aquella se habia escapado.

El veneciano era un noble mas atento y comedido que su criado el portugués Coutiño: aunque le tenia impaciente y furioso la evasion de su hiena, por ser esta regalo del Gran turco; y aunque recibió mucho pesar con la noticia de su muerte, sin embargo, hizo justicia al valor de Quevedo; y oyendo á este referir la aventura en su lengua nativa, le tendió la mano con fina cortesía y le ofreció su amistad: habló con él largo rato, complaciéndose en verle tan instruido y conocedor de la literatura italiana, fuente donde bebian entonces todos los ingenios de Europa; y antes de despedirle, hízole presente de un ejemplar de los Cien cuentos de Bocaccio, ricamente encuadernado.

Quedó nuestro poeta muy complacido con este regalo, y dió por

bien empleado el susto que le valia tan buena retribucion; con lo que, cansado del tráfago de aquel dia, se retiró á su posada y durmió como un santo varon.

A la mañana siguiente, se levantó temprano con deseos de saber lo que se diria en Palacio de la rápida marcha de doña Maria de Velasco: al ir á vestirse observó que tenia dos vestidos en qué escoger: el que él llamaba nuevo, y otro que realmente lo era.

—Pablico! gritó á su criado. Ven acá, perillan.

El criado se presentó con una sonrisa truanesca, muy significativa.

—Dime, angelito, ¿quién te ha mandado llorar lástimas á mi tutor?

—Por qué lo decís, señor?

—Lo digo por ese trage nuevo, que ayer no teníamos.

—Ah! Eso no tiene que ver nada con vuestro tutor. Lo ha traido esta mañanita temprano un lacayo muy galan.

—Un lacayo? De quién?

—De la señora duquesa de Lerma.

—Acabáras: ahora me acuerdo de eso, replicó el poeta dándose por entendido de lo que no sabia. Trae acá esos vestidos; veremos si me están bien, ó si habrá que devolverlos.

Y habiéndose puesto el trage, dió dos paseos por la estancia, diciendo á Pablico:

—Qué te parece? Me sienta bien? No me está ancha la ropilla por la espalda?

—Os cae perfectamente, como si la hubieran hecho para vos.

—Pues para quién la han de haber hecho, avestruz? repuso Quevedo. Dame el ferreruelo, y quítale á ese sombrero las plumas: no me gustan los arrumacos. Eso es bueno para los machihembras de la corte.

—Oh! dijo Pablico: yo me daria por muy contento de poder gastar plumas tan galanas.

—Te las regalo: ponme á mí una cinta lisa, que en algo se han de distinguir los hombres de los gansos; y traéme al punto de almorzar, que tengo prisa.

El criado hizo lo que su amo le mandaba, y este, durante el desa-

yuno, se entretuvo, mas que en comer, en hojear los cuentos de Bocaccio. La risa que hizo brotar en sus labios la lectura de algunas páginas, le trajo á la memoria el *Ingenioso Hidalgo* de Cervantes y la pretension que tenia pendiente su autor con el duque de Béjar.

— Cómo he podido olvidarme de mi pobre manco? murmuró. He de ver si hoy mismo encuentro quien le patrocine, pues bien lo merece.

Con este propósito salió y se fué á Palacio, donde pronto conoció que era mal dia aquel para buscar Mecenas: toda la corte andaba revuelta: salian unos empleados y entraban otros nuevos: los altos personages que no se creian seguros en el favor, se afanaban por parecer adictos al privado, á su familia y á su favorito, y no tenian otra cosa en que pensar. Los agregados á la Real casa estaban asombrados y recelosos: los que permanecian en sus puestos se admiraban de su fortuna.

Quevedo entró en un corro de ellos, en que se hallaba su conocido Contreras, y enterado de lo que pasaba esclamó:

—Muy bien hecho!

—Ciertamente, respondieron á una todos los otros.

—S. M. lo hace todo muy bien, dijo Contreras.

—Y si os manda desterrado? preguntó Quevedo.

—Ah! Yo no doy motivo.

—Ayer desterraron á una dama, dijo un cortesano.

— Y eso, ha sido bien hecho? repuso Quevedo.

—Seguramente, respondió Contreras.

—No lo afirmeis.

—Lo negais vos?

—Yo no afirmo, ni niego: digo que ha sido hecho, y no me meto en mas.

Un ugier se acercó, y entregó un pliego al poeta: en el mismo punto pasaba por allí el duque de Medinaceli, quien le dijo:

—Sea enhorabuena, Quevedo.

—De enhorabuena estoy? respondió este sin abrir el pliego. ¿Me han hecho despensero mayor de S. M.?

—No es por eso, replicó el duque; sino por lo de anoche.

Y se alejó.

Pasaron en seguida otros varios nobles, y tambien felicitaron al poeta, sin darle tiempo para enterarse de lo que el pliego contenia.

—Qué es ello, señores? preguntaba á todos nuestro héroe: ¿Me han nombrado gentil hombre de la bodega?

—Os felicitamos por lo de anoche, le respondieron ellos.

—Señores, dijo Quevedo volviéndose á los otros. Tendreis á bien decirme qué fué lo de anoche?

—Os doy el parabien, Quevedo, le dijo el conde de Lemos.

—Yo lo recibo con mil amores, señor escelentísimo, respondió el poeta. ¿Será tambien por lo de anoche? No es así?

—Cabal: todo el mundo admira vuestro valor en el combate con la hiena, y celebra vuestra fortuna en salir ileso, dándole muerte.

—Gracias á Dios! Por fin salí de dudas.—Afortunado fuí, mas que valiente, señor escelentísimo; pues á saber desde el principio contra quien peleaba, os confieso que habria tenido mas cuidado.

El conde se despidió, haciendo un saludo aristocrático, y siguió su marcha hablando con otros altos personajes.

Quevedo se retiró del bullicio cortesano, para leer á solas y sin testigos el pliego que acababan de entregarle: abriólo y encontró dentro dos papeles: el uno era un diploma, nombrándole agregado oficial y honorario á la servidumbre Real, y el otro un billete de la duquesa, que decia:

«Quevedo: cumplisteis bien mi encargo. S. M. os estima este «servicio.—Junto hallareis un nombramiento, que asegura vues-«tro porvenir. Estad dispuesto para seguir la corte: la marcha «será mañana; pero tened esto reservado, pues asi lo desea quien «os quiere bien.—*La duquesa.*»

—Esto significa que yo he prestado un servicio á S. M.? murmuró el poeta. No hay como andar en la corte, para hacer cosas buenas y malas sin sospecharlo. Sirve uno de maniquí á las miras secretas de los poderosos, y á lo mejor le dan las gracias ó le envian á pasear.—En recompensa de lo que he hecho me sacan de Madrid, ahora que mis negocios con Belisa me van tan bien.—¿No seria mucho mejor que me dejasen tranquilo?

Pensando en esto, salió de Palacio nada satisfecho, y se fué á casa de Isabel, con ánimo de aprovechar el poco tiempo que le daban.

Entre tanto, celebraban junta secreta el duque de Lerma, don Rodrigo y el confesor del rey. Por indicacion de don Felipe habia sido llamado tambien á esta conferencia el consejero Rodrigo Vazquez, y los cuatro personages se hallaban reunidos á puerta cerrada en el despacho del duque.

—Señores, decia Vazquez señalando á un papel que habia sobre la mesa: lo que don Pedro Giron solicita en ese memorial no se le puede negar: quiere que se le haga justicia, y para ello pide que se le forme proceso, dándole todas las garantías que son de derecho para la justificacion de su conducta: nada me parece mas justo, y obrar de otro modo con él, seria cometer una arbitrariedad.

—Muy confiado está don Pedro en esa justificacion, respondió don Rodrigo; y debiera saber que S. M. no ha consentido en la formacion de causa, por un rasgo de su soberana bondad y munificencia. Pero ya que tanto se empeña en ello, me inclino al parecer del señor Rodrigo Vazquez: mándese á Belorado un alcalde de corte de entera confianza, que se encargue de la persona del reo, y le conduzca á una prision mas segura y cercana á la córte; porque no dudo que, siguiendo en este asunto los trámites legales, podrá llegarse á una resolucion gravísima.

—No considero absolutamente necesaria la traslacion de don Pedro á otra parte, repuso Vazquez; pues de hacerlo así, se infiere ofensa al condestable, cuya fidelidad no se puede poner en duda.

—Tengo razones reservadas para creer indispensable esta medida, replicó el jóven favorito: hay, señores, una persona, la mas allegada á S. M., que opone obstáculos al cumplimiento de los soberanos decretos. ¿Qué será cuando este asunto se halle cometido á las atribuciones de un juez particular? Entonces declinará la responsabilidad del condestable, y será fácil que este oiga la voz secreta de la amistad, que le une con don Pedro.

—La desconfianza, en los asuntos de Estado ha de tener ciertos límites, dijo Vazquez: no creo yo que nadie se atreva á contrariar el libre ejercicio de la justicia, si á esta se la dan todos los medios y facultades que le competen, y si se emplean magistrados probos y de acreditada imparcialidad.

—Eso no basta, repuso don Rodrigo. En el caso presente ha de

tenerse en cuenta que el condestable no goza de la entera confianza de S. M.; y prueba de ello es lo que acaba de resolver respecto á su hija. Por consiguiente, sostengo mi parecer.

—Yo, por mi parte, me adhiero al mismo, dijo el duque.

—Y yo tambien, añadió el confesor.

—Entonces no hay mas que hablar en eso, dijo Vazquez. Ahora lo que importa mucho, señores; lo que debe mirarse con especial cuidado es la designacion de la persona que haya de juzgar á don Pedro: lo digo; porque, lealmente hablando, y con la ingenuidad que debo, no son todos, por desgracia, bastante imparciales; y no ha mucho se ha hecho un nombramiento para un asunto delicadísimo, que no satisface las justas exigencias de los hombres íntegros.

—Por quién lo decís? preguntó el duque: hablad claro.

—Lo digo por Silva de Torres.

—Silva de Torres merece mi confianza, dijo don Rodrigo; y quien duda de él, duda de mí.

—Señor Vazquez, añadió el duque: no teneis razon para rechazar á ese magistrado, á quien yo aprecio.

—Mis años y mi esperiencia, repuso Vazquez, me autorizan para decir la verdad sin ambages, señor duque: Silva de Torres no es un magistrado encanecido en la carrera y probado en el crisol de los árduos negocios: Silva de Torres no ha sido hasta hoy mas que un abogado trapacero...

—Señor!... Señor!... exclamó don Rodrigo.

—Permitidme hablar, mozo, repuso Vazquez. El encargo que se ha dado á ese hombre requiere antecedentes mejores que los suyos: ved que se ha puesto en sus manos la honra y la vida de personas muy respetables, y el decoro mismo de S. M.

—Personas respetables habrán sido esas á quien os referís, replicó el jóven valido: ahora parece que son un traidor y un hechicero.

—Aventurais demasiado.

—Tengo pruebas, debidas al celo intachable de Silva de Torres.

—Señor Vazquez, dijo el duque: no podia yo esperar de vos una oposicion tan parcial á nuestras disposiciones, encaminadas,—debeis creerlo,—al mejor servicio del rey, nuestro señor. Esto me

sorprende sobremanera, y como no desconozco vuestra lealtad acrisolada, me encuentro en el caso de proponer á S. M. que escoja entre vos y yo el que merezca mas su soberana confianza.

—Señor duque, respondió Vazquez: he creido que debia deciros mi opinion con entereza. No ha sido mi ánimo provocar una lucha de preferencia entre vos y yo: soy ya viejo, estoy cansado de los negocios; pero todavía, y mientras conserve un aliento de vida, me consideraré obligado á dedicarlo al servicio de S. M. y del bien público. Sin embargo, si tal fuere la voluntad soberana del Rey, estoy dispuesto á retirarme á descansar, que harto lo necesito.

A consecuencia de esta disputa, Vazquez fué separado del servicio activo, y se le señaló una dotacion decente y un pueblo de Galicia, donde pudiese pasar tranquilo el resto de sus dias.

La gran cuestion del momento era la traslacion de la corte á Valladolid, alejando así los peligros de que en Madrid se creia rodeado el duque de Lerma, para quien la oposicion misma de Vazquez era un indicio de que la emperatriz doña Maria no dejaba de trabajar para separarle del lado del Rey. Este se hallaba ya persuadido de que razones de alta conveniencia política exigian aquella traslacion; lo que con efecto quedó decretado aquel mismo dia.

Por otra parte, don Rodrigo procuró nombrar un juez dócil á su voluntad, para entender en el negocio del duque de Osuna, dándole instrucciones severas al efecto, y aconsejándole que lo hiciese encerrar incomunicado en el castillo de Burgos. Al mismo tiempo se espidieron las órdenes relevando al condestable de la guarda de su prisionero.

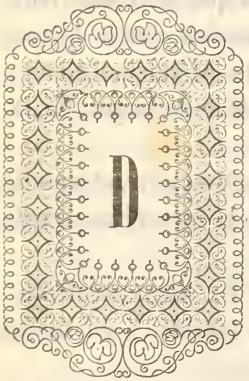
Quevedo supo todo esto por Avililla, y viendo en el trastorno de la servidumbre de Palacio y en la traslacion de la corte el interés de los validos, exclamó amargamente:

—A rio revuelto, ganancia de pescadores. Yo salgo perdiendo, y algunos creerán que gano: sin saber cómo, tambien á mí me ha cogido la conjuracion.

CAPITULO XII.

QUE TRATA DEL PUDOR INVENCIBLE DE UNA RECIEN CASADA Y DE LA DOCILIDAD DE UN MARIDO CERRIL.

Digo, pues, que yo te quiero,
y que quiero que me quieras,
sin dineros, ni dineras,
ni resabios de tendero.
De muy mala gana espero:
date prisa, que si no
luego me cansaré yo,
y perderás este lance.
Bien haya tan buen romance,
y el padre que lo engendró.
QUEV.—*Los tres estilos.*



DICHO queda en el capítulo anterior, que á nuestro héroe le supo muy mal la gracia de seguir la córte lejos de Madrid, en ocasion tan contraria á sus amorosos pensamientos: habíalos declarado á Isabel, y esta no se habia ofendido por ello: era, pues, oportuno, en su sentir, dar pronto el asalto á la fortaleza y obligarla á capitular.

En su visita de tornaboda, encontró á la jóven, como de costumbre, tan acompañada, que no era posible hablarla dos palabras sino en comun: todos sus apasionados, menos el hermano Cogolludo, formaban la rueda, de que ella era el piñon, y todos convergian sus miradas hácia aquel centro; pero sin acercarse ninguno mas que otro, por respe-

to á sí mismos. Para el genio vivo de Quevedo era muy poco divertida esta broma: conocia que aquella caterva de moscones, entre quienes él era uno, acudian al olor de una misma golosina; lo cual le impacientaba sobremanera, estimulando mas y mas su deseo de colocarse en primera línea.

Pero no habia medio de traspasar el círculo trazado por el interés uniforme de los pretendientes, y nuestro poeta no tenia espera, ni tiempo de qué disponer: detúvose un rato haciendo la entretenida, y madurando un plan para deshacerse de los importunos; y luego que lo tuvo concertado, se despidió y salió á ponerlo por obra.

El bodegonero Lampuga debia ser en esta, como en otras ocasiones, su ayudante. Mandóle llamar media docena de mozos de ingenio, de los que pululaban entonces en Madrid, siempre dispuestos á cualquier aventura en que hubiese poca ó mucha ganancia; y cuando los tuvo reunidos, les dijo:

—Muchachos: aquí vamos á celebrar hoy las exequias de un carnero, que nuestro amigo Lampuga tiene la bondad de guisar, para que derrameis sobre él algunas azumbres de lágrimas de Valdepeñas. Mientras ponen la mesa, es menester que abrais el apetito, dando un paseo.

Todos aprobaron la proposicion, saltando de puro gozo, y se ofrecieron á dar el paseo, ó treinta paseos, si fuere menester. Entonces Quevedo llamó uno aparte, y le dijo:

—Vas á ir á la calle de Cedaceros, (y le dió bien las señas de la casa de Belisa): preguntarás por el doctor Chaves, y le dirás, que el alcalde de Carabanchel se está muriendo y le manda llamar. Si quisiere que le acompañes, le dices que no hace falta, pues cualquiera le dará razon en el pueblo, y que tienes que despachar otros encargos en Madrid: le dejas ir, y te vuelves.

Salió aquel, muy contento de ganar la pitanza con una comision tan fácil, y Quevedo llamó á otro: le dió las mismas señas, y este recado:

—Preguntarás por el señor licenciado Paez, y le dirás con mucho misterio que tienes un tio solteron muy rico, venido de Indias, el cual ha dispuesto su testamento en favor de un hijo adulterino; pero que tú posees todos los documentos necesarios para probar

que te pertenece la herencia, y que necesitas su ayuda y le darás la tercera parte de ella, si te la gana. Con esto saldrá muy codicioso, te llevará á su casa alegando textos latinos y leyes góticas: déjale hablar cuanto quiera, y cuando te pida los documentos, harás como que vas por ellos, encargándole que no se mueva de casa hasta tu vuelta. Vienes aquí, y *laus Deo.*

El segundo perillan marchó mas contento que el primero á desempeñar su cometido. Nuestro poeta llamó á otro, y le dijo:

—Vé á tal parte, (y le dió las mismas señas): pregunta por el señor Carducci, el genovés, y dile muy azorado que se quema su casa. —Cuando esté en la calle, mudas de tono, y adviértele que la quema no es de fuego, sino de celos: que su mujer ha ido á quejarse al tribunal eclesiástico de que la tiene abandonada por seguir á otra; y que, si no quiere ver consumida su hacienda, es preciso que acuda sin pérdida de un momento á verse con el notario y arreglar el asunto. Hecho esto, puedes venirte á comer.

Salió el tercero, y Quevedo llamó al cuarto: indicóle á donde habia de ir, y añadió:

—Pregunta por el seor fidalgo Silva Coutiño, y sacándole fuera, hazle entender, que cierta dama principal, enamorada de él, te envia; que su marido está ausente, y que podrá verla si quiere: aguíjale el apetito, ponderando la mucha hermosura de la dama, y llévale á casa de la Meneses, á quien dirás que lo entretenga un par de horas.

El rufian vió en este encargo doble ganancia, y salió á desempeñarlo mas alegre que sus compañeros. El poeta llamó al quinto y le dijo:

—Has de ir á tal casa. Preguntarás por el signor Scuarzafiggo, á quien dirás que si quiere ganar ocho ducados y alguna gratificacion, no tiene mas que hacer sino tomar en seguida el camino de Alcalá, donde ha fallecido el rector de la universidad y necesitan músicos para tocar en su entierro: que tú eres criado de la casa y has recibido el encargo de buscar en Madrid los mas famosos maestros, por lo cual le has tenido presente, como tan hábil en su arte. No le dejes de la mano hasta convencerte de que le conviene ir, y vuélvete luego á comer.

Partió el quinto, y Quevedo llamó al sexto.

—¿Conoces al capitan Varea? le preguntó.

—Como á los dedos de mi mano, respondió el rufian.

—Sabrás su posada?

—La sé.

—Vé y convídale á comer; pero en tu nombre y el de tus compañeros, y no te vengas sin él.

Apenas desapareció el sexto mensajero, nuestro ingenioso poeta se acercó al bodegonero, y le dijo:

—En volviendo esa gente, dadle el carnero prometido y tratádmela como cuerpo de rey: el capitan Varea pagará todo el gasto á medida de vuestra conciencia, que no es poco.

—Y si el capitan no paga? preguntó Lampuga con una sonrisita de incrédulo.

—Entonces pagaré yo: pero haced todos los honores del festin al capitan; porque él es quien hace el gasto.

Dichas estas palabras, nuestro héroe salió del bodegon y volvió á casa de Isabel.

Segun habia previsto, no quedaba ya en aquella ninguno de los rondadores de la hermosa dama: pero al entrar, se encontró con Avililla, que volvia de sus ocupaciones, y que deteniéndole en el zaguan, comenzó á tener con él la mas estraña confidencia, que marido alguno pudiera hacer al siguiente dia de su matrimonio.

—Me alegro de encontraros tan á tiempo, mi querido señor don Francisco, le dijo.

—Yo me alegraria de verte en cartas de Oran, pensó Quevedo. —Pero respondió: —Celebro que así sea, mi querido señor Avililla. ¿En qué puedo serviros?

—Venid acá, y hablaremos en confianza, repuso el alguacil, llevándole hácia la puerta de la calle. Quisiera pediros consejo; porque me sucede una cosa la mas rara del mundo, y que no puedo esplicar sin empacho.

—Hablad con franqueza, contestó Quevedo. No hay nada que me asombre.

—Pues, señor; es el caso que yo estoy enamorado de mi mujer.

—Eso es natural.

—Ayer nos casamos: yo deseaba, como todos, el momento de quedar solo con ella.

—Tambien eso es natural.

—Cuando se marcharon los convidados, mi señora tia nos hizo rezar el rosario, y nos condujo, á Isabel y á mí, al aposento donde debíamos pasar la noche. ¿Qué direis que pasó allí?

—Fácil es de adivinar: os acostásteis, y... buenas noches.

—¡Ay!... No, señor: todo menos que eso.

Los ojos de Quevedo chispearon de malicia á través de los vidrios de las antiparras.

—Conque no? dijo.

—No, señor: mi mujer tiene un pudor invencible.

—Qué me contais?

—La pura verdad, señor don Francisco. No hallé medio de reducirla á la razon: dos horas pasé luchando con ella para convencerla de que una mujer debe acostarse con su marido; pero todo mi trabajo fué en vano; al fin se puso á llorar como una Magdalena, y tuve que dejarla hacer su gusto, que fué tomar un colchon y acostarse vestida á los piés de la cama.

—Virtud rara en estos tiempos! exclamó Quevedo, esforzándose para contener la risa, que le retozaba en el cuerpo. Amigo mio, pocos encontrarán un tesoro semejante.

—Así es la verdad, repuso Avililla. Pero es demasiada virtud; porque figuraos, que esta mañana, en cuanto nos levantamos, me dijo Isabel terminantemente, que yo no habia de tocarla nunca, y que si ella hubiera sabido lo que era el matrimonio, antes que casarse, habria tomado el velo en un convento.

—Eso es un capricho, que se la pasará.

—Yo así lo espero; mas, por de pronto, ha determinado que durmamos en aposentos separados. Ya veis que esto es grave, y no puede pasar así. ¿Qué me aconsejais?

—Pardiez! Si ella fuese mi mujer, yo sé lo que haria; pero en estas cosas no es cuerdo aconsejar: cada uno hace lo que puede, segun su temple.

—Yo he pensado, señor don Francisco, replicó Avililla con un tono de hombre cándido, que desdecia mucho á su carácter socar-

ron; he pensado, que si una persona instruida tuviese la bondad de persuadir á Isabel... Yo bien sé que el negocio es delicado, y que esto proviene de la educacion timorata y algo poética que ella ha recibido. Un teólogo y poeta, como vos, que se tomase el trabajo de hacerla comprender los deberes del matrimonio, sin duda conseguiria traerla á verdadero conocimiento.

Quevedo, con su mucha suspicacia, temió que el alguacil se hubiese propuesto tenderle un lazo para penetrar sus interioridades respecto á Isabel. Ó era este su objeto, ó Avililla, como ruin casado, trataba de negociar con la hermosura de su mujer.

—Amigo mio, le contestó el poeta: bien habeis dicho, que el asunto es delicado; tanto, que dudo me lo propongais con formalidad.

—Os lo digo con toda mi alma, replicó Avililla; y tened por seguro que me hareis en eso una merced muy señalada. Vamos, señor don Francisco: ¿qué trabajo os cuesta disputar un rato cada mañana ó cada noche? Aun os servirá de esparcimiento; porque Isabel tiene tambien ingenio, y arguye como un letrado.

—Si os empeñais, lo haré por vos, repuso Quevedo.

—Ea, pues, subid: yo me voy á dar una vuelta por la plaza Mayor. Allí os espero.

—Quevedo llamó á la casa, murmurando:

—¡Oh pacientísimo Avililla! Eres el marido mas dócil que conozco. Veremos si yo puedo ablandar la dureza de tu mujer.

Al entrar, encontró el campo espedito. Para que quedase aun mas libre, doña Tomasa y Dorotea pretestaron tener que hacer unas visitas, y se retiraron á vestirse, rogando al poeta la primera, que hiciese compañia á su querida Isabel. Apenas se vió él solo con ella, se fué al grano.

—Bien haya mi fortuna, dijo á la jóven, que me allana hoy todos los caminos, mi amada doña Isabel.

—Qué lenguaje es ese, caballero? respondió la jóven.

—El que yo uso: un lenguaje claro, que á nadie engaña. Digo que os quiero, aunque demasiado lo sabeis, y que bendigo la fortuna de poder decíroslo alguna vez, sin majaderos que me estorben.

Isabel bajó la cabeza y se cubrió los ojos con su pañuelo.

—Llorais, bella Isabel? prosiguió diciendo Quevedo: motivo de llanto debe ser para mí esta pasion que habeis encendido en mis venas, que me atormenta noche y dia; que me obliga á reir cuando el corazon se me despedaza; mas no para vos que sois insensible á ella.

—Me amais, respondió la jóven, alzando sus ojos llenos de lágrimas y fijándolos en el poeta: me amais, y me lo decís ahora!

—Os lo digo cuando puedo, cuando la ocasion me favorece; pero, ¿no os lo ha dicho mil veces mi asídua constancia en venir á veros? No lo han espresado mis suspiros, mis palabras ardientes, que no he podido contener, á pesar de los obstáculos que siempre se han opuesto á mi dicha?

—Callad, callad! No me desespereis mas, respondió Isabel.

—Que calle me mandais, ahora que amanece la aurora de mi felicidad? No, mi vida; no es posible que yo renuncie á un amor, que me hace venturoso. ¿Sabeis cuánto he penado por vos desde el punto que os ví? Mi pensamiento no se ha separado de vos un instante, y si ha callado mi lengua, mi pluma no ha cesado de alabaros. Ya es hora de romper el silencio, y de saber lo que puedo esperar del angel que adoro.

—Por qué no me dijísteis eso ocho dias antes?

—Me habíais repetido mas de una vez que íbais á casaros.

—Y vos debísteis haberme comprendido.

—Ya no tiene remedio, mi Belisa: condeno mi torpeza; condeno el santo respeto que vuestro amor me infundía. Pero, pues no me ocultais que os inspiro algun cariño, nada hay perdido: amémonos aprisa, y recobremos lo atrasado.

—Señor don Francisco, respondió la jóven con una dignidad candorosa, que engañó al mismo Quevedo. No sé fingir, y en vano trataria de disimular lo que pasa en mi alma: pero tampoco sé faltar á mis deberes: respetad mi estado.

—Me hareis perder la paciencia, repuso el poeta, saltando por encima de todas las consideraciones. Señora, os he dicho que estoy loco de amor: réstame deciros que me queda poco tiempo que estar á vuestro lado. Si me amais, ¿por qué me haceis padecer? Mañana será tarde quizás para remediar el daño, de que ahora mis-

mo estais arrepentida. Otros, sin embargo, serán mas afortunados.

—Otros? Quién? Qué quereis decir?

—Isabel, no os hagais tan inocente: lo ojos de un enamorado no ven, adivinan: los de una mujer son linces, y no solo adivinan, sino profetizan. ¿Me direis que el doctor Chaves os visita en salud sin un segundo fin?

—No digais eso, respondió la jóven. El doctor es un alma de Dios.

—Y el licenciado?

—Oh! El licenciado es agua limpia.

—Y el capitan?

—No sabeis que es deudo nuestro?

—Y el padre predicador?

—¡Ay, Jesus! Así fueran todos.

—Y el portugués?

—Dios mio! Ese viene á negociar con mi cuñado.

—Y el italiano?

—Viene á casa, porque es vecino.

—Y el genovés, señora?

—No penseis mal de él: es amigo de mi marido.

—Y vuestro marido?...

—Tambien teneis celos de él?

—¡Ay! repuso Quevedo: respecto á ese, diré como vos: así fueran todos!

—Paréceme que todos están iguales.

—Incluso yo: ¿no es cierto?

—Ah! Vos...

—Acabemos, Isabel: mañana tendremos que separarnos, sabe Dios por cuanto tiempo. Vuestro marido me ha dado el encargo de imponeros en los deberes matrimoniales: por consiguiente, es preciso que nos veamos despacio esta noche.

—Qué me proponeis? Dónde podremos vernos?

—En vuestro cuarto: ¿dónde mejor?

—Y mi marido?...

—No estorbará, puesto que ha de dormir en otra parte.

—Quién os ha dicho eso?

—Él mismo.

—El villano! exclamó Isabel entre dientes, afectando indignacion. Ese hombre no tiene honor, ni vergüenza. Con quién me he casado yo!...

—No os aflijais, mis ojos. Avililla es un buen sugeto, muy condescendiente, muy manso. Ya os acostumbrareis á él.

—Jamás! Jamás! repuso la jóven. Mi corazon no puede pertenecer á dos, y menos al hombre sin delicadeza, que revela mis secretos. Ah! Quevedo, qué desgraciada soy!

Diciendo esto, Isabel lloraba y tenia el rostro encendido como una rosa; porque entre los dones raros con que habia dotado á esta jóven la naturaleza, se contaban los de poder llorar y ponerse colorada cuando queria. Nuestro poeta la contempló en silencio, y creyó en aquellas lágrimas y en aquel rubor, confirmándose en la opinion favorable que tenia preconcebida respecto á su amada.

—No podré yo enjugar esas lágrimas? dijo.

Y la tomó una mano, que ella le abandonó, haciendo un ligero esfuerzo para retirarla. El poeta la llevó á sus labios. Entonces Isabel se levantó diciendo:

—Dejadme, y no volvais á verme, Quevedo: porque me matais.

—No, alma mia: mi amor os devolverá la felicidad.

En aquel momento llamaron á la puerta. Isabel se sobresaltó.

—Esta noche he de veros, dijo Quevedo. ¿Cómo ha de ser?

—Esta noche! repitió Isabel indecisa.

—Acabad.

—Venid á las doce. La puerta estará solo encajada: entrad por el pasadizo que hay á la izquierda del zaguan.

—Ah! Soy feliz! exclamó el poeta, volviendo á besar la mano de la jóven.

A este tiempo entraba en la casa, metiendo ruido, el padre Cogolludo.

Quevedo se despidió para que su emocion no le vendiese, antes que entrase el fraile en el estrado; le saludó al pasar, y fué á dar cuenta á su confidente Avililla de las esperanzas que habia concebido para convertir á su mujer.

Entonces fué cuando el alguacil le dió noticia de la barahunda que andaba en la corte, y luego se separaron prometiéndose mútua é invariable amistad.

CAPITULO XIII.

QUE TRATA DE COSAS SERIAS, CON LAS CUALES SE PUEDE REIR.

Lobon.—Atravesada tengo en las entrañas
esta dueña que miras.
. . . . . .
Muñoz.—Muera rabiando el ánima bellaca,
que vió una vieja y no tomó triaca.
QUEV.—*El marido pantasma.*

I era ó no verdad que la hermosa Isabel se habia enamorado de nuestro poeta, dígalo quien esté ducho en trampas de mujeres.

Durante la fiebre roja del amor, nadie vé claro en estas materias, y Quevedo no era una escepcion de la regla: muy al contrario, su impetuosa naturaleza le arrebataba, como al toro bravo el color de la sangre; y cuando mas sereno estaba, solia dejarse llevar de la corriente, confiándose sin reparo á los azares de la suerte.

¿Qué haria, estando ciego de aficion y cebado en la golosina de una muchacha, que le mostraba cariño? No dejó de sorprenderle y darle en qué pensar la facilidad con que se le rendia el *pudor invencible* de la misma, proporcionándole su marido la ocasion y el pretexto para enamorarla. En tales circunstancias habia motivo

para temer una emboscada; pero nuestro mozo no se detenia en los lances de amor, por muy patentes que viese los peligros: menos lo haria cuando al parecer encontraba allanado el mayor obstáculo. Nadie le moteje por esto de libertino, pues muchos en su lugar habrian hecho lo mismo; pero él con mas razon, puesto que decia:

«No temo en damas la muerte
tanto como en un doctor,
que las cosas del amor
como me vienen las tomo.
Yo me soy el rey Palomo:
yo me lo guiso y yo me lo como.»

A solas con su contento pasó Quevedo la tarde vagando por la villa; y haciéndosele el tiempo largo, se retiró á su casa, á fin de preparar lo necesario para su viaje.

Isabel, entre tanto, escuchaba un patético sermon del hermano Cogolludo, á quien tambien habia consultado Avililla, pidiéndole ayuda en su cuita matrimonial: la jóven le escuchó atentamente y le prometió ser dócil á sus paternales consejos, aunque dudaba que pudiese vencer la repugnancia que le causaba el acceder á los deseos impúdicos de un hombre profano. El padre se acaloró tanto en su fervorosa plática, que al fin de ella fué menester refrigerar sus fauces con un vaso de vino generoso.

La calidad de este licor despertó en su ánimo sentimientos de la misma especie.

—Oh! Cuán pródiga es de sus dones la Providencia! exclamó. Este precioso líquido fortalece el alma y el cuerpo: una persona caritativa me ha prometido un tonelito de moscatel, que vendrá acá, para que lo consumais en mi nombre; pues yo no debo poseer esas golosinas. Es mejor que vos lo tengais, para socorrerme con algunas gotitas en casos de necesidad como el presente.

—Os agradezco la memoria, padre, le respondió Isabel: pero bien sabeis que, sin eso, nuestro mayor placer será siempre asistiros, porque os queremos bien. ¡Ay! Si con la influencia que vuestra santa casa tiene en Palacio, y sobre todo en el ánimo piadoso de los señores duques de Lerma, pudiese recobrar mi familia el rango

que le corresponde, otro seria nuestro comportamiento con vuestra paternidad.

— Ya hablaremos al padre confesor y al señor duque, hija mia, y Dios proveerá. Solo temo que entreis en la corte; porque allí una hermosura como la vuestra corre graves peligros.

— No tengais cuidado por eso, padre: yo me dejaré guiar por vuestros consejos.

— Eso es lo que debeis hacer: ya veremos de daros una buena colocacion, en que no peligre vuestra virtud.

Entró á este tiempo doña Tomasa de vuelta de sus visitas. Despues de saludar afectuosamente al padre, exclamó bufando:

— No se puede sufrir esto: la vida en Madrid cuesta un ojo de la cara, y cuando los recursos no son grandes, todo es cálculos y tretas para salir de apuros. Ya se vé: no hay cosa peor que ser personas decentes y carecer de rentas: una ejecutoria sin bienes de fortuna es un potro para quien tiene vergüenza.

— Vamos á ver, qué os pasa? dijo el hermano Cogolludo. Por qué llorais ahora?

— Por qué ha de ser? repuso la vieja: figuraos, padre, que solo en coche se me han ido veinte ducados en ocho dias. El pobre Lupercio nos socorre con lo que puede: Avililla da lo que tiene; pero esto es poco, y habeis de saber que estamos debiendo al genovés sumas muy crecidas. El buen señor, eso sí, no nos pide nada; pero al cabo, es preciso pagarle, y si Dios no pone remedio en nuestras cosas, esto subirá á las nubes. Yo esperaba que nuestras gestiones en favor del duque de Osuna darian buenos resultados: esto nos habria sacado de apuros al menos temporalmente; pero es tanta nuestra desgracia, que todo nos ha salido al revés.

— Ya os aconsejé que no os metiéseis en ese negocio. Pero no hay que desmayar: Avililla está en buenas relaciones: Lupercio va adquiriendo clientela, y á la sombra de su cuñado podrá andar mucho camino: yo haré cuanto esté en mi mano á fin de que ese buen muchacho crezca en influencia; porque, hijas mias, lo que se necesita en este mundo es probar que valemos: hay tanto pretendiente desvalido, tanto negociante necesitado de apoyo, que el poder

ayudar al prógimo es la obra mas meritoria, y la que Dios mas retribuye dando ciento por uno.

—Ya lo sé, padre, replicó doña Tomasa: pero son tambien muchos los que se ocupan en amparar desvalidos: no parece sino que no cabemos todos en el mundo.

—Cachaza, cachaza, repuso el fraile. Dios proveerá!

Diciendo esto, se levantó: Isabel y Dorotea le besaron la mano, y él les echó su santa bendicion.

Luego que se quedaron solas la tia y las dos sobrinas, comenzaron á decir alabanzas del padre predicador, y á echar cuentas galanas sobre lo mucho que esperaban de su influjo.

—Lástima que nos faltase cuando lo del duque de Osuna! dijo Dorotea.

—No fué la culpa suya, sino de aquel botarate, que se metió de hoz y de coz en el parque de Palacio, perdiendo su causa y comprometiéndonos á nosotras, repuso Isabel.

—Todavía podremos ganar las albricias, hijas mias, dijo doña Tomasa; y cuanto mas apurado se encuentre el duque, tanto mas agradecerá el favor que le hagamos. Avililla me ha dicho que la reina y la duquesa de Lerma son propicias á ese caballero, y esto se debe seguramente á tus bellos ojos, Isabelita: Quevedo anda en el negocio; tu marido le vió la otra noche acompañando á doña Maria de Velasco. Esto quiere decir, que es necesario aprovechar todos los recursos que Dios nos envia, y disponer las cosas de modo que á su tiempo recojamos el fruto de nuestros afanes. ¿Qué te ha dicho el poeta?

—Es un loco de atar, respondió Isabel: me ha pedido cita para esta noche.

—Muy de prisa vive. Y qué le has contestado?

—Me ví apurada con la venida del padre predicador, y le he dicho que venga á las doce.

—Criatura, ¿estás en tu juicio? Mientras tu primo el capitan esté con nosotras, no puedes aventurarte á nada de eso.

—No temo yo á él, sino á mi marido.

—Vah! Todos fueran como ese: Avililla sabe vivir, y sigue en todo mis consejos. ¿Crees tú que él ignora?...

— Ya sé que no; pero...

— El otro, el otro es el temible, hija mia. Bien sabes que no ha consentido en que te cases sino á fuerza de fuerza. No tuviera él los milagros que tiene encima, y el mismo diablo no seria capaz de sujetarlo. Por esto me acoquina; pues, si llega á entender algo, es un demonio encarnado y atropellará por todo.

— Y qué haremos? El poeta vendrá.

— Y es menester que no se vaya descontento, dijo la tia. Malditos celosos! Nunca los he podido sufrir. — Pero, en fin, hija, todo tendrá remedio. El capitan ha ido de broma, y vendrá calamocano: le daremos unas copitas del rancio, y haremos que se vaya á la cama. Esto es. — Luego, yo haré que vuestra plática dure poquito; porque no conviene darles muchas alas á estos enamorados: una dedadita de miel, y fuera. De lo contrario, pronto se empalagan.

No contaba doña Tomasa con el vino variable del capitan Varea, ni con los casos fortuitos que podian sobrevenir. Con efecto, Quevedo habia amontonado aquella tarde contra sí muchos vientos, y no era improbable que de ellos resultase alguna tempestad. Los amigos de Isabelita, conocida la burla con que se les habia engañado, iban volviendo furiosos, aunque sin saber á quien atribuir la tramoya: el primero fué el genovés, quien deteniéndose avergonzado á la puerta de la casa, vió llegar al portugués muy encendido de mofletes y con los mostachos como viras. Ambos tenian por qué callar: miráronse el uno al otro y se saludaron de mala gana. El seor Silva Coutiño bufó como un javalí, volvió la espalda á su cofrade y comenzó á pasearse por el terrero. El señor Carducci se puso á silbar una tonadilla italiana. El portugués se vino hácia él con la mano en el cinto, despues de haber dado tres paseos, y bufando de nuevo, le dijo:

— Señor mercader: en esta casa se han burlado de mí. Vos debeis saberlo.

— Señor hidalgo, respondió el genovés: yo no sé nada de eso.

— No estábais vos ahí cuando han venido á llamarme?

— Ah! tambien á vos?... A mí me llamaron antes.

— Conque á los dos?...

— Sí, á los dos.

El portugués dió media vuelta, furioso de no poder desahogar su cólera. En seguida retrocedió diciendo:

—Esto merece un escarmiento ejemplar. No sospechais quien puede ser el fisgon?

—Yo no.

—Pues, yo sí.

—Quién?

—El fraile.

Carducci meneó la cabeza con aire de incredulidad.

—Pues si no ha sido el fraile, prosiguió diciendo el portugués, Quevedo anda en ello. Y pesia mí, que ha de costarle caro al que sea.

El genovés se encogió de hombros, como diciendo: —Allá te las compongas.

No tardó en aparecer en la calle el licenciado: tras de él llegó el doctor en su mula, y á poco el capitan Varea.

—Buenas tardes, señores, dijo este último. Parece que están de duelo usarcedes: ¿qué ha pasado aquí?

—Que nos han burlado á todos, repuso el doctor; y contó su aventura.

Los demás refirieron cada cual la suya, escepto el genovés y el seor Coutiño que disfrazaron sus historias para no descubrir sus pecados.

—Pues señores, dijo por último el capitan: á mí me han convidado á comer, y he comido: conque así, yo no soy de los engañados.

Y entró en la casa.

Los otros se miraron mutuamente, y el licenciado dijo al oido del doctor:

—Ahí teneis al autor de la burla.

—Le creeis capaz de ello? preguntó el doctor.

—Le creo capaz de todo: y ya veis qué poco caso ha hecho de nuestros lances.

—Si fuese posible saberlo de cierto, repuso el doctor, seria cosa de entrar y mover un escándalo: no se echa así á la calle á personas de nuestra calidad.

—Yo, señores, dijo el genovés, no quiero averiguar mas: sea el capitan, sea el hidalgo cojo, no quiero meterme en honduras: esto acabaria en camorra, y mi oficio no es el de las armas.

—El mio sí, repuso el portugués, y yo he de apurar la materia.

—Oh! exclamó el doctor. Si estas cosas pudieran arreglarse con una receta!...

—Merecia el perillan, que se le formára un proceso, añadió el licenciado.

—Lo que deberíamos hacer todos, en mi concepto, dijo el genovés sin intencion de cumplirlo, es no volver á pisar los umbrales de esta casa; dado que haya sido el capitan el que nos ha hecho entender que estorbamos.

—Ved ahí una cosa bien pensada, señores, repuso el licenciado: ¿sois del mismo parecer, señor de Coutiño?

—Usarcedes hagan lo que gusten, respondió el portugués. Yo haré lo que fuere de mi agrado.

Al oir esta contestacion ruda, los otros cofrades comenzaron á murmurar y á dispersarse. Coutiño quedó solo, y siguió paseándose, con ánimo, al parecer, de no abandonar el puesto en toda la noche.

Serian las nueve cuando entró Avililla en la casa: pasó dentro el tiempo necesario para cenar, y volvió á salir; pues seguramente le reclamaban fuera los quehaceres de su oficio. Entonces cerraron la puerta; mas no por esto se retiró de allí el tozudo portugués; muy al contrario, se arrimó á una esquina, y allí permaneció inmóvil como una estatua, blasfemando en su lengua.

—Yo veré quien entra y quien sale, dijo: no han de pegársela á un fidalgo de mi condicion.

A su tiempo llegó Quevedo; se acercó á la puerta con cautela, y como hacia oscuro, pudo abrirla y entrar sin que le viese el portugués, á pesar de su vigilancia. Sin embargo, este oyó un leve ruido que hizo la puerta al tiempo de volverla á cerrar, y acudiendo al punto, la empujó, y entró detrás del poeta: pero como el zaguan estaba completamente á oscuras, y él no conocia bien los entresijos de la casa, pasó largo rato buscando á tientas con la punta de la espada y con el brazo izquierdo estendido la puerta por donde podia ha-

berse introducido la persona que acababa de precederle.

—Pues ello es que alguien ha entrado, murmuraba nuestro fidalgo; y voto á tal, que si no es duende, yo he de tropezar con él.

Entretanto, Quevedo estaba en el aposento de Isabel, y habiendo tenido la precaucion de cerrar por dentro la puerta de escape, se hallaba á salvo de las pesquisas del portugués: la jóven le habia recibido con desvelo, manifestando un temor y una zozobra que realzaban sobremanera el mérito del favor que le concedia.

—Qué locura, Dios mio!... Qué locura! exclamó al verle. Qué necesidad habia de esponeros así, Quevedo? Si alguien os ha visto, yo estoy perdida, y vos peligrais.

—Por vos lo sentiria, hermosa Isabel, no por mí, la respondió el poeta, tomándola una mano que ella dejó temblando entre las suyas. Goze yo de la felicidad que en veros encuentro; posea yo este rico tesoro de gracias, que tantos admiran, y aunque luego venga la muerte, nada me importa.

—Os ausentais, Quevedo! exclamó Isabel con acento dolorido. Esta sola consideracion ha podido vencerme. Os vais: ¿cuándo volveré á veros?

—No pensemos en eso, mi vida: gocemos de la dicha presente, ya que tan breve y azarosa nos la ofrece nuestra estrella.

—Oh! Cómo quereis que olvide lo que tanto me apena? Desde que me dijísteis «voy á partir,» no he cesado de repetir estas fatales palabras. Desgraciada nací; pues apenas vislumbro un rayo de ventura, mi cruel destino me lo esconde y aleja.

—Me amais de veras, Isabel? Puedo creer de vos lo que nunca he osado esperar de una mujer?

—No me hagais esas preguntas, Quevedo; porque me ofenden. Veis que atropello mi honor, que me espongo á todos los peligros por complaceros, y me preguntais si os amo? Esta es mi mayor desdicha; pues no habiéndoos conocido, no seria yo feliz, pero viviria tranquila.

Quevedo sintió su corazon dilatarse con una espansion desconocida: por primera vez en su vida le parecia encontrar el candor de la pasion que se comunica á pesar de la dulce resistencia del pudor y atropellando la tiranía del deber.

—Lástima! Lástima! murmuró con ferviente y ronca voz, sin acabar de emitir su pensamiento. —Condolíase su alma de no haber conocido á la jóven en otro estado y entre gente menos ruin.

—Lástima? De qué? preguntó ella.

—Oh! repuso el poeta: de no haberos visto antes, para consagraros mi vida entera, Isabel; porque ahora pienso que, al formar Dios á la mujer, quiso perfeccionar la mas acabada de sus obras: hizo al hombre, y le llamó Adan, que significa tierra: crió á la mujer y la llamó Eva, que es como decir, casi ángel: pero sin duda quiso que vos fuéseis ángel perfecto.

Y derramando sobre ella una mirada que descubria tesoros de un amor recóndito é inmenso, la cogió con ambas manos la cabeza, y casi con respeto estampó un beso en su frente.

—Ay! suspiró Isabel. Dejadme! Dejadme, porque me volvereis loca! Yo no puedo,... no debo consentir... Ah! Dios mio!...

El poeta no pudo contenerse, y la estrechó con ardor en sus brazos. Pero en aquel instante sonó hácia el zaguan un ruido estrepitoso, como si hubiesen derribado muchos maderos y cacharros: la jóven se retiró asustada, no sabiendo á qué atribuir aquel inesperado estruendo: tambien Quevedo se alarmó al pronto; pero avanzó con serenidad hácia la escalera de salida y se puso á escuchar.

Durante algunos momentos no se oyó nada mas.

—Eso es que se ha descuidado la cocinera y se han caido los pucheros, dijo el poeta, maldiciendo interiormente la inoportuna ocurrencia.

—No, no es eso; callad, respondió Isabel avanzando el cuerpo y estendiendo el brazo. Ese ruido ha sonado abajo: alguien ha entrado. ¿Qué será?

—Sobrina! Isabelita! gritó á este tiempo doña Tomasa empujando la puerta interior.

—¡Ay Jesus! Mi tia! exclamó Isabel corriendo hácia Quevedo. Soy perdida! En dónde os ocultaré?

—No le respondais, dijo el poeta.

En este momento sonaron voces varoniles en el zaguan.

—Oís? murmuró la jóven. Ese es mi primo. Qué va á pasar aquí, Dios mio! No podeis salir.

—Mejor: me quedaré, repuso Quevedo.

La dueña volvió á llamar golpeando la puerta.

—No sé qué hacer; es preciso que no os vean, dijo Isabel.

—Venid, replicó el poeta.

Y cogiéndola de la mano, la condujo hácia la puerta donde llamaba doña Tomasa, la cual abrió él mismo, quedándose oculto detrás.

La tia entró en ropas menores, con una bujía encendida en la mano, y despues de mirar con cuidado por todo el aposento, dijo á su sobrina:

—No sabes lo qué pasa? Tu primo está furioso: dice que ha entrado aquí un hombre, y anda revolviéndolo todo.

—Un hombre aquí! exclamó la jóven. Está en su juicio mi primo?

—Óyele. Yo estoy muerta.

Oyóse distintamente la voz del capitan Varea, que decia:

—Salid, seor guapo, y quitaos las telarañas. ¿Qué andais buscando entre los trastos viejos?

Era el caso que el portugués, registrando el zaguan, se habia metido en un zaquizamí lleno de muebles inútiles, y habiendo tropezado con una mesa coja, sobre la cual habia multitud de trastos desechados, la echó á rodar, quedándose medio sepultado entre las ruinas de banquetas, sillas y otras mil zarandajas. El capitan Varea que no tenia ganas de dormir aquella noche, apenas oyó el estruendo, saltó de su cama, donde se habia echado vestido, y bajó á toda prisa, con la espada en una mano y un candil en la otra: sorprendió al portugués antes que pudiese salir del caos donde estaba metido, y sin llegar á reconocerle, prorumpió contra él en bravatas y amenazas á fin de intimidarle; pues el tal capitan no era valiente sino de ocasion, aunque procuraba parecerlo.

El seor Coutiño guardaba silencio por temor de ser conocido; pero, como no habia medio de permanecer allí oculto, se echó el ferreruelo por la cara, y dando un salto, quitó con su espada el candil de la mano al capitan, y se puso en guardia buscando la salida. El capitan comenzó á tirar al aire tajos y reveses, gritando como un desesperado:

—Aquí de la justicia! Prended á este ladron! No hay quién me ayude?

Toda la gente de la casa se alarmó á estas voces: Dorotea y Marina salieron en camisa chillando: Lupercio en paños menores cogió un arcabuz mohoso, y se colocó entre puertas con mas miedo que vergüenza. Doña Tomasa echó á correr, llevándose consigo á Isabelita; y figurándose que el supuesto ladron á quien perseguia el capitan era Quevedo, á fin de llamar la atencion hácia otra parte, comenzó á gritar:

—Acá, sobrino! Acá, venid pronto que el ladron está dentro de casa.

Quevedo que oyó esto, corrió sin detenerse hácia la escalera de escape.

—Dónde está?... dónde está el ladron? decia Lupercio apuntando con su arcabuz descargado.

—Aquí, sobrino Varea, gritó la dueña al capitan, que seguia dando cuchilladas al aire y diciendo:

—No te escaparás, que ya te tengo!

Pero á las voces de doña Tomasa, retrocedió, pareciéndole que su enemigo se habia introducido en la casa á favor de la oscuridad, y dió tiempo al portugués para escabullirse sin volver atrás la cara.

—¿Dónde está? Dónde está? repetian á una voz el capitan y Lupercio.

—Venid, que ha de haberse metido en el cuarto de Isabel, les respondió la dueña.

—Maldita seas! decia entre sí Quevedo, buscando á tientas la llave de la puerta de escape, y oyendo detrás el tumulto de los dos medrosos primos, que metian mas ruido que doce.

—No entreis, no entreis! gritó Isabel.

—Bendita sea tu boca, murmuró el poeta.

Y encontrando la llave, abrió y salió al zaguan: la puerta esterior habia quedado entreabierta, con lo que facilmente pudo ponerse en la calle, renegando de su malaventura y de la dueña.

Esta y su familia registraron toda la casa, y no les quedó la menor duda de que el ladron se habia escapado por el aposento de Isabel. Pero el capitan Varea no pudo convencerse de esto, al ver que

estaba abierta la puerta de la calle, y sostuvo contra su primo y contra todos que, para salir por allí, no necesitaba un ladron andar con tantos rodeos. Persuadióle, sin embargo, Isabel, diciéndole que serian dos; pues ella estaba segura de haber sentido uno en su cuarto.

Al dia siguiente hubo en Madrid gran movimiento: el rey con toda su familia y corte oyó misa muy de mañana y partió camino de San Lorenzo. Iban en su compañia muchos grandes y títulos, la reina con sus damas; considerable número de frailes franciscanos, dominicos y gerónimos; y entre los servidores de segundo órden Quevedo, á quien no podian arrancar una palabra, ni un chiste los esfuerzos de sus compañeros: el amor, necesidad ardiente de su vida, le habia vuelto callado: la entrevista nocturna con Isabel absorvia su pensamiento, y la idea de la ausencia forzosa le amargaba todos los gustos.

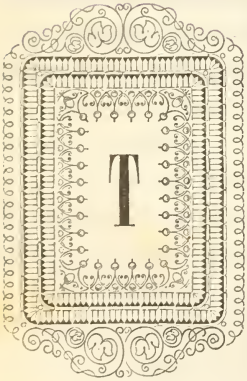
Poco tiempo despues se hallaba establecida la corte en Valladolid, y nuestro poeta pasaba las mañanas y las tardes componiendo idilios y romances amorosos en las márgenes poco floridas del Pisuerga: su vida era monótona y su tristeza tanta, que pronto enflaqueció, llegando á enfermar de pasion de ánimo.

Y como aquí no ofrece su historia lances que merezcan ser referidos, le dejaremos temporalmente, aprovechando esta ocasion para volver la vista á otros lugares, donde nos aguardan personages, con quienes nos unen relaciones anteriores.

CAPITULO XIV.

DE COMO DOÑA MARIA DE VELASCO SE HIZO DUQUESA, Y SE ENCONTRÓ MUJER DE UN SOLDADO RASO.

Nunca he podido, Lisi hermosa y dura
Despues de verte, hartarme
De padecer dolor por tu hermosura;
Ni tras el padecerle, de quejarme.
¡Oh, si llegase algun alegre dia,
Que se hartase de amar el alma mia!
QUEV.—*Erato.—Idilio II.*



TRANQUILAMENTE pasaba los dias el prisionero de Belorado, bien asistido de su guardador, que como amigo le trataba, y sin mas disgusto que el de verse privado de la libertad y de los bulliciosos placeres. Mucho era esto solo para su genio ardiente, y á no ser tan caballero como atrevido, es indudable que habria quebrantado su prision, por gozar de una noche de aventuras: pero el Condestable le tenia casi suelto bajo su palabra, comia, paseaba y jugaba de noche con él por distraerle, y este comportamiento generoso ataba de piés y manos á don Pedro, mas que si le tuviesen aherrojado con grillos, esposas y cadenas.

Causábale hastío, sin embargo, su vida monótona, y ya deseaba, por variar de emociones, un riguroso proceso y nuevas prisio-

nes, aunque fuesen mas duras, cuando llegaron á Belorado el capitan Rodriguez y doña Maria de Velasco. Este acontecimiento mudó de aspecto la situacion moral del prisionero: por una parte el condestable, ya fuese mirando á la presencia del capitan, que era un testigo de la corte, ya por evitar una intimidad inconveniente de aquel con su hija, se mostró mas severo que hasta entonces lo habia sido: por otra, don Pedro comenzó á sentir los efectos de un tierno interés hácia su persona, cuya procedencia no podia desconocer.

El dia mismo de la llegada de los viajeros, el capitan obtuvo permiso para ver á solas al duque, y habiéndole anunciado que le traia una visita de parte del señor don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, le presentó un pliego que este le habia entregado. Abrióle el prisionero, y encontró dentro dos cartas: una para él y otra dirigida al archiduque Alberto, capitan general y virrey de los Paises Bajos: leyó la suya, que decia:

« Señor duque: mi querido amigo y deudo: Aficionado á vues-
« tra persona y bellas calidades, no he podido menos de ver con
« gran pesar el estado á que os ha reducido vuestra desventura:
« mi señora madre política y otras elevadas influencias participan
« de estos mismos sentimientos hácia vos, con el desagrado de sa-
« ber que os amagan peligros mayores, y de que no los podrán re-
« mediar: muy pronto, si no procurais evitarlo, tendremos el dis-
« gusto de veros trasladar al castillo de Burgos ó á otra fortaleza
« peor, y sometido á una inquisicion rigorosa de vuestros actos.
« Vos no temeis esto, antes lo pedís con instancia; pero habeis de
« saber que teneis enemigos, y que en rigor de justicia saldríais
« condenado. No seais tan confiado como hasta aquí: aprovechad
« una ocasion favorable, y puesto que os hallais cercano á Francia,
« huid por ella á los Paises Bajos, donde espero sereis bien acogido
« por el Archiduque. A este fin va la carta, que con esta hallareis.
« El portador es hombre de quien podeis fiaros: hacedlo, y aguar-
« dad lejos la venida de mejores tiempos. »

Esta carta iba firmada solamente con iniciales: don Pedro la presentó abierta al capitan, y le dijo:

— Ved aquí lo que me habeis traido.

Y añadió, quitándose del dedo un anillo con un hermoso diamante:

—Y tomad esto en albricias.

—Todavía no me las podeis dar con razon, respondió el capitan: si algo entiendo en achaques de galantería, las mereceré cuando os diga, que he venido acompañando á una dama, que no es indiferente á vuestras prendas.

—Nombradla, pardiez! exclamó con viveza el fogoso don Pedro.

—No adivinais su nombre?

—Doña Maria? dijo el duque en voz baja.

—La misma: viene como desterrada; pero muy contenta, segun he podido juzgar.

—Tomad, tomad las albricias repuso el duque, y aceptad la promesa de otras mejores, cuando Dios sea servido restituirme á mas venturoso estado: y leed esa carta, á ver que os parece.

Leyó el capitan la carta y respondió:

—Señor duque, á todo estoy dispuesto en servicio de vuecelencia y de mi señor el conde.

Reflexionó don Pedro algunos momentos, y luego dijo:

—Vos estais dispuesto; pero yo no. Si me hallase confiado á manos de un carcelero tirano, ni murallas, ni hierros me sujetarian: mas no haré traicion á la generosidad del condestable; y luego, estando aquí su amable hija, lluevan sobre mí persecuciones.

—Y quién os asegura que el señor condestable y su ilustre hija permanecerán mucho tiempo á vuestro lado? repuso el capitan.

—Me haceis una observacion muy acertada, replicó el duque. Pero bien: cuando llegue ese caso, hablaremos.

—No sé si entonces podremos hablar: yo voy á Flandes con cierta comision: vuecelencia puede ser trasladado á otro punto, bajo la vigilancia de severos guardianes.

—Sea como quiera, yo permaneceré preso, mientras dependa del Condestable.

Y mudando de conversacion, como para evitar las tentadoras proposiciones del capitan, le preguntó:

—Qué asuntos son esos que os llevan á Flandes? Se puede saber?

Rodriguez refirió que iba á investigar si existian algunos criados de la madre de don Rodrigo Calderon, y si estos sabrian que aquella señora hubiese tenido amores secretos con el duque de Alba viejo.

Don Pedro soltó una carcajada, al oir la estraña comision del capitan, y le preguntó:

—Seguramente os envia algun enemigo personal de don Rodrigo?

—No, señor: es él mismo quien me envia.

El duque se rió con mas ganas, y cuando pudo hablar, dijo:

—Habeis contado á doña Maria lo que vais á hacer en Flandes?

—Me he guardado muy bien, señor duque: no se habla de esas cosas á una doncella honesta y de su calidad.

—Pues contádselo; porque se alegrará mucho. Jah!... jah!... jah!... prosiguió don Pedro riendo. Es una cosa rara y nunca oida (*).

Momentos despues dió permiso al capitan para retirarse, y le dijo entregándole las cartas que habia llevado:

—Guardad vos esto, que mejor estará en vuestro poder que en el mio.

Aquel dia no se presentó el condestable en la prision del duque; pero al siguiente le convidó á comer en su aposento, en compañia de su hija y del capitan, á quien quiso honrar con esta distincion por haber ido escoltándola, y por ser enviado del conde de Lemos.

La entrevista de los dos amantes se resintió de la reserva que las circunstancias imponian: habló don Pedro muy comedido, y doña Maria respondió á sus corteses cumplimientos con los ojos bajos y tasando las palabras. Naturalmente recayó la conversacion sobre el largo viaje de la jóven y su salida de la corte.

—Por motivos particulares, dijo el condestable, yo mismo he solicitado esa determinacion, aunque á decir verdad, no se me ha concedido en los términos que la pedia.

(*) El hecho, sin embargo, es histórico, y lo refiere Quevedo en sus *Anales de quince dias*.

—No dudeis, señor, repuso la jóven que se os ha otorgado vuestra demanda con buena voluntad, aunque las apariencias den á entender lo contrario.

—Quiero creerlo, pues otra cosa no merezco; pero, ¿quién os ha dado esa seguridad?

—Quevedo, respondió doña Maria.

El condestable se encogió de hombros, é hizo con el bigote un movimiento desdeñoso.

—Quién es ese Quevedo? preguntó el duque. Algun nuevo favorito?

—No tiene genio de eso, contestó la jóven.

—Es un diablillo muy revoltoso, huérfano del secretario de la emperatriz, dijo el condestable. Estraño es que no hayais oido hablar de sus hazañas y travesuras en la universidad de Alcalá.

—Y un espadachin, mas diestro que don Luis Pacheco de Narvaez, añadió el capitan. Nadie lo diria, viéndole con aquellos piés torcidos, que parece se niegan á sostenerle.

—Qué decís! exclamó de pronto don Pedro. ¿Ese es Quevedo? Lleva unas antiparras... el cabello largo y revuelto... habla con energía...

—Y compone versos muy buenos, concluyó diciendo el capitan. Es mozo de mucho talento.

—Y de mucho corazon, repuso el duque.

—Eso es decir que os ha dado pruebas: á mí tambien, dijo doña Maria poniéndose colorada.

—Sí, señora, respondió el duque algo confuso. De lo que acabo de oir infiero, que él fué quien se puso á mi lado, con estraordinario denuedo, cierta noche que fuí acometido por cinco jayanes.

—Me lo han contado, replicó la jóven.

—Él? Quevedo?

—No: una criada, á quien lo refirió otra de no sé qué dama; una tal Marina: esta lo habia sabido por el alguacil Avililla, que segun parece se halló en el lance, y de quien Quevedo recobró un pañuelo, que se habia quedado allí perdido. ¿Qué sé yo qué historia?

—Presumo lo que pudo ser, dijo el duque buscando una es-

plicacion para desvanecer los celos que adivinaba en doña Maria. Ese pañuelo seria de una jóven que estaba dándome noticias de mis negociaciones en la corte, cuando fuí asaltado, y á quien Quevedo acompañó despues á su casa. Yo no sabia nada de eso.

La ingenuidad con que el prisionero dijo estas palabras tranquilizó á doña Maria, quien levantando la vista, dirigió á aquel una mirada afectuosa, que fué correspondida.

No era posible mayor intimidad en presencia del condestable, que sabiendo las intenciones del duque respecto á su hija, estaba sobre aviso. Terminada la comida, salieron todos á pasear por el recinto del fuerte, acompañando el condestable á su cautivo y el capitan á la jóven, á quien seguian Jacinta y una dueña.

Rodriguez aprovechó la ocasion para servir de intérprete de los sentimientos del duque.

— Ya estais en Belorado, dijo á doña Maria: ciertamente hallareis muy estraño el cambio de lugar; pero tambien tendreis placeres, que en Madrid echábais menos.

— Sí, en verdad: soy aquí mas dichosa que allá, respondió la jóven. La compañia de mi padre vale mas que todo.

— Yo sé que otra persona ha recibido mucho contento con vuestra venida.

— No deberíais hablarme de eso, respondió con reserva doña Maria, vos que representais los intereses de cierto sugeto, muy enemigo de esa persona.

— Puedo saber á quien os referís? porque ciertamente lo ignoro.

— Vuestro amigo Quevedo me habló de un encargo, que debeis desempeñar en Flandes.

— Ah! Comprendo, señora. Mucho se ha reido el señor duque de ese encargo; pero sin saberlo yo, he traido otro, que tal vez os concierne.

— A mí?

— Sí, señora: se trata de dar libertad al duque.

— De veras? Me asocio á vos.

— Menester es; porque su excelencia no quiere aceptar mis servicios por no faltar á vuestro señor padre, y porque prefiere la pri-

sion estando cerca de vos.

—Lo suponeis así?

—No, señora: repito sus palabras.

—El duque piensa bien y noblemente, repuso doña Maria: yo le agradezco el que no consienta en comprometer á mi padre.

—Y si vuestro padre lo aprobase?

—Habrá quien ose proponérselo? No penseis en ello, capitan.

—En ese caso, señora, guardad el secreto: pero estad avisada, porque puede llegar una hora en que sea menester obrar. El duque va á ser trasladado á otra parte y sometido al rigor de un tribunal.

—Así se reconocerá su inocencia, replicó la jóven.

El capitan no consideró prudente insistir sobre este punto: sin embargo, dijo:

—No lo creo.

Era ya cerca del anochecer cuando el condestable dispuso terminar el paseo y que el duque volviese al aposento que le servia de cárcel: á la misma hora entraba en el pueblo una compañia de caballos, escoltando á un alcalde de corte y á sus ministros. El alcalde se presentó inmediatamente al condestable, y le entregó las órdenes que traia para hacerse cargo del prisionero: en seguida solicitó verle, para cerciorarse de que estaba guardado con seguridad.

—Cuando os lo entregue, le respondió el condestable con altivez, podreis tomar todas las precauciones, que os parezcan convenientes: por ahora basta que yo responda de su persona.

—Es muy cierto, dijo el alcalde: pero acaso no sabreis que pesan sobre el prisionero acusaciones de mucha entidad, y que por esto es necesario tenerle muy vigilado.

—Enhorabuena: yo os doy mi palabra de que el preso no se irá.

—Me permitireis, al menos, reforzar las guardias?

—No, señor: para eso es menester que mi encargo haya cesado completamente.

—Es decir, señor condestable, que os negais á dar auxilio á la justicia de S. M.?

—No es eso, replicó el condestable: cambiais los frenos. Lo que yo no quiero es el auxilio de nadie para cumplir con mi deber; por-

que no lo necesito. Mañana, de dia podeis venir, y os encargareis de todo.

—Pudiérais muy bien escusaros molestias, dándome posesion de mi cargo esta misma noche, insistió el alcalde.—Y perdonad, señor condestable: las órdenes que traigo son terminantes. Vedlas aquí, añadió sacando un papel. Esto no admite interpretacion, ni próroga.

Y leyó:

«.....En el punto y hora que llegueis á Belorado, prevendreis «al condestable de Castilla que os entregue la persona del prisione-«ro, por ser esta la voluntad del rey nuestro señor; en el concepto «de que vos y nadie mas responde á S. M. de la seguridad con que «sea guardado el reo; y hareis entender al dicho condestable, que «desde aquel momento cesa en las funciones que se le tienen con-«fiadas, conforme en pliego aparte se le ordena, etc.»

—Ya veis, que no es un capricho mio, sino un mandato espreso que me toca obedecer, prosiguió diciendo el alcalde.

—Ya lo veo, repuso el condestable. Allá van leyes, do quieren reyes.—Venid, pues, y os entregaré el preso: la hora no es la mas oportuna: pero, cómo ha de ser! Quien manda, manda.

Y así diciendo, salió de su habitacion: al primer oficial que encontró le mandó que hiciese tocar llamada, para que se reuniese toda la guarnicion, y se encaminó, seguido del alcalde, á la torre donde estaba el duque. Apenas vió este al magistrado, se sonrió y dijo:

—¿Sois vos el juez que ha de juzgarme?

—Así lo ha dispuesto S. M., le respondió el alcalde.

—S. M. dispone muchas cosas de que no tiene noticia. Si no estoy trascordado, es vuestro nombre...

—Don Vicente de Prado, comendador de...

—No concluyais, dijo el duque interrumpiéndole: de Palermo. Vuestras espaldas han de guardar memoria de la encomienda: ya veis, señor don Vicente, que S. M. dispone cosas imposibles. Un hombre, á quien yo he mandado apalear, no puede ser mi juez. Cuando aquello no érais alcalde de corte, ni siquiera corregidor: habeis subido mucho en poco tiempo.

El lector recordará que el destierro del duque provino de haber este apaleado á un sugeto, á quien don Rodrigo habia dado una encomienda suya. Este sugeto era el alcalde, quien desentendiéndose de las razones del preso, abrevió la visita y salió. El condestable le entregó las llaves de la prision y del fuerte, y se retiró á su casa.

Durante esta escena, el capitan y doña Maria se habian vuelto á reunir, y en connivencia con la dueña, que les guardaba las espaldas, concertaban los medios de libertar al duque.

—Razon teníais, capitan, decia la jóven: era menester haber obrado con mas anticipacion, y yo debo reparar esta falta, sabiendo, como sé, que soy la causa principal, aunque inocente, de la persecucion que sufre ese noble caballero. Mas, para tomar yo parte en esto, necesito aventurarme á todo; pues si mi padre llega á descubrir mis intentos, preveo de su rigor el mas severo castigo.

—Qué os puede suceder? preguntó el capitan: sed conmigo franca; porque yo tambien me espongo mucho, y sin embargo, estoy decidido á echar sobre mí todos los riesgos de la empresa.

—No, eso no, repuso la dama: quiero yo participar tambien del peligro, y esto por la razon que os he dicho.

—Vuestro señor padre tiene mala voluntad al duque?

—No; pero es esclavo de su deber, y... además.....

—No me oculteis nada, señora: ¿desaprueba el cariño que os inspira el prisionero?

—Capitan!... exclamó la jóven algo turbada. Y añadió entre dientes: No parece sino que voy publicándolo á son de trompeta. ¿Qué hago yo para que todos adivinen mis sentimientos?

—Señora, replicó el capitan; si vos amais al duque, no haceis mas que pagarle una deuda.—Y añadió mostrándola el anillo de don Pedro:—Ved aquí una prueba de ese afecto: esta joya se me ha dado en albricias de vuestra venida.

—Pues bien, sí: por qué ocultarlo? El duque merece mi estimacion, y nadie hay mas interesada que yo en libertarle. Pero mi padre no aprobará este interés, y al menor indicio que tuviese de lo que proyectamos, mandaria prenderos y á mí me encerraría en un convento.

—No pensemos ahora en los peligros, sino en los medios de

conseguir nuestro objeto. Lo primero es necesario que el duque esté prevenido.

—Y que la responsabilidad de mi padre haya cesado, añadió la jóven.

—Dad eso por hecho: si nos detenemos en escrúpulos, se malogrará nuestro intento; y quiera Dios que no sea ya demasiado tarde.

—Es cierto: no divaguemos mas. ¿Qué teneis pensado?

—En estas cosas no se puede pensar nada: lo mas depende del acaso, y del arrojo para cojer al vuelo la ocasion. Nuestro prisionero puede salir por dos puntos: por la ventana, ó por la puerta. Para lo primero es menester una lima y una escala; esto requiere tiempo y espacio: para lo segundo se necesitan auxiliares y llaves.

—Lo mas pronto es lo mejor, repuso la jóven: yo tomaré las llaves que tiene mi padre: vos podeis fingir que haceis una ronda á media noche; porque supongo que el alcalde y su gente vendrán cansados y dormirán: un criado del duque podrá ir con vos en calidad de soldado, llevando un doble trage para que el prisionero se disfrace, y de este modo le sacareis sin riesgo: habrá un caballo preparado, y cuando se note la falta, puede estar don Pedro á muchas leguas de aquí.

—Si tenemos las llaves, dijo el capitan moviendo la cabeza, mucho habremos adelantado; pero temo que sea dificil adquirirlas: oid.

En este momento sonaban las cajas y trompetas tocando llamada.

—Qué significa eso? preguntó doña Maria.

—Si no me engaño, respondió el capitan, se trata de reunir la guarnicion: parece que el alcalde trae prisa de encargarse de su cometido.

—Y qué haremos? Yo no dejo aquí á don Pedro: antes me espondré á morir con él.

—No se trata de eso, sino de sacarle. Dejadme ver y observar; pero antes prevengamos al prisionero: escribid dos letras en un papel.

La jóven se apresuró á escribir, dictándole el capitan:

« ¿Quereis gozar de una partida de recreo? No me rehuseis este « placer: antes del dia os esperan vuestros mejores amigos; y con « ellos estoy— *Yo.* »

—Poned el *yo* como firma, y dadme acá, dijo por último el capitan; y cogiendo el papel, salió de la estancia de doña Maria, y corrió á su alojamiento: proveyóse allí de una larga cuerda, en la cual hizo muchos nudos, y de una lima sorda que ató en la punta de la cuerda, juntamente con la esquela de aviso, y se fué al punto hácia la prision del duque.

Estaba este en una torre cuadrilonga de construccion mixta entre gótica y árabe, como eran por lo comun los restos de las fortificaciones de nuestro pais, anteriores á la reconquista: la mayor seguridad de este edificio consistia en el espesor de sus muros y en la grande elevacion en que se hallaba colocado por la parte frontera al campo: la única ventana que daba luz al aposento estaba situada hácia este lado, y en su orígen habia sido un punto de observacion, destinado á ver sin peligro los movimientos de los enemigos: transformada en prision la torre, no se habia considerado necesario guarnecer aquella especie de tronera mas que con tres ó cuatro débiles barras de hierro puestas horizontal y paralelamente; pues aunque estas fuesen falseadas, no parecia verosímil que nadie se aventurase á salvar la grande altura que mediaba desde allí al foso, ya cegado: además los centinelas puestos en la plataforma donde descollaba la torre, podian llegar alternativamente á la vista de aquel punto, lo cual hacia muy aventurada la fuga.

El capitan llegó á la plataforma cuando el alcalde y el condestable terminaban su visita al preso: no habia entonces mas que dos centinelas; uno en la puerta y otro en un costado, y este último se hallaba distraido con la novedad del acontecimiento; de modo que Rodriguez pudo deslizarse por el otro costado, y acercarse al revellin, que concluia en línea recta con el último lienzo de la torre: aguardó algunos segundos, y al oir el ruido de cerrar las puertas, sacó la cuerda, que llevaba enrollada convenientemente, y arrojó hácia la ventana el cabo en que iba atada la lima, con tanto acierto, que esta pasó á dentro, sin mas que tropezar en uno de los hierros, lo cual sirvió para llamar la atencion del prisionero. Al punto ad-

virtió el capitan que tiraban de la cuerda, y la dejó ir toda, retirándose hácia la casa del condestable, al tiempo de entrar este en ella: calculaba que no le seria fácil al duque abrirse paso aquella misma noche, y queria indagar lo que se proyectaba respecto á él: por otra parte, necesitaba dar cuenta á doña Maria de lo que habia hecho.

El condestable se detuvo al ver á Rodriguez, y le dijo con aspereza:

—Se os ofrece alguna cosa, capitan?

—Unicamente recibir vuestras órdenes, contestó este; porque si no lo llevais á mal, pienso partir mañana antes del dia.

—Que tengais buen viaje, amigo, repuso el condestable.

—Y vuestra noble hija, ¿no tendrá algo que mandarme?

—Podeis entrar, dijo el anciano dulcificando la voz. Ella tambien ha de partir; porque ha concluido ya mi comision; de lo que me alegro.

—No podrá decir lo mismo el señor duque, respondió el capitan.

—El duque es jóven, repuso el condestable, descubriendo á su pesar el descontento que le animaba: puede acostumbrarse á los usos de ahora, y llevar con paciencia el dominio de esos hombrecillos que se hacen de la nada, y que se ensayan en el oficio de tiranos. Es muy diferente de mí, que soy ya duro de pelar: en mis tiempos era todo muy diferente: no se improvisaban los magistrados, ni se deprimia á los nobles, sometiéndolos á la autoridad de cualquier pelagatos. En fin, ¿cómo ha de ser? Allá se las compongan. Vos teneis fortuna, capitan; pues vais á donde se pelea por sostener el honor de Castilla. Que lleveis buen viaje, repito; y si algo necesitais, avisad.

Diciendo así, el condestable se metió en su aposento y dejó solo al capitan, quien usando del permiso que se le habia dado, pasó á la habitacion de doña Maria, y comunicó á esta en breves palabras lo que acababa de hacer.

—Yo me marcho, la dijo por último; pero no me alejaré mucho, y estaré esta noche y las siguientes al pié de la torre, con un caballo prevenido, para que el señor duque pueda escapar en el momento de su evasion.

— Capitan, me voy con vos, respondió la jóven.

Rodriguez la miró sorprendido, no acertando á comprender tan atrevida resolucion.

— Qué me decís? murmuró.

— Sí, quiero correr la suerte de don Pedro: tengo motivos poderosos para ello, y algun dia os los esplicaré mas despacio.

— Señora, habeis pensado bien eso?

— Lo tengo pensado.

— Ved que pueden sorprender al duque, y entonces, ¿qué será de vos? Mas vale que aguardeis al momento en que esté en salvo. Si os venís ahora, me culpais, y al mismo tiempo hareis tal vez que se frustren nuestros planes.

— Decís bien, aguardaré: yo quiero que toda la responsabilidad pese sobre mí; porque sabiéndose que yo sola he libertado al duque, patentizo en cierto modo su inocencia. Esto no podeis comprenderlo ahora; ya lo sabreis en mejor ocasion. Pero, ¿cómo ha de ser?

— Estad prevenida: cuando llegue el momento, una china tirada á vuestro balcon os dará el aviso.

— Corriente; no me falteis, capitan.

— No faltaré.

Dichas estas palabras, se despidieron: el capitan fué á disponer su partida, y salió del pueblo dos horas despues, tomando el camino de Vizcaya; pero se detuvo en la primera venta que halló, y dando encargo á su escudero de buscarle un buen caballo, retrocedió con el suyo, hasta volver á las cercanías de Belorado, y se apostó en un olivar situado en frente del castillo, desde donde podia ver la ventana de la prision del duque.

Segun habia previsto, ningun movimiento se observó en toda la noche: la ventana estaba oscura, lo que daba á entender que el prisionero trabajaba en limar la reja. Cuando el capitan oyó el toque de diana, se retiró á la venta y allí pasó el dia.

A la noche siguiente volvió al mismo puesto, ató su caballo á un árbol y se acercó al pié de la torre: oia distintamente los pasos de los centinelas, y pudo observar que los habian duplicado: esperaba que el prisionero hubiese echado algun aviso para estar de acuerdo, y con efecto, registrando todo el terreno contiguo á la torre, encon-

tró un papel y lo recogió, alejándose con mucha cautela: no pudo leerlo á causa de la oscuridad, y aguardó que fuese de dia: entonces vió una línea escrita con sangre, y leyó estas palabras:

«Mañana entre doce y dos. Atencion al relevo.»

El capitan aguardó la hora de la cita, y dos antes partió de la venta con su escudero y el nuevo caballo que habia comprado; siguió el camino con direccion á Vizcaya, y torciendo luego á campo través regresó á Belorado; pero antes de llegar á este, dejó al escudero con los caballos en el olivar, y se dirigió solo al pueblo, á fin de prevenir á doña Maria; pues consideraba que en el momento de la fuga, la menor detencion podia ser muy peligrosa, y preferia que la jóven tuviese que volver á su casa, dado que aquella se malograse, á tener que aguardarla en tan azarosos instantes.

Doña Maria estaba esperándole y habia pasado en vela las tres noches consecutivas. Apenas oyó la señal, abrió el balcon suavemente y echó por él una escala de cuerdas: el capitan la tuvo tirante, y la jóven bajó por ella con seguridad y ligereza.

—Huyamos, dijo apenas puso los piés en el suelo: mi padre ha de haber sentido algo. ¿Está ya libre el duque?

—Todavía no, repuso el capitan, dándole el brazo.

—Dios mio! Nos van á descubrir.

En aquel momento se efectuaba el relevo de las doce. El duque habia calculado todos los movimientos probables de los centinelas; quienes, apenas quedaron solos en sus puestos, comenzaron simultaneamente su paseo habitual á lo largo de los dos costados laterales de la torre: aprovechando esta ocasion, dejó caer la cuerda que ya tenia atada á los barrotes de la ventana, y torció completamente hácia dentro el que habia limado: aguardó un segundo paseo, y se lanzó al aire, asiéndose de los nudos de la cuerda.

El descenso era sumamente peligroso, pues dependia de la fuerza del prisionero para sostenerse, y de un perfecto equilibrio, muy difícil de guardar, debiendo aquel efectuarse con rapidez; pero afortunadamente llegaron el capitan y la jóven á tiempo de sostener la cuerda para evitar que se moviese.

Todavía estaba el fugitivo á la mitad de la altura que le separaba del suelo, cuando sonaron voces de alarma dentro de la pobla-

cion: sin embargo, nada indicaba que los centinelas de la torre se hubiesen apercibido de lo que cerca de ellos acontecia, y el duque pudo llegar al lado de sus amigos sin el menor contratiempo. La alarma era producida por la fuga de doña Maria: el condestable habia oido algun rumor en el cuarto de su hija, y habiendo entrado á saber la causa, notó su falta y vió el balcon abierto y la escala pendiente de él: al punto comenzó á dar voces despertando á toda su familia, y disponiendo que saliesen algunos criados en persecucion de la jóven. Esto dió ocasion á que los centinelas del fuerte, atentos á lo que pasaba por aquella parte, descuidasen la vigilancia de sus puestos, viniendo así á favorecer la evasion del duque.

Pero no tardaron en ver la cuerda que oscilaba contra el muro, movida por el viento, y entonces empezaron á gritar á los cabos pidiendo auxilio. El condestable que andaba furioso y como loco de una parte á otra, se enteró al punto de esta nueva ocurrencia, y comprendió que el duque y su hija obraban de comun acuerdo: inmediatamente subió á las murallas para descubrir campo, y se encontró con el alcalde que habia salido en ropas menores y con una capa echada sobre los hombros, y que estaba indeciso y turbado, sin saber qué hacer ni qué determinar.

—Pardiez! señor alcalde, qué haceis? le gritó el condestable: cómo no habeis montado ya á caballo para recobrar vuestro prisionero? Buena cuenta dareis de él á S. M.

—Un caballo! A ver!... un caballo!.. gritó el alcalde. Que vengan cincuenta hombres conmigo.

—Cincuenta diablos que te lleven, refunfuñó el condestable, abalanzándose al muro y mirando con cuidado el campo contiguo.

En aquel momento salia del olivar el duque á caballo, con doña Maria en la grupa, y por consejo del capitan se dirigia hácia el camino de Burgos, á fin de hacer perder la pista á sus perseguidores, y pudieron oir la voz enérgica del condestable, que obedeciendo á sus hábitos militares, gritó:

—Allí van!... Soldados, fuego!

Tres ó cuatro detonaciones retumbaron á un tiempo: doña Maria volvió atrás la cara y lanzó una exclamacion de terror.

Lit Vazquez Sc. de Mason

«Dejad que truene, mi vida.»

—Dejad que truene, mi vida, le dijo el duque apretando los ijares al caballo, que bebia los vientos. Eso es mas ruido que otra cosa: no pueden alcanzarnos.

Los mosquetazos se repitieron en varios puntos; pero sin que ninguna bala tocase á los fugitivos; quienes habiendo seguido un largo trecho por el camino de Burgos, torcieron luego á la derecha, y se internaron en una senda que pasaba por medio de un pinar, con direccion á las fronteras de Vizcaya. No tardó mucho en reunírseles el capitan con su escudero, y juntos prosiguieron la marcha por veredas escusadas.

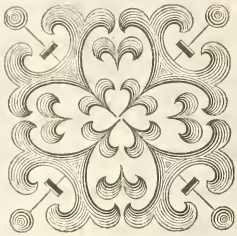
Entretanto, el alcalde Prado, convencido de que su prisionero iba camino de Burgos, montó á caballo, sin que su turbacion y la premura del tiempo le permitiesen vestirse, y seguido de algunos soldados pasó la noche trotando.

Quince dias despues se recibieron en Valladolid cartas del duque, fechadas en Paris, en las cuales participaba á sus amigos, y en particular al conde de Lemos y á la duquesa de Lerma, que habia llegado felizmente á aquella ciudad, y acababa de contraer matrimonio con doña Maria de Velasco: les comunicaba tambien, que habia tenido el honor de visitar al rey Enrique cuarto, y el sentimiento de no haber podido acceder á las reiteradas instancias de este príncipe para que se quedase en Francia y á su servicio.

Pasado un mes, se recibieron nuevas cartas del duque y de otras personas, que escribian desde Bruselas, diciendo que aquel magnate habia sentado plaza de soldado en el ejército de Flandes. No se habló en muchos dias mas que del comportamiento bizarro y caballeresco del prisionero de Belorado, elogiando su patriotismo; y tanto pudo el capricho de la opinion pública, que hasta don Rodrigo Calderon se vió precisado á elogiar á su afortunado rival, declarando que era un mozo de muy bellas prendas, sin mas falta que la de ser algo tronera. Y cosa singular! —Lo que hacia al duque mas disculpable á los ojos del valido era el haber quebrantado su prision doña Maria de Velasco; de tal modo, que al poco tiempo le escribió felicitándole por haber merecido la benevolencia del rey, en gracia á la abnegacion de su esposa y al castigo que él mismo se habia impuesto, y remitiéndole el nombramiento de sargento, con promesa

de apoyar las propuestas que se hiciesen para sus rápidos ascensos. —Doña Maria tuvo la generosidad ó la prudencia de no contar nunca á su esposo lo que le habia pasado con don Rodrigo, la noche que salió de Madrid, aunque autores graves aseguran que ella misma no fué bien informada sobre este particular por su doncella, ni por su amigo Quevedo.

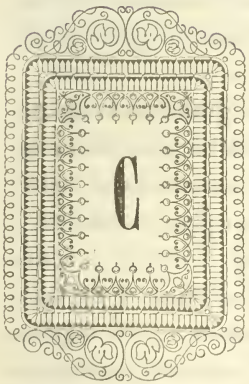
El condestable, como hombre machucho y de severos principios, no perdonó la infidelidad de su hija, y en diez meses no quiso corresponderse con ella; pero al entrar el onceno se ablandó como cera, encontrando dentro de una carta un mechoncito de cabellos rubios, que habian sido cortados á un niño recien nacido.



CAPITULO XV.

DE LO QUE HACIAN QUEVEDO Y LA CORTE EN VALLADOLID.

Ven, que te aguardan ya los ruiseñores;
Y los tonos mejores,
Porque los oigas tú, dulce tirana,
Los dejan de cantar á la mañana:
Tendremos envidiosas
Las tórtolas mimosas;
Pues viéndonos de gloria y gusto ricos,
Imitarán los labios con los picos:
Aprenderemos de ellas
Soledad y querellas;
Y en pago aprenderán de nuestros lazos
Su voz requiebros y su pluma abrazos.
QUEV.—*Erato.—Canc. III.*



COINCIDIENDO con la ausencia de doña Maria de Velasco la inusitada tristeza de Quevedo, corrió la voz entre los cortesanos desoficiados de que nuestro poeta padecia mal de amores por aquella dama: esto se decia muy en secreto; porque la austeridad de costumbres introducida por el primer ministro del rey, siguiendo el consejo de los reverendos padres que manejaban la corte, no permitia estralimitarse en palabras, aunque las obras fuesen por diferente camino.

Así, por ejemplo, era indisculpable atrevimiento atribuir á ninguna dama principal de la corte ó fuera de ella el mérito de inspirar una pasion amorosa; pues habia ya nacido por entonces el ascético

principio de que una doncella noble debia unirse, no con quien ella quisiese, sino con el hombre que la diesen; y de que el amor era un pecado y una mengua para la honra: pero, evitando el escándalo, era moneda corriente que los grandes señores honrasen con su asistencia á mujeres casadas, y diesen colocacion á sus maridos; nadie se asustaba de ver los terreros de las monjas llenos de devotos, ni de que ellas aceptasen sus limosnas en cambio de un guante ó de un escapulario: era delito suponer cohecho en los jueces, prevaricato en los defensores del huérfano, simonía en los ministros, desórden y concusiones en la administracion del Estado; pero muy pocos jueces hacian estricta justicia, un par de capones y un talego solian pasar el negocio mas ilegítimo por autoridad de cosa juzgada; eran los intérpretes de las leyes tejedores de redes con sofismas; una mujer hermosa ó un buen presente suplian y aventajaban á largos servicios para la obtencion de los empleos; y las rentas públicas, exigidas con injusticia, llegaban mermadas al tesoro y se distribuian entre el gobierno, sus afiliados y los conventos.

Quevedo marcó esta época anómala, con su enérgico estilo, diciendo: que el mundo iba *en procesion al infierno por la calle real de la Hipocresía.*

Y con efecto, si el mundo no, la poderosa nacion española, que tan vigorosa vida habia adquirido en tiempo de Isabel la Católica, marchaba devotamente á la disolucion y á la ruina con pasos de gigante.

Sin embargo, la fama de sus hechos y de su grandeza la mantenia en pié: todavía se tremolaban sus estandartes vencedores en los dos hemisferios; todavía cursaban la tierra y la sometian á su imperio valientes capitanes, que lejos de la patria, por su nombre y honra peleaban; todavía era la corte de España el centro á donde concurrian embajadores sumisos de todas las naciones, y enviados que demandaban por favor el auxilio de sus armas: pero algunas imprudencias comenzaban ya á descubrir á los estraños, envidiosos de su fortuna, su débil organizacion interior y la decadencia de su poderío. Una espedicion mandada por el duque de Lerma en apoyo del conde de Tirone, gefe de los católicos de Irlanda, habia fracasado completamente; los franceses, nuestros naturales enemigos por

su vecindad con Flandes, los Pirineos y la Italia, nos observaban atentamente, y hacian ligas secretas con vasallos ambiciosos del imperio español, al otro lado de los Alpes: los holandeses, *mercaderes de queso*, como les llamaba por desprecio Felipe II, formaban ya coaliciones con las fuertes potencias, destrozaban nuestras escuadras á la vista de nuestros puertos y estendian su dominacion colonial á lo mas remoto de los dos Océanos.—Y la corte de España, entretenida en fiestas y procesiones, en juegos de cañas y autos de fé, nadando en la abundancia y en la disipacion de inmensos capitales, no tenia tiempo de ver aquellos síntomas fatales de la gangrena social, que dentro nos consumia, y fuera nos quitaba el prestigio y la importancia.

Quevedo, colocado por su condicion especial y por su carácter y talentos en una posicion media y en contacto con todas las clases de la sociedad, era el hombre mas apto para conocer y estudiar los vicios de sus contemporáneos; con su curiosidad fogosa, con su genio analítico, todo lo escudriñaba, todo lo sometia al escalpelo de su crítica. Fatigado de llorar la ausencia de su amada y de imitar mal las dulces endechas del tierno Garcilaso, invocando á las musas de los bosques, de las fuentes y de los rios; de fingirse pastor en sus versos y de llamar á su pastora, que de vez en cuando le consolaba y entretenia con alguna carta lamentable, volvió la vista hácia los estravíos y ridiculeces de las gentes que de cerca le rodeaban.

Fácil era tapar la boca á los medrosos y convertir en alabanzas lisonjeras las merecidas censuras en los labios de los aduladores; pero no acallar á los que, como Quevedo, tenian amor á la justicia y un corazon valiente. Mientras los cortesanos, los próceres y hasta los degenerados procuradores de los pueblos invadian las antesalas y asediaban á los dispensadores de las gracias, gestionando la compra y venta de empleos y cargos, la obtencion de beneficios, prebendas y aun presentaciones á elevados puestos eclesiásticos; mientras otros acudian á sacar arriendos de tributos, y autorizaciones para imponer gabelas á los pueblos; otros á gratificar á los secretarios de Estado por favores no merecidos, y todos á medrar á costa de la riqueza pública, nuestro poeta se entretenia en pasear solo por los corredores de Palacio, llevando un tintero col-

gado del cuello, á la manera de los sargentos de ejército, y un cuaderno de papel en la mano, y haciendo curiosos apuntes sobre cuanto veia ó adivinaba su perspicacia.

Los palaciegos se reian de verle y le apellidaban el *Diablo cojuelo*: él solo permanecia siempre serio en medio de ellos, y su rostro pálido, notablemente alterado en tres años, denunciaba ya al filósofo estóico, dedicado á domar, ante el desenfreno de los demás hombres, los ímpetus livianos de su rebelde naturaleza. No era tiempo aun, sin embargo, de aspirar á este cambio, que la reflexion solitaria habia inspirado al espíritu pensador del satírico poeta: el sentimentalismo del amor habia podido traerle á un estado de abstraccion mental pasagero, si bien altamente provechoso para robustecer su corazon y dar gravedad á sus ideas; pero la lozanía de la juventud y hervor de la sangre no dejaban madurar aquel recto juicio, pronto á ser atropellado á los primeros choques del placer, ó á exacerbarse con la hiel de los desengaños.

Un dia que andaba tomando apuntaciones muy afanado, se le acercó por detrás su conocido Contreras, y tapándole los ojos, le preguntó:

—Quién soy?

—Un tonto, respondió al punto el poeta. Dejadme apuntar vuestro nombre en este catálogo de ellos, señor de Contreras, antes que se me olvide.

—Cómo me habeis conocido? repuso aquel sin darse por ofendido.

—Por las trazas, replicó el poeta: —y escribió en su cuaderno:

«Son tambien tontos los que tapan los ojos ó otros, y sin disimular la voz, les preguntan si los conocen.»

—Qué es eso que anotais ahí todos los dias? dijo Contreras.

—Mirad, repuso Quevedo enseñándole el cuaderno: Son cosas que pasan en la corte: aquí, al principio, voy apuntando todas las clases de ladrones que la horca reclama y no le dan; mas adelante los que reciben títulos y honores, mereciendo azotes y coroza; en esta otra parte los venteros de leyes, que venden gato por liebre, los hipócritas y los mohatreros de la justicia; y aquí, por último, las

innumerables especies de tontos que se rebullen en este mundo de pícaros: ved cuánta variedad hay de ellos, y cuán fecunda es en esto la naturaleza: leed.

Contreras tomó el cuaderno y leyó:

«Necios son, con sus puntas y ribetes de vanos y fátuos, los que se dan aire de grandes señores, no lo siendo, y malgastan sus pocas rentas y caudal en parecerlo;

«Los que andan estirados de piernas, y hasta de cuello y cejas, llevando los pasos medidos, y se figuran que así son tenidos por personas de importancia;

«Los que, si encuentran á una persona tres ó cuatro veces al dia, otras tantas le preguntan por la salud y la de toda la familia: estos tales son además graduados de majaderos;

«Los que, paseando al sol, se miran la figura en la sombra, y dan brinquitos, y vuelven la cabeza para ver el perfil de los bigotes;

«Los que, saludando, hacen muchas cortesías y quiebros de cintura, y arrastran los piés;

«Los medios hidalgos y atrevidos hombrecillos, que por parecer señores y caballeros, hablan recio por la calle, hacen mala letra cuando escriben, tratan siempre de armas y caballos, piden prestado y hacen otras ceremonias y cosas que solo á los caballeros son lícitas;

«Los que, por aparentar lo que no son, gastan mas de lo que tienen.

«—Son necios de baqueta los que llevando empolvados los zapatos, se los limpian con la capa, ó el sombrero con las mangas;

«Los que en reunion ó en presencia de otros se suenan fuerte las narices, y luego se quedan mirando el lienzo, como si les hubiese salido perlas por ellas.

«—Son tontos y caminan para modorros los que topando una buscona en la calle, y pidiéndoles luego que la den algo lo hacen;

«Los que andando solos por la calle, hablan alto consigo mismos y se preguntan y responden;

«Los que estando enamorados, ora por ser bizarra su moza,

ora por comunicar la alegría que tienen de tratar con ella y que la vean, llevan á sus amigos á su casa, ó los dejan en ella, ó yéndose fuera del lugar, se la encomiendan y piden que la visiten;

«Los que se casan con mujer que saben ha gozado otro: estos tales tienen permiso para entrar en su casa hablando recio, aunque vayan solos.

«Tontos incurables son los que, sirviendo á alguna dama, la llevan en casa del mercader y mandan que se la dé todo cuanto pidiere;

«Los que escribiendo cartas ó billetes, por mostrar que tienen sutil ingenio, escriben palabras ó vocablos no usados, y hacen lo posible por que no se les entienda;

«Los que en un mismo dia y en una misma conversacion repiten dos ó tres veces lo que ya han dicho.

«Es necio de volatería y embelesado y casi modorro el que, refiriéndole otro un caso, al medio ó casi al fin se lo vuelve á hacer repetir, diciéndole: «¿cómo es eso; que no he estado en ello?»

Contreras leyó en seguida el párrafo relativo á su persona, y cuando hubo concluido, le tomó Quevedo el cuaderno diciendo:

— Traed acá, pondré otra nota que ahora me ocurre.

Y escribió:

«Declárase por necio frisado al que se llega á la persona que es-
«tá leyendo ó escribiendo algun papel; y si á esto añadiere el mirar
«cuyo ó para quien es, declárase, además de ser necio, por digno
«de jáquima, cincha y cola jumental.»

Contreras se rió mucho con esta adicion, y quitando al poeta el cuaderno de la mano, se fué hácia otros amigos á enseñárselo: cabalmente todos ellos habian suministrado á Quevedo materiales para estos curiosos apuntes; de suerte que, reconociendo cada cual á los otros en los rasgos de sus respectivos retratos, á todos sirvió de mucha diversion la lectura, sin que ninguno reparase ó diese muestras de reparar en sus propias necedades.

— Podeis añadir aquí, dijo uno mirando á Quevedo, los que hacen estremos de enamorado por duquesas que están en Flandes.

Todos los otros se echaron á reir de un modo tan insolente que

nuestro poeta no pudo menos de sospechar que á él iba dirigida la alusion.

—Silencio, señores, dijo Contreras: no es lícito pensar mal de las altas damas.

—Nadie piensa mal de ella, repuso el de la alusion: si no, que lo diga Quevedo.

—No sé quien es ella, ni de qué hablais, dijo el poeta.

—Ella es la duquesa de Osuna, contestó el mismo, y vos sabreis quien es el amartelado Amadís, que suspira por su hermosura, y aumenta con sus lágrimas el caudal del Pisuerga.

—Es aquel? preguntó Quevedo señalando con el dedo á un estremo del corredor.

Todos miraron hácia aquella parte, y vieron á don Rodrigo Calderon, que venia andando muy pausado y absorto, al parecer, en profundas meditaciones.

—Chiton, repuso Contreras, hablando en voz baja: no es él, puesto que se casa con doña Inés de Vargas.

—Ya! exclamó Quevedo. Por eso han dado á don Juan de Vargas el hábito de Santiago.

Los cortesanos callaron, y se volvieron para saludar al favorito del privado, quien deteniéndose junto á ellos, les dijo con acento grave:

—Señores: tengo la dicha de ser el primero en anunciar una fausta nueva. El médico de cámara de S. M. la reina acaba de participar, que esta augusta señora tiene ya los síntomas de un próximo alumbramiento.

—Ah! exclamaron todos.

—Y en cuanto cabe presentir á la ciencia humana, prosiguió el favorito se presume que S. M. dará á luz esta vez un príncipe.

—Oh! prorumpieron con mas energía los cortesanos.

—Sí, señores, continuó don Rodrigo: de suerte, que debeis estar prevenidos para los festejos que son consiguientes.

Dicho esto, continuó su marcha magestuosa y grave á lo largo del corredor: dos ó tres de los cortesanos mas adelantados en el favor de Palacio le siguieron, arrimándose á sus costados y hablándo-

le muy obsequiosos. Quevedo se quedó con los otros, á quienes preguntó con mucho misterio:

—¿Ha dicho algo?

—Pues no habeis oido? preguntó á su vez Contreras. Que está próximo el alumbramiento de S. M.

—Si no es mas que eso, ya sabia yo que S. M. está preñada.

—Uf! esclamaron á una varios cortesanos. Que palabra tan ordinaria!

—Señores, no hay otra en la lengua castellana mas espresiva al objeto.

—Embarazada, dijo uno.

—No es propia.

—En cinta, dijo otro.

—Menos, repuso Quevedo. Preñada está S. M., y parirá, no alumbrará, como decís los cultos, si no revienta.

—Qué desacato! exclamaron algunos.

—Sois muy pulcros y muy melindrosos, señores mios: no cabe desacato en la verdad. Pero, puesto que el oirme os desagrada, que os guarde Dios.

El poeta hizo un cortés saludo y se retiró.

—Esperad, Quevedo, le dijo Contreras, si no es que vos tambien vais á pretender colocacion en la cámara del futuro príncipe, como aquellos otros.

Y señalaba á los que seguian á don Rodrigo.

—Es temprano, respondió Quevedo, sin detenerse.

Don Rodrigo continuó su marcha pausada hasta la puerta del gabinete donde tenia su despacho el duque de Lerma, cerca de los aposentos del rey; despidió allí á sus cortesanos y entró.

El duque le recibió con su acostumbrado agasajo, y al punto entablaron conversacion sobre el gran asunto de aquel dia.

—Si se realiza el pronóstico del médico, dijo el duque, será un acontecimiento dichoso para España; pues todavía no tenemos un sucesor varon á la corona, y como S. M. ha dado á luz ya dos niñas, muchos temen que se interrumpa la feliz sucesion directa de la casa de Austria.

—Yo espero que esta vez tendremos un varon, repuso don Rodrigo, y no dudo que, si tan fausto suceso viene á colmar nuestros deseos, tendreis presente lo que os he suplicado.

—Calma, hijo, calma, respondió el duque. Yo sé que mereceis mucho; pero son tantas las atenciones que pesan sobre mí, que no puedo acudir á todas á un tiempo. «Es menester, amigo, sacar «las gracias á los reyes, como los juncos:» el que coge muchos de una vez, se espone á lastimarse las manos.

—Es cierto: pero no lo es menos que las ocasiones son raras, y deben aprovecharse en favor de los mas cercanos.

—Ya lo sé. Por eso no puedo prescindir de sacar para mi hijo mayor la grandeza con título de duque de Úceda. ¿Os parece que lo descuide?

—Oh! No, señor: de ningun modo; pero no obstante eso...

—Ved aquí, dijo el duque, mostrando á don Rodrigo varias cartas: los generales de las Órdenes de Santo Domingo, San Francisco y San Gerónimo tambien quieren ser grandes de España. ¿Cómo les desairo? Esto agradará sobremanera á S. M. Pero ya son cuatro.

—Bien: ¿y qué importa uno mas?

—Tengo, por otra parte, que contentar á mi yerno el de Lemos, porque no diga que os atiendo mas que á él.

—Y qué le dais?

—Le preparo la presidencia del consejo de Indias.

—Buen bocado: no quedará descontento.

—Yo os satisfaria de buena gana, prosiguió diciendo el duque, si no hubiese favorecido por vuestros respetos á tantos en estos dias: el hábito de Santiago á don Juan de Vargas; la encomienda de Martos á don Antonio Perez de Castro: la plaza de oidor de Valladolid, la capellanía de San Juan de Toledo, el corregimiento de Jaen y qué sé yo cuantas cosas más.

—Todo eso son zarandajas de que no tiene conocimiento alguno S. M.

El duque reflexionó breves momentos y luego dijo:

—¿Cómo está vuestro negocio de Flandes? Si hubiéseis proba-

do vuestra descendencia de la casa de Toledo, esto allanaría mucho el camino.

—Es imposible probarla, repuso don Rodrigo: yo estoy convencido hasta la evidencia de que eso es verdad; pero no hay nadie que lo testifique. Por lo mismo deseo una distincion que me haga digno de alternar con vuecelencia; pues no me parece decoroso para el servicio de S. M., que ocupe tan alto puesto el hijo de un simple soldado.

—No tal: el favor que os dispenso basta para que seais respetado. Hay alguien que os tenga en menos?

—Quién sabe!... Yo mismo, y acaso vos.

—Vamos: estais resentido, y no teneis razon.

—La tengo, señor. Yo he solicitado ya la mano de dos altas damas, y ambas me han pedido mis títulos de nobleza. ¿No puede el rey, no podeis vos mismo ennoblecer al vasallo que mayores pruebas os ha dado de fidelidad?

—Noble sois, don Rodrigo; sois caballero y gentilhombre.

—Sí, repuso el ambicioso mozo con desdén: me llamo don Rodrigo.

—Y quereis llamaros...?

—Marqués: ya veis que no es mucho.

—Efectivamente: ¿qué importa un título mas ó menos?

—Nada, replicó el jóven valido: eso es una carga para mí; el honor es para vuecelencia. Los príncipes, señor, no brillan sino por el esplendor que dan á los que los sirven: si no, ¿en qué otra cosa se distinguirian de los demás hombres?

—Teneis razon, hijo mio. Se os concederá el título; pero no digais nada de esto á mis hijos, en particular á Cristóbal; porque es un poquito envidioso, y... no quiero desavenencias en la familia.

—Don Cristóbal sabe ya que lo solicito.

—Sí? repuso el duque alarmado.

—Sí, señor; y lo aprueba: es muy mi amigo. No así el conde, ni vuestra esposa, que se arriman al partido de la reina.

—Vah! vah!... No hagais caso de hablillas. La reina es una criatura; el conde un buen muchacho, mi mujer una bendita, y os estima mucho.

El duque hablaba así por templar la enemistad que don Rodrigo tenia á la reina, á la duquesa y al conde de Lemos, con quienes habia sostenido ya serios altercados por causa del valimiento de aquel jóven, desde que se comenzaron á descubrir sus intrigas contra el duque de Osuna. Era el caso que, habiendo la reina comprendido algo de la animosidad con que se obraba contra este caballero, hizo partícipe de sus sentimientos á la duquesa, quien noticiosa por voces vagas de la pretension del valido á la mano de doña Maria de Velasco, y comprendiendo el empeño del condestable en sacarla de la corte, vino á formar un juicio aproximadamente exacto de la verdad: conferenció sobre ello con su yerno, quien, como ya vimos en otro lugar aconsejó al de Osuna la fuga y le dió cartas para el Archiduque Alberto. La atrevida resolucion de doña Maria confirmó todas las sospechas, y entonces la reina pretendió que don Rodrigo fuese alejado del favor del duque de Lerma; con cuyo motivo mediaron disputas entre este, que temia desagradar al depositario de sus secretos, su esposa y su yerno.

Don Rodrigo, cuya política consistia en tener espias pagados en todas partes, se enteró de estas discordias, y profundizó hasta la raiz de ellas. Por lo mismo quiso aparecer como amigo de don Pedro Giron, tratando de borrar las sospechas de su conducta, y de acreditar que jamás habia obrado movido por un sentimiento de odio personal. Pero en el fondo de su corazon guardaba un rencor inestinguible á la reina, á la duquesa y á las demás personas, de quienes sabia que habian contrariado sus designios.

Por dar á estas mismas personas que sentir, demostrándoles que su valimiento estaba mas arraigado cada dia fué por lo que solicitó el título de marqués, aprovechando precisamente la ocasion del parto de la reina, y al mismo tiempo queria presentarse con él á la dama que habia elegido para suplir á la esposa que antes pretendia. Sobre este enlace habia hecho circular una peregrina historia: cierta noche, deseando él ver á doña Inés de Vargas, de cuya belleza estaba prendado, faltó poco para ser sorprendido por la guardadamas; y á fin de ocultarse de ella, entró en el primer aposento que halló á mano, siendo este por casualidad el de doña Maria de Velasco: para no tener que dar satisfaccion á esta dama, se vió precisado á exi-

gir de una doncella que le escondiese en su dormitorio hasta mas tarde, como lo hizo: habiendo salido poco despues y encaminádose á la estancia de su amada, tuvo la desgracia de que, al entrar en ella, le sorprendiese el capitan de guardia don Juan de Vargas, quien le pidió reparacion de su honra; y hubieran venido á las manos, á no ser porque don Rodrigo se comprometió á casarse con doña Inés, si ella lo consentia: mas parece que la dama tenia algun reparo en darle su mano, hasta ver satisfechas ciertas dudas acerca de la conducta amatoria de su galan, y esto habia retrasado la boda por mucho tiempo.

La verdad era que don Rodrigo se habia negado constantemente á dar satisfaccion ninguna á don Juan de Vargas; pero cuando supo el casamiento de doña Maria de Velasco, se dedicó á servir á doña Inés, la cual no accedió por de pronto á sus pretensiones, porque, ambiciosa tambien, tenia miras muy altas, y deseaba enlazarse con un título de Castilla. Don Rodrigo prometió allanar esta dificultad, y ya hemos visto como asediaba á su protector el duque para titularse marqués.

De allí á pocos dias la reina parió un príncipe, cuyo nacimiento dió ocasion á muchas fiestas y regocijos públicos: llamósele don Felipe, como á su padre y abuelo, y fué, andando el tiempo, el cuarto de este nombre.

Muchos cortesanos medraron con tan plausible motivo: creáronse nuevas plazas de gentiles hombres y empleos honoríficos, mas lucrativos que necesarios, para la asistencia del reciennacido; se dieron varios títulos á los jóvenes mas allegados á la persona del privado, y entre ellos el de marqués de Sieteiglesias á don Rodrigo Calderon, que solemnizó á poco el gran suceso, emparentando con la familia de Vargas: el duque de Lerma gastó con profusion de su hacienda en saraos y en limosnas, y viéndose apurado para atender á tanto, no halló dificultad en obtener quinientos mil ducados de las rentas reales para gratificar á los conventos de su devocion, por las rogativas y preces que habian dirigido al Altísimo, pidiéndole un sucesor á la corona: el ánimo piadoso de Felipe III no puso en duda que el cielo le habia concedido tan señalada merced por la intercesion de sus ministros, los reverendos padres de

Santo Domingo y San Francisco, en particular los de Madrid, que tenian virtud especial para alcanzar la gracia de Dios.

Cuando la reina salió á misa de parida, fueron las grandes fiestas en Valladolid; y la fama de ellas trajo á esta ciudad muchas gentes de todas partes: acudian además diputaciones de los diferentes reinos y provincias sometidos al cetro español, ofreciendo á la vista de nuestros orgullosos antepasados el espectáculo mas brillante y animado que darse puede: recorrian las calles, magnificamente vestidos y con séquito numeroso de lacayos y pages, los graves alemanes, los atildados italianos, los fachendosos portugueses, los ricos y serios catalanes; y eran ciertamente dignas de notarse la variedad de idiomas y trages y la competencia de lujo y riqueza entre estos señores y los franceses, ingleses y demás estrangeros, que convertian la corte de España en una nueva torre de Babel: no podian, sin embargo equipararse en ostentacion de magnificencia y boato con los españoles, que en estas ocasiones se creian obligados á derrochar su hacienda como señores del mundo.

Pero entre tantos caballeros á quienes el orgullo desvanecia, hubo uno que logró llamar la atencion general por el esplendor de sus galas, por su gallardía, sus soberbios caballos, su acompañamiento mayor que de príncipe soberano. Era un jovencito de unos diez y siete años, mediano de estatura, pero arrogante en demasía: su nariz corva y su mirada audaz le daban cierto aire de superioridad, como al águila; presentóse por primera vez en público, entrando en la plaza, en calidad de aventurero, á lidiar un toro: pocos le conocian, pues era forastero; sin embargo se alzó un murmullo en las gradas y balcones, llenos de un brillantísimo concurso, al ver la juventud y bizarría del mozo, el brocado y la pedrería de que iban adornados él y su caballo, y sus criados y pages: todo el mundo preguntaba á media voz el nombre de aquel mancebo, que aparecia como un astro destinado á eclipsar á los mas luminosos de la corte, y que con su rejon dorado en la mano y su espada guarnecida de diamantes ostigaba á la fiera, despues de haber saludado con cierta majestad desdeñosa á la familia real.

Quevedo, que estaba en una grada con varios de sus conocidos, contempló atentamente al arrogante jóven y dijo:

—Ved ahí un pródigo con ínfulas de rey: ó es un portento de vanidad, ó el embrion de un malvado.

—Yo le conozco, repuso Contreras.

—Quién es? Cómo se llama? preguntaron en seguida los que estaban cerca.

—Es el rector de la universidad de Salamanca, respondió Contreras.

Los que tal oyeron soltaron una carcajada de incredulidad. Quevedo, sin embargo no se rió como los otros; antes apoyando á Contreras, dijo:

—Señores, no hay que tomarlo á broma: se han hecho arzobispos de niños de cuatro años; así que nada tiene de particular que sea rector de la primera universidad del reino un libertino de quince. Ese caballero se llama don Gaspar de Guzman: yo le hacia de mas edad, sabiendo que obtenia el rectorado.

—El mismo es, añadió Contreras: acaba de heredar, por muerte de su padre y de su hermano el título y mayorazgo de conde de Olivares, y gasta de su hacienda.

—Pardiez! esclamó Quevedo. Mucho debió de ganar su padre en la embajada de Roma y en el vireinato de Sicilia, ó de lo contrario le pronostico á ese mozo su próxima ruina.

—Mirad, qué bien rejonea al toro, y como se defiende, dijo Contreras: no parece sino que hace andar al caballo con sus propios pies.

—Si es tan sabio como buen ginete y toreador, repuso Quevedo, ya puede ser rector en Salamanca: pero mal suelen avenirse ambas cosas.

Un murmullo general de aprobacion resonó en la plaza, —y habria sido aplauso á no estar presentes los reyes,—ocasionado por la destreza del jóven Olivares, que estando á punto de ser acometido por el toro, habia tirado el rejon y sacado la espada, con la cual acababa de herir mortalmente en la cerviz al furioso animal. Viósele en seguida arrancarle la magnífica divisa que llevaba, dirigirse hácia donde estaba la familia real, y despues de saludarla otra vez, poner aquella en la punta de la espada y ofrecerla con mucho rendimiento y galantería á los pies de una dama de la reina.

Entonces los murmullos fueron de curiosidad en los caballeros, de envidia en las damas; aunque nada estrañaron los que conocian al fastuoso jóven, sabiendo que la favorecida era su prima hermana, doña Inés de Zúñiga y Velasco, sobrina del condestable.

Contreras quiso chancearse con este motivo, y dijo:

—Quevedo, paréceme que vais á emparentar dos veces con el conde de Olivares.

Pero al volver la cabeza pronunciando estas palabras, vió que no estaba allí el poeta, y observó que hablaba no muy lejos con un jovencito, que parecia page, segun sus trazas, el cual le entregaba una carta: diremos, acortando de razones, que aquel mensajero era Carlos, el criado de Isabel, y esto bastará para concebir el júbilo que mostraria Quevedo en su semblante; quien apartándose de la concurrencia, despues de haber despedido al page y dádole una gratificacion, abrió la carta y leyó que decia:

« Si quereis verme y conservais algun recuerdo de mí, venid es-
« ta noche á mi posada, calle de Santiago, casa inmediata á la del
« señor conde de Miranda, en la que os espera vuestra amiga=
« *Isabel.* »

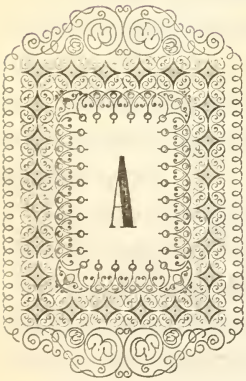
Nuestro héroe sintió renacer aquel amor mal empleado, que tantos suspiros le costaba, y escusado es decir que acudió á la cita en cuanto anocheció.

CAPITULO XVI.

DE COMO DOÑA ISABEL DE MENDOZA Y DE RIVERA COMENZÓ A SER PERSONA DE IMPORTANCIA.

Grande cosecha de Judas
dicen que ha de haber ogaño,
y hasta el muchacho de un año
Judas infuso tendrá.
Ello dirá.....
Este sí que es trasquilon,
y desquilar peregrino,
venir por el bellocino,
y dejarnos el vellon.
Solo hallo una invencion
para tener los dineros,
que es no tener estrangeros;
pero si vá como vá,
Ello dirá.

QUEV.—*Letrilla satírica.*



ADMIRADO quedó nuestro héroe al pisar los umbrales de la casa que Belisa le habia indicado en su billete; y tanto, que retrocedió, temiendo haberse equivocado en las señas: era aquella un semi-palacio antiguo; mas, por esto mismo, propio para infundir respeto; pareciendo antes morada de un grande ó embajador, que habitacion de una aventurera: en su ancho vestíbulo se paseaban ociosos algunos lacayos: un gran farol prestaba luz á aquel y á la escalera, decorada con pasamanos de gótica labor, y al mismo tiempo alumbraba un vasto cuadro de san Lorenzo en las parrillas, que ocupaba la mayor parte del testero.

Quevedo volvió á la calle, despues de haber entrado, pareciéndo-

le que aquella casa debia de ser la del conde de Miranda; la examinó por de fuera, y habiendo reconocido la del conde inmediata á ella, y viendo al otro lado de la misma una iglesia, quedó convencido de que allí era el lugar de la cita, y volvió á entrar resueltamente.

Los lacayos que ya antes habian reparado en él, se apresuraron á preguntarle á quien buscaba, y oida la respuesta, se adelantó uno, diciéndole que tuviese á bien seguirle, subió la escalera, y por un ventanillo con reja que habia junto á la puerta de en medio comunicó el recado á un page: abrió este la puerta, y habiendo preguntado su nombre á Quevedo, le rogó tuviese la bondad de sentarse y aguardar un poco, desapareciendo en seguida detrás de unas cortinas, que al ser levantadas permitieron ver una antesala fastuosamente amueblada. No tardó en volver el page, quien suplicó de nuevo al poeta se dignase aguardar, y hecha una cortesía, permaneció en pié derecho como un ugier de Palacio. A poco apareció Carlitos, el cual saludó á Quevedo con mas intimidad, como quien participaba del afecto amistoso de su señora, y le dijo:

— Venid, mi señor don Francisco: no necesitaba vuesa merced anunciarse con tanta ceremonia, siendo de casa: debeis dispensar la torpeza de esos criados, que, como son nuevos, no conocen á los amigos de mis señoras.

Quevedo entró, siguiendo al pagecito, y á medida que avanzaba era mayor su asombro en ver lo magnífico y lujoso de los muebles y el esquisito gusto con que habian sido escogidos y colocados: no es decir que se hallase encogido entre tanta riqueza, acostumbrado como estaba á frecuentar las casas de los grandes y el alcázar de los reyes; pero no podia comprender que Belisa, la hidalga pobre, se albergase en tan fastuoso recinto.

Cárlos, á pesar de su intimidad y vara alta en la casa, dejó á nuestro poeta en manos de Marina, que al verle hizo estremos de alegría, y á quien él, no menos contento, gratificó con un pellizco: la doncella le mandó estarse quieto, aunque sin mostrar enfado, diciendo:

—No seais tan atrevido, que os pudiera ver mi señora.

—No me retardes, Marina, el momento de verla, repuso Que-

vedo; y te prometo darte otros dos pellizcos y un repelon, tan pronto como Dios sea servido.

—Miren qué regalo! repuso la doncella. ¿No sería mejor dos doblones y un abanico?

—Los tendrás, replicó el poeta en el esceso de su alegría.

Marina le tomó de la mano, apretándosela suavemente, y le introdujo en el cuarto de su señora, cerrando en seguida la puerta.

Isabel estaba muellemente recostada en una especie de sofá de blandos almohadones, á la oriental, y vestida con estremado gustó incitativo, conociéndose en el esmero de su peinado y compostura que habia pasado muchas horas en el tocador: respirábase en aquella estancia un perfume delicado, que embriagaba el alma, fascinando los sentidos: no habia mas luz que la de una bujía, velada con una pantalla de color de rosa, guarnecida con plumon de cisne. Quevedo sintió al punto los efectos de aquella atmósfera voluptuosa; pero se acercó á la dama con cierto respeto, que el júbilo no era capaz de vencer. Ella se levantó al verle, y exclamó como si exhalase un suspiro:

—Ah! Sois vos, Quevedo?

—Vida de mi vida, repuso el poeta, yendo presuroso hácia ella: sí, yo soy, que sin tí he pensado morir.

—Venid, repuso Isabel dándole la mano: sentaos aquí: estamos solos.

Quevedo se sentó á su lado, y ella continuó diciendo:

—Estrañareis hallarme aposentada con tanto lujo?

—No estraño nada: os hallo donde debeis estar; y aun no tan bien como mereceis, ni como yo os tendria, si mi fortuna ayudase á mis deseos. Pero en verdad, he creido que me habian engañado, al entrar en esta casa.

—Mi tia me va á reñir cuando lo vea, repuso la jóven con fina coquetería; porque, amigo mio, aunque tengo esperanzas de heredar cuantiosos bienes, todavía no los poseo; y esto que veis, no todo es mio: he querido ser pródiga una vez, y me he empeñado por recibiros como mereceis.

—Angel mio! esclamó el poeta con entusiasmo ardiente, opri-

miendo con sus labios las manos de Isabel. —En un desierto, en una choza seria yo bien recibido estando tú.

—Pero aquí mucho mejor; no es verdad? repuso la sirena. Los poetas, que fingís tan bien palacios de esmeraldas y rubíes; que haceis oro de los cabellos, de los dientes perlas, que todo lo embelleceis, no podeis hallar deleite sino en un recinto como este. ¿No es cierto, Quevedo, que aquí sentís bullir esa inspiracion sublime que me encanta? Decidme versos.

Hablando así, la jóven se incorporó y quiso despabilar la bugía, que estaba sobre un velador, delante del confidente; pero fuese casualidad ó propósito, la apagó y dió un grito. Quevedo intentó asirla en la oscuridad; pero ella, lo evitó levantándose con presteza; y tomando la bugía apagada, sopló en el humo del pábilo y la volvió á encender: en seguida repitió:

—Decidme versos.

—Dirélos á este caso, bella Isabel: oidme, y perdonad, si yerro.

« La lumbre que murió de convencida
Con la luz de tus ojos; y apagada,
Por sí en el humo se mostró enlutada,
Imágen es de mi azarosa vida.
Pues si tu mano fué la que atrevida
Mató esa luz, por tu beldad preciada
Quedó en ausencia, de su sol privada,
Mi alma doliente y con mortal herida.
Tú que la diste muerte, ya piadosa
De tu rigor, con ademan travieso
La restituyes vida mas hermosa.
Resucitóla un soplo tuyo impreso
En humo, que en tu boca es milagrosa
Aura que nace con faccion de beso. »

—Qué bello soneto! esclamó la jóven, mostrándose sumamente complacida. No lo olvideis, Quevedo.

—No lo olvidaré, repuso el poeta. Mas escuchad, que quiero

añadirle un estrambote, para que sea mas completo el pensamiento: decia, pues,

.....que en tu boca es milagrosa
Aura que nace con faccion de beso.
Y así no será esceso
En mí, que por tu amor muriendo vivo,
Pedirte que me des, dulce embeleso,
Lo que á la luz en forma, en efectivo.

Diciendo esto, Quevedo acercó su rostro al de Isabel; la cual retiró el suyo, bajando los ojos con púdico ademan, y repuso:

—No empeceis ya con vuestras locuras: hablemos seriamente.

—De qué? preguntó el poeta. Me habeis pedido versos, y los he hecho tales como creo que cuadran á mi amor y á vuestra hermosura: ¿quereis que os haga una cancion fúnebre? Debiera hacerla tal vez á mi dicha, que os negais á resucitar, pudiendo inmortalizarla.

—No quiero eso, replicó la sirena: os he llamado para ser feliz con vos; pues solo por gozar de estos momentos, he apresurado mi venida, aprovechando la ocasion de las fiestas reales. Pero me trae además un asunto, en el cual espero me ayudeis con vuestras relaciones.

—Siempre me hallareis dispuesto á serviros, mi dulce amiga: mas me parece que habrá tiempo para todo.

—Sí: por lo mismo, decidme primero: ¿podeis procurarme una entrevista con don Rodrigo Calderon?

Quevedo reflexionó un momento antes de responder.

—Soy poco amigo de ese caballero: con todo, si yo supiese el objeto de vuestro deseo...

—No es mas, repuso la jóven, que el de ganar un empeño poderoso para conseguir la herencia de que os he hablado anteriormente: vos podeis hacerlo, amigo mio; porque teneis genio para introduciros donde nadie se mete. No me negueis este favor.

—Habíanme dicho que vuestro marido tenia mejores empeños que yo para el nuevo marqués.

—Sí, tiene algunos; pero como este es un asunto de justicia,

no conviene que Avililla aparezca de ningun modo como pretendiente: yo puedo hacerlo, porque nadie me conoce; y me valgo de vos, que sabreis obrar con prudencia, evitando murmuraciones y malos juicios.

—Bien está, Isabel: os ayudaré en eso; pero, ¿qué me dareis en cambio?

—Por eso, nada; por vuestro amor, todo, respondió la dama con mucha coquetería, dejando caer lánguidamente su cabeza sobre el hombro de Quevedo.

La conversacion continuó en este tono, siendo á cada instante mas íntima, y duró hasta muy tarde: cuando el poeta se despidió tenia las mejillas enrojecidas, los ojos brillantes, la respiracion cansada; y su amiga, prodigándole el favor que él habia solicitado en sus versos, le rogó que volviese temprano al otro dia, y le recordó que estaba sola; pero que esperaba á su tia de un momento á otro.

No faltó Quevedo á esta segunda cita; y para mas merecer el agrado de su dama, la llevó noticias de don Rodrigo. Este caballero habia tenido la amabilidad de ofrecerse á visitar á Isabel en su propia casa, para oir su pretension; pero sin obligarse á nada, hasta ver si le seria posible complacerla en todo: comprometióse á cumplir su palabra aquella misma noche, y dijo que, para evitar malos juicios respecto á su persona y al objeto de la visita, se presentaria bajo el nombre de don Antonio de Rivera, primo de la dama.

Contentísima quedó esta del recado, y pagó en caricias á Quevedo el pronto y buen desempeño de su cometido; pero le despidió temprano, á fin de no perder tan propicia ocasion de negociar el cobro de su herencia.

Serian las nueve de la noche, cuando anunciaron á doña Isabel, que deseaba verla su primo el señor don Antonio de Rivera: la jóven no le hizo esperar, y momentos despues entró en su retrete el marqués de Sieteiglesias, quien al verla, quedó deslumbrado por su belleza.

—No me habian exagerado nada, dijo, al anunciarme que deseaba conferenciar conmigo una muy hermosa dama.

—Señor marqués, respondió la jóven, halagando con este título

la vanidad del valido; me haceis mucho favor: si os dignais tomar asiento...

—Permitiéndomelo, señora, merced grande me haceis, repuso don Rodrigo.

Y ocupó el sillon, que Isabel le presentaba al lado suyo.

—Sois el mas bondadoso de los hombres, continuó diciendo ella; pues os dignais descender desde la altura en que os han colocado vuestros merecimientos hasta mi humilde condicion.

—Decid mas bien, replicó galantemente el valido, que subo, acercándome á vos, de las grandezas terrenales á las delicias del cielo.

—Por desgracia, señor marqués, en este cielo vais á encontrar cosas muy positivas y mundanales.

—Sois tan discreta como hermosa.

—Merced que me haceis: pero os digo la verdad.

—Sí, me han prevenido que deseais hablarme de cierta herencia.

—Eso es un pretexto, señor marqués: los asuntos que traigo son mas graves que una herencia particular; y confio en que no ha de pesaros el haber sido tan atento conmigo.

—En ningun caso me pesaria; pues solo con haberos visto recibo un placer.

—Cuidado, señor marqués, que sois casado hace ocho dias.

—Eso no impide, señora que yo reconozca vuestras prendas. Pero, no obstante, puesto que de asuntos quereis hablar, decidme cuales son: ya os escucho.

—Me conoceis? preguntó Isabel.

—Sé vuestro nombre y que sois una dama de buena familia; pero nada mas: vuestro mensajero ha sido en esta parte muy discreto.

—Pues bien, comenzaré diciéndoos, que los Mendozas y Riberas de Andalucía son mis progenitores; pero no obstante esto, los ultrages de la fortuna me han traido á ser la esposa del alguacil de corte Mateo Avililla.

—Le conozco mucho, repuso don Rodrigo. ¿Es, por ventura, él quien os envia?

—No, señor: muy al contrario, como debeis suponer que mis sentimientos y aspiraciones pertenecen á una esfera mas elevada que la suya, he tomado pretesto de las fiestas reales para venir á Valladolid, sin que él sepa lo que traigo entre manos.

—Sois muy prudente y reservada.

—Me precio de ello. Mis secretos no los sabe jamás sino el que debe saberlos.

—Y me considerais digno de esa confianza? preguntó el valido.

—Ciertamente: oid.

Don Rodrigo estaba hechizado, escuchando á la jóven ladina, y no podia menos de sentirse rendido ante la elocuencia de su dulce voz y de sus ojos halagüeños. Ella, segura de su dominio, continuó:

—Soy parienta en sexto grado del duque de Osuna: me interesé por él cuando fué desterrado, y con este motivo me guarda algun afecto.

—Si deseais hablarme en su favor, hacedlo sin rebozo: es un sugeto á quien tengo en mucha estima.

—No lo ignoro: pero es otro el motivo por que hago mencion del duque. Recientemente me ha escrito, diciéndome que le han pedido cartas de recomendacion para un tal Rancé y otro Marignac, franceses, que venian á España, segun ellos, con el objeto frívolo de pasar una temporada de recreo. Sabreis quizás que el príncipe de Condé se ha refugiado hace poco en Bruselas, con su esposa, de quien está perdidamente enamorado el rey de Francia y á quien ha jurado poseer, aunque le cueste declarar la guerra á España.

—Sí, algo sé de eso.

—Pues bien: el príncipe y el duque se han hecho muy amigos, y por este medio ha sabido el segundo que los tales Rancé y Marignac son dos espías del rey Enrique, y ha sospechado que su venida á España puede tener por objeto adquirir noticias, para llevar á cabo alguna maquinacion contra los dominios de S. M. El duque no ha podido prescindir de dar las cartas, habiendo considerado impolítico negarlas; y como, por otra parte, carece de la certidumbre necesaria para culpar á esos franceses, entre aquellas les ha dado

una para mi familia, y me ha escrito en particular, previniéndome que esté á la mira y les observe, á fin de impedir que en ningun tiempo se le acuse de complicidad con los enemigos de España. Los emisarios llegaron á Madrid hace un mes: han recorrido las principales plazas fuertes inmediatas á los Pirineos: me he valido de mañas, y sé que están en correspondencia directa con su rey: su principal objeto es formar un juicio aproximado de los recursos y fuerzas que tiene España en su interior; de modo que no es aventurado presumir que el francés medita una invasion en alguno de nuestros dominios. Esto es cuanto sé, y os lo aviso, cumpliendo el encargo que se me ha dado, para que no recaiga ninguna responsabilidad sobre mi pariente el duque.

—Señora, respondió don Rodrigo; lo que acabais de revelarme es de suma importancia; y este servicio no quedará sin recompensa. Estraño, sin embargo, como es que el duque de Osuna se ha dirigido á vos, pudiendo hacerlo á mí, ó bien á otras personas de su confianza cerca de S. M.

—Os he dicho, repuso Isabel, que el duque no teniendo la certidumbre del hecho, y deseando al mismo tiempo prevenir un caso fortuito, no ha querido esponerse á pasar la plaza de visionario, ó de falso delator: y se ha valido de mí, que no podia infundir sospechas, para que estuviese á la mira y averiguase lo que hubiese de cierto. Ahora, si me es permitido aconsejaros algo en este árduo negocio, os diré que no conviene meter ruido, sino proceder con mucha reserva, dejando á los emisarios en la confianza en que están de que la corte ignora sus pérfidos intentos.

—Y qué se ganará con eso, mi linda consejera? preguntó el valido. No seria lo mejor prenderles y hacerles confesar en el tormento los planes de su señor el rey Enrique?

—Podeis hacer lo que mejor os parezca, repuso la jóven: pero en primer lugar, no es probable que ellos conozcan los planes ulteriores de su rey; en segundo, estando confiados, será fácil que yo descubra todos sus pasos; y en tercero, fingiendo que dormimos, podremos tener otros espías, si es menester, dentro del palacio real de Francia, que nos pongan al corriente de los mas ocultos pensa-

mientos de aquel monarca: lo que, si dais un escándalo, no será posible de ninguna manera.

—Teneis razon, amiga, respondió el valido: no discurriría mejor que vos mi maestro Maquiavelo, si viviese; y desde luego me inclino á vuestro consejo.

—Me alegro de que así lo hagais, y vamos al segundo punto.

—Ah! Tenemos otro?

—Sí, uno en que podemos ganar vos y yo.

—Hablad.

—Todo este lujo que veis, continuó diciendo Isabel, representa una mínima parte de las deudas que tengo.

—Y quereis que yo las pague?

—No: ya os he dicho que hemos de ganar los dos.

—Proseguid, pues.

—Mi principal acreedor es un genovés de Madrid, llamado Carducci.

—Buen tunante! Un asentista, que se lleva todos los años el quinto de las rentas de la corona. Seria bueno acusarle de herege, si en tal caso hubiéramos de ser nosotros los confiscadores de sus bienes.

—Lejos de eso, vengo á pediros que os asocieis con él en cierto negocio: con esta sola condicion me perdona todas mis deudas.

—Es negocio en qué yo puedo?...

—Sí, ciertamente: si vos no lo haceis, otros lo harán, y lo estan haciendo.

—Esplicaos.

—Sabeis que vuestro patrono el señor duque de Lerma, para sacar de ahogos el Tesoro real, apeló al arbitrio de subir el valor de la moneda de vellon.

—Es cierto; y no lo es menos que el Tesoro no prospera á pesar de eso.

—Sin embargo, yo tengo por cosa evidente, prosiguió diciendo la moza, que vuestro bolsillo particular puede prosperar mucho con ese arbitrio.

—Sin riesgo?

—Ninguno.

—Veamos, mi consejera: decidme como.

—Dando una ordenanza muy severa para que nadie saque de España la moneda de oro, y dejando un solo portillo abierto por donde salga.

—Eso es ingenioso, replicó el valido riéndose. A ver? esplanad vuestra teoría.

—Desde que se alzó el valor de la moneda de vellon, continuó la jóven, naturalmente bajó el del oro con relacion á esa moneda; por consiguiente hay en el cambio una ganancia igual á la diferencia de la subida: los estranjeros lo comprendieron así, y por esto abunda tanto el vellon y escasea el oro; porque ellos nos traen del primero y se llevan el segundo.

—Es verdad.

—Pues siendo verdad, debeis impedir que el oro salga; pero si dejais á mi acreedor Carducci un resquicio para hacer este tráfico en grande, sin aparecer vos como defraudador, y siendo de él toda la responsabilidad, podeis darle á ganar algunos millones y embolsaros otros tantos.

—No está contento ese gran ladron con lo mucho que roba? exclamó don Rodrigo aparentando indignacion.

Isabel no se turbó por esto: sabia muy bien á quien hablaba.

—Señor marqués, repuso: yo no creo que Carducci haga en esto mas de lo que hacen otros; y al contrario, proponiéndoos la participacion en el asunto, da una prueba de honradez; porque claro está que pudiera hacerlo él solo, y que así la mitad del daño se evita; pues quedará en vuestras manos y en España lo que hoy mismo va á parar á otros paises y á manos de judíos.

—Bien mirado, teneis razon, y eso merece meditarse. ¿Tiene Quevedo alguna noticia de ello?

—Me haceis muy niña, señor marqués: nadie mas que vos y yo sabe esto.

—Corriente: reservad la especie; yo consultaré el negocio con el señor duque, y si él quiere, se hará.

—Cuidado, repuso alarmada la jóven: no me vayais á comprometer.

—No, hermosa: me guardaré muy bien. Su Escelencia ha pensado ya mas de una vez en lo difícil, si no imposible, que es impedir

el cambio y la salida del oro, y me parece que aprobará ese proyecto; en cuyo caso, yo me entenderé con vos y con él, y vos conmigo y con el genovés; pero el negocio será entre este y el duque.

—Sea como gusteis, señor marqués, replicó la astuta jóven, conociendo que habia triunfado: entiéndame yo con vuestra señoría, que lo demás me importa poco.

Esta conferencia bastó para convencer á don Rodrigo de que habia encontrado en Isabel una joya de inestimable precio: talento, discrecion, sagacidad, hermosura, todo se hallaba reunido en aquel diablito para tentar á los hombres y revolver el mundo: una cosa le faltaba para ser mujer perfecta; el corazon; pero el valido lo ignoraba, y pareciéndole que un confidente de esta naturaleza no es seguro y fiel, sino en cuanto se le subyuga por el lado flaco de las hembras, pensó que debia esforzarse para inspirarla amor. Sin embargo, diferentes pensamientos se cruzaron en su cabeza respecto á este punto; pues, si bien por un lado, enamorándola, conseguia identificarla con sus intereses y garantizar sus secretos, por otro se esponia á los vaivenes de la pasion, que en casos dados pudieran convertirla en enemiga. Ella, por su parte, calculaba tambien que, esclavizando á aquel hombre, árbitro de los destinos de la monarquía, podia encumbrarse rápidamente y disponer de todo como absoluta señora. No con otra intencion habia recordado su amistad con el duque de Osuna; pues lo de la carta relativa á los emisarios del rey de Francia era una pura invencion suya, como veremos mas adelante.

Animados los dos de intenciones análogas, no se separaron sin dar primero algunos toques á la cuerda sensible de la galantería: Isabel volvió á la carga, diciendo:

—No podeis desconocer, que os doy pruebas de interés y confianza, en dirigirme á vos para estos delicados asuntos con preferencia á otras personas; y si lo dudais, sabed que acaso esto no merezca la completa aprobacion de mi primo Osuna.

—Por qué? preguntó don Rodrigo.

—Porque bien conoceis su carácter, y de seguro habria él preferido que yo me confiase á otros sugetos menos jóvenes y arrogantes que vos: y si esto digo de él, ¿qué diré de mi marido?

La astuta moza habia dado en el blanco: don Rodrigo concibió deseos de atropellar por todo, comprendiendo que en el amor de aquella mujer hallaria una satisfaccion para su orgullo herido; pues le vengaba del duque de Osuna, de quien no dudó ya que habia tenido aspiraciones á ella.

—Esa confianza es merecida, respondió; y os lo probaré.

—De qué modo?

—Haciéndoos ver, señora, que ningun hombre del mundo es capaz de hacer por vos mayores sacrificios.

—Jesus! esclamó ella, entre ruborizada y risueña: no os pido nada.

—Por lo mismo estoy mas dispuesto á concedéroslo todo.

—Adelante, señor marqués, repuso la jóven con travesura y valentía: no olvideis por lo accesorio lo principal. Démonos las manos, y marchemos unidos; que juntos, mucho podemos hacer.

—Dadme la vuestra, dijo el valido interpretando materialmente las palabras de Isabel.

—Aquí está, replicó ella dando fuerte con su palma en la del marqués.

—Bien hayan las mujeres de rumbo! exclamó este apretando aquella mano y besándola.

La jóven no se conmovió.

—Hasta mañana, dijo: no echeis en olvido nuestros negocios, y haced de modo que no me falten los medios de serviros bien.

Don Rodrigo prometió todo cuanto ella quiso, y se despidió. Luego que la jóven dejó de oir el rumor de sus pasos, llamó á Marina y le preguntó:

—Ha venido mi tio?

—En su cuarto está, respondió la doncella con una sonrisa significativa.

—Pregúntale si podré hablarle dos palabras, repuso Isabel.

Marina se retiró, y á poco entró en el gabinete el genovés de la calle de Postas.

—Me habeis llamado, amable sobrina? dijo.

—Sí, respondió la jóven, riendo con desenfado. ¿No habeis visto salir á mi primo don Antonio?

—Es decir, don Rodrigo?...

—No seais tonto: el negocio es cosa hecha.

—De veras! esclamó el genovés, chispándole los ojos de codicia.

—De veras, querido tio: y lo mejor de todo es que no tendreis que entenderos mas que conmigo.

—Vales un Potosí.

—Me comprareis el coche?

—Tendrás todo lo que quieras.

—Ea, pues: á dormir, que estoy cansada. —Decid á Marina que venga á desnudarme.

Carducci obedeció como una máquina.—Media hora despues, Isabel daba vueltas en la cama y murmuraba sonriéndose:

—Si Dios no lo remedia, voy á emparentar con todo el género humano.

CAPITULO XVII.

SIGUE LA TRAMOYA.

Fortunilla, Fortunilla,
cotorrerica de fama,
pues con todos los nacidos
te echas y te levantas:
Bestia de noria, que ciega
con los arcaduces andas;
y en vaciándolos los llenas,
y en llenándolos los vacías:
. . . . . .
¡Qué de volatines veo,
que por tus cordeles andan,
y han de tener el pescuezo
en donde tienen las plantas!
QUEV.—*Romance á la Fortuna.*

SERENOS dias y venturosa suerte gozó en Valladolid la hermosa Isabel, mientras su marido, lejos de ella, y ocupado en las tareas de su oficio, ni la molestaba, ni la pedia celos: prosperaba por momentos su fortuna; y en coche y galas, y en banquetes y saraos gastaba nuestra moza como una princesa. Para no dar que decir á las gentes, que por necesidad habian de fijar la vista en ella, dejó correr la voz de que habia heredado á un pariente, muerto en las Indias. Visitábanla personas principales, que ya en aquel tiempo el oro tenia ejecutoria de nobleza por todos cuatro costados; aunque los progresos de la civilizacion no hubiesen movido aun á ningun ministro á concederle los honores del patriciado.

Nada mas natural: conocíase ya la práctica, no elevada á teoría constitucional, de titularse por dinero; de ocupar los mejores puestos de la administracion por dinero; de condecorarse por dinero: así que el dinero era lo principal, y todo lo demás, incluso el honor, accesorio; tanto que, al aparecer en el mundo un jóven muy rico, heredero reciente de bienes mal adquiridos, solia decirse á modo de refran:

«*Dichoso el hijo, que tiene su padre en los infiernos!*»

Y por esto mismo, quizá, Góngora, poeta contemporáneo, hizo aquella letrilla que comienza:

«Dá bienes, Fortuna,
Que no están escritos:
Cuando pitos, flautas;
Cuando flautas, pitos.»

Pero dejando á un lado digresiones, y volviendo á nuestro asunto: la bella Isabel adquirió en poco tiempo muy buenas relaciones, y comenzó á ser el mejor empeño para los pretendientes que llegaban á la corte: doña Tomasa con su otra sobrina y Lupercio estaba ya en ella, y presidia la tertulia diaria que se daba en su casa, y á la cual asistian magistrados, nobles y hasta graves consejeros: era, entre estos, uno de los mas asíduos el conde de Villalonga, don Pedro Franqueza, hombre de larga carrera, que habia servido treinta y seis años á Felipe II, como secretario del estado de Aragon, siendo modelo de probidad; y que á la sazon tenia á su cargo el principal manejo de la Hacienda.

Este notable personage no era ya el que habia sido: contagiado por el mal ejemplo de la corte, y alentado con la devota indolencia y descuido del monarca, tan diferente de su antecesor en celo político, se habia entregado á todo género de escesos en materia de infidelidad administrativa, y esperaba ganar la voluntad del duque de Lerma para sí esclusivamente, halagando la desenfrenada codicia de aquel magnate.

Por esto, sabedor de la influencia de Isabelita, con quien recientemente habia tenido trato para algunos ágios, procuraba cultivar su amistad, á fin de apoderarse de los secretos de don Rodrigo y des-

bancarle en la privanza del duque. Pero la hábil cortesana, conducida bajo la direccion de doña Tomasa, de todos sacaba jugo, sin dar su brazo á torcer con ninguno; y menos con el conde, cuya sagacidad le inspiraba recelos, y cuya cooperacion no le habia sido aconsejada por el jóven valido: mas aun, evitaba lo posible tratar con él de negocios; porque la voz pública empezaba á señalarle como autor de muchas concusiones y cohechos, y tambien Isabel tenia su poquito de conciencia.

Llegó el conde á picarse de esta reserva de la cortesana, y un dia, encontrándola á solas, se le quejó de ello, y pasando á mayores, llegó á decirla que conocia sus relaciones con cierto banquero y con un personage muy pudiente de la corte: la verdad era que sospechaba, pero no sabia de positivo la naturaleza de estas relaciones, y queria intimidar á la jóven para que se lo confesase todo: pero ella sostuvo impasible la acometida, y le prohibió volver á su casa para hablarla de asuntos en que no entendia, y para ofenderla con sospechas indignas de su honra y decoro.

El anciano funcionario se retiró ciego de ira y respirando venganza; pero Isabel previno los efectos de su furor, mandando avisar á don Rodrigo, y contándole todo lo que con el conde le habia pasado.

—Ese pérfido viejo, le dijo, ha descubierto algo, y es capaz de perderos.

—No tengais miedo, le contestó el valido: el señor duque sabe que yo, en nuestro negocio, no soy mas que un simple mediador, como vos.

—Dejad á un lado el disimulo, y decidme francamente la verdad, repuso la cortesana: yo no he creido, ni creo que el duque tenga parte alguna en nada de esto; y es preciso meditar seriamente; porque el viejo conde aspira á suplantaros, y ya conocereis que puede encontrar una ocasion inmejorable.

—Os doy gracias por el interés que me mostrais, querida Isabel, replicó el valido: pero repito que el duque toma su parte, y no la menor. Por lo demás, tranquilizaos; pues yo taparé la boca á ese buen señor y le cortaré las uñas para que no robe mas.

—Qué pensais hacer?

—Nada: justicia.

—Cuidad no se os revuelva esa señora, dijo Isabel en tono de chanza. Y añadió con seriedad.—Para todo evento, no estará de mas tomar precauciones.

—Veamos: aconsejadme, respondió don Rodrigo.

—Yo, en vuestro lugar, continuó la sagaz cortesana, aconsejaria al señor duque una medida enérgica: repetiria con mas severas penas la prohibicion de estraer el oro y la plata, cosa que segun veo, es imposible de observar, habiendo Américas y letras de cambio. Pero, en fin, meteria ruido con esto, y abandonando nuestro plan, lo legalizaria de otro modo.

—Cómo?

—Ampliando las licencias para acuñar moneda de cobre, so pretesto de aliviar las escaseces del Erario. Esto será todavía mejor que lo otro.

—Sabeis mas que Merlin.

—Además, continuó diciendo la jóven, sin atender á la galantería de su poderoso amigo, convendria dictar pragmáticas severas contra los cohechos, para que se vea que el gobierno quiere la moralidad de sus funcionarios.

—Estoy en eso, contestó don Rodrigo; y ahora tenemos una ocasion magnífica de hacernos estimar y temer. Ya vereis la que se arma, si el señor don Pedro Franqueza da un mal paso. Estad tranquila por ese lado, y hablemos un poco de otros asuntos. ¿Qué sabeis de los espias del rey de Francia?

—Oh! Cosas grandes: me tienen por su confidente, repuso Isabel: ¿no os lo he dicho?

—No.

—Pues sí: he conseguido hacerles creer que les vendo los secretos del Estado, y no hay nada que me oculten. Segun sus noticias, no cuajará la alianza que habeis pretendido hacer con el nuevo rey de Inglaterra para despojar á Francia de las antiguas provincias inglesas y de las limítrofes con España y Alemania: todo lo sabe ya Enrique cuarto, y ha enviado agentes á las islas para ganar á los ministros del rey Jacobo.

—Añadid que ya los tiene comprados, y que se ha perdido el oro que les dimos nosotros.

—Ah! Conque salen ciertas mis noticias?

—Sí, querida: brujuleais bien. Pero no sabrán nada los espías de la nueva trama?

—De cuál? Esplicadme lo que sea; porque si no, ¿cómo he de indagar?....

—Oh! Siguiendo vuestros consejos, tenemos bloqueado al rey Enrique: la reina María de Médicis es nuestra, los principales ministros, escepto el indomable Sully, están ganados, y hasta la querida del rey, Maria Verneuil se ha dignado aceptar de nuestro embajador un aderezo de brillantes. Pero lo principal es, (y en esto es menester que tengais muy fija la atencion), que mientras Enrique no puede dar un paso, sin que al punto estemos informados, se trama á su alrededor una conspiracion terrible.

—Ah! Sí?—Cuánto me alegraré de que le demos un buen golpe á ese herege disfrazado de católico! No le puedo ver por fachendoso. Y tenemos probabilidades de triunfo? Quién maneja el negocio allá?

—Está al frente de la conjura el mariscal de Biron.

—Nunca le oí nombrar.

—Sois poco veterana en la diplomacia, repuso don Rodrigo sonriéndose; pues no teneis noticias del mariscal, uno de los generales mas famosos de Francia.

—Conque es hombre de pró? Y qué ganaremos? Bien sabeis que yo siempre tiro al blanco.

—Por de pronto está tratado que se nos entregue la plaza de Marsella.

—Nada de eso me han dicho los espías: sin duda lo ignoran.

—Id con mucho tiento; pues la menor indiscrecion pudiera desbaratar el plan.

—Callad, por Dios! exclamó Isabel. Parece que no me conoceis.

—Perdonad, querida Isabel, repuso el valido. Ya sé que sois de fiar.

La jóven hizo una cortesía con la cabeza, y sonriéndose de un modo espresivo, repitió:

—Pero, aun no me habeis dicho: ¿qué ganaremos?

—Podeis suponer, respondió el flamante marqués, que una conjuracion no se lleva á cabo sin mucho dinero: todo él corre por mi mano; y ¿quién ajusta esas cuentas?

—Ya: y es muy justo que os cobreis vuestro trabajo. No echeis en olvido mis consejos, marqués.

—Mucho valen, hermosa: no los olvidaré.

—Y... añadió lentamente Isabel, cuidado con el consejero de Hacienda!

—Le tendré muy presente.

Dichas estas palabras, don Rodrigo se despidió.

Algunas horas despues la cortesana conferenciaba con uno de los espías del rey de Francia y le descubria el secreto de la conjuracion; pero reservándose el nombre del caudillo que habia sido puesto al frente de ella, y prometiendo averiguarlo, como tambien todos los pormenores de la trama, siempre que se la diesen recursos para ganar la conciencia de algunos altos personages, que estaban informados de todo. Al decir esto, procuró dar á entender con maña que no ignoraba nada; pero que, conociendo la importancia del secreto, queria que se le pagase bien.

—Guardaos mucho de don Rodrigo Calderon, le dijo por último; pues tengo indicios de que os sigue la pista; y no hableis de estas cosas con nadie mas que conmigo, si no quereis perder la cabeza.

El francés le agradeció el aviso, y prometió escribir aquel mismo dia á su gobierno, pidiéndole carta blanca y crédito para gratificar esplendidamente á las personas que fuese necesario tener propicias.

—No es solo eso lo que me hace falta, le respondió la moza. Es preciso que yo tenga noticias muy circunstanciadas y exactas de la política y de los planes de vuestra corte; porque sin esto me veo muchas veces embarazada para ciertas averiguaciones. Si quereis que os sirva bien, es indispensable que yo conozca todos los medios de ataque y defensa; pues de otro modo, estoy vendida, y puedo cometer faltas involuntarias.

Este razonamiento era tan natural y convincente, que el francés

no pudo menos de revelar en el acto á su servicial amiga cuanto sabia, y le ofreció instruirla de todos los planes de su rey, que eran vastos y encaminados á humillar la preponderancia española.

Por este conducto supo Isabel, que Enrique IV trabajaba sin descanso en hacer aprestos de guerra, para invadir los paises del Norte de Italia, y cortar por aquella parte nuestras comunicaciones con Alemania y el importante paso de nuestras tropas entre ambos paises; descubrió que intentaba llevar un ejército auxiliar á las fronteras de Flandes para ocupar esta provincia y secundar los esfuerzos de los holandeses; y por último, que estaba en relaciones y tratos con los moriscos del reino de Valencia, los cuales, oprimidos é injustamente maltratados por nuestro gobierno, deseaban sacudir el yugo, y maquinaban abrir las puertas de España á una nueva invasion de musulmanes, turcos y africanos.

Todas estas revelaciones, lo mismo que las relativas á los planes de nuestro gabinete contra Francia daban, como se deja conocer, una gran influencia á la persona que las recibiese, y nuestra hábil cortesana se habia propuesto convertirlas en oro. Nada le importaban el español, ni el francés; el triunfo de una ú otra potencia le era de todo punto indiferente: vender á cada cual los secretos de su contraria; desbaratar con maña los planes mejor concebidos de entrambas, despues de haberlas alimentado algun tiempo de ilusorias esperanzas; exasperar su odio recíproco y prolongarlo indefinidamente con el despecho propio de las operaciones malogradas; y en medio de esto, sacar provecho de las dos partes, suponiendo falsos servicios, tal era el sistema diplomático que aquella mujer se habia propuesto y que, menester es confesarlo, la daba resultados inmediatos y satisfactorios.

No era, sin embargo, ella sola para concebir y realizar sus hábiles manejos: todas las noches se reunian en consejo de Estado las dos hermanas, la tia, Lupercio y despues Avililla, y discutían largamente los negocios mas árduos, proponiendo cada cuál aquello que consideraba mas acertado para el seguro logro de sus fines; se consultaban acerca de lo que convenia ó no comunicar, y calculaban la oportunidad y estension de las revelaciones que era prudente hacer.

De este modo se pasó mucho tiempo, sin que nuestros conspira-

dores de nueva especie perdiesen el hilo de sus maquinaciones: favorecíales sobremanera para no quedar nunca en descubierto la política esencialmente venal de la época; pues habiendo ganado la corte de España con dinero y dádivas á los ministros y hasta la querida del rey de Francia, nada era mas lógico que suponer que este se valiese en Valladolid de iguales medios. Así, pues, cuando Isabelita veia próximo el momento de frustrarse alguna de las tramas del duque de Lerma, gracias á su oficiosidad, se apresuraba á prevenir á don Rodrigo, advirtiéndole que no podia menos de haber gentes ganadas y vendidas al estranjero dentro de Palacio. En estas ocasiones desplegaba un celo patriótico estraordinario y una elocuencia de tribuno, capaz de conmover á las piedras.

Pero, durante estas intrigas, seguian su curso natural otros acontecimientos: la causa entablada en Madrid contra el almirante de Aragon y otras personas habia sido elevada á consulta del consejo supremo de Justicia: en aquel venerando tribunal, y á despecho de la corrupcion que todo lo invadia, se levantó un hombre como defensor de los acusados: este hombre, que habrá de ocupar una página honrosa en nuestra historia, se llamaba el licenciado Gregorio Lopez Madera: grave y entendido jurisconsulto, espíritu fuerte, incapaz de torcer y de consentir que se torciese la rectitud de la justicia, estricto observador de las leyes, fiel á su conciencia y á su deber, examinó detenidamente los cargos, comprobó los testimonios, buscó antecedentes, y cuando estuvo convencido de la inocencia de los presuntos reos, se decidió á salvarlos contra toda fuerza ó poder.

Silva de Torres tuvo que acudir á sostener su vacilante autoridad, y con esta ocasion le acompañó el alguacil Avililla, el cual se vió en la necesidad de aparecer como huésped en la casa opulenta de su mujer y representar en ella un papel muy oscuro y secundario.

El alcalde de corte apeló al influjo poderoso de su patrono, tan interesado como él en la condenacion de los procesados: el duque de Lerma quiso interponer su valimiento para evitar á su favorito el descrédito y sostenerse él mismo; pero se vió obligado á retroceder ante la actitud severa y la integridad indomable del defensor;

que, sin mas apoyo que el de la razon y el convencimiento legal, tenia ya inclinado á su parecer el ánimo de la mayoría de los jueces.

Pasaba esto en los momentos en que el conde de Villalonga, resentido por el desaire de Isabel, y mas que nunca ganoso de abatir á don Rodrigo, se afanaba para ganar la voluntad del duque. Con motivo de su cumpleaños le convidó á comer: dió un espléndido banquete, y estando de sobremesa, movió conversacion sobre la causa del almirante, y dijo:

—Yo temo que, en definitiva, y sea el que quiera el resultado de ese procedimiento ruidoso, ha de padecer vuestra reputacion por la torpeza de los hombres que han intervenido en el asunto; y creo que si el almirante es absuelto, como parece que lo será, os vereis precisado á entregar á su acusador al brazo de los tribunales.

—Su acusador, respondió el duque, ha procedido así, movido por un sentimiento laudable: si pudiera admitirse vuestra opinion, seria menester encausar y perseguir á todos los jueces, que proceden de oficio en averiguacion de delitos que no llegan á probarse.

—Hay alguna diferencia, insistió el conde, entre el juez que procede en virtud de indicios, y el falso delator, que compromete la dignidad de la justicia.

—Lo concedo, repuso el duque; y así como celebraré que el almirante salga libre de todo cargo, os prometo que haré castigar á todo el que delinca ó haya delinquido.

Esta contestacion ambigua satisfizo al conde, quien interpretándola conforme al espíritu que le animaba, creyó que era una amenaza contra don Rodrigo.

—Nada es mas conveniente que eso, dijo: porque, si dejais sin correctivo los ultrajes de la opinion, sereis perdido tarde ó temprano... Hay ciertos escesos que yo considero necesarios en política; pero que nada justifica, si falta habilidad para encubrirlos.

—Esplicaos con claridad, respondió el duque: yo no admito la necesidad de ningun esceso.

—Señor, hay quien murmura del marqués de Sieteiglesias, di-

ciendo que abusa de vuestro valimiento para sus medros personales.

—No digais mas: yo sé á qué atenerme respecto al marqués.

Pasados algunos dias, se vió la causa del almirante, cuya defensa despertó en todos los ánimos el adormido sentimiento de la justicia: el licenciado Lopez Madera tronó con el fuego de una elocuencia demosteniana contra los abusos de autoridad y contra los escandalosos cohechos que oprimian á la inocencia y devoraban el jugo vital de la nacion; y empleando una figura retórica, sin ánimo de aludir á nadie determinadamente, comparó el desórden administrativo á un banquete de águilas, donde se bebe la sangre en las entrañas palpitantes de los mansos corderos, que han desollado sus garras.

Asistia el conde al juicio, esperando ver confundido á su contrario; pero al oirse las palabras del licenciado, todas las miradas se volvieron hácia él, y un murmullo acusador pareció señalarle, como á una de aquellas águilas voraces. El licenciado, atento solo á su objeto no reparó en este incidente, y cual si animase á su lengua un espíritu providencial, para mover el ánimo de los jueces y compelerles á restaurar los fueros de la justicia, y con ellos los de la sociedad, encareció la influencia deletérea del mal ejemplo dado por los magistrados supremos, y pintó con vigoroso pincel la corrupcion que por aquella causa se introduce hasta en los corazones mas virtuosos.

El conde de Villalonga quedaba retratado en esta pintura, tan al vivo, que él mismo se reconoció, y tuvo que salir de la sala: otros habrian debido imitar su ejemplo; pero acaso no tenian, como él, un resto de pudor.

Si el discurso de Lopez Madera hubiera sido pronunciado en una asamblea política y con circunstancias de publicidad como las que exige el pró comun en todo pais bien constituido, indudablemente habria ocasionado la caida del duque de Lerma y de los demás ministros prevaricadores que le rodeaban: sin embargo, durante algunos dias no se habló de otra cosa: la voz de la conciencia y del deber estremeció todos los corazones y conmovió desde la choza al palacio. Quevedo era amigo del licenciado, y alentándole su triun-

fo, escribió una sátira contra los ladrones de alto copete, y un soneto haciendo á la horca quejarse de que no la adornasen, como era debido, colgaduras de joyas, cadenas de oro y brocado. No habia entonces periódicos que en breves horas multiplicasen á millares los escritos oportunos, y los esparciesen como semilla productiva: pero, no obstante, en dos otros dias, los versos de nuestro poeta, pasando de mano en mano, fueron reproducidos en copias manuscritas, equivalentes en número á una edicion considerable, y mas buscados que si hubieran sido impresos.

Todo esto produjo un clamoreo general, aunque sordo; pero tan imponente, que el privado llegó á temer por su seguridad, y quiso tener noticia de todo cuanto se decia. Don Rodrigo se encargó de averiguarlo, y no le fué difícil demostrar al duque la necesidad de prender al conde de Villalonga, cuyo nombre, unido al suyo, corria de boca en boca.

—Cuéntase, dijo, que Gregorio Lopez, en su banquete de águilas ha querido aludir al que dias atrás os dió el conde; y en verdad, señor, que águila de tales garras como las suyas debe estar enjaulada: yo tengo para mí, que un ladron mas escandaloso no le hay en España; —y no lo digo por mala voluntad, aunque sé que no le merezco muy buenas ausencias; —y es doloroso que su nombre y el vuestro corran unidos en las invectivas del vulgo. Justiciando á ese hombre, os lavareis de la mancha que os ha caido en su mesa.

El duque aprobó el parecer de su favorito, y aquella misma noche mandó prender al conde de Villalonga: no bastaba esto solo para justificarse en la opinion pública, y concedió una plaza de magistrado á Lopez Madera, con quien se aconsejó para dictar pragmáticas terribles contra los cohechos y la venalidad de los jueces y funcionarios públicos.

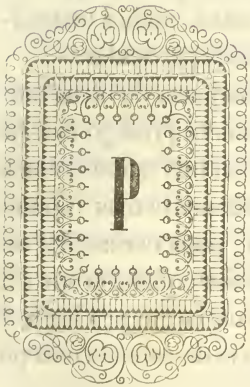
En el juicio del conde resultaron contra este cuatro cientos setenta y cuatro cargos probados, y el duque dispuso que al reo se le dejase morir en la carcel.

Nadie desaprobó la dureza de esta determinacion, y al contrario, fué general la creencia de que iba á renacer en España el reinado de la justicia.

CAPITULO XVIII.

DE COMO QUEVEDO, BUSCANDO SU BOLSA, TROPEZÓ CON EL HERMANO COGOLLUDO Y VIÓ VISIONES.

Manuela. Ay, qué linda criatura!
Ma.ia. Ay, cómo llora!
Los dientes deben de salirle ahora.
Dáme la bolsa, y quitaréte el moco.
Niño. ¿Dáme la bolsa? — Coco, coco, coco!
Manuela. Mil sales tienes; eres lindo: daca.
Niño. Daca tras lindo?.. — Caca, caca, caca!
Manuela. ¡Oh, qué mal niño eres!
No veo que á darme nada te acomodes:
Lástima fué no dar contigo Herodes!
QUEV. — *Entremés de Peralvillo de Madrid.*



POR este tiempo falleció en Madrid la emperatriz viuda, doña Maria de Austria: cesaba, por consiguiente, la causa que habia hecho trasladar la corte á Valladolid; mas, aunque el clima de esta ciudad no era favorable á la salud de la familia real ni de otras muchas personas, que en verano padecian de tercianas, el duque de Lerma tardó en decidirse á regresar al primer punto.

La causa de esta detencion consistia en el deseo que mostraban los madrileños de que su villa fuese restablecida en centro de la monarquía: continuamente gestionaban para conseguirlo personajes importantes por su posicion ó arraigo; pero se les entretenia con esperanzas, y no cesó la resistencia hasta

que á fuerza de halagos y cuantiosas dádivas se logró vencer la obstinacion del duque.

Por último se determinó el regreso á Madrid, y tuvo efecto al comenzar el año de 1506.

Ya en esta sazon había crecido estraordinariamente el poder absoluto del privado: con sus últimas disposiciones, encaminadas al parecer á moralizar la administracion interior, y con algunas negociaciones diplomático-guerreras dirigidas á proteger al papa contra la república de Venecia, habia conseguido captarse completamente la voluntad del rey, que indolente de suyo, y á fin de no robar una hora á sus ejercicios devotos, acabó de dejar en manos de aquel todo el peso del gobierno.

Consecuente el duque con esta disposicion del monarca, tan favorable á sus intentos, hizo reparar y ensanchar su palacio de la calle del Prado, trasladó á él todas las oficinas y los papeles de importancia concernientes á los negocios del Estado; puso gran guardia á la puerta; amuebló las estancias con un lujo verdaderamente régio, y comenzó á gobernar como único señor y rey del mas vasto imperio del mundo.

Con el aumento de poder y de autoridad habia crecido tambien la codicia de este magnate; de modo que, siendo árbitro ya de todos los destinos, y esclusivo dispensador de la justicia y de las gracias, y no teniendo que dar á nadie cuenta de sus actos, pudo á mansalva derrochar la fortuna pública y muchas veces la particular.

Pero este hombre tan sediento de oro, á semejanza de otros muchos que nos presenta la historia, era sumamente pródigo con sus amigos, parientes y allegados; de suerte que con una mano tiraba lo que con otra recogia, viniendo así á ser infinitamente mas calamitoso para la nacion, que si hubiese sido avaro; pues necesitaba robar para muchos. En cambio, estos mismos le sostenian con sus alabanzas, y como no olvidaba nunca favorecer con largueza á los frailes, que siempre tenian rodeado al rey, merecia de este el concepto mas lisonjero.

Y si el duque de Lerma creció en poder y codicia, su instigador y favorito el marqués de Sieteiglesias no le cedió en la segunda de estas cualidades y le sobrepujó en orgullo: habíase hecho nombrar

capitan de la guardia tudesca, uno de los empleos mas elevados en la gerarquía de Palacio, y continuaba siendo el escalon para llegar hasta la persona del privado.

Esto basta para inferir que la influencia de Isabel no se habia disminuido en un ápice: las riquezas de la nacion entraban en su casa, puesta de nuevo ahora en Madrid, con mas ostentacion de grandeza que anteriormente. Mas, á pesar de esto, las minas que aquella mujer esplotaba, no eran suficientes á mitigar su inmoderada sed de oro; renovó sus antiguas relaciones, y siguió cultivando las que no habia abandonado.

Quevedo continuaba entrando en la casa, donde se le recibia con cierta intimidad: la fervorosa pasion de nuestro poeta no era ya tan ardiente, y á la ceguera del amor habia sucedido en él un afecto de costumbre, y una lucidez, que le permitia conocer los defectos de su ídolo. Entonces pudo observar que aquella casa era una especie de portería del palacio de Lerma; que muchos entraban alegres y salian mústios, y otros llegaban suplicantes y se retiraban contentos: notó la nulidad marital y la paciencia de Mateo Avililla, tratado muchas veces como esclavo por su hermosa mitad; y hubo momentos en que debió exclamar interiormente:

«Marica, yo confieso,
que por tenerte amor, no tuve seso.»

Pero lo que mas le chocaba, llegándole al alma, era la franqueza con que de vez en cuando disponia doña Tomasa de su hacienda. Esta buena señora nunca tenia bastante para cubrir sus numerosas necesidades: los acreedores no la pagaban; el administrador de sus bienes de América no la daba cuentas; la flota que debia conducir el dinero nunca acababa de llegar; de suerte que la pobrecita se veia sumamente angustiada con mucha frecuencia, y desahogándose con Quevedo, en el seno de la amistad, exclamaba medio llorando:

—¡Ay, Dios mio! En hora menguada le vino esa herencia á mi sobrina! Cuando éramos pobres, no lo pasábamos bien; pero al menos podíamos pasar de cualquier modo. Ahora es preciso mantener el rango en que nos ha colocado la fortuna.

Y volviendo luego la hoja, añadia:

— Esto no es decir, señor don Francisco, que estemos en el último estremo. Gracias á Dios, pocos habrá que tengan una posicion tan bonita como la nuestra; pero están los tiempos tan malos, que no basta el ser una dueña de cuantiosos bienes: se necesita cobrar, poseer, y en llegando la hora del pago, todo son dificultades, todo el mundo se atrasa. En estos casos, ya se vé, si no tuviese una personas de confianza y amigos á quien acudir, estaria perdida.

Tras de este y otros exordios semejantes, solia venir la embestidura, que algunas veces se dejaba á cargo de Isabelita, quien sabia desempeñar su cometido mejor aun que la tia.

En otras ocasiones no se anunciaba el ataque con lamentos, sino con risa y jaleo: tratábase de una fiesta, de un dia de campo, ó de un rato de diversion; iban por lo comun varias amigas de las amigas de Quevedo, y entonces, en presencia de ellas ó de otros compañeros de cadena se le comprometia diciendo:

— Cómo iremos todas? En un coche no cabemos tantas. Quevedo lo remediará.

Ó bien, acordándose tarde y deseando á tiempo, exclamaba cualquiera de ellas: —¡Ay que se nos han olvidado los dulces. —Los pasteles se han quedado en casa. — Este licor es detestable: cuán diferente del que suele traernos Quevedo!

Nuestro poeta se dejó saquear de esta manera, mientras le duró la fiebre roja, no obstante su firme propósito de *guardar la mosca*; pero cuando comenzó á recobrar la razon, vió que le costaba demasiado caro un gusto escaso, y que estaba metido hasta el cuello en una charca inmunda.

No abandonó, sin embargo, aquellas relaciones; pero siguiendo el impulso natural de su genio, siempre que la pasion no le dominaba enteramente, se dedicó á observar y á coger fruto, aunque amargo, de la experiencia: su amoroso rendimiento se convirtió en sarcasmo; su cariño, en desazon y oculta pena; y no obstante, quedaba en su alma un resto de aquel fuego que la abrasaba sin consumirla, puesto que estaba celoso de todos cuantos visitaban á su infiel amiga. Su corazon, sediento de un amor ingénuo y verdadero,

necesitaba un desengaño fuerte para romper las cadenas que gustosamente sufria.

La casualidad le proporcionó la ocasion de este rompimiento.

Al poco tiempo de estar la corte nuevamente establecida en Madrid, llegó una tarde un correo de gabinete procedente de Barcelona, y casi en seguida otro de Irun. Estos dos correos traian comunicaciones idénticas en el fondo, aunque fuesen diferentes en la forma: en el momento de recibirlas, el duque de Lerma reunió su consejo privado para deliberar; es decir, llamó á don Rodrigo Calderon, al padre Aliaga y á su hijo el jóven duque de Úceda, y mostrándoles los despachos, les dijo:

—Yo tengo confianza en todos vosotros: si me faltase, no estaríais reunidos aquí conmigo en este momento: pero alguien mas se entera de los secretos del Estado y los vende al estranjero. Ved aquí el parte que me da nuestro agente de Marsella por conducto del virey de Cataluña; y este otro confidencial del duque de Osuna, transmitido por el gobernador de Irun. Como si ambas personas se hubiesen puesto de acuerdo, estan contextes en amonestarme que vea de quien me fio; porque nuestros secretos se saben en Paris á los ocho dias de formulados en Madrid: esto es demasiado grave, amigos mios, y vuestro honor está interesado en descubrir al traidor; pues he resuelto castigarle, y caerá su cabeza, aunque sea la de mi propio hijo.

Todos los circunstantes se miraron unos á otros, al oir este razonamiento, y no supieron responder sino con monosílabos: don Rodrigo quiso esforzar las quejas del duque, diciendo que hacia tiempo sospechaba él mismo la traicion, y que no comprendia como pudiera haberse cometido, á no ser por personas muy allegadas al rey; siendo por otra parte imposible que ninguno de los presentes tuviese culpa en esto.

Cada cual dió su razon y emitió su dictámen acerca de los medios que podian emplearse para descubrir al culpable; y estando deliberando anunció un oficial la llegada de un nuevo correo urgente. A poco recibió el duque un pliego del embajador de España en Paris: lo abrió, y palideciendo, leyó lo siguiente:

«Señor escelentísimo: tengo el sentimiento de anunciar á vue-

« celencia una gran desgracia : el plan Byron ha sido descubierto « al rey de Francia, y nada puede hacerse ya : el mariscal está preso « en la Bastilla, y se dice que será decapitado allí mismo : con él, han « sido encarcelados otros seis compañeros, que es de temer sufrirán « la misma suerte. Por palabras sueltas que esta mañana me ha dicho « Sully, vengo en conocimiento de que no da vuecelencia un paso que « él no sepa, sin embargo de que, tanto el ministro, como el rey, « aparentan conmigo la mas cordial amistad. Esto no impide que con- « tinuen trabajando contra España, como podrá ver vuecelencia « por las notas que acompañan. »

« Ya en otra ocasion manifesté á vuecelencia, que habia en esa « corte dos espias franceses, llamado el uno Marignac y el otro Ran- « cé : convendria saber qué relaciones tienen en esa, porque sospe- « cho que ellos son los que desbaratan todos nuestros proyectos. « La sangre próxima á derramarse del noble mariscal de Byron debe « caer sobre su cabeza. »

— Ved aquí, señores, un tercer testimonio acorde con los otros dos, dijo el duque ; y ved aquí perdidos sobre doscientos mil ducados que cuesta la dichosa conjuracion. De un momento á otro debia darse el golpe : Marsella hubiera sido nuestra, y el rey Enrique habria tenido en qué ocupar, dentro de su reino, las tropas que está reclutando. Todo esto se lo llevó la trampa, gracias á un soplon. ¡Oh! Que no supiese yo quién es?

— Yo os prometo, señor, repuso don Rodrigo, que como llegue á caer en mis manos, morirá sin forma de proceso.

— Así, así debe morir. Pues no, que le tendremos consideraciones para dar mas escándalo, y que todo el mundo se ría de nosotros! Pero, Dios mio, ¿quién puede ser? Porque los espias franceses me habeis dicho que los teneis ganados.

— Ganados no, respondió el jóven valido ; pero sí engañados ; pues antes nos revelan lo que se piensa en Francia, que averiguan lo que pasa en España. Sin embargo, de nadie me fio, y yo sabré la verdad.

— Hacedlo, replicó el duque, pues importa : ya he dicho que á un hijo mio, si de tal infamia fuese capaz, no le perdonaria.

Don Rodrigo pidió licencia para retirarse á comenzar sus indagaciones, y se fué á casa de Isabel.

Estaba Quevedo á solas con ella, cuando llegó el valido, y habiéndolo anunciado Marina al oido de su señora, esta esclamó azorada:

—Qué me dices? entretenle un minuto.

Marina salió: Isabel se volvió á Quevedo y le dijo tomándole de la mano:

—Venid, amigo mio: entrad en este cuarto ropero: al cabo de él, hallareis una puerta por la cual se sale á un pasadizo....

—No me deis mas señas, respondió el poeta: no es esta la primera vez que he salido por ahí. Pero, ¿qué acontece?

—Que acaba de llegar un pariente de mi marido, muy fisgon y malicioso, á quien no puedo escusarme de recibir.

—A Dios, pues, vida mia!

—A Dios!

Quevedo entró en el cuarto; pero no salió al pasadizo, como le habia dicho Isabel; antes bien, receloso de que esta fuese á recibir á otro amante, abrió la puerta del fondo, para poder escapar en caso necesario y para que, si ella entraba, creyese que se habia ido, y se ocultó entre dos armarios. Era ya de noche, y el cuarto estaba oscuro: por las rendijas de la puerta que comunicaba con el gabinete de la cortesana penetraron algunos rayos de luz, que interceptó dos ó tres veces una sombra: Quevedo oyó hablar á un hombre; pero no pudo reconocerle, ni entender sus palabras, dichas en voz baja; si bien el tono le dió á conocer que mediaba demasiada intimidad entre aquel y la dama. Poseido de los celos, que ya en él no eran hijos del amor tanto como del orgullo, se acercó de puntillas á la puerta y miró por la cerradura: en seguida retrocedió rechinando los dientes y diciendo para sí:

—¡Ah, pérfida! Me la pagarás.

Habia reconocido á don Rodrigo, el cual, aquella noche, estaba mas tierno y rendido que solia.

Isabel, por el contrario, le daba quejas sobre que no la visitaba ya con tanta frecuencia como otras veces, ni tenia con ella la confianza de que era merecedora.

—Lejos de eso, mi querida amiga, le contestó el valido, cada dia es mayor en vos mi confianza; y mas hoy que acabo de tener un disgusto serio, por no haberos creido.

—Qué es? repuso Isabel mostrando un interés vivísimo. Un disgusto? Comunicádmelo, amigo mio; quiero participar de vuestras penas.

—Sois hechicera, Isabel, replicó don Rodrigo besándola. No es mas, sino que vuestro pronóstico sobre lo del mariscal de Byron ha salido cierto.

—No os lo decia? En Palacio hay algun traidor.

—Eso mismo sospecha el duque, y desconfia de sus mas íntimos amigos: tanto que ha jurado cortar la cabeza á quien quiera que sea.

—Bien merecido! Es una infamia! una picardía.

—Yo me he propuesto descubrirlo, continuó diciendo el valido, y para ello he pensado en vos.

—En mí? preguntó Isabel con una entonacion ambigua.

—En quien mejor, sino en mi ángel de guarda? No sois vos quien siempre me saca de apuros?

—Mandad lo que gustéis: en todo estoy dispuesta á complaceros.

—Pues bien, amiga mia: se trata de una cosa que ha de ser muy fácil para vos. Esta misma noche, en seguida si es posible, vais á mandar llamar á cualquiera de esos espías franceses, y á ver si con vuestra maña lograis arrancarle el secreto de la persona que nos vende.

—Algo difícil es eso, respondió Isabel, despues de reflexionar un momento. Un secreto así no se suelta á tres tirones, mi señor don Rodrigo. Pero, no obstante, probaré.

—Sí, probadlo: me va en ello la reputacion y quizá la fortuna ó algo mas.

—Jesus! No me asusteis! repuso la cortesana con amoroso anhelo. Pero decidme: ¿teneis indicios de que los espías sepan algo de eso?

—Tengo mas que indicios: para nada, no están ellos en la corte tanto tiempo; y es natural que se entiendan con la persona incógnita. No dejeis de hacerme el favor que os he pedido.

—Al momento, sí, señor: es una cosa que me interesa como asunto mio.

Quevedo no podia enterarse bien de esta conversacion confidencial; pero veia los gestos que espresaban una gran intimidad; cazaba al vuelo algunas palabras sueltas, y con su mucha penetracion comprendió que la dama y el valido traian entremanos amores y negocios. Y observando que el segundo se levantaba, y que la primera le hacia mimos, se retiró á esconderse de nuevo, por lo que pudiera sobrevenir, murmurando:

—Rayos de Dios en la cotorrera! Que me haya engañado como á un patan!— Esta misma noche me ha de restituir cuanto me ha robado, desde la bolsa de los cincuenta escudos hasta los últimos caramelos, ó le alboroto la casa.

Pensando así, buscó á tientas los armarios, y se metió en uno de ellos.

Entretanto, don Rodrigo se despedia de Isabel, y saliendo á la antesala, sin consentir que aquella le acompañase, encontró á Marina, á quien dijo en voz baja:

—Te aguardo en el zaguan.

Y aparentó marcharse.

No se hizo esperar Marina; el valido le puso en las manos una bolsa bien provista de oro, y le dijo:

—Estos son treinta ducados. ¿Quieres ganar otros tantos, ó morir en la cárcel? Escoge pronto.

—Ya está hecho, respondió la doncella.

—Te decides por los ducados?

—Claro está.

—Pues bien, oye: tengo celos de tu ama, y quiero que me escondas en su aposento.

—Eso es imposible, señor, contestó Marina: ¿qué sería de mí, si os descubriese?

—Nada temas: si mis sospechas se confirman, te doblaré la suma.

—Y si se mueve un escándalo, ¿quién lo pagará?

—Es decir que no confias en la fidelidad de tu señora.

—No es nada de eso: pero.....

—Dejémonos de peros: esto ha de ser; y ten presente, que yo he de conocer si me engañas. Conque así, manos á la obra y chiton. Yo te prometo ser prudente y labrar tu fortuna, si me sirves bien: de lo contrario, todo mi resentimiento caerá sobre tí.

Marina titubeó algunos momentos; pero puesta en la alternativa de complacer ó disgustar al poderoso valido, se decidió por lo primero; pues no ignoraba que podia correr mucho peligro en arrostrar lo segundo. Sin embargo, aunque ella no poseia mas secretos que los galantes de su señora, se propuso hacer lo posible para evitar á esta el contratiempo que la amenazaba, impidiendo por aquella noche la entrada á todo el que pudiese confirmar los celos supuestos por don Rodrigo.

Con esta doble resolucion, tomó á aquel de la mano, y le condujo por una puerta escusada al pasadizo que se comunicaba con el cuarto donde Quevedo estaba oculto; se adelantó para ver si hallaba cerrada la comunicacion, y encontrándola abierta, pasó adelante, diciendo al caballero:

—Entrad con tiento, y no hagais ruido: aquí podreis estar en un armario hasta que se acueste la familia, no sea que alguno entre y os vea.

—Pero estando dentro del armario, no podré ver ni oir nada, repuso el valido.

—El gabinete de mi señora está allí enfrente, contestó Marina: si percibís algun rumor sospechoso, podeis salir del armario y atisbar por la cerradura de la puerta.

—Dices bien: despacha.

Marina se dirijió á tientas hácia los armarios, é intentó abrir aquel en que estaba Quevedo: pero este que habia oido su conversacion con don Rodrigo, asió con fuerza las dos hojas de la puerta, y opuso bastante resistencia para que la criada, temiendo hacer ruido, lo dejase y se dirijiese al otro, como efectivamente lo ejecutó.

Don Rodrigo quedó encerrado en el armario vacante, y Marina se retiró por el pasadizo con ánimo de llevar á cabo la segunda parte de su pensamiento: pero mientras ella se ocupaba en esta operacion, Isabel habia mandado llamar á Marignac, y el hermano Cogolludo,

en traje de paisano y sin que nadie le llamára se habia introducido en el gabinete.

Quevedo y don Rodrigo oyeron la voz campanuda del fraile, y entreabriendo las puertas de sus respectivos armarios, sacaron los dos á un tiempo la cabeza y se pusieron á escuchar. Afortunadamente la oscuridad del cuarto no permitia que se viesen el uno al otro: el poeta permaneció inmóvil en su puesto; el valido avanzó, andando de puntillas, hasta la puerta del gabinete; y ambos pudieron oir al dominico que decia:

—No se puede negar, mi amada hija, que la providencia ayuda á los que tenemos fé y caridad. La fé con que yo persevero en tenerte caridad, como Dios manda que amemos á nuestro prójimo, me da fortaleza; y hé aquí como se enlazan las virtudes cardinales y las teologales: así me sale todo á medida de mis deseos; y solo falta que me albergues por esta noche en tu morada, solo hasta la hora de maitines; pues ya tengo al hermano portero avisado y me abrirá un postiguito.

—Esa parte no está mal, le contestó Isabel; pero queda otra, padre; y es, que mi marido vendrá esta noche probablemente, y ha jurado que, si os encuentra aquí, os ha de cortar las dos orejas.

—Ah! Sacrílego! Conque se atreve á júrar! Y no sabe que peca mortalmente contra el segundo mandamiento de la ley de Dios?

—Eso, padre, será si jura en vano; pero como es muy posible que haga lo que ha jurado...

—No, hija, no: el que jura cometer una accion damnable, jura lo que no puede cumplir, y por lo tanto es un réprobo. ¿No piensas tú lo mismo de ese desventurado? Cortar las orejas á un siervo de Dios. Ay, es nada! Me horripilo de solo pensarlo, y no creo semejante cosa de Avililla. Vamos, dejemos eso, y sácame alguna cosita que comer; porque con el susto que acabas de darme, se me ha despertado el apetito, y temo que me voy á desmayar.

—Eso es lo malo, que no habrá mas que la cena sucinta para la familia: bien podíais haber traido alguna cosa del convento.

—Sí traigo, hija; sí traigo, repuso el fraile: yo nunca voy desprevenido; pero esto no es nada: lo que puede caber en las faltriqueras. Oh! las mangas del hábito son mejores despensas. Hé aquí:

una botella de vino de Yepes; un trocito de dos libras de jamon en dulce, y como otra libra de queso de Flandes. Con esto no hay para untarse un diente, y además falta el pan y alguna cosa sólida: por ejemplo, un par de perdices, un capon ó dos, ó algo por el estilo.

—Creo que ha de haber una perdiz: es lo único que os puedo ofrecer, respondió la cortesana.

—Traedla, pues, y sea todo por el amor de Dios.

Isabel se levantó para salir; pero al mismo tiempo se oyó fuera la voz de Avililla, que gritaba como un energúmeno, riñendo á los criados y alborotando la casa; por lo cual retrocedió diciendo:

—Ahí le tenemos ya: buena la hemos hecho!

El fraile dió un salto y se dirijió sin vacilar á la puerta del cuarto ropero, dejando sobre una mesa el queso, el jamon y la botella. Don Rodrigo, faltándole tiempo para esconderse en el armario, se apartó á un lado y dejó pasar al hermano Cogolludo, que en su precipitacion solo se cuidó de cerrar la puerta y no pudo verle, y que andando á tientas por el cuarto, fué á meterse en un rincon.

Quevedo se ocultó completamente murmurando:

—Ya somos tres. ¡Ah, Belisa! No me iré sin cobrar lo que me debes.

Avililla entró en el gabinete de su mujer, y tirando el sombrero sobre una silla, tomó asiento junto á la mesa y se puso á comer las provisiones del fraile.

—Buen jamon! esclamó. Haz que me den un poco de pan y una copa, Isabel: traigo un hambre de colegial.

—Pues come, hijo mio, le respondió ella: para eso lo tenemos. ¿Quiéres alguna cosa mas?

—Como te parezca, hija.

Isabel mandó traer pan, copas y la perdiz que habia ofrecido al hermano Cogolludo, y sentándose al lado de su marido, le preguntó:

—Has visto esta tarde á tus amigos Rancé y Marignac?

—No, respondió Avililla. ¿Por qué lo dices? Ha ocurrido algo de particular?

—Sí: es menester decirles que se marchen á Francia cuanto antes, porque está en peligro su vida.

—Es decir, la nuestra: ¿has visto al marqués?

—Aquí ha estado hará media hora.

—Y qué te ha dicho?

—Lo que ya sabíamos antes que él; pero además, parece que se sospecha de nosotros: al menos, el duque tiene revelaciones que le aseguran haber sido descubierto el secreto de la conjuracion; pues dice que ha jurado cortar la cabeza al traidor.

—Entonces que se la corte á su favorito, que es quien ha revelado el secreto.

Esta conversacion pasaba en voz tan baja, que don Rodrigo necesitaba tener pegado el oido á la cerradura y concentrar toda su atencion para entenderla: Quevedo y el fraile no percibian mas que el murmullo.

—Muy mal lo pasaríamos nosotros, repuso Isabel, si el marqués sufriera la pena que dices.

—Vah! replicó Avililla llenándose una copa de vino. Poco cuidado me daria á mí perder á ese tunante; y dia vendrá en que será preciso hacerlo, para salvar nuestra responsabilidad.

—Qué quieres decir?

—Pardiez! Bien claro lo digo. Figúrate tú que vuelve por aquí el duque de Osuna, y no está lejos el dia de que esto suceda: que favorecido por el de Lerma y por el rey en atencion á las proezas que ha hecho en Flandes, tiene entrada y buena acogida en la corte: naturalmente el bribon de don Rodrigo procurará confirmar con él las paces que ya tiene medio entabladas: saldrán á relucir las cosas antiguas, y se descubrirá entre ellos que tú y yo nos dábamos la mano para sacar provecho de los dos durante su enemistad; y hé aquí que nos hacemos de dos poderosos contrarios.

—No es fácil que eso se descubra, repuso Isabel.

—Pues bien, hay otra cosa. El de Osuna podrá desmentir lo de las cartas de recomendacion dadas á los espías franceses y entonces no podrá menos el pagecillo-marqués de conocer que le hemos engañado en todo, y cátanos perdidos. Por otra parte, ¿no es fácil que el dia menos pensado le formen un proceso á ese gran ladron, y que nos encontremos envueltos en su ruina? Yo poseo secretos suyos, que no he revelado á nadie, y me los reservo para un caso apu-

rado : con ellos me pongo á cubierto de cualquier golpe, y nada me importará que á él se lo lleve el diablo.

— Y qué secretos son esos?

— Ya los sabrás á su debido tiempo.

— Es muy estraño, replicó la cortesana algo picada, que tengais secretos para mí, no teniéndolos yo para vos.

— Amiga mia, paciencia : cada cual tiene su modo de matar pulgas.

— Vamos, dime lo que es eso?

— Nada, hija, nada : son unos pecadillos que he descubierto por casualidad, y en los cuales, si fuere menester, entenderá la Inquisicion. Por consiguiente, no me preguntes mas sobre ellos.

— Cosa de brujería?

— No lo sé, cállate.

Don Rodrigo no aguardó mas : dió un empellon á la puerta, y se presentó de improviso á los dos entretenidos esposos, que lanzaron un grito de sorpresa y terror.

—Silencio! dijo el valido con voz sorda é imponente. Disponeos á seguirme, seor Avililla.

— Señor! Señor! exclamó Isabel en tono suplicante, cayendo de rodillas á los pies de don Rodrigo.

Este la cogió de una mano, la levantó con ímpetu nervioso, y llevándola á un ángulo de la estancia, la dijo en voz baja, que no pudo oir el estupefacto Avililla:

— Señora, me habeis engañado, me habeis vendido : escuchadme ahora : vuestra lengua guarda mi cabeza, pero mi cabeza guarda la vuestra. Puedo cortárosla y asegurarme para siempre ; pero os tengo lástima : escoged desde ahora un monasterio donde pasar el resto de vuestros dias.

— Un monasterio, yo! murmuró Isabel.

—Eso ú otra cosa peor, replicó el valido con risa sarcástica.

— Está bien, señor : haced de mí lo que querais.

Avililla, repuesto del primer susto, pudo reflexionar ; y dirigiéndose á don Rodrigo, le dijo :

— Señor marqués, debeis darme satisfaccion de vuestra con-

ducta. El ser poderoso no os autoriza para entrar de oculto en mi casa.

—Calla, miserable! exclamó el valido con voz ronca.

—No teneis accion para insultarme, replicó Avililla: soy un marido que os encuentra oculto en la habitacion de su mujer, y tengo derecho á mataros.

—Señora, dijo el marqués volviéndose á Isabel: mandad á ese hombre que calle, si no quiere que le pegue un tiro aquí mismo: cuidad que estoy autorizado para ello.

Y así diciendo, echó mano á una de las pistolas que llevaba en el cinto.

—Piedad!... Piedad! murmuró Isabel.

—Silencio, repuso don Rodrigo. Evitad que nadie se entere de lo que ha pasado aquí; porque os importa mucho.

«Venid, seor Avililla, y nada temais. ¿No hemos sido siempre amigos?

—A dónde me llevais? preguntó el alguacil, á quien aterraba mas la calma que la ira del valido.

—Ya lo vereis despues.

—Si no lo teneis á mal, mandaré poner mi coche, repuso Avililla, con intencion de que sus criados viesen á donde le dejaban.

—Quereis que el diablo os lleve en coche? dijo el valido con ironía.

—Ya que ha de ser, mas vale así que de otro modo, contestó Avililla.

—Os llevará en coche, replicó don Rodrigo: pero ahora no es menester: vamos á mi casa, y está cerca. Dadme el brazo.

Avililla obedeció, y volviéndose hácia su mujer, se despidió de ella con una mirada.

Cuando salian, le dijo el valido:

—Pedid las llaves de la puerta de la calle.

—Para qué las quereis? preguntó el alguacil.

—Volvereis tarde á vuestra casa, y podeis necesitarlas.

Avililla pidió las llaves, que le entregó Marina, sin comprender nada de lo que pasaba. Luego que llegaron á la puerta exterior, don Rodrigo mandó á su prisionero cerrarla, y hecho esto, recogió

las llaves y le dijo volviendo á cogerle del brazo y mostrándole un puñal desenvainado que llevaba oculto con el ferreruelo:

—Ahora vamos, amigo; y.... cuidado no os movais, porque os pudiérais pinchar.

Avililla comprendió la alusion, y se dejó conducir sin resistencia, no á casa de don Rodrigo, sino á la del presidente de Castilla don Pedro Lasso, íntimo amigo de aquel; donde le dejaremos por ahora, para volver al oscuro aposento en que estaban Quevedo y el hermano Cogolludo.

Este último se enteró mejor que nuestro héroe de la escena que acabamos de referir, aunque no tanto que su curiosidad quedase plenamente satisfecha; y así, apenas observó que se retiraban don Rodrigo y Avililla, salió de su escondite y se dirigió á Isabel, diciéndola:

—Qué ha sido eso, hija mia? Qué hacía ese diablo encarnado, metido en aquel cuarto, donde seguramente me habrá visto entrar?

Isabel no estaba para responder á preguntas ociosas: pálida, y abatida permanecia sentada, con la mano en la megilla y la vista fija en el suelo. El fraile la repitió su interrogatorio, y entonces ella contestó:

—No querais saber nada, padre; y si algo habeis visto, haced por olvidarlo.

—Pero, hija; eso ha sido una emboscada. ¿Ese hombre es algun demonio íncubo, que se introduce sin ser visto, por la chimenea ó por las rendijas de las puertas?

—Ese hombre es rico y poderoso, y nada mas, replicó Isabel.

—Y Avililla, ¿á dónde va con él?

—Avililla ha dejado de existir.

—Jesus! Le ha muerto?

—No; pero le hará matar, respondió Isabel llorando.

—No llores, hija; no llores, repuso el fraile: ahí tienes el justo castigo de Dios, por los malos pensamientos de tu marido.

—Callad, callad!... Y á mí, ¿qué suerte me espera, Dios mio!

—A tí tambien?

—Sí, padre: yo estoy perdida. Sacadme de aquí; llevadme á algun convento ó lugar sagrado; y vos mismo, poneos en cobro;

porque si ese hombre os ha visto, como es de suponer, y teme que os hayais enterado de algo, podeis contar con una prision perpetua.

—Cáscaras! esclamó el fraile dando un salto á pesar de su obesidad. Adios, hija, adios! Me voy á mi convento antes que me echen menos: quiero poder probar en todo caso, que yo he pasado la noche durmiendo tranquilamente en mi celda. Vamos, á Dios!

—Y me dejais así? No me socorreis?

—Yo... yo... no puedo hacer nada en eso: figuraos que se enteran de que os he socorrido,... y que nos cojen á los dos... No, diantres! No quiero lios.

Diciendo esto, el fraile tomó la puerta mas que á paso, dejando á Isabel en el mayor desconsuelo.

Pero á poco volvió pálido, con los ojos desencajados y carleando como un mastin.

—Isabel, Isabelita... hija! exclamó barbotando las palabras.

—Qué teneis? Qué os sucede? preguntó la jóven con indiferencia.

—¡Ay, es nada! Que no puedo salir: que nos han encerrado.

—Justo castigo de Dios, reverendo padre, dijo Quevedo, presentándose á cuerpo descubierto en la puerta del gabinete.

—Santa Maria! exclamó el fraile santiguándose. Ese cuarto está endemoniado!

Isabel se quedó alelada, mirando á Quevedo, y le preguntó con voz trémula.

—Por dónde y cuándo habeis entrado ahí?

—Vos lo sabeis, señora, respondió el poeta.

—Luego lo habreis visto y oido todo?

—Yo no he visto, ni he oido nada. Soy sordo-ciego de conveniencia.

—Pero, señor! esclamó el hermano Cogolludo: lo que yo quiero es salir.

—Saldreis, le respondió Quevedo.

—Por donde, si se han llevado las llaves de la puerta de la calle?

—Saldreis por ahí, repuso el poeta señalando á un balcon.

—Por ahí? Dios me libre!

—No hay mas remedio que saltar, y si no lo haceis de grado, saltareis por fuerza.

Diciendo así, Quevedo abrió el balcon, y empujó al fraile hácia él.

—Vírgen Santísima! Este hombre está condenado ó loco! dijo el dominico temblando. Poner en mí sus manos profanas, y querer que yo baje por un balcon!

—Adelante, hermano, replicó el poeta: èl anjel malo bajó desde mas alto. Así, pues, mal religioso, suponed que yo soy vuestro San Miguel, ó vuestro San Martin. Abajo, abajo, y no me irriteis, vive Dios!

El fraile se arrodilló pidiendo misericordia. Quevedo, cuyo corazon, ardiendo en saña, estaba dispuesto á atropellarlo todo; pero que, sin embargo, manifestaba la mayor sangre fria, aparentó compadecerse, y salió en busca de una cuerda: no tardó en volver con ella, y la ató á la cintura del hermano Cogolludo; hecho lo cual, le dijo que cabalgase en la baranda del balcon y que se descolgase lentamente; lo que así se ejecutó: pero habiendo llegado aquel á la mitad de la altura del balcon á la calle, Quevedo que sostenia la cuerda rozando contra el antepecho, la amarró firme, dejándole colgado en el aire, y tal que, con las piernas y brazos pendientes y el cuerpo doblado, parecia la insignia del Toison de oro: al bajar, habíasele caido el sombrero con plumas que llevaba, quedando descubierta su cabeza y el cerquillo, que denunciaria su condicion al primero que le viese.

Quevedo se volvió hácia Isabel, sin hacer caso de los lamentos que daba el fraile, y la dijo:

—Señora, es lástima que no podais servir de contrapeso á ese taimado: pero voy á probaros que soy generoso, á pesar de todo. ¿Teneis interés en huir de esta casa?

—Le tengo muy grande. Pero, ¿sereis vos quien me salve? repuso la dama.

—Ciertamente, señora, si os fiáis de mí. Venid: bajaremos por el balcon á la calle.

—Cómo?

—Con esa misma cuerda: la altura es poca: montad á horcaja-

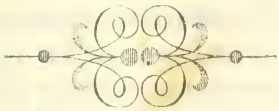
das en mis espaldas, y agarraos como yo de la cuerda, para que entre los dos sea mayor la resistencia.

En esta proposicion no cabia engaño; y como Isabel debia de aventurarse á todo por no caer en las manos de don Rodrigo, de quien temia la muerte, obedeció á Quevedo, y sin despedirse de su familia, que ignòraba lo que en su aposento habia pasado y estaba pasando, se abrazó á las espaldas y cuello de aquel, que ya la esperaba por la parte de fuera del balcon, y ambos bajaron á la calle sin contratiempo, asidos de la cuerda. En cuanto pisó tierra, Quevedo miró al fraile, que se bamboleaba en el aire, y le dijo:

—Adios, amigo! Como buen fraile duende, os habeis quedado en el lugar que os corresponde: entre el cielo y el infierno.

El fraile profirió un gemido y una maldicion, y haciendo esfuerzos inútiles para enderezarse, continuó columpiándose en el aire.

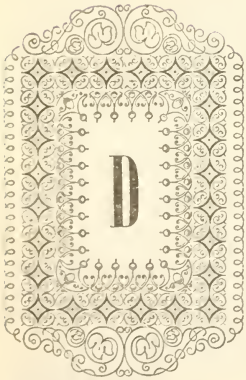
A este tiempo sonó hácia el estremo de la calle ruido acompasado de pasos, indicio de que alguna ronda ó patrulla se acercaba. Quevedo apresuró el suyo, asiendo del brazo á Isabel, y se alejó rápidamente por el lado opuesto.



CAPITULO XIX.

DE UN ENCUENTRO QUE TUVO QUEVEDO, EN EL CUAL FUÉ ADIVINO.

A la corte vas, Perico;
Niño, á la corte te llevan
Tu mocedad y tus piés:
Dios de su mano te tenga.
Fiado vas en tu talle,
Caudal haces de tus piernas,
Dientes muestras, manos das,
Dulce miras, tieso huellas.
Mas si allá quieres holgarte,
Hazme merced que en la venta
Primera trueques tus gracias
Por cantidad de moneda.
QUEV.—*Romance satírico.*



DECIDME, Isabel, la verdad de lo que ha pasado con vuestro marido, y por qué os aventurais á salir de esta manera, dijo Quevedo á su infiel amiga, mientras la llevaba por calles solitarias y oscuras: motivos muy poderosos han de ser los que os hacen temer la muerte y os obligan á dejar vuestra casa, sin mas amparo que el de un hombre que debe aborreceros.

—Si realmente ignorais la verdad, respondió Isabel, no querais saberla, y sed generoso hasta el fin. Esto mas tendré que agradecer al único hombre digno de mi estimacion, á quien me pesa de haber ofendido, y á quien amo aunque se declara mi enemigo.

— Decidme al menos á dónde quereis ir, repuso el poeta, y qué clase de riesgos son los que os amenazan; pues debo probaros que la mayor ofensa no impide que yo me esponga tambien á ellos por salvaros, aunque otra cosa pensaba no hace una hora.

— Os confieso que el miedo ha sido en mí mas poderoso que la razon y la prudencia, contestó la cortesana. Viendo llevar preso á mi marido y cerradas las puertas de mi casa, he temblado por mi vida: hé aquí la causa que me impele á huir buscando un asilo seguro. Avililla padece por ser depositario de un secreto, que yo tambien poseo; ¿cómo no temeré las iras de nuestro perseguidor? Mas ahora comprendo que mi fuga me acusa de culpas que no he cometido; pues no es delito saber lo que otros hacen, y siento haberme movido de mi casa.

— Pues, hija, ya es tarde; y á lo hecho, pecho, dice el refran. En cuanto á lo demás, si por secretaria os persiguen, yo no quiero serlo. Vamos á donde mandeis, y salga el sol por Antequera.

Isabel indicó á Quevedo que deseaba ir á casa de unas amigas, que le harian el favor de tenerla oculta mientras fuese necesario, y podrian avisar de su paradero á su familia. Pero le ocurrió que tal vez seria una desgracia para entrambos y un impedimento para permanecer ella escondida el haber dejado al hermano Cogolludo en la situacion peligrosa que hemos referido.

— Razon teneis, pardiez! la contestó el poeta; pero todas las desgracias del mundo las recibo yo por el gusto de escarmentar á un mal religioso, indigno de vestir el hábito. Vos estais en vuestro lugar teniéndole compasion.

— Ah! Quevedo, que mal me juzgais!

— Como mereceis, señora: la pasion no me quita el conocimiento.

— Sois cruel!

— Soy justo: pero no hablemos mas de esto. Entre nosotros acabó ya todo, salvo una restitucion que me debeis.

— Una restitucion? De qué?

— De dinero y otras gangas, señora mia.

— No os da vergüenza de mencionar eso?

— Os ha dado vergüenza de tomarlo?

A este tiempo, los dos fugitivos oyeron la música de una serenata, que algun amante daba á su dama, en la encrucijada de una de las travesías de la calle del Prado, donde ellos acababan de entrar por la del Príncipe. Isabel aconsejó á Quevedo tomar otra direccion para no encontrarse con los músicos; pero el poeta siguió adelante diciendo:

—Nadie me ha estorbado jamás seguir derecho mi camino: vamos, pues, andando, que la música parece buena, y esto nos divertirá.

Con efecto, los instrumentos eran escojidos, numerosos y habilmente tocados; las voces magníficas; y segun se vió despues, el acompañamiento de pages y lacayos con antorchas, que llenaban la encrucijada, era lucidísimo y demostraba la grandeza ó la prodigalidad de su dueño. Quevedo se detuvo á corta distancia de la brillante comparsa, y mirando á la casa, que hacia esquina, y que por su planta parecia ser la de la dama festejada, murmuró al oido de Isabel:

—Eso es lo que yo llamo enamorar á voces, como los gatos en enero. ¿No es esa la casa de don Baltasar de Zúñiga?

—Así me parece, respondió Isabel.

—Sí, ella es; y la fiesta se da seguramente á alguna de sus hijas.

—Hélas allí en el mirador.

—Son dos ángeles, querida Belisa: hermosas y poco pedigüeñas.

—Y sobre todo, nada esquivas, replicó Isabel.

—Teneis algo qué decir de ellas? preguntó Quevedo.

—Nada, sino lo que veo.

—Pues ved lo que son mujeres, Belisa: esas niñas no saben pedir, y sin embargo, la mayor, doña Inés, le cuesta ya al galan que la festeja mas de trescientos mil escudos.

—Quién es ese galan tan generoso? preguntó la jóven.

—Le quisierais para vos?

—Infeliz de mí! Yo no estoy ya para pensar en galanteos.

—Pues bien, ese mozo desatentado y loco es aquel que veríais

Cuchilladas ¿quien es ella?

correr toros y cañas en Valladolid, cuando nació el príncipe heredero.

—Ah! el conde de Olivares?

—Él mismo.

—Gastando así no estraño que tenga tantas deudas.

—Tiene deudas?

—Muchas: de un sugeto solo sé, á quien le debe mas de ochenta mil escudos, y en cuyo poder tiene empeñada gran porcion de sus rentas.

—Buen provecho le haga, repuso Quevedo: ese mancebo necesitaria ser favorito de algun favorito, para no acabar, como otros muchos, en hidalgo de gorra.

Conversando de este modo pasaron la jóven y el poeta por delante de la calle donde estaban los músicos; dieron la vuelta por otra que, como aquella, desembocaba en la de las Huertas, para entrar por esta en la misma, que era donde iban: la escesiva irritabilidad de los galanes de aquel tiempo aconsejaba dar este rodeo, para no chocar con una banda de hombres armados que estorbaban el paso.

Al desembocar en la calle de las Huertas, que entonces le cuadraba bien el nombre, pues estaba poblada de ellas, nuestros nocturnos paseantes oyeron cesar la serenata bruscamente, y á poco percibieron ruido de combate.

—Cuchilladas!... Quién es ella? exclamó Quevedo animándose, y requiriendo la espada.

—Todo son contratiempos esta noche, Dios mio! dijo Isabel. Parece que la riña es en la calle de mis amigas.

—No, que es en esta misma, repuso el poeta. Mirad allí; y parece que son muchos contra uno.

Efectivamente, un bizarro mozo hacia frente él solo á cuatro ó cinco jayanes, que al parecer habian salido de la calle adonde iba Isabel.

—Teneis razon, dijo esta: escondámonos aquí, hasta que pase la borrasca.

—No, pardiez, replicó nuestro poeta. Ved ahí un lance como

aquel en que os conocí: permitidme ayudar á ese caballero, para que nuestro desenlace sea igual á nuestro enlace.

Diciendo esto, dejó á Isabel en la puerta de una casa, y partió como un rayo á defender al caballero que peleaba solo contra tantos: pero al ponerse á su lado animándole, se le revolvió este, y le dijo:

—Haceos allá con mil diablos! ¿Quién os mete donde no os llaman?

—Pardiez! repuso Quevedo envainando y cruzándose de brazos. Ingrato sois? No podeis ser buen caballero. —Y añadió volviéndose á los otros: —Duro en él, canalla, que poco se pierde.

A este tiempo acudian nuevos campeones en defensa del caballero: uno de ellos que oyó las palabras de Quevedo, se encaró con él fulminando la espada y gritó:

—Como osais hablar así al conde de Olivares, mi señor?

—Yo hablo como quiero, y como cada cual se merece, respondió el poeta empuñando de nuevo su espada; y no me bajo ante el chico, ni ante el grande, que

«Si es de buena sangre el rey,
es de tan buena su piojo.»

—Agradeced que necesito acudir á mi señor, replicó el criado, que si no, yo os haria moderar la lengua.

Quevedo se echó á reir y le volvió la espalda: y al hacer este movimiento, tropezó con un hombre que habia tendido en el suelo, como muerto. Colocado á una distancia conveniente, se puso á observar la lucha, y pronto conoció que todo aquello era una farsa; pues los agresores, aunque muchos en número, se dejaban acuchillar y perseguir por los que eran menos, hasta salir corriendo y en completa derrota por el otro estremo de la calle. Isabel acudió á reunírsele cuando cesó el ruido, y viendo al hombre que estaba tendido, dió un grito de miedo.

—Jesus! Un muerto! esclamó.

—Muerto ó mortecino, respondió Quevedo en voz baja. Ved allí otro, y mas allá otro: la calle parece un campo de batalla. Si apare-

ciese por aquí un corchete, quizá veríamos á esos muertos resucitar y correr como gamos.

—Creeis que no estén muertos?

—Creo que todo ese ruido se reduce á un combate de comedia; ó lo que es lo mismo: como en nuestro tiempo han caido ya en desuso los torneos y pasos de armas, á falta de esto, ha querido ese galan dar á su dama un espectáculo semejante, para hacer alarde de su valor y destreza.

—Entremos; aquí es, dijo Isabel, deteniéndose en la puerta de una casa.

Ya en este momento habia quedado la calle despejada, y no se veia en toda ella señal de músicos ni espadachines: los muertos permanecian tendidos, y solo uno, que acaso habia reconocido á Isabel por la voz, se levantó y vino hácia ella, antes que entrase en la casa.

—Qué es aquesto, amable prima? dijo el resucitado con voz algo tomada del vino. A dónde bueno va usarcé á estas horas y con tan escelente compañía?

Quevedo y la jóven miraron sorprendidos al recien llegado, á quien reconocieron al punto; pues no era otro que nuestro bravo capitan Varea.

Debemos advertir de paso, que este famoso héroe habia roto las amistades con su prima, desde la noche que dió las cuchilladas al aire, ó mejor dicho, á consecuencia de aquella aventura; pues habiendo dado en la manía de los celos desde entonces y llegando á ser insoportable á Isabel, esta que lo que mas amaba era su libertad, le puso un dia en la calle, con prohibicion espresa y terminante de volver mas por su casa. El valeroso capitan descubrió por otra parte que nuestro poeta era quien le habia convidado á comer en el bodegon de Lampuga, y esto le hizo sospechar que fuese él y no otro el que estuvo escondido en el zaquizamí de los trastos viejos: por consiguiente le guardaba rencor, y cuando le vió llegar acompañando á su querida prima, no fué dueño de contenerse.

—No me pregunteis á donde voy, ni de donde vengo, le respondió Isabel: soy dueña de mis acciones, y no debo daros cuenta de ellas.

—Yo digo lo contrario, replicó el capitan, cuadrándose, con una mano en la espada y otra en los bigotes.

—Oh! exclamó Quevedo. Vos siempre decís lo contrario.

—Lo que yo sostengo, repuso Varea echando plantas, es que usarcé no llevará mas á mi señora prima de acá para allá, como si fuese pandereta de brujas; y que si alguien ha de llevarla y traerla, con su beneplácito se entiende, será su primo.

—No ha de haber pendencia ni pleito sobre eso, dijo Quevedo. Ahí la teneis: tomadla toda entera en cuerpo y alma.

—Eso es hacer un desprecio á mi señora prima, contestó el capitan: y vive Dios que yo no lo he de sufrir.

—Acabemos, seor capitan, replicó nuestro poeta: lo que vos quereis es camorra, eh?

—Cabal.

—Pues habeis encontrado la horma de vuestro zapato: mano á las negras, pues hace tiempo que tengo ganas de mediros las costillas.

—A mí, vos! gritó Varea saliendo á la calle y moviéndose como un bailarin; á mí vos! Y quién sois vos para habéroslas conmigo? Jesus! Este hombre no sabe quien es Varea!

A las voces del capitan, los otros muertos que, viendo la calle desierta, se habian ya levantado, comenzaron á rebullirse y juntarse.

—Menos ruido y mas jaleo, camarada, dijo Quevedo: hablen las manos y callen las lenguas.

—Yo hablaré cuanto quisiere; lo entendeis? repuso el capitan.

—Ea, pues, hablad á prisa, replicó el poeta descargando un cintarazo de plano en el hombro de su contrario.

Este, que aguardaba el ausilio de sus compañeros, no pudo menos de ponerse en defensa, pero gritando mas alto aun:

—Ea, santa Bárbara bendita! Esta noche me pierdo!

Quevedo no chistó: puesto en guardia y esgrimiendo la espada, que en su mano era una centella; y decidido, no á herir ni matar á su enemigo, sino solo á darle de palos; á un tiempo rechazaba todos los acometimientos, y sacudia latigazos, ya en los hombros, ya en las orejas del cuitado capitan, que en su vida no se habia visto tan

fieramente maltratado. Pero socorrido por los otros, que eran jayanes de su pandilla, cobró ánimos, y Quevedo tuvo la necesidad de ofender y defenderse mas seriamente.

Isabel, que vió el cuento mal parado, se metió en la casa, cuidándose muy poco del fin que pudiese tener aquella pendencia, y sí solo de poner en salvo su persona.

La lucha desigual en que se habia metido nuestro héroe duró largo rato, sostenida por él con un valor admirable, si en mejor causa hubiera sido empleado: el capitan Varea y dos de sus satélites recibieron fieras heridas: Quevedo mismo sufrió una gran cuchillada en la frente, de la cual, brotando la sangre en abundancia, le ofuscaba la vista y ponia en grave peligro su vida: cuando, por fortuna ó por desgracia, entró de súbito en la calle una ronda, que puso fin á la pelea: dos de los jayanes huyeron; otro y Varea quedaron en manos de los alguaciles, y nuestro poeta tambien cayó en poder de la justicia: por su figura y su fama era bastante conocido de toda clase de gentes, y Varea no lo era menos de los alguaciles en otro sentido; por lo cual el jefe de la ronda tuvo desde luego la consideracion de tratarlos de diferente manera, llevando á Quevedo del brazo, y dándole preventivamente su propia casa por prision, y conduciendo á los otros amarrados á la cárcel pública.

Entre tanto, la otra ronda que, segun dijimos en su lugar, se acercaba á la casa de Avililla en el momento de huir Quevedo con Isabel, habia cercado aquella y hecho una visita á sus habitantes, abriendo al efecto las puertas con sus propias llaves. El encargado de hacer esta requisicion era el alcalde de corte don Vicente de Prado, aquel que, en Belorado, dió tan mala cuenta del duque de Osuna. Doña Tomasa, que así como las demás personas de su familia, estaba ya alarmada por haber echado menos á Isabel, se quedó como muerta cuando vió entrar á los ministros de justicia.

—Qué es esto, señor? esclamó juntando las manos y temblando. Qué delito ha cometido esta familia honrada? Qué quereis de mí?

—No os alarmeis, señora, le respondió el alcalde: no vengo mas que á recoger los papeles de Avililla y á registrar el aposento de su

esposa, la cual deberá venirse conmigo para hacer compañía á su esposo, que lo desea.

—Los papeles... No sé si tiene algunos, repuso la vieja. Entrad, señor: podeis verlo todo: aquí no hay trampas, gracias á Dios! Pero mi sobrina Isabel... no sé como deciros...

—Qué? Hablad.

—Que no está en casa.

El alcalde, que parecia estar predestinado á dejar ir todas las personas cuya guarda se le confiaba, rechinó los dientes, y replicó:

—Eso es imposible, señora: la casa estaba cerrada, y yo tenia las llaves en el bolsillo. ¿Por dónde puede haber salido vuestra sobrina?

—Señor, yo no lo sé: me figuro que habrá sido por el balcon.

—Segun eso, vuestra sobrina se declara culpable; pues una persona inocente no huye de la justicia.

—No creo yo, señor, que haya salido huyendo de la justicia, contestó la sagaz vieja; puesto que nadie la perseguia. Mas bien pienso que, seducida por algun infame, se ha escapado de casa. Dios mio! Cuántas desgracias en una hora! Lluevan sobre mí calamidades!

—Basta, señora: dejad para otra ocasion vuestros lamentos, y veamos ese balcon por donde suponeis que ha salido vuestra sobrina.

Doña Tomasa condujo al alcalde á la habitacion de Isabel: veíanse allí á la luz de dos bujías, casi consumidas, los restos de la cena de Avililla, y los muebles en desórden. El alcalde se asomó al balcon, que estaba abierto, vió la cuerda atada y flotando en el aire; pero no otra cosa. El hermano Cogolludo, encontrándose en tan grave riesgo de ser descubierto, habia cortado el lazo con una navaja, cayendo á la calle con peligro de romperse las piernas ó la cabeza.

Tomóse nota de los indicios que comprobaban la fuga de Isabel; y registrada la casa, el alcalde hizo un paquete de todos los pa-

peles que encontró, sin leerlos, y lo cerró y selló cuidadosamente; despues de lo cual dejó algunos alguaciles como centinelas de vista, unos dentro y otros fuera, previniéndoles bajo la mas estrecha responsabilidad que no permitieran salir á nadie, mientras no recibiesen órden para ello.

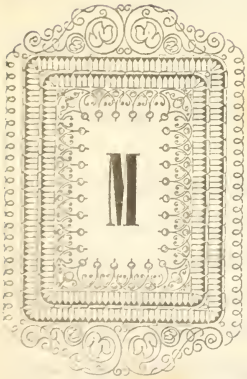
Hecho esto, se retiró; y doña Tomasa comenzó á encomendarse á todos los santos del calendario.

CAPITULO XX.

HACE QUEVEDO PROPÓSITO DE ENMIENDA, ROMPE UN YUGO Y TOMA OTRO, DE QUE LUEGO SE ARREPIENTE.

Ya de la memoria borro
todas las obligaciones,
porque vuestras sinrazones
me han dado carta de horro.
Desengañado me corro
de que tengais prendas mias;
mas por no mover porfias,
en vuestras manos las dejo,
cual la culebra el pellejo,
para renovar sus dias.

QUEV.—*Musa VII. Décimas.*



IENTRAS Quevedo permaneció en compañía de su infiel amiga, cumpliendo el deber de generosidad estrema que á sí mismo se habia impuesto, hizo violencia á su resentimiento, y evitó cuanto le fué posible ultrajarla con merecidas quejas: la pasion del ódio rugía en su alma, sin manifestarse esteriormente, sino por medio de alguna frase escapada al acaso. Pero cuando se vió preso por causa de ella y espuesto á caer en ridículo por haberse constituido en campeon de una mala mujer; la ira, largo tiempo reprimida, estalló en recriminaciones y conceptos satíricos, no contra la que le habia engañado, sino contra su sexo en general.

Habíasele dejado solo en un cuarto, y este aislamiento lejos de comprimirle, daba á su espíritu la libertad que mas necesitaba.

Paseándose de un estremo á otro de aquel aposento, hablaba consigo mismo, y decia:

—Amor, maldito amor! A qué estremos me conduces! En qué despreciable condicion me pones! Ciego te pintan, traidor, y es porque ciegas á los que sufren tu tiranía. Nos prometes la felicidad en el seno de la hermosura; nos arrastras con el iman de dos claros ojos, y en aquel seno palpitante y suave, y tras de aquellos cristales puros escondes el veneno del áspid: nos ofreces la vida, y nos das la muerte lenta é inacabable del condenado! Ah!... Mujeres!... Carcoma fatal de nuestra salud, incendio de nuestra hacienda, peligro constante de nuestra honra: que no me fuera dado el poder de fundirme en un crisol y salir hecho nuevamente de mármol ó de bronce, para no sentir el atractivo de vuestros infernales hechizos! —Pero yo resistiré al funesto incentivo que infiltrais en mis venas: desde hoy os declaro guerra á muerte; sereis para mí un juguete vil, que se compra, sirve y se rompe. No mas yugo, no mas esclavitud, no mas engañifa. Todas sois iguales, y yo el mas necio de los hombres.

Entre tanto que así discurría, sonó un leve rumor en un aposento inmediato, y solo separado del suyo por una puerta de comunicacion interior: parecióle percibir el roce de un vestido de seda, y oyó distintamente una voz agradable de mujer, que decia:

—Mira bien como lo pones, que no se aje.

Nuestro poeta olvidó en aquel momento sus invectivas contra las mujeres, y acercándose de puntillas á la puerta, se puso á mirar por la cerradura: una dama jóven y hermosa, segun le pareció, se estaba mudando de trage, y en el descuido de la soledad, pues únicamente una criada la asistia, dejaba descubierta una parte de sus ocultas gracias. La imaginacion habló en este caso mas alto á Quevedo que la realidad y la razon: figurábase estar viendo un ángel en forma humana, y saboreaba con fruicion íntima el placer de contemplarla.

—Que yo me perdiese por una mujer como esta, seria una perdicion afortunada, murmuró: ¿será hija ó esposa del comisario que me tiene cautivo? De seguro no ha hecho él con sus corchetes tan-

to como ella con el alabastro de sus hombros y demás arrabales. Qué hermosa es!

En esto desapareció detrás de un espejo que habia sobre una mesa la vision fascinadora que tenia encantado á nuestro héroe, quien solo pudo observar que la doncella acercaba algunos tarros á su señora y mojaba un pincel en cierta mixtura.

—Quién ha visto jalbegar al sol? dijo Quevedo para sí. Esta diosa de la hermosura, ¿se embadurna la cara para dormir? Si es casada, ¿cómo no piensa que su marido creerá besar á la pared cuando la bese?

Aquí suspendió de nuevo sus reflexiones para escuchar lo que la dama decia, pareciéndole haberla oido pronunciar su nombre. Con efecto, así era; y Quevedo percibió estas palabras:

—Tú podrás irte á dormir, Laura: yo no sé lo que haré; pues tu señor no vendrá quizás hasta la madrugada, y no me atrevo á meterme en la cama estando en casa ese caballero. Si tú supieras quien es!...

—Vah! respondió Laura. Os podeis acostar tranquila: no creo que ese buen señor se mueva.

—Quevedo es un hombre muy travieso, replicó la señora: tú no le conoces como yo, Laura.

—Pero, qué puede hacer? no está encerrado?

—Eso no importa: si llega á conocer que estamos solas, tan enamorado como es.... ¡Ay! Dios nos libre!

—Jesus! repuso la doncella. No me asustan á mí los hombres enamorados.

—Calla! Calla! No digas eso, contestó la señora. Quevedo es temible: cuentan de él unas cosas.... Dicen que no hay mujer que se le resista; y.... ¿qué quieres? le tengo miedo.

—Yo no: ¿quereis que me quede aquí con vos?

—No es necesario: no me acostaré; porque tambien me parece conveniente vigilar á ese hidalgo, no sea que haga alguna diablura para escaparse, y luego lo padezca tu señor. Ea, vete á dormir.

La doncella se retiró, despues de poner en órden algunas cosas, y la señora acabó de acicalarse, mirándose muchas veces al espejo: cuando estuvo á su gusto, se acercó de puntillas á la puerta del

cuarto de Quevedo, y observó á su vez por la cerradura: nada pudo ver, por estar aquella interceptada; pues el poeta no habia tenido tiempo de apartarse; lo cual la sorprendió como si hubiese visto alguna cosa estraordinaria, y la obligó á exhalar un suspiro murmurando:

—Se habrá fugado?

Y volvió á mirar con mas ahinco.

En esto, Quevedo se habia retirado un poco, yendo á sentarse en una poltrona, cuyo respaldo estaba vuelto hácia la puerta. La dama no pudo verle tampoco esta segunda vez, y supuso que estaria durmiendo.

—Pero esto no es mas que una suposicion mia, dijo para sí: es preciso que yo me entere bien.

Y descorrió con mucho tiento un cerrojo; mas al abrir la puerta, rechinó esta y la dejó. Quevedo se estuvo quieto y se hizo el dormido. La dama aguardó por espacio de un minuto, y pareciéndole que no habia sido sentida, volvió á dar otro empujoncito á la puerta: entonces, observando que continuaba la quietud mas absoluta en el cuarto, se decidió á entrar y dió algunos pasos dentro: era lo que aguardaba el poeta; el que, levantándose de pronto, exclamó:

—Quién anda ahí?

La dama se detuvo turbada y respondió:

—Ah! Caballero! Creí que dormiais. Pero veo que no, y me retiro.

—Nada importa eso, dijo Quevedo. Si no teneis sueño, yo tampoco: nos haremos mutuamente compañía.

—Lo agradezco,... no señor, repuso la dama. Yo he venido solo á buscar un abanico de pluma para espantar los mosquitos, que no me dejan dormir.

—No digo yo lo contrario, señora, contestó Quevedo acercándose á ella.

—Oh! no os movais, caballero, dijo la melindrosa. Ved que estoy sola.

—Mejor para mí.

—Jesus! Qué quereis decir?

—Nada, señora, sino que así podré llamaros hermosa, sin que me lo estorben testigos importunos.

—Respetadme, caballero, respetadme.

—¡Ay, qué cócora! dijo para sí Quevedo.—Y respondió:—Señora, no hallareis en el mundo un hombre mas respetuoso que yo.

—No dicen eso de vos las personas que os conocen bien, contestó la comisaria dando un paso mas hácia el poeta.

—Pues qué dicen, señora? preguntó este sonriéndose.

—Que sois un libertino muy temible, muy peligroso para las damas.

—Calumnia pura, señora. Podeis hacer la prueba por vos misma: venid, sentaos aquí, á mi lado y os convencereis de que soy el hombre mas inofensivo del mundo.

—Será posible? Oh! No lo creo: estoy tan escarmentada que no me fio de ninguno.

—Eso mismo me pasa á mí con las damas: ved como hay entre nosotros dos algunos puntos de contacto: somos Príamo y Tisbe.

—No, yo no soy Tisbe, respondió la comisaria con aparente candor: me llamo Dolores.

—Lo que tú eres tonta por todos cuatro costados, pensó Quevedo.—Pero contestó:—Hasta en eso nos parecemos, señora; porque yo tambien me llamo dolores.

—De veras? repuso la comisaria. Teneis ese segundo nombre?

—Sí, lo tengo, y nadie lo sospecha.—Pero, sentaos, ya que habeis venido, hermosa Dorila, y pasaremos el rato hablando.

—No estoy cansada: ¿sabréis decirme si habeis visto mi abanico?

—Sí, allí, en aquella mesa me parece que hay uno.

Dolores se dirigió hácia la mesa, y viendo á Quevedo hacer lo mismo, se paró de pronto y le dijo:

—Que no os movais.

—Me teneis miedo?

—Sí.

—Válgame Dios por el miedo! Soy algun tigre?

—Peor que eso.

—No me moveré, replicó el poeta sentándose y cruzándose de brazos.

La comisaria tomó el abanico y se retiró á su aposento; pero como estaba tan turbada, dejó sin advertirlo, abierta la puerta de comunicacion: Quevedo se levantó y fué á cerrarla; pero entonces ella se volvió, disimulando mal su despecho, y le gritó:

—Qué haceis?

—Señora, estoy herido, tengo calentura, y no me conviene estar á la corriente del aire: voy, pues, á cerrar esta puerta.

—Dios mio! exclamó Dolores: cómo habia yo de pensar!... Conque estais herido?

—Sí, en la frente: ¿no me veis, con esta venda, que parezco un Amorcito?

—Jesus! ¿Y es cosa grave? Pasad aquí, si os place, y cerrad la puerta: entrad, señor de Quevedo; no tengais empacho... Ya veis; estoy sola.

Quevedo entró, y fué á colocarse junto á la compasiva comisaria, que ya, al parecer, le habia perdido el miedo: comenzaron á hablar de cosas frívolas: el poeta apoyó su brazo izquierdo en el respaldo de la silla que ocupaba la dama, y esta no tuvo inconveniente en apoyar la espalda sobre su mano, quejándose de que hacía calor y de los mosquitos: Quevedo la tomó el abanico para espantarlos, y de paso la cogió los dedos, sin que ella lo echase de ver; él sí reparó que su amable compañera no tenia las carnes tan frescas ni el cútis tan terso, ni la edad tan lozana, como al principio le habia parecido: sin embargo, antes que la ilusion acabára de desvanecerse, agitó con fuerza el abanico y apagó la luz.

—¡Ay, Jesus! Qué habeis hecho? exclamó ella.

—Espanto los mosquitos, señora, repuso Quevedo: la luz los atrae: ahora no pueden picar como no lo hagan á tiento. Por ejemplo, así:

Diciendo esto, la pellizcó suavemente un brazo.

—Vaya, y qué cosas teneis! Estaos quieto, le dijo ella con buenos modos.

A la madrugada vino el comisario: abrió la puerta de la calle con llave que tenia para no incomodar á su familia las noches que estaba de ronda; entró en el cuarto de Quevedo, y encontró á este durmiendo tranquilamente; pasó luego al de su mujer, y tambien la halló sumergida en un profundo sueño; lo cual no impidió que al acostarse él despertase ella sobresaltada, diciendo:

—Quién es?.. Quién anda aquí?

—Soy yo, mujer; soy yo, le contestó el comisario.

—Ah! Gracias á Dios! repuso ella. Me tenia con tanto cuidado vuestra ausencia y el verme sola, que no he podido pegar los ojos hasta hace un momento.

—Será posible que hayais tenido miedo?

—Sí, he tenido miedo.

—De qué?

—No lo sé: pero, como estaba en casa el poeta ese, que dicen que es tan malo....

—Vah! qué tontería! ¿Conque tienes miedo al poeta?

—No lo he podido remediar.

El comisario se rió mucho de la timidez de su esposa; y como ambos necesitaban descanso, al cuarto de hora dormian como dos lirones.

Muy entrada la mañana, se presentó aquel en el aposento de Quevedo, que aun estaba en la cama; saludó á este con estremada cortesía, y le dió muestras de interesarse en su favor: díjole que le causaba un gran disgusto el tenerle hospedado en calidad de prisionero y no de otra manera, que habria sido mas de su agrado; que, no obstante, sentia un placer en disfrutar de su compañía, y deseaba que le honrase con su amistad: en corroboracion de este síncero sentimiento, el buen hombre comenzó desde luego á tratar al poeta como se trata á un antiguo amigo, y le confió con sencillez candorosa los temores que no habian dejado dormir á su mujer.

—Es una bendita de Dios mi Dolores, concluyó diciendo: la pobrecilla se ha criado en un convento, y conserva todavía resabios de las ideas que la infundieron las monjas: así se le figura que los hombres son animales carnívoros ó diablos, á quienes hay que conjurar haciéndoles de lejos la señal de la cruz; pero en el fondo es

una infeliz, y será menester que se acostumbre á perderos el miedo.

A pesar de lo mucho que se prestaba á la sátira y á la risa esta definicion que hacia de su mujer el comisario, Quevedo la oyó con una seriedad estraordinaria.

—Ser amigo de un hombre como vos, le contestó, es un favor de la fortuna de que pocos serán dignos: y no penseis que os hago en esto un cumplimiento vulgar, ni mucho menos una lisonja. En cuanto á vuestra esposa, si ella es tal como la pintais, no hareis mal en desvanecer esa timidez mogigata, que en ocasiones pudiera serla peligrosa.

—Es muy cierto, señor don Francisco, repuso el comisario: tan malo es el demasiado encogimiento, como la escesiva desenvoltura en las mujeres. Pero, hablando de otra cosa, ¿qué tal os sentís? Podreis aceptar un almuerzo en nuestra compañía?

—Os acompañaré á la mesa, por recibir merced; pero nada mas que acompañaros, replicó Quevedo: bien veis que el estado de mi salud no me permite otra cosa.

Lo cierto era que, aparte del malestar físico, nuestro héroe sentia un profundo descontento de sí mismo en presencia de aquel hombre honrado y sencillo, y se avergonzaba de recibir de su mano tan señaladas muestras de la amistad mas ingénua: que á ser menos francos y espontáneos los ofrecimientos del engañado marido, los habria reputado Quevedo como rasgos de fina ironía, y que tales como eran le parecian reconvenciones amargas. En una palabra, nuestro poeta sentia moverse en su corazon el eterno gérmen de la virtud, que la nobleza de alma fecundiza siempre en momentos oportunos, y temia que el rubor de la vergüenza abrasase su rostro al comparecer ante la mujer, á quien apenas conocia, y ya despreciaba.

Sin embargo, nada de esto sucedió: Quevedo habia hecho un profundo estudio sobre sí mismo, y poseia, por consiguiente, el difícil arte de refrenar sus emociones: así es que se presentó en la mesa con entera independencia de ánimo, saludó á la comisaría como si nunca la hubiese visto, y sostuvo la conversacion bajo el pié de una amistad naciente y reservada; pero observó con asombro, que la gazmoña Dolores sabia disimular mejor que él; pues

durante el desayuno permaneció con los ojos bajos á manera de novicia, y apenas se dignó responder con medias palabras á los cumplimientos de estilo: notó además que tan desmedida modestia era un anacronismo en la que la afectaba; pues debia de hacer lo menos diez años que otra mujer cualquiera se habia despojado de ella, para relegarla entre sus recuerdos históricos.

Formaba un contraste chocante por demás este falso candor de la mujer con la credulidad síncera del marido; el cual no cesaba de dar con el codo á Quevedo para hacerle notar la timidez de aquella.

Terminado el almuerzo, el buen comisario pidió á su huésped esplicaciones categóricas sobre el lance que motivó su detencion.

—Es menester, le dijo, que yo lo sepa todo, á fin de poder sacaros ileso de esta mala situacion, como creo que es justo: yo necesito dar cuenta del hecho al señor corregidor de Madrid, y aunque puedo afirmar que os encontré peleando en defensa propia contra un enjambre de tunos, quisiera tener otros antecedentes favorables para evitar que se os siga ningun perjuicio.

—Ciertamente, le respondió el poeta, podeis asegurar que fuí provocado y traidoramente acometido; pues aunque es verdad que mi encuentro con el apellidado capitan Varea, provino de antiguas discordias con motivo de cierta dama, no lo es menos que yo habia ya renunciado á ella, y nunca pude pensar que aquel me hiciese frente con una caterva de mozos de su calaña: es decir, que lo que debió ser un combate singular entre dos hombres resentidos, fué realmente un acometimiento alevoso, un amago de asesinato, cuando yo ni aun intencion tenia de herir á mi contrario.

—Así lo comprendo, y mucho mas con los antecedentes que tengo del tal Varea y de su pandilla. Por lo tanto, descuidad, que yo informaré como es debido al señor correjidor; y con vuestro permiso, voy á verle al momento.

—Yo, con el vuestro, me retiro á mi encierro.

—No es necesario: no temo que os escapeis, señor don Francisco.

—En cuanto á eso podeis estar tranquilo: sin embargo, debo evitar á vuestra esposa la importunidad de mi presencia.

El comisario se echó á reir, diciendo:

—Vah! vah!... Que os sufra, señor don Francisco. Las mujeres deben suplir á los maridos cuando estos no pueden asistir á sus amigos. Ea! Que os guarde Dios! Hasta luego.

—Procuraré no ser demasiado molesto á la vuestra, respondió Quevedo.

El comisario salió recomendando á su mujer que fuese amable; y ella que sin duda no aguardaba mas que su ausencia para serlo, apenas se vió sola con el poeta, le dijo:

—Qué bien sabeis finjir!

—Por qué lo decís, señora? preguntó aquel.

—Por qué ha de ser? No es admirable la serenidad que mostrais esta mañana?

—Es que, señora, esta mañana no finjo: anoche sí finjía.

—Cómo! Esplicaos, repuso doña Dolores, alarmada.

—No creo necesarias muchas esplicaciones, contestó Quevedo. Anoche me dejé llevar de mi humor ligero: esta mañana tengo juicio y obedezco á la razon: ayer no conocia yo á vuestro marido; conociéndole hoy, necesitaria yo ser el mas villano de los hombres para faltarle al respeto.

—Qué mudanza es esta, señor de Quevedo? esclamó la dama, pálida y temblorosa de ira. Es decir, que me habeis engañado.

—No, señora; el engañado he sido yo: afortunadamente el desengaño ha venido á tiempo.

—Miserable! Así tratais á una dama que ha tenido la debilidad de confiar en vuestro honor?

—Os trato como debe tratar un hombre de honor á la mujer de un leal amigo. Pensad de mí lo que gusteis, señora; pero haced justicia á mis sentimientos.

—Vuestros sentimientos son los de un canalla indecente y vil.

—Señora, moderad la lengua, y aprended vergüenza de un hombre que no la tiene. Ved que me abochorno de oiros.

—Dios mio! exclamó Dolores mesándose los cabellos. Que me pase á mí esto!...

—Con un canalla indecente y vil, como decís que yo soy, de seguro no os pasaria nada de esto. Podeis contar con mi amistad,

con mi mas profundo respeto, mientras me guardeis el que á todo hombre se le debe; pero, señora, no exijais de mí que os pierda el decoro.

—Id muy noramala con vuestros sermones, replicó ella volviéndole la espalda. La culpa me tengo yo: bien me habian dicho que érais un seductor inconsecuente y voluble.

Y sin aguardar contestacion, salió de la estancia, dejando solo á Quevedo; el cual, aunque previó desde luego que aquella mujer ofendida era capaz de intentarlo todo por hacerle daño, permaneció sereno y satisfecho de sí mismo.

Privilegio es de las almas fuertes (ó de las que quieren serlo), el de adquirir mayor energía con los sacudimientos de la adversidad; y si modelos de espíritus valientes queremos encontrar, pocos hay que se avecinen y menos que sobrepujen al de nuestro héroe; como son tambien pocos los que le han considerado bajo este interesante punto de vista moral, tan fecundo en lecciones útiles para enseñanza de los hombres. La retozona risa que recorre la superficie de sus mejores obras, cuyo fondo encierra tesoros de profunda filosofía, es un reflejo de aquella fortaleza inalterable; sin ella, no habrian nacido los sabrosos frutos de su imaginacion, nunca turbada; ni su juicio analítico habria podido hermanar la severa crítica de las miserias humanas con la sátira festiva y en apariencia frívola.

Dotado de un temperamento activísimo, dejábase arrastrar con frecuencia por la corriente de las impresiones externas y obraba á impulsos de movimientos desordenados, muy semejantes á la locura; pero al recibir su espíritu los golpes de los escollos contra que él mismo se precipitaba, restablecia con poder vigoroso el equilibrio de sus pasiones, y se burlaba del mundo y de sus propias heridas. Entonces era cuando brotaban espontáneas aquellas flores de poesía y ciencia que han inmortalizado su nombre.

Considerando así á Quevedo, veremos en él al hombre perfecto; esto es, tal como puede concebírsele despues de su caida; coloso de inteligencia y de materia animada; embrion de bien y de mal completamente desarrollado; mónstruo de luz y sombra, y personificacion la mas gráfica de su siglo. En el estado normal de su naturaleza turbulenta no le habría detenido acaso ningu-

na consideracion, al verse pretendido por la mujer del comisario; pero despues del desengaño que acababa de sufrir en sus relaciones con la bella Isabel, su espíritu reposaba, como Hércules al concluir sus trabajos, y entregado todo entero á la reflexion, le convertia en hombre grave, y en severo juez de los actos propios y agenos.

Luego que doña Dolores le dejó solo, comenzó á meditar con fria calma sobre las consecuencias posibles del desaire que la habia hecho: su viva imaginacion le trajo á la memoria los repetidos ejemplos de mujeres despreciadas, que tomaron venganza de hombres indóciles á sus caprichos; y recordando que la mas frecuente fué la de acusarles de haber querido violentarlas, temió que esto mismo, lo mas natural en el carácter gazmoño de aquella mujer, le arrebatase el mérito de su leal entereza á los ojos del marido; y á fin de prevenirse, tomó pluma y papel, que halló á mano, y se puso á escribir con serenidad versos análogos á su situacion.

Concluyéndolos estaba, cuando volvió el honrado comisario, y viéndole solo y tan entretenido, se detuvo en la puerta para no interrumpirle; pero Quevedo alzó la cabeza y le llamó, diciéndole:

—Ya está acabado: ¿quereis oir este soneto, á ver si os parece bien pensado?

—Como todo lo que sale de vuestra pluma, será escelente, repuso el comisario. Pero, ¿dónde se ha metido mi mujer? Voy á llamarla para que oiga tambien vuestro soneto; pues le gustan mucho los versos. ¿Serán decentes, eh? Podrá escucharlos ella?

—Sin duda alguna; y será en esto mejor juez que vos y yo, replicó el poeta; porque cabalmente trato de cosas de mujeres.

—Tanto mejor. Dolores! Dolores! gritó el comisario: ven acá, escucha.

La gazmoña Dolores se presentó en el umbral visiblemente disgustada y afectando cortedad. Pero su marido, pensando solo en los versos de Quevedo, la tomó de la mano sin reparar en nada y la dijo:

—Ven y oirás un soneto que acaba de componer nuestro amigo Quevedo.

—Sí, hacedme la merced de oirlo, señora, y me direis vuestro parecer añadió el poeta.

Y mirándola fijamente, tomó el papel en la mano y leyó con voz segura:

« Disparado esmeril, toro herido;
Fuego, que libremente se ha soltado;
Osa, que los hijuelos le han robado;
Rayo, de pardas nubes escupido;
Serpiente ó áspid con el pié oprimido;
Leon, que las prisiones ha quebrado;
Caballo volador desenfrenado;
Aguila, que le tocan á su nido;
Espada, que la rige loca mano;
Pedernal sacudido del acero;
Pólvora, á quien llegó encendida mecha;
Villano rico, con poder tirano;
Víbora, cocodrilo, caiman fiero
Es la mujer, si el hombre la desecha. »

—Verdad, verdad! exclamó el comisario. Es una pintura valiente.

—Qué os parece, señora? preguntó Quevedo.

—Si ha sido escrito de improviso, no está mal el soneto, respondió ella friamente.

—No tengais reparo en criticármelo. ¿Qué habeis notado?

—No soy voto en la materia, señor don Francisco; pero me han parecido flojos algunos versos, y me disuenan un poco los que habeis puesto asonantados.

—Hola, hola! Parece que sois maestra. Y el pensamiento, ¿qué tal?

—El pensamiento está bien, aunque algo exagerado.

—No seas tan rígida, repuso el comisario, muy ufano de oir á su mujer criticar á nuestro poeta.

—Oh! Dejadla, dejadla, repuso este: ya sabe donde le aprieta el zapato.

Dolores se puso momentáneamente encendida: su marido respondió:

—Sí sabe, sí: ahí donde la veis tan pacata, si tuviera otro ge-

nio, podria lucirse como la mas estirada; pues ha estudiado gramática y retórica, y conmigo á solas tiene habilidad para disputar mas que un letrado.

—Eh! No digais tonterías, contestó ella. — Y volviéndose á Quevedo le dijo: —Vuestro soneto es bueno: guardaos de ponerlo en práctica; porque la mujer ofendida no perdona jamás.

—Agradezco el consejo, respondió el poeta: pero difícil es que yo lo tome, pues tengo la costumbre ó la flaqueza de tratar á las damas segun sus merecimientos.

El comisario escuchaba con la boca abierta estas contestaciones, sin penetrar el doble sentido que encerraban: su mujer alegó un pretexto para retirarse; y habiendo quedado solos él y Quevedo, participó á este que el corregidor, noticioso de lo ocurrido la noche anterior, deseaba verle.

—Qué tal se muestra su señoría respecto á mi humilde persona? preguntó el poeta.

—Bien: mis informes le han preparado favorablemente, respondió el comisario. Sin embargo, me parece que sabe mas que yo mismo acerca de vuestra aventura.

—Cómo es eso? Qué os ha dicho?

—No me ha dejado concluir el relato que llevaba estudiado, y me ha interrumpido diciéndome:

«Bien está: no necesito saber mas. Tened guardado á Quevedo en vuestra casa, cuidando de que no hable con nadie, y traédmele esta noche á primera hora.»

—Qué misterio es ese?

—No sé: pero, aunque lo siento, habreis de permanecer incomunicado por hoy.

—Poco me importa, repuso Quevedo. Hacedme el favor de un cuadernillo de papel y un tintero, pues con esto me sobra para no estar solo, aunque lo mande el corregidor.

—No me comprometais escribiendo á vuestros amigos.

—Tranquilizaos: voy á soñar un poco, y nada mas.

El comisario le dió lo que pedia, y encerrado nuestro héroe, comenzó á escribir su magnífico *Sueño de las calaveras*, parodia del Juicio final, en que juzga los vicios de su tiempo, haciendo compa-

recer en ordenado desconcierto y confusion la turbamulta de los estragados mortales.

Llegada la noche tuvo que suspender su tarea para ser conducido á casa del corregidor: este funcionario le mandó aguardar sus órdenes en un cuarto que le indicó, donde al cabo de una hora se presentó un alguacil, el cual le vendó los ojos.

—Qué significa esto, camarada? preguntó Quevedo riéndose. Vais á jugar conmigo á la gallina ciega?

El alguacil no contestó mas que para imponerle silencio y prevenirle que no preguntase nada, ni opusiese resistencia ninguna á las órdenes de la autoridad; y luego que le hubo vendado á su entera satisfaccion, le tomó de la mano y le bajó á la calle, donde le aguardaba un coche. Quevedo se dejó introducir en él, y advirtió que dos hombres tomaban asiento á sus lados; hecho lo cual, el carruaje comenzó á rodar y no paró en una hora. Por último se detuvo, al parecer, bajo un techo abovedado; uno de los que acompañaban á nuestro héroe le dió la mano, y le ayudó á bajar, guiándole por unas escaleras y un largo pasillo hasta la puerta de una sala, donde otra persona se hizo cargo de él.

Quevedo no sabia qué pensar de tan estraño misterio; y ya le iba poniendo esto en cuidado, cuando oyó una voz estraña y desconocida, la cual empezó á interrogarle lo que sabremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXI.

EL TESTAMENTO A OSCURAS.

Si de los que derribas te levantas,
Y si de los que entierras te edificas,
En amenazas propias te adelantas;
Medrosos escarmientos multiplicas;
Lágrimas tristes, que ocasionas, cantas;
Son tu caudal calamidades ricas.
QUEV.—*Soneto á un poderoso.*

Si es delito saber quien ha pecado,
Los vicios escrudiñen los curiosos,
Y viva yo ignorante y ignorado.
ID.—*Soneto, Oir, ver y callar.*

DIJIMOS en otro lugar que Mateo Avililla habia sido llevado á casa del presidente don Pedro Lasso. Al entrar en ella, el alguacil de corte concibió temores de un proceso y esperanzas de salvacion; pues como don Rodrigo era cómplice, ó mas bien principal autor de los delitos que podian achacársele, y como él conocia por esperiencia las estratagemas de los tribunales y de los reos, confiaba en su astucia para salir del mal paso en que se hallaba metido.

Pero pronto se desengañó advirtiendo que don Rodrigo, despues de hablar algunas palabras con el presidente, que era su grande amigo, le conducia él mismo, no fiándose de nadie, á un sótano profundo, y allí le dejaba sin luz, y sin ninguna esplicacion que aclarase sus dudas.

—Desgraciado del perro que, haciendo traicion al ganado, sirve al lobo y lo tiene por amigo: tarde ó temprano será víctima de su voracidad, dijo sentenciosamente Avililla. Esto mismo es lo que á mí me pasa: he servido á ese poderoso traidor; he hablado mal de él, y héle aquí convertido en carcelero, juez y verdugo mio. No hay salvacion para mí.

A pesar de esta reflexion desconsoladora, como la esperanza es el último sentimiento que abandona al hombre; pues aun le precede mas allá del sepulcro, el miserable pasó la noche en vela, cabilando sobre su impensada desgracia, y sobre los medios de salvacion que todavía pudiera ofrecerle la casualidad ó la suerte.

Así le amaneció, y pudo conocer que era llegado el dia, no por la luz, que en su profundo calabozo no penetraba, sino por el rumor de las gentes que bullian sobre su cabeza.

Pasaban, entretanto, las horas: Avililla, no obstante su inquietud de ánimo y sus temores, tuvo hambre; pero nadie venia á traerle el preciso sustento: una idea espantosa tomó posesion de su alma.

—Dios mio! exclamó. ¿Estaré condenado á morir de hambre!... Qué delito es el mio, para que se me imponga tan horroroso castigo? Si el temor de que yo revele un secreto me tiene aquí sepultado en vida, pudiera asegurarse mi silencio cortándome la lengua: si mi existencia es peligrosa, mas lo es la de un perro rabioso, y sin embargo, se le acaba de un tiro. Yo preferiria esto mil veces al horrible tormento que preveo.

Y como la imaginacion es, en los casos adversos, la que mas nos atormenta, el pobre diablo comenzó á sentir el aguijon del hambre, con tanta furia como si hubiese estado sin comer dos dias.

Ya declinaba en su carrera el sol hácia el ocaso, cuando Avililla sintió un rumor cercano, y vió abrir la puerta de su calabozo: un viejecillo barbudo se presentó en ella, trayendo en una mano una linterna, y en la otra una cesta de provisiones: el preso le reconoció al momento y exclamó:

—Ah! Mi querido maese Juara! Bien venido seais! Y añadió espresando cierto recelo con el temblor de su voz: —Qué me traeis ahí?

—Comida, hijo, respondió el hechicero. No te alegras?

— Comida! repuso Avililla con acento sombrío. Pero, ¿qué comida?...

— No es nada de eso, mal pensado, replicó Juara con voz gruñona. Es comida y nada mas que comida. Si no la quieres, porque tienes recelo, me la volveré á llevar. Eh?

— Oh! No, señor: dadme acá: estoy muerto de hambre, dijo Avililla.

Y tomó con ansia la cesta, descubriendo su contenido. Pero vacilando de nuevo por temor de ser envenenado, contempló algunos momentos las provisiones y murmuró:

— Mas vale morir así que de otro modo.

— Quién piensa en morir, gurrumino! exclamó el hechicero incomodado. Pardiez! No soy hombre de fiar?—A ver! Dame acá ese pastel de conejo que te he traido; verás que bien me sabe, con un trago de ese Valdepeñas, que viene en la botella. Pues, hombre!... Quién mas dichoso que tú?

Diciendo así, Juara tendió la zarpa al pastel, y de un repelon se llevó la tercera parte entre las uñas, y comenzó á engullirlo con un apetito, que habria dado envidia al hermano Cogolludo. Avililla cogió el resto y le imitó de buena gana: viéndole recobrar la confianza y comer, le dijo el hechicero:

— Mal piensa, quien obra mal, señor alguacil; y no es de fiar el que de otro no se fia.

— Por qué me decís eso, maese Juara? preguntó Avililla.

— Examina tu conciencia, hijo, y hallarás la contestacion que yo puedo darte, le respondió el hechicero. ¿No es verdad que has sido algunas veces poco amigo de mis amigos? Pero yo no soy rencoroso, y ya ves de qué modo correspondo á tus ingratitudes, saciando tu hambre y apagando tu sed.

— No me culpeis á mí, sino á mi destino, repuso Avililla: no ignorais que yo soy mandado, y si alguna vez he tenido que proceder contra vuestros amigos, bien sabe Dios que ha sido por quererlo así mis superiores.

— Ya, ya estoy en eso, replicó Juara: pero si tú no hubieses querido, con media palabra lo habrias evitado: cuatro infelices andan por los mares apaleando el agua, que podian estar en Madrid

como unos reyes; y nadie tiene la culpa sino tú, que los sorprendiste en casa del tabernero Corneja: y esto lo hizo tu codicia; no me lo niegues.

—Me lo mandaron, señor Francisco.

—Bien está, dejemos ya eso. Los muchachos volverán pronto de la real armada, donde sirven á S. M. y otros ocuparán sus puestos; que así es el mundo: juego de bochas, que van y vienen. Yo tengo ya olvidadas esas cosillas y solo deseo tu bien. Dime: ¿sabes por qué te tienen aquí?

—Cómo quereis que lo sepa?...

—Te tienen por curioso, y me parece que no lo ignoras.

—Válgame Dios! exclamó Avililla. Ese es mi oficio.

—No: tu oficio es agarrar. Si te hubieses limitado á esto solo, no te verias hoy en este apuro. Dime sin reparo, qué secretos son los que guardas á don Rodrigo, y te daré un consejo para que no lo pases mal.

—Yo, secretos? repuso el alguacil. No sé nada que pueda perjudicar á mi señor don Rodrigo.

El hechicero meneó la cabeza con aire de incredulidad, y replicó:

—No es de fiar, el que de otros no se fia. Te advierto, hijo, que tu cuello me huele á cáñamo. Dime la verdad, que no te arrepentirás de haber sido franco.

—Repito que nada sé, contestó Avililla; y si algo supiese, me parece que no delinquiria callándolo.

—Eso es segun con quien hables. Don Rodrigo no tiene secretos para mí.

—Siendo eso cierto, creo escusado repetiros lo que no ignorais.

—Hola! repuso el viejecillo: ya te cogí en una mentira: eso significa que sabes algo.

—Señor Juara, replicó Avililla. ¿Qué puede importar á don Rodrigo ni á vos lo que yo sepa, si algo sé, dado que soy discreto y callado?

—Ahí está el busilis, hijo mio: yo conozco hombres muy callados cuando están despiertos; pero que todo lo charlan cuando duermen: quizá seas uno de estos.

Avililla notó en sí mismo un fenómeno que se habia ido desenvol-

viendo mientras comia: gran pesadez en la cabeza y en los párpados, que se cerraban, á pesar de sus esfuerzos para mantenerlos abiertos.

—Ah! Pérfido hechicero! exclamó. Alguna cosa mala me habeis dado.

—Tranquilízate, hijo: no es cosa mala: es pastel de conejo y vino de Valdepeñas; solo que, como habrás pasado la noche en vela, despues de comer, te da sueño: eso es muy natural. Duerme, hijo, duerme.

Al hablar así, Juara mascujaba cierta raiz que tenia en la boca para preservarse del narcótico, que habia dado al preso. Este se durmió profundamente barbotando algunas palabras. El viejecillo le tendió sobre un poyo, colocándole de modo que tuviese la cabeza mas baja que el cuerpo, y descubriéndole el pecho sacó un emplasto que traia preparado, y se lo aplicó en el lado del corazon: en seguida comenzó á tocarle suavemente en los labios con un dedo y dijo:

—Vamos á ver: habla, habla.

El alguacil pronunció dos ó tres palabras incoherentes.

—Dime, le preguntó el hechicero: ¿qué sabes de don Rodrigo Calderon?

—Muchas cosas, y ninguna buena, respondió claramente Avililla.

—Le has visto ir alguna vez á casa de Francisco Juara?

—Sí, bastantes veces.

—Y sabes á qué iba?

—Una vez fué á pedirle un veneno para el inquisidor mayor Portocarrero.

—Y se lo dió?

—No lo sé.

—Qué mas tratos ha tenido con maese Juara?

—Siempre que ha necesitado asesinos, él es quien se los ha buscado.

—Qué picardía!... Y qué mas?

—Una tarde le ví entrar en S. Ginés disfrazado de clérigo, y confesar á una mujer.

—Eso es un sacrilegio. ¿No te parece que don Rodrigo es de los que van de noche á Fuenterrabia, á las reuniones de la *Señora*?

—Todo puede ser: quien con brujos anda, á volar aprende.

—Dime otra cosa: ¿qué clase de relaciones tiene el maldito contigo, ó con tu mujer?

Avililla titubeó esta vez para contestar.

—Vamos, responde, dijo el hechicero, volviendo á pasarle su descarnado y amarillo dedo por los labios.

—Mi mujer y él se entienden; pero yo no me fio, ni de él, ni de ella, respondió el alguacil.

—No es eso lo que te pregunto. ¿Qué negocios son los que trata con tu mujer don Rodrigo?

Avililla se agitó en su lecho de piedra y dió un gemido.

—Cómo sabes guardar los secretos que te interesan! refunfuñó el hechicero. —Vamos á ver si me dirás otra cosa. ¿Qué uso piensas hacer de lo que sabes acerca del marqués y de su amigo Juara?

—Ninguno, respondió el alguacil sonriéndose.

—Qué tontería! No serán ellos tan generosos contigo. ¿Aguardarás á que te pierdan ellos mismos para asegurarse de tí?

—No llegará ese caso.

—Por qué? Responde.

—Porque antes los acusaré á la Inquisicion y á la reina.

—Eso piensas hacer?

—Sí.

Juara quitó del pecho de Avililla el emplasto que le habia puesto, y tomando la luz, salió de la prision: el alguacil permaneció sumergido en un profundo sueño.

Mientras esto pasaba, don Rodrigo habia mandado llamar al hermano Cogolludo, el cual se presentó en su casa temblando de miedo; y habiéndose encerrado con él en un cuarto, comenzó á examinarlo de esta manera.

—Os he llamado para advertiros que estais en peligro de sufrir las mas severas penas, por haber quebrantado las reglas de vuestra órden, y por otros escesos que no quiero calificar. Si me decís la

verdad en lo que voy á preguntaros y me jurais observar el mas absoluto silencio, yo tendré con vos la mayor consideracion; pero de lo contrario, informaré al general de la órden, al padre Aliaga y al rey de vuestra conducta ligera, y os podeis dar por perdido.

—Tened piedad y misericordia de mí, balbuceó el dominico.

—Vamos á cuentas, y no me oculteis por temor ni por malicia nada de cuanto sepais; pues ya os he dicho que de esto depende vuestra salvacion.

—Preguntadme lo que querais: nada os ocultaré.

—Oísteis anoche la conversacion de Avililla con su mujer?

—Señor, oí que hablaban; pero no pude entender bien lo que decian.

—Cómo nô, si yo, que estaba cerca de vos, lo entendí todo?

—Ah! Señor: estaríais mas cerca: yo no tuve valor para escuchar nada, y me escondí en un rincon.

—Y cuando yo salí al gabinete, ¿no procurásteis saber lo que pasaba?

—Confieso mi flaqueza, sí, señor; entonces me acerqué á la puerta; pero no advertí mas, sino que Avililla os reconvenia, y que vos le amenazásteis.

—¿Dónde se ocultó Isabel, despues que yo me fuí?

—Lo ignoro, señor: eso lo sabrá el otro.

—Quién es ese otro?

—Quevedo, que la sacó por el balcon.

—Quevedo estaba tambien allí?

—Sí, señor; en el mismo cuarto... Es decir, yo no puedo afirmarlo; pero sí que salió de él.

—Y por dónde salísteis vos de la casa?

—Tambien por el balcon.

—No os dijo nada Isabel?

—Sí, señor: me dijo que estaba en gran peligro de muerte, y me suplicó que la libertase.

—Y vos lo hicísteis.

—No, yo no: Quevedo.

—Está bien: os podeis retirar, y cuidado con la lengua.

—Oh! no haya miedo: me importa á mí callar mas que á nadie.

—Mas de lo que pensais; porque se trata de un secreto de Estado.

El dominico abrió los ojos un palmo, y levantó las manos á la altura de los hombros, en señal de admiracion.

—Ah! exclamó: un secreto de Estado! Pues ahora sí que puedo estar tranquilo: no se me escapará el secreto; porque no sé nada. Quien probablemente sabrá algo es Quevedo.

Fácilmente se comprende la caritativa intencion del hermano Cogolludo, al atribuir á nuestro poeta semejante ciencia. Don Rodrigo dejó marchar á aquel, advirtiéndole que estaria espiado á todas horas y en todas partes, y en seguida escribió una esquela al corregidor de Madrid, diciéndole:

«Importa mucho al servicio de S. M. que esta noche precisa-
«mente sea detenido don Francisco de Quevedo, y que se le con-
«duzca á casa del presidente de Castilla con los ojos vendados, pa-
«ra cierta averiguacion reservada; teniendo presente que no ha de
«saber él á donde va, ni con qué objeto.»

Recibió el corregidor este aviso en el momento en que el comisario le daba cuenta del lance de Quevedo con el capitan Varea y sus compañeros, y enterado de que le tenia arrestado en su casa, le previno conducirle, llegada la noche, á su presencia, como en otro lugar queda espresado.

El aposento donde fué introducido nuestro héroe pertenecia, pues, á la casa del presidente, y era una sala desocupada y de grandes dimensiones, alumbrada solamente por una lamparilla que habia en el fondo de aquella, delante de una imágen de Jesus Nazareno. Estaban allí don Rodrigo y su consejero Francisco Juara; y este fué quien le dirigió la palabra, despues de haber hecho salir á los que habian venido escoltándole.

—Sabeis en donde estais? le preguntó.

—No, respondió Quevedo: pero me lo figuro.

—Qué os figurais?

—Que estoy en Madrid y en una casa.

—Sabeis para qué fin os han traido?

—Sí: para hacer el juego que llaman el *testamento á oscuras*.

—Tened en cuenta que no estamos aquí de broma.

—Pues si no es broma esto, podeis echarme á la calle; porque no estoy de veras.

—Responded á lo que os pregunte: ¿Dónde pasásteis la noche ayer?

—Va de veras? preguntó Quevedo á su vez.

—Claro está, contestó Juara.

—Pues sabed que no quiero satisfacer á quien no veo, ni conozco, y por consiguiente ignoro si tiene ó no derecho á interrogarme.

—Os formalizais?

—Vaya si me formalizo. Lo dicho, dicho.

—La autoridad es quien habla por mi boca, repuso Juara; y debeis responder á sus preguntas.

—Y para que yo crea en esa autoridad, me habeis convertido en estátua de la Fé, ó en símbolo de la Ignorancia? Descubridme los ojos del rostro y los de la razon, para que yo vea y aprenda á conocer lo que debo respetar; porque esto de obedecer á ciegas, se queda para los esclavos; y yo nací libre.

Juara se consultó en secreto con don Rodrigo, y luego dijo:

—Dejaos de razonamientos ociosos, y sed dócil á nuestro mandato; pues de lo contrario, se os cargará de hierro y se os encerrará en un oscuro calabozo, para que comprendais que tenemos autoridad.

—No, pardiez! respondió Quevedo riendo. Eso probaria que teneis fuerza material: la autoridad no es la vara, ni el cetro; es el convencimiento que se inspira de que con ellos se hace justicia.

—Eso es hablar demasiado, no sabiendo á quien hablais.

—Lo mismo diria, si supiese que erais el rey en persona: ved que me importarán vuestras amenazas.

—Un delegado de S. M. es quien os dirige la palabra.

—Pues decid á S. M. que yo le respeto y venero; mas no obedezco á quien degrada su autoridad abusando de ella.

—Esto pasa ya de majadería, replicó Juara incomodado. Contestadme á una cosa no mas, y quedaréis libre.

—Sepamos esa cosa.

—Teneis noticia de que alguien haya vendido al estranjero los secretos del Estado?

—Por fin me hablais de algo serio. No soy curioso de delitos: si lo fuese, ya me habria quitado yo mismo esta venda para conoceros: sin embargo, os empeño mi palabra de honor, que si á mi noticia hubiese llegado semejante traicion, aunque el culpable fuese mi mejor amigo, ó mi dama, no estaria libre del castigo.

—Yo sé, no obstante, repuso Juara, que anoche se habló algo de eso delante de vos.

—Yo sé que estais completamente equivocado, replicó el poeta.

—Os lo debió confiar la dama, á quien ayudásteis á ponerse en salvo, y de quien sois cómplice por este hecho.

—Llévela el diablo, si en su vida me ha dicho mas que mentiras!

—Estais obligado á entregarnos esa mujer, que es culpable de alta traicion.

—Mucho que lo es: todas sus traiciones van á parar á la cabeza de su marido.

—Dejaos de bromas: ¿dónde la teneis?

—Yo no la tengo: ella se tiene.

—Decidme dónde se oculta.

—Pesado estais, repuso Quevedo: ¿qué tengo yo que ver con esa herramienta del pecar, que ya he desechado?

—Teneis que ver, puesto que la acompañásteis á su retiro.

—Qué diablos! Buscadla vos y emplumadla, si lo merece. Yo la dejé en la calle de las Huertas, y ella se fué á donde quiso, mientras me defendia de cuatro ó cinco rufianes, que me asaltaron por su causa.

Juara volvió á consultarse con don Rodrigo.

—Nos dice la verdad, murmuró el hechicero; pues quejoso como está de esa mujer, si algo supiese contra ella, lo cantaria de plano.

—Sí, respondió el valido; pero lo principal....

Juara se dirijió á Quevedo, y le dijo:

—No os molestaré mas, si teneis á bien satisfacerme á una pregunta. ¿A quién vísteis anoche en casa de aquella dama?

—A ella.

—Y á nadie mas?

—Si viese á quien ví, no tendria reparo ninguno en decírselo; pero á nadie mas.

—Apuradle, dijo don Rodrigo al oido de Juara.

—Debeis revelármelo á mí, ó de lo contrario temblad!

Quevedo se levantó con energía y repuso:

—Yo no tiemblo, vive Dios! Y os desafío, quien quiera que seais, á que me arranqueis una palabra de lo que yo no quiera decir.

—Lo direis en el tormento.

—Me despedazareis; pero no hablaré.

—Sois un encubridor de criminales! prorumpió Juara, repitiendo las palabras que le decia don Rodrigo al oido.

—Mentís! exclamó el poeta con furia. Si sabeis que son criminales los que allí habia, sabeis mas que yo; y si teneis autoridad para ello, perseguidlos: ese es vuestro deber. Yo no soy encubridor, ni delator.

—Basta, murmuró don Rodrigo; este hombre es una roca.

Quevedo se sonrió casi imperceptiblemente: á pesar de las precauciones tomadas con él, desde que Juara se consultó por primera vez con el favorito, habia creido reconocer á este; y el giro del interrogatorio acabó de persuadirle que no se habia equivocado.

El hechicero, siguiendo las instrucciones de su patrono, que temia ya un mal desenlace, si continuaba exasperando á Quevedo, dijo á este con mansedumbre:

—La venda que teneis en los ojos disculpa vuestra audácia, y á ella debeis agradecer que no se os imponga un severo castigo: vais á volver, como habeis venido á poder del señor corregidor, y veremos si en todo desplegais tanta firmeza para el sigilo. ¿No teneis curiosidad de saber ante quien estais?

—No; porque pudiera arrepentirme de haberos faltado al respeto. Prefiero mi ignorancia.

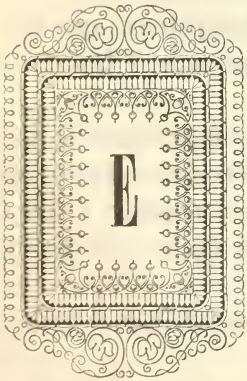
Juara se levantó, le tomó de la mano y le condujo fuera del aposento; donde aguardaban los dos matones que habian venido acompañándole. Estos le metieron en el coche, se colocaron á sus lados, y dieron órden al cochero de marchar á casa del corregidor.

CAPITULO XXII.

LA VENGANZA EN EL CASTIGO.

Éntrese por los resquicios
la Justicia á castigar;
que es pereza registrar
y no decir los edificios.
Bastan y sobran indicios
para quien nada bastó;
y de quien tanto tomó
venganza se tomará.
Ello dirá....
QUEV.—*Letrilla satírica.*

Sacrilegios pequeños se castigan,
Los grandes en los triunfos se coronan
Y tienen por blason que se los digan.
Lido robó una choza, y le aprisionan:
Menandro un reino, y su maldad obligan
Con nuevas dignidades que le abonan.
IDEM.—*Soneto.*



ERA ya muy avanzada la noche, cuando Avililla volvió de su letárgico sueño: el desgraciado no conservaba memoria de lo que durmiendo habia dicho; pero se acordó al punto del pérfido Juara, y le llamó, creyendo verle en medio de las tinieblas: su cerebro estaba lleno de fantásticas y aterradoras imágenes, cual si el espíritu, en su trabajo de concentracion, se hubiese ocupado en formar aquellas ilusiones fatídicas, cortejo precursor de la muerte.

—Qué horrible oscuridad! murmuró, deteniéndose á escuchar con pavor el eco de su voz. Estoy solo, y me parece que danzan en torno mio figuras semejantes al maldito hechicero, y que me ame-

nazan con cuerdas, puñales y veneno!... Ah! Si me fuese dado volver á la vida!... Porque no dudo que padezco una muerte anticipada.... Si yo volviese al mundo de los vivos, cuán diferentemente obraria de como hasta hoy!... No seria yo instrumento de la iniquidad;... no codiciaría riquezas que tan caras me cuestan, y que de nada me sirven.—Necio!... Por qué estoy aquí?... Por hablador; yo, que á mí mismo me he negado la verdad; yo, que he pretendido tapar los ojos á mi propia conciencia!... Por qué no derribé al poderoso insolente que me oprime, antes que mi lengua hubiese sabido mi pensamiento? Esperaba de él mayores bienes; queria que la ocasion pudiese levantarme sobre sus ruinas; y héme aquí sepultado vivo!... Pero esto no durará siempre: yo recobraré la libertad con el disimulo; y algun dia el cuello del malvado será el primer escalon de mi fortuna.... Qué digo?... Quién anda-ahí?... Juara!... Maese Juara!...

El eco de las bóvedas susurró este nombre: Avililla guardó silencio, y ningun rumor volvió á turbar su espíritu receloso.

Pero al cabo de un rato sonó un ruido positivo: descorrieron los cerrojos de su prision, se abrió la puerta y entró Juara con los dos jayanes que habian acompañado á Quevedo, los cuales traian unas cuerdas, con que maniataron al preso: Juara por su parte le mandó guardar el mas absoluto silencio, y de este modo le sacaron del sótano, y le condujeron á la misma sala desmantelada que antes hemos descrito.

Allí le aguardaba don Rodrigo, sentado en un sitial detrás de una mesa, quien mandando al mísero alguacil acercarse, y á los otros que soltáran sus ligaduras, le mostró un escrito y le ordenó firmarlo. Avililla quiso enterarse primero de lo que aquel decia.

—Eso no debe importaros nada, le contestó el valido, puesto que vais á morir.

Avililla echó á temblar como un hombre desnudo en las neveras de Guadarrama.

—Cómo, noble señor! exclamó. Es posible que con tanto rigor trateis á vuestro mas humilde criado? Qué mal os hice? Cuál es mi delito para merecer la muerte?

—No ignorais vuestros delitos: habeis vendido á Francia nues-

tros secretos, y debeis morir: habeis abusado del poder de la justicia para enriqueceros con los despojos de los que debíais entregar al brazo de los tribunales; os habeis revestido de autoridad, usurpando mi nombre, para contratar con estrangeros los servicios del Estado: en este escrito constan todos esos crímenes, que habeis declarado á pesar vuestro, y en el mismo dejais, como es justo y necesario, todas vuestras riquezas mal adquiridas al Tesoro real.

—Yo no firmaré nada de esas imposturas, respondió Avililla.

—Si os resistís, no hareis mas que apresurar vuestra muerte, replicó el valido.

El alguacil movió la cabeza consternado, advirtiendo que, á falta de ligaduras, tenia cerca de sí á los dos jayanes armados de puñales, prontos á hundirlos en su pecho á la menor seña de don Rodrigo.

—Pero, señor, babuceó: me imponeis un deber, que no me librará de la muerte. Si yo he cometido alguno de los delitos que me imputais, vuestra conciencia os dirá que nunca dejé de obedeceros.

—Silencio! prorumpió diciendo el valido. Firmad, si quereis vivir.

—No, yo no firmo eso, repuso Avililla.—Y añadió en seguida mirando á uno y otro lado:—¿Cómo podré firmar, si el terror me embarga el pulso?

Diciendo esto, tomó una pluma y esforzó su temblor de modo que se le cayó de la mano.

—Serenaos, dijo don Rodrigo, haciendo una seña á los dos jayanes para que se apartasen. Ya quedais en libertad.

Avililla volvió la cabeza y observando la distancia que le separaba de los jayanes y de la puerta de la sala que estaba abierta, dió un salto hácia atrás, y logró escabullirse entre las manos de aquellos: aunque conocia la casa, no era práctico en aquella parte deshabitada; por lo cual huyó sin tino; aunque con la esperanza de salir á parajes conocidos y buscar la salida; pero equivocó la direccion que debia seguir, ó tal vez esquivó el camino recto por no encontrarse con los criados ú otras personas que pudieran detenerle, y tomando una escalerilla estrecha que halló á mano, bajó por ella y se encontró en un patio trasero, donde habia dos puertas: la una,

que conducia al ala esterior, estaba cerrada: entró por la otra y se vió en un vasto sótano de robusta y sólida arquitectura, que servia de cochera, y cuyas ventanas, al nivel de la calle, estaban cerca del abovedado techo.

Los dos jayanes y don Rodrigo, aturdidos por la sorpresa, le habian dejado tiempo para escaparse; pero en seguida se lanzaron á perseguirle, y Juara les alentó diciéndoles:

—No tengais miedo que se escape: las puertas de la calle están cerradas.

Avililla conoció que estaba perdido, si no lograba fugarse, ó al menos sustraerse á las pesquisas de sus perseguidores: buscó donde esconderse, y viendo que esto era imposible, atrancó la puerta de la cochera por dentro y apeló á un recurso desesperado: se subió sobre un coche que estaba cerca del muro y debajo de una ventana, y oyendo rumor de gente que pasaba no lejos de allí, comenzó á gritar, concentrando la voz hácia fuera con las manos ahuecadas:

—Favor! Justicia! Que matan á un hombre! Aquí, acudid! No hay quién me socorra?

En esto, retumbó el sótano á los repetidos golpes que daban los jayanes en la puerta, para abrirla: el alguacil redobló sus gritos, y aunque habiendo cedido la puerta, vió á sus enemigos precipitarse hácia él, no por esto dejó de pedir socorro.

—Calla, miserable! le dijo don Rodrigo, asiéndole de una pierna para derribarle. No hay socorro para tí.

—Lo sé, respondió Avililla: sé que voy á morir; pero antes dejaré preparada mi venganza. Y asiéndose fuertemente de los barrotes de hierro que cruzaban la ventana, gritó con todo el vigor de sus pulmones:

—Favor! Favor! Que me asesina el marqués de Siete-Iglesias! El marqués de Siete-I....

No pudo acabar la palabra: don Rodrigo tiró de él con tanta violencia, que le obligó á soltar los barrotes y le hizo caer del coche abajo.

—Ahí le teneis, atadle bien á la rueda de ese coche, dijo el valido; y agarrotadle el cuello para que calle.

Avililla se arrodilló pidiendo misericordia: don Rodrigo se apar-

tó á un lado, y cruzándose de brazos, se dispuso á contemplar friamente la bárbara ejecucion que acababa de dictar.

—Confesion! Confesion! exclamó el mísero alguacil, esperando prorogar algunos momentos su suplicio.

—Encomiéndate á Dios, y que él te perdone, le respondió el valido.

Ya los dos sicarios de este le habian atado fuertemente contra la rueda, y pasándole un cordel al cuello, formaban tras del cerco de la misma un nudo corredizo.

—Despachad pronto, dijo don Rodrigo.

Los dos tiraron á un tiempo del cordel; pero sus esfuerzos no bastaban á quitar la vida al desventurado Avililla en aquella forma irregular: entonces le ocurrió á uno de ellos atravesar un palo en el lazo, y retorcerlo con él hasta que la estrangulacion se consumase.

Momentos despues los dos ejecutores se frotaban las manos, diciendo:

—Ya está: no chillará mas.—Y ahora, ¿qué se hace con eso?

—Abrid un hoyo ahí mismo, repuso el valido, y enterradle.

Una hora despues, todo estaba concluido.

Al dia siguiente, don Rodrigo daba cuenta al duque de Lerma de la ejecucion clandestina de Avililla en estos ó parecidos términos.

—Señor, conforme os prometí, he descubierto al traidor que vendia nuestros secretos á los franceses, y queda castigado: yo mismo, no queriendo fiar de nadie un negocio de tanta monta, he sido espía, aprehensor, juez y casi ejecutor del reo.

—Es decir que ya es muerto? preguntó el duque.

—Tan muerto como mi abuelo.

—Y ha declarado su delito?

—Ese y otros varios: era un hombre que habia ganado mi confianza, que en diferentes ocasiones me ha servido para descubrir tramas importantes, y que, abusando de mi favor, lo atropellaba todo, y comprometia nuestra dignidad. En este concepto, y poseyendo secretos del Estado que podian ser peligrosos en sus manos, he creido doblemente necesario usar de facultades estraordinarias, y enviarle á la eternidad sin forma de proceso. Tomo este acto sobre

Despachad pronto, dijo D. Rodrigo.

mi conciencia, y si por él soy acreedor de castigo, me someto á la voluntad de vuecelencia.

—Quién era ese hombre?

—Mateo Avililla, alguacil de corte.

—Será menester dar cuenta de eso á S. M. Por mi parte, apruebo lo hecho, aunque hubiera deseado que obtuviésemos una deposicion del reo.

—Aquí la traigo escrita: pero, como al pié de ella me pareciese justo poner una renuncia en favor del Real tesoro, de todas las riquezas que en poco tiempo habia acumulado el culpable, este se negó á firmar y logró escaparse; por lo que fué menester perseguirle, y en este acto sufrió las consecuencias naturales de su arrojo.

—Bien está: dadme esa declaracion.

El duque tomó el papel, lo leyó, y escandalizado de las culpas que en él aparecian, dijo á su favorito:

—Bien muerto está; y en cuanto á los bienes de ese malvado, podeis confiscarlos y tomar para vos la mitad. Espero que S. M. lo aprobará, como yo.

—Confio en que así será, repuso don Rodrigo; sobre todo, si me es posible hablar yo mismo al rey.

—Nada mas fácil, replicó el confiado duque: tenemos algunos asuntos pendientes, que conviene consultar con S. M. Vos mismo podeis desempeñar este encargo, y de paso dar cuenta de esta determinacion que las circunstancias han hecho necesaria.

Don Rodrigo se presentó al rey aquel mismo dia, y supo tocar la cuerda mas sensible de aquel débil monarca. Le recordó los sacrificios considerables que se habian hecho para contrarrestar las maquinaciones del rey de Francia, á quien pintó como al enemigo mas terrible del poder español y del catolicismo; deploró la muerte del mariscal de Byron, atribuyéndola á revelaciones hechas por Avililla, y ponderó los males que, en su concepto, podian seguirse de la infidelidad de aquel hombre: manifestó, por último, que atendiendo á la dignidad y buen nombre de la nacion española, se habia resuelto en consejo privado evitar todo escándalo y castigar secretamente al culpable, lo que él habia ejecutado, despues de arrancarle una declaracion de sus delitos.

El rey oyó profundamente afectado este relato, y al concluir, cruzó las manos, y exclamó:

—Dios le haya perdonado!

Y permaneció algunos minutos recojido en sí mismo, y rezando por el alma de Avililla. Don Rodrigo le imitó, mostrando así que solo el sentimiento mas depurado de la justicia y de la conveniencia política habia podido vencer en él los de la humanidad. Mas, para asegurarse bien y no dejar ningun escrúpulo en el ánimo del apocado monarca, dijo modulando la voz y el gesto, segun las ideas que espresaba:

—Señor; actos de esta naturaleza impone con frecuencia la voluntad de Dios á los representantes de su omnipotencia en la tierra: el santo y prudentísimo rey, vuestro escelso padre tuvo que obrar así en diferentes ocasiones: dígalo, entre otros hechos que pudiera citar, la muerte violenta del secretario Escobedo, que S. M. C. ordenó y que hizo ejecutar Antonio Perez: y si bien aquel santo rey persiguió despues á su secretario de Estado, no fué sino porque, segun luego se vió, no supo obrar de manera que dejase bien á cubierto la honra y la memoria de S. M. Nosotros, señor, tanto para evitar á V. M. la responsabilidad de conciencia, cuanto por dejar para siempre á cubierto su sagrado nombre, hemos procedido conforme á la razon de Estado, y consultando solo á nuestro leal saber y entender.—Yo, señor, añadió doblando una rodilla en tierra, soy el principal ejecutor y responsable de esta justicia: si V. M. la desaprueba, en sus reales manos pongo mi cabeza: sea yo castigado, y moriré satisfecho de haber servido dos veces á mi rey y señor.

—Levántate, marqués, le dijo el rey: bien hecho está lo hecho. Yo te relevo de toda responsabilidad.

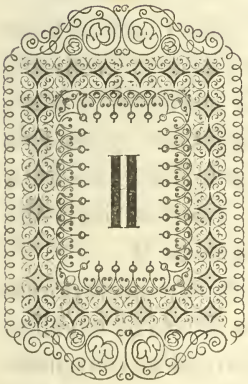
Don Rodrigo se inclinó, despues de levantarse, y besó la mano al rey. En seguida se retiró, y mientras bajaba las escaleras del alcázar para volver al palacio del duque, iba diciendo entre sí:

—Bien hecho está lo hecho. ¡Qué bueno es el descargar á los reyes de cuidados!... Ahora es menester pensar en recoger la herencia de Avililla, y en guardar á su mujer. Segun su genio, me parece que estaria muy bien aposentada en el harem del Gran Turco.

CAPITULO XXIII.

DE COMO LA REINA SE PUSO LAS CALZAS, Y SE METIÓ A CONSEJERA.

Uba, si quieres subir
á la cabeza despues,
hánte de pisar los piés,
que no hay medrar sin sufrir.
QUEV.—*Los Sopones de Salamanca.*



HABIA corrido por Madrid la voz de que Avililla estaba preso; pero nadie sabia donde, ni menos el fin desastroso de aquel hombre, que referido queda en el capítulo precedente. Murmurábase, sin embargo; y como el vulgo suple la ignorancia con la malicia, muchos, haciendo suposiciones imajinarias, daban con la verdad del hecho, si no con el modo, ni con las causas.

Fomentáronse á poco las murmuraciones y los juicios aventurados, cuando se vió que una mañana entraban escribanos y corchetes en la casa que fué del mísero alguacil, y que haciendo inventario de todo cuanto habia dentro, lo encerraban debajo de llave, y comunicaban á la familia una órden de trasladarse inmediatamente á Denia, en el reino de Valencia.

Todo eran conjeturas, esforzándose las gentes por saber el destino que se habia dado á Mateo Avililla y á su mujer, que tampoco

parecia; y pronto se dijo públicamente, y no sin jactancia por parte de los criados de don Rodrigo, que este habia hecho matar al primero en castigo de graves y justificados delitos.

Entonces la curiosidad pública comprimida y estimulada por el misterio, dió en querer saber la calidad de aquellos delitos, y no concibiendo diferencia entre una ejecucion clandestina y arbitraria de justicia y un asesinato comun, buscó y encontró el móvil oculto de aquel acto: nadie dudó que la muerte de Avililla hubiera sido originada de secretos, en que él mismo seria cómplice.

Las murmuraciones en este sentido llegaron hasta Palacio; pero no pasaron de las puertas de la cámara real, escollo donde naufragan y anochecen todas las verdades mas necesarias para la justificacion de los príncipes y provecho de los pueblos.

Sin embargo, la sospecha habia andado suficiente camino para que los majistrados del supremo Consejo de Justicia considerasen necesario investigar si era cierto lo que públicamente se decia, y tal vez reprimir con severidad este y otros abusos é intrusiones en el dominio de la autoridad judicial: redactó aquel cuerpo un memorial, representando á S. M. en queja de tal esceso, y en demanda de autorizacion para proceder al descubrimiento del hecho; pero no hubo camino por donde aquel escrito pasase á manos del rey, y cada uno de los magistrados en particular fué ágriamente reprendido y amonestado por don Rodrigo, con amenazas de perder sus cargos y de sufrir otras penas gubernativas, si volvian por sí ó colectivamente á entremeterse en asuntos que, dijo, solo tenian relacion con la alta política, y merecian la mas completa aprobacion de S. M.

Como era natural, esto último metió mas ruido aun que lo primero en los círculos de la corte, donde el valido no carecia de envidiosos y enemigos. Entre ellos habia uno que, arrastrándose suavemente á los pies del duque de Lerma, pretendia derribar á don Rodrigo, de quien se fingia el mas cordial amigo: llamábase don García de Pareja, y era quien secretamente habia estimulado al Consejo á tomar la iniciativa en el oscuro asunto de Avililla. Fuera de esto, existia la rivalidad honrosa del conde de Lemos, presidente entonces del consejo de Indias, quien no podia sufrir el desprestigio que á

su suegro el de Lerma ocasionaban los atrevimientos insolentes de su favorito.

Don García y el conde se avistaron, y conferenciando sobre el particular, manifestó el primero estar identificado con los nobles sentimientos del segundo, á quien convenció de que era necesario dar algun paso para persuadir al duque de lo peligroso que podia ser á su autoridad el abuso que hacía de ella don Rodrigo, atropellando la justicia y sobreponiéndose á sus ministros.

El conde sabia ya por esperiencia, que era inútil disputar con su suegro acerca de los escesos del marqués, y que esto solo podia acarrearle disgustos y una guerra de familia: prefirió valerse de la influencia de la reina, cuyos sentimientos en esta parte, y con relacion al rey, eran los mismos que los suyos; pero no queria que la duquesa se enterase de nada, por temor de alguna indiscrecion, y aguardó un momento favorable para llevar á cabo su intento, sin la mediacion de nadie.

No era esto muy fácil, ni aun á tan elevado personage como el conde de Lemos; porque don Rodrigo, desde las desavenencias pasadas, habidas por su causa en la familia de Lerma, no fiándose de la duquesa, ni atreviéndose á intentar su separacion del lado de la reina, habia rodeado á esta de personas de su devocion, que la vijilaban noche y dia; y no era de las que menos ejercian este contínuo espionage su propia mujer, doña Inés de Vargas.

Mientras el conde aguardaba una ocasion, que parecia arrebatársele de intento, llegó á sus manos un grueso pliego, y abriéndolo, encontró en él un manuscrito y una carta que decia:

«A manos de vueccelencia van estas desnudas verdades, que bus-
«can, no quien las vista, sino quien las consienta; que á tal tiem-
«po hemos venido, que con ser tan sumo bien, hemos de rogar con
«él. Viva vueccelencia para honra de nuestra edad. —De esta mi
«posada ó prision, (donde pecados agenos, y algo de los mios,
«me tienen sin libertad), á 3 de abril de 1607. — *Don Francisco de Quevedo Villegas.*»

Sonrióse el conde, y examinando el manuscrito, vió que tenia por título en la carpeta:

«SUEÑO DEL JUICIO FINAL, Ó DE LAS CALAVERAS.

Y levantando aquella, vió una hoja suelta, en que habia escrito:

«Si este discurso de lo que yo soñé y acaso ví, (puesto que los «animales sueñan de noche como sombras lo que trataron de dia), «no desplace á vuecelencia, prometo enviarle otro que tengo ya en «telar, y será del *Alguacil endemoniado*, ó del *demonio alguaci-«lado*, que allá se va todo; el cual espero que habrá de ser de al-«gun contentamiento de vuecelencia.»

El conde creyó ver en esta promesa del *Alguacil endemoniado* una alusion al suplicio de Avililla; y llamando á un criado de su íntima confianza, le mandó ir á casa de Quevedo, á saber por qué causa estaba éste detenido y de órden de quien: no tardó en volver el criado con informes de todo, y como la detencion de nuestro poeta no era mas que una medida preventiva del corregidor, mientras se instruia la sumaria sobre su choque nocturno con el capitan Varea y demás valentones, calificados ya de gente perdida, fuéle fácil al conde obtener su libertad bajo la garantía de su palabra. Quevedo acudió á verle y á darle las gracias por este favor, y estando solos, le dijo el conde:

—Qué alguacil es ese, de quien me habeis hablado en vuestra carta?

—Señor, es uno, que tiene el diablo en el cuerpo, y nos dá cuenta de todo lo que pasa en el infierno, respondió Quevedo.

—Eso no será mas que una alegoría?

—Es una crítica endiablada de cosas y de condenados que andan por el mundo, donde todos, mas ó menos, somos los unos diablos de otros.

—En una palabra, repuso el conde: os referís al pobre Mateo Avililla?

—Él me inspiró la idea, respondió Quevedo: pero vuecelencia verá que me refiero á todos los que, arrastrados al mal por sus pasiones, son la pesadilla de sí mismos y de los demás y el oprobio de nuestra edad. Por eso dedico este discurso á vuecelencia, que es una escepcion de la regla, y que sabrá comprender y apreciar mis críticas desapasionadas, sin encontrar alusiones que le ofendan.

—Gracias!... Estarán comprendidos en ese discurso los malos ministros?

—Y los malos reyes, inclusos los que se condenan por poderes.

—Cómo es eso? Esplicaos.

—Ah! señor: la esplicacion es peliaguda: hay reyes tiranos, que son azotes de sus vasallos por sí mismos; los hay codiciosos, que hacen tesoro de sus pueblos y ciudades, y les chupan el jugo vital, como las lechuzas el aceite; y los hay tambien, que sin ser tiranos ni codiciosos, dejan que otros ejerzan la tiranía y el saqueo en su nombre: de estos digo que son los que se condenan por poderes; y como el reino y la privanza, si han de cumplirse bien, son mas carga y trabajo que beneficio, siendo cosa difícil que hombres pecables y llenos de poder, libertad y mando, se sometan á tan rigurosa ley, por esto creo que muy pocos reyes y privados se salven; antes me parece que muchos, viéndose con la grandeza y la lisonja puestos en apariencia de dioses, llegan á tenerse por tales, y se hacen diablos en vida. Sin embargo, los hay buenos, que es virtud estremada, y á estos tales se les aprecia como al pelícano y al diamante (*).

—Teneis razon, respondió el conde, y me parece que el mas honroso deber de un buen patricio y buen vasallo es el de hacer que llegue la verdad pura á los oidos de los príncipes.

—Cierto, señor, pero es un deber peligroso; porque la verdad tiene cara de hereje y tono de desacato. El vicio no transige con la censura, ni el gusto admite consejo. Sin embargo, morir por la verdad es muerte dichosa.

—Me admira el oiros hablar así, replicó el conde; pues nunca creí que abrigáseis tales ideas y sentimientos. ¿Seríais capaz de arrostrar ese peligro?

—Mil veces lo he arrostrado sin premeditacion: por eso me llaman desvergonzado.

—Pues bien: aguzad el ingenio: es menester que la verdad llegue á oidos de S. M.

(*) Estractado de la *Política de Dios* y del *Alguacil alguacilado*.

— Y quién mejor que vuecelencia puede hacerlo?

— Vos.

— Cómo?

— Diciéndola en verso: la poesía tiene el don de hacer dulces las cosas amargas.

— Mucho temo que la mia destile hiel; pero, no obstante, la pongo al servicio de vuecelencia.

El conde enteró á Quevedo de lo que queria, y de las dificultades que estorbaban el paso á sus intentos. Nuestro poeta prometió facilitarlas, y se retiró diciendo para sí:

—Este quiere tirar la piedra y esconder la mano. ¿Por qué no se vale de su favorecido Góngora? Sin duda porque es poeta tenebroso y yo soy claro como el agua de fuente. Pues bien, allá veremos.

De allí á pocos dias, estaba la reina con sus damas, una mañana, solazándose en los jardines de la Casa de campo: el conde de Lemos y Quevedo andaban algo retirados de ella, y se entretenian en formar un ramo de flores, que cogia el poeta y el conde arreglaba: cuando aquel estuvo hecho, lo tomó Quevedo, y ambos se acercaron á donde estaba la reina, á quien el conde saludó y dijo:

— Señora; he tenido la idea de componer aquel ramo de flores: ¿tendré la dicha de que V. M. las acepte?

— Sí, conde, me gustan mucho las flores, respondió la reina.

— Señora, añadió el conde: Quevedo las ha cogido, y me ha espresado el deseo de ofreceros al mismo tiempo otras de su ingenio. ¿Tendréis á bien acogerlas con la misma bondad?

— Sí; que se acerque el poeta.

El conde hizo una seña á Quevedo, el cual, hecha una reverencia á la reina, entregó el ramo al primero, y mientras este las presentaba, dobló una rodilla en tierra y dijo:

Esas flores rozagantes,
que os ofrece un fiel vasallo,
las corté yo de su tallo,
porque estén mejor que antes.
Ved que de pechos amantes
son la ofrenda; y pues encuentro,

que el corazon es el centro
y esencia que las colora,
no al ramo atendais, Señora,
sino á lo que lleva dentro.

Pronunció Quevedo estos dos últimos versos tocándose el pecho; pero con tan delicada intencion, que la reina, teniendo en él fija la vista, se conmovió, y bajando los ojos repuso:

—Lo comprendo así, conde; y aprecio mas la atencion leal, que las flores mismas. —Es ingeniosa vuestra décima, Quevedo.

É hizo un ademán para que este se levantase.

La camarera mayor se adelantó para tomar el ramo; pero la reina le dijo:

—No es menester, duquesa: yo lo llevaré: me agrada mucho el olor de las flores.

De allí á poco, se retiró á Palacio; y apenas entró en su cámara, puso el ramo en agua y mandó salir á las damas: interiormente no cesaba de repetir:

«No al ramo atendais, Señora,
sino á lo que lleva dentro.»

—Qué habrá dentro?

Doña Inés de Vargas y la camarera mayor habian caido en sospechas, y tambien se repetian la misma pregunta: —Qué habrá dentro? —Pero ninguna de ellas comunicó á la otra sus recelos; antes al contrario, luego que salieron á la antecámara, procurando disimular, la esposa de don Rodrigo pidió licencia á la duquesa para retirarse á su casa hasta la tarde, y esta se la concedió, diciéndole que ella tambien pensaba hacer lo mismo, si la reina se lo permitía: en seguida se separaron y cada una marchó en direccion diferente.

La cámara de la reina tenia una puerta reservada á un pasadizo interior, por el cual se comunicaba con los aposentos del rey: este pasadizo no estaba aislado, sino de noche, cuando se cerraban las demás puertas; y estándolo la de la cámara, era bastante oscuro.

De allí á un cuarto de hora, la duquesa entró de puntillas en el corredor, y se acercó, mirando atrás, á la puerta reservada, con el obje-

to de ver por la cerradura si la reina habia deshecho el ramo de flores, ó si leia algun papel; mas al arrimarse, tropezó con doña Inés, que entrando por el otro lado, habia hecho ya lo que ella intentaba. Las dos profirieron á la vez una esclamacion ahogada, y la duquesa, revistiéndose de autoridad, preguntó:

—Qué haceis aquí, marquesa? No sabia yo que este fuese el camino de vuestra casa.

—Perdonad, señora, respondió doña Inés en voz baja y tono humilde. He cometido la falta de ir á mi casa por el mismo camino que vuecelencia á la suya.

—Me reconvenís?

—No, señora: mirad por aquí, repuso doña Inés, señalando al ojo de la llave, y vereis justificada mi curiosidad.

Este instinto femenil fué mas poderoso que el sentimiento de la dignidad en la duquesa: quien asomándose á mirar, vió á la reina muy pensativa, con las flores esparcidas en el regazo y un papel en la mano. Cualquiera hubiera dicho, sorprendiéndola en aquella actitud, que acababa de leer un billete amoroso.

—Estraño suceso! exclamó la duquesa apartándose de la puerta.

—Muy estraño en verdad, repuso doña Inés.

—De cualquier modo, habeis cometido una indiscrecion muy grave en venir á espiar á S. M.

—Señora, contestó la esposa de don Rodrigo inclinándose profundamente: os he rogado que me perdoneis. Yo habia concebido una sospecha, y no me atreví á comunicárosla, porque no la juzgáseis malicia ó desacato; pero os juro que, al verla confirmada, estaba pensando en vuecelencia; pues eso, á la verdad, tiene visos de ofensa á vuestra hija.

—Podeis creer que el conde?... murmuró la duquesa mostrando desagrado.

—No son nuevos estos lances en el mundo, respondió doña Inés. Un ramo de flores... una carta...

—Callad! Callad y no blasfemeis. El conde idolatra á su esposa, y la reina es incapaz de faltar á sus deberes.

—Será otra cosa: no quiero creer mas de lo que plazca á vuecelencia.

—Retirémonos de aquí, dijo la duquesa, y no hableis á nadie de esto. Es cosa que solo á mí me toca saber.

Las dos damas se alejaron, y ya era tiempo de que lo hiciesen; pues apenas habian salido del pasadizo, cuando se abrió la puerta reservada, y apareció en ella la reina: la cual se dirigió al cuarto de su esposo, y hallando á este ocupado en rezar sus devociones, se mantuvo quieta en un ángulo de la estancia y en actitud contemplativa y sumisa.

El rey aceptó esta moderacion como un homenage á la Divinidad, y no interrumpió su rezo, hasta que, habiendo concluido la parte de él que tenia comenzada, se santiguó con el rosario, lo besó, y acercándose á su mujer, la dijo:

—Buenos dias os dé Dios, Margarita: ¿qué me quereis?

—Señor, deseo hablaros despacio sobre asuntos que tal vez os parecerán estraños á mí; pero que, bien considerados, no lo son; puesto que tocan á la honra y acaso á la salvacion de V. M., que deben interesarme como cosa propia.

—Me admira el oiros hablar con tanta gravedad, hija mia, repuso el rey. ¿Qué sucede? Sentaos y hablad.

Y como la galantería no estaba reñida con la devocion ni con la majestad, don Felipe acercó á su esposa un sitial junto al suyo, y no tomó asiento hasta que ella lo hubo hecho.

—Vamos, decidme sin rodeos lo que quereis, repitió.

—Señor, contestó la reina: lo que yo deseo es que volvais por vuestra dignidad y por vuestra justicia, que amancilla un jóven licencioso y audaz. Sois monarca absoluto de un grande imperio, y sin embargo, no lo pareceis.

—Margarita! exclamó el rey admirado de la libertad con que le hablaba su esposa.

—Me ha mandado V. M. hablar sin rodeos, repuso la jóven reina. Permitid á la verdad, que es Dios mismo, lo que tal vez no sea lícito á esta humilde sierva vuestra: permitidle, digo, que llegue hasta vos, aunque os ofenda.

—No, hija, no: tú no puedes ofenderme: dí lo que quieras. Pero no me asustes. Dices que un jóven..... Quién es? Te ha faltado al respeto?

—A mí... no, señor: á vos sí. La corona que ciñe vuestras sienes, no es mas que un pedazo de metal, cuyos quilates suben ó bajan segun el valor moral que le dan las obras de vuestros ministros; y si estos, engañados por la astucia, ó compelidos por la violencia, hacen el mal, ó dejan de hacer el bien, esa misma corona se convierte en un peso de hierro, que oprime á vuestros pueblos y envilece á vos mismo.

—Así lo creo, hija: pero, ¿quién tiene que decir mal de mis ministros? Si yo poseyese la gran capacidad de mi padre, que en gloria esté, no dejaria nada del gobierno en manos de nadie: pero reconozco mis pocas fuerzas, y no pudo hacer mas que confiarme en los que me parecen los mejores entre todos. Lerma es un hombre activo, inteligente y virtuoso. ¿No te parece á tí lo mismo?

—Señor: me parece que es hombre de buenas intenciones; pero poco sábio y demasiado cándido: no trato de ofenderle, aunque no considero bastante apto para gobernar un gran reino á quien tal vez no sabe gobernar su casa.

—Dejemos eso como está, repuso el rey: el duque lleva ya y entiende todo el manejo de este tinglado, y tocar á él, seria mover un trastorno que me mete miedo. No conviene fiarnos de lo que nos diga cualquiera; porque á veces, los que de mas leales blasonan, son ambiciosos, que solo aspiran á derribar á los que gobiernan para colocarse ellos: y si consiguen echar abajo al de Lerma, ¿concibes tú lo que vendrá despues? Un desquiciamiento completo; gente nueva, inesperta en los negocios, hambrienta, que no sabrá hacer mas que robar. ¡Ay, no! líbreme Dios! Dice el refrán, que mas vale malo conocido, que bueno por conocer.

—No ha sido mi intencion tocar al de Lerma, replicó la reina; sin embargo, señor, de que no me asustarian los peligros que con razon temeis, si considerase necesaria ó conveniente su caida. Pero el duque tiene mala eleccion de servidores, y se deja dominar por ellos: sobre esto deseo que fije la atencion V. M. Ya en alguna otra ocasion os he representado los abusos que hace de su insolente fortuna el marqués de Siete-Iglesias.

—Válgame Dios! Y qué quieres? Algo se ha de disimular á un mozo de su capacidad: tiene grandes talentos para el gobierno, y

naturalmente es soberbio: si no lo fuese, no serviría para el caso.

—Señor, si vos le defendeis con tanto calor, debo someterme á vuestra voluntad y callar. Pero; ¿debo consentir que ese mozo desatentado lleve su vanidad hasta el punto de pisotear los mas sagrados fueros de vuestra corona? Esto no, señor, porque entonces yo seria desleal, é indigna de llamarme esposa vuestra.

—Sepamos qué es lo que ha hecho?

—Ha dado muerte á un alguacil por temor de que revelase secretos suyos.

—Hé aquí lo que yo te decia, repuso el rey: la envidia es acusadora. Ese alguacil ha sido castigado en secreto por altas razones de Estado.

—Así debe de ser, puesto que V. M. lo afirma, contestó la reina. Pero, señor, aunque así fuese, ¿qué inconveniente habia en que el Consejo de Justicia representase á V. M. sobre el particular? Si V. M. está impuesto en el misterio de esa ejecucion, ¿por qué impedir que llegasen á sus manos las quejas de aquel tribunal? Ni puede consentirse que á sus magistrados, cuya virtud y valor consiste en una magestuosa independencia, se les compela á callar con amenazas y ultrages? Por qué taparles la boca? Que será de la justicia de vuestros reinos, si un solo hombre huella de ese modo y desprecia impunemente á los mas respetables magistrados?

—Eso ha hecho? murmuró el rey tristemente.

—Sí, señor, y eso es lo que arranca de mi alma un grito de indignacion.—Ved, señor, que harto padecen ya vuestros vasallos; harto abatida está vuestra autoridad; harto se murmura del abandono en que yacen la moral y la justicia. ¿No pudiera ser cierto que el alguacil ajusticiado en secreto poseyese el de grandes crímenes que V. M. tiene el deber de castigar? Pero, aunque esto no sea mas que invencion de la malicia, creo, señor, que es un mal gravísimo el dar lugar solamente á tales murmuraciones.

El rey dió un suspiro, y levantó los ojos al cielo, exclamando:

—¡Ah Dios mio! Qué carga tan pesada es el reinar!

—Pesada es, señor; pero el llevarla con valor es heroismo y gloria; el abatirse con ella es cobardía, y tal vez delito á los ojos de Dios.

—Pero, bien: ¿qué haré yo en este caso? No puedo desprenderme de ciertos hombres. Si mando al duque que separe de su lado al marqués, me dirá lo mismo; que sin él no puede atender á la magnitud de los negocios. Por otro lado: echémosle del servicio, y con el genio fuerte que tiene, es muy capaz de olvidar nuestros beneficios y entregar á los estraños nuestros secretos que son de suma trascendencia. Todo son escollos: para derribar á un hombre así, es preciso matarle, ó encerrarle en un calabozo para toda la vida.

—Señor, hay momentos en que ambiciono ser hombre. ¿Por qué se ha de dar á un malvado tanta mano en los negocios? He aquí que el rey de España, con su inmenso poder, no es mas que un esclavo de las circunstancias con que le encadenan sus privados. Por Dios, señor! mostraos grande y fuerte, y nada temais de esas sabandijas, que no se engrien sino con la potestad que les dejais. Esto es vergonzoso! Esto no puede seguir así.

—Déjame, Margarita: yo lo meditaré.

—No, señor: perdonad que os desobedezca. Prometedme antes hacer algo en desagravio de vuestra autoridad.

—He de ver primero al duque.

—No le hableis con miedo: imponedle vuestra voluntad.

—Así lo haré.

La reina tomó la mano al rey y se la besó: Don Felipe correspondió á esta caricia respetuosa de su mujer, besándola púdicamente en la megilla.

Doña Margarita se retiró á su cámara murmurando:

—No hará nada: les tiene miedo.

CAPITULO XXIV.

DEMUESTRA D. FELIPE LA ENTEREZA DE SU CARACTER.

Si el Sol, por tu recato diligente,
No ve, oh Licas, horribles tus locuras,
Es argumento de vivir á oscuras;
Pero no de que vives inocente.
Abona la ignorancia de la gente
Tu astucia sí, no tus costumbres duras,
Cuando no parecer malo procuras,
Y serlo, si es posible, juntamente.
QUEV.—*Soneto.*

L mismo tiempo que la reina hablaba con el rey, doña Inés de Vargas informaba á su marido de lo que habia visto por el ojo de la llave, y la duquesa de Lerma pedia satisfaccion á su yerno acerca de lo contenido en el ramo de flores.

El conde de Lemos procuró conocer si la curiosidad de su suegra nacia de una simple sospecha; pero al saber que aquella se fundaba en un dato positivo, rompió audazmente la reserva que se habia impuesto.

—Señora, dijo: no sin razon me he valido de astucia y maña para poner una queja en manos de la reina; pues veo que aun así nada se esconde á las personas que rodean á S. M.

—Hijo, le contestó la duquesa: valiera mas que hubiéseis confiado en mí, como solíais hacerlo en otro tiempo: respeto, sin em-

bargo, los motivos que habreis tenido en esta ocasion para proceder de otro modo.

—No formeis queja de esto, madre y señora, repuso el conde: mi conducta actual está justificada por el deseo de no comprometeros: mi confianza en vos siempre es la misma.

—Decidme la verdad, replicó la duquesa, porque importa: no soy yo sola quien ha sorprendido vuestro escrito en manos de S. M. La marquesa de Siete-Iglesias tambien lo ha visto.

—Lo siento por Quevedo, respondió el generoso conde.

Y refirió sucintamente á la duquesa lo que contenia el papel, que habia puesto en manos de la reina.

—Era indispensable, añadió, hacer algo para arrancar esa planta parásita que amenaza destruir el tronco á que se abraza: sus demasías, sus atrevimientos y escesos no desacreditan menos al que los comete que al poderoso duque de Lerma; y estoy por decir que mas dañan á la reputacion de este, minando sin cesar su valimiento. La corte está escandalizada, y nadie osa formalizar sus quejas por respetos á vuestro esposo: luego se le hace cómplice y protector de un tiranuelo, si no es que, rebajando su autoridad, se le considera subyugado por él. ¿Podia yo consentir esto, como hijo y leal amigo? Ved ahí, señora, por qué me he adelantado á llevar la verdad á los oidos de la reina; pues ¡ay de todos nosotros, si hubiese llegado por otro conducto!

—No sé qué empeño tiene el duque en conservar á su lado á ese hombre, dijo la duquesa: no parece sino que le ha hechizado.

—Mi señor padre político tiene la debilidad de crearse necesidades que yo no comprendo: cualquiera podria suplir ventajosamente la falta del marqués. ¿No estamos todos sus hijos y deudos prontos á servirle con mas desinterés y lealtad que ese advenedizo?

—Es cierto: pero, ¿qué haremos ahora? El advenedizo es ya poderoso, es temible en sus venganzas, y acaso estará en estos momentos enterado de todo.

—No me asusta su poder, repuso el conde: solo me inquieta el temor de que se malogre mi tentativa. Porque, no lo dudeis, señora, tarde ó temprano, ese hombre causará la ruina de vuestro esposo, y de su familia; y es preciso que todos nos unamos para derribarlo.

—Si eso fuera posible! Pero el duque le defenderá, como siempre lo ha hecho, y mi hijo Cristóbal se unirá á su padre para esto.

—Pues preciso es que caiga á pesar de ellos: se les hace un bien, que algun dia comprenderán.

—Sí: pero ahora no lo comprenden, repuso la duquesa; y es menester que ignoren nuestros pasos en este sentido: la marquesa no sabe aun si lo que habeis hecho tiene ó no relacion con su marido: voy á ver á la reina, y á prepararla, á fin de que os ponga á cubierto.

—No será lo mejor que engañe á la marquesa? dijo el conde.

—Sí, en verdad: pero, ¿cómo hacerlo? preguntó la duquesa.

—Muy fácilmente: confiando á varias de sus damas y entre ellas á la marquesa un supuesto papel, que aparente haber encontrado en medio de las flores. Podemos fingir una galantería sin consecuencias: unos versos respetuosos. Aguardad media hora.

Diciendo esto, el conde salió, y se fué directamente á casa del poeta don Luis de Góngora, uno de los varios ingenios que aquel magnate se complacia en distinguir con sus favores. Media hora despues volvió con un soneto elegante y conceptuoso, escrito en papel muy sutil, que entregó á la duquesa. Esta marchó inmediatamente á Palacio, informó á la reina de que era partícipe en el secreto del conde, y de lo que este habia imaginado para burlar la curiosidad de doña Inés de Vargas. La reina rechazó al principio aquella especie de superchería que, en su concepto, rebajaba su dignidad; pero al cabo se convenció de que era necesario engañar á la marquesa para evitar que formase juicios falsos, ó atinase con la verdad.

Y en efecto, habiendo dejado los versos de Góngora sobre una mesa, junto al vaso que contenia las flores, doña Margarita mandó llamar á la condesa de Lemos, á doña Inés de Vargas y á otras cuantas damas, y en presencia de todas hizo que la duquesa leyese el soneto, dándole con esta publicidad un carácter inocente. Además, dijo á la condesa en tono de confianza:

—Hija mia: el ingenio es contagioso; y si tu marido sigue tratándose con los Argensolas, Góngora y demás poetas, temo que te lo han de robar las musas.

—Quién no rinde homenage á esas señoras hoy dia? repuso la

duquesa de Lerma. Mi marido tambien hace romances y décimas en sus ratos de ocio.

—No lo hubiera creido, respondió la reina. Segun eso, la poesía es como la peste; pues no se libra de ella un hombre tan grave y lleno de cuidados.

La mujer de don Rodrigo quedó persuadida de que el soneto y no otra cosa era lo que habia encontrado la reina dentro del ramo.

Muy diferente comedia se representaba, entretanto, en la cámara del rey. El jóven valido informado ya por su mujer de lo que habia hecho el conde, por la mañana, y receloso de alguna acusacion contra él, se presentó á don Felipe, con pretesto de comunicarle ciertos informes de varios teólogos y letrados acerca de la conveniencia de espulsar de España los últimos restos que aun quedaban de la raza morisca.

Prevenido el rey contra él por lo que le habia dicho la reina, le recibió con mucha gravedad, y le preguntó si estaba enfermo el duque de Lerma.

—Gracias á Dios, respondió don Rodrigo con aparente humildad, su escelencia goza de perfecta salud.

—Estraño, segun eso, replicó el rey, como es que no viene él mismo á darme cuenta de los negocios.

—Señor, repuso el valido; es que prefiere que yo lo haga, cuando se trata de asuntos confiados á mi cuidado especial; pues de este modo hay menos riesgo de que se tergiverse algun dato, como es fácil que suceda pasando por diferentes manos.

—Bien está: decid lo que os trae á mi presencia.

El marqués conoció por el tono con que le hablaba el rey, que este habia recibido ya de su esposa inspiraciones contrarias á él; pero fingió no darse por entendido, y espuso con estraordinaria claridad y precision el resúmen de los dictámenes de los doctores, relativos á la espulsion de los moriscos, y concluyó diciendo:

—Debo hacer presente á V. M., que el parecer de los hombres mas distinguidos en sabiduría y santidad, y al cual me inclino, es el que aprueba la espulsion de los malos cristianos llamados nuevos, como medida que reclaman el espíritu de vuestros católicos pueblos y la tradicion de vuestros escelsos predecesores. Hay sin embargo,

quien se opone á tan cristiana determinacion: personas de influencia en la corte pretenden impedir á todo trance que se lleve á cabo; unas porque perciben rentas y censos de los moriscos, que son sus vasallos naturales; otras porque aquellos enemigos embozados de Dios y de nuestra santa religion los han sobornado con presentes para que los defiendan; y tengo sospechas de que no falta quien les haya prometido servirles segun sus deseos, empleando, si necesario fuese, hasta la intriga y la calumnia para que V. M. aleje de sí á sus actuales ministros. No digo esto en defensa propia y sí solo para evitar que alguien sorprenda la buena fé de V. M., pues acaso no falte quien intente desacreditar al duque.

—Y por qué á él? preguntó el rey.

—Señor, porque nadie perderá tanto como él, si se decreta la espulsion, pues casi todo el marquesado de Denia lo componen poblaciones de cristianos nuevos: por consiguiente el ejemplo del duque será decisivo argumento contra los que por intereses terrenales resistan esta medida.

—Y vos, estareis en igual caso?

—Yo, no, señor: pero demasiado saben los amigos de los moriscos, entre los cuales se cuenta el rey de Francia, que soy en muchos casos el alma de las deliberaciones del duque; y no seria estraño que, para derribarle mejor, le hiriesen indirectamente en mi cabeza.

Don Felipe se quedó profundamente pensativo: en su opinion, el astuto mozo adquiria en aquellos momentos un valor estraordinario: no podia figurarse que el tino con que respondia á sus secretos pensamientos fuese originado de otra causa que de una estremada prevision política.

—Teneis razon, marqués, le dijo por último. Es posible que intenten malquistaros á vos y al duque conmigo para lograr fines particulares.

—Ah! Señor, exclamó don Rodrigo. ¿Habrá comenzado ya esa guerra sorda que preveo?

—Sí, respondió el débil monarca: ha empezado ya. Pero nada temas: ven á consultarme con frecuencia; pues me agrada despachar contigo; y en cuanto á ese negocio de los moriscos, dí al du-

que, que será conveniente dilucidarlo en consejo privado presidido por mí.

—Ese mismo ha sido mi parecer señor; y siento un legítimo orgullo al ver que V. M. piensa lo mismo que yo.

—Sí, creo que esto es lo que debe hacerse, y luego consultar nuestra resolucion con el Santo Padre.

—Cabalmente, Señor: así con la sancion de los dos poderes, temporal y espiritual, no habrá quien ose desaprobar lo que se determine. ¿Me mandais algo mas?

—No, sino únicamente quiero darte un consejo.

—Ah Señor!... repuso el marqués inclinándose respetuosamente.

—Modera cuanto puedas tu genio impetuoso, para que nadie te critique de soberbio, y evita el chocar con mis otros ministros y magistrados. Ya sabrás por qué lo digo.

—Señor, á veces hay necesidad de resistir á ciertas exigencias, porque la curiosidad imprudente de algunos hombres hace oficios de celo.

—Está entendido: adios! Adios! dijo por último el rey presentando su mano á don Rodrigo, el cual se apresuró á besarla.

Cuando salió á la antecámara, el cortesano menos lince habria conocido en su semblante y apostura que el orgullo del triunfo no cabia dentro de su gigantesca persona. El conde de Lemos y don García de Pareja estaban allí, aguardando que el rey mandase prenderle, ó al menos verle salir abatido y con todas las señales de una desgracia: con ellos estaba un arrogante mozo, capitan de la caballería de Flandes, el cual ostentaba en su ancha frente y en la mejilla izquierda dos cicatrices, que le acreditaban de valiente. Los tres se volvieron á mirar á don Rodrigo, al tiempo que salia de la cámara real con una cartera debajo del brazo.

El valido paseó su mirada triunfante sobre la turba de cortesanos, y fijándola en el capitan, sin hacer caso del conde, ni de don García, se fué hácia él, y le estrechó la mano con efusion ardiente de amistad, diciéndole por humillar á los otros:

—Hola! Señor duque! dias ha que os esperaba. ¿Deseais ver á S. M.?

— Sí, tengo deseos de besar su real mano, respondió el capitan, puesto que se ha dignado olvidar mis locuras de otro tiempo.

—Contad conmigo : esta noche volveré á ver á S. M. y tendré el honor de decirle que está aquí su valiente capitan, duque de Osuna. Para esto y para todo, teneis en mí un amigo, siempre dispuesto á complaceros.

—Gracias, marqués! procuraré no abusar de tanta generosidad.

Don Rodrigo le apretó segunda vez la mano, y saludando á los otros desdeñosamente, se alejó.

—Qué es esto? murmuró don García al oido del conde.

— Qué ha de ser? respondió este. Milagros de la corte : ha sabido sacudirse á tiempo.

— Ese hombre será eterno!

— Allá veremos repuso el conde. Y volviéndose al duque de Osuna añadió. — Vamos, duque: puesto que ya teneis un amigo tan poderoso, presumo que no os hará falta la amistad de mi padre.

— La vuestra y la de todos los miembros de la casa de Lerma, no pueden ser suplidas por ninguna otra, contestó el duque.

Y salieron de Palacio, en cuya puerta les aguardaba el coche del conde : los tres entraron en él, y fueron conducidos á la casa de este último.

El duque de Osuna traia muchas historias que contar de sus brillantes campañas en los Paises Bajos, batallas, combates parciales, asaltos de plazas ; y lo que mas gloria le daba, repetidas pacificaciones de motines, ocasionados por la falta de pagas entre los soldados mercenarios, que servian á las órdenes del archiduque Alberto : á su gran serenidad y poderoso influjo moral sobre las tropas se habia debido mas de una vez el que no se desbandáran aquellos ejércitos, y no necesitaba él encarecer el mérito de sus hazañas, cuya fama le habia precedido, haciendo que todos sus amigos le felicitasen al verle.

Así no le fué difícil á don Rodrigo el obtener aquella misma noche el permiso del rey para que se le presentase el duque ; pero otra gracia mas difícil alcanzó, si bien como hombre hábil procuró sacarla por mano agena : el de Lerma, instigado por él, consiguió del

rey que se abstuviese de hablar con la reina, y aun de verla, mientras durasen las deliberaciones relativas á la espulsion de los moriscos.

« Esta determinacion, dijo el viejo cortesano, es dolorosa; pero indispensable para conservar la paz doméstica, que tanto ama V. M. y para impedir que triunfen los enemigos de nuestra santa fé católica.

El rey accedió á esta incomunicacion con su debilidad acostumbrada; y don Rodrigo, como capitan de la Guardia tudesca recibió el encargo de interceptar el paso entre las dos habitaciones reales.

La reina, que ignoraba esta disposicion tiránica, no habiendo visto á su esposo aquella noche, aunque estuvo aguardando, quiso visitarle á la mañana siguiente, y quedó sorprendida al encontrar en la puerta interior de la cámara del rey un alabardero, el cual presentándole el arma con respeto, la dijo:

—Señora, no se puede pasar.

La reina lanzó una exclamacion casi imperceptible; pero considerando indigno de su condicion el entrar en contestaciones con el alabardero, retrocedió sin hablar palabra, y volvió á su cuarto aparentando serenidad.

Sin embargo, al otro dia repitió su tentativa, y lo mismo al tercero, aunque siempre con igual éxito desgraciado. Entonces ya no pudo contenerse mas; y al regresar á su cámara, donde no faltaba nunca alguna dama de las asalariadas para vigilarla, mandó salir á la que allí habia; mas, como esta anduviere algo morosa en retirarse, doña Margarita golpeó el suelo con su pequeño pié y gritó impaciente:

—Qué os vayais he dicho, y no volvais á comparecer en mi presencia!

—Señora, mi obligacion... balbuceó la dama.

—Vuestra obligacion es obedecerme. Salid!

La dama bajó la cabeza sin atreverse á replicar.

Luego que la reina se vió sola, cerró la puerta con violencia; y dejándose caer sin fuerzas en un sitial, prorumpió en amargo llanto.

CAPITULO XXV.

DE COMO QUEVEDO VOLVIÓ A LA VIDA AVENTURERA, PREFIRIÉNDOLA A LA VIDA CORTESANA.

En el mundo naciste, no á enmendarle,
Sino á vivirle, Clito, y padecerle;
Puedes, siendo prudente, conocerle;
Podrás, si fueres bueno, despreciarle.
. . . . . .
Vives mal presumidas y ambiciosas
Horas, inútil número del suelo,
Atento á sus quimeras engañosas;
Pues ocupado en un mordaz desvelo,
A tí no quieres enmendarte, y osas
Enmendar en el mundo Tierra y Cielo.
QUEV.... — *Soneto.*

UNA historia no menos instructiva que interesante hay por escribir; la de los malos ministros y privados de reyes: abundante cosecha de ellos encontraría en España, mas que en otras partes, el que la escribiese; pero entre ellos, pocos habría que competir pudiesen con el famoso don Rodrigo Calderon en osadía y desenfado para el mal.

Sin ocupar, ni pretender ostensiblemente el primer puesto en la gerarquía del gobierno, habia llegado á ser en realidad el verdadero rey de España: don Felipe III llevaba el título y la responsabilidad moral de tal; el duque de Lerma soportaba el peso de la monarquía, demasiado grave para sus fuerzas; don Rodrigo supeditaba á los dos, haciendo prevalecer siempre sus consejos, y teniendo la habilidad de quedarse

pequeño á sus ojos, y por consiguiente irresponsable. Fuera de aquellas dos personas, que el valido despreciaba en su foro interno, las demás, por elevadas que estuviesen, eran por él tratadas sin miramiento y como inferiores: si alguna distincion le merecian era la del ódio y la venganza.

Ya hemos visto á la reina humillada por él. ¿Qué consideraciones tendría con los que estaban mas bajos que ella? Mientras la virtuosa señora gemia y devoraba en silencio su amargo ultrage, viósele á él, cual si celebrase su triunfo, hacer ostentacion ruidosa de su poder; tratar de igual á igual y aun con ínfulas de favor á los grandes y próceres del reino; pasearse en carroza con innumerable séquito de criados, cuyo lujo insultaba la miseria del pueblo; consumir tesoros inmensos en espléndidos banquetes y festines, y atropellar, como tirano, las reglas de la conveniencia y de la justicia.

Rodeado de una turba numerosa de aduladores y escoltado por una especie de guardia pretoriana, formada de los desechos de la horca y las galeras, se presentaba en público á guisa de soberano, y dominaba los ánimos apocados por el terror. A este tiempo se vió, no sin estrañeza por algunos, al capitan Varea sacado del poder de los tribunales y convertido en caudillo de aquella tropa de malhechores y vagos, que servian de guarda al favorito.

Sin embargo, este, para cohonestar su conducta, procuraba rodear al duque, su patrono, de un fausto mayor que el suyo; le hacia merced de sus propios servidores, y le persuadia fácilmente que el tener á sueldo aquella gente *non sancta* era un ardid político para poder perseguir y esterminar á los criminales de su ralea.

Pero estos campaban libres, mientras los hombres honrados temian salir de noche á la calle, por no encontrarse acaso con los valientes de don Rodrigo, que envanecidos con su amparo, hacian alarde y gala de insultar á quien se atravesaba en su camino.

Y es tal la mísera condicion humana, que muchas personas de mérito y capacidad se hacian hipócritas de vicios y se jactaban de culpas y desmanes que no sabian cometer, por lisonjear así la vanidad del favorito.

La cual llegó á tal punto, que le indujo á mirar con desdén aparentemente generoso las tentativas de sus contrarios para derribar-

le : ni se dió por resentido del conde de Lemos, ni mostró saber nada de lo que en daño suyo se habia intentado : á los que reconocia por adversarios, les trataba con especial finura ; de suerte que los que medraban á su sombra tenian por mal augurio el que no les hablase con aspereza.

No era amigo del duque de Osuna, y dió espresamente un banquete para celebrar su venida ; los placeres de la mesa servian ya en aquel tiempo, y con mas profusion dispendiosa que ahora, para encubrir las intrigas políticas : eran ya una ramificacion agradable de la hipocresía ; entre los comensales se hallaron algunos poetas y diestros en armas, dos clases necesarias, como artículo de lujo, para entretener las primeras horas de la digestion con lizas literarias y discusiones teóricas sobre la excelencia y el ejercicio de la guerra : eran entonces ambos objetos los predilectos de la época.

No fué invitado Quevedo á este banquete, aunque á él concurrieron otros ingenios de menos valía : pero esto sirvió de aviso á nuestro poeta para conocer que el valido le tenia ojeriza : no le importó nada ; sin embargo, se burló de la gran comida y de los convidados, representándolos grotescamente en una parodia del *Orlando furioso*, que de tiempo atrás tenia comenzada. En particular pintó con tan vivos colores al maestro de esgrima, don Luis Pacheco de Narvaez, mencionado alguna vez en esta historia, que todos cuantos obtuvieron copia de aquellos versos, al punto le reconocieron.

Era la tal parodia, si algun tanto libre y desvergonzada en la espresion, escesivamente graciosa y de un nervio estraordinario por lo atrevido y exagerado de las metáforas : así que todas las personas pudientes y muchas que, sin esta calidad, eran aficionadas á las producciones de Quevedo, se disputaban el gusto de adquirir un ejemplar manuscrito : en pocos dias corrió de mano en mano, y llegó, por conducto de algun malicioso, á las de don Luis Pacheco, á quien se le hizo notar la alegoría.

Era el diestro de profesion un caballero andaluz, muy pagado de sus talentos, y no poco engreido con la cabida que, merced á su arte, encontraba entre los grandes y personas de valimiento en la corte. Al verse zaherido, aunque sin haber sido nombrado, en la composicion burlesca de Quevedo, él que tambien se preciaba de

manejar la pluma, pues habia escrito y publicado bajo el anónimo una censura descortés contra cierto soneto de Bartolomé Argensola, y recientemente un tratado de las *Cien conclusiones para conocimiento científico de la verdadera destreza*, salió de su casa muy atufado en busca de Quevedo, y á cuantos conocidos encontró en el camino hizo sabedores de su deshonra, mostrándoles el agresivo manuscrito: parábanse aquellos á leerlo, y se reian á carcajada tendida; con lo cual el sabio profesor se desesperaba, y parecia querer hundir con sus amenazas la tierra y desquiciar el cielo; pero á lo mejor de sus bravatas, veíase desconcertado por una sencilla observacion de sus amigos, que le decian:

—No tomeis esto con tanto calor, señor don Luis; pues no hallamos aquí el nombre de vuestra merced.

Y aunque esta razon consoladora no le convencia, llegó por fin á moderar su enojo; y su amor propio le aconsejó como lo mas prudente desistir de una querella, que provocada por él, ponia mas en evidencia lo que estaba embozado y encubierto. Sin embargo, en el ardor fogoso de su ira andaluza, hubo de proferir palabras mal sonantes, que no tardaron en ser referidas á Quevedo: tales como decir, que él haria ver al deslenguado y haraposo coplero de tabernas, que no en vano tenia una pluma y una espada para sostener en ángulo recto la verdad de sus *Cien conclusiones;* con otras baladronadas semejantes, que provocaban mas y mas la risa de sus conocidos.

Alguno de estos, mas cuerdo, ó mas político que los demás, le aconsejó no darse por aludido, y en vez de ocuparse en estas pequeñeces, dar que decir á la fama, promoviendo academias de destreza en casa de los primeros señores de la corte; con lo cual á un tiempo mismo lograría que las armas obtuviesen la preeminencia sobre las letras, y que las gentes principales honrasen con distinciones su persona.

Este consejo fué seguido por Narvaez, quien al punto procuró ponerlo en ejecucion; y de allí á pocos dias fueron convocados muchos caballeros de alta gerarquía en casa del conde de Miranda, para tener una academia de destreza, dirigida por el sabio profesor.

Quevedo se hizo invitar á esta reunion por medio del duque de

Medinaceli, que desde niño le tenia un particular afecto.

Hallábanse allí casi todos los conocidos y amigos de Narvaez, á quienes este habia manifestado su queja contra el poeta; de suerte que, al verlos reunidos bajo un mismo techo, formáronse corrillos, y no quedó ninguno de los concurrentes que no se enterase de la rencilla que entre ambos habia.

El maestro bramaba interiormente, viéndose el blanco de todas las miradas y pareciéndole que hasta los muebles se burlaban de él; pero hizo cuanto pudo por disimular su despecho, y comenzó á esplicar con un largo y embrollado comento una de sus conclusiones: algunos caballeros le contestaron, y él replicó, dejándolos á todos absortos, si no convencidos, con el fárrago de su ciencia. Quevedo habia tenido con él la generosidad de colocarse en un estremo de la sala, fuera del alcance de su vista, donde permanecia cabizbajo y sin hablar palabra.

En esto se presentó en la puerta el duque de Osuna, y la academia se interrumpió durante algunos minutos: nuestro poeta, que se creia olvidado por aquel magnate, se estuvo en su puesto sin acercarse á saludarle como los demás concurrentes; pero sintió vivos deseos de hacerse notar, para refrescarle la memoria. No tardó en presentársele una ocasion: continuando la academia, el diestro de profesion comenzó á exponer la teoría, de un género de acometimiento, que en su sentir, no tenia reparo ni defensa. Todos le escuchaban con atencion, y solo de vez en cuando proferian algunos murmullos de duda; pero nadie osaba contradecirle, por carecer del caudal de conocimientos que ostentaba el maestro, y de la bambolla de palabras y términos geométricos que hacian concluyentes é incontrastables sus razones. Al concluir, todos guardaron silencio: solo Quevedo se aventuró á presentar objeciones á la teoría embrollada del profesor, lo cual fué muy del agrado de la asamblea.

Don Luis Pacheco perdió la serenidad al verse impugnado por el que consideraba como á enemigo suyo; y á las razones del poeta replicó amontonando sin órden ni concierto espresiones duras y palabrotas vacías de sentido.

—Eso á nadie convence, señor don Luis, respondió Quevedo

desde su asiento : querer reducir el arte de la esgrima, en cualquiera de sus manifestaciones, á un ejercicio lento y metódico de combinaciones geométricas, es lo mismo que pretendia aquel famoso charlatan, que vendia polvos para matar las pulgas abriéndoles el pico.

Los circunstantes se echaron á reir, oyendo esta comparacion oportuna, lo cual encendió de cólera el semblante del maestro.

—Todo está sugeto á reglas exactas, repuso este; y sin duda querreis saber mas que yo, que he pasado diez años de mi vida combinando todas las acometidas y defensas, y reduciéndolas á un sistema tan sencillo como invariable. ¿Quién puede negar que las matemáticas son la ciencia mas infalible que se conoce? Pues si el noble arte de las armas no es mas ni menos que una combinacion de líneas, ángulos, círculos, elipses, etcétera, ¿me dirá vuestra merced que no está subordinado á la exactitud metódica de aquella ciencia?

—No digo eso, replicó el poeta : lo que sostengo es que no valen reglas, ni ángulos contra un brazo fuerte y flexible, un espíritu sereno, y un valor inteligente que acometa por medios imprevistos. Lo que digo es que todas vuestras matemáticas no suplirán jamás estas cosas, y que limitándonos á la cuestion presente, cualquier hombre de corazon y medianamente versado en el manejo de la espada puede hacer ver la falsedad de vuestra conclusion.

— Cierto, cierto, exclamó el duque de Osuna. Soy de ese mismo parecer.

—Opino, por el contrario, conforme con lo que sostiene don Luis, dijo otro caballero.

— No hay defensa posible, añadió otro.

—Sí la hay.

— Es mas : se puede tomar la ofensiva en el acto mismo del reparo.

La asamblea se vió convertida en campo de Agramante por espacio de algunos segundos, hasta que el profesor logró dominar las voces de los contendientes, repitiendo por tercera ó cuarta vez las teorías de su libro. El duque de Osuna le interrumpió, diciendo :

— ¿A qué tanto hablar? Fácil seria decidir la cuestion prácticamente.

— Bien dicho! gritó Quevedo. A la práctica: á la práctica.

— Señores, respondió el maestro: aquí nos hemos reunido para discutir científicamente las doctrinas de mi libro, que son infalibles; no para esgrimir las armas: es un teorema incontrovertible el que establezco.

Y emprendió de nuevo una larga tirada de ángulos, elipses, círculos y líneas.–Quevedo perdió la paciencia, y levantándose en medio de un rumor que denunciaba la diversidad de las opiniones, gritó:

— No me convenzo. Saque vuesa merced la espada, y dígame todo eso con las manos.

— Sí, sí: hacedlo, don Luis, gritaron los que seguian la opinion del maestro.

— Vamos á ver, clamaron los contrarios.

— No hay cosa mas sencilla, dijo el duque: veamos la ejecucion.

Don Luis no pudo escusarse, y los dos contendientes, impelidos por ambos bandos, empuñaron los floretes y se colocaron en el centro de la sala. El maestro parecia haber perdido la confianza en la infalibilidad de su doctrina, tanta era su turbacion: sin embargo, se cuadró y acometió á Quevedo en la forma que habia sostenido ser imposible el reparo y la defensa. Nuestro poeta le saludó al primer encuentro, y reconociéndose al punto seguro del triunfo, entretuvo un corto rato la impotencia de su contrario, y cuando le pareció oportuno le obligó á saludar á la asamblea, derribándole el sombrero de un botonazo. En seguida, volviéndose á los circunstantes, acabó de divertirles con este epígrama:

— Probo muy bien el señor don Luis, dijo, la verdad de su conclusion; pues si hubiese habido reparo en su acometimiento, yo de ningun modo le pegára.

El maestro quedó derrotado; pero se retiró protestando, que su adversario se habia salido de las reglas, y que, por consiguiente, su conclusion quedaba en pié. Varios caballeros rodeaban á Quevedo, entretanto, y con ellos el duque de Osuna, que habiéndole reconocido, le dió afectuosamente la mano y le convidó á cenar en

su casa aquella misma noche. Quevedo aceptó esta invitacion con tanto mas placer, cuanto que deseaba reanudar sus relaciones con el duque; y á poco, salieron ambos conversando, como si fuesen antiguos amigos.

—Años hace ya que nos vimos por primera vez, señor de Quevedo, le dijo el duque; y aunque fué de noche y muy de prisa, no se me ha despintado vuestra fisonomía: tengo buena memoria.

—Ciertamente, señor duque, respondió el poeta: yo tampoco he podido olvidaros; pero es porque desde entonces no han cesado de sonar en todos los labios vuestro nombre y vuestras hazañas.

—Mis diabluras querreis decir, repuso el duque: bravas hazañas las de un soldado entre tantos valientes! Figuraos que el archiduque Alberto ha tenido que echarme de su ejército por travieso é indócil.

—Ah! Pues no venís por vuestro gusto?

—No, pardiez, bravo Quevedo! mi gusto hubiera sido tener el mando y el palo en Flandes; que os aseguro habria dado qué decir al mundo entero. Me han hecho saltar, porque de lo contrario habria sido imposible concertar las treguas que se están tratando con los rebeldes. Iras de Dios! treguas! No sé como, lo consiente el valeroso y nunca bien ponderado marqués de Spinola.

—Convendrá así.

—Allá se las compongan, dijo el duque encogiéndose de hombros. Hablemos de otra cosa. ¿Qué hicísteis de aquella perla que os entregué?

—Lo único malo que se podia hacer de ella, respondió Quevedo: la hice mi dama.

—Cómo! exclamó el duque con una entonacion que se podia interpretar en sentido de broma y de descontento.

—¡Ay! repuso Quevedo con calma. Cómo habia de ser? Preguntádselo á ella, si por vuestra desgracia volveis á encontrarla; pues yo no sé ahora mismo como fué.

—Y qué ha sido de ella? Sabeis dónde para?

—Ignoro el paradero de vuestra prima.

—Eh! poco á poco, señor poeta: yo no tengo ninguna prima de esa calaña.

—No? tanto mejor para vos. Pues cuentan malas lenguas, que Isabelita se refugió en Denia con su familia, cuando esta fué desterrada, despues de la muerte misteriosa de su marido; y que de allí la obligaron á embarcarse, no se sabe si para Nápoles ó para el infierno.

—Mal estais con ella, segun veo.

—Yo, ni mal, ni bien. *Requiescat in pace.* Séale mi hacienda ligera!

—Jah! jah! jah! exclamó el duque riendo. Es decir que os desplumó?

—Como á un capon por Navidad.

Hablando así, llegaron Quevedo y el duque á casa de este, que no era por cierto ningun palacio, sino una morada bastante modesta; pues el noble don Pedro Giron se habia dado mas prisa á derrochar su hacienda de lo que le conviniera, y traía de Flandes no menos trampas que fama de valiente.

—Aquí estamos como en campaña, señor poeta, dijo el duque soltando el ferreruelo en manos de un criado, mitad escudero ó camarero y mitad secretario, é invitando con la mano á Quevedo para que tomase asiento. Los soldados sabemos contentarnos con poco. —Y dirigiéndose al criado, le preguntó: —¿Qué hace mi don Juan?

—Juega allá dentro con su señora madre, respondió el camarero.

—Jugar, siempre jugar! repuso el duque. Será menester que le busquemos un ayo: está ya en edad de aprender algo: tiene siete años. Decidle que venga.

El criado se dirigió á la puerta.

—No, esperad, dijo el duque mudando de pensamiento. ¿Está por ahí Jacinta?

—Sí, señor.

—Que pregunte á la señora, si puede recibir á un caballero.

—Permitidme una rectificacion, señor duque, dijo Quevedo. Me falta un grado para caballero. Pueden anunciar á mi señora la duquesa, que desea besar sus manos un hidalgo cojo; y si caballero ha de ser, díganla que es el de la *Tenaza*, por otro nombre Mata-

luces-á-tiempo, y Burla-burladores. Con cualquiera de estos títulos me reconocerá su escelencia.

—Ea, pues, dijo el duque á su criado, que aguardaba indeciso en la puerta: que avisen á la señora, lisa y llanamente, que está aquí nuestro amigo Quevedo.

—Bien haya tan buen romance,
y el padre que lo engendró.

«Así me gusta las cosas, claras, repuso nuestro poeta.

Momentos despues, se presentó la duquesa en la estancia de su marido, trayendo de la mano un hermoso niño. Quevedo se levantó á saludarla cortesmente, pero ella le animó diciéndole:

—Nada de cumplimientos, mi buen amigo: me alegro en el alma de veros bueno. ¿Cuántas diabluras habeis hecho desde que no nos vemos?

—Muchas, señora; pero ninguna tan agradable como la última que hice por vos.

—Ved aquí las consecuencias de aquella travesura, dijo la duquesa, presentándole su hijo.

Una sonrisa maliciosa se dibujó pasageramente en los labios de Quevedo, que á estar á solas con la duquesa se habria transformado en una frase atrevida. El duque la interpretó al momento, diciendo:

—Consecuencias remotas, señor poeta.

La conversacion se hizo bastante íntima: de allí á poco los dos esposos con su tierno hijo y Quevedo compartían una opípara cena y hablaban de cosas políticas.

—Qué nos contais de la corte, Quevedo? preguntó la duquesa. Vos solíais estar otras veces muy bien informado de todo.

—Señora, respondió el poeta: como habreis podido observar, hay algunos cambios de personas: en el fondo, lo mismo pasa ahora que antes: la sonrisa anda en los labios, y el veneno en el corazon: los mas parientes y amigos se dan la mano en público y se ayudan para no caer; en secreto se llevan como perros y gatos. Don Rodrigo.... quiero decir, el señor marqués de Siete-Iglesias manda y desmanda; el duque de Lerma se apoya en él y le apoya;

su hijo el de Úceda quiere ser amo, y forma triángulo con ellos dos; los demás de la familia forman rancho aparte.

La duquesa y el duque se miraron de un modo significativo.

—Y qué nos decís de la reina? preguntó ella. Todavía no he podido verla.

Quevedo se encogió de hombros, y preguntó á su vez.

—Habeis oido decir cuando piensan prenderme?

—Prenderos! Pues qué habeis hecho?

—Yo, nada malo; pero si es verdad, como por ahí cuentan, que la reina está presa en su palacio, no parece justo que yo ande libre por la calle.

—Sí, presa está, dijo el duque: maldita corte! Ocho dias hace que llegué, y ya estoy deseando saltar de aquí. No se gana nada entre estos camaleones: si yo me viese obligado á vivir de los mendrugos del favor en Palacio, de seguro pasaria en prisiones las dos terceras partes de mi vida; porque no tengo humor de sufrir picardías.

—Mal oficio es el de corrector, en un mundo que no se corrige, dijo Quevedo.

—Así es la verdad, repuso el duque con ruda franqueza; pero no puedo torcer mi genio. Prefiero hacer yo mismo una atrocidad á mi modo, á sufrir raterías de otros: soy hombre, y no me creo un santo; mas, para el mal, ó para el bien, nací gallo, y no quiero ser gallina.

—Dichoso vos, que podeis gallear!

Desde aquella noche fué tratado Quevedo por el duque como amigo de confianza, y facultado para frecuentar su casa cuando quisiese.

No dejó nuestro héroe de aprovechar esta autorizacion, yendo á pasar las mas de las noches en compañía de sus ilustres amigos; pero al poco tiempo comenzó á retraerse de hacerlo, violentando sus propios deseos é inclinaciones. ¿Habia encontrado despego, frialdad ó altanería en el trato de aquellos personages? Le desagradaba su intimidad, ó era esta poco armoniosa por efecto de la desigualdad de condiciones? Nada menos que esto. Quevedo no sentia en ninguna parte un placer tan vivo como en casa del duque: las mas de las veces solia encontrar sola á la duquesa, cuya hermosura

ya notable en otro tiempo, se habia desarrollado estraordinariamente con el cambio de estado, con los viajes y el goze de un amor tranquilo: el mayor conocimiento del mundo habia dado á su conversacion una profundidad y una graciosa finura que antes no tenia: sus talentos naturales brillaban ahora con un esplendor nuevo y mas positivo que el que les prestaban la etiqueta y la policía de Palacio: todas estas dotes, unidas á una modestia dulce, sin asomos de hipócrita gazmoñería, y á una virtud severa sin ostentacion, hacian de aquella señora la mujer mas amable y deliciosa: era imposible que un hombre de talento y de corazon, no siendo su marido, se acercase á ella sin embriagarse en la atmósfera purísima de placer espiritual que de todo su ser emanaba.

Sin embargo, Quevedo rehuia las ocasiones de verla, y procuraba ir á su casa cuando le parecia que estaba el duque en ella. En verdad que era muy estraño este alejamiento en un hombre tan apasionado y amigo de las mujeres. ¿Procedía quizás de algun misterio del corazon? No es conveniente afirmarlo; porque en esta parte, nuestro poeta guardó siempre la mas profunda reserva. Dejemos que hablen los hechos: tal vez ellos nos levantarán, si no todo, una punta del velo, con que aquel quiso cubrirse.

Mientras Quevedo cultivaba con tanta parsimonia estas relaciones, los duques de Osuna estrechaban con esmero las que ya les unian con la familia de Lerma, tanto que don Rodrigo Calderon, á pesar de las protestas del duque, declarándose cada dia mas enemigo de la farsa cortesana, comenzó á mirarle con una prevencion, que no carecia de fundamento: acordábase de los agravios que le habia hecho en otro tiempo, y no podía menos de temer el desquite: veía en él á un hombre de mérito superior, y conocia que unido con el conde de Lemos, con la duquesa de Lerma, con la reina y otras personas no inferiores á estas en mérito, podia formarse una tempestad sobre su cabeza, que en vano trataria de conjurar, si llegaba á la plenitud de su fuerza. Por consiguiente, el astuto valido pensó seriamente en quitarse enemigos de encima, y comenzó por el conde.

Aprovechando la ocasion de haber vacado el vireinato de Nápoles, que era uno de los destinos de mas honor y provechos, don Ro-

drigo aconsejó al duque de Lerma que lo diese á su yerno, y tuvo la audacia suficiente para decir á este en son de confianza:

—Señor conde: sé que no me quereis bien: por lo mismo he puesto mi mayor empeño en hacer que se os confiera uno de los honores mas codiciados: nada me habria sido mas fácil que obtener para mí la grandeza de España, que no ambiciono, y con ella el vireinato de Nápoles; mas prefiero que sea para vos: y si supiese que algun otro personaje era mayor enemigo mio, á él se lo habria dado. Es verdad, por otra parte, que ninguno es mas digno que vos; pues ya lo habeis desempeñado algun tiempo en comision.

El conde no desconoció el espíritu que animaba á don Rodrigo; pero á este alarde de generosidad tuvo que contestar con palabras de reconocimiento, y estando por otra parte cansado de las intrigas cortesanas y de las desazones de familia, aceptó aquel cargo, y dispuso su partida. Para presentarse en su nuevo destino con toda la ostentacion de grandeza que se requería en un equivalente de la persona del rey, tuvo que formarse una corte suya y quiso llevar á Italia una colonia de poetas y sabios: entre otros, á quienes honró con esta distincion, se acordó de Quevedo; pero este, tan bullicioso y amigo de nuevas emociones, agradeció el favor, y se escusó diciendo, que no podia aceptarlo, por tener que arreglar en España asuntos de intereses.

El conde partió sin él.

Aquel mismo dia, volviendo Quevedo de despedirle, repetia entre dientes con ardoroso afan este cuarteto:

« Si hija de mi amor mi muerte fuese,
¡Qué parto tan dichoso que seria
El de mi amor contra la vida mia!
¡Qué gloria que el morir de amar naciese! »

Alcanzóle, en esto, el duque de Osuna, que venia en coche detrás de él, y viéndole cojear, le dijo:

—Con mal pié vais al Parnaso.

—Vuecencia me prestará su coche, respondió el poeta con prontitud.

—He perdido por hablador, repuso el duque. Subid.

—Y si resbalo? Prefiero irme tierra á tierra.

—No temais: yo os daré la mano.

Quevedo subió al coche; y el duque comenzó á hablarle de su tema favorito: la perversion de la corte y el hastío que le causaba la vida palaciega.

—Señor duque, le dijo el poeta: ¿no tomareis á mal que os cuente una anécdota curiosa?

—No, pardiez! Contadla.

—Es muy sabida; pero allá va. Cuando el papa Sixto V no era mas que cardenal, dicen que andaba siempre muy agoviado, como si le abrumase el peso de la vida: falleció su antecesor, y entonces se agovió aun mas; tanto que el Sacro Colegio, figurándose que era el mas débil y achacoso de todos los *purpurati*, decidió en el cónclave elegirle para ocupar la silla de San Pedro. Con efecto, así se hizo; mas apenas el buen franciscano cardenal se vió papa, enderezó el cuerpo, irguió la cabeza, y comenzó á mostrarse lo que luego fué: un reformador de vicios y abusos enérgico y valiente. No faltó quien le dijese que algunos estrañaban su repentina transformacion, á lo cual contestó: «Es que antes buscaba las llaves del cielo, perdidas entre el polvo; ya las tengo, y ahora busco la cerradura.»

—Y qué me quereis advertir con eso, señor malicioso? dijo el duque.

—Paréceme que buscais algo, que anda perdido entre el humo de la vanidad cortesana.

—Pudiera ser: pero no; no quiero nada en la corte. Lejos, lejos: envidio la suerte del conde de Lemos.

—No me parece difícil que os den un destino semejante al suyo.

—Me alegraría de obtenerlo: mas, por ahora no pretendo otra cosa que casar á mi don Juan.

—Cómo? A vuestro hijo quereis casar? dijo Quevedo riéndose.

—Por qué no? Es ya un hombrecito de siete años.

—Cierto: está ya en edad de tomar estado. ¿Me facultais para buscarle la novia?

—Veamos si teneis buena eleccion, dijo el duque: si dais con

mi gusto, desde ahora os prometo llevaros conmigo al gobierno futuro de mi ínsula.

—Pues bien, á ver si acierto. El duque de Úceda tiene una hija de cinco años, como unas perlas, y que vendria de molde al señor don Juan. ¿Qué opinais de mi eleccion?

El duque se quedó mirando á Quevedo, y al cabo de algunos segundos le preguntó:

—Conque la hija del de Úceda? Y no me direis por qué la dais la preferencia?

—Os lo diré: sois amigo del duque, y mas de la duquesa de Lerma: el marqués de Siete-Iglesias os quiere mucho..... mucho.... como que os ha convidado á comer.

—Sí, ya entiendo. Pero....

—Voy al pero: el de Úceda es uña y carne del de Siete-Iglesias, y *Deo volente*, será el sucesor de su padre.

—Así es de esperar.

—*Ergo*, no hay mas que decir: os conviene emparentar con la familia de Lerma y sobre todo con el duque de Úceda, futuro sucesor de su padre, y casi, casi amo de don Rodrigo Calderon.

—Sabeis lo que pienso de todo esto, señor poeta? Que, ó sois muy lince, ó habeis hablado con alguien que sepa mis intenciones.

—Puedo afirmaros bajo palabra de hombre de honor, que nadie me ha dicho nada.

—En ese caso, ratifico la mia: si por malos de mis pecados me viene rodado el gobierno de alguna ínsula, sereis mi consejero privado.

Hablando así llegaron á casa del duque, donde Quevedo se detuvo muy poco. Al salir de ella, se encontró con su antiguo conocido Contreras, el cual le dijo:

—Que sea en horabuena, don Francisco.

—De qué? preguntó el poeta.

—De qué ha de ser? repuso Contreras mirando con maligna sonrisa hácia los balcones de la casa. De que hayais recobrado la salud.

—Hace años que la gozo perfecta, dijo Quevedo con fria calma.

—No jugueis con ella; porque hay quien dice que estais en peligro de perderla.

—No os entiendo.

—Venid y os haré un favor, replicó el cortesano: dos cosas hay que os hacen daño: vuestros escritos y esos amores. Aseguran algunos, que en el *Sueño de las calaveras* habeis criticado al consejero Acevedo y á otras personas mas elevadas; y que en el *Alguacil alguacilado* aludís á don Rodrigo Calderon, al duque de Lerma y al rey: dicen que se han pasado copias de estos discursos á la censura política y eclesiástica; porque tambien hablais allí de un inquisidor, un arzobispo y un obispo, que andan buscando por el valle de Josafat una conciencia que les venga bien, y parece que hay diez ó doce que se dan por aludidos.

—Con su pan se lo coman, compadre, respondió Quevedo; quien se pica, ajos come; y siendo tantos los picados, esto prueba que no son buenos; pero no que yo aluda á ninguno en particular.

—Sin embargo, os haceis de enemigos.

—Me alegro: los enemigos son la sal del espíritu: sirven como los sinapismos al cuerpo, cuando se estanca la sangre.

—Y no temeis sus iras?

—Temer? No, amigo Contreras.

«Si va á decir la verdad
de nadie se me da nada,
que el ánima apicarada
me ha dado esta libertad.»

«Y en cuanto á lo otro de los amores, ya sé que mi salud lo padece; pero poco me importa. Muera Marta, y muera harta.

—Yo, amigo, repuso Contreras, os doy un consejo: haced vos lo que gusteis; pero advertid que, si conforme ha llegado eso á mis oidos, llegase á los del duque...

—De qué duque hablais? preguntó Quevedo palideciendo.

—De vuestro amigo... respondió Contreras con sorna.

—Nadie manda en mi pellejo, replicó el poeta; ni duque, ni rey, ni Roque. Dios crió á la mujer para compañera del hombre, y á mí para perseguirlas. ¿Quereis venir conmigo?

—A dónde vais?

—A buscar novia, que estoy horro.

Contreras no quiso acompañarle.

Nuestro poeta se alejó con la cabeza baja como un toro furioso, haciendo voto de no pisar la corte en un año, y recorrió aquella tarde las callejuelas mas sospechosas de Madrid en busca de aventuras.

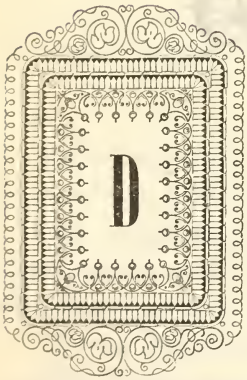
Pero esta vez parecian huir de él; y muy entrada la noche se retiró á su casa, y se echó vestido en la cama murmurando:

—Lenguas malditas, yo os daré qué decir, para que no mancheis á un ángel con vuestra baba ponzoñosa.

CAPITULO XXVI.

DONDE SE CUENTA COMO ADQUIRIÓ EL DUQUE DE LERMA MUCHOS MILLONES, DANDO GUSTO AL PUEBLO Y EMPOBRECIENDO A ESPAÑA.

Tú ya, oh ministro, afirma tu cuidado
En no injuriar al mísero y al fuerte:
Cuando les quites oro y plata, advierte
Que les dejas el hierro acicalado.
Dejas espada y lanza al desdichado,
Y poder y razon para vencerte:
No sabe pueblo ayuno temer muerte:
Armas quedan al pueblo despojado.
QUEV.—*Soneto, imitacion de Juvenal.*



DURANTE algunos meses fué Quevedo el escándalo de Madrid por las muchas aventuras galantes, á que se entregaba con un cinismo desenfrenado: sus amigos le reprendian este desórden, recordándole el descaecimiento visible de su salud, y aconsejándole que buscase una jóven honrada y se casase con ella, entrando en una vida arreglada y prudente; pero él contestaba á sus consejos con epígramas y chanzonetas; ó bien, despues de escucharles atentamente, lanzaba un suspiro y exclamaba:

—Sermon perdido!

Sin embargo, hubo una persona que, si no logró convertirle, mereció de él una deferencia particular: esta persona fué doña María-Florentina-Leonor-Luisa de Velasco, duquesa de Osuna.

Hemos puesto aquí todos los nombres de esta señora, porque algunos de ellos nos darán, tal vez, la clave de la conducta enigmática y estravagante de Quevedo.

Encontróse este cierta noche en su casa, al volver tarde de sus rondas y travesuras, con una esquela, en que un tal Oñate, secretario del duque, le invitaba, en nombre y por mandato de sus señores, á un refresco que debia darse, para celebrar las capitulaciones matrimoniales del niño don Juan Tellez Giron, marqués de Peñafiel, con la hija mayor del duque de Úceda.

No era posible rehusar este convite: Quevedo acudió á él á la hora prefijada, y se encontró allí con los personages mas elevados en las gerarquías de la corte: oscurecido entre el fausto y la vanidad de tanto brillante caballero, nuestro héroe se deslizó con indiferencia por en medio de los hombres, y entró en una sala donde estaban reunidas las señoras: para disimular lo averiado de su trage corto y lo defectuoso de sus piés, se habia puesto ropa talar, á lo estudiante ó letrado, y de este modo se presentó en la asamblea femenil.

Una dama que la echaba de chistosa, exclamó al verle, dirigiéndose á otra:

—Oh! Qué mal pié! Con mal pié habeis entrado aquí.

—Oh! Sí; con muy mal pié! respondió la otra comprendiendo la alusion.

—Mal pié! Muy mal pié! repitieron varias riendo.

Quevedo avanzó hasta colocarse casi en medio de ellas, y dijo:

—Pues yo juro á vuesas mercedes, señoras mias, que otro hay peor en el corro.

Todas las damas se apresuraron á esconder sus piés y á mirar cada cual á las otras, preguntando á un tiempo:

—Cuál? Cuál?

—Este, respondió Quevedo, sacando al frente aquel de los suyos que era mas imperfecto.

Las señoras soltaron la risa, haciendo desde aquel momento alianza con el poeta: solo una dueña, que estaba un poco apartada, en reunion particular con otras de su estado, refunfuñó de un modo claro y perceptible.

—Dénle cuerda al deslenguado, que hablará mas que un volátil verdirojo del occidental hemisferio.

—Mi señora doña Remigia de Quincoces! Vos por aquí! exclamó Quevedo acercándose á la dueña. ¡Cuántas navidades cándidas han alboreado vuestro reverendo occipucio, desde que no tengo la dicha de conspiciaros!

—Qué es eso? Qué significa conspiciar? preguntaron algunas damas riendo.

—Es lenguage culti-picaño, trasnochado y oscurecido, señoras mias, respondió el poeta. Conspiciar es lo mismo que ver en lengua vulgar. ¿No es así, mi señora doña Remigia?

—Quién permite la intrusion de este perverso y libidinoso pedagogo entre personas bien nacidas? dijo la dueña levantándose. No sufriré que nos cobije la misma techumbre.

Quevedo iba á replicar, cuando intervino la duquesa y dijo á doña Remigia:

—Señora, Quevedo está aquí, porque yo lo he convidado.

—Pues bien: mi sumidad no admite paridad con su pravedad, respondió la dueña: estaría bien que yo consintiese el trato promíscuo con él! Si no le espulsais, yo me retiro.

—Haced lo que gusteis, señora, replicó la duquesa.—Y añadió al oido de la dueña:—Quevedo me salvó cuando vos queriais perderme, y yo tengo buena memoria. Conque así, no deis escándalo. Y volviéndose á Quevedo, le dijo:

—Venid conmigo.

Doña Remigia volvió á sentarse: la duquesa y el poeta salieron á otra pieza inmediata.

—Os tengo que reñir, Quevedo, dijo la noble dama: sois mas malo cada dia, y ya es tiempo de que tengais juicio.

—Válgame Dios, señora, contestó el poeta, sin mirarla al rostro. ¿Cómo quereis que un olmo dé peras? Un loco se distingue de los cuerdos en la falta de juicio.

—No sois ningun loco, aunque lo pareceis; y os confieso que, al veros correr, sea por irreflexion, sea por despecho, en pos de aventuras desatinadas, me causais lástima y pesar: os tengo afec-

to, y mas de una vez, hablando con el duque, hemos dicho que vuestros disparates os abreviarán la vida.

—No merece esa vida un interés tan elevado, respondió Quevedo con un leve tinte de amargura.

La duquesa le miró observándole profundamente, y repuso:

—Amigo mio, no me habia engañado en lo que, hace algun tiempo, pienso de vos.

—De mí, vos, señora? preguntó Quevedo alzando la cabeza, y mostrando en su rostro una sonrisa forzada.

—Sí: he pensado que no buscais el placer en esas orgias, que destruyen vuestra salud.

—Pues qué otra cosa puede aturdir mi razon? repuso el poeta afectando ligereza.

—Vos mismo acabais de confirmar mi juicio: sí, buscais el aturdimiento de vuestra razon; buscais emociones que estraguen vuestra sensibilidad; buscais, tal vez la muerte, no el placer en el placer.

Quevedo apretó las fauces que estaban secas, y no hallando una pronta respuesta que dar, se encogió de hombros con la indiferencia aparente de un libertino incorregible.

—Me negareis lo que mi penetracion de mujer está viendo? continuó la duquesa.

—Me obligais á desairaros, señora, respondió nuestro héroe: os confieso que no hallo placer verdadero en mi desordenada vida; reconozco que destruyo mi salud y rebajo mi dignidad; pero la causa que me impele es un misterio que está recóndito en mí: el bullicio de una fiesta me arrebata; la vista de las mujeres me enloquece y me priva del dominio sobre mí mismo: durante esas horas fugaces, en que mi sangre hierve y mi espíritu delira; en que tal vez mis arterias se ponen doloridas con la rigidez, no sé darme razon de lo que siento; quizá es dolor, quizá sea rabia; pero un dolor, una rabia que me atraen como el abismo al que lo mira. Esto, señora, creo que es una propension rebelde de mi naturaleza, un impulso de mi maldad nativa; —porque soy malo, perverso, lo reconozco; —pero no es, ni puede ser otra cosa.

—Y es tan escaso vuestro talento, repuso la duquesa, que no sois capaz de corregiros?

—Corregirme! Dia vendrá en que la necesidad me corrija. Soy jóven, solo, independiente; necesito bullir, agitarme como un pez en el piélago de la vida. ¿Cómo quereis que yo mande á mi razon, ó que mi razon mande á mi voluntad cuando sopla el viento de unas faldas ó se desencadena contra mí el huracan de fuego de unos ojos traidores?

—El buen práctico amaina velas en presencia de la tempestad, para que el buque no se estrelle.

—Tambien las iza, cuando está en plena mar, para correr la borrasca.

—Para todo hallais contestacion, y es preciso dejaros. Pero me veré obligada á intrigar para que el duque os retire su amistad: no me conviene que se trate con un libertino de talento como vos.

—Hareis bien; porque yo no merezco vuestra amistad.

—Es decir que la teneis en poco aprecio?

—Señora, me haceis un cargo, que rechaza vuestra conciencia: seria yo muy necio ó muy malvado, si no supiese apreciar lo que mas vale.

—Pues entonces?...

—Privándome de ese bien tan grande, señora, ¿no comprendeis que hago un sacrificio?

—Sois incomprensible, dijo la duquesa bajando la vista, por no poder soportar la mirada ardiente de Quevedo. En todo esto hay un misterio, que no quiero penetrar.

—No, no hay mas misterio que el de mi locura, respondió el poeta en tono chancero. Cada cual tiene la suya, y á mí me ha dado por vivir alegre.

—Nada tengo que replicar á eso: haceis muy bien. Adios, Quevedo! Mi sociedad me reclama.

Diciendo así, la duquesa se retiró hácia la gran sala, donde estaban ya reunidos todos los convidados.

El poeta la miró salir, sin apartar de ella la vista; se oprimió con las manos el pecho y la frente, y estremeciéndose con fuerza, murmuró:

— Qué mas tiene esa mujer que otra cualquiera? Por qué ella sola me infunde respeto? Por qué tiemblo en su presencia, y siento en mis venas un ardor que hiela? — Oh! corazon rebelde! ¿Amarás ahora por primera vez!...

Y se acercó á una ventana, buscando aire libre que respirar. El rumor del festin le hizo volver la cabeza, al cabo de un rato, y mirar en torno suyo, como si estrañase el lugar donde se hallaba.

— Qué alegre ruido es ese? dijo. Ahí hace falta Quevedo, el truan, el bufon de toda clase de gente, para divertir á los dichosos.... Pero no: harto divertidos están ellos: celebran el desposorio de dos niños, que acaban de salir de la cuna. Pobres criaturas! Algun dia quizás maldecireis á quien ha imaginado uniros, sin aguardar á que se manifiestan vuestras inclinaciones. Cuando el dios tirano de las almas encienda en vuestro pecho una llama semejante á la que á mí me devora, no sabreis conocer las delicias del amor, porque las gustareis mezcladas con la retama de la infidelidad: no podreis seguir los impulsos naturales del corazon, sin quebrantar vuestro deber. Alguien os dirá entonces que yo fuí vuestro verdugo; pero no lo creais, puros ángeles: yo solo he adivinado el blanco á donde apuntaba la ambicion de otro hombre.

Diciendo esto, fué á sentarse junto á una mesa, en la cual se apoyó de codos, y dejó caer la frente entre las manos.

Despues de una breve reflexion, levantó la cabeza exclamando:

— Sí, Quevedo, sí: debes ser un libertino, un malvado á los ojos del mundo imbécil que te mira, con tal que estés satisfecho de tí mismo. Engaña al vulgo necio, para que nada turbe la serenidad de *ese Cielo*... No ha nacido ella para tí, no: para tí, las cotorreras!... las Belisas;.. las Dorilas y otras tales: para tí, las doncellas sempiternas, las viudas verdes, las sacadoras de porvida.

En estas reflexiones dejaba pasar el tiempo, sin acordarse del convite, ni de los convidados, hasta que, tocando aquel á su fin, sonó ruido de gente moza, y entraron por la sala seis ú ocho jóvenes de ambos sexos diciendo:

— Aquí está: vedle aquí.

Quevedo se levantó por atencion á las damas, en primer lugar, y en segundo por consideracion á los jóvenes, que casi todos eran

hijos de grandes casas: entre ellos venian don Rodrigo Calderon y el conde de Olivares, muy asidos del brazo como íntimos amigos, y un adolescente de quince años, vestido de color rojo, el cual parecia guiar á los demás: era el muchacho vivo, de mirada penetrante y de fisonomía simpática; pero que, en tan corta edad, habria podido inspirar á un pintor para representar la sátira: este adulto se acercó á Quevedo, y dijo en versos improvisados:

— Callen todos, ó hablen quedo,
cuando toco mi bandurria,
y escúcheme el buen Quevedo:—
si no sacude la murria,
le señalo con el dedo.

Nuestro héroe le miró con sorpresa, y le respondió al momento:

— Poeta con babador,
prófugo de las mantillas,
pimiento picante en flor,
¿quién eres?—Por qué, hablador,
me sacas de mis casillas?

No menos pronto que Quevedo, el jovencito repuso:

— En mantillas ó en bragueta,
poco importa, soy poeta,
y poeta de jarana.
Soy el de Villamediana,
que á versificar os reta.

—Y que no hay escapatoria, dijo una jóven muy pequeña y vivaracha.

—No? repuso Quevedo. Pues preveníos, mi señora doña Mostaza.

—Mostaza!.... Mostaza! repitieron las otras damas, dando vaya á la pequeñuela, que retrocedió avergonzada y encendida en enojo.

Quevedo la apostrofó diciendo:

—Si picas, ¿por qué te picas,
doña Mostaza menuda?

¿No ves que así mas te achicas?–
Dame picaduras ricas;
pero no piques en duda.

La jóven se echó á reir y todos los circunstantes aplaudieron.

En esto habian acudido muchas mas personas, que rodeaban á Quevedo; el cual reconociendo en esto que habia una conjuracion para obligarle á improvisar, comenzó á examinar con mirada penetrante á todos y cada uno de los presentes, buscando en ellos la parte ridícula ó los caractéres que mas saltaban á la vista, para marcarlos en sus versos: pronto formó su coleccion de mujeres y hombres, á quienes pensaba dedicar sendas cuartetas; y habiendo manifestado la duquesa, que se trataba de celebrar con una liza poética el desposorio de su hijo, se retiraron los convidados, dejando solos á Quevedo, Villamediana, el doctor Montalvan, y don Luis Carrillo y Sotomayor, que tambien formaban parte de la reunion.

Media hora despues los cuatro poetas salieron á la sala principal, donde aguardaba la brillante concurrencia el parto de sus ingenios: habíase colocado un taburete en medio para que sirviese de tribuna á los mismos, y en él subió el primero Sotomayor: este y Montalvan leyeron dos poesías cultas, gongorinas, muy sublimes y oscuras, que no divirtieron al concurso; pero que merecieron el aplauso general, por lo incomprensibles. Ocupó luego el taburete el jóven conde de Villamediana, y las muchachas tuvieron que taparse los oidos, aunque no dejaron de escuchar las alusiones demasiado libres del poeta. Llegó su turno á Quevedo, el cual, desdoblando su papel, echó una ojeada en redondo, y dijo:

—Agua va y granizada
de chunga y broma:
al que toque la china,
que la recoja.

Las damas se agitaron en sus sillas, temiendo que la borrasca descargase sobre ellas; los caballeros se sonrieron y todos se prepararon á escuchar. Quevedo se colocó bien las antiparras y leyó:

« *Boda y acompañamiento del campo.* »

« Don *Repollo* y doña *Berza*,
de una sangre y de una casta,
si no caballeros pardos,
verdes fidalgos de España,
Casáronse; y á la boda
de personas tan honradas,
de los solares del campo
vino la nobleza y gala.

Aquí hizo una pausa, y dirigió la vista hácia el testero, que ocupaban casi todas las mujeres, y en particular hácia una gruesa y hermosota; pero tan preciada de su belleza, que apenas se dignaba mirar á nadie; y continuó leyendo:

« Vana y hermosa á la fiesta
vino doña *Calabaza;*
que su merced no pudiera
ser hermosa, sin ser vana:

Una esplosion de risa estalló al oir esta cuarteta: Quevedo miró á otra dama muy cargada de perifollos y no menos orgullosa que la anterior, y prosiguió:

« La *Lechuga*, que se viste
sin aseo y con fanfarria,
presumida, sin ser fea,
de frescona y de bizarra.

—Esa va para tí, murmuró una viuda que estaba detrás de la aludida; pero calló y se mordió los labios, oyendo al poeta, que decia:

«La *Cebolla* á lo viuda,
vino con sus tocas blancas,
y sus entresuelos verdes;
que sin verdura no hay canas.

—Y esa, ¿para quién va? preguntó la Lechuga.
—Yo no tengo canas, respondió la viuda.
—Tendrás lo verde

Quevedo continuó, dirigiéndose á dos hermanas, hijas del conde de Miranda:

« Para ser dama, muy dulce
vino la *Lima* gallarda
al principio; que no es bueno
ningun postre de las damas.
La *Naranja*, á lo ministro,
llegó muy tiesa y cerrada,
con su apariencia muy lisa,
y su condicion muy ágria.

—Qué embustero! exclamó la segunda de las dos.

—Calla, la dijo su hermana, que ahora la va á emprender con doña Mostaza.

Con efecto, el poeta miraba á la chiquitina, que tenia á sus lados una mocetona muy escotada y otra dama entrada en años, pero todavía linda y coqueta: de un tiron dirigió á las tres su respectiva parte.

La *Granada* deshonesta,
á lo moza cortesana;
desembozo en la hermosura,
descaramiento en la gracia.
Doña *Mostaza* menuda,
muy briosa y atufada;
que toda chica persona,
es gente de gran mostaza.
A lo alindado la *Guinda*,
muy ágria cuando muchacha;
pero ya entrada en edad,
mas tratable, dulce y blanda.
Doña *Alcachofa*....

Todas las miradas se volvieron, siguiendo las de Quevedo, hácia un estremo donde una señora muy delgada ocupaba con las faldas el espacio de tres.

« Doña *Alcachofa*, compuesta
á imitacion de las flacas,

basquiñas y mas basquiñas,
carne poca y muchas faldas.

Y atajando la risa de los concurrentes, señaló al marido de doña Alcachofa con estos versos:

«Don *Melon*, que es el retrato
de todos los que se casan:
Dios te la depare buena,
que la vista al gusto engaña.

En seguida, mirando á don Rodrigo Calderon, y aludiendo á su gran corpulencia, dijo:

«Don *Cohombro* desvaido,
largo, de verde esperanza,
muy puesto en ser gentil-hombre,
siendo cargado de espaldas.

Detrás del valido estaba su rival don Garcia de Pareja, á quien tocó esta china:

«Don *Durazno*, á lo envidioso,
mostrando agradable cara,
descubriendo con el trato
malas y duras entrañas.

Pero Quevedo halagó al duque de Úceda, sin disimular su defecto físico, diciendo:

«Persona de muy buen gusto
don *Limon*, de quien espanta
lo sazonado y panzudo,
que no hay discreto con panza.

—Es endemoniado ese hombre, dijo el duque de Úceda, mientras Quevedo saludaba á su compañero Villamediana con estos versos:

«Todo fanfarrones brios,
todo picantes bravatas,

llegó el señor don *Pimiento*,
vestidito de botarga.

—Me vengaré, patizambo, murmuró el jóven conde.

Quevedo hizo una cortesía al de Olivares, y dijo:

« Don *Nabo*, que viento en popa
navega con tal bonanza,
que viene á mandar el mundo
de gorron de Salamanca.

Rieron todos la alusion, menos el conde de Olivares, que se hizo el desentendido; y Quevedo concluyó su romance, diciendo:

« Y en fin, porque no es posible
que haya fiesta sin tarasca,
vine yo, don *Beli-anis*,
devanado en mi sotana.
Baste ya, por si el concurso
objeciones desenvaina;
que no hay boda sin malicias,
ni desposados sin tachas. »

El atrevimiento del poeta en la designacion de algunas de las principales personas fué motivo para que ninguna se diese por ofendida; considerando, muy al contrario, como una distincion el haber sido indicadas. Para fin de fiesta se dispuso un baile, y como Quevedo no tenia talento en los piés, se retiró á su casa antes que los demás.

De allí á pocos dias le llamó el duque de Osuna, y le participó que habia sido nombrado virey de Sicilia.

—Se cumplió mi prediccion, amigo, le dijo: voy á ser gobernador de una ínsula, sin ser Sancho (*). Réstame cumplir mi palabra, y á este fin os he llamado. ¿Quereis ser mi consejero y venir conmigo á Sicilia?

Quevedo se quedó perplejo algunos momentos antes de contestar.

(*) Se habia publicado ya la 1.ª parte de *don Quijote* y gozaba de celebridad, aunque no tanta como adquirió despues.

—Señor duque, respondió por último: valgo poco para merecer el honor que os dignais dispensarme.

—Qué quiere decir eso? Rehusais mi ofrecimiento?

—Lo estimo y agradezco en el alma; pero no puedo, ni debo aceptarlo.

—Por qué razon?

—Ya lo he dicho: porque soy muy pequeño para consejero.

—Eso es una falsa modestia: venid como amigo mio.

—Eso es mas que lo otro, repuso Quevedo. Perdonad, señor duque: no puedo ahora: tal vez algun dia os cogeré la palabra.

—Ya sé lo que os estorba; tenemos alguna Tronga de por medio.

Quevedo se sonrió.

—En fin, continuó el duque, haced lo que gusteis; y cuando se os antoje, acordaos de que teneis en Sicilia un hermoso pais de recreo y un buen amigo.

—Gracias, señor duque! respondió Quevedo con tono grave, y descubriendo una emocion que en vano habria querido disimular. Sois demasiado bondadoso conmigo, y nadie habrá en el mundo,—os lo juro,—que desée y pida á Dios vuestra prosperidad mas ardientemente que yo.

El duque le dió la mano, y estrechándole la suya con fuerza, dijo:

—Lo creo, Quevedo, lo creo: teneis un gran corazon, y el mio ha nacido para comprenderlo.—Adios! No aguardemos á caer en debilidad.

El poeta salió sin atreverse á pedir permiso para ver á la duquesa: creyendo que esta iria á Sicilia con su marido, sacrificaba su amor á su amistad, hasta el punto de no despedirse de ella: no era otra la causa por que habia rehusado el distinguido y provechoso puesto que le ofreciera el duque.

Pero, cual fuese la violencia que hubo de imponerse para alcanzar este triunfo de su voluntad contra su corazon, considérese por los efectos.—Quevedo pasó ocho dias encerrado en su casa, retocando algunas de sus obras, tomando apuntaciones para otras y en-

riqueciendo con nuevas composiciones poéticas una bellísima coleccion de ellas, que habia comenzado á formar, y que en todos conceptos eran una escepcion de la mayor parte de las suyas: estas en general trataban de asuntos risibles ó picarescos y estaban escritas en estilo zumbon y ligero; ó bien se referian á empresas amatorias, sin mas fondo que el de una fútil galantería: lo mismo que sus obras en prosa, aparecian por lo comun desordenadas y esparcidas sobre su mesa, en el mayor desconcierto y confusion: las otras, por el contrario, eran sentidas y vehementemente apasionadas; versaban todas sobre un solo asunto, el amor, y tenian por objeto esclusivo una mujer, á quien daba, ya el nombre de *Lisi* ó *Lísida*, ya el de *Flora*, *Florinda* ó *Floralba:* estos versos, impregnados de ardiente fuego, unos, y otros de melancolía desesperada, jamás se veian rodando por la mesa, revueltos con los otros: su autor no los leia ni consultaba á sus amigos: encerrábalos cuidadosamente en una cartera, y guardaba esta en una bolsa sobre el corazon.

Estando en aquella reclusion voluntaria, supo que el duque de Osuna marchaba de un momento á otro, y quiso fingirse enfermo; pero no le fué necesario el fingimiento; pues al levantarse una mañana, sintió un ligero vahido y cayó al suelo privado de conocimiento: su criado Pablos, acudió á socorrerle y le metió en la cama; donde pasó tres meses delirando, sin que en todo este tiempo, á pesar del desórden de sus facultades mentales, se le escapase una palabra capaz de denunciar su secreto, ni se descuidase de afianzar la bolsa que contenia sus versos predilectos, cuando el médico ó el enfermero le descubrian el pecho.

Durante el mismo tiempo, un acontecimiento grave y de suma trascendencia para la prosperidad de España se resolvia y realizaba en la esfera de la política: los teólogos mas consumados, los obispos y arzobispos, los consejeros de Estado habian emitido multitud de pareceres contradictorios, en el decurso de tres años, sobre la conveniencia ó inconveniencia de espulsar para siempre de la Península á los moriscos ó cristianos nuevos, que en número de muchos centenares de miles poblaban y fertilizaban el rico reino de Valencia y parte del de Granada: los partidarios de la espulsion acumulaban sobre ellos multitud de cargos, algunos de los cuales

parecerian hoy ridículos, aunque entonces parecieron graves; no siendo de los de menos peso el que les acusaba de cumplir sus pactos y compromisos con mas exactitud y puntualidad que los cristianos viejos; lo cual, en sentir de los doctores, influia en descrédito de la religiosidad de los segundos, y servia de mal ejemplo á los que no estaban firmes en la fé católica.

Considerada la cuestion bajo el punto de vista religioso, y no obstante que los cristianos nuevos eran ya hijos y nietos de los últimos moros de España, convertidos hácia mas de un siglo, y por consiguiente fáciles de incorporar de buena fé á nuestra religion, con un trato humano, fué imposible pesar con calma las consideraciones de otro género que hacian altamente impolítica la espulsion: militaban además en favor de esta las preocupaciones de raza transmitidas de padres á hijos; el ódio y el desprecio con que los primitivos españoles, ó que se creian (cosa improbable) esentos de toda mezcla con la sangre mora, solian mirar á los que aparentemente la conservaban pura; el rencor natural de estos, y no por oculto menos reconcentrado y fiero contra los cristianos viejos; las tentativas que hacian y los planes que meditaban para emanciparse de la especie de dependencia servil en que vivian.

Todo esto hizo olvidar ó no tomar en cuenta, que aquella multitud de seres humanos eran los principales, y tal vez los únicos depositarios de la actividad, de la industria y de muchos artes útiles; que mantenian en pié la ya demasiado decayente riqueza española; que contribuian con la mejor y mas saneada parte de las rentas públicas, y últimamente que era un acto de crueldad, ageno acaso de pechos caritativos y cristianos, el de privar violentamente de su patria y hogares, y aun de sus tiernos hijos, á millares de familias.

Túvose presente, sin embargo, que aquellas familias eran, por lo comun, las mas ricas del país, á pesar de las contínuas y considerables exacciones á que estaban sujetas; pero esta grave cuestion económica servia de pábulo á la envidia: los estadistas de aquel tiempo encontraron fácil la solucion: profesaban las máximas, conservadas seguramente por tradicion hasta nuestros dias, que aconsejaron al labrador de la fábula matar la gallina para sacarle los huevos de oro; y en consecuencia de esto, creyeron zanja-

da la dificultad, ordenando una injusticia: mandóse, pues, que ningun morisco sacase del reino plata ni oro, ni mas efectos ni muebles que los que cada uno pudiese llevar sobre su persona.

Fácil es concebir que los moriscos no se resignarian buenamente á sufrir este triple despojo de la propiedad, de la patria y de la familia: el duque de Lerma lo habia previsto, y antes de publicar la pragmática de expulsion, habia hecho venir de Génova, Sicilia y Nápoles, numerosas escuadras de galeras, con fuerte guarnicion, que bloqueaban toda la costa oriental, y acercar por tierra otro ejército numeroso, cual si se tratase de una guerra formidable. Apesar de estos belicosos aprestos, los moriscos se decidieron á perder la vida con la libertad: á un tiempo mismo alzaron el estandarte de la rebelion en varios puntos y enviaron emisarios á Francia y Africa pidiendo socorros y ofreciendo sostenerse mientras estos llegaban.

Pero aquel sacudimiento no podia salvarles y agravó el mal de su situacion desesperada: los socorros no llegaron; los cabecillas de la rebelion fueron cogidos y decapitados; sin gefes, los guerrilleros, dispersos por las montañas, eran cazados como bestias feroces, y la masa general de aquella gente infeliz, los ancianos, las mujeres y los adultos fueron arrancados de sus hogares y embarcados para el Africa: hubo capitanes inhumanos, que obedeciendo á una impía saña, transportaron las víctimas en buques podridos y los dejaron en alta mar á la merced de las olas; otros barrenaron los barcos; otros, movidos de codicia vendieron su cargamento á los piratas de Turquía.

Los moriscos que llegaron á pisar la tierra africana, llevaban el consuelo de esperar una fraternal acogida de los descendientes y aliados de sus padres; pero estos, no oyéndoles hablar ya su misma lengua, se les declararon enemigos, y segun iban llegando, mataban los hombres, hacian esclavas las mujeres y se apropiaban los escasos restos de su fortuna.

Dejaron en España los espulsados cuantiosas riquezas en oro y plata y en bienes muebles y raices. Todo fué confiscado, y la mayor parte se distribuyó entre el duque de Lerma, sus parientes y allegados.

CAPITULO XXVII.

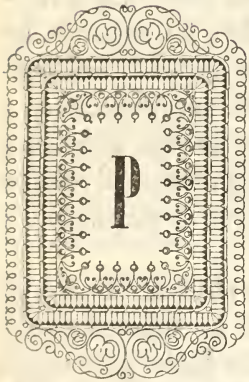
AMOR Y AMISTAD.

Este amor que yo alimento
de mi propio corazon,
no nace de inclinacion,
sino de conocimiento.

. . . . . .

¿Y qué deidad me pudiera
inclinar á que te amára,
que ese poder no tomára
para sí, si le tuviera?

QUEV.—*Redondillas.*



ÁSMANSE los hombres, al considerar la oposicion de ideas y sentimientos que los divide: ¿qué mucho si el espíritu y el corazon de cada uno son tambien un palenque, donde luchan pensamientos é instintos contradictorios?

Quevedo habia entrado en una convalecencia penosa y lenta; su razon podia ya discernir con acierto, y conocer, mejor que el médico la causa de su enfermedad; el remedio era el olvido, y él no lo ignoraba; pero lejos de aceptarlo, se cebaba á sus solas en la contemplacion imaginaria de aquel objeto que estaba seguro de no tocar jamás, pues su misma estimacion á la duquesa y la amistad síncera del duque ponian una valla insuperable á sus deseos.

Sin embargo, meditando sobre este amor descabellado y sobre su conducta en lo relativo á él, á un tiempo se alegraba de haber

rehuido la dolorosa despedida de la duquesa y se afligia pensando en su ausencia: dejaba correr su imaginacion por campos floridos de apasionados goces, creábase penas y alegrías, y para desahogo se entretenia de vez en cuando en componer endechas ó sátiras burlescas, segun el rumbo que tomaba su humor caprichoso.

Una mañana se finjió muerto de amor: tomó la pluma y comenzó á escribir un romance que empezaba así:

« Males, no os partais de mí,
y os estimaré por bienes;
pues que no hay otro en el mundo
tan desdichado, que os ruegue. »

Y lo concluyó diciendo:

« Este epitafio se escriba
en el mármol que cubriere
mi polvo amante, y sin llanto,
ninguno podrá leerle:
« Aqui descanso de la vida triste,
Al rigor de mi mal agradecido;
Y el cuerpo, que de amor aun no se olvida,
En poca tierra, en polvo convertido.
Hoy suspira y se queja enternecida
La tumba negra donde está escondido,
Aun arden de las llamas habitados
Sus huesos, de la vida despoblados. »

En este punto le sorprendió el médico, y le dió, como era consiguiente, una dura reprimenda: hízole ver que, ocupándose en trabajos mentales, hacia interminable su curacion y estaba espuesto á una recaida. Quevedo le escuchó sin chistar, y luego que le vió salir, tomó otra vez la pluma para burlarse de su ciencia, y escribió:

Muérome yo de amor de Lisis bella...

Pero en seguida borró este verso, y puso en su lugar:

Flora es mi calentura y mi remedio...

Tampoco le pareció bien : lo tachó y puso este otro :

Muérome yo de Floralba...

Mas al punto pasó la pluma sobre la última palabra, diciendo : — No, este nombre no debe aparecer aquí : otro cualquiera.— Y dió sueltas á su musa escribiendo :

« Muérome yo de Francisca,
buen doctor, y tus recetas
el tabardillo me curan
y la Francisca me dejan.
Así, pues, siempre te llamen
los que de tí no se acuerdan,
y solo vivas de cuantos
contra la vida pelean ;
Y así duren dos mil años
tus dos guantes en conserva,
y tu mula por las calles
no te lleve con mareta ;
Y así á matarla de tí
su propia silla no aprenda,
y mendigando tercianas
te lleve de puerta en puerta ;
Que escuches con atencion
mi enfermedad á mi lengua,
por si cuando á errarla tiras,
acaso á curarla aciertas.
Mi corazon, lo primero,
en fiebre hermosa se quema ;
y el viento de mis suspiros
mas le enciende que le templa.
Mi esperanza y mi temor,
que desabrigados tiemblan,
en el frio de un desden
á todas horas se hielan.
Soles me han muerto, y tambien
sereno de dos estrellas ;

mucha nieve en cuerpo y manos,
mucho incendio de oro en trenzas:
Por beber yo con la vista
en labios, coral y perlas,
preciosa muerte me aguarda
despues de rica dolencia.
No estudies mi enfermedad
en Galeno ni Avicena;
que no cabe en aforismos
mi dolor, ni mi tristeza.
Mis sangrías han de ser
del alma, no de las venas;
la aljaba ha de ser estuche,
y los arpones lancetas.
El Hipócrates amor
los remedios solo enseña
que sanan, y de favores
los récipes que aprovechan.»

Acabando estaba estos versos, cuando entró en su aposento Pablicos y le dijo que allí habia una dama tapada, la cual deseaba verle.

Quevedo se sentó en la cama, donde estaba incorporado, escribiendo en un atril giratorio; y mirando con ojos centelleantes al criado, le respondió:

—Estás loco? Una dama, y tapada!... Mira, Pablicos, agarra una tranca, y échame á palos á esa buscona. Bueno estoy yo para fiestas!

—Señor, repuso el mozo: paréceme que os equivocais.

—Cómo? Qué?—Esplícate.

—Digo que esa dama ha de ser una señora principal, si yo no me engaño; y tengo buenas narices para distinguir el vino puro del aguachirle.

—Ah, maldito! Y cómo te se conoce la universidad donde cursas!... Pero sepamos: ¿en qué has conocido que la dama es vino puro? Viene dando traspiés? huele á taberna?

—No, sino á rosas, ambar gris y algalía, y á todo lo mejor que

Dios ha criado; y no ha venido tropezando, sino en un coche muy lucido.

—Calla!.. Quién puede ser?—Ven acá: échame sobre los hombros esa ropilla, quita de enmedio esos potingues, llévate el orinal, quema un poco de azúcar ó espliego, y dí á la dama que entre.—Oye, añadió el poeta con imperio:—y no cometas imprudencias: no te asomes aquí á escuchar, ni trates de saber lo que no te importa.

El criado hizo todo cuanto le habia mandado su amo y salió: á poco entró en el dormitorio una mujer envuelta en un manto, cuyo andar ligero y talle airoso y elegante revelaban juventud y distincion. Quevedo la miraba fijamente, y se estremeció al oirla decir:

—Os estoy reconocida por lo bien que me recibís: conque queríais nada menos que echarme á palos de vuestra casa?

El poeta se palpó el cuerpo, tocó la cama y los papeles que en ella habia, miró de nuevo á la tapada y se preguntó á sí mismo:

—Es realidad, ó estoy delirando?—Y añadió dirigiéndose á ella: —Por piedad os ruego que os acerqueis mas y me mostreis el rostro.

—Es necesario? dijo la dama. Pues no me habeis ya reconocido?

—Sí, demasiado, respondió el poeta balbuceando. Sí; pero.... no lo creo. ¿No estábais en Sicilia?

—Yo? No, repuso la dama descubriéndose y mostrando su rostro bañado en una apacible sonrisa.—El duque partió solo: ¿no lo sabíais?

—No, señora: no lo sabía. Pero, ¿vos aquí? en mi pobre choza? Esto es imposible: yo estoy delirando.—Pablos! Pablicos!....

—Para qué le llamais? Sosegaos, amigo mio: si yo hubiese sabido que mi visita podia causaros esa turbacion, no hubiera venido.

El criado entró con indecision: Quevedo le hizo una seña con la mano, y le dijo:

—Nada, no quiero nada: vete.—Y volviéndose á la duquesa murmuró con voz apagada:

—Yo, señora.... siento un trastorno.... muy natural. Una sorpresa tan agradable.... tan inesperada; el placer de veros, cuando os hacia tan lejos de mí; vuestra misma grandeza.... y vuestra bondad, que la escede, han debido ser causas mas que suficientes

para conmoverme, hallándome débil y resentido de mi larga dolencia.—Es una cosa estraña: ved como tiemblo.

Con efecto, la cama se agitaba como si el enfermo padeciese una terciana en aquel momento.

—Válgame Dios! dijo la duquesa: no debí haber venido. Yo creia que estabais ya mas firme.

—No os arrepintais, señora: me haceis feliz con vuestra venida, y.... espero que esto me ha de mejorar. Mi mal está en.... los nervios; y los nervios tienen su raíz en el corazon: la tristeza me consumía en esta cama, de modo que vuestra bondadosa atencion no puede menos de hacerme mucho bien.

—Lo creeis así?

—No tengo duda alguna: pasado ya el primer sacudimiento de la sorpresa, comienzo á sentir alivio.... fortaleza en todo mi ser. ¡Oh! de seguro hareis en una hora lo que no haria el médico en un año.

—Mas vale así: pero, decidme: el médico os consiente que escribais? Veo ahí tantos papeles!..

—Señora: yo seré rebelde siempre, aunque me esté muriendo. El médico me riñe; pero apenas vuelve la espalda, me burlo de sus sermones y escribo sátiras contra él.

—Qué loco! exclamó la duquesa.—¿Puedo ver alguna de esas sátiras?

Y estendiendo la mano, tomó uno de los papeles que habia esparcidos sobre la cama.

Quevedo avanzó el cuerpo para mirar, y dijo conmovido:

—No, creo que no es eso.

—Es un soneto, repuso la duquesa: ¿puede leerse?

—Ah! suspiró Quevedo. Como gusteis.

La duquesa leyó en voz natural:

«Puedo estar apartado, mas no ausente,
Y en soledad, no solo; pues delante
Asiste el corazon, que arde constante,
En la pasion, que siempre está presente.
El que sabe estar solo entre la gente,
Se sabe solo acompañar; que amante,

La membranza de aquel bello semblante
A la imaginacion se le consiente.
Yo ví hermosura y penetré la alteza
De virtud soberana en mortal velo:
Adoro el alma, admiro la belleza.
Ni yo premio conquisto, ni consuelo;
Que uno fuera soberbia, otro vileza:
Menos me atrevo á Lisi, pues, que al cielo.»

Acabando de leer, levantó enternecida la cabeza, y miró al poeta; el cual estaba tan pálido y agitado, que no era posible desconocer la existencia de una pasion verdadera y secreta.

—Pobre Quevedo! murmuró la duquesa.

Esta esclamacion puso al enfermo sobre sí y le restituyó la fuerza de voluntad necesaria para resistir en la lucha de afectos que le dominaba.

—Qué poco valgo, señora! dijo. La emocion mas ligera me trastorna.

—Lo veo, y conozco que necesitais una calma absoluta. No deberíais escribir versos, y menos de este género.

—Es que á veces, señora, me hastío en mi soledad, y no sé que hacer: eso me divierte.

—No lo creo: esto os mata.

Quevedo murmuró para sí dando un suspiro.

«Si hija de mi amor mi muerte fuese!....

—Por qué no seguís el impulso natural de vuestro genio? continuó diciendo la duquesa. Este soneto me revela que violentais vuestras inclinaciones: amais sin esperanza, ó respetais demasiado á vuestro ídolo.

—No, demasiado no: cuanto merece.

—Aspirad á su correspondencia, y así no padecereis tanto.

—Fuera soberbia.

—Tan alta está esa mujer?

—Sí, muy alta.

—Solicitad su compasion: esto consuela.

—Tampoco: fuera vileza.

— Eso me parece soberbia.

— No es sino virtud, señora. Si os dijesen : « Quevedo se introdujo en la amistad de dos esposos que se amaban tiernamente, acometiendo para ello actos de valor y de abnegacion; mostróse desinteresado y valiente; y cuando hubo alcanzado sus simpatías, su confianza, su amistad generosa, abusó de estas ventajas para engañar al marido y seducir á la mujer : » si esto os dijesen, señora, no execraríais á Quevedo, no le tendríais por el mas vil y despreciable de los hombres?

La duquesa creyó adivinar todo el pensamiento del poeta, y respondió temblando :

— Teneis razon, amigo : esa no seria digna accion de un pecho noble. Voy á daros mi consejo. Si no podeis desechar esa pasion desgraciada, enviadla del corazon á la cabeza : amad á vuestra Lisi; pero no la querais. ¿Comprendeis bien mi pensamiento?

— Demasiado. Comprendo que debo amar su alma con mi alma; pero no desear la posesion de su hermosura : aquello es amar; esto es querer. Lisi no podrá ofenderse de que yo la ame, ni mi conciencia podrá argüirme de deslealtad.

La duquesa se levantó y se cubrió con el manto.

— Ya me dejais? preguntó Quevedo.

— Sí : he venido con intencion de consultaros sobre un asunto ; pero no os encuentro aun tan restablecido como yo creia, y temo perjudicar á vuestra salud.

— No lo temais : sentaos, señora, y hablad. Mientras me quede un aliento de vida, ¿en qué mejor puedo emplearlo que en vuestro servicio?

— Vah! exclamó la duquesa esforzando la risa. Soy mas codiciosa que todo eso : quiero que me sirvais muchos años.

— Así lo espero, señora; pues aunque estoy débil, tengo fibra. Decid, decid.

— El duque me dejó aquí, para que estuviese á la mira de sus negocios ; pues como se cruzan tantas intrigas, teme que no se consolide su valimiento y necesita el apoyo de una persona tan interesada como yo en sus cosas : al partir, me dijo que, en caso necesario, de nadie me aconsejase sino de vos.

Quevedo no pudo reprimir un suspiro.

—Qué es eso? preguntó la duquesa.

—Nada, señora, nada: es que se me oprime el pecho; pero luego pasa. Continuad.

—Sabeis muy bien, prosiguió ella, que don Rodrigo Calderon es nuestro mayor enemigo: por lo mismo he procurado mostrarme con él afectuosa; pero sin dejar de estar alerta, para conocer sus intenciones. A este fin he tenido la desgracia de elegir un mal confidente, un hombre sin honor, ni delicadeza, el cual pretende abusar de mi confianza de un modo villano.

—Su nombre! exclamó Quevedo exaltándose, y poniéndose casi en pié por un estremecimiento nervioso.

—Tranquilizaos, dijo la duquesa. No hace falta su nombre... ni creo conveniente continuar esta conferencia: otro dia será.

—No, señora, no: tengo fuerza bastante para castigar hoy mismo á ese menguado.

—Lo que teneis es la sensibilidad muy irritada, y no quiero, no debo hablaros mas de esto. No es tampoco el mal tan grave, ni tan urgente el remedio como os figurais. Vivid tranquilo, y pensad en que os necesito bueno y sano. Adios, amigo mio! Hasta otro dia.

Diciendo así, la duquesa tendió la mano á Quevedo, el cual la estrechó sin vehemencia entre las suyas y la besó con respeto.

—Adios, señora, repuso: no debo oponerme en nada á vuestros deseos.

—Mi mayor deseo es que os tranquiliceis y os pongais pronto bueno.

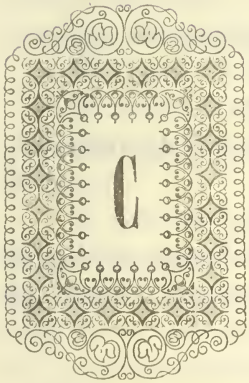
Acabando de proferir estas palabras, la duquesa se recogió mas el manto á la cara, y salió pausadamente de la estancia. Por sus mejillas corrian lágrimas de amistad y de compasion.

CAPITULO XXVIII.

DE COMO QUEVEDO DIÓ UNA LECCION DE CORTESÍA, QUE NO PUDO APROVECHAR EL QUE LA RECIBIÓ.

Pues don Pedro de Castilla
tan valiente y tan severo,
¿qué hizo sino castigos,
y qué dió sino escarmientos?
Si á don Tello derribó,
fué porque se alzó don Tello;
y si mató á don Fadrique,
mucho le importó el hacerlo.
De su muerte y de otras muchas,
sabe las causas el Cielo;
que aun fuera mayor castigo,
si rompiera su silencio.

QUEV.—*Romance.*



CUANDO bajó la duquesa á la calle, donde la esperaba el coche,—el cual, sin duda por una precaucion prudente, no era propio, sino de alquiler,—encontró enfrente de la puerta un caballero muy bien portado y con aire medio maton, medio cortesano, que se paseaba por el terrero.

Al verle, se quedó un momento parada; y él, aprovechando este instante de indecision, se acercó á la portezuela, al mismo tiempo que ella, y la dió la mano para ayudarla á subir.

Nada habia de estraño en esta conducta, muy propia de aquella época, en que la galantería era una obligacion convencional entre caballeros, y una especie de culto estensivo á toda clase de damas,

aunque fuesen desconocidas. Mas no paró aquí la aventura; sino que el incógnito, con una audacia que degeneraba en grosería, no siendo efecto de intimidad, entró en el coche detrás de la duquesa, y tomó asiento á su lado.

—Señor Silva Coutiño, dijo la duquesa con dignidad al caballero. Me parece que no os he dado libertad para tanto.

—Yo me la tomo, señora, respondió el portugués.

La duquesa intentó saltar del carruage, que ya estaba en marcha; pero aunque mandó al cochero parar, ó no la oyó, ó no hizo caso de sus voces. El portugués corrió las cortinillas, —aun no eran conocidos los vidrios en los coches, —y dijo á la dama:

—No os impacienteis, señora: estamos solos, y nadie nos vé. Si os empeñais en salir, dareis mas escándalo.

—Pero, no veis que vuestra compañía me hace poco favor?

—Al contrario, señora: vais sola, y yo os sirvo de escudero.

—Abusais demasiado de mi confianza, y creo no haberos autorizado para nada de esto.

—Señora, dais á las cosas un significado violento: si soy vuestro confidente, ¿qué tiene de particular que me introduzca en vuestros secretos?

—Deberíais, por delicadeza, ateneros á los secretos que yo quiero confiaros.

—Y á los demás no? Pues ved, señora, que á mí me interesan mas estos otros.

—Esplicaos: ¿de qué secretos me hablais?

—Hablo ahora de vuestras salidas misteriosas, y de vuestras visitas á hombres solteros.

—Miserable!... Habeis olvidado quién soy?

—No por cierto: sé que sois la escelentísima señora duquesa de Osuna; persona á quien yo reverencio, y á quien amo con todo mi corazon.

—Sois un villano calumniador, infame.

—Si os incomodais así, no podremos hablar en razon.

—Yo no necesito hablar con vos.

—Sí, me necesitais, señora; porque yo soy vuestro confidente, y no renuncio á este precioso derecho: yo sé que vuestro esposo os

ha dejado en Madrid, para que le asegureis en el puesto importante que acaba de obtener, y para que le afirmeis en la amistad de los duques de Úceda y de Lerma : sé que temeis alguna traicion del marqués de Siete-Iglesias, y que este aproveche la menor queja ó cualquiera arrogancia de vuestro marido, para inutilizarle, haciéndole caer ruidosamente ; y que vos, por lo mismo, espiais la conducta del marqués, con el doble objeto de conocer sus intenciones y de arrojarle, si es posible, de su puesto. Con estos antecedentes, comprendereis que puedo apresurar la ruina de vuestro marido ; pero, como os quiero bien, no lo haré siempre que seais amable y condescendiente conmigo.

La duquesa guardó silencio. Coutiño prosiguió despues de una pausa.

— Por otra parte, señora, tengo vuestra vida en mis manos; porque el duque es arrebatado, violento, y debe de ser muy celoso de su honra; y si yo os acusase de infidelidad conyugal...

— Si lo hiciéseis, mentiríais villanamente, y el duque vendria espresamente de Sicilia para mataros. El duque conoce bien á su mujer.

— ¡ Ay, señora ! No sabeis lo que son celos. Si estuviéseis, como yo en este momento, sedienta de sangre enemiga, comprenderíais que un hombre no reflexiona en esos casos.

— Y de quién estais celoso ? Decid !

— Me lo preguntais ?

— Sí, porque lo ignoro.

— No tengo motivos para estarlo de ese hidalgo, á quien venís de visitar ?

— De Quevedo ? exclamó la duquesa riendo : ¡ Pobre infeliz, que no puede moverse de la cama !... Pero yo no debo daros satisfaccion ninguna de mi conducta. Si teneis un alma tan baja, que sois capaz de acusarme á mi esposo, hacedlo : no lo temo. Él sabe á que voy á casa de Quevedo, y nadie mas que él tiene derecho á saberlo.

El portugués se mordió los labios.

— Señora, dijo al cabo de un rato, los maridos siempre saben lo que quieren sus mujeres que sepan.

— El mio sabe siempre lo que hace la suya.

—Lo creo, repuso Coutiño encogiéndose de hombros: pero no es esto decir que yo abuse de vuestra posicion equívoca: solo os advierto que puedo perderos.

La duquesa meneó la cabeza en ademán de desprecio.

—Lo dudais? prosiguió diciendo el portugués.

—No lo dudo; porque de todo lo malo es capaz un hombre como vos; pero no me hacen mella vuestras amenazas.

—Pues bien, señora: tres dias os doy de plazo para decidiros: si al cumplirse no me habeis facilitado los medios de pasar una noche en vuestro aposento, preparaos á sufrir mi venganza.

La duquesa no respondió á una proposicion tan grosera.

—Sabed, continuó el villano, que don Rodrigo os aborrece de muerte; que está informado de todas vuestras intrigas; y que poseo su confianza lo bastante para convencerle y convencer al rey de la necesidad de prenderos. Ya sabeis que la reina no está libre de su poder: temblad vos.

El coche paró, en esto, en la puerta de Guadalajara. La duquesa se apresuró á bajar, y Coutiño la siguió. Cerca de allí estaba su casa: pocos momentos despues entró en ella, y como viese al portugués que obstinado la acompañaba, importunándola con preguntas á que no queria contestar, se volvió con energía, y le dijo:

—Retiraos, ó mandaré á mis criados que os echen á palos.

Coutiño bajó la cabeza, y repuso con sordo acento:

—De hoy en tres dias, vuestra resolucion ó mi venganza.

La duquesa no le hizo casó, y se metió dentro dejándole plantado.

Entre tanto, Quevedo, haciendo propósito de no tomar la pluma, hasta estar completamente restablecido, se despedia de las musas escribiendo un soneto, que le habia inspirado la duquesa.

Muy satisfecho de él, lo leyó para sí en alta voz, y así decia:

«Mandóme, ¡ay Cielo! que la amase Flora,
Y que no la quisiese; y mi cuidado,
Obediente, confuso y mancillado,
Sin desearla, su belleza adora.
Lo que el humano afecto siente y llora,
Goza el entendimiento, amartelado

Del espíritu eterno, encarcelado
En el claustro mortal que le atesora.
Amar es conocer virtud ardiente:
Querer es voluntad interesada,
Grosera y descortés caducamente.
El cuerpo es tierra, y lo será, y fué nada;
De Dios procede á eternidad la mente;
Eterno amante soy de eterna amada.

El espiritualismo mas romántico del siglo XIX no ha inventado nada mas puro y delicado que esta espresion de un amor que se refugia en el alma para ser imperecedero, y huye del afecto humano, que lo siente y llora. Esta espresion en boca de Quevedo, el hombre apasionado por excelencia, adquiere la sublimidad del sacrificio, el valor del heroismo.

Despues de tan tierno desahogo, nuestro poeta descendió de las regiones etéreas á la realidad de la vida: la naturaleza, haciendo su oficio, le recordó que era hombre, sujeto á las debilidades de su especie: sintió que el estómago le flaqueaba y llamó á Pablicos para que le diese algun alimento.

—En qué mundo vives, perillan? le dijo. No sabes que me muero de necesidad, ó sigues todavía conjurado con el doctor para matarme de hambre?

—Señor, contestó el criado: aun no hace dos horas que tomásteis el caldo.

—Caldo! Maldito caldo! Tráeme algo sólido: un poco de gallina... si hay gallina.

Pablos le trajo lo que pedia, y mientras lo devoraba con ese apetito ansioso de la convalecencia, dijo:

—Dónde escarbas, Pablicos? Si no estoy trascordado ha de hacer ya muchos dias que no tenemos dinero y nos mantenemos de fiado.

—No se debe nada, respondió el mozo.

—No? Esa es una santa palabra. Pero ¿cómo puede ser?

—Vah! Yo me injenio.

—Eso no es decir nada.

—Señor, yo tengo un cuño: no os cuideis de estas cosas. ¿Quereis dinero?

—Pardiez? eres el tunante mas afortunado que come pan. ¿Tú tienes dinero?

Pablos, por toda contestacion, metió la mano en su faltriquera y sacó dos monedas de oro.

—Pícaro! exclamó Quevedo. ¿A quién has robado? Ayer no tenias oro, ni calderilla. Quién te ha dado eso?

—Señor, yo no robo á nadie, ni Dios lo permita. Me lo han regalado.

—Quién? Dí la verdad.

—La verdad, señor: esa dama tapada que ha estado aquí...

—Tunante!... Y lo has tomado?

—Con mil amores. Pues no, que lo despreciaria: bueno está el tiempo para andarse con melindres!

—Vete, vete de mi presencia, si no quieres que te estrelle estos platos en la cabeza.

—No os enfadeis, señor: iré á devolvérselo.

—Cuánto te ha dado?

—Esto no mas.

—Mentira.

—Y lo que ya he pagado de nuestras deudas.

—Menos creo eso: tú no pagas nunca las deudas.

—Pues bien, aquí está todo: no se perderá una blanca.

Pablos era un buen muchacho: no tenia mas defectos que los de ser algo embustero, un tanto olvidadizo con los acreedores, y otro poco amigo de manejar solo la hacienda de su amo: por lo demás, este sabia que, aunque le gustase la sisa, por instinto de criado, no tenia nunca bolsa aparte en los casos de apuro.

Con el dinero de la duquesa, que no debió de ser poco, se fué manteniendo la casa muchos dias, y Quevedo recobró algunas fuerzas; pero su enfermedad aguda se habia resuelto en una fiebre lenta y estacionaria, que era la desesperacion del doctor: este se vió al fin obligado á declarar la impotencia del arte sin la ayuda de la naturaleza, y aconsejó á su enfermo salir de Madrid y marchar á un

pueblo, donde pudiese respirar aires mas puros y distraerse con las impresiones del campo.

Quevedo se decidió á tomar este consejo; pero no pudo resolverse á partir sin ver antes á la duquesa, de quien no habia vuelto á tener noticias despues de su visita: envió á Pablos con recado á saber si aquella señora podria recibirle; pero el criado volvió diciendo, que la duquesa estaba en Andalucía, en cierto lugar de su jurisdiccion.

Por el tiempo que hacia de su marcha, nuestro poeta calculó que habia partido al dia siguiente de cuando él la vió; y no teniendo ya nada que esperar, se fué á restablecerse al Fresno de Torote, donde vivian algunos parientes de su madre.

No tardó mucho en recobrar la salud, y con ella el vigor activo de su carácter: sobreponiéndose á su pasion, dió rienda suelta á su genio bullicioso; entreteníase en hacer rabiar á las viejas, que le hacian la cruz desde lejos, como si viesen al diablo; en dar chascos á los palurdos del lugar y en divertir á los muchachos, que corrian por las calles detrás de él pidiéndole romances: allí compuso la magnífica fantasía del infierno, con el título de las *Zahurdas de Pluton*, escribió diferentes poesías burlescas, y dedicó á un capellan el soneto famoso que empieza:

« Érase un hombre á una nariz pegado....

La gente de buen humor estaba tan contenta de su residencia en aquel pueblo, que no sabia pasar sin él, y se empeñaba con sus parientes para que no le dejasen volver en mucho tiempo á la corte. Pero no era posible que nuestro poeta se detuviese: necesitaba poner en órden sus negocios y realizar el poco peculio que le habian dejado sus padres y que andaba en manos de arrendadores: necesitaba tambien saber noticias de la duquesa.

La cuaresma de 1611 le cogió en Madrid: en aquel tiempo, dedicado á la penitencia, Quevedo encontró á casi todos los demás poetas, sus amigos y conocidos, que llenaban el mundo de su fama, entregados á ejercicios piadosos y afiliados los mas en la cofradía del Sacramento: este ejemplo hizo impresion en su ánimo, profundamente sério ya, no obstante la apariencia bullidora y

chancera con que lo revestía, y le convirtió en devoto.

El Jueves Santo, 21 de Marzo, hallábase nuestro poeta en la iglesia de San Martin, asistiendo á las tinieblas y orando con un recogimiento ejemplar: ningun objeto terreno distraia su mente, absorta en la contemplacion de la divinidad: habíase arrodillado junto á una pilastra para evitar las interrupciones de la gente que entraba y salia: no lejos de él, arrodillada en un reclinatorio, habia una dama de apariencia distinguida y bella compostura, la cual llevaba manto y tenia con él cubierta casi toda la cara.

En medio del solemne ejercicio, entró en la iglesia un caballero de arrogante apostura, faz morena y bigotes levantados, el cual ostentaba en el pecho la cruz de Calatrava; y llegándose con poca moderacion hasta donde estaba la dama, la examinó con ojos torvos y miró á Quevedo, que atento á su devocion en nada reparaba.

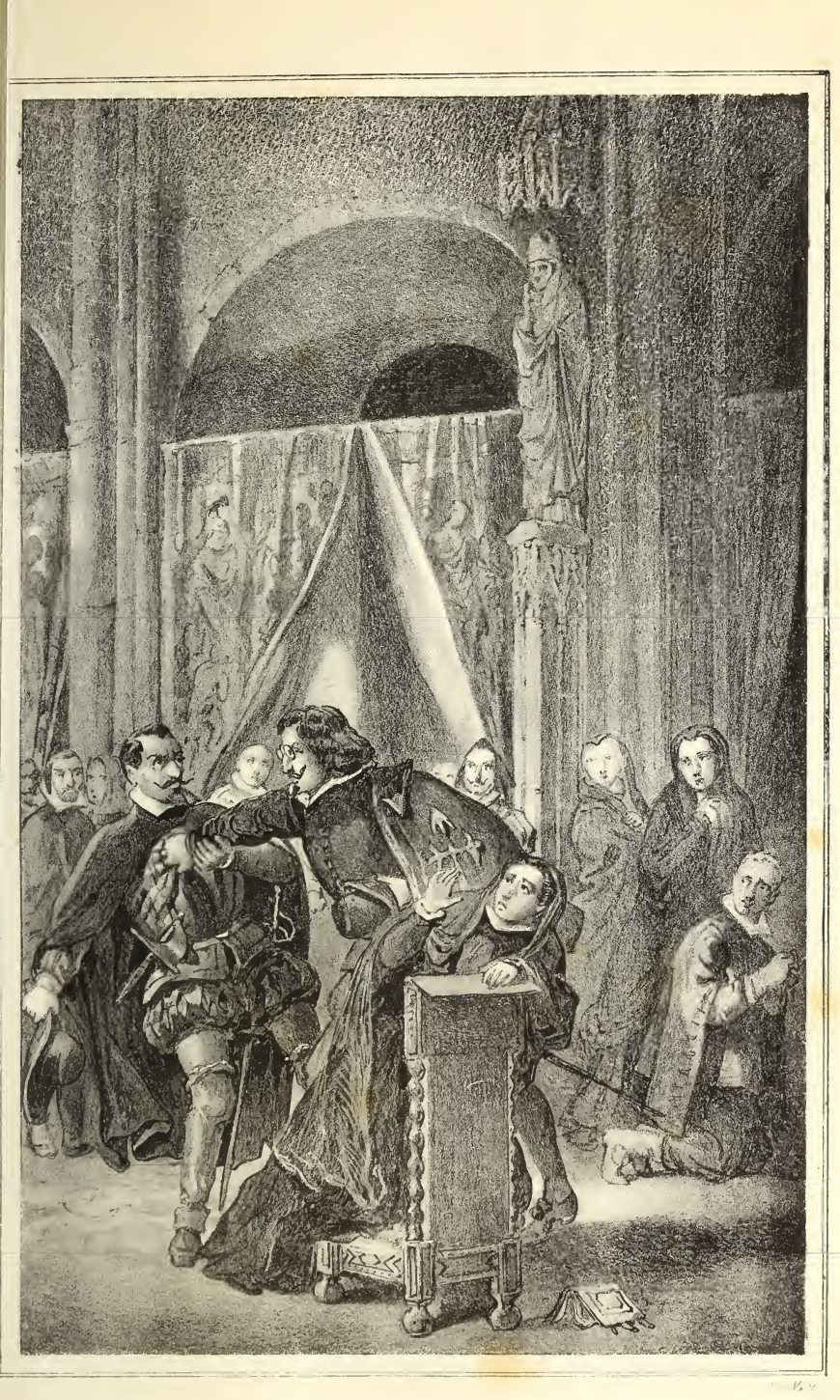
El caballero se arrodilló junto á la dama, y la dijo acaloradamente algunas palabras al oido, á las cuales contestó ella con moderacion; pero indicándole con el ademán la inconveniencia de venir á insultarla en aquel lugar; el caballero replicó mas atufado y hasta la cogió de un brazo para obligarla á salir de la iglesia: la dama se resistió, y entonces él, apartándola de un tiron el manto del rostro, la dió una bofetada.

La dama lanzó un grito; Quevedo se levantó, súbito como un rayo, y como viese al agresor en disposicion de seguir maltratando á su víctima, se arrojó impetuosamente sobre él.

—Alto allá, mal caballero! exclamó con voz sorda, pero enérgica, asiéndole fuertemente de la ropilla. Si no sabeis respetar á Dios, ni á una dama, yo os daré una leccion.

El insolente hizo un violento esfuerzo para desprenderse de la mano de Quevedo, que se quedó con un pedazo de la tela, y quiso revolverse contra la dama en su ciego furor: pero, aprovechando ella el desórden que naturalmente causó entre los devotos este incidente escandaloso, habia desaparecido.

—Fuera, fuera de aquí! dijo el poeta volviendo á coger de un brazo al mal caballero: venid donde yo pueda arrancaros del pecho esa cruz que deshonrais.



Alto allá, mal caballero! esclamó Quevedo, rechazando al agresor.

—Vamos, sí, murmuró el agresor : yo tambien necesito comerme vuestras entrañas.

—Enhora buena, seor Silva Coutiño. Fuera, fuera!

No hablaron mas : los dos salieron de la iglesia, y habiéndose retirado á un lugar solo detrás de ella, momentos despues cruzaban los aceros con ardor encarnizado. Silva Coutiño cayó al suelo, atravesado de una estocada, antes que nadie pudiese acudir á despartirlos, y no pudo decir :—Jesus me valga! Quevedo le arrancó la cruz del pecho y la pasó con su espada, dejándola ensartada en esta al envainarla : en seguida se retiró pausadamente, como si nada tuviese que temer.

Los alguaciles y vigilantes de la tranquilidad pública acudieron, y vieron pasar al poeta, sin sospechar siquiera lo que habia hecho : tanta era su serenidad.

Pero muchas personas le habian reconocido en la iglesia, y aunque disculpándole y justificando su conducta, le denunciaron : algunos amigos acudieron al punto á su casa, donde le hallaron tranquilo, y le ofrecieron cuantos medios necesitase para huir del rigor de la justicia. Quevedo se encogió de hombros diciendo :

—No puede haber justicia contra justicia : mil testigos han visto lo que ha pasado ; y aquí, en mi espada,—añadió mostrando la cruz de Calatrava,—está el mejor testimonio de mi desagravio.

Preguntáronle algunos si habia conocido á la dama, y no supo contestar.

En esto entró Pablicos muy azorado, y entregó á su amo una carta, diciéndole que la habian traido con mucha urgencia, y que acababan de entrar en la calle algunos agentes de justicia. Quevedo abrió la carta y leyó :

« Por lo que mas ameis en el mundo, venid inmediatamente. Os lo ruega—*Lisi.* »

A este tiempo llamaban los alguaciles á la puerta : nuestro héroe dió un salto, y dijo á Pablos :

—Serenidad, muchacho! Si son ellos, no he venido : estos amigos no saben nada, y me están aguardando.

Y se lanzó rápidamente á un desvan, desde el cual pasó al tejado. Andando por él á gatas y con todas las precauciones imagina-

bles para no ser visto ni sentido, recorrió varias casas de la calle, hasta dar con una claraboya, por la cual se introdujo, yendo á caer en un camaranchon oscuro: hizo bastante ruido para alarmar á la gente de la casa, y no tardó en oirse rumor de pasos y de voces en la escalera. Guiado por este rumor, Quevedo buscó á tiento la puerta, y se colocó de modo que, al abrirla, no pudiera ser visto, quedándose detrás de ella.

Pero fué inútil esta precaucion: los que llegaron se detuvieron sin entrar, asomando una luz y gritando:

—Quién anda aquí? Salid, ó tendreis que habéroslas con la justicia.

Quevedo miró por las rendijas y vió tres ó cuatro hombres de aspecto sospechoso, y una buena vieja, que los azuzaba para que entrasen: por las trazas de esta gente, conoció que eran rufianes y jugadores de oficio, y armándose de resolucion, salió al frente y dijo:

—Del arte somos todos, camaradas, y no hay que hablar de la justicia, que no está lejos.

—Es un corchete, dijo uno de los rufianes.

—Un soplon, añadió otro. Qué buscais aquí?

—Busco la del humo, compadres. No hay que meter bulla: echadme á la calle, que los garabatos andan buscando qué agarrar en la casa inmediata; y hoy por mí, mañana por tí.

—Dice bien el hombre, observó uno. Que se vaya.

—Yo conozco á este pájaro, dijo la vieja. Es el que ha puesto en coplas la pendencia de Gordolobon con Andresillo el Ganchoso.

—Pues entonces, repuso otro, bien venido sea su merced! Yo le protejo, y nadie me chiste.

Y miró de soslayo á sus compañeros, retorciéndose el bigote.

Bajo el amparo de este mozo, Quevedo bajó hasta la calle y puso piés en polvorosa.

La duquesa le aguardaba impaciente: al verla, el poeta reconoció el trage de la dama abofeteada, y exclamó:

—Señora! Erais vos?

—Sí, Quevedo: ¡qué vergüenza!

—Ya estais vengada.

—Lo sé. Pero es menester que hagais mas por mí.

—Mandad; soy vuestro esclavo.

—Ese hombre que habeis muerto era hijo de una buena familia portuguesa, que ha sabido darse asaz maña para adquirir grande influencia: él mismo, despues de haber corrido mundo como aventurero, medraba al abrigo del favorito del duque de Lerma. Es natural que os persigan para vengar esa muerte. Hasta ahora no creo que nadie sospeche quien es la dama de la bofetada; pero si caeis en poder de los tribunales, sereis perdido, y tal vez se atropellará mi honra. Es preciso, pues, que huyais: así dareis tiempo á que se calme el furor y haga lugar á la razon. No os detengais: partid á Sicilia.

—A Sicilia, señora! respondió el poeta con desaliento.

—Hacedlo por mí, dijo la duquesa en tono suplicante.

—Estoy pronto, señora.

—Gracias, Quevedo! Y.... por Dios os pido, que nadie, ni mi esposo, llegue á saber el baldon que un malvado ha impreso en mi rostro.

—Está enterrado aquí, repuso Quevedo poniéndose la mano sobre el corazon.

La duquesa lo tenia ya todo preparado para la fuga de su amigo: dióle una carta para el duque y un bolsillo de dinero para el viaje, y además un pliego abierto en el cual habia escrito:

« Diego Ortiz, mi criado, pasa á Sicilia á llevar cartas mias á mi « esposo, el escelentísimo señor Virey de aquella isla. Désele todo « el auxilio que necesite, y atiéndasele como á mi propia persona.— « *La duquesa de Osuna.* »

—Con esto, le dijo, basta para que os admitan y obsequien á bordo del primer buque que encontreis: tened cuidado con vuestro nombre: os llamais Diego Ortiz. De aquí á Valencia ireis en un coche mio.

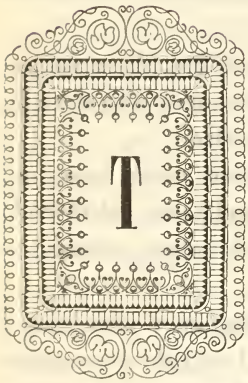
Quevedo espresó á la duquesa su gratitud por las finas atenciones que le dispensaba, y habiéndola besado la mano, se despidió.

Pocas horas despues caminaba rápidamente por el camino de Valencia.

CAPITULO XXIX.

GUERRA PALACIEGA.

Para entrar en Palacio, las afrentas,
¡Oh Licino, son grandes; y mayores
Las que dentro conservan los favores,
Y las dichas mentidas y violentas.
Los puestos en que juzgas que te aumentas,
Menos gustos producen que temores;
Y vendido al desdén de los señores,
Pocas horas de vida y de paz cuentas.
QUEV. —*Soneto, imitacion de Juvenal.*



TODOS los escritores contemporáneos y los biógrafos de Quevedo guardan el mas significativo silencio acerca de la persona abofeteada en S. Martin, la noche del 21 de Marzo: ni su nombre, ni el de su ofensor aparecen en ningun documento impreso. Quevedo mismo no menciona siquiera en ninguna de sus obras, ni aun embozadamente, un hecho tan ruidoso, y que sin duda fué el mas influyente de su vida en su futura suerte. La razon de este misterio se esplica en parte por la calidad y circunstancias de la persona ofendida. Pero hay otras causas ocultas, que motivaron aquel ultrage, y que pasamos á esplicar.

Despues de la espulsion de los moriscos, faltó pretexto para impedir la comunicacion de la reina con el rey: los dos esposos entraron en sus relaciones naturales, que ningun motivo de discordia doméstica habia interrumpido. La reina, respetando lo anterior-

mente dispuesto á nombre de su marido, no profirió la mas leve queja: al mes de restablecida su comunicacion con el rey, estaba embarazada.

Con este motivo, pudo hacerse exigente: su estado disculpaba sus antojos; y uno de estos fué el de alejar de su lado unas personas y llamar á otras.

Nunca se habia visto un embarazo mas antojadizo y caprichoso: doña Margarita abrazaba á sus damas, un dia, como si quisiese metérselas en el alma, y al siguiente se irritaba contra ellas, como si las odiase de muerte: al tercero las pedia perdon, disculpándose con sus antojos. Lo mismo lo pasaba con los objetos materiales: hoy se deleitaba mirando un vestido blanco, y mañana le parecia horrible y detestable aquel color: así era, que nadie se alarmaba por sus antipatías ni sus iras.

Sin embargo, habia en esto mas cálculo que antojo. Frecuentemente acontecía que, despues de arrojar de su presencia á todas sus damas sin escepcion, diciendo que viviria gustosa en un desierto, mandaba llamar á la duquesa de Osuna, para que la hiciese compañía, porque se fastidiaba de estar sola: otras veces hacia venir al licenciado Lopez Madera, de quien decia, que era uno de los pocos hombres de juicio, capaces de sostener una hora de conversacion sin incurrir en necedades; otras, en fin, se distraia hablando con el padre Aliaga ó con el prior de S. Gerónimo. Pero siempre á solas con cada uno, y sin que nadie supiese lo que con ellos trataba, escepto la duquesa, que solia tener el privilegio de asistir á las visitas de los otros.

Esta preferencia, no obstante los antojos de la reina, produjo enemistades á la duquesa, y exacerbó las antiguas: el marqués de Siete-Iglesias y su mujer pensaron, no sin fundamento, que se tramaba alguna intriga contra ellos: y con efecto, no era otro el motivo de ser la reina tan antojadiza.

Cuando la duquesa tuvo con Silva Coutiño la querella referida en otro lugar, el malvado portugués que habia revelado á la misma algunos secretos de don Rodrigo, pudo hacer ver á este que la reina y su amiga trabajaban para perderle. Pero prevenida la duquesa por sus insolentes amenazas, reveló á doña Margarita lo que le pasa-

ba, y esta tuvo el antojo de mover un alboroto y echarla de su cámara, mandándola además que se fuese á cincuenta leguas de Madrid.

La duquesa obedeció, sabiendo lo que la convenia; y la reina dió órden de prender secretamente aquella misma noche á Silva Coutiño y á Francisco Juara.

No pudo esto hacerse con tanto secreto, que no se enterase don Rodrigo á tiempo de impedirlo, disponiendo que sus dos amigos saliesen de Madrid y se retirasen á Portugal. Coutiño obedeció, y estuvo por allá dos meses: Juara, que no tenia parientes en aquel país, y que echaba menos el favor y la generosidad de su patrono, se volvió á la corte, despreciando el peligro que le amenazaba. El portugués creyó que bien podia tambien él aventurarse á volver, y así lo hizo.

En este tiempo tuvo la reina el antojo de necesitar á la duquesa, y la mandó llamar; pero reservadamente, y previniéndola que estuviese en Madrid oculta, donde iria á verla de su parte el licenciado Lopez Madera.—Silva Coutiño averiguó á poco su venida, y la comunicó á D. Rodrigo; el cual, reservando la especie, dió órden á su confidente,—acaso aconsejado por él,—de prender á la duquesa tan pronto como fuese posible; pero procurando hacerlo de modo que no se enterase su familia.

Era, pues, necesario atraer á un lazo á la duquesa: el portugués se valió de maña, enviando á buscarla en nombre de la reina; pero en su casa se la negaron. Entonces él se constituyó en espía permanente de aquella señora, y el Jueves Santo por la tarde la vió salir sola y tapada, y entrar en S. Martin: en seguida fué á proveerse de un coche, y volvió á la iglesia para asegurarse de que no se le habia escapado su presa, y para obligarla á seguirle, valiéndose de algun ardid.

Pero la presencia de Quevedo á dos pasos de aquella dama exasperó la cólera celosa del irascible portugués, y le privó de la serenidad necesaria para llevar á cabo su empresa con disimulo.

—Señora, la dijo: mientras estais aquí profanando el templo al lado de vuestro amante, yo velo por vuestra seguridad amenazada.

—No temo nada por mi seguridad, estando lejos de vos, le contestó ella. Dejadme en paz y retiraos.

—A pesar vuestro os salvaré del peligro en que os hallais, repuso el portugués. Si no venís conmigo, os prenderán al entrar en vuestra casa.

—Retiraos, y no me hableis en este lugar: no quiero vuestra proteccion, ni la necesito.

—Teneis bastante con la proteccion de vuestro poeta!... Venid, ó daré un escándalo.

—Temed á Dios, y no me insulteis: yo no tengo nada de comun con un malvado.

Entonces fué cuando el portugués la cogió del brazo, y cuando, resistiéndose ella, la dió la bofetada.

El lector sabe ya lo que de esto resultó.

Apenas supo la duquesa el término de su aventura con el desalmado Coutiño, conociendo que su residencia en Madrid no era ya un misterio, pasó aviso á Lopez Madera, y le refirió el caso, previniéndole que lo comunicase á la reina: el licenciado aprobó la fuga de Quevedo, y aconsejó usar de mucha cautela en este asunto, á fin de que nadie pudiera sospechar quien era la dama ofendida: mas aun, indicó á esta la conveniencia de permanecer oculta, hasta que la reina la llamase.

Doña Margarita oyó sin alterarse el relato de Lopez Madera, y cuando este hubo concluido, le dijo:

—Una falta grave ha cometido Quevedo: antes de matar al agresor sacrílego, debió haberle cortado la mano derecha y arrastrarle, como mandan las leyes; porque esa bofetada ha sido dada á mi persona, y en la iglesia, que es lugar sagrado.... Pero, díme, Lopez Madera, ¿no estaba ausente el portugués?

—Así lo creíamos, señora, respondió el licenciado: pero nos engañábamos.

—Es decir, que se burlan de mí? En ese caso, no estará lejos el hechicero, que tanto me interesa prender. Haz diligencias activas para descubrir su paradero. Teniendo á Juara, no será difícil coger todos los cabos de la maldad de D. Rodrigo, y por donde el uno se despeñe, caerán los dos.

—Tiene algo mas que mandarme V. M.? preguntó el licenciado.

— Sí; dile á la duquesa que se tranquilice: que su bofetada á mí me duele.

Lopez Madera se despidió de la reina, y fué á ver á la duquesa; despues de lo cual se ocupó activamente en descubrir el escondite de Francisco Juara: este hombre debia servir para justificar con su confesion multitud de cargos en que era cómplice de don Rodrigo, y de base para el proceso, cuyos materiales tenia ya reunidos el íntegro magistrado.

Pero no habia hombres de quienes valerse con seguridad en aquella época venal y corrompida: uno de los espías encargados de buscar á Juara dió aviso á don Rodrigo; y este decidió en su mente quitar de enmedio aquel estorbo de su tranquilidad.

Al efecto, buscó él mismo á Juara, y lo encerró en su propia casa: llamó luego á un tal Guzman, sargento mayor de la Guarda tudesca, y á solas con él, le dijo:

— Vais á partir escoltando á un pérfido hechicero, á quien S. M. persigue y desea castigar sin ruido. ¿Sereis capaz de ejecutar esta voluntad soberana?

El sargento mayor miró á don Rodrigo atentamente antes de responder:

— Yo sirvo á S. M., y mi oficio es el de matar; pero necesito que S. M. me diga: « ese es mi enemigo. » Entonces, ya sé yo lo que me toca hacer.

— En ese caso, contestó el valido, no teneis mas que obedecer; porque S. M. lo manda.

Guzman meneó la cabeza y repuso:

— Vueseñoría es mi capitan: póngase al frente de la guarda, y mándeme acometer al enemigo: no volveré atrás la cara, por mas que vea la muerte al ojo; porque entonces creeré que S. M. lo ordena.

— Es decir, que mi palabra no basta? replicó don Rodrigo con altivez.

— Para estas cosas, dijo Guzman sonriéndose, no bastan palabras: es menester algo mas.

Don Rodrigo arrugó el ceño: conoció tarde que habia ido dema-

siado lejos en sus primeras proposiciones; pero ya era imposible retroceder.

—Sepamos, si gustais, qué cosa es ese algo mas que se necesita? preguntó.

—Está claro, repuso Guzman: una órden escrita del rey, ó al menos en su real nombre; pero escrita y en buena forma.

—Está bien, dijo lacónicamente el valido: buscad otros dos hombres fieles, y venid á verme antes del amanecer.

Apenas salió el sargento mayor, don Rodrigo pasó revista á los nombres y antecedentes de sus guapos, y mandó llamar al capitan Varea.

—Ven acá, perillan, le dijo, encerrándose con él. ¿Sabes que puedo mandarte ahorcar y descuartizar el dia que me dé la gana?

—Oh! por supuesto, respondió el gefe de bravos sonriéndose y rascándose la punta de la nariz.

—Sabes que vives de milagro y solo por un esceso de mi bondad? continuó el valido.

—Por eso estoy tan agradecido á vueseñoría.

—Y sabes que tengo intenciones de enviarte al otro mundo?

—Qué hay que hacer por allá en servicio de vueseñoría? preguntó con sorna el valenton.

—No tienes miedo á la muerte? dijo el valido sonriéndose.

—Yo miedo! exclamó Varea remangándose los bigotes á dos manos, y mirando al rededor como una hiena hambrienta. —Yo miedo!... Quién ha dicho miedo!...

—Eh! repuso don Rodrigo: pocas bravatas, y al hecho. ¿Conoces á Francisco Juara?

El capitan se santiguó para contestar:

—Mas valdria conocer al demonio. ¿Teneis cuentas con él?

—Sí: vas á salir acompañándole á un viaje: contigo irá el sargento mayor Guzman, que lleva encargo de despenar á Juara: si él no lo hace, en habiendo ocasion y tiempo oportunos, despáchame á los dos.

Varea se puso serio.

—Señor marqués, repuso: el negocio es delicadillo: además

de que Guzman no se mama el dedo; si hago la fechoría con felicidad, aun queda el rabo por desollar.

— Pues déjalo, y te desollaré vivo.

— Qué es dejarlo? Yo no me paro en pelillos, señor marqués: todo puede ser que el verdugo me baile una zarabanda en los hombros. Pero el hombre prudente debe mirar primero la salida, antes de meterse en un berenjenal.

— Eso merece mi aprobacion. Qué necesitas?

— Poca cosa: un nombramiento de capitan efectivo de cualquiera de los tercios de mar, y un pasaporte para marchar á mi destino.

— Es decir, que abandonas mi servicio?

— Señor, despues de esa quisicosa, no creo que podais utilizar mi persona: ya veis que no pido gollerías, un medio para salvar el honor, condenándome á galeras.

— No está eso mal pensado.

— Ah!... Y como el nombre del capitan Varea será muy sonado, convendrá que el capitan de los tercios de mar se llame de otra manera.

— Convenido: apercíbete á partir esta madrugada.

Don Rodrigo pasó la noche arreglando los documentos de sus familiares: redactó una órden como dictada por el rey mismo, y sellada con el sello secreto de la cancillería, mandando al sargento mayor Guzman conducir á Francisco Juara en calidad de preso, camino de Portugal, y quitarle la vida en despoblado (*): estendió además para Varea el nombramiento de capitan de los tercios de mar, con destino á una de las escuadras que cursaban el Mediterráneo en persecucion de piratas, y el pasaporte, bajo el supuesto nombre de Andrés Inguanzo; y cuando todo lo tuvo dispuesto, sacó á Juara de su encierro y le dijo:

— Vuestras imprudencias me obligan á usar de rigor. Vais á partir para Portugal, y confio en que ahora no será como la otra vez: llevareis escolta, para que no os volvais, y quedareis por allá en completa seguridad. No intenteis oponer la menor resistencia; porque en tal caso os trataré con desusado rigor.

(*) Consta en el proceso que años adelante se siguió contra don Rodrigo Calderon, y Quevedo menciona estas circunstancias en sus *Anales de Quince dias*.

— No creo haberlo merecido, contestó el hechicero : si porque os he servido demasiado bien, me desterrais, ¿qué puedo esperar de vos? Mañana, si se os antoja, mandareis quitarme la vida.

— No : eso no lo mandaré, repuso el valido. — Y no mentia; puesto que ya lo habia mandado.

— Poco menos haceis, replicó Juara, enviando á un pobre viejo á pais estranjero : allí me moriré de hambre.

— No lo temais : ya he provisto lo necesario para que nada os falte.

— Qué?...

— Ya lo sabreis en llegando.

— Señor marqués, dijo el hechicero clavando en el valido su mirada de lince : muy atento y comedido estais con el demandadero del Diablo, como me llamábais otras veces. ¿Qué debo temer de vos? Quién va en mi compañia ?

— Nada temais : va gente honrada. Pero sed obediente y dócil; porque si no... Y sobre todo, un candado á los labios : ¿entendeis?

— Oh! Me tiene cuenta.

Una hora despues se presentaban en el gabinete de don Rodrigo el capitan Varea, y el sargento mayor.

En presencia de Juara les entregó aquel sus respectivos documentos, apretándoles la mano y diciéndoles.

— Ved si está eso en regla.

Los dos examinaron sus papeles á la luz de las bujías puestas sobre la mesa, y diciendo : « está conforme, » los doblaron y guardaron en sus bolsillos.

Don Rodrigo sacó de un cajon un talego de dinero , y lo entregó á Guzman, señalando á Juara y añadiendo :

— Ahí teneis para el viaje, y para que nada le falte á aquel hombre, que es el que debeis conducir : llevad cuidado, no sea que se vuele ; pues lo sabe hacer.

Con esto los despidió; pero no quedó tranquilo : cuando los oyó partir, se embozó en un ferreruelo de noche y salió detrás de ellos hasta el puente de Segovia : en aquel sitio permaneció un rato, viéndoles á la luz de la luna menguante desaparecer por el camino de Estremadura.

—Anda, corredor del Diablo, murmuró: vé á llevar á tu amo noticias mias, y pregúntale si tiene poder para librarte de mis uñas.

En seguida dió algunos pasos hácia Madrid, y volviendo á pararse, dijo entre dientes:

—Era preciso: ese maldito viejo me tenia preso entre las garras de Satanás, y sabia demasiado. ¿Qué seria de mí, si cayese en manos de la reina?—Lo hecho, bien hecho está: buen viaje, maese Juara!

Por la mañana, los espias de Lopez Madera descubrieron la casa donde habia vivido oculto el hechicero; en ella no encontraron los alguaciles mas que á una criada vieja, la cual, creyendo hacer favor á su amo, dijo que este se hospedaba en el palacio del marqués de Siete-Iglesias. El licenciado conoció que le habian burlado segunda vez, y pidió permiso á la reina para proceder en este asunto sin reserva, conforme á los trámites ordinarios de justicia. La reina se lo concedió, y el marqués fué intimado á entregar á los tribunales la persona de Francisco Juara, hechicero reconocido por la voz pública, y encubridor y agente de malhechores.

Don Rodrigo franqueó su casa á la justicia, para que viese que aquel hombre no estaba en ella, y juró que no tenia relaciones ningunas con él.

Entre tanto, los parientes de Silva Coutiño no dejaban de la mano la causa que se habia entablado á peticion suya contra Quevedo, á quien buscaban por todas partes alguaciles y cuadrilleros. Pablicos fué preso, para que dijese donde se escondia su amo; pero como nada sabia, no pudo declarar mas, sino que aquel se habia escapado por los tejados, y al cabo de algun tiempo recobró la libertad; pero no el fondo económico de la casa, que se estravió entre los papeles de la escribanía, y no hubo medios de recobrarlo.

El pobre mozo se encontró en la calle, sin proteccion de nadie y sin pan que llevar á la boca; por lo cual se vió precisado á buscar acomodo, y tuvo la buena suerte de entrar á servir en clase de page á un canónigo, que acababa de obtener esta dignidad por oposicion en la catedral de Toledo. Este canónigo se llamaba don Juan Adan de la Parra. De suponer es que Pablos seria muy bien trata-

do en casa del que habia ocupado un puesto semejante al suyo en la del tutor de Quevedo, y que con este habia compartido las bizarrías de la juventud.

Por otra parte, los escribanos de la causa y el procurador de los Silvas Coutiño no se descuidaron en ocupar los bienes del poeta contumaz y ausente, sin duda para que respondiesen por su dueño, no pudiendo este ser habido: desatinábanse además, con el juez, para indagar quien era la dama, ocasion de la riña y de la muerte del portugués; pero en este punto no podian pasar de conjeturas.

En tal estado, se abocó Lopez Madera con el fiscal de la causa, pariente del muerto, y con los demás que pedian venganza, como parte, y les dijo:

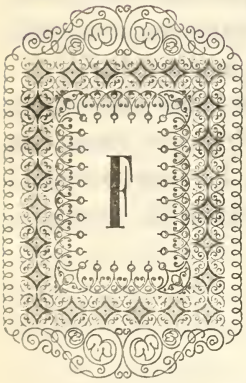
— La reina me manda manifestaros que don Francisco de Quevedo mató á vuestro pariente en desagravio suyo y de Dios; y que persiguiendo á su campeon, la ofendeis mas aun que la ofendió el difunto.

No fué menester mas para que cesasen los procedimientos, arreglándose por composicion. Pero no hubo, por entonces, compostura con el escribano para que soltase los bienes de Quevedo.

Al mismo tiempo llegó á Madrid la noticia de haber sido encontrado en el camino de Portugal el cadáver de Francisco Juara, con señales evidentes de haber muerto asesinado. La reina mandó á Gregorio Lopez Madera proceder sin levantar mano á la averiguacion y castigo de este delito.

CAPITULO XXX.

DE COMO LA REINA SE DURMIÓ, Y EL PUEBLO DIJO QUE LA HABIAN HECHO DORMIR.



IRME la reina en su propósito de castigar á don Rodrigo, no disimulaba ya su enojo: terminantemente separó de su cámara y servicio á doña Inés de Vargas, y á las demás personas adictas al favorito, llegando hasta el estremo de tener un altercado con la duquesa de Lerma, que le aconsejaba la moderacion y el disimulo.

—No quiero á esa gente, dijo: no quiero consentir mas espías á mi lado: quiero personas de mi confianza. Por ventura, aquí, donde todos tienen libertad y mando, ¿seré yo sola esclava?

La duquesa, con suma prudencia, procuró hacer pasar esta determinacion de la reina por uno de sus muchos antojos: pero no habia medio de ilusionar á nadie, y la corte entera se conmovió con esta novedad, que presagiaba tempestades.

La reina, desentendiéndose de toda consideracion, formó un consejo particular, compuesto de hombres sabios y rectos, que se

reunian en su cámara frecuentemente á manera de tertulia: entre ellos estaba el confesor del rey, á quien no se le podian atribuir aquellas dotes; pero que se hallaba en posicion de influir mucho, y que arrastrado por su ambicion, deseaba poner mano en todos los negocios, y sabia muy bien manejarse para adquirir crédito de hombre de Estado.

En estas reuniones se trataba de los asuntos mas importantes para la buena gobernacion del reino, y de los medios necesarios para la reformacion de tantos abusos como deploraba el pueblo español: tratábase así mismo de la orgullosa elevacion de don Rodrigo, de sus escesos lamentables, y de la necesidad de reprimirlos, haciendo un escarmiento ejemplar.—En una de ellas se decidió que el confesor por un lado y la reina por otro levantasen de su postracion el ánimo del rey, decidiéndole á despedir al duque de Lerma, si este se obstinaba en conservar á su favorito; mientras el licenciado Gregorio Lopez, como alcalde de corte, proseguia la causa y averiguacion empezada contra los asesinos de Francisco Juara.

La actividad del alcalde habia sido tanta, y tan atinado su celo, que ya tenia presos á los dos compañeros del sargento mayor Guzman; no habiendo podido haber á este ni al capitan Varea, porque ambos se habian puesto en salvo en tiempo oportuno. Por las declaraciones secretas de aquellos constaba ya la culpabilidad del marqués, y solo se esperaba derribarle de su altura por mandato del rey, para desembozar y hacer caer sobre él de un golpe todo el peso de sus delitos y desmanes.

La situacion de don Rodrigo era desesperada; porque asediado el espíritu débil de don Felipe entre las sugestiones del confesor, que atacaban á su conciencia, y las quejas de la reina, cuyo estado no admitia contradiccion, parecia ser imposible la resistencia: y con efecto, no hubo por parte del rey fuerza de voluntad para negarse á lo que solicitaban las dos personas mas allegadas á su alma y á su corazon.

Los dramas de los palacios, como los del teatro, se ejecutan, por lo comun, de noche: decidido el rey á desembarazarse del demasiado prepotente favorito, é informado de todos los delitos que le acusaban, á la hora de acostarse mandó al duque de Lerma quedarse

solo con él, y permaneciendo en pié para armarse de valor y dignidad, le dijo:

—Son ya muy repetidas, duque, las quejas que llegan hasta nos contra nuestro capitan de la Guarda tudesca, marqués de Siete-Iglesias, y hemos decidido, despues de maduras meditaciones y consultando á nuestra conciencia, desposeerle de los cargos y honores que disfruta en nuestro servicio. Tal es nuestra voluntad, y os mandamos que la ejecuteis inmediatamente.

Nunca habia oido el duque al rey hablarle de esta manera; y tal impresion causaron en su ánimo estas palabras, que permaneció algunos momentos sin poder contestar. Por último, apelando á un sentimiento, que rara vez solia encontrar embotado, se postró á los piés del monarca, diciendo:

—Señor; desde que V. M. nació, nadie puede gloriarse de haberle amado y servido con mejor voluntad que este humilde vasallo.....

—No prosigais, repuso el rey: ya sé á donde vais á parar: esa es la cancion de siempre.

—Señor, continuó el duque sin desanimarse: muy poderosa es la calumnia, cuando vence á una magestad tan grande como la vuestra.

—No quiero oir nada mas, replicó el rey: no cabe la calumnia en los labios que llegan hasta mis oidos.

Y así diciendo, volvió la espalda al duque y entró en su retrete.

—Señor!... Señor!.... repitió el privado, siguiéndole hasta la puerta.

Pero el rey no le contestó: estaba agitado y temblando en los brazos de su esposa, que le colmaba de caricias, y estrechaba la mano del confesor, que reprimia la respiracion por temor de que le sintiese el duque, á quien debia todo lo que era.

Este salió del régio aposento murmurando:

—Soy perdido!

Al presentarse en las antecámaras, la contraccion de su semblante heló la sonrisa fria de los cortesanos, que esperaban de la conferencia solitaria del rey con el privado nuevos aumentos de gracia: ninguno se atrevió á dirigirle la palabra: todos presintieron su cai-

da, y empezaron á conjeturar cual seria el nuevo sol, á cuyos rayos deberian calentarse en lo sucesivo.

El duque buscó á su hijo mayor entre los gentiles-hombres, y habiéndole llamado aparte con una seña rápida, le preguntó por su amigo el capitan de la Guarda tudesca.

—Poco rato hace llegó aquí preguntando por vos con mucha urgencia, le respondió el de Úceda. Paréceme que tenemos grandes novedades de Francia.

—Esto nos faltaba! murmuró el privado. Son ya los franceses dueños de Milan?

—No lo creo, señor: al contrario, parece que todos los preparativos del duque de Saboya, para proclamarse libertador y soberano de Italia han venido á tierra cortados por un cuchillo.

—No te entiendo: ¿han asesinado á Cárlos Manuel?

—No: el duque vive; pero su aliado Enrique IV parece que ha muerto de una puñalada. El marqués ha recibido el parte, y lo sabrá todo.

El duque de Lerma corrió presuroso á su palacio, donde creia encontrar al marqués; pero no fué así: á los pocos momentos, y mientras se ocupaba en dar órdenes para que saliesen á buscar á su favorito, entró don García de Pareja, y le anunció que el alcalde de corte Gregorio Lopez preguntaba por él.

—Qué quiere de mí ese hombre? dijo esforzándose para disimular su ansiedad y temor. Decidle que no he vuelto de Palacio.

Don García dió este recado al alcalde, que salió sin creerlo y de mala gana.

Entre tanto, el duque se embozó en un ferreruelo de noche, y tomando un par de pistolas se las colgó al cinto: al volver don García, le dijo:

—Podré dormir esta noche en vuestra casa?

—Eso y cuanto querais, señor, le contestó don García mirándole con asombro.

—Pues bien; armaos, y vamos.

El duque salió de su palacio por un postigo trasero, acompañado de don García, y evitó que le viesen sus demás servidores: figurábase que el rey habia mandado prenderle.

Al llegar á la casa de su amigo, se desahogó con él, revelándole los temores que le inquietaban. Don Garcia procuró alentarle, asegurándole que todo le iria bien con solo decidirse á sacrificar á don Rodrigo; é insistió tanto sobre este punto, que el duque no pudo menos de romper su reserva, diciendo:

— Creeis que no deseo sacrificarle mas que su mayor enemigo? Pues os engañais: pero no puedo, no me atrevo á romper el lazo que nos une. Don Rodrigo ha sabido hacerme cómplice de sus picardías ó mejor dicho, me ha comprometido de suerte, que yo soy responsable de muchos de sus actos, por haberlos consentido. Ese hombre es la yedra traidora que se abraza al árbol y forma un todo con él: yo no puedo separarle de mí, sin que se me lleve á pedazos la vida y la honra.

Don García gozaba de un placer inefable, oyendo hablar así á su patrono: entreveía el modo de hacerse dueño absoluto de su favor.

—Señor, le dijo: á grandes males, grandes remedios: no será imposible destruir á don Rodrigo, quedando ileso vuecelencia.

—Cómo?

—No era menos grande que él Enrique IV de Francia, y todo su poder lo ha deshecho en un momento el puñal de un fanático.

—Callad!... Callad!... exclamó el duque temblando. No sé donde estoy: decidme cuál es mi dormitorio: me siento malo.

Don García le condujo á su propia cama, en la cual se echó vestido el duque. Pero no pudo cerrar los ojos: Su imaginacion saltaba en su cabeza como un cuerpo elástico rechazado incesantemente de unos en otros objetos, y mantenia todo su organismo en un estado de excitacion febril: parecíale estar viendo á ratos los instrumentos de la tortura aplicados á sus miembros; puñales suspendidos sobre su pecho; frailes con bandas y sombreros de grandes de España, que le acechaban para matarle, y otras veces le conducian en procesion al patíbulo: representábase á sí mismo despojado de todos sus bienes y grandezas, á sus hijos pobres y despreciados. Un momento se imaginó que don Rodrigo le echaba un dogal al cuello, y que don García le daba de puñaladas. Entonces lanzó un grito, afianzó las pistolas y saltó de la cama.

Don García, que velaba fuera, entró, y su presencia hizo que el

duque ocultase las pistolas, serenando lo posible sus ojos desencajados.

—Qué teneis, señor? le preguntó.

—No sé lo que tengo, respondió el duque. No puedo dormir en esta cama.

—Os pondré otra: voy al punto.

—No, no: me marcho.

El duque tomó su ferreruelo y su sombrero, y salió: Don García no pudo detenerle, ni recabar de él que le permitiese acompañarle; pero le siguió, y vió que, despues de recorrer muchas calles, sin rumbo cierto, fué á llamar en casa de su hijo el de Úceda.

Mientras el duque andaba de esta suerte, huyendo de su propia sombra, don Rodrigo, que no estaba en Palacio tan desamparado como se creia, era ya sabedor de lo que pasaba; y á la manera del tigre, á quien acosan los cazadores, aprestaba todas las fuerzas de su inteligencia y su astucia, para salir vencedor en esta lucha terrible.

Al anochecer habia sido visitada su casa por Gregorio Lopez con el objeto de registrar algunos papeles relativos al estado de las rentas de la corona, empeñados á la sazon en ocho millones y medio de ducados, y con el de sorprender, si era posible, algunos otros que pusiesen de manifiesto la venalidad del favorito: pero este se habia negado á consentir aquel exámen, diciendo, que le tenian muy ocupado aquella noche los asuntos del servicio, y que además no debia él dar cuentas de nada á nadie mas que á S. M. —Insistió el alcalde, y don Rodrigo le declaró resueltamente que haria rechazar á sus agentes con la fuerza.

Gregorio Lopez no quiso dar el escándalo de que los ministros de justicia entrasen en lucha material con los bravos del valido, y determinó ganar una órden del duque de Lerma para hacer que su favorito obedeciese; no era otro el motivo de su visita nocturna, que tanto temor infundó al duque.

Llegó en aquellos momentos el correo de Francia con un pliego urgente de nuestro embajador en aquella corte don Íñigo de Cárdenas: el correo anunció verbalmente la nueva de la muerte de Enrique IV, y don Rodrigo voló á Palacio á comunicarla al duque: allí

supo que este se hallaba encerrado con el rey, y tambien el motivo de aquella conferencia secreta. Sin hacer mas caso de su patrono, se volvió á su casa, dió órden de cerrar las puertas, y á los bravos de mantenerse en vela y armados hasta los dientes, para rechazar cualquiera fuerza exterior, que intentase entrar, aunque viniese de órden del rey: se encerró en su gabinete; puso dos pares de pistolas sobre la mesa, y abrió el pliego urgente venido de Francia.

Por él supo que el regicidio cometido por Ravaillac lo atribuia el vulgo á instigaciones secretas de la corte de España, y que estas hablillas no eran estrañas á la malevolencia con que miraba nuestras cosas el ministro Sully: el embajador se lamentaba de que el espíritu hostil de aquel funcionario pudiese mancillar tal vez la reputacion de virtuoso que gozaba Felipe III, dando á entender que al celo católico de este monarca y al temor que debian inspirarle los aprestos bélicos del francés contra la casa de Austria, en Flandes y en Italia, se achacaba sin embozo alguno aquel crímen; y pedia que sin pérdida de un momento se excogitasen los mejores medios para desvanecer la calumnia y aprovechar las circunstancias, y que se le diesen mas ámplios poderes para negociar segun la urgencia y el color de los acontecimientos.

Don Rodrigo leyó este despacho, y murmuró sonriéndose:

—Trabajad para anonadarme, tutores é hijós de la casa de Austria: yo en tanto me ocupo en volver por vuestra honra y en sostener vuestra grandeza.

Y volviendo á repasar el despacho, dijo:

—Muy aturrullado andaba el señor don Íñigo cuando escribió esto: ni una idea le ha ocurrido; ni una sola. Veamos si yo, el ministro perseguido, tengo mas serenidad para pensar.

Dicho esto, cerró los ojos, dejó caer la cabeza entre las manos, apoyadas estas en el bufete, y se quedó inmóvil como si durmiese. Al cabo de un rato se enderezó con bríos, tomó la pluma y comenzó á escribir un plan completo de negociacion con Francia, que debia abrazar todos los estremos mas importantes de la política exterior.

Trabajando en este importante negocio le amaneció; y aun no lo habia concluido, cuando percibió un rumor de alarma entre sus

servidores, y oyó que daban fuertes golpes á la puerta de su casa: entonces soltó la pluma, y amartillando dos pistolas, se levantó y dijo:

—Mal chasco se llevan, si vienen á prenderme: quiero morir matando, y que le pese al rey.

Tomada esta resolucion, salió á una pieza inmediata y miró por una ventana á la calle, donde vió parado un coche, y por la librea de los lacayos que llamaban á la puerta reconoció que unos y otros pertenecian al duque de Lerma: entonces se dirigió á la escalera y gritó á sus criados:

—Abrid!

El duque y su hijo entraron á poco en el despacho.

—Tan temprano levantado? dijo el duque de Úceda. Qué novedad es esta?

—No es nuevo que don Rodrigo Calderon haga de la noche dia, cuando lo exige el servicio de S. M., contestó el marqués.

—Ah! repuso el de Lerma con voz desfallecida, mirando á las luces que aun ardian sobre el bufete. ¿No habeis dormido esta noche? Yo tampoco.

Y se dejó caer en el sillon, que poco antes ocupaba don Rodrigo, echando una ojeada á los papeles.

—Tambien vuestra escelencia ha tenido ocupaciones? le dijo el favorito.

—Sí, he tenido que pensar cómo haria para libraros de la cólera del rey.

—En mala ocasion se enfada S. M. conmigo: son ingratos los reyes.—Y qué habeis pensado acerca de mí?..

—He pensado que os conviene, y nos conviene á todos, alejaros de la corte y de España: podeis ir á Francia ó Inglaterra, donde hallareis seguridad y proteccion.

Don Rodrigo meneó la cabeza sonriéndose, y repuso:

—No puede ser ahora: me necesita S. M.—¿Quién acabaria eso? añadió señalando á los papeles.

—Qué es esto? preguntó el privado.

—Esto es la clave de la grandeza española, replicó don Rodrigo, recogiendo todos sus borradores y levantándolos sobre una de las

bugías.—Si el rey quiere perderme, podeis decirle que le ofrezco mi cabeza con mi destino; pero añadid que, mientras mis enemigos intrigan para derribarme, yo paso las noches en vela, afanándome por dar esplendor á su corona: decidle que habeis visto en mi mano el desagravio de su honra, la paz y el engrandecimiento de sus dominios, la reparacion de ofensas cometidas por vasallos rebeldes, que aun pueden desmembrar la monarquía; y que, como todo esto es mio, porque yo lo he creado, puesto que se le desprecia, lo quemo, y venga despues quien sepa restaurar sus cenizas.

Diciendo así aplicó la llama á los papeles; pero el duque le apartó la mano exclamando:

—Qué haceis? Deteneos! Esplicadme lo que todo eso significa.

Don Rodrigo leyó el despacho del embajador español en Paris, y luego dijo:

—Señor: el rey Enrique ya no existe: esta es una desgracia muy feliz para España. Pero vive Sully, que era el alma de aquel gran príncipe, y el único francés capaz de llevar á cabo sus planes contra España: digo el único, porque los demás ministros no tienen su energía, y los personajes de representacion y valor, que pudieran ejecutar, y en todo caso habrian sido los brazos de Enrique para llevar á cabo sus empresas, fácilmente se adherirán á nuestra política: los príncipes de la sangre, Bouillon y Condé nos están reconocidos á recientes favores: el gran canciller será nuestro representante si sabemos manejarle, y allí estan además el duque de Epernon y el aventurero Concini, con su mujer, favoritos inseparables de la reina regente, que apoyarán todas nuestras pretensiones, como lo han hecho otras veces. El único estorbo que podemos encontrar es el inflexible Sully: ahora bien, yo tengo aquí el rayo que ha de herirle y nadie me negará que esto solo equivale á tres campañas de victorias.

—Es cierto, dijo el de Lerma. Pero de qué modo?...

—El modo es mi secreto, por ahora.—Conviene á los intereses del rey, no menos que á su política, vivir en paz con Francia, y dominar en sus consejos por medio de la amistad. Debe proponerse inmediatamente el doble enlace de nuestra infanta Doña Ana con el

Delfin, y de nuestro príncipe don Felipe con la infanta Isabel de Borbon. Sobre este punto hay que insistir hasta que se consigan los dos matrimonios. Yo tengo ya el hombre que ha de hacer la proposicion y los que han de negociar la doble alianza.

—Quiénes son? preguntó el de Úceda.

—Tambien ese es mi secreto, repuso don Rodrigo.—Es menester conservar á nuestra devocion á de Epernon, Condé y demás potentados; y conozco los medios de conseguirlo. Hecho esto, y si se quiere simultáneamente, hay que dejar al duque de Saboya en el mas completo aislamiento, de suerte que, abandonado de sus aliados, se vea en la dura necesidad de pedir perdon al rey nuestro señor por su reciente rebeldía. Esto será muy fácil.

—Cómo? preguntó el de Lerma.

—Yo sé como.—En Alemania se disputan seis pretendientes el condado de Cleves: la política francesa ha embrollado este negocio que puede con el tiempo traer complicaciones perjudiciales á España. Esto debe arreglarse á nuestro gusto, si no hemos de perder allí nuestra influencia. El conde Palatino es el hombre que nos conviene, y en cuanto á los medios de ponerle en posesion de aquel estado tengo un plan vasto, que no es fácil detallar en este momento. En una palabra, la ocasion se nos presenta de dominar sin rivales, ó al menos sin competidores temibles en toda Europa; de imponer nuestra política en todas partes, y de confundir á nuestros enemigos y detractores. En la mano tengo los ingredientes que han de entrar en esta droga: el modo de hacerla está en mi cabeza: decid, pues, al rey que mande cortarla.

—Dadme acá esos papeles, dijo el duque de Lerma: voy á presentarlos ahora mismo á S. M.

—Permitidme antes coordinarlos y darles la última mano, respondió el marqués.

—Como gusteis: pero no me hagais esperar. En mi casa os aguardo.

Dicho esto el duque de Lerma abrazó á su favorito, y se despidió de él: al salir, murmuró al oido de su hijo:

—Se ha salvado, y nos salva á todos. ¿Quién derriba á ese hombre? Fuera esto dejar huérfana á la monarquía.

Entre tanto, don Rodrigo volvia con ahinco á su trabajo, completando su pensamiento y descartando con cuidado todas las notas y apuntaciones que podian servir de llave maestra para la ejecucion del plan, y en cuyo secreto estribaba su seguridad.

Hecho esto, fué á buscar al duque y le entregó los papeles: en seguida marchó con él á Palacio á desempeñar sus funciones, como si nada hubiera pasado. La voz de su desgracia habia corrido ya entre los cortesanos; quienes al verle, se sorprendian llenos de asombro.

El duque pasó á ver al rey, el cual le preguntó en cuanto le vió entrar:

—Habeis despachado ya á ese hombre?

—Señor, respondió el privado; no he tenido valor para hacerlo, por no ofender á V. M.

—Cómo es eso?

—Ah! Señor, hasta esta mañana no he podido verle, y le he encontrado en su despacho, donde ha pasado toda la noche trabajando en pró de V. M. y de la monarquía. Este es el fruto de sus afanes, añadió el duque presentando los papeles.

Y acto contínuo anunció al rey la muerte de Enrique IV, y le esplicó los planes concebidos en su consecuencia por don Rodrigo, para sacar gran partido del cambio de circunstancias.

—Señor, concluyó diciendo: ya sabe V. M. en qué se ocupa el marqués: si á pesar de ello quiere V. M. que se le abandone á la saña de sus enemigos, se hará; pero en ese caso, todo esto será perdido.

El rey se quedó cortado: por no contradecirse, respondió:

—Suspendo por ahora mi resolucion, y si el marqués ejecuta con felicidad lo que promete, veremos si merece mi perdon.

El marqués fué recibido aquel mismo dia por el rey en audiencia secreta, y salió de ella tan altivo, que toda la corte creyó de su deber darle el parabien, y tuvo por cierto que el favorito del duque alcanzaba mas grados de favor que su patrono.

La indignacion de la reina rayó en despecho al saber el triunfo de su enemigo, y la condujo al estremo de proferir palabras malsonantes.

—Que sea tal mi desgracia, dijo, que me haya de vencer un asesino! ¿Nada puede la justicia en España, pidiéndola una reina? Esto no puede ser: ó él, ó yo hemos de sucumbir en esta lucha.

El padre Aliaga, oidos los descargos de conciencia del rey, abandonó con maña la causa de la reina y se adhirió embozadamente á la del marqués; pero los otrós amigos de doña Margarita permanecieron fieles, y en particular el alcalde Gregorio Lopez siguió sus procedimientos, sin que fuese parte á detenerle ninguna consideracion humana.

El marqués llegó á decir á sus solas:

—Que no tuviese yo ahora á Francisco Juara!

En esto, sobrevino el parto de la reina, que dió á luz un infante con toda felicidad; este acontecimiento hizo olvidar por unos dias todos los negocios: don Rodrigo pudo respirar, aunque preveía que, restablecida la enferma, continuaría su guerra contra él con mas ardor. Sin embargo, veíasele todos los dias entrar en la antecámara de la reina, hablar con sus médicos é informarse del estado de su salud.

Esta no ofrecia el menor cuidado, al parecer; las personas que entraban en el régio dormitorio estaban muy satisfechas: durante tres dias consecutivos se habian puesto á la enferma unos pegadillos en los pechos, para facilitar la retirada de la leche: al mudárselos el tercer dia, tomó un caldo, y á poco se quedó dormida. Seis horas pasaron, sin que despertase, y este sueño tan largo y profundo puso en cuidado á las duquesas de Lerma, Úceda y Osuna, que sucesivamente se acercaron de puntillas á la cama; pero no observaron novedad ninguna alarmante.

Sin embargo, las horas transcurrian, y la reina no despertaba: fué menester consultar á los médicos, quienes al cabo de mucho esperar, se decidieron á despertarla. Ya era tarde: la reina entreabrió los ojos, y con voz desfallecida, pidió los Sacramentos: debajo de la cama habia un charco de sangre. Acudióse á un tiempo con los auxilios espirituales y los remedios físicos para atajar aquel espantoso flujo; pero no fué posible conseguirlo.

Momentos despues, doña Margarita de Austria dormia el sueño eterno.

Imposible fuera describir el estupor con que la noticia de su muerte fué recibida en la corte y en el pueblo de Madrid: nadie osaba dar crédito á sus propios oidos: llorábanla los pobres como á una madre: los hombres modestos y virtuosos suspiraban diciendo:

—Hemos perdido la esperanza en el remedio de nuestros males.

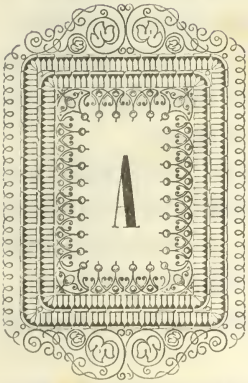
Pasado el asombro de la sorpresa, la voz pública lanzó un grito sordo de acusacion: en todas partes se decian las gentes al oido, que la vida de la reina habia sido abreviada. Nadie osaba pronunciar el nombre del abreviador; pero no era tampoco necesario: una mirada, un ademan eran bastantes para hacerse comprender.

CAPITULO XXXI.

DE LO QUE HIZO EL ALCALDE GREGORIO LOPEZ MADERA, Y DE LO QUE HICIERON CON ÉL.

Arroja las balanzas, sacra Astrea,
Pues que tienen tu mano embarazada,
Y si se mueven, tiemblan de tu espada,
Que el peso y la igualdad no las menea.
No estás justificada, sino fea;
Y en vez de estar igual, estás armada:
Feroz te vé la gente, no ajustada;
Quieres que el tribunal batalla sea.

QUEV.—*Soneto á la Justicia.*



AUN estaban calientes las cenizas de doña Margarita de Austria y duraba el sentimiento por la temprana muerte de tan esclarecida señora, cuando se comenzó á notar que don Rodrigo Calderon desataba con nuevos bríos su mal contenida soberbia: mientras se celebraban los funerales régios, él no dejó de ocuparse en la ejecucion de sus planes políticos, desdeñando ya todo temor y recelo en cuanto á procedimientos contra su persona.

Su talento para la intriga y su práctica en los negocios le allanaban las dificultades; y á esto se debió que, en el intérvalo puramente necesario para dirigir sus instrucciones al embajador de España en Paris, y para que de este punto partiesen órdenes á las fronteras de Francia, se operase como por via de mágia un cambio radical en la política de esta nacion. En el primer consejo de Estado que

se celebró ante la reina regente Maria de Médicis, el ministro Sully propuso llevar á cabo los proyectos guerreros del difunto Enrique IV, y el gran canciller le contestó proponiendo los dos matrimonios del príncipe de Asturias con Isabel de Borbon, y del delfin Luis XIII con Ana de Austria; y aunque estos no fueron desde luego aceptados, se comenzó á negociarlos, y la paz quedó establecida de hecho, retirándose las tropas que habian sido aproximadas á Flandes y al Piamonte, y anulándose el tratado secreto de Brusol, que tenia hecho el rey de Francia con el duque de Saboya.

Este, que habia emprendido ya la campaña, se vió solo en la mejor ocasion, sin los soldados que esperaba de Francia y en consecuencia sin el dinero que le habia prometido Venecia: sufrió una derrota, y se vió en la necesidad de pedir la paz: la corte de España, tratándole como á feudatario, puesto que recibia rentas de nuestro Tesoro, se la concedió pero con la condicion humillante de que pidiese perdon al rey.

El éxito de estas primeras gestiones revistió á don Rodrigo de una autoridad estraordinaria, dejando eclipsado al duque de Lerma: nadie podia contrastar el absoluto imperio de un hombre que tenia en sus manos los destinos mas importantes de la nacion, y que habia hecho creer en su infalibilidad, haciéndose indispensable. Verdad es que si el duque no hubiera temido su caida, fácilmente habria encontrado quien le sustituyese; pero no siendo así, el audaz favorito se habia erigido en una especie de dictador.

Mas á pesar de este omnímodo poder, un dia le sorprendió una cita del alcalde de corte Gregorio Lopez, mandándole comparecer ante su tribunal, para prestar declaracion en una causa criminal que instruia. Don Rodrigo no mostró enojo por este rasgo de entereza: aguardó que llegase la noche, y se presentó solo en casa del alcalde.

Lopez Madera no se sorprendió al verle; antes al contrario, adelantándose á la esplicacion que esperaba de él, despues de ofrecerle silla cortesmente, le dijo:

—Agradezco esta visita, señor marqués; pero me parece, á no equivocarme, que me la haceis en valde.

—Me parece que os equivocais, repuso el valido.

—Mas vale así: hablad.

—Teneis familia é hijos, señor Lopez Madera?

—Sí tengo; y entiendo que no lo ignorais.

—Teneis apego á esos hijos, y á vuestros bienes, y á vuestra vida?

—Todo eso tengo, señor marqués; y voy viendo por ese exordio, que no me equivoco, aunque os haya parecido lo contrario.—Continuad.

—Pues bien, vengo á deciros, que no habeis calculado bien vuestras fuerzas para luchar conmigo; y que, si no desistís de lo que habeis comenzado contra mí, anulándolo todo y entregándome vuestros mamotretos para quemarlos, arderá vuestra casa, y vos y vuestros hijos con ella.

—Permitidme una rectificacion antes de contestaros: yo no lucho con vos: yo no tengo enemigos personales, ni los conozco, tratándose de asuntos como el que me indicais: yo lucho con el crímen, señor marqués, y le combato sin pasion, como quien usa de un poder que es anterior y superior á todas las potestades humanas.

—Y qué me quereis decir con eso?

—Quiero decir, que si os encuentro en mi casa, os daré una silla; si en la calle, me quitaré el sombrero; si en el Templo de la Justicia, os juzgaré desapasionadamente, y os condenaré, si sois culpable.

—Hablais mucho, y no me decís nada. Yo os niego el poder de juzgarme; y os repito que lo mireis bien, porque estoy decidido á escarmentaros.

—Señor marqués, replicó el alcalde con gravedad, pero sin exaltarse: habeis errado el camino de vuestra pretension, y no sabeis á quien hablais: debo, pues, recordároslo, para que no lo olvideis: yo soy un ministro de Dios, puesto en la Tierra por delegacion del rey, que es el supremo Juez en estos reinos. Por consiguiente, represento á Dios y al rey, quien no tendría tampoco esta potestad, si no le fuese dada de lo Alto por el comun consentimiento de todas las voluntades. Fuerte con la conciencia de mi deber, ni los peligros me detienen, ni las amenazas me arredran, para cum-

plirlo; y contestando á vuestro atrevimiento, os digo, que primero que dar lugar á él, daré albricias por mi muerte.

—Lo habeis pensado bien? dijo don Rodrigo sonriéndose.

—Pensado lo tengo, desde que juré en manos de S. M. cumplir bien y fielmente el alto ministerio que me confiaba; y os aseguro, señor marqués de Siete-Iglesias, que por mantenerlo inculpable, estoy prevenido á verme arder con mi casa é hijos, sirviéndome de gran consuelo el ver la causa del incendio: mi determinacion en este caso es tan firme, que empiezo ya á disponer alegre recibimiento á mis persecuciones, despreciando vuestras amenazas.

Al oir estas palabras, el marqués se levantó morado de cólera.

—Señor licenciado! gritó con voz destemplada ¿cómo teneis atrevimiento para rebelaros contra mí?

—Hablais al licenciado, ó al juez? repuso el alcalde: al hombre, ó al magistrado?

—Tanto me importa uno como otro.

—A mí no; y sabed, puesto que aparentais ignorarlo, que el juez, el magistrado, si está pronto á sufrir como hombre todo género de calamidades, no consiente, como dispensador de la justicia, que nadie, ni el rey mismo, la ultraje y menosprecie: Sabedlo don Rodrigo: si porque os veis en grande altura, os considerais facultado para atropellar todos los fueros humanos, tened entendido que os engañais; y que tal delito que en un hombre bajo é ignorante es una falta disculpable, en el ministro poderoso y sabio es un crímen digno del mas severo castigo: entendedlo así; porque, sin acordarme de vuestros atrevimientos á mi persona, sino solo de quien sois y de vuestros actos, los juzgaré con todo el rigor de las leyes.

—No lo hareis.

—Quién podrá impedirlo?

—Yo.

—Nunca el reo dictó su voluntad al juez.

—El rey está sobre vos, y yo junto al rey.

—Ni el rey tiene poder para obligarme á obrar contra mi conciencia: si me lo mandase,—cosa increible,—antes resignaria yo en sus manos mi oficio y ministerio, que manchar la toga con una con-

descendencia punible. No os canseis, señor marqués: ya os dije al principio que vuestra visita era en balde.

—¿Es esa vuestra última resolucion?

—Es la única.

Don Rodrigo tomó su sombrero y salió. Escusado es decir que, al dia siguiente, no acudió á la cita del tribunal; pero recibió otra, conminándole con las penas que imponen las leyes á quien desobedece á la Justicia, y supo que el alcalde preparaba fuerza armada para prenderle, si se obstinaba en su rebeldía.

—Será muy capaz de atreverse á tanto, dijo. ¿En quién se apoya ese hombre?

Y dejando á un lado todos los negocios, se ocupó solo de aquel que tan personalmente le interesaba: escribió cartas á los oidores del Acuerdo que debian juzgar á los cómplices del sargento mayor Guzman, convidándolos á comer, y visitó segunda vez á Lopez Madera, presentándose con aire y modales muy diferentes que en la primera entrevista.

—Ayer estábamos los dos de mal humor, le dijo, y nos fuimos del seguro: debemos olvidar lo que nos dijimos, y hablar como personas que nos merecemos estimacion.

—No estoy arrepentido de nada de cuanto dije ayer, repuso el alcalde, y si lo habeis meditado bien, me concedereis que hablé como debia.

—Sí, ciertamente, replicó don Rodrigo: hablásteis como un juez íntegro que estima su dignidad. Pero debeis reconocer al mismo tiempo, que mi posicion reclama cierta prudencia en los actos que son de vuestras atribuciones: yo no puedo ser juzgado como un hombre vulgar, sin que se comprometan los mas graves intereses de la monarquía.

—Ninguno es mas grave que la recta administracion de justicia.

—Lo concedo; porque hoy vengo dispuesto á conceder todo cuanto querais, dijo el favorito dejando caer estas palabras con intencion; y bien sabeis que puedo conceder mucho. Sin embargo, nada seria bastante para recompensar dignamente á un hombre de vuestro mérito.

El alcalde se sonrió, y repuso.

—¡Ay, señor marqués! Me haceis demasiado favor: para recompensarme á mí basta que nadie pueda acusarme de prevaricato. Yo no necesito nada: el rey me paga bien mis oficios.

—Con todo: es justo premiar con largueza á los magistrados sabios y probos: por consiguiente, os hallais en el caso de escoger entre una embajada y una presidencia la que mas os satisfaga.

—Os agradezco la atencion: seré alcalde de corte, que no es poco para mis años de carrera.

—Es decir, que no admitís composicion?

—No cabe en esto.

—Pues bien: vos perdereis.

—Ganaré.

—Qué ganareis?

—Honra y crédito.

—Buen provecho!...

Diciendo así, don Rodrigo se levantó y salió, yendo de allí directamente al palacio de Lerma. Durante el dia entraron, llamados por él, en su despacho algunos escribanos, abogados y procuradores con quienes conferenció en secreto: por último, al anochecer entró en el gabinete del duque, y le dijo al oido:

— Tenemos que hablar de un asunto muy importante.

El duque le miró alarmado, y levantándose, le condujo á una pieza reservada.

— Qué asunto es ese? le preguntó.

— Señor, uno que os toca personalísimamente. Se han hecho correr voces, que si llegasen á oidos de S. M., os costarian quizás la cabeza.

— Qué demonio es eso? Esplicaos!

— Una persona de representacion ha osado decir, que la reina ha muerto de órden de vuecelencia?

— Quién es el atrevido?...

— Un enemigo vuestro y mio, que gozaba de cierta intimidad con la difunta señora, y cuyas palabras son por esta circunstancia mas transcendentales: en fin; lo ha dicho en el Acuerdo el licenciado Gregorio Lopez.

— Teneis seguridad de ello? preguntó el duque.

—No le acusaria, si no la tuviese: todo el dia de hoy lo he pasado examinando testigos, y tengo cuatro que testifican haberlo oido.

—Qué clase de testigos son esos.

—Hombres de saber y de buena posicion: abogados, escribanos, letrados: los únicos que han podido oirlo; porque os repito que se ha dicho en el Acuerdo.

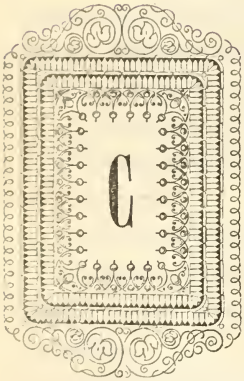
—A ver? replicó el duque: inmediatamente buscadme un juez duro, y que proceda sin la menor dilacion á prender á ese alcalde: que me lo encierre donde no vea la luz, y que se le juzgue por la via reservada.

Lopez Madera fué preso aquella misma noche, mientras don Rodrigo celebraba un opíparo banquete para obsequiar á otros magistrados.

A los pocos dias, los cómplices en el asesinato de Francisco Juara salian en libertad por composicion con la Sala, y se echaba tierra, como suele decirse, á este asunto ruidoso.

CAPITULO XXXII.

QUE PUEDE SERVIR DE INTRODUCCION A UN NUEVO PERÍODO DE ESTA HISTORIA.



Con gran solemnidad y régio aparato se preparaba la corte de Madrid, para recibir á un enviado del duque de Saboya: este enviado era su hijo mayor Filiberto, que venia en representacion de su padre, á dar satisfaccion al rey del comportamiento de aquel príncipe.

Los hijos y favoritos del privado, los secretarios y consejeros de Estado con sus presidentes á la cabeza, los grandes del reino y todos los funcionarios de Palacio y de alta categoría llenaban la gran sala de embajadas, ofreciendo á la vista un espectáculo deslumbrador, imponente y fastuoso. A la hora designada se presentó el rey sin luto por primera vez, seguido del duque de Lerma, y ocupó el trono. A poco entró el jóven Filiberto de Saboya por la puerta esterior, acompañado de algunos nobles italianos, y se adelantó solo hasta en medio de la sala: no habia silla ninguna dispuesta para él, y solo sí un almohadon de terciopelo rojo guarnecido de oro para que se arrodillase.

Aunque de antemano se le habia esplicado el ceremonial de esta entrevista, el jóven príncipe se quedó como turbado en presencia de aquella orgullosa corte, donde era llamado á representar un papel humillante; y mirando en torno suyo con las megillas encendidas por el rubor de la vergüenza, permaneció en pié, aguardando que se le mandase hablar.

El rey dirigió la vista hácia una mesa, donde un secretario esperaba sus órdenes; el cual, hecha una profunda reverencia, leyó en alta voz un capítulo de cargos contra el duque de Saboya, declarándole vasallo rebelde á su natural señor y soberano el rey de las Españas; calificando de agresion injusta su entrada con armas en el Monferrato, señorío de la casa de Mántua, de que aquel habia intentado despojar á su hija la duquesa Margarita y á su nieta, hija de esta; y conminando al mismo duque con las mas severas penas, si no se mostraba arrepentido de sus errores, pidiendo humildemente perdon de sus faltas. Con esta condicion se le otorgaría la paz y amistad que habia desmerecido, y el rey le volveria á su gracia, como á deudo suyo y súbdito sumiso.

Leida esta declaracion, el rey se dirigió al jóven príncipe, y le dijo:

—Tomás Filiberto: muy ofendido me tiene vuestro padre, contra toda razon y conveniencia. ¿Venís competentemente facultado para desagraviar como es debido á vuestro señor y rey?

—Señor, contestó el jóven, doblando á pesar suyo una rodilla: mi padre me envía aquí, porque la edad y las obligaciones no le consienten venir, para declarar á V. M. en su nombre, que siempre creyó hacer buen uso de su derecho ocupando el Monferrato: no fué nunca su ánimo ofender á V. M.; pero tanto en lo uno, como en lo otro pudo errar, y esto es lo que siente, y por lo que se muestra arrepentido, rogando á V. M. que le disimule sus faltas y le vuelva á su real gracia y amistad.

—Eso no basta, ni son esos los términos en que debe solicitarse el perdon, dijo el duque de Lerma al oido del rey.

—Dictadle vos mismo la fórmula, respondió este.

Y se levantó, sin hacer seña al jóven príncipe para que dejase su actitud humilde.

Pero Filiberto se alzó, apenas vió al rey volverle la espalda,

y sin esperar á que abandonase la sala. El duque le indicó que aguardase, y habiendo acompañado al rey hasta la puerta de su cámara, se volvió y llamó al jóven con la mano para que se acercase á la mesa, donde le dictó y obligó á firmar una satisfaccion á su gusto. El príncipe obedeció, mal de su grado, pero disimulando su repugnancia; y aquel dia fué convidado á comer con el rey, despues de lo cual se firmó la paz.

En este tiempo habian ya variado mucho las cosas de la corte: don Rodrigo Calderon estaba firmemente arraigado en el poder; ninguna persona le hacia sombra: la duquesa de Osuna, con quien no habia dejado de mostrarse amigo un instante, para no perder su influencia con el jóven duque de Úceda, estaba en Sicilia con su marido; el conde de Lemos continuaba en Nápoles; el licenciado Lopez Madera, sufria las consecuencias de una persecucion injusta, y para que nada le estorbase, la duquesa de Lerma, enferma de pasion de ánimo desde la muerte repentina de la reina, falleció en el curso de este año.

Quevedo, entre tanto, habia vuelto de Sicilia, y vivia retirado en un lugar de su patrimonio, llamado la Torre de Juan Abad, en la famosa Sierra Morena y cerca de Villanueva de los Infantes. Allí hacia vida penitente, á ratos, escribiendo poesías relijiosas y la vida de Santo Tomás de Villanueva; trazando el cuarto de sus *Sueños* bajo el título de *El Mundo por de dentro;* y cuidando de sus intereses, harto malparados á consecuencia de su pasada aventura. Desde aquel rincon del mundo, su gran penetracion medía toda la estension de los acontecimientos europeos, y calculaba sus consecuencias para el porvenir: á la manera de los príncipes, que viajan *de incógnito*, Quevedo en su retiro estaba como si viviese con ostentacion en medio de la corte: ninguna persona algo instruida ignoraba el paradero del satírico poeta, el cual mantenia correspondencia tirada con muchos políticos y hombres importantes de dentro y fuera del reino, y muy en particular con su amigo el Virey de Sicilia, con el arzobispo de Palermo, y otros personajes notables en letras y ciencias de aquella isla.

Cuando supo la declaracion humillante del duque de Saboya, escribió al Virey:

«Prepare vuecelencia las galeras, que con tanta honra suya, «como terror de los enemigos de la Patria ha conseguido armar en «esas costas; porque no está lejano el dia en que las haya menes-«ter, para *descasar* á Venecia con el Adriático: sobre todo, esta «empresa será meritoria y fructuosa, si como preveo, dispone «S. M. nombrar en Milan un gobernador menos blando que el «marqués de la Hinojosa.»

Este gobernador habia tenido en su mano el desarmar completamente al duque de Saboya, quitando á Venecia toda ocasion de aliarse con aquel enemigo, y no lo habia hecho por estar en connivencia con ambos.

No tardó mucho Quevedo en recibir carta de su amigo el Virey, harto lisongera para él, en la cual le encarecia la necesidad que tenia de su persona y consejo para llevar la carga del gobierno. El poeta exhaló un suspiro, y repitiendo unos versos que pocos dias antes habia escrito á su médico de Madrid, dijo:

«Yo me vine de la corte
á vivir en paz conmigo;
que bastan treinta y tres años,
que para los otros vivo.

«¿Qué quiere de mí ahora este bendito duque? Íbame tan bien en estas sierras, en estas dulces soledades, en estas eras, convertido en hormiga entre montones de trigo; aquí, al amor de estas sencillotas serranas, que se dejan querer, y aun dan las gracias encima!... Por qué sacarme de este mundo de la verdad, en donde Dios solo es grande, y todos los demás iguales; donde las mujeres saben á mujeres, y los besos á hocicos y no á cera con bermellon? — Vuelta al purgatorio!... A sufrir la presencia de aquella mujer adorada!... Oh! Duque, duque!... ¿Sabes, acaso, si tendré fuerzas para resistir en una lucha de todos los dias y de todos los momentos? Sabes, acaso, si en una de esas horas, en que tus devaneos maltratan aquel corazon que yo ciego idolatro, tendré valor para no restañar su sangre con mis labios candentes? — Vamos á Sicilia otra vez... A Sicilia!...

* * *

La fértil y pintoresca Trinacria de los antiguos, la rica Sicilia, uno de los mas bellos florones que la corona de Aragon regaló en dote á la de Castilla, ofrecia el espectáculo mas deplorable de abandono y anarquía, cuando el gran don Pedro Tellez Giron, duque de Osuna se encargó de su gobierno: las calles y plazas de Mesina, la capital, eran con demasiada frecuencia palenque de reñidos combates entre los nobles enemistados: á favor de sus reyertas, un populacho soez y hambriento se arrojaba á las tiendas y las saqueaba; en anocheciendo, nadie se atrevia á salir de su casa, no llevando escolta para su seguridad; era muy peligroso viajar solo, porque los caminos estaban infestados de bandoleros en cuadrillas: los ministros de justicia carecian de autoridad y de valor para juzgar ningun negocio en que se atravesase el interés de algun poderoso; la caja de la isla, como se llamaba al Tesoro público, estaba exhausta; el comercio era nulo, y la armada deshecha y sus soldados sin crédito de valientes dejaban las costas á la merced de los piratas berberiscos y turcos, que á todas horas insultaban nuestro pabellon, desolando aquel hermoso país y cautivando á sus habitantes.

En tres años habia hecho el duque cambiar completamente la faz de todo esto, y mucho se debia á los consejos acertados de Quevedo: castigados ó absueltos, habian salido de las cárceles mas de cinco mil presos: los tribunales se hallaban revestidos de autoridad y prestigio: las armas del Virey eran el terror de los bandidos y de los nobles insolentes, no menos que de los audaces piratas: el comercio florecía y sobraban fondos en caja para atender á las necesidades públicas.

Sin embargo, el duque tenia enemigos: todos aquellos que antes se entregaban sin freno á sus desórdenes, y que medraban á favor de las revueltas y el desconcierto, reprimidos ahora por la fuerza de una autoridad vigorosa, presentábanse quejosos, y encontraban pretestos para acusar al Virey de arbitrario y déspota: y estas que-

jas llegaban hasta Madrid, y á veces hallaban paso hasta los oidos del monarca.

En tales circunstancias fué cuando regresó Quevedo á la isla: en el momento de entrar en el palacio de Mesina, estaba el Virey leyendo unos despachos, recien llegados de Génova y Nápoles en que le anunciaban un nuevo rompimiento de hostilidades por parte del duque de Saboya contra el de Mántua, y alianzas secretas de aquel potentado con la república de Venecia y con algunos generales, que mandaban en las fronteras de Francia. Esta vez el de Saboya no encubria sus intenciones: proclamábase libertador de Italia contra la opresion estrangera de la casa de Austria, y habia devuelto á Felipe III el Toison de oro, declarando así su completa independencia.

Don Pedro Giron dejó los despachos de la mano, al oir fuera de su gabinete la voz fuerte y sonora de Quevedo, y adelantándose hasta la puerta, la abrió y dijo:

—Entrad, entrad, señor profeta. Bien venido seais!

Quevedo se adelantó á saludarle con ceremonia; pero el duque le hizo entrar, cerrando de paso la puerta, y le recibió en sus brazos.

—Gracias á Dios que os habeis dignado venir á mi destierro, continuó diciendo. Y qué tal quedan los reyes de España? Cuántos hay ya?

—Los mismos que habia, y con las mismas alforjas, respondió el poeta.

—Me han dicho que comienzan á rechinar aquellos carros, prosiguió el duque: y cuidado que no será por falta de unto; pues de todas las presas que llevo hechas al turco, desde que estoy aquí, — y no son pequeñas, — se me han comido la mitad los señores de Madrid. Habeis oido algo por allá?

—Yo no he estado en Madrid mas que unos cuantos dias, y he oido de todo: unos ponderan los grandes hechos del Virey de Sicilia, y otros le acusan de codicioso y tirano.

—Canalla miserable! Yo quisiera ver en mi lugar á los que me motejan. Pero bien sé de donde parten esas habladurías. — ¿Vísteis á mi don Juan?

— Un rizo os traigo de sus cabellos: está hecho un hombrecito, y muy contento en casa de su señor suegro.

— Qué os ha dicho *don Limon?* Está dulce, ó ágrio conmigo?

— Si va á decir la verdad, señor, el duque de Úceda no piensa mas que en sus aumentos: sedle de provecho, y le encontrareis siempre dulce.

— Pardiez! Eso pensais de mi consuegro? Mirad que yo creo que él es la única persona decente que entra en Palacio.

— No diré yo que no lo sea: el duque sabe lo que valeis; y en este mérito fundará siempre su apoyo. Ahora, como se ha puesto camara al príncipe, y ha entrado en ella por la mediacion del marqués de Siete-Iglesias su íntimo amigo el conde de Olivares, ha querido entrar tambien su escelencia...

— Ya lo sé: mi consuegro vé algo mas que su padre: como le den alas al gorron de Salamanca, él pondrá á todos las peras á cuarto. Ese condesito almibarado y garboso tiene mas intencion que un toro de Jarama.

— Y mas ambicion que Alejandro Magno: puesto al lado del príncipe, y entendiéndole el gusto, dia puede llegar en que él solo mande á todos.

— Ya le atará corto mi consuegro: ahora quiere hacer las paces con su cuñado el conde de Lemos, y llevárselo á Palacio, para que no pierda de vista á don Felipito y á su gentilhombre.

— Señor, dijo Quevedo; una buena ocasion para pasar á Nápoles.

— Ya he pensado en ello, camarada, y no lo echaré en olvido. Nápoles vale mas que esto, y es mi sueño dorado. Allá iremos. Pero, entre tanto, ¿sabeis que teneis tres pelos del diablo? Qué pronto olísteis lo de venecianos y piamonteses!

— Ah! Señor: tengo grandes narices. ¿Ha comenzado ya la jarana?

— Tan ha comenzado, que Carlos Manuel ha echado á rodar todos los trevejos. A estas horas está en campaña el marqués de la Hinojosa, y nuestro embajador en Venecia ha descubierto estrechas relaciones entre aquella Señoría y el viejo Saboyano.

— Pero no habrá descubierto las que tenga con el marqués, ni con los turcos.

— Quereis decir que Venecia se alíe con esos perros?..

— Vah! Venecia es el chisme del mundo: república de mercaderes, donde todo se ajusta á la ganancia: con el mismo demonio se aliará ella, con tal que logre hacer su negocio: y tened muy en cuenta que á estas horas el consejo de los Diez os mira de reojo, y hará cuanto pueda por echaros á pique. Dos miras tiene Venecia en su alianza con el de Saboya: una, dar qué hacer al emperador y al rey de España, para mientras ganar algunos puertos del Adriático, que le importan mucho; y otra, desunir vuestras fuerzas, dando ocasion para que el turco las destroce: la república del patron de los cuernos está celosa de vos, porque teme que le quiteis el comercio de Levante. No es otra su fé política, ni religiosa: comprar y vender.

— Creo que teneis razon.

Aquel dia comió Quevedo con el duque y su esposa, para quienes sirvió de mucho solaz y contentamiento su conversacion amena é instructiva; pues á pesar de su emocion interior, la gran fortaleza de ánimo de que estaba dotado le permitia mostrarse igual y sereno, sin que el semblante, ni la voz descubriesen sus sentimientos.

Despues de la comida salió el duque, dejando solo á Quevedo con la duquesa, y diciéndole que descansase de su viaje; pues por aquel dia no pensaba ocuparle en nada.

La duquesa se levantó, y se puso á mirar por una celosía, que tenia vistas al jardin del palacio, y en frente de la cual se alzaba un elegante pabellon aislado de lo demás del edificio. Al cabo de un rato, volvió á sentarse abatida y murmurando:

— Siempre allí!

Quevedo la miraba, sin atreverse á interpretar su pensamiento, hasta que ella misma, enjugándose una lágrima y componiendo su semblante le dijo:

— No encontrais alguna mudanza en mí?

— Señora, os encuentro, como siempre, bella y admirable.

— Y alegre: ¿no es verdad?

— Alegre... Sí, como yo.

— Decidme, Quevedo : ¿es verdad que hay remedios para hacer que un hombre olvide á una mujer, y obligarle á que ame á otra?

— Es verdad, señora, que hay charlatanes que dan esos remedios y hacen creer en su eficacia y virtudes; pero si hubiese algun filtro para olvidar, yo no ló tomaria; porque prefiero padecer.

— Comprendo eso : pero si amáseis á una persona, y esta os olvidase por otro, ¿no ambicionaríais poseer un hechizo que la hiciese solo vuestra ?

— Ciertamente, si hubiese hechizos mas poderosos que el de un alma apasionada.

— Eso no basta, repuso la duquesa suspirando. Dios mio! Y esa mujer no es tan hermosa, ni le ama tanto como yo ! Pero bien veo lo que esto es : lo propio cansa.

— Estais quejosa de vuestro esposo, bien lo conozco. ¿Quién es ella ? Es alguna dama principal ?

— Si al menos fuese así, quizá se lo perdonaria : es una aventurera, una criada mia, una odalisca.

— Qué me decís ? Alguna mora cautiva ?

— No, sino una ingrata, de quien yo tuve compasion, y que ahora me paga robándome lo que mas amo. Es mujer de larga historia. Un dia, (de esto hará dos meses), llegaron las galeras del duque cargadas de ricos despojos : mandábalas el valiente don Octavio de Aragon ; el cual, despues de poner á mis piés la magnífica presa de joyas que habia hecho á los turcos, me presentó dos moras y una cristiana, todas tres de peregrina hermosura, ofreciéndomelas como un presente especial. ¡Ojalá nunca lo aceptára! Las moras son unas infelices que no hacian mas que llorar : la cristiana se mostraba contenta, como que se veia libre de la esclavitud en que habia estado, y yo me complacia en hablar con ella, prendada de su discrecion : mucho mas lo quedé, cuando me refirió la historia de sus desventuras... pero esto es cuento largo y os cansaría : prefiero pasarlo por alto.

CAPITULO XXXIII.

DONDE LA DUQUESA REPITE UN CUENTO QUE LE HAN CONTADO.

SIN embargo, continuó la duquesa despues de una pausa: necesito repetiros la historia de la pérfida odalisca, para justificar mi compasion y las distinciones que la prodigué, sin merecerlas.

«Díjome que era oriunda de Sevilla, de padres pobres, aunque de noble sangre, y que hallándose casada en Madrid, se enamoró de ella cierto personage de alta gerarquía; pero que habiéndose negado tenazmente á satisfacer sus deseos, él en venganza dió muerte á su marido; y á ella, con toda su familia, la desterró de la corte, y la mandó embarcar para Italia, por temor de que descubriese algunos secretos suyos.

«El barco que la conducía hizo escala en Mahon, forzado por el mal tiempo, y al cabo de ocho dias levantó áncoras y probó á continuar su derrotero; mas arreciando de nuevo el temporal y no siendo aquel bastante fuerte para resistirlo, el gefe de la espedicion de-

terminó volver al mismo puerto: no fué posible, ó no se quiso arribar á él, y aprovechando una cala desierta que se encontró en la costa de Ibiza, dispuso alijar allí sus pasageros, y saltó en tierra con la gente armada, para buscar, segun dijo, un lugar seguro de refugio.

«Era el buque una carabela antigua y casi desechada, cuya tripulacion escasa y recibida á sueldo para aquel viaje no tenia interés ninguno en su conservacion: como se acercase la noche sin que volvieran los que habian bajado á tierra, el patron que lo gobernaba guió hácia la cala por temor de ser arrebatado mar á dentro; mas al penetrar el barco en ella, fué acometido de improviso por un galeon turco, que sin duda le aguardaba en acecho. Los marineros abandonaron la nave, y unos en botes, otros nadando consiguieron ganar la costa, mientras los audaces piratas apresaban la carabela y con ella la familia desterrada, sobre cuyos individuos echaron suertes para repartírselos.

«La jóven que me ha contado esta historia tocó á un mercader de Samos, que era dueño del buque corsario, el cual la condujo á su país, y de allí á Constantinopla: los parientes de ella, entre quienes iba una hermana casada, fueron vendidos en el mercado público, y cada cual tiró por diferente camino. Antes de entrar en la capital de Turquía, nuestra aventurera fué puesta en un baño aromático, medicinada por una mujer sabia, y vestida por su dueño con magnificencia esquisita: colocada luego en una especie de lecho suntuoso, á la oriental, dentro de una barca empabesada, con acompañamiento de esclavas negras, que hacian resaltar su hermosura, se la condujo una mañana de Mayo hasta el pié de la escalinata que baja del harem del Gran Turco, para quien iba destinada á modo de presente.

«Cuenta ella, que lloraba al verse en aquel estado, y que su señor, temiendo que su llanto la afease, le amenazó con un puñal para obligarla á mantenerse placentera y risueña.

«El gefe de los eunucos estaba ya avisado por el mercader, quien pretendia con este homenage alcanzar una gracia del Sultan: la puerta del harem se abrió, atracó la barca junto á la escalinata, y la bella cautiva, depositada en un palanquin con mullidos cojines

de terciopelo y oro, fué llevada en hombros de cuatro eunucos á un departamento aislado en los jardines, donde habia otras cuatro desgraciadas, cautivas como ella: la presencia de aquellas mujeres la consoló, y mas cuando vió que su guardian las dejaba solas: entonces quiso hablarles, pero no hubo mas que una que entendiese su lengua: las otras tres eran dos italianas y una francesa: todas estaban pensativas y parecia que miraban con indiferencia su destino. La española le dijo que habia sufrido tanto, que ya no la importaba nada la muerte, si tal era el fin que la aguardaba; y le contó, que estando en un baile que se daba con motivo de sus bodas, unos corsarios de Argel habian entrado en su aldea de Roquetas, de donde era natural, y la robaron, matando á su novio y á su padre, que les opusieron resistencia: que de allí fué llevada sin sentido al buque, y conducida con otras jóvenes al África, donde la compró un oficial de genízaros, que andaba en busca de mujeres andaluzas por encargo de su señor el Sultan, á quien los médicos habian aconsejado se rodease de ellas, como de un remedio para sanar de hipocondría. Esta era la causa de encontrarse en aquel lugar, y la inocente se imaginaba que el Sultan, á la manera de aquellos mónstruos de que hacen relacion las leyendas caballerescas, necesitaba su sangre y la de otras doncellas, para bañarse en ella, á fin de curar de su dolencia.

«Estando en esto, oyeron una música armoniosa y voces de mujeres que cantaban un himno, el cual traducido á nuestra lengua, queria decir:

«Cuando el Sol, rey de los astros, alegra el mundo con su pre-
«sencia, las aves cantan regocijadas.—Entonad himnos de júbilo
«y placer, vírgenes de este paraiso, porque ya viene el sol de los
«soles, vuestro dueño, el príncipe de los creyentes.

«Las flores bellas, coronadas de rocío, nunca son tan hermosas,
«como cuando el Sol las saluda: entonces entreabren su purpúreo
«seno para recibir el beso matutino del astro rey.—Acudid, vírge-
«nes del harem, flores inmaculadas, y llenad de aromas el espacio;
«porque ya sale vuestro dueño, alegrando toda la tierra.

«Desde el oriente al ocaso, todo recibe la vida de sus generosas
«miradas: si él no lo consiente, ¿cómo podreis vivir? Si la tristeza

«nubla su rostro, ¿cómo gozareis de los rayos que esparce, para «contento del orbe? Cantad, vírgenes del harem, esparcid flores «en el camino, regocijaos como las aves y las plantas en la presen- «cia de vuestro señor, el mas hermoso que huella la tierra.»

«Duraba todavía este cántico, cuando entró el Sultan en el departamento que ocupaban las nuevas cautivas, las cuales temblaron al verle tan pálido y barbudo: detrás de él iba el gefe de los eunucos,-el cual, haciéndole una profunda reverencia, le mostró con la mano á nuestra aventurera, y le dijo algunas palabras que esta no pudo entender: el Sultan la miró negligentemente al principio; pero poco á poco se fueron animando sus ojos, y por último espresaron un deseo, que fué al punto ejecutado.—El gefe de los eunucos se acercó á la puerta, hizo una seña, y en seguida entraron dos esclavas, que comenzaron á desnudar á la cautiva.

«Ella se resistia y lloraba; en vista de lo cual, el Gran Turco levantó las manos al cielo en accion de gracias, y empezó á reir; cosa que no le habia sucedido en dos años: la pudorosa resistencia de la jóven le llenaba de júbilo, colmando la medida de sus deseos: entonces, como el avaro que encuentra un tesoro y teme que otro lo vea, se interpuso entre ella y su siervo, estendió su manto para cubrirla con él, y mandó imperiosamente salir á las esclavas y al primer ministro de sus placeres.

«Aquella noche se iluminaron los jardines del harem, y en tres dias consecutivos no cesaron las fiestas y regocijos en el serrallo: mandóse repartir panes de cebada á los pobres en todo el imperio, y se hicieron otras demostraciones de júbilo, porque la risa habia vuelto á los adustos labios del Sultan: este dispuso que alojasen á su cautiva en uno de los aposentos reservados á las favoritas, y convencido de que la causa de su mal nacia de la poca dificultad que encontraba en obtener los favores de sus mujeres, se propuso conquistar el corazon de la nueva beldad.

«Pero su Alteza sublime era muy torpe en materia de galantería, y por otra parte, acostumbrado á imponer su amor con una mirada, encontraba obstáculos inmensos para insinuarse á una mujer que no queria entenderle. — Así lo cuenta ella; pues yo creo, segun lo que por mí he visto, continuó la duquesa, que no seria tan

Urrabieta, lit.º Lit. Labielle, c. Monserrate

Se interpuso entre ella y su siervo, estendiò su manto para cubrirla.

arisca ni desdeñosa como supone. — Solo en una cosa daba gusto al Sultan, que era en tocar la guitarra todas las noches, cantando al mismo tiempo algunas tonadillas de nuestro país: el gran Babieca se deleitaba oyéndola, pues se habia enamorado de veras, gracias á la resistencia de su cautiva, y parecia contentarse con aquel placer; pero, creciendo su pasion, intentó alcanzar de la violencia lo que no conseguia por la constancia y el rendimiento. Mirtilina, – tal era el nombre que la daban en el harem, – se vió una noche sorprendida por el Sultan, que entró en su aposento, estando ya acostada; y conociendo que se encontraba entre dos escollos, pues condescendiendo se envilecía, y resistiéndose peligraba su vida, tomó el partido de quitar á su poderoso amante la ilusion en que este cifraba su ventura.

— «Señor, le dijo: ¿qué buscais en mí, que no podais hallar en otras hermosuras mas afortunadas? Mucho tiempo he guardado un secreto que os hacia felíz con la esperanza de mi posesion, y lo he guardado, porque os amo: pero ya que os veo decidido á romper el dique del miramiento, me creería criminal hácia vos, si no os lo revelase. Os han engañado, señor, diciéndoos que soy doncella: el pérfido mercader que aquí me trajo, sabe que no lo soy.

«Al oir el Sultan estas palabras, salió furioso de la estancia, y pasó dos dias encerrado, sin querer hablar á nadie: al cabo de este tiempo, mandó llamar á su visir, y le previno que inmediatamente diese órden de empalar al mercader. Mirtilina estaba, entre tanto, guardada en su aposento, sin ver á nadie mas que á una vieja, que se complacía en atormentarla, burlándose de ella unas veces, y ponderándola otras los castigos á que se habia hecho acreedora por haber aflijido al Gran Señor. — Esta vieja habia sido hermosa y la favorita mas querida del turco en la adolescencia de este; pero perdió los dientes de resultas de un parto, y aborrecia de muerte á todas las mujeres hermosas, y en particular á las que su dueño preferia.

«Despechado y rabioso el Sultan, enfermó de tabardillo: durante su enfermedad, sufrió el mercader de Samos el bárbaro suplicio á que fué condenado, y cuando aquel sanó, hubo entre los ministros de sus placeres quien le dijese que Mirtilina podia haber mentido

por no entregarse á él : oyó el Sultan propicio esta indicacion, y mandó á la vieja Gulnara y á otras dos malignas compañeras reconocer á la jóven odalisca para descubrir la verdad. Las tres furias declararon unánimes que Mirtilina conservaba su entereza, y que merecia las mas severas penas por haber engañado al mas amable de los príncipes, dando lugar á que su salud padeciese y á que castigára injustamente al mercader.

«El Sultan abusó de la cautiva; y al cabo de ocho dias, mandó azotarla en el vientre, y arrojarla al mar metida en un saco. ¿Era esta la verdadera causa de un castigo tan terrible, ó mas bien debe creerse que una infidelidad motivó tamaño rigor? continuó diciendo la duquesa, por via de reflexion. Todo cabe en las costumbres y en el carácter tiránico de esos musulmanes, que no saben respetar á la mujer, ni conocen la galantería delicada de los cristianos. Pero, de cualquier modo, yo no hago mas que referir lo que se me ha contado.

«Lloraba y suplicaba la infeliz cautiva, protestando contra la injusta pena que se la imponía : unas veces intentaba ablandar el corazon de sus verdugos; otras invocaba el auxilio de Dios y de la Vírgen; otras, en fin, pedia que la permitiesen dar sus descargos al Sultan ; pero este permanecia invisible para ella desde que dictó la órden cruel de su suplicio, y no hubo gracia ni misericordia : la flagelacion del vientre se ejecutó una mañana por mano de los eunucos, teniéndola dos asida por los brazos y piernas y presidiendo el acto el gefe de ellos: cuando hubo recibido cien azotes, la desdichada quedó sin sentido y como muerta, y si en aquel estado se hubiese llevado á cabo la segunda parte de la sentencia, no habria sido tan dolorosa ; mas con crueldad refinada, se la dejó curar, y cuando estuvo restablecida y con pleno conocimiento de su desventura, una noche la metieron desnuda en un saco de lona, y la condujeron á una lancha, la cual bogando por el Cuerno de Oro se alejó hasta la entrada del Bósforo : allí la cogieron entre dos hombres y la arrojaron al mar.

«Cuenta la desdichada que en aquel trance se encomendó de todo corazon á la Vírgen María y al santo Angel de su guarda, y que, cerrando los ojos, se resignó á morir : durante un breve espacio,

sintió frio intenso y una sofocacion angustiosa que la impedia respirar; despues perdió el conocimiento de su estado, y al cabo de tiempo, cuya duracion no pudo apreciar, abrió los ojos, y se vió en un estrecho aposento y en una cama oriental: una mujer vestida al estilo cristiano estaba sentada á su lado, y un hombre con trage turco á la manera de los egipcios se retiraba, dando ciertas órdenes que no pudo entender. Despues supo que se hallaba en poder de un corsario alejandrino, el cual, estando con su buque cerca del sitio donde la arrojaron los verdugos del Sultan, y habiendo visto por dos veces sobrenadar y hundirse el saco que la contenia, mandó botar una lancha y la salvó casi milagrosamente: la mujer que la asistia era una cristiana cautiva, y el hombre un médico egipcio muy hábil en su ciencia, á cuyos acertados auxilios debia la vida. El corsario, viéndola hermosa, habia pensado sacar de ella gran provecho, vendiéndola al bey de Alejandría ó á cualquier otro magnate de su país.

« Navegaban con buen viento hácia las costas de África; pero habiendo descubierto algunas velas cristianas, que volvian de la isla de Chipre, intentó el corsario darles caza, y cambió de rumbo: tres dias anduvo en su persecucion; al cabo de los cuales, se encontró con otro pirata, que llevaba iguales intenciones. Los dos comenzaron á disputarse la presa, antes de alcanzarla; y estando en este debate, llegó á su vista la escuadrilla Siciliana de don Octavio, cayó sobre ambos como una tempestad, y en dos horas de combate echó á pique él un buque, salvando la mayor parte de la gente y cargamento, y apresó el otro sin avería ninguna.

« Tal es la historia de esa mujer, de quien sé deciros que me interesó doblemente, por desgraciada y por haber sido la primera causa de sus desdichas un enemigo mio, á quien conoceis: parecióme, desde que entró á mi servicio, que el duque la miraba con otro interés, y que no eran estraños el uno para el otro; pero me cegaba el saber que ella, con su claro talento, (porque es discreta en estremo), habia adquirido muchas noticias relativas al poder del Gran Turco, noticias que el duque consideraba importantes para minar aquel imperio enemigo; por lo cual solia decirme, que había-

mos ganado un tesoro en la odalisca, y muchas veces la llamaba á solas con pretexto de conferenciar.

«Pero, ay! No tardé en conocer el objeto verdadero de estas conferencias: la querida del Sultan me habia robado el corazon de mi esposo.

—Quizá os engañe la pasion de los celos, dijo Quevedo. ¿No puede ser que realmente trate el señor duque con ella de asuntos políticos?

—Para eso no necesitaba hacerme la ofensa de aposentarla en este mismo palacio como á una persona de su familia: no era menester que la diese el mejor pabellon de los jardines y una servidumbre magnífica, tal como á mí sola se me debe.

—Todo eso no prueba nada, señora: tranquilizaos y no os dejeis afligir por las apariencias.

—No son apariencias, Quevedo, repuso impaciente la duquesa, levantándose, y conduciéndole hácia la celosía: venid acá y mirad la estancia de esa pérfida mujer: vedla allí; es mejor que la mia.

Quevedo se acercó á mirar por encima del hombro de la duquesa; pero conteniéndose para no tocar á su persona.

—Es un bonito pabellon, dijo: lo tengo andado, y no me parece mejor que este.

—Oh! No lo veis bien: lo han reformado últimamente: acercaos mas.

Diciendo así, la duquesa tiró de la ropa de Quevedo, y este, como atraido por su contacto, avanzó hasta rozar con los labios sus magníficos cabellos.

—Sí, sí, exclamó retirándose y temblando: teneis razon, señora: nada es comparable á eso....

—Convenís conmigo en que el duque me engaña?

—Convengo en que.... el duque no sabe lo que posee. Otro en su lugar, continuó Quevedo haciendo por distraer á la duquesa, y aludiendo á sí mismo, diria, como cantan los palurdos de Juan-Abad.

«Átame con un cabello
á los palos de tu cama;
y aunque el cabello se rompa,
seguro está que me vaya.»

—Esos palurdos saben amar mejor que los príncipes, repuso la duquesa.

—En todas partes se cuecen habas, señora. Creed, sin embargo, que vuestro esposo os ama.

La duquesa volvió á mirar por la celosía: de pronto exhaló una exclamacion sorda y dijo:

—Vedla allí, Quevedo; allí está con él... La mataría!

Quevedo miró por curiosidad, y vió al duque en un balcon, hablando con la odalisca. Entonces, temiendo que sus ojos le engañaban, se aseguró las antiparras, y murmuró:

—Es aquella?

—La conoceis? preguntó la duquesa.

—Con efecto, respondió el poeta. Es mujer de larga historia. Esa misma, señora,

«Pelóme; mas en suma,
Para su fama, me dejó una pluma.»

—Conque la conoceis?

—Sí, sí: esa es Belisa... mi inolvidable Belisa: la viuda del alguacil Mateo Avililla.

—Qué me decís? Nunca supe esa última circunstancia.

—Puede ser que me equivoque, señora: mi vista es flaca.

De allí á poco se despidió Quevedo de la duquesa y se fué á descansar: estaba bien seguro de haber reconocido á Isabel, y recordando las antiguas tramoyas de esta mujer, murmuraba para su sayo:

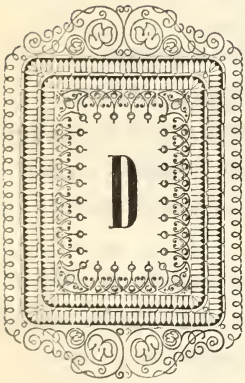
—Véase la maldita, despues que ni los peces la han querido en su compañía, como ha venido á ser vireina *in partibus* de Sicilia!... Se salió al cabo con la suya de hacer al duque su *primo*.

CAPITULO XXXIV.

DE COMO QUEVEDO ENTRÓ EN LA CARRERA DIPLOMATICA, Y COMENZÓ A DESCUBRIR EL SECRETO DE GANAR LOS CORAZONES.

Poderoso caballero
es don Dinero.
QUEV.—*Letrilla.*

Gobernando están el mundo,
cogidos con queso añejo,
en la trampa de lo caro,
tres gabachos y un gallego.
ID.—*Romance.*



DURANTE algunos dias holgó nuestro héroe, sin otra ocupacion que la de pasearse y visitar amigos: el duque le dejaba en plena libertad; pero no así la duquesa, que habiéndole hecho confidente de sus secretos pesares, le atormentaba sin querer, encendiendo en su pecho mas y mas la llama de su amor contrariado: afortunadamente poseía el don de idealizar sus sentimientos, y buscando la soledad en los amenos sitios que el palacio y la ciudad le ofrecian, exhalaba en sonoros versos aquel fuego recóndito, como el Etna desahoga sus abrasadas entrañas del incendio, que de otro modo lo romperia.

Eñ uno de sus paseos solitarios por las frondosas alamedas, que la policia del celoso Virey habia restaurado, para recreo de los habitantes de la ciudad, fué á sentarse á la sombra de unos tilos en un banco de piedra, al que servia de respaldo una espesa enramada

de jazmines y madreselva : la casualidad hizo que en el lado opuesto hubiese dos amigos, dos militares aventureros, que hablaban en confianza, y cuya conversacion pudo escuchar Quevedo sin ser indiscreto.

—No hay que darle vueltas, señor Jacques-Pierres, decia el uno, cuya voz reconoció el poeta, moviéndole á prestar atencion. Nadie pondrá en duda vuestro valor: con cuatro mozos como usarcé, ó como este fraile, turcos y venecianos estarian ya borrados del mapa: yo sé que el Virey es bien templado, y que á su excelencia le gustan los hombres ternes. ¿ *Comprené-vu*? Pero no conseguireis nada, si á mayor abundamiento no le habla en vuestro favor mi señora prima.

— *Muá*, yo no querrer primas, *je vous dis*. Si *vous* no quereis parlar á su excelencia, *eh bien*, yo parlaré *muá memme*. *C'est tout fini*.

— Perdereis el trabajo ; porque, al fin y al cabo sois francés, y el Virey no se fiará de vos sobre vuestra palabra. Lo que, si entrais á su servicio recomendado por mi señora prima, todo irá bien.

— Eh ! *Monsiú le* capitan ! repuso bruscamente el francés. Yo saber donde me aprrieta el zapató. *Vu* tratar de comprrómetermé. La señora prrima es bien conocida de *muá*.

— De veras?

— Si, si, de verras. Ya está bona pácara : é *pour l'amour de moi* fué, que revolvió el harem del turco, y queriendo *sortir* con otras, la prendieron. *Voayé-vu?* Madama prima no habrá *ublié* los azotes; y yo no querer *pas mistificar á monsiú le* Virey. *Je veux fair* mi negocio, y *rien de plus*.

— Y qué importa eso? Hareis vuestro negocio y yo el mio. Entrando los dos al servicio de su escelencia y entendiéndonos con doña Isabel, tendremos un buen apoyo, y nunca se enterará el duque de si habeis ó no tenido antes que ver con ella : lo que de otro modo, estais espuesto á que mañana ó el otro se crea que habeis ocultado vuestro conocimiento con segunda intencion. En resúmen, señor Jacques-Pierres, yo os he ofrecido mi mediacion contando con el influjo de mi prima.

— *C'est à dir*, que *vous* me habeis *trompé*. *Sacrr...!*

—Yo no engaño á nadie, vive Dios! El capitan Inguanzo es un hombre de honor, y cumple siempre su palabra.

—Inguanzo! murmuró para sí Quevedo. ¿De cuándo acá se llama Inguanzo el capitan Varea?

—La verdad en su lugar, señor francés, continuó diciendo el primo del cuñado de Belisa. Yo sirvo á S. M. católica en las galeras del corso que hace ocho dias anclaron á la vista de este puerto, y no me hallo muy á gusto con mis gefes: me entenderia mejor con un capitan de vuestro temple. Además, he visto aquí á mi señora prima, y quiero cobijarme bajo sus alas: sé que me otorgará cuanto le pida, y si no lo hiciere, ¡ay de ella! Unidos los tres, podemos sacar las entrañas al Virey. *Comprené-vu, monsiú?*

—*Très bien.* Mas, á mí no me *manca* ni vuestra prima, ni vos: el capitan Jacques-Pierres vale tanto *pour la mer*, como el Virey de Sicilia por la *terra*: si á *lui le tremblan* los bandidos, de *moi fuyen* los corsarios, y yo no *creño* presentarme á su escelencia.

—Os advierto que nada alcanzareis, si yo no quiero.

—*Eh bien: je vous couperai la gorge.*

—*No compran pan*, repuso el capitan Varea intentando hablar en francés.

—Quierro decir, repitió Jacques-Pierres, que yo, *mua, vus cortaré la pescueza. Comprenez vous maintenant?* Jacques-Pierres lo sabe *fair* á la maravilla.

Quevedo dió la vuelta á la espaldera que le separaba de los dos aventureros, y se presentó á ellos de improviso, como si llegase en aquel momento y le hubiesen atraido las palabras del francés: les saludó atentamente, y hablando en el idioma de este, dijo:

—Perdonad, señores, mi indiscrecion: creo haberos oido pronunciar un nombre harto célebre, y deseoso de conocer personalmente al que lo lleva, no he podido menos de interrumpiros, aun con riesgo de incurrir en vuestro desagrado. ¿Tendré la dicha de haber hallado en alguno de vosotros al famoso y nunca bien ponderado capitan Jacques-Pierres, terror de los turcos?

—*C'est moi*, respondió secamente el francés.

Era este un hombreton mas ancho proporcionalmente que alto,

de color rojo tostado, aire intrépido y ojos burlones con osadía: llevaba un espadon de mas de marca, el cual parecia pequeño para sus nervudas manos: su edad era, poco mas ó menos, la de Quevedo, y su fama competía efectivamente con la de los primeros capitanes de aquel siglo; pues con menos autoridad y fuerza que ellos, se habia hecho temible en los mares de Levante. Nuestro poeta le tendió la mano diciéndole:

—Señor capitan, celebro esta ocasion venturosa de conoceros y ofreceros mi amistad y cuanto yo valga: teneis en mí á un secretario y consejero privado del señor Virey de esta isla.

—Oh! Soy vuestro servidor, respondió el francés apretando la mano de Quevedo.

El capitan Varea estaba alelado, oyéndolos hablar sin entenderlos mas que á medias, y evitaba mirar frente á frente al poeta, haciéndose así la ilusion de que este no le habia reconocido. Jacques-Pierres continuó su conversacion paseando, sin cuidarse para nada de su compañero.

—Yo, señor secretario, dijo, he arribado á Sicilia con el objeto de ofrecer mis servicios á un príncipe valiente y renombrado: como simple aventurero he sabido sostener con gloria mi nombre; pero tambien he atraido sobre mí las miradas de todos mis enemigos. ¿Cómo podré resistirles el dia que se unan contra mí? No soy tan temerario que desconozca la flaqueza de un hombre solo, sin mas ventajas que su valor y sus propios recursos. Si el duque me da los suyos, tendré mis fuerzas y además las de España por aliadas; y prometo hacer tanto como el que mas en provecho de las armas católicas.

—Señor capitan, le respondió Quevedo: yo espero que el Virey sabrá apreciar vuestros méritos y aceptará el ofrecimiento que pensais hacerle de vuestra brillante espada, y creo que no podeis hacer de ella un uso mas honorífico. Si persistís en esa idea, venid esta tarde á las tres á Palacio, y preguntad por don Francisco de Quevedo. Yo mismo os presentaré al duque. Pero tened esto reservado hasta que sepamos la determinacion de su escelencia.

Despues de pasear un rato con los dos aventureros, nuestro poeta se retiró al palacio y dió cuenta al duque de su encuentro con

ellos; pero teniendo la prudencia de no revelarle las pretensiones del capitan Varca respecto á su prima. El duque agradeció á Quevedo el paso que habia dado para atraer á sus banderas al formidable corsario, y aquella tarde recibió á este en audiencia particular. Oida su razonable solicitud, le contestó, sirviéndole su amigo de intérprete.

—Yo, señor Jacques-Pierres, aprecio y distingo á todos los hombres de mérito sobresaliente, sin preguntarles donde han nacido, ni de donde vienen. Pero necesito que me dén pruebas de lealtad y honor antes de otorgarles mi entera confianza: cuando la han ganado, pueden contar con ella sin reserva; y esta palabra no es la de un cortesano, sino la de un soldado franco, que nunca falta á lo que promete. Así, pues, desde hoy quedais al servicio del rey católico bajo mis órdenes; prestareis el juramento de fidelidad, y os daré una comision por via de ensayo: segun la desempeñeis, así haré en lo sucesivo.

El aventurero quedó muy satisfecho con esta respuesta, y habiendo recibido órden de entenderse con el secretario Oñate para todo cuanto necesitase, hizo el debido acatamiento al duque y se despidió. Luego que este se halló á solas con Quevedo, le dijo:

—Hemos hecho una buena adquisicion: el rey me ha otorgado autorizacion para armar bajeles en corso: no sé si lo sabeis: de las presas que haga, debo dar el quinto á S. M., y necesito repartir lo demás entre mi consuegro, sus hechuras y mi caja particular. Con media docena de bravos como Jacques, no doy mi parte de presa por dos millones de ducados al año, y puedo asegurar que en media docena de ellos podrá andar todo el mundo por esos mares tan tranquilo como por esta sala.

—Lo creo así, repuso el poeta: por lo mismo he procurado aprovechar las buenas disposiciones de ese tigre marino.

—Y no es solo eso, camarada, prosiguió el duque. Si la guerra del Norte se enreda, y la Señoría de Venecia deja algo descubierto el flanco de sus traiciones, Jacques-Pierres me ha de servir de tapon para la boca del Adriático. ¡Iras de Dios, qué ganas le tengo á la ciudad de las islas!

—Acatando vuestro parecer, dijo Quevedo, cuando ese caso lle-

gue, y no está lejos, no pondria yo en manos de nuestro aventurero el tentador comercio de Venecia. Tenemos otros, que pueden incomodarle mejor, como las moscas al toro.

—Otros? Quiénes son?

—Los uscoques.

—No os entiendo. ¿Qué casta de pájaros son esos?

—Los uscoques son unos pueblos anfibios, pobres; pero muy amantes de su independencia, que nadie ha podido someter, y que viven sin morada fija en las riberas mismas del Adriático: estos tales aborrecen de muerte á los venecianos por su intolerante orgullo; pues como se creen señores absolutos de aquel mar, no les dejan libertad para pescar, ni consienten sus cortos viajes á lo largo de ambas costas. Declarada la guerra á Venecia, con unas cuantas patentes de corso y algunos pequeños auxilios que se dén á aquellos hombres medio salvages, bastará para que la Señoría tenga demasiado que hacer con darse de manotadas: su puerto quedaría bloqueado sin necesidad de una fuerte marina.

—Pensaremos en eso. Mas ahora hemos de ocuparnos en otra cosa. Yo quiero hacer valer mi persona en este puesto: para ello, deseo tener una intervencion muy directa en los negocios del Piamonte; pero necesito conocer bien á fondo las intenciones de mis cólegas de Nápoles y Milán y el espíritu de los potentados, como tambien ganar el apoyo de la corte de Roma. ¿Qué opinais que debo hacer?

—Opino que no hareis nada de provecho, mientras no se releve al gobernador de Milán.

—Ya lo sé: pero los otros?...

—El de Nápoles hará lo que se le diga, si se encarga de negociar con él un sugeto que le sepa conducir.

—Vos mismo, eh?

—Me parece, señor, que no lo haria del todo mal.

—Y el Papa?

—Su Santidad no puede querer que el espíritu de rebelion se estienda por sus estados vecinos, ni menos que los pequeños lobos se conviertan en uno grande. Así que fácilmente obtendreis su apoyo; sobre todo, si sabeis disimular vuestra noble ambicion,

mostrando que no aspirais á la gloria para vos solo.

—Tambien me parece que vos desempeñaríais bien esa comision.

—Es algo mas delicada que la de Nápoles: sin embargo, llevando algunas ofrendas piadosas, tengo yo bastante teología para alternar con los padres del Sacro Colegio.

—Sí, lo creo: y sobre todo, sois un tuno muy corrido, repuso el duque sonriéndose. Lo demás es *pecata minuta:* los potentados son por lo comun del último que llega, y aunque ahora parece que el Saboyano los tiene inflamados con su estupendo plan de nacionalidad italiana, no es difícil á un negociador hábil y discreto persuadirles, que el lobo gordo se los tragará uno á uno.

—Ciertamente, señor.

—Pues bien: voy á entregaros toda la correspondencia que he recibido estos dias relativa á este asunto: enteraos bien de todo, y avisadme cuando esteis dispuesto á partir. No lo demoreis mucho, pues deseo que vayais al Piamonte mismo, á estudiar sobre el terreno el estado de aquel país, los medios ofensivos y defensivos que tiene el duque y los que podremos utilizar en caso necesario.

—Grande es la empresa que me encomendais, dijo Quevedo algo pensativo: pero, Dios mediante, la llevaré felizmente á cabo.

De allí á tres dias estaba nuestro poeta al corriente de todos los pormenores transmitidos al Virey por conductos oficiales y extraoficiales, acerca de los planes, ligas y relaciones del duque de Saboya; y habiendo comunicado á su poderoso protector las observaciones que habia hecho sobre el particular, recibió los documentos necesarios de seguridad y representacion y se embarcó para Nápoles, conducido por el capitan aventurero, que ignoraba el objeto de su viaje.

Antes de partir, procuró ver á solas á la duquesa y la dió un buen consejo.

—Desentendeos, señora, la dijo, de los celos que os atormentan: la mujer que os los inspira no es digna de ellos, ni con mostrarlos conseguireis haceros mas amable á los ojos de vuestro esposo. Vigiladla, sí; porque es traidora, y tal vez sorprendais alguna

intriga suya, capaz de comprometer á mi señor el duque: si yo permaneciese á vuestro lado,-y sabe Dios cuanto me duele ausentarme, añadió con un suspiro,-me ocuparia incesantemente en velar sobre ella, y estoy casi seguro de que os prestaría un buen servicio.

—Gracias, Quevedo! respondió la duquesa. Estoy convencida de que solo vos me amais.

—Sí, señora.... con el alma! Y la exhalaría gustoso por veros feliz.

—Adios, Quevedo, adios, repuso la duquesa volviendo el rostro á otro lado. Prefiero la virtud á la felicidad.

El poeta se alejó sin replicar.

Dos meses gastó negociando en las cortes de Nápoles, Roma y Milán, y en las de los pequeños príncipes que con el título de potentados se repartian el resto de Italia: en todas partes dejaba formadas alianzas estrechas en favor de España; pero al reembarcarse en Génova para costear el ducado de Saboya en busca de un punto por donde introducirse en él de incógnito, escribió á su amigo el Virey, diciéndole:

«A mi vuelta, que será pronto, bien necesitará vuecelencia te-
« ner preparada una espedicion á nuestro capitan aventurero, á fin
« de que cobre á los turcos las deudas que yo he contraido, y que
« vuecencia habrá de pagar. Teneis muchos amigos, señor escelen-
« tísimo: si fuesen mas, necesitaríais descubrir la piedra filosofal
« para mantener inalterable la ternura de sus corazones.»

Durante aquella larga incursion, Jacques se habia hecho muy amigo de Quevedo, quien por su parte habia descubierto en él cualidades preciosas para las empresas arriesgadas; pues á su valor frio é intrépido reunia la sagacidad de la raposa y una penetracion pronta y certera. El dia que zarparon del puerto de Génova, iban los dos sobre el castillo de popa disfrutando las brisas de una hermosa tarde de otoño, y hablando confidencialmente como buenos compañeros. Nuestro poeta, que hacia tiempo deseaba entablar con él el capítulo de sus relaciones con la odalisca Belisa, le preguntó:

—Qué ha sido de vuestro camarada, el que os acompañaba en el paseo de Mesina, el dia que os conocí? No le he visto en todo nuestro viaje.

—Quereis decir el capitan Inguanzo? preguntó á su vez el aventurero.

—No sé si se llama Inguanzo: aquel de la cara acuchillada.

—Con nosotros venia; pero desertó apenas desembarcamos en Nápoles, llevándoseme el fondo de repuesto, que cometí la torpeza de confiarle.

—Si le hubieseis conocido como yo, no habríais cometido esa falta.

—Hola! Vos le conocíais?

—De larga fecha: desde que en Madrid era amante de Mirtilina.

Jacques se quedó mirando á Quevedo con ojos penetrantes; pero no descubrió en su rostro mas que una apacible sonrisa.

—Capitan, prosiguió diciendo el poeta. Mirtilina es un crucero por el que todos hemos pasado, y yo con avería. ¿Es verdad que el Gran Turco la mandó matar por virtuosa? Me han dicho que vos sabeis esta historia.

El aventurero soltó una carcajada brutal y repuso:

—La virtud de Mirtilina y mi conciencia son de una misma estofa. Os diré lo que pasó con ella en el harem. — Estando yo cruzando en las aguas de Malta, dí caza á una mahona de Sámos, que andaba al corso; la cual venia entonces del Cairo, cargada de ricas mercancías para Venecia. Durante el combate, un buque mercante francés permaneció en espectativa, y su capitan me dijo luego, que estaba dispuesto á darme ayuda, si me hubiese visto en peligro. Este capitan era un jóven de veintiseis años, hijo de un armador de Tolon, el cual buscaba desesperado á una hermosa dama, pariente suya y su novia, que habiendo ido á recrearse en una quinta situada junto á las bocas del Ródano, habia sido robada por unos piratas. Segun los informes adquiridos por el jóven Moret, que así se llamaba, los raptores de su dama eran turcos, y el barco que yo acababa de apresar tenia las mismas señas que le habian dado unos pescadores franceses. Interesándome por mi afligido compatriota, le propuse ayudarle en sus investigaciones; y al efecto, le hice pasar á mi buque, y en su presencia sometí á un minucioso interrogatorio á los cautivos samenses: negaban ellos haber robado á mi paisana; pero, les dí tormento, prometiendo dejar libre al que confesase la verdad

y me auxiliase para rescatar á la jóven, y por este medio saqué en claro todo lo que deseaba. La hermosa Julia habia sido cautivada por el dueño de la mahona, rico mercader de Sámos, el cual la habia regalado al Sultan, junto con otras doncellas, en cambio de algunos privilegios.

«El pirata que me dió estas noticias, me manifestó que no era posible rescatar á la cautiva; porque el Sultan no admitia tratos de esta especie, prefiriendo, cuando se le antojaba, dar libertad generosamente á sus mujeres ó regalarlas, á recibir precio por ellas; pero que tal vez, sobornando al jefe de los eunucos, seria fácil sacarla del harem.

«Yo conferencié con el jóven Moret, y le propuse acometer una hazaña muy peligrosa: entrar en el harem, como los lobos en un redil, y robarle sus mujeres al Gran Turco.

—Escelente idea, si hubiera sido realizable, dijo Quevedo.

—Sin embargo, continuó el aventurero, fué tomada en consideracion; pero hubo que combinarla con un plan secundario, que nos abriese las puertas. Entre mis cautivos habia un hijo del mercader de Sámos: le dictamos una carta para su padre, en la cual le decia, que si en el término de veinticuatro horas no se comprometia á ponernos en relaciones con algun funcionario influyente del serrallo, á fin de que se nos entregase la jóven Julia, le enviaríamos su cabeza. El mercader se apresuró á contestar, dándonos todas las seguridades necesarias de que satisfaría nuestro deseo, y rogándonos encarecidamente, que tuviésemos nuestro trato muy secreto. Yo tomé por mi parte las mias, para que no me vendiese, y guardando á su hijo en una caverna de las costas de Calabria, partí con Moret y otros veinte compañeros decididos á poner en ejecucion nuestra empresa: flotamos la mahona, y disfrazados todos con trages turquescos, fuímos á anclar tranquilamente al puerto de Constantinopla.

—Todo eso es muy interesante, dijo el impaciente Quevedo. Pero no tiene relacion con la historia de Mirtilina.

—Sí la tiene, y ahora lo vereis, respondió Jacques. — Mirtilina era el instrumento de quien pensaba valerse el mercader para secundar nuestros intentos. El Sultan estaba perdidamente enamorado

de ella, que escaseándole sus favores, le habia convertido en esclavo de sus caprichos: á querer ella, le habria bastado fingirse celosa de Julia, ó haber pedido al Sultan que la despidiera de su harem, para que todo hubiese ido á medida de nuestros deseos. Pero Mirtilina quiso aprovecharse de esta coyuntura para obtener su libertad, única gracia que por nada del mundo le habria otorgado su señor. Gozaba aquella mujer de una consideracion tan estremada, que era el asombro de Constantinopla: diariamente se la veia salir á pasear por el mar, en una góndola empabesada y cubierta de oro, perlas y riquísima pedrería: seis mujeres principales la acompañaban, refrescando su rostro con abanicos de pluma, quemando á sus piés esencias olorosas, tañendo instrumentos armoniosos, y cuidando de evitarle la menor incomodidad: una diosa no habria recibido tan serviles homenajes. En el harem no se hacia mas que su voluntad; cuatro eunucos que tuvieron la desgracia de disgustarla, habian muerto en el suplicio del palo: una esclava que, peinándola, le arañó el rostro, sufrió dos meses de prision cargada de hierros. Ella sola tenia derecho de disponer las fiestas que se hubiesen de dar para agradarla: su nombre solo bastaba para disculpar las ligerezas y aun las faltas mas graves de las otras muchachas, que buscaban naturalmente su amparo y favor para gozar de cierta libertad: en suma, la bella Mirtilina era en el harem una soberana despótica, y habia transtornado todas las costumbres y las leyes de aquel sagrario musulman. El Gran Turco solia enfadarse á veces de sus travesuras y caprichos; pero con ponerle mala cara, ó con hacerle un mimo, quedaba ella perdonada y él contento.

—Reconozco á mi Belisa en esos rasgos, observó Quevedo. Esa es su historia, no la otra. Continuad.

—Apesar de una soberanía tan absoluta, Mirtilina se fastidiaba en el harem: para que ella hubiese estado gustosa en aquella vida, hubiera sido menester que el Sultan le concediese el comercio libre con la sociedad esterior; y aun aseguraban personas bien informadas, que Su Alteza habia estado á punto de crear una tertulia de amigos para recreo de su favorita. Por otra parte, como esta no podia menos de ser aborrecida por sus rivales, en proporcion de lo mucho que privaba, temia continuamente las asechanzas de aquellas

mujeres, y en particular de una vieja llamada Gulnara, que habia sido en otros tiempos señora del palacio, y el primer amor del Sultan.

« Ello es que deseaba la libertad, cuando el mercader de Samos la envió un rico presente de telas y joyas, y envuelta en un hermoso velo, una carta declarándole su pretension : como no estaba prevenida, al desdoblar el velo, cayó la carta, y tuvo que enterar de ella á la vieja Gulnara que se hallaba delante. Esta pérfida mujer le fingió amistad y se le ofreció como mediadora para facilitar la correspondencia. Mirtilina, sin fiarse enteramente de ella, contestó al mercader diciéndole que pediria al Sultan la gracia que solicitaba, y que al dia siguiente podria indicarle mas claramente si lo habia conseguido : que procurase hallarse con el amante de la bella Julia al paso de ella por el Bósforo. Esta carta vino á nuestro poder por conducto de Gulnara.

—Ya preveo el desenlace, dijo Quevedo : si hubo dueña en el negocio, habria soplo al canto, despues de cobrar el corretaje.

—Así fué : al dia siguiente nos paseábamos por el Bósforo, el mercader, Moret y yo, cuando apareció la suntuosa góndola de la favorita : esta y sus criadas, entre las cuales iba Julia, venian cubiertas con sus velos : dejamos el paso libre, y al verla deslizarse por delante de nosotros, nos inclinamos en señal de acatamiento. Mirtilina se recostó muellemente sobre el respaldo de su otomana, y con mucho disimulo dejó caer al agua un ramo de flores. Nuestra barca cruzó entonces la estela que dejaba la góndola ; y yo recogí el ramo, dentro del cual habia un papel escrito, que decia :

« No conseguireis la libertad de Julia, si no teneis valor para al-
« canzar la mia. Para el valiente que me salve, guardo un tesoro de
« riquezas y de amor. — Esperad á mañana. »

Al otro dia, un nuevo billete, en igual forma, vino á decirnos :

« Tengo toda mi esperanza en el bizarro caballero, alto y rubio,
« que disfraza su orígen con el trage turquesco. Si os doleis de mi
« desgracia, estad de noche en este sitio, y cuando veais una luz
« verde en la ventana mas alta del harem, acercaos sin temor á la
« escalinata del embarcadero. Valor y confianza. »

« La sagaz favorita, prosiguió diciendo el aventurero, no habia

necesitado mas que una ojeada para adivinar que yo era amigo del amante de Julia, y por lo mismo imploraba mi auxilio. Moret y yo reservamos para nosotros solos el contenido de este billete, y llegada la noche, nos apostamos con nuestros otros compañeros á la vista del serrallo, decididos á sacar de él media docena, lo menos, de las palomas cautivas.

« La primera noche se pasó en claro, sin que apareciese la señal convenida: la segunda era ya mediada, cuando vimos lucir el faro de nuestro destino. Inmediatamente mandé bogar con sigilo por el Cuerno de Oro, y pocos momentos despues, Moret y yo pisamos la escalinata: la puerta estaba abierta y todo el jardin á oscuras: una figura blanca se destacó en aquel fondo negro, y al mismo tiempo sonó una voz delicada y trémula que decia: — Moret, ¿ sois vos? — El enamorado mozo se abalanzó lleno de júbilo á la jóven, y la levantó en sus brazos, exclamando: — Sí, amada Julia: venid!

— Estaba sola? preguntó Quevedo.

— No: dos jóvenes mas habia detrás de ella, y todas aguardaban á Mirtilina, que se habia detenido recogiendo sus joyas: los eunucos, guardas del harem, estaban encerrados por mano de la traviesa favorita, y el Sultan adormecido con opio. Julia queria que la aguardásemos, y yo era del mismo parecer; cuando de pronto sonaron voces dentro, y aparecieron reflejos rojos de antorchas. Un grito de mujer me anunció que mi odalisca habia sido sorprendida: quise lanzarme dentro á rescatarla por la fuerza; pero Moret, que ya tenia en la lancha á su amada y á las otras dos jóvenes, me tiró de un brazo, y al empuje de mi caida, el bote se alejó rápidamente de la escalinata. — Bogad, bogad á prisa, dijo Moret á mis compañeros. — En pocos momentos nos hallamos fuera de la Punta del Serrallo y oíamos á lo lejos una algazara infernal. — La vieja Gulnara habia dado suelta á los eunucos, y revelado lo que pasaba, deteniendo ella misma á la favorita. De lo cual resultó, que empalaron al mercader de Samos, cuya carta se encontró en poder de aquella, y á la misma la azotaron, arrojándola luego al mar, para que sirviese de pasto vivo á los peces. Mi nombre llegó á oidos del Gran Señor, quien, segun cuentan, ofreció mil piastras por mi cabeza. Poca cosa, en verdad, señor de Quevedo: ¿ No os parece que vale algo mas?

—Sí, por cierto, amigo: el Sultan no sabe de la misa, ni media.

—Qué ha de saber, si es un perro, enemigo de Dios y de su Iglesia? Le tengo mala voluntad, y nada me divierte tanto como darle que sentir. Decidme, señor secretario: ¿durará mucho nuestro paseo por estos mares? Porque os confieso en confianza, que ya estoy cansado de no hacer nada, y me muero por ver las medias lunas. Tengo ansia de probar al emperador otomano, que Jacques-Pierres vale algo mas de mil piastras.

—Pronto volveremos á Sicilia y todo se andará, camarada. ¿Estamos muy lejos de Niza?

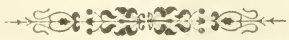
—No mucho, respondió el francés: la tenemos á la derecha, casi enfrente de nosotros. ¿Veis aquellas nubecillas blancas, que dora el sol? Pues allí está Niza: pero, si pensais desembarcar en ella, os advierto que, segun voces que corrian ayer en Génova, está eso en revolucion.

—Qué habeis oido decir?

—Cuentan que los nizanos se han rebelado contra su señor el duque de Saboya, y han arrastrado por las calles á un secretario suyo, que fué á pedirles un empréstito de guerra.

—Tanto mejor, repuso Quevedo. Vamos á Niza.

Con efecto, al amanecer del dia siguiente, nuestro poeta pisaba las calles de aquella ciudad, cuyos habitantes parecian asombrados de su rebelion contra el duque de Saboya.

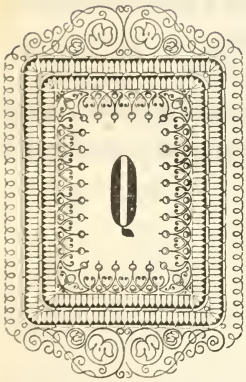


CAPITULO XXXV.

QUE PODRA NO SER MUY DIVERTIDO; PERO ES VERDADERO.

¡Cuán raros han bajado los tiranos,
Delgadas sombras, á los reinos vanos
Del silencio severo
Con muerte seca y con el cuerpo entero!
. . . . . .
Id, pues, grandes señores,
A ser rumor del mundo;
Y comprando la guerra,
Fatigad la paciencia de la tierra.

QUEV.—*Sermon estóico.*



UEVEDO habia recibido en Génova cartas de recomendacion para el rico ciudadano y negociante de Niza, señor Andrés Stradella; el cual, hacia dos años, desempeñaba el cargo de regidor de aquella municipalidad.

El señor Stradella era un bellísimo sugeto, bien quisto de sus compatricios, y sin mas falta, si tal puede llamarse, que la de entregarse con inconsiderado ardor al ímpetu de sus ideas políticas: era, como quien dice un republicano de aquellos tiempos; exaltado y vehemente en sus opiniones, crédulo y confiado en la buena fé de los demás, y tan fogoso defensor de los fueros populares, que, sin creerlo un mérito, habria sacrificado su vida por ellos: en todo esto no entraba para nada el cálculo, abnegacion rara en un hombre dedicado al comercio desde niño, y que á su trabajo personal debia las inmensas riquezas que disfrutaba. De inferir es, atendido este genio es-

cepcional, que seria esplotado en grande escala por toda clase de bribones; pero al mismo tiempo, no habia en Niza quien tuviese mayor influjo que él sobre las clases de gentes que sienten y no piensan, que son siempre las mas numerosas. Stradella hubiera podido él solo hacer una revolucion, con tal que esta no traspasase los muros de su ciudad.

Este ciudadano tenia un hijo de veintidos años, educado en la escuela de su padre. Pietro Stradella, que así se llamaba, se habia mezclado directa y personalmente en el motin contra el secretario del duque de Saboya: muchos jóvenes nobles y ricos eran sus cómplices: la cuestion del préstamo de guerra se habia complicado con otra de galantería, la cual sirvió de pretexto á Pietro para dar la señal de rebelion contra el secretario, que osó poner los ojos en cierta dama principal, mujer de un amigo suyo.

Cuando llegó Quevedo á la casa de Stradella, estaba este vistiéndose para ir al Concejo: salióle á recibir su hijo, y enterado con alguna precaucion de las recomendaciones que llevaba, le introdujo en una sala, donde habia tres jóvenes hermosas; dos de una misma edad, pero desemejantes, y otra menor, muy parecida á la una de ellas y á Pietro: estas dos últimas eran sus hermanas, y ofrecian á la vista los rasgos de ese bello tipo italiano, que á pesar de los siglos no desmiente el orígen griego. La otra de las dos mayores era rubia, de ojos azules, apacibles y candorosos: la ligereza de su sonrisa y cierta formalidad cuidadosa daban á conocer que era francesa y casada.

Pronto hizo Quevedo alianza con todas tres, mostrándose galante y chusco, sin impertinencia: la francesita, no obstante que por su tipo parecía que debiera ser la mas tímida, le sostuvo la conversacion, mientras las otras reian hablándose de cuando en cuando á media voz. La mayor de las hermanas dijo á la rubia.

—Cualquiera creería, Julieta, que conoces de mucho tiempo á este caballero.

—Julieta? repitió Quevedo. Lindo nombre! Ayer me contaron una historia de cierta cautiva muy hermosa; y como no me dieron otras señas, juraria que erais vos.

La jóven rubia bajó los ojos y se puso encendida.

—Es muy singular! dijo la mayor de las dos hermanas. ¿Quién ha podido contaros esa historia?

—Lo singular sería, repuso Quevedo animándose, que hubiese yo venido á encontrar aquí á la amada del jóven Moret.

—Su esposa, caballero, dijo la rubia. Yo soy esa Julia, poco hace tan desgraciada, y hoy la mas feliz de las mujeres. Me encontrais aquí, porque el señor Stradella es mi tio, hermano de mi madre, y he venido á pasar una temporada en compañía de mis primas.

—Conocereis al corsario Jacques-Pierres? preguntó afirmativamente el poeta.

—No he de conocerle? ¿Dónde andará ahora?

—No está lejos.

—Qué me decís?

—Él es quien me ha conducido á este puerto.

—No me iré sin verle.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando entró en la sala el regidor Stradella, vestido con su traje de ceremonia, al cual daba estraordinario realce lo voluminoso y casi desvergonzado de su abdómen: por razon de las circunstancias, se habia colgado aquel dia un talabarte rojo y una espada, que mejor pudiera llamarse montante, reservada solo para las ocasiones de solemnidad ó peligro.

—He visto lo que me dice mi corresponsal de Génova, dijo sin cumplimiento al entrar; y acepto la comision, sin interés: tambien he leido la carta del señor Lamberti, por la cual veo que venís de Sicilia, y sois secretario privado del duque de Osuna. Seais bien venido.—Esta es vuestra casa: Stradella y Moret, para lo que gusteis mandar.

—Gracias, generoso huésped, respondió Quevedo. Cuando esteis desocupado os esplicaré el objeto de mi venida.

—Sí, cuando esté desocupado: bien decís. Ahora vamos á deliberar acerca del recibimiento que ha de hacerse al tiranuelo libertador de Italia. Hum!... Si valiera mi voto, le recibiríamos á cañonazos.... Hum! Pero lo mejor es callar.

—Cómo es eso? Esperais al duque Cárlos Manuel?

—Sí, señor: su alteza se digna venir á visitarnos. Pues!...

Doce ó quince mil florines mas fuera de la caja municipal. Visitas! hum!... No necesitamos sus visitas: menos tributos y mas respeto á los fueros de la ciudad: eso, eso. En fin, allá veremos: por mi voto, ni una luminaria, ni una salva: todo eso no sirve mas que para malgastar el dinero del pueblo.

—¿Qué importa, si al pueblo vuelve? dijo Quevedo con ánimo de exaltar la bilis del rejidor.

—Vuelve!... Pero es mal empleado: que se festeje á un príncipe virtuoso y padre del pueblo, santo y bueno; pero á un desollador coronado, es una necedad, un despilfarro, y una bajeza. En fin, señor don Francisco, allá veremos: el Concejo me aguarda: hasta la vista. La casa Stradella y Moret está á vuestra disposicion.

Diciendo así, el grave concejal salió con toda la prosopopeya que requeria su destino. A su vuelta, se alarmó toda la familia, viéndole llegar con las megillas inflamadas, los ojos chispeantes y la respiracion fatigosa.

—Qué es esto, padre? Qué sucede? le preguntó su hijo.

—Qué ha de ser? respondió ijadeando el regidor: yo sé lo que sé, y cada uno sabe lo que sabe. Dí que me traigan un refresco.... Una botella de limonada.... y otra para este caballero, añadió por Quevedo.

Pietro salió á repetir la órden de su padre, el cual continuó diciendo:

—Pues, señor: sucedió lo que yo me pensaba. ¿Qué necesidad tiene uno de perder las horas en vestirse y en asistir al Concejo? Al cabo se hace lo que quieren los apocados, que son el mayor número. Para esto no valia la pena de molestarme. Pero ellos se arrepentirán: hoy se humillan como borregos; mañana serán trasquilados.

—Es necesario transigir, señor Stradella, repuso Quevedo.

—Yo no transijo nunca con los tiranos! gritó el regidor, como si todavía estuviese en el Concejo. Yo no admito esas frases de benevolencia, con que se me ofende, vendiéndome la fineza de que se me perdona: yo no quiero perdon, porque no lo necesito.

—Pero, sepamos, ¿qué sucede?

—Figuraos que aquí vino un mequetrefe, un quitamotas del

duque, dándose mucho tono de príncipe, y atropellando á todo el mundo....

—Sí, ya sé lo que ha pasado con el secretario del duque.

—Pues bien: ahora nos escribe S. A. diciéndonos, que deplora los escesos á que se ha entregado su muy leal ciudad de Niza; pero que, penetrado su ánimo soberano de que todo esto ha sido obra de algunos vasallos díscolos y enemigos de toda paz y buena armonía, su magnánimo corazon perdona á la ciudad; y para darla una prueba de su longanimidad y de que confia en la sensatez de estos honrados habitantes, vendrá á visitarnos dentro de ocho dias, y espera que se preparen bailes festines y regocijos públicos en señal del acatamiento que se le debe.—Y digo yo: si la ciudad es leal, y no ha delinquido, ¿qué necesidad tienen de perdon? Y qué, los díscolos de que habla S. A. ¿no son ciudadanos? Mis cólegas no entienden de esto: S. A. les manda disponer festejos para obsequiarle, y ellos bajan la cabeza y dicen: *Amen*. Vendrá el duque, y engreido con su victoria, mientras bailen y trinquen sus cortesanos y aduladores, degollará á todos los que han hecho arrastrar á su secretario.

—Le creeis capaz de eso?

—Lo hará, señor don Francisco; lo hará como lo digo. Vos no conoceis al zorro saboyano. El titulado libertador de Italia es un señor feudal de aquellos que ponian en cada pueblo una horca y una picota por gobernadores. ¡Oh! ¡si hubiera valido la mia!...

—Qué habríais hecho? Porque no creo que tengais recursos para resistir al duque.

—Recursos sobran siempre á un pueblo atropellado, repuso el regidor. Yo me hubiera mantenido firme: habria tomado un acuerdo en nombre del comun, contestando al duque lisa y llanamente, que su muy leal ciudad de Niza no declina la responsabilidad colectiva de lo que se ha hecho con su secretario: á una voz mia, todo el pueblo se hubiera puesto en uñas, y entonces, el duque se miraria muy bien, antes de venir á imponernos festejos: vendria; pero cuando le hubiésemos otorgado nuestra sumision voluntaria, con las condiciones que fuesen de razon. Y no que ahora será lo que Dios ó el diablo quiera.

—Sin embargo, dijo Quevedo, que de esta conversacion iba tomando notas mentalmente: ¿qué podríais hacer en el caso de que el duque viniese con fuerzas contra la ciudad? Si al menos fuese vuestro el castillo...

—Me rio yo del castillo: ¿qué pueden hacer cien hombres que hay en él de guarnicion? Si el duque trae fuerza, y las mete en la ciudad, como señor, entonces sí que hará lo que le diere la gana. Vamos, me irrito al pensar en esos mándrias de concejales!...

Diciendo esto, el regidor se echó á pechos media botella de limonada, é invitó á su huésped á seguir su ejemplo.

—Y advertid, prosiguió despues de una pausa, que no hay en Niza un alma que no piense como yo: el duque no tiene á nadie que bien le quiera.

—Es una lástima, repuso Quevedo como quien hace una observacion, que esta plaza tan hermosa y bien situada, no dependa de un soberano poderoso, que apreciando lo mucho que vale, la diese las franquicias que merece, y la tratase como es debido. Seguro es que, dependiendo de España, en pocos años competiría con Marsella y Génova, y aun haria sombra al mismo duque de Saboya. Es muy distinto obedecer á un gran rey que hace temblar toda la tierra, de estar sujeto á un régulo hambriento, que necesita comerse sus vasallos.

—No digais mas, contestó el regidor: eso merece meditarse.

Quevedo temió haber dicho demasiado, y mudó de conversacion.

Durante los ocho dias que precedieron á la venida del duque, nuestro héroe pasó el tiempo como un viajero curioso, que todo lo mira por entretenerse en algo: el jóven Stradella le introdujo en la sociedad de sus amigos, con quienes pronto se hizo lugar; y andando entre unos y otros, se penetró del espíritu de la poblacion, hostíl generalmente á la casa de Saboya: como el duque habia declarado la guerra á España, la calidad de español bastaba á Quevedo para que todos le tratasen con entera confianza; y él no perdió ninguna ocasion de sembrar su idea donde quiera que se hablaba de política.

En este tiempo llegó á Niza el jóven Moret, quien despues de

pasar tres dias con los parientes de su mujer y con el capitan Jacques-Pierres, que solo por esta circunstancia consintió en bajar á tierra algunos ratos, partió llevándose á su mujer.

La entrada del duque de Saboya en Niza fué uno de esos espectáculos de programa, tan brillantes por de fuera, como ridículos por de dentro. El regidor Stradella daba mucho que reir á Quevedo con la desesperacion que le ocasionaban los deberes de su cargo.

—Vamos, hijas, decia unas veces: poneos los mejores trapillos, que esta noche teneis que bailar para divertir á Su Alteza.—¿Me habeis compuesto el cuello azul? Que esté bien tieso; porque esta tarde tengo que asistir al banquete que da el Concejo á S. A.—Dios bendiga á S. A.!—Dos pobres carpinteros han caido de un andamio y se han lisiado, por levantar á S. A. un arco triunfal.—Eh! Dejadme en paz, decia otras veces á sus dependientes: estamos en vacaciones: ahora es Pascua: ¿no lo sabeis?—Se suspenden todos los negocios: todo el mundo huelga, menos yo, que debo andar como zorra que cria siete, para divertir á S. A.: Dios le bendiga!

Las fiestas en obsequio del duque no habian cesado, cuando una tarde, al anochecer, recibió Stradella una carta de un amigo suyo de Turin, traida por un espreso, en la cual se le decia:

«Por una casualidad he sabido que esta noche debe partir para «esa el príncipe Tomas Filiberto, y tengo sospechas de que no lle-«va buenas intenciones: la espedicion se ha preparado con mucho «secreto: van con el príncipe cuatro mil soldados viejos, de los que «saben aprovechar las ocasiones y atropellarlo todo. Me aseguran «que las fiestas de Niza se convertirán en lupercales y que correrá «mucha sangre. Salvaos y salvad á vuestras hijas.»

El regidor no se sorprendió al leer este aviso confidencial; pero llamó á su hijo, y entregándole la carta, murmuró con desaliento:

—El duque me va á dar la razon: ve ahí lo que me dicen.

Pietro, despues de enterarse del aviso, mostró mas energía que su padre, y le contestó:

—Estamos á tiempo: voy á juntar mis amigos; nos apoderaremos del duque, y su hijo no entrará en Niza, sino solo, ó con una escolta de honor.

—Infeliz! repuso Stradella. Mira la fecha de esa carta: el príncipe ha de estar ya á las puertas de Niza.

Como para confirmar esta prevision, sonó á lo léjos ruido de cajas y músicas militares.

—Ya le tienes ahí! exclamó el regidor. Es preciso que huyas, que te ocultes. Y mis hijas? El tirano es capaz de entregarlas al desenfreno de la soldadesca.

Diciendo así, corrió desatentado hácia el aposento de las dos jóvenes, y su hijo detrás de él: Quevedo entraba en la casa en aquel momento.

—¿Qué habeis visto por ahí, señor don Francisco? le preguntó Pietro.

—Muchos soldados saboyanos y mucha gente asustada, respondió el poeta.

—Oh! exclamó el regidor. Yo no temo nada por mí: pero mis hijos... mis pobres hijos!...

—Serenidad, padre, repuso Pietro: únicamente yo corro peligro en esta ocasion, y no creo que se atrevan á sacrificarme.

—Desdichados de ellos si te tocáran á un pelo de la ropa! exclamó el viejo Stradella: yo tengo tambien mis soldados, y la ciudad se ardería.

—No debemos dar lugar á eso, padre: la lucha sería muy desigual. Tenemos tiempo, y me parece que lo mas acertado es poner tierra de por medio.

—Vuestro hijo tiene razon, dijo Quevedo. Si temeis alguna cosa, huid: yo puedo ayudaros en este trance; pues tengo un buque á vuestra disposicion.

—Yo temo por este calavera, y por mis pobres niñas, repuso el regidor. Sí, es menester que se salven, y acepto vuestra generosa oferta.

—Y vos? preguntó el jóven Stradella.

—Yo me quedo en mi puesto, respondió el padre con orgullo. Si perezco, moriré gustoso: tú me vengarás... Pero no temas nada: no se atenta facilmente contra la vida de un ciudadano como yo: además, mi deber me manda permanecer aquí: yo no tengo porqué huir.

—Yo tampoco, replicó el hijo; y aquí me quedo.

—Tú sí, desdichado; tú sí, dijo el anciano: debes irte, porque... porque yo te lo mando, y se acabó. Pues no faltaba mas, ¿quién manda en mi casa?

Las dos hijas de Stradella habian acudido y escuchaban asustadas este debate. Quevedo tomó parte en él diciendo:

—Señor Pietro, antes os he dado la razon: ahora se la doy á vuestro padre: sus intereses no pueden quedar aquí abandonados, ni menos debe comprometerse su honra con un acto que pareceria miedo. En vos es muy diferente: como no sabemos lo que puede sobrevenir, la prudencia aconseja que vuestras hermanas salgan de esta ciudad, donde tal vez peligrarían entre los azares de la guerra: nada es mas natural que el que su hermano las acompañe. ¿Queréis que vengan conmigo solas? Esto no seria bien visto, aunque mi honor sea bastante á protegerlas contra todo el mundo.

—Gracias, generoso amigo! exclamó el anciano. Id, hijos mios, id: esté yo tranquilo por vuestra suerte, y nada me arredra. Esto me salvará, no lo dudeis: permaneciendo aquí vosotros, nos perderíamos todos.

Las jóvenes lloraban, sin decidirse á nada. En esto llegó un dependiente antiguo de la casa, el cual confirmó los temores de su gefe: las tropas del duque se hacian fuertes, y se alojaban por compañías en algunas casas bien situadas, mientras que una parte de ellas recorria la poblacion haciendo prisioneros.

—No hay que perder tiempo, dijo Quevedo: preparad vuestro equipage, y á partir inmediatamente.

De allí á una hora toda la ciudad estaba alarmada: sonaban pregones mandando á todos los vecinos tener abiertas las puertas é iluminar las ventanas de sus casas: al mismo tiempo, una fuerte patrulla recorria el recinto de la ciudad, cerrando sus puertas, y veíanse atravesar las calles otros piquetes conduciendo cuerdas de presos. Estas noticias llegaban incesantemente á oidos de Stradella y su familia por conducto de sus criados y dependientes, que se retiraban sobresaltados.

—Señor Stradella, dijo nuestro poeta á su huésped: me llevo vuestros hijos, y os respondo de ellos con mi persona: ó los salva-

ré, ó dejaré de existir. Doloroso es depender de un príncipe que tan mal trata á sus vasallos. Procurad salir bien de esta borrasca, y no olvideis que Niza puede tener en España un envidiable sosten y amparo.

—No lo olvidaré, señor don Francisco, respondió el regidor apretándole la mano. La ocasion puede llegar, si quiere el virey de Sicilia: para entonces, si vivo, contad conmigo.

—Os tomo la palabra, repuso Quevedo.

Momentos despues el señor Stradella abrazaba tiernamente á sus hijos y al poeta, quien dando el brazo á una de las jóvenes, mientras Pietro daba el suyo á la otra, abrevió aquella dolorosa despedida, saliendo rápidamente por una puerta escusada. No se veia un alma en las calles, iluminadas y brillantes como para una fiesta: aquella soledad luminosa infundia pavor y asombro. Quevedo apresuró el paso, temeroso de llegar tarde al embarcadero: afortunadamente aun estaba libre el tránsito, y los fugitivos pudieron saltar en una lancha, en el momento de llegar á la vista del puerto un piquete de tropas.

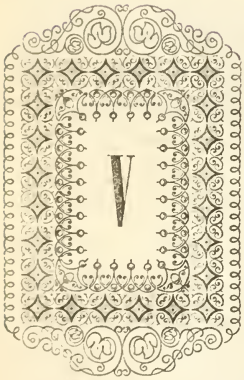
—Nos van á detener! exclamó Quevedo; y poniendo mano en la espada, dijo á los remeros: —Bogad, bogad á prisa, vive Dios!

En dos minutos fueron todos puestos á bordo en el buque de Jacques-Pierres, que partió inmediatamente la vuelta de Génova.

CAPITULO XXXVI.

DE LO QUE SE NECESITA PARA NEGOCIAR CON BUEN EXITO.

El sacrílego Verres ha venido
Con las naves cargadas de trofeos
De paz culpada, y con tesoros reos,
Y triunfos de lo mismo que ha perdido.
¡ Oh Roma! por qué culpa han merecido
Grandes principios estos fines feos?
Gastas provincias en hartar deseos,
Y en ver á tu ladron enriquecido.
QUEV.—*Soneto á la decadencia de Roma.*



OLVIÓ Quevedo á Sicilia, y dió cuenta al duque de sus negociaciones y aventuras; mas apenas hubo descansado, cuando se le preparó una nueva correría.

Estaba próximo á vacar el vireynato de Nápoles, á tiempo que el clamoreo de los quejosos y descontentos de Sicilia era mayor que nunca en la corte de España. El duque consultó á su amigo sobre ambos estremos, y este le aconsejó diciéndole:

—Por la poca esperiencia que he adquirido desde que ando en cortes y entre príncipes conozco, señor, cuan verdaderos son aquellos refranes españoles que dicen: « dádivas quebrantan peñas; » y « no hay firma de general que iguale al sello real. » Deduzco de aquí, mi ilustre señor y amigo, que si ahora mismo se presentase en Madrid un hombre ducho en los negocios, con unas cuantas carretadas de dinero ó cosa que lo valga, segun el hambre de ello que

por allá corre siempre, se llevaría de calle á todo vicho influyente y pudiente, y no habría cargo, honor, ni satisfaccion que á vuecelencia no se le concediese, como de derecho le corresponde.

—Opino como vos, Quevedo: pero la dificultad está en saber de donde saco dinero, repuso el duque.

—De dónde? replicó el poeta. De los bolsillos de vuestros detractores. Convocad inmediatamente las Córtes del reino, para que voten el servicio anual que deben pagar estos vasallos á S. M.—Yo os haré un discursito que les recuerde los inmensos beneficios que habeis derramado sobre esta isla, y los que estais dispuesto á prestarla; como tambien haciéndoles presentes las grandes obligaciones que una guerra inminente va á descargar sobre vuestros hombros para mantener ileso el comercio y los demás intereses de esta república. En unas córtes no caben tapujos ni calumnias: la mayoría del pueblo siciliano conoce y agradece vuestros actos, y sabe de cuanto sois capaz. Otorgará todo lo que le pidais, y este será el testimonio mas irrecusable en vuestro favor. En consecuencia tendreis dinero abundante; y si entre tanto mandais al capitan Jacques-Pierres al Archipiélago, á recoger algo de lo que no hayan perdido los turcos, ved aquí hecho el negocio.

Seguido este consejo al pié de la letra, de allí á poco estuvo reunido el Parlamento, y conforme habia previsto Quevedo, no solo votó el servicio ordinario de trescientos mil ducados por nueve años, sino que además aprobó con grandes elogios el acertado gobierno del duque, y nombró un embajador para que fuese á Madrid á disipar las quejas que se alzaban contra él. A parte de esto, votó un donativo de gratitud, por valor de treinta mil ducados, para el duque de Úceda, y habiendo asistido Quevedo á las deliberaciones, la cámara le nombró su procurador para presentar al rey D. Felipe las actas, señalándole por gajes cinco mil ducados.

En esto regresó de su espedicion el capitan aventurero, trayendo un botin de inmenso valor en finísimas alfombras, delicados perfumes y joyas, mas preciosas aun por su labor artística, que por lo innumerable de las perlas y piedras con que la ostentacion musulmana habia pretendido realzar su mérito.

—Ea, camarada! dijo el duque á Quevedo. Ya teneis aquí mas

de lo necesario para abrir todas las puertas, sin que rechinen, aunque estén los goznes mas tomados que el tabaco en polvo. Partid en busca de la corte, que, si no miente la fama os saldrá al encuentro. Vais en muy buena ocasion; pues probablemente os hallareis en las fiestas de la boda del príncipe, y con este motivo habrá mucho despilfarro; de suerte que sereis recibido como el agua de Mayo, ó como el maná del cielo. A ver como me traeis de retorno el nombramiento de virey de Nápoles.

Mientras el duque hablaba así, paseándose por su gabinete, Quevedo escribía en un pliego de papel, haciendo una lista.

—Pero no me escuchais? dijo el duque.

—Sí, señor: estoy en todo.

—Qué apuntais ahí?

—Apunto los encargos que debo llevar á cada uno: al duque vuestro consuegro las macetas de plata con naranjos de oro y diamantes y el alfanje damasquino, adornado con pedrería: esto sin el donativo del Parlamento.—Al reverendo padre confesor hay que comprarle un altarito con un crucifijo de oro de buen tamaño y algunos relicarios con buenas joyas, para que dirija bien el ánimo de S. M.—Al espía mayor de los cohechos don Andrés Velazquez se le han de llevar unos cuantos tapices persas, para que no espíe.—A los señores del consejo de Italia es menester contentarlos con algunas baratijas.—*Item:* se necesitarán veinte ó treinta mil ducados para que sirvan de *atollite portas:* el oro es llave maestra. Con esto me parece que basta.

—Sabeis cuánto me cuestan ya mi consuegro, el padre confesor y el espía de los cohechos? Pasa de dos millones, amigo: y puedo dar gracias á Dios que no los he robado á ningun cristiano.

—Pues con esos antecedentes podeis descuidar, que tendreis el vireinato de Nápoles y mas que pidais.

—No pido mas; y eso por tener en mis manos la entrada del Adriático. — No andeis escaso en saciar la sed de aquellos hidrópicos de oro. Malhaya lo que eso me importa! Lo que yo ambiciono es fama.

—Y lo de Niza? preguntó Quevedo. No echeis en olvido, señor, que aquella breva está muy madura.

— Espero que tendreis noticias mias y de Niza antes que volvais.

Quevedo partió de Mesina con rumbo á Marsella en buques del almirante Andrés de Oria, llevando los pliegos del Parlamento siciliano, los regalos y un acompañamiento adecuado á su importante mision: marchaba por Francia, no obstante hallarse este país en armas por el príncipe de Condé, que se habia alzado poniéndose al frente de los calvinistas contra Luis XIII; porque esperaba encontrar á la corte de España en el camino y tal vez en la raya misma de los Pirineos. Viajaba lentamente y con ostentacion, cuando al llegar á las cercanías de Montpeller, vió cerrada esta plaza, y se dispuso á pasar de largo; no obstante, probó á ver si podría entrar por alguna puerta, movido de curiosidad de saber lo que allí acontecía, y observando que llegaban en tropel algunos grupos de campesinos armados, se fué detrás de ellos; pero al aproximarse á un tiro de ballesta de los muros, le gritaron los centinelas, mandándole detenerse.

Los campesinos que esto oyeron, se revolvieron contra él y su gente, y sin darle tiempo á retroceder, le obligaron á seguir su marcha tumultuosa.

La ciudad estaba dominada por los insurgentes de Condé, que temian un próximo encuentro con las tropas reales: un oficial seguido de algunos soldados se adelantó por el campo, é intimó la rendicion á Quevedo, conduciéndole desde allí, entre el bullicio y la gritería de la muchedumbre, á la presencia de sus gefes: habíase creido que era un espía, y le pusieron preso, mientras se averiguaba la verdad. Sin embargo, oyendo sus esplicaciones, le trataron cortesmente, guardándole en todo la mayor consideracion.

Tres dias permaneció detenido, al cabo de los cuales, le soltaron, y pudo seguir su camino: en este, hasta llegar á Salsas, le detuvieron otras dos veces los sublevados; pero sin molestarle de obra ni de palabra.

En aquel punto adquirió Quevedo noticias de las dos córtes: la de España estaba en Burgos; la de Francia en Burdeos: El príncipe don Felipe y el delfin Luis aguardaban en aquellas ciudades á sus respectivas esposas, Isabel de Borbon y Ana de Austria, que á la sazon se hallaban en camino para ser cambiadas sobre el Bidasoa.

Nuestro poeta siguió su rumbo hasta Burgos, á donde llegó en los momentos de las grandes fiestas públicas, que se celebraban con motivo de los régios desposorios.

Nuestro héroe se hospedó en una posada de caballeros, que en aquel tiempo eran casas de pupilage decentes y aun lujosas, como asilos necesarios para los muchos estrangeros pudientes que acudian á nuestra corte: despues de haber descansado un dia, pasó á visitar al duque de Úceda y al confesor del rey, que eran los que debian dar el pase á sus pretensiones. La buena maña del negociador, y el cuidado que este tuvo de hacerse preceder, entre la gente de oficio, por la fama algo exagerada de las riquezas que traía, le abrieron todas las puertas, allanándole no pocas dificultades: los mismos que en otro tiempo le miraban con gravedad afectada, ó al menos con indiferencia orgullosa, le sonreían ahora, y contestaban á sus saludos con amistosas cortesías. Quevedo se acordaba, al ver esto, del burro cargado de reliquias; pero se guardaba muy bien de espresar su pensamiento en tal sentido.

La mision que él llevaba vino á ser un colmo de satisfaccion á la alegría general. El duque de Úceda y el padre Aliaga, sumamente complacidos por las atenciones del de Osuna, se encargaron de presentar al rey los pliegos del parlamento siciliano y de proponer la traslacion de aquel magnate al vireynato de Nápoles; pero esto hubo de tratarse con mucha reserva y circunspeccion; porque el duque de Lerma se oponía tenazmente á la concesion de aquel ascenso, y el rey estaba prevenido en contra. Quevedo sospechó que en esta oposicion tenia parte el marqués de Siete-Iglesias: buscó á uno de sus secretarios de mas confianza, y le dijo:

—Amigo mio: traigo para vos un recado particular del duque de Osuna.

—Oh! exclamó el secretario. Su escelencia se digna....?

—Sí, hombre sí: no hay en el mundo un sugeto mas campechano y generoso que el duque. Me ha encargado deciros, que daria el mejor dedo de la mano por estrechar su amistad, sinceramente y sin reserva, con el señor marqués, cuyas brillantes dotes le admiran; y sabiendo que nadie como vos merece privar á su lado, me autoriza para que os participe este deseo. Mucho podeis ganar

siendo el mediador entre personages tan desprendidos y magnánimos: con el duque, al menos, ganan todos cuantos tratan; porque hombre mas pródigo de sus dones que él no le hay ni le habrá. Ved aquí,—añadió Quevedo sacando del bolsillo una letra de treinta mil ducados y enseñándola al secretario:—ved aquí una pequeña muestra de su largueza: esto me ha dado solo para repartir entre los amigos de sus amigos.

El secretario abrió dos ojos como tazas, y prometió al poeta poner á su señor en íntimas relaciones con el duque, no por lo que este pudiera darle, sino por el placer de servir á tan espléndido y magnífico príncipe. Quevedo repitió la misma escena con los criados íntimos, queridas y camareros de otros personages, á quienes convenia tener propicios, y sobre todo con el secretario del duque de Úceda Juan de Salazar, que no llevó la peor parte de este botin.

La corte regresó á Madrid, luego que hubo descansado en Búrgos la princesa Isabel, recien desposada con don Felipe: Quevedo la siguió sin carácter ninguno oficial; pero atendido y obsequiado por muchos cortesanos y empleados: en el camino pudo observar el valimiento estraordinario que habia sabido adquirir cerca del príncipe el gorron de Salamanca, don Gaspar de Guzman, conde de Olivares: con el carácter de gentil hombre de la cámara del niño D. Felipe, y arrogándose las atribuciones de caballerizo y montero mayor, iba pegado á él siempre, atento á satisfacer sus menores caprichos y á divertirle, mostrando un alejamiento grande de los negocios serios, cual si su objeto único fuese el de gozar de sus verdes años en los solaces que disponia para su jóven señor. El marqués de Siete-Iglesias, á quien aquel debia su entrada en Palacio, se complacia en ver sus progresos, y era de los hombres de Estado el que mas se familiarizaba con él.

En la servidumbre allegada á la futura reina reparó Quevedo en una hermosa jóven de veinte dos años, en estremo notable por su discrecion y gracia, la cual parecia merecer la preferencia de aquella princesa, todavía niña, entre todas las damas: era la misma que conocimos en la corte de doña Margarita de Austria, en muy tierna edad, y cuyo nombre acaso no habrá olvidado el lector: llamábase doña Maria Henriquez. La eleccion de esta jóven para ocu-

par aquel puestó, se debia esclusivamente al rey, que no habia olvidado el cariño que la dispensaba su difunta esposa.

Nuestro poeta, en esta época, empezaba á tener ambicion: el gran séquito y autoridad que obtenia en los primeros pasos de su vida pública le alentaban para ello; y era natural que así fuese, apesar del íntimo desprecio con que miraba los altos puestos, y á muchos de los hombres colocados en ellos por la intriga ó la fortuna: sentíase con fuerzas y virtudes suficientes para sobrepujarlos á todos, y ardientemente deseoso de avergonzarlos con su ejemplo: en política, como en imajinacion era él, sin duda, uno de los talentos mas aventajados de su siglo.

Al llegar á Madrid, su corazon latia con la doble vehemencia del amor al pais natal y de la indignacion que causa en pechos generosos la degradacion de los hombres destinados á dar esplendor á su patria: ocupado en su negociacion y en cálculos políticos, reanudando sus antiguas relaciones y adhiriéndose interesadamente á personages de valía, no se acordó de su anciano amigo y maestro Miguel de Cervantes, que yacía en la miseria, lejos del mundo y su bullicio. Nadie hubo que le dijese entonces, que el príncipe de nuestros injenios se hallaba próximo á morir olvidado de sus ingratos contemporáneos y sin mas auxilio que el de la caridad.

Muchos meses transcurrieron antes que se resolviese la pretension de Quevedo; pues aunque el duque de Osuna tenia ya bien sentada su reputacion en la corte, no faltaba quien por bajo de cuerda trabajase en su descrédito, y no era posible vencer la oposicion del de Lerma. En esto llegaron á Madrid correos de Sicilia con importantes nuevas: la escuadra de aquella isla habia dado caza á la del Turco, derrotándola completamente y tomándole cuatro bajeles: por otra parte, Niza y Onela, plazas del duque de Saboya, habian estado á punto de caer en manos de Osuna, no habiéndose malogrado esta empresa sino por falta de apoyo del gobernador de Milan, que dejó invernar sus tropas en las montañas, donde pereció mucha parte, acosada por el hambre y el frio. Estos sucesos alentaron á Quevedo para insistir con mas vigor en su demanda, pidiendo una audiencia del rey.

—No es menester nada de eso, le contestó el duque de Úceda. El negocio se arreglará muy pronto.

—Son ya dos los negocios que necesito zanjar; le replicó el poeta. Si no hemos de ver el cetro de Italia derribado de las manos del monarca español, es preciso que el grande de Osuna tenga un estremo, y que el otro no lo apoye el marqués de la Hinojosa.

—Queréis decir que el marqués ha faltado á sus deberes?

—Quiero decir, que yo he conquistado á Niza; que la tenia tan segura como la espada en la vaina; y no es posible haberla perdido sin que medie una traicion. No olvideis, señor, que el Milanesado es la llave de Italia: en aquel punto se necesita un hombre como don Pedro de Toledo, ya que no pueda ser como vuecelencia, añadió el poeta, sabiendo cuanto puede la lisonja.

Pocos dias despues, llamó el duque á Quevedo y le enseñó dos despachos reservados: por el uno se nombraba al duque de Osuna virey de Nápoles; por el otro se mandaba á don Pedro de Toledo reemplazar al marqués de la Hinojosa en el gobierno de Milan. Un tercer despacho presentó el duque á nuestro poeta, entregándoselo como en albricias de haber traido las actas del Parlamento: en él se le señalaba una renta anual de cuatro mil ducados.

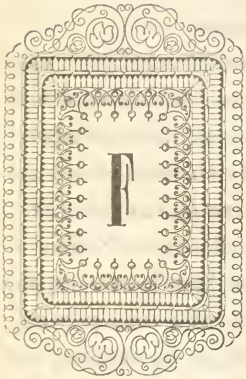
—Esto, le dijo el duque, se os debe por vuestros servicios: esto otro, añadió mostrándole los demás despachos, se ha conseguido á pesar de inmensos inconvenientes; y será menester que vos mismo tomeis la posta, si no ha de malograrse: llevad este nombramiento á Osuna, y decidle que marche á su nuevo destino ganando horas.

Quevedo tomó el pliego, y se comprometió á llevarlo á Sicilia en el mas breve plazo posible. Habia triunfado, recibiendo una leccion muy elocuente, á saber: que en los negocios de influencia política, no hay amigos para amigos, ni padres para hijos. El confesor del rey, que todo lo debia al duque de Lerma, y el jóven Úceda habian luchado á brazo partido en esta ocasion, el uno, con su protector; el otro con su padre. Pero esto no era mas que un preludio de lo que se siguió despues.

CAPITULO XXXVII.

DE COMO ENTENDIA EL VIREY DE NAPOLES LA ADMINISTRACION DE JUSTICIA.

¡Oh corvas almas, oh facinorosos
Espíritus furiosos!
Oh varios pensamientos insolentes!
. . . . . .
Ni horror, ni religion, ni piedad juntos
Defienden de los vivos los difuntos.
A las cenizas y á los huesos llega
Palpando miedos la avaricia ciega.
QUEV.—*Sermon estóico.*



UÉ un dia de júbilo espontaneo y sentido para los habitantes de la bella ciudad de Nápoles aquel en que vieron entrar en su puerto las galeras de Sicilia, ilustradas con el esplendor de recientes victorias, conduciendo al valiente soldado de Flandes, al noble don Pedro Giron, que iba á mandarlos: felicitábanse unos á otros, recordando las acertadas disposiciones y hazañas memorables de aquel escelente ministro y gran general, y en la efusion del entusiasmo se prometian un porvenir brillante de gloriosos triunfos y bienandanza para su patria.

Entró el duque en la ciudad, conducido en un coche, dentro del cual le acompañaba Quevedo: detrás, en otro coche iba su esposa con una dama de su confianza, y seguíanles multitud de personas empleadas en el servicio público y en el suyo particular: el clamoreo de las campanas, el estruendo de la artillería, el marcial estré-

pito de las músicas militares no eran mas que la parte mínima, la parte oficial y obligada del regocijo general: este se manifestaba mas satisfactorio en los semblantes y en las aclamaciones de la muchedumbre, en el ornato de los balcones cubiertos de vistosas colgaduras, y recargados de magníficas damas que, al pasar la comitiva, oscurecian y perfumaban el aire con una lluvia de flores, aun siendo fuera de tiempo.

El duque, á pesar de una recepcion tan lisonjera, abrevió la ceremonia; porque iba enfermo de las resultas de una herida de arcabuz que recibió en Flandes, y necesitaba descanso.

De allí á pocos dias, viósele restablecido recorrer la ciudad, con general aplauso, visitando las cárceles y los hospitales, examinando por sí mismo las necesidades públicas, y dando autoridad á los juzgados y consideracion á los colegios y academias con su presencia. Quevedo le acompañaba en estas visitas, y era su constante asesor; mas á juzgar por algunos de sus actos, diríase que el consejero habia estudiado procedimientos judiciales en el tribunal de Sancho Panza.

En la visita de cárceles comparecieron presos de todas clases y condiciones: al preguntarles por las causas de su prision y demás circunstancias propias de tales actos, Quevedo miraba alternativamente á ellos y al escribano, como si tuviese presuncion de que ambos fuesen reos; y llegó caso de aconsejar al virey que mandase prender al segundo y soltar al procesado: segun en estas ocasiones acontece, pocos habia que reconociesen sus delitos, aunque estuviesen íntimamente convencidos de ellos.

Presentóse un anciano cargado de cadenas y mas aun con el peso de los años y del infortunio: su barba crecida y cana le daba cierto aspecto venerable; sus ojos hundidos tenian la espresion de la resignacion y la humildad, adquiridas á fuerza de padecer; era toda su persona semejante á las ruinas de un soberbio castillo que en otros tiempos hubiese aterrado la comarca donde se asentaba, pero que ya solo podia servir de asilo á los insectos y de espectáculo á los curiosos.

—Por qué os hallais aquí? le preguntó el virey.

—Por mis delitos, señor, contestó el anciano. Veinticuatro años

hace que los expío en esta cárcel, y solo espero ya que Dios se digne tomar en cuenta mis penalidades el dia del tremendo juicio que me aguarda.

—Veinticuatro años de prision! exclamó el duque. No hay delitos tan grandes que no estén suficientemente purgados con tan larga pena. —Y preguntó al escribano de la causa: —¿Qué ha hecho ese hombre, y por qué no ha sido sentenciado antes de ahora?

—Señor, respondió el escribano: los crímenes de ese hombre no tienen número: son tantos que no ha sido posible reducirlos á prueba, y por esto sufre tan larga prision.

—Es verdad eso? preguntó el duque al reo.

—Sí, señor escelentísimo, es verdad. A quien quiera que pidais noticias del foragido Juan Rachelli, por otro nombre llamado el *Tigre calabrés*, le oireis contar las mayores atrocidades: yo he asesinado sin piedad hombres, niños, ancianos y mujeres; he incendiado, he robado: ningun castigo bastaría para purificar mi alma. Dios tenga misericordia de ella!

Diciendo así, el calabrés lloraba como un niño.

Quevedo preguntó al carcelero en voz baja, qué conducta observaba el preso en su prision; á lo cual le respondió aquel, que siempre estaba rezando ó llorando. En vista de este informe, se acercó al oido del duque y le dijo:

—Señor, un arrepentimiento sincero enseña mas que un castigo tardío: el que ese hombre padece escandaliza y no corrige.

—Rachelli, dijo el duque al reo: ¿qué uso haríais de vuestra libertad?

—Oh! exclamó el anciano alzando los ojos al cielo. Quién pudiera prolongar mi vida! Yo la emplearía en servir de rodillas á mis semejantes.

—Quedais libre: salid!

Rachelli saludó humildemente al tribunal, y salió sin mostrar en su semblante alegría, ni pesar.

Esta resolucion inesperada corrió con sorpresa de boca en boca entre los demás presos, que aguardaban su turno para comparecer ante la visita. Llegó el suyo á un fraile, que habia cometido un asesinato en la iglesia, y hacía un mes que se le entretenia la causa.

con escándalo de toda la ciudad: este, sabedor del éxito de Rachelli, se presentó con aspecto compungido, aparentando un arrepentimiento que no sentia.

—Señor, dijo: yo soy muy culpable y no pago con la vida el delito que he cometido.

—Efectivamente, repuso el duque: parece inconcebible que un ministro del Altísimo haya tenido atrevimiento de manchar, como Cain, el ara santa con la sangre de su hermano. Eso es horrible, y merece un escarmiento ejemplar.

—Ah! Señor, lo reconozco, respondió el reo: pero la misericordia de Dios es grande, y no era menos culpable que yo el foragido á quien habeis perdonado.

—Alto, dijo Quevedo al oido del duque. ¿Me permitís dirijirle la palabra?

—Sí, hacedlo.

El poeta se dirigió al reo en estos ó semejantes términos:

—Vuestro delito seria perdonable, ó al menos disculpable, si hubiéseis sido provocado á cometerlo por el hombre que murió á vuestras manos; y si este hombre, segun lo que hemos llegado á entender, no fuera un sugeto digno del mayor aprecio.

—Eso no es verdad, replicó el reo con altanería. Yo reconozco mi culpa y la lloro; pero mi enemigo era un perverso que merecia la muerte.

—De modo que si viviese y vos le encontráseis, repetiríais vuestro atentado?

El fraile bajó la cabeza lleno de confusion, y rechinó los dientes.

—Teneis algo que pedir? le preguntó el duque.

—Nada, respondió el preso encogiéndose de hombros.

El duque le mandó salir. Concluida la visita, pasó á la Vicaría, donde estaba llamada la causa del fraile y pidió que se la remitiesen á su palacio para examinarla en el término de veinticuatro horas.

De allí á ocho dias el reo, condenado á muerte, fué degradado publicamente y ejecutado, mereciendo este acto de severidad la aprobacion de todo el pueblo napolitano.

Aun no se habia borrado la impresion de este castigo, cuando

llegó á Nápoles la noticia de haber sido asesinado por otro clérigo el gobernador de Isquia: los magistrados superiores acudieron al palacio del Virey, á quien hallaron en su despacho, rodeado de sus secretarios y con las puertas abiertas de par en par: conforme iban entrando aquellos y las demás autoridades alarmadas, les mandaba sentarse, mientras él, permaneciendo en pié se paseaba por la estancia con porte fiero y sin hablar una palabra.

Luego que todos estuvieron reunidos, el duque pidió á los secretarios varias órdenes que les habia dictado, y les mandó salir escepto á Oñate y Quevedo que se quedaron á su lado.

—Señores, dijo: ya sabeis que acaba de cometerse un crímen horrible: lo es por su naturaleza intrínseca; lo es mas por haberse cometido contra una persona revestida de autoridad, y mas aun por la calidad del culpable: semejantes atentados son imposibles en un pais donde la justicia es pronta é inflexible en sus fallos. Al tomar yo el gobierno de este reino, bien lo sabeis, vengo decidido á probar con mis actos que nadie, desde el mas alto al mas bajo, está libre de la responsabilidad que le compete por los suyos. Aquí, señores, segun voy viendo, no hay seguridad personal, y esto consiste en la falta de un saludable rigor. ¿Qué opinais que debe hacerse con el indigno sacerdote que acaba de asesinar al gobernador de Isquia?

El presidente de la chancillería contestó que el reo merecia la muerte, si se le probaba su delito. El vicario eclesiástico tomó la palabra invocando el fuero del culpable y diciendo que se le debia juzgar por el tribunal competente, sin perjuicio de que, en su caso fuese entregado al brazo secular: otros emitieron su dictámen citando leyes y proponiendo medios dilatorios. El duque oyó á todos atentamente y luego dijo:

—El delito está probado plenariamente, con el solo hecho de haber cogido al criminal en el acto mismo de cometerlo. Mi determinacion está ya tomada: leed, Oñate.

El secretario leyó una órden por la cual mandaba el Virey ajusticiar al reo, sin darle mas tiempo que el absolutamente preciso para disponerse á morir como cristiano.

—Señor, comenzó á decir el vicario: los trámites que prescriben las leyes...

—Eso es lo que yo no quiero, trámites ni embrollos, interrumpió el Virey con vehemencia. La ley condena á muerte al asesino: pues bien; desde hoy no habrá distancia entre el crímen y el castigo, y hasta que hayais aprendido á hacer respetar la justicia, no habrá tampoco en Nápoles mas autoridad que la mia. Lo que pasa aquí, señores, proviene de vuestra lenidad y abandono; es un escándalo que no puedo, ni debo sufrir. Yo espero que comprendereis estos sentimientos y me ayudareis á llevar á cabo una empresa necesaria y santa; en el concepto de que no habrá respetos humanos que me hagan desistir de ella.

Todos bajaron la cabeza al oir estas enérgicas palabras, y como sabian por esperiencia de lo que habia pasado en Sicilia que el duque no hablaba en balde, se retiraron algo confusos y echando cuentas consigo mismos para el arreglo de su conducta.

No tardó en presentarse una nueva ocasion que acreditase la firme resolucion del Virey: como buen militar, tenia este la costumbre de levantarse al amanecer: hízolo así un domingo, y salió acompañado solo de algunos amigos á oir la primera misa en una iglesia inmediata: no estaba el sol todavía sobre el horizonte: al doblar una esquina, oyó gritos en el estremo de la calle, por la cual nadie transitaba, y vió un hombre bien portado que saltaba por un balcon. Inmediatamente corrió hácia él, pero no pudo alcanzarle: al llegar á la casa de la ocurrencia, encontró á una vieja desgreñada y á dos jóvenes casi desnudas que eran las que gritaban, y preguntándoles la causa de aquel alboroto, le condujeron á un cuarto elegantemente puesto, y le mostraron otra jóven que yacía en un lecho suntuoso, pero descompuesto y regado con sangre. La infeliz estaba degollada.

—Ay, señor! exclamaba la vieja. Ese perverso letrado nos ha perdido. Ved lo que ha hecho con mi pobre niña, despues de seducirla. Esto clama venganza al cielo!

El duque preguntó el nombre y las señas del asesino, que hizo escribir á uno de sus acompañantes, con una órden de prenderle, donde quiera que fuese hallado: iba á ponerle su sello, cuando so-

nó ruido de armas en la calle, y una de las jóvenes entró diciendo que unos soldados llevaban preso al agresor. El duque le hizo entrar y le examinó en presencia de su víctima.

El letrado confesó su delito, declarando que lo habia cometido por celos, y acusando á la vieja de encubridora y de haberle empobrecido. Pero no le valieron estas disculpas: antes del medio dia estaba su cuerpo pendiente de una horca, y la vieja encerrada en una casa de reclusas por consejo de Quevedo.

Mientras tenian lugar estos actos de severa justicia, el Virey habia pedido á todos los tribunales una noticia de las causas y pleitos pendientes, y todos los dias examinaba el mayor número posible, llamando á sí los asuntos que le parecían dudosos ó complicados por la mala fé de los escribanos, y resolviéndolos en breve término y en presencia de las partes.

Temblaban con este motivo todos los ministros y agentes de justicia, y tanto ellos como los demás funcionarios públicos en los otros ramos de la Administracion andaban con mucho cuidado en el desempeño de sus cargos; mientras, por el contrario, la gente extraoficial adquiría una confianza en el Virey solo comparable á la de los hijos para con su padre: los que tenian pleitos ó asuntos litigiosos y estaban penetrados de la justicia de su causa preferían acudir á él directamente á demandar su derecho ante los tribunales: porque estaban seguros de ser mas pronto y mejor atendidos.

Entre los muchos que se presentaban á la audiencia diaria que daba el duque, compareció un jóven de noble porte y finos modales, aunque modestamente vestido de luto, el cual aguardó en un rincon de la antesala que concluyesen todos los demás litigantes ó quejosos; y luego que vió salir al último, entró en la sala y puso un memorial en manos del Virey, diciendo con embarazo:

—Señor: soy un huérfano, que pido justicia contra la última disposicion de mi padre: si creyese que esta disposicion ha emanado de su libre voluntad, la acataría sumiso; pero las circunstancias que la han precedido me inclinan á pedir que se revoque, no solo por mi interés, sino tambien como una justa reparacion y en sufragio por el alma de mi padre.

—¿Esplicais el hecho con todas sus circunstancias en este escrito? preguntó el duque.

—No, señor: ahí solamente alego las leyes á mi favor. Pero si vuecelencia tuviese á bien designar uno de sus asesores para que oyese las razones en que fundo mi súplica, no dudo que seré atendido.

—Por qué no me decís á mí esas razones?

—Señor: porque son cuento largo, y temo ser molesto á vuecelencia.

—Quevedo! dijo el duque, volviéndose hácia su amigo. Enteraos de lo que quiere este mozo.

El poeta le sacó de la sala de audiencia y le condujo á su habitacion, donde con su habitual franqueza le alentó á esplanar los fundamentos de su demanda (*).

—Yo, señor, dijo el jóven, soy hijo único y último descendiente de la noble familia de Caracciolo: mi padre, Fabio Caracciolo perdió á su esposa cuando yo estaba en la cuna, y siendo por su carácter y por su educacion devoto y en estremo religioso, cuando me vió crecer sin el arrimo de una madre piadosa que dirigiese bien mis instintos, determinó separarme del contacto del mundo y me puso bajo la direccion de los padres jesuitas.—En su colegio pasé diez años, hasta llegar á la edad de diez y ocho, en cuyo tiempo adquirí los conocimientos que allí se enseñan, y me habitué de tal modo á la vida comun, que no pensaba yo sino en tomar el hábito y profesar: los padres alentaban en mí este propósito y no perdian ocasion de elogiarlo, comparando mi determinacion á la del poderoso duque de Gandia San Francisco de Borja, que siendo, como yo, rico, abandonó las grandezas del mundo, y se consagró á Dios. Mi padre no ignoraba esto, que en mí no era mas que una propension de costumbre, y estaba tan satisfecho y contento, que cierto dia de asueto despues de haber comido en su casa, me abrazó tiernamente y me dijo:—«Dios colma en tí mis mas ardientes votos, «querido César: él ha tocado en tu corazon y te llama á militar en «su santa Compañía. Bien sé que esta determinacion estinguirá

(*) Este episodio, salvas las formas permitidas al novelista, es rigurosamente histórico en el fondo, como los demas contenidos en este capítulo.

« mi raza en la tierra; pero ¿qué me importa, con tal que te asegu-
« re una silla en el cielo? Sin embargo, hijo mio, eres muy niño aun
« para tomar una resolucion irrevocable, y yo no quiero que en
« ningun tiempo puedas arrepentirte de ella: es menester que an-
« tes conozcas el mundo, y sepas que á mi muerte serias poseedor
« de una considerable fortuna. Por consiguiente vas á pasar un año
« á mi lado, gozando con moderacion de las comodidades y placeres
« que proporciona la riqueza; y si al cabo de él persistes en tu santo
« propósito, yo lo aprobaré y tú me harás el mas feliz de los pa-
« dres. »

« Aunque este consejo, prosiguió el jóven, era el mas prudente y sábio que podia darse á un hijo, llevaba envuelta la espresion de un mandato: yo entonces no lo conocí; lisonjeábame la idea de salir triunfante de los atractivos del mundo, y de que al concluirse el año estaría tan firme en mi resolucion como el primer dia. Pero no fué así: tres meses pasé en mi casa, mas retenido aun que en el colegio; pues yo mismo evitaba los pasatiempos y devaneos. Sin embargo, contra mi voluntad sentía deseos de indeterminado objeto, y al encontrarme con alguna jóven de mi edad, bajaba los ojos no atreviéndome á mirarla.

—Lo mismo que á mí me pasa, dijo Quevedo. Seguid.

—Mis instintos largo tiempo comprimidos se desbordaron de repente, con tanta mas fuerza cuanto mayor habia sido la violencia hecha á mi naturaleza: acudí á la penitencia y al ayuno; pero en vano: mi corazon rebelde me gritaba, y si despierto lo subyugaba, en sueños me vencía, obligándome á engolfarme en un mar de delicias.

—Adelante, jóven: hablad sin empacho.

—Seguramente me habría entregado á los mayores escesos, propios de la juventud: pues atraido por el esplendor de la vida, como la mariposa por la llama, comencé á gustar sus placeres: mas conservaba todavía vírgen mi corazon, cuando una tarde, paseándome á caballo con un criado por el camino de Roma, oí unos gritos lastimeros, que al parecer salian del fondo de un bosque, allí cercano: aquellos gritos me conmovieron el alma, y sin detenerme á reflexionar guié hácia el punto donde habian sonado; mas apenas entré en

Urrabieta lit.º Lit. Labielle, c. Monserrate, 3.

Apenas entré en el bosque, me vi entre dos bandidos.

el bosque, me ví entre dos bandidos, que puestos uno á cada lado de mi caballo, me intimaron rendirme, amenazándome con sus armas: mi criado cometió la imprudencia de dispararles un pistoletazo, que hirió al que estaba á mi derecha, y el infeliz quedó muerto en el acto á puñaladas, víctima de su fidelidad, y sin que yo pudiese defenderle; pues el otro bandolero me habia quitado mis pistolas. Al ruido del tiro, acudieron dos mas de aquellos desalmados, los cuales profiriendo contra mí las mas horribles blasfemias, me condujeron á un paraje, donde hallé maniatados en el suelo á un anciano y una jóven, cuya imágen no se borrará jamás de mi memoria. Perdonad que os moleste con estas noticias, prosiguió diciendo César.

—Contad, contad: me agrada la historia, repuso el poeta.

—Ella era quien habia proferido aquellos gritos que escitaron mi compasion; y si al oirla se me conmovió el alma, al verla en aquel estado, mi corazon quedó hecho esclavo de su hermosura y ansiaba sacrificarse por librarla de su duro cautiverio. Los bandidos me despojaron de todo cuanto llevaba, y atado, como Leonor y su padre, fuí conducido con ellos á un subterráneo profundo y lóbrego, que atravesando toda la montaña, iba á parar en un horrible despeñadero. Allí tenian los malhechores su guarida tan segura, que solamente los cuervos y las águilas podian ir á posarse en el dintel de su puerta: como era imposible nuestra fuga, nos dejaron sueltos, permitiendo que nos sentásemos al fuego que encendieron en medio de la caverna, y dándonos como de limosna un pedazo de pan y unas pajas por cama.

«El padre de Leonor era un caballero romano que, arruinado por un pleito, venia á Nápoles con los escasos restos de su fortuna y con el fin de acomodarse á su modesta situacion en un pueblo donde no le conocian: los bandidos le habian despojado de todo, y como no pudieron hacerlo sin que él les opusiese resistencia, le habian maltratado de suerte, que el pobre anciano se hallaba herido y mas cercano á la muerte que á la vida. Para colmar su desventura, á la mañana siguiente le declaró el jefe de los bandoleros, que si no se proporcionaba mil ducados por su rescate y otros mil por el de su hija, los dos serian condenados á morir de hambre en aquella horri-

ble mansion. Leonor se abrazó llorando á su padre que trataba de consolarla; pero en vano. Aquel triste espectáculo podia conmover á una roca; pero no ablandó el corazon empedernido de los malhechores que se reían brutalmente. No así yo, que habría dado en aquel momento la mitad de mi vida por enjugar las lágrimas de Leonor y por ver libre y tranquilo al noble don Félix. Llamé aparte al gefe y le dije:

— Si lo que necesitais de nosotros es dinero y no escede la cantidad de mil ducados por cada uno, tal vez podré yo pagaros este rescate. Oyó mis palabras el anciano, y repuso:—Noble y generoso jóven, os agradezco en el alma vuestra oferta; pero no os comprometais á nada por mi hija ni por mí; pues yo no podré pagaros nunca esos dos mil ducados, pobre y viejo como soy.—No desconfieis del porvenir, señor don Félix, le contesté: si no podeis pagarme en dinero, me pagareis en gratitud; y esta es moneda que yo mas estimo.

—Bien, jóven, bien! exclamó Quevedo dándole la mano. Veo que vos y yo hemos de ser amigos. Continuad vuestra bella historia.

—El bandido aceptó mi proposicion: yo escribí á mi padre diciéndole que habia perdido mi libertad, la que no recobraría sino pagando tres mil ducados por mi rescate: que si me consideraba digno de este sacrificio, entregase dicha cantidad al mensajero, y si no me resignaría con mi suerte.

« Al dia siguiente los bandidos nos vendaron los ojos, nos sacaron de la caberna y nos dejaron á la orilla del camino donde habia comenzado mi aventura. De allí nos volvímos á Nápoles: Leonor y yo dábamos los brazos al anciano don Félix que en el esceso de su gratitud me llamaba su hijo; título que yo anhelaba ya merecer.—Cuando llegamos á la ciudad, temia presentarme á mi padre con aquellas dos personas, cuya amistad era para mí un nuevo y dulce lazo que rompía enteramente mi primitiva determinacion. Don Félix se obstinó en presentarse á su bienhechor, y no tuve valor ni razones para oponerme á su justo deseo. Mi padre aplaudió mi conducta, reprobando, sin embargo, que le hubiese ocultado el objeto para que le pedí tanto dinero; pues dijo, que esto habia sido

dudar de su buen corazon. Si entonces hubiese podido leer en el mio, habría visto que otro era el móvil de mi mentira inocente. Callé, sonrojándome de mi secreto, y á escondidas de mi padre, socorrí á don Félix con lo que pude y le ayudé á establecerse en una modesta vivienda.

« Bastaron otros tres meses para que yo olvidase completamente mi primer compromiso. Leonor era mi única aspiracion, mi esperanza, mi vida : luché conmigo mismo ; ví que aquella jóven era un modelo de virtudes ; que amándome en el fondo de su alma, procuraba desvanecer mi pasion, que no la oculté ; que trabajaba con sus manos para mantener á su padre y pagar al mio sus beneficios, y no pude resistir al deseo de hacerla feliz, uniéndome con ella en un estado, que si no es el mas perfecto, es el mas acorde con las miras de la naturaleza y de la divinidad. Para esto quise alcanzar antes el consentimiento de mi padre.

— No lo conseguiríais.

— Yo habia creido en la sinceridad de sus palabras : cuando le revelé mi cambio de resolucion, me rechazó indignado, me llamó perjuro y mal hijo. – « Señor, le contesté : vos mismo habeis querido probar mi vocacion, y puesto que Dios me señala otro camino que el de la Iglesia para servirle, mas vale retroceder á tiempo, que no pronunciar un voto, del que mañana pudiera tal vez arrepentirme. — Calla y no blasfemes, replicó mi padre mas irritado. No es Dios, sino el demonio de la concupiscencia quien te inspira. Y en cuanto á esa dama de aventuras, que el espíritu de perdicion ha traido para trastornarte la cabeza, yo la diré, á la ingrata, lo que debe hacer para pagar los favores que ha recibido. — Señor, repuse entonces con firmeza ; pero sin faltarle al respeto debido : no deis ningun paso que pueda ofender á Leonor, porque me obligareis á cometer una imprudencia. »

« Mi padre recapacitó un momento, y me mandó salir, sin querer escuchar una palabra mas : en tres dias no me dió la conversacion ; al cabo de ellos, me llamó y me dijo : – « Ve á la Compañía y dale al padre director esta carta de mi parte. » — Y me entregó una. — Sin saber por qué, me sobrecogió un estraño temor al hacerme cargo de aquel recado : fuí á la Compañía y entregué la carta : el direc-

tor me recibió con su amabilidad acostumbrada, y me convidó á comer: despues me llevó á su cuarto y entabló conmigo una larga conversacion, tratando de disuadirme dulcemente de mis intenciones, y procurando atraerme á mi primer pensamiento. Hízome una pintura vivísima de las pasiones terrenales de su pasagera influencia, de lo efímero de la felicidad mundana y de las calamidades inevitables que rodean al hombre en sociedad: comparó todo esto con las delicias imperecederas de la bienaventuranza, cuya puerta, dijo, era la congregacion militante de los siervos de Dios; me hizo ver la tranquilidad del claustro, la elevacion de miras de los hijos de san Ignacio, su influencia espiritual é invariable; pero no me convenció. Por último, cuando traté de despedirme, se sonrió y me dijo, que mi padre habia dispuesto que me quedase en el colegio por aquella noche. Al dia siguiente, fué mi padre á verme y me manifestó que habia determinado volverme á la casa de Dios, para evitarme los peligros del mundo; que permaneciese allí algun tiempo, y de seguro se disiparían las nubes que ofuscaban mi entendimiento.—«Pero, padre y señor, le contesté, mi entendimiento no está ofuscado: veo bien claramente que Dios no me llama por este camino.» Mi padre montó en cólera, pero el director le calmó con la mano y diciéndole:—«Tranquilizaos: nosotros haremos que vuelva á su redil esta oveja estraviada.»

—Lo que el Director queria era otra cosa, dijo Quevedo con la prontitud de su ingenio. ¿No me habeis dicho que érais rico y heredero único?

—Esa era la causa de mi desgracia, repuso el jóven. El domingo inmediato me dejaron salir en compañía de un lego, el cual me habló de mis amores, mostrando interesarse por mí:—«No sé, me dijo, qué motivos puede tener vuestro padre para oponerse á vuestra inclinacion; pues si la jóven que amais no desmerece nada de vuestra sangre y es honrada, bien podeis casaros, sin dejar por esto de pertenecer á nuestro santo instituto, aunque no sea en calidad de padre profeso:»—Alentado yo con estas palabras, le confié mi deseo de ir á ver á Leonor, y no se opuso á ello. Don Félix me salió á recibir, y entrando conmigo solo en un cuarto, me habló de esta manera:—«Tengo pendientes dos deudas, señor don César: una de

dinero con vuestro padre; otra de gratitud eterna con vos: la primera será pagada hoy mismo; la segunda estará en pié mientras yo viva; pero como es justo daros algo á cuenta, os daré un consejo. No volvais nunca mas á esta casa, donde contra mi voluntad y sin querer se os ha robado la paz del alma y el cariño de vuestro padre.»

—«Qué lenguaje es este, mi querido señor don Félix! exclamé asombrado. Yo no os exijo una gratitud que no merezco; pero si creeis deberme algo, ¿es el modo de pagármelo arrojarme de vuestra casa?—Sí, jóven, sí, contestó el anciano reprimiendo á duras penas su emocion: de este modo os evito disgustos, y vuelvo por mi propia honra.»—Conocí que mi padre habia estado en aquella casa, y así le dije á don Félix que, si su honra habia sido atropellada por alguno, yo estaba decidido á repararla uniendo mi suerte á la suya. —«No penseis siquiera en eso, me replicó. Mi suerte es la del pobre, y debo soportarla yo solo. No puedo consentir que mi hija se eleve sobre el pedestal de vuestra fortuna.—Señor, eso es ofenderme.—No es tal mi intencion, amigo: si os ofenden esas palabras, os diré y es mas cierto, que no debo haceros partícipe de mi miseria.

«En fin, para no cansaros, resumiré en pocas palabras esta historia, que para ser bien contada habria de gastarse mas de un dia. Me retiré desesperado al colegio y pasé aquella semana meditando una determinacion: el domingo siguiente salí resuelto á ver á Leonor y á unirla definitivamente á mi destino; pero encontré su casa cerrada. Una vecina que habia sido confidente de nuestros amores me dijo, que el caballero romano y su hija habian partido, llamados por el canciller de Su Santidad, con el objeto de reparar una injusticia cometida en el pleito que le arruinó.—Inmediatamente fuí á mi casa, donde sabia que no estaba mi padre; rompí la cerradura de una caja, tomé algun dinero y un caballo, y partí solo á Roma.

—Fué mal hecho, dijo Quevedo.

—Sí, señor, fué mal hecho, pero no acostumbro disimular mis faltas: esa me condujo á cometer otras.

«Llegué á Roma, vendí el caballo y me dediqué á buscar á mi fugitiva: el dinero volaba y el tiempo se me iba en balde: supe que habian ido en mi persecucion algunos criados de mi padre, y tratan-

do de ocultarme de ellos, fuí á dar en un garito de gente perdida, que enamorada de mis escudos, aparentaba protejerme. Híceme jugador y espadachin, poniendo mi valor á precio, para reparar los descalabros de mi bolsillo; hasta que, por último, confundido con los miserables á quienes acompañaba, caí en prisiones, y perdí mis últimos recursos y mis esperanzas. No quise participar á mi padre esta desgracia por no aflijirle; pero no faltó quien se la comunicase: durante mi encierro comencé á llorar mis estravíos, é hice propósito de volver al seno paterno: la justicia reconoció mi inocencia, y me puso en libertad; pero mandando conducirme á mi casa como á un delincuente. Cuando llegué á ella, mi padre estaba enfermo, y al verme en tal estado, me rechazó de sí, negándose á escuchar mis ruegos y descargos; su enfermedad se agravó, y entonces me constituí á la cabecera de su cama, donde casi nunca faltaban los padres de la Compañía: solo en sus últimos momentos pude alcanzar una palabra de perdon.

«De allí á tres dias, mis criados vinieron á arrancarme de mi dolor, y me condujeron á una sala, donde habia un escribano sentado á una mesa, con un pliego cerrado delante: además estaban allí el procurador de los jesuitas y tres personas estrañas, como testigos. El escribano me dijo que él era el depositario del testamento de mi padre, que estaba encerrado en aquel pliego: lo abrió y leyó: mi herencia debia pasar íntegra á los padres de la Compañía, con obligacion de darme lo que ellos quisiesen.

«Mi demanda, señor, es contra esta disposicion, que considero injusta y dictada bajo la influencia espiritual de los jesuitas. Yo creo que mi padre no habría desheredado á su hijo, si hubiese hecho su testamento en la hora de su muerte; creo tambien que mis estravíos no hubieran tenido efecto, sin la coaccion moral ejercida sobre mí por instigacion de los mismos. Si vos lo considerais así, espero que inclinareis el ánimo de Su Escelencia en favor de mi causa.

—No os doy ninguna esperanza, jóven, le contestó Quevedo. Venid mañana temprano á la audiencia, y traed una copia del testamento.

Aquella noche habló Quevedo con el duque, y le informó de todo lo que le habia contado don César. Al dia siguiente comparecieron

en la audiencia el procurador de la Compañía con otros dos padres, y el jóven demandante: espuso este su derecho, y leyó las cláusulas del testamento sin comentarlas.

— Eso está claro, dijo el duque, á quien Quevedo, sentado algo detrás, soplaba al oido. Y volviéndose á los jesuitas, les preguntó: –Sepamos ahora, qué es lo que vosotros quereis?

—Señor, respondió el procurador: queremos la herencia.

— Pues bien, repuso el duque: la voluntad del testador está terminante: dice que le deis á su hijo lo que vosotros querais: si quereis la herencia, eso es lo que debeis darle.

—Señor... fué á replicar el procurador.

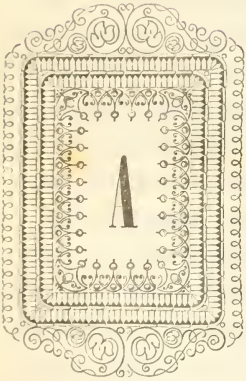
—Nada, nada, concluyó el duque levantándose. Dadle la herencia, y aun ganareis.

La intencion y firmeza con que pronunció estas palabras obligaron á los padres á hacer de la necesidad virtud: bajaron la cabeza resignados, y salieron de la sala diciendo, que la sabiduría del Virey les quitaba un peso de la conciencia.

CAPITULO XXXVIII.

DE COMO EL AVENTURERO JACQUES-PIERRES ENCONTRÓ MUJER Y MUDÓ DE AMO.

Quitar codicia, no añadir dinero
Hace ricos los hombres, Casimiro:
Puedes arder en púrpura de Tiro,
Y no alcanzar descanso verdadero....
QUEV.—*Soneto.*



ALTERNABAN con estos actos de justicia, que podríamos llamar racional, diferentes ocupaciones, encaminadas unas á corregir abusos introducidos en la administracion pública, y otras mas reservadas á preparar un formidable ejército y material de guerra. Estos dos ramos corrian á cargo de Quevedo, en quien descansaba el duque el mayor peso de su gobierno; pero en particular le habia confiado los negocios de Hacienda, que á otro cualquiera le habrían valido muchos miles de ducados, con solo aconsejar disimulo, ó aparentar descuido.

Estas graves tareas no le impedian hacer brillar su ingenio en las cultas academias de la poética Parténope, como tampoco distraerse de vez en cuando en aventuras galantes. Paseando una tarde por la calle de Toledo con algunos oficiales de la secretaría del duque, vió aparecer una bellísima jóven, adornada con magnificencia es-

quisita, la cual se apoyaba en el brazo de un caballero alto, seco y displicente, cuyo traje, á no ser por la estraordinaria riqueza de la materia, hubiérasele equivocado por su forma con el de un arlequin: conforme al gusto de la época, llevaba calzas atacadas de raso amarillo con cuchilladas verdes y rojas; ropilla de brocado de oro, con anchas mangas folladas, en las que se habian empleado algunas piezas de cinta de diferentes colores; ferreruelo de grana con franjas de oro; una toca de terciopelo blanco con mas plumas que un pavo real: en la mano derecha desnuda, para lucir una multitud de anillos, sostenia un largo baston con grueso puño de oro no muy desemejante al de un tambor mayor: seguíale una caterva de lacayos.

Quevedo conocia ya de antes á este personaje, cuya grotesca magnificencia le habia chocado, escitando su vena satírica.

—Mirad, Quevedo, le dijo uno de los oficiales. Allí viene vuestro querido Menardini.

— Hola! Menardini? respondió el poeta. El incomensurable Menardini! El caballero vergel! Sí, con efecto: allí veo brillar los mil colores de su largo vestido. Pero, qué miro! Quién es aquella princesa que le acompaña? Por Dios, que es hermosa como una estrella! ¿Tiene hijas el estirado Menardini?

— Qué ha de tener, repuso el secretario César Belli; si hace solo dos meses que se casó.

—Esa dama es su mujer, dijo el oficial mayor Aparicio de Uribe.

—Pues me gusta la Menardina, mucho mas que el príncipe Menardini, contestó Quevedo. Pero, ¿es posible que un hombre tan seco y áspero sea marido de una jóven tan linda y blanda? Miradla bien: pardiez! Parece, al andar, una pluma que mueve la brisa.

—Yo no habría cargado con el peligro de semejante mujer, observó el secretario Belli; el señor de Menardini, por mas que estire las piernas, y se tiña las canas, y se cubra de cintas, tiene tres años mas que yo, que haré los cincuenta por marzo; y á esta edad, el demonio que se comprometa á divertir á una chicuela de veinte abriles.

— Y de color de perla, que será capaz de hacer retozar, si quie-

re, á una estátua de mármol, añadió Quevedo mirando con avidez á la jóven dama. Por vida de San Marcos, que es una moza de bríos la Menardina!

—Chit!... Hablad bajo y no la mireis así, dijo Urive. Si lo advierte su marido tendremos camorra.

—Es celoso?

—Como un turco.

—Pobre Menardina! Debe de pasar una vida muy triste.

—Os atreveríais á consolarla, Quevedo? preguntó Belli.

—Con mil amores.

—No sois capaz de hacerlo, dijo el oficial mayor.

—Cómo que no? Ahora vereis.

Diciendo así, Quevedo marchó al encuentro de Menardini y de su esposa.

—Qué va á hacer ese diablo encarnado? murmuró Belli. Mas valiera no haberle dicho nada.

—No tengais miedo, repuso el secretario Oñate: cuando él se mete en alguna parte, ya tiene estudiada la salida.

Quevedo, entre tanto, se presentaba con gentil desembarazo á la noble pareja, y la detenía saludándola. El marido puso una cara avinagrada, que hubiera turbado á cualquiera otro menos atrevido que nuestro poeta; pero viéndole continuar impasible en sus corteses razones, procuró serenarse y alternar en la conversacion.

—Que mi presencia no interrumpa vuestro paseo, dijo Quevedo colocándose al lado de la señora de Menardini, que vino á quedar entre él y su esposo. Podemos continuar, si lo llevais á bien.

El magnate napolitano apretó con ira el brazo de su mujer, la cual lanzó una débil esclamacion de dolor.

—¿Tropezásteis, amable señora? la preguntó el poeta con interés. Ó tal vez vuestros delicados piés han pisado alguna china?

—Sí, me he lastimado un pié, contestó con amabilidad la dama, dirigiendo á su feroz esposo una mirada tierna y suplicante.

—Os prometo evitaros esos percances en lo sucesivo, prosiguió diciendo Quevedo: mañana mismo haré que arenen esta calle, de tal modo que parezca una sala alfombrada: y no solo esta, sino to-

das aquellas en que guste pasear la esposa de mi respetable amigo el señor de Menardini.

— Sois galante en estremo, repuso ásperamente el magnate.

— Oh! No hago mas que mi deber: la galantería es una ley para nosotros los españoles.

— Español sois? preguntó la dama: no lo hubiera yo creido, porque hablais muy bien el italiano.

Aquí exhaló un nuevo quejido, efecto de un apreton mas fuerte que el anterior.

— Sí, dijo al mismo tiempo con voz bronca el señor de Menardini á su esposa: este hidalgo es criado del Virey.

— Su amigo de confianza, señora, repuso Quevedo con naturalidad; y su consejero privado, si no mienten las apariencias: además soy poeta inculto, y puedo con esta triple representacion, invitar á vuestro noble marido á la academia que tenemos preparada en casa del duque para el domingo inmediato.

— Soy poco inteligente en poesía, respondió el magnate.

— Qué importa eso? Podréis llevar á vuestra señora, que no dirá seguramente otro tanto. Las damas todas son poetisas.

— Ay! Yo no, dijo la esposa de Menardini: en mi vida he hecho un verso.

— Pero os gustarán: esto es seguro.

— Conforme sean.

— Habeis dicho bien, y eso prueba mi aserto. Si no tuviéseis el sentimiento poético, no sabríais distinguir entre versos buenos y malos.— Ireis, pues, á la academia.

— ¿Iremos, Rugiero? preguntó la dama á su esposo con tono suplicante.

— Me haríais un desaire no asistiendo á la fiesta, dijo Quevedo. Sí, el señor de Menardini es muy amable, y cometería un crímen de lesa-galantería, si no complaciese en esto á su bella esposa. Mañana os llevarán á casa los billetes de invitacion.

— Qué te parece, Eleonora? dijo el intolerante marido con fingida dulzura. Quieres asistir á esa fiesta?

— Tú lo has de decir, Rugiero, respondió ella tímidamente.

Menardini apretó por tercera vez el brazo de su mujer con tal fuerza, que la obligó á exclamar:

—¡Ay!... No, no podremos ir, ahora que me acuerdo. Esa noche tenemos reunion en casa.

—Me duele en el alma, señora, repuso Quevedo, el fuerte motivo que nos priva de vuestra presencia.—El duque lo sentirá, y yo mas; porque no tendré quien aprecie mis versos y sepa cubrirlos con su ilustrada indulgencia, tan bien como vos.

—Eso es lisonja, señor de Quevedo, contestó Menardini: mi mujer no entiende de versos.

—Habeis hecho alguna vez la prueba? preguntó el poeta.

—No, nunca.

—Pues bien, yo os probaré que los entiende.

—Cómo?

—Dándole á escojer entre dos sonetos.

—Perdereis el tiempo en devaneo.

—De ningun modo, repuso el poeta; siempre habré ganado la satisfaccion de proporcionar á la señora un momento de recreo.

De este modo continuó hablando toda la tarde con los dos esposos, halagando con sutileza á la bella Eleonora, que al separarse de él estaba prendada de su finura y delicada cortesía, y templando la irritable suspicacia del áspero Rugiero. Sus amigos, viéndole tan engolfado en conversacion íntima con aquellos personajes, se retiraron á descansar, dejándole dueño del campo.

Cuando Quevedo volvió al palacio del Virey era muy tarde: sin embargo, habia en las avenidas y en lo interior del edificio un movimiento estraordinario: la guardia estaba sobre las armas, y fué menester que saliese un oficial de la secretaría á reconocer al poeta para que se le permitiese entrar.

—Qué pasa aquí? preguntó este al oficial. Por qué tantas precauciones?

—Hay grandes novedades, contestó el interrogado. Parece que el señor duque, habiendo ido á visitar á la bella odalisca que trajo de Sicilia, la cual le tenia preparada una magnífica cena, ha sido sorprendido por un estranjero, que le acechaba para asesinarle.

—Rayos de Dios! esclamó Quevedo. Es eso cierto?

Y sin aguardar contestacion, se lanzó al gabinete del duque, á quien halló dictando á Oñate algunas órdenes reservadas, y el cual, haciendo un ademan de impaciencia, le dijo:

— Aguardad un momento, amigo. Ya hablaremos.

Quevedo se retiró á un estremo de la estancia para no estorbar: luego que concluyó el duque, se volvió hácia él frotándose las manos, y exclamó en tono de buen humor:

—Hola, compadre! Sabeis ya lo que pasa?

—No sé mas sino que habeis corrido peligro de ser asesinado por un estrangero.

—Sí, señor: he tenido esta noche ese feliz encuentro.

—Feliz!

—Sí, feliz; porque gracias á Dios y á mis puños, el asesino está herido y preso en Castelnovo, y espero arrancarle revelaciones importantes: por de pronto, se le han encontrado encima documentos, que le acreditan como espía enviado por el duque de Saboya.

—Y ese malvado estaba en casa de?...

—Sí, sí, en casa de mi bella Mirtilina estaba oculto.

—Esa mujer es capaz de todo lo malo. Seria quizás cómplice?...

—Quizás sí: no he querido, ni quiero averiguarlo: me avergonzaría de ensañarme con una mujer que ha sido mi dama, por un hecho que me toca personalmente: y en cuanto al capitan Robellon, (así se llama ese pájaro), siento que sea un negociador de Saboya y Venecia; pues si no fuese por esto, me contentaría con vestirlo de loco y entregarlo á la diversion del pueblo.

—Tendríais la generosidad de perdonarle, haciéndole gracia de la vida?

—Sí, por mí sí; pero no puedo hacerlo porque representa á los enemigos de nuestra patria, y os prometo que será ahorcado tan pronto como confiese su delito; y antes que la nueva de su muerte, llegará mi escuadra á las aguas de Venecia.

—Por fin! exclamó Quevedo con los ojos chispeantes de entusiasmo.

—Por fin, camarada, por fin, repuso el duque. Oh! Vos no sabeis que puedo ya hacerlo sin escrúpulo de conciencia: estábamos aquí muy tranquilos, viviendo sobre un volcan. El señor Robellon

traía instrucciones para entenderse con muchos nobles descontentos, cuya lista tengo en mi poder; y segun sospecho, se trataba de asesinarme y promover en el acto una revolucion. Esto me honra, Quevedo: esto quiere decir que me tienen miedo.

—Y Venecia mas que nadie.

—Sí, sí, escuchad: esta tarde ha llegado un correo de Madrid: allá tambien llegan los tiros á traicion de la Sirena del Adriático: ved lo que me dice mi consuegro.

El Virey mostró á Quevedo una carta del duque de Úceda, en la cual este le manifestaba que los dos eran el blanco de los mas terribles golpes por parte de una influencia desconocida y oculta; que sin poderlo él evitar llegaban hasta S. M. las quejas mas acerbas, siendo tantas y tan fuertes, que temia carecer de medios para sostenerse: que en este duro trance, su padre no le favorecía y antes al contrario se le declaraba enemigo: por último, le encargaba que viviese muy apercibido para lo que pudiera sobrevenir, y le pedia consejo y ayuda.

—Ese padre y ese hijo no acabarán en bien, dijo Quevedo. Pero, en fin, ¿esa influencia oculta....

—Es Venecia: los tiros á mi consuegro se dirigen contra mí y contra don Pedro de Toledo.

—Y qué pensais contestarle?

—Ya tengo hecha la contestacion: primero, enviar siete mil hombres á Milan, equipados y pagados á mi costa; segundo, mandar al Adriático una escuadrilla de veinte velas; tercero, escribir al marqués de Bedmar, embajador en Venecia, diciéndole que prevenga al Senado de aquella ciudad que estoy decidido á cortar con la espada el hilo de sus intrigas, y recomendándole la persona portadora de mi aviso, que es una dama muy bonita.

—Belisa?

—La misma.

—No irá á Venecia.

—Irá y llevará mi carta, y entrará escoltada por gente mia en la ciudad de las islas. Por último, contesto á mi consuegro lo que podeis ver en este borrador.

El duque lo presentó á Quevedo, el cual leyó lo siguiente:

«Desde que llegué á este reino tuve noticia de las censuras de «que vuestra escelencia se duele, y aun de allá las trajo entreoidas «don Francisco de Quevedo: que han de atreverse á mucho los que «todo lo temen de nuestro esfuerzo, es cosa que no estraño y para «la cual siempre estuve apercibido. No tengo que ofrecer á vuestra «escelencia, pues todo es suyo; pero esté vuestra escelencia cierto «que, fuera de ser contra mi rey, podré servirle con doce bajeles y «ocho mil hombres en cualquier acontecimiento, sin tocar á espa-«ñoles, sino solo á naciones que seguirán mi partido; y que lo sa-«bré aventurar todo por su gusto y salir despues de ello.»

—No puedo confiar mas á una carta, continuó diciendo el duque.

—Ya es demasiado, respondió el poeta.

—Lo demás se lo direis vos de palabra.

—Otra vez vuelvo á España?

—Sí, me hareis este favor, Quevedo. El parlamento está convocado: habrá que llevar á Madrid los donativos que decrete, y parte de lo mucho que ha sabido rescatar vuestro celo: esta será mi última contestacion á las calumnias de mis enemigos. Además, quiero que esta vez hableis con S. M., sin dar cuenta á nadie mas de vuestra comision.

—De qué se trata?

—De que S. M., y no otra persona, apruebe mis actos, y me autorice para llevar á cabo los que pienso acometer en su servicio. Escuchadme bien: los documentos encontrados en poder de Robellon me han dado la clave de muchas intrigas que se traman contra España y de otras que pueden sobrevenir: yo quiero hacer ver que nada ignoro y que á esos medios rastreros y bajos sé oponer otros, cuya eficacia se manifeste á la luz del sol. Venecia pretende abatir completamente la dominacion de la casa de Austria en Italia, y al efecto se vale de la ambicion de Cárlos Manuel y del resentimiento que pueden abrigar contra sus mandatarios algunos súbditos de S. M. en estos dominios. Entre los papeles de Robellon los hay que comprometen á varios potentados, á no pocos magnates y á los padres Jesuitas de Nápoles: con ninguno pienso meterme; pero á todos daré una leccion.

—Sí, sí, es preciso.

—El castigo de Rebellon será no mas que un aviso: el duque de Saboya sentirá el peso de mi indignacion con las fuerzas escogidas que envio á don Pedro de Toledo, y que pasarán, á despecho de los potentados, por sus propios dominios: la armada veneciana será destruida en el mar que llama suyo, aunque esto me cueste un millon de escudos; y á los padres Jesuitas les daré un buen consejo por conducto de la Santa Sede, para que vean que si soy justiciero, soy tambien hijo respetuoso de la Iglesia, y que así como yo acato su potestad, deben ellos acatar la mia. Para esto deseo que ante todo vayais á Roma y hableis personalmente con el Santo Padre.

—Iré á donde me mandeis, y prefiero entenderme con Su Santidad, á tener que tratar con el mejor de sus ministros.

—Sí, yo tambien lo prefiero: no me gustan las colas, aunque sean de leon. A la cabeza, Quevedo, á la cabeza siempre. Vais á tratar con Su Santidad, primero acerca de la influencia política que indebidamente y contra toda conveniencia se arrogan estos padres en los asuntos temporales, y segundo sobre la restitucion del Adriático. El Santo Padre, añadió el duque sonriéndose, bien puede autorizar el divorcio de Venecia con el mar, así como uno de sus antecesores tuvo facultades para desposarlos.

—Sí, ciertamente, repuso Quevedo. Pero, ¿querrá Su Santidad tomar cartas en este negocio?

—Pardiez! ¿No ha de tomarlas? Que lo deje, y yo le prometo que se quedará sin ninguno de sus puertos del Adriático. Además, para eso le envio á don Francisco de Quevedo.

El poeta se inclinó con modesto orgullo al oir esta espresion de ilimitada confianza en su talento.

—Señor duque, dijo: si no logro satisfacer vuestro deseo, no me espereis; porque me avergonzaré de volver.

Dos dias despues de esta conferencia la ciudad de Nápoles presenciaba un espectáculo á la vez terrible, imponente y magnífico: mas de cincuenta bajeles de la armada real y de la del Virey ocupaban toda la embocadura del puerto, desplegados en órden de batalla y empabesados como para una fiesta solemne: al amanecer salieron del castillo y de los cuarteles todas las tropas de á pié y de á caballo,

vestidas de gala, componiendo una fuerza de quince mil hombres entre españoles y mercenarios estrangeros, y formaron en órden de parada, apoyando su cabeza en el palacio del Virey. A las ocho de la mañana se arboló una bandera negra en el castillo y sonó un cañonazo, en señal de haber sido ejecutado el espía Robellon: en el acto apareció el Virey á caballo, vestido de grande uniforme, y acompañado de sus oficiales de órdenes y de su guardia: una salva general hecha en la fortaleza y repetida por el ejército y la armada fué el saludo ronco y marcial que anunció su presencia. En aquellos momentos, y mientras él hacia alarde de sus fuerzas, se fijaban en las esquinas multitud de ejemplares de un edicto, anunciando la ejecucion capital del agente saboyano y su delito, y dando á conocer que la generosidad del Virey perdonaba á otros muchos culpables por no cubrir de luto á la ciudad.

Aquella tarde recibió en audiencia pública á todas las autoridades y personas notables, y al siguiente partieron doce galeones destinados á cruzar en la embocadura del Adriático, y siete mil hombres, los mas de á caballo, camino de Milan. Al mismo tiempo emprendió Quevedo la marcha de Roma, llevando un acompañamiento magnífico, y precedido de una circular á las autoridades de los pueblos por donde habia de transitar, para que le hiciesen el mismo recibimiento y los honores que si fuese el Virey en persona.

Horas antes de haber partido con esta ostentacion nuestro poeta, se había hecho á la vela un buque mercante con rumbo á Venecia: en este buque iba el capitan Jacques-Pierres, el cual acompañaba á una dama no muy jóven, pero todavía hermosa y seductora.

Estos dos personajes ocupaban ellos solos la cámara de popa: llevaba ella dos criadas y él un camarero, que permanecian fuera, escepto cuando la dama necesitaba hacerse servir, que entonces el capitan llamaba á cualquiera de las criadas y le transmitia las órdenes de aquella, sin apartarse de su lado mas de lo que la decencia exigía.

De este modo viajaron tres dias, al cabo de los cuales la dama llamó al aventurero y le dijo suspirando:

— ¿No recordais haberme visto en alguna parte antes de ahora?

—Mucho que sí, le respondió con su acento brusco Jacques-Pierres.

—En Constantinopla: ¿no es verdad?

—Justamente.

—Ah! Cuan adversa me ha sido siempre la fortuna!

—Otros pueden quejarse con mas razon, señora: vos habeis sido sultana de Turquía y vircina de Sicilia y Nápoles.

—Decid mas bien que he sido esclava de dos tiranos: menos estimo yo los palacios dorados de Constantinopla y Nápoles que esta oscura cámara. Y cuando pienso que aquí, donde pudiera yo ser completamente feliz, soy tambien esclava, no puedo menos de maldecir mi adversa suerte.

—Qué os falta para ser feliz? preguntó el aventurero dulcificando cuanto podia su áspera voz. Llevo órden de otorgaros cuanto pidais, no siendo contrario á ciertas instrucciones reservadas.

—Ah! señor Jacques, y cuán engañado vais! repuso la cortesana con seductor acento. Yo sé acaso mas respecto á vos que vos mismo. No ignorais que tengo motivos para creerlo así.

—Esplicaos, señora.

—Vais á Venecia como Urias cuando llevaba la fatal carta en que se ordenaba su muerte.

—Quién tal piensa? Vah! repuso el aventurero encogiéndose de hombros.

—Lo pienso yo, señor capitan; y aunque creais que os engaño, no dejaré de decíroslo, porque os tengo una grande estimacion. Oh! Si las leyes tiranas del honor no fuesen tan severas con nosotras las mujeres... si nos fuese dado espresar nuestros sentimientos como á los hombres!... Pero, á pesar de todo, capitan, yo no consentiré que mi silencio os deje sin defensa á la merced de poderosos enemigos. El duque os odia.

—No es posible.

—Os odia el Sultan y desea vuestra muerte.

—Lo creo; pero el Sultan no tiene nada que ver con el duque.

—Tiene que ver con Venecia, y vos vais entregado al poder misterioso y cruel de esa república ramera, lo mismo que yo: nuestra suerte es igual, aunque vayamos conducidos al suplicio, yo como

cautiva y vos como mi carcelero. Esto último es el colmo de mi martirio.

Diciendo así, la bella Isabel se puso á llorar amargamente. Pasados algunos momentos, hizo un esfuerzo, como para sobreponerse á su pena, y cogiendo de pronto una de las ásperas manos del capitan, le miró amorosamente y prosiguió hablando así:

—Jacques, disculpad mi flaqueza y despreciadme, si quereis; pero atended mi ruego: no entreis en Venecia. Os lo suplico por el amor que os tengo, desde que os ví la primera vez, y que nunca se borrará de mi corazon.

El capitan oyó sin estrañeza esta declaracion atrevida; pero no sin sentir la fascinacion que rara vez dejan de ejercer sobre el hombre la mujer y la serpiente.

—Que no entre yo en Venecia? murmuró. He prometido conduciros allá.

—Pues bien, conducidme; pero evitad vuestro propio peligro: salvaos vos, y aunque yo muera: estoy contenta.

—No concibo como pueda ser que ni vos, ni yo corramos ese peligro.

—Sin embargo, es así. El duque sabe que yo os amo; ha de habérselo dicho Quevedo, y está celoso de vos.

—Eso es posible.

—Además de esto, el infeliz Robellon traía instrucciones para entenderse conmigo y con vos.

—De veras?

—Sí: un primo mio, que está empleado en las relaciones de Venecia con el duque de Saboya lo recomendó á mí: por esto lo sé todo.

—Cómo se llama ese primo? Es el capitan Inguanzo?

—No, Varea.

—No le conozco.

—Pues él os conoce á vos. Sabedor de todo esto el duque, ¿puede enviarnos con buen fin á Venecia? No lo creo; y tened fé en mí, Jacques: destinados vamos, quizás, á expiar la muerte de Robellon. ¿Sabeis, al menos, de qué tratan los despachos que llevais?

—No, en verdad. Pero eso que me decís me da en qué pensar.

—Quereis enseñarme los despachos?

—Para qué? Ya os los entregaré en llegando; porque vos misma habeis de presentarlos, segun creo, al embajador de España.

—Y no tenia el duque otras personas de mas confianza? Mostrádmelos, amigo mio: yo tengo habilidad para adivinar el contenido de una carta cerrada: quizá esto nos salve.

Jacques sacó una ancha cartera, en la cual llevaba dos pliegos para el marqués de Bedmar, y los presentó á Isabel, en la crédula confianza de que esta sabria leerlos sin romper la cubierta. Isabel tomó el mas grueso, lo examinó al trasluz, dándole vueltas, y á un descuido del capitan le arrancó el sobre.

—Pardiez! Qué habeis hecho! exclamó el aventurero.

—Nada: tranquilizaos, respondió la cortesana. Para leer una carta cerrada, el secreto consiste en abrirla. Ya está hecho. Veamos lo que dice.

—No, no: me habeis engañado, repuso Jacques intentando apoderarse del pliego.

—No seais niño. Ya no tiene esto remedio: el sello está roto y no podeis presentar esta carta. Lo mejor es enterarnos de su contenido, y así sabremos lo que nos conviene hacer.

—Y mi responsabilidad?

—Está salvada: procuraré ver á mi primo, y por su mediacion entrareis al servicio de Venecia.

—Eso es imposible.

—No, sino muy fácil, y lo único que os conviene; porque ya no podeis volver á Nápoles, y por el contrario la señoría de Venecia apreciará vuestra defeccion como un servicio.

Jacques se tiró de las barbas, dió una vuelta al rededor de la cámara, y por último se encogió de hombros murmurando:

—Ancho es el mundo! Pero, ¿quién sabe si esta mujer me pierde?

—Serenaos, amigo mio, prosiguió diciendo Isabel. Venid acá y sentaos á mi lado. Podemos ayudarnos el uno al otro, burlándonos de las pérfidas intenciones del Virey. A un hombre de vuestro mérito no puede faltarle una colocacion distinguida en ninguna parte. Yo tambien sé vivir, y ya veréis como encadenamos á la Fortuna.

Por lo mismo he roto vuestros lazos, para abriros una nueva carrera, en vez de consentir que os entregueis como un juguete á la venganza de la Señoría. Ya veréis como se realizan mis pensamientos y adquirís una importancia que nunca hubiérais tenido en Nápoles: Venecia es una dama que necesita galanes valientes, y por lo tanto es pródiga de sus dones con los que la sirven: de los soldados hace generales, y vos teneis recursos para competir con los mas esforzados. ¿Sabeis leer?

—No.

—Yo sí: veamos lo que dice este despacho.

El aventurero se sentó junto á la astuta cortesana, la cual leyó el pliego, que iba dirijido al Consejo de los Diez y era un aviso y una amenaza en el sentido que habia comunicado el duque á Quevedo: sin espresar terminantemente la conviccion formada en vista de los documentos cogidos al espía saboyano, decia lo bastante para dar á conocer que no eran ya un misterio las relaciones y los proyectos de Venecia; respecto á lo cual, don Pedro Giron se remitia al testimonio de la persona portadora del despacho. Su principal pretension se limitaba, sin embargo, á exigir que la república dejase de hostilizar al emperador Fernando de Austria, como abiertamente lo hacia, y observase una conducta clara en los asuntos del Piamonte.

—Dichosa carta! exclamó Isabel luego que acabó la lectura, en la cual habia procurado agriar de intento la dureza de algunas palabras. ¿Os parece, amigo Jacques, si sería bien recibida la persona que llevase este botafuego al consejo secreto de Venecia?

—Yo sé como arregla esa ilustre señora sus negocios caseros: no quiere que nadie sepa lo que ella sabe por su propia cuenta, y al que penetra en sus secretos ó se hace sospechoso á sus ojos, pronto le da un salvo conducto para el infierno.

—Pues bien, amigo; suponed que sois vos la persona encargada de presentar este billete amoroso.

—Y por qué no vos, hermosa mia? Creo haberos dicho...

—En cualquiera de ambos casos saldria yo perdiendo; y para que esto no suceda, ved aqui lo que hago.

Isabel sacó la mano por una ventanilla del buque para arrojar la

carta al mar; pero Jacques le detuvo la accion, y se apoderó de aquella diciendo:

—Nada de eso, mi reina: podemos hacer la alianza y los pactos que gusteis; pero no jugueis con mi honor: abierto ó cerrado, este pliego llegará á manos del embajador de España, y él allá se las componga como Dios le dé á entender.

—Con tal que ni vos ni yo salgamos perdiendo en el juego, repuso Isabel, nada me importa que el duque desafie á Venecia, ni que el embajador se mezcle en ello.

—A mí menos, porque ya me considero como súbdito de la Señoría.

—Seguís mi consejo?

—Sí.

—En ese caso es menester que me dejeis en libertad de obrar.

—Qué pensais hacer?

—Lo primero daros colocacion en la armada de la república.

—Contais con medios para ello? preguntó el capitan sonriéndose.

—Nunca me han faltado para nada.

—Está bien: ¿y qué mas?

—Lo segundo asegurar mi independencia, para lo cual es menester que esas cartas no lleguen á su destino, hasta tanto que yo lo disponga.

—Y con qué fin?...

—Con el de que la falta de vuestra seguridad no comprometa la mia.

—Me conformo.

—Pues bien, señor capitan, dijo por último Isabel, dándole la mano. Desde hoy hemos de ser amigos ó enemigos; á vida ó á muerte. Podeis escojer, seguro de encontrarme en cualquiera de los dos terrenos.

El barco impelido por un fuerte viento sudeste avanzaba entretanto con rapidéz por el mar de Venecia, y al dia siguiente pudo anclar á corta distancia de la ciudad, y á tiempo de ser reconocido por la guarnicion de vigilancia, antes que anocheciese. Recibido á plática, no hubo inconveniente en admitirlo en el puerto como buque

mercante; pero al reconocer la tripulacion y los pasajeros, el jefe de policía reparó en Jacques-Pierres y en una docena de soldados que le acompañaban, aunque todos iban disfrazados con trajes de caballeros.

Aleccionado ya el capitan por su amiga, y usando del pasaporte con nombre supuesto que llevaba, contestó que él era un noble francés, que viajaba con su esposa y criados por puro recreo, y que iba á Venecia con el objeto de hallarse en la próxima festividad de San Márcos. Isabel intervino en la conversacion, preguntando con la mayor naturalidad, dónde y á qué hora seria fácil encontrar al padre servita fray Pablo Sarpi.

Al oir este nombre el gefe de policía saludó respetuosamente á la dama exclamando:

— Ah! Vuestra señoría conoce al reverendísimo Fra Paolo?

— No tenemos tanta dicha, repuso Isabel; pero mi esposo trae recomendaciones del duque de Saboya para su paternidad.

— Pues bien, escelentísimos señores, replicó el gefe de policía, elevando por grados el tratamiento, en proporcion del respeto que se hacia inspirar la cortesana con sus palabras. — Si no lo llevais á mal, yo mismo seré vuestro guia. Pocas personas podrán haceros en Venecia igual ofrecimiento.

— Lo agradecemos en el alma, y procuraremos utilizar vuestra generosidad, contestó Isabel. Pero ya que tan oficioso os mostrais, permitidnos preguntaros por otro sugeto mucho menos importante, sin duda, que segun tengo entendido está empleado al servicio de la Señoría.

— Su nombre, si lo teneis á bien?

— Es un mozo que se crió en casa de mis padres; un tal Varea.

— Varea... Varea... repitió el gefe de policía como escitando su memoria. Sí, efectivamente: hay un empleado de ese nombre.

— Me haríais el obsequio de pasarle aviso, diciéndole que está aqui su señora doña Isabel de Mendoza?

— Le haré buscar, y será servida Vuecelencia.

— Espero que no echareis en olvido este encargo, repuso Isabel;

y añadió con gracia magestuosa, quitándose un anillo de valor: — Tambien espero que os servireis aceptar este recuerdo de mi gratitud... No lo estrañeis, continuó, advirtiendo que el gefe vacilaba. Es mi costumbre, donde quiera que llego, con la primera persona á quien hablo.

El polizon aceptó el presente, ofreciéndose mas rendido que antes á servir en todo cuanto estuviese en su mano á la escelentísima y magnánima señora doña Isabel de Mendoza y á su digno esposo.

La noche habia tendido entre tanto su negro velo, y la desposada del mar, la ciudad flotante aparecia en medio de las olas, donde oculta sus cimientos, mas hermosa que á la luz del sol, como las bellezas de aventura: sus canales iluminados á trechos reflejaban trémula y quebrada la imájen de sus magníficos edificios, construidos con aquella forma bizarra y aérea, que asemeja sus muros á tegidos de encage y que no se encuentran iguales en ningun otro pueblo del mundo. De vez en cuando surcaban el dorado rastro de las luces ligeras góndolas, unas silenciosas y oscuras como el crímen, otras brillantemente iluminadas y arrojando de su seno torrentes de armonía; las cuales iban luego á perderse, ya en el recodo de un canal, ya en las tinieblas de un pasadizo lejano, donde sus formas quedaban confundidas entre la vaga lontananza de los edificios mismos.

Isabel y el capitan permanecieron muchas horas sobre cubierta, contemplando aquel espectáculo siempre igual y siempre nuevo, como las palpitaciones del océano, y conferenciando sobre sus planes. Era ya cerca de media noche, cuando pensaron retirarse á descansar: en aquellos momentos les llamó la atencion una barca que se deslizaba silenciosa por el gran canal, sin que apenas se percibiese el rumor de los remos: la barca atracó junto al buque, y un hombre que venia en pié, embozado en una capa, les dirijió la palabra, solicitando que se le echase la escala. El capitan del buque fué avisado al momento por los marineros, y se apresuró á obedecer, creyendo que la recelosa policía de Venecia intentaba hacerle una visita á deshora.

El embozado subió solo: traía una máscara, que imposibilitaba

reconocer su semblante; pero como esto no le impedia ver á las personas que habia sobre cubierta, sin embarazo alguno se dirijió á Isabel diciendo:

—Estoy á vuestras órdenes, escelentísima señora doña Isabel de Mendoza y de Ribera.

—Es mi primo! exclamó la cortesana dándole los brazos.

—El mismo que viste y calza, prenda, repuso el capitan Varea con voz vinosa, devolviendo la caricia á su prima.

Jacques-Pierres no pudo ver esta familiaridad con paciencia, y reconociendo por la voz á su desertor de Nápoles, le dijo bruscamente:

—Por el diablo que te enjendró, ¿eres tú, alma perdida, el grande hombre que tanto priva con los ropones colorados y negros de Venecia?--Eh! vete con un poco de mas tiento, camarada, que no somos aquí de bronce, para sufrir esas intimidades.

—Señor valenton, le respondió Varea mirándole de soslayo: me parece que ya nos conocemos, y vive Dios, que no he de aguantar vuestros fieros.

—Haya paz, dijo Isabel poniéndose entre los dos. Jacques, no hagas caso de este botarate: primo, respeta á mi marido. Venid y hablaremos donde no nos oigan.

Y se encaminó á la cámara, seguida de los dos aventureros. Para firmar la paz entre ellos, sacó una botella de vino de Málaga y les sirvió ella misma, tomando en seguida la palabra para evitar nuevos disturbios.

—Primo, dijo: es menester que nos introduzcas con tus patronos, y en particular á mí con Fra Paolo Sarpi, de quien me hablabas en tu última carta: las circunstancias actuales y las que se preparan pueden hacer muy útiles nuestros servicios. El virey de Nápoles nos ha despedido del suyo por sospechas de que teníamos inteligencias con Robellon. ¿Puedes hacer algo en nuestro obsequio?

—Yo, prima, no soy un potentado; pero estoy en buenas relaciones, lo cual debe probar á mi amigo el señor Jacques-Pierres, aqui presente, que no hay mal que por bien no venga, y que cuan-

do me deserté del buque donde iba yo á sus órdenes, era porque Dios me tenia reservadas cosas mejores.

—A lo pasado, echarle tierra, contestó Isabel. Jacques y yo podemos hacer mucho en servicio de la república: él como marino y capitan esforzado; yo como inteligente en los secretillos de Nápoles.

—Prima, si quieres creerme no hagas mérito de esos secretillos; ó al menos, emplea cierta cautela... en fin, yo te aleccionaré sobre el particular; porque los señores magistrados de Venecia sospechan mal de todo, y pudiera ser que te creyesen espía del duque de Osuna.

—No tengas miedo: introdúceme con Fra Paolo, que yo me arreglaré á mi manera.

—Cuando quieres verle?

—Mañana mismo.

—Al anochecer vendré á buscarte.

—Qué empeño teneis en ver á ese fraile? preguntó Jacques.

—Fra Paolo es el hombre de confianza del Dux y de los nobles: su talento dirige la política secreta de la república: lo que él no haga, no lo hará nadie.

Varea prolongó la visita á su prima mientras duró la botella, y se despidió hasta el otro dia. Fiel á su palabra, volvió á la hora prometida. Isabel queria pasar sola con él á la ciudad; pero Jacques la detuvo, diciéndola:

—Señora mia, soy perro viejo, y además os aprecio tanto, que si os estraviáseis por torpeza de vuestro primo, no me consolaría nunca de haberos perdido. En consecuencia, he pensado acompañaros.

Isabel se sonrió y repuso:

—Como gusteis, amado esposo.

Los tres bajaron á la barca del aventurero español, la cual les condujo por un dédalo de canales oscuros hasta uno muy estrecho, en cuya orilla se alzaba un enorme y sombrío edificio, coronado de torrecillas cilíndricas y agujas puntiagudas. En frente de él y unida al mismo por un puente habia una antiquísima iglesia. Varea hizo atracar casi debajo del puente, y saltó á tierra: Jacques le si-

guió y dió la mano á Isabel para ayudarla á desembarcar.

Varca les guió hasta la puerta de la sacristía de la iglesia, que estaba entornada, y quiso entrar solo con su prima, encargando al francés que los aguardase allí; pero este se opuso, diciendo:

—La señora estará ya anunciada, y puede entrar sola: vos y yo nos quedarémos aquí de guardia de honor.

—Desconfiais de mí? preguntó Varca.

—No quiero decir eso: pero los príncipes son, y necesitan rehenes para fiar en la palabra de sus iguales. —Id, mi reina, añadió el corsario dirigiéndose á Isabel: y no tardeis mucho, porque la noche está fresca, y pudiera resfriarse vuestro primo.

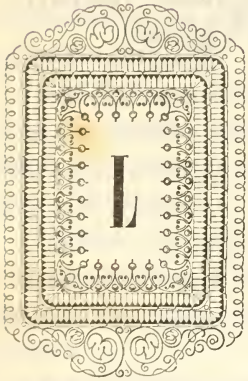
Isabel entró en la sacristía, y volvió al cabo de una hora diciendo:

—Ya está llano el camino: entrad Jacques: el reverendo padre desea conoceros, y probablemente os hará capitan de seis galeras ó gefe del arsenal. No le oculteis vuestro nombre, ni cosa ninguna concerniente á vuestra venida: solo sí mostradle que deseais servir á la república de motu propio, y que sois poco amigo del Santo Padre. Con esto hareis carrera.

Hablando así, desapareció, seguida del gigantesco aventurero. El capitan Varca permaneció aguardándolos á la puerta.

CAPITULO XXXIX.

DE COMO QUEVEDO HIZO DOS BODAS Y GANÓ LA CRUZ DE SANTIAGO.



La mision de Quevedo en Roma obtenia entre tanto un éxito el mas lisongero para el negociador: su entrevista con el Papa fué tan secreta, que nadie mas se enteró de los asuntos confiados á su celo que Su Santidad, quien le dió una carta para el Virey, diciéndole simplemente que se remitía á lo que aquel le comunicase de palabra, y que merecia su aprobacion todo cuanto le habia participado.

Al llegar á Nápoles nuestro poeta con esta contestacion de ilimitada confianza, procuró entrar de noche y sin ruido: su acompañamiento se habia aumentado con tres personas mas de las que llevó á la ciudad santa: eran estas un noble octogenario de respetable presencia, un jóven de veinte años y una dama poco mas ó menos de la misma edad, los cuales dispuso Quevedo que se alojasen provisionalmente en su cuarto, mientras él pasaba á ver al duque.

Acababa este de sentarse á la mesa para cenar, cuando le anunciaron la llegada de su embajador.

—Que entre, que entre! dijo con ardiente impaciencia; y al verle aparecer en la puerta, exclamó:—Venid acá y sentaos, señor diablo cojuelo!—A ver! Un cubierto para Quevedo.—Traereis ganas de cenar, porque es tarde y os habrán hecho ayunar en Roma: eh?

Quevedo saludó al duque y á la duquesa con respeto, y contestó:

—No puedo quejarme de Roma: Su Santidad me ha dispensado el ayuno, aunque estamos en cuaresma. Sin embargo, para un gloton como yo, nunca viene mal una cena.

—Sentaos sin ceremonia: ya sé que habeis trabajado bien, y os debo buenas albricias. El leon de San Márcos las tendrá cumplidas tambien á estas horas. Ya he mandado que la escuadra entre sin ceremonia en el mar vedado: veremos si la señora de las lagunas aprende á respetar á España. Conque, decidme, ¿qué tal el Santo Padre? Os recibió bien?

—Y me despidió mejor: esta carta os dirá lo que su política prudente ha podido confiar al papel, respondió Quevedo, entregando al duque un pliego sellado. Lo demás, añadió mirando á la servidumbre que asistia á la mesa, y tocándose al pecho, viene aquí, en mi balija.

—Guardadlo hasta luego. Pero, veamos, ¿no me pedís las albricias?

—Sí, señor: esta vez no los perdono.

—Qué quereis? Hablad.

—Que vuestra excelencia, junto con mi señora la duquesa, se dignen ser padrinos de una boda.

—Os casais? exclamaron á un tiempo los dos ilustres esposos con asombro.

—Líbreme Dios de caer en esa tentacion! respondió el poeta. En punto de bodas puedo ser cómplice, pero no reo, ni víctima.

—Pues quién es el cordero? preguntó el duque, acomodándose al tono picante de Quevedo.

—Uno, á quien trasquilaban, y á quien vuecelencia ha devuelto la lana. Os acordais del heredero heredado por los padres jesuitas?

—Ah! Caracciolo! Al cabo se le logra tomar el hábito en la cofradía de los pacientes?

—Con vuestro permiso, tales son los votos que quiere pronunciar. Apenas recobró su herencia, se dió prisa á gastar de ella en viajes y averiguaciones, para buscar á su Dulcinea. El pobre mozo ha corrido la mitad de Italia, hecho marido andante, como alma en pena; porque la novia y su padre habian ido en romería no sé á donde: por último, desesperado y harto de seguirla se volvió á Roma, y en esta ciudad le encontré á poco de mi llegada. Condolido de sus penas, le ayudé en sus pesquisas y pronto supe que el buen don Félix vivia retirado en una quinta cerca del Tíber, á tres millas de Roma. César corrió á visitarle, y renovó su peticion matrimonial; pero el noble anciano se negó á concederle una gracia que, en su concepto, podia interpretarse como aspiracion codiciosa: fué menester que yo interviniese, á ruegos del jóven pretendiente, y que presentase la cuestion como agradable á los ojos de vuecelencia.

—Y en efecto, me agrada patrocinar esa boda, repuso el duque: así coronaré una obra comenzada. Pero, ¿dónde están los novios?

—Quereis verlos ahora mismo?

—Sí, sí, respondieron á una el duque y la duquesa.

Quevedo salió, y al poco rato se presentó en la estancia, trayendo de la mano á la bella Leonor, y precediendo á César y al anciano don Félix. La jóven era una de esas criaturas fuertes de alma y delicadas de cuerpo, que solo se crian en los paises meridionales: las fatigas del camino y las agitaciones interiores de su espíritu la tenian pálida; pero al comparecer ante los ilustres esposos, un suave rosicler tiñó la transparente blancura de su rostro, realzando su hermosura, que era estremada.

El duque se levantó por galantería y presentó una silla á la jóven, diciendo:

—Seais bien venida, amable fugitiva. Nuestro buen amigo Quevedo nos ha hecho relacion de ciertos acontecimientos relativos á vuestra persona, á la de vuestro padre y de ese noble caballero que le acompaña, y hemos determinado mirar como nuestros vuestros asuntos.

Leonor dió las gracias modestamente, sin atreverse á levan-

tar del suelo la vista: su padre habló por ella, diciendo:

—Escelentísimo señor: la honra que os dignais dispensarnos escede á nuestros merecimientos, y yo espero que será considerada por la nobleza napolitana como una distincion generosa, emanada sin esfuerzo del magnánimo corazon de vuestra escelencia.

—Señor don Félix, repuso el duque: la nobleza napolitana está ya acostumbrada á respetar mi voluntad y á no pensar mal de lo que yo tengo por bien hecho: así, pues, no os inquietéis. Vuestra hija queda desde ahora en este palacio, como dama de honor de mi esposa: vos podeis escoger habitacion aquí ó en casa de don César, y dentro de tres dias celebraremos la gran fiesta.

—Señor, acepto la hospitalidad para mi hija: por lo que toca á mí, prefiero hospedarme en casa de este noble jóven, por no ser demasiado oneroso á vueecelencia.

La duquesa, entre tanto, habia hecho sentar junto á sí á la jóven desposada, y procuraba desvanecer su timidez, obsequiándola con dulces y refrescos, y mas aun con cariñosas palabras. El duque mandó servir tambien algo de su cena y licores á los dos caballeros, con quienes se entretuvo en conversacion hasta muy tarde.

Al dia siguiente se comenzó á disponer los preparativos para la boda, que el duque, siguiendo en esto su carácter espléndido hasta la prodigalidad, y acaso movido por un pensamiento político, deseaba que se celebrase con una ostentacion inusitada. El gran senescal recibió órdenes terminantes de no escasear gasto alguno y de convocar á la fiesta á todos los nobles de la ciudad, adornando los salones del palacio y disponiendo las ceremonias como si se tratase de un matrimonio régio.

Fué menester que acudiesen muchos artesanos á trabajar en el arreglo de las piezas destinadas al banquete y al baile, no bastando la numerosa servidumbre para tanto trabajo. Con esto cundió por la ciudad la voz de la estraordinaria fiesta, y la gente del pueblo, acostumbrada á disfrutar una buena parte de los regocijos del duque, se preparaba de antemano á no perder la ocasion.

El dia designado concurrieron á palacio el padre de la novia y su yerno ricamente vestidos, y encontraron la puerta principal defendida por una especie de centauro gigantesco, al cual servia de escu-

dero un enano disforme, quien al verlos llegar, aplicó á sus labios una trompeta y produjo un sonido ronco y desapacible: habia en el palacio muchos convidados de ambos sexos, además de la numerosa corte del Virey: los caballeros se asomaron á los patios, las damas á los balcones, y una multitud de gente curiosa que rondaba en la plaza y cercanías del palacio se acercó para ver el principio de la estraordinaria fiesta. El centauro se adelantó al encuentro de don Félix y del jóven novio, y encarándose con este, blandió una clava de madera con puntas de hierro, agitó un libro que abierto tenia en la mano izquierda, y dijo con acento fatídico:

— Detente, mozo atrevido, y no pretendas provocar mis iras. Yo soy el centauro Respahilando; posco la fuerza de Hércules y la ciencia de Merlin; y te haré añicos antes que consentir que poseas á la bella dama que guardo en este castillo.

César se sonrió, conociendo el juego, y sacó la espada para combatir al gigante; pero se le adelantó un brillante caballero que salió de una tienda, armado de punta en blanco, el cual enristró su lanza y se fué hácia el mónstruo diciéndole:

— Apercíbete á morir, Respahilando; que yo soy el valeroso caballero Saltamontes, y vengo á desencantar á la doncella, sin que puedan valerte la ciencia de Merlin, ni las fuerzas de Hércules.

Los dos campeones se acometieron con furia; pero despues de un corto rato de su fingida batalla, el caballero vino á tierra y quedó como muerto. El centauro blandió tres veces su enorme clava, desafiando á todos los caballeros nacidos y por nacer.

Entonces apareció una tropa de pages magníficamente ataviados, los cuales comenzaron á danzar al rededor del centauro, que dando vueltas en medio de ellos como un toro acosado por las avispas, les amagaba con su arma formidable, sin poder alcanzar á ninguno en sus ágiles movimientos: el enano siguió al principio á su dueño, pero al cabo le volvió la espalda y se mezcló en la danza, divirtiendo á los espectadores con sus contorsiones grotescas: el baile, acompasado y lento al empezar, fué siendo mas rápido gradualmente, hasta concluir en una desenfrenada tarantela; y á medida que crecia en viveza, los pages iban soltando las cintas y lazos de sus vestidos follados, que tomaban la forma ancha y voluptuosa de los

trajes femeniles. Al mismo tiempo que se operaba esta singular transformacion, el mónstruo perdia las fuerzas: primero dejó caer la clava, de que se apoderó como trofeo una de las ninfas disfrazadas de pages; luego el libro, que recogió otra y lo agitó en alto, y por último cayó al suelo, como marcado y desfallecido. Entonces las ninfas se quitaron las toquillas, dejando descubiertas sus lindas cabezas coronadas con trenzas de perlas, y arrojaron aquellas en señal de triunfo á la muchedumbre del pueblo, que se precipitó á recogerlas, formando un tumulto espantoso. Las ninfas, entre tanto, ataban con sus cintas al mónstruo, y lo entregaban al gefe de la guardia para que lo mandase encerrar en un profundo calabozo, y volviéndose al novio y á don Félix, les llevaron con gran regocijo á la presencia de los duques y de la novia, que ya les aguardaba en medio de su brillante corte.

La ceremonia religiosa se celebró en seguida en la capilla de palacio; concluida se sirvió un refresco á mas de quinientas personas de calidad; y para dar tiempo á los preparativos del banquete, se ordenó una cabalgata por la ciudad: marchaban todos los nobles jóvenes á caballo, con su obligado séquito de escuderos y pages, y precedidos de una banda de música; las personas mayores seguian en coches; iba luego la corte, los caballeros delante, las damas detrás, acompañando á la vireina: el virey vestido todo de blanco, llevando un capotillo de terciopelo con una franja de oro de una tercia de ancho y una magnífica cadena que le daba tres vueltas al cuello, montaba un soberbio potro negro de raza andaluza: delante de él y de su mujer iban los novios en una especie de carro triunfal, adornado con telas de oro y flores y tirado por seis hermosos caballos blancos: á la izquierda del duque cabalgaba el anciano don Félix, y á los lados de ambos marchaban seis carros cubiertos, conducidos por lacayos vistosamente ataviados.

Una muchedumbre inmensa se agolpaba por todas partes á ver aquel festejo inesperado, y los mosqueteros del virey tenian mucho que hacer para dejar libre el paso. Cuando el gentío era mas numeroso y el espacio mas estrecho, á una señal del duque, fueron descubiertos los carros, y los lacayos hicieron caer sobre la multitud una lluvia de frutas secas y dulces: el espectáculo que entonces se

ofreció á la vista es indescriptible: los menestrales, los *lazzaroni*, las mujeres, los muchachos, todos en revuelta confusion se arrojaron á recojer las golosinas, corriendo muchos á meterse entre los piés de los caballos: atropellábanse unos á otros, se golpeaban con piés y manos, proferian gritos, esclamaciones de júbilo y maldiciones: el duque gozaba en presencia de aquella escena, y con ardorosa impaciencia movia las manos, la cabeza y todo el cuerpo, gritando á los lacayos:

—Mas, mas!... Aprisa! Aprisa!

Los dulces y frutas se acabaron: el duque sacó el dinero que llevaba y lo arrojó á puñados á las turbas; pero se le concluyó tambien; y entonces, ébrio de loca alegría, se arrancó de un tiron la cadena de oro que llevaba al cuello, la hizo pedazos, y tiró sus trozos al pueblo, voceando:

—Tomad, hijos!

—Viva el Virey! Viva el gran duque de Osuna! clamoreaba el vulgo.

Un pescador tiznado de brea fué á tropezar contra uno de los caballeros napolitanos, por coger al aire un trozo de cadena, y le manchó las calzas: el noble le repelió, echándole encima el caballo y gritándole:

—Fuera de aquí, canalla!

El duque oyó esta espresion y se lanzó hácia el caballero diciendo:

—Quién es el atrevido que insulta á mis pobres vasallos? A ver, mal caballero! Entregadme la espada, que no debeis ceñir, puesto que despreciais al débil.

—Señor, murmuró el noble.

—No admito escusas: la espada, y presentaos arrestado en Castelnovo. Quien insulta al pueblo, desobedece mis órdenes: tengo mandado que nobles y plebeyos se respeten mutuamente, y debeis saberlo.

El caballero rindió la espada y se retiró sin replicar; y la gente del pueblo, aunque interiormente satisfecha, no se atrevió á demostrar su aprobacion, que habría costado á algunos ir á galeras.

Este incidente no impidió que la fiesta continuase tan bulliciosa y alegre como antes. La cabalgata volvió á palacio, á cuyas puertas se apearon todos: en el vestíbulo mismo comenzaban las mesas preparadas para el gran banquete, si bien estas no debian servir mas que para los criados de escalera abajo: los nobles convidados pasaban de dos mil (*), y era natural que todos sus lacayos y secuaces participasen del convite. Las salas destinadas á los señores ofrecian á la vista un fausto régio: toda la vagilla puesta sobre las mesas era de plata para los caballeros y de oro para las damas: de trecho en trecho se alzaban, en armonía con las botellas y copas, riquísimos saleros, salseras y otros objetos, construidos unos en forma monumental, otros figurando escenas mitológicas, ó de andante caballería: montes de frutas americanas y de dulces, fuentes inmensas de natas y conservas, ramilletes de flores naturales poblados de pájaros vivos alternaban con las golosinas mas suculentas ó escitantes al apetito.

La comida correspondió con esceso á tan espléndidos preparativos: seis venados, una ternera asada entera, y con los cuernos y pezuñas sobrepuestas de plata, veinte docenas de codornices y tordos; diez de conejos y liebres compusieron otros tantos de los innumerables platos que salieron á la mesa: con cada uno aparecian seis pages ó doncellas, siempre diferentemente vestidos, trayendo ya riquísimos trages, ya esquisitos muebles y joyas, que eran presentados á la novia como regalos del Anfitrion, y colocados luego en un gran aparador.

Quevedo, entre tanto, no perdia el tiempo: sentado entre el duque y los novios, sazonaba el banquete con agudezas y chistes: su corazon rebosaba de contento ante aquella felicidad de que él era autor, aunque interiormente acallaba las punzadas de una espina que su propia contrariedad habia hecho permanente, y que debia serle mas dolorosa en presencia de un amor dichoso. Comia muy poco y aparentaba gozar mas que ningun otro de los placeres de la mesa. En frente de él estaban Menardini y su hermosa mujer, la

(*) No parezca exageracion este número. Segun el historiador C. Cantú, llegó la esplendidez de Osuna á reunir diez mil convidados en un banquete.

cual oyéndole hablar olvidaba muchas veces el plato que tenia delante; pero su celoso marido la despertaba la memoria con sus punzantes codos: el maligno poeta no dejaba de observar este manejo, y se complacia en atormentarle, obsequiando con frecuencia á la bella dama, lo cual dió lugar á que lo advirtiesen algunos jóvenes calaveras.

Los dulces y las copas habian hecho ya muchas veces su oficio, y la alegre reunion se manifestaba cansada, cuando llegó hasta los salones del banquete un clamoreo ruidoso que sonaba en la plaza.

—Señores, dijo el duque levantándose: los que gusten, pueden venir á ver el asalto de los Bárbaros: ese clamor nos anuncia que la plaza está ya sitiada.

Casi todos los comensales acudieron á los balcones: delante del palacio se elevaba una pirámide colosal de salchichones, ruedas de jamon, tortas, botellas y otras mil cosas de gusto: doce soldados á caballo, espada en mano, defendian aquel castillo, conteniendo á mas de seis mil criaturas humanas, la mayor parte *lazzaroni*, muchachos haraposos y famélicos, que se rebullian y codeaban, procurando cada cual colocarse en primera fila. El duque hizo una seña con un pañuelo, diciendo, aunque no era posible oirle en medio del clamoreo general:

—Sús, hijos mios! Al asalto!

Los soldados se retiraron hácia la puerta del palacio, y al momento se precipitó la multitud al centro, como las aguas de un gran lago que hubieran estado contenidas por un muro circular. En menos de un minuto desapareció la pirámide, y en su lugar solo se vió un torbellino de cabezas mal peinadas y de brazos vigorosamente agitados; de los cuales, unos se alzaban en alto empuñando una presa, otros rechazaban con furia el ímpetu codicioso de los demás, otros en fin arrebataban lo ya conquistado, ó bien por el afan de abarcar mucho lo perdian todo. Los individuos que se daban por satisfechos, buscaban la salida de aquel bullicio, en que se hallaban oprimidos como en una prensa, mientras los rezagados se agolpaban obstruyéndoles el paso. Pronto se desparramó la apiñada turba, y solo quedaron en el lugar donde fué la pirámide los mas débi-

les y pequeñuelos, que recogian y se disputaban con gritos y manotadas los restos destrozados y esparcidos por el suelo.

La muchedumbre de los convidados comenzó tambien á dispersarse; buscando el movimiento como una necesidad para sus órganos digestivos: algunos bajaron á pasear por los jardines del palacio.

El cañon de Castelnovo anunciaba en aquellos momentos la llegada de un buque de guerra; pero nadie reparó en esta circunstancia trivial, que el ruido de las músicas hizo pasar desapercibido á muchos de los que paseaban por los jardines. Quevedo era uno de los primeros que se habian retirado del bullicio, y estaba solo en una glorieta de las mas bellas, en cuyo centro se elevaba una estátua de mármol de Carrara, representando á la duquesa de Osuna en trage de caza, con un neblí en la mano y en actitud de lanzarlo á la presa.

—Bien te copió el cincel, murmuraba el poeta devorando con la vista la estátua. Imágen fiel eres de aquella que subyuga y domina en todos los elementos. ¿Quiso fingir el artista, que delante de tí no he de hallar paz, aunque me remonte á las nubes? Sí, ciertamente: puedo, como la garza real, subir á las regiones del cielo: allí, donde no llegan tus miradas, llegará esa fiera alada que tienes en la mano, y me taladrará el corazon.... ¡Ay, Lísida! ¡Qué bien te copió el cincel! Como tú eres, te hizo hermosa; pero mas que en esto, acertó en labrar de mármol duro y frio tu deliciosa imágen.

Una carcajada ronca sonó detrás del poeta; el cual, volviendo sorprendido la cabeza, vió al señor de Menardini, que con su mujer del brazo, estaba parado contemplándole:

—Oh! exclamó disimulando su turbacion. Vos aquí, nobles señores! Contento estais, ilustre caballero.

—Jah! jah! Sí, muy contento, respondió el magnate. Quién no se reirá de veros decir amores á una estátua? Jah! jah!

—Ciertamente sería chistoso el lance, repuso Quevedo comprendiendo que el celoso marido tenia intencion de comprometerle, divulgando su amoroso monólogo.

—Lo es, lo es, jah! jah! jah! replicó Menardini, cuyas carcajadas ruidosas atrajeron algunos curiosos.—Esto merece publicarse:

las piedras no están libres de los galanteos del insigne don Francisco. No sabeis, señores, lo que pasa? añadió dirigiéndose á los que llegaban.

—Si no lo saben, yo se lo diré, contestó Quevedo cortándole la palabra. Es el caso, señores, que yo he prometido á este caballero probarle que su señora entiende de poesía tanto como el mejor académico de Nápoles....

—Y para ello, interrumpió Menardini, se entretiene en poetizar delante de esa bella estátua.

—Justamente, señores, dijo Quevedo: y he compuesto dos sonetos, para que la señora decida cual es el mejor: este caballero ha oido algunos de los versos que yo aquí á solas componía, y esto le ha hecho reir. A la verdad, no sé por qué.

—Oh! No es para menos el lance, respondió el magnate. Repetid, repetid esos lindos versos, para que estos señores no crean que mi risa es de necio.

—Estoy á vuestras órdenes, señor de Menardini; y vos señora mia, dignaos escuchar atentamente, pues habeis de ser mi juez.

Dicho esto, el poeta se encaró con el escuálido caballero, y declamó con énfasis este soneto:

«*A un viejo verde, compuesto á lo galan.*

«Vida fiambre, cuerpo de anascote,
¿Cuando dirás al apetito: Tate,
Si cuando el *Parce mihi* te da mate,
Empiezas á mirar por el virote?
Tú juntas en tu frente y tu cogote
Toca y mortaja sobre seso orate;
Pues siendo ya viviente disparate,
Untas la calavera en almodrote.
Viejo roñoso, pues te llevan, vete:
No vistas el gusano de confite;
Pues eres ya varilla de cohete.
Y pues hueles á cisco y alcrebite,
Y la podre te sirve de pebete,
Juega con tu pellejo al escondite.»

Todos los circunstantes prorumpieron en risa, escepto Menardini, que estaba pálido y azorado. Quevedo aguardó á que se restableciese el silencio, y luego dijo :

—Ya tenemos uno : escuchad, señora, el otro, que es de diferente género.

Y mirando á la dama, recitó con acento apasionado :

« Espíritu gentil, rara belleza,
Valor inmenso, afable cortesía,
Discrecion admirable y gallardía,
La mayor que se vió, y de mas firmeza ;
Cendrada lengua, angélica viveza,
Desdén esquivo, suma bizarría,
Como á vos á ninguna..... Silvia mia,
Jamás lo quiso dar naturaleza.
Solo el que no ha sabido conoceros
Podrá vivir, señora, sin amaros,
Y mayor desventura no es posible.
Mas yo que merecí gozar de veros,
Y que hallo tanta gloria en contemplaros,
Dejaros de adorar es imposible. »

— Vamos, señora, dijo Menardini á su mujer, decid : ¿cuál de los dos sonetos es mas de vuestro agrado?

La dama, puesta en este duro compromiso, respondió :

— Siempre he dicho que no soy voto en la materia : sin embargo, puesto que lo exigís, daré mi parecer. El primero, en mi concepto, es mas difícil por los consonantes ; el segundo es de mejor gusto.

— Quevedo ! Quevedo ! gritó á este tiempo un oficial de palacio : el señor duque os anda buscando.

— Señor de Menardini, dijo el poeta, estais vencido : la señora ha dado una prueba de su talento poético, y de su buen criterio.

Y haciendo un saludo cortés, se retiró con el oficial. A pocos pasos de allí encontró al duque, el cual se apartó de sus otros cortesanos, y paseando á solas con él, le dijo :

—No sé de quien fiarme, Quevedo: el pícaro de Jacques-Pierres me ha hecho traicion, y en vez de cumplir el encargo que le confié, se ha vendido á los venecianos.

—Ah! Me lo temía. Esas almas envilecidas por el sórdido afán de la ganancia, no saben guardar fidelidad. Sin embargo, Jacques conservaba un fondo de honor. Alguien le ha seducido.

—Sin duda, la pérfida cortesana que debia entregar á la merced de Venecia. Yo sabia que ella era culpable de traicion hácia mí; pero me avergonzaba de teñir mis manos con su sangre, y la envié á los que no la hubieran perdonado el delito de ser su cómplice, y se lo habrian hecho purgar en una prision perpétua. Pero esa mujer aparece allí como la esposa de Jacques, y ambos sirven hoy á mi enemigo contra mí mismo.

—Sabian algun secreto?

—No; pero pueden inventarlo.

—No es difícil inutilizar esos viles instrumentos.

—Cómo? Aconsejadme.

—Debeis algo á Jacques-Pierres?

—Sí: tengo que darle algunos atrasos de pagas por sus servicios.

—Pues bien: enviadle ese dinero, aparentando ocultarlo, y haced de modo que nadie lo ignore en Venecia. Esto bastará para que la Señoría le mire como sospechoso.

—Teneis razon: así lo haré. —Otro contratiempo me amenaza: mi hijo conspira contra mí.

—Don Juan! Un niño! Quien le ha calumniado?

—No es calumnia, amigo mio; es la verdad. Sabeis que estaba capitulado con la hija del de Úceda?...

—Sí, por cierto.

—Sabeis que le dejé al lado de su novia?...

—Y allí estaba muy contento.

—Mas no sabreis que una doncella, una Maritornes de la duquesa de Úceda le ha trastornado los cascos.... dicen que es una chicuela muy linda.... Yo digo que será alguna pájara de presa... ó

algun diablo, que se habrá valido de filtros para enredar al necio de mi hijo...

Quevedo se encojió de hombros.

—Ah! Vos no creeis en filtros: sea como quiera. Don Juan se ha fugado con la hidepuerca, y él, y yo, y las dos familias estamos siendo por su culpa la fábula de la corte. Mi consuegro está dado á los diablos, como es natural. Si en esta ocasion me falta, soy perdido: mis enemigos la aprovecharán, y mis grandes empresas vendrán á tierra, convirtiéndose en un estruendo ridículo. Yo no puedo consentir esto... Rayos y centellas!.. Que yo no pudiese llegar por un lado!...

—Calmaos, señor: que nadie observe vuestra agitacion.

—Decís bien. Pero es preciso poner pronto remedio: yo quisiera acelerar vuestra partida. Sacadme de este apuro, y pedidme lo que querais.

—Aun no me conoceis!...

—Perdonad, Quevedo: no sé lo que digo.

—Disponed mi marcha cuando gusteis;... pero esta noche, á bailar y á reir.

—Partireis de aquí á tres dias. Adios! divertíos mucho.

El duque se volvió hácia el palacio, y Quevedo continuó paseando pensativo. A los pocos pasos, se le acercó el anciano don Félix y le dijo:

—Don Francisco, permitidme tomar parte en vuestros asuntos personales. Apartémonos á donde nadie nos oiga.

—Qué significa este misterio?

—Vuestro interés y el honor de personas muy elevadas, á quienes amo y venero, me obligan á proceder así. Mientras hablábais con el Virey, un sugeto á quien no debo nombrar se ha permitido hacer comentarios, que no he desmentido por respeto al lugar donde estamos y por temor de comprometeros.

—Decidme sin rodeos lo que sea.

—Se ha dicho que el duque está irritado contra vos, y se ha indicado la causa, que me avergüenzo de repetir. No es posible que hayais dado motivo para ofender á vuestro príncipe en lo mas delicado de su honra.

—Basta! esclamó el poeta con vehemencia. No me digais mas... Menardini ha sido... Yo le desmentiré.

—Qué vais á hacer? repuso el anciano. Un escándalo!... eso mancharia el honor de la duquesa.

—No: ese honor es para mí sagrado. Retiraos y dejadme obrar.

Quevedo se quedó solo: sacó una cartera, arrancó una hoja de papel, y escribió en ella con lapiz:

«Señora: vuestra discrecion ha penetrado mi secreto, así como «yo he comprendido las penas que os impone vuestro tirano. Un «solo corazon tengo, y así solo puedo abrigar en él un verdadero «amor: miente quien lo contrario diga, y el que en su presencia ha «sabido declarar que adora á Silvia, está pronto á sostenerlo con «la espada y á dar su vida por agradaros. ¿No me dareis en cam-«bio una esperanza?»

Escrito este billete, lo dobló, y se fué paseando en busca de Menardini. Don Félix que no le habia perdido de vista, le siguió con ánimo de intervenir en caso necesario; pero quedó admirado al ver que, habiendo alcanzado al escuálido napolitano, le dirigia la palabra con modales corteses, y continuaba paseando con él y con su mujer.

Pasado un corto rato, el poeta se despidió, retirándose por detrás como lo exigia la urbanidad; pero al mismo tiempo, volvió la mano en que llevaba el papel, y tocó ligeramente la que Eleonora tenia ocupada en levantarse el vestido. Esta indicacion era ya sin duda esperada; pues fué al punto correspondida, y la noble dama tomó el billete con disimulo, sin que lo advirtiese su marido, aunque miraba á Quevedo de reojo: pero lo notaron varias personas de las que seguian paseando por los jardines.

La fiesta continuó aquella noche: hubo una regata por el mar, iluminacion en los jardines, y un gran baile que duró hasta el amanecer: los que habian visto lo ocurrido por la tarde entre Quevedo y Menardini murmuraban con otras personas á expensas de este, y observaron que ni él, ni su mujer estaban en el baile: tambien repararon, á la madrugada, en un criado que, acercándose al poeta, le dió una carta, lo cual promovió mas de una sonrisa maliciosa.

La noble dama tomo el billete con disimulo.

Media hora despues, entró don Félix en la sala donde asistia el duque, y conociendo este que deseaba comunicarle alguna cosa en particular, le llevó aparte y le preguntó qué queria.

—Señor, dijo el anciano: es preciso evitar á todo trance una desgracia. Mi amigo Quevedo y el señor de Menardini han tenido ayer tarde algunas palabras, y en este momento les he visto salir juntos por un postigo del jardin.

— Quevedo en esas danzas ahora! exclamó el duque inflamado en ira. Pronto, á ver! gritó al primer criado que halló á mano. Al capitan de guardia, que vaya con este caballero y haga lo que él le mande. Tomad un caballo, don Félix: llevad diez ó doce soldados, y traedme aquí presos á los dos. Corred!

La causa de este desagradable lance no es dificil de adivinar. Menardini, viéndose objeto de las miradas de muchos en el jardin del duque, y no pudiendo sufrir esto su carácter receloso y colérico, se habia retirado á su casa, donde tuvo una escena tremenda con su mujer; á quien maltrató de tal manera, que la infeliz cayó al suelo privada de sentido á consecuencia de un golpe: el brutal marido, acobardado en presencia de su esceso, no quiso que nadie socorriese á su mujer: él mismo la suministró los auxilios necesarios, y al desabrocharla, le encontró en el seno el billete de Quevedo. Ciego de ira, sin duda hubiera traspasado el corazon de la infiel, si el verla desmayada no hubiese infundido ya en su corazon un terror pánico: por otra parte, toda su rabia se volvió en aquel momento contra el poeta; por lo cual, dejando abandonada á la dama, escribió la carta que mencionada queda, y salió con un criado, encaminándose al palacio ducal. Quevedo recibió la carta, y acudió al momento á la cita de su contrario; y como su propia conveniencia estaba interesada en dar publicidad á este lance, no le fué dificil á don Félix enterarse de lo que pasaba.

Cuando llegó este al sitio del duelo, en una playa, no lejos del palacio, los dos rivales habian comenzado el combate con espada y daga, y el retintin de los aceros sirvió de guia para encontrarlos; pues apenas era posible distinguir los objetos con la luz de la aurora. Don Félix y el oficial metieron espuelas á sus caballos y el primero gritó:

—Alto, señores! ténganse á la órden del Virey, so pena de alta traicion!

Quevedo y Menardini se habian quitado las ropillas y jubones para combatir, y estaban en mangas de camisa, furiosos como dos tigres y decididos ambos á terminar la lucha con la muerte de su contrario: fué menester para separarlos que el oficial se metiese en medio con su caballo, abatiendo las espadas á cintarazos; hecho lo cual, les dijo:

—En nombre de S. E. el virey, daos á prision.

—Os chanceais? repuso Menardini. Apartaos, señor oficial, y dejadnos acabar esta partida. El Virey no tiene nada que ver en mis asuntos particulares.

—Su escelencia me manda conduciros á su presencia, y yo espero que no me obligareis á emplear la fuerza para cumplir sus órdenes. Hacedme la merced de entregarme la espada; y vos tambien, señor de Quevedo.

Los dos combatientes arrojaron las armas con despecho. Entonces don Félix se acercó á ellos, y dejando al oficial el cuidado de seguirle con las precauciones convenientes, les hizo vestirse, dió uno de sus brazos á cada uno, y les dijo mientras caminaban hácia la ciudad.

—Cualquiera que sea el motivo que os ha conducido á este fatal estremo, yo lo respeto, señores; no me considero con ningun derecho á pediros esplicaciones; pero sí deseo por vuestro propio interés, que esta circunspeccion os sirva de ejemplo: y si mis canas merecen alguna deferencia de vuestra parte, me atreveré á deciros que no habeis consultado, ni el uno, ni el otro, en esta ocasion, las prescripciones de la prudencia.

—Caballero, respondió atufado Menardini: para juzgarnos, es preciso antes saber lo que pasa entre nosotros.

—Acaso lo sé yo mejor que vos mismo, repuso don Félix; y al hablaros así os pruebo que sé respetar y guardar los secretos del honor. Quizá, si ayer os hubiese yo encontrado á solas y en lugar conveniente, aunque soy viejo, no os habria dado tiempo para venir hoy á querellaros con mi amigo Quevedo. Pero basta de cuestiones: las circunstancias me han obligado á intervenir en este

asunto de un modo tal vez contrario á mis deseos. Ambos vais á comparecer ante el Virey, que os espera. Sed prudentes una vez, echando un velo sobre vuestra propia honra.

— Qué quereis decir? preguntó el poeta.

— Quiero decir, que me dejeis hablar ante el duque, y que confirmeis mis palabras.

— Por mi parte, respondió Menardini, os advierto, que no admito composicion: el ultrage que se me ha hecho reclama una vida en desagravio.

— Y el que habeis hecho vos, replicó el anciano con entereza, ¿no reclama castigo? Sed prudente, os repito; y si no quereis serlo, no os quejeis luego de las consecuencias.

Los tres interlocutores guardaron silencio despues de estas palabras. Al entrar en palacio, encontraron al duque, que les aguardaba impaciente en lo alto de la escalera, y que al verles llegar, prorumpió diciendo:

— Qué locuras son estas! Subid, señores, subid y esplicadme de donde nace vuestro ardor belicoso. No tenemos bastante en qué pensar, y es necesario que nos entretengamos en corregir á los niños con barbas.

—Señor, respondió Menardini; se me ha ultrajado, y debo vengarme.

— Bella palabra! Vengarse. Qué ultraje ha sido ese?

— Locuras, señor, dijo don Félix interviniendo. Todo se reduce á dos sonetos y á una mala interpretacion. Niñerías que no valen la pena de mencionarse.

— ¿No es mas que eso? preguntó el duque á Menardini.

— Eso, y algo mas que no me está bien decir. Y vuecelencia me perdone; yo no desistiré de lo comenzado.

— Pardiez! Sereis capaz de provocarme á castigaros! Cuidado, señor de Menardini, que son ya quince los nobles barones decapitados por su soberbia: no querais ser el diez y seis.

— Señor...

— Basta. No quiero oir hablar mas de este asunto. Vos, Quevedo, quedais arrestado: vos, señor Menardini, retiraos y confiad en mí: yo os daré cuantas satisfacciones apetezcais.

El fiero magnate saludó y salió sin obligarse á nada: el duque se cruzó de brazos mirando á Quevedo, y le dijo:

— Sois un botarate, y merecíais que os tuviese preso un año. No lo hago, porque os necesito.

* * *

Aquel mismo dia, Menardini metió á su mujer en una litera y la envió á Ragusa, á casa de sus padres; y el siguiente partió Quevedo para España, con dos galeras, llevando quince millones de donativo para el rey, juntamente con varios regalos del duque y una crecida gratificacion de los napolitanos para el de Úceda. El parlamento de aquel reino le habia confiado la procuracion de multitud de negocios, como lo hizo antes el de Sicilia, gratificándole con cinco mil ducados. Estos encargos no eran mas que un pretexto para ocultar el verdadero motivo de aquel viaje: nuestro poeta debia ver al rey, á fin de comunicarle los planes que él y Osuna tenian concertados contra Venecia; darle cuenta de la marcha política que el segundo se habia propuesto seguir en Nápoles, rebajando el despotismo orgulloso de la nobleza, causa de debilidad para la dominacion española; solicitar la reparacion de algunos puertos, considerados como puntos estratégicos, y sobre todo consolidar la autoridad del Virey con ámplias facultades y con la promesa de que se prorogaría el tiempo de su gobierno, próximo á espirar, (solo duraba tres años), á fin de llevar á cabo sus empresas. Aparte de esto, llevaba Quevedo el encargo de arreglar las descompuestas bodas del jóven don Juan Tellez Giron con la hija del duque de Úceda.

Todas estas comisiones, en particular las políticas, eran tan reservadas, que nadie mas sabia de ellas que el duque, el Papa y Quevedo. Sin embargo, en medio de su navegacion, se encontró este sorprendido por un buque ligero, partido de Marsella, cuyo patron se hizo presentar á él, y le entregó una carta de cierto capitan llamado Vinciguerra, el cual le decia, que por conducto de sus amigos Stradella y Moret se le habia comunicado la noticia de haber salido de Niza seis caballeros disfrazados, y con sus señas y retrato, para matarle: que no fuese á Marsella; pues, segun los informes adquiridos, sus enemigos debian de estar ya ocultos en aque-

lla ciudad: que todo esto lo habia sabido Stradella por un corresponsal de Turin, donde se hablaba de él con bastante publicidad, y donde circulaban *raguallos* ú hojas sueltas, en que se le denigraba de mil maneras; y valiéndose de espías, los cuales lograron sorprender el secreto, emborrachando á uno de los emisarios, llamado Varea ó Inguanzo, español al servicio de Venecia.

Quevedo aprovechó este aviso, cuya sinceridad le garantizaba el nombre de Stradella, y cambió de rumbo, dirigiéndose á Barcelona. El Virey de esta ciudad, que habia recibido la misma noticia por diferente conducto, y espedido algunos hombres por la via de Perpiñan para prevenir el golpe, dió á nuestro héroe una gruesa escolta, que le acompañó hasta Zaragoza.

La corte estaba en el Escorial: Quevedo se apartó de la carretera de Madrid y tomó el camino de Peñafiel, donde esperaba adquirir noticias del hijo de Osuna y de su fugitiva paloma: en aquel castillo, á pesar de la abolicion del régimen feudal, se observaban todavía las costumbres antiguas, medio altaneras, medio patriarcales de la orgullosa nobleza española; costumbres que ha sido mas fácil arrancar de los mismos señores que de sus vasallos, tal vez por el carácter de patronato que distinguia al feudalismo español, por regla general, del de lo restante de Europa. Los señores de vasallos en Castilla, salvas algunas escepciones personales, eran, por decirlo así, unos gefes y tutores de los pueblos sometidos á su dominio: pudièran considerarse como los gefes natos de un regimiento, cuyos soldados, aunque sujetos á una dura disciplina y obligados á trabajar para ellos, tenian á orgullo pelear bajo sus pendones, y estaban habituados á encontrar un seguro apoyo en la influencia de sus riquezas y de su nombre. Los habitantes de Peñafiel no enviaban ya sus hijos á militar en la bandera del señor de la tierra; pero pagaban tributos al mismo, aparte de las contribuciones reales, y no habian perdido la costumbre de acudir á él en sus apuros y enfermedades.

El castillo no era ya la antigua fortaleza, que en tiempo de los Pachecos podia desafiar el poder del rey: sin puente levadizo, sin artillería ni guarnicion cargada de hierro, casi cegado el foso, era no mas que un monumento conmemoraticio de una civilizacion ca-

duca. Pero en su interior se mantenian y cuidaban de su conservacion un portero con título de guardallaves, un administrador con los de mayordomo y senescal, un capellan con los de limosnero y bibliotecario, y algunos criados menores, descendientes del montero, repostero y demás familiares de una gran casa.

Quevedo procuró informarse en el pueblo, antes de llegar al castillo, y supo que el jóven marqués habia venido allí, hacía unos tres meses; pero nadie pudo darle noticia de su acompañamiento, ni de si habia vuelto á marcharse; porque llegó de noche, y no quiso admitir visitas, ni se permitió desde entonces á ninguna persona la entrada en el edificio señorial.

Con tan vagos informes no era posible conjeturar nada: nuestro poeta se fué derecho al castillo: el portero y su mujer salieron á recibirle mirándole con ojos espantados, y no le permitieron pasar de la entrada hasta dar aviso al mayordomo: el marido se encargó del mensaje; y entretanto, la mujer, que era habladora, comenzó á decir por via de disculpa:

—Vuestra merced no estrañe nada: como el señorito es tan vivo de genio y tiene mandado que á nadie se le permita la entrada, nosotros, ya se vé, no podemos hacer otra cosa. Si el mayordomo lo consiente, allá él. Jesus! No faltaba mas, sino que mi pobre Anselmo se propasase á disponer... No, no: el señorito se enfadaria, y luego andaria el látigo listo...

—Ah! Conque el señor marqués se las compone á latigazos? dijo Quevedo.

—Ni mas, ni menos: tiene un genio!... No se le puede contradecir. En esto se parece á su señor padre, cuando era mozo. No es que yo quiera hablar mal de su señoría; líbreme Dios! Al contrario: yo es verdad que tiemblo de verle incomodado; pero me da risa al mismo tiempo el ver con qué sanduga hace bailar á todos, hasta á mi Anselmo, que es lijero el pobre como pájaro de plomo.

—Y la señora, preguntó el poeta con naturalidad; ¿tiene tambien el genio vivo?

—La señora, decís? repuso la portera. Oh! no me hableis de eso: yo no sé nada. Nosotros no subimos de escalera arriba, sino cuando nos llaman.

En esto apareció el mayordomo, que era un hidalgo viejo de familia pobre; el cual, reconociendo á Quevedo, vino hácia él con los brazos abiertos, y le dijo con mucho misterio:

—Gracias á Dios que habeis venido! Subid, subid conmigo: tenemos que hablar.

El mayordomo condujo al poeta á su habitacion, encargando antes al portero que aposentase, sin meter mucho ruido, á las personas de su acompañamiento, y le participó que el jóven marqués habia traido allí á la moza de quien estaba enamorado, la cual era una hembra muy ladina; que no se le podia disuadir de su loco intento de casarse con ella, estando tan encaprichado, que habia querido obligar con amenazas al capellan á celebrar el matrimonio, y que solo á fuerza de maña y valiéndose de injeniosas mentiras, se habia logrado entretenerle hasta informar al duque, su padre, de lo que pasaba, y dar tiempo para que este adoptase una determinacion.

Quevedo hizo pasar aviso de su llegada al jóven, previniéndole que iba de prisa á la corte y que traia encargos muy reservados de sus padres. El marqués se presentó á poco en el aposento donde le aguardaba el poeta: era casi un niño, pues apenas contaba quince años; pero su porte altivo le daba la apariencia de un hombrecito formal.

—Hola, Quevedo! dijo al entrar. Ya sé á lo que venís: ¿traeis bien estudiado el sermon? Os advierto que el padre capellan me ha predicado ya mas de veinte. — Y volviéndose hácia el administrador que se habia quedado entre puertas, le gritó: —Eh! Qué haceis ahí escuchando? Largo! largo, perillan!

El administrador se retiró: el jóven aturdido cerró la puerta, y sentándose luego, continuó diciendo:

—Ya estamos solos: ¿qué noticias me traeis de mi madre? Y mi padre, ¿está muy enfadado conmigo?

— Vuestra madre me ha dado para vos un retrato suyo y una preciosa espada guarnecida de diamantes, que traigo en mi equipage. Vuestro señor padre me ha encargado únicamente que vea á la persona de vuestra eleccion, para saber si es digna de llamarse su hija.

—De veras, Quevedo? No me engañais? mi padre aprueba?...

—No aprueba nada todavía: se remite á mis informes.

—La vereis: es una muchacha preciosa: me quiere mucho. La pobre pasa aquí una vida triste; pero nos casaremos, y entonces...

—Despacio: ¿dónde la teneis?

—Venid: no quiero que la vea nadie, ni el padre capellan; pero vos es diferente.

—Aguardad: yo voy á tener con ella una conversacion reservada, y quisiera que vos, despues de introducirme, pudiéseis estar donde nos oyéseis escondido.

—Para que? Tengo confianza en vos.

—No importa: cuando escucheis lo que pienso decirla, quizá mudareis de concepto en cuanto á ella y en cuanto á mí. Haced lo que os digo, que algun dia me dareis las gracias.

El marquesito condujo á Quevedo á una de las mejores habitaciones del castillo y lo presentó á una arrogante moza de veintitres años, que estaba recostada en un sillon, junto á una ventana, diciéndola:

—Catalina, este hidalgo acaba de llegar de Nápoles, y tiene que hablarte de parte de padre: es un sugeto á quien estimo.

La moza hizo un saludo que no carecía de elegancia, y respondió bajando la vista:

—Sea bien venido: mereciendo vuestra estimacion, puede contar con la mia.—Pero qué, os vais? añadió al ver que su amante se retiraba.

—Sí: volveré luego.

Quevedo aguardó que saliese el jóven, y tomando una silla, se sentó junto á Catalina, á quien dijo:

—Dispensadme de cumplimientos, bella jóven. Hablemos sin rodeos, como personas que se entienden. ¿Qué idea habeis tenido al dejaros robar por don Juan?

—Qué idea?... Vaya una pregunta! Eso bien se comprende.

—Pues yo no lo comprendo. Pretendeis casaros con él?

—Yo no pretendo nada; pero creo tener derecho á conservar mi honor.

—Eso es muy justo: el señor duque no se opone á que os caseis con su hijo; pero con una condicion.

—Cuál?

—La de que vuestro esposo pierda el título que lleva y todo derecho á la herencia de su padre. Sin duda aceptareis, siendo el amor lo único que os ha obligado á seguirle.

—Ciertamente; pero es una condicion muy dura; y si don Juan ha de ser desheredado por mi causa, prefiero mi abandono á su desgracia.

—Es mucha generosidad: obrando así, yo os aseguro que no quedareis abandonada.

—Qué puedo esperar, desdichada de mí! exclamó la jóven, cubriéndose los ojos con su pañuelo.

—No lloreis, hermosa niña. Todo tiene remedio: si renunciais á don Juan, por no hacerle desgraciado, el duque os dará en cambio de ese sacrificio una buena colocacion. A una jóven de vuestro mérito no puede faltarle un buen marido.

—Cuál puede haber que iguale á don Juan?

—Oh! Ninguno: pero puede haber otro que os iguale á vos.

—No, yo no renunciaré á un bien que ya poseo, replicó la jóven con afectado fuego. Bajándose don Juan hasta mí, me eleva á su propia altura y me hace su igual. Yo le he dado mi corazon, que es cuanto puedo darle; y á despecho del mundo entero, él será el primogénito del duque de Osuna y yo su esposa.

—Es decir, que por amor á él arrostrareis las iras de sus padres, las del poderoso duque de Úceda, á quien ofendeis y tal vez las del rey: meditadlo bien. Casada con don Juan, él quedará reducido á lo que sois vos, y acaso tendreis que trabajar para mantenerle. Don Juan es ahora un niño: cuando hayan pasado las ilusiones de su edad, podrá ser que se arrepienta de haberlo sacrificado todo por vos; y entonces, sola, sin ningun porvenir, arrastrareis una vida miserable. Bien sé que confiareis en la bondad natural de mis señores para alcanzar despues el perdon y el rango á que aspirais: pero os advierto que eso dependerá de mí. Yo debo hablar al rey

sobre este asunto: lo que S. M. decida será irrevocable.

—Y sereis capaz de solicitar nuestra ruina?

—Yo no haré mas que ejecutar lo mandado por el señor duque.

—Sin embargo, de vos depende nuestro destino. Ah! Si fuéseis bondadoso conmigo, yo no seria ingrata.

—Lo sereis necesariamente, repuso Quevedo con acento apasionado; porque despues de haberos visto, yo no podré sufrir tranquilo que pertenezcais á otro.

—Hablais con formalidad?

—Digo lo que siente mi alma.

—De modo que si me caso con don Juan, sereis mi enemigo?

—Quién sabe si, aun así, podré consideraros mi amiga?

— Eso dependerá de lo que hagais.

— Si por mi influencia lográseis ser, no solo la mujer de don Juan á secas, sino la gran señora, la marquesa de Peñafiel y futura duquesa de Osuna, ¿qué recompensa podria yo esperar?

— Hacedlo, que no os arrepentireis.

— Necesito una palabra mas espresiva: sed franca; nadie nos oye, y el pacto que aquí hagamos quedará sepultado entre los dos. Yo no creo que hayais seducido á un niño para vivir con él miserablemente: esto seria una necedad, y vos me pareceis discreta: ese niño será hombre, y será duque; pensando en esto, procedeis cuerdamente. Por mí sereis duquesa; pero, ¿qué seré yo?

—Lo que querais.

—Nuestro pacto está hecho; pero es menester sellarlo.

—Tambien eso? Y cómo ha de ser?

— Con los labios.

— Sois muy tuno.

— Y vos muy linda, repuso Quevedo.

— Es así? dijo la seductora moza presentándole el rostro.

— Justamente, le respondió el poeta, estampando en su mejilla un sonoro beso.

En aquel momento se abrió con ímpetu una puerta disimulada detrás de los tapices, y apareció el marquesito hecho una furia. Quevedo se volvió hácia él con mucha calma, y le dijo:

—Ya estais desengañado.

—Miserable mujer! infame cortesana! gritó el jóven. Salid de aquí! Marchaos pronto. Y vos, sacad la espada, porque no quiero mataros como á un perro.

—Despacio, señor marqués, repuso el poeta; y respetad en mis actos los justos deseos de vuestro padre. Esta jóven se quedará aquí: es menester que obtenga algun beneficio por sus afanes. Vos sí, vendreis conmigo.

—A dónde? Qué pretendeis ahora?

—Pretendo restituiros la consideracion que habeis perdido.

Catalina, entre tanto, se habia quedado abismada y confusa: de pronto comenzó á sollozar, cerró los ojos y se agitó fingiendo una convulsion. El jóven marqués no pudo verla en tal estado sin enternecerse.

—Dejadla, dejadla, le dijo Quevedo, cogiéndole de un brazo y sacándole fuera de la estancia. Un doctor remediará ese accidente con una sangría ó una jarra de agua fresca.

Y sin detenerse un momento, bajó al patio, mandó ensillar el caballo de don Juan, encargó al mayordomo que cuidase de la bella Catalina, teniéndola bien asistida en el castillo hasta nueva órden, y partió para el Escorial.

En el camino acabó de persuadir al jóven aturdido de que le habia prestado un buen servicio, librándole de los lazos de su sirena; y cuando llegaron á la corte, no le fué difícil reconciliarle con el duque de Úceda y con su abandonada novia.

Mientras se arreglaba esta reconciliacion, Quevedo solicitó una audiencia privada del rey, para presentarle los regalos que traía del duque de Osuna: el de Úceda y el padre Aliaga se encargaron de introducirle, sin saber ellos mismos el principal objeto de aquella entrevista. Cerca de dos horas estuvo encerrado con el rey, con asombro de toda la corte, que se abismaba en conjeturas para adivinar cual sería el objeto de tan larga conferencia: las circunstancias favorecían en aquellos momentos á la formacion de los cálculos mas absurdos: hacía dos semanas que se habia efectuado una revolucion en la servidumbre del príncipe heredero, quitando varias llaves de gentiles-hombres, y enviando desterrado al conde de Lemos: el de Olivares habia ofrecido su cabeza con su destino, valiéndole

esta entereza el permanecer en su puesto: los dos duques, de Lerma y Uceda, padre é hijo, luchaban por derribarse mutuamente: el confesor apoyaba al segundo; y don Rodrigo Calderon, que llevaba toda la mano en los negocios, aparecía como adicto á los dos. Por consejo de este, el anciano privado, que veia palidecer su estrella por momentos, habia solicitado el capelo de cardenal, que se esperaba muy en breve, confiando en asegurar por este medio su privanza. Con todas estas novedades, natural era que los cortesanos, para quienes todos los intereses de la patria estaban cifrados en el triunfo de uno ú otro favorito, se figurasen que la conversacion de Quevedo con el rey afectaba necesariamente á sus propios deseos ó temores: algunos recelaron que el duque de Osuna viniese á interponerse entre los diversos competidores para llevarse él solo la palma. Pero nada de esto era: el poeta trataba con S. M. de asuntos mas graves; ponia en sus manos una copia de los papeles de Robellon, por los cuales se patentizaban las miras ambiciosas del duque de Saboya, las intrigas de Venecia para desunir los pequeños Estados de Italia en su provecho, y atizar su odio á la dominacion española; le descubria las tramas de muchos magnates napolitanos; le explanaba la política que era necesario seguir con ellos y en toda Italia, para hacer á un tiempo agradable y respetado nuestro imperio en aquellos dominios é impedir que se nos escapasen de las manos: le demostraba la debilidad interior de la república de Venecia, carcomida por su constitucion execrable y por sus vicios; la necesidad de descubrir al mundo esta flaqueza, obligándola á restituir el Adriático á todos los pueblos de Europa, y la posibilidad de hacernos allí fuertes, habilitando el puerto de Brindis: en una palabra, como consumado político y apoyándose en la esperiencia adquirida en sus viajes, le daba consejos que, seguidos con perseverancia, nos habrian sostenido, tal vez hasta hoy, con honor y provecho en aquella hermosa comarca, deteniendo la rápida caida de nuestra nacion.

Al salir Quevedo de la cámara real, todos le miraron con curiosidad, abrumándole á cortesías y preguntas; pero él se deshizo de los importunos con alegres bromas, y corrió á escribir al duque de Osuna estas pocas palabras:

« He visto á S. M. Aprueba cuanto haga vuestra escelencia. No « hay nada que temer. *Santiago y cierra España!*—He dado caza « á vuestro don Juan y le he vuelto á su nido: espero asistir á sus « bodas antes de mi vuelta á Nápoles.—Instad al rey para que no « me detengan mucho en este devoto lupanar. »

Dos meses despues, se recibió un correo de Nápoles: la armada española habia destruido casi completamente la de Venecia en las aguas de Gravosa. Este mismo correo trajo una carta para el rey, pidiéndole que hiciese despachar pronto á Quevedo, por la mucha falta que hacía en Nápoles para el buen desempeño de los negocios; encareciendo sus servicios, su fidelidad en los asuntos de Hacienda, en los que pudo embolsarse cincuenta mil ducados sin compromiso alguno y no lo hizo; y en fin, su incansable celo en bien de los intereses públicos; y suplicando á S. M. que mandase recompensarle con alguna distincion, para alentarle y servir de estímulo á los buenos servidores del Estado.

A poco se hicieron las bodas del jóven marqués de Peñafiel con la hija del favorito Úceda, siendo padrino el rey: hubo, como era consiguiente, grandes fiestas, á las cuales siguieron otras en celebridad de haberse conferido la dignidad cardenalicia al duque de Lerma.

Confiado este príncipe en su nueva grandeza, se presentó á despachar con el rey, magníficamente vestido con todas las insignias de la púrpura romana: el palacio estaba lleno de cortesanos, unos de su partido, otros del de su hijo, que disimulando sus rivalidades vergonzosas, se daban las manos en señal de parabien. Don Rodrigo Calderon acompañaba al duque cardenal siguiéndole pocos pasos detrás, y quedándose á la puerta de la cámara real: en aquel punto se le reunió el duque de Uceda, cuyo semblante pálido anunciaba una viva inquietud interior.

—*Alea jacta est!* dijo con voz temblorosa y baja al favorito de su padre.

—Nada temais, le contestó don Rodrigo: el cardenal se irá al coro.

Con efecto, aquella mañana habia estado el confesor constantemente al lado del rey: este al ver entrar al duque revestido con las

insignias sacerdotales, en vez de recibirle como á ministro, dobló una rodilla en tierra y le pidió su bendicion. El duque se la dió temblando, y le suplicó que se levantase y oyese algunas cosas que debia comunicarle concernientes al gobierno.

—Ah! exclamó el rey, levantándose. No permita Dios que yo consienta en servirme de un ministro suyo, como de un vasallo cualquiera. Dejad esos negocios profanos para vuestro hijo.

—Señor! murmuró confuso el duque. No creo que el capelo impida.... El rey de Francia bien se sirve de un ministro cardenal.

—El rey de Francia, no es el de España: él se llama cristianísimo, y no tiene escrúpulo en hacerse servir de un ministro del Todopoderoso. Mi conciencia es mas estrecha.

El duque cardenal tuvo que resignarse, conociendo tarde que habia seguido el peor consejo. Fuéle forzoso retirarse y llamar él mismo á su hijo para que entrase á sucederle: al dia siguiente, recibió una órden respetuosa, refrendada por el nuevo ministro, mandándole ir á descansar de sus fatigas y á servir á Dios en Valladolid. El duque de Lerma no se detuvo un momento: en el acto fué á despedirse del rey, subió en un coche y partió del Escorial, á tiempo que las campanas del monasterio doblaban por el aniversario de la difunta reina Isabel de Valois.

Dos meses despues, habia vuelto la corte á Madrid: en la iglesia del monasterio de Bernardas del Sacramento, fundado por el duque de Úceda, se celebraba con gran pompa la ceremonia de investir á un nuevo caballero con el hábito de la órden de Santiago. Este novel caballero era don Francisco de Quevedo.

Los cortesanos, envidiosos de su fortuna, no pudieron menos de saludarle con una granizada de sonetos satíricos y décimas burlescas: pero nuestro héroe se burló de todos, relegando sus zumbas al desprecio, y tomó la vuelta de Nápoles, llevando consigo á la bella Catalina; la cual halló un buen dote en la munificencia del duque de Osuna, y un marido acomodado á su condicion.

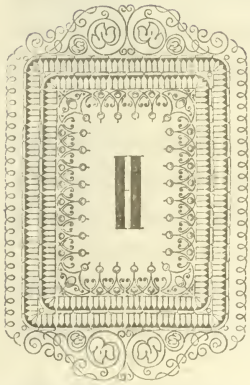
QUEVEDO.

SEGUNDA PARTE.

EL CABALLERO DE SANTIAGO.

CAPITULO I.

INTRIGAS VENECIANAS.



HACÍA cerca de un año que Venecia estaba bloqueada materialmente por mar, y pocos meses que sus naves mercantes, despues del desastre de Gravosa, no entraban con seguridad en el golfo, donde tiene su asiento: los uscoques y los napolitanos insultaban á mansalva el antes respetado pabellon de San Márcos; la armada del duque de Osuna desplegaba sus blancas alas, como una bandada de águilas, prontas á precipitarse sobre una presa, y la temida república recelaba su fin, á los dobles golpes de las invencibles armas del Virey de Nápoles, y de la sagaz política de su consejero. Sin embargo, como avezada al comercio, blanco de todas sus miras y base de su poderío, sabia muy bien que necesitaba sostener su crédito para vivir; y á la manera del comerciante en vísperas de quiebra, que procura tapar los ojos al público dan-

do una fiesta, Venecia celebraba en esta ocasion su carnaval con mas alegría que nunca.

Magníficamente iluminados aparecían de noche sus canales y jardines: los miembros de la nobleza rivalizaban entre sí en la ostentacion de sus riquezas y galas: donde quiera que el estrangero se detuviese, hallaba el placer desbordándose como una fuente de manantial inagotable: resonaban las músicas eróticas en los brillantes salones, en las calles y plazas; y toda la poblacion, desde las mas altas damas, hasta los humildes gondoleros, se entregaban con frenesí al contento, bajo el disfraz y la careta. Millares de góndolas empavesadas y ricamente guarnecidas surcaban los canales; y los dichos oportunos, y las picantes chanzonetas se cruzaban de unas á otras, como el fuego graneado en una batalla.

Separado del bullicio y ageno enteramente al regocijo general, se paseaba un hombre, embozado en una capa y enmascarado, por un estremo de la plaza de San Márcos: de trecho en trecho se paraba, murmurando, como un mercader que echa cuentas consigo mismo y calcula los riesgos y las ventajas de un negocio: era este hombre de mediana estatura, delgado y suelto de miembros; andaba con agilidad; pero un buen observador habria notado que no tenia costumbre de llevar espada; pues olvidándose de apoyar la mano en el pomo, la contera se le enredaba de vez en cuando entre las piernas.

Despues de esperar un largo rato, no sin dar muestras de su genio impaciente, fijó la atencion en el canto monótono de un gondolero, que sonaba, entre las acordes músicas de los canales, como el zumbido de un abejorro en una floresta poblada de aves canoras.

—Si no me engaño, es Bollani ese que canta, murmuró el embozado. Sí, él es; y no viene solo. Ya era tiempo de que llegasen, por san Juan y san Pablo!

Y sentándose á la vista del canal, comenzó á silbar la cancion del gondolero: no tardó este en arrimar su barca á la escalinata de la placeta, por la cual subieron á poco dos enmascarados, el uno pequeño y fornido, el otro corpulento como un gigante: el embozado les salió al encuentro diciendo:

—¿Qué quiere Pedro?

—Corona y cetro, respondió el gondolero.

El hombreton miró á los dos con estrañeza, y preguntó al segundo con acento francés:

—Qué burla es esta, perillan? Me has sacado del baile del señor de Piven para esto? Dónde está la buena moza, que decias me esperaba?

—El gondolero ha cumplido con su deber, señor normando, repuso el embozado. Él se volverá á su barca, y vos tendreis á bien acompañarme á donde os aguarda la buena moza.

—Vuestro nombre, ó vive Dios, que os paso á los dos de parte á parte, dijo el hombreton empuñando la espada.

—Calma, señor Jacques-Pierres, contestó el embozado: esta noche habeis bebido algunas copas de mas, y por eso no me conoceis.—Y añadió hablando con el gondolero:—Retírate, Hormiguita; y no te alejes de este sitio.

En seguida se acercó al oido del aventurero, y le dijo su nombre.

—Ah! exclamó Jacques-Pierres. ¿Quién os habia de conocer con ese trage?

—Silencio, y venid conmigo, replicó el embozado.

—A dónde vamos?

—Teneis miedo, capitan?

—La prudencia no es miedo.

—Pues bien, vamos á servir á la Señoría. Seguidme y no me nombreis.

El aventurero y el embozado se internaron, hablando así, en una calle oscura, y al cabo de un largo trecho, entraron en una casa de modesta apariencia: un criado, á modo de portero oficial salió á recibirles y les preguntó:

—Qué quiere Pedro?

—Corona y cetro, respondió el encubierto.

Entonces el portero tomó una linterna, y les condujo por varias habitaciones desiertas á una escalera secreta, por la cual bajaron á un patio de altísimas paredes: en uno de sus costados, que se elevaba por escalones de diferentes edificios sobrepuestos, el mismo conductor abrió una puertecita, entregó la linterna al embozado, y luego que este y su compañero hubieron entrado, volvió á cerrar, quedándose fuera.

El encubierto guió, como práctico en aquellos lugares, recorriendo un vasto espacio, subiendo tres pisos y volviendo á bajar, hasta una estrecha galería, en cuyo estremo abrió una mampara y penetró en una antesala, ricamente amueblada: un segundo portero le repitió la misma pregunta que el anterior, y contestada que fué, le introdujo en una sala, donde habia seis guardias armados. El encubierto mandó á Jacques-Pierres aguardar allí, y entró solo en otra pieza, quitándose la careta: estaba en la habitacion y en la presencia de Nicolás Donato, dux de Venecia, el cual saludándolo con una inclinacion de cabeza, le dijo:

—Bien venido, Fra-Paolo!... Traeis al hombre?

—En la antecámara aguarda las órdenes de V. A., contestó el servita.

—Mandadle entrar.

Fra-Paolo se acercó á la puerta é hizo una seña al aventurero, el cual, por indicacion de aquel, se descubrió el rostro y pasó adelante: al ver el aparato magestuoso de la estancia, conoció donde se hallaba, y aguardó que le hablasen, permaneciendo en una actitud respetuosa.

—Jacques-Pierres, dijo el dux: acercaos. La noble y generosa república de Venecia se ha dignado acogeros en su seno, y os ha dado mando en su armada. Hoy necesita probar vuestra fidelidad: ¿estais dispuesto á servirla con prudencia y sigilo, y á merecer los dones de su munificencia, ó renunciais á este honor?

—Creo haber servido fielmente á la Señoría, respondió el aventurero; y no haber dado hasta hoy motivo alguno para ser reconvenido.

—Nadie os reconviene: se os pregunta si estais dispuesto á prestar un servicio especial, para cuyo desempeño habeis sido designado por el supremo consejo de los Diez: en el concepto de que una vez dada vuestra palabra, respondeis del cumplimiento con la cabeza, y si no aceptais el cargo, la Señoría se reserva el cuidado de vigilar vuestra conducta.

—Segun sea lo que se me mande hacer, así me comprometeré ó nó á ejecutarlo.

— No se os puede revelar nada, mientras no esteis ligado con juramento de guardar el secreto.

Jacques-Pierres comprendió que no era una eleccion, sino un precepto lo que se le proponia, y por consiguiente repuso:

— Mi valor, mi ingenio y mi vida están esclusivamente consagrados al servicio de la República. Mandadme y obedeceré.

Nicolás Donato se levantó, abrió el libro de los Evangelios que estaba sobre una mesa, y mostrándolo al aventurero, le dijo:

— Acercaos, Jacques-Pierres; poned la mano sobre este libro santo, y jurad en nombre de Dios hacer lo que os fuere dictado para la salvacion de la República, y no decir á persona alguna, fuera de aquellas que se os señalen, nada mas de lo que se os permita decir.

— Lo juro.

—Si cumplís vuestra palabra, que las bendiciones del Cielo y las recompensas de la República os colmen de felicidad: si faltais á ella, que os devoren las entrañas eternamente todos los monstruos del infierno, despues de haber sufrido en este mundo la execracion y el castigo de los hombres. — Ahora, retiraos: el padre Fra-Paolo tiene pleno poder para instruiros en lo que conviene: someteos á sus órdenes y ejecutadlas ciega y puntualmente, como si fuesen emanadas de los supremos consejos del Estado.

—Así lo haré, repuso el aventurero, y V. A. no quedará descontento de mi fidelidad.

El servita le tomó de la mano, y le condujo por una puerta diferente de aquella por donde habian entrado á un corredor alto, desde el cual se dominaba con la vista gran parte de la ciudad: le acercó á un mirador, y mostrándole un edificio sombrío, allí cercano, le dijo:

— Ved la mansion á donde podeis llegar con muy pocos pasos: ¿no habeis oido hablar de los *Plomos* de Venecia? Bajo aquel techo desaparecen todos los ensueños de loca ambicion, allí se pagan todas las traiciones; y la muerte acompañada de los mas lúgubres horrores, no es nada comparable á los tormentos, que en ese oscuro recinto del dolor sufren los que faltan á la fé jurada.

—Lo sé: pero, ¿á qué hablarme de ello? Acaso no teneis seguridad en mis promesas?

—La Señoría se cuida poco de esa seguridad: posee otros medios que no fallan ni deslumbran: es omnipresente, y el que la engaña se vende á sí mismo. Ya una vez habeis tenido un pié puesto en el temible puente de los Suspiros.

—Yo!

—Sí, vos: no se ignora que habeis recibido mercedes del Virey de Nápoles.

—Lo que yo he recibido es el pago de mis atrasos.

—Sea: no pretendo haceros un cargo por eso: únicamente os doy un aviso, y vuestros actos probarán hasta qué punto sois adicto al enemigo de la República. Poneos la máscara y seguidme.

Fra-Paolo condujo al aventurero á una estancia, situada en lo mas alto del palacio ducal: mandó despejar á dos criados que allí se encontraban, y habiendo cerrado la puerta, dió asiento á Jacques y entró en esplicaciones con él.

—Voy á comunicaros, le dijo, un secreto importantísimo: don Pedro Giron no está contento con ser virey de Nápoles, y hace ya mucho tiempo que pretende coronarse como rey independiente.

—Es cierto eso? repuso el normando. Yo no soy amigo ni enemigo personal del duque de Osuna; pero aunque me parece ambicioso, nunca le habria creido capaz de faltar á su rey.

—Tal es la opinion en que todos le tienen, y no estraño que sea tambien la vuestra, dijo el servita. Sin embargo, no dudeis que *Pedro* quiere *corona* y *cetro*. Para llegar á este fin ha estado en tratos con Venecia, y para encubrir sus aspiraciones y vergarse de nuestra poca adhesion á sus deseos, nos ha movido guerra.

—En ese caso, fácil es deshacernos de tan fiero enemigo, descubriendo sus intenciones al rey de España.

—No tan fácil como os parece: le apoya su consuegro en la corte de Madrid, y no es posible hacer llegar ninguna comunicacion á don Felipe, sin pasar antes por las manos de su ministro. La República, en su alta sabiduría, ha dispuesto seguir otro camino. Don Pedro ha jurado esterminar á Venecia, y Venecia está en el caso

de defenderse: para ello quiere entretener á su enemigo, halagando sus planes ambiciosos, y al mismo tiempo resguardarse contra los tiros con que nos amenaza. Tales son los dos motivos por que el consejo secreto y el Serenísimo Donato han puesto en vos los ojos, para que les ayudeis á salvar la patria.

— Y qué puedo yo hacer?

— Mucho, si quereis: la República necesita dos personas de confianza; una que penetre aquí los proyectos que se fraguan de acuerdo con el embajador español, y cuya tendencia es nada menos que á sorprender la ciudad, incendiar el arsenal y las Atarazanas, volar los palacios del Consejo y del Dux, saquear la Zeca y degollar á los patricios: otra que entretenga al Virey con promesas de apoyo y adivine sus secretos pensamientos. La primera persona sois vos; la segunda vuestra mujer.

—Accederá ella? La recibirá bien el duque?

—Tengo ya el consentimiento de ella: si fuere mal recibida, no importa; entonces obraremos segun las circunstancias.

—Si ella está conforme, nada tengo que oponer por mi parte. Sin embargo, deseo saber qué papel se me reserva en este negocio; porque yo no sirvo para espía.

—Servireis para conspirador.

—De qué manera? Cómo y contra quien he de conspirar?

—Conspirareis contra la República, entrando en los planes de sus enemigos.

—Es decir que se me asigna el odioso puesto de traidor?

—No: esa interpretacion es falsa, á menos que debais fidelidad á don Pedro Giron. Decidme, Jacques-Pierres, si os halláseis mandando los bajeles de la Señoría contra el Virey de Nápoles ó cualquier otro enemigo, y supiéseis que este meditaba una sorpresa, para destruir sin combate vuestra armada, ¿seríais traidor, metiéndoos con cautela en medio de vuestro contrario y descubriendo sus asechanzas?

—No en verdad.

—Pues igual es el caso que se os propone; y no comprendo como una cosa tan natural y tan comun en la guerra pueda resistirse á vuestra conciencia.

—Se resiste, porque no me parece oficio propio de un valiente.

—Otro error mas grave que el primero, repuso el astuto fraile. Yo creo, por el contrario, que mas valor y serenidad se necesita para entrar disfrazado en el campo enemigo, que para combatirle en batalla de poder á poder: en esto último no hay hombre alguno, á no ser un vil cobarde, que vuelva la espalda, y la presencia misma de los que le contemplan hace las veces de valor. Para lo primero es menester un corazon heróico y capaz de acometer hazañas singulares. Si habeis oido contar los famosos hechos del Gran Capitan, ¿cuáles os parecen mas arriesgados? ¿sus proezas en el campo, al frente de soldados aguerridos, ó sus negociaciones solitarias con los moros de Granada?

—Ciertamente, respondió el aventurero, lo segundo prueba mas valor personal; pero nunca oí decir que Gonzalo de Córdoba se mezclase en las conjuraciones de los moros, ni de otra nacion alguna, contra Castilla, para servir á Castilla.

—Eso no prueba mas, sino que hay muchos medios de llegar á un mismo fin. En suma, ya sabeis lo que la República espera de vuestro arrojo: delicado es el encargo, y el menor descuido puede haceros resbalar y caer en la sima sin fondo de la eternidad: pero nada teneis que temer, si seguís puntualmente mis instrucciones.

—Y si, ateniéndome á ellas, saliese fallido el plan, ¿quién sería responsable de las consecuencias?

—Yo, siempre que las cumplais fielmente.

—Me conformo: hablad.

—Primeramente vais á estrechar vuestras relaciones con el secretario del embajador y con otros estrangeros y compatriotas vuestros, que han llegado á Venecia, y se sospecha que traen dañadas intenciones. ¿Conoceis á un tal Gabriel Moncassino, que ha ofrecido al Senado alistar una compañía de trescientos mosqueteros franceses?

—He oido hablar de él, y dicen que es un hombre animoso y apto para todo género de empresas.

—Buscadle, pues, y proponedle el negocio como si fuese cosa vuestra: decidle que sabeis el modo de ganar á Venecia en dos horas y de introducir en naves un ejército auxiliar hasta San Márcos;

aseguradle que el duque de Osuna favorece la empresa, y que el embajador os ha prometido dinero para pagar á los soldados; estimulad su codicia con las riquezas que hay encerradas en la Casa de Moneda y con las de los comerciantes: habladle, en fin, de modo que él os crea decididamente afiliado en la trama secreta, y si no os descubre sus intenciones, al menos fingirá unirse á las vuestras para el mismo fin que á nuestra ciudad le ha traido. Introducíos luego con Roberto Bruillard, el borgoñon, amigo y secretario del embajador, y hacedle la misma propuesta; pero no ya como apoyado por este ni por el duque, pues siendo esto falso, apareceríais sospechoso: decidle solo que habeis concebido ese proyecto, en vista de la cobardía de los venecianos, que al menor grito de alarma huyen y corren á esconderse amedrentados; que sabeis el modo de navegar por los canales y de repartir dos mil soldados en los mejores puntos de la ciudad, para incomunicar una parte con la otra y sorprender á los consejos; que si fuese menester desembarcar la gente sin armas, para mayor seguridad, en casa del príncipe hay las bastantes para diez mil hombres, y están encerradas en un cuarto, cargados y cebados los arcabuces, y que vos podeis sorprender este depósito, apoderándoos de la llave: no le mostreis saber los planes del duque de Osuna, por ahora; pero hacedle ver que sois muy adicto á su persona, y que si él quisiera entrar en una combinacion de esta especie, mandando los refuerzos necesarios, le entregaríais el arsenal y la ciudad, con tal que dejase para vos la Zeca.—Yo sé que Roberto no dejará de escucharos con gusto al tratar de estas cosas, y probablemente os dará indicios para descubrir todas sus tramas.

—Reverendo padre, dijo el aventurero despues de haber oido con mucha calma al servita; me proponeis una intriga, de la cual puedo salir muy mal parado: me constituís en cabeza ó promovedor de una horrenda conjuracion, y si mañana quisiéseis, podríais hacer que me encerrasen en esos *Plomos* que me mostrábais hace poco. Tengo algun conocimiento del mundo, y no daré un paso, sin que antes me asegure con la firma del serenísimo príncipe Donato.

— Vuestra objecion ha sido prevista, repuso Fra-Paolo, sacando un papel de su bolsillo; y aquí teneis lo que deseais. Oid:

«Nos, Nicolás Donato, príncipe y primer majistrado de la muy

« noble y poderosa república de Venecia, protector de su señorío y « guardador de sus leyes venerandas: Sabedor por secretas y fide- « dignas confidencias y por actos publicamente manifestados de que « algunos enemigos de la Patria, residentes en su hospitalario se- « no, de acuerdo con otros estrangeros, meditan y en secretos con- « ciliábulos se conjuran para sorprender nuestra muy amada ciudad, « destruirla y saquearla; por la presente conferimos al capitan Jac- « ques-Pierres, de nacion francés, natural de Normandía, fiel ser- « vidor de la República, el encargo especial de vigilar y descubrir á « los dichos enemigos, segun las instrucciones que al efecto le se- « rán dadas por personas de nuestra confianza: cuyo encargo recibe « y acepta bajo riguroso juramento de sigilo, etc.

—Ved si esto es bastante, continuó diciendo el fraile. Así está garantida vuestra seguridad: en cuanto á lo demás, si vuestros servicios corresponden á la confianza de S. A., yo sé que obtendreis por recompensa el gobierno supremo de la isla de Candía, donde vuestro valor puede haceros mas poderoso que un rey.

—Acepto el encargo con todas sus consecuencias. Venga acá ese papel, y si no cumplo bien, que me ahorquen: ¿Teneis algo mas que prevenirme?

—Sí: para introduciros con el embajador de España y ganar la confianza de los demás conjurados, entregadle vuestra mujer como en rehenes, y suplicadle que la ponga á disposicion del Virey de Nápoles.

—Pero...

—Qué? Teneis las consecuencias de su antigua intimidad? Don Pedro Giron es como los niños, que no recogen nunca un juguete desechado: es inconstante en sus amistades. Ella irá á Nápoles y hará su oficio; en cuanto á vos, aconsejad que la prendan, para hacer creer que el duque os guarda rencor, y aparentando ellos perseguirla vereis como la tratan bien y la dan participacion en sus secretos.

—No es fácil despues de lo que ha pasado.

—Creedme y ejecutad lo que os digo. ¿Tan difícil será á vuestra mujer y á vos mismo probar que habeis entrado al servicio de Venecia, solo para penetrar en sus misterios? La ambicion es cré-

dula, y el duque puede ser fácilmente convencido de que no habeis dejado de serle fiel un momento.

—Duro es eso, y me parece imposible que se confien á mí los cómplices del duque.

—Probad, no obstante, y aunque los encontreis reácios, insistid, como si la empresa fuese solo vuestra: ellos cederán.

Diciendo esto, el servita se levantó, y condujo al normando fuera del aposento. La noche era apacible: la luna quebraba sus rayos en las trémulas aguas del golfo, describiendo un brillante rastro, como un rio de fuego y oro, y el ruido de las fiestas, aunque amortiguado y confuso, llenaba la atmósfera de fantásticas armonías.

—Veis el largo reflejo de la luna en el mar? dijo Fra-Paolo al capitan, mostrándoselo desde el corredor. Pues así vereis las riquezas llegar á vuestras manos, y el placer os rodeará, como en estos momentos absorbe á Venecia entre sus gratas oleadas.—Cubríos y vamos: cuando necesiteis consultarme, ya sabeis mi habitacion: yo cuidaré de daros todos los dias la seña, que os abrirá las puertas de este palacio.

Pocos minutos despues, el aventurero estaba en la plaza de San Marcos, y era recibido en la góndola que allí cerca le aguardaba. El servita, despues de despedirle, volvió por los mismos pasos á la estancia del Dux, el cual le preguntó:

—Le habeis convencido?

—He jurado en manos de V. A. y del presidente de los Diez salvar la Patria, respondió Fra-Paolo: he prometido confundir y anonadar á los enemigos de Venecia; descargar sobre ellos la execracion de todos los pueblos; hacerlos odiosos y despreciables, y levantar al mismo tiempo nuestro nombre al cerco de las estrellas: esto he prometido, y esto será: ese hombre codicioso y su perversa amiga nos darán el triunfo: cuando amanezca el dia terrible de la venganza y de la ira, sus cabezas sepultadas en las lagunas guardarán eternamente nuestro secreto. Plegue á Dios que aquel dia caiga en nuestras manos el *bufon* del Virey, el infame Quevedo, autor de todas nuestras angustias y tribulaciones! Será chistoso el ver su

estrambótica figura pendiente de una cuerda en la plaza de S. Márcos.

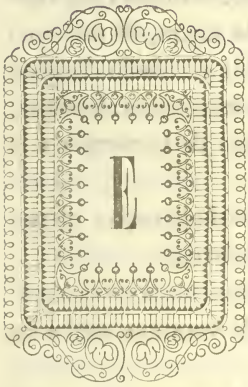
—Todo eso costará sangre?

—Sí; pero no sangre venecíana.

—Obrad, Fra-Paolo, y húndase el mundo: nada importa el mayor sacrificio, mientras Venecia se salve.

CAPITULO II.

LA POSADA DE LA TROMPETA.



En una de las mejores calles de Venecia y no lejos del puerto de Malamocco habia un casaron antiguo, remozado, sobre cuya puerta principal se bamboleaba una figura, colgada á manera de muestra, la cual tenia en la mano izquierda un cartelon estendido, con un rótulo que decia: Posada de la, y con la derecha aplicaba á sus labios, fingiendo tocarla, una descomunal trompeta. El escultor y pintor habia querido representar, sin duda, á la Fama en aquella figura, y tal habia sido el deseo del posadero; mas fué tan poco afortunado en su alegoría el nuevo Orbaneja, que nadie acertó á comprenderle: todos cuantos vieron la muestra, tomaron lo accesorio por lo principal, y en vez de entender que significaba Posada de la Fama, leyeron *Posada de la Trompeta*.

Con este título era conocida aquella casa; pues su dueño, no pudiendo vencer la corriente de la opinion pública, tuvo que aceptarlo

á pesar suyo; aunque á decir verdad, no perdió nada en el cambio, pues la buena situacion de la posada y el esmerado trato que en ella se daba la hacían la mas concurrida de Venecia: hospedábanse allí los capitanes mas famosos entre los mercenarios que la República empleaba en su guarnicion y en sus empresas militares; y por consiguiente, los nobles y ricos estrangeros que llegaban á la ciudad, solian acudir, como era natural, á donde estaban sus compatriotas.

Habia pasado algun tiempo, despues de las escenas referidas en el capítulo precedente, y una noche, á mediados de Abril, llegaron dos hombres embozados, paseando lentamente hasta la puerta de la posada; y hablaban con tanto sigilo, que habría sido imposible entender su conversacion, á no interponerse entre sus labios y sus oidos. El uno era pequeño y flaco; pero, en cuanto pudo verse á la luz del farol que alumbraba el zaguan de la posada, sus facciones duras y nerviosas espresaban audácia y trapacería: su rostro pálido y arrugado, como el de una vieja, se hacia notar por el mirar atravesado y los bigotes negros y fuertes como acero, aunque muy claros y mal puestos. El otro era una especie de sayon, de mediana estatura, robusto y tosco, de fisonomía innoble y cabello desgreñado, en quien facilmente se reconocía uno de esos seres abyectos, que reunen la brutalidad del salvaje á la astucia de la zorra y á la malicia del escorpion.

El primero llevaba insignias militares debajo de la capa: el segundo vestía el sayo burdo y corto de los gondoleros.

Antes de separarse, dijo este último al militar:

—Quedamos en esto, capitan Baldissera: la reunion será á las once: yo os aguardaré toda la noche.

—Descuidad, amigo Bollani, le respondió el capitan. Si me dan parte en el negocio, no faltaré.

—Tened presente la seña: «El leon vela.»

—«Buen centinela.» ¿No es esto?

—Cabal.

Dichas estas palabras, se separaron: el capitan entró en la posada, y el gondolero se alejó modulando con voz baja y ronca una cancion popular.

Media hora despues, Baldissera estaba cenando solo en un estremo del comedor de la posada : otros huéspedes ocupaban diferentes mesas, y al mismo tiempo que satisfacian su gula ó su apetito, hablaban en diversos idiomas, produciendo un estruendo confuso, que debia parecerse al de los constructores de la torre de Babel: allí se veian agrupados en distintos puestos, con sus trages variados y peculiares, franceses y españoles, turcos y armenios, griegos y holandeses, indianos y árabes. Un arrogante mozo, de fisonomía intrépida y aire emprendedor entró en la pieza, y cruzándola toda, fué á detenerse junto á la mesa del capitan Baldissera: este le saludó, como á un conocido, y le invitó á cenar en su compañía.

—No desprecio el convite, camarada, le contestó el recien llegado; y en prueba de ello, acepto una copa de ese vino de Burdeos, mi casi-paisano; pero con la condicion de que acepteis, en concluyendo, una botella de buen Jerez, que ha pertenecido, segun creo, al embajador de España.

—¿Segun creéis, capitan Moncassino? dijo Baldissera guiñando sus ojos vizcos. De modo que no lo sabeis de cierto?

—Lo tengo por seguro; pero lo que puedo afirmar sin escrúpulo de conciencia es, que el Jerez no tiene tacha y procede legítimamente de cepa española.

—Pues siendo así, no seré yo quien le averigüe el conducto por donde ha venido, y prometo hacerle los honores del gusto y del gasto.—A vuestra salud, señor Moncassino!

Diciendo así, Baldissera llenó dos copas de Burdeos, presentó la una á su camarada y bebió la otra.

—Qué hay de nuevo en la ciudad? continuó despues de haber bebido. Me han dicho que tendremos que salir antes de un mes en busca de los tiburones de Nápoles. ¿Sabeis algo de esto?

—Algo he oido : sin duda os referís á la espedicion que ha salido para Brindis y otros puertos del golfo.

—Cabal: y no me gustará mucho dejar esta hermosa ciudad, tierra de las mujeres amables y asilo de los placeres, para ir á romperme la cabeza con la gente del duque de Osuna.

—Quizá sereis complacido, señor Baldissera.

—Qué quereis decir?

—Digo que acaso no será menester que abandoneis esta ciudad, donde tan bien os hallais.

—Y cómo será eso?

—Viniendo á Venecia mismo los ejércitos de Nápoles.

—Vive Dios, que me gustaría! repuso Baldissera en voz baja y con marcada intencion. Sabeis alguna cosa? No seais reservado conmigo; pues fuera de la paga que me dan, maldito lo que me importan los demás negocios de estos mándrias de venecianos.

—Sé cosas muy grandes, contestó Moncassino con vacilacion; y os las comunicaría de buena gana, si estuviese bien seguro....

—De qué? voto al leon alado! Vaya otra copa, camarada, y hablad sin rodeos.

—Concluid vuestra cena y venid conmigo. Se cuenta con vos.

—Segun eso, es asunto determinado?

—Sí, es cosa resuelta.

—Y habrá ganancia?

—Cuanta querais: vos mismo podreis poneros la tasa.

—No es mal trato. Pero.... qué se ha de hacer?

—En otra parte os lo diré: venid.

Baldissera se levantó de la mesa y siguió á Moncassino, el cual le condujo á su propio cuarto.

—Camarada, le dijo despues de cerrar la puerta: el negocio es tan grave, que no estrañareis os exija palabra de honor y juramento de guardar secreto.

—Pardiez! repuso el vizco: aunque se tratára de degollar á los Diez, ¿no soy yo hombre de fiar? Hablad sin recelo, y tened entendido que no se me ha de ocultar lo mas mínimo de ese asunto, si se quiere que yo entre en él: si me acomoda, diré sí; en caso contrario, diré no; pero el secreto estará tan guardado en mí, como si lo guardase un muerto.

Moncassino se entretuvo en sacar una botella de vino de Jerez y unas copas, dejando así pasar el tiempo; porque vacilaba y no sabia como empezar sus revelaciones. Por último, llenó las copas, y habiendo ofrecido una á su compañero, le dijo:

—Probad ese vino, á ver si él no os revela algo de nuestro plan.

—El olor solo, repuso el vizco olfateándolo, me indica, que anda mezclado en el concierto el duque de Osuna.

—Sabeis ya algo?

—Qué he de saber, si aun no me habeis dicho nada?

—Pues bien: se trata de hacernos poderosos en un dia.

—Eso es bueno. Pero, ¿cómo?

—Recogiendo en una hora todo lo que han robado en muchos siglos los mercachifles de Venecia.

—Un saqueo?

—Ni mas ni menos.

—Para ello es menester que Venecia sea tomada.

—La tomaremos.

—Nosotros dos solos?

—Yo tengo trescientos hombres.

—Poca cosa.

—Vos podreis reunir otros tantos.

—No es difícil: pero son pocos.

—Jacques-Pierres cuenta con otro par de cientos en los castillos: y además el duque de Osuna enviará dos mil soldados.

—Esos son muchos, camarada; porque son menos los nuestros, y nos dejarán sin botin.

—Mi paisano el normando es quien ha de señalar los puestos á la gente, y no creo que nos reserve lo peor: en esa parte podeis estar descuidado.

—Corriente: pero, cuándo y cómo ha de ser?

—El golpe se ha de dar la víspera de la Assunta, mientras el pueblo y los magistrados estén ocupados en los preparativos para la fiesta del Desposorio. Para ese dia, habrán llegado las fuerzas de Nápoles, ocultas en buques mercantes: nuestra gente se distribuirá en destacamentos; uno en la plaza de San Marcos, para asaltar el palacio ducal y apoderarse de las armas que hay custodiadas en él, con ausilio de las tropas del Virey: Jacques-Pierres se reserva este puesto peligroso: el cuartel de la contratacion será para vos: yo me apostaré en el puente de Rialto con trescientos bravos, para cortar las comunicaciones de los dos grandes brazos de la ciudad. El capitan Langlada ocupará el Arsenal, y dará la seña disparando dos pe-

tardos, que prenderán fuego en la armada: el mismo tendrá provision de pólvora y de cohetes para incendiar las Atarazanas: al punto se hará tocar la campana de San Marcos, difundiendo la alarma, y como en tales casos acontece, los senadores y demás magistrados acudirán á sus consejos: todo el que salga de sus casas será detenido, y muerto, si hace resistencia. El Dux será depuesto, la República suprimida, la ciudad quedará por el Virey de Nápoles, y los tesoros de la ciudad se repartirán entre nosotros.

—El plan es magnífico, respondió Baldissera, y no me parece difícil de llevar á cabo. Pero teneis la seguridad de que seremos ayudados por el duque de Osuna?

—Cómo no, si el plan es suyo? No se acomete una empresa de esta magnitud por cualquier aventurero.

—Sin embargo, ¿teneis contrato firmado con él?

—No le creais tan tonto que se comprometa de esa manera en un asunto aventurado, con personas á quienes no conoce. Pero está de por medio Jacques-Pierres, que le ha servido, y que diariamente se trata con el marqués de Bedmar.

—Pues bien, soy de los vuestros, solo con una condicion.

—Cuál?

—Que habreis de darme por escrito la nota de toda la trama: primero, para poderla estudiar; y segundo, para que me sirva de garantía.

—Desconfiais?...

—No de vos: pero, amigo, en Venecia es preciso andar con piés de plomo. Sé yo acaso, ni sabeis vos mismo, si bajo esa conjura no habrá algun lazo, en el que podamos caer? Dénme esa nota, y me tendrán dispuesto á todo.

—Me parece justa vuestra precaucion. Quereis beber mas?

—No: ya es bastante para que la cabeza lleve á los pies.

—Teneis razon: vamos.

Moncassino guió esta vez á su camarada á un departamento de la casa, donde por lo comun se reunian los jugadores de rumbo, que no gustaban de ser interrumpidos en sus febriles combinaciones: abrió con cautela una puertecita, y se introdujo en una sala abovedada, en la cual habia diez ó doce personas reunidas al rededor de

una mesa con tapete, naipes y dados: entre aquellas estaban el capitan Jacques-Pierres, su amigo Varea, dos hermanos Pedro y Cárlos Bulleó, el fabricante de petardos y fuegos de artificio Langlada y otros sugetos menos conocidos. Todos volvieron la cabeza hácia la puerta que se acababa de abrir, y el normando se levantó para reconocer á los que entraban. Moncassino le llevó aparte con Baldissera, y le dijo como este habia prometido asociarse á sus planes; pero con la condicion de que se le diese por escrito una relacion ó copia exacta del proyecto.

Debemos advertir aquí, que Jacques-Pierres, despues de haber conferenciado con el secretario íntimo del embajador de España, se habia separado algun tanto de las instrucciones reservadas del fraile servita, y comenzaba á mirar el asunto como cosa propia. Ni el embajador, ni el duque de Osuna sabian una palabra de esta conjuracion, que en su nombre se tramaba; pero el aventurero normando creia servirles en ello, y su codicia vislumbraba la ocasion de adquirir un magnífico botin: este hombre ambicioso estaba por otra parte en tratos con el duque de Nevers para conquistar la Morea, provincia sometida al dominio del Gran Turco, y habia calculado que los tesoros y los bajeles de Venecia podian servirle de base para acometer esta colosal empresa.

No menos codicioso el secretario Roberto, aunque sabia que, ni el embajador, ni el virey pensaban en sorprender traidoramente á Venecia, escuchó propicio á Jacques-Pierres y le confirmó en la idea de que don Pedro Giron estaba dispuesto á sostenerle: pensaba en estimularle para dar el golpe, y en valerse de su influencia para atraer sobre Venecia las fuerzas de Nápoles que ocupaban el golfo, cuando llegase el momento decisivo: una vez coronadas por el triunfo sus gestiones reservadas y personales, tenia por cierto no solo merecer la aprobacion de lo que antes no hubiera osado participar á sus superiores, sino tambien alcanzar por ello señaladas mercedes.

Con esto queda dicho, que la famosa conjuracion concebida en el cerebro travieso de Fra-Paolo, sin mas fin que el de alejar de Venecia la tempestad que la amenazaba, y de arrojar sobre el duque de Osuna y demás representantes de España el odio y el des-

crédito, se iba organizando realmente por el falso celo de un funcionario ambicioso y por la codicia rapante de un aventurero, lo cual era poner el colmo á los deseos del astuto fraile sectario.

Este no habia dejado de conocer y aun de prever el giro de su gran proyecto, como que en él tenia concentrada toda la actividad de su alma inquieta, y por consiguiente había tomado todas las precauciones necesarias para no perder ningun cabo y llegar felizmente á la coronacion de sus maquiavélicos planes.

Jacques-Pierres oyó con atencion lo que le dijo Moncassino, y le contestó:

— Yo he contado con nuestro compañero Baldissera, como cuento con todos los hombres de valor y de accion que hay en Venecia. Esto es decir, que tengo confianza en su palabra; y puesto que ya sabe lo que se medita, no hallo inconveniente ninguno en darle lo que pide, si antes se compromete á ser nuestro aliado en presencia de las personas aquí reunidas. — Y volviéndose al neófito, añadió: — Todos esos hombres que veis y algunos mas, que están ausentes en comision de nuestra sociedad, han puesto sus brazos y sus vidas á disposicion de la misma: cada uno de por sí tiene obligacion de defenderos, como vos á ellos, y tambien de mataros, si sois infiel á la causa comun: igual deber y garantía se os confiere respecto á ellos: así, pues, os encontrais en el caso de aceptar todos nuestros compromisos; porque ya no sois libre para retroceder. Venid y os presentaré á nuestros compañeros.

Así diciendo, el normando tomó de la mano á Baldissera y le llevó al grupo de los otros conjurados, á quienes dijo:

— Camaradas, aquí teneis un nuevo campeon, que ofrece servir á nuestra causa y se somete á las condiciones de nuestra liga: quiere obtener un atestado de nuestro plan, y me parece justo que se le dé.

Langlada, el pirotécnico respondió diciendo, que le parecia por lo menos ociosa esta formalidad, puesto que á ninguno de los compañeros se le habia dado mas que lectura de los capítulos.

— Cada cual haga de su capa un sayo, repuso Baldissera. Yo, por mi parte, no me he comprometido sino con esa condicion: necesito la copia, porque soy flaco de memoria y no me basta una lec-

tura; y además, porque la considero una formalidad indispensable. Sin ella, mi compromiso queda reducido á guardar el secreto, y desde ahora me retiro.

Al oir estas palabras, todos los conjurados se levantaron empuñando las armas.

—No, vive Dios! exclamó Langlada. El que entra aquí, no sale de esa manera.

—Es cierto, es cierto! dijeron los demás á una voz con ademanes amenazadores.

—Ya veis, amigo, dijo friamente Jacques-Pierres: no se juega con un secreto, del cual están colgadas las vidas de muchos hombres.

—Yo diria, repuso Baldissera impasible, que me habeis traido aquí para jugar con la mia. No me asustan, sin embargo, esas actitudes fieras, que me prueban poco valor para arrostrar el peligro de un secreto: si no teníais confianza en mí, habeis hecho mal en participármelo; si la teneis, ¿porqué no me lo entregais entero? Yo lo necesito así: de otro modo no lo acepto, y creeré que todo esto es una comedia, una broma algo pesada, y cuyo desenlace no sabemos aun para quién será funesto.

—Esplicaos! gritó Jacques-Pierres. Creo que somos hombres demasiado formales para que se pueda esto considerar como juego de niños.

—Bien claro me he esplicado. Con la copia de los capítulos, soy vuestro: sin ella, me declaro libre de toda obligacion, salvo el secreto.

Jacques-Pierres llamó á su secretario que era tambien de los conjurados, y le mandó estender la copia.

Con esto se restableció la buena armonía, y Baldissera entró en relaciones con sus colegas de conjuracion.

Luego que hubo recibido la copia y prestado los juramentos que le exigieron, pidió permiso para retirarse, con pretexto de ir á cuidar de su compañía, y se llevó consigo á Moncassino: Jacques apretó á este la mano con disimulo, como diciéndole: —No le pierdas de vista.

Pero esta advertencia era inútil, pues Baldissera llevaba ánimo

de no separarse de su introductor en mucho tiempo. Desde la posada le llevó paseando por diferentes calles, hasta desorientarle completamente de los lugares por donde iban; cosa no muy difícil, siendo aquel novicio en la ciudad: hubo un momento en que el provenzal creyó reconocer los magníficos edificios que rodean la plaza de San Marcos; pero pronto perdió de nuevo el tino en un callejon estrecho, y se dejó llevar, como el ciego por el lazarillo.

—Entremos aquí, dijo Baldissera, deteniéndose delante de una puerta vulgar, alumbrada por un farolillo: tengo que dejar un recado en esta casa; luego os acompañaré á la vuestra.

Si Moncassino hubiera estado en aquel momento mas sereno, habria conocido que aquella puerta era un póstigo de la cárcel de Estado, contígua al palacio ducal; y Jacques-Pierres en su puesto no hubiera desconocido allí mismo el pasage por donde solia comunicarse con Fra-Paolo.

Un portero les salió al encuentro, á quien Baldissera dió una contraseña al oido: sin demora se les condujo á través de patios, escaleras y pasadizos hasta las primeras estancias del palacio, donde se les presentó Bollani el gondolero, que se hizo cargo de introducirles. Entonces advirtió Moncassino donde se hallaba, ó por lo menos comenzó á sospecharlo; y deteniendo al vizco, le dijo:

—A dónde me llevais, camarada?

—Tranquilizaos, le contestó Baldissera con una sonrisa burlona. Vamos á pedir permiso al dux para bombardear el Arsenal y la Zeca.

Moncassino empuñó temblando su puñal:

—Intentais perdernos! murmuró.

—A vos no, camarada. Quietas las manos, porque os clavaríais vos mismo: venís conmigo; ¿comprendeis? y lo que yo haga, será considerado como hechura de los dos.

No era posible ni siquiera titubear en la dura alternativa en que se hallaba Moncassino de caer en las manos del verdugo ó ser traidor á sus cómplices: quizá hombre alguno se halló jamás en una situacion semejante, precisado á cometer una traicion, ó á secundarla por salvar la vida.

—Capitan Baldissera, dijo en voz baja y trémula; fiado en una

palabra de honor, me he puesto en vuestras manos: nunca pude temer que me entregáseis á la muerte.

— Nada temais: al contrario, he querido salvaros, como lo hago, rompiendo vuestros lazos en una empresa loca y disparatada. Mañana os hubieran ahorcado junto con todos esos botarates de Jacques-Pierres, y yo lo evito. Sois aquí mi compañero para sostener mi delacion.

Dichas estas palabras, Baldissera se acercó al gondolero Bollani, á quien habló en secreto. Bollani cerró la puerta esterior y condujo al vizco por otra hácia las habitaciones del dux, volviendo en seguida en compañía de un mosquetero á donde aguardaba el atribulado Moncassino.

CAPITULO III.

COMO QUEVEDO PUDO SER AHORCADO POR CONSPIRADOR, Y SE SALVÓ POR ASTUTO.

URANTE dos siglos se han dado de calabazadas los historiadores para descubrir la verdad de lo que se ha llamado la *Conjuracion de Bedmar* ó de Venecia, y han dicho tantas y tan contradictorias cosas, tantos y tan absurdos desatinos, que ha sido menester apelar á las conjeturas felices y á la imaginacion de poetas y novelistas para saber, poco mas ó menos, lo que allí pasó.

¡Cosa estraña! dirán con risible prosopopeya los *hombres serios*. Es que la verdad histórica no siempre cabe en la Historia, cortesana muchas veces de la política, y tiene que acomodarse, por necesidad, á los gustos ó caprichos de esta mentirosa señora.

Pero la novela es muy diferente: no tiene el privilegio de mentir con descaro, ni aun siquiera el de referir los hechos inverosímiles: si lo hace, al momento pierde su autoridad, su prestigio, y es arro-

jada ignominiosamente de las manos: para que esto no sucediese, habria que inventar un nuevo género; el de la *novela oficial.*

Esta introduccion sirve para decir que hubo una conjuracion en Venecia, y hubo historiadores, mas de veinte, que atribuyeron la conjuracion al marqués de Bedmar y al duque de Osuna: lo han dicho autores italianos, (cosa muy natural); lo han creido y repetido escritores franceses, y alemanes, y.... (lo que parece imposible), tambien españoles. Pero un italiano contemporáneo de Bedmar hizo una novela contra él, y contra el duque, y contra España; y allí, allí precisamente hemos adivinado que los conjurados eran el Dux, los Diez de Venecia, y gefe de ellos el servita protestante Fray Paolo Sarpi.

Fué aquella trama una de las iniquidades sangrientas, uno de los grandes crímenes políticos, que han dado consideracion y honra á sus autores: una traicion con máscara de justa defensa; traicion veneciana.

Estaba en Nápoles don Pedro Giron, muy ageno de lo que, abusando de su nombre, se concertaba en la ciudad de las lagunas: con animoso denuedo habia metido en el golfo, es verdad, sus bajeles vencedores, obligando al Leon de San Marcos á replegar en sus diques la armada que habia dispuesto contra él y contra el imperio de Austria: lisonjeaba su ánimo generoso la idea de emancipar á Europa de la tiranía de Venecia en el Adriático; y este poder fantástico, de todos temido, vacilaba ya ante los esfuerzos de aquel bravo caudillo: una ocasion, un insulto, un desacato á la bandera española, le habría llevado tal vez hasta los sombríos canales de la ciudad acuática: preveía, se recelaba de esta ocasion, y prevenia buques de poco calado para el caso de ser necesarios; pero no pensaba en un golpe de mano, en una traicionera sorpresa, impropia de su genio impetuoso y caballeresco. Ni, á que intentarlo, sabiendo que bastaba quitar á Venecia la dorada máscara de su omnipotencia, para presentarla ante el mundo, espirante y atada á su carro de triunfo?

Lo que menos imaginaba el animoso Virey era ganar con intrigas á los mercenarios de la República, pudiendo combatirlos y vencer á esta con fuerza y maña, cuando se le presentó en su palacio

la cortesana doña Isabel de Mendoza y de Rivera: sorprendido quedó al verla entrar en la sala de audiencia y echarse humildemente á sus piés, diciéndole con dulce y apasionado acento:

—No me condeneis antes de haberme oido, ilustre príncipe, modelo de almas nobles y espejo de caballeros.

El Virey se figuró por un momento haber sido transportado á los tiempos imaginarios de la caballería andante, y que tenia á sus plantas alguna dueña Dolorida, ó alguna dama *entortada;* y sus sentimientos lucharon entre la cólera y la risa.

—Alzaos, ilustre señora, dijo por último, afectando el tono grave y galante de un paladin aventurero: no puede consentir mi cortesía que la vuestra fermosura yazga postrada en tierra y afligida.

—Oh! señor, repuso la aventurera: vuestra ironía me mata y al mismo tiempo luce para mí como el astro de la esperanza; pues me anuncia que no estais lejos de perdonarme.

—Dejemos, si os place, este tono solemne, señora; y decidme con lisura, qué malos aires os traen de nuevo por esta tierra.—Pero levantaos, y no hagais mas el papel de Magdalena arrepentida.

—Señor, me habeis juzgado mal, dijo Isabel levantándose: si os dignáseis escucharme un momento á solas...

—Os advierto, respondió el duque con prontitud y en tono picaresco, que ha pasado ya la calentura del leon, y que aun no está deshecha la nube de verano.

—Vuestros rayos son demasiado nobles para que hieran á una pobre mujer. Yo no los temo.

—Se vé que sereis siempre una bribona muy grande: venid y hablaremos á solas, como quereis.

Esta conversacion pasaba, segun hemos indicado, en la sala de audiencia; y aunque sostenida en voz baja, podia ser escuchada por algunos oficiales de la secretaría. El duque llevó consigo á Isabel á un gabinete contiguo, y habiéndola ofrecido asiento, la dijo:

—Sabia que érais atrevida, pero no tanto que viniéseis á provocar al leon en su propia guarida. ¿Qué es esto, hermosa estrella errante, os habeis ya cansado de los venecianos?

—Señor, podré cansarme de ellos; pero nunca he dejado de profesar á vuecelencia la estimacion que se merece, nunca!

—Embustera!

—Esa calificacion que ahora me dais, y la opinion errónea en que me teníais me obligaron, muy á mi pesar, á frustrar vuestros deseos, cuando me enviásteis á Venecia escoltada por el que hoy es mi marido.

—*In facie Eclesiæ?* preguntó el duque con tono de incredulidad.

—Podeis creerlo: Jacques-Pierres es mi legítimo marido.

—Bien está: ¿y á qué conduce todo esto?

—A deciros, señor, que aquella fué la única falta que he cometido contra vuecelencia. Conocí que los venecianos me sacrificarian, no teniendo motivo ninguno para dudar de mi adhesion á vuestra persona, y procuré salvar mi vida: este es mi delito.

—Adelante: y ahora?...

—Lejos de vos, no he podido olvidar que siempre fuísteis mi mejor amigo; y he procurado que mis nuevas relaciones refluyesen en servicio de vuecelencia.

—Esto mas? Gracias!

—Sí, señor: durante mi permanencia en Venecia, he tenido la suerte, ó si quereis, la habilidad de adquirir la confianza de personajes muy influyentes, sin perder la opinion de apasionada vuestra; y vedme aquí encargada de una mision grave de parte del príncipe Donato.

—Ah! exclamó el duque, mirando con ojos de lince á la cortesana. Segun eso, tengo el honor de hablar á una embajadora de la República veneta? Esplicaos.

—Se me ha dado el encargo de hacer á vuestra escelencia una proposicion: pero antes os diré, como amiga, lo que yo misma colijo de las observaciones que he podido hacer, y del mensaje algo estraño de que soy portadora. Venecia, señor, no es tan débil como algunos piensan; aunque no dispone de soldados propios que la defiendan con el celo ardiente que da el amor á la patria, posee dos palancas poderosas para conmover y derribar los imperios mejor cimentados, que son: cabezas hábiles para la intriga y oro.

—No me decís nada nuevo.

—Así me demostrais, señor, que mi apreciacion es acertada.

Sin embargo, yo creo, á no equivocarme, que hay un solo hombre en el mundo, á quien Venecia teme, y á quien le sacrificará cualquier cosa en cambio de su amistad.

—Y ese hombre?...

—Sois vos.

—Tengo entendido que se gana mas siendo enemigo, que siendo amigo de Venecia.

—No obstante, podeis ganar mucho teniéndola por amiga: Italia es un hermoso país, en el cual pudiera hacerse un cambio muy favorable; ventajoso para ella misma y para vos.

—A ver? Cómo es eso?

—La caterva de potentados y de pequeños señores que se la reparten es una rémora para su prosperidad y un contrapeso para la paz general: Venecia gasta mas en sostener con ellos su equilibrio que la costaria el hacerlos desaparecer: como buena comerciante, ha calculado esto, y opina que viviria mas tranquila y desahogada si en Italia no hubiese mas que dos reinos, igualmente fuertes para contrarrestarse el uno al otro. En esta combinacion, el duque de Saboya pudiera reinar en el Norte y vos en el Mediodia.

—Eso quiere Venecia?

—Tal es su proposicion.

—No deja de ser algo estraña. Supongo que al daros el encargo de transmitirme esa singular embajada, os habrán entregado algun documento que os acredite.

—Señor, yo no hago en esto mas papel que el de confidente: vengo á indicar una idea; de la cual, si no se realiza, no debe quedar rastro, ni memoria.

—Comprendo: sin embargo...

—Sentados los preliminares, la República enviará otras personas mas graves y caracterizadas, y vuestra excelencia delegará sus poderes en persona de su confianza.

—Eso es de suponer. Pero vamos al caso: ¿qué hará Venecia para convertirme en rey de Italia?

—Pagará los gastos.

—Tentado estoy de deciros, amable señora, que, segun sospecho, os estais burlando de mí.

—Qué interés tendria yo en burlarme de vuecelencia? Enviad á Venecia un sugeto de vuestra intimidad para que se informe de todo. Si hay falsedad en lo que os digo, no me culpeis; pues yo no hago mas que repetir lo que me han confiado; y en prueba de mi sinceridad, os advierto, que á pesar de todo, procedais con mucha cautela. No puedo hacer mas.

—Habeis concluido?

—Sí, señor.

—Pues bien: tened á bien aguardar algunos momentos, pues voy á disponer que os aposenten como es debido.

Acabando de pronunciar estas palabras, el duque salió del gabinete, y habiendo cerrado la puerta y guardádose la llave, mandó llamar al capitan de su guardia.

Este capitan era nuestro conocido Rodriguez, el que tanta parte tuvo en la fuga del duque á Flandes: luego que se presentó al llamamiento, le dió aquel una órden verbal y reservada, y le entregó la llave del gabinete; despues de lo cual, se retiró á otro aposento, y mandó venir á Quevedo.

—Amigo mio, le dijo llevándole al hueco de una ventana; estais en peligro de ser primer ministro de un rey.

—Antes me casen! Desde luego renuncio para siempre jamás, respondió el poeta.

—Es que, si el tal rey fuese de vuestro agrado....

—Es que, para servirle de condenacion, no me gusta ninguno.

—Y si ese rey fuese yo?

Quevedo se quedó mirando al duque, como si hubiera entendido mal.

—Vos? dijo. A la verdad, no son otros de mejor barro.

—Sí, amigo: quieren hacerme rey de Italia, repuso el duque.

Y refirió á Quevedo todo cuanto acababa de comunicarle Isabel.

—Señor, dijo el poeta: eso es un enredo; un lazo que os tienden.

—Así lo creo, compadre.

—Y es preciso averiguar lo que hay en ello.

—Quevedo lo averiguará: ¿no es cierto?

—Hará lo que pueda.

—Sí, es menester que vayais á Venecia: ¿os atreveis?

—Yo me atrevo á todo. Pero, entre tanto, una advertencia: poned á buen recaudo á la embajadora, de suerte que no hable con ningun viejo viviente: su proposicion puede costaros el honor, ó la cabeza.

—Ya he tomado mis providencias respecto á la dama duende, buen Quevedo. La tengo bien guardada.

—Y no comuniqueis á nadie lo que acabo de saber.

—A nadie, escepto al marqués de Bedmar, á quien hareis partícipe de todo, suplicándole de mi parte que se mezcle en el asunto, como si estuviese autorizado por mí, y procure coger, aunque no sea mas que un cabo de esa maraña.

—Se limita mi comision á esto solo?

—Haced por vuestra parte lo que se os alcance; pero marchad de secreto y no os hagais allá visible. Bien conoceis cuánto importa el sigilo.

—Descuidad.

—Necesitareis llevar algunas personas, que os guarden las espaldas?

—Me bastará un soldado fiel, que haga las veces de escudero.

—Escojedlo á vuestro gusto.

Quevedo se ocupó desde aquel momento en disponer sigilosamente su marcha, y pidió al capitan Rodriguez un soldado valiente, callado y leal, para emplearlo en una comision delicada: el capitan le dió un genízaro español, de quien se servia él mismo en las ocasiones de empeño, llamado Alejandro Espinosa; con el cual, una madrugada, sin ser de nadie visto ni sentido, emprendió nuestro caballero su viaje á Venecia.

Dos dias despues, se presentó en el palacio del Virey un oficial de la República, recomendado por el representante de la misma en Nápoles, y competentemente acreditado con el diploma de su empleo; solicitó hablar al duque y entregarle ciertos despachos reservados que traia; y habiéndole preguntado su nombre el secretario Oñate, dijo que se llamaba Antonio Jaffier, y que era agente diplomático de la Señoría.

El duque le recibió á solas.

—Qué mensaje traeis? le preguntó.

—La serenísima Señoría, respondió el enviado, desea paz y amistad con vuestra excelencia: en consideracion á lo cual, tengo el honor de poner en vuestras manos estas cartas, cuyo contenido ignoro.

Diciendo así, entregó dos cartas al duque: la una sellada con el sello secreto del Consejo de los Diez; la otra, con el de la embajada de España en Venecia.

—Pues, señor, murmuró don Pedro Giron, apartándose hácia una ventana para abrir las cartas: parece que esta gente se formaliza.

Y habiendo abierto la del Consejo, leyó lo siguiente:

«Escelentísimo señor: Obedeciendo las órdenes del serenísimo «Nicolás Donato, mi señor, de quien soy secretario de lo reserva-«do, y de acuerdo con los altos consejos de esta magnánima Repú-«blica, tengo el incomparable honor de dirigirme á vuestra esce-«lencia para espresarle nuestra mas decidida consideracion. Su Al-«teza deplora las tristes desavenencias que circunstancias inevita-«bles han suscitado entre la República y vuestra escelencia, y de-«sea con la mayor sinceridad ver restablecida la amistad y buenas «relaciones que antes existían; á cuyo efecto se ofrece á dar por su «parte cuantas muestras sean necesarias de su conformidad con «los intereses generales de Italia y personales de vuecelencia: nin-«guna puede ser mas agradable á S. A. que la de contribuir al «arreglo del importante asunto que vuecelencia sabe; pero siendo «cosa que necesita meditarse y concertarse bien, aunque pudiera «estar ya hecha, será muy conveniente que venga acá alguna perso-«na de confianza y habilidad, para entender en ello. Si en tal caso «fuere menester, á fin de probar lo ingénuo de las intenciones que «animan á S. A., dar á vuecelencia garantias de seguridad, des-«de luego le invita á poner una flota en observacion á veinte millas «de distancia de esta capital, con las tropas y el armamento que «vuestra escelencia considere oportuno; y aun conceptúa esto in-«dispensable para el mejor concierto y éxito del plan propuesto.»

Seguian á estas palabras algunos períodos de atencion y buena

política, y firmaba el despacho, como secretario íntimo, el capitan *Baldissera Iuven.*

—Esto va á paso de carga, dijo entre dientes el duque, doblando el pliego y abriendo el otro. ¿Qué les ha entrado ahora á los señores venecianos?

La segunda carta era de Roberto Bruillard, el amigo de confianza del marqués de Bedmar, y decia:

« Como supongo que Vuecelencia está ya bien informado del « asunto que lleva á esa ciudad á mi amigo Jaffier, no me deten- « dré en esplicaciones molestas. Solo diré á vuecelencia que el ne- « gocio está muy adelantado, y que muchas personas de valor y de « influjo lo apoyan: no puedo fiar nombres propios al papel; pero « sí asegurar que, si vuecelencia no se descuida y tiene á bien man- « dar cuanto antes dos mil hombres á estas aguas, pronto, muy pron- « to estará todo concluido. —El capitan normando y Baldissera son « de fiar; pero convendrá adoptar un sistema de correspondencia « enigmático para evitar sorpresas. Al primero podrá llamársele « *Briando*, al segundo *Martel*, á mí *Duarte*, así como hemos con- « venido en llamar á vuecelencia *Pedro*...

El duque no acabó de leer esta carta.

—Descansad hoy, dijo al mensajero, y volved mañana, que os daré mi contestacion.

Jaffier se despidió y luego que el duque estuvo solo, comenzó á pasearse agitado.

—Es una tentacion del demonio! exclamó al cabo de un rato. Y segun parece, allá no queda ya perro ni gato, que no sepa este diabólico plan. Esto es un enredo, un lazo, como dice Quevedo. Alerta, Pedro! Alerta! La Señoria quiere perderte. Pues bien, le mandaré la flota: nada pierdo en esto; y si me engaña, como no dudo, la haré avanzar hasta la plaza de San Márcos.

Esto dijo, y despues de reflexionar algunos momentos mas, añadió:

—Rey de Italia! Hermosa perspectiva, capaz de volver loco al hombre mas sensato; pero no á mí, que nunca tuve juicio. Ah!... Y no es el plan tan descabellado como á primera vista parece. Italia ganaria mucho, muchísimo en depender de dos monarcas pro-

pios, capaces de reconstituir su nacionalidad: uno solo seria temible á Venecia; dos se neutralizan y aseguran su independencia. ¿Será verdad que la República mercantil piensa seriamente en este proyecto? Rey de Italia!... Y en los primeros pasos hacer partícipe del proyecto al marqués de Bedmar!... Oh! lo comprendo bien: se trata de romper nuestra fiel alianza: ya lo sabrá tambien don Pedro de Toledo. Infame República!... Solo quieres desacreditarme y desunirnos para vencernos.

Deducida esta conclusion, el duque irguió con energía la cabeza, que hasta aquí habia tenido inclinada por el peso de sus meditaciones, y dirigiéndose á la puerta dijo con voz rotunda:

—Que venga Oñate.

Un momento despues entró el secretario.

El duque le mandó sentarse á un bufete, y echándole sobre la carpeta un cuaderno de papel, comenzó á dictarle paseándose:

«Serenísimo Señor:—El Virey, mi señor ha visto con agrada-
«ble sorpresa el papel que, en nombre de V. A., le ha escrito el
«capitan Baldissera Iuven; y abundando en los mismos sentimien-
«tos que animan á esa magnánima Señoría, me manda contestar:
«que nunca deseó la guerra por capricho, y hoy como siempre ape-
«tece la concordia. En este sentido, y para llevar á cabo un con-
«cierto aceptable por las dos altas partes, S. E., no haciendo altera-
«cion en lo establecido, se remite por la suya al celo y prudencia
«del señor marqués de Bedmar, que, al recibo de esta carta, tendrá
«ya las instrucciones convenientes.—De V. A. con la mayor con-
«sideracion atento y respetuoso servidor.»

—Firmad, concluyó el duque; y escribid en otra parte:

«Señor Roberto Duarte:—Al tratarse de un asunto tan grave
«como el de que me hablais, hubiera sido prudente que me escribie-
«se de su puño el señor Marqués. Anteayer salió de esta un sugeto
«de mi entera confianza para entenderse de mi parte con S. E., á
«quien direis que, para todo evento, y á los fines que puedan con-
«venir, mando acercarse á Venecia una flotilla de diez velas con mil
«quinientos hombres de guerra.—No estrañaré que el capitan
«Briando me sea fiel, sobre todo ahora que tengo rehenes suyos;
«pero deseo que ciertos asuntos se traten con la debida reserva, y

« sin olvidar lo que mi honra y reputacion exigen. Soy vuestro afi-
« cionado »

Escrito esto, el duque tomó la pluma y firmó debajo: — *Pedro.*

* * *

Diez dias despues, los conjurados de Venecia se reunian en la sala baja de la posada de la Trompeta: eran veinticinco los cabecillas, todos estranjeros, y los mas tenian mando en las tropas ó en la marina de la República: estaba con ellos Roberto Bruillard, á quien Jacques-Pierres dispensaba las mayores atenciones.

Aquella noche debia celebrarse una junta, cuyos acuerdos serian decisivos; pero faltaban todavía tres de los principales conjurados, y se pasaba el tiempo, jugando y bebiendo.

Entre tanto, los tres individuos morosos, que eran Jaffier, Baldissera y Moncassino, conferenciaban en otra pieza con un caballero, sencillamente vestido de negro: todos cuatro, acomodándose á la costumbre de aquella ciudad singular, estaban enmascarados; y así podian hablar, sin ser reconocidos, en un aposento comun, donde habia otras muchas personas.

Su conversacion reservada y cierta precaucion que en ellos se descubria, no obstante que procuraban aparentar indiferencia, llamó la atencion de otros dos enmascarados, que se paseaban en el estremo opuesto de la estancia: el uno de ellos vestia traje talar, á lo letrado y rengueaba un poco al andar, aunque hacia lo posible por disimular este defecto físico, apoyándose en un grueso baston. Hablando con su compañero, se acercó lentamente y haciendo muchas paradas, á la mesa que ocupaban los otros; y hallando una espedita, se sentó á ella, y dijo en correcto italiano:

— Aquí estaremos bien: ¿queréis que traigan refrescos?

Su compañero respondió afirmativamente, mas bien con la cabeza, que con los lábios, y tomó asiento en frente de él: nuestro incógnito llamó á un criado, y le mandó traer algunas pastas y un licor suave; y ambos fingieron no ocuparse en mas que en saborear aquellas golosinas.

Pero, entre tanto, el que habia hablado y seguía hablando en italiano, (pues el otro, ó decia muy pocas palabras, ó callaba,) te-

nia fija su atencion en sus vecinos; aunque con tanto disimulo, que hubiera sido imposible conocerlo, á no observar que de vez en cuando bajaba la voz sin aparente motivo.

El caballero de lo negro decia en aquellos momentos:

—Lo esencial es persuadirles que Pedro solo aguarda la señal, y esto no es difícil con esa carta. Sabeis si Roberto ha hecho ya uso de la suya?

—Esta noche debe presentarla á los amigos, dijo Moncassino.

—Es preciso que yo presencie esa reunion. ¿No os ha dicho Roberto quién es el sugeto que ha enviado Pedro?

—No le ha visto, respondió Jaffier; pero yo sospecho que es el poeta bufon, por cuanto no le ví allá, y habiendo preguntado por él, me dijeron que estaba ausente.

—Oh! exclamó el de lo negro. Pues importa mucho saber eso á punto fijo; porque, si tenemos aquí al diablo cojo, no estamos seguros de un golpe de mano.

—Fácil es averiguarlo, dijo Baldissera. Bollani tiene paciencia para estar inmóvil en un sitio veinte ó treinta horas seguidas.

—Y quereis decir?...

—Que apostándole cerca de la casa del embajador, podrá ver los que entran en ella, y de qué pié cojean.

—Chit! profirió el de lo negro. Basta ya de esplicaciones. A qué hora es la junta?

—A las nueve.

—Pues ya son dadas.

Los cuatro enmascarados se levantaron y salieron: el observador de la otra mesa les siguió con la vista, y dijo en español á su compañero:

—Vete detrás de esos hombres, y mira donde se meten. Corre: aquí te aguardo.

El que recibió esta órden obedeció al punto como un perro bien adiestrado, y vió que dos de los enmascarados entraban en la sala baja, y que los otros dos se dirigian por un pasadizo contiguo: permaneciendo en acecho, pudo advertir que, al cabo de un minuto, salió uno de los últimos solo, y pasó á la estancia donde habian entrado los primeros.

De todo esto dió cuenta al que parecía su amo, el cual le dijo:

—Está bien, Alejandro: ¿sabes tú que gente es esa?

—No por cierto, señor don Francisco; pero me parece que conspiran.

—Sí, conspiran contra nosotros, ó mucho me equivoco. ¿Sabrás ir desde aquí á casa del embajador?

—Me parece que sí, respondió el soldado.

—Ha de ser sin preguntar á nadie: aguarda.... En saliendo de la posada, vete directamente al primer embarcadero que se encuentra á mano izquierda: no faltará algun gondolero que te lleve por el canal grande hasta el puente de Rialto.... Acuérdate bien de estas señas: el canal grande... Rialto...

—No lo olvidaré.

—Corriente: verás el puente, que es grande como una catedral: allí desembarcas en la orilla derecha: verás una plaza; sigues la calle que encontrarás al frente, y al corto trecho reconocerás la casa del embajador. Llevarás una carta y un anillo: enseñando el segundo, te dejarán entrar hasta la habitacion de su excelencia.

Diciendo así, Quevedo pidió á un mozo de la posada recado de escribir, y trazó rápidamente algunas líneas en un papel: lo cerró en seguida y lo entregó á su escudero Alejandro, juntamente con un anillo, encerrado en una cajita de marfil.

— Toma y vuela, le dijo.

Apenas salió Alejandro, nuestro héroe se encaminó á las habitaciones bajas, donde á la sazon celebraban su conciliábulo los conjurados. La sesion habia sido corta, pero aprovechada: como todo el plan de Jacques-Pierres, ó mejor dicho de Fra-Paolo estaba ya bien concertado, no necesitó aquel mas que hacer leer por su secretario las dos cartas del duque de Osuna para decidir á los que se mostraban algo reácios ó desconfiados: la de Roberto no necesitaba comentarios, pues él mismo la consideraba como la espresion de la mas terminante conformidad, de parte del duque, con el plan de conjuracion: la reserva que este se habia impuesto, al hablar del negocio pendiente, hacía que su carta se pudiese interpretar en el sentido indicado. No así la otra que iba dirigida al Dux; pero como era contestacion á otra del capitan Baldissera, fácilmente persuadió

este á la junta de que, al mandarla redactar Osuna en aquellos términos, solo se habia propuesto evitar que se divulgára el secreto, en caso de que sufriera estravío. Por lo demás, la conformidad que resaltaba en el contexto de ambas cartas parecia ser una prueba de haber sido dictadas con idéntico fin.

Los conjurados creyeron con fé ciega en el apoyo del duque de Osuna, y se comprometieron formalmente á dar el golpe la noche del catorce de mayo: los gefes militares presentaron sus listas de los subalternos y soldados ya comprometidos; listas que recogió Baldissera con pretexto de ver si podia adicionarlas con algunos mas nombres, y quedando todos citados para la noche convenida, comenzaron á dispersarse.

Quevedo se paseaba en un pasillo, cruzando por delante de aquel donde habia entrado el caballero negro: cuando vió salir á Roberto Bruillard, le asió del brazo, diciéndole al oido:

—Tenemos que hablar.

—Quién sois? le preguntó el secretario.

El poeta le acercó á la luz de un farol, y levantando un poco su antifaz, le mostró el rostro.

—Quevedo! exclamó imprudentemente Roberto.

Pero nuestro héroe acudió al reparo con la prontitud de su genio, dando á su nombre la interpretacion propia de la frase italiana: *Qué vedo?* (Qué veo?), y contestando en el mismo idioma:

—*Niente vedete; niente*: (Nada veis, nada.)

Sin embargo, aquella exclamacion habia sido oida por el caballero negro, que venia por el pasillo, y que retrocedió, quedándose oculto en la sombra.

—Venid, salgamos, dijo el poeta, apretando la mano al secretario: estamos metidos en un avíspero.

Roberto se dejó conducir sin chistar hasta la calle.

—Hace una hora próximamente, continuó diciendo con sigilo Quevedo, entraron cuatro enmascarados en la sala de donde acabais de salir?

—Mas de cuatro han entrado, repuso el secretario; pero los últimos fueron tres solamente.

—Verdad es; porque el cuarto se quedó espiando en un pasillo inmediato.

—Cómo! Qué decís?

—Digo, señor Roberto, que hay mas de un Judas en vuestro apostolado.

—Por ventura, sabeis?...

—No sé nada; pero supongo que no os juntais á rezar con tanto misterio en esa caverna del diablo. ¿Se puede saber que es ello?

—No me pregunteis nada: únicamente os diré que se trata de cosas que interesan á España.

—Y obrais de acuerdo con el embajador?

—No: pero sí con anuencia de vuestro señor el duque.

—Señor Roberto, me parece que teneis la cabeza pegada con pan mascado; y la mia no está mas segura. Yo conozco poco las costumbres políticas de Venecia; pero he cogido esta noche algunas palabras al vuelo, que no me auguran nada bueno. Cualquiera que sea vuestro negocio, dejadlo para mejor ocasion; porque os aseguro que estais vendido. Creedme: retiraos á la embajada, y nó hagais mucho viso. Yo acabo de escribir al marqués, que no podré visitarle por ahora, porque me espían.

—Quién?

—Si no me engaño, ha de ser un tal Bollani.

—Bollani! Sí, el agente mas servil de la República: un supuesto gondolero.

—Pues ojo alerta, camarada: porque detrás de vos y de vuestros cofrades anda un caballero negro.

En este momento aparecieron en la puerta de la posada dos hombres, que salian de ella.

—Y me parece que es el uno de aquellos, añadió el poeta señalándolos con la mirada.

Roberto fijó la atencion en ellos, y dijo entre dientes:

—El uno es Jacques-Pierres; pero el otro...

—Es el espía.

—Retirémonos á esta esquina, para que no nos vean.

Así lo hicieron, y observaron que Jacques-Pierres y el desconocido se alejaban hácia el canal inmediato.

—Sigámosles, dijo Roberto. Yo necesito averiguar...

—Dadlo por averiguado, interrumpió Quevedo, deteniéndole. Jacques-Pierres se entiende aquí con los agentes secretos de la Señoría, como su mujer, ó lo que sea, se entiende en Nápoles con el Virey.

—Ah! Sabeis algo del plan?

—Lo sé todo; y segun observo, tambien vos?

—No es otro el motivo de nuestras reuniones.

El lector comprenderá que cada uno de los dos se referia á un plan diferente, puesto que la intriga de Fra-Paolo abarcaba dos estremos, de tal suerte combinados, que no mediando una esplicacion lata era fácil confundirlos en uno solo.

—Es decir, que conspirais?... preguntó Quevedo en un tono indeciso para hacer que hablase Roberto.

—Lo mismo que vos, y al mismo fin, repuso el secretario: solo que debeis de venir mal dirigido.

—No os entiendo.

—Si hablais con el embajador, no sacareis nada en claro.

—Ya le he hablado y está acorde conmigo: pero nada me ha dicho tocante á vos.

—Ah! No?... dijo Roberto mostrando sorpresa. Pues bien: puesto que os espían, y no os conviene haceros visible, permaneced quieto hasta que yo os avise. Dónde habitais?

—En la posada de la Trompeta.

—Bajo vuestro nombre?

—Fuera necedad: por ahora me llamo don Juan de Spinola.

Roberto creyó percibir un leve rumor á su espalda, y se volvió rápidamente á tiempo de ver una sombra que se desvaneció en las tinieblas, á la revuelta de la esquina: sin dar cuenta á Quevedo, empuñó la daga, y se lanzó en seguimiento de aquella fantasma, que á los pocos pasos pudo distinguir bajo la forma de un gondolero. Aunque este corria con la agilidad de un pez, Roberto le alcanzó á la orilla del canal donde tenia amarrada su barca: el gondolero hizo cara á su perseguidor poniéndose un dedo en los lábios y diciéndole:

—Callad, ó sois perdido.

—Qué hacíais allí, miserable, dijo Roberto, asiéndole de un brazo y amenazándole con la daga.

—Por la santa Madona! repuso Bollani; callad. Solo intento salvaros.

—Tú?

—Sí, yo: todo lo sabe ya el consejo secreto, y en este instante hay cuatro hombres apostados en las cercanías de la embajada para prenderos.

Roberto se estremeció.

—Si me engañas, dijo, encomiéndate de veras á la Madona.

—Callad, callad, repuso el espía. No veis que espongo mi vida por vuestra salvacion? Entrad en mi góndola, y vamos.

—A dónde?

—A donde mandeis. Iremos al Lido, si os parece bien, y allí podreis embarcaros para el continente.

—Vamos al Lido: pero si haces el menor movimiento que me infunda sospechas, este puñal....

—Oh! Nada temais: vamos.

Roberto saltó á la barca; Bollani la desató, y entrando en ella, comenzó á remar hácia el Lido.

Quevedo se quedó confuso, no acertando á comprender el motivo de aquella repentina fuga; pero siguiendo á lo lejos al secretario, aunque su vista no le permitió distinguir al gondolero, creyó adivinar, sin embargo, lo que pasaba: medio cuarto de hora estuvo esperando el resultado de la estraña aventura, hasta que viendo que Roberto no volvia, se retiró á la posada.

Mil reflexiones se agolpaban á su inteligencia; mil problemas sin solucion alguna. Comprendia muy bien que el gobierno de Venecia tuviese interés en espiarle y en apoderarse tal vez de su persona; pero no adivinaba la razon inmediata que pudiera tener para alarmarse por su presencia en la ciudad. No estrañaba que hubiese ido á Nápoles un emisario espreso, á fin de saber quien era la persona enviada por el duque; ni tampoco que el tal enviado tomase parte en una supuesta conjuracion á favor del mismo Osuna; pero, ¿qué cartas eran aquellas que habia traido y que servian evidentemente para alucinar á un puñado de aventureros? Ni qué necesidad habia

de conciliábulos ni tramas subterráneas entre gente estraña para concertar un negocio que debia tratarse diplomáticamente? Quevedo veia en todo esto un misterio; pero sin poder descifrarlo: suponía una traicion; pero, ¿cuál era la clave? Sus conferencias con el embajador, que nada sabia, no arrojaban aun luz ninguna: su conversacion ambigua con Roberto le dejaba en tinieblas; y este hombre parecia ser el único capaz de darle algunos antecedentes.

En tal estado de perplejidad y dudas, Quevedo se determinó á esperar, ó un aviso del embajador, ó la vuelta de su secretario, toda vez que el menor paso activo de su parte le esponia á caer en las asechanzas de la República.

El genízaro Alejandro Espinosa no volvió hasta la mañana siguiente, y trajo por contestacion á la carta de Quevedo un pedazo de papel con una línea escrita y sin firma, que decia:

« No os aventureis: esperad. Pronto se aclarará el enigma. »

El poeta quemó este lacónico billete, cuya letra era de la mano del embajador.

Dos dias permaneció encerrado, y sin ver á nadie mas que al genízaro, en el cuarto de la posada: dos dias que fueron dos siglos para su impaciencia. El segundo de estos dias era el catorce de mayo.

Al anochecer comenzaron á reunirse los conjurados en la sala de juego, de lo cual dió aviso Alejandro á Quevedo. Este, apurada ya su paciencia, y esperando encontrar á Roberto, bajó con el soldado á la puerta de la calle, teniendo la precaucion de enmascararse: dos hombres sospechosos entraban cuando él salia, y preguntaron á un criado, de modo que él pudo oirles, por la habitacion de don Juan de Spinola.

—Es uno cojo? dijo el criado.

—El mismo, contestaron los desconocidos.

—Vedle allí; ahora sale, repuso el criado.

Pero su indicacion fué inútil; pues Quevedo, que hacia un momento estaba allí, habia desaparecido como una gota de agua que cae en el mar. Solo permanecía visible Alejandro, el cual avanzando hácia los incógnitos, les dijo en muy mal italiano:

—Buscais á mi señor? Arriba, en su cuarto queda.

—Es muy singular! dijo el criado. Juraria haberle visto aquí ahora mismo.

—No lo estrañamos, porque es brujo, repuso uno de los desconocidos.

Y ambos, guiados por el mozo, se encaminaron á la habitacion de Quevedo.

Al punto reapareció este, saliendo de detrás de la puerta; y tirando de la ropa al soldado, se le llevó á la calle.

—Ancha Castilla! como decimos allá en nuestra tierra, murmuró. Camarada, esta gente no es católica: me ha dado el olor de calabozo y cuerda.

—Sí, son espías. Pero, ¿á dónde vamos?

—A donde Dios nos encamine. Mucho me equivoco, si esta noche no tienen carne los peces. Sígueme, sígueme.

Una fuga nocturna es en Venecia mas dificil y peligrosa que en ninguna otra parte: el silencio que reina en sus calles, donde no circulan jamás carruages ni caballos; el hábito de recogimiento de sus habitantes, que permanecen encerrados en sus casas mientras no les conmueve alguna fiesta ú otro motivo de curiosidad general, y la interceptacion frecuente de las comunicaciones, á pesar de los puentes que unen las opuestas riberas de las vias acuáticas, ofrecen mil obstáculos al que necesita eludir las pesquisas de un perseguidor: no hay allí tampoco el auxilio del campo abierto, donde correr, pues el mar circunda por todas partes los edificios; ni las casas de prostitucion eran en aquel tiempo un asilo seguro en último estremo; puesto que las bellezas venales servian de espías al consejo secreto, que en un documento oficial las habia llamado *nostre benemérite meretrici.*

Quevedo pensó refugiarse en algun buque francés ó genovés, y con este intento recorrió varios canales; pero no halló ninguna góndola de alquiler disponible, aunque sí veia muchas ocupadas en transportar hombres armados: parecia que la República hubiese embargado aquella noche todos los instrumentos de locomocion. Aquellas góndolas desembarcaban sus pasajeros, y al punto se alejaban de la orilla.

Fuera de este movimiento sordo, no se advertia en la ciudad nin-

gun otro síntoma de vida: hubiérase creido ser aquella un vasto cementerio colocado sobre la laguna Estígia, por la cual vagaban las sombras de los muertos, conducidas por los servidores de Aqueronte.

De vez en cuando sonaban rumores singulares y estraños, que despertaban vivamente la curiosidad del poeta: ya eran gritos roncos y ahogados; ya gemidos; ya, en fin, golpes indecisos, como de objetos pesados que cayesen al agua.

Conforme avanzaba la noche, distinguíanse mas claramente aquellos lúgubres rumores, á los que acompañaban otros ruidos alarmantes, como choques fortuitos de armas y tragin de patrullas: en medio de aquel silencio rumoroso y tétrico sonó tres veces la campana mayor de San Márcos: el sonido de esta campana en tales momentos helaba la sangre en las venas: todos los venecianos sabian ya que la República se hallaba en peligro inminente, y que el consejo secreto y el senado estaban reunidos ó convocados.

Divagando por la ciudad, nuestro héroe y su escudero llegaron á la punta de tierra que avanza junto á la Aduana: un rayo de luna pasando por entre quebradas nubes, iluminó un momento la plaza y la placeta de San Márcos, que están enfrente de aquel sitio, y ofreció á su vista un horrendo espectáculo: un vasto tinglado sostenia, como tordos en percha, quince ó veinte cadáveres, algunos de los cuales aun se agitaban en las convulsiones de la agonía: los verdugos funcionaban, y otras víctimas se veian en las escalas y al pié del gigantesco patíbulo.

Las nubes corrieron un velo negro sobre aquella terrorífica escena, y ya no se vió mas.

—Ahí tienes, amigo Alejandro, dijo Quevedo, lo que harán con nosotros, si nos echan la garra.

—Se atreverian?... preguntó el soldado.

—Sí, amigo, sí. Pues no ahorcaron el año pasado, en estátua, á nuestro señor el duque, ya que no pudieron hacerlo en carne y hueso? Ten por seguro que no para otra cosa me buscaban esta noche.

—Lo decís con una serenidad!...

—Quieres que me asuste? Pardiez! Ofúsquenos el miedo, y verás que pronto nos cuelgan ó nos insaculan.

—Qué es eso de insacular?

—No lo sabes? Se toma un saco de cuero, se mete allí un hombre, se le cose la boca, y se echa el todo en el mar. Es una bonita operacion.

—Silencio! No oís?

—Parece ruido de remos.

—Mirad: tres góndolas vienen cruzando el canal hácia nosotros.

—Nos habrán visto?... Ven: ocultémonos en el átrio de aquella iglesia.

La que designaba Quevedo era el magnífico templo de la Salud. Él y su compañero se deslizaron hasta el átrio, saltaron las verjas de hierro y se escondieron detrás de una columna.

De allí á poco, pasó por delante de ellos una ronda: dos hombres reconocieron la plazuela, y el uno que llevaba linterna, decía:

—No tenga duda vuestra paternidad, que ese diablo cojo es el diablo mismo; y si no, hechicero consumado. Yo sabia que estaba oculto en la posada y que no pensaba en salir de su cuarto.

—No sabias nada, puesto que te se ha escapado; y si no le encontramos, pensaré que eres un traidor, y que le has dado aviso para que se fugue.

—Oh! No crea tal cosa vuestra paternidad. Habia yo de esponerme así, perdiendo además los quinientos zequíes que me daban por su cabeza.

—Calla, hablador: no sabes si nos escuchan.

Los dos interlocutores se acercaron á la verja y alumbraron todo el átrio con la linterna. Despues de este exámen continuaron su camino detrás de la ronda.

Luego que dejó de percibirse el rumor de los pasos, Quevedo salió de su escondite y comenzó á desnudarse.

—Qué haceis? le dijo el soldado.

—Me ha ocurrido una idea, respondió el poeta: toma este jubon y estrégalo bien contra el suelo: haz tiras de este balandran, y déjale entero solo el cuerpo.

—Pero, ¿qué locura?...

—Haz lo que te digo y calla. Quieres que, al venir el dia, me en-

cuentren con este trage y me reconozcan. Rompe, rompe aprisa: convierte toda mi ropa en guiñapos.

Quevedo añadia el ejemplo á las palabras: quitóse el sombrero y lo estropeó horriblemente; cubrió sus zapatos de lodo; se puso sobre las medias pedazos de tela del balandran y del jubon, atándolos con tiras de lienzo y dejando por algunas partes descubiertas sus carnes; se desordenó el cabello y la barba, cortándose algunos mechones de aquel y del bigote con un cuchillo, y por último, se transformó en mendigo, de tal manera que habria sido imposible reconocerle. Alejandro le facilitó un rosario y un escapulario, que se colgó al cuello, y en esta forma, hecho un lio de los restos de su trage, volvió á saltar la verja, y empezó á caminar encorvado, exagerando su cojera y apoyándose en su baston.

—En verdad, dijo Alejandro, que si tuviera una moneda, os la daría de limosna.

—Toma, repuso Quevedo sacando su bolsa, y vaciando la mitad de su contenido en las manos del soldado. Con esto puedes buscarte la vida; y vete, antes que amanezca.

—Quereis que os deje?

—Sí; no podemos seguir juntos: así nos reconocerían. Ya sabes que á mí solo es á quien buscan: sálvate, y no te cuides mas de mí.

—Pero, señor! exclamó el soldado con las lágrimas en los ojos.

—Un abrazo, y á Dios! respondió el poeta.

Momentos despues, cada uno tomaba por diferente camino.

Al amanecer, estaba Quevedo implorando la caridad en la puerta de un figon del barrio de los Pescadores: su acento italiano engañaba á cuantos le oian.

—Una limosna al pobre gafo, decia, que no tiene con qué volver á su tierra.

—De dónde sois, hermano? le preguntó un gondolero, que estaba entre puertas, aguardando á un amigo que habia entrado con pretexto de tomar una copa.

—De Mántua soy natural, hermoso jóven, le contestó el poeta.

—Cantad algunos versos del Tasso, y os daré limosna.

Quevedo recitó un trozo de la *Jerusalen,* procurando hacerlo con la entonacion monótona de los gondoleros.

—Mejor canta que tú, Hormiguita, dijo saliendo el compañero que estaba dentro.

—Pues dale limosna y vamos, le respondió el espía Bollani.

Y haciéndole una seña, le preguntó:

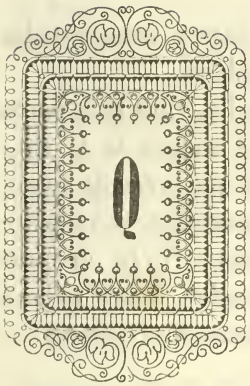
—No hay nada?

—Ni su sombra, repuso el otro echando una moneda en el sombrero de Quevedo.

—Nos volverá locos ese *Diablo cojuelo*, replicó Bollani, encaminándose hácia la marina.

CAPITULO IV.

SE DESEMBOZA LA CONJURACION.



UEVEDO permaneció inmóvil, mirando por donde se alejaban los dos espías que iban en su busca; y aun no los habia perdido de vista, cuando observó que por todas partes llegaban hombres del pueblo, que se formaban corros hablando con acaloramiento, y se proferian gritos alarmantes.

—Qué novedad tenemos? dijo para sí concentrando su atencion en aquel principio de motin. Será, por ventura, que se intente vengar la sangre vertida esta noche? Pero no: eso no puede ser. Escuchemos.

Un grupo de marineros y pescadores se acercó en tropel á la puerta del figon; y un hombre bien vestido, que parecia acaudillarlos, mandó servir de beber á todos ellos.

—Es una horrible traicion, amigos mios, decia el cabecilla de motin á la turba, que se apiñaba para no perder una sola de sus palabras. Por un milagro de Dios no estamos todos á estas horas

convertidos en cenizas: esos malvados estrangeros trataban de incendiar la ciudad por sus cuatro costados; pero gracias á la vigilancia del gobierno, se han frustrado sus diabólicos planes. Por desgracia, no se ha podido coger mas que uno de los gefes principales, el traidor Jacques-Pierres, que, segun me han informado, añadió bajando la voz, lo ha preso el general Barbarigo, y ha mandado arrojarlo al mar dentro de un saco, en la isla de Curzola. Pero falta castigar á otros mas culpables aun, que han de haberse refugiado en la embajada de España.

Quevedo se inmutó de ira al oir estas palabras; pero hizo un esfuerzo para disimular, y se colocó en primera línea entre los casi amotinados.

—Y sabeis quiénes son los enemigos de la patria que han escapado á la justicia del Consejo? continuó diciendo el orador. Pues son el embajador mismo, su secretario Roberto Bruillard y Quevedo, el bufon del Virey de Nápoles.

—Qué infamia! exclamó el poeta no pudiendo reprimir su indignacion.

Afortunadamente para él, estas palabras fueron interpretadas por el populacho en sentido favorable á la República.

—Ese intrigante bufon, prosiguió el cabecilla, vino hace pocos dias con otro español á disponer el incendio y el saqueo de la ciudad: yo le conozco, y no se me despintará: el que presente su cabeza al Consejo, esté seguro de obtener una magnífica recompensa. Vamos, pues, compañeros: ánimo, y á la obra. No ha de quedar piedra sobre piedra en el palacio del embajador. Bebed todos á la salud de la República; y decid conmigo: Mueran los traidores!... Viva Venecia!...

—Viva!... Mueran!... gritaron con horrible algazára los alborotados, chocando sus vasos llenos de vino de Florencia.

Entre tanto, iba creciendo la muchedumbre, atraida por la curiosidad: aquel dia todos los talleres estaban parados y las tiendas cerradas: los operarios del Arsenal y de las fábricas vagaban por las calles; y habiendo visto las víctimas que todavía continuaban pendientes de la inmensa horca en la plaza de San Marcos, fijaban sus miradas escrutadoras en los canales, seguros de encontrar en ellos

algunos rastros sangrientos. Aquellas turbas sin trabajo eran materia dispuesta para cualquiera ocupacion tumultuosa, y no faltaban en ninguna parte agentes destinados á ofrecerles un buen jornal, ganado á costa de los enemigos de la República.

Nuestro poeta comprendió muy bien esto, y procuró separarse con maña de aquel tumulto, donde la menor imprudencia ó una simple casualidad podian comprometer su vida, y justificar en cierto modo las versiones calumniosas que acababa de oir. Pero, ¿á qué punto encaminarse? Ni cómo salir de la ciudad, donde su presencia iba siendo una acusacion contra él mismo y contra Osuna?

Bien hubiera querido enterarse muy por menor de todo cuanto habia pasado, y averiguar el fundamento de las quejas desembozadas que se proferian contra el embajador; pues en esta parte, él mismo abrigaba sospechas, ocasionadas por la conducta misteriosa de Roberto: pero la mas insignificante pregunta podia descubrir su incógnito, y no consideraba cuerdo acercarse á la casa del marqués de Bedmar y complicar al duque, por este solo hecho, en la responsabilidad que aquel pudiera tener.

Sin embargo, escudado con su disfraz, que tan maravillosamente le habia salvado, y no sin dar pruebas de una serenidad escesiva, atravesó las turbas agitadas, que ya se agolpaban hácia la embajada española, pasó el puente de Rialto, guarnecido de tropa, y bajó hasta la plaza de San Marcos, donde una multitud de curiosos, contenidos por un fuerte retén de mosqueteros, contemplaban la obra horrenda de los verdugos.

Pasaba de ciento el número de los ahorcados, y casi todos eran franceses: los mas vestian el uniforme de oficiales al servicio de Venecia: otros el de soldados y simples particulares. Los curiosos designaban algunos por sus nombres.

—Aquel, vestido de negro, decia un ciudadano obeso á varios amigos, es Antonio Jaffier, que no ha mucho recibia distinguidas muestras de confianza del serenísimo Donato: el traidor estaba en correspondencia con el Virey de Nápoles.—Aquel otro pequeño y flaco, que parece una sardina, es el capitan Baldissera Iuven, hombre malvado que habia seducido á su compañía. —Ved allí al capi-

tan Langlada: ese parece que tenia preparados muchos centenares de cohetes y petardos para incendiar las Atarazanas y el Arsenal. Dios sea loado! Por su infinita bondad nos vemos libres del peligro.

—Dicen que no son estos solos... murmuró uno de los oyentes guiñando el ojo.

—Si no me han engañado, repuso el ciudadano gordo, pasan de seiscientos los conjurados: pero algunos siguen presos. Los demás... duermen.

—Yo no lo siento, dijo un mercader de joyas con gesto de sentirlo: si es verdad, como me han contado, que uno de los *dormidos* es el capitan Moncassino, se me lleva valor de doscientos zequíes, en joyas que tomó en mi tienda, para obsequiar á cierta dama; pero los doy por bien perdidos, y no los reclamaré: quiero hacer este sacrificio á la República.

De todo esto, no sacaba Quevedo nada en claro; pues los nombres que oia pronunciar le eran enteramente desconocidos: únicamente, mirando los cadáveres, le pareció reconocer entre ellos al capitan Varea.

Ya pensaba retirarse con ánimo de hacer algunas gestiones para salir de la ciudad homicida, cuando oyó un toque lúgubre de clarines y vió que la gente corria hácia la puerta del palacio ducal, que da entrada á la escalera llamada de los Gigantes. Por aquella puerta salia una especie de procesion, la cual marchaba con mucha solemnidad: de trecho en trecho se paraba, sonaban los clarines y en seguida se dejaba oir la voz aguda de un pregonero.

Todo indicaba una nueva ejecucion.

Quevedo se acercó á la fúnebre comitiva, y oyó su nombre pronunciado por el pregonero, el cual decia:

«Esta justicia manda hacer el muy ilustre y reverenciado Consejo supremo de Venecia, oidas las deposiciones de varios reos de Estado y testigos verídicos, en la efigie del estrangero don Francisco de Quevedo, acusado del crímen de alta traicion y conjuracion contra la existencia de la República: y el mismo supremo Consejo, sabiendo que el culpable se halla todavía dentro de la ciudad, intima á todos y cada uno de sus conciudadanos, así patricios como plebe-

yos á que no den asilo en sus casas y entreguen, si lo encontraren al dicho Quevedo, so pena de la vida, para que sea hecha en su propia persona cabal y cumplida justicia.»

Concluido este pregon, la comitiva continuó su marcha hácia las horcas, y Quevedo no pudo reprimir la curiosidad de ver su efigie.

Venia esta montada en un asno, y era un maniquí ridículamente vestido de bufon, con un gorro colorado, guarnecido de cascabeles y unos anteojos de carton, puestos sobre unas enormes narices.

—Por Dios, que se le parece como á Pilatos la estrambótica figura! exclamó Quevedo, riéndose de su *vera efigies*.

Oyóle un espía que estaba detrás de él, y poniéndole la mano en el hombro, le dijo al oido:

—Conocéisle vos, buen hombre?

—A quién? A Pilatos? preguntó el poeta, disimulando con esta salida su sorpresa.

—No se trata aquí de Pilatos, ni de Caifás, sino de ese Barrabás que van á ahorcar en figura.

—Oh! si yo le conociera, repuso Quevedo, no pediria mas limosna.

—Pues qué haríais?

—Os parece que no sé yo, que dan quinientos zequíes por su cabeza? Con la mitad de ese dinero lo pasaria yo como un príncipe.

—Paréceme que no teneis muchas ganas de adquirir esa suma; porque infiero de vuestras palabras que conoceis al bufon.

—Por Dios, señor ciudadano! replicó el poeta en tono suplicante: no vayais á tomar el negocio por donde quema. Yo conozco, y no conozco á vuestro hombre; sé unos versos suyos, en que está retratado tan á lo vivo, que si le viese delante de mí, creo que no se me despintaría. Si vos teneis empeño en buscarle, una cosa podré hacer en vuestro servicio; que es acompañaros: pero ha de ser con una condicion.

—Cuál?

—Que me dareis la mitad de la propina.

—Eso es justo: vamos, pues.

—No tengais tanta prisa: veamos antes como le ahorcan, que ha de ser un espectáculo de gusto. Yo sé, sobre poco mas ó menos,

donde ha de esconderse; y perded cuidado, que, si no me engaño, le tenemos seguro.

Nuestro héroe permaneció inmóvil en su puesto, contemplando la pantomima de ahorcarle: vió como la comitiva patibularia conducia el supuesto reo hasta el pié de la fatal escalera; como los agentes de la justicia secreta lo entregaban al verdugo, y como este, despues de un postrer pregon, le subia en peso, y echándole un lazo al cuello, lo lanzaba y se montaba sobre sus hombros.

—Perfectamente, dijo: no rebulle pié, ni mano: ya estoy tranquilo. Vamos, señor ciudadano, cuando gusteis.

El espía siguió á Quevedo, el cual comenzó á instruirle con mucha cautela.

—Es menester, le dijo, que tomemos una barca, y que lleveis algunos hombres de resguardo; porque el tal bufon no es hombre que se deje prender por cualquiera, y—no lo tomeis á mal,—seria muy capaz de cortaros las orejas.

—Y para qué la barca? preguntó el espía.

—Para conducir al bufon. Pues qué, ¿no os he dicho?....

—No me habeis dicho nada.

—Sí, hemos de ir á bordo de una galera francesa, que está en el puerto de Malamocco. Anoche me hallaba yo durmiendo al raso, en un rincon del muro, allí cerca, cuando llegaron dos hombres; y por su conversacion me enteré de quienes eran y lo que buscaban. El nombre de Quevedo quedó impreso en mi memoria, junto con el de un don Juan de no sé cuantos.

—Don Juan de Spinola, repuso el espía: ya sabemos eso. Pero me ocurre una dificultad: si se ha refugiado en un buque francés, no es posible atraparle.

—Todo es posible, señor mio: tan fácil me es á mí poner en vuestras manos á don Francisco de Quevedo, como beberme un vaso de agua. Vamos á la galera: yo entraré solo en ella, y vereis qué enredo muevo. No en vano he corrido mundo; y si haceis todo lo que yo os proponga, tened por cierto que antes de dos horas me habeis de reputar el hombre mas hábil para esta clase de negocios.

—Pero esplicadme antes vuestro plan.

—Perderíamos un tiempo precioso. Vamos, vamos aprisa, que

nada os quedará por saber: fletad una barca de cabotage, como si fuésemos al continente, y haced como que me pagais de limosna el pasage. Quevedo entrará en la barca, yo os lo juro, confiado en que ha de ganar la tierra firme.

Con estas seguridades tan positivas, el espía llegó á confiar tanto en los recursos de ingenio del supuesto mendigo, que no le preguntó nada mas, y se decidió á dejarse guiar por sus consejos.

Una hora despues, Quevedo, su engañado perseguidor y otros dos hombres mas iban embarcados en un falucho pequeño, de los que solian hacer casi diariamente la travesía de Venecia á la costa firme de Italia. Este barquichuelo se dirigió hácia la parte mas honda del puerto de Malamocco, donde habia fondeados varios buques gruesos de diversas naciones, todos con sus respectivos pabellones desplegados con motivo de las graves circunstancias de aquel dia. Quevedo escogió el que mejor le pareció de los que ostentaban la bandera francesa, y dijo al espía:

—Dadme vuestra capa, vuestra espada y vuestro sombrero para ocultar mi miseria: que suelten un bote para conducirme á bordo de aquella galera, que es la que ha de ocultar al fugitivo, y que mientras hagan aquí la entretenida, fingiendo ocuparse en algunas maniobras.

El espía vaciló un momento y preguntó:

—Pero, no me direis de qué ardid vais á valeros para lograr vuestro objeto?

—Válgame Dios! repuso el poeta. No me dejareis ganar en conciencia mi propina. ¿Oís ese rumor de voces, allá lejos, hácia el puente de Rialto?

—Sí; pero, qué tiene eso que ver?....

—Se conoce que sois bisoño en el oficio. Ese ruido significa que los buenos habitantes de Venecia se han sublevado contra el marqués de Bedmar.

—Cierto: y qué?...

—Nada: el marqués puede haberse fugado, y como es natural que mire por los suyos, y que no ignore donde se oculta su cómplice Quevedo, puede tambien haber enviado este falucho para ponerle en salvo. Comprendeis ahora?

—Perfectamente: pero, ¿quién sois vos para que os crea Quevedo?

—Soy un pobre diablo, que sabe hablar perfectamente el español; ahí teneis mi secreto.

—Me hubiérais dicho eso desde el principio, y habríamos escusado mucha conversacion, contestó el espía, quitándose la espada, el sombrero y la capa, y mandando al patron del falucho botar una lancha.

Momentos despues, Quevedo transformado en parte con aquellas prendas y con algun aliño en sus harapos, era conducido por un remero á bordo de la galera *Saint Denis:* su corazon latía violentamente durante aquella corta travesía, pareciéndole siglos los momentos. Sin embargo, conversaba amistosamente con el marinero, y conservaba en su semblante la mas impasible serenidad.

Al poner el pié en la escala del buque, dijo á su conductor:

—Aguarda un poco, amigo.

Y subió á bordo con rapidez.

Pasado un cuarto de hora, volvió á presentarse en lo alto de la escala, y echó al marinero una carta para el espía, concebida en estos términos.

« Sois un pobre hombre: Quevedo está en salvo bajo el pabellon « francés, y no quiere volver á vuestro falucho, donde ha estado « embarcado, como os lo habia prometido. Si os parece bien, id á « contar este lance al Consejo de los Diez y al de los Cuarenta; pe« ro, si lo haceis, no os arriendo la ganancia. »

« P. S.—Ofreced mis respetos al *signor* Marcos Bollani y com« pañía, y decidle que no olvide al cantor del Tasso. »

Llegada la noche, el capitan de la galera hizo transbordar á Quevedo á otro buque de su nacion, que debia partir para Ancona la madrugada siguiente.

Al mismo tiempo, el embajador de España recibia una muestra singular de deferencia de parte del gobierno veneciano: este hacía equipar con mucho secreto un barco ligero, y favorecia la fuga del marqués, á fin de sustraerle al furor popular; pero sin darle satisfaccion ninguna que demostrase el convencimiento de su inocencia: por el contrario, se procuró que su marcha precipitada y cau-

Urrabieta, litº Lit. Labielle, Monserrate 3.

Espérate un poco, amigo.

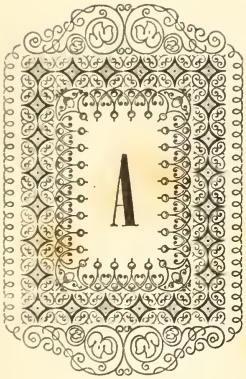
telosa tuviese todas las apariencias del terror que acompaña á la culpa.

Durante esta segunda noche no cesó de oirse el ruido sordo de las ejecuciones secretas: mas de seiscientas víctimas sacrificó la Señoría á su maquiavélica política: ni los espías enterados en el plan, ni los delatores y acusadores pagados escaparon al dogal ó al cuchillo de los sicarios. Era forzoso cubrir el horrible secreto con el velo impenetrable de la muerte, y cinco meses mas adelante, cantar un solemne *Te-Deum* en accion de gracias por la milagrosa salvacion de la República.

En cuanto á la feliz evasion de Quevedo, corrieron aquellos dias las mas estrañas hablillas. Díjose que el poeta habia presenciado su ejecucion en efigie, convertido en cuervo, con auxilio del diablo, pues era brujo consumado; y que despues habia pasado el golfo embarcado en su capa.

CAPITULO V.

CONSECUENCIAS.



ninguna potencia de Europa dió cuenta Venecia de lo que habia pasado en su seno, manifestando con este comportamiento orgulloso, que consideraba aquella conjuracion y aquel castigo como un asunto puramente doméstico.

Semejante silencio era altamente político, en la acepcion que los hombres de Estado darán á esta palabra; pues, al paso que colocaba á Venecia en una actitud severa é imponente, la dejaba libre para hacer por bajo cuerda todas las evoluciones que pudiesen convenirla.

Y con efecto, no se descuidó la Señoría en sacar partido de su situacion y de los instrumentos que habia traidoramente atesorado. Un estracto del proceso, en el que figuraban los nombres de los principales conjurados, sus tramas verdaderas ó supuestas y sus falsas relaciones con el duque de Osuna fué comunicado confidencialmente al gobierno de Francia, para cohonestar el sacrificio de

tantos franceses, y hacer que recayese todo el odio sobre el virey de Nápoles. Las cartas sustraidas á este por la mediacion de Antonio Jaffier, fueron comunicadas con reserva, en Madrid, á don Rodrigo Calderon, como pruebas de una doble conducta por parte de aquel príncipe, á quien se acusó de haber pretendido coronarse rey de Nápoles, y de haber solicitado para esto el apoyo de Venecia.

En Italia no se limitó á indicaciones oficiosas la calumnia veneciana: la maledicencia pasó de los labios á la pluma, y de esta á la imprenta, y no faltaron por cierto Aretinos en abundancia, que abusando de aquella potestad de potestades inundasen el mundo con *raguallos* y aun con libros escritos con ponzoña.

Uno apareció en Turin, dedicado al mismo duque de Saboya, en el cual se estamparon con aplauso de los enemigos de España, (que eran muchos), las especies mas injuriosas y denigrantes contra Quevedo; á quien se tildaba de nigromante, borracho, embaucador, y se atribuia con grosera malicia la pretension de hacerse *reina de Italia*. El dardo iba dirigido de rechazo, como se deja conocer, contra el duque de Osuna, á quien se ofendia en su honra de hombre público y particular.

Lo notable de todo esto era que, en medio de tanto clamoreo, solamente Venecia callaba; solamente ella, cuyo tesoro debió de alimentar en esta ocasion á muchos grajos, conservaba una actitud digna y reservada.

Y todo el mundo volvia los ojos hácia ella, considerándola como á una noble víctima, que habia sabido alzarse al borde del sepulcro, para rechazar y confundir á un agresor alevoso.

El duque de Osuna recibió, unas despues de otras, todas las noticias que contra él se divulgaban; pero, contra lo que debia esperarse de su carácter vivo y arrebatado, tuvo el valor moral de soportar los golpes con una calma estóica. Sin duda, su alma elevada temia rebajarse, mostrándose ofendida por los ataques de gente ruin.

Cuando regresó Quevedo á Nápoles y le contó sus aventuras, se rió con él, pensando en la estraña figura que aquel haría disfrazado de mendigo, y en la grotesca ceremonia de ahorcarle, que habia tenido el honor de presenciar.

—No podeis estar quejoso, le dijo: la Señoría ha hecho por vos mas que el rey de España: S. M. os hizo caballero; ella os ha igualado á mí. ¿No habeis llegado á indagar si mi horca era mas alta?

—Los mercaderes, señor, repuso Quevedo, no se equivocan en el valor de las cosas; y es natural que hayan tenido con vuecelencia esa consideracion. A cada cual su honor.

—Sí, á cada cual su honor; decís bien: la República de S. Marcos no habrá tenido con vos la deferencia de encumbraros al trono del verdugo, sino por consideracion á mí.

Esta calma y este tono de triste ironía engañaron al mismo Quevedo, á pesar de su fina perspicacia; pues creyó ver en ellos los síntomas del desaliento.

El duque prosiguió hablando de la conjuracion, mas bien como quien inquiere antecedentes, que como un hombre interesado en sus consecuencias: naturalmente aludió á las cartas de Baldissera y Roberto Bruillard, cuyo espíritu parecia prestarse á una doble interpretacion; y como si le inspirase una repentina idea, abrió una caja, de que solo él tenia la llave, y sacó aquellos dos escritos tan diferentes y tan acordes, sin embargo, al parecer, en un mismo pensamiento. Los repasó con atencion, y por último los dejó caer de la mano, diciendo:

—La serpiente ha sabido esconderse bien entre las flores.

Y volviéndose hácia Quevedo, que presenciaba todo esto sin comprenderlo, le preguntó:

—¿Nada os dijo Roberto de una carta mia?

—Díjome que estaba de acuerdo con vos para cierto asunto que tenia concertado.

—Sí; pero mi carta..... ¿No os habló de un tal Antonio Jaffier?

—Ah! exclamó el poeta recordando vagamente algunas palabras de los enmascarados de la posada: Esa carta y otra han de haber servido para precipitar la conjuracion. Los espías consideraban la de Roberto como la mas importante.

—Así es, en efecto; porque acabo de penetrar mejor que antes el espíritu de la que él me escribió.

—Además, prosiguió Quevedo; Antonio Jaffier ha muerto á manos del verdugo.

—Y Baldissera?

—Tambien.

—Y tambien Jacques-Pierres!... Cuántos inocentes habrán sido sacrificados en las aras del odio que inspiro!... Ah! República ramera! Qué pueden esperar sino la muerte y el oprobio los que abrigas en tu fétido seno?—Dejadme, Quevedo: necesito estar solo.

—Señor, no os abandoneis á la desesperacion; repuso el poeta. El hombre fuerte saca energía y vigor de la misma adversidad.

—Quién os pide esos consejos banales, tan fuera de su lugar? replicó el duque, alzando súbitamente su rostro enrojecido. Salid: he dicho que necesito estar solo.

—Yo tambien, dijo Quevedo sin disimular su descontento. Despues de ahorcado en honra y gloria vuestra, bien he menester descansar.

Y se encaminó hácia la puerta.

—Qué significa, señor caballero, ese tono de reconvencion? gritó el duque.

El poeta se volvió y repuso:

—No os reconvengo, señor duque: os irrito.

—Ah! Conque me irritais? Y con qué objeto?

—Con el de que desahogueis vuestra cólera. Vamos: aquí me teneis. Mis espaldas son bien anchas para sufrir toda la carga.

—Venid acá, amigo mio, dijo el duque con dulzura: esas cosas me han puesto de mal humor, como es consiguiente; pero no creais que las tomo tan á pechos, que vaya á desesperarme por tan poco. Ya me llegará el turno de estar contento.

—Dios lo quiera.

—Lo dudais?

—No dudo: creo que la Señoría no se limitará á lo que ha hecho, y creo que debeis apercibiros para cosas mayores.

—Eso hago; y por eso deseo estar solo. Necesito concentrar mis ideas, y preparar mi venganza. Pero, si fuese cierto que el marqués de Bedmar se ha mezclado en esa conjuracion malhadada... Oh! me perdería. Él, nada os ha dicho?

—Nada.

—Pero Roberto me escribió en su nombre: afortunadamente me ha sobrado la prudencia en esta ocasion: la flota que prometí enviar, está todavía en el puerto de Nápoles.

—Por qué no interrogais á la aventurera Isabel?

—Eso quiero hacer: dejadme una hora, y decid que venga el capitan Rodriguez.

Quevedo salió; y al quedar el duque solo, comenzó á dar vueltas por la estancia como un leon herido: su espíritu soberbio no le permitia manifestar la violencia de sus emociones ni aun á su mejor amigo.

A poco se presentó Rodriguez en la puerta.

—Me llamaba vuecelencia? dijo.

—Sí: ¿dónde anda la prisionera que os confié?

—Guardada está, segun me mandásteis.

—Conducidla aqui.

Rodriguez se retiró, y el duque volvió á pasearse con agitacion.

Dos minutos despues regresó el capitan acompañando á Isabel.

—Entrad, señora, entrad, la dijo Osuna: y al capitan, encajando la puerta:—No os alejeis, por si os necesito.

Isabel estaba pálida de temor, sin poder ella misma definirse la causa.

—Señora, dijo con acento grave el Virey. Os he guardado en mi poder para esta ocasion; porque debeis saber que no se me engaña impunemente.

—Qué quereis decir, señor? exclamó la aventurera temblando. Mi conciencia no me acusa de haberos engañado.

—Isabel, repuso el duque, mirándola fijamente. De nada pueden serviros ya las palabras melosas, ni las protestas de lealtad. Lo que no me digais de grado, se os arrancará por fuerza en el tormento. Asi, pues, declarad la verdad; pues os juro por mi nombre, que os tiene cuenta.

—Preguntadme, señor: yo tambien os juro por lo mas sagrado del cielo y de la tierra, que os diré cuanto sepa.

—Sabeis ya el premio que ha dado Venecia á vuestro marido por sus servicios?

—Qué ha pasado? preguntó Isabel con naturalidad no fingida. No sé nada.

—Pues bien, sois viuda segunda vez.

—Dios mio! Jacques-Pierres ha muerto!

—Ha sido asesinado de órden de la República.

Isabel prorumpió en llanto: amaba sinceramente á aquel hombre.

—Ved ahí la recompensa dispensada á su valor, continuó el duque. Ved ahí el fruto de vuestra obra.

—De mi obra no: mil veces le dije que no se fiase de nadie: no seria yo ahora tan infeliz, si él hubiera seguido mis consejos.

—Luego sabeis la causa de su muerte?

—La presumo, señor.

—Hablad! exclamó el duque anhelando una revelacion.

—Jacques-Pierres, dijo Isabel sollozando, ha sido sacrificado á los intereses de Turquía.

—Os burlais de mí! prorumpió diciendo el Virey con violento enojo.

—No, señor: no puede burlarse de vos una mujer desdichada, que ni teme vuestras iras, ni espera vuestro amparo. Mi marido tenia tratos con el duque de Nevers para invadir la Morea; y este es su delito: los venecianos querian coligarse contra vos con el Gran Turco, y para contentarle, habrán sellado el pacto con la sangre de Jacques-Pierres.

—Traidora gente!... Lo creo posible. Pero decidme, Isabel: además de eso, vuestro marido, ¿no tenia otros tratos secretos, relacionados con el asunto que os trajo aquí? Decidme la verdad; puesto que ya nada podeis esperar de los venecianos, y sí mucho de mí.

—Alguna nueva traicion! murmuró la aventurera. Oh! Yo no sé nada mas de lo que os comuniqué á mi llegada. Pero Fra-Paolo mostraba mucho empeño en separarme de mi esposo.

—Fra-Paolo! Quién es ese hombre?

—Es el que me dió las instrucciones para vuecelencia, recatándose hasta de Jacques: un confidente íntimo del Consejo de los Diez; un espía con hábitos, enemigo de la Iglesia católica.

—Y nunca os dijo nada vuestro esposo de una conjuracion, á cuyo frente estaba el marqués de Bedmar? No le vísteis nunca asistir á conferencias con ese Fra-Paolo, ó con otras personas?

—Señor, me hablais de cosas que no comprendo. Jacques se trataba con muchas personas y con el fraile servita; pero yo ignoro que estuviese empeñado en ninguna conjuracion.

—Desgracia!... Desgracia mia!... exclamó el duque paseándose. Esta mujer ha sido engañada lo mismo que yo.—Y volviéndose á Isabel, la preguntó:—¿A dónde quereis ir?

—A donde me mandeis. Cansada, como estoy de la vida, favor me haríais en darme una prision por asilo.

—Desdichada criatura! murmuró el generoso magnate hablando consigo mismo. De qué te ha servido tanto intrigar y tanto envilecerte? Todos tus afanes; todos los halagos y placeres que has hecho gozar; todo el oro que por tí se ha derrochado y hasta la sangre que se ha vertido, ¿qué felicidad te han reservado? Tus deseos y aspiraciones se reducen á una prision; es decir, al descanso, aunque sea perdiendo la libertad!

Isabel lloraba escuchando este monólogo, que el duque pronunciaba en voz inteligible, como si estuviese solo.

—Isabel, la dijo este por último con una inflexion de voz que revelaba un resto de cariño. No lloreis, no os aflijais así: ¿quereis volver á España?

Las lágrimas se secaron de repente en el rostro de aquella mujer, al oir esta palabra.

—España! repitió. Algun dia..... sí, yo volveré á España, cuando luzca para mí el sol de un nuevo dia. Pero ahora....

—Qué os detiene? Hablad.

—Carezco de parientes y amigos. ¿Cómo viviré allí? Reina todavía vuestro enemigo, el marqués de Siete-Iglesias?

—Ya no es mi enemigo: los tiempos son ahora otros.

Isabel se sonrió tristemente.

—Pero los hombres son los mismos, dijo, y se empeoran con los años. La experiencia nada les enseña que los haga mejores, si han sido malos.—Como quiera que sea, señor: no me conviene ir á España por ahora. Puede ser que algun dia..... Mi marido tenia

en Malta una casa y algunos bienes. Tal vez, si los venecianos no han dispuesto de ellos, podré vivir con algun desahogo en aquella isla.

—Os daré los medios para que os trasladeis á Malta y recobreis esos bienes.

—Ah! Señor! exclamó Isabel arrojándose á los piés del duque y besándole las manos. Cuán noble, cuán bueno sois!

El duque cumplió su palabra: durante algunos meses continuó gobernando á Nápoles y acechando la ocasion de vengarse de Venecia: las habladurías, las calumnias, los impresos infamantes pasaban sobre su voluntad enérgica sin doblegarla, sin alterar la superficie serena de su alma. Pero llegó un dia en que la tempestad latente en el fondo de su corazon estalló con violencia. Un correo de Madrid le llevó una carta del duque de Úceda, en la cual este le decia:

« Con sumo descontento he llegado á conocer, que vuestra esce-
« lencia tiene muchos y poderosos enemigos, así dentro, como fue-
« ra de ese reino; y lo peor de todo es que yo mismo no basto á de-
« tener sus clamores y quejas, los cuales han subido tan alto, que
« ya no es posible sino que esto acabe, ó todos nos hundimos. Así,
« pues, soy de parecer, que conviene os dispongais con tiempo á
« salvar la honra, dejando ese puesto; y advertid que en daros es-
« te aviso de amistad arriesgo mucho: mas de lo que podeis pen-
« sar.... »

Osuna estrujó esta carta, sin acabar de leerla, y exclamó con indignacion:

—Cobarde!.. Tambien él!...

Quevedo, que estaba enterándose y tomando nota de otras comunicaciones llegadas por el mismo correo, levantó la cabeza, y teniendo en una mano la pluma sobre el papel y en la otra una carta suspensa, miró al duque, como si quisiese preguntarle:—¿Qué hay de nuevo?

—Esto es una villana cobardía! continuó diciendo Osuna. Y se figura este hombre, que yo he de ceder tan fácilmente? Que yo salve la honra volviendo la espalda á mis enemigos!... ¿Sabe este cobar-

de lo que es honra?... Oh!... Debí esperar tal pago del miserable que vendió á su padre!...

Estas palabras salian rechinando de los labios del duque: jamás le habia visto Quevedo tan irritado; la sangre que enrojecia y llenaba las venas de su frente y el fuego que brotaba de sus ojos le daban un aspecto sublime en lo terrible.

Templada algun tanto su ira despues de aquel primer arrebato, puso la carta, dando un golpe, delante de Quevedo, á quien dijo:

—Leed, leed eso, si la vergüenza os lo permite: ved si puede creerse que los destinos de la señora del mundo estén en las manos de hombres como el que ha trazado esas líneas.

El poeta empezó á leer á media voz; pero el duque le interrumpió diciendo:

—No sigais, no sigais: eso no se puede oir, y llamarse despues español. Yo os traduciré esa carta en el idioma de la verdad. Eso quiere decir: « duque de Osuna: Venecia está quejosa de tí, porque vé que eres uno de los pocos españoles, quizá el único que conoce su debilidad y tiene corazon para impedir que ella se burle por mas tiempo de España y del mundo: te calumnia, te insulta á traicion, pero yo no tengo valor para desmentirla y defenderte: no me atrevo á detener sus quejas, que pasan por encima de mí; y antes que esponerme á su saña, prefiero sacrificarte; prefiero darla una satisfaccion, y sufrir resignado el baldon que, en tu nombre, arroja esa prostituta sobre nuestra patria. » —¿Lo habeis entendido, amigo? El privado, sin embargo, quiere que yo mismo me condene ó me salve, despues de entregarme á la merced del pueblo judío: Pilatos lava sus manos. Vergüenza!.. Oprobio!

—Con efecto, dijo Quevedo, participando de la indignacion del Virey: esto es inaudito.

—Esto es irrealizable, amigo mio: si el duque de Úceda tiene miedo, que se lo guarde: mande él en Madrid; yo mando en Nápoles: y si fuere menester hacer de este reino una monarquía independiente, para salvar mi honor y el de España, lo haré, vive Dios! Lo haré!...

—Calma y prudencia, señor, repuso Quevedo en voz baja. Di-

ce aquí, que tambien teneis enemigos dentro del reino...

—Sí, sus iguales en vileza: la caterva de señores criminales y vanos, á quienes no consiento que roben y atropellen á su sabor. ¿Acaso no los conozco? Mas, para ellos tengo el verdugo y un pueblo agradecido, que aplaudirá la caida de sus cabezas. El pueblo es mio: los que trabajan, los que dan la sustancia, los que son la carne y los huesos del Estado, esos están conmigo.

—Es cierto.

—Pues bien: ¿á quién puedo temer?

—Es preciso que yo vuelva á Madrid, dijo Quevedo. Esto no puede quedar así.

—Menester es que vayais, sí: y direis á mi señor consuegro, que en cierta ocasion le ofrecí ocho mil hombres y mi apoyo; que si yo caigo, caerá él tambien, porque mi caida es su deshonra; y que, como me precio de consecuente, para que tal desgracia no le suceda, quedo aguardando mi relevo para recibirlo á tiros.

—Pobre de mí, si le llevase tan agrio mensaje! Dejadme ir, que yo sé lo que he de decirle.

—Bien: decídselo como sepais; pero que sea esa la sustancia.

Un mes mas adelante, se hallaba Quevedo en Madrid: aunque hacía poco tiempo que faltaba de la corte, su espíritu penetrante observó en ella los progresos que incesantemente hacian los gérmenes de la disolucion; pues para un filósofo político, los centros de las naciones son el espejo donde se ven retratadas sus grandezas y sus miserias, así como en lo restante de ellas solo se ven sus llagas y sus necesidades.

Madrid, en aquellos dias, no era, propiamente hablando, la residencia del gobierno de una vasta y poderosa monarquía: era mas bien una guarida de aventureros audaces y afortunados, un asilo de delincuentes y viciosos y un gran refectorio de frailes, poseidos de la soberbia, la gula y la codicia: el espíritu sinceramente religioso de Felipe III, habia dado á esta clase tal preponderancia, que viciada completamente la pureza de su instituto, habia bajado del altar y del recogimiento del claustro, para escalar el trono y mezclarse en todo género de intereses mundanos.

Brillaba el lujo en todo el esplendor de la destemplanza: el privado, sus coadjutores y parásitos daban el ejemplo, y solo pensaban en idear arbitrios para estraer la sustancia vital á la nacion, ya bastante esquilmada: vendíanse á cualquier precio los empleos y la justicia, y este abuso habia llegado á merecer, en fuerza de la práctica constante y de los sofismas casuísticos, la sancion de la corona en casos determinados: y esto era gobernar.

Los abogados trapaceros, los contratistas rapaces, los arbitristas empíricos y osados medraban á la sombra de este desórden: los hidalgos arruinados por pleitos ó por su vanidad, paseaban su orgullo y su miseria de figon en figon, y aguzaban su ingenio para vivir á costa agena, y no *deshonrar* su alcurnia trabajando: los labradores y artesanos empobrecidos por los impuestos acudian ó enviaban á sus hijos á aquel país de cucaña, como decian, á buscar fortuna; y encontraban, por lo comun, garitos de juego, riñas, sacadores maestros, que, á bien librar, les enseñaban á vivir á su manera; ó tal vez algun poderoso insolente, que les hacía entremetidos de sus vicios.

Del antiguo espíritu patrio no quedaba mas que un fatuo pundonor y un desprecio inconsiderado á todo estrangero: por lo demás, nadie tomaba un interés ardoroso por las desgracias, ni por las ofensas de la Patria; lo que, prescindiendo de otras causas, era natural que aconteciese bajo un sistema político en que el rey lo era todo, y bajo un rey que no era nada.

Los grandes hombres que florecieron en los reinados anteriores, unos habian caido en el polvo de la tumba, otros languidecian como las hojas de un robusto árbol que se seca: el sabio Padre Mariana, que en su vejez se atrevió á proclamar los remedios de los males públicos y la responsabilidad de los príncipes, habia muerto ciego en una prision: el licenciado Lopez Madera, no pudiendo reducir á práctica el derecho y la justicia, se ocupaba en comentar las leyes, como si quisiese dejar á la posteridad un *testimonium veritatis*, y un legado de su virtud austera. Los demás talentos privilegiados, de que tan fecunda fué aquella edad, se refugiaban en el regazo de las Musas.

El teatro, (ó mejor dicho, *los corrales*), crugia bajo el peso del

incomensurable talento de Lope: Tirso daba tambien sus producciones picantes, enjendradas en el fondo de una celda; el jorobado Alarcon prestaba las suyas á cualquier otro ingenio, para librarlas de los silbidos que el público dispensaba á su joroba; y el príncipe de los dramáticos, el brillante Calderon amanecia como un astro sin igual en nuestro horizonte literario. A estos espectáculos acudia el pueblo, sediento de emociones; en aquella vida ficticia, olvidando la real, se recreaba; pero pocas veces era el buen órden y la compostura decente lo que allí le distinguia: el teatro era un corral, y los que en él entraban no podian menos de portarse como donde estaban.

Fuera de esto y de los Autos de fé, que de tiempo en tiempo se celebraban con gran pompa y asistencia del monarca, de alguna que otra ejecucion capital y del acto de azotar algun malhechor ó de emplumar alguna vieja, el pueblo no tenia con qué distraer su ociosidad.

La llegada de nuestro héroe á Madrid fué un motivo de diversion en las tertulias aristocráticas y en los círculos literarios: como él tenia por tema burlarse de todo el mundo, todos sus conocidos aprovechaban la menor ocasion de burlarse de él. No podia dar un paso, sin encontrar algun chancero, dispuesto á reirse á sus espensas.

—Hola, Quevedo! le decia uno. ¿Cómo es que andais por el mundo? Yo habia oido una misa por vuestra alma. Pues no os ahorcaron?

—Salud á su magestad napolitana! exclamaba otro, haciéndole una ridícula cortesía.

—Oh, dicha! decia otro. Tenemos aqui á la reina de Italia!

—Os habeis divorciado con el duque de Osuna? Su Escelencia querrá casarse con Venecia, y por eso se muestra tan aficionado á los divorcios.

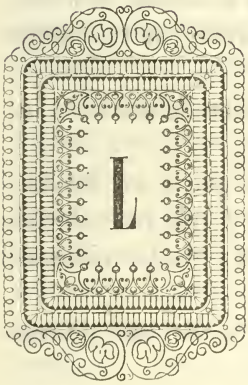
Quevedo contestaba á todas estas chanzonetas con dichos agudos; pero sacaba de ellas fruto: conocia que sus tratos secretos con el rey estaban divulgados, y que la corte frívola no miraba sin complacencia el descalabro del duque de Osuna y la humillacion de España. Era evidente á sus ojos, que el mezquino personalismo,

arraigado en nuestra sociedad, como una planta parásita, absorbia toda la savia del patriotismo, y no dejaba al espíritu la libertad de distinguir el mal comun del individual. Semejantes burlas no herian su amor propio, sino su orgullo de español.

Con esta predisposicion se presentó al duque de Úceda el dia que este magnate se dignó recibirle.

CAPITULO VI.

DE COMO QUEVEDO SE MOSTRÓ MAS GRANDE QUE EL GRANDE OSUNA.



A acogida que encontró en el privado nuestro héroe fué grave y fria: hubiérase creido que estaban cara á cara un delincuente y un juez; pero al ver la actitud serena del poeta y la parquedad recelosa de palabras en el duque, podia suponerse muy factible un cambio repentino de papeles.

—Qué negocio os trae á la corte? preguntó Úceda.

—No puede ocultarse el motivo á la penetracion de vuecelencia, respondió Quevedo.

—Lo presumo: ¿recibió el duque mi carta?

—Sí, señor: y estrañó mucho la inesperada resolucion que le comunicaba.

—Sin embargo, seguirá mi consejo? Traereis su peticion de relevo?... Sus achaques... intereses de familia pueden motivar....

—Nada menos que eso. El señor duque de Osuna, con perdon

de vuestra escelencia, no considera oportuno su relevo en estas circunstancias.

Úceda se encogió de hombros.

—Prescindiendo de la cuestion personal, continuó el poeta, existe para su excelencia la cuestion de honor nacional, y opina que su separacion de aquel puesto, ahora precisamente, es impolítica; por cuanto nadie dejará de interpretarla como una satisfaccion dada á los venecianos.

—Y aunque así fuese, ¿no es justa?

—Doloroso es que el mundo así lo crea; pero lo es mas que esa creencia tenga vuestro apoyo, señor.

—Yo no sé nada de esas cosas, se le escapó decir al privado; con lo cual comprendió Quevedo que estaba resentido de que él no le hubiese participado sus tratos con el Rey.—A mí no se me ha dado cuenta ninguna de los asuntos entre Nápoles y Venecia; pero juzgo por los hechos.

—Señor, repuso el poeta con valentía: los hechos mienten, y yo, caballero de Santiago os lo juro con la mano sobre esta cruz, que vuecelencia mismo puso en mi pecho. Por lo demás, de los actos del duque de Osuna y de sus gloriosas empresas contra el mayor enemigo de España sabedor era S. M.

—Ah! Eso basta: pero S. M. desaprueba ahora lo que se ha intentado.

—Y si nadie mas que S. M. se enteró de lo que á mi fidelidad habia sido confiado, fué porque yo así lo quise; solo yo, sabiendo que vuestra excelencia era dueño de la puerta y de los oidos del Rey.

—Comprendo la lisonja: pero repito que S. M. está descontento.

—Mas lo estaria, si supiese la verdad; pero no contra uno de sus mejores ministros.

—Qué haremos? Ya no hay remedio.

—Es muy sensible que la calumnia haya entrado hasta la régia estancia, hallándose vuecelencia entre la puerta y los oidos de S. M. En cuanto al remedio, me parece fácil y necesario: en vuestras manos está, y tambien en vuestro interés. Recordad, señor, que el

duque de Osuna ocupa por vos el alto puesto de donde quieren arrojarle los enemigos de España; tened presente que su correspondencia con vos ha sido siempre íntima y acorde; que desaprobar sus actos, es declararos vos mismo injustificable, y reconoced que su caida será el prólogo de la vuestra; porque mal podreis defenderos de los que minan su poder, cuando os reconozcan débil y vacilante; sin fuerza para sostener á los vuestros. No falta quien aceche una ocasion favorable, y esa ocasion no la dareis vos mismo, sin causar vuestra ruina.

—Y el remedio está en mi mano?

—Sí, señor: justificad al virey de Nápoles, como podeis, y dejadle tiempo para desmentir las calumnias de Venecia: en el estado en que se encuentra su ánimo ultrajado, la menor resistencia puede exasperarle; y el hombre que dispone de numerosas fuerzas materiales, que tiene de su parte la razon y que cuenta con el amor de la masa general de los napolitanos, creedme, no se dejará despojar de una influencia adquirida á costa de afanes y sacrificios.—Yo, que he intervenido en los asuntos de Venecia, sé ciertamente la falsedad de cuanto se dice: y si no es así, ¿por qué no produce la Señoría sus quejas abiertamente y sin embozo, en vez de fingir agravios por intermedios tenebrosos?

—Decís bien, repuso el privado levantándose. Otro dia me enterareis por menor de esas particularidades.

Quevedo conoció que esto era despedirle, y se retiró, no ocultándosele que al duque le parecia mal lo que decia que estaba bien: inmediatamente escribió á don Pedro Giron participándole el poco éxito de su negociacion, y aconsejándole que escribiese él mismo á su consuegro con entereza, pero sin mostrarse resentido, como tambien á otras personas del consejo de Estado, y á religiosos influyentes en el ánimo del rey, á fin de facilitarle una audiencia privada de este, como la primera; y le encargaba mucho que no lo demorase; pues veia mal dispuestos los ánimos.

Esta carta fué á Nápoles, y la contestacion volvió sin que el negociador obtuviese otra entrevista con el duque de Úceda.

Entre tanto, los enemigos personales del de Osuna llovian quejas sobre la corte, dispuesta á creerlas: Menardini, el ofendido rival de

Quevedo habia formado una liga con los jesuitas de Nápoles y con los próceres y nobles reprimidos, que apoyaban todas las voces calumniosas salidas de los conciliábulos de Venecia, añadiendo por su parte mil pormenores relativos á la vida pública y privada del Virey, en corroboracion del aserto de quererse coronar. Referian palabras suyas, dichas en el arranque de su genio impetuoso, y pretendian probar con ellas que, no solo queria ser rey de Nápoles, sino que lo era de hecho, ejerciendo una tiranía insoportable: contaban chismes y anécdotas escandalosas, diciendo que las damas principales de aquella ciudad tenian el honor pendiente de los caprichos del tirano, y que el reino iba á perderse por ofensas inferidas á toda clase de personas.

Estos mismos detractores de Osuna procuraban tambien desacreditar á Quevedo, y aun malquistarle con aquel; pero no ya de un modo semioficial, sino valiéndose de sus emisarios, que coligados con los de Venecia, no cesaban de hablar de él con desprecio y mofa: el poeta comprendió que estaba haciendo un papel desairado en la corte, y se propuso atropellarlo todo, hasta arrancar la máscara á sus enemigos.

Sabia que Osuna confiaba en la ambicion, si no en la lealtad del marqués de Siete-Iglesias, y que se correspondia con él de un modo bastante íntimo. Don Rodrigo estaba entonces en el apogeo de su fortuna: salvo el título y la grandeza, era en lo demás un igual del duque de Úceda. Quevedo se dedicó á observarle, porque sospechaba que por su mano corrian todas las acusaciones contra el Virey: no tardó en sorprender este secreto, habiendo visto, cierto dia, salir de casa del marqués un noble napolitano de los mas desafectos á Osuna, el cual se recató de él y pasó de largo, como si no le hubiese conocido: siguiéndole la pista, descubrió que se trataba tambien con un letrado, enemigo personal suyo, hecho consejero de la noche á la mañana, hombre de baja estraccion, enredador de leyes, y muy envanecido con su repentino engrandecimiento: llamábase Acebedo, y no podia perdonar á nuestro poeta el que, habiéndole conocido en Alcalá de criado de un doctor Arias, le hubiese recordado su orígen para rebajar su soberbia, en un soneto alegórico, que así decia:

« Ya llena de sí solo la litera
Maton, que apenas anteayer hacía
(Flaco y magro malsin) sombra ; y cabia
Sobrado sitio en una ratonera.
Hoy, mal introducida con la esfera
Su casa, al Sol los pasos le desvía,
Y es tropezon de estrellas ; y algun dia,
Si fuera mas capaz, pocilga fuera.
Cuando á todos pidió le conocimos ;
No nos conoce cuando á todos toma ;
Y hoy dejamos de ser lo que ayer dimos.
Sóbrale tanto, cuanto falta á Roma ;
Y no nos puede ver, porque le vimos.
Lo que fué esconde, lo que usurpa asoma. »

El ser estos versos una traduccion casi exacta de otros de Juvenal no impidió que el licenciado Acebedo los creyese alusivos á su persona ; lo cual, bien considerado, no le hacia mucho honor : y sin embargo, cuántos mas habrian podido hacer igual aplicacion á sí mismos !... Cuántos Matones no han existido antes y despues de Juvenal y Quevedo !...

Pero el consejero improvisado era uno de esos hombres flacos de meollo, que asustados de su propio encumbramiento, llevan siempre delante la fantasma de su pequeñez, y necesitan verse acatados con esceso, para no sospechar que se pretende humillarles. Resentido del poeta, su odio alcanzaba á todo cuanto mereciese las simpatías del mismo.

Viendo Quevedo claramente los estorbos en que tropezaba su fortuna, se determinó á evitarlos, ya que no pudiese romperlos ; y escribió á don Pedro Giron, diciéndole, que no se correspondiese con don Rodrigo Calderon : al mismo tiempo, como los entorpecimientos de su negociacion le dejaban ocioso, los dardos de su vena satírica volaban sin cesar, ya de palabra, ya por escrito, contra todos cuantos le hacian la guerra.

—Metamos ruido, se habia dicho á sí mismo, y opongamos la santa verdad á las intrigas y al engaño. Quizás de este modo logre ser escuchado.

No perdia la esperanza de hablar al rey y desengañarle, y con este fin se ocupaba en escribir la *Política de Dios y gobierno de Cristo*, libro de profunda erudicion y doctrina, y diatriva terrible contra los malos ministros de todos tiempos.

Frecuentaba las tertulias de los grandes, mas bien por encontrarse frente á frente con los que le atacaban por la espalda, que por buscar el esparcimiento: hallábase una noche en casa del marqués de Santa Cruz, donde acertaron á reunirse varios poetas, y en círculo mas elevado algunos de los principales hombres políticos: tratóse de componer versos con piés forzados, y ya tenia Quevedo los suyos para un soneto, y con la pluma en la mano, se mordía las uñas, mirando al techo, cuando acertó á entrar en la sala el consejero Acebedo, muy espetado y grave, pisando á tientas por llevar la cabeza tan erguida, que parecia querérsele escapar de los hombros por falta de peso. Nuestro poeta tiró la pluma, y exclamó con voz estentórea:

—Señores, ya le tengo!

—A ver!.. A ver!... Atencion!... dijeron varias personas á la vez.

El consejero se quedó parado en medio de la sala. Quevedo con el papel de los consonantes en la mano, recitó como si leyese:

«*A un ignorante muy derecho y severo, y misterioso de figura.*

SONETO.

« Esa frente, oh Giaro! en *remolinos*
Torva, y en rugas pálida y *funesta*,
Antes señas de toro *manifiesta*,
Que de estudios severos y *divinos*.
Tus semblantes ceñudos y *mohinos*,
Si no descifran délfica *respuesta*,
Obligan que de risa *descompuesta*
Se descalcen los propios *Calepinos*.
No tiene por fructífera el *villano*
La espiga que como huso se *endereza*,
Sino la corva, á quien derriba el *grano*.

Hácia la tierra inclina tu *entereza*,
Porque lo erguido se promete *vano*,
Y que está sin meollo la *cabeza*.»

—Es una invectiva eso? preguntó Acebedo, volviendo imperceptiblemente el rostro hácia el poeta.

—No, respondió este: solo es un soneto con piés forzados.

—Dadme acá, lo haré copiar, dijo el dueño de la casa.

Quevedo le presentó el papel, contestando:

—Ah, señor!..... Está vacío, como el modelo de donde lo he sacado.

—Hacedme, pues, la merced de llenarlo.

El licenciado se retiró ceñudo y fiero hácia un grupo de hombres importantes, y comenzó á murmurar del duque de Osuna, repitiendo los cargos que la maledicencia le dirigia, y envolviendo á Quevedo en la censura. Este se ocupaba en rellenar los huecos de los consonantes con los versos que habia improvisado; pero sin perder de vista al consejero; y conociendo por los gestos y ademanes del mismo y por algunas palabras cogidas al vuelo el objeto de la conversacion, acabado el soneto, improvisó un romance en el dorso del papel.

Acababa de componerlo, cuando entraron en la sala el duque de Úceda, el conde de Olivares y don Rodrigo Calderon.

—A tiempo llegais, dijo para sí Quevedo.

Y habiendo aguardado que aquellos señores tomasen sillas, despues de los cumplimientos de estilo, se acercó al marqués de Santa Cruz y le dió el papel por el lado del romance.

—Ah! exclamó el marqués. Ya está? Gracias.

Quevedo saludó cortesmente á los recien llegados, y el conde de Olivares le dijo:

—Cuántas desvergüenzas habeis escrito en ese papel, señor Quevedo?

—Ninguna, señor conde, repuso el poeta. Son desenfados del Cid.

—Cómo! dijo el marqués mirando lo escrito. Con efecto, aquí veo un romance en antigua fabla.

—Tendríamos gusto en oirlo, dijo el duque de Úceda.

—Y yo en que lo oigais, contestó Quevedo.

Los personages que habian estado hablando con el consejero prestaron atencion á nuestro héroe, quien fijándose en el privado, como si solo él estuviera presente, leyó así:

«Estando en cuita y en duelo,
denostado de sofrir,
el Cid al rey don Alfonso
fabló en esta guisa; oid:
—Si como atendeis los chismes
de los que fablan de mí,
atendiérades mis quejas,
mi sandez tuviera fin.
No supe vencer la invidia,
si supe vencer la lid;—
pues hoy desfacen mis fechos
los dichos de algun malsin.
Mil vanderas vos he dado,
esclavos mas de cien mil;
y esos que de mí mormuran,
solo á vos dán que reir.
Yo, que supe darvos reinos,
yago desterrado aquí,
y con vusco yanta al lado
quien los sabe destroir.
Menguas ponen en mi honra,
que las estudian en sí:
traidor me llaman á voces,
á vos toca el desmentir.
Cuando fuyan de Tizona,
por ser canalla tan vil,
todo saldrá en la colada;
de Colada no hay fuir.
Faced que jozgue mi causa
el valiente, no el sotil;

que entre plumas y tinteros
aun Cristo vino á morir. »

—Buen romance! dijo el conde de Olivares.

—Algo atrevido en los conceptos, añadió don Rodrigo.

—Y un poco demasiado transparente, dijo en voz baja el duque de Úceda.

Los compañeros de Acebedo levantaron un murmullo, que demostraba no haberse perdido las alusiones del poeta.

Pasado un rato, don Rodrigo salió, paseando de bracero con el conde de Olivares, á una sala exterior y se hizo encontradizo con Quevedo, que andaba por allí, disputando con otros ingenios.

—Paréceme, señor poeta, le dijo, que vuestro Cid no es tan fiero como le pintais.

—Ah! Señor; dicen que el pintar es como querer; pero yo os aseguro que mi pintura es pálida, comparada con el original.

—Pasaos mañana por mi casa, que os mostraré otro bosquejo, repuso el favorito.

Y se retiró riéndose con el conde, á quien no habria sentado mal el soneto de Giaro; tan petulante y vana era la espresion de su torva frente.

Quevedo pasó aquella noche y la mañana del dia inmediato en la mas viva inquietud, pensando qué seria lo que deseaba comunicarle don Rodrigo. A una hora conveniente se encaminó á su casa, y al momento de presentarse, fué introducido en su gabinete.

Todo esto era muy estraordinario: el marqués se quedó á solas con Quevedo, y sacando unas cartas de su papelera, le condujo hácia una ventana, y se las mostró, diciéndole:

—Conoceis estas letras?

Una de las cartas que don Rodrigo le presentaba era del duque de Osuna, y la otra la que el mismo Quevedo escribió á este, aconsejándole que no se correspondiese con él.

—Las conozco, repuso el poeta con el rostro encendido en el fuego de un noble orgullo.

—Y qué os parece? No es verdad que vuestro Cid?....

—Mi Cid, interrumpió Quevedo, prueba de esta manera su gallardía.

—Eso no pasa de ser un sofisma generoso, replicó don Rodrigo. Ved que me manda vuestra carta por darme satisfaccion.

—Ha hecho mal, siendo así; pero en tal caso, nada pierde mi pintura: suponed, si os place mejor, que el Cid de mi romance soy yo.

—Ah!... Veo que teneis razon; aunque acaso no la hayais tenido para escribir esa carta.

—Sin embargo, no la niego; y esto debe probaros, que entiendo hablar aquí de valiente á valiente. Por lo tanto, haced ahora la aplicacion que mas os cuadre de mi pintura.

—Quién os apoya en la corte? preguntó don Rodrigo, pareciendo separarse del asunto.

—Dios y mi derecho, repuso Quevedo.

—*Dieu et mon droit*, repitió el marqués recogiendo las cartas. Esa es la divisa de otro Cid mas moderno que el nuestro. El duque de Osuna tiene un mal abogado... pero un buen paladin. Sentiré que esto haga daño á su causa.

—En verdad os digo, replicó el poeta, que si la pierdo, muchos pagarán las costas.

El marqués se sonrió y mudó de conversacion.

De allí á un mes, las cartas que recibia Quevedo de Nápoles y los consejos que le daban en Madrid muchas personas estaban contextes en repetirle que habia perdido la gracia del Virey; que este estaba muy enojado con él, y que si volvía á su lado se esponia á sufrir algun severo castigo.

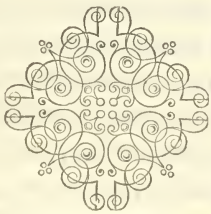
Nuestro poeta marchó á Nápoles en compañía del marqués de Santa Cruz, y pronto conoció que efectivamente le habian puesto mal en el ánimo de Osuna. Sin embargo sufrió algunos dias la frialdad de aquel magnate aconsejándole lo que debia hacer para constituirse necesario en su puesto, y en seguida le pidió licencia para volverse á España.

El duque se la concedió: esto era lo que deseaban sus enemigos, y Quevedo le dijo al despedirse:

—De aquí á dos meses podreis necesitar una posada en Madrid: aunque valga poco la mia, os la ofrezco de buena voluntad.

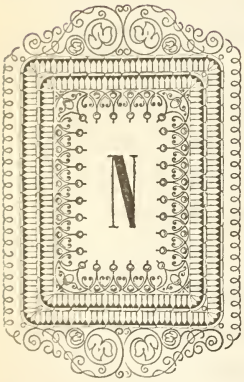
Esta prediccion se cumplió: el gobierno de Madrid envió á Nápoles al cardenal Borja, para que relevase interinamente á Osuna: los partidarios de este, con el pueblo agitado se amotinaron para impedir su salida, y recorrieron las calles gritando: « Viva el Virey! Viva el grande Osuna! »—Otros, peor intencionados, se mezclaron con las turbas, dando la voz de « Viva el rey de Nápoles! » Pero el cardenal tenia ya ganados los castillos, y entró y tomó posesion de la ciudad, como si la hubiese conquistado.

El duque volvió á Madrid y aceptó la hospitalidad de Quevedo, reconociendo que él era su mas leal y desinteresado amigo.



CAPITULO VII.

UN CAMBIO DE DECORACION.



No desconocian los enemigos de Osuna, que su triunfo contra él sería efímero y de ninguna importancia, mientras le quedase alguna libertad de accion; y debian suponer que un hombre tan pundonoroso y emprendedor no dejaria las cosas en el estado en que se encontraban á su salida del vireinato de Nápoles. Presumian, (y en esto se equivocaban), que el duque era poseedor de muchos millones, metralla poderosa en todos tiempos para hacer mucha guerra, y mas en aquellos, en que todo se concedia al mejor postor; y viéndole presentarse en Madrid con la misma pompa que, poco antes en Nápoles, haciendo alarde y ostentacion de la tranquilidad de su conciencia, temieron con fundamento su rehabilitacion.

Y con efecto, no habria sido esto difícil á Osuna, hombre simpático y de grande influencia todavía por su posicion y lazos de fa-

milia : sin embargo, ya fuese por hastío, ya por política, su conducta en los asuntos que le tocaban personalmente era la del mas altivo desdén : visitó al rey, se informó de su salud harto quebrantada por el miedo á los venenos que le habian infundido ciertas confidencias imprudentes, y por los escrúpulos de conciencia, y le habló de todo menos de sí mismo ; reanudó sus relaciones con el duque de Úceda bajo el pié de parentesco, y evitó pedirle ni darle satisfacciones sobre su violento relevo : supo que el cardenal Borja y su sucesor Zapata habian levantado una forma de proceso contra él y en acriminacion de sus actos, y á cuantos le hablaron de ello, aconsejándole que se justificase, les contestó con gallarda valentía :

—Los reos se justifican : los héroes aguardan el fallo de la justicia ; y si este falta, el de la Historia. Yo desprecio las calumnias y á los calumniadores.

Y manteniéndose neutral en un asunto que tan de cerca le interesaba, y cultivando una amistad puramente política con los personages influyentes de la corte, solamente con Quevedo y con algunos de sus familiares de Nápoles vivia en perfecta intimidad.

Veíasele con mucha frecuencia pasar las noches en casa del poeta ; lo cual dió motivo á que sus contrarios dijesen, que su desavenencia pasada habia sido aparente y concertada entre los dos.

Entre tanto, don Rodrigo Calderon, cansado de figurar en la línea que él mismo se habia trazado, aspiraba á nuevos honores y dignidades : inquieto en sus deseos, habia pretendido embajadas y renunciado á ellas ; y renovando su antigua locura de proceder de una cepa perilustre, habia ido á Flandes á buscar por sí mismo el padre postizo, que no supo encontrar el capitan Rodriguez, para de este modo aspirar á la grandeza de España ; quizá le estimuló esta vez el afan con que el señor consejero Acebedo, próximo á ocupar la presidencia del Consejo de Estado, andaba á caza de una genealogía para sí, queriendo probar que descendia por línea recta de Aquiles, Alejandro Magno, Julio César y otros emperadores.

Semejantes ridiculeces no podian escapar sin correctivo por parte de nuestro avizor poeta ; y por aquellos dias circuló de mano en mano un soneto manuscrito que decia :

« Solar y ejecutoria de tu abuelo
Es la ignorada antigüedad sin dolo:
No escudriñes al tiempo el protocolo,
Ni corras al silencio antiguo el velo.
Estudia en el osar de este mozuelo,
Descaminado escándalo del Polo:
Para probar que descendió de Apolo,
Probó, cayendo, descender del cielo.
No revuelvas los huesos sepultados,
Que hallarás mas gusanos que blasones
En testigos de nuevo examinados:
Que de multiplicar informaciones,
Puedes temer multiplicar quemados,
Y con las mismas pruebas Fäetones. »

Una semana entera fué este soneto el platillo de gusto de la corte: aplicábanlo unos á don Rodrigo, cuya ausencia habia desatado las lenguas y aun las acciones de sus émulos; otros, con mas cautela, al señor Acebedo, que no tardó mas tiempo en verse presidente del Consejo y nieto de Matusalem.

Acababa Quevedo de despedir á su amigo don Pedro Giron y á otros, con quienes habia pasado una sabrosa velada literaria, y estaba para meterse en la cama, cuando vió entrar en su aposento un tropel de corchetes, precedidos por un alcalde de corte, el cual le intimó la órden de darse preso.

Nuestro poeta se frotó los ojos, como si creyese estar soñando, y que aquellas visiones eran las inventadas por su imaginacion en el *Alguacil alguacilado;* y exclamó entre-risueño y colérico:

— *Fugite partes adversæ!*... Yo preso!... Estais en vuestro juicio?

— No tenemos tiempo de responder á vuestras bernardinas, contestó el alcalde. Ved aquí la órden del supremo Consejo de Castilla.

— Ah!... de mi amigo Acebedo! repuso el poeta. Y luego dirán que no ha estudiado!

— Despachad! replicó el alcalde con aspereza.

— Cachaza, señor magistrado: necesito vestirme.

— No es menester: bien estais así.

— En gregüescos? Santo Dios! Con el frio que hace!... Y si tienen palominos?

— Eh!... Basta, dijo el alcalde tomando él mismo una capa y echándola sobre los hombros de Quevedo. — Vamos andando: estais perfectamente.

— Vamos, pues: pero, si en esta forma me presento al señor presidente, va á creer su escelencia que es un desataco... Digo mal: un desacato. Vosotros, honrados corchetes, sed testigos de que yo no soy culpable de faltar á la decencia. — Vamos.

Y echó delante con la misma arrogancia que si fuese vestido de gran gala.

Esta falta de consideracion, ó por mejor decir, este abuso de autoridad le demostraba palpablemente que no por delincuente le prendian, sino por satisfacer un agravio personal; y por lo tanto, lejos de intimidarle su prision, le llenaba de orgullo.

En la puerta de su casa le aguardaba un coche, en el cual entró, sin dar tiempo á que se lo mandasen, y se colocó dentro en el sitio mas abrigado, diciendo:

— Por fin: aquí no está uno del todo mal. — Y dirigiéndose al magistrado, que tomaba asiento á su derecha, añadió: — Un favor deseo pediros, si no es contra derecho.

— Hablad.

— Si acaso conoceis que ha de ser larga mi prision, me hareis el obsequio de mandar que se me entreguen mis manuscritos literarios y algunos de mis libros.

— Espero que se os concederá lo que pedís; mas yo no puedo resolver nada por mí solo.

— Adelante, repuso Quevedo. — Tira, cochero!

El carruaje se puso en marcha lentamente, siguiendo el paso de los esbirros que lo escoltaban á uno y otro lado.

Al cabo de media hora llegó á la casa del alcalde, donde hicieron apear á Quevedo, y le encerraron en una sala baja, húmeda y fria, sin mas muebles que una ruin cama, una silla, una mesa y una lamparilla. El prisionero se paseó largo rato por aquel incómodo aposento, aguardando que viniesen á comunicarle alguna resolucion respecto á su persona ó destino; pero habiendo pasado mu-

chas horas, y no percibiendo ningun rumor en la casa, escepto el de los centinelas que, al parecer guardaban la puerta, se acostó, dejando la luz encendida, y durmió tranquilo hasta las nueve del dia siguiente.

A esta hora le llevaron de almorzar, sin permitirle su carcelero que entrase con él en conversacion: al mediodia y á la noche recibió comida y cena en la misma forma; y por último, á las cuarenta y ocho horas, entró el alcalde con un escribano á tomarle declaracion.

Traía este último un voluminoso espediente, que dejó sobre la mesa; el alcalde lo hojeó mascujando algunas palabras, y al cabo de mucho vacilar, impuso á Quevedo la fórmula del juramento ordinario.

—Permitidme, señor Juez, respondió el poeta, que os recuerde un olvido, tal vez involuntario. En primer lugar, aun no se me ha dicho por qué estoy preso; y en segundo, yo no debo jurar sino como caballero profeso de la órden de Santiago.

—Es verdad: lo primero no se os puede decir: en cuanto á lo segundo, jurad como os corresponde.

Quevedo juró, y aguardó que le preguntasen. Pero el alcalde y el escribano se entretenian hablando en voz baja.

—Vamos á ver, dijo por último el magistrado. ¿Qué rentas disfrutais?

—Ved ahí una pregunta curiosa. Disfruto cuatro mil ducados concedidos por S. M., sin yo haberlos pedido, y en pago de buenos servicios.

—Cuatro mil ducados, repitió el juez. Y de vuestros bienes particulares?

—Eso, no lo sé; porque ocupado once años en el servicio de S. M., he descuidado mi hacienda; pero suponed que son mil escudos, á mucho tirar.

—Con tan escasas rentas, ¿cómo podeis dar banquetes y reuniones dispendiosas?

—Tengo amigos. Pero, deseo saber: ¿se me persigue por pródigo, ó por ladron?

—Ni uno, ni otro: se os castiga por mandado de S. M.

— Y para eso se me averigua la hacienda? Pues, anotad, señor escribano, que entre lo que no tengo, han de contarse cincuenta ó sesenta mil ducados, que pude recoger en Nápoles, sin responsabilidad, ni riesgo.

— No se trata de nada de eso, dijo el alcalde.

— *Item*, continuó Quevedo: catorce ó quince mil, que he dejado perder en manos de malos administradores de mis bienes, durante mi permanencia en Italia.

— Tampoco se trata de eso.

— *Item*, prosiguió el poeta: sobre diez mil, gastados en trece viajes, de España á Sicilia, de Nápoles á España y á Génova, Milan y Venecia, todo en servicio de S. M.

— Callareis?

— Pues si yo callo, ¿quién me hará justicia?

— Los tribunales.

Quevedo se encogió de hombros con espresivo desdén.

— Concluyamos, dijo el alcalde. ¿Teneis algo que pedir?

— Muy poca cosa: la causa de mi prision, y mis papeles y libros.

— Se os darán los papeles y libros.

— Y lo otro no?

— A su debido tiempo sabreis lo que convenga.

Dicho esto, el alcalde presentó é hizo firmar á Quevedo su estraña declaracion.

Veinticuatro horas despues le trajeron su equipaje y sus papeles, algunos libros que designó, y le comunicaron que iba desterrado á Uclés, al convento de su órden.

— Gracias á Dios! exclamó el poeta. Me destierran con mis amigos. ¿Qué mas puedo apetecer?

Y habiendo entrado en un coche, que le tenian preparado, partió sin mas demora.

Dos meses despues, era trasladado á su casa de la Torre de Juan Abad, con prohibicion espresa de salir de su término: pero, ¿quién puso jamás coto á las alas del espíritu? Quevedo estaba desterrado, preso realmente y vijilado; y sin embargo, ni su corazon, ni su alma sufrian coaccion de ninguna especie: cual si viviese en medio

de las escenas brillantes de la corte y entre la gente de la hampa, en aquella soledad y sosiego se entretenia escribiendo las sátiras mas picantes y graciosas, y los cuadros de costumbres tahurescos mas animados, que produjo su privilegiada pluma. En aquel retiro concluyó y retocó su hermoso libro de la *Política de Dios*, leccion severa de príncipes; allí compuso la *Visita de los chistes*, ó *Sueño de la Muerte*, bella fantasía, en que, juez imparcial, condenó con ameno gracejo todos los vicios de la especie humana: allí, por último trazó los apuntamientos políticos titulados *Mundo caduco*, y *Grandes Anales de quince dias, historia de muchos siglos que pasaron en un mes*.

El asunto que le inspiró este último libro pertenece á nuestra historia, y prueba que Quevedo, en su aislamiento, no estaba tan separado de la corte como lo parecia por la distancia. Se nos permitirá, pues, volver á Madrid y referir lo que allí acontecía durante el cautiverio de nuestro poeta.

Hemos indicado que el rey estaba enfermo de aprension: no comia, no bebia, sino muy poco, y tomando antes las mas minuciosas precauciones: veía la muerte junto á su lecho, en el altar donde oraba, en el devocionario que leia: los pecados agenos, cometidos á su sombra, eran otros tantos fiscales que le acusaban en el foro de su conciencia. La vida se le escapaba por instantes entre temores corporales y espirituales; y solo hallaba algunos ratos de consuelo, conversando con su confesor y con otros religiosos.

A mediados de marzo (1621), la atonia visionaria del rey degeneró en un abatimiento mortal: toda la corte se dijo en secreto que era llegado el fin del débil monarca: todos, menos él, supieron que no podia vivir ocho dias.

El conde de Olivares, como favorito del jóven príncipe consideró necesario prepararse para el grande acontecimiento que se esperaba; pero taimado y cauteloso, á nadie dió á conocer la impaciencia de su ambicion, que venia labrando el terreno de su encumbramiento hacía seis años. Muy al contrario, aparentando no alimentar esperanzas ningunas de poder, se presentó al duque de Úceda, y sin disimularle sus temores de que el rey falleciese dentro de pocos dias, le suplicó, por lo mismo, que aprovechase los momentos, alcanzan-

do para él la grandeza, en premio de los servicios de su padre y suyos.

Al mismo tiempo, hizo que los amigos de don Rodrigo Calderon le escribiesen á Flandes, participándole lo que pasaba, é instándole para que volviese por la posta.

Don Rodrigo llegó á Madrid el veintiuno de Marzo, en los momentos en que el rey agonizaba : no pudo ver al duque de Úceda, que se hallaba al lado del monarca moribundo, y corrió al régio alcázar.

El privado, lisonjeándose de conservar el poder en sus manos y familia, aun despues de morir Felipe III, estaba á solas con este y con el padre Aliaga, y le presentaba una larga relacion de decretos, en los cuales se concedian mercedes, se confirmaban gracias dudosas y se reparaban agravios, todo ello como deudas de conciencia : entre aquellos decretos habia uno mandando alzar el destierro al duque de Lerma y devolverle todas las consideraciones y privilegios que antes disfrutaba en la corte. El favorito conocia que en aquellas graves circunstancias iba á necesitar del apoyo y esperiencia de su padre, y queria que volviese á levantarle la misma mano que le derribó.

Tal confianza tenia en hacer pasar este decreto, que antes de entrarlo á la firma del rey habia espedido un correo á Valladolid, diciendo al duque cardenal, que viniese con toda diligencia á besar la mano á S. M. Pero un destino providencial dispuso las cosas de otra manera.

El rey habia firmado ya casi todos los decretos, y el ministro le ponia delante el que mas le interesaba temporal y espiritualmente, cuando aquel dejó escapar la pluma de entre los dedos, echando un borron en lugar de la firma.

— Señor!... Señor!... esclamó el favorito con ansia, queriendo comunicar con sus ojos al rey un aliento de vida.

Pero Felipe cerró los suyos, y se reclinó en la almohada, privado de sensibilidad.

— Apartaos, apartaos, murmuró el confesor : el rey se muere.

Y comenzó á recitarle las oraciones de los moribundos.

El duque se acercó á la puerta y llamó al primer médico de cáma-

ra, que con sus compañeros y otros personages estaba en la estancia inmediata.

— Un millon os doy, le dijo al oido, por un minuto de vida de S. M.

El médico se acercó al lecho, pulsó al rey durante dos minutos y meneó la cabeza.

— Señor, dijo acercándose al privado: me pedís lo imposible. S. M. está muerto.

— Me engañais, vive Dios!... prorumpió con ira el duque. — Un momento, no mas: el tiempo necesario para poner una firma, y pedidme todo cuanto querais.

El médico intentó reanimar al rey, aplicando á su olfato un álcali, solo para satisfacer al duque; don Felipe se estremeció y lanzó un suspiro: sus labios se agitaron como si murmurasen una oracion, y quedaron entreabiertos, como sus ojos vidriosos.

— Esto se acabó, dijo el médico. Señor duque, puede anunciar vuestra excelencia que el rey, nuestro señor, don Felipe III ha dejado de existir.

— Callad, callad! repuso el duque. No conviene publicarlo todavía. Es menester avisar al Príncipe.

— Su Alteza está avisado, dijo el conde de Olivares abriendo una puerta que daba comunicacion á la parte interior de la régia estancia. — Y volviéndose hácia dentro, añadió:

— Señor, fortaleza! Vuestro augusto padre mora en el seno de Dios: este es el fin dichoso de sus virtudes, y el que deben envidiar todas las grandezas humanas.

Oyéronse unos sollozos reprimidos, y á poco aparecieron en la alcoba mortuoria el jóven Príncipe, apoyado en don Baltasar de Zúñiga, tio y suegro de Olivares, y poco detrás su esposa, la infanta doña María y los infantes, que se arrodillaron á los lados del cadáver.

Pasados algunos minutos de recogimiento, durante los cuales nadie osaba respirar, se levantó el Príncipe con los ojos húmedos de lágrimas, y mirando alternativamente á Úceda y Aliaga, les dijo:

— Duque, no me habeis permitido recibir la bendicion de mi padre: y vos estábais aquí, señor confesor.

—Señor, respondió Úceda: lo que ha pasado no estaba al alcance de la prevision humana.

—Es cierto, señor, añadió el padre Aliaga: yo mismo he visto á S. M. hace pocos momentos, ocupado en actos de su augusta dignidad.

Olivares dirigió á Úceda una mirada interrogativa, que no obtuvo contestacion.

El Príncipe hizo un ademán de avanzar hácia la puerta de la cámara; pero el duque estaba tan aturdido, que fué menester para que la abriese, que Olivares le tirase de la manga, diciéndole al mismo tiempo al oido:

—Abrid: mi peticion?....

—Nos ha faltado tiempo, repuso Úceda abriendo la puerta.

Y en seguida dijo con voz solemne y tartamuda á la muchedumbre de cortesanos, grandes, prelados y religiosos que llenaban la cámara:

—Señores: tengo el penoso deber de anunciaros que S. M. el rey nuestro señor, don Felipe III, ha pasado á mejor vida; pero templa lo amargo de este triste mensaje la dicha que nos ha concedido el cielo en la persona del Príncipe, su augusto hijo, y desde hoy nuestro legítimo soberano, á quien Dios otorgue un largo y próspero reinado. Señores, saludad al señor don Felipe IV, rey de las Españas y de las Indias.

El corazon del duque debia palpitar violentamente mientras pronunciaba estas palabras: trémulo de ansiedad y luchando entre el temor y la esperanza, se volvió hácia el nuevo rey para dar el ejemplo y recibir el honor de ser el primero que le prestase homenage: Felipe IV le dejó doblar la rodilla; pero alzando la mano, le dijo:

—Todavía no, duque: unas veces pecais por tardo, y otras por pronto. Dediquemos este dia al dolor; mañana pensaremos en otra cosa.

Y volviéndole la espalda, se retiró pausadamente por donde habia venido, haciéndose seguir de Zuñiga, Olivares y los dos infantes.

La reina y la infanta marcharon detrás entrando en el grupo de sus damas que se abrió y volvió á cerrarse en pos de ellas.

El duque de Úceda permaneció como petrificado en medio de la estancia: el primero que se acercó á él, sacándole de su estupor, fué don Rodrigo Calderon.

—Volad, le dijo el duque: enviad un correo á mi padre, que no venga.

—Qué tenemos? preguntó don Rodrigo.

—No hay tiempo de esplicarlo. Haced lo que os digo: hacedlo, por favor.

Tranquilizado por esta parte, Úceda se ocupó aquel dia en disponer los honores fúnebres del difunto monarca; tristes honores, que resintiéndose del estado de ansiedad en que se hallaba el ministro, apenas pudieron competir con los de un vasallo medianamente acomodado: el féretro fué conducido de noche, sin pompa alguna y entre una docena de hachas, al panteon del Escorial.

Cuentan que, al morir Felipe III, se tocó por sí sola la famosa campana de Velilla; y Quevedo mismo nos dejó registrada esta circunstancia verdadera ó fabulosa en uno de sus sonetos. Lo cierto es que, en aquellos dias, bien pudo ser agitada una campana por manos invisibles, toda vez que los hombres, mas insensibles con frecuencia que el bronce, eran presa de una conmocion estraordinaria é inevitable: unos temian, otros esperaban con ansia, ó al menos, con viva curiosidad un gran transtorno en el gobierno de la monarquía, sin que nadie pudiese conjeturar la marcha sucesiva de los acontecimientos.

La incógnita comenzó á despejarse el dia que Felipe IV recibió en solemne audiencia los homenajes de sus grandes, altos dignatarios y cortesanos. El duque de Úceda fué convocado como ministro universal de los negocios de Estado; el marqués de Siete-Iglesias concurrió como capitan de la Guarda tudesca; pero dispuso las ceremonias don Baltasar de Zuñiga, y el mayordomo mayor (Úceda), conoció que estaba desahuciado en su puesto. Inmediatamente despues de aquella solemnidad, recogió todos los papeles concernientes al gobierno y los presentó al rey, suplicándole le dijese qué habia de hacer con ellos.

—Entregadlos á Don Baltasar de Zuñiga, le contestó Felipe IV.

Al mismo tiempo se mandaba á don Rodrigo Calderon ir á hacer compañía al cardenal duque de Lerma.

Quince dias despues, el miércoles santo á medio dia, presenciaban los habitantes de Madrid una escena imponente y de mucha gravedad : un consejero de Estado en compañía del marqués de Povar, capitan de la guarda española, y con gran séquito de alguaciles y alabarderos, se presentó en la casa del duque de Osuna, que mandó cerrar, y sacó de ella publicamente á su dueño : cruzó este la villa encerrado en un coche, y rodeado de armas, fué conducido con grande aparato y ceremonia á la fortaleza de la Alameda.

A las dos semanas de esto, el duque de Úceda, que andaba por Madrid desairado y sediento de venganza, recibió el aviso, en aquella ocasion caritativo, de que S. M. deseaba se retirase al pueblo de su título : dióle esta órden el presidente Acebedo, á quien los nuevos privados habian escogido para ejecutor de sus justicias ó venganzas.

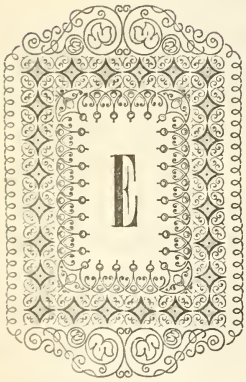
Al confesor se le mandó por el mismo conducto retirarse á Huete.

Y don Rodrigo Calderon, preso en Valladolid, habia sido encerrado con mucho rigor en la fortaleza de Montanches.

El pueblo aplaudia las mas de estas decisiones violentas, prometiéndose (como el ciego que sueña) ver llegar un reinado de justicia.

CAPITULO VIII.

CONTINUA LA RELACION DE LOS GRANDES ANALES DE QUINCE DIAS.



ERA un espectáculo nuevo y animado de febril interés el que toda España presentaba en aquellos dias: la política, dormida ó aletargada en los últimos años, parecia despertar con toda la fuerza juvenil del nuevo rey: en los palacios y en las tabernas; en las calles y en los templos no se trataba de otra cosa que de las grandes reformas que se suponian proyectadas, ó de los terribles castigos que era de presumir se impusiesen á los ministros prevaricadores.

El sentimiento de la justicia rugía en los ánimos largo tiempo comprimidos; pero estraviado en el torbellino de bastardas pasiones, se manifestaba parcial, desenfrenado y odioso. Reflejo de este desordenado espíritu público es el Sueño de Quevedo, escrito entonces con el título de *Visita de los chistes:* como en esta relacion fantástica, pero en mayor escala, cada hombre era fiscal de su seme-

jante, y unos á otros se acriminaban, buscando frívolos descargos de sus culpas en las agenas: donde faltaban pruebas, se inventaban testimonios abultando los crímenes, y de esta debilidad no estaban exentos ni los graves magistrados, ni los intérpretes del espíritu divino. Impresos existen todavía algunos alegatos y sermones, en que desembozadamente se acusa al padre Aliaga de haber acelerado la muerte de Felipe III. Los poetas de circunstancias no dejaban vagar sus musas delatoras, y á falta de periódicos, circulaban sin cesar romances, letrillas, décimas en hojas volantes, que vendian los ciegos como pan bendito en las gradas de San Felipe el Real, y en las puertas del Sol y de Guadalajara.

—Anda, niño, anda,
Que Dios te lo manda...

gritaba un ciego á la entrada de la calle de Carretas, una mañana de Mayo, á tiempo que bajaba por ella un coche viejo y lleno de polvo, arrastrado por una mula: dentro de él venian tres hombres; dos de ellos armados, á las portezuelas; el otro sin armas y como preso.

— Anda, anda, Felipito, hermoso niño, repitió este último, sacando la cabeza para ver el bullicio de gente, que se agolpaba al rededor del ciego.

—Estaos quieto, y no hagais visages, le dijo el guarda mas inmediato.

—Pardiez! Quiero saber lo qué es eso: compradme la letrilla, que me ha gustado el pié, y ha de ser cosa de mi amigo Villamediana.

El guarda tuvo la condescendencia de parar y comprar la letrilla que deseaba el preso; el cual, mientras el coche continuaba su marcha hácia la casa del Acuerdo, iba leyendo con satisfaccion:

«Anda, niño, anda,
Que Dios te lo manda... »

—Pero, cuidado como andas, angelito mio, dijo de pronto, interrumpiendo la lectura; que no todas las andaduras son buenas.

—Tened la lengua, señor don Francisco; pues sereis capaz de

hablar mal hasta del rey, nuestro señor, que Dios guarde, dijo el mismo guarda que habia comprado la letrilla.

—No haré tal, señor Cornejo, repuso Quevedo: yo creo que S. M. tiene buenos deseos de andar y hacer andar derecho á todo el mundo; pero si le tuercen, soy muy hombre para decírselo en su cara.

—No son capaces de torcer los pasos de S. M. los dignísimos ministros que le rodean.

—Tambien lo creo; pero, por muy dignos y santos que sean, yo me atendré á sus obras.

—No parece sino que sois vos el juez de los ministros, y nadie diría que estais bajo la mano de la Justicia.

—Qué importa eso? Yo sé que no me han de ahorcar.

Hablando así, llegaron al tribunal, por cuyo mandado era conducido nuestro héroe á Madrid desde la Torre de Juan Abad. Aunque, por una injustificable anomalía, los agentes de justicia y de autoridad casi nunca han sido atentos y bien criados con las personas que están en desgracia, y menos lo eran en aquellos tiempos de despotismo, los que se encargaron de guardar á Quevedo en una habitacion solitaria, lo hicieron con todos los miramientos de que eran capaces.

El prisionero habia padecido mucho en poco tiempo: enfermo de gravedad en la Torre, habia carecido de todo auxilio racional: necesitando una sangría, se la dió un gañan, albéitar del lugar, tan brutalmente que le puso á las puertas de la muerte: con este motivo y apoyado en la fuerza de su inocencia, dirigió una valiente representacion al presidente del Consejo de Castilla, en la cual le decía:

« He visto muchos condenados á muerte; pero ninguno, como « yo, condenado á que se muera. »

Permitiósele ir á curarse á Villanueva de los Infantes, y apenas estaba restablecido cuando fué trasladado á Madrid.

Al cabo de algunas horas de su llegada, se le mandó comparecer ante el licenciado Araciel, que tenia las causas de los duques de Osuna y Úceda. Este juez comenzó por reprenderle la demasiada entereza de su memorial.

—Era justo lo que yo pedia? preguntó Quevedo.

—Si, ciertamente; puesto que se os concedió, repuso el juez.

—Pues en ese caso, las formas son lo de menos: algo se ha de disimular al que rabía: y... señor consejero, tratado he sido como bestia: ¿qué estrañais que mordiese?

Araciel volvió á otro lado la cabeza para disimular la risa.

—Adelante, dijo recobrando su gravedad; y tomando unas cartas que habia sobre su bufete las mostró al poeta, preguntándole si las reconocia por suyas.

Una de estas cartas era aquella que escribió Quevedo á Osuna desde Madrid, cuando trajo el primer parlamento, y los cuantiosos regalos para Úceda, el P. Aliaga y otras personas de influencia; en la cual le daba cuenta de la distribucion del dinero, y le decia que en la corte todos los hombres se habian vuelto rameras, que solo le abrian las puertas al que les enseñaba la bolsa.

—Cómo pudísteis escribir estas palabras? le preguntó el juez.

—Como las escribiría hoy mismo, si me hallára en igual caso, respondió Quevedo. Siendo la verdad.

—Es decir que vos trajísteis dinero de Italia para sobornar á los secretarios y oficiales de S. M.?

—Entendámonos, señor juez, contestó el poeta. Yo no creo que nadie soborne á quien no quiere dejarse sobornar. Si yo ahora ofreciese á vueseñoría mil ducados por dejarme en libertad y vueseñoría los tomase, no por esto me consideraría culpable.

—Siempre hay culpa en tentar las conciencias con el aliciente del oro.

—Sí, pero es cuando el tentador no cuenta con la voluntad del tentado.

—En suma: vos trajísteis de Italia cuantiosos regalos de oro y piedras preciosas y treinta mil ducados en dinero.

—Cierto: y volví con las manos vacías.

—Qué hicísteis de ello?

—Lo distribuí entre el escelentísimo señor duque de Úceda, el ilustrísimo señor Marqués de Siete-Iglesias, el idem, idem don Andrés Velazquez, fiscal de los cohechos, el reverendísimo Padre

Confesor, y entre familiares, queridas, pages y porteros de su excelencia y demás comparsa. Os juro que no me llevé nada.

— Con qué objeto hicísteis esos regalos?

— Con el de allanar dificultades y ganar amigos.

— Para vos?

— Oh! No, señor. Yo no gano amigos con regalos: seria obligarlos á que me diesen.

— Negociábais por cuenta del duque de Osuna?...

— Es verdad.

— ¿Y qué negocios eran esos?

Quevedo esplicó sus pretensiones á favor del duque, cuando este quiso pasar á Nápoles, y la necesidad en que se vió de ahorrarse enemigos en la corte, á causa de las exageradas é injustas quejas de los sicilianos.

En la esplicacion de esta carta y de las demás que le presentaron, procuró siempre salvar á Osuna; pero cargó la mano sin misericordia en los hechos que podian acusar á Úceda y á sus secuaces.

Concluida esta declaracion, el juez mandó volver á Quevedo al aposento que le estaba destinado; y llegada la noche, dispuso que le trasladasen á su casa, la cual debia servirle de cárcel. Pocos dias despues, se le declaró en libertad.

No era tan afortunado su Mecenas: don Pedro Giron, enfermo de gota y hondamente afectado en el alma, permanecia preso con rigor: su esposa habia venido á Madrid espresamente á presentar al rey un notable memorial en defensa suya; pero no consiguió mas que buenas palabras: todos sus servidores inmediatos iban cayendo en prisiones unos despues de otros.—El duque de Úceda estaba tambien preso, y su padre el cardenal no sufria igual suerte por la mediacion del Papa; sin embargo, se le infligia la mas cruel de las humillaciones para un hombre de su calidad, cual era la de revocar las mercedes que le habian sido hechas, empleando para ello palabras duras, que deprimian su reputacion.

Pero á ninguno de los anteriores ministros y favoritos se trataba con tanta severidad como al marqués de Siete-Iglesias: del castillo de Montanches habia sido trasladado á Santorcaz, y de allí á Madrid, donde le tenian encerrado en una jaula de hierro, fa-

bricada dentro de su propia casa: la saña popular no era menos pronunciada contra él que la de los tribunales: donde quiera que se moviese conversacion de aquel hombre, poco antes tan temido de la gente y tan favorecido de la Fortuna, manifestábase un feroz regocijo por sus persecuciones, y se enumeraban sus delitos, verdaderos ó imaginarios, con espresion de horror: nadie podia, sin embargo, precisar su número, ni su calidad.

Activaba y entendia en estos procesos el presidente Acebedo con un celo, que pudiera llamarse rencoroso, no obstante ser él mismo hechura de los magnates perseguidos, y se conformaba con las órdenes que sin duda recibia de mas alto: pero en nada de ello aparecía mezclado el conde de Olivares, aunque todo el mundo reconocia su influencia ilimitada en el ánimo del jóven monarca. Este hombre sagaz y cauteloso disimulaba sus aspiraciones ambiciosas con tal arte, que sin dejar de aparecer como autor principal de todo impulso grande y regenerador, guardaba su persona en un segundo término nebuloso, delegando en otros la autoridad, que él solo disfrutaba de hecho, y dejándoles la parte odiosa de sus primeros actos.

Aborrecia de muerte á la familia de Sandoval; no queria dejar en pié ningun elemento capaz de hacer sombra á su privanza en lo futuro, y sacrificaba sin piedad á su venganza ó á su ambicion cuantos hombres de valer ó de influjo habian figurado en el anterior reinado; pero sin darlo á conocer: entre todos, el duque de Osuna era temible por su carácter generoso y sus grandes dotes de gobierno: era, por consiguiente, imperdonable. Don Rodrigo Calderon, amigo del nuevo valido y fuerte en la intriga, debia morir; mas por esto, que por sus culpas, sin que el atleta de la monarquía pudiese tenderle una mano de socorro.

No faltaban al caido favorito en ninguna parte enemigos ó quejosos que echasen leña al fuego de su persecucion, como tampoco motivos poderosos para condenarle; pero el mayor y mas interesado en perderle estaba en parte que ni él, ni sus defensores de oficio podian descubrir.

El real sitio del Buen Retiro no era todavía la mansion de delicias que de él hizo Felipe IV, ó por mejor decir su privado el conde de Olivares; pero ya servia de recreo á los reyes y á sus allegados,

y en ciertas horas al público: sus jardines y sotos, mas bellos quizá que hoy dia, puesto que la mano del arte no les habia dado aun su fatigosa simetría, se acercaban bastante al estado de la naturaleza, y eran por lo mismo un asilo de los amores misteriosos y de las intrigas juveniles.

Ocupacion principal y base de su poderío eran estas intrigas para el conde de Olivares, y entretenimiento agradable para el jóven príncipe que le protegia. Muchas tardes se veía pasear á los dos por aquellos parajes umbrosos, y desaparecer hasta muy tarde bajo las frescas bóvedas del robusto arbolado: si algunos cortesanos les acompañaban era con cierta circunspeccion, quedándose detrás y recatándose completamente cuando se lo aconsejaba su prudencia.

En uno de estos paseos, el jóven rey se encontró de repente sorprendido por una aparicion inesperada: en el recodo de un estrecho sendero le salió al encuentro una tapada, cuyo talle y movimientos parecian revelar belleza y distincion.

—Señor, le dijo con voz dulce y halagüeña, inclinándose blandamente. ¿Me será permitido hablar en secreto dos palabras á V. M.?

La voz de aquella mujer, su traza, su finura hechizaron á don Felipe, inflamable por naturaleza. Sin embargo, miró á Olivares, como buscando en sus ojos la contestacion que debia dar á tan intempestiva demanda.

—S. M., dijo Olivares á la tapada, desea saber vuestro nombre, ó ver vuestro rostro, antes de aventurarse á concederos la estraña audiencia que le pedís.

—Ah! Noble caballero, repuso la tapada. Puesto que lo sois, debeis saber que en Castilla se respeta el incógnito de las damas; pues cuando lo guardan, es señal de que su honor les va en ello.

—Sin embargo, señora... empezó á replicar Olivares.

Pero el rey le interrumpió, haciéndole un guiño espresivo, y diciéndole al oido:

—No la espantes, calla.

Y volviéndose á la tapada, la contestó:

—Noble dama, (pues supongo que lo sois); sin duda es muy interesante lo que teneis que decirme?...

—Oh! Mucho, señor, respondió ella con fina coquetería.

—Y es tan secreto, que no pueda oirlo mi mejor amigo?

—Sí, señor: es cosa de V. M. para mí.

—Has oido? murmuró el rey hablando aparte á Olivares.

—Alguna lámia... dijo el valido.

—Peor para ella, si es eso; porque la mandaré emplumar.

—En fin, señor: es vuestro gusto?...

—Sí, retírate.

Olivares se apartó del Rey no de muy buena gana; porque recelaba algun tropiezo á su buena dicha. El Rey aguardó á no sentir sus pasos, y avanzó hácia la desconocida como un cadete aturdido, perdiéndose de vista con ella en la revuelta del sendero.

—Ea, señora, la dijo con afable acento: ya estamos solos. Hablad sin reparo.

—Señor, repuso la tapada. La revelacion que tengo que hacer toca al honor de V. M.

Don Felipe la miró sorprendido; pues aguardaba otro exordio menos sério.

—A mi honor! contestó. Quién puede ser tan atrevido que ose ofenderme en mi honor?

—Quién es, ya os ofendió: fué siempre amigo del conde, y por lo mismo he querido recatarme de él.

—Amigo del conde!... Tiene tantos!... Su nombre, vive Dios! que ya me impaciento.

El tono con que don Felipe pronunció estas palabras y el color que subió á su semblante indicaban, que al oir hablar de su honor, no era insensible á los celos. La tapada lo conoció, y se apresuró á desvanecer esta idea, diciendo:

—Señor, su nombre solo sirve para denunciar un malvado á V. M.: es el de un hombre que ha comenzado á expiar sus delitos bajo el poder de vuestra justicia; pero á quien no se puede castigar segun merece: hablo, señor, del asesino de vuestra santa madre.

El rey palideció, y sin moverse de su sitio, echó atrás el cuerpo para mirar fijamente á la desconocida.

—Señora, dijo: me hablais de cosas muy estrañas. Quién os ha dicho que mi madre fué asesinada?

—Un muerto, señor.

Atendiendo á las ideas de la época, un rey jóven y español podia ser supersticioso. Don Felipe, á pesar de las costumbres algo licenciosas en que le habia educado su favorito, no estaba exento de esta flaqueza, mucho menos poseyendo alguna imaginacion: al oir la fatídica respuesta de aquella misteriosa mujer, se estremeció involuntariamente, y volvió la cabeza, como si desease tener cerca de sí á Olivares, ó algun otro de sus servidores.

—No vayais á figuraros, señor, que soy alguna hechicera, se apresuró á decir la tapada penetrando el sentimiento del rey: no crea V. M. que, para descubrir ese horrible secreto, he ido á desenterrar ningun cadáver, ni á quemar sus huesos á la luz de la luna: el muerto que lo reveló se llamaba Francisco Juara, confidente, amigo y víctima de don Rodrigo Calderon.

—Pero, bien: el asesino?...

—Fué el mismo que mandó matar á Juara para asegurar su secreto.

—Don Rodrigo!..

—V. M. lo ha nombrado.

—Eso no puede ser, replicó el rey pensativo. Si no me equivoco, ese Juara murió antes que mi madre. ¿Cómo sabia lo porvenir?

—Dígnese V. M. oir la historia. Juara era hechicero, y de él se servía don Rodrigo para todas sus maldades. La virtuosa reina doña Margarita persiguió á los dos con el santo anhelo de castigar sus crímenes: Don Rodrigo llegó á temer su caida y su muerte, y apeló á los medios alevosos que en otras ocasiones le habian salvado: consultó al hechicero, y le pidió un agua que hiciese morir de flujo á una mujer.

—De eso murió mi madre!...

—Cuando tuvo el agua, mandó á dos de sus bravos, el sargento mayor Guzman y el capitan Varea conducir á Juara á Portugal y asesinarle en el camino.

—Y eso es cierto?

—Tan cierto, señor, como que me lo ha contado el mismo Varea.

—Dónde está ese hombre?

—Murió ahorcado en Venecia.

—Y él os dijo?... Acabad.

—Me contó, que habiendo cumplido las órdenes de don Rodrigo, fingió alejarse hácia Andalucía, mientras Guzman retrocedia camino de Madrid; y siendo ya entrada la noche, volvió al parage donde habia quedado muerto el hechicero, con ánimo de despojarle, pues se figuraba que tendria encima dinero ó alhajas; mas solamente le encontró este papel.

La tapada sacó una blanca mano por debajo del manto y entregó un papel doblado á don Felipe, que se apresuró á leerlo, y vió que decía:

« En la prevision de que me espera una muerte alevosa, ordena-
« da por don Rodrigo Calderon, de quien poseo peligrosos secre-
« tos; sabiendo que, si tal desgracia me acaeciere, será ocasionada
« del temor de que por mí sepa la reina doña Margarita las malda-
« des que ha hecho el mismo don Rodrigo y las que prepara; yo
« Francisco Juara, médico alquimista, en justo desagravio y en
« descargo de conciencia, cual si estuviese en el tribunal de Dios,
« declaro: que hace ocho dias de esta fecha, entregué al favorito
« un filtro que me pidió para hacer morir á una mujer de flujo na-
« tural é irremediable; y como sospecho que este filtro ha de ser
« destinado á un fin siniestro contra la persona de la reina, enca-
« rezco y pido á quien halláre mi cadáver y el presente escrito, que
« lo comunique sin tardanza á S. M. para salvar su preciosa vida,
« ó á la señora duquesa de Lerma ó al licenciado Gregorio Lopez,
« ó á cualquiera otra persona de la íntima confianza de S. M.»

—Efectivamente, murmuró el rey, doblando el papel y teniéndolo apartado de su cuerpo: esta es la voz de un muerto, que sale del sepulcro: esto es horrible. Pero aquel malvado Varea, ¿cómo no presentó este escrito á los amigos de mi madre?

—Ah, señor!... Pesaba sobre su conciencia la sangre del hechicero, y solo pensó en sustraerse á las pesquisas de la justicia.

—Pero guardó el papel, que podia acusarle.

—Sí, lo guardó para asegurarse en cualquier tiempo contra las maquinaciones del prepotente valido.

—Y vos misma, ¿no supísteis esto á tiempo de evitar el regicidio?

—Yo, señor, estaba entonces muy lejos de mi patria y en poder

de infieles: don Rodrigo me entregó con toda mi familia á los moros de Berbería, despues de haber hecho asesinar á mi marido Mateo Avililla, porque sorprendió sus relaciones con Juara.

— Ese hombre es un monstruo! exclamó el jóven Rey.— Pero vos, señora; vos, ¿quién sois, que habeis obtenido este secreto de manos de un foragido?

—Mi propia historia os lo dice: soy una mujer ultrajada y perseguida, que clama venganza á la justicia divina puesta en las reales manos de V. M., y que la pide á un hijo por la sangre de su madre. Lanzada á los azares del mundo, y libre de mi cautiverio por un arrojo casi milagroso, despierta pensaba, dormida soñaba en mi venganza. La Providencia la puso en mis manos, haciendo que Varea me revelase el secreto en medio de la embriaguez, y no descansé hasta comprárselo todo á precio de oro.

Don Felipe se habia quedado profundamente pensativo, y no escuchaba estas últimas esplicaciones. De pronto se volvió, como si buscase un apoyo á su razon estraviada, y vió al conde, que venia detrás, inquieto ya por tan larga conferencia.

—Acércate, Olivares, le dijo, haciéndole al mismo tiempo seña con el papel que tenia en la mano, y dando algunos pasos hácia él.

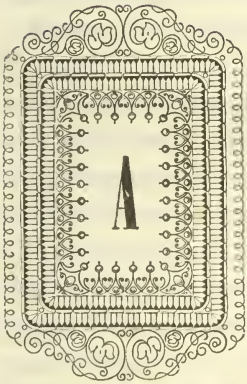
Olivares no aguardó que se le repitiese la órden: acudió presuroso, y tomó la horrible delacion del hechicero, que don Felipe no titubeó un momento en entregarle, hablándole, mientras la leia, con mucho calor.

Esta consulta duró tres minutos; al cabo de los cuales, el conde y el Rey trataron de obtener nuevas esplicaciones de la misteriosa mujer. Volviéronse hácia el sitio donde poco antes estaba, registraron con la vista todo el circuito y las avenidas inmediatas; pero fué inútil su diligencia.

La tapada habia desaparecido.

CAPITULO IX.

¡VULGO!...



QUELLA noche se celebró en Palacio, á puerta cerrada, un acalorado consejo, al cual asistieron don Baltasar de Zúñiga, el conde de Olivares, el presidente Acebedo y el consejero Araciel, bajo la presidencia del Rey.

Olivares conocia muy de cerca á su amigo el marqués de Siete-Iglesias y le suponia capaz de haber cometido el mayor esceso por sostenerse en el puesto á que le levantó su insolente fortuna; pero dudaba que fuese cierta la terrible acusacion presentada contra él. Sin embargo, cuando le tocó emitir su dictámen, lo hizo en estos ó semejantes términos:

—Quizá hombre alguno, Señor, se encontró en situacion mas penosa que la mia, al dar mi parecer en este gravísimo asunto. El acusado ha sido mi amigo, y acaso en este momento confia en ese título para alcanzar, sino perdon, misericordia de sus culpas. ¿Y

qué puede haber mas doloroso que este reconocimiento de una amistad estrecha con el mas grande de los criminales? A trueque de encontrarle inculpable, ó de borrar en caso contrario hasta la memoria de semejante intimidad, daria la mitad de mi sangre. Pero Dios con su infinito poder no manda á los hechos consumados; y si yo pude abrigar en mi seno á una infernal serpiente, sírvame de descargo el considerar que aun el santo rey que está en gloria no estuvo exento de esta flaqueza hasta el fin de sus dias.—Aquí, señor, aparece un cargo, que si puede probarse con un solo indicio, merece un castigo superior á las fuerzas humanas. El conducto irregular y hasta cierto punto sospechoso de calumnia por donde ha llegado á conocimiento de V. M. y de este soberano consejo no disminuye el peso de mi conviccion. Opino, sin embargo, señor, que se debe proceder con circunspeccion y sigilo hasta depurar la verdad; y que, ni en las investigaciones, ni en el castigo mismo conviene divulgar el horrible secreto; pues seria desdoroso para la memoria del difunto monarca el que por tanto tiempo hubiese permanecido impune y aun honrado el delito y el delincuente.

—Acertado es ese dictámen, dijo Acebedo: mas, ¿cómo averiguar el crímen, cómo imponerle el condigno castigo, sin perseguirlo y hacerlo notorio?

—¿No pesa sobre el acusado la muerte de Juara? repuso el conde. Remuévase este asunto; búsquense los antecedentes que deben existir de cuando el marqués y su confidente fueron perseguidos por nuestra venerada reina: en ellos se encontrarán tal vez cartas ó escritos del hechicero, que cotejados con esta delacion, demostrarán su identidad: ínstese al reo á declarar por qué mandó matar á Juara y sus relaciones con él; persígase al sargento mayor Guzman y á sus cómplices, si los tiene; examínese á Lopez Madera para comprobar la enemiga del acusado con S. M. la augusta difunta, y no faltarán indicios para formar una presuncion legal.

—Bastará tener la conciencia del hecho, dijo don Baltasar de Zúñiga, para dictar la condena. En cuanto á la ejecucion, los demás delitos la justifican cumplidamente, y las circunstancias que la acompañen pueden agravar su rigor.

—La expiacion, observó el Rey, no seria, sin embargo, proporcionada al crímen.

—Es cierto, señor, repuso el conde. Pero, ¿puede encontrarse alguna que le iguale? de ningun modo. Y si tan horrible atentado se publicára, no siendo posible disculpar tan larga impunidad, se daria un fatal precedente, demostrando que la sacra Majestad de nuestros reyes no es inviolable ni infalible.

—Para un hombre que tan alto ha subido, dijo Araciel, apoyando á Olivares, un castigo afrentoso es, si no suficiente, un ejemplar severo que indica grandes culpas y una justicia inflexible. Seria ciertamente apetecible la aplicacion literal de las leyes, que prescriben estos casos; pero la política aconseja ciertas modificaciones indispensables.

—Sea como lo considereis mas oportuno, dijo el rey levantándose: pero que justicia sea hecha.

Todos se levantaron: Olivares siguió al Rey, que entró por una puerta escondida detrás de su trono, y los demás se quedaron conferenciando sobre los medios y las personas de quienes deberian valerse para llevar á cabo lo acordado.

Apesar de la reserva que se habian impuesto, y de que ninguno de los personages iniciados en el secreto faltó en lo mas mínimo á la discrecion, al dia siguiente ya se hablaba en las Gradas de S. Felipe y en la Puerta del Sol de una tapada que paró al Rey en el Retiro, y de un gran crímen cometido hacía diez años: nadie decia que este crímen estuviese puesto en tela de juicio, ni que á él se refiriese la conferencia misteriosa de la tapada con Felipe IV; pero sí se enunciaba su calidad y el nombre del presunto reo; y los viejos desocupados se complacian en referir á los jóvenes las sospechas que concibieron, cuando falleció de sobreparto doña Margarita de Austria.

En pocos dias, no quedó rincon en España donde no se hablase de este grave secreto de Estado, hasta el punto de olvidarse por él todos los desmanes y tropelías de que la voz pública acusaba á don Rodrigo Calderon: la atencion general estaba suspensa, esperando el fallo del alto tribunal que, en sentir de la gente, se ocupaba en perseguir aquel grave delito; pues observando el secreto de los pro-

cedimientos, y el rigor desusado con que se guardaba al reo en una jaula de hierro, erizada de agudas puas, con centinelas de vista y numerosa guardia, las conjeturas del vulgo pretendian adivinar todo el secreto, y aun se aventuraban á predecir las consecuencias.

No faltaron viejos memoriosos que sacasen á colacion, en corrillos y tertulias, cuantas hablillas y noticias circularon en los tiempos pasados: dieron por cierto lo que se supuso haber dicho en el Acuerdo el licenciado Gregorio Lopez acerca de la muerte de la Reina, y los nombres de don Rodrigo y del duque de Lerma comenzaron á verse confundidos en el general anatema. Entonces lo que nadie habia osado, ni aun los mas íntimos amigos del marqués, lo acometieron los parientes del duque: tomaron su defensa, escudándose con el carácter sagrado que protegia á éste contra los tiros del poder.

La opinion pública empezó á dividirse.

Sabíase que estaba preso el sargento mayor Guzman, acusado de connivencia con don Rodrigo en alguno de sus delitos, y se creia generalmente que este hombre iba á ser decapitado: sorprendió á todos la resolucion de los jueces, que absolvieron á Guzman, atendiendo á las declaraciones de su patrono: don Rodrigo habia tenido la generosidad de confesar, que el sargento mayor obró en virtud de una supuesta órden del rey, órden que él le recogió despues valiéndose de su potestad y su maña.

El vulgo concibió desde este momento una opinion favorable á don Rodrigo, y la acusacion de regicidio tuvo sus opositores y sus mantenedores en el campo abierto de la murmuracion.

La memoria de la difunta reina estaba ya muy distante para que afectase profundamente los ánimos: la de don Rodrigo estaba presente; mas á favor de la compasion que inspira la desgracia, fácilmente se concilió todos aquellos que no tenian contra él motivos inmediatos de aversion ó de queja. Estos eran la generalidad; los que solo habian visto el esplendor de su grandeza, el desprendimiento pródigo de su orgullo. Aquel hombre aprisionado tuvo pronto un partido inmenso, mayor sin duda que el que gozó en los mejores dias de su privanza. Los mismos que, arrastrados poco antes por el impulso de la indignacion, se asombraban de verle vivo, murmuraban ahora con poca discrecion:

—Quién sabe si todo será mentira! Quizá el favor que mereció sea su único delito.

Sin embargo, la mas decidida parcialidad no tenia valor para absolverle.

Don Rodrigo esperaba salvarse á pesar de su posicion apurada: temia que sus jueces, hechura de sus manos, y por lo tanto irreconciliables en la desgracia, promoviesen el delicado asunto de la Reina: dábanle motivo á sospecharlo algunas preguntas capciosas indicadas en el curso de los interrogatorios, y se decidió á pedir al Rey su recusacion, procurando que el memorial fuese puesto en las propias manos de S. M.

El Rey le negó esta gracia: don Rodrigo vió claro en su causa desde este momento, renunció á su defensa, y pidió que le permitiesen conferenciar diariamente con su confesor el P. Pedrosa, de la órden de San Gerónimo, digno sacerdote, á quien años atrás habia él mismo desterrado por la libertad evangélica con que reprendia en el púlpito las malas artes de los ministros.

A esto aludia un epígrama del conde de Villamediana, que decia:

« Un ladron y otro perverso
desterraron á Pedrosa,
porque les predica en prosa
lo que yo les digo en verso. »

El padre Pedrosa estaba enfermo cuando le llamó don Rodrigo, y acudió á confesarle fray Pedro de la Concepcion, carmelita descalzo: no habia sido este llamado por el preso, que creia poder aguardar el restablecimiento de la salud de su confesor; sorprendióle además el verle entrar en su prision á media noche: hallábase orando, y al sentir los pasos del religioso, levantó la cabeza y exclamó sin dejar su humilde postura:

—Qué es esto, padre! Qué poderoso motivo os obliga á venir aquí tan á deshora, y por qué abandonais vuestra quietud?

—Deber mio es, hijo, le contestó fray Pedro con dulzura, estar cerca de los que padecen tribulaciones, y no ha de impedirme cumplirlo el gusto de mi comodidad.

—Sin embargo, reverendo Padre, vuestra visita, que agradezco, no es natural; ni creo que de vuestro solo impulso sea originada.

—Hay de todo en eso, dijo el religioso algo embarazado con el deseo de hacer lo menos amargo posible el espíritu de su discurso. Bien puedo yo haber anhelado esta entrevista, pues ha tres meses que estudio en usía, cuya vida es el libro mas docto que el tiempo y la fortuna compusieron: cada dia es una página, donde se leen con el alma los desengaños, y por agradecimiento de lo mucho que en su persona he aprendido, quiero que conferenciemos sobre la mejor parte, que es la que toca al alma; pues los que en este mundo llamamos bienes, humo son que nos embriaga mientras los codiciamos, y es forzoso perderlos y despreciarlos á medida que de su vanidad nos desengañan.

—Eso han tenido de bueno mis males, padre, repuso don Rodrigo; que han porfiado hasta darme conocimiento de que lo son: y llamo males á los que fueron bienes codiciados; y aunque por adquirirlos desperdicié el caudal del alma, la verdad de Dios me ha puesto asco en la memoria del tesoro que junté contra mí.

—Pláceme de hallar á usía en tan buena disposicion: así podremos leer juntos en ese libro del escarmiento, y usía prepararse á recibir otra visita, en cuya presencia los ángeles se alegran.

Diciendo así, el religioso hizo una seña al carcelero del marqués, que se habia quedado entre puertas; el cual abrió la jaula y le dejó entrar dentro con el preso, volviendo en seguida á retirarse.

El religioso tomó asiento en el banco de madera que servia de silla al marqués, hízole sentar á su lado, y tomándole las manos, prosiguió diciéndo:

—Leamos los rodeos por donde usía vino á alcanzar lo que ha tenido, lo que padeció para conseguirlo y á lo que se atrevió para poseerlo; y cómo á la par del contento nació la persecucion, viniendo á ser el menor de estos goces, como de ruin casta, carcoma de la salud, y de la honra, y de la vida.

—La vida! repitió don Rodrigo apesadumbrado y caviloso: la honra!... Padre, no temo perder la vida, pues lo que pierdo es muerte; porque tengo firme esperanza en Dios de renacer entre el cuchilllo y las sogas: muriendo, acabarán conmigo los odios y la en-

vidia: la honra, estoy por decir que me la quitan y no la pierdo...

—Humillaos, hijo: no es hora esta de presunciones. Piense usía que fué jornalero de su penitencia, y que gastó la vida en juntar dolor y castigos, á sueldo de la ambicion. De una sola cosa debe tener sentimiento: de haber aguardado á que Dios permita le cobren cosas que hubiera sido mejor abandonar á tiempo; pero su Divina Majestad quiere venir mañana á visitarle, y puede restituirle con la hacienda y la vida, los hijos y la mujer; pues todo es suyo. Reconozca usía que la providencia del Eterno le desembaraza y descansa, no le despoja; pues cuando todo se lo quitan, le dejan el santo Viático que ha de conducirle al mayor bien de su espíritu.

—Ah! suspiró don Rodrigo pasándose la mano por la frente, bañada en sudor frio. Sí, todo lo pierdo, y así todo lo gano. Pierdo mis hijos y mi mujer, mas no ahora; pues los perdí viviendo: y así les será mas fácil consolarse de verme morir, que de haber nacido mios. Padre, yo muero, y con una vida pago muchas deudas. Solo pido á Dios dos cosas: que yo sepa aprovecharme de mis trabajos, y que aprendan en mí los que me sucedan en las veredas de la privanza; pues yo ví la sangre en otros, y en lugar de apartarme, resbalé en ella.

Diciendo estas palabras se arrodilló compungido á los piés del religioso, que le cubrió con su manto, y comenzó su confesion.

Sucedia esto un martes, á diez y nueve de octubre, y es digno de notarse que todos los actos principales de esta causa pasaron en igual dia de la semana: en martes salió don Rodrigo de Madrid; en martes le prendieron; en martes entró en la fortaleza de Montanches y en el castillo de Santorcaz; vino preso en martes á su casa; tomáronle la confesion y diéronle tormento en martes: razon tenia Quevedo para decir, que el martes era dia aciago para los que encuentran á su acreedor y para los que ahorcan.

El confesor se retiró dos horas despues, y ya otros religiosos de su Órden estaban aguardando para relevarle en hacer compañia al reo: pero en el intérvalo de salir aquel y entrar estos, se presentaron los jueces don Francisco de Contreras, Luis Salcedo y don Diego del Corral, y le leyeron la sentencia de muerte.

Oyóla don Rodrigo sin alterarse, como quien estaba preparado,

y pasó el resto de la noche conversando de intereses espirituales con los religiosos carmelitas.

El jueves, veinte y uno de octubre, desde muy temprano, una muchedumbre inmensa llenaba las calles, desde la casa de don Rodrigo hasta la plaza Mayor: en medio de esta se levantaba un tablado, sobre el cual habia un tajo cubierto con un tapiz negro: la muchedumbre apiñada en torno contemplaba aquel lúgubre aparato, recordando los tiempos en que, en aquel mismo sitio, el hombre que iba á morir, habia hecho cien veces con arrogancia y á la cabeza de la Guarda, el despejo para las fiestas reales.

—Quién le habia de decir al giganton, cuando llenaba de sí solo esta plaza y le venia estrecha, que llegaria un dia en que le cercenáran algo para que cupiese mejor, murmuró un mozalbete que tenia trazas de recien empleado.

—Calle y tenga mas caridad del prójimo, le respondió una vieja; que si él ha hecho mal, su cuenta dará á Dios, además de pagar sus deudas á los hombres.

—Oigan la buena bruja! repuso el mozo. ¿Quién le ha dicho que yo soy prójimo de don Rodrigo? Eso se queda para ella.

—Y á mucha honra, seor insolente! chilló la vieja; que mas vale don Rodrigo ahorcado, que él en zanquitos.

—Calle la hechicera!... Calle la Celestina!... gritaron á un tiempo dos ó tres individuos querellosos del reo, que estaban allí esperando verle abatido y humillado.

—Y por qué ha de callar? Quién os ha facultado para insultar á nadie? dijo un valenton, terciándose la capa y mirando á los otros de soslayo. Don Rodrigo habrá tenido sus faltas; pero ya arregló sus cuentas con la justicia, y muchos morirán peor que él.

—Sí, que muere como un santo...

—Y lo que haya hecho, Dios lo sabe...

—Y con las sobras de su casa se mantenian muchos pobres...

—Dios le ha tocado en el corazon, y va á la muerte como al martirio.

—Insolencia como ella! Un criminal endurecido!...

—Respetad la desgracia!...

—Un asesino!...

—Un ladron!...

—Lástima de señor!...

Así exclamaban en confuso barullo los parciales y los contrarios de don Rodrigo, sin entenderse unos ni otros; pero con tan espresiva mímica, que era de temer viniesen á las manos; cuando pasó por mitad del grupo una tapada, diciendo:

—Un regicida!... Un regicida!...

Los partidarios de ambos bandos enmudecieron al oir esta palabra, y se dispersaron al ver llegar algunos alguaciles de corte, espada en mano, poniendo órden: estos alguaciles se encaminaron al patíbulo, y habiendo subido á él, quitaron con muestras de enojo el paño negro que cubria el tajo.

Entre tanto, don Rodrigo se preparaba á morir: habíase ya despedido de su mujer y sus hijos, á quienes se sacó de casa, y con mucha serenidad y despejo de ánimo se entretenia en cortar el cuello á su jubon y en quitar las trenzas, por si podian embarazar un momento la ejecucion de la sentencia: hecho esto, y revestido con un capuz y una caperuza de bayeta, le bajaron y ataron en una mula, poniéndole un Cristo en las manos. Precedíanle sesenta alguaciles de corte, pregoneros y campanillas y los Cristos de los ajusticiados: en el momento de ir á aparecer en público, flaqueó su entereza, tanto que llegó á decir á los religiosos que le asistian:

—Ayudadme; porque me siento desfallecer de cuerpo y alma.

En esto sonó en la calle el pregon, que decía:

«Esta es la justicia que mandan hacer en este hombre, porque «mató á otro alevosa y asesinadamente, y por otra muerte, y por «otros delitos contenidos en su sentencia.»

Lo conciso de este pregon, que nada decia de lo que muchos esperaban, siendo tantos y tan enormes los delitos que se le atribuian, arrebató momentáneamente los corazones de todos, trayéndolos á compasion del reo: esto bastó para que se creyese tiranía lo que era justicia moderada, y para que el vulgo, movido á sentimiento generoso, prorumpiese en lágrimas y otras demostraciones de pena.

Crecieron estas con inmensa gritería, cuando apareció en la calle don Rodrigo, y este, irguiendo entonces la cabeza, como alentado con esfuerzo agradecido, exclamó:

— Esta es la afrenta? Esto es triunfo y gloria!...

El padre Pedrosa que, aunque enfermo, habia acudido á sostenerle en el tránsito de la vida á la eternidad, le dijo:

— Moderacion, hijo mio!

Don Rodrigo bajó los ojos á contemplar el Cristo que llevaba en las manos; pero siguió mostrando en su semblante serenidad y hasta alegria.

Las turbas obstruian el paso por mirarle y registrar sus menores acciones, y clamoreaban sin cesar, llamándole martir y santo: habia mujeres que se acercaban, afanosas de tocar su ropa y de cortarle algun pedazo para reliquia.

¿Era esto un desvarío del vulgo inconstante, un presagio de peores privanzas, ó tal vez el mayor castigo para aquel hombre, á quien no queria abandonar en sus últimos instantes el demonio de la soberbia?

Cuando subió al cadalso, hízole estremecer con la firmeza de sus pisadas: paseó la vista sobre la muchedumbre agitada, no de otro modo que si fuese á recibir una corona de triunfo: dejó el crucifijo algunos momentos en manos de su confesor, se bajó el cuello escarolado que llevaba, volvió á tomar el Cristo y marchó con paso seguro y actitud grave hácia el lugar de la muerte: se arrodilló delante del tajo, y dijo al verdugo:

— No te apresures, ni te turbes: cuando yo te lo mande, entonces.

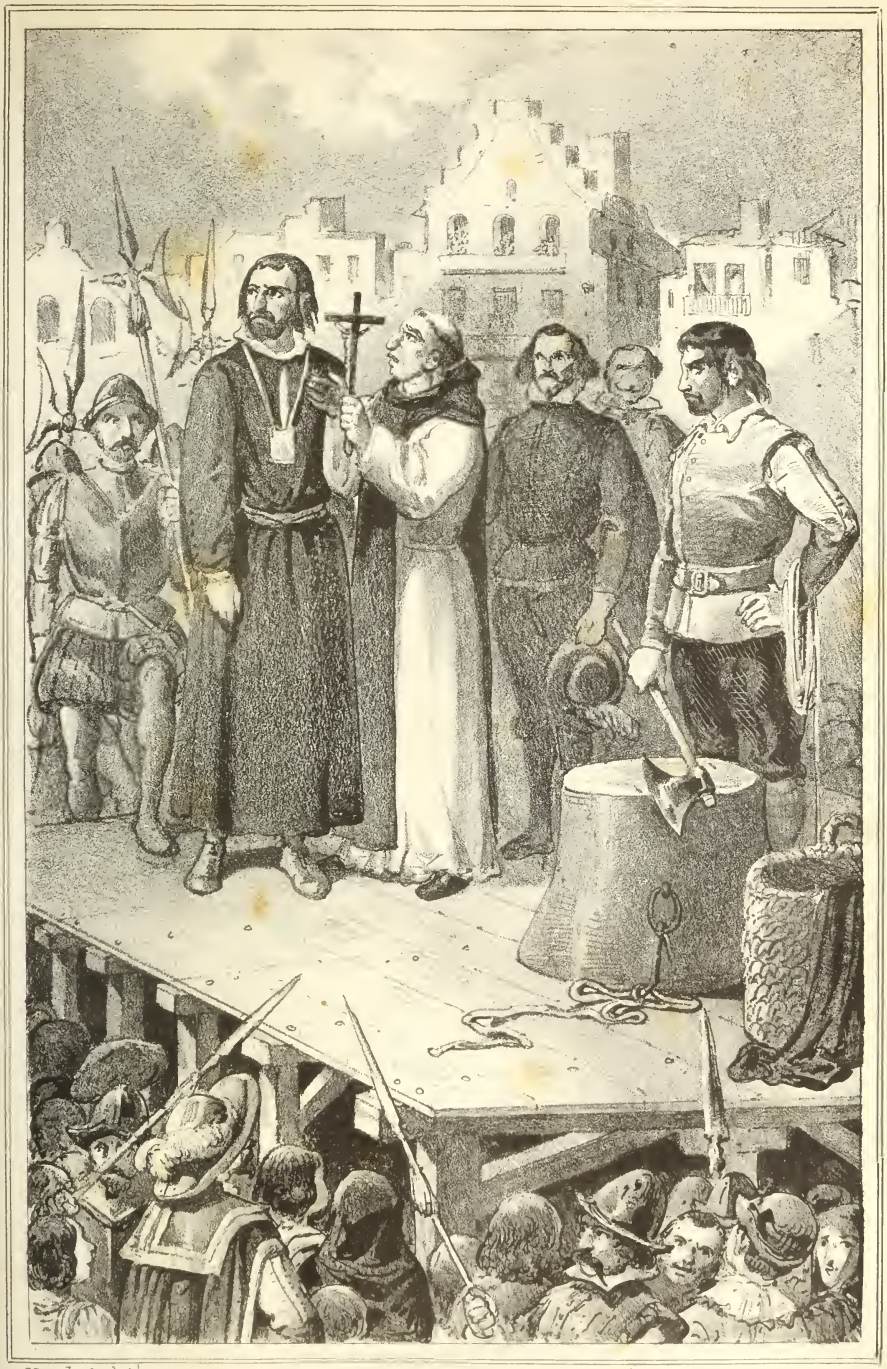
É inclinando el cuerpo, permaneció un minuto en actitud de orar: una voz aguda de mujer llegó hasta sus oidos en medio del rumor silencioso que reinaba en la plaza: aquella voz dijo:

— Avililla!... Juara!... Margarita!...

El reo puso su cuello sobre el tajo, brilló en el aire el hacha del verdugo, y la cabeza quedó separada del tronco á un solo golpe.

Un grito universal y rumores incomprensibles resonaron en la plaza: las opiniones del vulgo continuaban tan divididas como el cuerpo y la cabeza de aquel hombre.

Durante todo el dia permaneció el cadáver en el patíbulo, á donde fueron á decirle responsos religiosos de todas las órdenes: al



Urrabieta Litº Lit. Labielle . c. Monserrate, 3.

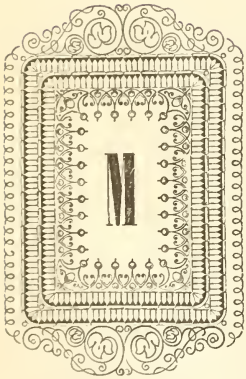
D. Rodrigo en el cadalso.

anochecer fué colocado en el ataud de los ahorcados, sin permitir que se le cubriese; y conducido á la iglesia del Cármen descalzo, los alguaciles derribaron un túmulo que le habian preparado, mandando que se le dejase en el suelo.

Así acabó este hijo de la Fortuna, cuya muerte no pudo servir de escarmiento á los que le sucedieron.

CAPITULO X.

GENTE NUEVA Y VIDA NUEVA.



Mas hábil que los caidos y los nuevos ministros, Quevedo abandonó la corte á poco de verse libre, convirtiendo en recreo y descanso el lugar que antes le habian señalado para su destierro: verdad es que se curó en salud, como suele decirse; pues apenas habia llegado á la Torre de Juan Abad, cuando le fué comunicada una órden de retirarse á ella y de no presentarse en Madrid hasta que espresamente se le permitiese.

—Tarde llegas, dijo el poeta riéndose: pero aguardaré, si quieren, la contraórden hasta el dia del Juicio.

Durante un mes, no sintió esta aparente pérdida de su libertad; pues aunque la estacion no era nada favorable para gozar de las delicias del campo, ningun tiempo es malo para quien sabe aprovechar así sus vicisitudes, como sus bonancibles dias: cuando estos eran serenos, y el sol de España, nunca mas generoso y bello

que en el invierno, templaba las brisas frias de Sierra Morena, Quevedo tomaba un caballejo, una escopeta, un par de perros y un mozo, y se marchaba al monte, de donde nunca volvia sin un par de conejos ó liebres y otro par de perdices; ó bien recostándose en un collado al Mediodia, cerca de algun arroyo placentero, recordaba en conversacion con Erato las horas, ya alegres, ya tristes de sus mocedades: muchos de sus sonetos, silvas y madrigales á *Lisi*, composiciones llenas de ternura y lozania, brotaron en aquellos collados, de donde arranca el brillante y profundo cielo de Andalucía.

Pero, si las nubes empañaban aquel mirador de la inmensidad y las lluvias y el viento azotaban los verdosos vidrios de las ventanas de la Torre, nuestro héroe se guarecia en su gabinete de estudio, al abrigo de una ancha y bien provista chimenea; y allí, rodeado de sus autores favoritos, pasaba las horas, como él decia, en sábia conversacion con los difuntos, ó bien escribía la segunda parte de la *Política*.

Otras veces se entretenia en revisar el ya voluminoso fardo de sus obras, aun no impresas, aunque casi todas eran conocidas por copias de mano; y cuando se cansaba de revolver papeles, improvisaba una merienda ó una cena con abundante vino de Valdepeñas, y reunia en torno suyo cinco ó seis labriegos y otras tantas rústicas mozas, para tener el gusto de oirles á ellos hablar de las cosas del gobierno á su manera, y de embobarlas á ellas contándolas prodigios de la corte.

Contemplábanle aquellas sencillas gentes como á un oráculo; y él por su parte no se cansaba de admirar su ignorancia y su malicia, templadas sin embargo por la sensatez y buen juicio que tanto realzan el carácter del pueblo bajo español.

—Por fin, señor don Francisco, le decía una noche el capataz de su hacienda; parece que Dios va mejorando sus horas, y que tendremos buen gobierno.

—Qué hay de nuevo, amigo Robustiano, le preguntó el poeta.

—Yo no me sé esplicar, respondió el capataz; pero aquí está el señor alcalde, que sabe mas que yó, y podrá referir á vuestra mer-

ced la marimorena que andaba ayer en Villanueva. De nueve escribanos que habia, han quitado seis.

— Es cierto eso, señor alcalde?

— No lo dude vuestra merced: S. M. ha mandado suprimir en todos los tribunales y oficinas del reino las dos terceras partes de los oficiales; con lo que viviremos algo mas desahogados.

— Así es la verdad, dijo el capataz; pues habia mas zánganos que abejas en la colmena. Pero, ¿sabe usarcé, señor alcalde, si por eso tendremos rebaja de tributos para el año que viene?

— Así es natural que suceda, repuso el alcalde: pues, si no, ¿para qué serviria tanto tráfago de quitar empleados, ni tanto rigor en tomar cuentas á los ministros caidos?

— Toma! replicó el capataz. Se quitan unos empleados para poner otros; y se ajustan cuentas atrasadas para no dar las corrientes.

— Mal pensado sois, Robustiano, dijo Quevedo. ¿No os parece, amigo, que pedir cuentas y averiguar la hacienda á los ministros es obligarse á darlas, mañana ó el otro, el mismo que las pide.

— Así será, señor don Francisco; pero yo digo que desde el principio salen los panes tuertos ó derechos, y que así como ahora le ajustan las cuentas al señor duque de Lerma y le obligan á pagar cuatrocientos mil ducados cada año, hubiera sido mejor que se las ajustasen cuando entró á mandar, obligándole á darles cada Agosto, como hacen los arrendadores; porque de no, al cabo de tanto tiempo, ved quien será capaz de averiguar lo que se habrá perdido: no quisiera yo mas que el diezmo para dotar á mi Juanilla.

— Juanilla no necesita mas dote que el de sus pícaros ojuelos, repuso el poeta, mirando á la muchacha, que estaba haciendo calceta al otro lado de la chimenea, y que se puso colorada como la grana.

— Eso sí, dijo su padre: pero, no es una picardía que unos tengan tanto y otros tan poco?

— Amigo, así es el mundo: pero no debeis quejaros, mientras ande esta rueda. Vamos, señor alcalde: otro trago. ¿Cómo es que os habeis quedado tan pensativo?

— Estoy pensando, señor don Francisco, respondió el alcalde; que puede ser verdad lo que dice este majadero de Robustiano. Ayer, hablando en Villanueva con el hermano de uno, que era secretario de un secretario de un primo del camarero mayor del duque de Úceda, me contó que cuando este señor estaba á punto de caer, ó mejor dicho, apenas espiró el rey difunto, se le acercó el conde de Olivares, y le dijo: « Ya todo es mio. » Y esto ha de ser verdad, porque lo refirió la cuñada del hermano que me lo contó á mí, que lo oyó referir á su señora, que es doncella de una camarera de una dama de la Reina, la cual estaba presente cuando esto pasó.

—A ver? Cómo es eso? preguntó Quevedo. Cuando el conde dijo eso, estaba presente la criada de la doncella de la camarera de la dama de la Reina?

— Oh! No, señor: la dama de la Reina, que se llama doña Maria Henriquez.

— Ah!...

— Pues: la dama lo contaria á su camarera; la camarera, á su doncella; la doncella, á su criada, que es la mujer del hermano del que me lo contó ayer.

— Acabemos: y de eso deducís que el señor conde ajusta las cuentas á los otros, para que nadie se las ajuste á él? La consecuencia es algo sutil, señor alcalde.

— No quiero yo decir tanto. Hasta hoy nadie puede quejarse de su excelencia; pues aunque todo sea suyo, (y Dios le de mas), es preciso conocer que se porta como un hombre.

— Al freir será al reir, dijo el capataz.

— Y al pagar será el llorar; eh? repuso Quevedo. — Esperemos, amigos; esperemos.

— Yo no espero nada bueno, por mas que digan, contestó el capataz: y si no, véase lo que ha tardado su escelencia en hacerse grande de España.

— Eso lo ha hecho el Rey.

— Tambien diz que ha empleado á su tio y á su primo, y á su yerno; y á su mujer la ha nombrado camarera mayor.

— Eso es natural. Pero, hablando de otra cosa, Robustiano: ¿te

atreverias á llevar una carta de mi parte á esa dama, que nombrábamos hace poco? á doña Maria Henriquez?

— La conoceis vos?

— Sí, hombre: yo conozco á toda esa gente.

— Cuando vuesarcé quiera, no tiene mas que mandar; y así pusiera dos letras en la carta para esa buena señora, recomendándole mi Juanilla.

— A mí, señor padre! exclamó la muchacha con su espresivo acento manchego, abriendo los ojos como platos.

— A tí, sí: pues, por qué no? Yo he conocido á otras mas palurdas que han alcanzado fortuna en la corte.

— No haga caso vuesa merced, repuso Juanilla: mi señor padre se chancea.

— Calle la gazmoña! gritó el capataz. Quién la pide su parecer? No es verdad, señor don Francisco, que bien podríamos hacer de mi Juanilla una doncella como cualquiera otra mas encopetada.

Rióse Quevedo de la simplicidad de Robustiano, y le contestó:

— Sí, hombre, sí: mas de cuatro conozco yo, que no valen tanto para doncellas.

— A ver, si tenia yo razon?

— Pero, prosiguió el poeta, no es posible de buenas á primeras colocar á Juana al servicio de la noble señora que he nombrado: es menester pulirla antes.

— Eso no importa: la puliremos. A bien que ella no tiene pelo de tonta, y con pocas liciones puede salir maestra. Levántate, Juanilla, y haz una cortesía al señor don Francisco y otra al señor alcalde, para que vean que tienes dispusicion.

La rústica moza hizo un respingo de mal humor y volvió á otro lado la cabeza, sin moverse de su asiento.

— Vamos, Juanilla: no seas arisca ni desobediente, la dijo Quevedo. Figúrate que ya estás en la corte, y que yo soy la condesa ó la duquesa, tu señora; salúdame y ofréceme tus servicios.

Juana se levantó, hizo al poeta una cortesia algo zurda, pero no sin gracia, y dijo echando á correr:

— Beso á usarcé las manos, señor caballero.

— Ven acá, sardesca, oye! le gritó Quevedo riendo.

Pero ella se fué con la hija del ama de gobierno, mas corrida que liebre.

A este tiempo sonaron fuertes golpes en la puerta de la casa.

—Quién diablos viene aquí á estas horas, lloviendo á mares? dijo Quevedo.

El capataz salió á ver quien llamaba, y á poco entró con un mozo del alcalde y un cuadrillero: este último dió cuenta á la autoridad local de haber encontrado, á una legua de allí, en lo fragoso de la inmediata sierra, dos mujeres, tres hombres y un muchacho maniatados, los cuales, al parecer, y segun sus propios informes, eran farsantes ó cómicos, que viniendo de recorrer algunas poblaciones de Andalucía, habian sido atacados al anochecer por una banda de ladrones, y despojados de todo cuanto traían, escepto los trastos de su oficio: díjole además, que debiendo él marchar con su gente en persecucion de los ladrones, ponia bajo su proteccion aquellos desgraciados, y al mismo tiempo le reclamaba algun auxilio en hombres para el mejor desempeño de su cometido.

No se apuró tanto el alcalde por lo de los hombres que le pedia el cuadrillero, como por tener que hospedar á tanta gente y en particular á las mujeres; pero de este apuro le sacó Quevedo, diciéndole:

—Mandádmelos acá todos: ya veremos de poner una cama para las dos mujeres; los hombres se acomodarán como puedan en el pajar.

El alcalde y el cuadrillero salieron, y un cuarto de hora despues entraba en casa del poeta la compañía ambulante.

Los hombres venian cargados, como acémilas, con los tapices, telones y demás trevejos, que habian traido de su espedicion en un carro, juntamente con tres ó cuatro mudas de trages, á que se reducia en aquel tiempo el vestuario de un actor de teatro: las mujeres y el muchacho conducian la ropa en maletas, con espadas sin filo, partesanas de hojalata y otras armas inofensivas atravesadas á lo largo por de fuera: los ladrones se habian llevado las mulas que tiraban del carro, y los artistas prefirieron venir cargados con su pobre ajuar, á dejarlo perder en despoblado en una noche de lluvia.

Era lamentable el estado en que llegaba aquella pobre gente, y en otra situacion se habria prestado mucho á la risa lo estrambótico de su vestimenta: uno de los hombres, el mas jóven, que hacía los papeles de héroe y de galan enamorado, traía sobre su trage ordinario un tapiz flamenco, desechado de algun bodegon, á guisa de manto romano, y en la cabeza un enorme casco griego de laton, cubriendo una toquilla de grana deslucida, y ribeteada con oropel: otro, el que desempeñaba las partes de marido celoso, la de anciano y de rey, segun las ocasiones, vestia un tonelete azul con franjas doradas sobre las anchas calzas y botas de camino, cubriendo el todo con una larga capa de galan de noche, y la cabeza un sombrero viejo de alas anchas á lo maton: el tercero, que era sin duda el personage mas importante de la compañía, pues tenia el triple carácter de tramoyista, gracioso y director de las farsas, en las que solia representar el papel de payaso ó bufon, venia envuelto en una manta valenciana, tapando con ella, además de su cuerpo, un violon ó contrabajo, que traía terciado á la espalda, y cubria su gorra y cabeza un pañuelo, atado á mujeriegas debajo de la barba.

Las mujeres no presentaban á la vista ninguna estravagancia en su ropage, salvo el venir abrigadas con tapices en vez de mantos, lo cual era disimulable atendida la mala noche: la una era jóven y hermosa, y sus compañeros, de los cuales el galan enamorado pasaba por su marido, la llamaban *Amarilis:* esta desempeñaba indistintamente los papeles de dama y de graciosa: la otra era una beldad algo pasada, que servia para reina, madre y dueña, y aun representaba, si el argumento lo permitia, dos papeles en una misma comedia: era una actriz aprovechada; su nombre de campaña el de *Flora*.

Pero entre todos llamaba especialmente la atencion el muchacho, á quien designaban unas veces con el nombre de *Cupido* y otras con el de *Estrella:* era una criatura hermosísima, de mirada tímida, en la cual á veces brillaba el fuego de la inteligencia y del talento: á pesar del frio y de la lluvia, un bello color de rosa matizaba sus megillas, cuyo cútis fresco no habian podido curtir los trabajos ni la intemperie: tenia los cabellos largos y rubios, recogidos con una cinta roja que le pasaba por la frente, á manera de

diadema: su trage interior era el de un angelote con calzas ajustadas color de carne, que dejaban adivinar las perfectas formas de sus piernas, cuando por un descuido se entreabria el embozo de un largo albornoz, con el cual procuraba taparse, como una pudorosa doncella: la capucha de este ropage morisco le resguardaba la cabeza y daba cierta gracia misteriosa á su linda cabecita.

El primer movimiento de Quevedo, al ver entrar las estrañas figuras, fué de risa; pero contúvole el temor de ofender la desgracia de los malandantes cómicos, y procuró disimular, apresurándose á ofrecer á las damas sus servicios, y mandando á Robustiano y á otro mozo ayudar á los hombres á conducir sus arreos y equipage á la cocina, encender un buen fuego y preparar lo necesario para la cena de todos.

Entre tanto, él conducia las damas á su gabinete, diciéndolas:

—Señoras mias, habeis de perdonar si en esta casa no encontrais las cosas tan á punto y en buen órden como yo quisiera: un solteron no puede ofrecer á las damas las comodidades que ellas solas saben disponer para su regalo.

—No os inquieteis por eso, mi señor don Francisco, respondió la mas jóven, que ser hospedadas por vuestra merced es ya sobrado agasajo, y no poca fortuna en el estado en que nosotras venimos.

—Conocéisme, señora? preguntó el poeta, mirando con atencion á la dama.

—Y vos á mí, si no padezco error, contestó ella.

Entraban en esto en el gabinete, donde la luz de un velon y la del fuego de la chimenea iluminaron las bellas facciones de la jóven cómica y ayudaron á Quevedo á refrescar su memoria.

—Tomad asiento, señoras, aquí junto al fuego, dijo á las dos poniéndolas sillas, y si quereis mudaros de ropa, mi ama de gobierno os traerá lo necesario.

Habia entrado detrás de ellas el jovencito, y estaba en pié delante de la chimenea.

—Si nos permitís quedar aquí solas un corto rato, respondió la dama, es cuanto necesitamos; pues traemos vestidos de remuda.

Quevedo hizo un movimiento para salir, y quiso llevarse consigo al muchacho; pero la misma dama añadió sonriéndose:

—No: puede quedarse tambien. Cupido me ayudará á desnudar.

—Si sois Venus, lo comprendo, repuso el poeta mirándola con malicia.

—No soy Venus, señor poeta, sino Amarilis.

Quevedo se dió una palmada en la frente, y prorumpió diciendo:

—La belleza de aventuras,
aquella hermosura andante,
la caballera de Febo,
toda rayos y celages:
Ojos de la Ardiente espada,
pues mira con dos Roldanes:
don Rosider sus megillas,
don Florisel su semblante.
Doña Nueve de la Fama,
si dejan que se desate;
y en soltando las facciones,
allá van los Doce Pares:
La que deshace los tuertos,
y la que los ciegos hace,
siendo de Cupido y Venus
epílogo de hijo y madre....

«Ya no estraño, señora, no haberos conocido antes, pues á poco trabajo habeis podido hacerme ciego, si no miente la Fama.

—Eso lo dirán vuestros romances, sin que nadie esté obligado á creerlo, dijo el galán jóven que desde la puerta habia estado oyendo las flores de Quevedo.

—Ah! Quien es este? exclamó el poeta.

—Es mi marido, repuso la jóven.

Quevedo se volvió maliciosamente hácia el cómico y replicó:

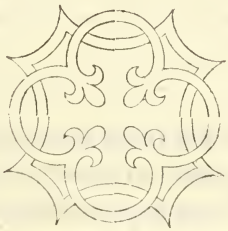
—Mienten, pues,.... los romances,
Que Amarilis la llaman, si no entienden,
Que son cuantos la miran sus amantes.»

Y añadió yéndose hácia la puerta:

—Vámonos, que estas damas quieren desnudarse. Cupido queda con ellas: ¿no temeis, señor marido, que el picaruelo temple sus flechas en el fuego de vuestra mujer?

—No temo yo á Cupido, que me trata muy bien, respondió el cómico riendo.

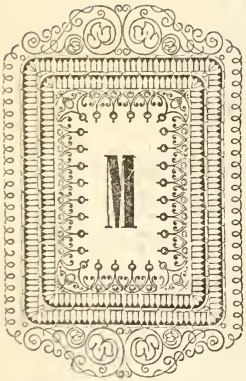
Quevedo se encogió de hombros, y ambos salieron cerrando la puerta.



CAPITULO XI.

DONDE LOS CÓMICOS HABLAN DE SUS AVENTURAS Y SE CUENTA LA HISTORIA DE CUPIDO.

Sabed, vecinas,
que mujeres y gallinas,
todas ponemos....
QUEV.—*Letrilla.*



IENTRAS las damas mudaban de trage y arreglaban su tocado, Quevedo metió prisa á la cena, que no pudiendo ser muy espléndida, pero sí abundante, pronto estuvo dispuesta; y los cómicos sin cuidarse de hacer cumplimientos, como gente acostumbrada á rodar por el mundo, secaron sus ropas al calor del fuego y se transformaron en personas medio decentes.

Servida la cena, Juanilla, que no habia visto nunca los comediantes, y estaba loca de contento, porque la casualidad los habia traido á casa de su amo, corrió al gabinete á llamar á las damas, y momentos despues se reunieron todos en el comedor.

Pasaremos por alto la cena, que nada tuvo de particular, fuera del apetito voraz del tramoyista-bufon, llamado *Luquete* (nombre que habia tomado de uno de los personages graciosos de Lope de

Vega); y de la buena voluntad con que este honrado sugeto se apegó al seco de Valdepeñas, hasta el punto de olvidar donde se hallaba y de mover camorra á sus compañeros: pero estos le cogieron bonitamente, uno de cada brazo, sin que él pudiese oponerles una gran resistencia, y le llevaron á acostar antes de tiempo.

Habiendo concluido de cenar, pregunto Quevedo á sus huéspedes si querian retirarse á dormir, suponiendo que vendrian harto necesitados de descanso; á lo cual contestó Amarilis, que no era tanto su cansancio que les obligase á preferir el sueño, siendo temprano, á disfrutar un rato de su amable compañía. Atendiendo á esta esplicacion, el poeta condujo á las damas y á sus compañeros al gabinete, como el lugar mas decente y abrigado de la casa, y mandó echar mas fuego en la chimenea.

Queria saber algunos pormenores de la desgracia acaecida á los cómicos, y tenia vivos deseos de que Amarilis le esplicase como era que se encontraba allí con tan escasa compañia; pues debemos manifestar á los que no la conocen históricamente, que esta Amarilis, aunque muy jóven todavía, era una de las farsantas mas insignes, y gozaba de mucha nombradía y estima, por haber representado las comedias mas famosas en los corrales del Príncipe y de la Cruz: verdad es que aun no se la estimaba tanto como despues de esta época, cuando la aficion del Rey á las letras y á los poetas puso de moda las comedias; pero ya estaba en posicion ventajosa para no andar mendigando aplausos y sustento de pueblo en pueblo.

Picaba tambien la curiosidad de Quevedo el hermoso Cupido, por la intimidad con que Amarilis le trataba, sin que por esto apareciese dar celos á su marido, y comenzaba á sospechar que era una mujer, ó por mejor decir una niña de quince á diez y seis años: la abundancia de sus cabellos y la gracia suave de sus movimientos lo daban bastante á conocer; pues por lo demás, fuese por que Amarilis hubiese querido mantener al poeta en su error y dar pábulo á su malicia, fuese por otro motivo que no hemos podido averiguar, el niño ó niña no habia cambiado por otro su traje medio mitológico, y sí solo se habia puesto calzas limpias.

Al sentarse todos al rededor del fuego, la jóven cómica puso un taburete á sus piés, y llamó á Cupido, diciéndole:

—Ven aquí conmigo, amor mio.

Y le hizo sentar casi entre sus rodillas, permitiendo que apoyase en ellas su brazo, y tomándole las dos manos como para calentarlas entre las suyas.

—Afortunado amor! No le hacen falta las alas para volar al cielo, dijo Quevedo.

—Sabia yo que érais galante, repuso la dama; pero no que rayáseis en lisonjero.

—Quizá no sea lisonja, sino envidia, contestó el poeta; mejor que yo, lo comprenderá tal vez otro.

Y miró al galan jóven.

—Bien puede ser, replicó Amarilis; pero yo sé deciros que, mas que á mi Nicasio, ha de darme á mí celos, con el tiempo, este Cupido.

—A vos, señora?

—Sí, por cierto, ó sé muy poco de comiqueria estante, ó transhumante.

—Ah! Comprendo! repuso Quevedo, cuyos ojos chispearon de penetracion. En Cupido creeis tener una rival capaz de eclipsar vuestras glorias de teatro. No es eso? Mucho ha de correr la niña, si ha de alcanzar á la ya famosa Maria Córdoba.

Este era el verdadero nombre de Amarilis, la cual contestó con no menos galantería:

—Señor don Francisco: los talentos que Dios cria no necesitan correr mucho para llegar á la meta los primeros: yo he oido hablar de un jovencito, que á los quince años,—y era cojo,—alcanzaba el grado de doctor en sagrada Teología, y á los veinte habia subido á la cumbre del Parnaso.

—Y á los treinta y ocho subió á la horca, repuso Quevedo.

—Pero no quedó deshonrado, replicó Amarilis con prontitud.

—Eso no, pardiez!—Mas dejemos á un lado mis aventuras, y hablemos de las vuestras: ¿cómo es que os encontrais en este desierto, pudiendo brillar en la corte?

—Vuestra larga ausencia de España, dijo la dama, os ha impedido seguramente apreciar el verdadero estado del teatro: habeis de saber, señor don Francisco, que á pesar del favor del público,

las comedias han estado casi proscritas en Madrid desde que el señor don Felipe III cayó enfermo; nuestra situacion era muy precaria, y ni la fecundidad pasmosa de Lope, ni el apoyo de los demás ingenios podian salvarnos de la opresion angustiosa de la censura y de las frecuentes interrupciones de nuestros espectáculos. Aquello era morir de ayuno, y fué menester buscar un horizonte menos estrecho donde pudiésemos dilatar la vida. El señor marqués de Ayamonte, protector de esta niña, que por su recomendacion entró en mi escuela, nos propuso ir á Sevilla, y nos dió cartas para el señor duque de Medinasidonia y otros nobles personajes andaluces, á quienes hemos divertido un año, dando funciones en sus casas, y que han recompensado con largueza nuestros afanes.

—Sí, dijo á esta sazon el galan enamorado: para que luego hayan venido los ingenios de puñal en cinto y trabuco en bandolera á recoger con sus manos lavadas ó sucias nuestros ahorros.

—No debiérais haber vuelto de Sevilla tan pronto, pasándolo tan bien por allá, repuso Quevedo.

—No podíamos hacer ya nada, respondió Amarilis: nuestra compañia estaba disuelta, por haberla convertido el amor en campo de Agramante. La bailarina principal que teníamos era una moza algo desenvuelta, de quien se apasionó cierto caballero de Cádiz, que pasaba en Sevilla una temporada: solicitábala tambien un hijo de un maestrante y un administrador del duque de Medinasidonia, el vicho mas malo que come pan: ella se daba maña para corresponder y engañar á los tres; pero esto no pudo durar mucho tiempo: el administrador se enteró, y á fin de alejar á sus rivales, vino á informarme de lo que pasaba, ocultando, por supuesto, sus propios pecados: me dijo que aquellos amorios podian ocasionar un conflicto entre el caballero gaditano y el hijo del maestrante, ó bien entre cualquiera de ellos y el marido de la bailarina; en cuyo caso el duque su señor, á quien él no podria menos de informar si aquello continuaba, llevaría muy á mal el que yo lo hubiese consentido: que procurase poner remedio, dando un buen consejo á la causante de aquel desórden. — Yo le contesté que, aunque era muy jóven para dueña y guardadora de mujeres casadas, haría lo que me indicaba por obsequio al decoro de la compañía.

—Mal negocio! dijo Quevedo.

—Y tan malo, repitió Amarilis. Yo conozco que no debí meterme en tales honduras; pero, qué quereis? Es tan mala la fama que se nos atribuye, con razon ó sin ella, á las mujeres de teatro, que yo creí conveniente evitar escándalos, mucho mas habiendo fundamento para ello. Pero me salió todo al revés de lo que pensaba. La bailarina no aguardó á que yo le esplicase cuanto sabia: mis primeras indicaciones la alarmaron: tuvimos contestaciones sérias; ella gritó, yo grité mas; en cuyo tiempo llegó mi marido, y tuve que engañarle, por no abochornar á la pérfida: hícele creer que disputábamos por una cantidad, que yo la habia prestado para hacerse un tonelete de baile cuando llegamos á Sevilla, y la cosa quedó así.

—Fuísteis demasiado generosa.

—Con efecto; porque de allí á pocos dias, al entrar en la sala donde ensayábamos, observé que Vergel y su mujer, que tambien eran de la compañía, la bailarina y su marido, y otros cuantos amigos suyos, se pusieron á hablar en secreto haciéndose señas maliciosas: parecióme que hablaban de mí, por lo cual me acerqué á ellos; y al punto mudaron de conversacion, diciéndose unos á otros que hacia buen tiempo. Ya conoceis á Vergel?

—Sí, de oidas, repuso Quevedo: es aquel de quien ha dicho el conde de Villamediana:

« Muy galan salió Vergel,
« con cintillo de diamantes;
« diamantes, que fueron antes
« de amantes de su mujer. »

—Cabalmente, prosiguió diciendo Amarilis; y muchas de las aventuras que se atribuyen á Maria Córdoba, no tienen mas orígen que los diamantes de amantes de la mujer de Vergel y otras como ella; porque hay gentes que no pueden vivir mal, si no achacan sus propios defectos á otras, cuya conducta las incomoda y acusa.

—Lo sé por esperiencia.

—Pues bien: la bailarina inventó que yo tenia dos amantes, y

que la habia llamado para darla celos, suponiendo que ella tuviese algo que ver con aquellos señores: Vergel y su consorte creyeron lo que les pareció de esto último; pero no dudaron de lo primero, y se movió entre ellos y sus amigos tal zarza, que llegó á enterarse mi marido. Yo tenia tambien mis pretendientes, no lo niego; porque parece que las cómicas tenemos miel, ó somos tierra baldía que todos desean ocupar y se creen con derecho á poseer; pero los contentaba con buenas palabras y me reia de su necedad: sin embargo, Nicasio, que no es nada sufrido, comenzó á inquietarse y á celarme.

«Fué desgracia que á uno de mis admiradores le ocurriese hacerme presente de un collar de perlas, cierta noche que representábamos en público: me lo mandó con un lacayo, y no bien habia salido este de mi cuarto, cuando se presentó muy atufado el caballero gaditano en el tablado, y dió de bofetadas al lacayo; detrás de él, llegó el hijo del maestrante y ambos se agarraron de palabras: intervino en esto mi marido, y les suplicó que fuesen á otra parte con sus querellas. El gaditano le contestó con insolencia, diciéndole que nada tenia él que ver en sus asuntos; y que si estaba allí, era por su gusto y el de una persona que le autorizaba para ello. — Y al hablar así miró involuntariamente hácia mi aposento: y era que el administrador del duque, para vengarse de su Filis, habia metido zizaña entre los dos galanes, diciéndoles á cada cual por separado, que si querian sorprenderla con otro, fuesen al vestuario, seguro de que así se encontrarian los dos: pero el gaditano, viendo salir al lacayo de mi aposento, se figuró que este era el de la bailarina, á quien aquel habria traido algun recado de su rival.

—No es mala tramoya, interrumpió Quevedo.

— Esperad, que aun queda lo mejor. Vergel oyó lo que á mi marido decia el gaditano, y se le rió en sus barbas: Nicasio montó en cólera y sin poderse contener, le rompió en las espaldas la espada de teatro que llevaba; y ciego de ira empezó á descargar puñetazos sobre Vergel y el gaditano: acudieron, al mismo tiempo el amo del lacayo y la bailarina, cada uno por su lado; el primero á vengar la ofensa hecha á su sirviente, la segunda á echar sobre mí las pedradas de aquel escándalo: yo que la oí, salí hecha una furia,

y la arrastré de los cabellos hasta la cortina del público, diciéndola cuanto se me vino á la boca. Los dos galanes acudieron á defenderla, y reconociéndose entonces por la intencion, se asieron con tal fuerza de las ropillas que ambos, al separarse cayeron de espaldas; y mi marido, y Vergel, y mi necio admirador, y el marido de la bailarina, y ella y yo, todos revueltos nos dábamos de golpes, bofetones, puntapiés y bocados, que no habia por donde asirnos. Los demás de la compañía, unos trataban de separarnos y se enredaban sin querer en la batahola; otros, mas juiciosos ó peor intencionados, permanecian como espectadores, riéndose á nuestras expensas. A todo esto, el público no sabia nada de lo que estaba pasando á dos dedos de sus narices; porque la cortina impedia verlo, y él impaciente por la tardanza en comenzar la segunda jornada de la comedia, metia un ruido infernal. No sé en lo que habria parado nuestra batalla, si al administrador del duque, que estaba allí presenciando la fiesta, no le hubiese ocurrido una idea diabólica, como suya: de repente, y cuando mas enfrascados estábamos en nuestra refriega, el mal vicho descorrió la cortina, y nos ofreció en espectáculo.

— Magnífica diablura! exclamo Quevedo riendo.

—Creo que vos habriais hecho lo mismo, repuso Amarilis: aquello nos puso en paz instantáneamente, como si una nevada nos hubiese refrescado la sangre. El público prorumpió en carcajadas, regalándonos un aplauso estrepitoso y un diluvio de silbidos: preciso es que estuviesen allí todas las llaves de cofre que hay en España. Sin esperar mas, cada uno de los combatientes desapareció por su lado.

—Comprendo muy bien, dijo Quevedo, que despues de esa aventura no pudiéseis continuar en Sevilla.

—Tanto fué así, como que aquella noche á duras penas pudo concluirse la funcion: el público se encargó de continuar la broma comenzada por nosotros; una parte de él tomo á mal que se nos interrumpiese continuamente: hubo disputas acaloradas entre los espectadores, y hasta en un grupo vinieron á las manos; con lo que se rompieron muchas sillas, cayendo unos sobre otros, las mujeres chillando, y todos dándose

á Barrabás. Al fin se acabó la fiesta como Dios quiso, pero la nuestra no estaba concluida.

—Todavía mas?

—Sí; mi señor marido quiso emprenderla conmigo: yo entonces canté de plano, y fué fortuna que el administrador me apoyase: naturalmente pasó el pleito á otra Sala: Nicasio llamó al marido de la bailarina, y le dijo que él y ella estaban de mas en nuestra compañia: pidióle aquel esplicaciones, y se les dieron categóricas. Nuestra Elena quiso comenzar la jarana; Vergel y otros se pusieron de su parte; pero no hubo apelacion. Yo corté por lo sano, diciendo que no queria mas disputas de aquel género, y que cada cual tirase por donde le acomodára; pues yo me volvia á Madrid. La compañía se deshizo: la bailarina y Vergel con los suyos se fueron á Cádiz: nosotros con estos amigos tomamos el camino de la corte, y ya sabeis la triste aventura que nos ha proporcionado el placer de venir á vuestra casa: una banda de ocho ladrones, nos acometió descuidados, se llevó todo nuestro dinero y joyas, incluso el collar de mi Adonis, y nos dejó atados á la clemencia del Cielo: por eso, cuando fuimos socorridos, á fin de preservarnos algo de la lluvia, tuvimos que cubrirnos con tapices y otros enseres, y por eso me habeis visto llegar, trayendo á cuestas al gran emperador Carlos V y á su ejército sobre Túnez.

De este modo ingenioso acabó de contar Amarilis la historia de su espedicion á Sevilla. Entre tanto, Cupido se habia dormido en su falda. Ella se inclinó y le dió un beso, diciendo:

—Pobre criatura!... Miradla, señor don Francisco; es muy hermosa. Si fuéseis un poeta de otra intencion, os pediria que compusiéseis unos versos á esta niña dormida. Pero ya se los hará el señor don Pedro Calderon de la Barca, siquiera porque tendrá en ella un piquito de oro para recitarlos.

—Y os parece que yo no seré capaz de hacérselos, cual los merece? preguntó picado el poeta.

—Oh! No digo yo tal: ya los estoy viendo venir.

—Con vuestro permiso, señor Nicasio, dijo Quevedo, volviéndose al galan.

Y en seguida improvisó este soneto :

« Descansa en sueño, oh tierno y dulce pecho!
Seguro (ay Cielo!) de mi enojo ardiente,
Mostrándote dichoso é inocente,
Pues duermes y no velas en tal lecho.
Bien has á tu cansancio satisfecho,
Si menor Sol, en mas hermoso Oriente,
En tanto que mi espíritu doliente,
De invidia de mirarte está deshecho.
Sueña que gozas del mayor consuelo
Que la Fortuna pródiga derrama ;
Que el precio tocas que enriquece al suelo ;
Que habitas Fenix mas gloriosa llama ;
Que tú eres ángel ; que tu cama es cielo,
Y nada será sueño en esa cama. »

Con grande aplauso celebraron los cómicos este soneto mas que galante, y bello en los conceptos, aunque no muy ajustado á las reglas de la armonía poética : pero no se podia pedir mas á una improvisacion, y hasta hubo quien se habria contentado con menos.

Al ruido de los aplausos despertó la niña, y miró en torno suyo con estrañeza.

—Soñaba que estábamos representando en el teatro, dijo ; pero veo que no es verdad.

—Hacíamos algo mejor que eso, hija mia, repuso Amarilis.

Quevedo no pudo moderar su impaciencia por saber quien era aquella linda criatura, y habiéndolo preguntado, casi todos los cómicos le respondieron á una que debia de haberla visto antes en alguna parte ; pero el poeta no pudo acordarse.

—¿No teneis presente, le preguntó Amarilis, haber visto una pobrecita niña, que se ganaba la vida cantando romances y coplas, bajo los pórticos de la plaza Mayor de Madrid?

—Sí, ciertamente, respondió Quevedo : muchas veces me paré á oirla , porque cantaba con gracia, y daba un perfecto sentido y espresion á la poesía.

—Y muchas veces me socorrió vuestra merced, dijo Cupido.

—Ah! No lo ha olvidado! Pero aquella niña no era tan hermosa como esta: verdad es que la miseria la afeaba.

—Sí, dijo Amarilis: esta pobrecita mia ha pasado muchos trabajos en pocos años: desde los cuatro hasta los diez de su vida tuvo que pedir limosna para mantener á su madre ciega y viuda de un militar valiente, que murió en la toma de Amberes: á los diez quedó huérfana y sin amparo de nadie, á pesar de que un pariente de su padre ocupaba entonces una posicion de las mas brillantes en la corte; pero, ni don Rodrigo Calderon era capaz de reconocer como de su familia á la mendiga Maria Calderon, (que así se llama mi Cupido), ni ella, en su humilde estado, se atrevió jamás á llamar á las puertas del opulento favorito: además, su madre se habia visto desconocida y rechazada, en una ocasion, por el magnate; y la tierna Maria conservó en su corazon la memoria de este ultrage, y aunque tan niña, tuvo la dignidad necesaria para no esponerse á sufrir un segundo bochorno: prefirió ganarse la vida con su ingenio.

«Pero, ¿qué vida era la suya? Refugiada, desde la muerte de su madre, en uno de esos asilos de la miseria, donde se acogen los vagos, los verdaderos desgraciados, y los caballeros de industria, la desdichada estaba en carrera de perdicion, á pesar de la doble salvaguardia de sus pocos años y de su buen natural: instintivamente y cediendo á su inclinacion á la música, se agregó á una cuadrilla de irlandesas, mendigas y sugetas á la clemencia del cielo como ella, de esas que andan por Madrid cantando, y cuya hermosura las suele convertir en damas de siniestra dicha. Una vieja hechicera tenia bajo su mano esta banda de pájaros, que soltaba por la mañana, y que á la noche le daban cuenta de sus ganancias, recibiendo en cambio un pedazo de pan moreno, un plato de mal potage y un jergon de paja tendido en el húmedo suelo: la que no habia recogido tanto como deseaba la codiciosa vieja, se acostaba sin cenar, despues de sufrir muchas veces los mas duros tratamientos. Pero las infelices llevaban esto con paciencia, porque al cabo tenian un asilo, y nunca les faltaba quien las defendiese en cualquiera parte que alguien intentára maltratarlas:

«A medida que iba creciendo Maria, conocida entre sus compa-

ñeras con el nombre de Estrella, y en proporcion que se desarrollaban sus gracias naturales, era mayor su desventura, pareciendo tener la pérfida vieja mas placer en atormentarla: ya en alguna ocasion habiase tratado de seducirla, presentando á su consideracion el lujo de otras muchachas que habian sido sus amigas, y advirtiéndola que podia ella tambien aspirar al favor de algun rico caballero: la tentacion era terrible para una niña que á todas horas escuchaba ya los brutales requiebros de los lacayos y soldados que la oian cantar, y que necesitaba emplear todo su ingenio para que no se viesen descubiertas sus carnes: pero resistia por la fuerza de ese noble orgullo que forma el fondo de su carácter, y el vivo espíritu de independencia que la alentaba la defendia del vicio, inspirándola al mismo tiempo ideas elevadas.

«Ella misma me ha confesado que muchas veces, en sus largas horas de martirio y de insomnio, llegó á pensar en la proteccion de algun hombre capaz de sacarla de su mísero estado; pero se lo imaginaba dotado de honor y de grandeza de alma y digno de merecer su amor esclusivo; y cayendo luego de este cielo de ilusiones, imaginaba buscar en otro campo la espansion necesaria á su alma jóven y entusiasta: entonces pensaba en las comedias, de que sabia las mejores relaciones, y alimentaba la esperanza de verse independiente y aplaudida en el teatro.

—Era una vocacion, observó Quevedo.

—Habéislo acertado, repuso Amarilis; pues, aunque se envanezca, debo deciros que su disposicion para la comedia es asombrosa. Pero sigamos la historia: la hechicera vieja comprendió que no conseguiria su objeto por los medios vulgares, y adivinando las altas miras de la niña, empleó los que eran mas adecuados á su genio altivo. Una noche que Maria se retiraba de su diaria correria, observó que la seguia un muy apuesto galan; el cual, deteniéndola al cabo de una calle, comenzó á decirla amores: aquel dia precisamente la vieja habia tenido la rareza de darla un vestido nuevo y de asearla con esmero. La niña contestó al galan con modestia, rogándole que se retirase; pero él insistió en acompañarla, dándola á conocer que sabia su vida desventurada, y prometiéndola un mejor porvenir, si á la noche siguiente queria escucharle mas despacio.

« Maria se retiró á su casa, sin prometer nada al galan ; pero á la noche siguiente estuvo mas temprano en el parage donde le habia encontrado. Parecia el tal sugeto un noble caballero por lo bien vestido y arrogante : seducida Maria por aquel esterior, y mas aun por el deseo de verse libre y bien tratada, se dejó conducir á una casa, que á ella le pareció un palacio : nunca sus piés habian pisado otra mejor, ni aun semejante : pero al entrar en ella, su pudor se alarmó en presencia de algunos modales demasiado licenciosos que observó en la dueña de la misma, y á quien el galan llamaba unas veces madre y otras tia. Esta mujer hizo entrar al caballero y á la niña en un cuarto, y los dejó solos.

« El lobo se despojó demasiado pronto de su piel de cordero, y apareció en toda su horrible brutalidad natural : Maria, tímida al principio, quiso invocar sus sentimientos generosos, recordándole que la habia prometido ampararla ; pero viendo que en aquel corazon no vibraban las cuerdas del suyo, comenzó á desesperarse y á gritar pidiendo socorro, á lo cual oyó que contestaban en otra pieza con bestiales carcajadas y palabras soeces.

« Entonces la débil criatura corrió á una ventana, la abrió, y sus gritos fueron oidos en la calle, por donde á la sazon pasaban tres caballeros : la dueña de la casa y el galan corrieron al balcon y taparon la boca á su víctima, esforzándose para obligarla á entrar dentro ; pero ella, que no tenia idea clara del peligro que la amenazaba y creía defender su vida, se asió con fuerza de los hierros, luchando con el vigor que da la desesperacion. En aquellos momentos llamaron con reiterados golpes á la puerta, y la mujer soltó su presa esclamando : — « Estamos perdidos ! » — Momentos despues entró en el cuarto uno de los caballeros, cuya presencia, llenando de júbilo el corazon de la niña, que se acojió á su lado, impuso un terror cerval á su infame seductor : era este un criado de aquel caballero, vestido con ropa de su amo.

— Decid el nombre del caballero, indicó Maria enjugándose las lágrimas.

— Era el marqués de Ayamonte, prosiguió Amarilis : el cual sin detenerse un momento en aquel lugar inmundo, hizo salir delante á su criado y tomó la niña de la mano, como lo hubiera hecho

un padre ofendido: cuando estuvo en la calle, la dejó bajo la custodia del mismo criado, que temblaba de miedo, y se acercó respetuosamente á los otros dos caballeros, uno de los cuales parecia ser muy jóven, á juzgar por su estatura: quienes fuesen ignoro, y acaso no me estaría bien adivinarlo, habiéndome solo dicho el marqués que eran dos amigos suyos. Estos hablaron con él un corto rato, riéndose de la aventura, y luego le dejaron, yéndose por otra calle. — El jóven marqués llevó la niña á su casa, y al dia siguiente me la envió á la mia, recomendándomela con una carta muy espresiva; en la cual me decia, que me mandaba una alumna de las Musas, quedando á su cargo el asistirla con una pension de cien escudos mensuales, y al mio el de redimirle de esta obligacion, haciendo de ella una cómica de provecho.

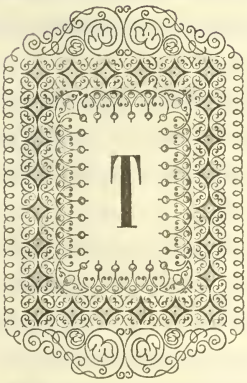
« No estará el marqués descontento de mí, ni de su pupila; pues en medio año que esta lleva de ejercicio, aunque la presencia no la ayuda, ha desempeñado ya papeles de importancia, y tengo entendido que el señor don Pedro Calderon de la Barca está escribiendo uno espresamente para ella.

« Esto ha ganado por un albur de la suerte, habiéndosela convertido en bien el mal que querian hacerla: en cuanto á la vieja hechicera y á su comadre, la *tia* del lacayo, ha tres meses que salieron por Madrid en triunfo borrical, muy untadas de miel y cubiertas de pluma; y á estas horas estarán haciendo penitencia en alguna casa de Arrepentidas: el lacayo perdió su empleo, y fué enviado á servir á S. M. en los ejércitos de Flandes. »

Así acabó Amarilis la historia de Cupido; y siendo ya tarde, se dispuso que cada cual se retirase á dormir en los aposentos que se les habia preparado. La jóven cómica y su compañera Flora durmieron juntas; los cómicos arreglaron una buena cama en el pajar y Cupido se acostó con Juanilla, que desde aquella noche se hizo muy amiga suya; de lo que resultó una determinacion que sabrá el lector, si quiere leer el capítulo siguiente.

CAPITULO XII.

VUELTA A LA CORTE.



TRES dias permanecieron los cómicos en casa de Quevedo, el cual procuró obsequiarlos mas de lo que permitia su pobreza: durante este tiempo, Robustiano, guiado por el tramoyista ó aparejador, como entonces se decia, fué á buscar el carro que habia quedado en el camino, segun dijimos en el capítulo décimo, y volvio con él; los cuadrilleros, auxiliados por la gente del pueblo, encontraron á los ladrones en una venta cerca de Mengíbar, los batieron, matando á dos de ellos y prendiendo á otros cuatro, y rescataron las alhajas, las mulas y parte del dinero robados á la compañía; y por último, Juanilla se aficionó de tal manera á la jóven Maria Calderon, que se decidió á pedir licencia á su padre para seguirla á la corte.

No fué difícil alcanzar este permiso del capataz, que como ya hemos visto, se figuraba que su hija debia de hallar las Indias en

Madrid; y aunque es verdad que él hubiera querido colocarla de camarera de alguna duquesa, no obstante, se hizo cargo de que esto no era factible, y se conformó pensando que todas las cosas quieren principio, y que Juanilla necesitaba pulirse para tratarse con altas damas; lo cual conseguiria sin duda con el roce de las cómicas: no dió, sin embargo, su venia antes de consultar el negocio con su amo, lo cual hizo de esta manera:

—Yo, señor, soy un pobre, y debo procurar el acomodo de Juanilla: como ya dije á vuesa merced, mi gusto seria colocarla con aquella doña tal Henriquez, á quien yo he de llevar una embajada de vuesa merced; pero á falta de pan, buenas son tortas, dice el refran; y luego que estas señoras cómicas me parecen farsantas de calidad, y no así como quiera; que bien se conoce: y si fuesen perdularias, no serian tan amigas de vuesa merced, ni se tratarian con marqueses y condes. Pues, como iba diciendo, las cómicas todas son unas malditas, que tienen tres pelos del diablo; y nadie como ellas para enseñar de pulítica y de rumbo á lo gran señor; pues yo me acuerdo de haber visto una comedia en Miguelturra, de esto hará ocho años, en que salió una dama haciendo la reina de Babilonia; y estaba tan pintiparada, que me arrodillé temblando de respleuto, lo cual dió mucho que reir á los concurrentes.

—Sí, ya lo supongo, interrumpió Quevedo, viendo que su capataz perdia el hilo de su discurso. Pero todo eso quiere decir que á falta de colocar á Juanilla con una dama de la reina, la colocaríais con una dama de teatro. No es eso?

—Hálo acertado vuesa merced; pero yo no quiero hacer nada en esto sin vuestro consejo; y por lo mismo, habiéndome dicho Juanilla que esa niña que viene con doña Amarilis es protegida nada menos que del señor marqués de Allá-montes, he pensado acá para mi sayo, que no estaria mal con ella y con la señora Amarilis; y que andando el tiempo, ¿quién sabe si Juanilla encontrará tambien un marqués, y si algun dia no la oiremos llamar doña Juana de Tal y Cual?

—Eso vendrá mas tarde, si Dios es servido, amigo Robustiano: por ahora, solo se trata de que vuestra hija se acomode con la señora Amarilis.

—Cabalmente, señor.

—Pues bien, si ese es vuestro gusto y el de Juana, yo hablaré á la señora, y no dudeis que mirará por ella como por una hija.

Quevedo recomendó aquel mismo dia la muchacha á Maria Córdoba, la cual se encargó de pulirla, y se divirtió mucho oyendo á Robustiano hacer castillos en el aire: aunque rústica, Juanilla no era tan sándia como su padre: con menos malicia, era mas avisada y discreta; solo carecia de los finos modales y de la cultura que se adquieren con una buena educacion y el trato de gentes delicadas.

Los cómicos partieron una mañana de Enero, llevando en su compañia y resguardo á Robustiano, encargado de entregar en casa de doña Maria Henriquez un grueso pliego, que contenia la *Visita de los chistes*, con una dedicatoria muy galante de Quevedo á dicha señora, y otros dos mozos, armados todos con mosquetes: el tren de teatro, tiendas, tapices y equipage iba en el carro, tirado por dos gallardas mulas; Cupido encaramada encima de todo y envuelta en una capa; las dos damas, montadas en sendas mulas, á cuya grupa se subian de vez en cuando los hombres para reposar de la fatiga del camino; Juanilla en una borrica de su padre; este guiando el carro, y los mozos uno delante y otro detrás de la comitiva.

El alcalde del lugar estuvo presente á la despedida de los cómicos, y no dejó de sentir envidia al ver que Amarilis abrazaba amistosamente á Quevedo, á quien dijo en voz baja:

—He de conspirar, amigo mio, para que nos veamos pronto en Madrid.

De allí á poco tiempo, á mediados de Marzo llegó á la Torre de Juan Abad un mensajero espreso con una carta de doña Maria Henriquez, ó si se quiere doña *Mirena Riqueza*, que era el anagrama puesto por nuestro poeta en su dedicatoria, la cual decia:

« Quien bien quiere, nunca olvida; y este refran, como todos, « verdadero se confirma con vuestra memoria de la *Visita*, que me « trajo el bueno de Robustiano. Yo tambien me acuerdo del diabli- « llo que hacía rabiar á doña Remigia de Quincoces, (que en paz

« descanse), aunque entonces era *Mirena* muy niña; y en prueba de « ello, junto con esta carta encontrareis mi mejor respuesta. No « creais que me haya costado poco el conseguirlo; pues teneis aquí « muchos envidiosos, que os hacen tiro: Montalvan, Góngora y « otros; pero el Rey ha leido vuestro discurso, alguna persona le « ha hablado fuera de Palacio, y yo he hecho lo que he podido. « Venid pronto, que se os estimará: vuestra amiga=MIRENA « RIQUEZA.

Con esta carta venia una órden del conde de Olivares, duque de San Lucas la Mayor, y camarero *idem* de S. M., quien con este carácter comunicaba á Quevedo, que el Rey habia resuelto alzarle el destierro y mandar que se le honrase, admitiéndole á su servicio en Palacio, en calidad de secretario privado.

Cualquiera otro habria dado un salto de contento, al recibir tan satisfactorias nuevas. Quevedo se rascó la cabeza, miró la órden por el derecho y por el reverso, y se quedó pensativo: al cabo de un rato murmuró:

« A la corte vas, Perico:
Perico, á Madrid te llevan
Mujeres y cortesanos:
¡Dios de su mano te tenga!...

Volvió á leer la carta de la dama, y repitió con ella:

« No creais que me haya costado poco;... pues teneis aquí muchos envidiosos... Montalvan, Góngora y otros»... Temible falange! Góngora me asusta; porque, siendo la segunda edicion corregida é ilustrada de doña Remigia de Quincoces, no podré irme á la mano, y será capaz de aturullarme y confundirme bajo un aluvion vertiginoso de coruscantes y trilingües *Soledades*. Oh! Y si él supiera qué ganas tengo de vengar en su pellejo la clara, lisa y gallarda lengua castellana!...

Góngora, poeta elegante y de viva imaginacion, en fuerza de querer ser original, habia caido en un estremo de sutileza y sublimidad que le acercaba mucho á la pedantería: su estilo brillante y culto degeneraba en oscuro y embrollado: necesitábase aguzar por de-

más el ingenio para entenderle y sacar en claro lo conceptuoso y metafórico de sus cláusulas. Esta estravagancia literaria, que tomó despues el nombre de *gongorismo*, aunque su inventor fué el poeta cortesano don Luis Carrillo de Sotomayor, tuvo desde luego sus partidarios y admiradores, y llegó con el tiempo á ser contagio de que no escaparon los mas eminentes literatos.—De un escritor moderno, harto famoso, han dicho algunos: «Cuánta profundidad la de este autor! Lee uno veinte páginas de sus obras, sin poder penetrar el arcano de su pensamiento!» —Góngora inspiró en su tiempo una admiracion de este género, y sus composiciones con el título de *Soledades* eran imitadas en todos los tonos de la lira, repetidas de boca en boca, interpretadas y comentadas: pero los amantes de la verdadera belleza se sublevaron contra esta profanacion del arte, que bastardeaba la pureza y claridad del lenguage; por lo que alguno dijo con mucha oportunidad.

«¿ No es cosa impertinente,
que al que ayer escribió ya hoy se comente?»

Habia, pues, dos bandos literarios; uno llamado de los *cultos*, y otro de los poetas del *aguachirle* castellana: Quevedo se declaró desde luego contrario de Góngora y de su culteranismo afectado; pero aun no habia llegado á romper lanzas con él, ni los de su partido formaban un cuerpo de oposicion compacto: faltábales un gefe y este no tardó en aparecer.

Nuestro héroe arregló sus negocios y marchó á Madrid, resuelto á desahogar en el palenque de las letras toda la bilis que habia criado en el piélago de la política, y á no mezclarse en nada que tuviese relacion con esta: otro era el pensamiento de sus amigos.

El dia que entró en la capital, ofrecia esta un espectáculo estraño: el gobierno acababa de expedir una pragmática contra el lujo, arbitrio empírico imaginado para fomentar la riqueza pública; y á fin de contentar al vulgo, muy satisfecho de esta medida, se estaba dando una muestra del vigor con que aquel queria llevar á cabo la ejecucion de sus órdenes: al efecto, los alcaldes de casa y corte recorrian la villa con numeroso acompañamiento de alguaciles, invadian

las tiendas de los mercaderes, y sacaban á las calles los cuerpos del delito; es decir, las telas delicadas, los cuellos de blonda, los perfumes y demás objetos propios de un refinamiento sibarítico, haciendo montones con ellos y pegándoles fuego: las turbas acudian regocijadas á presenciar estos ridículos autos de fé, y aplaudian con frenesí tan estravagante proceder.

No carecia, sin embargo, de fundamento racional esta aprobacion del vulgo: el comercio de lujo se alimentaba por regla general de objetos estrangeros, y estrangeros eran tambien casi todos los que los vendian: por consiguiente, los millones que pasaban de América á España, y de manos del pueblo á las de los fastuosos magnates y cortesanos, no volvian por el curso natural de las satisfacciones del lujo al bolsillo de los artesanos é industriales españoles, sino se disipaban como el humo, yendo á enriquecer otras naciones. El vulgo no poseia los profundos conocimientos de la economía política exótica, que hoy son pasto y pienso de las inteligencias privilegiadas que los comprenden; pero, gente sencilla y acostumbrada á llamar al pan, pan, y al vino, vino, sabia contar, siquiera fuese por los dedos, y decia para su burdo sayo: «Cien millones, gastados en adornar de diges y perendengues á las damas y á los señores de la corte, son cien millones: ¿de donde han salido?—De nuestro sudor.—¿Quien los recoge?—Los estrangeros que fabrican y venden los tales diges y perendengues. Luego perdemos cien millones.»

Y hacian otra reflexion aquellas gentes sencillas é ignorantes: «El lujo, decian, es como una epidemia, cuyo contagio se estiende de mayor á menor, como una mancha de aceite; y es tambien como el fuego que cae en la paja seca, á quien sopla el viento de la vanidad, (comparaciones todas propias del vulgo tosco); resulta de aquí, que el secretario necesita vestir y derrochar como el ministro; el lacayo, como el señor; la camarera, como la gran dama; el artesano, como el rentista; la menestrala, como la propietaria, *et sic de cœteris:* resulta de aquí tambien, que si los sueldos no alcanzan, se ha de robar, se han de vender los destinos, las influencias, la justicia; que si la mujer del escribano vé á su vecina sacar unos chapines con herraduras de plata, y ella no puede lle-

varlos, sacará á su marido los ojos, ó le pondrá duro el pelo..... »

Y así, por este estilo discurrian aquellos españoles poco ilustrados del siglo XVII, deduciendo por último dos conclusiones antieconómicas en el XIX, á saber: que el lujo era una gran causa de inmoralidad; y que no estando alimentado con producciones del trabajo español, debia de ocasionar progresivamente la ruina de España.

Quevedo pensó esta vez lo mismo que el vulgo, y aun fué algo mas allá: observando que la pragmática no comprendia á ciertas clases privilegiadas, creyó que el mal estaba en la cabeza y que de allí debia venir, con el ejemplo, el remedio: al visitar á doña María Henriquez, habló de esto, como que era, segun ahora diríamos, la cuestion del dia: la dama de la Reina le aconsejó que escribiese algunos versos alusivos á este objeto, y los dedicase al conde de Olivares.

—No podeis hacer cosa mejor para congratularle, dijo.

—Lo haré, señora, respondió el poeta; mas solo por complaceros, pues temo mucho que al conde no le agraden mis versos.

—Le agradan los de Villamediana, y ya sabeis que no son mas comedidos que los vuestros.

—Estais segura de que le gustan?

—Regla sin excepcion, Quevedo: en siendo versos, todos son buenos para el conde, aunque ha quemado los suyos.

—Ha hecho bien su excelencia; porque eran perversos. Pero, señora; mal se aviene ese acto con la aficion que, segun decís, tiene el conde á la poesía.

—Al contrario, se aviene perfectamente; porque habeis de saber que el Rey es poeta.

Quevedo dió un salto en su silla.

—Mal principio, señora; mal principio! exclamó. El Rey poeta, y el privado rompe su lira!... Malo... malo...

—Al contrario, repuso la dama con intencion: eso es muy bueno: así brillarán las letras y las artes, al mismo tiempo que prospera la monarquía.

—Será lo que Dios quisiere, señora, repuso Quevedo; pero, ¿no

estaria mejor el Rey gobernando, y aunque su privado se entretuviese en hacer versos para divertirle los ocios? *Y no lo digo por mal*, añadió en seguida, echando á broma su franca censura; sino solo porque, dando en los versos, parará en pobre S. M.

—Ó los poetas se harán ricos, dijo la dama; y veremos en este siglo lo que no se ha visto nunca. De poco tiempo á esta parte, el Parnaso se ha trasladado á la cámara Real: allí acuden á todas horas los ingenios mas celebrados: Lope de Vega, don Luis de Góngora, Calderon, Villamediana, un jovencito de muchas esperanzas, segun dicen, llamado Moreto, y qué se yo cuantos mas. Solo faltais vos, y no dudo que sereis bien recibido. Creedme, Quevedo: haced esos versos, y presentadlos á Olivares cuando le hagais vuestra primera visita: él anda á caza de poetas, y sobre todo de los que tienen mala lengua.

—Como yo, ¿no es verdad? Es decir, que S. E. se ocupa en pescar ranas, como cierto rey de la antigüedad.

—Qué rey era ese? preguntó doña Maria. Paréceme que atinais.

—Este rey se llamaba Artabano: de él tengo hecho un soneto, que no vendria del todo mal en esta ocasion.

—Un soneto? Decídmelo.

—Escuchad; pero tenedlo reservado:

«En caña de pescar trocó Artabano
El cetro; y las insignias soberanas
Ocupó diligente en pescar ranas,
Para acallar el cieno de un pantano.
Emperador araña, Domiciano,
Cazando moscas, infamó sus canas,
Cuando cerrando puertas y ventanas,
Pudo limpiar las siestas al verano.
—Fortuna, ¿no estuvieran mas decentes
Puestas en un moscon y un renacuajo
Las dos coronas, que en tan viles frentes?

Témome que el reinar oficio es bajo;
Pues que ruegas, á costa de las gentes,
Con cetro á un mosqueador y á un espantajo.»

— Guardad vuestro soneto, Quevedo; os lo dice una amiga.

— Oh, señora! Ya sé que la malicia pudiera interpretar mal mis intenciones, cuando solo hablo de un emperador y un rey, que ha muchos siglos dejaron de cazar moscas y pescar ranas. Seguiré vuestro consejo, y diré cuatro verdades al conde duque en tono de sátira.

— Oh! Cuidado con eso!...

— Dejad correr mi musa retozona. — Veis? ya me inspira versos la maldita: — y al baile me conduce corretona...

— Con tiento: pensad mucho lo que decís ó callad.

— «No he de callar, por mas que con el dedo,
Ya tocando la boca, ó ya la frente,
Silencio avises ó amenaces miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?...

— Veo que estais de vena, dijo doña Maria, y no quiero interrumpiros. Aquí teneis recado de escribir: os dejo encerrado.

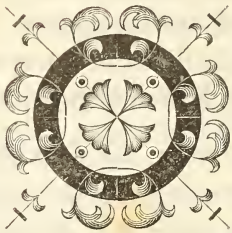
Quevedo se sentó á la mesa que le indicaba la dama, y siguió trazando en el papel los magníficos tercetos de la *sátira contra las costumbres de su tiempo*, que habia empezado.

El pensamiento que en esta ocasion le dominaba era mas patriótico que otra cosa, y el noble deseo de mejorar la condicion viciada de los españoles se reflejó con energia en toda su obra, á la cual dió algunos toques encaminados á halagar la vanidad del conde duque, sin otro objeto que el de obligarle á seguir la senda del bien.

Cuando hubo concluido, llamó á la puerta, y al abrirla doña Maria, se presentó rodeada de algunos cortesanos, entre ellos el conde de Villamediana, que esperaban oir una sangrienta diatriva contra Olivares.

Quevedo les leyó su sátira, y todos convinieron en que era una

hermosa composicion; pero la dama dijo al poeta en particular, que no tenia toda la sal y pimienta con que solia sazonar su ingenio este género de poesías. Quevedo comprendió lo que deseaba de él aquella ilustre reunion, y disculpándose por no haber sabido complacerla, se retiró prometiendo hacer otros versos mas salados cuando estuviese de humor. Pero interiormente se propuso huir el bulto á semejante compromiso, que le hubiera mezclado en intrigas agenas.



Urrabieta Lit.º Lit. Labielle, c. Monserrate, 3.

El Conde-duque de Olivares.

CAPITULO XIII.

INTRIGA Y AMOR.

Con efecto, nuestro héroe obró prudentísimamente en esta ocasion, absteniéndose de entrar en combinaciones que no conocía, y creyó no deber arrepentirse de su conducta, cuando al dia siguiente se presentó á saludar al conde-duque.

Halló á este aposentado dentro de Palacio, y nada menos que en las habitaciones destinadas á los príncipes de Asturias: ningun favorito, hasta él, habia tenido tan alto honor, que la gente murmuradora calificaba, no sin justo motivo, de sin igual osadía: pero aquella estancia regia no le servia para ostentar vana grandeza, ni para regalo de su persona; pues habíala convertido en gabinete de Estado, y en ella pasaba los dias y las noches, ocupado, al parecer, en asíduos trabajos: allí se hacía traer los espedientes de todas las demás oficinas, se enteraba de ellos, los pasaba á consulta de los consejos respectivos, y despues que eva-

cuaban estos sus informes, emitía él su dictámen para la resolucion definitiva del Rey. Este sistema, en parte nuevo, y en parte imitado del duque de Lerma, tenia en verdad el inconveniente de poner en manos de un solo hombre los negocios así militares y políticos, como civiles; tanto los administrativos, como los judiciales; convirtiendo al privado en árbitro supremo de los destinos de la monarquía; pero el afanoso celo con que se ocupaba en ellos, y el cuidado que parecía poner en no resolver nada por sí solo, sin la aprobacion del Rey, disculpaban en gran manera aquel esceso de autoridad.

El conde-duque hizo aguardar á Quevedo mientras acababa de despachar un negocio con sus secretarios; pero luego le recibió cortesmente, y le dijo:

—Temia que no acudiéseis á mi llamamiento; pues, segun ciertas voces, no quereis ser mi amigo.

—Esas voces pueden no ser verdaderas, respondió el poeta: lo cierto es, que yo no tengo merecimientos para aspirar á la amistad de vuecelencia.

—Yo creo, repuso el privado, que todos los hombres de valía (entre quienes os cuento á vos), son dignos de mi amistad; sin embargo, no puedo lisonjearme de obtener la de todos ellos, y menos la de los que han contraido y conservan vínculos anteriores á cierto acontecimiento.

—Vuestra escelencia piensa muy cuerdamente, replicó el poeta: mas yo creo que, sin romper unos vínculos, se puede contraer otros; y que, si los primeros se conservan á pesar de la desgracia, esto es una garantía de firmeza para los segundos.

—Es cierto; y yo estimo la fidelidad que guardais al duque de Osuna.

—Tal vez parezca esceso lo que voy á decir, repuso Quevedo, mirando fijamente á Olivares: hombres como el duque de Osuna merecen siempre la estimacion y el respeto de cuantos les tratan; y habiéndole yo tratado mas de cerca que otro alguno, seria injusto, además de ingrato, si no tuviese de él esta opinion, ahora que lucha con la adversidad.

—Efectivamente, señor de Quevedo: el duque es una de las personas que á mí mismo me merecen la mas alta consideracion.

—Ah!.... No es pequeño mérito en vuecelencia el reconocer las recomendables prendas de mi ilustre amigo; y esto me alienta para presumir, que no estará quizás lejano el dia en que se le haga justicia.

—Si de mí dependiese, otra seria ya la situacion del duque, dijo Olivares con bien fingido pesar: «creo que nunca se han atropellado prendas mayores por pecados mas veniales.» Pero en los asuntos de justicia es preciso dejar libre la accion de los magistrados: así se depura y brilla mas acrisolada la inocencia.

Quevedo quedó encantado al oir estas bellas palabras en boca del ministro, y desde aquel momento se habria declarado partidario suyo, á no ser por la voz de la esperiencia, que interiormente le aconsejaba esperar la elocuencia de las obras, única en que su espíritu creía. Sin embargo, no pudo menos de elogiar las rectas miras que manifestaba Olivares, declarándole que, siguiendo por la senda emprendida, se haría inmortal.

El privado mudó de conversacion, preguntando al poeta en qué se ocupaba, y este, despues de darle cuenta de sus últimos trabajos, le presentó la sátira que habia escrito, y le rogó que aceptase la dedicatoria como una muestra de adhesion á sus actos conocidos y de gratitud por la libertad que le habia alcanzado. El conde-duque aceptó la dedicatoria, y prometió á Quevedo facilitarle la ocasion de leer sus versos al Rey, con lo cual tendría en adelante libre entrada en Palacio: además le dijo, que pensase en algun empleo activo, propio para utilizar su capacidad en servicio del Estado; y con esto le despidió hasta otro dia.

El poeta no sabia qué pensar de tan manifiestos favores, despues de la persecucion injusta que le habia hecho sufrir el mismo que se los dispensaba; y su corazon naturalmente generoso le inclinaba á creer que, mejor informado, el conde-duque se proponia enmendar con nobles reparaciones los ultrages hechos por esceso de celo, en los primeros momentos de su gobierno: lo que le habia dicho respecto al duque de Osuna parecia confirmar esta idea; pero no obstante, como las primeras impresiones son difíciles de borrar, Quevedo, que nunca habia simpatizado con Olivares, y que por otra parte odiaba los compromisos políticos, determinó mantenerse

en una posicion independiente, sin dejar de mostrarse agradecido.

A los pocos dias, fué citado para asistir á una academia, que el jóven Rey habia dispuesto celebrar en la Casa de campo, á imitacion de los antiguos *juegos florales:* paseándose por aquellos jardines, encontró al gran Lope de Vega, decano de los poetas de aquel siglo, cuyo rostro pálido, sombreado por su larga y blanca cabellera, conservaba en los ojos todavía una vivacidad al parecer inextinguible: con él estaban sus discípulos Góngora y Calderon de la Barca, jóven este de treinta años, y por lo tanto, en toda la plenitud de su inmenso genio: aun no usaba el trage eclesiástico de que en todo tiempo y ocasion le revisten novelistas y pintores: era un gallardo caballero de apacible semblante, ojos inspirados y cabello castaño tirando á rubio. Al rededor de estos tres grandes hombres, y como los satélites que arrastran en su órbita los planetas, seguian el jorobado Alarcon, mas modesto, aunque no menos grande que alguno de ellos; el doctor Perez de Montalvan, y el jóven Moreto, á quien todavía no apuntaba el bozo.

Al acercarse Quevedo, se abrieron en dos alas los otros poetas, y dijo Calderon:

—Ved aquí al que nos traerá noticias del correo mayor de España y Nápoles.

Quevedo saludó cortesmente á Lope y Calderon, y á los demás con menos consideracion, y repuso:

—Hace ya mucho tiempo, señor don Pedro, que no curso esa carrera; por consiguiente ignoro en qué vias anda el señor Correo mayor: mejor podria saberlo nuestro amigo Don Luis de Góngora.

—Yo, señores, dijo Góngora, me honro con la amistad de don Juan de Tarsis, conde de Villamediana: pero de algun tiempo á esta parte no le veo: sin duda, las ocupaciones de su cargo...

—Mas creible es que algun empeño amoroso le traiga distraido, contestó Lope de Vega: cuando la galantería se ha hecho moda en en la corte, y no hay caballero alguno que no se precíe de servir á una dama, lo menos, bien puede suponerse que nuestro conde poe-

ta, el mas bizarro de los cortesanos, rendirá tributo de adoracion á alguna incógnita hermosura.

—Incógnita debe de ser, repuso Alarcon; pues nadie la oyó nombrar.

—Yo tengo mis motivos para creer que su dama está en Palacio, dijo Montalvan.

Góngora le miró con el aire de superioridad que le permitia su carácter de maestro, y se apresuró á responder interrumpiéndole:

—No es creible sino que el conde ponga sus pensamientos en dama de alta calidad, como lo son todas las que asisten á S. M. la Reina; pero hasta hoy, señores, no es conocido el objeto de su preferencia, dado que lo tenga, pues por mi parte lo dudo; y en todo caso, me parece que debemos respetar su reserva.

—El señor don Luis tiene razon, observó Quevedo con maligna sonrisa; los amores son como huevos, el aire y el sol los pudren: yo estoy libre de esto; porque los sorbo pronto, para que no se averien.

—Siempre el mismo, el bueno de Don Francisco, dijo el decano de los poetas. Pero, ¿no os parece, señores, que tarda mucho el conde? Sus Magestades deben de llegar muy pronto, y á no ser que él venga en su compañía...

—Pronto lo hemos de ver, repuso Montalvan; pues ya están sus Magestades en el parque, segun advierto.

—Efectivamente, añadió Moreto: ved allí la litera de la Reina: brillante séquito de damas trae.

—Lucida pléyade de estrellas, que en torno al mayor lucero, difunden sus resplandores bajo un cielo movible de esmeralda, como diria nuestro amigo Don Luis de Góngora, dijo Quevedo aludiendo al estilo afectado del poeta culterano.

—Y diria muy bien, contestó Montalvan.

—Silencio, señores, que se acercan, dijo Calderon.

—Apropincuémonos tambien nosotros, repuso Quevedo: los cisnes del Parnaso no han de estarse quedos, cuando viene á ellos su rey Apolo, seguido de las musas y de las gracias.

Los poetas se adelantaron, colocándose en ala, para recibir al Rey, que en aquellos momentos llegaba hablando con Olivares: los

trages de ambos formaban notable contraste: el de don Felipe era estremadamente sencillo, todo él negro, y sin ningun adorno; el cuello que habia reemplazado á la lujosa valona era liso y aumentaba la severidad natural del rostro pálido y habitualmente contraido del jóven monarca: un cordon de oro del que pendia la insignia del Toison y una pluma prendida con broche de diamantes en el airoso sombrero chambergo eran los únicos objetos de lujo por los cuales pudiera colegirse la dignidad de la persona. El conde-duque vestia tambien de negro; pero el terciopelo de su ropilla habia sido empleado con profusion, y en las cuchilladas brillaban la plata y el raso carmesí, como tambien sobre el pecho la pedrería y el oro de varias condecoraciones: no menos riqueza ostentaba en la empuñadura de la espada, en el sombrero y en el ferreruelo, que era una soberbia pieza forrada de armiños: no podia darse una contradiccion mas manifiesta entre aquel vestido y la pragmática contra el lujo.

Gran número de cortesanos acompañaban al Rey, todos vestidos con aquella fastuosa magnificencia, que las demás cortes de Europa se afanaban, quizá en vano, por imitar: los mas de ellos eran caras nuevas para Quevedo; casi todos Zúñigas, Velascos y Guzmanes, parientes y deudos del favorito; mas á pesar de esta circunstancia, era fácil á un buen observador advertir, que estaban divididos en dos bandos.

El Rey se habia adelantado con Olivares, al acercarse á los jardines ya floridos de la Casa de campo, y la Reina venia algo detrás conversando con dos caballeros que, descubiertos, la acompañaban á los lados de su litera: el uno podia contar veintiocho años; era alto, gallardo y de aspecto atrevido, aunque su fisonomía bastante vulgar, su rostro lleno y colorado, sus ojos pardos y bigotes castaños, retorcidos, no ofrecian ningun rasgo que la hiciesen notable: vestía, sí, con suma elegancia y riqueza, y todo el porte de su persona revelaba un orgullo superior al de un vasallo: este era el conde de Villamediana, cuyas miradas ardientes, fijas en la Reina, obligaban á esta de vez en cuando á velar con los párpados sus bellos ojos azules: el otro caballero, que parecia ir ocupado solamente en templar la fogosa osadía del conde, era su íntimo amigo don Luis de Haro, hermano del marqués del Carpio.

La Reina doña Isabel de Borbon era una niña de diez y ocho años, capaz de inspirar amor y de sentirlo; pero, aunque Felipe IV, tan jóven como ella, hubiera podido ser sensible á sus hechizos, la temprana edad en que los unió la razon de Estado y los devaneos del monarca habian gastado antes de tiempo los resortes de su mútuo cariño: así es que el corazon de doña Isabel estaba abandonado á sí mismo en la edad en que florecen las pasiones, en que la mujer desea agradar y recibir los homenages que han de prepararla á los fines para que la destinó la naturaleza, y solo esperimentaba una indiferencia cortés de parte de aquel que tenia derechos sobre su sensibilidad. Veía en torno suyo multitud de jóvenes y damas, no mas hermosas que ella, y que, sin embargo, eran objeto de la adoracion idólatra, tal vez aparente, pero halagüeña, que en aquel siglo tributaban los caballeros al bello sexo: consideraba los galanteos, de que ella sola carecía, como un placer divino, que su imaginacion revestía de poéticos é inefables encantos, y cada anécdota amorosa, cada lance de capa y espada, el rumor lejano de una serenata ó de una riña nocturna, despertaban en su alma dormida sentimientos de envidia, sospechas de celos, ambicion de obsequios no debidos á la magestad, sino al mérito personal. Quizá ella misma no sabia darse cuenta de sus propios deseos, ni menos se detenia en analizarlos: sentíalos, como se siente el calor de un sol primaveral, que atrae y regocija, aunque tal vez inflama la sangre.

Por un efecto muy natural de su situacion, la jóven Reina aborrecia al conde-duque, sin amar á su marido: conocia que las distracciones de este y la frialdad con que la trataba eran ocasionadas por la conducta baja del privado, que á trueque de tener á su amo satisfecho y contento, no vacilaba en proporcionarle todo género de placeres, aun á costa del honor de su propia sangre; y aunque el amor conyugal no la inspirase aquel odio, podia tenérselo por resentimiento de amor propio.

Los infantes don Fernando y don Cárlos, hermanos del Rey, así como tambien la infanta doña María, participaban de este rencor, observando que el favorito les guardaba menos consideraciones de las correspondientes á su clase, y les regateaba los medios de satis-

facer sus necesidades, mientras él y los suyos vivian como verdaderos príncipes, y podian derrochar el oro á manos llenas. A consecuencia de esto, se habia formado una coalicion entre los infantes y la Reina, á quienes apoyaban algunos parientes ambiciosos del privado, para indisponer á este con el Rey.

Villamediana, el mas audaz de los cortesanos de su tiempo, digno émulo, si no modelo del famoso marqués de Buckingham, habia entrado en esta coalicion, y aun pretendia heredar á Olivares en su alto puesto de confianza; pero demasiado impetuoso y nada dueño de sus pasiones, habia descubierto su juego á la perspicacia del taimado valido, al mismo tiempo que su corazon ardía en una criminal hoguera.

Pocos dias antes de los sucesos que vamos narrando, en un baile dado en Palacio, la Reina que le vió alejado de las damas, cuando todos los otros caballeros y el Rey mismo tenian alguna á quien obsequiar, le eligió para bailar una contradanza: el conde aprovechó la ocasion para ofrecer á doña Isabel sus servicios contra Olivares, y lo hizo con tanto fuego, con tal exageracion de sentimientos, que la jóven Reina le abrió su corazon de niña, depositando en él una confianza cándida, que no pudo menos de impresionar vivamente al ardoroso caballero. Desde aquel momento la ambicion del conde habia crecido, remontándose á las nubes en alas del amor. «Si consigo triunfar, se habia dicho á sí mismo, no habrá poder que contraste el mio, ni quien me haga sombra en Palacio; porque la familia Real será mi familia: no tendré, como ese fátuo de Olivares, miedo á las confianzas de la alcoba régia; y en cuanto á Felipe, yo le daré tambien placeres, satisfaciendo así su gusto, el de su esposa y el mio.

Este amor atrevido, apoyado en la ambicion, pronto se hizo gigante, y pudo absorver todas las facultades del conde: los poetas han hecho de este un nuevo Masías, purificando su pasion, mas altanera y loca, que tierna y sentimental: nosotros carecemos de habilidad para desfigurar la Historia, y no podemos juzgar á Villamediana mejor que sus contemporáneos.

Doña Isabel de Borbon no era la mujer de mundo y experiencia,

capaz de medir el abismo que para ella se abria en el corazon de su amante: vió solamente las flores que cubrian sus bordes, y se dejaba llevar hacia él, como el niño que llora se acerca al que lo acaricia.

En los momentos en que acabamos de presentarla, iba diciendo al conde.

—Hoy sabremos, sin duda, si sois impenetrable, como dicen, á los dardos del amor; pues tengo entendido que S. M. quiere proponer por tema, que cada cual pinte esa bella pasion del modo que la siente, y que la defina, para luego entrar en discusion cortesana, y que se lleve el premio aquel cuyo parecer salga triunfante. Mucho temo que, ni S. M., ni vos ganeis el codiciado lauro.

—Yo sé que no he de ganarlo, y menos habiendo de lidiar con vuestro augusto esposo, respondió Villamediana: mas no porque ignore lo que es amor, señora; no porque deje de sentirlo; sino por poco afortunado....

—Nadie tiene menos motivos que vos para quejarse, replicó la Reina; pues el que nada pide al amor, ¿qué estraño es que nada alcance?....

—Quejarme puedo de él, señora mia, repuso el conde mirando á doña Isabel con aquel fuego que la obligaba á bajar los ojos. Quejarme puedo de su tiranía, si bien conozco que su rigor es venganza: rebelde me halló siempre á sus tiros, indiferente á sus halagos; y el traidor se ocultó tras de unos ojos que son del cielo imágen; templó sus flechas en el humor de unos lábios que pueden dictar leyes á dos mundos, y me rindió para que adorase lo imposible. Ved si debo quejarme, pues amo lo que mas digno es de amor y lo que no puedo amar.

—Conceptuoso estais, dijo la Reina turbada: y añadió, volviéndose á don Luis de Haro: —Paréceme que quiere hablaros vuestro hermano: id, don Luis; os doy licencia.

El jóven cortesano hizo una reverencia á la Reina, dirigió una mirada suplicante á su amigo, y se retiró.

Doña Isabel se dirigió de nuevo al conde, diciéndole:

—Me habeis afligido con la pintura de vuestros incomprensibles amores.

—Tan fatal es mi estrella, repuso el conde, que daré penas y enojos á quien ya dí mi alma, con lo mismo que anhelo asegurar para siempre su alegria.

La Reina le interrumpió, diciendo con voz entrecortada:

—Por Dios, Conde! No fuera mejor hablar de otra cosa?

—Perdonad mi torpeza, señora: estando cerca de V. M., no sé hablar... no sé pensar de otra cosa. Léjos del régio sol que mis ojos ciega, soy mudo, por no ser traidor á mi pensamiento.

Doña Isabel no contestó: á estar sola en su aposento, habria prorumpido en llanto de inquietud y de alegria.

—Sin embargo, prosiguió Villamediana; puesto que mi discurso os enfada....

—Oh! No, no es eso, respondió la Reina con infantil sencillez.

—Isabel!... murmuró el galan con acento apasionado.

—Callad... callad!...

El Rey estaba ya entre los otros poetas, que le saludaban con lisonjeras metáforas; cuál llamándole hijo predilecto de Apolo; cual moderno Augusto ó Perícles español; cual en fin, cuarto planeta, que era como llamarle sol, segun las ideas astronómicas de aquel tiempo: Don Felipe, aunque jóven, tenia bastante ingenio y desenvoltura para responder, sin naufragar, á tan corteses lisonjas; y habiendo conocido á Quevedo, que aun no habia despegado sus labios, le dijo:

—Vos sois aquel Don Francisco,—de quien tanto se pondera—la donosura pàrlera?—¿Como callais?

—*Oh!... Capisco!;*—respondió Quevedo, completando en italiano la redondilla que habia comenzado el Rey; y continuó así:

«Callo, señor, por no ser
Neron de vuestra paciencia.

El Rey:— Neron?...

Quevedo:— .....Sí; pues en conciencia,
Sois Job, á mi parecer.

El Rey:— Job me llamais?... Esplicad...

Quevedo:— Pacientísimo señor,

Oyendo á tanto hablador,
¿No es Job vuestra Magestad?

El Rey se echó á reir, y declaró que por fuerza habia de ser la academia de aquella tarde muy sabrosa, pues comenzaba con tan buenos auspicios. Todos los poetas imitaron el buen humor del Monarca, celebrando la broma de Quevedo.

Como esto pasaba en lo mas florido de la primavera, Don Felipe habia dispuesto celebrar la sesion literaria al aire libre, y al efecto, se habia puesto un estrado en medio de los jardines, con un dosel y un trono para la Reina, que debia presidir la fiesta, y taburetes para las damas y los poetas, incluso el Rey, que no queria ser mas aquella tarde, que un paladin de las Musas: dos orquestas colocadas en tribunas, ocultas entre el ramage de los árboles, debian tocar de tiempo en tiempo armoniosas piezas de música; y en efecto, una de ellas saludó la llegada de sus Magestades y de la corte con una brillante obertura.

El Rey dejó algunos momentos á los poetas para ir galantemente á dar la mano á su esposa, en el acto de bajar de la litera: Villamediana hizo una profunda cortesía y se retiró al grupo de los literatos, á donde no tardó en seguirle don Felipe, quien con todos ellos entró en el edificio de la Casa de campo, dándoles el tema de la composicion poética que debian improvisar.

Entre tanto, la Reina, acompañada de la infanta doña Maria y de la condesa de Olivares, su camarera mayor, comenzó á pasear por los jardines: las damas de servicio la siguieron formando grupo, y las demás cor los cortesanos se esparcieron conversando por diferentes parages.

Al cabo de media hora, reaparecieron en los jardines el jóven Monarca y su falange de poetas: la corte se agrupó en torno suyo; Doña Isabel fué conducida por su esposo al trono; rodeáronla las damas principales, permaneciendo en pié las mas inmediatas á su persona: las restantes tomaron asiento á la derecha, y Don Felipe á la izquierda, á la cabeza de los ingenios: detrás de unos y otros se colocaron los caballeros.

Un secretario privado de la Reina anunció el objeto de la reunion, diciendo que el alto consejo de la hermosura, presidido por su au-

gusta señora, iba á juzgar en una galante lid, en la cual todos los caballeros presentes podrian tomar parte; que los poetas, como heraldos y campeones de las Musas definirian el amor, y aquel cuya definicion se admitiese obtendria en premio una flor de lis de oro y rubies con una cinta, en que estaba espresado el motivo de este galardon.

En seguida hizo la Reina una seña con su pañuelo, y dijo:

— Podeis empezar.

El Rey cedió el primer lugar á Lope de Vega, que estaba á su lado, y sucesivamente á Calderon y á todos los demás, que fueron leyendo por su turno bellísimos sonetos, espresando en ellos de diferente modo, pero con elegante cultura, lo que entendian por esa deliciosa pasion que todos los seres sienten y nadie ha llegado á comprender. Quevedo era el penúltimo de los poetas: despues de él estaba Villamediana, á quien quiso dar la preferencia; pero este no consintió en admitirla, y entonces nuestro héroe, en medio de un silencio profundo, ocasionado por la curiosidad, leyó con grande aplomo este soneto:

AMOR.

Es el amor un grano de mostaza,
Sabroso al paladar; cosa tan chica,
Que no se la ve entrar, cuando ya pica,
Y en entrando, mordisca y despedaza:
Sutil veneno, de tan mala raza,
Que al corazon alegra y mortifica;
Transtorna el seso; la prudencia achica,
Y á la razon impide meter baza.
Alma es del mundo, y de las almas dueño;
Gérmen de vida, de placeres fuente;
Gusto que no nos deja, ni aun en sueño:
Mas... incomoda tanto al que lo siente,
Que un bicho tan molesto y tan pequeño
Alma ha de ser del Diablo, ó su teniente.

Este soneto hizo reir y mereció algunas muestras de aprobacion: Quevedo lo puso en manos de la Reina, que solo pensaba en el que

iba á leer Villamediana: este se adelantó, y leyó con voz ronca y agitada, saludando á doña Isabel y luego á todo el concurso:

«*Amor es solamente el bien que adoro.*»

Amor es huesped, que en mi pecho habita;
Incendio, que lo abrasa y no echa humo;
Sol, á cuyos ardores me consumo;
Anhelo, que á morir me precipita.
Buscar la causa incógnita, infinita,
En quien supremo gozo y dolor sumo
Lidian unidos, vanidad presumo:
Muéstrelo quien la huye, y no la evita.
Imaginad, si el alma lo consiente,
Algo que pinte lo que canto y lloro;
Mi eterno suspirar, mi bien presente:
Amor es cuanto encierra el cerco de oro
Del Empíreo, y aun mas; así, en mi mente,
Amor es solamente el bien que adoro.

La grata sorpresa que estos versos causaron á los poetas y demás personas entendidas, y los murmullos que la curiosidad excitó en las damas, no sabiendo ninguna cual podia ser el objeto de aquel amor tan bien pintado, salvaron á la Reina y al imprudente conde, impidiendo que se notase la turbacion de ella al tomar el soneto, y el temblor de él al entregarlo, repitiendo:

—Señora: amor es solamente el bien que adoro.

Pero no se ocultaron estas pequeñeces tan significativas á la camarera mayor, que estando tan cerca, pudo penetrar todo el secreto: faltóle, sin embargo descubrir una circunstancia muy notable; pero encubierta: el soneto era acróstico, y sus catorce letras iniciales reunidas decian:

«A Isabel, mi amada.»

Mientras Villamediana retrocedia, abismado bajo el peso de su triunfo, la Reina se volvió hácia su esposo, llena de confusion, y le dijo:

—Ahora V. M...

— Es inútil, despues de lo que acabo de oir, respondió el Rey: tomad, señora, mi soneto, y rompedlo, vuestra discrecion sabrá discernir á quien corresponda el premio.

Aunque don Felipe pronunció estas palabras con la espresion de una verdadera modestia, doña Isabel se estremeció al escucharlas, pareciéndole que envolvian una acusacion y un reproche.

—Señor, dijo tomando la flor de lis que estaba delante de ella en una bandeja de oro, colocada sobre una mesita: — si á mi discrecion queda premiar á quien mas entiende de amor, V. M. debe ser...

—No, no, interrumpió el Rey: eso no es justo. Yo aquí soy simplemente un paladin, que renuncia al combate. Decida V. M., con sus áulicas, añadió saludando á las damas, — entre las cuales habia alguna que conocia mejor que la Reina su *Arte de amar:* — únicamente, si me es permitido, daré mi voto por Villamediana.

Esto era mandar lo que Doña Isabel no habria osado hacer sin tan esplícita declaracion: el acto estaba decidido, y á una seña del Rey, se acercó el conde, y arrodillándose delante del trono, recibió la codiciada flor de manos de su amada. La música prorumpió en aquel momento en sonoras armonías.

Entre los otros poetas, se habian distinguido Calderon por la riqueza y frescura de sus imágenes, y Quevedo por su originalidad. El Rey quiso que ninguno se fuese descontento, y llamando á don Luis de Haro, que llevaba en el ferreruelo la cruz de Santiago, le dijo:

— Prestadme vuestra capa, Don Luis.

El jóven cortesano le entregó al momento el ferreruelo, y el Rey lo echó sobre los hombros de Calderon: en seguida dió la mano á Quevedo, que se inclinó para besársela, y dijo á Lope de Vega.

—Vos no necesitais nada de mí; pues habeis subido á donde nunca llegaré.

El gran poeta se inclinó contestando:

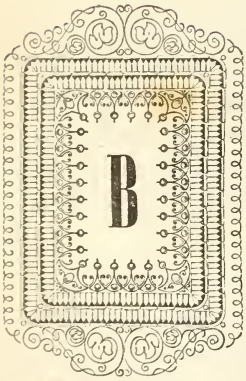
—Sí, señor: he llegado á donde no pude soñar; pues oigo tales palabras en boca del mas generoso de los príncipes.

El Rey dirigió á los demás otros elogios para alentarles, y dispuso retirarse con su esposa y algunos cortesanos y damas, dejando á los poetas en libertad de disfrutar de un magnífico refresco, que les fué servido en una sala de la Casa de campo.

Villamediana asistió á este banquete durante un rato; pero á poco, se fingió indispuesto y desapareció.

CAPITULO XIV.

VIVA QUIEN VENZA!



UEN soneto ha hecho el conde! dijo Don Luis de Góngora, luego que hubo salido Villamediana. Yo no hubiera creido que fuese capaz de rayar tan alto.

— Y tan alto! repitió Quevedo con un tono que parecia irónico, y era la espresion de una sospecha.

— Advertid, señor don Francisco, dijo Montalvan, que estaba picado y queria declararse paladin de su maestro; advertid que S. M. lo ha considerado digno del premio.

— Y quién lo duda?

— Es que á vuestra señoría nada le parece bueno de lo que hacen los demás.

— Alto ahí: segun quienes sean los demás y lo que hagan: si lo decís por vos y vuestras obras, estamos enteramente de acuerdo.

Este guante arrojado por Quevedo á su agresor injusto produjo una viva sensacion en los otros poetas y en varios caballeros que tomaban parte en el banquete : los habia entre todos partidarios del estilo culto, y del castizo ; amigos personales y admiradores de Góngora, y por consiguiente, de los que seguian su escuela, y otros que reprobaban su afectada bambolla : los dos bandos se animaron al oir las palabras cambiadas entre Montalvan y su terrible adversario.

—No debo yo declararme paladin de mis obras, dijo el primero, aunque disten mucho del estilo ramplon y chavacano que algunos usan, por no saber acaso levantar el vuelo hasta las gradas del trono febéo.

—Ya escampa! exclamó Quevedo. Todo esto nada tiene que ver con el soneto del conde, cuyo mérito reconozco. Pero, vá alguna cosa, á que si me remonto á las nieblas, por no decir las nubes, de la culterana gerigonza, no hay entre los presentes quién me alcance?

—Lo que os place llamar gerigonza, dijo Góngora, es, sin embargo, lo que aplauden la corte y la villa.

—Pues quiero hacerme aplaudir, señor don Luis, repuso Quevedo.

« Va del estilo que brilla
en la cultérana prosa,
grecizante y latinosa,
pasmo de la culta villa.

« Me declaro á una hermosa, y digo : Atencion :

Si bien el palor ligustre
desfallece los candores,
cuando muchos resplandores
conduce á poco pulustre.
Contruye el aroma ilustre
víctima de tanto culto,
presintiendo de tu bulto
que rayos fulmina horrendo.
Ni me entiendes, ni me entiendo :
pues cátate que soy culto. »

«He dicho algo? Qué beldad habrá tan ordinaria, que á estos altisonantes versos no se rinda? Cuál tan poco curiosa, que no se venga al bulto, aunque solo sea por pedir una esplicacion á mi Esfinge rimada! Oh! Señores, confieso que hasta hoy no he conocido el mérito interno de la poesía caótica.

—Si de ese modo entendeis la elegancia culta de la poesía, contestó Góngora, no estraño que prefirais á ella *el iros á nadar con un marcon, la caca, el moco* y aquella inérgica imágen de los gigantes de vuestro *Orlando*, que

«Rascábanse de lobos y de osos,
«Como de piojos los demás humanos;»

«sin olvidar la elegantísima invocacion á las Musas, en que las llamais *virginidades monteses*, y las pedís que ciñan á vuestra frente una corona

«Toda de verdes ramos de tabernas.»

—Mal tema habeis tomado, señor don Luis, replicó Quevedo sin picarse. ¿Cómo se oculta á vuestra fina penetracion, que ese poema de *Orlando* es una burla, una sátira, como lo son los versos que dije hace poco? No en tales composiciones, ni en otras de suyo zumbonas y ligeras debeis señalar semejantes lunares; pues fuéranlo tambien las donairosas bellezas de vuestra *Hermana Marica* y de otras muchas letrillas con qué habeis enriquecido y se alegra nuestro Parnaso.

—Qué diferencia! esclamó Montalvan: no cabe comparacion entre esas letrillas y vuestras chocarrerías.

—Señor Juan Perez! gritó Quevedo, picando así en lo mas vivo de su orgullo al discípulo de Góngora, que no queria llamarse sino *Doctor Don Juan Perez de Montalvan*. ¿Conocéis la fábula de Esopo *El leon enfermo?*

—Qué tiene que ver?...

—Mucho, señor Juan Perez: aquel leon llevó con paciencia que el tígre, el oso, el elefante se le atreviesen; pero no sufrió,—¡vive Dios!—las coces de un jumento. Esto no es culto, pero es claro.

Traida la cuestion á este terreno de personalidades, por la imprudencia de Montalvan, no podia acabar en bien: afortunadamente, el Doctor no era hombre de armas tomar, ni sus amigos habrian consentido que se empeñase en un lance pesado con el temible Quevedo. Uno de estos, caballero jóven, tomó la defensa del culteranismo, diciendo cortesmente á nuestro poeta:

—No es así como se defiende tampoco vuestra vieja causa, señor don Francisco; y permitid esta observacion á un profano de las Musas. Yo os propongo un reto, el cual no podeis rehuir. Mostradnos prácticamente que sois capaz de hacer un soneto serio, elegante y conceptuoso, tal como lo haria el señor don Luis de Góngora, y creerémos que no le imitais, porque no queréis.

—Acepto: dadme asunto, respondió Quevedo.

—Aquí le teneis, repuso el caballero mostrándole una sortija á manera de guardapelo, que llevaba en un dedo: aquí dentro hay un retrato de mi dama: hacedle un soneto, suponiendo que soy yo quien habla; es decir, con el respeto que se merece.

Quevedo pidió papel y tintero, que le trajo un criado, se concentró breves momentos y escribió el soneto, cálamo currente.

—Ahí lo tenéis, caballero, dijo presentándole el papel, luego que hubo concluido. Solo falta que el señor don Luis ó alguno de sus mas sutiles amigos se encarge de comentarlo; porque de lo contrario, os quedaréis á oscuras.

El caballero leyó para sí el soneto, y esclamó entusiasmado:

—Magnífico! Sublime!

—Incomprensible! Absurdo! murmuró por lo bajo Quevedo.

—A ver? Que se lea alto, dijeron varios. Que lo lea su autor.

—No, que lo lea Don Luis, que sabrá darle mejor el sentido, repuso nuestro poeta.

Góngora tomó el soneto y leyó:

«En breve cárcel traigo aprisionado,
Con toda su familia de oro ardiente,
El cereo de la luz resplandeciente,
Y grande imperio del Amor cercado.»

—Es el pensamiento de Villamediana, interrumpió Montalvan.

—Sí, pero mas culto, respondió Quevedo.

Góngora continuó:

« Traigo el campo que pacen estrellado
Las fieras altas de la piel luciente...

—Eso quiere decir el cielo en lengua inculta, dijo Quevedo.

« Y á escondidas del cielo y del Oriente,
Dia de luz y parto mejorado.
Traigo todas las Indias en mi mano:
Perlas que, en un diamante, por rubies
Pronuncian con desdén sonoro hielo...

—Eso, señores, significa boca con dientes y labios que pronuncian desdenes, interrumpió Quevedo.

—Se entiende perfectamente, repuso Góngora: dejadme concluir.

..... sonoro hielo;
Y razonan tal vez fuego tirano,
Relámpagos de risa carmesíes,
Auroras, gala y presuncion, del cielo. »

—Eso último, dijo Quevedo, no lo entiendo yo mismo, aunque sospecho lo que puede ser.

Lope de Vega reia en silencio, y demostraba su aprobacion á nuestro poeta con significativos gestos y miradas.

Alarcon hablaba al oido de Lope, y le repetia aquellos versos del mismo, que concluyen así:

—Entiendes, Fábio, lo que voy diciendo?
—Y vaya si lo entiendo! —Mientes, Fabio,
Que yo soy quien lo digo, y no lo entiendo. »

Calderon permanecía silencioso y grave. —Moreto se atrevió á decir con finísima ironía:

—Lo mejor del soneto son los *relámpagos de risa carmesíes.*

—Todo es bueno, amiguito, repuso Quevedo. Pues, dónde me dejais el razonar fuego tirano, y las perlas que, en un diamante,

pronunciar por rubies sonoro hielo? Pues y el campo estrellado que pacen las altas fieras, las Osas de la piel luciente? Y el pasto mejorado del cielo y del Oriente á escondidas del cielo y del Oriente; ¿no es una linda recancanilla? Repito que todo es bueno, inmejorable,

«Y el que dijere lo contrario, miente!»

Recitado con enfasis este verso de Cervantes, nuestro héroe caló su sombrero hasta las cejas; requirió la espada, miró á sus compañeros con grotesco aire de maton y se dirigió á la puerta cojeando. Su mímica espresiva hizo reir á todos, menos á Montalvan, que no le perdonaba el Juan Perez ni las coces del jumento. Lope de Vega propuso un brindis á la buena armonía de *cultos* y *aguachirles*, que fué aceptado, y la reunion se disolvió, al parecer, alegremente. Al separarse, dijo el caballero de la sortija á Quevedo:

—Apesar de vuestras burlas, os pido licencia para guardar este soneto, que es de lo mejor que habeis escrito.

—Sí? Nunca lo hubiera creido. Pero, si tan bien os parece, guardadlo: no tengo en ello sino placer y honor.

Mientras esto pasaba en la Casa de campo, Villamediana se habia reunido en Palacio con don Luis de Haro, á quien sacó de allí con pretesto de pasear. Mientras se dirigian hácia el Prado, le dijo don Luis.

—Para todos estais hoy de enhorabuena, menos para mí!

—Eso es decirme que han sido inútiles los esfuerzos de mi ingenio; puesto que no hé conseguido agradar á mi mejor amigo.

—No, esto es deciros, conde, que pisais un terreno muy resbaladizo.

—Vah! No seais niño, don Luis: siempre se ha dicho que la fortuna ayuda á los audaces. Además, en vos puedo confiar los mas peligrosos secretos: una inclinacion irresistible me arrastra; creo que hay algo de fatal en mi destino, y que un doble influjo de las estrellas me impele hácia el trono; las circunstancias parece que se arman para empujarme, y no retrocederé hasta que encuentre el triunfo ó la muerte.

Yo no veo las probabilidades de lo primero, repuso don Luis:

Olivares tiene muy hondas raices, y la menor imprudencia que cometais, puede haceros el blanco de terribles venganzas. Ese amor....

—No hablemos de eso, interrumpió Villamediana estremeciéndose. Hablemos de Olivares: queréis qué os diga de dónde viene el viento que ha de arrancar ese alcornoque tan araigado?

—Ya sé que el marqués de Ayamonte...

—Vah!... No es ese: esta tarde he sabido cosas interesantes, que no he podido comunicaros. Don Baltasar de Zúñiga es el huracan que brama contra él.

—Su tio!...

—Su tio, y suegro, y escalon, todo en una pieza. Ya conoceis á Doña Leonor de Guzman, la hermosa menina...

—Sí, pero eso es muy antiguo.

—Sin embargo, don Baltasar nada ha sabido del cuento, hasta que el Rey se ha cansado de ella.

—Y ahora sabe...

—Sabe ó sospecha que el privado ronda otra obeja de su redil para entregarla tambien á S. M.

—Psit!... Hablad quedo. Ese hombre vil acabará con la honra de los Guzmanes.

—Mejor para nosotros: por eso los mayores enemigos que tiene son de su misma familia. Don Baltasar ha jurado entregarle á la Inquisicion, si salen ciertas sus sospechas.

—A la Inquisicion! Pues qué tiene que ver?...

—La dama es monja: no os digo mas.

—Y Guzman?

—No, Zúñiga.

—Qué profanacion, y que bajeza! exclamó don Luis. Sin embargo, yo no descubro en todo eso mas que nuevos refuerzos para el valimiento del privado.

—Yo veo, por el contrario, dos puestos vacíos, y detrás de ellos los demás que son consiguientes. Descubierto el negocio, Don Baltasar es hombre que no se parará en barras; y el Rey, por no verse envuelto en las censuras del Santo oficio, sacrificará el uno á su venganza, y el otro á su política.

— Creo lo primero; mas nó lo segundo: el tiempo os desengañará.

— Pardiez! sois el único para dar alientos.

— No niego la posibilidad de lo que decís, amigo conde: pero, me parece que, si don Baltasar ama tanto el honor de su familia que ose por él estorbar los placeres de don Felipe, cosa que considero arriesgada, lo mas que podrá suceder, es que pierda su favor, y que el Rey cubra á Olivares para cubrirse á sí mismo.

— Tened presente, respondió el conde, que don Baltasar, como ayo que ha sido de S. M., conserva sobre él una influencia semejante á la autoridad de un padre; y que no es tan lerdo, que para derribar á su sobrino, atropelle los respetos que debe al soberano. Lo que importa es que se persuada de la verdad del hecho, y esto no lo creo difícil: todas las noches entran Felipe y su amigo en el locutorio de la Encarnacion Benita, donde pasan largas horas... rezando probablemente: las monjas y la abadesa están ya alborotadas y quieren que se ponga término á estas visitas; de modo, amigo, que la bomba está á punto de estallar, y será chistoso que el ministro universal caiga enredado en sus mismos lazos.

— Pero esto es decir que se abandona el otro plan de ataque?...

— No tal: esta es una nueva batería que se ha descubierto: los amigos de la Reina y de los infantes, no por eso dejarán de trabajar, y los poetas asestarán sus tiros sin misericordia.

— Contáis con Góngora, Montalvan... y ¿quién mas? Quevedo no ha querido entrar en la cábala?

— Nos ha dado chasco; pues yo creía que, como el mas ofendido, por sí y por el duque de Osuna, tomaria cartas en el juego. Pero, seguramente se ha dejado cautivar por los halagos del taimado Olivares... Y lo siento; porque perdemos una gran cabeza.

— Y el mas á propósito para cantar las verdades al Rey mismo, si fuese menester.

— Oh! Para eso bastamos Góngora y yo.

Hablando así, habian llegado á la casa del conde, que estaba situada en la calle Mayor, casi en frente de las gradas de San Felipe,

á corta distancia de la puerta del Sol: de la pared misma de la casa se adelantó una mujer tapada, que sin duda estaba allí esperando, y acercándose á ellos, dijo:

—Señor conde: tendréis á bien escuchar una palabra?

—Conocéisme bien, bella encubierta? preguntó Villamediana.

—Porque os conozco, os hablo.

—Permitid, don Luis... dijo el conde; y separándose á un lado, contestó á la tapada:—Estoy á vuestras órdenes.

—No puedo yo darlas, noble caballero, á quien merece favores reales.

—Quién os envia?

—Una dama.

—Temo que os equivocais; á ninguna sirvo.

—Miente, pues, vuestro soneto?...

—Ah! exclamó involuntariamente el conde. Qué me quiere?

—Hablaros.

—Cuando?

—Esta noche.

—Donde?... Cómo?...

—En el parque de Palacio: id solo, y esperadla junto al arroyo de San Vicente.

—A qué hora?

—No hay hora segura: id y esperad.

—Iré y esperaré, si es necesario, toda la noche.

—A Dios, noble conde!

—A Dios, amable mensajera.

El conde volvió al lado de su amigo.

—Soy el mas dichoso de los hombres, le dijo: me cita, Don Luis.

—Y acudiréis á esa cita?

—Pues cómo no?...

—Conde, os perdéis: iré con vos.

—Imposible! debo ir solo; asi me lo manda.

—Quién os lo manda? Conocéis á esa tapada? Estáis seguro de

que la envia la persona de quien hablais?

—Pardiez, Don Luis! Si no tuviese pruebas de vuestro valor, diria que érais el mas meticuloso de los hombres: una monja no tendria tantos escrúpulos.

—Puesto que me conoceis bien, conde, debeis creer que no es miedo mi prudencia. No creo que la Reina os cite.

—Sea el diablo en persona: por eso no faltaré.

—Haced lo que os agrade: yo tambien haré lo que exige nuestra amistad.

—Todo menos estorbarme obedecer las órdenes que he recibido; porque me obligaríais á reñir con vos, Don Luis.

—No daré ocasion á ello: descuidad.

Los dos amigos se apretaron las manos, y se separaron: era ya de noche; el conde volvió hácia Palacio; y Don Luis, despues de darle tiempo para que se alejase, le siguió sin perderle de vista.

El parque, segun las noticias que de él nos dan las comedias de aquel tiempo, era, lo mismo que el Retiro y en nuestros dias la Fuente Castellana, el paseo favorito de los enamorados; pero, si bien el amor ha sido siempre selvático y aficionado al verde, hay datos para creer que lo era mas en aquella época, que en la actualidad, al menos en Madrid; pues el parque, teatro de mil picantes aventuras, era muy frecuentado por mañana, tarde y noche: allí acudian las niñas, en primavera y verano, á pasear el acero, que habian ó no tomado; allí, por las tardes, á ver ponerse el sol; allí, por las noches, á contemplar la luna, dulce compañera de toda clase de lunáticos; y cuando no hacía luna, á tomar el fresco, etc. etc...

No se veian, como ahora, parejas solitarias, aisladas en golfos de cómoda sombra: el amor de entonces era menos democrático, y por lo regular llevaba cola y acompañamiento: componíase de dos tapadas, ama y doncella, ó ambas primas ó amigas, y de otros dos átomos masculinos, que obedeciendo á las leyes de la atraccion, se asimilaban cada cual con su respectivo átomo hembra, y venian á formar así dos cuerpos compuestos; uno de señora y caballero en lugar preferente; otro de criada y criado en atalaya ó en *conserva*, segun á los primeros acomodaba la quietud ó el movimiento: si los dos átomos femeninos eran señoras, ó bien se neutrali-

zaba el uno, mientras el otro entraba en accion, ó bien habia dos caballeros para hacer el amor doble, y dos criados en atalaya para murmurar de sus amos.

Con frecuencia sobrevenia en estas asimilaciones de átomos un tercero disolvente; y entonces Venus, como esposa sumisa, dejaba el campo libre á Marte, y las cuchilladas eran el argumento que predominaba, sin convencer á nadie. Siglo pendenciero era aquel, en que el honor hecho egoista no sabia encontrar solucion á sus querellas sino en el filo de la espada.

Los árabes y los moros habian sido espulsados de España; pero, ni el cañon, ni los edictos habian podido espulsar las costumbres que ellos nos dejaron, comunicadas con su trato y tal vez con su sangre: pretendíase guardar á las mujeres poco menos como en Turquía, y esto era causa de que ellas, haciendo capa de su libertad de los medios que se empleaban para impedir que fuesen vistas, buscasen lo que las hacia falta: en tales casos, los padres, los hermanos y los parientes, fuera de los amantes y maridos, se creian obligados á purificar su honra, dando un escándalo, y obteniendo por fuerza de armas una reparacion matrimonial, cuando habia lugar á ella.

Y cuántas veces un manto pecador y una buena espada servian de casamenteros á una doncella noble y fea, cansada de serlo!.... Lo que prueba, que todo, en este mundo, tiene su lado ventajoso.

Villamediana entró en el parque, y se puso á pasear en el paraje que le habia dicho la tapada; poco despues entró don Luis embozado en una capa de noche, que habia mandado traerle á su criado, y fué á colocarse á una distancia conveniente, desde donde pudiese observar, sin ser molesto.

No tardaron mucho en presentarse dos tapadas, que bajaban de la parte de Palacio: la una se acercó á Villamediana, y se le dió á conocer por la misma que le habia hablado en la calle Mayor, insinuándole al mismo tiempo, que la otra era su señora: en seguida se apartó á un lado, y el fogoso conde se lanzó al encuentro de aquella y la dijo:

—Ah! Cómo podré pagaros, señora mia, el favor que os dignais

dispensarme! ¿Cuándo fuí merecedor de tanta dicha? Permitid que de rodillas os adore, añadió uniendo la accion á las palabras, porque solo así debo estar ante la que derrama sobre mí tamaño beneficio.

—Alzaos, imprudente, respondió la tapada, y no deis ocasion á sospechar...

—Nadie nos vé.

—Qué sabeis?

Parecióle advertir á Villamediana que el metal de la voz de la dama no era el de la Reina; pero lo atribuyó á efecto de la turbacion y del manto, que podian desfigurarla.

—Oh! Perdonad, señora, dijo, el frenesí en que me pone mi ventura.

—Bien habeis dicho, conde, frenesí; porque á no ser esto, no interpretaríais tan favorablemente el paso que me obligais á dar, bien á pesar mio: esta entrevista será la última que obtendreis de mí.

—Señora, vuestra voluntad es mi ley; pero si despues de mostrarme el Paraiso, me arrojais al Infierno, sea de modo que acabe de una vez mi sufrimiento. Sed piadosa, y ordenad mi muerte, que no es mayor mal el que me imponen vuestros rigores.

—Vuestra muerte!... Yo no quiero vuestra muerte: quiero solo que no turbeis mi reposo; que no comprometais mi honra y mi vida. Os parece que lo que habeis hecho esta tarde?...

—Sé yo, acaso, lo que hago? Está en mi mano impedir que el sol alumbre, que el fuego abrase?

—Conde, en vuestras manos está el ser mas prudente. Si el Rey hubiese reparado, como yo, vuestras miradas; si, como yo, hubiese visto el temblor que agitaba vuestro pecho, ¿cuál habria sido el galardon de vuestro peligroso talento?

—Ah! esclamó el conde, enagenado de alegría: V. M. vió lo que los demás no vieron!... Eso me basta. En vano intentareis ya helar con rigurosos desdenes el incendio que vuestros dulces ojos han prendido en mi alma: ese delicado interés que me mostrais, me prueba, señora, que puedo esperar todavia la única dicha que ambiciono.

—Callad; sois un loco, y solo mereceis mi compasion. A Dios! ya os lo he dicho: no deis un paso mas hácia el abismo en que pretendeis que nos hundamos los dos. Esta es mi voluntad; para esto os he llamado.

La dama dió algunos pasos, para retirarse; pero el conde la detuvo, diciéndola:

—No puede ser eso lo que sentís, señora; no es ese el lenguage que, no ha mucho, escuché de vuestros divinos lábios; ni es posible que de este modo nos separemos.

—Conde, repuso la dama con tono suplicante: ¿quereis mi perdicion?

—No, quiero vuestro amor.

—Qué osais decir!

—Perdonad mi atrevimiento, señora; pero escuchadme, aunque luego dispongais de mi vida. Vuestras miradas han encendido esta pasion en que me abraso; vuestras palabras han sido el viento que ha hecho crecer la llama: ya es imposible apagarla; mi corazon podrá reducirse á pavesas; pero no renunciará jamás á la felicidad en que le hicísteis creer.

—Basta, basta, dijo por último la dama, desprendiendo su mano de la del conde. Lo que pretendeis es imposible... No me sigais; quedaos! añadió con imperio.

Y se alejó con la otra tapada, murmurando:

—Necio!...

Cinco minutos despues, entraba la condesa de Olivares con manto en el gabinete reservado de su esposo: estaba este sentado á una mesa, fija la atencion en un papel, y pronunciaba quedo algunas letras formando sílabas, como un niño que comienza á deletrear: al sentir el roce particular del vestido de seda de su muger, levantó la cabeza, exclamando:

—Ah!... Sois vos?... Qué tal nuestro galan?

—Era lo que yo sospechaba, contestó la condesa.

—Sí, repuso el privado: aquí tambien hay algo que lo confirma. Juntando estas letras, he descubierto...

—Qué?

—Un nombre?

—Que dice? A ver?

El conde-duque señaló con el dedo en el papel, que contenia una copia del soneto de Villamediana, y recorriendo las iniciales de los versos, leyó:

«A...I...s...a...b...e...l...m...i...a...ma...da.»

—Lástima, dijo en seguida, que esto no esté mas claro! Hay tantas Isabeles en el mundo!...

—Es mucho atrevimiento! exclamó doña Inés de Zúñiga.

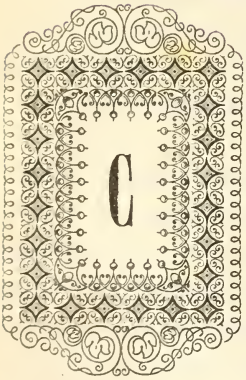
—No es poco; pero yo quisiera mas. Es preciso proteger estos amores.

—Proteger decís?

—Si: es menester que tomen cuerpo;... y despues... el que venza, vivirá.

CAPITULO XV.

DE COMO EL REY QUISO REIR Y RIÓ.



Corrió la voz el dia siguiente y los sucesivos de que Villamediana estaba enamorado furiosamente de una mujer de clase tan ínfima, que no se atrevia él mismo á declararlo, ni aun á sus mejores amigos, por temor de caer en el descrédito mas bochornoso. Decíase además, que la jóven incógnita era una beldad estremada; y que á pesar de su calidad humilde, trataba al conde con desusado rigor, no queriendo admitir sus galanteos, por lo mismo que no eran iguales las condiciones de ambos.

Atribuíase á esto el malestar que todo el mundo observaba en el noble caballero, la vehemencia de su pasion, acrecentada con las dificultades; y en los corrillos de la corte se hablaba de él y de su Elena de baja esfera como de dos héroes de comedia: estas hablillas llegaron hasta oidos de la Reina, y tambien á los de don Luis

de Haro, que las comunicó á su amigo, felicitándole de que tomase tan estraño sesgo la opinion palaciega.

Pero el conde no agradeció esta interpretacion de su silencio; antes irritándose al saberla, y considerándola como un ultrage á sus altivos pensamientos, se propuso desmentirla, dando satisfaccion á su orgullo: parecíale unas veces que aquel rumor no podia haber salido mas que de boca de sus enemigos, con el objeto de hacerle irrisorio, y otras recelaba que la Reina misma lo hubiese hecho cundir para alejar de sí toda sospecha.

Esta idea le inspiraba un desenfrenado deseo de hablar á doña Isabel y de pedirla esplicaciones; pues desde la última escena que habia creido tener con ella en el parque, no sosegaba, y era su amor una de esas pasiones funestas, que el orgullo atiza, y que han de ser satisfechas, ó arrasan cuanto se les opone: pero no era fácil obtener una entrevista á solas, no queriendo la Reina; y aun cuando quisiese, la vigilancia inmediata de la camarera mayor parecia ser un obstáculo insuperable.

Villamediana consideró que lo primero era quitar este obstáculo, trabajando sin descanso hasta derribar á Olivares; pero como los rumores que él creia denigrantes para su honra tomaban mas cuerpo cada dia, su impaciencia le arrojó á desmentirlos, si no declarando claramente el nombre de su dama, divulgando romances y tiernas endechas, en que daba á conocer su elevacion sin igual, y tal vez indicaciones tan transparentes como aquella de

« *Francelisa*, cuyos ojos
mi culpa y disculpa son,
dulcísimo laberinto
del que en ellos se perdió;
Si no olvida quien bien ama,
¿cómo puedo olvidar yo
desdenes que no escarmientan,
porque es premio su rigor?
Airosísimo *peligro*,
y en el peligro mayor
menosprecio de la vida
y luz de la estimacion.

Permitid que á las cadenas,
que tan puro amor forjó,
no se les atreva el tiempo,
ni la desesperacion. »

Con versos de esta índole alternaban epígramas mordaces contra Olivares, á los que hacian coro otros poetas, que por encubrirse con el velo del anónimo, dejaban caer sobre Villamediana todo el peso de la responsabilidad, renunciando en cambio á la gloria que pudiese caberles.

No eran los ministros de entonces tan sufridos en materia de oposicion como un ministro constitucional; y si los de este género se incomodan tanto, por mucho que lo disimulen, cuando la prensa les combate, considérese cual seria el enojo del omnipotente Olivares al verse blanco de unos tiros, cuya legitimidad no reconocia ninguna ley fundamental. El interés con que Felipe IV leia todos los versos que llegaban á sus manos daba una verdadera importancia á esta especie de oposicion, muy semejante, aunque en pequeña escala, á la de nuestros diarios políticos.

Aunque nadie firmaba aquellos artículos en verso, que á manera de dardos arrojadizos eran lanzados á la fortaleza del privado, este y la corte reconocian á Villamediana como *editor responsable* de todos, fuesen suyos ó agenos: el vulgo, peor informado, atribuia muchos de ellos á Quevedo, que en pecados de esta especie, tuvo toda su vida la suerte ó la desgracia de ser siempre el pecador; y de seguro, á no existir Villamediana, hubieran recaido las sospechas de Olivares sobre él solo, como aconteció despues.

Presentóse una mañana el ministro á despachar con el Rey, á quien halló muy distraido leyendo un papel, de muchos que tenia revueltos sobre su mesa: á sus piés, medio recostado en el cogin de terciopelo con franjas y borlones de oro, que le servia de escabel, habia un hombrecillo, á quien no podemos llamar enano, aunque apenas medía la estatura de un niño de diez años; pues la conformacion de su cuerpo no ofrecia ninguna de las deformidades que caracterizan aquella especie de seres: era mas bien un hombre pequeño, bien formado y no feo, cuya cabeza un poco abultada hubie-

ra mostrado á la simple vista de un frénologo, (si en aquel tiempo los hubiese habido), los signos distintivos de la sagacidad y la irreverencia, unidas á cierta abyeccion moral, hija mas del hábito ó la necesidad, que del temperamento.

Al entrar Olivares en la real cámara, el hombrecillo avanzó el cuerpo y torció el cuello hácia la puerta, apoyando las manos en el suelo, gruñó al privado, imitando perfectamente á un perro, y le hizo un gesto y un ademan feroz como diciéndole: — «Vete de aquí.»

Pero Olivares no se dió por entendido, y adelantó con mesurado y grave continente, hasta colocarse á corta distancia del Rey, aguardando que este le hablase.

— ¿Cómo te atreves á estar en nuestra presencia? dijo el hombrecillo á Olivares, sentándose á lo turco en el cogin, con las piernas cruzadas. ¿No sabes que nos tienes enojados?

— Calla, bruto! dijo el Rey al hombrecillo, dándole con el pié. — Y añadió volviéndose al ministro: — A tiempo vienes.

— ¿Será cierto, señor, repuso Olivares inclinándose profundamente, lo que dice Nicolasico?

— Los locos y los muchachos suelen decir las verdades, respondió el Rey; y como Nicolasico tiene algo de las dos cosas, pudiera ser que acertase.

— No tengo el menor recelo de haber hecho nada que pueda enojar á V. M. Sin embargo, si acaso involuntariamente...

El Rey no pudo menos de reirse de la seriedad de su favorito; pero recobrando en seguida el aire adusto que era genial en él, dijo:

— Acaso no falten motivos de enojo, si es verdad lo que ponderan estos papeles.

— Habladurías de poetas y descontentos, respondió el privado.

— Sin duda te quieren muy mal los poetas, desde que te saliste de su gremio. Pero el marqués Spínola, nuestro capitan general de los ejércitos de Flandes no es poeta, que yo sepa.

— Se queja con razon, señor, repuso friamente Olivares.

— Y á mí me lo decis? replicó don Felipe mostrándose rey.

— El marqués, señor, tiene hermosos planes, y ha venido él mismo á Madrid, como sabe V. M., solamente á solicitar los medios de llevarlos á cabo; y como estos medios no se le dan, digo que con

razon se queja; pero no tengo yo la culpa, señor: el marqués necesita muchos millones, y yo no puedo volverme dinero.

—Siempre la misma cancion! murmuró el Rey con muestras de mal humor.

—Canciones, Felipe; sí, canciones, amor mio, dijo el bufon: eso es como el dinero del Sacristan: nunca tendremos mas *cuarto* que tú.

Olivares dirigió una mirada de ira al bufon, que le contestó con una mueca remedándole.

—Y qué haremos, si no hay dinero? preguntó el Rey.

—Tener paciencia, señor, hasta que mejore el estado de vuestra Real Hacienda: otras atenciones mas urgentes y mas inmediatas son primero.

—Por ejemplo, repuso el Rey, las de mis queridos hermanos.... Pero tambien parece que estos están poco satisfechos.

—Precisamente, señor, me ocupo en darles satisfacciones: y si pudiese hablar.... dijo Olivares, mirando al bufon para indicar que le estorbaba.

—Sal de aquí, Nicolasico, dijo el Rey al hombrecillo.

Este se levantó, y apretando los puños, exclamó:

—Siempre me despides, Felipe, cuando mas falta te hago: ese hombre te va á engañar.

—Vete, animal, replicó el Rey. No estoy ahora para bufonadas.

Nicolasico bajó la cabeza y salió; pero no sin amenazar ridículamente con los puños á Olivares desde la puerta.

—Ya puedes hablar, dijo don Felipe.

—Empezaré, señor, por lo mas agradable á V. M.—Mis gestiones cerca de la corte de Inglaterra producen felices resultados, y es de esperar que muy pronto se realice el enlace de la infanta doña Maria con el príncipe de Gales, heredero de aquella corona. Segun me informa el embajador de V. M., el príncipe mismo, favorablemente prevenido, piensa venir á Madrid á solicitar galantemente la mano de S. A.; este paso allanará las dificultades que entorpecen el éxito de tan ventajosa alianza; pues no dudo que la belleza de vuestra augusta hermana y los obsequios que haré al príncipe ganarán completamente su voluntad, y le harán ceder en sus escrúpu-

los de religion, que son mas bien consideraciones políticas. Lo mas difícil es obtener el apoyo de Inglaterra contra los Holandeses, y esto confío conseguirlo en cuanto esté bajo nuestra mano Cárlos Estuardo.

—Con efecto, dijo don Felipe: me das una buena noticia. Pero, ¿vendrá el de Gales?....

—Vendrá, señor: y esta es una de las muchas causas que me obligan á pasar por tacaño. Es menester que en esa ocasion desplegue vuestra corte una magnificencia correspondiente á la grandeza de vuestra monarquía.

—Es verdad, y desde luego me parece que debemos celebrar alguna fiesta, en cuanto se reciba la noticia positiva de la venida de Cárlos: que nadie vea, ni sospeche que el rey de dos mundos es pobre.

—V. M. es solo capaz de pensar con elevacion. Esto, señor, en cuanto á la infanta, una de mis enemigas.

—Tienes mas de una?

—Temo no merecer la buena gracia de S. M. la Reina. En cuanto al infante don Fernando....

—Espera, dijo el Rey frunciendo su duro entrecejo, y tomando uno de los papeles que habia sobre la mesa. Creo que andan duendes en mi cámara: entre estas sátiras contra tí, que me divierten mucho, he encontrado esta mañana unos versos amorosos que, por su estilo, me ha parecido reconocer cuyos son. No sé quien los habrá puesto aquí. Mira: ¿entiendes tú esto? Dicen así:

« Para qué es, amor tirano,
tanta flecha y tanto arpon.....

« Y luego sigue:

Francelisa, cuyos ojos.... etc.

« Quien será esta Francelisa?

Olivares tomó el romance que le presentaba el Rey, fingiendo dudas que no tenia, pues él mismo lo habia introducido en la cámara real.

—Francelisa.... repitió. ¿Quién es capaz de adivinar las cifras

de los poetas? Francelisa.... Esto parece compuesto de *Francia* y *lis*..... pero repito que.....

—Dame acá: eres torpe.

—Si conociésemos al autor.... dijo el conde-duque, sin dar la menor muestra de haber sentido el apóstrofe del Rey. Tal vez por el hilo, se sacaria el ovillo.

—No se sabe todavia quien es la dama de nuestro correo mayor de España y Nápoles? preguntó don Felipe.

—Dicen que es una mujer vulgar....

—Dicen.... Estás hoy desgraciadísimo.

—Sin embargo, señor: yo creo haber descubierto algo mas.

—Ah! Dime lo que has descubierto.

—No sé si tendré aquí una copia de aquel soneto, que premió V. M.... repuso el privado buscando en una cartera que sacó de su bolsillo. Sí, aquí está: es acróstico, y en las iniciales se espresa un nombre.

—A ver? A ver? dijo el Rey, arrebatando el soneto de la mano á Olivares.

Una sombría nube se estendió por su rostro, á medida que iba descifrando aquellas letras fatales.

Cuando no le quedó nada que adivinar, tiró el papel sobre la mesa, y murmuró con acento tranquilo:

—La duda queda en pié: pero, al cabo, esto no nos importa. ¿Qué ibas á decirme de mi hermano el cardenal?

—Ah! Decia, señor, que habia pensado en lo que mas conviene á S. A. Eminentísima; y creo que será muy de su agrado y en gloria de su augusta sangre y de V. M.

—Qué es ello? No amplifiques tanto.

—Paréceme, señor, que S. A. Emma. el infante don Fernando no puede estar á gusto en una corte, donde no representa el primer papel.... De aquí su descontento, las intrigas que urden los que se apellidan sus amigos....

—Al grano, al grano: acorta de razones, por Dios vivo!

—Pues bien, he pensado que conviene ponerle al frente de un ejército.

—No estaria mejor al frente de un arzobispado?...

—No es ese su genio, señor: le han errado la vocacion. Además, nos sobran prelados, y nos van faltando generales. El valiente Spínola está achacoso, y es menester prepararle un sucesor: á su lado, el infante hará un buen aprendizaje, y nadie como S. A. podrá guiar á la victoria nuestros ejércitos de Flandes. Allí hace falta un general de régia estirpe; pues quizá no esté lejano el dia en que tengamos que luchar con los franceses y los holandeses unidos.

Felipe IV no escuchaba estas consideraciones de alta política con que Olivares pretendia apoyar su resolucion de alejar de Madrid á uno de sus mas poderosos enemigos. El pensamiento del monarca divagaba por otras regiones mas caseras, si nos es permitido decirlo así: el soneto de Villamediana; el romance á *Francelisa*, cuyo estilo no podia equivocar con otro, como buen conocedor en poesía; el recuerdo del premio que él mismo habia hecho dar al conde le agitaban interiormente, y no le permitian fijar la atencion en otra cosa. Así es que, cuando concluyó de hablar el ministro y aguardaba su asentimiento, le oyó murmurar, como si hablase consigo mismo:

—Bien se reiria de mi sandez!...

—V. M. aprueba?... dijo Olivares, afectando no haber oido.

—Sí, todo lo que quieras, repuso Don Felipe dejando escapar su enojo. No sé para qué me consultas, si al cabo se hace todo lo que propones.

—Si desagrada á V. M...

—No, eso está bien pensado: mi señor hermano se alegrará de perderme de vista. Qué mas hay? Despachemos pronto.

—Nada mas, sino que V. M. se digne firmar estas órdenes, repuso Olivares abreviando así el despacho, que conocia no era lo que mas agradaba en aquel momento al Rey.

—Dame acá, dijo este tomando la pluma para firmar; y véme diciendo lo que es cada cosa.

Hízolo así el conde-duque, y en breve espacio quedó concluido el despacho de aquel dia.

Íbase á retirar el ministro, viendo que su presencia parecia ser molesta al Rey, cuando este le detuvo y le dijo:

—Espera, Olivares. ¿Tardará mucho en saberse la determinacion decisiva de Cárlos Estuardo?

— No creo que pase Santiago sin que lo sepamos.

— Bien ; pues para ese dia quiero que celebremos una fiesta de toros mejor que la pasada, y luego daremos algunos bailes : pienso divertirme mucho.

— Me ocuparé en el programa de esas fiestas.

— Como quieras ; pero la de toros déjala á mi cuidado. Ha de ser cosa magnífica.

—Tiene algo mas que mandarme V. M.?

— No, á Dios!

Apenas salió Olivares, don Felipe tomó el soneto y el romance de Villamediana, y permaneció largo rato contemplándolos con aspecto sombrío.

— Isabel dice el uno... Lis-francesa el otro, murmuró rechinando los dientes. Pero, ¿es posible que se atreva?... Y *ella?*... Qué debo pensar de ella?... Oh!... Qué horrible tortura!... Olivares sospecha como yo... acaso no sospecha, sino que sabe la realidad... y tengo miedo de abrirle mi pecho!... miedo, si, miedo de comunicar mi deshonra!... Quizá esto no sea mas que una ilusion... una apariencia vana... Pero no... Bien claro lo dice... Ah!... Calma, Felipe, calma!... Guarda esta espina en lo mas escondido del corazon, y que su dolor no suba al rostro... Yo descubriré la verdad... y si fuese cierto... ¡ay de ellos!

Acabado este desordenado monólogo, el jóven Rey tocó una campanilla, y un gentil-hombre se presentó en la puerta de su cámara, á quien dijo :

— Que entre el bufon... Esperad : que llamen á Mendoza, y á Quevedo... y á... Villamediana y á don Juan de Spina, y... nadie mas : id.

Nicolasico entró pocos momentos despues.

— Ven acá, muñeco, le dijo don Felipe, y oye bien lo que deseo : si hoy no tienes la suerte de hacerme reir, te mando ahorcar antes de la noche.

— Te haré cosquillas, Felipe.

— Nada de bromas conmigo, canalla! gritó el Rey echando fuego por los ojos.

El bufon retrocedió espantado : pero reflexionando en el acto

que su amo necesitaba reir, aunque no estuviese de humor, y que en obligarle á ello le iba la vida, recobró su serenidad y repuso:

—Pues, si no quieres bromas, lloraré. Ji!... ji!... ¿No es esto? Ji!... ji!...

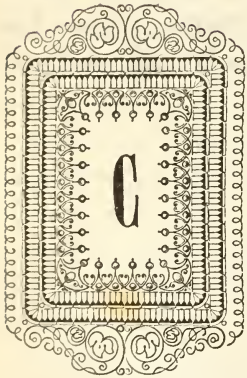
El rey desarrugó el ceño; pero no se rió de los mohines grotescos que hacia Nicolasico; el cual siguió esforzándose para provocarle á risa; aunque con cierta circunspeccion.

De allí á una hora, se hallaban reunidos en la cámara todos los personages citados, y el Rey concertaba con ellos, en amistosa plática, el proyecto de una funcion de toros estraordinaria. S. M. queria, entre otras cosas, que los principales caballeros de su corte se presentasen á rejonear y picar á la usanza morisca, llevando cada uno su cuadrilla con los colores que adoptase, y por divisa en los pendoncillos alguna prenda ó emblema de sus amores; queria que los poetas aguzasen su ingenio y compusiesen las leyendas ó motes que eligieran los caballeros, y no ocultó que su objeto era dar una idea de la grandeza y galantería española á los embajadores ó acaso príncipes ingleses, que probablemente presenciarian la fiesta.

Las proposiciones mismas que se emitian por unos y otros dieron pié á Nicolasico para soltar el torrente de sus chistes; y estuvo tan feliz, que muchas veces interrumpió don Felipe la conferencia con alegres carcajadas.

CAPITULO XVI.

FIESTAS REALES.



CONFORME habia previsto el conde-duque, antes del dia de Santiago, en que se celebraban las segundas corridas de toros, segun la costumbre de aquel tiempo, habian llegado á Madrid emisarios diplomáticos del rey de Inglaterra con cartas muy lisonjeras de este y del príncipe de Gales, pretendiente de la mano de la infanta doña Maria de Austria.

Mucho tiempo hacia que Jacobo I deseaba esta alianza, dilatada por los escrúpulos religiosos de Felipe III: las negociaciones se habian renovado con ardor luego que falleció este monarca; no siendo el menor estímulo la promesa de un gran dote hecha por el embajador de España en Londres: nuestra corte apetecia tambien este enlace ventajoso, aunque no fuese mas que para impedir que el inglés contrajese iguales vínculos con la casa de Francia, cuya corte no nos era favorable á pesar del mútuo paren-

tesco de las dos familias; pero, sin embargo, queria ser rogada y solicitada, no solo por conservar la tradicion de su poderío, sino tambien por el decoro de la persona pretendida.

No obstante, cuando llegaron los embajadores y anunciaron extraoficialmente y como en confianza, que el príncipe, tan solo por lo que sabia de oidas, estaba enamorado de la infanta, y que en su impaciencia de verla, era de presumir que se escapase de la corte de su padre para venir á Madrid, agradecióse mucho esta demostracion novelesca, y se dispuso lo necesario para festejar al príncipe aventurero de un modo que le deslumbrase.

La víspera de Santiago, la condesa de Olivares dió un sarao á toda la corte, al cual asistieron el Rey, la Reina y la infanta: era una fiesta en cuyos preparativos habia gastado el favorito medio millon de reales: nunca se habia visto nada tan espléndido y fastuoso; los innumerables criados de la casa de Olivares llevaban un caudal en los bordados de plata y oro de sus libreas; el refresco solo, sin contar la vagilla de metales preciosos, toda nueva, en que habia de servirse, costaba mas de doscientos mil reales. A este sarao fueron convidados los enviados de Inglaterra, cuyo gefe, al presentarse á la condesa, lo hizo acompañado de un jóven caballero, en quien brillaban los modales distinguidos y la noble arrogancia de quien debe á la fortuna un nacimiento ilustre.

« Vuestra excelencia, la dijo el embajador, me permitirá que la presente á mi compatriota, el caballero Jack, que á nadie cede en nobleza de sangre, ni en caballerosa hidalguía.

La condesa miró con curiosidad al caballerito, que la hizo un elegante saludo y chapurró en mal castellano un cumplimiento; y comprendiendo quien podia ser, le ofreció su casa y su amistad: en seguida preguntó al embajador, si hacia mucho tiempo que su noble amigo habia llegado.

—El caballero Jack, repuso aquel, vino ayer tarde: aunque es inmensamente rico, ha tenido la humorada de viajar á la manera de los caballeros andantes, con solo un escudero llamado Tom Smith, persona tambien de calidad.

—Humorada singular! contestó la condesa. De todos modos, el caballero Jack será bien recibido, y me permitirá que le presente al

Rey mi señor: y si su escudero Tom es persona tan distinguida como decís, puede tambien frecuentar esta vuestra casa.

Hecho este cumplimiento significativo, la ilustre dama dió su mano al caballero Jack, distincion mas significativa todavía, y atravesó la brillante concurrencia que llenaba sus salones, conduciéndole de este modo hasta un lujoso gabinete, donde el Rey se paseaba, entretenido en conversacion con Olivares y otros cuantos personages de su intimidad. Detúvose, no obstante, á pocos pasos de la puerta, y dijo en voz baja al jóven inglés:

— No quisiera que mi oficiosidad desagradase á V. A.—El Rey está ahí dentro: ¿será indiscrecion el presentaros á S. M.?

—No tal, respondió el príncipe Cárlos; pues no era otro el jóven aventurero. Mas.... podeis nombrar al caballero Jack, y....

—Hablad sin empacho, repuso la condesa, observando la indecision del príncipe.

—Quisiera, señora, ver á solas á doña María.

—Oh! exclamó la dama. Eso es algo mas difícil, señor; tiempo habrá para todo.

Y entró en el gabinete, llevándole siempre de la mano.

Felipe IV y Olivares, que ya le conocian por su retrato, y que sabian su escapatoria de Londres, y su paso por Francia, disfrazado y con nombre supuesto, lanzaron, al verle, una exclamacion casi imperceptible, y oyeron sonriéndose el discurso intencionado con que la condesa presentó al caballero inglés Jack, noble sin igual en su tierra. El Rey contestó:

—El muy ilustre caballero Jack es bien venido á mi corte, y queda convidado para asistir conmigo á la fiesta de toros y cañas, que se ha dispuesto para mañana. Espero, entretanto, condesa, que le obsequiareis cual corresponde, y como yo deseo.

El incógnito estaba demasiado descubierto, para que dejase de corresponder á esta cordial acogida con muestras de alta consideracion. Don Felipe y el futuro Cárlos I, príncipe amable, de brillante porvenir, segun todas las apariencias, y cuyo fin en un patíbulo nadie hubiera podido prever entonces, pasaron un rato en corteses razones y amistosa compañía; despues de lo cual, la condesa se encargó de hacerle agradable, al estrangero, la entrada en su

sociedad: bailó con él dos veces, y mas tarde dispensó igual distincion á su escudero Tom Smith, que no era otro sino el aventurero Villiers, elevado á las primeras dignidades de Inglaterra por Jacobo I, y que á los títulos de vizconde de Villiers, conde, marqués y duque de Buckingham, caballero de la órden de la Jarretera, caballerizo mayor, director de aguas y bosques, gobernador de los cinco puertos, presidente del tribunal del banco del Rey, condestable de Windsor, gran maestre de Westminster, y almirante mayor de Inglaterra, unia los de el mayor libertino y primer ignorante de su patria: era buen mozo, eso sí; audaz, sobre todo con las damas, intrigante y fecundo en recursos ingeniosos para contentar á sus amos: tenia, pues, cuanto se necesitaba para prosperar en aquellos felices tiempos de monarquías absoluto-divinas.

La condesa de Olivares encontró mas amable la compañía del escudero que la de su señor, y aquella noche, los dos se hicieron muy amigos.

Aunque la infanta doña María entró en los salones de la condesa, con la Reina, á quien seguia un pequeño cortejo, y tomó parte en el baile, no la fué, sin embargo, presentado el príncipe estrangero, en consideracion al carácter insólito que él mismo habia querido atribuirse: así es, que solo pudo este verla durante una hora; pues al cabo de este tiempo, la reina se retiró con ella y con sus damas.

El conde de Villamediana tambien habia concurrido á la fiesta, permaneciendo en ella breves momentos: el aire sombrío de su persona fué muy notado, y cuando desapareció despues de sufrir algunas alusiones picantes á la dificultad que le suponian de ostentar al dia siguiente algun trofeo de sus misteriosos amores, las conversaciones recayeron sobre este punto, y se hicieron los mas estravagantes comentarios.

El Rey se retiró tambien temprano; acompañándole su inseparable Olivares; pero en vez de dirigirse á Palacio, ambos fueron, embozados y á pié, á perderse en el portal de una casa grande y destartalada, cuyos muros estaban unidos á los del convento de la Encarnacion Benita: otro embozado los habia ido siguiendo á larga distancia; pero sin perderles de vista, y luego que se hubo cer-

ciorado bien de que habian entrado en aquella casa, volvió atrás y se perdió en los sinuosos callejones del barrio de Santiago.

Habria transcurrido media hora, cuando se presentaron tres personas en la portería del convento: la puerta esterior estaba cerrada, como era natural á tales horas de la noche: sin embargo, uno de los recien llegados sacó una llave de su bolsillo, y abrió: todos tres entraron, volviendo á cerrar por dentro: para ejecutar esta operacion, otro de los misteriosos personajes descubrió una linterna de asta que llevaba debajo de su capa, y alumbró con ella al de la llave, que era un eclesiástico de faz rígida y severa, en cuyo pecho pudo verse bordado el escudo distintivo de la Inquisicion; el tercer personage era un anciano de mas de setenta años, mediano de cuerpo; pero grave y magestuoso: la palidez de su rostro en aquellos momentos era tanta, que apenas se distinguia del color de sus canas venerables; sus ojos brillaban, sin embargo, con el fuego de una resolucion noble y enérgica.

Este anciano tomó la delantera, y se encaminó á la puerta interior, que cedió fácilmente al empuje de su mano: á los pocos pasos que dieron dentro del claustro, se encontraron con una monja, la cual sin dar la menor muestra de sorpresa, ni hablar una palabra, les condujo á su celda: era la abadesa del convento.

—Dios nos proteja! exclamó solamente dejándose caer en una silla y cubriéndose el rostro con las manos. Dios tenga misericordia de nosotras!...

—No es hora de vanas lamentaciones, dijo el anciano. Dios protege á quien obra bien; y vos, madre, habeis cumplido con vuestro deber: ¿están dentro?

El anciano hizo esta pregunta con voz trémula, y apretando nerviosamente la empuñadura de su espada.

—Señor don Baltasar de mi alma! exclamó la abadesa mirando alternativamente á este y al inquisidor. Dentro han de estar... yo no sé nada... pues no ignora vuestra excelencia, que si entran en esta santa casa, no es por la puerta grande, sino *tanquam fur*, como dice el divino Maestro; á escondidas, y por la mina que han abierto en la carbonera de la casa inmediata.

—Ya lo sabemos, madre, dijo á esto el inquisidor; y no se os

hará, por lo tanto, cargo alguno : conducidnos al lugar de la sacrílega profanacion, y nada mas.

—Sí, conducidnos, repitió con acento mas imperioso don Baltasar.

—Señor, murmuró temblando la abadesa : evitad el escándalo, y que esta santa casa no tenga que padecer por las sugestiones del espíritu malo.

—Adelante, madre, y nada temais, repuso impaciente don Baltasar : el negocio está en buenas manos.

La abadesa guió delante sin hablar mas palabra ; el anciano la siguió visiblemente agitado, y detrás de él el inquisidor y su familiar ; en el estremo de un corredor, la abadesa indicó una puerta á don Baltasar de Zúñiga, y le dijo en voz baja :

— Esta es la celda que me han obligado á destinar á vuestra sobrina.

—Silencio, y apartaos, respondió el anciano.

Y acercándose á mirar por el ventanillo guarnecido de espesa reja, destinado á facilitar la vigilancia de la superiora, quedó algunos momentos como pegado á él : en seguida se retiró tambaleando como un hombre ébrio, y murmuró con voz agitada :

—Oh !... bajeza !... oprobio !... sacrilegio !...

El inquisidor se acercó á su turno á la rejilla, y vió el espectáculo que habia tan justamente indignado á don Baltasar.

El jóven rey estaba sentado en ricos almohadones de terciopelo que formaban una especie de trono y de lecho suntuoso, y absorto en deliquio amoroso, acercaba su cabeza á la de una hermosa dama vestida exactamente como la *Concepcion* de Murillo : el rostro y la actitud de esta jóven espresaban una timidez encantadora, en la que un ojo perspicaz y analizador habria descubierto mas sumision forzada que amorosa complacencia : delante de este grupo habia dos hombres, ricamente vestido y jóven el uno ; anciano el otro y en trage modesto y negro : el primero era el conde-duque ; el segundo, el tutor de Quevedo, Gerónimo de Villanueva, protonotario de Aragon y curador del convento, que con este título ocupaba la casa inmediata : los dos tenian una rodilla en tierra, y con incensa-

rios en las manos, quemaban suaves perfumes ante aquel trono, digno de Sardanápalo.

El inquisidor no se atrevió á llamar á aquella puerta, no obstante el poder sobrehumano de que le revestia su cargo: volvió la cabeza hácia el ayo del Rey, cuya mirada ardiente pareció decirle: «Ya estais aquí: obrad!... » pero únicamente pudo preguntarle con indecision:

—Y bien, qué harémos?

—Decís bien, repuso don Baltasar: esto me toca á mí: quedaos en este sitio, y no entreis, sino cuando fuéreis llamado.

Y lanzándose con ímpetu á la puerta, dió en ella tan violento golpe, que hizo saltar la cerradura. La abadesa echó á correr, encomendándose á Dios y á todos los santos. Los personages que habia dentro de la celda cambiaron de actitud repentinamente: Don Felipe se puso en pié, se embozó en su capa hasta los ojos y requirió la espada: la jóven monja dió un grito y se desmayó, al ver á su tio aparecer en el umbral de la puerta: Olivares tiró el incensario y se colocó, espada en mano y á cuerpo descubierto, delante del Rey: Villanueva huyó despavorido por la mina.

—Cómo habeis osado!... empezó á decir Olivares.

—Silencio! le interrumpió el anciano. El osado sois vos, y el hombre indigno de mi sangre.

—Don Baltasar!... exclamó el Rey dando un paso.

—No estamos solos, señor, repuso el anciano bajando la voz y concentrándola hácia don Felipe. V. M. será siempre acatado por este pobre viejo, que nunca esperó ver mancilladas sus canas por un perverso.—Y miró fijamente á Olivares.—V. M. me debe una reparacion de honra y de justicia; reparacion que pido aquí solemnemente en nombre de Dios, á quien tambien se ha ultrajado: mi honra exige que me permitais castigar por mi mano al infame que, so capa de lealtad, os pierde; vuestra justicia debe entregarlo con su vil cómplice al Santo Tribunal que ya le aguarda.

—Qué decís, don Baltasar?... murmuró el Rey. Es imposible lo que pedís: vuestra imprudencia os costará cara.

—Sé que arriesgo mi cabeza, señor; sé que el sepulcro me aguarda: por eso no quiero perder los instantes que me concede el

cielo para volver por la religion y la honra de mis padres: cumpla yo este deber, y venga la muerte... Pero, señor, estoy faltando al que me impone mi lealtad acrisolada, y no quisiera perder en un momento el premio de una larga vida de buenos servicios; no: ese premio es la confianza de haber sido siempre fiel á mis monarcas, y no la desmentiré en esta ocasion. Venid: vuestro ayo, señor, tiene obligacion de apartaros del camino del vicio.

Habia en la actitud y en las palabras de don Baltasar tanto prestigio, y la situacion era tan embarazosa, que el jóven monarca subyugado por el respeto con que siempre habia mirado aquellas canas, y cediendo quizás al peso de su conciencia, no se atrevió á replicar, y le siguió manso, como un cordero. El noble anciano le sacó á la casa de Villanueva, y dejándole allí, volvió en seguida á la celda, donde Olivares habia quedado confuso, y cual si fuese de piedra.

—Ya no te escuda la magestad del trono, le gritó con voz tonante y acometiéndole con la espada desnuda. Si tienes en las venas alguna gota de sangre de Guzman y de Zúñiga, defiéndete, cobarde, que quiero verterla.

—Tio! prorumpió lleno de ira el privado. Qué habeis hecho!...

—Mi deber, miserable! Defiéndete, ó te mato como á un villano.

—Es imposible! exclamó Olivares rugiendo de furor. Dejadme... ó vive Dios!...

Don Baltasar cimbró la espada, y cruzó de un cintarazo los lomos de su sobrino, diciendo:

—Pues no quieres reñir como caballero, te castigaré como mereces.

Olivares cegó de cólera, y se puso en defensa contra su tio; pero al primer encuentro cayó gravemente herido de una estocada.

El inquisidor quiso acudir á tiempo de evitar este desenlace; pero solo pudo impedir que el anciano diese fin del vencido, sujetándole el brazo por la espalda, y empujándole hácia la salida secreta. Don Baltasar obedeció á este impulso, y fué á reunirse con el Rey, á quien dijo:

—Se dignará V. M. aceptar mi compañia?

—Y Olivares? fué la pregunta del Rey.

—Allá queda, señor; el estado de mi sobrina reclama algunos ausilios... No os cuideis de él.

Don Felipe se dejó conducir maquinalmente á la calle, y de allí á Palacio, mientras el inquisidor y su familiar hacian trasladar á Olivares á su casa con mucho sigilo, y las monjas se ocupaban en ausiliar á su compañera, que parecia muerta. Para no volver á este incidente, dirémos aquí, que dos semanas despues, se celebraban en el convento las honras fúnebres de la infeliz; tan dolorosa fué la impresion que causó en su ánimo la sorpresa de aquella terrible noche.

Durante estas escenas, Villamediana llevaba á cabo una resolucion atrevida: aprovechando la ausencia de la camarera mayor, que, segun hemos visto, se ocupaba en obsequiar al caballero Jack, á su escudero y lo principal de la corte, habia logrado introducirse, sin ser visto, en un retrete contíguo á la cámara de la Reina, momentos antes que esta se retirase del sarao de la condesa; estaba determinado á esperarla toda la noche, y á espiar una ocasion de presentarse á ella, con la seguridad de no ser sorprendido por el Rey, que dormia en su propio aposento, bastante lejos de aquel.

No habian transcurrido diez minutos desde que se ocultó, cuando oyó la voz de la Reina, que conversaba con doña Maria Henriquez y con otra dama: esta última hubo de retirarse á poco, y doña Maria se quedó sola con su señora: la conversacion de ambas podia oirse con solo poner algun cuidado, y Villamediana que era todo atencion desde que sintió los primeros rumores en la estancia inmediata, se aplicó á escuchar por la cerradura,

—Dichosa fiesta! decia la Reina con marcada espresion de fastidio. Concibes tu, doña Maria, que pueda divertirse allí nadie?

—Yo señora, contestó la dama, no encuentro placer alguno donde no lo halla V. M.

—Eso es una lisonja vulgar; lo que oigo todos los dias, repuso la Reina. Dime mas bien que no cabe solaz ni recreo en una reunion donde solo se trata de ostentar una grandeza que insulta á todo el mundo; que al lado de la brillante condesa de Olivares, no hay astro que no palidezca; que su orgullo hiere; que su esplen-

dor marchita y oscurece cuanto se le acerca: dime esto, y creeré que me amas.

— Ah! Señora: si tal dijese, mentiria; porque nadie brilla á mis ojos donde está mi querida soberana.

— Aunque esté triste!... Aunque sufra!... Viste al Rey? Se fué sin hablarme, apenas entré yo!

— No creo que lo hiciese por eso, señora: tal vez algun negocio!...

— Si; ya sé que tiene siempre negocios que le ocupan de noche.

Villamediana rechinó los dientes, diciendo entre sí:

« De él se acuerda!... Para mí no tiene ni siquiera una maldicion!...

— Soy desgraciada, continuó diciendo la Reina: yo no hago mal á nadie, y hay gentes que me aborrecen: no lo has conocido tú, como yo, doña Maria?

— Quién puede aborreceros, señora? Cierto, habrá quien no os quiera bien; pero á no ser un malvado...

— No, no es un malvado alguno que yo sé, y esta noche me ha mirado con unos ojos!... Hubiera dicho que queria matarme. No lo reparaste? No viste á Villamediana? Tambien salió á poco de entrar yo, como si hubiera entrado la peste.

— V. M. puede haberlo reparado; yo, señora, solamente observé que estaba triste, como siempre.

— No sé por qué tiemblo cuando encuentro á ese hombre; y... quiero confiarte una flaqueza: el caso es, que me inspira interés y temor al mismo tiempo. Es una niñería; pero no lo puedo remediar.

— Comprendo que os inspire interés, pues parece ser muy desgraciado; pero no temor: siempre le oí hablar de V. M. con la espresion del mas acendrado afecto.

La Reina calló: Villamediana tenia el oido pegado á la cerradura, ansioso de escuchar su respuesta; pero el silencio le fué mas grato que lo hubiera sido la mas tierna manifestacion.

— Ah! murmuró: bien me sirves, doña Maria; pero, cuánto te agradeceria el que te fueses!

Como si este interesado deseo hubiese llegado á conocimiento de la Reina, poco rato despues, se la oyó decir á su dama:

—Puedes retirarte; pero no te alejes: pronto te llamaré.

Villamediana miró por el ojo de la cerradura, y vió confusamente á doña Isabel, que dirigiéndose á un reclinatorio que habia en su estancia, se arrodillaba delante de un crucifijo de oro y rezaba con fervor, como quien pide al cielo ardientemente una gracia.

—Oh! dijo entre sí el conde. Tú eres un ángel, y puedes acercarte á Dios: yo soy un réprobo, y no tengo ese consuelo.

Y siguió observando á doña Isabel; hasta que viéndola levantarse y dirigirse á una mesa con ademan de tocar una campanilla, dió un golpecito en la puerta, que la dejó suspensa y alarmada; en seguida repitió el golpe, y dijo con la posible circunspeccion:

—Abrid, señora; abrid, por piedad!

La Reina titubeó un momento; pero el temor de que el conde, cuya voz habia conocido, fuese descubierto en su aposento, la obligó á abrirle, para mandarle retirarse.

Villamediana cayó de rodillas á sus piés, diciendo:

—Perdonad, señora, mi atrevimiento, y no me confundais con vuestra ira. Perdonad á un desdichado, que no es ya dueño de sus acciones.

—Conde... Con...de... balbuceó la Reina, mirando á todas partes asustada. Qué haceis aquí?... No temeis?...

—Nada temo, señora; puesto que os hablo y me escuchais.

—Ah! Callad... Idos, por Dios! En este sitio... á estas horas... si nos sintiesen!...

Villamediana conoció todo el poder que tenia en aquel momento sobre su víctima: tomóla una mano, besóla sin encontrar resistencia, se levantó y la atrajo hácia sí dentro de aquel mismo retrete donde habia estado escondido.

—No es tiempo ya de fingimiento, señora, la dijo: arrostrando vuestra prohibicion espresa, la terrible sentencia que fulminásteis contra mí en el parque, he llegado hasta aquí, solo por veros; por hablaros una vez mas sin testigos, aunque sea la última: sé que me espongo á vuestra indignacion, á vuestro odio, quizás; pero,

¿qué le importa ya nada á un miserable que ambiciona la muerte!

—Qué estais diciendo? repuso doña Isabel pasándose por la frente la mano que tenia libre. Oh!.... Dios mio! Qué confusion! Me hablais de prohibicion, de sentencia.... del parque.... No puedo comprenderos.

—Ah! Lo habeis olvidado.... Yo no, señora; porque desde aquella noche sufro todos los tormentos del infierno.

—Conde!... Habeis perdido la razon? Qué noche es esa de que hablais?

—No me prohibísteis vos misma lo que es imposible cumplir? Amaros!.... ¿No me dijísteis que aquella sería nuestra última entrevista!....

—Oh! exclamó la Reina: qué horrible idea! Yo no os he hablado en el parque desde el dia de la academia.... Sin duda os habeis dejado engañar, y me habeis comprometido, conde. Ah! En nombre del cielo, no esteis aquí un momento mas. Ved que os lo suplico!.... Teneis enemigos que os acechan, y acaso en este instante....

—Vengan esos enemigos, señora, repuso el conde con una sonrisa de triunfo. Vengan los que me denigran diciendo, que tengo amores indignos de mí; los que osan profanar el encanto celestial que me esclaviza con infames imposturas: vengan, y véanme á los piés de la mas hermosa y la mas grande de las mujeres!

—Delirios, conde! Delirios!... Ved que el Rey quizá sabe ya lo que pensais... Ved que puede venir...

—Oh! No vendrá, señora: está lejos de aqui; porque no sabe apreciar el tesoro que le han dado. Sé que no vendrá, y no en vano he llegado hasta vuestras plantas: mañana es la gran fiesta de los galanes afortunados; mañana llevaré yo á la fiesta los colores de la que adoro. Una prenda, una cinta necesito de la beldad incógnita que todos admiran. Esto vengo á pediros, señora, y no sereis tan cruel que me lo negueis.

—Una prenda mia!... es imposible!

—Imposible!... Pues bien, señora: mañana, cuando vuestros ojos, que oscurecen al cielo, se complazcan en honrar con sus miradas el valor de tanto y tanto dichoso caballero, no espereis ver á

Villamediana; porque antes que salir al palenque desairado, me abriré yo mismo el sepulcro.

—Conde, respondió la Reina, queriendo armarse de dignidad: vuestra pretension es insensata: y ese alarde de sentimientos exagerados con que intentais afligirme no es galante, ni respetuoso. ¿Cuándo, decidme, os autorizó mi conducta para traspasar los límites de la cortesía, ya que no del acatamiento que me debeis?

—Sois, por fin, la misma del parque, repuso el conde con amargura. Os reconozco, señora, en ese rango de dureza, y os doy la razon. Soy, en efecto, irreverente y descortés; porque no puedo ser feliz. Perdonad, señora, mi atrevimiento: conozco que he soñado una dicha imposible: ya estoy despierto, y no volveré á ofenderos con mis importunas quimeras. A Dios, señora: á Dios para siempre!

La Reina se estremeció al oir estas palabras, y viendo al conde alejarse con aire sombrío y desesperado, exclamó deteniéndole:

—Qué meditais! Esperad.

—Señora, prorumpió Villamediana con todo el fuego de su pasion: ¿qué os cuesta pronunciar una palabra, que veo saltar dentro de vuestro pecho? Qué raro placer hallais en hacerme sufrir? Acabad de una vez de atormentarme y de atormentaros. Decidme que me odiais, y que debo poner fin á una existencia, que, á vos sola consagrada, es inútil, si vos la rehusais. Odio, sí, odio es el único sentimiento que puedo inspiraros; puesto que dais tanta importancia á una cinta, á un lazo de vuestro vestido, que lo considerais superior á mi honra y á mi vida. ¿Qué os hice, señora, para merecer tanto horror!...

—Eso es locura, conde. Decís que os aborrezco, y sois injusto: mas, ojalá fuese verdad! Yo, á mi turno, pudiera decir que sois ingrato, y que solo pensais en vuestra dicha, sin cuidaros de que los *demás* padezcan: si eso es lo que entendeis por amor, yo lo niego, yo lo rechazo lejos de mí, como un funesto veneno.

—Ah! Señora! Qué mal me comprendeis!

—Sed obediente, y os comprenderé, conde.

—Qué debo hacer para agradaros?

—Huid!... Huid donde yo no os vea.

—Sereis servida, respondió el conde con aquel tono lúgubre que aterraba á la Reina.

En este momento se oyó la voz del Rey en el aposento inmediato: don Felipe, huyendo de las justas reconvenciones de don Baltasar de Zúñiga, ó por mejor decir, de su propio furor, que podia impelerle á cometer algun acto inconveniente contra su severo ayo, le habia despedido con buenas razones; y para mostrarle su arrepentimiento, se habia hecho acompañar por él hasta la puerta de la cámara de su esposa. Esta dió un débil grito al oirle, y dijo al conde:

—Salid.... El Rey viene!

—Venga, pues: no temo su venganza.

—Sois inexorable!... exclamó la Reina con angustia. Quedaos, pues, y regocijaos con mi perdicion.

Diciendo así, corrió á la cámara, donde ya estaba el Rey, y cerró la puerta.

Villamediana permaneció un momento en medio de la estancia, mirando fijamente hácia la cámara, y se retiró murmurando:

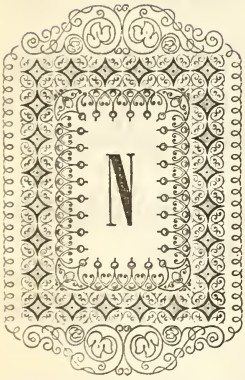
—Me ama y me teme... Débil mujer, no faltará mañana una divisa al conde de Villamediana.

Pocos segundos despues de su salida, entró el Rey en el retrete, y lo registró con el mayor anhelo: siguió los pasos del conde, y alcanzó á verle en una galería; pero no estaba solo: hablaba y reia con Quevedo.

—He llegado tarde! murmuró don Felipe.—Y volvió á entrar en la estancia de la Reina, donde pasó mas de una hora.

CAPITULO XVII.

FIN DE FIESTA.



No entra en nuestro plan hacer una descripcion minuciosa de lo que era una corrida de toros en el siglo XVII: baste saber que Felipe IV lidió mas de una vez, y mató por su mano un toro en cierta funcion, sin que por esto se entienda que solo mató uno, sino que nuestras noticias no se estienden á mas.

Y puesto que el Rey lidiaba, dicho queda que el oficio de lidiador de toros era una ocupacion caballeresca y cortesana: otro de los resabios que la civilizacion española conservaba de las costumbres moriscas. Los caballeros mas nobles y distinguidos tenian á gala competir en bizarría y denuedo con los diestros de profesion en aquellas luchas feroces; empero presentábanse en la plaza seguidos de un numeroso acompañamiento de escuderos y criados, lujosamente vestidos de su librea, los cuales conducian y guardaban detrás de

la barrera las lanzas ó picas, los rejones dorados y los caballos de refresco ó de remuda, ricamente compuestos, para servirlos á sus señores, conforme los necesitaban.

Habia lidiadores de oficio y de aficion, que dirigian el espectáculo y prevenian con su destreza y vigilancia las desgracias, que sin ellos habrian sido muy frecuentes y acaso inevitables, por el ardor ó la inesperiencia de los caballeros; pero la lid se ejecutaba principalmente para lucimiento de estos últimos: y ciertamente, por esta circunstancia, era mas agradable, vistoso y animado tal género de diversion de lo que puede serlo en nuestros dias.

A la hora señalada, entró el Rey en la plaza Mayor, teatro de estas fiestas, montado en un brioso caballo alazan y vestido con severa magnificencia; dándole la derecha, le acompañaba el príncipe de Gales, en quien al punto se fijaron todas las miradas de la numerosa y brillante muchedumbre que llenaba los balcones, andamios y azoteas: seguíanle muchos cortesanos á pié, notándose entre ellos la falta del conde-duque; por lo cual se hacian comentarios, sin que nadie pudiese atinar con la verdadera causa de su ausencia.

Poco despues llegó la Reina con la infanta, la camarera mayor y muchas damas; la presencia de doña Inés de Zúñiga desvaneció las esperanzas que algunos habian fundado en la falta de asistencia de su esposo, y dió nuevo giro á las conjeturas. El Rey se colocó en un mirador de la casa de la Panadería, magníficamente colgado, y á su izquierda el príncipe inglés: una verja de hierro separaba á este de la infanta doña Maria, junto á la cual tomó asiento la Reina. Las bandas de música militar situadas en sendas tribunas en los ángulos de la plaza saludaron la aparicion de la familia Real; y el piquete de la guarda de SS. MM. con su capitan á la cabeza hizo un brillante despejo; despues de lo cual los clarines anunciaron el principio de la fiesta.

El conde de Sástago fué el primero que se presentó á picar y rejonear; perdió dos caballos, sacó heridos tres lacayos y rompió algunas lanzas en la cerviz del toro; pero rejoneó con mucha valentía, y libró su persona de golpes y caidas: no ha llegado á nuestra noticia el emblema que sirvió á este caballero para significar sus

amores; pero es de suponer que fuese digno de su nobleza y gallardía.

Muerto estaba el primer toro y ocupados todos los puestos de los espectadores por un inmenso gentío; cuando llegó á la plaza un carricoche tirado por un solo caballejo; la persona que iba dentro sacó la cabeza, miró á todas partes, y no viendo que hubiera sitio donde pudiese colocarse, dijo al cochero:

—No hay una silla para nosotros en este banquete: arrímate á un lado, y diviértete mientras yo leo.

Iba el cochero á ejecutar lo que le decia su amo, cuando se acercó un mozo bien portado al coche, y preguntó al mismo sugeto que lo ocupaba:

—Creo no equivocarme si digo que tengo el honor de hablar á don Francisco de Quevedo.

—*Ego sum!* ¿Qué se os ofrece?

El desconocido metió la cabeza por la portezuela, y dió un recado á Quevedo; el cual en seguida mandó al cochero guiar hácia la calle del Arenal.

A este tiempo se presentaba en la lid un jóven estrangero, arrogante y adornado con deslumbradora magnificencia: en las gualdrapas y en los arneses de su caballo brillaban el oro y la pedrería: llevaba en el pendoncillo de su lanza un leopardo de oro, luchando por alcanzar un ramo de oliva, con un mote en castellano, que decia:

«*Cerca está de lo mas alto.*»

El jóven estrangero era el duque de Buckingham, y todo el mundo creyó que su empresa aludia á las pretensiones de su señor el príncipe de Gales: picó dos veces al toro, y se dió por contento, pues no era poco para quien nunca se habia visto en tales apuros.

Otros varios caballeros salieron á la palestra, todos á cual mas galan, todos haciendo alarde de riqueza y valor personal, no menos que de ingenio en las divisas de sus amores; pero ninguno llamó la atencion aquella tarde tanto como el conde de Villamediana.

Presentóse este á rejonear y picar un toro jarameño, que habia ya muerto seis caballos y derribado á dos caballeros, hiriendo y

maltratando á varios de los servidores de á pié: temíase que nadie osase arrostrar la furia de aquel fogoso bruto, y un inmenso aplauso resonó en todos los estremos de la plaza, al ver llegar al conde: montaba este un magnífico potro negro como el azabache, con jaeces de seda azul celeste, tachonados de plata: de igual materia y colores eran sus vestidos y los de la multitud de criados que le acompañaban: en su sombrero ostentaba dos airosas plumas azul y blanca, y en su pecho brillaba la flor de lis de oro y rubíes ganada en la academia de la Casa de Campo: el pendoncillo de su lanza era una manga de púrpura, forrada de raso azul celeste, y sembrada de reales de plata, con una letra que, ondeando en medio de ellos, decia en carácteres de oro:

«*Son mis amores.*»

El Rey palideció momentáneamente al ver esta arrogante divisa, y el sonrojo de la ira se estendió en seguida por su frente, mientras sus labios trémulos murmuraban:

—Reales!... son reales!...

Toda la corte olvidó en aquel instante el peligro manifiesto á que el conde se esponia, para ocuparse en interpretar la misma divisa: nadie osó, sin embargo, espresar el pensamiento que repentinamente germinaba en todos los ánimos: á muchos les parecia inconcebible lo mismo que miraban; pero no habia lugar á equivocarse, y el que menos suponia que Villamediana estaba enamorado de la Infanta.

Entre tanto, el audaz caballero buscaba al toro, que deslumbrado por su magnificencia, parecia haberse turbado; y quieto en un estremo del coso, baja la cabeza, espumante la boca, sangrienta la serviz, revolvia sus ojos torvos y aguardaba el ataque: Villamediana le buscó, empuñada la poderosa lanza, llamóle con el rojo pendoncillo, y al ser acometido, picó á la fiera con tan brioso empuje, que la obligó á retroceder bramando: buscóle segunda vez, y fué mas impetuoso el encuentro: el toro y el caballo cejaron hasta barrer la arena con la cola, rompióse la lanza, y el pendoncillo quedó flotando sobre el cuello de la herida bestia.

En grave riesgo se encontró entonces el conde; pero le salvó su

destreza y la agilidad de su caballo: mientras el toro paseaba por la plaza su brillante trofeo, llenando el viento de horrísonos mugidos, Villamediana se acercó á la barrera, tomó un rejon, y partió de nuevo al encuentro de su enemigo, que respirando venganza le acortó la mitad del camino. El choque fué terrible: una nube de polvo envolvió á la fiera, y al caballo, y al caballero. La muchedumbre le creyó muerto y lanzó un grito ahogado: en medio de aquel torbellino indescriptible partió un pistoletazo, y un segundo despues reapareció Villamediana desmontado, con una pistola en la mano derecha y el pendoncillo en la izquierda levantado en alto: el toro y el caballo yacian muertos á sus piés.

Un aplauso general saludó al vencedor á tiempo que retiraban de su balcon á la Reina desmayada.

Este incidente casi no fué notado mas que por las personas colocadas cerca de la real familia, y no interrumpió la fiesta, que el Rey mandó continuar, como si nada hubiese pasado.

Durante este tiempo, Quevedo habia sido conducido á casa del conde-duque de Olivares, en cuya alcoba le hizo entrar el mozo que le dió el recado secreto en la plaza. El privado estaba tendido en su cama, con muchas almohadas debajo de la espalda, que le hacian conservar una posicion medio vertical: por su órden, el criado de confianza entreabrió una hoja de la ventana, de manera que la luz alumbrase al poeta; pero quedándose él, protegido además por los cortinages, en una media sombra favorable para no descubrir sus emociones.

—Ignoraba que vuestra escelencia estuviese enfermo, dijo Quevedo.

—Sí, pocos lo saben, respondió Olivares. Sentaos y tratadme como amigo. —Quiero decir, que no me deis escelencia.

Quevedo hizo un profundo saludo en señal de gratitud, y tomó asiento.

Pasó mas de un minuto antes que el conde-duque reanudase la conversacion.

—No sé donde os meteis, dijo por último. ¿Habeis pensado en alguna colocacion decorosa y propia para utilizar vuestros conocimientos?

—Ahora me haceis recordar vuestra bondadosa oferta, respondió Quevedo: no, señor; no he pensado en tal cosa.

—Es muy estraño: no os pareceis en eso á los demás, que me asedian, me mortifican, me asesinan con sus pretensiones. ¡Ay, Quevedo! La carga mas pesada del gobierno es la de los pretendientes de empleos. Ya se vé: todo el mundo quisiera vivir comodamente á costa del Erario: hay tánto holgazan!

—Ved ahí por lo que yo me abstengo de pretender colocacion.

—Ah!... Vos no debeis confundiros con esa gente: sois un hombre de provecho, y si yo os confiase una parte de los papeles del Estado, no haria mas que mejorar el despacho y quitarme peso de encima. Conque... Vamos á ver: ¿estais decidido?...

—Perdonad: salí tan harto de papeles cuando estuve en Sicilia y Nápoles, que todavía me dura el empacho. Yo agradezco en el alma el favor con que me distinguís; pero no puedo admitirlo. Mas adelante...

—Algun compromiso... articuló el conde-duque observando á Quevedo.

—Ninguno absolutamente: el deseo de ser buey suelto, y nada mas.

—Sois, pues, mas holgazan que mis pretendientes, dijo Olivares en tono de broma. Si con las Musas andais tan reacio, temo que os abandonen.

—Eso no: ¿quereis un soneto?... una letrilla?... un romance?...

—Vaya por el romance... ¿Habeis visto esta tarde la fiesta?

—Héla visto y no.

—Lo mismo dá uno que otro. Así, al describirla, podreis usar de mas licencia poética.

—Deseais una descripcion de la fiesta? Creo saber que Alarcon es el encargado de hacerla.

—Sí; pero eso no estorba: él dirá lo que vió, y vos lo que otros no vieron. Nadie podrá decir que me ha visto en la plaza.

—Eso es seguro.

—Pues bien: el por qué de mi ausencia es lo que os toca pregonar con vuestra trompa de la Fama. ¿Comprendeis ahora?

— Perfectamente; pero...

—Sé lo que vais á decir: ignorais ese por qué.

— Cierto.

— Yo os lo diré; y aquí entra la licencia poética: veisme enfermo en esta cama: sabed en confianza, que estoy herido. Anoche os encontrásteis con un sugeto en Palacio?...

— Sí; por cierto que me pareció muy agitado, aunque lo disimulaba. ¿Tuvísteis algun lance con él?

— Sí, tuve un lance pesado. ¿Qué os dijo?

— Nada de particular: me cogió de bracero bromeando; me sacó á tomar el fresco, y me repitió algunos epígramas de los que siempre tiene en boca.

El conde-duque guardó silencio, como si esperase que dijera Quevedo algo mas, y luego continuó:

— Es menester disimular: el Rey así lo quiere: describid, pues, la fiesta, y decid que no me vísteis, porque estoy aprendiendo á cartujo; pero que, yendo á Palacio, me encontrásteis enterrado en espedientes, acosado por pretendientes... No rima esto mal, ¿eh? — Agobiado, como Atlante, bajo el peso de los dos mundos, y todo lo demás que venga á pelo.... Un romance... una cosa ligera y vivaracha, de esas que vos solo sabeis hacer... No se trata mas que de tapar la boca al vulgo maldecidor.

— Estamos entendidos. ¿Lo quereis al momento?

— Cuanto antes, mejor. — Entrad allí en frente: en aquel gabinete encontrareis todo lo necesario para escribir.

No era posible evadirse de esta exigencia: Quevedo entró en la pieza que Olivares le señalaba, y se puso á describir la fiesta que no habia visto, en uno de sus mas elegantes romances. Concluido que fué, salió y se lo leyó al privado, que le pareció bien, y repitió sus ofrecimientos, asegurando al poeta que su ayuda en el manejo de los negocios le seria de mucho alivio.

Sin embargo, Quevedo permaneció inflexible en su resolucion de no asociar su nombre al de Olivares, cuyo carácter solapado le inspiraba una invencible antipatía.

Era ya anochecido, cuando el poeta se despidió del magnate; al salir de la casa, tropezó con un embozado de dos que entraban, y en

su genio vivo, no pudo menos de saludarle con un «¡voto á Dios, don Tronera!», que no obtuvo contestacion. Parándose á mirarle por la espalda, le pareció conocer en el modo de andar á Felipe IV.

Con efecto, era el Rey; quien pasando sin detenerse á la habitacion de Olivares, se acercó á la cama, y dijo con acento profundamente rencoroso:

—Por fin, habló la Esfinge.

—Qué, señor? preguntó el privado incorporándose.

—*Son mis amores... reales!* repuso don Felipe. ¿Qué tal te parece la letra de tu amigo el correo mayor?

—Eso dice?...

El rey sin contestar á esta pregunta, se dejó caer en una silla, oprimiéndose el pecho con las manos.

Despues de un corto intérvalo de silencio, se levantó; y acercándose mas al oido de Olivares murmuró:

—Todo Madrid lo ha visto... No es justo que tambien vea el rayo de mi venganza?

—Si yo pudiese moverme!... repuso el privado.

—Prueba, Olivares, prueba!

El conde-duque hizo un esfuerzo desesperado para levantarse; pero se le abrió su herida, demasiado reciente, y se desmayó: el rey mismo tuvo que llamar para que acudiesen en su auxilio, y cuando le dejaron solo con él, le dijo:

—Tienes enfermedad para dias: esto se alargará mucho.

—Así lo temo, señor, respondió Olivares: sin embargo, nunca es tarde, si la dicha es buena. Dejad ese negocio á mi cuidado.

—No tendré paciencia.

—Es preciso tenerla: de lo contrario, arriesga mucho V. M.

El Rey se conformó á esperar. Entre tanto, continuaron los festejos en obsequio del príncipe de Gales, y estas diversiones hicieron olvidar, al parecer, la atrevida empresa de Villamediana.

Cerca de un mes habia transcurrido: el dia veintiuno de Agosto se celebraba en Palacio un baile de máscaras, que comenzó á las seis de la tarde. A esta hora circulaban por Madrid muchas personas disfrazadas, y entraban y salian, sin reparo, en el régio alcá-

zar, con solo enseñar al gefe de guardia una targeta de metal. Dos enmascarados subieron por la rampa del Campo del Moro, hablando con intimidad: el uno era ancho de espaldas y mediano de cuerpo, y vestia un sayo negro, semejante al dominó: el otro alto y membrudo, á lo jayan, no llevaba, en apariencia, mas disfraz que la careta; pues vestia el uniforme ordinario de los ballesteros del Rey.

Estos dos personages siguieron hablando, hasta apoyarse de codos en el paredon de la plaza de la Armería: en aquel punto, el mas pequeño dijo al otro:

—Mira desde aquí una parte muy pequeña de tus futuros dominios... Guarda mayor de los reales bosques!... No te parece una hermosa prebenda?

—Hum!... profirió el alto meneando la cabeza. Eso vale la pena de aventurarse.... Pero la horca tambien es guarda mayor de los reales secretos.

—Muérdete la lengua, villano! prorumpió diciendo el pequeño, con tono de ser el mas grande. Haz lo que has prometido, y si temes la horca, guarda el cuerpo. De tí solo depende el resultado bueno ó malo.

—Está bien, señor. ¿Cuándo ha de ser?

—Esta noche sin falta.

—Será. Pero quisiera verle antes; porque no le conozco del todo bien.

—Mírale.... Con disimulo.... Allí viene: el que habla con el fraile.

Villamediana entraba á la sazon en la plaza, hablando con el confesor de don Baltasar de Zúñiga, el cual le daba un caritativo aviso, previniéndole que no fuese aquella tarde á Palacio, y que se guardase de atraer algun peligro sobre su cabeza. El conde le contestaba con palabras burlonas, despreciando la buena intencion del religioso, y suponiendo que le movia un cálculo interesado.

Los dos máscaras permanecieron observándole hasta que le vieron entrar en el Palacio, y en seguida se separaron, siguiendo sus

pasos el mas bajo, é internándose en las calles de la villa el que vestía de ballestero.

Al anochecer estaba el baile en su apogeo; pues en aquel tiempo no era todavía costumbre terminar esta clase de fiestas á la madrugada. El Rey andaba entre sus convidados sumamente agasajador y placentero; nunca se le habia visto tan atento con las damas, tan afable con los caballeros: chanceábase con algunas máscaras y hablaba con otras, á quienes, sin duda, conocia: mas de una vez se detuvo á conferenciar amistosamente con el individuo del dominó negro, y en una de estas ocasiones, viendo pasar á Villamediana, de bracero con don Luis de Haro, le llamó y le dijo:

—Cómo es que no bailais?

—Señor, no encuentro pareja, le contestó el conde.

—Mirad, repuso el Rey. La Reina tampoco baila: ¿no será suficiente pareja para vos?

—Ignoro si S. M. me considera digno....

Felipe IV apretó el brazo del máscara del dominó, y repuso:

—Haced la prueba.

Y adelantándose á Villamediana, se acercó á la Reina, y la dijo algunas palabras en voz baja.

El conde se aventuró á saludar á doña Isabel y á indicarla su deseo, esperando que ella misma le invitase á bailar.

Pero la Reina se desentendió, y preguntó al conde:

—Teneis en Palacio vuestro coche?

—No, señora; pero mandad lo que sea de vuestro agrado.

—El Rey desea, continuó doña Isabel con voz trémula, tener aquí esta noche á la cómica Amarilis, y algunos de su compañía para que nos diviertan con un fin de fiesta.

—Y desea V. M. que yo vaya á buscar á esa mujer? preguntó el conde marcando las palabras.

—El Rey lo quiere.... y yo os lo prevengo, repuso doña Isabel haciendo un esfuerzo.

Villamediana la saludó y fué á juntarse con don Luis de Haro, á quien pidió su coche. Don Luis le otorgó el coche y su compañia, pues aquel fiel amigo temia constantemente separarse un momento de su lado.

El máscara del dominó habia desaparecido durante el corto diálogo que acabamos de repetir: cuando el coche de don Luis pasaba por debajo del arco de la puerta de Guadalajara, que separaba la calle Mayor de las Platerías, otro coche, que le seguia, pasó delante con estraordinaria rapidez, y fué á parar junto á las gradas de San Felipe: bajó allí del mismo el enmascarado, y cruzando la calle, fué á perderse en el callejon de la Duda, al que hacia esquina la casa de Villamediana: fuése derecho á un bulto que en lo oscuro apenas se veía, y antes de llegar á él, dijo con precaucion:

—Ignacio Mendez?

—Su Excelencia? contestó el interpelado.

—El conde llega... viene en coche... el de la izquierda... la portezuela trae abierta.... Buen pulso y buena fortuna.

Esto dijo el máscara del dominó, y volviéndose á su coche, entró en él y permaneció esperando.

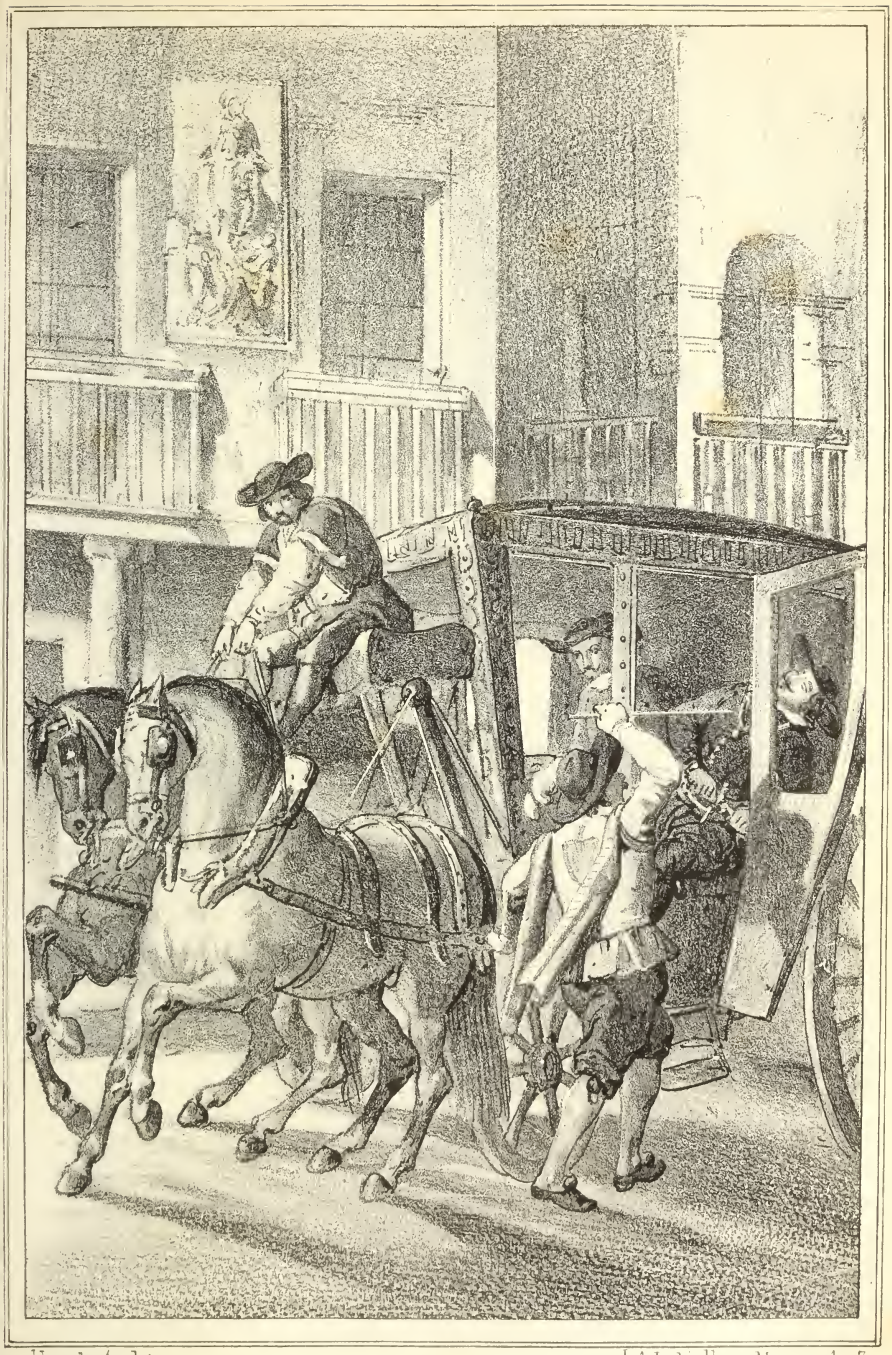
Un minuto despues, Villamediana emparejaba con su casa: el ballestero, que habia salido del callejon de la Duda, se dirigió á su encuentro, siguiendo en línea diagonal el rumbo opuesto, y al llegar junto á la portezuela del coche, á cuyo lado iba aquel efectivamente, blandió un rejon á manera de dardo de ballesta, y sin darle tiempo de acudir al reparo, le atravesó el corazon.

—Esto es hecho! exclamó el conde.

Y no dijo mas: hizo un esfuerzo convulsivo para sacar la espada y castigar á su asesino, y cayó muerto en medio del arroyo.

Don Luis bajó detrás de él, miró á todos lados con ira; mas no pudo ver sino á la gente que acudia escandalizada del crímen. Ignacio Mendez, el asesino, habia desaparecido entrando de nuevo por el callejon de la Duda.

El personage que ocupaba el otro coche repitió las últimas palabras de Villamediana: «Esto es hecho,» y mandó al cochero volver á Palacio.

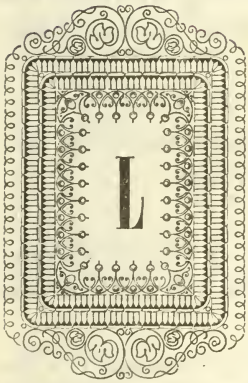


Urrabieta lit. Lit. Labielle, c. Monserrate, 5

Esto es hecho! dijo el Conde

CAPITULO XVIII.

DE LO QUE PASÓ EN PALACIO DESPUES DE LO QUE VA REFERIDO.



La noticia de la muerte de Villamediana se estendió por Madrid en pocos momentos, y se introdujo en la alegre fiesta de Palacio, como la sombra de un nublado intercepta y oscurece el esplendor de un claro dia.

Quevedo estaba entre los concurrentes, como espectador, y al oir los primeros rumores que circulaban en voz baja, dijo sin dar la menor muestra de sorpresa:

—Respetemos los altos juicios de Dios.

El Rey supo el caso de los primeros, y acercándose á su esposa, antes que pudiese recibir la noticia por otro conducto, la tomó de la mano y entró con ella en su cámara, donde precaviendo que nadie pudiese oirle, la dijo:

—Señora, os traigo aquí para evitar que os desmayeis en público y deis que hablar á las gentes. Vuestro cómplice, el hombre desleal que osó poner los ojos donde yo pongo los mios está castigado.

—Mi cómplice!... Castigado!... repitió doña Isabel, perdida momentáneamente la razon y sin comprender bien lo que oía. No sé de qué me hablais. Quien es... ese hombre?

—No me obligueis á nombrarle: vuestra conciencia os lo dirá.

—Mi conciencia, repuso la Reina con un esfuerzo de orgullo, no me acusa de ningun delito, Rey. Si algun hombre puso los ojos en mí, seria porque me encontró sin dueño; sería, quizás, porque tuvo compasion de la pobre mujer abandonada y escarnecida.

—Señora! exclamó don Felipe rompiendo el dique á su contenido furor. ¿Osais defender al miserable que ha tenido la audacia de atropellar públicamente mi honra? ¿Os atreveis á justificar al que escribió sonetos para galantearos en mi presencia y obtener de vuestra mano el premio, burlándose de mi buena fé?...

—No le defiendo, ni le justifico; pero, señor, puedo levantar mi cabeza, y no sufrir reconvenciones inmerecidas. Esto es lo que me toca decir: por lo demás... Dios juzgará vuestros actos.

Al pronunciar la Reina estas palabras, prorumpió en sollozos.

—Él solo puede juzgarlos, señora, repuso el Rey friamente. Un hombre me ha ofendido, alentándole vos, sin duda, que de otro modo no se atreviera...

—Faltais á la verdad.

—Y ese hombre, continuó don Felipe sin hacer caso de la interrupcion de su esposa; ese hombre... ya no existe.

—Ah! exclamó doña Isabel vacilando.

—Y vos existís, porque mi honra lo exige... y tambien mi venganza. Pero, ¡ay de vos, si en ningun tiempo ni ocasion recordais su nombre!

La Reina perdió enteramente las fuerzas que la sostenian, y cayó de rodillas, apoyándose involuntariamente en su esposo; el cual la rechazó, y salió de la estancia cerrando la puerta.

Cuando entró en los salones donde tenia efecto el baile, toda la animacion habia cesado, como si el frio hálito de la muerte hubiese venido á entorpecer la soltura bulliciosa de los alegres convidados: muchos de estos habian desaparecido, y solamente continuaban como centinelas en sus puestos los que componian el mundo oficial. Don Felipe buscó á Olivares con la vista, y no le encontró; pero vió

á doña Inés de Zúñiga, su mujer, asediada por el galante duque de Buckingham; y acercándose á ella la dijo en voz baja:

—Puede ser que la Reina os necesite.

La camarera mayor hizo al Rey una cortesía y otra al jóven estrangero, y se retiró.

Don Felipe se dirigió á su cámara, y abrió una puerta pequeña, que daba paso á una comunicacion reservada entre aquella y los aposentos ocupados por Olivares. Al llegar á ellos, se detuvo delante de una cortina, la cual, impidiendo que le viesen, le permitia oir lo que se hablaba en la estancia inmediata.

El privado habia hecho venir á don Baltasar de Zúñiga, que tambien tenia en Palacio habitacion, y le decia en aquel momento:

—Yo deploro, señor tio, que á vuestra edad hayais olvidado la senda por donde se camina en la corte: teneis empeño en llevarlo todo á sangre y fuego, y no es culpa mia, si la necesidad me obliga á poner coto á vuestras violencias. Sé que me aborreceis, que sois el alma de todas esas intrigas que se fraguan contra mí: no he de dejar arrebatarme un puesto, que debo conservar, aunque solo sea por amor á S. M. Así, os pido respetuosamente, que elijais vos mismo el lugar de vuestro retiro.

—Si creyese que servís lealmente á S. M., respondió el anciano ayo del Rey, yo sería, como antes he sido, vuestro mejor apoyo. Pero no creo tal cosa, y para retirarme necesito que S. M. me lo mande, no vos: yo no debo obediencia al que le engaña; al que arma su real mano contra sus propios enemigos, y á quien los tribunales de justicia pueden pedir cuenta de la sangre derramada.

—Porque sé que andais en esos pasos, he determinado evitar que cometais nuevas imprudencias.—Y perdonad la dureza necesaria de esta palabra.—No puedo consentir que se os vea como defensor de Villamediana, ó como parte interesada en el castigo de su justa muerte.

—Villamediana, repuso impetuosamente el anciano, era un malvado como tú: lo que yo probaré, para tranquilizar á S. M., es que ese hombre ha sido sacrificado á tu ambicion bastarda.

—La pasion os ciega, querido tio, contestó el privado con aparente dulzura. Sin embargo, os diré, que no rehuso la responsabi-

lidad que me atribuís: mas aun, si se probase que yo he ordenado la muerte de ese hombre, no me defenderia.

—Se os probará.

—¿Quién activará esa prueba? dijo el Rey descubriéndose. Acaso vos, don Baltasar? Bien claro lo habeis dicho.

—Señor! exclamó el anciano echándose á sus piés, mientras Olivares le contemplaba con una desdeñosa mirada. No he dicho una palabra, que no emane del mas puro amor á V. M. Puesto que me habeis oido, escuso repetiros...

—Basta, repuso el Rey interrumpiéndole: nada quiero oir; nada necesito saber. —Y dulcificando el tono de su voz irritada, continuó así: —Yo agradezco vuestra intencion; pero siento deciros que os flaquea la cabeza. Retiraos á vuestro cuarto, y... si estimais en algo el afecto que todavia os conservo, en vuestra vida no hableis una palabra mas sobre ese deplorable asunto.

—Señor... os he ofendido?...

—Sí, don Baltasar: no entendeis nada de esto. Retiraos, y... os prohibo salir de vuestro cuarto.

Don Baltasar obedeció de tal manera la órden del Rey, que no volvió á poner los piés fuera de su cuarto: la impresion que esta escena hizo en su ánimo pundonoroso, unida á los disgustos anteriores y al dolor de haber causado inocentemente la muerte de su sobrina, la monja, le ocasionó una enfermedad de la cual falleció mes y medio despues: su mujer le siguió al sepulcro casi al mismo tiempo: sin embargo, nadie penetró el secreto de la causa que terminó sus dias; pues Olivares y el Rey mostraron hacia él los mas solícitos cuidados en sus últimos momentos.

Durante este tiempo, la justicia hizo sus informaciones para descubrir al asesino de Villamediana: la Historia no dice si llegó á presumir que tuviese parte alguna en el hecho Ignacio Mendez, á quien el privado acababa de nombrar guarda mayor de los bosques de S. M., ni que averiguase la menor circunstancia por donde se pudiera venir en conocimiento de la verdad. El conde se habia grangeado tantos enemigos con su mordacidad y soberbio desenfreno, que no era posible atinar con el fautor de su muerte.

Con menos averiguaciones y requisitorias, los poetas, haciéndo-

se eco de la opinion pública, un tanto desacordada y peregrina, cantaron sobre la tumba de su compañero, en diferentes tonos, señalando, mas ó menos embozadamente el brazo de donde habia partido el golpe fatal. Una décima, entre otras muchas que circularon aquellos dias, decia así:

« Mentidero de Madrid,
Decidnos, ¿quién mató al conde?
Ni se sabe, ni se *es-conde*,
Sin discurso discurrid.
Dicen que le mató el Cid,
Por ser el conde Lozano:
Disparate chavacano!—
Lo cierto del caso ha sido,
Que el matador fué Vellido,
Y el impulso *soberano*. »

Hubo quien atribuyó estos versos á Quevedo; pero el privado se inclinó á creer que eran de Góngora, que en otros mas serios lloraba la temprana muerte de su amigo, y comprendió al poeta culterano en la proscripcion que hubieron de sufrir todos cuantos le eran desafectos, incluso el infante don Fernando, á quien se dió el encargo de ir á estudiar el arte de la guerra en la escuela del valiente Spínola.

Olivares quedaba solo y omnipotente en el gobierno de la mas vasta monarquía: sin embargo, como no hay dicha completa en este mundo, en la radiante aurelola de su privanza ilimitada se estendia una sombra negra, que no le dejaba dormir. La Inquisicion proseguia en su tenebroso tribunal el proceso comenzado por el sacrilegio cometido en la Encarnacion Benita, y Jerónimo de Villanueva estaba preso en Toledo: en vano habia espedido el Rey una órden escrita de su mano para que se soltase al protonotario y se diese un corte á los procedimientos: el Santo Oficio, poco amigo de soltar lo que agarraba y seguro de que era buena su presa, respondió humildente á la órden del Rey, que era preciso dar cuenta de todo á Su Santidad.

El conde-duque, en la plenitud de su poder, tuvo que hacer, á

pesar suyo, *vida de cartujo*, resignándose á no salir de Palacio, por temor de que le prendiesen. De este modo, hacia de la necesidad virtud; y los que no sabian el secreto de su forzoso encierro, admiraban el valor y la constancia con que sacrificaba todo su tiempo y su libertad á los negocios del Estado.

En esta situacion penosa, érale forzoso buscar algun recreo, mientras encontraba el medio de sobreponerse al inviolable poder que le oprimia: el Rey estaba de su parte, decidido á protegerle, pero no era prudente comprometer su autoridad, ya una vez desconocida, ni provocar un conflicto que en ningun caso podria salvarle de la censura pública; y aunque esta potestad anónima (permítasenos la frase) no tenia en aquel tiempo un pedestal en que apoyarse, la conciencia de Olivares, no se hubiera atrevido á negarle su influencia imperecedora sobre los que, en todo tiempo, han regido los destinos de una nacion.

Esperaba, pues, un momento oportuno para obrar á su manera, y entre tanto descansaba del asíduo trabajo, distrayéndose algunas horas en compañia de varios hombres de ingenio. Quevedo fué uno de los escogidos, y el que merced á su génio siempre igual y á su ameno trato, llegó á ser en poco tiempo, sin que él lo pretendiese, el confidente forzado del ministro.

Muchas noches, cuando llegaba la hora de retirarse todos los contertulios de Olivares, llamaba este aparte á Quevedo, ó bien le hacía una seña, y le suplicaba quedarse: luego que estaban solos, le comunicaba algunos asuntos de gobierno, que le tenian perplejo, y escuchaba su parecer, que siempre era recto y atinado; pero que no todas las veces solia ser estrictamente seguido: el interés personal del privado prevalecía en estas ocasiones sobre el de la conveniencia pública.

No era posible, á pesar de tales disidencias, que nuestro poeta permaneciese insensible á la consideracion deferente que con él se tenia: el estado de su fortuna le obligaba, por otra parte, á recibir con gratitud el apoyo de aquel hombre poderoso: por consiguiente, aunque rehuyese toda posicion oficial, no podria menos de aceptar aquella especie de cooperacion amistosa que le era impuesta.

Una noche, habiéndole detenido el ministro, como tenia de costumbre, le preguntó bruscamente:

— Qué opinais del proyectado enlace de la infanta con el príncipe de Gales?

— Ignoro á qué altura se encuentra ese negocio, le respondió Quevedo. ¿Qué opinais vos mismo?

— Yo opino que se quedará en proyecto.

— Despues de tanto dinero gastado en festejos?...

— Eso es lo de menos: la corte se ha divertido.

— Pues qué es lo de más?

— Lo de más es, que no me gusta el modo de negociar de esos ingleses; quieren sacar astilla á todo trance, sin poner nada por su parte; y fuera de esto...

Aquí se detuvo Olivares, como si le repugnase espresar su pensamiento, y luego continuó:

«Qué os ha parecido el famoso Buckingham?

— Un tonto afortunado, contestó Quevedo.

— Eso no impide, á lo que parece, que sea favorecido de las damas, repuso Olivares.

— Muy al contrario: es requisito indispensable.

— El ser tonto?

— Sí, tonto y rico.

— Y buen mozo.

— No es calidad esencial la de ser buen mozo:

«No los quieren ellas lindos,
Que harto lindas se son ellas.»

— Convengo en eso: pero, cuando una dama es harto rica para no necesitar que su galan lo sea...

— Nunca es mal año por mucho trigo, señor conde; y estoy convencido de que una de las mas amables dotes del escudero de S. A. británica es el lujo asiático con que en todas ocasiones se presenta; y otra su ignorancia, que no le permite hablar nunca mas que de cosas frívolas.

— Y es posible que solo con eso consiga deslumbrar á una dama de calidad?

—Las damas de calidad, repuso Quevedo sin desmentir su buen humor, son como todas, hijas de la que se dejó engañar por una manzana; y como dice uno de los villanos del maestro Tirso,

« Tambien las ducas son hembras,
« y tienen sus humedades. »

No hubo de parecer muy bien á Olivares esta cita de las *ducas;* pues, cual si fuera una alusion personal, bajó los ojos, arrugó el ceño, y dió un paseo por la estancia para disimular su agitacion.

—Sois muy mal pensado, Quevedo, contestó al cabo de algunos segundos: pero eso algunas veces conviene. Oid una palabra, y... no la deis mucha importancia.

Diciendo así, se acercó mas al poeta, y apoyando familiarmente una mano en su hombro, continuó:

—Sois sagaz... discreto cuanto basta para no comprometer á vuestros amigos... valiente para no retroceder ante una empresa de honor... ¿Quereis prestarme un servicio?

—Para una empresa de honor... repitió Quevedo, siempre estoy pronto.

—Es asunto en que el honor se interesa, y no me atrevo á fiarlo de nadie, sino de vos.

—Mandad, pues.

—El favor que os pido es que vigileis por mí al famoso Buckingham. Yo no puedo hacerlo, y me interesa.

—En el concepto de...

—Sí: descubrir si corteja á alguna *duca.*

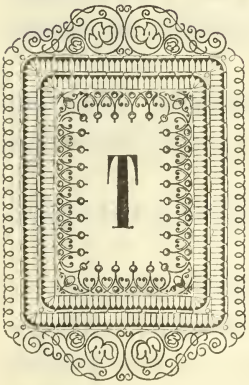
—Mal oficio me dais.

—No, Quevedo, no: es un encargo de amistad: lo que yo mismo haria por vos, si os halláseis en mi caso.... Tengo una sospecha... nada mas que una vaga sospecha, y necesito tranquilizar mi espíritu. No deis demasiada importancia á mis palabras; pero hacedme este favor.

Quevedo tuvo que someterse á esta exigencia, y se retiró á su casa renegando de la amistad de los poderosos, y cavilando como haria para complacer á Olivares sin cometer una bajeza.

CAPITULO XIX.

QUE TRATA DE ROMA Y CELIA, Y DE OTRAS QUE NO SON CELIA, NI ROMA.



ODO el empeño del caballero Jack, ó sea Cárlos Estuardo, era de conseguir lo único que la rígida etiqueta de la corte de España no permitia que le fuese otorgado: una entrevista á solas con la infanta, su prometida esposa. El jóven príncipe fundaba, sin embargo, en esto su felicidad; ó acaso creia que no de otro modo era posible interesar al corazon de una española, sino por medio de intrigas misteriosas y novelescas, á la manera de las que veia en nuestras comedias, á las cuales se mostraba grandemente aficionado.

Su escudero Tom Smith, aunque hombre de medianos alcances, no carecia de habilidad en materia de galanteos, é imaginó el medio de cortejar á la camarera mayor, para de este modo complacer á su amo: teniendo propicia á la mujer del privado, que todo lo disponia en Palacio, consideró muy fácil la entrada á las aventuras

del príncipe; y este plan, que ya estaba en vias de ejecucion, desde los toros de Santiago, era lo que habia despertado sospechas y celos en el ánimo del conde-duque.

Para satisfacer á este, sin hacer una ofensa á su mujer, ni degradarse á sí mismo, bien necesitaba Quevedo aguzar todo su ingenio; y tambien le era necesario enterarse de lo que pasaba, á fin de basar sus planes sobre hechos verificados. Por mucho que le repugnase ejercer esta especie de espionage, no le ocurria otro medio para poder entrar en accion: pero decidido á portarse como caballero, consideró que debia observar una conducta espectante, y solo aprovechar las circunstancias que se le vinieran á las manos, salvando, si le era posible á la condesa.

Con este generoso intento salió de su posada al anochecer, despues de haber trabajado todo el dia, y se encaminó hácia el centro de la poblacion: al llegar junto al teatro del Príncipe, tuvo que detenerse á causa de la muchedumbre que se agolpaba á la puerta, esperando que abriesen, para entrar á ver una comedia nueva de Calderon: entre aquel tumulto, sintió una mano poco pesada que le tocaba un brazo, y volviéndose á mirar, vió junto á sí á una muchacha bien parecida y no mal portada, la cual llevaba un canastillo, al parecer, con ropa limpia en la cadera.

—Si quereis ver la comedia, le dijo esta muchacha, venid, que yo os haré entrar por donde no os aprieten, y podreis hablar con mis señoras, que lo desean.

—Juanilla! exclamó Quevedo contemplando á la jóven. ¿Eres tú la misma Juanilla que yo conocí?

—Estoy muy mudada, ¿no es verdad, señor don Francisco?

—Tanto, hija mia, que no te conociera tu padre. Qué gallarda!... Qué fina!... Decididamente eres otra. Vamos á donde quieras.

Juanilla condujo á Quevedo, por la calle del Lobo, al postigo del teatro destinado para la entrada particular de los actores y de sus sirvientes y amigos, y le hizo esperar en una sala, donde habia cinco ó seis elegantes, de los que en todos tiempos, desde que tuvo importancia el arte escénico, se han dedicado á merecer el favor de las cómicas.

Estos ciudadanos hacian allí antesala con una resignacion ejemplar, hablando de comedias y de autores, como si entendiesen algo de lo que decian, y dándose importancia de protectores de las artes: conocíase á pesar de su afectada cordialidad, que no eran amigos unos de otros, y aun que se miraban recíprocamente con cierta prevencion: dos de ellos en particular eran los entes mas ridículos del mundo; eran de aquellos incrédulos de años, segun la espresion de Quevedo que se teñian las canas con *mogili*, se embadurnaban el arrugado pellejo de su rostro y pretendian pasar por mozos de prima tonsura.

Uno de estos conoció á Quevedo en el momento de entrar, y haciendo un gesto de desprecio, y estirando el cuello y las piernas, dijo á su compañero:

—Hará falta algun bufon en la compañía? Ved qué arrogante figura.

—Oh! exclamó el otro. De esta hecha doy por perdidas todas mis ventajas. Le conoceis?

—Todo el mundo le conoce, repuso el primero; y yo tengo con él pendientes algunas cuentas antiguas. Ahora vereis.—Y llamó á Quevedo, diciéndole:

—Insigne don Francisco!.. Flor y nata de los poetas aventureros! Qué es esto, que vuestra merced viene á cursar entre los alumnos de Talía?

—Hola! El famoso y nunca vencido autor de las *Cien conclusiones!* respondió Quevedo. ¿Será que el diestro entre los diestros don Luis Pacheco de Narvaez haya dejado á Marte por las Musas?

El lector recordará la disputa que este don Luis y Quevedo tuvieron sobre una de las Cien conclusiones, en casa del conde de Miranda, y como el segundo desarmó y pegó al primero, demostrándole practicamente la falsedad de su teoría: el diestro de profesion no habia olvidado aquel lance, y conservaba á su adversario un rencor inestinguible.

—No os desvieis por la tangente, le contestó. Si venís á pretender plaza de gracioso en la compañía, este caballero, mi amigo, y yo nos tenemos firmes en nuestra línea, y podemos influir algo en vuestro favor.

—Ah! No lo dudo, repuso Quevedo dirigiéndose á los dos: vuestras mercedes pueden muy bien hacer aquí un gran papel: por ejemplo, el de patriarcas. Las canas son siempre respetables.

—Cómo las canas! exclamó el compañero de don Luis, llevándose las manos á la cabeza.

Don Luis se echó á reir, aparentando buen humor, y repuso:

—No hayais pena por eso, amigo mio. La Roma no ha reparado en esas canas, que solo han podido ver los cuatro ojos del señor don Francisco; y en todo evento, no ha de ser él quien haga piernas para desbancaros.

—Seguro es eso, replicó Quevedo; pues si yo hiciera piernas, no llevára las mias.—Pero vos, señor don Luis, ¿qué pretendeis aquí? Oh! No me negueis la verdad. Os veo tan florido y almidonado, que temo que aspireis á la plaza de conserge ó Cancervero de la Casa de locos de amor.

Aquí fué el amigo de don Luis, quien se rió á costa de su amigo.

—No hagais caso, don Luis, le dijo: mas vale ser el Cancervero que nada: por la puerta de esa casa entran todas, y así no se os escapará vuestra caprichosa Celia.

Los demás elegantes se habian acercado, y se divertian oyendo esta conversacion.

—Celia! repitió Quevedo, cogiendo la última palabra del viejo verde. Nuestro don Luis ama á Celia! Pero Celia es una niña. Dichosa mortal! De ese modo tendrá tutor y amante en una pieza.

Los elegantes prorumpieron en un coro de carcajadas, que hicieron perder su aplomo á don Luis.

—Señores, no hay que reirse, dijo este: advertid que nos hallamos todos en gran peligro de desgracia, desde que ha entrado aquí el señor don Francisco de Quevedo. No hay dama que resista á los encantos de su bella figura, y pronto vais á ver que todas nuestras amigas se lo han de disputar: hasta la bella y desdeñosa Amarilis va á deponer de esta hecha sus proverbiales rigores.

—Oh!... Será cosa de ver! exclamó uno que penaba por la Amarilis.

En este momento se abrió la puerta del vestuario de la primera

dama, la cual apareció hechiceramente vestida con un trage griego, por ser la comedia de aquella noche de argumento mitológico: Todas las miradas se volvieron hácia ella, y un murmullo de admiracion se escapó de los labios de aquel público de entre bastidores. Pero sucedió á esto la mayor sorpresa, cuando vieron que Amarilis, dignándose apenas saludar á los demás con una leve inclinacion de cabeza, exclamaba con alegría:

—Oh! Mi señor don Francisco! Mi mejor amigo! Cómo es, ingrato, que no habeis venido antes á vernos?

Quevedo partió ligero al encuentro de la dama, que sin miramiento alguno le recibió en sus brazos, le hizo entrar dentro y cerró la puerta.

Los elegantes se quedaron como petrificados, haciendo cada cual para sí las mas estrañas reflexiones sobre el humor caprichoso y estravagante de las mujeres. Don Luis Pacheco de Narvaez consideró esta fortuna de su enemigo como su mayor derrota y como un ultrage sangriento.

Entre tanto, Quevedo recibia las mas afectuosas demostraciones de amistad de la bella Amarilis y de su discípula Maria Calderon, que se vestia en su mismo cuarto, y que aquella noche estaba transformada en el mas hechicero Adonis.

Despues de haber dado espansion á sus sentimientos amistosos, la famosa cómica dijo á nuestro poeta con picante gracejo:

—En la corte todo es corte, amigo mio; así no debeis estrañar que los secretos del tocador me hayan obligado á teneros algun tiempo confundido entre nuestros cortesanos.

—Ah! Señora mia, repuso Quevedo; no estraño nada: estoy muy acostumbrado á ver el mundo por su lado agradable; y á la verdad que vuestros cortesanos no me han parecido mejores, ni peores que otros cortesanos: como todos, son gente que me divierte. Pero teneis ahí dos, en particular, que son dos joyas: el espadachin Narvaez y...

—Ya sé quien quereis decir: su compañero el señor Angulo. Pobre diablo! Con su oreja postiza...

—Qué me decís? Desorejado!...

Amarilis hizo un signo afirmativo con la cabeza, sonriéndose, y prosiguió:

—Con su peluca corta... con su edad indefinible, porque ha perdido la cuenta de los años; con su colorete... si le viérais hacer el amor platónico á la Roma, la mas traviesa y endiablada comedianta que ha nacido de madre, os moriríais de risa. Pobre diablo! repito. Es rico, inmensamente rico; pero con su manía de enamorar y con su mal acierto, creo que le veremos pedir limosna. Y advertid, señor don Francisco, que ese pródigo setenton, con ínfulas de galancete vive miserablemente por no gastar y es devoto.

—Me moriré de viejo, respondió Quevedo, y no acabaré de comprender al animal bípedo que llaman hombre: cada individuo es una variedad de su especie. Conque devoto!...

—Devoto á su manera: la cuaresma pasada salió de disciplinante en una procesion, que debia pasar por debajo de los balcones de cierta dama...

—Ya!...

—Y se azotó con tanto fervor, que cayó desfallecido en medio de la calle, y fué menester que acudiesen á socorrerle de casa de la misma señora.

—Como ese conozco muchos devotos. Pero, á propósito de devotos, háme parecido que vos teneis algunos en esa ilustre cofradía...

—Sí; pues no he de tener? repuso Amarilis con su jovial franqueza. Y me felicito por ello, señor don Francisco. Ese es uno de los paliativos que atenuan los sinsabores de nuestro oficio.

—Cuando no los agravan.

—Ciertamente.

Un golpecito dado á la puerta y la voz de un apuntador que llamaba á la dama, interrumpió esta conversacion; ella y su discípula que debia salir poco despues á la escena, se despidieron de Quevedo, el cual se quedó á solas con Juanilla.

—Conque decidme, doña Juana de Tal y Cual, la preguntó: ¿cómo te va en esta nueva vida?

—Perfectamente, señor.

—Y qué has aprendido? Sabes ya traer recaditos agradables á tu amita?

—Vah! No, señor: ella no quiere esas cosas; y aunque quisiera..

—Qué?... No te cortes: habla.

—Digo, señor, que no es de esas.... como la Celia y la Roma.

—Tú sabes algo de esas damas. Son buenas mozas?

—No tanto como las ponderan sus admiradores, ni como ellas mismas se creen.

—Hola!... Pique tenemos? Qué te han hecho?

—A mí? Nada: pero son tan envidiosas!... tan intrigantes!... No pueden ver á mi pobre señorita, porque es mejor que ellas y mas linda, y la llaman por desprecio la Calderona, y la Mendiga. ¿Qué mas quisieran que parecérsele?

—Sin duda tienen celos.

—Celos ellas!... No las conoceis, señor: ¿Cómo han de tener celos de nadie, si entre las dos se buscan y se reparten los amantes... ó sus dineros?...

—Mucho has aprendido en poco tiempo, Juanilla, y temo que acredites el pronóstico de tu padre, cuando dijo que harias fortuna en la corte.

—Yo, señor, repuso la muchacha algo confusa, no digo mas que lo que oigo decir... Pero ¿no escuchais ese ruido? Ya está mi amita en la escena: ya estarán las otras rabiando: no pueden sufrir que el público la aplauda, y esto pasa todas las noches. A mí me da un gusto!... Venid, y la oireis entre bastidores.

Diciendo así, Juanilla cogió á Quevedo de la mano y le condujo á los pasillos del escenario.

La jóven Maria Calderon estaba recitando una de aquellas largas relaciones, llenas de brillante poesía y de frases discretas, que hoy no podrían soportarse en el teatro; pero que entonces arrebataban hasta el delirio la admiracion del público: la bella actriz tenia una voz tan simpática y declamaba los armoniosos versos de Calderon con tanto gusto y colorido, que á cada concepto, á cada final de frase era interrumpida por los vítores de la muchedumbre. Quevedo la escuchó sonriéndose de placer, y estaba enagenado sin per-

der una palabra, cuando sonó á sus espaldas una carcajada burlona: no pudo contenerse, y volviéndose, gritó:

—Silencio!...

—Pardiez! Quién grita! exclamó á su vez, no menos irritado el autor de la comedia.

— Don Pedro! dijo Quevedo, yendo á su encuentro.

—Don Francisco! repuso Calderon dándole la mano. Perdonad!... No sabeis lo que es un autor la noche que se estrena una obra suya: el aliento le estorba.

—Lo comprendo, amigo mio; pues si yo he gritado, ha sido por no poder sufrir la algazara que mueven ahí dentro.

—Debo estaros obligado: esa gente alborota por distraer á mi *Adonis* y hacer que pierda el hilo de su relacion. La pícara Roma es la que todo lo enreda.

— La Roma anda en ello? Quiero ver á esa famosa desnarigada, por quien tanto pena un desorejado.

—Podeis ir, don Francisco; y endilgadle una letrilla aguileña, que le taladre el alma: os lo agradeceré infinito.

Calderon se fué muy de prisa hácia el lado opuesto del escenario, y Quevedo pasó al trasforo, donde estaban la Celia y la Roma en alegre bureo con los elegantes; y colocándose de pronto en medio de ellas con asombro de los que lo presenciaban, las dijo sucesivamente al oido:

— Señora, el hecho es cierto!...

Y en seguida se llevó el dedo á los labios, afectando mucho misterio.

— Cierto! exclamaron las dos á su vez mirándole curiosas y sin entenderle.

Pero Quevedo las impuso silencio con los ojos, y cogiéndolas de los brazos sin ceremonia, se las llevó hácia el cuarto de Amarilis: ellas no quisieron entrar allí; mas habiendo él indicado, que podian conducirle á cualquiera otro lugar apartado, si querian saber la certeza del hecho, se encaminaron á su propio aposento.

La Roma, que era una chata muy graciosa, y la mas desenvuelta de las dos, rompió la primera el silencio, preguntando á Quevedo:

—Ea, señor misterioso, ¿qué teneis que decirnos? Sepamos el hecho.

—El hecho es, señoras mias, respondió el travieso poeta, que sois las mas hermosas damas que pisan la tierra.

—Ocurrencia como ella! exclamó la Roma volviéndole la espalda.

—Esperad, aun no he concluido, repuso Quevedo; y es hecho cierto, certísimo, que á pesar de vuestra hermosura, teneis tan irritado esta noche al señor don Pedro Calderon, que ha jurado cortaros las narices; pero...

—Trabajo le mando, si ha de encontrar las mias, dijo la Roma.

—Oh! Narices de mi alma! exclamó al mismo tiempo Celia.

—Tranquilizaos, hermosísimas princesas: dejadme soltar el *pero*. Es el caso que yo no consentiré que nadie os ofenda; porque tambien es un hecho cierto que os admiro... y os adoro.

—A mí!...

—A mí!... preguntaron á la vez Celia y Roma.

—A las dos.

—Se burla vuesa merced, señor caballero? dijo Celia.

—Don Francisco de Quevedo, aunque parece que se burla siempre, nunca retrocede, ni falta á su palabra. He dicho y repito, que os amo á las dos; tanto á la una, como á la otra.–Si os parece esceso,–esceso es de amor.–Cuanto mas, mejor!

Las cómicas se miraron y soltaron la risa. La Roma contestó:

—Pero... á las dos á un tiempo... es demasiado.

—Así podreis tomar de mi amor la parte que os acomode; y si os parece mal, os amaré por turno: yo á todo me avengo.

—Ya lo veo, dijo la Roma; pero es menester que nos avengamos nosotras: tendremos que echar suertes, á ver á quien le toca la preferencia. Esto es muy chistoso.

—Mucho, señoras mias: arreglaos como querais; pero sacadme pronto de penas.

—Es decir que aguardais nuestra contestacion?

—Sin duda: yo no desisto.

—Pues bien la tendreis muy pronto: dejadnos un dia ó dos para deliberar.

— Tened en cuenta un punto muy capital en vuestra deliberacion.

— Cuál?

— Que soy poeta; es decir, insolvente; y que además hace muchos años profesé en la discreta órden de la caballería *de la Tenaza:* os daré cuantos gustos querais, no valiendo dinero, ni cosa que lo cueste.

— Oh! Esa es una brillante recomendacion. Sois la flor y nata de los enamorados. En fin, señor don Francisco, nos veremos, y creo que hemos de entendernos.

— Yo así lo espero. Señoras, no hay mas que hablar.

Quevedo salió del cuarto riéndose interiormente de este lance, que le parecia sin consecuencias: las dos cómicas, en particular Celia, le habian gustado; pero su objeto no habia sido otro que el de alejarlas del escenario, donde incomodaban á sus amigas Amarilis y Maria Calderon, y esto lo habia conseguido.

La funcion de aquella noche tuvo un éxito tan brillante, y contribuyó de tal modo á realzar la buena reputacion de la jóven actriz encargada del papel de Adónis, que la fama llegó pronto á Palacio, y el Rey tuvo deseos de hablar y conocer de cerca á la notable personita de quien todos en Madrid se hacian lenguas para elogiarla.

Súpose entonces que era protegida por el marqués de Ayamonte, adversario de Olivares, y se echaron á volar algunas especies ofensivas á su honra, de las cuales la defendió Quevedo entre cortesanos, sosteniendo que la Calderona era una jóven virtuosa, cuanto cabia serlo entre las mujeres de su arte ó ejercicio.

Esta defensa, en boca del enemigo mas amigo de las mujeres, produjo dos efectos distintos: escandalizó á los frívolos, incitándoles á pensar de la jóven actriz peor que antes; y avivó la curiosidad del Rey, que no pudo menos de figurarse un ángel, una virtud heróica en la que merecia los elogios del mas satírico y mordaz de los hombres.

. . . . . .

Al concluirse la tertulia del conde-duque, pocas noches despues,

llevó este á Quevedo al gabinete de la cortina, donde, segun sabemos, solia escuchar el Rey.

—Tengo que haceros algunas preguntas, le dijo, á cerca de esa cómica tan famosa: la Calderona. ¿Es honrada?

—Es mujer, respondió el poeta.

—Eso quiere decir, en vuestro estilo, que no es buena.

—Por buena la tengo; pero siendo mujer, es fragil y puede ser pecadora.

—Dicen que la proteje el marqués de Ayamonte... ¿Qué proteccion es esa? Vos debeis de saberlo.

—Sé que el marqués recojió á esa niña en una casa de perdicion, cierta noche que rondaba con otros caballeros; pero no sé que despues haya pretendido abusar de su posicion.

—Ah! Es esa jóven?... murmuró Olivares, como quien recuerda un suceso.

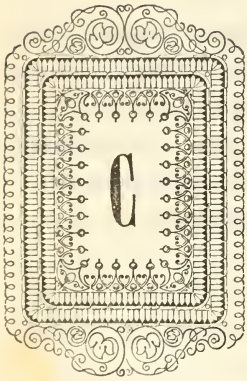
—Teníais ya noticia?

—Sí... estoy enterado de ese lance. Nada mas: no quiero saber mas.

Quevedo se despidió, algo admirado de estas averiguaciones, y contento de que el conde-duque no le hubiese importunado con sus celos; pues no habia hecho gestion alguna para satisfacer su impertinente curiosidad. Otro asunto mas personal le interesaba en aquellos momentos: la bella Celia le habia dado cita para aquella noche, y á ella le seguiremos en el capítulo inmediato.

CAPITULO XX.

DONDE CUELGAN A UNO, Y OTRO SE DESCUELGA.



Como los piés no favorecen á nuestro héroe para llegar pronto al lugar de la cita, tenemos tiempo para dar algunos antecedentes relativos á ella.

Despues que Quevedo se separó de Celia y la Roma, conferenciaron ambas sobre la singular declaracion y aventura que acababan de presenciar; y no pudiendo desconocer que habian sido juguetes de una burla, determinaron corresponder con otra.

Juntáronse á ellas poco despues, y las confirmaron en su determinacion, el formidable don Luis Pacheco y su amigote el devoto señor Angulo, á quienes ellas refirieron todo lo que las habia pasado con el poeta. Los dos vejetes las prometieron imaginar alguna chanza pesada para burlarse de su adversario, y ellas se ofrecieron á ponerla en ejecucion para darles una prueba de su inequívoca fidelidad. Con esto se separaron, quedando acordes en verse al otro dia y concertar lo que entre todos hubiesen ideado.

El espadachin pasó todo el dia formando trazas; pero no brotó una sola idea nueva y original en su cabeza geométrica. El señor Angulo tampoco habria podido inventar por sí solo ninguna cosa de provecho; pero afortunadamente, como buen devoto, acertó á tropezar con un antiguo amigo, fraile dominico de sólida construccion y heróicos antecedentes, que se llamaba el padre Cogolludo: este le dió una idea en cambio de un almuerzo; y aunque consta que el tal almuerzo hubiera bastado á saciar el hambre de seis gañanes, con todo, no se puede afirmar que esto fuese demasiado; pues muchos hay que quisieran adquirir á tan poca costa una idea.

El caso fué que, apenas el señor Angulo hubo soltado, entre bocado y trago, el nombre de Quevedo, el reverendo padre prorumpió en anatemas contra él, y dijo á su amigo:

—Es posible que tengais trato ó comunicacion con ese condenado en vida!... Con ese perverso, licencioso y sacrílego!... Ah!... Si le conociéseis como yo, temeríais su contacto: es un protervo, á quien Dios corrija; aunque creo que está dejado de su mano.

—Yo no me trato con él, repuso el vejete; sino que unas muchachas conocidas mias quisieran escarmentarle; porque ha tenido la osadía de enamorarlas á un tiempo...

—Sí, sí, es muy osado: muy osado. Conque... á un tiempo, eh?... Y son muchas?

—Dos.

—Dos!... Hombre perverso!... Merecia que le colgasen de un balcon, como....

Aquí el hermano Cogolludo, cual si le ahogase la presion de una cuerda, tomó aliento, y se embutió media pechuga de perdiz entre los dos rubicundos mofletes para desechar un penoso recuerdo.

—Colgarle de un balcon! exclamó el señor Angulo. ¿Quereis decir, que eso puede hacerse?

—¿No se ha de poder? repuso el fraile. No se ha de poder? Yo... yo mismo...

—Habeis sido colgado, quizás?...

—No, no quiero decir eso: yo sé que han colgado á alguno, que pesaba seis arrobas mas que él. Conque ya veis si es posible.

La acartonada nariz del señor Angulo se galvanizó de alegría:

era posible colgar á Quevedo de un balcon!... La idea no podia llamarse original; pero á falta de otra, ninguna era mejor.

El señor Angulo quiso obtener además de su amigo el hermano Cogolludo algunos detalles de ejecucion; pero el buen fraile solo alcanzó á imaginar que para ello se necesitaba una cuerda, un balcon y unos brazos vigorosos: lo demás que fuese menester no estaba al alcance de su prevision.

El viejo petimetre fué á verse con su amigo don Luis, y habiéndole participado *su* idea, corrieron los dos á casa de la Roma, la cual envió á llamar á Celia, y desarrolló el plan del modo que debia ejecutarse. Al efecto, Celia escribió un billete muy tierno á Quevedo, dándole á entender que deseaba la esclusiva de su amor y llamándole para hablarle por la reja.

En esta entrevista solicitó Quevedo su entrada en la casa; pero Celia abultó las dificultades, y le dijo que, si no se lo estorbase la vigilancia de una tia suya, mujer interesada y muy ladina, ella consentiria de muy buena gana: que si él se acomodaba á escalar un balcon de su aposento, que caia al callejon del lado, tal vez podrian realizar sus deseos. A todo se convino el travieso poeta, y la bribona, siguiendo fielmente las instrucciones de su compañera, se brindó á echarle una canasta atada con una cuerda, para que se metiese dentro, de la cual tirarian desde arriba entre ella y su camarera.

No pudo ciertamente imaginarse una cosa mas del gusto de Quevedo, que esta ascension en canasta: la originalidad de la ocurrencia cautivó desde luego su ánimo aficionado á lo estravagante: así es que aplaudió el artificio, y ni siquiera le pasó por la mente que pudiese haber la idea de burlarle.

A la hora de la cita se presentó en la calle, tosió, entró en el callejon inmediato, y no tardó en tropezar con la canasta, que estaba ya preparada: la cuerda pasaba por una garrucha que habia en el alero del tejado, destinada á subir paja al desvan de la misma casa; pero que hacia mucho tiempo no se usaba. Nuestro galan volvió á toser, y habiendo percibido un rumor significativo en la ventana, se metió en la canasta diciendo:

—Ea! Bodas al cielo!

—Don Francisco, dijeron de arriba con voz quedita. Estais ahí?

—Aquí estoy, mi reina; como llueca en huevos.

—Agarraos bien, no caigais.

—No hayais miedo: vuele mi humanidad.

No bien habia pronunciado Quevedo estas palabras, cuando se sintió arrebatar por los aires con una velocidad, que le pareció estraordinaria para ser levantado por brazos de mujeres: la polea rechinaba de una manera escandalosa y capaz de despertar á todo el vecindario, cuanto mas á la supuesta y vigilante tia de la traidora Celia: estas dos circunstancias bastaron para avivar una sospecha en el ánimo de nuestro poeta; pero ya era tarde para retroceder.

A la mitad del trecho de su ascension y antes de llegar á la ventana, se encontró con un hombre que bajaba asido al otro estremo de la cuerda, el cual le saludó al pasar rapidamente, diciendo:

—Buenas noches, don Francisco!

—Vaya ucé con Dios! le respondió Quevedo, á tiempo que, subiendo por delante de la ventana, oia las carcajadas que daban Celia y la Roma.

Un momento despues, fué á parar, á igual distancia, entre la ventana y el alero: el que habia bajado, que era un criado de la Roma, ató la cuerda á una reja, y le dejó colgado como lámpara de iglesia: en aquel estado, sin mas apoyo que el eje de la garrucha, el menor movimiento le hacia oscilar y dar medias vueltas; y á no venir alguna persona en su socorro, le era de todo punto imposible recobrar la libertad.

A poco cerraron la ventana y todo quedó en silencio, escepto la garrucha que de cuando en cuando gemia.

Quevedo comenzó á pensar seriamente en lo crítico de su situacion: conservaba, sin embargo, la esperanza de que no le dejarian estar allí hasta el dia, si quiera fuese por evitar el escándalo nada favorable á la dueña de la casa; y esta reflexion le tranquilizó.

Pero pasaron dos, tres horas, sin que pareciese por el menor indicio haberse ablandado el corazon de Celia, ni el de su digna compañera: la luna salió á la madrugada, y con ella se levantó un vientecillo fresco, que hacia estar á la canasta en contínuo movimien-

to, cuando acertó á pasar por la calle una ronda: para llamar la atencion, Quevedo se puso á cantar con voz ténue y atiplada aquellos versos de Cervantes en su *Ingenioso Hidalgo*, que dicen:

« Marinero soy de amor,
« y en su piélago profundo,
« navego sin esperanza
« de llegar á puerto alguno. »

—Quién va á la ronda! gritó el sargento que la mandaba.

—Ni va, ni viene, le contestó nuestro encanastado.

—Diga quien es, voto á Crispo! y á donde va por esas alturas.

—Es Quevedo; —que ni sube, ni baja, —ni se está quedo.

El nombre de Quevedo no era desconocido al sargento; el cual, tomando la linterna de manos del soldado que la llevaba, se acercó presuroso diciendo:

—Por San Marcos de Venecia! Es verdad que sois vos, señor don Francisco! Teneis sino de ser colgado!...

Y encontrando el estremo de la cuerda atado á la reja, lo soltó, y comenzó á dejarlo ir con mucho tiento.

Cuando Quevedo puso los piés en el suelo, miró atentamente á su libertador, y exclamó lleno de júbilo:

—Eres tú!... Venga *otro* abrazo!

—Sí, otro, y otros mil, repuso el sargento abrazándole. Voto va Sandías! Quién me hubiera dicho que habia de encontraros cogiendo nidos, al cabo de tanto tiempo.

—Lo has acertado, y no, amigo Alejandro Spinosa: yo á coger nidos iba; pero fuí cogido.

—Pardiez! Contadme, si no teneis en ello reparo, lo que os ha pasado, y si yo puedo atrapar al bribon que os ha hecho esa burla....

—No, mejor es dejarlo: son cosas de mujeres; y es justo que al goloso le duelan alguna vez las muelas. Vámonos de aquí, buen Alejandro, y cuéntame como escapaste de las garras de los venecianos, cuando te dí el primer abrazo. Yo te he llorado muerto.

—No he muerto, no, señor don Francisco: mi historia, desde

que nos separamos aquella terrible noche de Venecia, no es larga. Tomando ejemplo de vuestra merced, me fingí mendigo y mudo; y de este modo anduve rodando por la ciudad, hasta que acerté á refugiarme en casa de nuestro embajador, precisamente cuando las turbas amotinadas querian asaltar su palacio: S. E. tuvo que huir, como sabreis; yo le acompañé á Milan, donde fuí agregado á uno de los tercios de S. M. Pasé despues á Flandes con mi regimiento; allí gané la gineta, y hace un año que vine á España con la escolta del general Spínola. Cuando el general marchó, quedé enfermo, y aquí me teneis hecho todo un sargento de ballesteros, bien vestido, aunque mal pagado; pero siempre alegre y dispuesto á serviros en cuanto sea menester.

Acabando el antiguo genízaro su relacion comenzó á ser de dia: Quevedo le dejó ir á sus obligaciones, y sintiéndose poco dispuesto á dormir y turbado de espíritu, aunque no lo mostraba, determinó pasar algunas horas tomando el fresco de la mañana y distrayéndose.

Impensadamente fué á parar al parque de Palacio, donde ya encontró algunas damas madrugadoras que andaban por allí, como almas en pena, paseando su opilacion ó sus cuidados. Cuando el sol estuvo estendido por todo aquel ameno valle que baña el Manzanares, (si tal puede decirse), vió Quevedo aparecer por opuestos lados, primero dos damas de lindo porte muy tapadas y dos caballeros muy distinguidos, á quienes era fácil conocer por algunas particularidades de su trage.

Sin embargo, nuestro poeta no pudo conocerlos al pronto, por impedírselo la cortedad de su vista; pero habiéndose aquellos separado, y pasando el uno por delante de él, observó que era Buckingham, y adivinó quien podia ser una de las dos damas á quienes se dirigia.

—Diablos! esclamó para sí. Tambien la Condesa-duquesa de Olivares toma el acero! No sabia yo que estuviese opilada Su Escelencia: tendré que darla una píldora.

Y siguió paseando con aparente indiferencia; pero sin perder de vista la interesante pareja.

Buckingham habló poco rato con la tapada: solo cambió con ella

algunas contestaciones, y en seguida volvió á donde le esperaba su compañero, con quien tiró hácia la Casa de campo: las dos damas, por el contrario, se volvieron hácia Madrid.

La brevedad de la entrevista indicaba que solo habia tenido por objeto darse una cita para otro lugar: Quevedo así lo comprendió, y apretando el paso, alcanzó á las damas, y dijo á la que le parecía ser la condesa:

—Os dignareis escucharme un momento, bella encubierta?

La tapada se volvió á mirarle, y le respondió:

—Seguid vuestro camino, caballero: no soy quien pensais.

—Es que si fuéseis quien pienso, no podríais ser ni mas noble, ni mas hermosa.

—Dejadme, os digo: yo no puedo admitir vuestros obsequios.

—El que os quiero ofrecer sí; porque es de amistad, y os importa mucho.

—Hablad; pero sed breve, dijo la dama, separándose un tanto de su compañera.

—Seré breve, repuso Quevedo: cuando vuestro marido os pretendia, oí cuchilladas en vuestra calle, y exclamé: —¿Quién es ella?

—Y era yo?

—Érais vos. Y cuando un marido, que ya no pretende, cela, vuelvo á exclamar: —Quién es ella?

—Seré yo?

—No seais vos.

—Y eso me importa.

—Mucho.

—Me ofendeis al suponer...

—Nada supongo; aviso, porque hay quien se quema, sin que yo piense que hay fuego.

—Y hareis bien en no pensarlo.

—Harélo así; pero vos...

—Haré lo que me acomode.

—Picada estais?

—Razon no me falta.

—Pensadlo con calma, y haced lo que os acomode. Que ofende-

ros no quise debeis creer, antes serviros; pues quien mas derecho anda, tropieza en lo que no vé.

—Os agradezco el aviso. Adios!

—Él os guarde!

Quevedo y la dama cambiaron corteses saludos y se separaron: él se volvió á mirar á Buckingham y á su compañero, y siguió paseando detrás de ellos, aunque á muy larga distancia. Viéndoles pasar al otro lado del rio y tomar allí sus caballos, que tenian dos mozos de las bridas, se detuvo considerando inútil observarlos, y pronto los vió gallardearse y trotar, y luego desaparecer tras de un ángulo de las tapias de la Casa de campo.

No habia transcurrido un cuarto de hora, cuando aparecieron dos damas con mantos, que indudablemente bajaban de Palacio: el vestido de la una era estraordinariamente rico; solo una princesa real ó la mujer de Olivares podian llevarlo: el de la otra, mas modesto, parecia ser el mismo de la que acompañaba poco antes á la que habló con Buckingham. El malicioso poeta se figuró que estas dos eran las mismas con la diferencia de un trage, y cediendo entonces á su curiosidad indomable, se propuso vigilarlas.

—*Ducas* son, no hay engaño, dijo para sí reparando en su porte distinguido: yo he de saber si van detrás de los que cabalgan.

Las dos damas continuaron lentamente su paseo, y entraron en los jardines de la Casa de campo.

—Ciertos son los toros, murmuró Quevedo. Conde-duque, te la pegan.

Y dejando pasar el tiempo necesario para que las encubiertas se internasen, despues de observar la direccion que tomaban, entró á su vez, y con aire distraido, como si meditase algun soneto, comenzó á pasear por diferente parage.

Las damas, entre tanto, se habian descubierto y recorrian los paseos inmediatos á la cerca, donde mas daba el sol. La del rico vestido era la infanta doña Maria; la otra, una de sus meninas. Hablaban y reian alegremente, gozando de la libertad y las delicias que aquel ameno sitio las ofrecia, cuando al llegar junto á un árbol frondoso que estaba plantado junto á la tapia, sintieron ajitarse sus ra-

mas; y alzando la cabeza, vieron al príncipe de Gales, que se descolgaba por allí con la soltura de un diestro escalador.

La infanta reprimió un grito de sorpresa que involuntariamente se escapaba de su pecho, y mirando al príncipe con dignidad, al mismo tiempo que retrocedia, le dijo:

—Príncipe, habeis equivocado la puerta. Volveos atrás, que eso que haceis no es digno de vos.

Cárlos se quedó cortado, con el sombrero en la mano, un pié en el árbol y otro en el aire, los ojos bajos y su aprendida leccion de amor helada entre los lábios. Sin embargo, no pudiendo sostenerse en aquella situacion, saltó al suelo, y doblando una rodilla balbuceó:

—Señora... perdonad mi atrevimiento... El deseo de agradaros... de veros con libertad... No sé como escusarme viéndoos tan ofendida...

—Vuestra inexperiencia os escusa, príncipe, repuso con amabilidad la infanta; pero no me escusaria á mí de escucharos en este lugar: así, me permitireis que me retire.

—Eso no: yo me iré... No quiero turbar vuestro recreo.

—Decís bien, príncipe: no podeis hacerme un obsequio mayor. Y otra vez dignaos entrar por la puerta de mi hermano el rey don Felipe.

Cárlos se levantó confundido bajo el peso de esta dura leccion, aunque se le daba con cortesía, y saludando á la infanta sin hablar, se arrimó al árbol y aguardó que ella se alejase.

Cuando pudo recobrar su serenidad, se encaramó de nuevo á la tapia, y bajó al otro lado con ayuda de Buckingham que allí le esperaba teniendo los caballos.

—Tan pronto, señor! le dijo su favorito.

El príncipe no le contestó: montó á caballo y guió hácia Madrid.

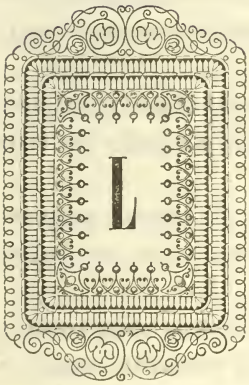
Quevedo, entre tanto, se mordia los lábios para contener la risa: todo lo habia visto; y al encaminarse á su posada iba diciendo entre sí:

—Amor no es favorable para los que se descuelgan, ni para los que se dejan colgar.

Principe, habeis equivocado la puerta

CAPITULO XXI.

NO PENSEIS NADA.



Las negociaciones diplomáticas para llevar á cabo el enlace de la infanta con el príncipe de Gales, no daban mas felices resultados que las gestiones personales de este para hablar con su prometida: no así los que secretamente habia puesto en juego el conde-duque para librarse de las garras de la Inquisicion.

Este tribunal, concluido el proceso, le habia encerrado en una caja y puesto en manos de un emisario de su confianza para que lo llevase á Roma: pero descubierto el intento por los agentes de Olivares, hizo éste pintar un retrato del emisario secreto, y lo remitió á Génova con instrucciones para el embajador de España cerca de aquella república, el cual se apoderó del enviado y de la caja; remitió esta sin abrirla á Madrid, y despachó á Nápoles al que la llevaba, donde se le guardó en una prision de Estado para el resto de sus dias.

Olivares pudo usar de su libertad, y desafiar las iras de la Inquisicion; pues al mismo tiempo que se apoderaba del proceso, hacia que el Rey, como parte interesada, conminase á los jueces de aquel tribunal con todo el rigor de su venganza, si persistian en remover este asunto.

La ocasion era favorable, y el resultado fué tal como podia esperarse; pues los inquisidores aterrados al saber que habia desaparecido su agente, y al ver que no podian descubrir su paradero, temieron por sí mismos y dejaron pasar la borrasca, replegándose con prudente cautela.

El conde-duque se presentó en público acompañando al Rey en una fiesta que se dió por aquellos dias, con motivo del nacimiento del príncipe don Baltasar, y desde entonces no se recató de nadie.

Reciente estaba todavía la desgraciada aventura de Cárlos Estuardo, cuando este y su amigo Buckingham se encontraron con Olivares en un baile de Palacio: el privado les saludó con altanería, y pasó de largo dándoles claramente á conocer que no estaba satisfecho de su comportamiento.

De allí á un rato reapareció hablando con Quevedo, á quien daba quejas por su falta de puntualidad en desempeñar el encargo que le habia confiado.

—Podeis reñirme cuanto gusteis, le respondió el poeta: no sirvo para esa clase de encargos; pero puedo deciros que nada he visto contra vuestro honor.

— Mi honor no necesita centinelas, repuso el privado; se guarda él solo: yo os mandé observar á un hombre, y no me habeis comprendido.

— Entendí que se trataba de un punto de honor, señor conde y duque, replicó Quevedo con finura; y en tal concepto acepté el mandato: si empeñado en su cumplimiento, se me hubiese presentado la ocasion de obrar, lo habria hecho; pero de un solo modo.

— Cómo?

— Como caballero, que era cuanto prometí, y cuanto podíais esperar de mí.

— No sea esto motivo de disgusto entre nosotros, dijo el con-

de-duque. Afortunadamente, yo estoy ahora mas desocupado, y haré lo que debo. No hableis de esto á nadie.

Hablando así, echó de ver que el príncipe de Gales andaba en compañia del embajador inglés, y que Buckingham no estaba con él: inmediatamente dejó á Quevedo, y partió en busca del jóven duque con toda la imprudencia de un marido celoso. No tardó en encontrarle reconviniendo á la camarera mayor por el mal éxito de su tentativa cerca de la infanta: estaban los dos paseando á solas en una de las galerías del palacio.

El conde-duque se acercó á ellos con prontitud, y cogiendo á su mujer del brazo, se la llevó, diciéndola:

—Señora, estais malgastando el tiempo y faltais á vuestros deberes.

Y al mismo tiempo dirigió á Buckingham una mirada de soberano desprecio.

El vanidoso inglés no tuvo tiempo para volver de su sorpresa, y cuando quiso responder al insulto de Olivares, ya este y su esposa habian desaparecido.

Media hora despues volvieron á encontrarse en medio de la fiesta. Buckingham, que estaba con el príncipe, se fué hácia él, y sin el menor respeto á la corte, le dijo en alta voz:

—Señor Olivares, sois un fátuo mal educado.

—Y vos un villano mal nacido, le contestó aquel chispeándole los ojos de ira.

Buckingham le cogió de la ropilla, y le hubiera dado de golpes en aquel mismo sitio, á no impedirlo varios cortesanos que se pusieron por medio y los separaron. El rey tambien acudió al oir aquel escándalo, y previendo que no podia menos de acabar en un duelo, mandó á Olivares retirarse y le prohibió salir de Palacio. A Buckingham, ni al príncipe no les dió ninguna satisfaccion, que fué lo mismo que reprobar su conducta. Los dos con el embajador se retiraron en el acto, y aquella misma noche pasó el último una nota al conde-duque dando por rotas las negociaciones del matrimonio, y pidiendo sus pasaportes.

Al dia siguiente el príncipe su favorito y los demás agentes ingleses partieron para su tierra: los cortesanos hablaban de tan estraño

desenlace, buscando una esplicacion al rompimiento, y como habian visto á Quevedo hablar con Olivares, poco antes de que le insultase Buckingham, á él acudian moliéndole á preguntas: pero á todas ellas respondia Quevedo con otra.

—Quién es ella? les decia.

—Quién habla de ella? replicaban los cortesanos.

Y tenian que dejarle, sin acertar á comprenderle.

Sin embargo, á muchos les cayó en gracia el «quién es ella?» y repetian sin cesar esta muletilla; de suerte que pudo llegar á oidos de la condesa de Olivares; la cual, sin necesidad de que nadie se lo dijera, conoció al punto su procedencia, y sospechó que nuestro poeta hubiese ido con cuentos á su marido.

Tomó incremento esta injusta sospecha, al saber pocos dias despues que era mayor aun la intimidad del conde-duque con el poeta, y que ambos habian salido juntos una noche, con todas las apariencias de ir en prosecucion de alguna aventura.

Cual fuese esta, nadie habia podido descubrirlo; pero la condesa, estimulada por el deseo de vengarse, hizo seguir á su marido otra noche, y supo que entraba de incógnito en el vestuario del teatro del Príncipe, como tambien que, entre las cómicas habia algunas poco amigas de Quevedo. Procuró averiguar el nombre de alguna de ellas, y le designaron la Roma como la mas decidida adversaria del poeta.

El resultado de estas indagaciones se hizo sentir pocos dias despues: la condesa declaró á su marido que no podia resignarse á verle envilecido con el trato de mujerzuelas de teatro, y que pensaba quejarse al Rey de esto y otros malos servicios que le hacia Quevedo.

El conde-duque se echó á reir, y la contestó:

—No vayais al Rey con esas embajadas, porque se reiría de vos: lo que yo busco en el teatro nadie lo sabe, ni el mismo Quevedo, á quien parece acusais.

—Yo lo sé, duque, y lo saben otras personas que me lo han dicho, respondió la condesa. Buscais en el teatro á una farsantuela, que no hace mucho pedia limosna.

—Quién os ha dicho eso? preguntó Olivares muy seriamente.

— No importa decir quien: el hecho es cierto, pues no lo negais.

— Señora, lo que os han dicho, y lo que pensais es una falsedad, una calumnia; y yo necesito á todo trance saber el nombre de esa persona que se ocupa en averiguarme la vida.

— Esa persona soy yo.

— No: vos podeis haber cometido la imprudencia de indagar á donde voy; pero no con qué objeto; porque os repito que solamente yo lo sé hasta ahora.

— Y no puede habérmelo participado vuestro confidente?

— Quién? Quevedo? No.

— Mucho fiais en su lealtad; y sin embargo, por él supe yo vuestros injustos celos, antes, mucho antes que diéseis el escándalo, cuyas consecuencias os han hecho perder bastante en el concepto de los hombres de Estado.

— Quevedo os dijo?...

— Vah!... Que un hombre como vos se entregue á semejante botarate. Quevedo no sabe callar nada.

— No puede ser: pero en suma, señora; si lo que decís no es pura invencion de vuestra fantasía, es un falso testimonio, cuya procedencia necesito descubrir; y la descubriré, aunque os empeñeis en callar. Entre tanto, sabed para vuestro gobierno, que esas indagaciones y esos cuentos me comprometen gravemente. No creo necesario deciros mas para que me comprendais.

— Os comprendo perfectamente, respondió la condesa con ironía. Por lo mismo no es fácil que me deje engañar.

— Inés, dijo el conde-duque adoptando el tono familiar de marido y mujer; he sido bastante condescendiente para creer lo que has querido contarme respecto á tus relaciones con el fátuo de Buckingham: me dejé convencer, bajo tu palabra, de que solo se trataba de servir al príncipe inglés. Pero volveré á dudar, si te veo inventar patrañas sin mas objeto que el de satisfacer una frívola curiosidad.

— No invento nada, señor conde y duque: os digo que sé vuestros devaneos, y que andais en lenguas de mujerzuelas: esto da grima.

—Por Dios, que me hareis perder la paciencia! Sed franca, y os prometo revelaros la verdad.

—Pues bien: esto me lo ha contado una cómica llamada la Roma, á quien se lo ha dicho Quevedo. Por ella sé que andais desatinado tras de una muchachuela...

Olivares acercó sus labios al oido de la condesa, y la dijo interrumpiéndola:

—Sí, una muchacha muy linda, que ha trastornado la cabeza del Rey.

—Será posible!... Una cómica!... En qué tiempos vivimos!...

—Sí, una cómica... Pero chiton Inés!... El Rey ha tenido ese antojo, y yo he debido anticiparme á sus órdenes y á sus deseos; porque esa cómica es ahijada del marqués de Ayamonte, á quien tengo alejado de Madrid por motivos poderosos, y que desde Sevilla, en union con el de Medinasidonia y otros, acecha una ocasion para perderme. Ahí tienes la esplicacion de mis devaneos; el Rey ha puesto los ojos en una mujerzuela, que puede llegar á ser una favorita: ¿dejaré que esa mujerzuela se eleve con el apoyo de mis enemigos? Esto seria suicidarme por pereza.

—Dices bien, amado esposo. Mas advierte que si confias secretos de esa naturaleza á gentes indignas...

—Esta es la primera confianza que hago de mi secreto. Si Quevedo ha podido maliciar otra cosa, y si ha dicho de mí lo que le ha parecido, yo sabré imponerle silencio.

Aquel mismo dia, Olivares trató de indagar lo que el poeta podia haber dicho á la Roma, y aun preguntó á él mismo si era cierto que estaba en íntimas relaciones con ella. Quevedo le contó su doble declaracion de amor y su aventura de la canasta, pintándola con los vivos colores que le prestaba su resentimiento contra la Roma y su ardiente imaginacion.

—Creeré lo que me decís, le respondió Olivares, si dedicais á esa mujer unos versos que la hagan llorar.

—Se los tengo prometidos y los haré. Dadme pié vos mismo.

—Si no es bastante pié las narices que no tiene, añadid á esto lo que su lengua dice de vos y de mí.

— De vos!... Qué puede hablar?

— Lo que vos le hayais dicho.

— Yo! Ah maldita! No he hablado con ella desde que la declaré mi amor á medias. Esta noche la he de dar un mal rato. Le habia perdonado la canasta; pero no la perdono esa impostura.

Llegada la noche, Quevedo y Olivares entraron en el escenario del Príncipe, disfrazado el segundo con trage militar. Sin detenerse pasaron al cuarto de Amarilis, la cual les recibió con afabilidad ceremoniosa.

Pasado un corto rato en conversacion, Quevedo salió á fuera, y se encontró con el diestro Narvaez, que comenzó á darle broma, refiriéndose á su empresa amorosa por los aires.

— Quien con brujas anda, á volar aprende, don Luis, le respondió Quevedo. Yo he volado una vez, y es tanta la gratitud que conservo hácia las dos ninfas que me burlaron, que desde hoy les dedico mi musa.

— Hola! Pretendeis conquistarlas con versos?... Mala moneda! repuso don Luis.

— Oh! Ya lo sé. Bellezas de su calidad se compran mejor con chanflones que con octavas reales.

— Eso es un insulto que no debo consentir.

— Jah!... jah!... jah! exclamó Quevedo riendo. Quién insulta á vuestras Dulcineas? Aquí vienen: vereis como ellas mismas me dan la razon.

Y dirigiéndose á la Roma y á Celia que llegaban, las dijo:

— Sacadme de un apuro, bellas damas. Si conoceis cierta letrilla famosa, recitémosla á duo. Es, ó no cierto que — « dineros son calidad?...

— Verdad, respondió la Roma.

— « Mas ama quien mas suspira?...

— Mentira, » contestaron las dos á un tiempo.

— Veis, señor don Luis, continuó Quevedo mirando al espadachin, como las niñas saben bien su leccion? Y quereis que yo no pondere en versos consonantes el mérito y las virtudes de vuestras amigas?

— Ah! Pensais obsequiarnos con versos, dijo la Roma.

—Y buenos: sobre todo, traigo ya en el bolsillo una racion para vos.

—Para mí?... A qué debo la preferencia?...

—A vuestro ingenio, señora; pues dejais en mantillas á Juan de Timoneda en lo de inventar patrañas.

Durante esta conversacion se habian reunido en torno de Quevedo y las cómicas quince ó veinte personas entre de la compañía y estrañas: Olivares recatado con el embozo del ferreruelo estaba detrás de todos observando. La Roma conoció que venia una granizada sobre ella; pero prefirió arrostrarla con descaro, á sufrir una derrota huyendo el cuerpo: así, que dijo sin mostrarse intimidada:

—Vengan, pues, esos versos. Atencion, señores.

Quevedo sacó un papel, y leyó:

«*A una hembra sobrada de lengua, cuanto falta de narices.*»

REDONDILLAS.

Roma,–hablando con perdon,
Entre Gomorra y Sodoma;–
Que los perdones en Roma
Ordinaria cosa son:
Si de este golpe, ó caida,
Con que has deshecho mis paces,
Las narices no te haces,
No las tendrás en tu vida.
De un chisme tan infeliz,
Qué me darás por respuesta,
Con una nariz de apuesta,
Si es nariz, ó no es nariz?
Braquilla de los demonios,
No es bien que siempre me atices:
Levanta tú tus narices,
Y no falsos testimonios.
Mas ya olvido cuanto dices;
Pues solo ha de ser contado,
Que no te las he cortado,
Y te dejo sin narices.

La llaneza de tu cara
La vista equívoca, pues
Pasára por ser *embés*,
Si un ojo no la sobrára.

. . . . . .

Por tu nariz, yo testigo,
Pleitean con buen derecho :
Por pezon la pide un pecho,
Y una panza por ombligo.
Y me ha dicho un hablador,
Que con justicia y enojo,
La pide por roncha un piojo,
Y por cero un contador.
Y otro que roe tus zancajos
Me certificó este dia,
Que tu nariz se escondia
Del mal olor de tus bajos.
La reina eres de las chatas ;
Que al fin llevan tus megillas
Las narices en cuclillas
Y las facciones á gatas.
Y viéndolas, dicen todos,–
Y estas no son malas nuevas,–
Que arremangadas las llevas
Para que no te hagan lodos.
Ó cara ó lenguage muda,
Con buena resolucion,
Ó llégate á la Pasion
Y aprende á ser nariguda.
Pues solo te advierto yo,
Ya que á hablarte me acomodo,
Que á Roma se va por todo,
Pero por narices no.
Mas, vergonzante infeliz,
Nariguilla de boton,

Vete á casa de un sayon,
Que dé sopa de nariz:
Que yo tus fiestas solenes
Dejo agora, pues presumo,
Que ya te sube el humo,
A la nariz que no tienes. »

Acabada la lectura de estos versos, Quevedo los presentó á la Roma con fina galantería, como si hubiera hecho en ellos su mayor elogio: pero ella estaba verde de cólera, y no se apresuró á recibirlos; de modo que dió tiempo á don Luis Pacheco para interponerse y tomarlos, diciendo al poeta con tono de desfacedor de entuertos:

—Yo responderé á este insulto, como compete á un buen caballero.

Iba Quevedo á contestarle, cuando el conde-duque tiró de un brazo á don Luis, y llevándole á parte, se descubrió el rostro y le dijo:

—A él no: contestadme á mí: la empresa es mia.

El diestro de profesion se quedó cortado, y comenzó á balbucear algunas escusas, que interrumpió Olivares, diciéndole:

—Os perdono con una condicion: la de que hagais cuenta que no me habeis visto.

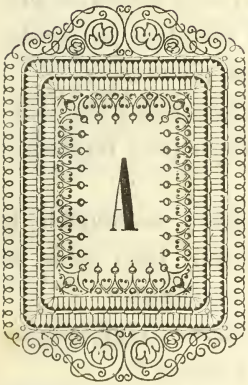
—Señor, repuso don Luis; yo no pude pensar...

—No penseis nada, replicó Olivares.

Y volviéndole la espalda, hizo una seña á Quevedo para que le siguiese, y salió del teatro.

CAPITULO XXII.

DE COMO VOLÓ CUPIDO.



L retirarse á su casa Quevedo, aquella noche, encontró en su escritorio una carta, que abrió y decia:

« De las ruinas de un poderoso fuerte so-
« lo vos quedais en pié y acaso estais en ca-
« mino de mas próspera fortuna. Dicen que
« la buena dicha es madre del olvido; pero
« yo no puedo creer que á vos alcance esta
« comun flaqueza: en prueba de esta con-
« fianza, mañana os aguarda en la nueva
« prision de su esposo,

LISI. »

« De la casa de Gil Imon de la Mota á 20 de Abril. »

Quevedo besó este billete, suspirando con ternura, como pudiera hacerlo un jóven de veinte años: su corazon escogido conservaba toda la pureza de sentimientos de la adolescencia, á pesar de la edad y los desengaños. Lisi habia sido su primer amor verdadero, el único móvil de sus aspiraciones elevadas y generosas: no podia

recordarla sin esperimentar un placer superior á todo goce humano, representándose su imágen como la de un ángel consolador.

—Olvido! murmuró, estrechando la carta contra su pecho. Felicidad!=Nada de esto es posible para mí, Lisi adorada! Si algun dia pronunciasen tu nombre sobre la losa de mi sepulcro, mis huesos se moverian saltando de gozo; pero sin tí, mi vida es un mar de hiel en contínua borrasca.

Al dia siguiente se levantó muy temprano, y pasó algunas horas acicalándose contra su costumbre. Serian las diez de la mañana cuando se presentó en la casa de Gil Imon, situada en las Vistillas de San Francisco, donde pocos dias antes habian trasladado al duque de Osuna, gravemente enfermo de gota y de melancolía.

Una guardia de mosqueteros ocupaba el ancho vestíbulo, y mantenia dobles centinelas en la puerta esterior, en lo alto de la escalera y en otros parages de dentro y fuera del edificio. Sin embargo, habiendo manifestado el poeta su deseo de visitar á la duquesa, el oficial de la guardia le condujo á un departamento donde habia algunos criados: un anciano mayordomo que con ellos estaba, le hizo pasar á una sala, rogándole que aguardase mientras se pasaba recado á la señora, y se retiró sin preguntarle su nombre.

A poco salió la duquesa de un aposento interior, sola y tan desnudada, que su amigo tuvo que hacer un esfuerzo para no darla á conocer su asombro.

—Quevedo, amigo mio! exclamó la noble dama tendiéndole la mano, que él cogió y besó con respetuosa emocion. Bien sabia yo que nunca apelaria en vano á vuestro corazon generoso.

—No habríais necesitado llamarme, señora, si yo hubiera sabido antes vuestra venida á Madrid. Y el señor duque?...

—Se morirá Quevedo, repuso la duquesa limpiándose las lágrimas. Le han asesinado y acabarán con él. Ay! Quién me hubiera dicho que habian de tener tan triste y miserable fin tantas grandezas, tantos sueños de ambicion, tantos delirios de felicidad!

Quevedo bajó la cabeza, dominado por encontrados sentimientos: la piedad conyugal de la duquesa le inspiraba envidia y admiracion: la desgracia del duque indignaba su ánimo bajo el doble influjo de la amistad y del patriotismo.

—Decís que morirá, señora! murmuró. Ese es el pago reservado á los mejores servicios que se han conocido en este siglo! Morir en una prision el mas valiente, leal y generoso de los grandes de España! Pero, si tal es el destino que le está reservado, consolaos, señora: tal ha sido la suerte de mas de un héroe inmortal en nuestra desventurada patria. Poco menos que así acabó sus dias Cristóbal Colon: su gloria no por esto es menor, como tampoco el oprobio de los que le persiguieron.

—Es verdad, repuso la duquesa: mas la libertad y el desagravio con la vida, ¿amenguarían por ventura la gloria de mi esposo? Yo necesito ver al Rey, pedirle justicia; nada mas, que justicia: no quiero gracia. Pero, cómo hacerlo? Todas las puertas están cerradas para el que durante muchos años trabajó sin descanso y vertió su sangre por engrandecer la monarquía. Un infame favorito, un bandido disfrazado con máscara de diamantes cierra el paso al mérito abatido, y yo no puedo llegar hasta los piés del trono.

—Mas de una vez, señora, he solicitado del favorito la libertad de vuestro esposo...

—Lo creo, Quevedo: lo creo de vuestra generosidad; pero habrá sido en valde que lo soliciteis.

—Olivares se me ha mostrado muy afecto al señor duque.

—Hipócrita! Falso!

—Ha llegado á decirme que nadie como él aprecia las nobles dotes de vuestro esposo; que desea verlo restablecido en sus honores por la fuerza de las leyes; y que nunca ha visto ultrajadas prendas mayores por pecados mas veniales.

—Y sin embargo, consiente,-digo mal,-manda que el grande Osuna viva muriendo en una prision; porque le teme, porque sabe que su mérito positivo, brillando á la luz del sol ofuscaria todo el oropel de su falsa grandeza. Infame! Pérfido! Reniego de la sangre que tiene mia.

—Es cierto, señora, que si él quisiese...

—Oh! Yo no quiero nada que venga de su mano: la vida que él me diese, la despreciaria. Pero de vos, Quevedo, que sois mi amigo; que siempre me habeis querido bien, me atrevo á esperar un favor.

—De mí, señora, podeis esperarlo todo. Sabeis que os amo... y os respeto.

—No me lo repitais, respondió la duquesa conmovida. Ya os he dicho que deseo ver al Rey: si esto no es posible, no os faltará una ocasion de hablarle vos mismo. Ved mis megillas consumidas por el pesar y las vigilias; ved mis ojos quemados de llorar.

—Señora, por piedad! Necesitais acaso encarecerme vuestros pesares, para que yo os sirva de rodillas? —Haré por hablar al Rey; si no puedo hacerlo con el conveniente sigilo, alguna persona ocupará dignamente mi lugar.

Quevedo pensaba en Amarilis y en Maria Calderon. Aunque Olivares no le habia confiado sus intenciones respecto á la segunda, su penetracion y el conocimiento que tenia del caracter del privado le habian hecho pensar en el verdadero fin de las visitas de este á las famosas comediantas. Si por medio de ellas no podia servir á la duquesa, estaba decidido á poner en juego todos los recursos de su injenio para complacerla, aunque tuviese que arrostrar la enemistad del conde-duque.

Desde la casa de Gil Imon marchó directamente á la de Amarilis, cuyos criados le conocian: el que le abrió la puerta, tratándole como á persona de confianza, le quiso introducir al punto en la habitacion de su señora, pero Quevedo le detuvo diciéndole, que no queria molestarla en aquel momento, sino solo dar un recado á Juanilla. El mozo le contestó que Juanilla no estaba ya en la casa.

—Cómo que no? repuso el poeta estrañando esta noticia. Pues á dónde ha ido?

—Yo, señor, no lo sé, le replicó el criado, pero presumo que estará con la señorita Maria.

—Cada vez te entiendo menos. Dónde está, pues, la señorita Maria?

—Eso es lo que yo y todos ignoramos: anoche entró en casa, y esta mañana ya no estaba.

Quevedo entró á ver á Amarilis, á la cual encontró muy seria contra su costumbre.

—Qué novedad tenemos, mi amable amiga? la preguntó. Es cierto lo que acaban de decirme? Vuestro Cupido ha volado?

—Antes que yo, lo sabríais vos, señor don Francisco, le contestó la cómica. Dios quiera que pare en bien.

—Os juro á fé de caballero, señora, que nada sé.

—Ah! exclamó Amarilis. Nada sabeis? Entonces nada me pregunteis; porque mi única respuesta debe ser el mas absoluto silencio.

—Señora! exclamó Quevedo poniéndose sobre sí: estoy viendo que me haceis un cargo. Si vuestra lengua no lo pronuncia, existe al menos en vuestro pensamiento.

—Caballero, nadie tiene derecho á interpretar mis intenciones; pero ya que levantais el grito, os diré lo que siento: habeis sido capa y tercero para seducir á mi niña.

—Por Dios vivo! Esto me faltaba. Yo capa! Yo entremetido! Sé yo acaso donde anda, ni lo que hace vuestra niña? Pero dejemos reconvenciones injustas, que han de serlo por necesidad, tanto de vuestra parte, como de la mia; y seamos, como siempre, amigos. Decidme quien es el seductor, dadme un indicio del lugar en que se halla vuestra discípula, y os prometo....

—Nada podeis hacer. La persona de quien yo sospecho, la que anoche me robó mi perla, está demasiado elevada para que llegueis hasta ella.

—El Rey quizás?...

—No lo sé... Vuestro poderoso amigo quizá os lo dirá.

—Olivares?

Amarilis guardó silencio.

Quevedo conoció que su amiga, fuese por sistema, ó por ignorancia, no le revelaria lo que deseaba saber; pero lo dicho bastaba para confirmarle en la idea de que el Rey era el amante de la Calderona, pues no podia creer que Olivares anduviese por cuenta propia en esta clase de aventuras.

Pero tampoco podia dudar que el favorito estaria demasiado introducido en la amistad de la jóven cómica, ó al menos en sus secretos, para que ella pudiese servirle sin peligro á los fines que se habia propuesto. Érale preciso buscar otros medios mas seguros para cumplir su palabra á la duquesa. Pensando en ellos, fué á Palacio, donde se encontró con su antiguo amigo el capitan Rodriguez,

que salia de los aposentos de Olivares: llamóle aquel la atencion harto distraida para que en él reparase nuestro poeta, diciéndole:

—Es letrilla, ó soneto, señor don Francisco?

—Es glosa de amor y amistad, respondió Quevedo, dando la mano al capitan. Veinte años hace que quisísteis estorbarme el paso, y nos santiguamos, amigo Rodriguez. ¿Os acordais de aquel tiempo?

—Nunca lo he olvidado, ni lo que pasó despues.

—Tenemos buena memoria los dos: pensando venia yo ahora en las personas que sacásteis de Belorado para acompañarlas á Flandes.

—Qué tiempos aquellos, amigo mio! Y cuantas vueltas ha dado el mundo! Pero dejando lo pasado. ¿Sereis vos tambien de la partida?

—Qué partida?

—No sabeis?... El Rey marcha á Sevilla, y yo tengo el honor de escoltar á S. M.

—Qué motivo?....

—Noticias graves, segun parece, contestó Rodriguez en voz baja. Los ingleses intentan atacar á Cádiz ó Gibraltar. Pero esto es muy reservado. S. M. viaja por puro recreo.

—Comprendo: mucho me alegraría de acompañarle. Irá tambien el conde-duque...?

—Por supuesto.

—Adios, amigo. Si acaso tengo la suerte de ir en esta espedicion, en el camino nos veremos: si no, antes que partais, os haré una visita.

Dicho esto, se despidieron, y Quevedo entró hasta la antecámara del Rey, donde comenzó á bromear con los cortesanos para hacerse visible.

A pesar de lo imprevisto de la espedicion á Andalucía, resuelta en un momento á consecuencia de revelaciones importantes que acababa de recibir el gobierno, se hacian preparativos como si aquella hubiera sido muy meditada de antemano. Procedíase en todo con grande aplomo: los criados que habian recibido órdenes, las ejecutaban sin precipitacion: los personages mas notables de la

nobleza y del clero entraban y salian hablando de aquel viaje, como de la cosa mas natural.

El Rey salió de su cámara para ir á la de la Reina: le acompañaban el Patriarca de las Indias, el duque del Infantado, el Almirante don Enrique Enriquez y otros grandes, y además le seguian, disputándose grotescamente la preferencia, el diminuto Nicolasico y otro bufon de formas atléticas, especie de gigante horriblemente feo, llamado Bonifacio, que debia su puesto de confianza á lo estraordinario de su figura y á su voracidad; pues era el mayor gloton de los dominios de España. El Rey se divertia mucho, unas veces viendo comer á este Elio Gábalo monstruoso, y otras obligándole á guardar dieta.

Don Felipe pasaba por la calle que formaron los cortesanos al verle aparecer, cuando Quevedo, á fin de llamarle la atencion, dijo á Bonifacio de modo que S. M. pudiese oirle:

—Conque nos vamos, gran canciller de la risa de S. M?...

El Rey se volvió, y dirigiéndose á don Enrique Enriquez, le dijo señalando á Quevedo:

— Ved ahí, Almirante, el cuarto compañero de viaje que os hacia falta.

Quevedo se inclinó para dar las gracias al Rey, y cambió un saludo con el Almirante.

De allí á dos dias, la corte estaba en marcha: Quevedo iba en el coche de don Enrique con este, otro caballero llamado don Gaspar de Tebes, un tal Mateo Montero y dos mas: las aventuras de este viaje y los repetidos percances de los viajeros, tratándose nada menos que de una espedicion régia, dan una idea del estado de atraso y abandono en que se hallaba el pais dominador del mundo en aquella época. El coche del Almirante volcó antes de llegar á Aranjuez, saliendo herido su dueño, y Quevedo mal parado, pero sin perder su buen humor. Protestaba el cochero, llamado Tocho, que no le habia sucedido tal en su vida, y el poeta le dijo:

—Pues usarcé lo ha volcado tan bien, que parece que lo ha hecho muchas veces.

En Aranjuez, Quevedo y el Almirante durmieron en dos obleas por colchones y sin almohadas. En Tembleque obsequiaron al Rey

con una corrida de toros, y S. M. mismo dió muerte de un arcabuzazo á uno que no le podian desjarretar. Mas adelante, en Santisteban, obsequiando el conde de este título al Rey y á su gente, muchos bebieron en los pellejos y en las manos por falta de vasos: en la cuesta de Linares quedaron atollados en barro casi todos los coches; algunos viajeros durmieron dentro de ellos, otros se fueron á pié á buscar posada, y segun cuenta Quevedo, hubo que echar pregones para encontrar al Patriarca que habia desaparecido.

En medio de este trastorno, el cielo arrojaba frecuentemente agua y granizo, y el gloton Bonifacio andaba de mesa en mesa diciendo: «Yo soy Bonifacio, que todas las cosas masco,» y recogiendo racion de cuantos grandes y señores acompañaban á S. M.

Este pasó una noche en casa de Quevedo, en la Torre de Juan Abad, donde para poder dormir, derribó la cama que la repartieron: tal seria ella!

Pero Quevedo encontró allí la ocasion de hablarle á solas algunos momentos, recatándose de todos; y manejando su real ánimo de suerte que no echase de ver queja ninguna contra el privado, le espuso en pocas palabras los brillantes servicios de Osuna, las calumnias de que era víctima y el doloroso estado en que yacía aquel grande hombre; suplicándole, por último, que diese por satisfecha su justicia con los padecimientos pasados, y no consintiese que la gloria de su reinado se empañase con la muerte en prisiones del mejor servidor de su padre.

Don Felipe prometió á Quevedo poner en libertad á Osuna tan pronto como regresase á Madrid.

Pero esta promesa no llegó á cumplirse. Durante los dos meses que pasó el Rey en Andalucía ganando la voluntad de los señores de aquella tierra, que aun se mantenian con ínfulas de independencia, como restos del antiguo sistema feudal, y organizando aprestos de defensa con ánimo de tomar en caso necesario la ofensiva, el desgraciado duque de Osuna sucumbió á sus dolencias, y por primera vez desde el dia de su caida el vulgo de la corte le hizo la debida justicia.

Quevedo lloró sinceramente su muerte, y el grito de su dolor y

de su indignacion quedó perpetuado en aquel inmortal soneto que empieza diciendo:

«Faltar pudo su patria al grande Osuna,
Pero no á su defensa sus hazañas:
Diéronle muerte y cárcel las Españas,
De quien él hizo esclava la Fortuna... etc.»

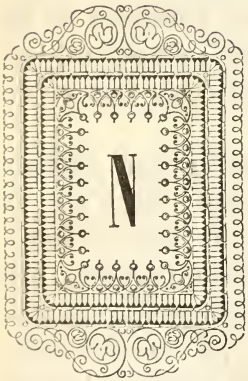
El Rey volvió á Madrid; pero Quevedo pidió licencia para retirarse algun tiempo á su torre de Juan Abad, y allí, doliente del alma, hubiera pasado gustoso el resto de sus dias, lejos del bullicio y la ingratitud de las gentes, si un acontecimiento ruidoso y que marca el espíritu de su época no hubiese venido á sacarle de su aislamiento.

Era el caso, que á peticion de Felipe III, el Santo Padre habia canonizado á Santa Teresa de Jesús. Muchos devotos de esta y principalmente las comunidades de su órden religiosa, al celebrar las primeras festividades de dicha santa, llevados de su admiracion á la misma, pretendieron elevarla como española á la categoría de patrona de España: esta pretension tuvo un resultado satisfactorio en parte; pero los devotos quisieron ir mas allá, y solicitaron de Su Santidad que el patronato fuese único y esclusivo; para lo cual habia de revocarse el que tenia Santiago apostol desde tiempo inmemorial.

Cuando Quevedo supo esto, y que se empleaban altas influencias de la corte para conseguirlo, no pudo callar: como español imparcial y sesudo, y como caballero santiaguista, salió á la defensa de su santo patron, y escribió un notabilísimo memorial, que dirigió al supremo Consejo de Castilla. — Ningun escrito de nuestro poeta produjo una conmocion mas grande que este memorial: de todos los ángulos de la monarquía se alzó un inmenso clamoreo en pró y en contra: y para sostener su opinion, y aun responder á graves cargos que le hacian sus adversarios por haberse dirigido al Consejo y no al Rey, volvió Quevedo á Madrid.

CAPITULO XXIII.

GUERRA DE CULTOS Y PATOS.



UNCA se vió Quevedo mas favorecido de amigos poderosos, ni mas asediado de enemigos que en esta ocasion. El Rey le dispensaba su confianza y los nobles principales tenian á honra tratarle con intimidad; pero al mismo tiempo los partidarios de Santa Teresa, que formaban una falange respetable y todos cuantos tenian algun agravio contra él, inclusos los poetas cultos, habian tomado la resolucion de hundirle, y no perdonaban medio alguno para conseguir su objeto.

Entonces, lo que no habrian podido hacer la amistad, ni la ambicion, lo hizo el enojo. Quevedo quiso tener influencia política para dar mas que sentir á sus detractores, á quienes devoraba la envidia: nada le era mas fácil, pues hacia tiempo que se le franqueaban las puertas del favor. Sin embargo, él no lo queria de Olivares, sino del Rey.

Agitábase á la sazon un negocio de Estado referente á nuestras relaciones con algunos potentados italianos, y el duque de Saboya pretendia estrechar sus alianzas con nuestra corte. Aunque esto nos convenia, era peligroso por la índole falsa de aquel príncipe; y Quevedo escribió un discurso político bajo el título de *Lince de Italia*, que presentó al Rey, en el cual revelaba con mucho acierto los mas importantes secretos de la política italiana, y proponia los mejores recursos que podian imaginarse para sostener nuestra preponderancia en aquella península, desviándonos de alianzas nada seguras.

Para presentar este escrito, hubo de valerse de Olivares, á fin de no chocar con él, y este ministro cauteloso, afectando desconocer la poca aficion que el poeta le tenia, no solo se le mostró propicio entregando al Rey su Memoria, sino que le confió algunos papeles de importancia, y siguió consultándole como antes. Los enemigos de Quevedo le atacaron con mas ardor, llegando á decir de él que se arrimaba á los grandes para vivir de su caridad. Entonces fué cuando compuso aquel soneto que decia:

« El ciego lleva á cuestas al tullido;
Dígola maña, y caridad la niego,
Pues en ojos los piés le paga al ciego
El cojo, solo para sí impedido... etc. »

Para escribir este soneto, mucho habia de contar Quevedo con la benevolencia del Rey; pues revelaba á un tiempo la independencia de su espíritu y la superioridad de su talento. Y efectivamente, las puertas de la real cámara estaban abiertas para él, que junto con don Antonio de Mendoza, á quien llamaban *el Discreto de Palacio*, compartia el honor de recrear á S. M. con los frutos de su sazonado ingenio: á poco se le dió habitacion en el mismo alcázar, con lo que creció la algazara de sus émulos.

Retirado se hallaba una noche en su aposento, cuando sintió que empujaban la puerta, y volviendo la cabeza, vió al Rey que entraba embozado en una capa negra: inmediatamente se levantó para hacerle el debido acatamiento; pero don Felipe le cortó la palabra, diciéndole:

—Tomad la capa, el sombrero y la espada, y venid conmigo.

Quevedo obedeció sin responder.

El Rey le condujo por un corredor á una escalera estrecha, que habia en el ángulo del palacio que miraba al Norte y Poniente, y le entregó una linterna para que le alumbrase. Por aquella escalera bajaron hasta una poterna que daba al Campo del Moro, la cual abrió el Rey.

Desde allí, atravesando el parque, bajaron á la Casa de campo, donde el Rey pidió á Quevedo la linterna, y habiendo abierto la puerta con llave particular que tenia, le mandó quedarse en los jardines y defender el paso á cualquiera que se presentase; despues de lo cual entró solo en el edificio.

Al cabo de media hora, sintió Quevedo el rumor de una persona, que al parecer andaba por allí en solitario paseo, y apercibiéndose para rechazarla, observó que tenia faldas.

—Mal negocio! murmuró. Si no es fraile, es diablo, pues veo que viste las *Dios-nos-libre*. —Y, dirigiéndose á la solitaria persona, la dijo:

—Tú que faldas ó diablas, eres alma en pena, fraile, ó letrado, ó mujer, que es lo peor?

—Soy doncella, respondió la desconocida.

—Doncella! Saca el testimonio.

—Doncella de mi señora, repuso la solitaria.

—Por mi ánima, que esta doncella es Juanilla!

—La misma, señor don Francisco.

—Tú aquí, vírgen cerril de las breñas de Sierra-Morena!

—Chit!... Hablad quedo. Aquí vivo haciendo penitencia, señor. Pero, vos en este lugar y á estas horas?...

—Sí, he venido á pasear.

—Yo tambien.

—Muy tuna eres para novicia, Juanilla. Es decir que, los dos nos paseamos?

—Como gusteis, señor: á mí al menos, me han mandado á pasear.

—Y tu señora?

—Queda arriba con vuestro señor.

— Cuánto siento no haberte encontrado antes!... El dia que salísteis de casa de Amarilis os anduve buscando. Sin duda fué el conde-duque quien os trajo aquí; tu señora debe de estarle muy agradecida.

— No lo sé: me parece que le odia.

— Por haberla hecho la favorita de S. M?...

— Oh! No, señor: ignoro la causa; pero no es por eso, pues ella está locamente enamorada del Rey.

— Entonces, no comprendo...

— Yo tampoco, señor: pero es cierto lo que digo; y temo que esa aversion ha de traer muchos disgustos á mi pobrecita ama.

— Y os tienen aquí encerradas?

— Como monjas: solamente de noche se nos permite salir un rato á tomar el aire de estos jardines: lo restante del tiempo estamos incomunicadas con el mundo.

— Las dos solas?

— No, señor: tenemos además una cocinera y una dueña, y el guarda mayor Ignacio Mendez, que nos guarda como si fuéramos piezas de montería: hombre insolente, á quien no puedo ver. Además suele visitar á mi señora el conde-duque, lo cual no la proporciona el menor placer. Pero tengo entendido que muy pronto mudaremos de domicilio; pues nos están alhajando un palacio en la calle del Arenal.

— Sube, sube, espiguita: conque un palacio? Y á todo esto, ¿qué sabes de tu padre?

— Muy buenas nuevas, señor: viene á servir de cochero á mi señorita.

— Perfectamente, amiga: si despues de muerto vuelvo á nacer, pediré á Dios que me haga buena moza.

Esta conversacion fué interrumpida por el Rey, cuyos pasos sintió Juanilla, y la obligaron á retirarse. Quevedo se reunió con él, y juntos volvieron á Palacio por donde habian salido.

Antes de separarse, don Felipe, rebosando de felicidad, no pudo menos de confiar su gozo al poeta, que nada ignoraba, revelándole que habia encontrado un tesoro de hermosura, gracia y candor, y que este tesoro estaba oculto en la Casa de campo.

—Es, sin embargo, añadió, mucha tiranía en mí el tenerla reclusa, y he determinado ponerle casa y dejarla en libertad de brillar. No temo que nadie me robe su corazon, que es todo mio; ni me importa que se sepa cuanto la adoro, pues mas merece.

—Cuidad, señor, le contestó Quevedo, no sea que por favorecerla demasiado, labreis vuestra desgracia y la suya. Si ese diamante sale á la luz del sol, podrá ser codiciado y perder su brillo: que salga en libertad está bien; pero no que se ostente como régia presea.

—Qué os parece que debo hacer, Quevedo?

—Que la distingais y honreis por su talento; mas no por su hermosura: que el mundo vea en V. M. respecto á ella, el protector de las artes, pero no el amante.

—Sabeis quien es, segun colijo de vuestras palabras.

—Lo adivino, señor.

—Y no opinais que es digna de un trono?

—Eslo, puesto que place á V. M. Pero, señor, por bien de ella misma, no olvideis quien sois, y quien es.

—Seguiré vuestro consejo. Que brille por su talento; que continúe arrancando en público los aplausos de la muchedumbre, y en secreto endulzando mi existencia: que se siente en un trono de teatro, mientras yo le erijo otro en mi corazon. Así podré favorecerla, elevarla sobre el vulgo de las gentes, sin que nadie pueda tachar su conducta: porque, ¿hay nada mas justo, mas legítimo que las distinciones concedidas al talento?... Pero, hay una cosa que os quiero consultar: no digais nada de esto á Olivares.—Ella me ha pedido que alce el destierro al marqués de Ayamonte: ¿qué opinais?...

—Señor, me parece muy natural que abogue por su protector. El marqués la sacó de la miseria... la salvó del crímen: cierta noche....

—Lo sé, lo sé: iba yo aquella noche con él y con Olivares. Hay casualidades providenciales, Quevedo. ¿Quién me hubiera dicho entonces, que aquella muchacha... Pero, ¿no puede encubrirse otro sentimiento bajo las apariencias de la gratitud?

—Dios me libre, señor, de hacer juicios temerarios, abogando

por ninguna mujer. Mi opinion en este caso es que V. M. siga, como en todo, los impulsos de su corazon magnánimo.

—Es decir; que conceda lo que se me pide?

—V. M. lo ha dicho.

El Rey dejó á Quevedo; el cual, cuanto estuvo solo, se paseó por su aposento diciendo:

—Malhaya mi destino! Por qué arte del diablo me veo convertido en medianero de amoríos? El conde-duque va á rabiar cuando vea en Madrid á su adversario: que rabie. Algo bueno he de hacer en medio de tanto malo á que me obligan.

En seguida volvió á sentarse á la mesa, donde trabajaba cuando vino á buscarle don Felipe: allí tenia revueltos papeles de diversa índole: el borrador de una carta en latin dirigida á Su Santidad, á instancias de los cabildos catedrales de Toledo y Sevilla, sobre el patronato de Santiago; varias contestaciones á diferentes sátiras y libelos de sus contrarios sobre el mismo asunto; apuntes de la *Culta-latini-parla y la Aguja de navegar cultos, con la receta para hacer Soledades en un dia*, graciosas invectivas contra los escritores enyedrados y trilingües; versos amorosos de encargo y disertaciones teológico-morales.

Ver aquella mesa revuelta era formarse una somera idea del espíritu activo, profundo y universal del insigne poeta.

De allí á pocos dias, todos aquellos escritos, unos impresos, otros en copia de mano circulaban por Madrid y se estendian por toda España: no se hablaba mas que de Quevedo: en unas partes elevando á las nubes su talento, en otras deprimiéndole hasta el vilipendio.

Entre los mas acérrimos detractores de Quevedo contábanse el Doctor Montalvan, á quien nunca perdia ocasion de zaherir por su parte nuestro poeta, Góngora, otro amigo íntimo de aquel, fray Diego Niseno, provincial de San Benito, y Don Luis Pacheco de Narvaez que se habia unido con ellos para vengar sus agravios personales: pero ninguno con menos motivo ni con mas ardimiento le atacaba que el padre Niseno: era aquello una especie de furor maniático, una antipatía agresiva como la del perro contra el gato, y que solo podia esplicarse por su intimidad con Montalvan.

En el ardor de esta lucha, que de literaria degeneraba en insultante á cada momento, pasaba Quevedo una tarde por la puerta de Guadalajara en compañia del duque de Medinaceli y de otros caballeros sus amigos. Habia en aquel sitio una tienda de cuadros, delante de la cual se encontraban varios ociosos, contemplando un San Gerónimo, á quien azotaban los ángeles: entre aquellos estaba Montalvan, quien á peticion de sus amigos esplicaba en aquel momento la significacion del cuadro, y la escribia en un tarjeton pendiente del mismo: pero al ver llegar á Quevedo, se recató por no encontrarse con él.

Medinaceli se paró á mirar el cuadro, y fijando la vista en el rótulo del doctor, leyó estos dos versos.

«Grandes azotes le dán,
porque á Ciceron leía.

Quevedo acabó al punto una redondilla, diciendo:

«Ira de Dios!... ¿qué sería,
si leyese á Montalvan?»

Esta feliz ocurrencia fué muy celebrada por cuantos la oyeron; mas atrajo sobre la cabeza de su autor un diluvio de sátiras indecentes, con que llegó á mancharse el mismo Góngora: llamábanle borracho, vicioso, derrengado y gorron: motejábanle de miserable y sucio con otras lindezas de este jaez, que así tenian que ver con las letras, como por los cerros de Úbeda. Quevedo no se estaba mudo, y correspondia con doble gracejo á los tiros de sus contrarios, sin dejar de incurrir á veces en las mismas faltas que ellos. En esta guerra encarnizada, que subió hasta el púlpito con la persona del padre Niseno, tomaba parte toda la corte, á quien servia de diversion: el Rey, tan aficionado á las letras, no pudo menos de enterarse, y preguntó á Quevedo qué era aquello, y si consideraba justos los cargos que se le hacían. El poeta, por toda contestacion, puso en sus manos este romance:

«Muchos dicen mal de mí,
y yo digo mal de muchos:

mi decir es mas valiente,
por ser tantos y yo uno.
Que todos digan verdad,
por imposible lo juzgo:
que yo la diga de todos,
con mi licencia, lo dudo.
Por eso no los condeno,
por eso no me disculpo;
no faltará quien nos crea
á los otros y á los unos.
Confieso que mis sucesos
han parecido columpio,
rempujones y vaivenes,
poco asiento, y mal seguro.
Yo doy que por condicion
tenga la propia del humo,
que tizno y hago llorar,
y de la luz salgo oscuro.
Pero no soy conde, ni he sido zurdo,
y si Dios me socorre, no seré culto.
Mormúranme que no gasto;
y perdonára el mormullo,
si fuera estómago yo
de su vientre, ú de su gusto.
Al vino de las tabernas
me comparan los estudios,
mal medidos y vinagre,
y ni baratos, ni puros.
Yo confieso que mi vida
es una mesa de trucos,
zarandajas, golpes, idas,
y malogrados apuntos.
En viéndome, dicen *oxte!*
empero no dicen *puto;*
que aunque no me tengo bien,
jamás he dado de culo.

Quien me roe los zancajos
es un goloso muy sucio:
si diese tras los juanetes,
metiérame á calzar justo.
Solo afirman que soy bueno
para costal; y presumo
que el atarme por la boca
les califica este punto.
Yo digo que no soy ellos,
y con eso me disculpo;
y para lo que son guardo
los arredros y abrenuncios.
Pero sobre todo, no soy conde ó zurdo,
y si Dios me socorre, no seré culto.»

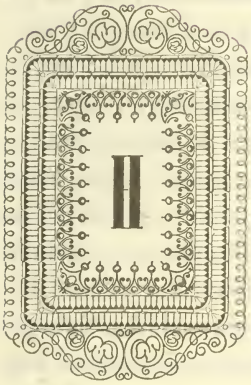
Montalvan, aconsejado con sus amigos, y viendo que en ningun terreno podia vencer á su adversario, compuso y dió á la estampa una especie de juicio censorio de los poetas de su tiempo, bajo el título de *El Paratodos*. En este escrito hacia elogios desmesurados de Quevedo para mostrarse superior á él con una falsa generosidad, pues á través del aplauso se descubria el veneno de la burla. Quevedo contestó con un saladísimo folleto, que tituló *la Perínola*, reputado por los críticos lo mejor que habia salido de su pluma; y en el cual, sin incurrir en las bajezas que antes habian ensuciado esta ruda polémica, ponia sin embargo, de vuelta y media á Montalvan y á los de su pandilla.

Montalvan era secretario de la Inquisicion: el padre Niseno influia tambien, no solo en aquel tribunal, sino en el Consejo y con el Ordinario. El Santo Oficio espidió un decreto prohibiendo todas las obras de Quevedo que habia impresas, mientras su autor no las reformase.

Pero no estaba con esto satisfecha la rabia de los enemigos del satírico poeta: congregados en secretos conciliábulos maquinaban su muerte; lo que intentaron llevar á cabo como se dirá en el capítulo venidero.

CAPITULO XXIV.

EL TRIBUNAL DE LA JUSTA VENGANZA.



Hemos dicho que el tribunal de la Inquisicion prohibió todas las obras de Quevedo que andaban impresas, mientras su autor no las corrigiese. Desde aquel momento no hubo impresor ó librero, como entonces se decia, que no codiciase aquellas obras, no solo dentro de España, sino fuera de ella; que tal es el efecto necesario de las prohibiciones, desde Adan y Eva. Quevedo se apresuró á corregir sus escritos, con lo que ganaron mucho, y su celebridad comenzó á ser europea.

Con aquellas obras nuevamente impresas, salió á luz por primera vez la novela *El Buscon*, mas conocida con el título de *Vida del Gran Tacaño*, en la cual aparecian retratados de cuerpo entero Montalvan y don Luis Pacheco de Narvaez. El travieso poeta quiso vender la propiedad de esta novela al librero Alonso Perez, tio de Montalvan, que habia impreso la *Política de Dios;* pero aquel

no quiso adquirirla, y habiéndola publicado con mucho aplauso otro librero de Zaragoza, el de Madrid hizo de ella una edicion furtiva: Quevedo le persiguió y le hizo castigar severamente por los tribunales.

Todo esto no sirvió mas que para echar leña al fuego de la envidia, de la ira y la venganza, ya demasiado encendido en el ánimo de los enemigos de nuestro poeta.

Reunidos estos una tarde en la celda del padre Niseno, constituyéronse en tribunal para juzgar la vida y los escritos de Quevedo. Montalvan hacía de fiscal, el provincial de los Basilios de asesor, Narvaez y otros cuatro rabiosos émulos del poeta representaban el papel de acusadores y jueces.

El padre Niseno tomó la palabra, y habló á sus compañeros de esta manera:

—Existe en el mundo, amigos y hermanos mios, un hombre,—digo mal,—un demonio, que ni aun forma perfecta de hombre tiene, á quien la cólera divina ha señalado, como dicen los libros santos, para que nos guardemos de él: su talle es abominable y asqueroso; torcidas son sus piernas, á cuya causa le llaman y es conocido por el *Diablo cojuelo*, como tambien por *Patacoja* y *derrengado*. Pero su condicion escede en maldad á su figura: burlador incansable de inocentes mujeres, á quienes maldice despues de deshonrarlas; enemigo de frailes hasta el punto de haber puesto en algunos sus manos sacrílegas; homicida en sagrado, como saben cuantos recuerdan lo que pasó un Jueves Santo en la iglesia de San Martin; adulador de grandes señores, á quienes divierte con indecencias y bufonadas; parásito miserable; gloton devorador; oficial insigne del trago y avariento: no hay ninguno de los siete pecados capitales que no le alcance, que no resida en él, como si fuese la fuente y orígen de ellos. ¿Necesito deciros su nombre? Para qué, si nadie habrá que no lo pronuncie en voz baja, al oir la enumeracion que acabo de hacer?—Sin duda alguna, Dios está ya cansado de los innumerables delitos de ese hombre, y ha permitido que nos juntemos para juzgarle, á fin de que se le conozca bien y caiga sobre él la execracion del género humano.

—Justo es lo que proponeis, reverendísimo Padre, dijo Montal-

van: la moral y la Religion lo reclaman, y solo atendiendo á tan sagrados intereses tomo parte en la inquisicion de la vida y costumbres y en el exámen concienzudo de los escritos de Quevedo: nuestras tareas deben ser el objeto de un proceso formal, en el que, despojándome de mis resentimientos y olvidando las ofensas y agresiones que he sufrido como hombre, aceptaré con gusto el ministerio fiscal: vuestra paternidad, como mas profundo y sabio, guiará nuestros pasos en calidad de asesor, y espero en Dios que, sin cometer injusticia, demostraremos á la faz del mundo la necesidad de estirpar al mónstruo venenoso, que en Italia, en España, en todas partes ha sido el escándalo de los vivientes.

—Si me es permitido indicar mi parecer en esta docta reunion, añadió don Luis Pacheco, diré que, en mi concepto, nuestros trabajos deben conducir á un fin seguro: la verdadera destreza consiste en defenderse y ofender al contrario de modo que, al caer rendido, no pueda volverse á levantar. Por esto creo que, habiendo méritos para ello,—y ciertamente los hay,—importa que el fin del proceso conduzca á estimular el celo del Santo Oficio, para que haga morir á ese hombre en un cadalso.

—Válgame Dios! repuso el padre Niseno. Qué niños nos haceis, señor don Luis! No es otro el fin que nos proponemos.

—Ah! Yo no sabia....

—Sí, amigo mio, sí: la santa Inquisicion tiene ya echado el ojo á ese pájaro de mal agüero; y solo falta tenderle la red que ha de aprisionarle: nosotros probaremos hasta la evidencia que merece la muerte; y luego el tribunal de la Fé procederá como es debido.

Con tan piadosas intenciones, los enemigos de Quevedo comenzaron á ocuparse muy sigilosamente y sin descanso en examinar uno por uno y palabra por palabra todos sus escritos, y en investigar las acciones de su vida pública y privada, que interpretaban en el sentido menos favorable.

De todo ello hicieron un voluminoso espediente, que redujeron luego á formas razonadas, titulándolo de esta manera:

« *Tribunal de la justa venganza* contra los escritos y hechos « execrables de Quevedo, maestro de errores, doctor en desver- « güenzas, licenciado en bufonerías, bachiller en suciedades, cate-

«drático de vicios y proto-diablo entre los hombres.»

Juzgando literariamente á Quevedo, además de los dictados anteriores, en el curso de aquel escrito se le daban los de poeta bastardo, entremetista, gran plagiario de conceptos agenos, autor de chanzas, matracas, apodos y jácaras rufianescas, censor malicioso y calumniador de obras agenas. Como hombre, se dijo de él, que en las universidades habia sido un pobre capigorron; que en Nápoles se fingió amigo del virey, no siendo mas que un mozo de entretenimiento; que vendió las gracias que Osuna concedia, por cuyo medio, empobreciendo á muchos, vino de allá cargado de dinero: esforzaban sus razones para indisponerle con los literatos, con los estudiantes, médicos, letrados y grandes, y concluian rogando á la suprema Inquisicion y á cada uno de sus ministros en particular, que decretasen su merecida y desastrosa muerte en un patíbulo, para escarmiento de malhechores.

El velo del anónimo debia cubrir este infame libelo; que armas cobardes, cobardemente se esgrimen: los jueces del *Tribunal de la justa venganza* no osaban dar la cara al mismo que combatian, hasta el estremo de pedir su muerte; ó temian acaso la reprobacion del público. El padre Niseno lo hizo imprimir con mucho secreto en Valencia con la aprobacion de dos doctos varones, y en el pié de imprenta se puso Sevilla, por consejo del diestro Narvaez.

Muy ageno estaba Quevedo de estas tramas, y se ocupaba en sacudirse las instancias que hacian algunos caballeros y damas de la corte, coligados para obligarle á casarse. La duquesa de Olivares era el alma de esta liga: el resentimiento de aquella señora contra el poeta no se habia estinguido; por lo cual se proponia vengarse casándole, segura de hacerle pagar caro todo el mal que hubiese dicho de ella y de las demás mujeres; pues la parecia muy natural que no fuese fiel la que llevára por marido á un hombre ya casi viejo y cuya figura no tenia nada de agradable.

Quevedo conoció la intencion, y se defendia con todas las fuerzas de su ingenio; demostrando con sobrada razon que, ni su edad, ni sus achaques, ni su inclinacion, puesto que en su juventud habia rechazado siempre el yugo del matrimonio, eran prendas que asegurar pudiesen el buen éxito de tan tardía resolucion.

—Os casareis, por mi vida! le dijo la duquesa un dia que estaba él de visita en su casa, donde era bien recibido. Tengo hecho voto de convertiros al gremio de los creyentes en la bondad de la mujer, y no descansaré hasta que vos mismo, tocando la realidad, vengais á ser el mas celoso apologista de nosotras, haciéndonos la debida justicia.

—Sin necesidad de casarme, señora, contestó Quevedo, reconozco y reconoceré siempre que hay mujeres virtuosas y dignas del mayor elogio. Seria mal caballero y descortés, é injusto con V. E. misma, si otra cosa pensára.

—Eso es palabrería y nada mas, repuso la duquesa. Para conocer bien á la mujer es preciso vivir con ella, tenerla por compañera inseparable.

—Como un censo perpétuo!... Como una joroba á la espalda, señora!... Paréceme que ese es el mejor medio de aprender á aborrecerla. Mal me quereis, cuando tal me aconsejais.

—Es posible que vos, un teólogo, hable así del santo matrimonio!

—Señora, yo respeto la institucion sacramental del matrimonio; pero aspiro á un estado mas perfecto: he sido célibe toda mi vida; y aunque ahora, persuadido por vuestras razones, quisiera dejar de serlo, tropezaria con el mas peligroso de los obstáculos: es tarde.

—Nunca es tarde, si la dicha es buena, insistió la duquesa.

—Y dónde hallaría yo la buena dicha?

—En una mujer que reuniese todas las buenas calidades que podais apetecer. Señaladlas vos mismo, tomaos el tiempo que querais para meditarlas, y yo me encargaré de buscaros la mujer que os conviene.

Quevedo meneó la cabeza; pero estrechado de esta manera, prometió á la duquesa meditar su proposicion.

A este tiempo entró en la sala el Conde-Duque, y enterado de lo que se trataba, dijo á Quevedo:

—Nunca habeis hecho una comedia: si os encargáseis de hacer alguna, ¿cómo arreglaríais el desenlace, sino acabando en casamiento?

—Acabándola en divorcio, y seria un desenlace nunca visto, respondió con prontitud el poeta.

—Razon teneis, repuso el conde; y es menester que la hagais, para representarla de hoy en ocho dias.

—Breve es el plazo.

—Tendreis quien os ayude: poneos de acuerdo con don Antonio de Mendoza, que ha recibido ya el encargo, y á ver como entre los dos haceis un fin de fiesta que alegre á S. M. y á su real familia.

Tres dias despues, los dos ingenios habian improvisado una saladísima pieza con el título de *Quien mas miente medra mas*, la cual no concluia en casamiento; y muy al contrario, estaba toda ella salpicada de epígramas y pullas contra los casados.

La fiesta, preparada por Olivares para sorprender agradablemente á los reyes, se celebró la noche de San Juan en unos deliciosos jardines de su cuñado el conde de Monterey, que estaban situados junto al Prado, entre la calle de Alcalá y la carrera de San Gerónimo: habia comedia de Lope de Vega, bailes del toledano Luis Quiñones de Benavente, y la pieza de Quevedo y Mendoza. La compañia famosa de Vallejo, en la cual figuraban Amarilis y Maria Calderon, estaba encargada de representar, y aunque se habia excluido á la Roma, Celia su amiga tenia un papelito de escasa importancia.

A las primeras horas de la noche ofrecian ya aquellos jardines un espectáculo maravilloso: pendian de los árboles innumerables luces de colores, formando festones, columnatas, estrellas y otras mil combinaciones caprichosas: fuentes artificiales, ingeniosamente armonizadas reflejaban en sus bellos ramilletes, surtidores y fanales de agua comun y aromática los rayos de luz, al mismo tiempo que perfumaban el ambiente, y deleitaban al oido con su murmullo suave: á trechos, la claridad de las luminarias era interrumpida por oscuros bosquecillos, enramadas y grutas misteriosas, de las cuales salian los acordes sonidos de músicas ocultas: hácia el centro de los jardines, envuelto en las tinieblas se alzaba el teatro, por dentro brillantemente iluminado, y en frente de él la estrada para la real familia y las damas de la corte: á un lado habia un pa-

lenque para los pocos caballeros embozados, que obtuvieron el privilejio de asistir á la fiesta.

La reina y el rey entraron disfrazados, y ocuparon con las demás personas de su familia el balconcillo que se les destinaba, magnificamente aderezado. Las damas, en lugar mas bajo se estendian por ambas alas de la estrada. Entre los caballeros embozados estaba Quevedo, como coautor de la última pieza que se debia representar.

A la mitad de la fiesta, el mayordomo del conde de Monterey, que hacia las veces de senescal y aposentador, se acercó á su amo, y despues de protestar muy seriamente de la exactitud y cuidado con que habia desempeñado su cargo, le participó que, habiendo contado los caballeros, encontraba resultar dos mas de los que tenia en su lista; y que por precision debian de haberse introducido extraoficialmente, ya fuese asaltando las tapias, ya confundiéndose con los cómicos: y como él no sabia qué hacer en aquel caso, le suplicaba se dignase darle instrucciones.

El conde le respondió que se hiciese el desentendido, y participó á Olivares la ocurrencia.

—No se puede reconocer uno por uno á los embozados, dijo este, sin ofender á los que han entrado con mi permiso y ocasionar un escándalo inconveniente. Pero me interesa averiguar quienes son los intrusos y pronto lo sabré.

Dicho esto, se acercó al rey, le pidió permiso para ir á disponer algunos pormenores de la fiesta, y fué á mezclarse con los caballeros á fin de reconocerlos. Era el momento en que comenzaban los bailes; y los cómicos, descansando de su tarea, se paseaban por los jardines ó conversaban agrupados detrás del teatro. El conde-duque, lejos de encontrar lo que buscaba, contó algunos caballeros menos de los que debia haber. Los que permanecian en sus puestos hojeaban con mas ó menos interés un libro de que cada uno tenia un ejemplar en la mano, y algunos hablaban de Quevedo en voz baja.

Olivares presumió que los que faltaban estarian departiendo con los cómicos, y se alejó hácia donde pudo divisar algunos grupos. Á

los pocos pasos encontró á Quevedo hablando con su amigo el duque de Medinaceli; saludólos sin detenerse, y siguió adelante.

Pero nosotros nos detendremos á escuchar, sin que sea indiscrecion, lo que hablaban el duque y el poeta.

Decia el primero, mostrando un libro igual á los que tenian los otros caballeros:

—No he podido leer mas que dos ó tres páginas al principio y al fin; pero esto basta para conocer que todo el libro está lleno de atroces acusaciones contra vos. Se os trata como al mónstruo mas abominable, y se pide á la suprema Inquisicion que haga en vuestra persona un terrible y merecido escarmiento.

—Yo lo haría en los que tales villanías escriben, si pudiera cogerlos con las manos en la masa, respondió Quevedo. ¿Es posible que no hayais podido conocer al que os ha dado ese libelo?

—Ha sido uno de los embozados, que segun sus trazas ni es caballero, ni sabe parecerlo. Si vuelvo á verle, de seguro le conoceré. Pero, qué digo?—Miradle allí, añadió el duque, señalando á un bulto que se recataba de ellos, ocultándose entre las sombras de una enramada.

—Estais cierto de que es él?

—Sí, no tengo duda.

—Permitidme que os deje un momento, dijo Quevedo, lanzándose hácia el bulto.

—Deteneos, repuso el duque. Ved donde estamos: no deis un escándalo.

—Tranquilizaos: no quiero mas que conocerle.

Diciendo así, el poeta se fué derecho hácia el desconocido, que viéndole venir, cambió de rumbo y se alejó buscando una salida por los parages mas sombríos. Pero Quevedo tuvo astucia y agilidad para cogerle las vueltas, y aunque el otro corria mas, logró alcanzarle en un ángulo solitario junto á las tapias, en el momento de poner el pié en una escala de cuerda que de las mismas colgaba.

—No te escapas, don farsante, le dijo el poeta cogiéndole de la ropa, y obligándole á bajar contra su gusto. ¿Quién eres tú, que entras y sales por escotillon en las fiestas de S. M.? Habla, ó te mato.

Y al proferir estas amenazadoras palabras, hacía brillar la hoja de su daga á la vista del desconocido, que aterrado y temblando, se arrimaba á la pared cuanto podia.

—Bien das á conocer que no eres caballero, prosiguió Quevedo echándole mano á una oreja y tirando de ella fuertemente. Si lo fueras, saldríamos de aquí ahora mismo, y te obligaria á pelear conmigo, para darme satisfaccion de tu infamia. Pero eres un villano, bien lo estoy viendo; y no quiero mas que señalarte.

No fué la accion menos rápida que las palabras: en el momento mismo de pronunciarlas, Quevedo levantó el brazo que armado con la daga tenia, y cortó un pedazo de la oreja al desconocido, que dió un grito ahogado, y cayó de rodillas impetrando compasion.

Al oir su voz, el poeta le conoció, y se arrepintió de lo que habia hecho.

—Hablárais antes, le dijo, y me hubiérais escusado lo que os duele. Salid antes que os vean, y vivid seguro de que, si no por vos, por mí nadie sabrá lo que aquí ha pasado.

—Cómo podré callar, hombre sacrílego, repuso el herido desahogando su cólera.

—Si galleais, será peor para vos, le replicó el poeta. Contad á todo el mundo que os he cortado una oreja por entremetido, calumniador y embustero, y por no haberos conocido bajo ese disfraz mundano: yo haré testigos con este pedazo de carne, para probar que mi intento ha sido solo castigar á un intruso en las diversiones del rey. Si vos quereis publicar el nombre del intruso, allá os las entendereis luego con S. M. y con vuestros superiores. Creedme, padre Niseno: lo mejor que podeis hacer es ir á rezar maitines; y ya veis que me paso de generoso. Id con Dios: yo mismo os tendré la escala para que no caigais.

El padre Niseno, mal disfrazado de caballero, se apresuró á escapar; y no bien habia trepado á la parte esterior del muro, cuando Quevedo sintió detrás de sí ruido de pasos y el roce de vestidos contra las plantas: sin soltar la escala, se volvió á mirar y vió un caballero embozado, que al parecer venia huyendo.

—Quién vá! exclamó.

—Rayos del infierno! murmuró el embozado. Me harán desesperar.

—Señor marqués! dijo Quevedo llamándole.

—Me ha conocido! Quién sois?

—El diablo cojuelo.

—Ah! Quevedo! exclamó el marqués de Ayamonte; pues no era otro el embozado.—Y acercándose mas, le dijo al oido:—El conde-duque me sigue, y está empeñado en conocerme. Por dónde saldré sin que me vean?

—Por aquí, repuso el poeta mostrándole la escala, de la cual tiraba fray Diego por el otro lado.

El marqués trepó rápidamente por ella, y fué á juntarse con el prior.

En aquel momento llegó Olivares buscando al fugitivo caballero, y encontrando solo á Quevedo, le dijo:

—Calle! Vos por aquí? Estábais solo?

—Solo en este instante, repuso el poeta.

—Y antes?... no habeis visto alguna fantasma?...

—Sí, aquí tengo la muestra.

—La muestra? repitió Olivares, acercándose á mirar el objeto que tenia Quevedo entre los dedos.

—Cabalmente, replicó este: media oreja.

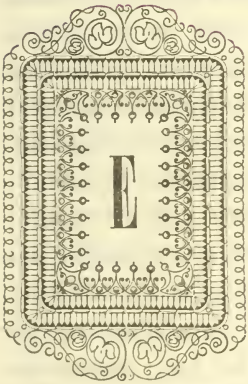
—Bravo! Le habeis señalado! Y quién era? Le conocísteis?

—Sí, era un perillan, echadizo de mis enemigos, que habia venido á repartir cierto librejo en que me elogian.

Olivares no quedó satisfecho de esta esplicacion; y aunque le pareció posible, sabiendo que habian sido dos los intrusos, conservó sus recelos respecto al uno: sin decir nada á Quevedo sobre este particular, se volvió con él hácia el teatro, donde iba á comenzar la representacion de la pieza: *Quien mas miente, medra mas.*

CAPITULO XXV.

LA BODA DE QUEVEDO.



L éxito de la comedia de nuestro héroe fué completo: rieron los espectadores á mandíbula batiente, y confesaron que el autor no era menos ingenioso en el género dramático que en los demás á que dedicaba su pluma: pero los chistes y agudezas que prodigó contra el estado del matrimonio sublevaron los ánimos de las damas, como principalmente interesadas en sostener los fueros del séptimo sacramento.

Al concluirse la funcion, casi todas estaban puestas de acuerdo para obligar á Quevedo á entrar en la cofradía de los casados. La condesa de Olivares, que habia ya tomado la iniciativa en este asunto, llamó á un criado suyo, que segun fama, gozaba de ciertas distinciones y de mucho favor por el influjo de su mujer, y le encargó de un mensaje para el poeta, en que le decia: que todas las señoras de la corte estaban ofendidas por la poca consideracion que guardaba á las de su sexo en general; que habian decidido no darle la

conversacion, ni aun responder á sus saludos, y se le declaraban enemigas con resolucion de hacerle todo el mal que pudiesen: pero que esta enemistad se trocaria en agasajo, si escogia entre ellas una de circunstancias iguales á las suyas, á quien pudiera obsequiar en particular, demostrando con hechos que sus epígramas y sátiras no eran mas que desahogos del ingenio.

Quevedo contestó á esto, que estimaba tanto á todas las damas, que no podia preferir á ninguna, sin figurarse que hacia traicion á las demás: que no era nueva para él la enemistad con que se le amenazaba, pues siempre las mujeres habian sido sus enemigas, y nunca habia estado mas tranquilo que cuando ellas le dejaban de su mano: que sentía, sin embargo, perder el afecto de las damas; pero que esto quedaba en gran parte compensado con lo que decian de no hablarle; y que si ellas eran capaces de cumplirle esta palabra, él pasaría gustoso por toda la guerra que quisiesen hacerle.

Transcurrieron algunos dias, durante los cuales saboreó Quevedo el sangriento libelo del *Tribunal de la justa venganza*, y vió que no dejaba de producir su efecto en el ánimo de muchas personas de importancia. En este tiempo recibió una carta de su antiguo amigo Adan de la Parra, inquisidor de Segovia, en la cual le decia que hiciese los esfuerzos posibles para ajustar su conducta á un plan de vida arreglado, pues sabia que se estaban haciendo averiguaciones muy activas para perderle: sin nombrarle personas, le insinuaba estar muy enterado de la procedencia del libelo y de los resultados que podia tener, y le manifestaba por último, que si pudiese hablarle personalmente, le diría cosas que le habian de escandalizar. «Haced un sacrificio á vuestra independencia, añadía la carta por post-data; buscad una señora honrada, que las hay; casaos con ella, y de este modo matareis muchos resentimientos y ahorrareis no pocos disgustos: creed á un amigo, que siempre os ha querido bien.»

Quevedo contestó á esta carta, empezando por la post-data y diciendo como César: «*Tu quoque, Brutus*? No hay potros, no hay «sogas, no hay tormentos en vuestro oficio, pues quereis darme «mujer?...»

Y respondiendo á lo de los secretos que aquel decia haber descubierto y deseaba comunicarle, añadía:

«Yo os escuso del trabajo: ya descubrí al gato en la gazapera «con el queso entre los dientes, y á buena cuenta que llevó su me-«recido. Reparalde el chirlo de la oreja izquierda al reverendísimo «Niseno; preguntalde qué vieja le besó en ella, que le dejó tan «bien parado... Por aquí vereis que aunque callo, obro; y que su-«pe, á estilo de claustro, contestar á la *Justa venganza.*»

La conjuracion de las damas seguia, entre tanto, viva y obstinada: si encontraban á Quevedo al entrar ó salir de Palacio, volvian á otro lado la cabeza y se tapaban las narices con sus pañuelos, como quien evita un olor hediondo: poníanle acechanzas para sorprenderle á solas con alguna soltera ó viuda, y obligarle á casarse con ella por justicia. Buscaban mujeres astutas y artificiosas que le engañasen con halágos y le finjiesen amor, mostrándose apasionadas de él por su talento y ofendidas de su esquivez. Pero el poeta marrullero se burlaba de todas sus tretas y artimañas, defendiéndose con doble sagacidad y entereza.

De nuevo apelaron las amazonas del matrimonio al echadizo de la condesa de Olivares, el cual escribió á Quevedo una carta en que le proponia un enlace muy ventajoso, ponderando la hermosura, las nobles calidades, la gentileza y fortuna de la dama; y para reforzar su proposicion, le decia que era indispensable aceptase este medio de salvar su vida amenazada de graves riesgos: echábale en cara su conducta licenciosa, reproduciendo las acusaciones contenidas en la *Justa venganza* y concluía dándole á escoger entre el matrimonio y el patíbulo.

Nunca lo hubiera hecho: Quevedo contestó con la terrible sátira titulada *Riesgos del matrimonio en los ruines casados*, en la cual se leen estos tercetos:

«Dime, por qué con modo tan estraño
Procuras mi deshonra y desventura,
Tratando fiero de casarme ogaño?
Antes para mi entierro venga el cura,
Que para desposarme: antes me velen
Por vecino á la muerte y sepultura.

Antes con mil esposas me encarcelen,
Que aquesa tome; y antes que *sí* diga,
La lengua y las palabras se me hielen....
Eso de casamientos á los bobos,
Y á los que en tí no estén escarmentados,
Simples corderos, que degüellan lobos.
A los hombres que están desesperados,
Cásalos, en lugar de darles sogas,
Morirán poco menos que ahorcados.
No quieras que en el remo donde bogas
Haya, por consolarte, otro remero,
Y que se ahogue donde tú te ahogas...
Ansí que por contrario de mas brio
Tengo, Polo cruél, al que me casa,
Que al que me saca al campo en desafío.
Júzgalo, pues que puedes, por tu casa,
Fiero atril de San Lucas, cuando bramas,
Obligado del mal que por tí pasa...
Dirás que no hay contentos, ni placeres
En donde no hay mujer; y que sin ella,
Con soledad enfermo y sano, mueres.
Que es gran gusto abrazar una doncella,
Y hacerla madre del primer voleo,
Gozando de la cosa que es mas bella:
Pues yo te juro, Polo, que deseo
Ver desde que nací v....y diablos,
Y ni los diablos, ni los v....veo....
Ofrécesme un soberbio casamiento,
Sin ver que el ser soberbio es gran pecado,
Y que es humilde mi cristiano intento.
Escribes que por verme sosegado
Y fuera de este mundo, quieres darme
Una mujer de prendas y de estado.
Bien haces, pues que sabes que el matarme,
Para sacarme de este mundo importa;
Y el morir se asegura con casarme...

Dices que para aqueste casamiento
Una mujer riquísima se halla
Con el de grandes joyas ornamento.
Has hecho mal, ¡oh mísero! en buscalla
Con tan grande riqueza; que no quiero
Tan rica la mujer para domalla.
Dices que me darán mucho dinero
Porque me case; lo barato es caro:
Recelo que me engaña el pregonero.
Su linaje me dices que es muy claro:
Nunca para las bodas le hubo oscuro;
Ni ya suele ser ese gran reparo.
Muéstrasmela vestida de oro puro:
Y como he visto píldoras doradas,
En ella temo bien lo amargo y duro.
Que hermanas tiene, y madre muy honradas,
Cuentas. ¡Oh coronista adulterado!
Tú las quieres tambien emparentadas?...
Que tiene condicion de blanda cera:
Bien me parece, Polo; pero temo
Que la derrita como á tal cualquiera.
Gentil mujer la llamas por estremo:
Por gentil me la alabas y prefieres?
Solo ya te faltaba el ser blasfemo.
Nunca salgas, traidor, de entre mujeres:
Mujer sea el animal que te destruya,
Pues tanto á todas sin razon las quieres...
Felices los que mueren por dejallas,
Ó los que viven sin amores de ellas,
Ó por su dicha llegan á enterrallas!
En casadas, en viudas, en doncellas
Tantas al suelo plagas se soltaron,
Cuantas son en el cielo las estrellas.
Mas, pues que de mis mañas te informaron,
De mis costumbres y de mis empleos,
Y un bruto en mí, y un mónstruo dibujaron:

Pues que por casos bárbaros y feos,
Te dijeron, mi vida caminaba
Al suplicio derecha sin rodeos:
Que en toda la ciudad se mormuraba
Mi disimulacion y alevosía,
Y que pérfido el mundo me llamaba:
Que no se vió la desvergüenza mia
En alguacil alguno, ni en corchete:
Que nadie sus espaldas me confía...
Pues si esto te dijeron, ¿cuál esposa
Querrá admitir marido semejante,
Si su muerte no busca mariposa?
Ponla tantos defectos por delante:
Díla, en fin, que yo soy un desalmado,
Engerto en sotanilla de estudiante.
Y aunque hijo de padre muy honrado,
Y de madre santísima y discreta,
Dirás que me ha traido mi pecado
A desventura tal, que soy poeta.»

Esta sátira divirtió á muchos, escandalizó á los mogigatos y sirvió de refuerzo á los enemigos de Quevedo y á los que pretendian casarle; á los unos para justificar lo duro de sus ataques, á los otros para confirmar la necesidad de llevar á cabo su intento.

Las dos pandillas se entendieron fácilmente; y la segunda, haciendo alarde de sentimientos religiosos alarmados, llegó á convenir en que hasta entonces habian considerado las sátiras del poeta contra las mujeres y el matrimonio como desahogos de una imaginacion chancera y traviesa; pero que ya, en vista de su fiera resistencia, no podian menos de reconocer en él un espíritu agresivo y maligno, merecedor del mas severo castigo.

En un dia recibió Quevedo varios avisos amistosos de esta actitud hostil y rigurosa de sus contrarios y de las damas conjuradas. La condesa de Olivares, por su parte, se limitó á recordarle la palabra que la tenia empeñada de señalar él mismo las calidades de la mujer con quien podria casarse.

Quevedo, á imitacion de aquel á quien dieron la eleccion del árbol donde habian de ahorcarle, contestó á la condesa en una discreta carta, esponiendo las condiciones que deseaba, y que le parecia imposible ó muy difícil encontrar reunidas en una mujer.

« Ahora diré, escribió, despues de algunos agudos conceptos, « como quiero que sea la mujer que Dios me diere en suerte. Noble, « virtuosa y entendida; ni fea, ni hermosa; (entre ambos estremos, « prefiérola hermosa, porque es mejor tener cuidado que miedo, y « tener qué guardar que de quien huir). Ni rica, ni pobre; que ni « ella me compre á mí, ni yo á ella. La apetezco alegre, que en lo « cotidiano y en lo propio no nos faltará tristeza á los dos. No la « quiero niña, ni vieja, que son cuna ó ataud; porque ya se me han « olvidado los arrullos, y aun no he aprendido los responsos. Daría « infinitas gracias á Dios si fuese sorda y tartamuda. Pero despues « de todo, estimaré en mucho la mujer, tal como la deseo, y sabré « sufrir la que fuere como yo la merezco. Bien podré ser casado sin « dicha, pero no mal casado. »

Al recibir esta carta, la condesa cantó victoria: — « El oso quiere capitular, dijo para sí: difícilmente se hallará una mujer como él la desea; pero la buscaremos.

Y convocando aquel dia todas sus amigas y amigos, pasó revista á cuantas damas casaderas conocian, buscando una que imponer al rebelde solteron. Los caballeros encontraron algunas perfectas; pero las damas no dejaron de achacarles algun defecto; si bien para ellas no era obstáculo una falta mas ó menos.

Estando en esta conferencia, entró el duque de Medinaceli, cuya amistad á Quevedo era leal y afectuosa, y puso fin á la discusion, diciendo:

—Señoras mias, si me dais palabra de guardar el secreto, yo me encargo de arreglar este asunto. Yo tengo la mujer que se busca.

—La perfecta? La intachable? dijo irónicamente una dama.

—Es preciso que sea una joya, un modelo: tal para cual, añadió otra.

—No hemos pensado en lo esencial, continuó la primera: si la escogida tendrá valor para cargar con el novio.

—He dicho, señoras, que yo me encargo de todo, repuso el du-

que: pero es menester que no se hable de ello; porque si Quevedo advierte algo, se avispará, y entonces no respondo del éxito.

—Convenido, respondió la condesa: nosotros solos nos entenderemos, duque.

Aguardaba Quevedo el resultado de su carta, cuando le avisaron de parte de Medinaceli, que este deseaba le acompañase en una espedicion á Cataluña. Nuestro héroe fué al punto á casa de su poderoso amigo, el cual le dijo:

—He querido aprovechar la ocasion de ir S. M. á Barcelona para sacaros de Madrid, donde corre peligro vuestra vida. La sátira que escribísteis hace poco está en manos de los inquisidores; y sé á ciencia cierta, que si no la desmentís doblando vuestro cuello al matrimonio, estais perdido.

Iba Quevedo á interrumpirle; pero el duque no le dejó hablar, y continuó diciendo:

—No soy yo de los que se obstinan en daros mujer, tal vez por gozar en vuestra deshonra: no quereis casaros, y es justo acatar vuestra libertad en este punto. Por lo mismo he determinado llevaros conmigo: estando lejos de vuestros contrarios, quizá se templará su enojo; pero si continuasen las intrigas, y viésemos el cuento mal parado, Cataluña no es Madrid: allí podreis acogeros al amparo de la ciudad, ó bien tomar un buque y poner el mar de por medio.

—Me hareis entrar en cuidado, repuso Quevedo. Tan enredado está ese asunto.

—Mucho, amigo mio. Teneis enemigos implacables.

—Iré á Cataluña por complaceros: á la verdad no temo á nadie; pero, ¿dónde estaré mas á gusto que en vuestra compañía?

—Para mí será un placer, dijo el duque, y buena falta me haríais, si no me acompañáseis en este viaje; pues temo que no han de faltarnos sinsabores.

—Comprendo: se trata del nudo gordiano, que está por desatar hace diez años: el Rey quiere que los catalanes le rindan cuentas de sus rentas y le paguen el quinto, y ellos dicen que no están para dar dinero, ni deben darlo.

— Bien habeis calificado la cuestion de nudo gordiano; pues si

mi prevision no me engaña tendremos la desgracia de que se corte con la espada. Los catalanes no cederán un ápice en cosa que toca á sus fueros, y hacen bien: darian cuanto se les pidiese como donativo gracioso; pero el conde-duque no quiere esto, y las hostilidades han comenzado, como sabeis, en el recinto de las córtes de Cataluña, y como acaso no sabreis, en los jardines de junto al Prado.

— Cómo es eso?

— El conde-duque está á matar con su cuñado el de Monterey, desde la noche de S. Juan. Parece que S. M. indicó á su ministro el deseo de tener un palacio, una mansion de delicias en los bosques del Retiro: mas, como no hay un real en el Tesoro...

— Pardiez! Quién traga tanto? exclamó Quevedo.

— Ay, amigo! El demonio. Se traga mucho mas de lo que pensais. La guerra de Alemania y de Flandes devora mas hombres y mas oro que producen las Españas. El Norte de Italia favorecido por la intrigante Venecia y el duque de Saboya, nuestro aliado, se nos traga: Nápoles y Sicilia están, por decirlo así, en pleito con la corona...

— Y no hay otro Osuna que sepa sentenciar á lo Sancho. ¡Vive Dios, que nos están merecidos cuantos males nos vengan, por descreidos! En España es un crímen el talento y la fortuna. Diez años no han pasado desde que en mar y en tierra éramos de todo el mundo respetados, á pesar de rancios desaciertos: las córtes de Castilla no vagan á conceder millones sobre millones: créanse arbitrios, gabelas é impuestos nuevos cada dia; y sin embargo, no hay un real en el Tesoro: y ¿dónde están nuestros ejércitos invencibles? dónde nuestras armadas, terror de los mares? Los *mercaderes de sardinas* juegan hoy con nuestro pabellon en las Indias, en el Norte y en nuestras mismas riveras!

— Así es la verdad, amigo Quevedo: y eso mismo dijo el conde de Monterey á su cuñado, y por ahí empezó su enemistad.

— Yo respeto y acato los deseos del Rey, prosiguió diciendo el poeta; pero cuando vemos apuntalada la monarquía y amenazando ruina; cuando los campos quedan yermos, huérfanos de sus pobladores, que se van á otras partes huyendo de los tributos; cuan-

do no hay seguridad en los caminos, infestados de bandidos, hechos en su mayor parte por la necesidad; cuando carecemos de industria, de comercio y de marina, ¿cómo un ministro celoso del honor de su príncipe no le disuade de pensar en mansiones de recreo? Cómo no le dice que esos palacios hay que amasarlos con sangre, y que sus jardines han de regarse con lágrimas? ¿De dónde piensa el privado sacar el dinero que necesita?

—Eso le preguntó su cuñado; y él le contestó que de Cataluña. Entonces Monterey le dijo: — «Podrá suceder que ese capricho cueste á S. M. una provincia, ó al menos una guerra civil; considerad bien, hermano, que el placer resultaría demasiado caro.»

—Y Olivares entonces?...

—Le llamó mezquino y le volvió la espalda.

—Supongo que, ni el Rey, ni su ministro irán á pedir á los catalanes su dinero para construir esos pensiles de Babilonia: otro será el pretexto.

—Sí: la guerra del imperio.

—Peor que peor.

—Qué decís, Quevedo? Sereis amigo de los protestantes.

—No, señor: pero soy amigo de España, y considero muy aventuradas esas quijotescas empresas fuera de nuestro pais. Los catalanes mirarán ese negocio peor que yo, aunque sean muy católicos; porque no es gente que se pague de bambolla. En fin, allá veremos: ¿cuándo es la marcha?

—Muy pronto. Vos podreis salir de avanzada con Tello mi mayordomo, que va delante á preparar en mis estados el recibimiento debido á S. M.: podreis esperarme en el castillo de Cetina, casa de una persona muy apreciable y que os quiere bien.

—Cómo se llama esa persona?

—Es la señora de Cetina, doña Esperanza de Aragon y la Cabra.

—Alguna vieja?

—No mucho: treinta y cinco años.

—Buena edad: pero la cabra tirará al monte?

—Flor es campestre; pero no temo que os desagrade su perfume: cuando la hayais conocido y tratado, me daréis noticias de ella.

Os recomiendo á esa dama, porque su prudencia me abona que no estareis en ninguna parte tan seguro como en su casa. Su apellido manifiesta que es persona de calidad; tiene un hermano prelado y atesora virtudes que en muy pocas se encuentran tan cumplidas.

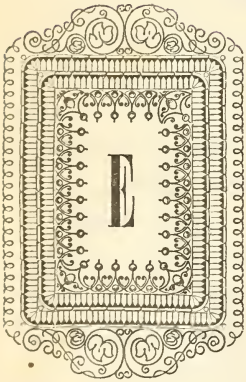
—Es, segun eso, el ave Fénix de las mujeres: cuando lo dispongais parto á verla.

Dos dias despues, marchó Quevedo á Aragon junto con el mayordomo del duque, á quien acompañaban algunos criados. La corte debia tardar aun quince dias en moverse, y el malicioso poeta creia tener tiempo sobrado para poner á prueba la ponderada virtud de doña Esperanza.

CAPITULO XXVI.

SEGUNDA PARTE DEL ANTERIOR.

En tal parte, ¿tal tesoro?
¿Tal amor? ¿ley tan estraña?
Mas sí; que en una montaña,
No en la corte, nace el oro.
TIRSO DE MOLINA.—*El amor y el amistad.*



En la ladera meridional del pintoresco valle por donde lleva sin ruido sus apacibles aguas el Jalon, se alza todavía hoy un castillejo de apariencia moruna, el cual avanza y cubre con sus tostados muros al pueblo de Cetina, que está recostado detrás, como un niño que duerme confiado en el amparo de un gigante. Bandadas de palomas torcaces revolotean en torno de la mas alta torre, donde tienen sus nidos con la seguridad de una independencia salvage: las golondrinas vienen de Africa y entran dentro saludando aquel edificio ruinoso, pero hospitalario, con su alegre algaravía: de madres á hijas se han transmitido la noticia de la seguridad y paz de que allí gozan por espacio de siglos.

En la época de nuestra historia, el castillo de Cetina, aunque poco espacioso y ya viejo, era una mansion agradable: lo hermoseaba la presencia de una mujer bella, honrada y en estremo bondadosa:

sus vastas salas despedian el perfume incomparable del aseo: la sencillez de la modestia y la armonía del órden sin afectacion simétrica convidaban al espíritu agitado á reposar en aquel recinto.

No habia guarnicion guerrera, ni armas ofensivas en las almenas; ni existian ya la cava ni el puente levadizo desde el tiempo de los Reyes Católicos: la altura sobre que se asienta el castillo y la fortaleza de los muros eran su única defensa, fuera del corazon adicto á la castellana de los moradores de la villa: por algunas ventanas trepaban las plantas parietarias floridas, que hacian risueño el aspecto duro de aquel edificio feudal. Se entraba en él, como en nuestros dias, pasando por el pueblo y subiendo una rampa que terminaba en una plataforma, adherida al lado occidental de la gran torre, donde estaba la puerta ferrada con vestigios del rastrillo y puente que allí hubo. En su lugar se estendia sobre aquella un alegre emparrado y le servian de vestíbulo dos espalderas cubiertas de rosales y jazmineros en flor.

El dia que llegó Quevedo á esta mansion, no pudo menos de detenerse algunos momentos en la plataforma para contemplar el bello paisage que desde allí alcanza la vista, dominando el largo valle y los grupos de montañas, que en suave gradacion se estienden, hasta perderse á lo léjos confundidas con el azul blanquecino del cielo.

—Verdaderamente, dijo, aquí reside la paz del alma.

Y dejando su coche á cargo de los criados que le acompañaban, se dirigió á la entrada: la señora de la casa que ya tenia aviso de su llegada, salió á recibirle al ancho portalon en compañia de sus sirvientes: un mayordomo anciano, una dueña respetable y dos doncellas. A primera vista, parecióle á Quevedo demasiado sencilla la señora de Cetina; pero advirtió en ella el *no sé qué*, principio inexplicable de toda buena amistad.

—Bien venido seais, ilustre poeta, le dijo la dama, haciéndole una cortesía, que si no era todo lo refinada y lisonjera que solian ser las de la córte, no carecia de finura, y en cambio tenia mucho de cordial y afectuosa.

—Bien venido he de ser, pues que á mi llegada recibo tanto honor, noble señora, respondió Quevedo.

—Ah! No es mas del que mereceis, viniendo aqui recomendado por mi señor el duque. Dignaos entrar, repuso la dama, cortando de este modo galantes lisonjas.

Quevedo se inclinó, y adelantándose, tomó la mano á doña Esperanza, quien le condujo á un espacioso comedor, en el cual le estaba preparada una mesa nada lujosa, pero sí muy limpia y bien puesta: no habia en ella mas que un cubierto y una silla, en la cual invitó al poeta la dama para que tomase asiento, mientras se le servia la comida.

—No aceptaré, señora, este nuevo favor, dijo Quevedo, si vos no me acompañais.

—Acompañaros debo, le contestó ella; pero tambien debo serviros para que nada os falte.

—Eso mas?

—En la córte no estará en uso; mas aquí es diferente: ¿quién mejor que yo misma cuidará de dar honor á mi casa?

Quevedo miró con asombro á aquella mujer única en su tiempo, y repuso:

—Señora, sois dueña de mi persona como de esta casa, donde bien veo que solo me toca obedecer: haced en todo vuestro gusto, que yo no replicaré.

—Mi gusto es contentaros, y que no os pese de mi hospedage.

La comida que sirvieron á Quevedo no fué espléndida; pero sí esquisita por lo bien condimentada; el vino puro y en brillante cristal, el agua en búcaro fresco y aromático: nada, sin embargo, hizo agradable aquel sencillo banquete como la puntualidad en el servicio, á que atendia la señora de la casa, no obstante permanecer sentada á un costado de la mesa, y la conversacion amena y alegre con finura de la misma, que acabó de hechizar á su huésped: á los postres obligóla este á comer, haciéndola algunos obsequios, y habiendo concluido, le invitó ella á ver su casa para hacer ejercicio, segun dijo, y facilitar una buena digestion.

Durante aquel paseo por salas y corredores, que sin los cuidados de doña Esperanza habrian causado horror, pero que gracias á sus disposiciones y esmerado arreglo despertaban el deseo de habitar-

los, concibió Quevedo por la primera vez en su vida el placer que debe sentirse viviendo al lado de una buena compañera: ni las galas y belleza de tantas damas como habia conocido, ni el esplendor fastuoso de tantos palacios como habia frecuentado tenian el hechizo inexplicable de aquella mansion apartada y modesta; y bien se comprendia que todo aquello no hubiera sido lo que era sin la persona que le comunicaba la vida. El trato sencillo de esta, su naturalidad, su llaneza contribuian en gran modo á hacerla amable.

Despues de visitar casi todas las piezas del castillo, la noble dama llevó á Quevedo á las habitaciones que habian sido preparadas para él: allí pudo notar la mas delicada prevision en todo: la falta de buena distribucion en el edificio habia sido suplida por medios artificiales: con tapices se habia armado una alcoba independiente; con biombos, un aposento destinado á las necesidades del tocador: contígua á la sala de recibo estaba la biblioteca, convertida en gabinete de estudio, con su bufete y demás muebles propios de tal lugar: sobre la mesa vió Quevedo, entre otros libros curiosos y raros, una coleccion completa de sus obras, encuadernada con mucho primor.

—Tambien yo ando por aquí? dijo el poeta. No esperaba encontrar mis reprobados escritos en la mansion de la pureza.

—Son regalo del señor duque, y los aprecio mucho, respondió la castellana. En verdad, algo tienen que una mujer tacharia; pero á mí no me asusta nada de lo que dicen los libros: tomo de ellos lo bueno y dejo lo malo.

—Yo deploro, señora, que los mios no sean enteramente de vuestro agrado: los he escrito para hombres: si ahora empezase á escribir, quizá serian otra cosa; y esto se deberia á vos.

—A mí! exclamó doña Esperanza riendo con jovial candidez. Pobre de mí! Seré acaso una Musa, y no lo he sabido hasta hoy?

—En la soledad apacible de los montes moran las Musas, segun nos lo finge la fábula: vos que en este delicioso retiro...

—Fábula! fábula! señor don Francisco, interrumpió la dama, cuyas mejillas se colorearon.

—Es fábula lo de las Musas, repuso Quevedo; y no es fábula lo que os iba á decir.

—De veras? Pues decidlo: ¿me hará reir?

—Ó llorar.

—No me gusta llorar; pero no importa: decidlo tambien. He leido todas vuestras obras, y siempre tuve deseos de oiros hablar.

—Si os place, sentaos; pues así será menor la molestia que os causen mis palabras.

—Como gusteis; tomemos asiento los dos.

Diciendo así, la dama se colocó en un sillon de baqueta, y señaló á Quevedo otro, tomando luego la actitud de un niño curioso, que espera oir una agradable conseja: sus bellos ojos iluminados por la inteligencia y la pureza se fijaban espontáneos y sin recelo en los del poeta, que con el rostro animado de sardónica tristeza, comenzó á hablar de este modo:

«Tan niño perdí á mi padre, que dudo si le conocí: mi santa madre voló al cielo, cuando yo era un muchacho travieso y malo, incapaz de saber lo que ella valia: secóse para mí aquella fuente, cuyo raudal de virtudes debió templar el fuego de mi ardorosa fantasía: mirélo como sumido en un arenal: jamás ví su corriente placentera brillar en los seres de vuestro sexo.

—No la buscaríais, dijo con prontitud doña Esperanza.

—La busqué con el ansia del corzo sediento, y—¿podré hablar sin ofenderos?—En cincuenta años de vida solo aprendí en las mujeres liviandad y engaños. Mi corazon fué creado para amar, y amé con frenesí. Un objeto no mas encontré digno de esta pasion, que *hoy cumple veintidos años en mis ardientes venas*: ese objeto era sagrado para mí. Como Petrarca, con mas respeto aun y mas sigilo, yo, el poeta desvergonzado, el hombre disoluto, canté mi amor, pero lo mordí con mis dientes y le hice retroceder al corazon, hecho pedazos.

—Quién lo creyera!...

—Nadie, señora, nadie. Quevedo capaz de amar, y amar sin esperanza!... Oh! Qué desatino! Quevedo no sirve mas que para burlarse del género humano... Quevedo no sabe mas que hacer reir... Es un ente descreido, que ladra y muerde á todo cuanto encuentra... No tiene sentimientos humanos... no tiene corazon!...

Y es el mundo tan necio, que cuando Quevedo le escupe al rostro añicos de sus infamias envueltos en las carcajadas de la sátira, no vé que vá con ellos el fuego generoso de un alma noble, á quien agita la depravacion general: no siente la fuerza ignota que ha despedazado el mal, antes de arrojarlo riendo.

— Es cierto, señor don Francisco, repuso la dama conmovida: mil veces he pensado lo que decís.

— Pues bien, sereis, quizás, la única persona que lo piense. Reir y hacer reir: no es otro el destino que me atribuyen las gentes. Y rio, sí: rio hasta de mí mismo: y muchas veces la risa se me vuelve veneno y fuego devorador que mata y tala... ¿Quién puede hacer que la hiel sea dulce y sabrosa? Desde jóven amargaron las fuentes de mi vida: caballo desbocado, corrí en pos de tres cosas: virtud, amor, placer; y fué fatal mi estrella: donde hallé la virtud, allí triunfaban de ella las asechanzas de la intriga y las dentelladas de los envidiosos: donde el amor, la desventura: el placer fué mentira, y me dejé engañar, por ser dichoso. Vanas quimeras!... Gasté mi juventud, pasé lo mejor de mi vida en fiera lucha, y al cabo de ella vengo á reposar junto á un arroyo que creo haber visto ya; pero muy lejos: allá, cuando jugaba en el regazo de mi madre! Son una misma cosa en mí *la cuna y la sepultura:* esto solo he vivido!

Decia Quevedo estas palabras con acento tan sentido, que doña Esperanza lloraba oyéndole, y comenzó á sollozar. Quevedo se interrumpió de pronto, como pesaroso de haberla afligido, y añadió con semblante jovial:

— Señora: ¿no es verdad que si yo no fuera poeta, es decir, embustero, podria ser un mediano predicador de aldea? Reid, señora, reid, y no hagais caso de mis vanidades. Lo que habeis oido no es mas que un ovillejo, una sátira...un idilio... un logogrifo... una sarta de palabras sin sentido comun.

— Ahora es cuando ensartais palabras vacías, repuso ella con seriedad. Por qué haceis eso? No me considerais digna de vuestra confianza?

— Mucho que sí: pero ¿quién no se rie de ver á Quevedo serio? Decidme, ¿no es verdad que hago una triste figura?

—Quevedo! esclamó la dama cogiéndole una mano y estrechándola sin avergonzarse. Sed conmigo siempre franco, si estimais mi amistad. No pretendais hacerme reir, cuando teneis el corazon oprimido: eso es crueldad.

—Esperanza! murmuró Quevedo exhalando su voz como un gemido.

La dama retiró sus manos como si hubiera sentido la impresion de una quemadura.

En aquel momento entró en la biblioteca el viejo mayordomo con unas cartas, sin anunciarse previamente. Quevedo no pudo menos de exclamar:

—Qué imprudencia! Entrarse hasta aquí sin avisar!...

Doña Esperanza se echó á reir, y le dijo:

—En mi casa no se acostumbra eso, amigo mio: muy al contrario, yo me habría dado por ofendida, si él avisára, sabiendo que estaba sola con vos.

Y dicho esto, hizo seña al criado para que se acercase, tomó las cartas y le mandó salir.

Quevedo murmuraba, entre tanto, con asombro:

—Será verdad lo que veo! Como esta mujer no hay dos en el mundo.

—Con vuestro permiso, dijo ella, leeré esta carta, que es del duque mi señor.

Y habiendo comenzado á leerla, se detuvo á la mitad y dijo:

—Esto es contar sin la huéspeda. Ved qué os parece de lo que me participa el duque, amigo mio.

Y entregó la carta abierta á Quevedo, el cual leyó:

«Bien sabeis, mi señora doña Esperanza, la grande estimacion «en que os tengo, y que movido de ella, siempre atendí á vuestros «aumentos y bienestar, puesto que vos no hayais usado nunca de «los derechos que os concede sobre mí nuestra amistad. No por es«to yo los olvido; y considerando que sois sola, por mas que tengais «parientes y amigos que os estiman, y que se os pasa la edad en que «pudiérais tomar estado correspondiente á vuestras prendas y her«mosura, he pensado en dároslo tal como lo mereceis, y bajo el «patrocinio de S. M., aprovechando la ocasion de su próximo via-

« je á Cataluña. Dos son los pretendientes que os solicitan, atraidos « por la fama de vuestras virtudes; y serian doscientos, si estuvié- « seis en posicion de hacerlas brillar: el uno es vuestro vecino Car- « vajal, hidalgo muy rico y pudiente, que por medio de este enlace « aspira á unir sus haciendas colindantes con las vuestras, y á ob- « tener colocacion en la corte: el otro es un caballero muy estima- « do de S. M., que os hará una visita para darse á conocer. Nada « determino en esto hasta saber vuestra eleccion; pues en negocio « tan grave, juzgo ante todo conveniente consultar vuestro gusto; « pero es menester que lo penseis pronto, á fin de que puedan reali- « zarse los desposorios á nuestra vista. Si lo teneis á bien, consul- « tadlo con mi amigo don Francisco, que aunque no lo es de bodas, « es hombre de buen consejo. »

—Muy bien dicho está eso, dijo doña Esperanza: vamos, aconsejadme, señor de Quevedo. ¿Con quién debo casarme? Con mi vecino Carvajal, ó con el caballero de la corte? No sé si sereis de mi opinion en estas cosas; pero me parece que sí. Yo creo que nuestras costumbres en punto á casamientos son mas moras que cristianas: eso de guardar á la mujer enjaulada, como si fuese un ave de cetrería, hasta que llega á la edad en que puede servir para cazar á un pajarraco; y eso de imponerla un dueño por respetos á su honor, sin consultar para nada sus inclinaciones, ni pensar siquiera si tiene una voluntad, me parece disparatado y tiránico. Vedme aquí en situacion de elegir entre un salvage, llamado Carvajal, y un cortesano á quien no he visto en mi vida, ni sé como se llama. Si no escojo, doy á entender que prefiero algun otro, lo cual es un delito imperdonable, segun las leyes musulmanas del honor femenino: en este caso, debo renunciar al matrimonio. ¿Qué me aconsejais?

—Señora, una sola vez he sido casamentero por fuerza: tengo, por consiguiente, poca esperiencia en estas cosas. Pero no obstante, os aconsejo que espereis á que venga el caballero, y si os agrada....

—Pero, ¿no sabeis que eso nos está prohibido á las señoras? Cuál que se respete á sí misma dirá: « me caso con este porque me agrada? »... Y luego se nos acusa de ligeras y antojadizas! Debe bastarnos que agrade el novio á la persona superior que nos lo propone. Sin embargo, para mí, entre los dos pretendientes la eleccion

no es dudosa: tomaré al salvage, pues dicen que mas vale malo conocido, que bueno por conocer.

—Esas leyes de mal entendido honor no os alcanzan, señora; pues teneis edad para disponer libremente de vuestra persona: esperad, esperad.

—Esperaré... Mas, ¿qué veo? Esta otra carta, ¿no es para vos? Sí: tomad.

Quevedo tomó la carta, que era tambien del duque, el cual le decía:

« Os han seguido la pista, amigo mio, y se trabaja con perseve-
« rancia diabólica para perderos. A fin de ganar tiempo y justificar
« vuestras intenciones, he apelado á una ficcion necesaria, hacien-
« do correr la voz de que habeis ido á Cetina solamente á ver á una
« dama con quien pensais casaros. Así he calmado la persecucion;
« pues se decia que vuestro viaje era fuga y prueba de delito. Yo
« celebraría que mi ficcion saliese verdad, si encontrando una seño-
« ra digna de todo aprecio, ganáseis en ello tranquilidad y ventura.
« Mas no siendo así, dejemos correr los malos dias, que otros ven-
« drán mejores.—Vuestro apasionado amigo

« EL DUQUE. »

Leyó Quevedo esta carta para sí; pero habiendo merecido de la señora de Cetina la confianza de comunicarle la suya, parecióle descortesía no usar con ella de igual correspondencia.

—Mas apurada es mi situacion que la vuestra, señora, la dijo: ved en mí un *doncello* de cincuenta abriles, á quien colocan en la alternativa de casarse ó hacerse monje en algun convento de la Inquisicion. El duque no se atreve á proponerme claramente la santa coyunda; pero lo desea, y no considera que, á mi edad, esto es imposible. ¿Cuál sería la mujer que se resignase á tomar por marido un hombre de mis años? Ni cómo impondría yo á la que mereciese ser amada tan duro sacrificio?

—No veo yo esos inconvenientes, repuso la dama: un hombre como vos nunca es viejo; y la mujer que os llame su esposo tendrá orgullo en servir de consuelo á vuestra ancianidad.

—Señora, me juzgais con demasiada benevolencia: pocas ha-

brá que piensen así del satírico, derrengado y harto de vivir.

Aquella noche pasó Quevedo muchas horas desvelado, pensando en la sencilla y virtuosa castellana, mas noble de corazon que de nacimiento: recordaba con placer y amargura todas sus palabras y acciones, y se complacia en pensar que era instruida, modesta, juiciosa, de genio franco y espansivo, y en una palabra, tal como el hombre mas delicado pudiera desear á la que hiciese compañera y partícipe en sus penas y alegrías. Pero cuanto mas la consideraba digna de ese amor casto que funde las almas, tanto mas rechazaba la idea, que por momentos le asaltaba, de unir con ella su suerte.

—Oh! exclamaba revolviéndose en la cama. Es tarde!... Es tarde!... Veinte años antes acaso habria yo sido feliz con una mujer como esta.

Ocho dias bastaron para confirmar á Quevedo en la idea que habia concebido de doña Esperanza: léjos de fastidiarse á su lado en aquella soledad, sentia crecer por momentos su bienestar y su dicha: veíala siempre ocupada en quehaceres domésticos y actos piadosos, ó bien atareada en hacerle agradable con mil atenciones delicadas su residencia en aquella casa. Tal vez él la reconvenia dulcemente por las molestias que se tomaba en su obsequio, y entonces ella le decia con naturalidad:

—Molestias, señor don Francisco! Al contrario: esto es para mí un placer, una distraccion.

Llegó por fin el anunciado pretendiente á la mano de la dama: era un fátuo de noble alcurnia, llamado don Miguel de la Paniega, que ocupaba un puesto en la córte por su habilidad en el arte de aderezar una mesa, y de escoger y distribuir los adornos de una sala: en sus modales y conversacion mas que hombre parecia mujer amanerada: escandalizábase al oir una palabra mal sonante; y al hablar, se escuchaba, recalcando las *eses* finales.

Despues que doña Esperanza hubo recibido su primera visita, buscó á Quevedo y le dijo:

—Señor don Francisco de mi alma! El duque ha querido burlarse de mí. ¿Conoceis al señor de la Paniega? Ese es el caballero competidor del salvage Carvajal: un Mariquita! Por Dios, amigo mio; ayudadme á salir de este atolladero, si no soy perdida.

—Con efecto, señora, la respondió el poeta: es menester no conoceros, para daros á escoger entre un hipopótamo y un mono. Mejor empleo mereceis; y por poco que yo pueda, no consentiré que seais la esposa de ninguno de ellos, no siendo vuestro gusto.

—Y qué harémos?

—Ah! No lo sé; pero os juro que no bazucarán vuestra mano semejantes animales.

—El don Mariquita ya me ha espetado la pretension con que se digna favorecerme.

—Y qué le habeis contestado?

—Qué habia de contestar á su impertinencia? Le he dado las gracias, y le he dicho que su grave proposicion merece meditarse.

—Oh! sería posible que ese muñeco!... No, no: voy á darle un susto. Señora; si este corazon mio, que no encanece como mi cabeza, fuera digno de mereceros...

—Qué decís?

—Nada, señora, nada: como os llamais Esperanza, os he tomado un momento por la santa virtud que, como un rayo de sol, ha lucido siempre en todas las borrascas de mi vida.

—Quevedo, escuchadme con atencion, y no os asombre lo que voy á deciros, repuso la dama gravemente afectada: muchas veces habreis jugado con el corazon de las mujeres, y unas habrán acabado por seguir el juego y burlarse de vos; otras habrán quizá devorado en silencio sus lágrimas y su desengaño.

—Ah! Eso no: ninguna me ha amado: sus lágrimas han sido las del cocodrilo.

—Pues bien; aunque ya no sois un mozo arrogante; aunque vuestra figura no sea la mas apta para enamorar, alguna puede haber que, pagándose poco de esas galas esteriores y perecederas, padezca si la engañais.

—Existe, señora? Existe esa mujer?

—Puede existir: hay de todo en el mundo.

—Esperanza! exclamó Quevedo tomándola una mano y besándola con ternura. Esa que decís no es una mujer; porque es un ángel.

—Loco sois, y yo mas loca que vos, dijo la castellana desprendiéndose de aquella dulce presion y saliendo con ligereza del aposento.

Quevedo se quedó mirándola, sin valor para detenerla.

—Sí, es un ángel, murmuró. ¿No es delito trasplantar esta delicada flor campestre al lodazal cortesano?

Pero habiendo reflexionado algunos momentos, añadió para sí:

«Las mujeres son la gala del mundo: esto es verdad... y el purgatorio de los hombres: tampoco es mentira. ¿Dónde te has metido, Quevedo? Eres un viejo, y no tienes mas circunspeccion que un adulto, cuando estás junto á ellas: te inflamas como un estudiante, y no sabes lo que te pescas. — Un ángel, sí: todas son ángeles: prueba tú á ser hombre alguna vez, y mira bien lo que haces; pues si aquí te atollas, no es fácil que puedas salir con honor. Esta mujer es una mujer: ¿quién sabe si, como el que se ahoga, se agarra á un hierro ardiendo? — Son tan astutas!... Y he pecado tanto!... No puede ser que esté aquí mi purgatorio? El corazon me dice que no. — Calla tú, corazon: ahora manda la cabeza.

Hablando así, daba paseos por su aposento: de pronto se paró y dijo:

—De cualquier modo que sea, no ha nacido esta mujer para ser sacrificada á un tonto ni á un bárbaro. Yo he de impedir que la casen con ninguno de esos dos estafermos.

Tomada esta resolucion, se sentó al bufete y escribió una carta muy apremiante al duque, suplicándole que impidiese por todos los medios posibles la realizacion de cualquiera de los dos enlaces propuestos á doña Esperanza. Concluida la carta, llamó á uno de sus criados y le mandó llevarla á Medinaceli, donde estaria probablemente el duque á su llegada, encargándole que no volviese sin la respuesta.

Cuatro dias despues regresó el criado con un lacónico billete del duque, el cual decia:

«Conozco los inconvenientes del consabido proyecto, no menos «que vuestra merced; pero no me es posible ya impedirlo. Carva-«jal ha retirado su pretension, pero queda Paniega que está loco de «amor por la dama, y á quien apoya decididamente doña Inés de

« Zúñiga. Sospecho que el Rey le ha empeñado su palabra, y esta « señora piensa ir á Cetina sin otro objeto que el de arreglar la bo- « da: entiendo que tiene intencion de honraros haciendo que, con « ella, seais padrino »....

—Un demonio! gritó Quevedo rompiendo la carta en un arrebato de ira. Conque el señor Mari-Paniega está enamorado? Yo tambien, vive Dios!... y no se ha hecho la miel para la boca del asno. Casarse con ella, y que yo sea su padrino! Antes le moleré á palos, aunque me cueste ir desterrado.

Y sin pensarlo mas, tomó el sombrero y la capa, y salió en busca del señor de la Paniega, el cual estaba aposentado en una casa principal del pueblo. Afortunadamente no le encontró, pues aquel caballero habia partido el dia antes al encuentro de la corte.

Quevedo volvió al castillo muy mal humorado, y en el camino ideó una estratajema para sondear á doña Esperanza y ver hasta qué punto era síncero el afecto que le demostraba: entró en el aposento de ella, y la dijo enseñándole la carta del duque.

—Señora mia, vuestro asunto va por la posta: segun dice esta carta, el señor de la Paniega se ha quedado solo en su envidiable pretension, y tiene muy altos protectores que le apoyan. Bien mirado, el sugeto no es despreciable: ocupa una buena posicion, es noble, rico...

—Y tonto, interrumpió doña Esperanza. Quereis decir que será un escelente marido: ¿no es eso?

—Me parece que muchas damas lo codiciarían: no seais tan delicada de gusto. Yo creo que, al cabo, lo pasaríais bien con él; y habiendo tan fuertes empeños, mediando S. M., no debiérais, en mi concepto, resistiros.

—Está bien, señor don Francisco, repuso la dama dominando su ajitacion: seguiré vuestro consejo; pero dejadme pensarlo.

Desde aquel dia hasta que llegó la corte á Cetina, Quevedo no vió la risa en los labios de su amiga: siempre afectuosa con él, siempre atenta á sus menores necesidades; pero triste y pensativa: ni una palabra volvió á decirle relativa á su proyectado casamiento. Mas cuando supo que el Rey llegaba, mandó llamar al poeta, y recibiéndole en su propio aposento, le dijo:

—Aunque vuestros consejos no me son favorables, gusto de oirlos, y deseo pediros uno.

—Hablad, señora, respondió Quevedo.

—El Rey se va á hospedar en esta casa, y es natural que me otorgue alguna gracia, si se la pido. ¿Sois de parecer que lo haga?

—No hallo en eso ningun inconveniente. ¿Puedo yo saber qué gracia intentais pedir?

—Sí: que me permita profesar en las Huelgas de Burgos.

Al pronunciar doña Esperanza estas palabras, se le arrasaron los ojos en lágrimas.

—Decididamente pensais dar ese paso, señora?

—No me queda otra esperanza.

En este momento se oyó ruido de coches que llegaban al castillo. La dama se levantó sobresaltada, y abriendo los vidrios de colores de su ventana, por la cual trepaban los jazmines, miró abajo, y exclamó:

—Dios mio! Es el caballero que viene con unas damas principales! Debo salir á recibirlas.

Mas, al volverse, vió á Quevedo que echaba la llave de la puerta del aposento, y se la guardaba en un bolsillo.

—Qué haceis? le preguntó ella.

—Nada: os encierro.

—Qué locura! Se sale tambien por mi alcoba.

—Pues cerraré tambien esa otra puerta, repuso Quevedo yendo hácia la alcoba. No salís de aquí.

—Si os empeñais en eso, replicó doña Esperanza, me arrojaré por la ventana. Dejadme el paso libre, caballero, y no jugueis con mi honra.

—Vuestra honra, señora, está segura donde yo estoy. Os juro á fé de caballero, que nadie osará mancillarla.

Oyéronse á este tiempo pasos y golpes en la puerta cerrada, y la voz de una dama que decia:

—Qué es esto? Pues por qué se esconde la señora de Cetina?

—Oís? exclamó esta temblando. Qué va á ser de mí cuando sepan que no estoy sola?

El ruido cambió de rumbo, y se oyó hácia la alcoba. Doña Esperanza cogió las manos á Quevedo y le dijo casi llorando:

—Tened piedad de mí! Escondeos! Por qué me quereis tan mal?

—Nada temais, señora, repuso Quevedo: sois mi esposa.

Los dos volvieron la cabeza hácia las cortinas de la alcoba, donde acababa de aparecer la condesa de Olivares, la cual esclamó riendo:

—Bien! Muy bien! Cogí al gato en la gazapera.

—Y en buena ocasion, señora, respondió Quevedo. Vuestros deseos se han cumplido; pues me caso con esta dama, si ella lo consiente.

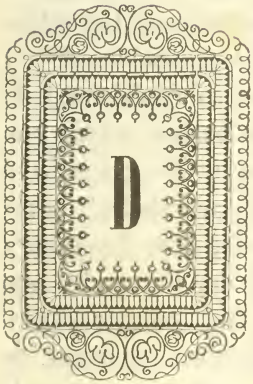
Ocho dias despues se celebraban las bodas de Quevedo con doña Esperanza de Aragon y la Cabra. Los esposos permanecieron seis meses en el castillo de Cetina gozando de un amor puro y sin celages. Solo de tiempo en tiempo turbaba su dicha alguna sátira de las muchas con que los poetas cortesanos saludaron su matrimonio. Pero todas las burlas é invectivas maliciosas juntas perdian su fuerza en el ánimo de Quevedo, embebido en la pureza y ternura de su esposa.

Urrabieta lit.º Lit Labielle c Monserrate, 3

Nada temais, señora, sois mi esposa.

CAPITULO XXVII.

POR AMAR Y ABORRECER.



DEJAMOS al marqués de Ayamonte saltando por la tapia del jardin del conde de Monterey, la noche que se representó allí la comedia de Quevedo y Mendoza; y fuera descortesía no acordarse mas de tan ilustre personage, y omision inconveniente no decir como en tal parage se hallaba, por qué huia ocultándose de Olivares y lo que le aconteció despues.

El marqués acababa de llegar á la córte aquella noche, con permiso del Rey, que le habia levantado el destierro por la intercesion de su amiga Maria Calderon y de Quevedo: en derechura se fué á casa de ella, quien no habia dejado de comunicarle por escrito el buen suceso de sus gestiones; mas no hallándola, y teniendo empeño en verla, se hizo introducir en los jardines acompañándole el marido de Amarilis, que le hizo pasar por galan de la compañía.

En la entrevista que tuvo allí con la jóven amiga del Rey, se

apercibió de dos cosas: 1.ª, que su protegida era efectivamente digna por su belleza y discrecion de los obsequios de un monarca, y 2.ª que hubiera él podido, favoreciendo sus amores con don Felipe, neutralizar, ya que no superar el valimiento de Olivares. Supo al mismo tiempo, que este, recelándose de él por su intimidad con la jóven, habia infundido celos en el ánimo del Rey; lo cual bastó para que viéndole llegar como quien busca alguna persona, temiese ser conocido y procurase huir, sustrayéndose á sus pesquisas.

No pudo, sin embargo, permanecer oculta su entrada en los jardines: Celia, envidiosa de Maria Calderon, y el padre Niseno, con quien el marqués fué á juntarse al otro lado de la tapia, eran dos testigos peligrosos: por ellos supieron la ocurrencia el diestro Narvaez, la Roma y otras personas, que interpretándola maliciosamente, hicieron informar al conde-duque de lo que habian oido contar y de lo que sospechaban: bien se comprende que, en tales lenguas, la fidelidad de la Calderona quedaria bastante mal parada, y que no se omitiria la circunstancia de haber favorecido Quevedo la fuga del marqués.

Olivares tomó sus precauciones para sorprender á este su rival político; pero afectó ignorancia, y dispuso la marcha del Rey á Cataluña, proponiéndose facilitar así al marqués las ocasiones de ver á su amiga. Estando en Barcelona, recibió aviso confidencial de uno de sus espias, el cual le participaba que la dama recibia con frecuencia las visitas de aquel caballero. Entonces Olivares reavivó los celos del Rey de tal modo, que le hizo regresar á Madrid, antes que las córtes del Principado hubiesen resuelto nada favorable á sus exigencias: quedó en lugar suyo el infante don Fernando, que habia vuelto de Alemania con bien sentada fama de valiente y gran capitan, el cual continuó presidiendo la asamblea catalana, de quien no pudo al cabo conseguirse mas que una parte mínima de las rentas pedidas, y esto con carácter de donativo gracioso; pero nada absolutamente del registro de sus cuentas, como el privado pretendia para rebajar sus fueros.

Entre tanto, los implacables enemigos de Quevedo, conociendo que habian descubierto un lado flaco para perjudicarle en el concepto de Olivares y del rey, redoblaban sus golpes contra él: todos sus

escritos eran comentados; y hasta en los mas antiguos, hasta en la *Política de Dios*, compuesta en tiempo de Felipe III, encontraban críticas y alusiones al gobierno presente: no quedó malicia que no se le atribuyese, ni concepto alguno, por generalizado que fuera, que no recibiese tortura para aplicarlo á las circunstancias del momento: hízose de modo que los mas de los poetas se creyesen aludidos en las saladas burlas, que contra los pedantes y cultos habia sembrado nuestro héroe en varias de sus prosas; y el genio irritable de los vates se levantó tambien contra él, de suerte que era inmenso el clamoreo. De nada de esto se cuidaba Quevedo, entretenido á la sazon en disfrutar el bien tardío de su afortunado matrimonio, y en arreglar los asuntos de intereses suyos y de su mujer.

Cuando volvió á Madrid, encontró gran mudanza en el conde-duque: no solamente observó que le recibia con frialdad altanera, sino que habiendo intentado volver á verle, sufrió igual tratamiento de parte de sus criados; los cuales le despacharon diciendo, que su excelencia estaba ocupado.

—En picardías, murmuró para sí Quevedo: y salió de aquella casa bien resuelto á no poner en ella mas los piés, como el mismo Olivares no se lo suplicase.

Habia llegado el favorito por este tiempo á tal grado de poderío, que la desgracia de Quevedo con él pareció á sus contrarios mayor que si el mismo Rey le hubiese despedido de su servicio: con efecto, Felipe IV no era ya en su palacio mas que una sombra de majestad, aun cuando habia recibido de su primer vasallo el título de Felipe *el grande*; no era menor su decadencia moral, que la real y efectiva de su vasta monarquía, y no estaba lejana la hora en que otro adulador cortesano, para consolarle de las inmensas pérdidas de territorio y poderío que sufrió la nacion española en su reinado, le dirigiese la lisonja mas ingeniosa de que hay memoria, cuando le dijo: «V. M. es solo comparable á un foso; mas grande, cuanto mas le quitan.»

El despilfarro y el poco tacto político de Olivares eran la causa de tanta decadencia y ruina: sin hombres ni dinero se empeñaba aquel ministro en mantener grandes ejércitos activos, no solo en Alemania y Flandes, que el previsor Felipe II quiso ya separar de Es-

paña como estado oneroso y sepultura de nuestra grandeza, sino tambien en el norte de Italia, y lo que es mas en favor de Francia nuestra natural enemiga. Y al mismo tiempo que por defuera debilitaba así las fuerzas españolas con copiosas sangrías, creaba en el interior la division y el descontento, preparando la desmembracion del Portugal y la cruenta guerra civil de Cataluña. Sin embargo, el Rey, entregado á las musas y embebido en los placeres, nada de esto veia, y todo le parecia poco para premiar los servicios de su orgulloso privado: dióle la facultad de representar á muchas ciudades en Córtes, privando así á la nacion de su mas sagrada prerogativa; le concedió privilegio para obtener encomiendas en todas las órdenes militares, ocasion de grandes abusos y aumentos para el favorecido; le confirió los cargos de camarero y caballerizo mayor, el de sumiller de Corps y el de canciller de las Indias: otorgóle para él solo la franquicia de los puertos, por donde embarcaba sus vinos y trigos y hacia entrar sus retornos, obteniendo inmensas ganancias: con el título de duque, le cedió la villa de Sanlucar de Barrameda, y con el manejo de los negocios, la autoridad suprema, pues el Rey de nada se cuidaba: unido á todo esto el empleo de camarera mayor que disfrutaba su esposa, y sin contar los medros de sus parientes y allegados, ni las operaciones de agio que hacia el ministro universal sobre las frecuentes alzas y bajas de la moneda, juntaba este al año una renta de cuatrocientos cincuenta mil ducados; «cantidad, dice un historiador moderno, bastante para mantener un ejército, y que él derrochaba inútilmente en festines y locuras» (1).

Seguia la corte el ejemplo de su soberano de hecho: á sus costumbres y gustos se amoldaba, como á sus caprichos, y veíase la noble raza castellana degenerada, sedienta de riquezas, entregada sin medida al desenfreno y la lujuria, y tan sin dignidad ni decoro, que se humillaba reverente imitando los vicios y excesos de aquel ídolo aborrecido de los pueblos. Pocos eran en número los grandes que reprobaban su vanidad y torpeza; y de estos pocos, unos lo hacian movidos de envidia y odio, y otros por resentimientos de codicia,

(1) Cánovas del Castillo. *Hist. de la Decadencia de España.*

que desaparecian luego con la causa que los motivára.

Entre tal gente no habia mas virtud ni mas méritos que el favor: el que obtenia una sonrisa del privado era digno de estimacion; el que sufria su ceño solo alcanzaba de los demás retraimiento y desdén.

Quevedo se vió desairado en la corte; pero despreció con magnanimidad sus vanidades; y llamándole por otra parte sus propios negocios, marchó á la Torre de Juan Abad, cuyo dominio se le disputaba á la sazon con mas encarnizamiento que nunca. Ocho meses habian transcurrido desde su casamiento; y á poco de llegar á la Torre, vino á juntársele con los otros disgustos el mayor que pudiera sentir su corazon regenerado por el amor: aquella esposa modelo, aquella escelente compañera que el cielo pareció darle para que supiese apreciar el tesoro de virtudes que puede hallarse en una mujer, acababa de fallecer durante su ausencia. Quevedo creyó en los primeros momentos ser presa de alguna horrible pesadilla; maldijo su destino; se rebeló contra la adversidad que de tan raro bien le privaba, cuando apenas lo habian gustado sus labios; pero al cabo, como filósofo cristiano, atribuyó tan gran pérdida á sus muchas culpas, y se resignó á sufrirla en expiacion de ellas.

El tiempo, que todo lo consume, no pudo borrar de la memoria de nuestro poeta el recuerdo apacible de su Esperanza; pero el cultivo de las letras y particularmente de la ciencia política, á que las necesidades crecientes y grandes miserias de la nacion le arrastraban á pesar suyo, mitigaron aquel dolor irremediable.

Al cabo de algunos meses volvió á Madrid. ¡Cuán sorprendente contraste presentó á sus ojos aquella corte frívola, devorada por el lujo y la sed de placeres, con el resto del pais pobre y saqueado por el gobierno y por las numerosas bandas de facinerosos que lo infestaban! En donde fueron los bosques del Prado se habia erigido, como por encanto un palacio rodeado de magníficos jardines, con sus fuentes, sus estanques, sus paseos y sus apartamientos y grutas, sombreadas por lasciva yedra: sucedíanse allí las fiestas sin interrupcion; de dia las cabalgadas y los juegos; de noche las comedias, los bailes y las misteriosas intrigas de impúdicos amores: allí las altas damas, perdido el recato, compraban las satisfacciones de

su vanidad dando en pago las del placer, y la corte de España que aun presumia de modelo, era ya en el Buen Retiro imitadora de lo malo importado de Francia.

Quevedo habia visto demasiado mundo y corrido muchas aventuras para que se escandalizase de nada; pero su espíritu era recto, y su esperiencia misma, guiada por la luz de una perspicacia política ilustrada, le hacia mirar aquel desórden como laboratorio de venenos corrosivos, que se propinaban á la nacion en grandes dósis: á pesar de estar en desgracia con el ministro, y por consiguiente con el Rey, á quien no veia nadie no consintiéndolo aquel, conservaba nuestro poeta sus prerogativas en la corte, y entraba en ella, donde no le faltaban amigos: de su ingenio y de su mano salian con frecuencia las mas justas censuras, que los enemigos de Olivares propalaban con aplauso, y que á veces penetraban hasta los aposentos reales.

Al retirarse una noche á casa del duque de Medinaceli, donde tenia su morada, vió un coche que estaba parado cerca de la puerta, y reparando en un lacayo que se le acercaba haciéndole señas, se fué hácia él, diciéndole:

—Qué desea el señor *corito*?

El lacayo, haciendo ademanes de mudo, le acercó al coche, por cuya portezuela asomó una blanca mano y salió una voz de mujer, que dijo muy quedo:

—Amais á la Reina?

—Con todo el respeto y veneracion debidos, respondió Quevedo.

—Si quereis servirla, entrad aquí conmigo, repuso la misma voz.

El poeta, curioso de ver el fin de esta inesperada aventura, subió al coche, que partió al momento, y se encontró allí á solas con una dama tapada, la cual le tomó una mano y comenzó á decirle:

—No en vano he puesto mi confianza en vuestra señoría: veo que sois todo un cumplido caballero, pese á los malsines que intentan desacreditaros; y me huelgo de haber aconsejado á S. M. que se valga de vos.

—Vuestra merced, ó señoría, ó excelencia podrá holgarse

cuanto guste, la respondió Quevedo; pero como yo no tengo la dicha de saber con quien hablo, ni á donde voy, ni á qué, guardo para mejor ocasion el mostrarme agradecido á vuestros piropos.

—Obrais como prudente, repuso la dama: por ahora, básteos saber que soy vuestra mas apasionada amiga, y no de hoy, sino de hace mucho tiempo; y que yendo conmigo, no puede sucederos nada malo. ¡Ay! suspiró al llegar á este punto la desconocida.—Sucederos nada malo! Si todos supieran apreciar vuestro mérito, como yo y como la dulce paloma sin hiel que habeis perdido, Quevedo seria el hombre mas feliz y respetado de la tierra.

—Mucho favor me haceis, señora.

—No todo el de que os creo digno: permitidme decíroslo con la libertad que me dá mi incógnito, y sabed que lo guardo y lo guardaré si puedo toda mi vida, solo para tener este gusto. Sí, don Francisco; yo os he admirado siempre, hasta en ocasiones en que solo he merecido vuestros desprecios.

—Señora, no me negueis vuestro nombre: sin duda he cometido contra vos injusticias que debo reparar...

—Sí, una cometísteis muy grande; pero es mas grande mi corazon, y ya olvidé lo que no habria perdonado nunca una mujer vulgar. Hoy que habeis aprendido en vuestra esposa que hay mujeres de mérito nada comun, puedo decíroslo sin abochornarme.

—Gran mérito es el vuestro sin duda; pues siendo mujer, perdonais desprecios: pero sois injusta conmigo y con vos misma, ocultándome el nombre que debo respetar mas en el mundo.

—Mi nombre, os lo diré á medias: me llamo Margarita.

—Y nada mas?

—Nunca sabreis mas.

Esta Margarita, cuyo apellido ha quedado envuelto en las sombras del misterio, era la misma dama que propuso á Quevedo por esposa el echadizo de la condesa de Olivares, y por quien escribió aquel su terrible sátira contra el matrimonio. (1)

---

(1) Fué la única mujer de este nombre que tuvo relaciones con Quevedo fuera de su familia; los supuestos amores de este con doña Margarita duquesa de Mantua, enlazados en el drama *Don Francisco de Quevedo*, son, como todo él, pura ficcion poética.

Hablando así continuaron, sin que ella se descubriese, ni él aplacára su curiosidad, hasta que paró el coche á espaldas de uno de los pabellones del Buen Retiro. La dama bajó sola, encargando al poeta que la aguardase allí dentro, sin hacer ningun ruido, y desapareció entrando por una puerta escusada: cinco minutos despues volvió, y tomando á Quevedo de la mano, le dijo al oido:

—Seguidme: la Reina está sola y quiere hablaros.

—Procedamos con calma, preciosa Margarita, respondió el poeta. Yo sé que S. M. no está nunca sola. ¿Para qué me llama?

—Lo ignoro: solo puedo afirmaros que está sola en este momento: la camarera mayor se halla indispuesta, y se ha retirado temprano, confiándome el cuidado de la real cámara. Venid, y no tengais miedo.

Esta palabra hizo decidir al poeta; el cual habiendo subido por una escalera oscura, guiado siempre por la dama, se encontró á poco y al abrir una puerta, en un lindo gabinete y en presencia de la reina doña Isabel: Margarita retrocedió, dejándole solo con ella, que le dijo:

—Venid acá y sentaos.

—Señora, no creo merecer... dijo Quevedo inclinándose profundamente.

—Os lo permito; llegad, repuso la Reina. Me han dicho que estais quejoso de Olivares, y os he llamado, porque son mis amigos todos los que le aborrecen.

—Con ese motivo, y sin él, yo siempre lo seré de V. M.

—Bien: da vergüenza lo que está pasando en España, prosiguió la Reina; y creo que vos, como buen español y caballero, me ayudareis á derribar al famoso Atlante de la monarquía. Para esto necesito el apoyo de una mujer amiga vuestra: la Calderona.

—V. M. necesita el apoyo de esa mujer?...

—No la aborrezco, respondió doña Isabel penetrando el pensamiento de Quevedo: sé que es buena, y respecto sus sentimientos: influye mas que yo en el ánimo del Rey, de quien tiene un hijo; esto la ennoblece, á pesar de su orígen humilde: padece mas que yo tambien por efecto de la tiranía del privado; y esto hace que yo la considere como á una hermana de infortunio. Vais á verla en mi

nombre, y á decirla que hago alianza con ella para combatir á nuestro comun enemigo; que á esto me decide el amor á España y el odio á su destructor tirano: que olvido las ofensas hechas á mi tálamo real, si estas han de producir la ruina del malvado: esto habeis de decirla; y yo sé que, si ella quiere, tiene poder para todo: que pronuncie una palabra, una sola; y no aguarde, para su daño, á que el Rey la oiga de otros labios.

—Lo haré como lo mandais, señora, repuso el poeta.

—Id, y sed prudente: cuidado con vuestra cabeza!

—Ella me valga, señora.

—En caso necesario, Margarita os dará ocasion de verme. Adios!

Quevedo saludó á la Reina y salió.

Desde el Retiro se fué directamente á casa de Maria Calderon, en cuyos aposentos bajos encontró á su antiguo aperador Robustiano, convertido en caballerizo, ó gefe de la cochera: este le facilitó los medios de ver á su hija, sin llamar la atencion de los demás criados, y Juanilla el de hablar á su señora, que estaba sola en aquel momento.

La conversacion de Quevedo con la Calderona fué tan íntima y secreta que no ha llegado á nuestro conocimiento. Solo sabemos que habria transcurrido una hora desde que él entró en su estancia, cuando vieron aparecer á Juanilla muy azorada, diciendo:

—Señora, el conde-duque!

—No le recibais, dijo Quevedo á la dama.—Y añadió volviéndose á Juanilla: —Dile que ha dicho tu señora, que no quiere verle.

Juanilla se quedó perpleja, mirando á su ama y á Quevedo.

—No es posible... no me atrevo... balbuceó Maria. Retiraos vos, don Francisco.

—Haré lo que mandais; pero perdeis una buena ocasion.

—No os detengais, señor, dijo la camarera: venid, venid.

Quevedo la siguió encaminándose á la salida interior que ella le señalaba: Juanilla le echó fuera; pero con la precipitacion y el sobresalto, al cerrar tras de él la puerta, le cogió una punta del ferreruelo; y sin reparar en esto corrió á la otra puerta, donde aguardaba Olivares para ser introducido. Quevedo, sintiéndose sujeto, cortó con la daga el ferreruelo y dejó allí el pedazo.

El conde-duque entró sonriéndose, y habiendo hecho á la dama un saludo cortés, mandó con una mirada á Juanilla retirarse. Luego que esta salió, el privado tomó un taburete y fué á sentarse á los piés de la cómica, la cual apartó instintivamente su silla.

—Esquiva, como siempre, dijo él. No he conocido ninguna mujer mas ingrata.

—Sois injusto, señor conde, respondió la jóven: si yo fuese ingrata, ya estaríais ahorcado.

—Bien sabeis que no es posible: tengo en mi poder cartas vuestras y de vuestro amigo el marqués, que justifican todos mis pasos secretos cerca de vos.

—Esas cartas no pueden comprometerme, y no hareis mal uso de ellas, porque fuera una cobarde villanía.

—No haré uso de ellas, porque sois mi ídolo, hermosa Maria; si no fuese por esto, mi deber...

—Callad! Callad, por Dios! exclamó la dama levantándose. Cómo invocais vuestro deber, cuando estais faltando á la amistad de vuestro rey?

—Sentaos, señora, y escuchadme con calma... Pero quizá exijo una cosa imposible; pues al llegar yo aquí, he observado que la teníais perdida.

—Qué quereis decir?

—Sentaos: hace algunos momentos, no estábais sola, ni tan á disgusto como ahora... Tranquilizaos: no intento perjudicaros en nada, ni fuera esto en mí buena política, cuando solo deseo agradaros y serviros.

—Señor conde, me calumniais.

—Señora, dijo el privado levantándose á su vez, y dirigiéndose á la puerta por donde habia salido Quevedo. Sois mujer, y no estraño que me desmintais con tanto descaro, á pesar de que yo mismo he oido... Pero, ¿qué veo? Aquí asoma la punta de una capa.—Veis, señora? Eso no es una calumnia: es un cautivo. Sed compasiva con él y dadle libertad. Ved si soy generoso.

—Pero qué es esto? Yo no comprendo... dijo turbada la jóven.

—Poco tiene que comprender, señora, respondió Olivares cogiendo la llave de la puerta con una mano, y con la otra la empu-

ñadura de la espada : esto significa que el pájaro con quien estábais hace poco, al salir se ha preso un ala.

Y así diciendo abrió la puerta : el pedazo de ferreruelo cayó al suelo : el conde lo recogió, y doblándolo con mucho cuidado, se volvió hácia la dama que le miraba temblando.

— Una prenda mas, señora, dijo : vuestra fortuna es grande, por cuanto soy yo, y no el Rey, quien la ha encontrado.

— A eso llamais fortuna! exclamó la jóven indignada. El Rey tiene lo que á vos falta para hacerme justicia, y yo no temo tanto su enojo como vuestra maldad.

— No alceis el grito : estais bajo mi poder ; sois culpable, y solo un medio teneis de salvacion... Ese medio es bien dulce : nada os cuesta y os puede valer un amigo.

— Jamás ! jamás !...

Un cuarto de hora duró este debate : al cabo de este tiempo sonaron gritos en la estancia, y la fiel Juana con otros criados, atropellando todo miramiento, entró fingiendo haber oido que la llamaba su señora. Esta se hallaba caida y desmayada en un confidente : Olivares se volvió á la camarera, y la dijo :

— Sí : le ha dado una convulsion : asístela mientras viene el doctor que ha de curarla. Y vosotros, añadió dirigiéndose á los demás criados, salid fuera.

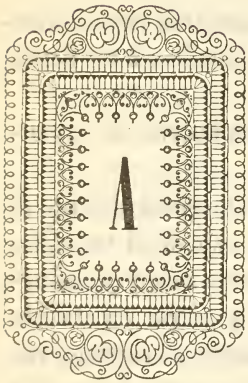
Dicho esto, se retiró, cerrando antes las dos puertas de comunicacion y llevándose las llaves.

Serian las dos de la madrugada, cuando paró un coche delante de la casa, escoltado por un piquete de archeros : bajó de él un caballero anciano de la familia de Olivares, entró en la casa y permaneció allí una hora ; despues de lo cual volvió á entrar en el coche acompañando á dos mujeres cubiertas con mantos. El carruage con su escolta partió al momento, y mas tarde se supo que habia ido á parar al convento de las Huelgas de Burgos.

Al dia siguiente se confería al marqués de Ayamonte el cargo de gobernador de la ciudad de este nombre, y se le mandaba partir sin demora, por convenir así al mejor servicio de S. M. en las fronteras de Portugal.

CAPITULO XXVIII.

DE COMO QUEVEDO PUSO UNA POST-DATA AL CONDE-DUQUE.



CONTECIÓ entonces lo que pocas veces se habrá visto: la Reina supo con enojo la desgracia de su rival, injustamente condenada á concluir sus dias en la soledad de un claustro; pero como era mujer, al fin se dió por contenta, y esperó, ganando el corazon de su esposo, alcanzar por sí misma, lo que, en su odio, habia pretendido por la mediacion de otra.

Pero se equivocaba mucho en esto; pues el conde-duque, derribada la Calderona, á quien cortejaba solo porque la temia, puso entonces sus miras con mayor cuidado en la Reina, y la cerró completamente el paso para llegar á la íntima confianza del monarca.

Felipe IV no era ya visto por sus súbditos mas que en las ocasiones solemnes ó en el seno bullicioso de los placeres; y aun en tales casos, Olivares aparecia pegado á él como la uña al dedo: era ma-

terialmente imposible elevar hasta el trono ninguna queja: intentarlo era delito; y muchos sufrieron el castigo antes de ver el amago de la mano que tenebrosamente les heria.

En tal estado, faltos los pueblos de la válvula de seguridad por donde exhalan sus legítimos deseos, concentraban en secreto la justa ira, que venian filtrando en sus pechos por mucho tiempo los desaciertos del gobierno: las provincias mas apartadas del centro de la Península rugian ya sordamente; Cataluña, mas que las otras acostumbrada á considerar la autoridad real como protectora del pueblo, habia poco antes desairado la vanidad de Olivares, cuando este se presentó la última vez en Barcelona: Portugal, mal adherido á la corona de Castilla y peor tratado por esta, conspiraba para emanciparse entregándose en brazos del duque de Braganza: en todas partes, donde el descontento podia manifestarse mas ó menos libre, se descubrian muestras de un enojo mal contenido.

No ignoraba nada de esto Olivares; pero lejos de aplicar el remedio á tantos males, llevado de su imbécil orgullo, y no sabiendo mas que imitar, sin pulso para hacerlo á su tiempo, ideó el proyecto de asimilar todas las provincias á un solo y único fuero, como si posible fuese llevar á cabo tal empresa en un dia y por la sola fuerza de una voluntad absoluta. Laudable hubiera sido el intento, si el campo hubiese estado ya dispuesto para recibir la semilla; si el fin hubiese sido mejorar la condicion de todos por la agregacion de fuerzas que supone la unidad; pero el privado no se proponia mas que estender su despótico imperio, subyugar en todas partes sin contrapeso, y saciar la hidrópica sed de oro que devoraba á la corte, siempre necesitada, cuanto mas fastuosa: movíale además un sentimiento mezquino de venganza; el de ver á Cataluña humillada á sus piés.

Sobrevino por este tiempo la guerra de Francia en el Rosellon: Olivares pidió subsidios y hombres á Cataluña para atacar al enemigo en su frontera: Cataluña se los concedió y sus soldados dieron á Castilla la victoria.

Creyó el privado que, pues Cataluña era fiel, podia impunemente ser atropellada; y comenzó á mandar sobre ella derogando sus fueros: impúsole quintas y el servicio de alojamientos, y dió ins-

trucciones terminantes á las autoridades reales del Principado, para que hiciesen obedecer sus mandatos con el mayor rigor y sin transigir en lo mas mínimo.

Las tropas castellanas é italianas, avezadas á vivir sin pagas y á costa del botin y la rapiña en Holanda y Milan, las mismas que no habian sabido triunfar sin la ayuda de los catalanes en recientes campañas, alojadas por fuerza, trataron á Cataluña como solian tratar á otras tierras enemigas; robaron, mataron, incendiaron, llegando hasta profanar los templos y despojarlos de sus joyas, en algunos pueblos de la montaña: trabóse al punto lucha sangrienta entre ellos y los naturales, quienes llevados de un odio justo, pero nada ilustrado, confundieron en su rencor á toda España y cuanto de ella procediese fuera de Cataluña.

De aquí provino aquella lamentable contienda, orígen y ocasion del mayor desastre que ha sufrido nuestra patria; de aquí la pérdida de Portugal que nos redujo y nos mantiene en el estado de potencia secundaria, sin que el mismo Portugal haya conquistado su independencia.

Mientras algunos de estos acontecimientos se sucedian y otros se preparaban, Quevedo no estaba ocioso: rechazado por Olivares y sus cortesanos, su alma libre de todo lazo y nunca esclava del temor, comenzó de nuevo á batir las alas con energía y á concentrar sus fuerzas para emplearlas en bien del pueblo oprimido. Conoció con toda la lucidez de su inmenso genio, que nunca ó raras veces habia recibido del poder sino favores interesados; al paso que á la masa general de la nacion, nobles y plebeyos, debia las simpatías permanentes, que despues han contribuido á inmortalizar su nombre. Así que, mientras exclamaba del fondo de su corazon: «Tú, desgraciado pueblo mio, tú solo me comprendes: tú me has amado en la fortuna y me acoges en la adversidad: para tí sean los últimos alientos de mi vida!...» mientras esto pensaba, escribia desengañado:

«Para entrar en Palacio, las afrentas,
¡Oh Licino! son grandes; y mayores
Las que dentro conservan los favores,
Y las dichas mentidas y violentas....

Llovian de todas partes las sátiras é invectivas embozadas contra la vanidad y los odiosos manejos del ministro, y atribuíanse á Quevedo con justicia las mas vivas y certeras: los enemigos de Olivares, que eran muchos, incitaban al poeta con su aplauso: en una reunion de intimidad, de las que solian celebrarse en casa del duque de Medinaceli, hablóse de las agitaciones de Cataluña, y de como irritado el conde-duque de que no se llevasen las cosas tan á sangre y fuego como él quisiera, habia tenido intento de ir en persona á castigar la naciente rebelion; mas deteníale un cólico que le acometió al mismo tiempo, á consecuencia de una comilona, y contaban los mejor informados, que en los mas fuertes accesos de sus dolores, pedia caballos y coches en lugar de paños calientes.

Hubo alguno que dijo, que la ocurrencia merecia un soneto; y Adan de la Parra, que se hallaba presente, (habiendo venido de Segovia por aquellos dias), miró maliciosamente á su amigo, cuyos ojos chispeaban de inspiracion, y dijo con irónica suavidad:

—Cuidado, amigo, que eso parece aviso de Dios, y hay que tratarlo santamente. Ese cólico me recuerda el ángel que detuvo á la burra de Balaan.

—Ah! exclamó Quevedo golpeándose la frente: razon teneis.

—Alto, señores, repuso un caballero llamando la atencion de los demás, que ya la tenian fija en el poeta: oid, tenemos soneto.

—Sí, dijo nuestro héroe cuadrándose: —*Soneto bíblico*.

« A maldecir al pueblo, en un jumento
Parte Balaan, profeta acelerado;
Que á maldecir cualquiera va alentado:
Tal es el natural nuestro violento.
Dios, que mira del pueblo el detrimento,
Rey en guardar su pueblo desvelado,
Clemente opone á su camino armado,
De su milicia espléndido portento.
Obedece el jumento, no el profeta;
Y cuando mereció premio y regalo,
Mas obstinado á caminar le aprieta.

Teme la asnilla al ángel: sufre el palo;
Y halló el cielo obediencia mas perfeta
En mala bestia, que en ministro malo.»

Otros desenfados por este estilo y mas picantes corrian manuscritos, y se recitaban de memoria, pero sin nombre del autor; pues no era Quevedo solo quien dedicaba su ingenio á combatir al mal ministro; si bien él y Adan de la Parra solian ser los mas atinados en sus tiros, y los que daban mas contentamiento al público, á no pocos próceres y á la Reina.

Fruto de mas profundo estudio era la brillante fantasía político-moral, escrita por nuestro poeta poco antes, bajo el título de *Hora de todos y la Fortuna con seso:* figuraba en ella su autor que la veleidosa deidad, cansada de las quejas de los hombres, y de que la acusasen de distribuir injustamente sus favores, habia pedido una hora á los dioses del Olimpo para cambiar el estado de todas las cosas acá en el mundo, y dar á cada cual su merecido. Llega el momento de la ejecucion, y cae sucesivamente la máscara de hipocresía que cubre todas las miserias y los vicios de los hombres: arrastrados por el torbellino de aquella hora fatal, salen á la vergüenza y pierden su mal adquirida importancia los médicos y boticarios charlatanes; los jueces mercadería; las mujeres venales, adobadas y abreviadoras de años; los campanudos guardainfantes, encubridores de trampas y pecados y padres de los modernos miriñaques; los usureros y tramposos; los letrados y pleiteantes; los fulleros, taberneros y alquimistas; los potentados de diversos pueblos y naciones y los ministros ladrones; y hasta el Rey con su corte no quedan en salvo de la terrible zurribanda.

Recayó la conversacion sobre esta obra, por la parte que en ella alcanzaba á Olivares y á su caterva de vampiros y arbitristas; y el almirante Henriquez, enemistado con el valido por favorable á Cataluña, preguntó á Quevedo, si no se ocupaba en alguna otra, que tocase mas directamente al orígen de nuestros males. El poeta, no fiándose de todos, le habló en particular, y le dijo:

— Si, señor: ahora escribo *la Isla de los Monopantos.*

— El Almirante soltó una carcajada, y preguntó:

— Diabólico nombre! Qué significa eso de Monopantos?

— Es una palabra compuesta del griego, y quiere decir: los que todo lo desean para sí, ó los amos de todo.

— Ahora comprendo: ¿y son ellos?...

— *Prágas Chincollos*, gefe supremo de la caterva.

— Ya!... Gaspar Conchillos! exclamó el Almirante riendo: el conde-duque! jah! jah! jah!... Seguid.

— *Philárgiros*, es decir *amante del oro*, el secretario Saenz de Navarrete; — *Crysóstheos*, ídolo de oro, el secretario don Antonio Carnero; — *Danipe*, ó Pineda, como gusteis; — *Arpiotrotono*, alias protonotario que es lo mismo, y en griego significa *milano de las blancas tocas*...

El Almirante soltó otra carcajada, interrumpiendo esta ingeniosa nomenclatura, al oir la calificacion picante dada al protonotario de Aragon, Gerónimo de Villanueva; quien además de la aventura que en otro lugar hemos referido, acaecida en el convento de la Encarnacion, tenia contra sí el haber hecho que el diablo poseyese los cuerpos de veinticinco monjas nada menos.

— Acabad pronto esa obra, que será gustosa, dijo el Almirante á Quevedo. Supongo que apretará bien las clavijas?

— Tal cual: no figura mas que una junta de los *monopantos* con los judíos de Salónica, para tratar del mejor arte de comerse los pueblos, sin que lo sienta la tierra. Su plan es el de hacerse señores de los señores y amos de los príncipes, para chupar á estos lo que ellos chupan á sus pueblos y reinos. En tal estado les coge la hora, y unos á otros se comen á bocados.

— Es un grano de anís! Cuando esté concluida, nos la leereis.

Pocos dias despues tuvo efecto la lectura de la *Isla de los Monopantos*, fundadores de la secta del *dinerismo*, en una nueva reunion de amigos íntimos de Medinaceli: agradó á todos en estremo, y Quevedo recibió al dia siguiente un billetito perfumado, citándole á una casa particular, y encargándole que llevase consigo aquel escrito: firmaba el billete Margarita.

Consultó nuestro poeta el caso con el duque y Adan de la Parra, y ambos fueron de opinion, que no debia confiar á nadie el manuscrito de los *Monopantos*, y menos á la indiscrecion de una mu-

jer desconocida, aunque esta fuese, al parecer, confidente de la Reina. Quevedo, sin embargo, determinó llevarlo consigo, y hacer despues lo que le pareciese mas prudente.

Margarita le recibió con mucho misterio en un gabinete de la casa, que dijo pertenecer á una amiga suya, y comenzó á tratarle con tanto agasajo, que él no pudo menos de adivinar en ella deseos de mayor intimidad: permanecia, sin embargo, tapada; y por nada del mundo queria consentir en descubrirse: tanta gazmoñería y monada incitó al poeta á probar fortuna, y vió muy pronto que aquella fortaleza solo rendirse deseaba: dióla un beso en la mano, y se le contestó con un suspiro: la abrazó, y los suspiros pronto se trocaron en amorosos debates. Fuera del rostro, que con terquedad se tapaba, ninguna otra cosa resistia ya conceder al poeta la incógnita hermosura; cuando inesperadamente se vió abrir una puerta, y entrar en el aposento un apuesto galan, con el rostro ceñudo, la voz y las palabras amenazadoras; mas no contra Quevedo, sino contra la dama, á quien pretendia matar, para lavar, decia, su deshonra y la de su noble alcurnia.

Quevedo, no obstante, creyó que debia tomar la defensa de la dama, quien dirigiéndose al otro caballero, le dijo:

—No soy quien habeis pensado, ni tengo por qué daros cuenta de mis acciones: vuestra esposa me ha permitido entrar aquí, por no ser posible en otra parte, para tratar de altos asuntos de estado con este caballero, que va á ser mi marido.

Al oir Quevedo estas palabras, se puso en armas, y respondió:

—Ser marido, ya lo he sido:
Que no me pesa, es verdad;
pero soy mayor de edad,
y lo que quiero, lo pido.
Mujer que á mí se ha venido,
diciendo: «Topa, carnero,»
ni la busco, ni la quiero,
ni habrá de ser mi mujer:
que la tome Lucifer,
y á sus cuernos ponga un cero.

Y sin aguardar respuesta, salió de la habitacion, dejando al parecer asombrados al galan y á la dama.

— Se os ha burlado, dijo el primero.

— Me vengaré, contestó ella.

Quevedo recibió aquel mismo dia la siguiente carta:

«Señor don Francisco: Si por lo agudo quiere vuestra merced «salirse de sus empeños, sepa el muy rufian que, para quien tal «quedó, nada detendrá su lengua si, cual debe, no se dá á razon. «—*Margarita.*»

El poeta la contestó en seguida de este modo:

«Fuera menos p... y ganára mas, señora mia. Desate, si puede, «mas de lo que está su lengua; que si espera mi licencia, la tiene «cuanto mas desée. — *Yo.* (1)

Escrita y enviada esta carta por el mismo mensajero que habia traido la otra, pensó Quevedo que le importaba mucho asegurarse en la gracia de la Reina; para lo cual, nada podia igualar á un golpe maestro que derribase á Olivares. Mas, ¿cómo hacerlo? Quién haria llegar las justas quejas de la nacion á los tapiados oidos del Rey?

Paseándose el poeta una mañana por los corredores de Palacio, y pensando en la dificultad de su empresa, de pronto se dió una palmada en la frente y exclamó:

— Esto es! Nadie entra en la cámara real mas que Olivares: pues bien, que él mismo lleve mi memorial.

En seguida se retiró á un estremo solitario, sacó un papel que llevaba doblado en un bolsillo, le clavó un alfiler en un estremo, y se lo guardó debajo del brazo.

Era la hora en que el privado solia entrar á despachar con el Rey: las antesalas hervian ya de cortesanos, porteros, hugieres y pretendientes. Quevedo se metió entre estos últimos, y aguardó con impaciencia la llegada del ministro.

No tardó en presentarse este, pisando grave y escaseando saludos á las profundas reverencias, que por todas partes le asediaban: los pretendientes se agolparon á su alrededor, memorial en mano,

(1) Históricas.

y Quevedo con ellos; pero no sin hacer de modo que Olivares no le viese á favor de la muchedumbre y el barullo. Los memoriales pasaban de mano del valido á las de un secretario, que los iba juntando todos. Al llegar aquel á la puerta de la cámara real y en el punto mismo que el hugier levantaba la cortina, Quevedo se deslizó por detrás, pasando de la izquierda á la derecha, y le dejó su papel colgado á la espalda.

Su Excelencia entró, llevando á cuestas la acusacion de sus culpas.

Apenas estuvo en presencia de Felipe IV, Velasquillo, un nuevo bufon, que habia reemplazado á Nicolasico, reparó en el papel; y apartándose á un lado de la estancia, comenzó á reir sin hacer ruido y á señalar á la espalda de Olivares, para llamar la atencion del Rey. Al cabo de un rato de esta pantomima, el Rey, figurándose que el bufon habia hecho alguna jugarreta al valido, sin acabar de comprender, dijo:

—A ver, conde? Vuélvete, y mira si sabes lo que quiere de tí ese majadero.

Volvióse Olivares, y entonces el Rey, viendo el papel, añadió:

—Quieto así, conde: no te muevas, ni vuelvas la cara hasta que yo te avise.

Y levantándose, fué él mismo á quitarle el memorial de la espalda: lo desdobló, y al ver que eran versos, comenzó á leerlos sin acordarse ya de la órden que acababa de dar á su valido. A las pocas estrofas, retrocedió y empezó de nuevo, leyendo en alta voz:

«Católica, sacra y Real Magestad,
Que Dios en la tierra os hizo deidad:
Un anciano pobre, sencillo y honrado,
Humilde os invoca y os habla postrado.
Diré lo que es justo, y le pido al cielo,
Que así me suceda, cual fuere mi celo.
Ministro teneis de sangre y valor,
Que solo pretende que reineis, Señor.
Aunque aquí lloramos con tristes gemidos,
No llegan las quejas á vuestros oidos:

Urrabieta lit.º Lit. Labielle c. Monserrate, 3.

Su escelencia entró, llevando á cuestas la acusacion de sus culpas.

Mal oireis, señor, gemidos y quejas
De las dos Castillas, la Nueva y la Vieja.
Alargad los ojos, que el Andalucía
Sin zapatos anda, si un tiempo lucía:
Aquí viene el oro, y todo no vale:
¿Qué serán los pueblos de donde ello sale? »

Olivares oia este sermon pálido de temor y de rabia; pero sin atreverse á volver la cabeza: Velasquillo le miraba y se reia, pero en silencio. El rey continuó leyendo en alta voz el memorial.

« La arroba menguada de zupia y de hez
Paga siete reales y el aceite diez:
Ocho los borregos por cada cabeza,
Y las demás piezas á rata por pieza.
Hoy viven los peces ó mueren de risa,
Que no hay quien los pesque por la grande sisa:
En mas que Dios cria, sin lo que se inventa,
De mas que ello vale se paga la renta.
A cien reyes juntos nunca ha tributado
España mas sumas que á vuestro reinado;
Y el pueblo doliente llega á recelar
No le echen gabela sobre el respirar.
Aunque el cielo frutos inmensos envia,
Le infama de estéril nuestra carestía:
El anciano, pobre, y el buen caballero,
Si enferma, no alcanza á pan y carnero.
Perdieron sus fuerzas pechos españoles,
Porque se sustentan de tronchos de coles:
Si el despedazarnos acaso barrunta,
Si vale dinero, lo admite la Junta.
Familia sin pan, y viuda sin tocas
Esperan hambrientos y mudas sus bocas:
Ved que los pobretes, solos y escondidos,
Callando os invocan con mas alaridos.
Un ministro en paz se come de gajes
Mas que en guerra pueden gastar diez linajes:

Perpétuos se venden oficios, gobiernos,
Que es dar á los pueblos verdugos eternos.
Venden ratoneras los estranjerillos,
Y en España compran horcas y cuchillos;
Y porque con logro os prestan seis reales,
Nos mandan y rigen nuestros tribunales.
Honrad á españoles honrados, macizos;
No así nos prefieran los advenedizos.
Los que tienen puestos lo caro encarecen,
Y los otros plañen, rebientan, perecen.
En vano el agosto nos colma de espigas,
Si mas lo almacenan logreros que hormigas.
Cebada que sobra los años mejores,
De nuevo la encierran los revendedores.
El vulgo es sin rienda ladron y homicida,
Burla del castigo, da coz á la vida:
¿Qué importan mil horcas, dice alguna vez,
Si es muerte mas fiera hambre y desnudez?
Los ricos repiten por mayores modos:
« Ya todo se acaba, pues hurtemos todos. »
Compran vuestras villas el grande, el pequeño,
Rabian los vasallos de perderos dueño.
Si á España pisais, apenas os muestra
Tierra que ella pueda deciros que es vuestra:
Así en mil arbitrios se enriquece el rico,
Y todo lo pagan el pobre y el chico.
Consentir no pueden las leyes reales
Pechos mas injustos que los desiguales;
Ved tantas miserias, yo las he cifrado,
Teniendo mas costa que el papel sellado.
Si en algo he escedido, merezco perdones;
Duelos tan del alma no afectan razones;
Servicios son grandes las verdades ciertas;
Las falsas razones son flechas cubiertas.
Todos somos hijos que Dios os encarga,
No es bien que cual bestias nos mate la carga.

Si guerras se alegan y gastos terribles,
Las justas piedades son las invencibles.
Pero ya que hay gastos en Italia y Flandes,
Crecen los de casa supérfluos y grandes;
Y no con la sangre de mí y de mis hijos
Abunden estanques para regocijos. »

Al llegar á este punto, el Rey, cuya voz habia adquirido cierto grado de exaltacion, dió una patada y suspendió un momento la lectura. Olivares, que hasta entonces habia estado temblando y con la cabeza baja, se volvió un poco hácia el Rey con el semblante sereno. Don Felipe continuó así:

« Plazas de madera costaron millones,
Quitando á los templos vigas y tablones:
Crecen los palacios cien en cada cerro,
Y al gran San Isidro ni hermita ni entierro.
Madrid á los pobres pide mendigante,
Y en gastos perdidos es Roma triunfante;
Al labrador triste le venden su arado,
Y os labran del hierro un balcon sobrado.
Y con lo que cuesta la tela de casa,
Pudieran enviar socorro á una plaza.
Es lícito á un rey holgarse y gastar,
Pero mas medido, medirse y pagar.
Piedras escusadas en tantas labores
Os preparan templo de tantos honores:
Nunca tales gastos son migajas pocas,
Porque se las quitan muchos de sus bocas.
Ni es bien que en mil piezas la púrpura os sobre,
Si todo se tiñe con sangre del pobre;
Ni en provecho os entran, ni son agradables
Frutos que los lloran muchos miserables.
¡Qué honor, qué edificios, qué fiesta, qué sala,
Como un reino alegre que os cante la gala!
Mas alegra á un rey su pueblo abundante
Que vestirse al tope de fino diamante.

Si el rey es cabeza del reino, mal pudo
Lucir la cabeza de un cuerpo desnudo :
Aun dolieran menos los gastos enormes,
Si fueran iguales, pero son disformes.
Muere la milicia de hambre en la costa,
Vive la malicia de ayuda de costa ;
Gana la victoria quien peleó restado,
Brindan con el premio al que está sentado.
El que por la guerra pretende alabanza,
Con sangre enemiga la escribe en su lanza :
Del mérito propio sale el resplandor,
Y no de la tinta del adulador.
La fama, ella misma, si es digna, se canta ;
No busca en su ayuda algazára tanta :
Contra lo que vemos, quieren proponernos,
Que son paraiso los mismos infiernos.
Las plumas compradas á Dios jurarán
Que el palo es regalo, y las piedras pan :
Vuestro es el remedio, ponedle, Señor,
Así Dios os haga de grande el mayor. »

El Rey, que durante la lectura de este memorial, habia sentido diferentes afectos, ya de noble indignacion, ya de ira contra el hombre que tan valientemente le representaba sus propias faltas, al concluir se quedó pensativo ; y por espacio de un minuto, un profundo silencio reinó en la cámara. Pasaban por el rostro pálido y naturalmente serio de Felipe las sombras de sus pensamientos encontrados, hasta que fijándose en uno, que hizo mas profunda la arruga vertical de su duro entrecejo, se le oyó murmurar, repitiendo un antiguo verso de Quevedo :

— « Son la verdad y Dios Dios verdadero. »

Olivares se movió para ver si lograba distraer la atencion del Rey, el cual le dijo :

— Vete ahora, conde : toma este memorial que me has traido, é infórmame sobre él con justicia.

El privado tomó el memorial sin atreverse á levantar los ojos del suelo, y respondió:

—Señor, informen por mí vuestras bondades infinitas. El autor de este escrito no quiere bien á V. M.

—Anda: medítalo bien, repuso el Rey.

Olivares salió consternado de la cámara, creyéndose perdido. Sospechaba que el memorial era obra de Quevedo; pero no podia probarlo, ni sincerarse de los terribles cargos que se le hacian, sin demostrar al Rey que aquel era efecto de una ardiente animosidad personal.

Pasó todo el dia y parte de la noche solo en su aposento y entregado á las mas negras ideas: ya muy tarde, se presentó á él su camarero de confianza, y le dijo que una dama tapada tenia grande empeño en hablarle á solas de asuntos reservados, que decia le interesaban sobremanera. Despues de alguna vacilacion, el conde-duque dió permiso para que entrase la dama: era Margarita.

—Señor, dijo esta sin descubrirse: permitidme guardar el incógnito: altos respetos exigen de mí esta reserva.

—Sentaos, señora, y decid lo que quereis.

—Quiero salvaros: hablaré lo preciso. Una elevada persona de mi sexo desea á todo trance vuestra ruina.

—Lo sé.

—Pero no sabreis que se vale de un perverso instrumento: Quevedo la sirve, hace ya mucho tiempo; si le sorprendeis, acaso vengan á vuestro poder papeles de importancia; entre ellos uno titulado los *Monopantos*, que se ha leido en cierta reunion de amigos, y que si llega á circularse puede costaros la vida: tales son las calumnias que en él se estampan contra vuecelencia.

—Quién os lo ha dicho?

—Lo sé por personas, cuyos nombres son sagrados. Hay mas: la guerra del Rosellon no es lo que parece: Quevedo, en connivencia con grandes personages, ha concebido el plan de suscitaros agitaciones y disturbios en todas partes, para que no podais acudir á ninguna, y que esto desacredite vuestra gran capacidad: hay plan en Cataluña, en Portugal, en Andalucía y quizá en Madrid mismo. Quevedo es hombre muy peligroso: hará llegar á manos del Rey

las mas terribles quejas contra vos; y lo peor de todo es, que sabe muchos secretos.

—Qué secretos puede saber?

—¿Os acordais de la noche que la Calderona fué trasladada á las Huelgas de Burgos? Aquella noche estuvísteis vos en casa de ella: Quevedo tambien estuvo, y por señas que se dejó media capa.

—Era de él?... murmuró Olivares. Proseguid.

La dama continuó amontonando cargos contra Quevedo, y se retiró al cabo de una hora.—Inmediatamente fué el conde-duque á ver al Rey, con quien permaneció encerrado mucho tiempo.

Era el siete de diciembre de 1639: Quevedo estaba durmiendo en casa del duque de Medinaceli, donde tenia su morada. Súbitamente sintió que le despertaban, abrió los ojos y se vió rodeado de alguaciles, un alcalde de corte á su cabecera y otro recogiendo y empaquetando sus papeles: el primero le mandó levantarse á toda prisa, y sin darle tiempo para vestirse, le obligó á bajar en paños menores á la calle, donde le aguardaba un coche, diciéndole:

—Perdone, señor don Francisco; pues ya sabe lo que son estas cosas.

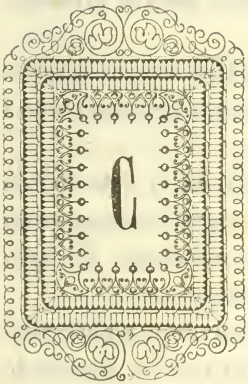
—Sí, respondió el poeta: ya sé yo que estas cosas son como las demás.

El frio era glacial: Quevedo pidió por favor que le permitiesen llevar alguna ropa; mas no se le concedió, y cuando el coche estuvo fuera de la Puerta de Segovia, un alguacil le dió por compasion un ferreruelo de bayeta y otro unas calzas de paño para que se abrigase.

Los dias siguientes corrieron en Madrid voces absurdas, pero acaso fundadas en algunos antecedentes: decian unos, que habian encerrado á Quevedo en un profundo calabozo; otros, que le habian asesinado y enterrado á escondidas; otros, en fin, que le habian conducido á un monte, y dádole allí de puñaladas.

Al cabo de mucho tiempo se llegó á saber que estaba preso en el convento de San Marcos de Leon.

CONCLUSION.



UATRO años transcurrieron, durante los cuales, Quevedo vivió muriendo: encerrado con tres llaves en una alta torre del convento permaneció algun tiempo, recibiendo consuelos y alivio en su situacion de los religiosos, á quienes logró cautivar con su elocuencia y maña; pero habiéndole escrito en particular el conde-duque, para que le dijese con franqueza cuales eran suyas y cuales no de las sátiras innumerables que circulaban contra él, y habiéndole contestado Quevedo con caballerosa ingenuidad, lejos de sentir alivio, como debia esperarse de un alma noble, vióse nuestro poeta trasladado á un calabozo estrecho y húmedo, subterráneo y construido á mucha profundidad debajo de un rio: allí se le cargó de hierro sin consideracion á su ancianidad y á sus dolencias; allí, perdido un ojo, apostemado el pecho, con tres heridas abiertas por la humedad en las piernas, que él mismo tuvo que cau-

r, solo, guardado con dobles puertas y sin oir mas ruido que el de sus dos pares de grillos; falto de todo lo necesario, hasta del sustento y el vestido, á no haberle ayudado la generosidad del duque de Medinaceli, pasó el grande hombre meses y años por haber querido el bien de su patria, y *por no haber querido ser privado* del tirano que le perseguia.

Y allí hubiera muerto agusanado, cadáver vivo, puesto en un sepulcro por prision, y no lejos de su amigo Adan de la Parra, preso tambien; pero, durante aquellos cuatro años, grandes calamidades habian traido sobre España el desgobierno y la inepcia del conde-duque, abriendo al fin los ojos del Rey á la verdad y precipitando la ruina del privado. Habíamos perdido el Portugal y el Brasil, Cataluña era ya hoguera, que no podia estinguir el rigor; y Andalucía, merced á una trama del ofendido marqués de Ayamonte, estuvo á punto de perderse tambien. Todo el pueblo señalaba el orígen de tantos desastres, y la Reina encontró ocasion de desengañar á su marido.

—Señor, le dijo un dia: ya no sois nada: vuestra corona está hecha pedazos. Pedid al que la tiene un empleo para el príncipe, nuestro amado hijo.

El 23 de enero de 1643, el Rey escribió á Olivares un lacónico billete, mandándole retirarse á Loeches, y que no se presentase á despedirse de él, si estimaba en algo la vida.

El pueblo se motinó al saber la caida del privado, y este habría perecido víctima de su justo furor, á no haber logrado escaparse en un coche, saliendo de palacio por una puerta reservada. Es fama que el despecho le hizo perder el juicio, y que murió loco.

Mientras pasaban estos ruidosos acontecimientos, nadie, sino pocos amigos, se acordaba del triste prisionero de S. Marcos de Leon. Al cabo, el presidente de Castilla, que habia tenido la causa instruida contra el poeta, no encontrando culpa en él, informó á S. M. pidiendo que se le declarase libre.

A mediados de junio de aquel año volvió Quevedo á Madrid en compañia de Adan de la Parra: no encontró ya amigos, ni enemigos en la corte: unos estaban empleados en destinos lejanos; otros, los mas, habian muerto. Quiso ver al Rey; pero encontró dificul-

tades, y desengañado del mundo, determinó alejarse de aquel centro, donde nuevas intrigas y privanzas sustituian á las antiguas.

Paseaba una tarde por la calle Mayor, cuando llamó su atencion y la de su amigo Adan de la Parra un gran tumulto y gritería, que bajaba por la de Carretas. Se acercaron los dos amigos á la Puerta del Sol, y vieron venir un hombre y dos mujeres en sendos asnos, con acompañamiento de corchetes y séquito de pregoneros y verdugo. Este azotaba al hombre, desnudo de medio arriba; las mujeres iban emplumadas y con destino á un perpétuo encierro. El pregon reveló á Quevedo los nombres y hazañas de aquellos desdichados: ellas eran las dos hermanas Isabel y Dorotea, condenadas por encubridoras de delitos y perdicion de jóvenes honestas. Él se llamaba Lupercio, é iba á galeras por rufian y sospechas de monedero falso.

—Quien mal vive, mal acaba, dijo Quevedo: y se alejó de aquel sitio.

Pocos meses despues murió Adan de la Parra. Quevedo, retirado en la Torre de Juan Abad, dictaba desde el lecho de muerte la segunda parte del *Marco Bruto*. Sus dolencias, agravadas por los años y por sus últimos padecimientos, le conducian rápidamente al sepulcro.

Queriendo prolongar sus dias, se hizo trasladar á Villanueva de los Infantes: pronto conoció que era inútil luchar contra el comun destino de los hombres. Previendo su fin cercano, dispuso su testamento, y como uno de los asistentes le dijese, por qué no mandaba alguna cosa para la música que hubiese de acompañar en su entierro, contestó:

—Que la pague quien la oyere.

El dia ocho de setiembre de 1645 dejó de existir aquel grande hombre, siempre fuerte, algunas veces derribado, pero nunca abatido, al cumplir los sesenta y cinco años de su edad.

FIN.

PLANTILLA

para la colocacion de las láminas.

	Pág.
Palomos, basta de arrullo.	17
Esta ilusion no duró mas que breves momentos.	93
Ayudadme á levantar, noble y compasiva doncella.	125
Ira de Dios, y qué caliente tienes el resuello!	167
Dejad que truene, mi vida.	213
Cuchilladas! Quién es ella?	277
Despachad pronto, dijo don Rodrigo.	314
Alto allá, mal caballero! exclamó Quevedo.	386
Se interpuso entre ella y su siervo, etc.	432
Apenas entré en el bosque, me ví entre dos bandidos.	479
La noble dama tomó el billete con disimulo.	520
Aguarda un poco, amigo.	588
Don Rodrigo en el cadalso.	646
El conde-duque de Olivares.	681
Esto es hecho, dijo el conde.	744
Príncipe, habeis equivocado la puerta.	772
Nada temais, señora; sois mi esposa.	836
S. E. entró, llevando á cuestas la acusacion de sus culpas.	856

INDICE DE LOS CAPITULOS.

PRIMERA PARTE.—MOCEDADES DE QUEVEDO.

Pág.

CAP. I. Las niñas de la sonsaca.. 7
II. De como Quevedo entró en relaciones con la familia de doña Isabel de Mendoza. 25
III. Que no siempre ayuda la fortuna á los osados. 39
IV. El favorito del favorito del Rey. 50
V. De como la Reina doña Margarita de Austria comenzó á ver que necesitaba ponerse calzas atacadas. 64
VI. De como habia, en otro tiempo, brujos muy dignos de ser quemados. 85
VII. Que trata de las bodas de un alguacil de corte, de su mujer y de los parientes de ella. 97
VIII. De como Silva de Torres y Avililla corrian detrás de los conjurados; don Rodrigo, detrás de doña Remigia; y Quevedo, detrás de su bolsa.. 114
IX. Que trata de una nueva conjuracion entre la dueña y don Rodrigo, y de otras cosas, que verá el que leyere. 126
X. De como Quevedo dejó á oscuras á don Rodrigo, y doña Remigia hizo propósito de enmienda. 142
XI. De como cogió á Quevedo la conjuracion de don Rodrigo. . 162
XII. Que trata del pudor invencible de una recien casada y de la docilidad de un marido cerril.. 176
XIII. Que trata de cosas serias, con las cuales se puede reir. . . . 186
XIV. De como doña Maria de Velasco se hizo duquesa, y se encontró casada con un soldado raso. 198
XV. De lo que hacian Quevedo y la corte en Valladolid. 215
XVI. De como doña Isabel de Mendoza y de Rivera comenzó á ser persona de importancia.. 230
XVII. Sigue la tramoya. 244
XVIII. De como Quevedo, buscando su bolsa, tropezó con el hermano Cogolludo y vió visiones. 255
XIX. De un encuentro que tuvo Quevedo, en el cual fué adivino. . 274
XX. Hace Quevedo propósito de enmienda, rompe un yugo y toma otro, de que luego se arrepiente. 284
XXI. El testamento á oscuras. 299
XXII. La venganza en el castigo. 310
XXIII. De como la Reina se puso las calzas, y se metió á consejera. . 317
XXIV. Demuestra don Felipe la entereza de su carácter. 329
XXV. De como Quevedo volvió á la vida aventurera, prefiriéndola á la vida cortesana. 337

Pág.
XXVI. Donde se cuenta como adquirió el duque de Lerma muchos millones, dando gusto al pueblo y empobreciendo á España. 554
XXVII. Amor y amistad. 570
XXVIII. De como Quevedo dió una leccion de cortesía, que no pudo aprovechar el que la recibió. 579
XXIX. Guerra palaciega.. 590
XXX. De como la Reina se durmió, y el pueblo dijo que la habian hecho dormir. 400
XXXI. De lo que hizo el licenciado Gregorio Lopez Madera, y de lo que hicieron con él. 415
XXXII. Que puede servir de introduccion á un nuevo período de esta historia. 420
XXXIII. Donde la duquesa repite un cuento que le han contado. . . 429
XXXIV. De como Quevedo entró en la carrera diplomática. 458
XXXV. Que podrá no ser muy divertido; pero es verdadero. . . . 452
XXXVI. De lo que se necesita para negociar con buen éxito.. . . . 462
XXXVII. De como entendia el Virey de Nápoles la administracion de justicia. 470
XXXVIII. De como el aventurero Jacques-Pierres encontró mujer y mudó de amo. 486
XXXIX. De como Quevedo hizo dos bodas, y ganó la cruz de Santiago. 506

SEGUNDA PARTE.—El Caballero de Santiago.

Cap. I. Intrigas venecianas. 533
II. La posada de la Trompeta.. 547
III. Como Quevedo pudo ser ahorcado por conspirador, y se salvó por astuto. 558
IV. Se desemboza la conjuracion. 584
V. Consecuencias. 590
VI. De como Quevedo se mostró mas grande que el grande Osuna. 605
VII. Un cambio de decoracion. 614
VIII. Continúa la relacion de los Grandes Anales de quince dias. . 626
IX. ¡Vulgo!. 637
X. Gente nueva y vida nueva.. 648
XI. Donde los cómicos hablan de sus aventuras y se cuenta la historia de Cupido. 658
XII. Vuelta á la corte. 670
XIII. Intriga y amor. 681
XIV. Viva quien venza! 696
XV. De como el Rey quiso reir y rió. 710
XVI. Fiestas reales. 720
XVII. Fin de fiesta. 734
XVIII. De lo que pasó en Palacio despues de lo que va referido. . . 745
XIX. Que trata de Roma y Celia, y de otras que no son Celia, ni Roma. 755
XX. Donde cuelgan á uno, y otro se descuelga.. 764
XXI. No penseis nada. 775
XXII. De como voló Cupido. 785
XXIII. Guerra de cultos y patos. 792
XXIV. El tribunal de la justa venganza. 801
XXV. La boda de Quevedo.. 811
XXVI. Segunda parte del anterior. 822
XXVII. Por amar y aborrecer. 837
XXVIII. De como Quevedo puso una post-data al conde-duque.. . . 848
Conclusion. 865

FIN DEL ÍNDICE.

306748

Author Orellana, Francisco José

LS
O 664q

Title Quevedo.

DATE.	NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED